Javier Paredes (director),
Maximiliano Barrio,
Domingo Ramos-Lissón
y Luis Suárez

Diccionario de los Papas y Concilios

Prólogo del Cardenal
ANTONIO MARÍA ROUCO VÁRELA

Editorial Ariel, S.A
Barcelona

Diseño cubierta: Nacho Soriano

I.' edición: noviembre 1998

ISBN: 84-344-0513-X

Depósito legal: B. 44.759 - 1998

Impreso en España

PRÓLOGO

El 3 de junio de 1963 una muchedumbre entristecida que abarrotaba la plaza de San Pedro acompañaba conmocionada la agonía de un papa querido, Juan XXIII. Probablemente nunca antes se había producido una conmoción parecida con ocasión de la muerte de un papa, pero el interés del pueblo cristiano por el obispo de Roma, expresada de diversas maneras según los tiempos, ha sido constante y se confunde, a menudo, con la historia compleja y apasionante de la institución eclesiástica.

Desde Pedro hasta Juan Pablo II el pontificado romano ha evolucionado con los tiempos, aumentando sus objetivos y sus presencias, pero desde las primeras generaciones los cristianos miraron con atención c interés a Roma como centro de comunión eclesial, sede donde residía la verdad incontaminada y lugar que determinaba y juzgaba en los casos en litigio. Los *grafitti* presentes en la tumba de San Pedro nos hablan de la antigüedad de esta tradición y, desde entonces, la permanente peregrinación de los creyentes a Roma la han confirmado y enriquecido.

La política, la cultura y las ideas que han dominado Europa durante siglos han estado profundamente relacionadas con la Santa Sede. La estrecha imbricación entre la naturaleza temporal del papado y su misión espiritual ha favorecido la íntima conexión de Roma con la historia de los países, no sólo por la inculturación natural del cristianismo en cada lugar sino, también, por los lazos de toda clase que han relacionado la multiforme historia de Europa con la historia del pontificado.

La presencia protectora de Roma apoyó y favoreció la independencia de las Iglesias, presa siempre apetecida del poder político. Gregorio VII y otros muchos papas con él afirmaron la supremacía de la Iglesia, instancia de salvación, sobre las almas y los individuos, y lucharon denodadamente para liberarla de la tutela interesada de los príncipes y de tantos poderes de este mundo.

La universalidad de Roma respaldó la de la Iglesia, liberándola de movimientos nacionalistas y de tentaciones disgregadoras. Las peregrinaciones a Roma, las visitas episcopales *ad limina apostolorum*, los años santos, han significado lo que en los últimos años significan los viajes de los papas a las diver-

sas Iglesias: la comunión de las Iglesias en una fe y una tradición común, y la participación de todos los creyentes en una historia y en unos puntos de referencia compartidos. El pontífice se encuentra en el punto de intersección de todas las líneas: *Ubi Petras, ibi Ecclesia.*

En la larga serie de papas encontramos toda la riqueza que puede uno encontrar en la naturaleza humana enriquecida por la gracia y por la capacidad de adaptación a todas las contingencias históricas. Obviamente, no todos valen lo mismo ni son igualmente ejemplares o imitables, pero no creo que podamos encontrar en la historia de la humanidad un conjunto de personas tan extraordinario y atractivo. A lo largo de los siglos encontramos personalidades sorprendentes que han enriquecido, completado y orientado la historia del pontificado y de la Iglesia, pero, también, la historia de los pueblos. Desde san León Magno y san Gregorio hasta Inocencio III, Benedicto IV, Pío VII o los papas del presente siglo que fenece, estos testigos del Evangelio han enseñado a la Iglesia y a la humanidad los caminos de la verdad y del amor.

Estas densas páginas que presentamos, descarnadamente objetivas, escritas por historiadores de prestigio, nos ofrecen los datos suficientes para conocer las vidas de los diversos papas, encuadrándolos inteligentemente en su época correspondiente, de forma que, al mismo tiempo que nos familiarizamos con un papa, terminamos conociendo las coordenadas históricas en las que se ha desarrollado la vida y la historia de la Iglesia.

ANTONIO MARÍA ROUCO VÁRELA
Cardenal-arzobispo de Madrid

Madrid, 25 de marzo de 1998

LOS PAPAS DE LA EDAD ANTIGUA Y MEDIEVAL

por Luis SUÁREZ
Catedrático de Historia Medieval.
Miembro de la Real Academia de la Historia

Pedro apóstol, san

Príncipe de los Apóstoles. En la Iglesia católica los papas de Roma son reconocidos como sucesores de aquel a quien, según los Evangelios, el propio Jesús consideró como primero de los apóstoles, siendo ésta y no otra la razón de la primacía romana. Simeón (Simón es únicamente la grafía griega), nacido en Bethsaida, a orillas del mar de Galilea, hijo de cierto Jonás, y hermano de otro apóstol, Andrés, que fue discípulo de Juan el Bautista, vio cómo el propio Jesús cambiaba su nombre por el de Cefas, que ha dado el latino Pedro, con la significación de «piedra». Los Evangelios sinópticos le presentan como verdadero portavoz del grupo de discípulos, y los Hechos como dirigente de la primitiva comunidad cristiana. Un párrafo especialmente significativo de Mt. 16, 13-20, atribuye a Simón Pedro la confesión pública («tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo») que provoca, por parte de Jesús, la misión: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos.» En estas palabras se encierra y fundamenta el primado de los obispos de Roma, en cuanto sucesores de san Pedro, sobre toda la Iglesia.

Consta la actividad misionera de Pedro en Jerusalén, Cesárea y Antioquía, aunque es de suponer que enseñó también en otras partes; durante estos viajes, aunque la misión se dirigía preferentemente a los judíos, abrió a los gentiles las puertas de las iglesias, contribuyendo decisivamente a que se aligerara a los neófitos de las prescripciones de la ley mosaica. Una firme tradición señala que Pedro pasó los últimos años de su vida en Roma. Probablemente no es muy preciso considerarle obispo, ya que su condición de apóstol le colocaba, al igual que a Pablo, considerado como «la otra columna», por encima de cualquier oficio ministerial. Es más correcto definir a san Lino, segundo papa, como primer obispo. La palabra «papa», derivada del griego *pappas*, «padre», no aparece en Roma, sino tardíamente. La más antigua mención comprobada, en la tumba de Marcelino, data del año 296. En ese momento se aplicaba también a otros obispos orientales. Es sólo a finales del siglo iv que aparece referida exclusivamente al obispo de Roma.

Pedro, en Roma. Los historiadores no discuten la veracidad de la noticia de la estancia de san Pedro en Roma: aparece corroborada por fuentes de las que no es posible dudar. Si aceptamos que la noticia de Tácito (54? - 117?) acerca de la expulsión de los judíos por Claudio el año 49, a causa de las alteraciones que en ellos causaba un cierto Chrestus, demuestra la existencia de una primitiva comunidad cristiana, es necesario admitir que la llegada del príncipe de los apóstoles a la capital del Imperio se produjo estando ya constituida dicha comunidad. La I Epístola de san Pedro, datada en torno al 64, en la que se menciona la colaboración de Marcos, se escribe desde «Babilonia», que es el nombre clave para referirse a Roma. La Carta de san Clemente Romano hace referencia expresa cuando Pedro y Pablo «moraban entre nosotros». San Ignacio de Antioquía (50? - 115?) («yo no os mando como Pedro y Pablo») da por sentada la presencia de ambos apóstoles. Lo mismo señalan expresamente Ireneo de Lyon, hacia el 180, y Tertuliano en el 200. Pocas noticias de la Antigüedad aparecen confirmadas por testimonios tan próximos y fehacientes. Habría que añadir que no existe dato alguno que indique contradicción. Numerosas leyendas se elaboraron más tarde en torno a esta estancia, que no deben ser tenidas en cuenta.

Al final del Cuarto Evangelio («Cuando envejezcas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras; esto lo dijo [Jesús] indicando con qué muerte había de glorificar a Dios») encontramos un testimonio acerca del suplicio que acabó con la vida de san Pedro. Esa noticia aparece corroborada en la *Ascensio Isaiae,* en torno al año 100, y en el apócrifo *Apocalipsis Peta:* «marcha, pues, a la ciudad de la prostitución y bebe el cáliz que yo te he anunciado». No hay duda, pues, de que Pedro murió en Roma y ningún autor ha podido aportar pruebas en contra. Es imposible fijar la fecha exacta, si bien se abrigan escasas dudas acerca de que su martirio debe incluirse en el de la «gran muchedumbre» que, según Tácito, pereció a consecuencia de la persecución de Nerón, debido a que la nueva religión cristiana no había obtenido el reconocimiento de su licitud como parte de la judía. En la época del papa Ceferino (198-217) el presbítero Gayo confirma la noticia de que Pedro y Pablo murieron respectivamente en la colina Vaticana y en la vía Ostiensc, siendo enterrados en lugares inmediatos al de su ejecución. Las excavaciones efectuadas entre 1940 y 1949 en el subsuelo de la basílica de San Pedro revelaron la existencia de un cementerio y en él un sepulcro modesto, anterior a la construcción de la gran iglesia constantiniana, pero rodeado de tales muestras de respeto que bien puede indicar la ubicación de la primera tumba del apóstol.

Lino, san (67? - 79?)

Las más antiguas fuentes, Ireneo de Lyon (140 - 201?), que escribe en torno al 180, Hegesipo, del siglo ni, Eusebio de Cesárea (265-340) y el Catálogo de Libcrio del siglo iv, coinciden en decir que san Lino fue nombrado obispo de la comunidad de Roma por el propio apóstol. El personaje aparece mencionado en la II Epístola de san Pablo a Timoteo, entre los que acompañaban al

autor en Roma. Es insignificante la noticia que de él tenemos: ignoramos incluso la forma en que estaba constituida la comunidad romana. Una tradición muy posterior le atribuye la disposición que obligaba a las mujeres a usar el velo, signo de distinción de las damas romanas, durante las ceremonias litúrgicas. Originario de Toscana, era, por tanto, súbdito imperial; de modo que la presidencia de una religión «no lícita» le colocaba fuera de la ley. Es tardía y poco fiable la tradición que le permite compartir el martirio con san Pedro.

Anacleto, san (79? - 91?)

Su nombre, Anenkletos, que significa en griego «irreprochable», permite suponer un origen helénico y no latino; esa significación ha dado origen a. sospechas, pues coincide explícitamente con la condición que se requiere para los obispos en la Epístola de san Pablo a Tito. A veces se abrevia este nombre como Cleto y así aparece en los textos de la antigua liturgia romana. Algunos autores han llegado a pensar que pueda tratarse de dos personas distintas: Cleto y Anacleto. El nombre Anenkletos era frecuente entre los esclavos. Según Eusebio murió mártir en el año 12 del reinado de Domiciano (81-96).

Clemente, san (91 - 101)

En la lista proporcionada por Eusebio, que Erich Caspar *(Die alteste Rómische Bischofsliste*, Berlín, 1926) considera fidedigna por haberse redactado con fines apologéticos, figura san Clemente como el tercero de los obispos de Roma. Tal parece ser lo cierto, aunque Tertuliano (160? - 220?) y san Jerónimo prescindieran de los dos primeros y le presentaran como ordenado por san Pedro. La noticia de Ireneo, que le hace un poco depositario de la doctrina del príncipe de los apóstoles, parece más correcta: en la Epístola a Timoteo se menciona a un Clemente entre los que forman el equipo apostólico. Existen en torno a él dos leyendas que deben considerarse falsas: la que pretende identificarle con el primo de Domiciano, Flavio Clemente, antiguo cónsul, ejecutado por «ateísmo»; y aquella otra que le presenta como de nacimiento judío, condenado a trabajos forzados en Crimea y ejecutado después, atándole al ancla de un buque. Ni siquiera estamos seguros de que pueda ser considerado como mártir. Es bien claro que en ese momento —que coincide con el reinado de Domiciano— el cristianismo se hallaba presente en esferas sociales muy elevadas. Además de Flavio Clemente hay noticias de otro cónsul, Acilio Glabrio, ejecutado por el mismo delito que se atribuía normalmente a los cristianos. El apellido Clemente puede indicar alguna clase de relación con esa importante *gens* romana.

Ignoramos todas las circunstancias de su pontificado, incluso las de su muerte. En aquel tiempo el culto cristiano giraba en torno a la liturgia de la «fracción del pan». El único dato comprobado es que se trata del autor de una «Epístola» dirigida a los corintios, principal obra literaria de las postrimerías del siglo i, que convierte a san Clemente en el primero de los Padres occidentales. Su estilo revela una formación helenística, aunque muestra preferencias muy acusadas por las figuras del Antiguo Testamento.

Rivalidades mal conocidas provocaron disturbios en la Iglesia de Corinto entre los años 93 y 97. Los corintios acudieron a Roma reconociendo de este modo una superioridad jerárquica. Clemente intervino y no a título personal, sino en nombre de la Sede Apostólica y afirmando el sentido jerárquico esencial de la Iglesia: los laicos se encuentran sometidos a los presbíteros, que reciben de Dios su autoridad; ésta, dispensada directamente por Cristo a los apóstoles, se continúa, sin solución, a través de los sucesores en las Iglesias por aquéllos fundadas. Roma es la continuadora de Pedro. Según señala Karl Baus *{De la Iglesia primitiva a los comienzos de la gran Iglesia,* Barcelona, 1966), la Epístola de Clemente aparece como el primer ejemplo de que un obispo interviene en los asuntos interiores, propios de otra sedes, y de que dicha intervención fuera acogida con tanto reconocimiento que su texto fue incorporado como lectura en la liturgia de Corinto.

Gozó Clemente de tanta fama que con posterioridad se le atribuirían algunas obras apócrifas y también la primera colección de leyes canónicas. La actual basílica de San Clemente trata de indicar el lugar que ocupó su casa. En la Epístola hay una referencia a que san Pablo llegó «hasta los términos de Occidente», que parece confirmar el viaje del apóstol a España.

Evaristo, san (100? - 109?)

Euaristós o, simplemente, Aristós, es, para nosotros, un perfecto desconocido. Las fuentes tradicionales, el *Liber Pontificalis,* ni siquiera se ponen de acuerdo sobre la duración de su pontificado, entre ocho y once años. El nombre revela que se trata de un griego, pero la noticia de que hubiera nacido en Belén, así como la de que sufrió el martirio, carecen de toda posible confirmación. Se le atribuye la creación de los siete diáconos y la asignación de parroquias a los presbíteros; no existe la menor garantía para tales noticias.

Alejandro I, san (109? - 116?)

Considerado como mártir, probablemente se le ha confundido con otra persona del mismo nombre, cuyas reliquias fueron encontradas a mediados del siglo xix en el lugar donde se señalaba su enterramiento, en la vía Nomentana. Otra tradición imposible de comprobar le atribuye la introducción de la costumbre de bendecir los hogares con agua y sal; se trata, sin duda, de un anacronismo. Sin embargo, en medio de este silencio, se produce el hecho singularmente importante de la Epístola que san Ignacio de Antioquía dirigió a la Sede Apostólica, «que preside en la capital del territorio de los romanos» y que está «puesta a la cabeza de la caridad». San Ignacio no da el nombre del obispo que gobierna dicha sede, porque su carta no tiene carácter personal, sino institucional: en torno al año 110 un patriarca oriental reconocía que en la unión de caridad que formaban todas las Iglesias cristianas, a la de Roma correspondía ser la cabeza.

Sixto I, san (116? - 125?)

La forma correcta de escribir su nombre es, probablemente, Xystus; la coincidencia con el ordinal sexto, que le corresponde en la sucesión de san Pedro, ha inducido a algunos autores a sospechas. Todas las acciones a él atribuidas aparecen en noticias muy posteriores. Se afirma en el *Líber Pontificalis* que su padre era un griego, llamado Pastor, pero la grafía griega de su nombre debe guardar relación con su origen. Se le rinde culto como mártir, pero es sorprendente que no figure como tal en la lista de san Ireneo, en donde sí aparece el martirio de su inmediato sucesor, Telesforo.

Telesforo, san (125? - 136)

Las fuentes antiguas se muestran precisas al asignarle once años de pontificado. Comenzamos a pisar un terreno más firme en cuanto a las funciones y cronología de los papas. Su nombre corresponde a la calidad de griego que se le atribuye. En su tiempo se detecta la primera diferencia entre las Iglesias latina y griega en relación con el cómputo de la Pascua. Eusebio, que confirma el dato de san Ireneo de que murió mártir, fecha este martirio en el primer año del emperador Antonino Pío, lo que nos obligaría a retrasar dos años la fecha tradicionalmente asignada a su fallecimiento. Sin embargo, el dato de su martirio parece establecido con seguridad.

Higinio, san (136? - 142?)

Las fechas asignadas al comienzo y final de su pontificado pueden considerarse correctas aunque se escriban con interrogantes para demostrar que no hay seguridad absoluta; coincide Eusebio con el *Líber Pontificalis.* Griego ateniense, había ido a Roma en calidad de profesor de filosofía. San Ireneo dice que fue precisamente durante su gobierno cuando aparecieron en Roma los dos primeros maestros gnósticos, Cerdón y Valentín, procedentes de Egipto y de Siria respectivamente; sostenían, entre otras cosas, que Jesucristo, además de las enseñanzas impartidas al pueblo, había comunicado a unos pocos discípulos una doctrina esotérica muy distinta a la de los apóstoles y que sólo podía comunicarse por vía de iniciación. San Higinio se vio, pues, obligado a combatir la peligrosa herejía, y esto puede explicar que se le eligiera en su calidad de filósofo. El gnosticismo se organizó en Roma como una Iglesia nueva y no como una simple disidencia: sus miembros se calificaban de «pneumáticos» por atribuirse una especial condición espiritual.

Pío, san (142 - 155)

Hijo de cierto Rufino, había nacido en Aquileia. En el Códice Muratoriano se afirma que Hermas, autor de la importante obra conocida como *El Pastor*, fue hermano de este papa. El libro, de escasa extensión, permite descubrir que los obispos de Roma habían llegado a concentrar en sus manos un gran poder, que hacían extensivo a otras sedes: aunque los grandes centros teológicos se encontraban fuera de Roma, especialmente en Alejandría y Antioquía, *El Pastor*

formula, entre otras, una importante doctrina sobre la penitencia que no limita a un determinado territorio, sino que la hace válida para toda la Iglesia. Coetáneo de san Pío I es también san Justino, el famoso apologista.

Hacia el año 140 había llegado a Roma Marción: excomulgado por su propio padre, había conseguido reunir una gran fortuna con negocios navieros, la cual permitió que se le acogiese muy bien en la comunidad romana. Pronto, sin embargo, se apartó de ella para fundar una nueva Iglesia gnóstica: sin entrar en disquisiciones teológicas ajenas a este libro, conviene sin embargo explicar que, en esencia, Marción afirmaba la existencia de dos principios divinos contrapuestos, el Demiurgo creador del Antiguo Testamento, duro y justiciero, y el Dios bueno y misericordioso, Dios Padre, que Jesucristo habría revelado y corresponde al Nuevo Testamento. Las consecuencias de este dualismo, al que san Pío I hubo de enfrentarse, eran muy graves: la materia pasaba a ser considerada esencialmente mala, con independencia del uso que de ella se haga; instalado el sexo en la zona del mal, el matrimonio se convierte en un pecado exactamente igual al simple concubinato. En julio del 144, el papa Pío presidió un sínodo de presbíteros excomulgando a Marción, condenando severamente su doctrina. El martirio, que algunos textos muy tardíos atribuyen a Pío I, no ha sido comprobado.

Aniceto, san (155 - 166)

Dos noticias muy concretas: procedía de Emesa (Siria) y, según Eusebio, llegó a reinar once años. Roma era ya, en esos tiempos, el centro que atraía desde todos los rincones de la cristiandad, y no sólo a los grandes maestros de la ortodoxia, sino también a Marción y a Valentín (130? - 160?), los predicadores del gnosticismo que daban la sensación de que el triunfo de su causa dependía de lo que sucediera en la gran capital del Imperio. Era inevitable que se produjera cierta confusión, pues eran muchos quienes establecían una relación de dependencia con el hecho mismo de la capitalidad. Poco después de su elección, Aniceto recibió la visita de san Policarpo de Esmirna, octogenario, que solicitaba del papa una decisión respecto a la fecha en que cada año debía conmemorarse la Pascua, esto es, la fecha correspondiente al 14 del mes lunar de Nisan. Roma no paraba mientes en la fiesta anual: cada domingo conmemoraba la Resurrección del Señor. Por lo tanto, san Aniceto no opuso ningún obstáculo a lo que le solicitaban. Policarpo celebró la misa en presencia del papa manifestando así la perfecta comunión entre ambos.

Policarpo sumó sus esfuerzos a los de otros grandes colaboradores de la Sede Apostólica empeñados en la lucha contra el gnosticismo. Entre ellos hay que destacar a Hegesipo, autor de importantes obras, al ya mencionado Justino y, sobre todo, a Ireneo, discípulo de san Policarpo. Probablemente fue también Aniceto quien erigió la lauda sepulcral de San Pedro en el Vaticano, que se menciona ya como lugar de peregrinación a principios del siglo iii y cuya existencia han confirmado las modernas excavaciones. No existe, en cambio, comprobación de la noticia de que san Aniceto hubiera adoptado las primeras

disposiciones acerca del traje clerical, prohibiendo a los presbíteros el uso de melena larga. La tradición no le cuenta tampoco entre los mártires.

Sotero, san (166 - 174)

Originario de Campania, se han suscitado algunas dudas en torno a las fechas de su pontificado. En una fecha indeterminada escribió al obispo Dionisio de Corinto, acompañando su carta de regalos y recomendaciones; se han conservado únicamente fragmentos de la respuesta, sumamente afable, los cuales permiten establecer que se mantenía una relación de primacía entre Roma y Corinto y que, en tiempos de persecución, eran más frecuentes las condenas a trabajos forzados en las minas que las penas de muerte. Por otra parte, la respuesta de Dionisio de Corinto induce a los historiadores a pensar que la carta perdida de san Sotero contenía reprensiones y advertencias contra cierta laxitud de costumbres. Bajo Sotero se establece la conmemoración anual de la Resurrección, pero fijándola no en el día 14 de Nisan con independencia de su colocación dentro de la semana, sino en el domingo inmediatamente posterior a dicha fecha; una diferencia, en relación con las Iglesias orientales, que daría lugar posteriormente a ciertas discusiones.

Noticias más tardías y no comprobadas atribuyen a san Sotero una carta contra el montanismo. Era éste un movimiento nacido en Frigia, que se denominaba a sí mismo «nueva profecía»; el término montanismo se debe a que fue Montano su principal difusor (el cual pretendía que, por directa inspiración del Espíritu Santo, le era conocida, para fecha inmediata, la segunda venida de Jesucristo). Los montanistas exigían un rigor extremo en la vida, con fuertes ayunos, abstinencia de matrimonio y abandono de los negocios de este mundo. La visión extremada del montanismo perjudicó grandemente a la Iglesia ante las autoridades del Imperio romano, que distinguían mal entre la secta y los cristianos.

Eleuterio, san (174 - 189)

Ultimo de los papas mencionados en la lista de san Ireneo que estuvo estrechamente vinculado a su persona. Griego procedente de Nicomedia (parece que la grafía correcta es Eleutherus), actuó como diácono durante el pontificado de san Aniceto. Coincidiendo el de san Eleuterio con los gobiernos de Marco Aurelio (161-180) y Commodo (180-192), durante los cuales disminuyeron las persecuciones, pudo discurrir pacífico en cuanto a sus relaciones con el exterior. Lucio Septimio Megas, Abgar IX, rey de Edessa, situada en el norte de Mesopotamia, envió mensajeros a san Eleuterio solicitando ser bautizado e instruido en la fe, algo que conocemos por datos posteriores fidedignos. Las preocupaciones principales del pontificado llegaban ahora del interior: valentinianos, marcionitas y montañistas creaban fuertes movimientos de disensión que amenazaban la unidad y la estabilidad de la propia Iglesia. Hacia el año 177 san Ireneo regresó desde Lyon a Roma para plantear, en pleno reconocimiento de su primado, las dos cuestiones que aquejaban a su Iglesia: una fuerte per-

sedición local y la presencia de los montanistas. Parece que, al principio, el papa no quería dar demasiada importancia a estos últimos, que se presentaban tan sólo como excesivos rigoristas, pero al final tuvo que condenar su doctrina como contraria a una de las aserciones fundamentales del cristianismo: no son las cosas materiales en sí buenas o malas, sino el uso que de ellas se haga.

Víctor I, san (189 - 198)

Nacido en África, es el primer papa de quien consta la calidad de latino; en adelante se registrará un predominio de éstos sobre los griegos. Las manifestaciones de superioridad de Roma sobre las demás Iglesias hasta entonces detectadas se limitaban a la primacía de honor y de consejo. San Víctor la invoca en un sentido disciplinar, aplicándola a la cuestión de la Pascua. Sotero había aceptado establecer una solemne conmemoración anual de la Pascua del Señor, pero insistiendo en señalar el domingo como día de la Resurrección *(dies Dominí).* Algunas Iglesias orientales seguían con la costumbre de celebrarla el 14 Nisan con independencia de cuál fuera el día de la semana. Sínodos celebrados en Roma y otros lugares fueron aceptando el nuevo cómputo «romano», coherente con el Símbolo de Fe de que «al tercer día resucitó». Las Iglesias de Asia Menor se negaron a cambiar la costumbre y Víctor I declaró que quedaban excluidas de la comunión con la Iglesia universal. No faltaron observaciones en contra, entre ellas de san Ireneo, que era el más firme defensor del primado romano, pero el papa no cedió. Quedaba sentado el principio de que en materia de fe y costumbres a Roma correspondía la decisión.

Idéntica energía mostró frente al «adopcionismo», que en torno al 190 un curtidor muy culto, Teodoto de Bizancio, había comenzado a enseñar. Consistía esta doctrina en afirmar que, hasta el bautismo, Jesús había sido simplemente un hombre como los demás. El Espíritu Santo había descendido sobre él adoptándole como Hijo de Dios y retirándose luego en el momento de la Pasión. Víctor pronunció la excomunión contra Teodoto y sus seguidores y la hizo extensiva a toda la Iglesia.

San Jerónimo (350? - 420) atribuye también a este papa la redacción de obras latinas de bastante calidad. La maduración del cristianismo se revelaba en la elevación del tono social de sus fieles: una concubina de Commodo, Marcia, fue cristiana y ayudó al papa cuando éste gestionó la libertad de mártires condenados a las minas de sal en Cerdeña; entre ellos había el futuro papa Calixto.

Ceferino, san (198 - 217)

Versión negativa. Hijo de Abundio, Zephyrinus aparece, en medio de las tormentas doctrinales, como un hombre sencillo que se aferra a las verdades esenciales de la fe con absoluta claridad: no hay sino un solo Dios y de su divinidad participa Jesucristo, que nació, murió y resucitó. Hipólito (160? - 235), que sería después el primer antipapa conocido, le califica de débil, irresoluto, de escaso talento y poco dotado para los negocios de la Iglesia, por lo que se

dejó seducir por Calixto, a quien presenta como un «ambicioso, ávido de poder, hombre corrompido». Pero este testimonio de Hipólito en su obra *Philosophoumena*, hallada en 1842, es considerado por los historiadores como un producto inválido del apasionamiento. Calixto, esclavo de Carcóforo e hijo también de esclavo, poseía un buen talento para los negocios: administraba los de su amo cuando éstos sufrieron una quiebra, y fue condenado a las minas de sal de Cerdeña, donde permaneció tres años; fue, como sabemos, uno de los liberados por las gestiones de Marcia. Víctor I le había encargado cierta tarea en Actium, que cumplió satisfactoriamente. Por eso Ceferino le rehabilitó, encomendándole la dirección del bajo clero y la administración del gran cementerio que era entonces la primera propiedad importante de la sede romana. Se trata de las catacumbas que hoy se conocen precisamente como de San Calixto, cerca de la Vía Apia.

Hipólito. La llegada de Septimio Severo (193-211) al poder había puesto fin al tiempo de tregua. Pero más que las persecuciones, de diverso matiz según las regiones del Imperio, sufría la Iglesia por el debate interno, que no siempre se presentaba con suficiente claridad. Esto explica que Hipólito, que se consideraba a sí mismo como un gran teólogo, el único capaz de confundir a los herejes, alcanzara tanta importancia: su ambición era ser papa, pues únicamente la autoridad suprema sobre la Iglesia podía garantizar el triunfo de su doctrina. Ordenado presbítero, se integró en el elemento directivo de la comunidad romana, sin renunciar por ello a criticar ásperamente al obispo y a sus colaboradores. El gnosticismo, todavía vigoroso, se había separado creando una Iglesia propia: pero montanistas y adopcionistas aspiraban a permanecer dentro de la Iglesia romana universal haciendo que se aceptaran sus doctrinas. Aunque Tertuliano (160? - 220?) insiste en que Víctor I estaba dispuesto a aceptar el montanismo, del que le separaban influencias extrañas —Tertuliano era entonces un montanista—, lo único que parece claro es que el papa condenó tanto a unos como a otros. Ahora bien, Roma practicaba desde antiguo la norma de que el hereje arrepentido, tras suficiente penitencia, podía y debía ser restituido a la Iglesia. Fue precisamente esta doctrina la que tanto Tertuliano como san Hipólito reprocharon a san Ceferino, como si se tratara de una peligrosa novedad. La excomunión contra Teodoto y su discípulo Asclepiodotus fue renovada, pero el obispo Natalias, arrepentido, volvió a la comunión.

Según Tertuliano, la persona que había inducido a san Ceferino a la condena del montanismo era cierto maestro llamado Praxeas, que apareció en Roma hacia el 213. Junto con Noetus y Sabelio, Praxeas enseñaba una doctrina que hacía caso omiso de la distinción de personas en la Trinidad. Esta doctrina, que conducía a entender que el Padre también compartía la Pasión («patripasionismo» o «modalismo») con el Hijo, era herética. Hipólito acusó a Ceferino de no haber defendido frente a ella la ortodoxia, pero las dos afirmaciones que le atribuye («yo sólo conozco a un solo Dios, Cristo Jesús, y ninguno fuera de él, que nació y padeció» y «no fue el Padre quien padeció sino el Hijo») demuestran claramente que no hubo ninguna concesión al modalismo aunque

faltasen las explicaciones amplias y matizadas que la teología reclamaba. Orígenes, que enseñaba en Roma por esos años, demostró hacia la «más antigua Iglesia» una veneración que muestra cómo Roma era reconocida fuente de unidad.

Calixto I, san (217 - 222)

Las noticias más detalladas de la vida de este papa, Callistus, proceden de Hipólito; es natural que se formulen dudas acerca de su exactitud. Parece seguro, sin embargo, que llegó a convertirse, como diácono, en el hombre de confianza de Ceferino, el más influyente. No sorprende que en el momento de la muerte de éste fuera aclamado como su sucesor. Hipólito se negó a confirmar el nombramiento y se hizo elegir papa, a su vez, por un grupo de correligionarios. De este modo se produjo un cisma con resonancias doctrinales: los partidarios de Calixto reprochaban a aquél su rigorismo excesivo. El cisma había de prolongarse durante los dos pontificados inmediatos siguientes.

Calixto sería expresamente acusado por Hipólito de concesiones en la doctrina; no pueden confundirse con el modalismo, ya que éste fue expresamente condenado por el papa, que exigió la expresa afirmación de que Padre, Hijo y Espíritu Santo representan distinciones reales en la divinidad, siendo ésta una y trina. De hecho, sucedía que el papa estaba tratando de evitar los excesos en que incurrían los del extremo contrario al reconocer distinta naturaleza en el Padre y el Hijo. También reprochaba Hipólito a Calixto que hubiera otorgado perdón a un obispo culpable de graves pecados y arrepentido, o que admitiera el segundo y hasta el tercer matrimonio en caso de fallecimiento de uno de los cónyuges. Pero en ambos casos es forzoso reconocer que Calixto estaba en línea con la que había sido siempre la actitud de la Iglesia, e Hipólito no. Pues la Iglesia se define como hogar común de santos y pecadores, siendo la penitencia el vehículo de conversión. Calixto estableció los tres ayunos correspondientes a los sábados anteriores a las grandes fiestas agrícolas: comienzo de la recolección de cereales, vendimia y recogida de la aceituna.

La ley romana prohibía el matrimonio de pleno derecho *(confarreatio)* entre un ciudadano y una mujer o varón de clase inferior. Calixto recordó que, siendo sacramento, el matrimonio surtía efecto en orden a la santificación con independencia de la condición social de los contrayentes, incluso en el caso extremo de un esclavo y un miembro del orden senatorial. Ésa fue una de las decisiones más fuertemente criticadas por Hipólito. En ambos casos —el perdón para cualquier clase de pecado con arrepentimiento, separación entre el sacramento del matrimonio y las circunstancias jurídicas—, el pontificado de Calixto I se señala como un progreso social considerable.

El caso de san Hipólito, primer antipapa, es psicológicamente importante. Nacido antes del año 170, parece que llegó a Roma desde Oriente, siendo ordenado presbítero por el papa Víctor I. Inmediatamente planteó la cuestión: ¿debe un gran maestro, superior en conocimientos, griego de Alejandría, discípulo sobresaliente de san Ireneo, rendir su mente ante personas intelectual-

mente mediocres como Ceferino, Calixto, Urbano o Ponciano? ¿No están llamados los teólogos a ser los grandes directores de la Iglesia? Lo poco que de sus muchas obras se ha conservado revela que era un hombre polifacético, de amplio saber, aunque no tan profundo como su coetáneo Orígenes (184-253). La doctrina que reconocía legitimidad plena al antiguo concubinato romano, y la de otorgar perdón a todos los pecadores fructuosamente penitentes, le parecía un monstruoso error. Explicó con claridad la doctrina del *logos* y cómo el Verbo es hipóstasis o persona distinta del Padre, acusando a Ceferino y a Calixto de no defenderla; sus rivales denunciaban, en cambio, el peligro de poner demasiado énfasis en la tesis que podía llevar a un «diteísmo», es decir, a la defensa de dos naturalezas. Probablemente ambos contendientes exageraban.

El año 217, cuando Calixto fue reconocido papa, Hipólito y sus seguidores se mantuvieron en minoría apartada y en discordia. Su rigorismo les empujó a excluir definitivamente de la Iglesia a todos los pecadores, y a sostener que la validez de los sacramentos dependía del grado de pureza de los ministros encargados de impartirlos.

Urbano I, san (222 - 230)

El *Líber Pontifícalis* le presenta como un romano, hijo de Ponciano; añade después algunos detalles que constituyen una evidente extrapolación. Su pontificado se desarrolló bajo el imperio de Alejandro Severo (222-235), coincidiendo por tanto con uno de los períodos de paz para la Iglesia. Hipólito se negó a reconocerle, pero carecemos de noticias acerca de las relaciones entre ambos. La noticia de que murió mártir no es correcta, pues probablemente murió de causas naturales, siendo enterrado en las catacumbas de San Calixto, donde se ha descubierto una inscripción griega con su nombre.

Ponciano, san (21 julio 230 - 28 septiembre 235)

Romano, hijo de cierto Calpurnio. Prácticamente lo ignoramos todo sobre su pontificado, pero tuvo que presidir el sínodo en que se confirmó la sentencia dictada contra Orígenes por Demetrio de Alejandría y su Iglesia. Orígenes fue expulsado del colegio de presbíteros y excomulgado. También sabemos que Hipólito continuó su cisma. En marzo del 235 fue elevado al trono Maximino Tracio (235-238), el cual desató una nueva persecución contra los cristianos. Una antigua tradición pretende que Ponciano e Hipólito fueron simultáneamente detenidos y enviados a Cerdeña para trabajar en las minas de sal hasta su muerte; aquí comprendieron el daño que con sus divisiones estaban haciendo a la Iglesia y se reconciliaron, renunciando Ponciano a su dignidad a fin de facilitar la pervivencia de la comunidad (28 de septiembre del 235). El consejo que ambos mártires dieron a sus seguidores fue el de «manteneos fieles a la fe católica y restaurad la unidad». Según esta misma fuente, Hipólito y Ponciano no tardaron en fallecer, el segundo —según anota el *Líber Pontificalis*—, «*afflictus et maceratus fustibus*». El año 236 o 237 sus cuerpos fueron rescata-

dos por el papa Fabián y enterrados en San Calixto. En efecto, en 1909 se descubrió en esta catacumba un fragmento con el nombre y título de san Ponciano, en griego.

Los investigadores formulan serias objeciones a esta tradición, ya que entienden que el Hipólito que acompañó a san Ponciano en su martirio pudo ser otro clérigo del mismo nombre. En 1551 fue descubierta en la vía Tiburtina una estatua de mármol que representa la figura de un filósofo con la lista de sus escritos, considerada como retrato de Hipólito. Es la que, por disposición de Juan XXIII, se encuentra en uno de los vestíbulos de la Biblioteca Vaticana desde 1959. La lista de obras suscita, sin embargo, fuertes dudas.

Antero, san (21 noviembre 235 - 3 enero 236)

Su nombre indica origen griego. Fue elegido para cubrir la vacante dejada por la abdicación de Ponciano. El *Líber Pontificalis* le atribuye únicamente haber comenzado la recopilación de las Actas de los mártires, pero puede tratarse de una noticia errónea. Aunque algunas veces se le haya señalado como mártir en el catálogo de Liberio, figura entre los que fallecieron de muerte natural. Sus restos mortales inauguraron la cripta preparada para los papas en la catacumba de San Calixto; se han encontrado abundantes fragmentos de inscripciones que corroboran esta noticia. Seis semanas indican un pontificado demasiado breve.

Fabián, san (10 enero 236 - 20 enero 250)

La leyenda. Se trataba de un laico que hubo de ser ordenado antes de comenzar su gobierno. Una leyenda, recogida por Eusebio, pretende que cuando la asamblea deliberaba acerca de la sucesión de san Antero, una paloma se posó sobre la cabeza de Fabián, que fue inmediatamente aclamado: le había designado el Espíritu Santo. Esta leyenda indica un estado de conciencia que ve en el papa una directa designación por Dios. Fue el suyo un tiempo excepcional de paz y prosperidad para la Iglesia, pues Gordiano **III** y Felipe el Árabe (244-249) se mostraron incluso favorables a la comunidad cristiana. Pero el espectáculo que ésta ofrecía era de ruina: los efectos del cisma se sumaban a las desoladoras consecuencias de las herejías. Todo tenía que ser reconstruido. Esenciales resultaban para la conciencia de la cristiandad esas memorias conocidas como «actas de los mártires», porque la sangre vertida era el mejor signo de identidad. Por esta misma causa se concedía mucha importancia a la conservación y ampliación de los cementerios, primeras propiedades que fueron reconocidas a la Iglesia. La noticia de que lograra rescatar los restos de Ponciano e Hipólito parece demostrar que existía ya una penetración cristiana en la casa imperial, pues era imprescindible la autorización del emperador para la entrega de los difuntos en el exilio.

Todos nuestros datos, aunque escasos, coinciden en destacar la importancia que la sede romana había llegado a alcanzar. Una comunidad tan numerosa como la que en la antigua capital se congregaba, exigió su división en siete dis-

tritos, al frente de cada uno de los cuales aparecía un diácono, un subdiácono y seis asistentes. Cuando los obispos Donato de Cartago y Privatus de Lambaesis fueron condenados por un sínodo africano, la sentencia no se consideró firme hasta ser refrendada por su homólogo romano. También Orígenes apeló al papa tras ser condenado en Alejandría, reconociendo de este modo la superioridad.

Novaciano. Un gran nombre aparece en este tiempo que recuerda en muchos aspectos la figura de Hipólito: se trata de Novaciano. Tenía alrededor de cincuenta años cuando, llegado de Oriente con toda probabilidad, apareció en Roma; el origen frigio que se le atribuye carece de fundamento. Bautizado *in extremis* durante una grave enfermedad, esta circunstancia le incapacitaba para el presbiterado, pero san Fabián apreció en él tan excepcionales cualidades que le dispensó del impedimento, ordenándole. Desde entonces se convirtió en el principal de los presbíteros romanos: se encargaba de responder a las cuestiones doctrinales y disciplinarias que llegaban de muy diversos puntos.

El año 250 Decio emprendió la primera de las persecuciones sistemáticas: no buscaba tan sólo castigar a los cristianos, sino destruir la Iglesia entera. San Fabián fue de los primeros detenidos y muertos. Durante dieciséis meses la sede permaneció vacante, porque las excepcionales circunstancias impedían la elección. Novaciano, que ejercía un papel directivo, abrigó la esperanza de ser reconocido como sucesor.

Cornelio, san (marzo 251 - junio 253)

Verdad y leyenda. Muchos de los que reunían condiciones para ser elegidos estaban en la cárcel. Pero en la primavera del 251 la persecución se detuvo. Novaciano, contra sus esperanzas, no fue papa; el clero y el pueblo prefirieron a Cornelio, que puede tener alguna relación con la familia patricia de este nombre. La razón de la preferencia parece simple: el rigor sistemático de la persecución de Decio había multiplicado el número de quienes ocultaban su condición de cristianos o, incluso, ofrecían sacrificios a los dioses. Ahora querían volver a la Iglesia. Cornelio, a quien san Cipriano describe como amable y sin ambición, se inclinaba al perdón y a la reconciliación. Novaciano rechazó la elección y encontró a tres obispos dispuestos a consagrarle papa; la Iglesia se encontró nuevamente en cisma. Se ahondaron las diferencias en torno a esta cuestión: si los pecadores arrepentidos deben ser perdonados. Cornelio juzgó imprescindible que su doctrina fuera admitida en toda la Iglesia, porque se encuentra en la raíz del cristianismo. Por otra parte, Novaciano había escrito un tratado *Sobre la Trinidad* que podía ser acusado de tendencias subordinacionistas, ya que afirmaba que la divinidad de Cristo estaba subordinada al Padre como la del Espíritu Santo se encuentra subordinada al Hijo.

En el otoño del año 251 un sínodo, al que asistieron más de sesenta obispos, se reunió en Roma. Contaba con un precedente: san Cipriano, obispo de Cartago, al contemplar el problema de los llamados *lapsi* (los que cedieron ante la persecución para salvar su vida), concluyó que una verdadera y fructuosa pe-

nitencia conduce al perdón de los pecados y que el rigor extremo de Novaciano no estaba de acuerdo con la tradición cristiana. Dionisio de Alejandría se sumó también a las conclusiones del sínodo de Roma que había excomulgado a Novaciano. Faltaba la cuarta de las grandes sedes, Antioquía, y Cornelio escribió al patriarca Fabián comunicándole los acuerdos: los fragmentos que Eusebio ha conservado de esta correspondencia son reveladores. Cornelio explica en ella cómo la sede romana había alcanzado grandes dimensiones: aparte de los numerosos presbíteros que, por delegación suya, administraban los sacramentos, había siete diáconos, otros tantos subdiáconos, 42 acólitos y 52 ministros más entre lectores y ostiarios. Los lectores tenían gran importancia; se exigían especiales condiciones de instrucción y cultura.

Papel de san Cipriano. El reconocimiento que san Cipriano de Cartago hizo de la primacía de Roma, es un dato de importancia; no se limitaba al honor, sino que se hacía extensiva a la jurisdicción. Así, al denunciar la extensión del novacianismo a Arles, entiende que es el papa quien debe corregirlo destituyendo al obispo de aquella sede. La tesis que san Cipriano parece sostener es que «de la silla de Pedro», que es «la iglesia principal», «procedió la unidad de los obispos». En esta unidad, que se forma sobre el vínculo de la caridad, reconoce sin la menor duda que Roma es «el lugar de Pedro». En su tratado sobre la unidad de la Iglesia, el obispo de Cartago trae a colación el pasaje de Mt. 16, 18, en el que Jesús llama a Simón la Roca y concluye que «la unidad se deriva de uno solo». Todos los apóstoles, de quienes los obispos proceden, son iguales en su ministerio, pero únicamente a Pedro se confió la misión de salvaguardar la unidad. Este razonamiento lógico le llevaba a la conclusión radical: «el que abandona la cátedra de Pedro ¿cree estar aún dentro de la Iglesia?»; es compatible con la conciencia que Cipriano tuvo de atribuir dimensiones muy amplias a los poderes de cada obispo en su Iglesia local.

Aunque sólo se hayan conservado fragmentos de la carta a Fabián de Antioquía y de dos epístolas a Cipriano, es aceptable la noticia de que Cornelio escribió otras varias, de contenido doctrinal. Cuando el emperador Galo (325-354) renovó la persecución en junio del 352, acusando a los cristianos de propagar la peste, Cornelio fue desterrado a Centumcellae (Civitavecchia), donde murió, al parecer un año más tarde. Su cuerpo fue llevado a Roma para ser depositado en la cripta Lucina de las catacumbas de San Calixto; por vez primera, su lauda sepulcral se redacta en latín y no en griego. No hay base histórica para otras leyendas, como la de su martirio.

Siglos más tarde se extendió por Inglaterra una leyenda que, en razón de su nombre, le convertía en patrón del ganado, representándole con dos cuernos. Y en Bélgica se le asignó la curación de los epilépticos a los que, en la Edad Media, se hacía respirar el nauseabundo olor de cuerno quemado.

Según el historiador Sócrates, Novaciano murió mártir o confesor el año 258 durante la persecución de Valeriano (253 - 259/60). Una tumba hallada en 1932 en la vía Tiburtina parece confirmar este dato; pero no hay seguridad absoluta de que se trate del famoso antipapa y no de otro mártir de igual nombre. San

Jerónimo menciona nueve obras suyas, aunque advierte que escribió algunas más. Ellas permiten una aproximación a su doctrina, caracterizada por el rigorismo: rechazaba las prescripciones alimenticias judías, prohibía a los fieles la asistencia al teatro, circo y toda clase de espectáculos, era muy riguroso en la fidelidad absoluta dentro del matrimonio, único, y del que excluía a viudos o viudas, y exaltaba la defensa de la virginidad.

Lucio, san (25 junio 253 - 5 marzo 254)

Romano, por el lugar de su nacimiento, fue elegido en el momento en que la persecución desatada por Treboniano Gallo (251-253) se desarrollaba con más fuerza. Inmediatamente fue desterrado. Como el emperador murió asesinado a los pocos meses, pudo regresar a Roma: san Cipriano le escribió entonces una carta de congratulación. Falleció al poco tiempo de muerte natural. No conocemos de su pontificado otra noticia salvo que compartía en relación con los *lapsi* la misma actitud que san Cipriano: por esta causa Novaciano persistió en su oposición. Se ha identificado parte de su epitafio en la catacumba de San Calixto, escrito en griego.

Esteban I, san (12 mayo 254 - 2 agosto 257)

Nacido en Roma, parece que tenía alguna clase de relación familiar con la *gens lidia*, de la que salieron los primeros emperadores. Es posible que esto explique la singular energía en su conducta, que no excluyó algunos enfrentamientos serios con la otra gran figura de san Cipriano de Cartago. Dos obispos españoles, Basílides de Astorga y Marcial de Mérida, se habían procurado durante la persecución el libelo que les acreditaba como sacrificadores ante los dioses. Fueron depuestos por sus colegas. Uno de ellos viajó a Roma para explicar su caso, acogiéndose a la doctrina de la penitencia, y fueron rehabilitados. Las Iglesias de España escribieron a Cipriano, el cual demostró a Esteban cómo había sido sorprendido en su buena fe, pues la penitencia es válida para reintegrarse a la Iglesia, pero no para conservar los obispados. Paralelamente se planteaba la cuestión del obispo Marción de Arles que, inclinado al novacianismo, negaba la reconciliación a los arrepentidos incluso en el momento de la muerte. Sus sufragáneos de las Galias, decepcionados por la lentitud de Esteban, acudieron a san Cipriano. Los dos casos dieron oportunidad a una correspondencia en la que se advierte que, desde Cartago, se reconocía la plenitud de dominio de Roma, al menos sobre las Iglesias de las Galias y España. Lo que desconocemos es el grado de autonomía que cartagineses y orientales reservaban para cada obispo en su sede; indudablemente se trataba de un espacio muy amplio.

Surgió una cuestión todavía más delicada: la validez de un bautismo impartido por herejes. El año 255 san Cipriano la trató en un sínodo del que remitió después las actas al pontífice: indirectamente se reprochaba a Roma que dijese que no era necesario rebautizar a los fieles que lo recibieran de un hereje, bastando la imposición de manos para una reconciliación. Cipriano decía: no basta

la imposición de manos o la confirmación, pues éste es un sacramento de vivos, y estando los herejes espiritualmente muertos se necesitaba del segundo bautismo para su revivificación. Ignoramos cuál fue la respuesta concreta del papa, aunque no hay duda de que sostuvo su opinión con gran energía, afirmando *«nihil innovetur nisi quod traditum est»*. Esteban llegó a acusar a Cipriano de innovador; éste calificaba al papa de soberbio c impertinente.

Por una carta que Firmiliano de Cesárea escribió a san Cipriano, sabemos que el papa se dirigió a las Iglesias orientales reclamando unidad en esta cuestión. Así pues, el metropolitano de Cartago convocó un segundo sínodo en el otoño del 256 al que asistieron bastantes obispos del norte de África. Se había llegado a un punto que presagiaba la ruptura, pues los asistentes al sínodo afirmaron que ciertas cuestiones como la del bautismo de herejes eran competencia de cada Iglesia local en particular y no de Roma en nombre de todas. Esta vez Esteban se negó a recibir a la delegación que le llevaba las actas del sínodo e incluso se las ingenió para que les fuera negado el alojamiento. El fallecimiento del papa (257) y el de san Cipriano, mártir glorioso (258), evitaron que la querella prosperase.

Sixto II, san (31 agosto 257 - 6 agosto 258)

Griego de origen, su pontificado, aunque breve, resulta importante. El biógrafo de san Cipriano le describe como «bueno y pacífico sacerdote». No modificó la doctrina sostenida por su antecesor, y en un breve fragmento conservado de su carta a Dionisio de Alejandría, se contiene la defensa de la validez del bautismo de herejes, siempre y cuando hubiera sido administrado en nombre de la Santísima Trinidad. Las relaciones con san Cipriano volvieron a ser amistosas, sin duda porque fue aceptada la postura de éste: que pudiera ser competencia de cada obispo, en su propia Iglesia, la solución de los casos que se presentaran. En lo que las dos partes estaban absolutamente conformes era en que la legitimidad de cada sede venía de su fundador, que era siempre, directamente o por jerarquía de discípulos, un apóstol: las enseñanzas recibidas desde aquél constituían un deber de obediencia.

El emperador Valeriano, que comenzara mostrándose tolerante con los cristianos, modificó esta actitud a partir del año 257: se dictaron disposiciones que hacían obligatoria la participación en las ceremonias religiosas paganas y prohibían las reuniones en los cementerios. Esta última disposición exigió una nueva ley, pues quebrantaba la salvaguardia que siempre el derecho romano había otorgado a los cementerios. En pocos meses la persecución se endureció: obispos, presbíteros y diáconos fueron condenados a muerte mientras los laicos eran enviados a terribles trabajos forzados. El 6 de agosto del 258 los soldados entraron en la catacumba de Pretextato y encontraron a Sixto sentado en su cátedra, oficiando rodeado por sus diáconos. El papa y cuatro de éstos fueron decapilados en el mismo lugar; los otros tres sufrirían la misma suerte en los días siguientes. De este modo las autoridades imperiales creyeron haber arrancado de cuajo la Iglesia de Roma. De hecho, por la violencia de la persecución sería

imposible dar a Sixto un sucesor durante dos años, hasta que llegaron las noticias de la prisión y muerte de Valeriano.

Dionisio, san (22 julio 260 - 26 diciembre 268)

Cuando la persecución de Valeriano cesó, y Galerio (293-311) otorgó a los cristianos incluso la devolución de sus propiedades y cementerios, el clero y el pueblo eligieron a este griego de origen, Dionisio, que había servido fielmente a Esteban y a Sixto, habiendo influido al parecer en el apaciguamiento que caracteriza el segundo pontificado de ambos. Llegaba a la Sede Apostólica en un momento especialmente difícil, de desorganización a causa de la reciente persecución. El *Líber Pontificalis* le atribuye la primera gran reorganización de la diócesis, colocando a presbíteros en lugar de diáconos al frente de los distritos parroquiales y creando obispados suburbicarios bajo su autoridad. San Basilio el Grande, que vivió un siglo más tarde, transmite el recuerdo de la riqueza que había logrado ya reunir la Iglesia romana: ésta permitía acudir en auxilio de otras, como la de Capadocia, que padecían necesidad, y organizar operaciones de rescate de cristianos cautivos.

Llegaba a su fin la cuestión suscitada por el bautismo de herejes, aunque será preciso esperar a san Agustín (354-430) para alcanzar una explicación teológica aceptada por todos. Parece seguro que con ayuda de su homónimo de Alejandría, Dionisio logró una convivencia. Pero, justo entonces, surgió una nueva cuestión: algunos clérigos alejandrinos acusaron a su obispo de enseñar una separación tan radical entre el Padre y el Hijo que casi reducía a éste al nivel de las criaturas, negándose a proclamar la unidad esencial de ambos. La cuestión doctrinal era de tanta importancia que el papa decidió plantearla en un sínodo a celebrar en Roma. Allí se hizo, con la condena del sabelianismo y del subordinacionismo, una exposición doctrinal acerca de la Trinidad: tres personas en una sola esencia. Inmediatamente el papa remitió a Dionisio de Alejandría el acta, acompañada de una carta escrita con admirable sentido de la caridad: exponía cuál era la doctrina sostenida por la sede de Pedro e invitaba a Dionisio a explicar su propio pensamiento. Parece que la respuesta del patriarca de Alejandría fue plenamente satisfactoria porque la querella cesó.

Otro sínodo reunido en Antioquía depuso a Pablo de Samosata por considerar que sus enseñanzas eran adopcionistas. El patriarca Máximo comunicó esta decisión buscando del primado romano una confirmación del acuerdo. Ignoramos si Dionisio llegó a conocer el documento a él dirigido puesto que murió en los últimos días de diciembre del 268, de enfermedad. Se tenía la impresión de que las horas amargas para la Iglesia habían pasado y que no estaba lejos de alcanzar una convivencia con el Imperio: esto ayuda a comprender el desconcierto que provocó la inesperada persecución de Diocleciano.

Félix I, san (3 enero 269 - diciembre 274)

Romano, hijo de Constancio, es un papa del que se tienen pocas noticias a pesar de que corresponde a un tiempo en el que los conocimientos acerca de la

historia de la Iglesia son más abundantes. Consagrado el 5 de marzo a él correspondió responder a la carta en que Máximo, patriarca de Alejandría, daba cuenta del sínodo contra Pablo de Samosata. Félix respondió satisfactoriamente y estableció la comunión con el sustituto de Pablo, Domno. Hizo más: como el depuesto se negara a abandonar su sede, acudió al emperador Aureliano (270-275), el cual ordenó que la Iglesia antiocena fuera entregada a «aquellos con quienes están en comunión los obispos de Italia y en particular el de Roma». El papa estaba, pues, presentándose como interlocutor válido ante la autoridad imperial y no dudaba en acudir en petición de auxilio para restablecer el orden. Félix es uno de los papas cuyo enterramiento en San Calixto se ha comprobado.

Eutiquio o **Eutiquiano, san** (4 junio 275 - 7 diciembre 283)

Salvo la fecha de su elección y muerte, así como de su origen toscano y el nombre de su padre, Marino, nada puede decirse de este papa, el último de los que fueron enterrados en el mausoleo de San Calixto. Remando Valeriano y luego Diocleciano (284-305) en sus comienzos, la Iglesia no padecía persecución y se iba afirmando. Se ha supuesto que los documentos que habrían podido dar cuenta de su gobierno fueron destruidos en la violencia del año 304.

Cayo, san (17 diciembre 283 - 22 abril 296)

De nuevo, por las razones apuntadas, nos encontramos con un papa sin historia. El *Líber Pontificalis* hace a Caius o Gaius originario de Dalmacia y aun pariente de Diocleciano; una noticia imposible de comprobar o de rechazar. La Iglesia parecía haber encontrado finalmente una paz de hecho, aunque no de derecho. Los emperadores ilirios, al reordenar todas las creencias vigentes en el Imperio en una especie de sincretismo, tendían a reconocer la existencia legítima de posturas religiosas distintas, debidas a la variedad de tendencias y tradiciones humanas: en otras palabras la religión era el «modo» como cada pueblo o grupo se dirige a la divinidad. Las leyendas en las monedas hacen referencia a esta doctrina. En este caso, el cristianismo podía ser considerado como uno de estos «modos» y ser dejado en paz. Pero la Iglesia tenía que rechazar el sincretismo: ella era la depositaría de una verdad absoluta, revelada por el mismo Dios, que hacía falsas las creencias, y la aceptación del cristianismo obligaba a prescindir de todo lo demás.

Dos leyendas aparecen asociadas al nombre de Cayo, la de santa Susana, a la que se describe como su sobrina y cuyo culto se localizaría en las iglesias en que Cayo era titular, y la del martirio del soldado Sebastián a quien habría confortado. Ambas noticias parecen falsas. Fue enterrado en San Calixto, pero no en la cripta de los papas, por falta de espacio.

Marcelino, san (39 junio 296 - 25 octubre 304)

Se desconocen sus orígenes familiares. La única noticia comprobada es la autorización que concedió a uno de sus diáconos, Severo, para emprender re-

formas de ampliación en San Calixto, lo que prueba el crecimiento que había experimentado en este tiempo la comunidad cristiana. Su pontificado coincide enteramente con el gobierno de Diocleciano y la Tetrarquía. El cristianismo estaba penetrando en la misma casa imperial, donde Prisca, esposa del emperador, y su hija Valeria, mostraban evidentes muestras de simpatía hacia los cristianos. Uno de los césares, Constancio, había estado unido en concubinato (matrimonio de rango inferior) con una cristiana, Elena (t 330), de la que nació el futuro emperador Constantino. Este crecimiento era considerado por algunos colaboradores del emperador como un gran peligro. Y le incitaron a librar una batalla que por fuerza habría de ser decisiva: si el Imperio no lograba someter a la Iglesia, ésta impondría al Imperio sus condiciones de ser reconocida como «la» religión verdadera.

Desde el año 297 se publicaron decretos que excluían a los cristianos de la Administración y del ejército. La Iglesia obedeció, esperando que pasara esta tormenta como las anteriores. Pero el 23 de febrero del 303 una ley válida para todo el Imperio, aunque luego sería desigualmente aplicada, ordenaba recoger todos los libros, confiscar los cementerios y demás propiedades. Quienes acudieran ante los tribunales de justicia tendrían que ofrecer incienso a los dioses. Los donatistas afirmaron posteriormente que san Marcelino y los tres presbíteros que habrían de sucederle, esto es, Marcelo, Milcíades y Silvestre, habían entregado los libros. San Agustín consideró la acusación absolutamente falsa.

Es difícil pronunciarse sobre la cuestión: se trataba de soportar una tormenta que, por dura que fuese, habría de pasar y por tanto ciertos gestos podían constituir la mejor defensa. En tiempos posteriores, sin embargo, el nombre de san Marcelino fue omitido en la lista de papas y Dámaso I prescindió de él en los panegíricos ofrecidos a sus antecesores. El *Líber Pontificalis,* que dispuso de un acta de martirio de san Marcelino, dice que ofreció incienso a los dioses, pero que a los pocos días reconoció su error y fue entonces decapitado, junto con otros mártires. Este relato, ampliamente difundido en el siglo vi, carece de comprobación. En uno de los epigramas de san Dámaso se relaciona a Marcelino con quienes exigían penitencias muy serias para el perdón de los *lapsi,* que no se negaba.

Murió Marcelino cuando la persecución estaba en sus comienzos y no pudo ser inhumado en San Calixto, seguramente porque este cementerio estaba confiscado. Se llevaron sus restos a otro, de propiedad privada, el de Santa Pastilla, que pertenecía a la poderosa familia de los Acilio Glabrio.

Marcelo, san (noviembre/diciembre 308 - 16 enero 309)

El *Líber Pontíficalís* se muestra muy inseguro al ocuparse de este papa y, ante las graves imprecisiones cronológicas que han surgido, algunos investigadores admiten una posible confusión entre Marcelo y Marcelino, siendo aquél una trasposición del nombre de éste o, también, que Marcelo haya sido simplemente un presbítero colocado al frente de la sede vacante, pues sí parece se-

guro que, tras la muerte de Marcelino y debido a la dureza de la persecución, la Sede Apostólica estuvo vacante al menos tres años y medio. Las disposiciones de Diocleciano habían causado una tremenda confusión, de modo que cuando Majencio (306-312), tras afirmarse en el trono, se mostró más condescendiente con los cristianos, eran numerosísimos entre éstos los que habían sacrificado a los dioses o adquirido —en una especie de mercado negro— certificados *(libelli)* que así lo acreditaban. Y todos ellos acudían ahora a la puerta de la Iglesia para ser admitidos a reconciliación. Parece que san Marcelo fue acusado ante Majencio de usar demasiado rigor y que con ello causaba disturbios en la comunidad romana. El emperador habría decretado su destierro, en el que no tardó en morir. Sus restos fueron llevados a Santa Priscilla.

Esta reconstrucción de los hechos, bastante verosímil, tropieza sin embargo con inconvenientes cronológicos. Parece seguro que Marcelo fue elegido un 27 de mayo, pero ignoramos si fue en el 309 o después. Hay divergencias entre el *Líber Pontificalis* y otras fuentes. Por la misma razón tampoco estamos seguros de cuál sea el año de su muerte. Las noticias más antiguas le atribuyen una reordenación a fondo de la comunidad romana, dividida en veinticinco *tituli* con un presbítero al frente de cada uno de ellos.

Eusebio, san (18 agosto 309 - 21 octubre 310)

Las fechas arriba mencionadas proceden del Catálogo de Liberio redactado en el siglo ív, pero son muy inciertas. De todas maneras, sabemos que su pontificado fue breve y que coincide con las secuelas de la persecución. Las comunicaciones entre Roma y las demás Iglesias se habían visto extraordinariamente dificultadas por las medidas de las autoridades, la división del Imperio y el clima de guerra entre los sucesores de Diocleciano. La ciudad de Roma, que contaba con una de las más numerosas comunidades cristianas, se hallaba también afectada por disensiones. Parece evidente que la mayor parte de los fieles habían buscado medios, a veces absolutamente ficticios, para eludir la persecución, pero sin renunciar a seguir siendo cristianos. La penitencia a aplicar en cada uno de los casos era frecuente objeto de debate. San Eusebio, de acuerdo con la doctrina tradicional, defendía el derecho de todos a retornar, sin que por ello se rebajase el nivel de exigencia penitencial. Frente a él se alzó un disidente, Heraclio, que como en otro tiempo Novaciano, reclamaba la exclusión definitiva de los *lapsi.* La querella entre ambos bandos alcanzó extremos de dureza que permitieron a Majencio insistir en que los cristianos alteraban el orden: Eusebio y Heraclio fueron enviados al destierro en Sicilia, donde el papa no tardó en morir.

Melquíades o **Milcíades, san** (2 julio 311 - 10 enero 314)

La paz de la Iglesia. A este romano o africano, aunque de ascendencia griega, iba a corresponder el gran momento. Pocos meses antes de su elección el emperador Galerio había publicado una ley (30 de abril del 311) que reconocía por primera vez a los cristianos el derecho a profesar su religión «a con-

dición de que no hagan nada contra el orden establecido». El Imperio se plegaba a las demandas de la Iglesia, que adquiría personalidad jurídica; en consecuencia, las propiedades y cementerios confiscados durante la persecución fueron devueltos y, por primera vez, un 13 de abril del 312 el papa pudo presidir la Pascua en Roma sin ningún temor. Pese a las fantasías literarias no hay noticia de ningún enfrentamiento entre san Melquíades y Majencio en los meses que preceden a la victoria de Constantino (306-337) sobre el puente Milvio. Poco después de esta batalla, en febrero del 313, Constantino y Licinio, ahora únicos emperadores, se reunieron en Milán y decidieron no sólo confirmar el edicto de Galerio, sino añadir en favor de la Iglesia disposiciones que la hacían pasar de simple tolerancia a pleno reconocimiento social. Comenzaba lo que los historiadores llaman «imperio cristiano». Durante algunas décadas el cristianismo compartiría su legitimidad con las antiguas religiones, a las que no reconocía como verdaderas, y con el judaísmo, cuyo estatus de *religio licita* no había sido alterado.

Obviamente, Constantino esperaba del papa una colaboración semejante a la de los altos magistrados del Imperio. Fue probablemente durante su primera estancia en Roma cuando hizo a Melquíades un regalo que demuestra lo que apreciaba esta colaboración: el palacio que la emperatriz Fausta tuviera en el Monte Celio, llamado Letrán, por haber sido en tiempos cuartel de los soldados *laterani.* En él se establecería durante siglos la residencia de los obispos de Roma: la sala de justicia o basílica, convertida al culto cristiano, daría el modelo para muchas edificaciones semejantes. Las leyes imperiales no reconocieron ninguna legitimidad a la *gnosis,* considerada como simple secta. Dotada ahora de capacidad para adquirir y administrar bienes, la Sede Apostólica se encontró en condiciones de aumentar extraordinariamente su riqueza, que le llegaba por donaciones, herencias y otros medios. Esta riqueza era esencial: el crecimiento de la comunidad cristiana obligaba a tomar sobre sus hombros fuertes obligaciones, en el sostenimiento del culto, la remuneración de un clero cada vez más numeroso y la atención a viudas y necesitados.

Donatismo. Dentro del esquema imperial, Constantino deseaba que el papa y los patriarcas convirtieran su primacía en un poder jurisdiccional más completo para establecer disciplina. Estalló en África un conflicto en torno a la cuestión, tantas veces debatida, del perdón que debía otorgarse a los *lapsi;* aquí, los rigoristas declararon la ilegitimidad del obispo Ceciliano de Cartago, alegando que uno que intervino en su consagración, Félix de Aptunga, había sido un *traditor.* Procedieron a la elección de un antiobispo, Mayorino, que falleció pronto, al que sustituyeron por su propio líder, Donato. De él procede el nombre que se dio a esta facción, «donatismo». Excluía definitivamente de la Iglesia a quienes hubieran entregado (de ahí el término *traditor* que equivale a nuestro «traidor») libros o propiedades. La división de la comunidad cristiana estuvo acompañada de disturbios y perturbaciones del orden. Constantino pidió al papa Melquíades que, asesorado por otros obispos de las Galias, decidiera acerca de esta cuestión.

Pero Melquíades convirtió la reunión en un sínodo al convocar también a quince obispos italianos: estuvieron presentes Ceciliano y Donato. Se trataba de resolver una profunda querella teológica que fue fallada en el sentido que marcaba la tradición romana: la validez del sacramento no depende de la conducta moral de quien lo imparte. En consecuencia, Ceciliano fue reconocido. Como Donato se empeñó en seguir defendiendo que los laicos caídos en pecado debían ser bautizados de nuevo, y los sacerdotes reordenados, se pronunció contra él una sentencia de excomunión. Los donatistas, organizados como un movimiento de resistencia dentro de la Iglesia, acudieron de nuevo a Constantino, acusando a Melquíades y a sus dos antecesores de haber sido *traditores*, por lo que la sentencia resultaba inválida. Constantino, preocupado por el mantenimiento del orden, pidió a Melquíades que convocara un concilio de todas las Iglesias occidentales a fin de que quedara resuelta la cuestión y se pudieran dar órdenes a las autoridades provinciales. Pero el papa murió antes de que se inaugurara este concilio, previsto para el 1 de agosto del 314.

Silvestre I, san (31 de enero 314 - 31 diciembre 335)

Los concilios. Es difícil saber si el dato de que era romano, hijo de Rufino, que proporciona el *Líber Pontiflcalis*, es exacto; la figura de este papa se encuentra tan afectada por leyendas que a veces resulta imposible distinguir lo falso de lo verdadero. Sin embargo, esas mismas leyendas ayudan a comprender la conciencia que siempre ha habido sobre la importancia de este largo pontificado. Los donatistas trataron de crear en torno a su persona una imagen negativa y absolutamente falsa: el hecho de que se le titule oficialmente como «muy glorioso» indica sin duda que era considerado como un confesor resistente de la persecución. Sus relaciones con el Imperio reflejan ya la ambigüedad que comenzaba a producirse: es indudable que recibió de Constantino importantes regalos; pero es indudable también que el emperador, todavía no bautizado, gustaba de ser llamado «obispo del exterior», denotando el proyecto de colocar a la Iglesia como una de las instituciones directamente subordinadas a su poder.

Por ejemplo, en el concilio convocado en Arles el año 314 para resolver la cuestión donatista, no presidieron los delegados del papa, sino el obispo Chrestus de Siracusa, que llevaba el encargo del propio emperador. Silvestre justificó (al ausencia con el escaso tiempo transcurrido desde su elección, y luego confirmó los acuerdos tomados y los difundió por medio de una carta que explicaba con suficiente claridad la primacía de Roma, al menos sobre todas las Iglesias de Occidente. En el verano del 325, al ser convocado el Concilio de Nicea por el emperador, a fin de resolver la cuestión arriana, Silvestre fue simplemente invitado como cualquier otro obispo y sus legados no fueron colocados en la presidencia que ostentó, en nombre del emperador, Osio de Córdoba. Hubo *a posteriori* una pequeña enmienda, puesto que los legados firmaron las actas los primeros inmediatamente después del presidente. Se perfilaba, mediante estos pequeños gestos, la política imperial: para Constantino los obispos

eran ante todo funcionarios de alto rango que se ocupaban de un sector tan importante como el de la vida religiosa. Reconocida oficialmente la Iglesia, su clero recobraba la plena condición legal de ciudadanos, con sus derechos y también con sus obligaciones.

La Edad Media, que tuvo que sufrir las consecuencias de esta situación, trató de engrandecer la figura de san Silvestre mediante leyendas. Es un hecho cierto que en la comunicación de las actas de Arles y del Símbolo de Nicea, había una afirmación del primado romano. Lo es también que Constantino, sin incluir a Silvestre entre sus consejeros, consideró la sede de Roma como la primera, haciendo abundantes donaciones, como los terrenos sobre los que a partir del 319 se edificaría la basílica de San Pedro en el Vaticano, y los medios para sostener adecuadamente las otras Iglesias. Las dos grandes basílicas, la de San Juan en Letrán y la de San Pablo en la vía Apia, unidas ahora a la nueva levantada sobre el sepulcro de san Pedro, eran como las tres columnas para la edificación de un nuevo poder espiritual. Todos estos bienes, junto con los que procedían de donaciones de particulares, se integraron en lo que comenzaba a llamarse Patrimonium Petri, que era todavía un conjunto de propiedades privadas. En poco tiempo el papa llegaría a convertirse en el más acaudalado propietario de Roma y sus copiosas rentas le permitirían asumir funciones sociales y de beneficencia a medida que éstas eran abandonadas por la autoridad imperial.

La leyenda. Entre los siglos v y viii se forjaron las tres leyendas que encontramos reflejadas en muchas obras de arte:

— Primera, que fue san Silvestre quien convirtió, bautizó y curó de la lepra a Constantino; en realidad, el emperador recibiría el sacramento en su lecho de muerte y de manos de un obispo considerado favorable al arrianismo.

— Segunda, que en agradecimiento, Constantino otorgó a Silvestre el uso de la diadema imperial, con la mitra, el *pallium,* la clámide y todos los signos externos correspondientes a la majestad, incluyendo el *calceus mullas.*

— Tercera y más tardía, que, no contento con esto, Constantino, al confirmar el primado de Roma sobre todas las sedes patriarcales, le otorgó el pleno dominio sobre «la ciudad de Roma y todas las provincias, vicos y ciudades, tanto de Italia entera como de todas las regiones occidentales». La Falsa Donación de Constantino, sobre la que volveremos, es una superchería forjada en torno al año 778, pero su falsedad no fue descubierta hasta el siglo xv.

Por haber fallecido el 31 de diciembre se dedica a su memoria la noche final de cada año. Fue enterrado en el cementerio de Priscilla.

Marcos, san (18 enero - 7 octubre 336)

Hijo de Prisco y nacido en Roma, se quiere identificar con el personaje que aparece mencionado en la carta de Constantino a san Melquíades encomendándole la solución de la controversia en torno a Ccciliano; en este caso, hay que concluir que se trataba de un clérigo influyente. Coincide con el momento

en que se inicia en Oriente la gran polémica en torno al Símbolo de Nicea y en que san Atanasio (295? - 373?), patriarca de Alejandría, es desterrado por el emperador a Tréveris. No tenemos sin embargo noticia de ningún contacto entre él y el obispo de Roma, sin duda porque el pontificado de san Marcos es demasiado breve, o quizá porque aquella contienda en torno a la naturaleza de Cristo que sacudía a las Iglesias orientales tenía poca repercusión en Occidente: aquí el Símbolo de Nicea se aceptaba sin ninguna duda. Un motivo distinto de distanciamiento entre los dos ámbitos, latino y griego, estaba surgiendo. Constantino decidió construir una nueva capital que llevara su nombre, en la antigua Bizancio, no manchada por el martirio y la persecución. De este modo se privaba a Roma de su rango, empujándola poco a poco a una posición marginal. Los obispos de Constantinopla, empujados por el emperador, reclamaron el rango de patriarcas, aunque no podían invocar la fundación apostólica.

Esta disyunción iba a permitir al papa cobrar una progresiva independencia: permanecían en Roma el Senado, de ámbito cada vez más local, y el prefecto referido exclusivamente a la ciudad y su entorno. En ella se albergaba una autoridad universal, la del sucesor de Pedro. Se atribuye a san Marcos la costumbre de enviar el *pallium* —es decir, la banda orlada de cruces hecha con lana blanca como signo de primacía— a otros obispos como signo de dignidad y de dependencia. El primero de todos fue entregado al obispo de Ostia que, en adelante, tendría la misión de oficiar en la consagración de los papas. San Marcos levantó dos iglesias en Roma, una a su propio nombre, que pronto fue asignada al evangelista san Marcos, y otra a santa Balbina, en la actual vía Ardeatina. La primera de ambas ha quedado subsumida en el actual palacio de Venecia, antigua sede de la embajada de la Serenísima.

Se inició entonces la redacción de las listas de defunción de obispos y de mártires. Roma estaba cobrando conciencia de su propio pasado cristiano.

Julio I, san (6 febrero 337 - 12 abril 352)

Ignoramos la causa del interregno de cuatro meses que se produjo antes de la elección de este romano, lleno de energía, cuyo pontificado se inicia coincidiendo con la muerte de Constantino. En sus últimos años, impulsado por su consejero, Eusebio de Nicomedia (280-341), el emperador se había inclinado en favor de un arrianismo moderado, más acorde con la filosofía helenística. Los obispos despojados de sus sedes, Atanasio de Alejandría y Marcelo de Ancira, acudieron entonces a Julio en demanda de ayuda. También lo hizo, desde el bando opuesto, Eusebio de Nicomedia. Había en estas apelaciones un reconocimiento de la singularidad de la Sede Apostólica. Julio I es el que usa ya título de papa. Invocando su condición de cabeza, apoyó a Atanasio y recibió a Marcelo en su comunión, una vez que éste hubo suscrito la fórmula de fe que se empleaba en Roma y que coincidía plenamente con el Símbolo de Nicea. Julio respondió a Eusebio con reproches por haber tomado medidas contra san Atanasio, ignorando la estrecha comunión existente desde antiguo entre Roma y Alejandría.

Cuando un sínodo celebrado en Antioquía en el verano del 341, aprobó un Símbolo en que omitía la frase «consustancial al Padre», Julio, que el mismo año presidió un sínodo en Letrán confirmando sus posiciones, propuso a los emperadores Constante y Constantino II la celebración de un concilio ecuménico en Sardes, bajo la presidencia de sus legados. Cuando éstos reclamaron la presencia de san Atanasio y de Marcelo de Ancira, muchos eusebianos presentes abandonaron la asamblea. El concilio continuó sus trabajos. No sólo se produjo la rehabilitación de los dos depuestos, sino que se aprobaron cánones que establecían con claridad la superioridad del papa; en adelante, se dijo, cualquier obispo depuesto podría apelar a Roma. Dos grandes enemigos de Atanasio, Ursacio y Valiente, se dirigieron entonces al papa solicitando una reconciliación y fueron aceptados.

Una tradición que recoge el *Líber Ponficalis* atribuye a Julio, además de la fundación de las iglesias de Santa María in Trastévere y de los Santos Apóstoles, el establecimiento de una cancillería que imitaba la de los emperadores. Roma iniciaba, de este modo, la erección de una burocracia: el principal de los funcionarios, en esta primera etapa, llevaba título de *primicerias notariorum.* La utilización del papiro como materia escritoria es, probablemente, la causa de que no se haya conservado documentación. En relación con estos cambios se encuentra el canon establecido ya entonces que prohibía a los clérigos acudir con sus causas ante tribunales civiles.

y

Liberio (17 mayo 352 - 24 septiembre 366)

Las disputas teológicas. La querella cristológica, ahora que los emperadores eran oficialmente cristianos, llegaba a su punto culminante: se trataba de acomodar el pensamiento helenístico, todavía muy vivo (Juliano —361-363—, sucesor de Constante II —337-350—, recurriría a él en su proyecto para prescindir del cristianismo en la reconstrucción del Imperio), a la fe cristiana. Constancio II, convertido en emperador único, estaba absolutamente decidido a luchar en esta línea, favoreciendo un arrianismo mitigado, por razones políticas: evitar la tremenda disociación que el cristianismo reclamaba, Liberio, nacido en Roma, se mostró defensor absoluto del Símbolo de Nicea, que garantizaba una fe en la divinidad de Jesucristo *(pmousios* = «consustancial» al Padre), pero buscaba también vías de entendimiento entre las Iglesias. Pidió al emperador Constancio, como solución, la convocatoria de un concilio que decidiese, como ya sucediera en Nicea. Los consejeros de Constancio se mostraban vehementes enemigos de san Atanasio, en quien veían el principal protagonista de la radical oposición.

Los obispos occidentales se mostraron cada vez más partidarios de san Atanasio; algunos de ellos escribieron al papa pidiendo que se opusiera a su deposición. Constancio II aceptó la propuesta de convocatoria de un concilio, señalando la ciudad de Arles y el año 353; le influían poderosamente Ursacio y Valiente, que no habían renunciado a su posición antiniceana. La asamblea no se ocupó de aclarar la doctrina, sino de juzgar a Atanasio. Las presiones fueron

tan fuertes que incluso los legados pontificios acabaron admitiendo la sentencia condenatoria. Liberio protestó, desautorizando a sus legados y reclamando una nueva convocatoria del concilio, esta vez en Milán (octubre 355). Se había producido entre los arríanos una división: mientras que los radicales afirmaban que Cristo era *anomoios* (= «desemejante» al Padre), un sector mayoritario se mostraba dispuesto a admitir una cierta *omoia* (= «semejanza»), aunque no extensiva a la esencia divina. Nuevamente en Milán triunfó la maniobra de centrar los debates en torno a la persona de Atanasio y no en la doctrina. Quienes se negaron a ratificar la sentencia, fueron desterrados. Tropas imperiales ocuparon Alejandría para capturar al terco patriarca, que pudo huir al desierto. Liberio fue conducido a Milán y, cuando se negó a capitular, se le aplicó la pena reservada a los funcionarios desobedientes: el confinamiento en Beroea (Tracia).

Cuando un funcionario imperial, culpable de desobediencia, era desterrado, perdía automáticamente su oficio. Así se hizo con Liberio: los partidarios del emperador procedieron a elegir un nuevo papa, Félix, el cual tardó bastante tiempo en aceptar, consciente de la impopularidad que despertaba su persona. El emperador se encontraba ante un nuevo problema: la consagración de Félix por tres obispos arríanos provocó un verdadero levantamiento en Roma: sus calles eran campo de una guerra civil. Constancio pensó que era conveniente propiciar el regreso de Liberio, haciéndole aceptar una fórmula, lo cual al parecer consiguió a principios del año 357. Así surge la «cuestión del papa Liberio», que sería esgrimida incluso en el Concilio Vaticano I como un argumento contra la infalibilidad pontificia. La pregunta es: ¿capituló el papa sometiéndose a una doctrina no ortodoxa? Sozomenos dio ya una explicación que dejaba a salvo la integridad del papa, aunque autores como san Anastasio, san Jerónimo o Filostorgia, hablan de una verdadera capitulación.

La cuestión de Liberio. G. Moro («La cuestión del papa Liberio», *Revista Eclesiástica,* 1936) entiende que para comprender lo sucedido es necesaria una referencia a los debates internos de los arrianófilos. Éstos, reunidos en Ancira (Ankara) el año 358 habían hallado una fórmula que permitía decir de Cristo que era *omoiousios* (= «semejante en esencia» al Padre), la cual, traducida al latín, parecía compatible con la ortodoxa. Esta fórmula, conocida como la «tercera de Sirmium», fue la presentada al papa precisamente en esta ciudad (la actual Mitrovica) y pudo ser aceptada por éste. Quedaban matices muy fundamentales, pero había una posibilidad de entendimiento, algo que el propio Liberio buscaba. Los arríanos la rechazaron.

Constancio II autorizó el retorno de Liberio a Roma, aunque imponiendo la condición de que Félix conservara su condición de obispo, estableciéndose una especie de diarquía. El papa fue recibido con grandes aclamaciones («un Dios, un Cristo, un obispo») y Félix tuvo que huir de la ciudad. Parece que las autoridades imperiales arbitraron entonces un procedimiento para que el fugitivo siguiera ejerciendo funciones episcopales hasta su muerte (22 de noviembre del 365) en algunas de las villas suburbicarias de Roma.

La debilitación del prestigio y de la influencia de Liberio fue la consecuencia de tan desdichados sucesos. Cuando el año 359 se reunió un concilio en Rímini, suprema esperanza del emperador para imponer también en Occidente sus puntos de vista, el papa ni siquiera fue invitado. Bajo la dirección de Constancio y de su equipo, la templada «tercera fórmula de Sirmium» parecía triunfar, revelando además que la «semejanza» se inclinaba más del lado de la distinción entre las esencias del Padre y del Hijo que del de la identidad. En este momento falleció Constancio II (3 de noviembre del 361) y su sucesor, Juliano, al rechazar a la Iglesia —será llamado «apóstata»— la dejó al mismo tiempo en libertad para resolver sus querellas. Liberio recobró la dirección y su energía. Restableció la comunión con Atanasio, que pudo regresar a Alejandría. En esta ciudad se reunió un sínodo que, reclamando el Símbolo de Nicca, acordó sin embargo medidas conciliatorias para que los disidentes pudieran retornar sin traumas a la unidad. Liberio operó de la misma manera: invitó a la comunión a todos los presentes en Rímini con la única salvedad de que debían aceptar el Símbolo de Nicea. Desde el 366 dicho Símbolo iba a convertirse en signo de identidad para la Iglesia universal.

Aunque la memoria posterior le haya sido desfavorable, hasta el punto de omitirse su nombre en la lista de santos, es evidente que su pontificado se cerró con un gran servicio a la unidad de la Iglesia y que su transitoria debilidad dialogante fue eficaz a la hora de evitar una ruptura entre Oriente y Occidente. Construyó en el Esquilmo una basílica sobre la cual se alzaría, un siglo más tarde, Santa María la Mayor. También en su tiempo comenzó a redactarse el llamado Catálogo Liberiano, que proporciona una cronología de emperadores, papas, mártires y confesores.

El archidiácono Félix figura, a veces, como el segundo de este nombre en la serie de papas, lo que parece indicar que su ilegitimidad fue tenida al menos como dudosa. Constancio pretendía que se aceptara una fórmula, dualidad, extraña a la esencia de la sede de Pedro; lo que verdaderamente consiguió fue una división. Es evidente que la legitimidad corresponde únicamente a Liberio. Curiosamente, la leyenda se apoderó de los dos personajes y, olvidando que Félix había sido consagrado por tres obispos semiarrianos, invirtió los términos como si Liberio fuera el claudicante, y Félix, confundido con otros mártires del mismo nombre, recibió un verdadero culto, como si hubiera entregado su vida en defensa de la fe niceana.

Dámaso I, san (1 octubre 366 - 11 diciembre 384)

Un papa español. Nació en Roma de padres españoles, y fue educado en el servicio de la Iglesia. Su padre recibió el presbiterado después de haber contraído matrimonio. Sabemos que su madre se llamaba Lorenza y su hermana Irene. Diácono al servicio de Liberio, al que acompañaba en Milán, estuvo también al servicio de Félix para retornar al del papa cuando éste regresó. A la muerte de Liberio (24 septiembre 366) estallaron revueltas en Roma, pues los partidarios del difunto, en minoría, eligieron y consagraron al diácono Ursino,

mientras que la mayoría, a la que se incorporaban los partidarios de Félix II, aclamaban a Dámaso. Durante el mes de octubre vivió Roma un clima de guerra civil, con numerosos muertos; finalmente Dámaso y los suyos, dueños de Letrán y de Santa María la Mayor, consiguieron expulsar a Ursino. El apoyo de la corte imperial permitiría a san Dámaso afirmarse en el poder, aunque los ursinistas difundieron entre los obispos italianos muchos informes y noticias desfavorables; el año 371 un judeoconverso, Isaac, llegaría a presentar una acusación criminal ante los tribunales del Imperio, pero intervino el emperador y Dámaso fue absuelto. Este proceso sirvió para que la Iglesia adoptara importantes cánones en materia de justicia: a partir del 378 Roma es considerada por todas las Iglesias occidentales como tribunal de apelación o de primera instancia, según los casos, mientras que los tribunales episcopales tendrían jurisdicción en todas las materias relativas a la fe y las costumbres, quedando a las autoridades del Imperio únicamente la ejecución de las sentencias que por aquéllos fuesen dictadas.

Esas dificultades iniciales no impiden que el pontificado de san Dámaso sea importante y fecundo. De las construcciones, destinadas a hacer de Roma una ciudad cristiana, es buena muestra el trazado actual de San Pablo Extramuros. Buscaba deliberadamente levantar el nivel cultural de la Iglesia. Inspiró la legislación de Valentiniano I (364-375), Graciano (375-383)y, sobre todo, Teodosio (379-385). Contribuyó a un acercamiento entre la vida cristiana y la sociedad romana, mostrando con sus maneras aristocráticas que no había ninguna incompatibilidad entre ellas. De este modo hacía aparecer las corrientes heréticas como el arrianismo, el apolinarismo (que atribuía al Espíritu Santo el papel de alma humana de Jesucristo), el sabelianismo dualista o el macedonianismo (que rechazaba la naturaleza divina del Espíritu Santo) como amenazas contra el orden social. La ortodoxia era el verdadero término de llegada del rico pensamiento helenístico y así combatió todo rigorismo, como el de los discípulos de Lucifer de Caglari, y propugnó frente al priscilianismo una actitud más moderada que la de sus jueces. En suma, el cristianismo tenía que convertirse en el nuevo elemento integrador de la sociedad y por ello no veía inconveniente en acudir a las autoridades imperiales cuando se trataba de corregir desviaciones.

La búsqueda de la unidad. Esa unidad integradora, en opinión de Dámaso, estaba íntimamente vinculada al reconocimiento del primado de Roma y no por razones políticas, sino porque así lo había dispuesto Cristo al entregar a Pedro los poderes para atar y desatar. Su principal éxito fue alcanzado cuando Teodosio (27 de febrero del 380) declaró la fe cristiana como religión oficial del Imperio, tal como la recibieran los apóstoles y ahora Dámaso y Pedro de Alejandría la sostenían. Roma era, pues, fiel custodia de la ortodoxia. En asuntos que le parecían de importancia, Dámaso no cedía: en la sede de Antioquía apoyó a Paulino, riguroso niceano, frente a Melecio, partidario de ofrecer concesiones, y aunque aquél representaba a un grupo minoritario, consiguió hacerle triunfar.

Se reunió el concilio ecuménico en Constantinopla (381) para clarificar definitivamente la doctrina de un Símbolo de Fe que precisaba aún más que el de Nicea. Pero cuando los legados pontificios habían abandonado la ciudad, se aprobó un canon que reconocía a Constantinopla —la «nueva Roma»— un honor semejante al de la «vieja Roma». Dámaso se negó a confirmar las actas aunque no el Símbolo. Estaba surgiendo la importante fisura: los orientales, esgrimiendo razones políticas, parecían dispuestos a admitir una primacía de honor de Roma sobre toda la Iglesia, y de jurisdicción sobre Occidente, pero haciéndola depender de su capitalidad en el Imperio; por esa misma razón debía recaer ahora sobre Constantinopla una primacía sobre Oriente. Dicha fisura nunca se cerró por completo y acabaría generando la división. Hay un trasfondo en el entusiasmo con que Dámaso se lanzó a su tarea de construcciones —por ejemplo San Lorenzo in Dámaso— y de afirmación del culto a los mártires: no era la Roma pagana la que daba gloria al mundo, sino la cristiana, fertilizada por la sangre de los que murieron por su fe. Reorganizó los archivos y las actas y puso a san Jerónimo al frente de su secretaría. La obra fundamental de este santo fue proporcionar una versión latina de la Biblia, la Vulgata, heredera de la de los Setenta y considerada como texto fehaciente para todo el Occidente.

El papa era ya un gran poder. No sólo por la riqueza acumulada y por su influencia social que le permitían asumir poco a poco la administración de Roma, sino porque en medio de la general decadencia urbana, que se acentuaría durante siglos, estaba surgiendo la gran ciudad cristiana, centro intelectual y artístico al servicio de la fe. Dámaso contribuyó a ello con textos litúrgicos, obras poéticas y un tratado que cantaba las excelencias de la virginidad. Sus restos mortales, depositados primero en una pequeña iglesia de la vía Ardeatina, fueron luego inhumados en San Lorenzo in Dámaso.

Ursino o Ursicino, que figura en los registros como antipapa, retuvo hasta el día de su muerte la pretensión de ser el verdadero electo. Sus partidarios, especialmente los diáconos Amancio y Lupus, combatieron a san Dámaso con todas sus fuerzas, sin detenerse en las graves calumnias. El emperador Valentiniano II (375-392) encomendó al prefecto de la ciudad, Praetextatus, que buscara una fórmula de paz, repartiendo el territorio entre ambas facciones, pero los ursinistas consideraron esta decisión como una victoria y causaron en los años 367 y 368 tales desórdenes que las autoridades civiles se vieron en la necesidad de intervenir, prohibiéndoles la estancia en un radio de veinte millas en torno a Roma, luego ampliado a cien. Es evidente que dichas autoridades se resistían a intervenir en un asunto que quedaba fuera de su competencia (las condiciones que debe reunir un papa para ser considerado legítimo) y, aunque apoyaron a Dámaso, se negaron a tomar medidas contra su rival. El conflicto se apaciguó tras la muerte de Dámaso (384).

Siricio, san (diciembre 384 - 26 noviembre 399)

Nacido en Roma, era uno de los diáconos al servicio de Liberio y Dámaso. Aunque san Jerónimo aspiraba probablemente a ocupar la sede romana, fue

unánime la proclamación de Siricio, ya que de este modo parece que se unían nuevamente las facciones. Un rescripto imperial (25 de febrero del 385) ordenó a los ursinistas césar en sus demandas y reconocer a Siricio como único papa. Valentiniano II le hizo importantes donativos a fin de que la basílica de San Pedro fuese ampliada y embellecida. Sin embargo, san Jerónimo, que abandonó entonces Roma, describe a Siricio en términos desfavorables, como altanero, un juicio desfavorable que comparte Paulino de Nola y que se refiere sin duda tan sólo a uno de los aspectos de su pontificado.

Tal como Francis Dvornik *(Byzantium and the Román Primacy,* Nueva York, 1966) ha señalado, la cuestión más importante era la que arrancaba del canon de Constantinopla (381), rechazado por san Dámaso, acerca de las dos «primacías». Siricio publicó la primera de las decretales conservadas (11 febrero 385) dirigida a Himerio, obispo de Tarragona y a todos los demás obispos de España, África y las Galias, en la cual afirmaba que «llevamos sobre nuestros hombros la carga de cuantos andan necesitados; más aún lleva en nosotros esta carga el bienaventurado apóstol Pedro que, según confiamos, ampara y protege al que es heredero de su administración». En esta decretal se fallaban, con la misma autoridad que si procediera de un concilio, importantes cuestiones como el celibato clerical, la penitencia de herejes, la edad y condiciones de las ordenaciones presbiterales, el calendario de la Pascua y Pentecostés, así como las formas de impartir la penitencia. Y se añadía una cláusula muy importante: ningún obispo podía ser considerado legítimo sin la comunión con el de Roma. Ese mismo año 385 Siricio otorgaba al obispo de Tesalónica poderes para confirmar a los de Iliria: era prácticamente la primera manifestación de un vicariato apostólico.

La autoridad primada se manifiesta con más claridad en las cuestiones doctrinales. Prisciliano, denunciado por obispos españoles como hereje pelagiano, había sido juzgado y ejecutado por orden del emperador Máximo (383-388). Siricio, contando con el apoyo de san Ambrosio de Milán, aunque rechazaba el priscilianismo en cuanto doctrina, excomulgó a los obispos responsables de lo que a sus ojos era un crimen: el hereje debe ser confundido y reconciliado, pero no muerto. Exigió que a los priscilianistas se aplicara estríctamente ese criterio de penitencia y perdón. El año 392, en un sínodo romano, fue excomulgado Joviniano, un monje que sostenía la doctrina de que María había perdido su virginidad al dar a luz, y también Bosus, obispo de Naissus (Nisch), que afirmaba que la Virgen había tenido otros hijos además de Jesús. También intervino, con eficacia, en un cisma que dividía a la Iglesia de Antioquía. Una inscripción conservada hasta hoy revela que consagró la basílica de San Pablo. Fue enterrado en la de San Silvestre, aneja al cementerio de Priscilla.

Anastasio I, san (27 noviembre 399 - 19 diciembre 401)

Romano de nacimiento, tuvo el pleno apoyo de san Jerónimo que, aunque instalado en Belén, contaba con abundantes partidarios. También mantuvo buenas relaciones con Paulino de Nola. Acababa de publicarse una traducción

latina de los *Primeros principios* de Orígenes, obra de Rufino de Aquileia. San Jerónimo denunció este libro recordando que las doctrinas de Orígenes padecían abundantes desviaciones y el patriarca de Alejandría, Teófilo, dio cuenta de los graves daños que en su propia comunidad causaba el origenismo. San Anastasio, tal vez no por propia iniciativa, planteó la cuestión ante un sínodo romano del que salió una sentencia condenatoria comunicada a todos los obispos de Italia con mandato de obediencia. Rufino se sintió amenazado y envió al papa un escrito justificándose, tanto por la traducción, en que afirmaba que no había desviaciones doctrinales, como por su propia postura, firme en la fe. Por una carta al obispo Juan de Jerusalén, bajo cuya obediencia vivía san Jerónimo, sabemos que el papa confirmó la sentencia del sínodo, pero prohibió tomar medidas contra Rufino, remitiendo su actividad al juicio de Dios.

Anastasio no dio en ningún momento señales de debilidad. Conservó la directa dependencia de Tesalónica y su vicariato, demostrando así que consideraba el Ilyricum (en realidad los Balcanes) dentro de la jurisdicción romana. Cuando los obispos de África solicitaron de él una mitigación de las sentencias contra el donatismo, se negó, exhortándoles a combatir la herejía hasta su total extinción. Entre las disposiciones tomadas durante este pontificado figura la de que los obispos, presbíteros y diáconos se cubrieran la cabeza durante la lectura del Evangelio, en la misa.

Inocencio I, san (27 diciembre 402 - 12 marzo 417)

Un obispo de toda la cristiandad. Romano, según san Jerónimo era hijo de san Anastasio y diácono cuando fue elegido sin dificultades. De él se han conservado treinta y seis cartas que permiten conocer cuan extensa y variada era la autoridad que ejercía y que permiten a ciertos historiadores afirmar que fue el primer obispo de Roma que actuó como papa en el pleno sentido de la palabra. Sus disposiciones, incorporadas luego al conjunto de las decretales, aunque fueran dirigidas a obispos concretos como Euxuperio de Toulouse, Victricio de Rouen y Decencio de Gubbio, pasaron a ser leyes generales en la Iglesia. Esto se pone en evidencia cuando los obispos españoles, reunidos en sínodo en torno al año 400, reclamaron del papa que confirmara sus disposiciones. Materias disciplinarias, pastorales y litúrgicas forman el contenido de sus cartas: en todas ellas hay un denominador común: la «norma romana» debía considerarse como umversalmente válida. Dos concesiones fueron exigidas: que la legitimidad de los obispos dependiera de la aceptación expresa o tácita de la Sede Apostólica y que en todas las causas graves asistiera al obispo de Roma un derecho de apelación. Como una consecuencia de dicha exigencia nacían los vicariatos, el primero de los cuales fue el de Tesalónica, en la línea antes indicada: el 17 de junio del 415 fue extendida la credencial que encomendaba al obispo Rufo para que «en su nombre» rigiera todas las Iglesias en la prefectura de Iliria.

En un momento de grave crisis para el Imperio —las provincias occidentales comenzaban a escaparse de sus manos—, la cristiandad no podía ser una

suma de Iglesias locales, unidas solamente por el vínculo de la caridad, cada una con sus peculiares problemas: Inocencio consideraba indispensable la consolidación de la unidad en esa voluntad de Jesucristo comunicada a san Pedro. Llegó a escribir: «Todo lo que ha sido transmitido a la Iglesia por el apóstol Pedro y ha sido observado hasta ahora, ha de ser observado por todos.» Corresponde en consecuencia a la Sede Apostólica plena y eminente autoridad: en la liturgia todos debían guiarse por la norma romana; y las disposiciones que en materia de fe y de costumbres fueran tomadas por el papa debían considerarse como de valor universal. Aparece bien clara esta línea de conducta cuando, por sus enfrentamientos con el gobierno bizantino, san Juan Crisóstomo fue despojado de la sede patriarcal y murió en el destierro. San Inocencio se negó a reconocer al nuevo patriarca, nombrado por el emperador, y rompió la comunión con los obispos que habían tomado parte en la condena del famoso orador. También apoyó a san Jerónimo contra los enemigos que se alzaron contra él en Palestina.

Caída de Roma. Tuvo que asistir, como espectador y protagonista, a los terribles sucesos que afectaron a Roma. Desde el año 408 los visigodos, con su rey Alarico (370? - 410), estaban en Italia, proclamándose vengadores de Estilicón y de otros oficiales bárbaros al servicio de Roma que habían sido asesinados; en realidad se trataba de obtener el botín que un pueblo desplazado de sus raíces necesitaba para seguir viviendo. Roma tuvo que pagar rescate para ganar tiempo. El papa presidió una legación que viajó a Rávena, residencia del emperador Honorio (395-423), propiciando una tregua para salvar Roma; estaba providencialmente ausente cuando esta ciudad fue tomada por Alarico, el 24 de agosto del 410, sometiéndola a saqueo durante tres días. Muchos paganos vieron en la catástrofe un signo de la cólera de los antiguos dioses, obligando a san Agustín y a Orosio (t 418) a escribir sus dos grandes obras, *La ciudad de Dios* y *Siete libros de historia contra paganos*, para fundar una nueva conciencia histórica que atribuye al pecado el mal y ve en los aparentes desastres una vía indirecta de la Providencia. El papa no regresó a Roma hasta el 412, poniendo entonces todos los recursos de la Iglesia a trabajar con un objetivo: la reparación de la ciudad que, abandonada por los emperadores, era ya solamente la cabeza de la cristiandad.

El saqueo de Roma tuvo otras consecuencias: el Imperio, desinteresado en Occidente —no tardaría en confiar a los visigodos la pacificación de España—, volcaba su atención en la parte oriental y trataba de resolver los problemas eclesiásticos de aquélla sin consultar a Roma. Pero cuando estalló la querella en torno al pelagianismo (doctrina que confiaba la salvación del hombre a las propias acciones, rebajando decisivamente el papel de la gracia divina) y un concilio, celebrado en Diósopolis (Lidda) pareció colocarse al lado de los herejes (415), los obispos africanos, liderados entonces por san Agustín, se dirigieron al papa para que confirmara la doctrina que ellos habían aprobado en sus respectivos sínodos. Inocencio lo hizo así, aprovechando la oportunidad para explicar a sus interlocutores que habían procedido de manera correcta, ya que

en cuestiones graves, como la suscitada por los pelagianos, se debía apelar a san Pedro. En una de sus cartas, el 416, incluyó una frase que se ha esgrimido como contraria a la tradición jacobea: «En toda Italia, las Galias, Hispania, ninguno fundó Iglesias sino aquellos que el venerable Pedro y sus sucesores constituyeron obispos.»

Zósimo, san (18 marzo 417 - 26 diciembre 418)

Griego o judío. Griego de origen, se ha supuesto que tuvo ascendencia judía, pues su padre se llamaba Abraham. Recomendado por san Juan Crisóstomo, formaba parte del presbiterado romano. Su pontificado, breve, presencia tensiones internas muy fuertes y ha sido adversamente juzgado. Conviene por tanto descender al detalle: probablemente el principal defecto consistía en aplicar en el mundo occidental criterios propios de las Iglesias orientales. Siguiendo la vía de sus antecesores en relación con Tesalónica, quería establecer vicariatos también en las regiones de Occidente, haciendo así efectiva esa condición del reconocimiento para la legitimidad de los obispos. Erigió Arles, capital de la prefectura de las Galias, en vicaria, designando obispo de esta ciudad a un turbio personaje llamado Patroclo, al que se acusa de haber manipulado su elección. La decisión de establecer un vicario era correcta, pero la ciudad y la persona probablemente erróneas: los obispos de Vienne y de Narbona, sedes más antiguas, protestaron. Zósimo rechazó estas protestas, apoyó a Patroclo y llegó a deponer a Próculo de Marsella, porque se le resistió. Hay indicios en una carta a Esiquio de Salona de que el tercer vicariato previsto era el de Dalmacia.

Las apelaciones. Se trataba seguramente de un progreso en el sentido de dar más unidad a la Iglesia. Roma no discutía el origen apostólico de Jerusalén, Antioquía y Alejandría —al contrario, lo afirmaba—, como tampoco el carácter metropolitano de otras sedes como Constantinopla, Cartago o Milán, pero por encima o al lado de esta jerarquía, pretendía introducir un nuevo esquema de organización que le permitiera disponer de un delegado permanente en cada prefectura del Imperio.

En esta línea, Zósimo aceptó las cartas exculpatorias que, en grado de apelación, Pelagio y su principal colaborador, Celestio, le dirigieron. En ellas, muy hábilmente, evitaban pronunciarse sobre el pecado original y la gracia. El papa llegó a invitarles a un encuentro, en San Clemente, ya que ambos se mostraban dispuestos a someter su caso al juicio de la Sede Apostólica. Comunicó a los obispos africanos estas negociaciones, insinuando si no se habría obrado con excesiva precipitación, ya que los herejes parecían dar señales de arrepentimiento. Los africanos, dirigidos por san Agustín, respondieron en noviembre del 417 en forma bastante brusca: la sentencia que pronunciara Inocencio I debía considerarse válida. El papa había sido sorprendido en su buena fe, al igual que sus legados en el sínodo de Dióspolis en Palestina.

Zósimo confirmó su postura: obviamente, la sentencia de Inocencio seguía siendo válida y sólo al sucesor de Pedro correspondía juzgar en tales casos. Pe-

lagio y Celestio, una vez examinada la causa, fueron excomulgados. Pero en el intermedio de estas discusiones los africanos habían cometido el error de dirigirse al emperador Honorio solicitando un rescripto u orden imperial contra el pelagianismo y sus adherentes. En consecuencia, el papa preparó una *Epístola tractoria* remitida a todos los obispos, condenando el pelagianismo pero haciendo advertencias respecto a la supremacía de la Sede Apostólica.

Aprovechando la oportunidad de que un sacerdote, Apiario, condenado por su obispo Urbano de Sicca, al parecer con razón suficiente, apelara a Roma, aceptó la demanda y, al devolver al presbítero a África, le hizo acompañar de tres legados que dejaron firmemente establecidos estos tres puntos:

— Todos los obispos tienen derecho a llevar sus apelaciones a Roma; los presbíteros y diáconos que se sientan injustamente tratados pueden hacerlo también ante los obispos de diócesis vecinas.

— No existe ninguna autorización que permita a los obispos africanos acudir directamente a la corte de Rávena.

— De acuerdo con los cánones del Concilio de Nicea y de Sardica, el obispo Urbano sería excomulgado si rechazaba la resolución romana en el caso del presbítero Apiario.

La muerte de Zósimo evitó, probablemente, que el conflicto aumentara; pero en la propia Roma, y fuera de ella, las divisiones se mantuvieron. Es posible que el papa hubiera adolecido de falta de habilidad, pero no cabe duda de que doctrinalmente no se apartaba de la línea seguida por san Dámaso, tratando de llevar a las últimas consecuencias el principio de la delegación de poderes de Jesús en Pedro, según lo explica Mt. 16, 18.

Bonifacio I, san (28 diciembre 418-4 septiembre 422)

La elección. Romano e hijo del presbítero Iocundus, había desempeñado una importante misión en Constantinopla por encargo de Inocencio I; gozaba de gran prestigio. Al día siguiente de la muerte de Zósimo, los diáconos, unidos a unos pocos presbíteros y atrincherados en la basílica de San Juan de Letrán, procedieron a elegir al archidiácono Eulalio, probablemente un griego, como Zósimo, de quien había tenido toda la confianza. De modo que cuando el 28 de diciembre los presbíteros, el pueblo y algunos obispos, se congregaron en la basílica de Teodora para proceder a la elección regular que favoreció a Bonifacio, se encontraron con este golpe de mano ya consumado. Hubo, como consecuencia de esta división, un retroceso. Se podían incluso manifestar legítimas dudas, pues en la consagración, celebrada el mismo día, Eulalio contó con el obispo de Ostia, según estaba previsto, pero san Basilio pudo reunir en San Marcelo a nueve obispos. El prefecto de la ciudad, Symmaco, que no era cristiano (fue uno de los que defendió la idea del castigo de los dioses cuando el saqueo de Roma), envió a Honorio un informe del que se desprendía mayor legitimidad en el caso de Eulalio. Otros informes, radicalmente opuestos, llega-

ron a Gala Placidia, hermana del emperador. Todo quedaba, pues, en manos de este último.

Honorio dispuso que las autoridades imperiales permanecieran neutrales hasta que un sínodo, a celebrar en Spoleto el 13 de junio del 419, decidiese la duda; al mismo tiempo ordenó a Eulalio y Bonifacio que permanecieran fuera de la ciudad sin acudir a ella bajo ningún pretexto. Eulalio creyó que el sedicente papa que lograra celebrar la Pascua (30 de marzo) en Roma, se vería de hecho en posesión de la magistratura. Se apoderó de Letrán y provocó disturbios. A juicio de Honorio, un caso de desobediencia que debía ser castigado: el 3 de abril del 419 Eulalio fue desterrado y Bonifacio oficialmente reconocido. El sínodo de Spoleto no llegaría nunca a celebrarse. Posteriormente, Eulalio recibió como indemnización un obispado en Campania que pudo regir hasta su muerte (423).

Ingerencia imperial. El año 420 Bonifacio sufrió una grave enfermedad y se temió por su vida. Fue entonces cuando Honorio dictó un decreto que era el primer paso a una ingerencia imperial en las elecciones pontificias: en adelante, cuando se produjera una doble elección, las autoridades civiles negarían el reconocimiento a los dos candidatos; sólo una elección sin disputa sería recibida y confirmada. Aunque Bonifacio vivió todavía dos años, ese decreto no fue modificado, sirviendo de punto de apoyo para que los emperadores reclamasen el derecho de confirmar a los papas. Oficialmente cristiano, el Imperio tendía a adueñarse de la jurisdicción eclesiástica. Teodosio II (408-450), emperador de Oriente, respondiendo a una demanda de los obispos de Tesalia, anuló por su cuenta el vicariato de Tesalónica y asignó al patriarca de Constantinopla poder sobre todas las diócesis balcánicas. Bonifacio cursó su protesta a través de Honorio, sin éxito, pues la disposición fue incluida con el Código que recopilaba el emperador. Por su parte, el papa había dejado sin efecto el vicariato de Arles al reconocer los derechos metropolitanos de Marsella, Vienne y Narbona. Y tuvo que plegarse ante los obispos africanos después de que Apiario confesara sus faltas y fuera enviado a otra diócesis. Eran retrocesos en la práctica, pero no en la doctrina. Exigió rigurosamente que jamás «pudiera legalmente ser reconsiderada una disposición de la Sede Apostólica» y, en esta línea, pudo conseguir que Honorio publicara un rescripto conminando a todos los obispos a acatar la doctrina expuesta en la *Epístola tractoria* de Zósimo. Del pontificado de Bonifacio I data la prohibición a las mujeres de subir al altar, incluso para quemar el incienso, o de tocar con sus manos los objetos sagrados. Estableció un severo impedimento para que pudieran ser ordenados esclavos; su liberación entraba en las condiciones indispensables para el sacramento.

Celestino I, san (10 septiembre 422 - 27 julio 432)

Influencia de Sardes. Nacido en Campania, había servido como diácono y archidiácono desde la época de Inocencio I, estando dotado de gran energía. Las ruinas causadas por el saqueo de Alarico reclamaron de él medidas de reconstrucción (basílica de Santa María in Trastévere y otra de nueva planta en

Santa Sabina) que aprovechó para confiscar las iglesias que aún retenían los novacianos. Era urgente, ante todo, ampliar y reforzar la disciplina. Ya Zósimo había invocado los cánones del Concilio de Sardes (342/343) para frenar las ingerencias imperiales. Tales cánones, incorporados a la legislación occidental y muy tardíamente también a la oriental, permitían apelar a Roma cuando los tribunales metropolitanos no ofrecieran las garantías suficientes, y a cualquier obispo depuesto por un sínodo acudir al papa en demanda de amparo. El papa estaba facultado para designar comisiones de obispos de sedes vecinas para juzgar los casos controvertidos.

Las disposiciones de Sardes tropezaban con una fuerte resistencia, especialmente entre los obispos de África. Celestino insistió de nuevo en su obligatoriedad. Sobre todo, empleó de nuevo el caso de Iliria, renovando a Rufo de Tesalónica sus poderes de vicario para de este modo dejar bien establecido que, de acuerdo con el concilio, a Roma correspondía el conocimiento de todas las apelaciones en su grado más eminente. Desde esta posición impartió las órdenes para que los pelagianos fueran expulsados de todas las Iglesias en Occidente y envió a Britannia una misión, que presidía san Germán de Auxerre, para extirpar la herejía. Fue importante la decisión del 431 consistente en ordenar como obispo al diácono Paladio y enviarle a Irlanda para organizar allí una Iglesia, porque era la primera que nacía fuera del ámbito del Imperio romano. El texto antipelagiano, que Celestino distribuyó por todas las Iglesias de Occidente con precepto de obediencia, fue debido probablemente a la pluma de Próspero de Aquitania.

San Celestino se encontró en medio de una querella doctrinal de gran alcance que le daría la oportunidad de poner en práctica los cánones de Sardes. San Cirilo, patriarca de Alejandría, y Nestorio, patriarca de Constantinopla, aunque se había formado teológicamente en Antioquía, se enzarzaron en una disputa acerca de la naturaleza de Cristo. La escuela alejandrina, consecuente con la actitud observada durante la querella arriana, insistía en la íntima unión entre las dos naturalezas, humana y divina, de Cristo; la antiocena, cuyo principal maestro fuera Teodoro de Mopsuestia, enfatizaba la separación. Nestorio comenzó a enseñar esta doctrina añadiendo que el nacimiento, pasión y muerte de Jesús no podían atribuirse a la persona divina del Hijo. «No puedo hablar de Dios como si tuviese dos o tres meses de edad.» Hacia el año 428 o 429, Nestorio prohibió que se diera a María el título de *Theótokos* (Madre de Dios) y Cirilo respondió con una carta doctrinal que denunciaba dicha tesis como una herejía tendente a separar en Cristo dos personas.

Nestonanismo. En ese mismo momento Nestorio escribió al papa comunicándole sus argumentos. San Celestino no quiso precipitarse: pidió un informe a Juan Casiano, mientras recibía también noticias de san Cirilo. Con todo ello reunió un sínodo en Roma que, el 10 de agosto del 430, condenó la tesis de la radical separación y de las dos personas, dando a Nestorio un plazo perentorio de diez días, antes de pronunciar su excomunión. Luego encargó a Cirilo que «en su nombre» diera ejecución a la sentencia; el patriarca de Ale-

jandría envió al de Constantinopla un verdadero ultimátum. Mientras tanto, los dos emperadores habían decidido convocar un concilio ecuménico (sería el tercero reconocido como tal) en Efeso para el año 431. Esta vez el papa envió a sus tres legados con órdenes de operar en todo momento unidos con san Cirilo pero dejando bien clara la supremacía de la Sede Apostólica. Cirilo, sin esperar la llegada de estos legados, puso en marcha el concilio, en donde se produjo la casi unánime repulsa de las tesis nestorianas. Los romanos la respaldaron. En medio de grandes aclamaciones populares, María fue proclamada Madre de Dios.

Aunque no dejó de mostrar sus reticencias porque se cerraban demasiado las puertas al arrepentimiento de los antiocenos y se envolvía en un solo grupo a todas las corrientes de esta escuela, Celestino confirmó las actas del concilio. Entre ellas había una sumamente importante, impuesta por uno de sus legados, el presbítero Felipe, en que se decía que Pedro «ha recibido de Nuestro Señor Jesucristo [...] las llaves del reino y el poder de atar y desatar los pecados. Pedro es quien, hasta ahora y para siempre, vive y juzga en sus sucesores. Nuestro santo y bienaventurado obispo, el papa Celestino, sucesor y vicario legítimo de Pedro, nos ha enviado para representarle en este santo concilio». El primado romano fue, por tanto, reconocido en la forma más solemne.

Sixto III, san (31 julio 432 - 19 agosto 440)

Romano e hijo de otro Sixto, desempeñó un importante papel en los pontificados de Zósimo y de Ceferino, probablemente relacionado con el Concilio de Efeso. Hubo sospechas, al comienzo de su carrera eclesiástica, de mostrar condescendencia hacia las doctrinas pelagianas acerca de la gracia, pero se justificó adhiriéndose a la *Epístola tractoria* y dando explicaciones que parecieron suficientes a san Agustín. Elegido por unanimidad se presentó a sí mismo como el continuador de la obra de san Celestino. Quería la paz en Oriente y no la victoria demasiado radical de los alejandrinos, que podían verse impulsados, en su defensa de la unidad en Cristo, a rechazar la existencia de dos naturalezas en él. Insistió, por ejemplo, en que el patriarca de Antioquía no debía ser anatematizado: era preferible conseguir que se adhiriese a la doctrina de Efeso de las «dos naturalezas en una». Así se hizo, y el Símbolo de Unión presentado por los niocenos en la primavera del 433 y aceptado por san Cirilo, fue considerado como el gran éxito de la Sede Apostólica: Pedro conservaba la unidad en la fe y restablecía la paz.

Sin embargo, esta visión era engañosa. Obligado Nestorio a retirarse, el nuevo patriarca de Constantinopla, Proclo, inició una maniobra, apoyada en el rescripto de Teodosio II, para hacer que los obispos de Iliria oriental pasaran a la dependencia de Constantinopla. Sixto protestó: su vicario era Atanasio, obispo de Tesalónica, y de él dependían los demás; sin una credencial de este último no estaba dispuesto ni siquiera a recibirles. Para demostrar que no había en sus pretensiones ningún deseo de menoscabar su autoridad, Sixto comunicó poco después al patriarca que, habiendo recibido la apelación del obis-

po de Esmirna, se había limitado a confirmar la sentencia que contra él dictaran en Constantinopla.

La familia imperial favoreció con donativos extraordinarios la tarea de reconstrucción que se operaba en Roma. Hay que indicar que las edificaciones, además de transformarla en centro cristiano, tenían objetivos concretos. Así, en este tiempo fue fundado el primer monasterio en la ciudad, el de San Sebastián en la vía Apia: la oración contemplativa y el aislamiento propio de los monjes debían formar parte de la vida romana. Al reconstruir la basílica llamada de Liberio, en ruinas desde el asalto de Alarico, no sólo aumentó su magnificencia, sino que cambió de nombre, pasando a la advocación de Santa María la Mayor, esto es, la Madre de Dios, como se había definido en Éfeso. Y construyó el baptisterio occidental de Letrán: el sacramento del bautismo proporciona la gracia, en contra de lo que sostenían los pelagianos.

León I Magno, san (septiembre 440 - 10 noviembre 461)

El Grande. Sólo dos papas hasta ahora han merecido el calificativo de «grandes»: san León y san Gregorio. Y lo fueron. Para T. G. Jalland *{The life and times of Saint Leo the Great,* Londres, 1941), este pontificado marca el cambio decisivo. Nacido en Roma aunque de familia toscana, se había convertido en el brazo derecho de Celestino y de Sixto: fue elegido en ausencia, mientras desempeñaba una misión en las Galias por cuenta del emperador. Vuelto a Roma fue consagrado en una solemne ceremonia el 29 de septiembre, fecha que conmemoraría durante los veinte años siguientes como la de su «nacimiento». Se conservan de él numerosos escritos, en especial la colección de 96 sermones, en los que no se advierte ninguna erudición helénica, pero mediante los cuales demuestra claridad de ideas: la autoridad sólo sirve para ser puesta al servicio de la Iglesia y de los hombres en el camino hacia Dios. Toda su doctrina acerca del pontificado gira en torno a ese eje, tantas veces repetido, de la sucesión de Pedro; pero esa autoridad y esa prerrogativa que hacen de Roma «primado de lodos los obispos», no es tanto un poder como un servicio. No son los titulares quienes magnifican el oficio, sino a la inversa, el oficio les engrandece. El año 445 Valentiniano **III** (425-455) haría expreso reconocimiento de la primacía romana mediante un rescripto que declaraba sumisas al poder del papa a todas las Iglesias de su parcela occidental del Imperio.

Ejercería esta autoridad especialmente como pastor. En los sermones, que cubren todo el año litúrgico, son constantes las referencias a la doctrina. Estimulaba el celibato incluso entre diáconos y subdiáconos. Prohibió la confesión pública de pecados ocultos. Combatió el maniqueísmo, que presentaba a Valentiniano III como un peligro social además de religioso, el pelagianismo subsislente aún en Britannia y el priscilianismo que rebrotaba en Hispania. En tollos estos casos, san León no se limitaba a exponer la doctrina correcta: daba instrucciones a los obispos para que actuasen en la práctica. Tanto en el caso de Arles, que pretendía excederse en sus funciones, como en el de Tesalónica, advirtió a sus titulares que el vicario era tan sólo una «representación» del po-

der del primado, pero que no afectaba a los derechos que tradicionalmente asistían a los metropolitanos.

Monofisismo. Surgió entonces el «monofisismo» (doctrina que afirma que en Cristo sólo hay una naturaleza, la divina) como consecuencia de la exageración de la doctrina aprobada en Éfeso el 431. Un monje llamado Eutiques fue condenado, en un sínodo, por su obispo Flaviano, al sostener que en Jesús la naturaleza humana estaba absorbida por la divina. Eutiques apeló al papa y consiguió del emperador cartas que le recomendaban. San León contestó afectuosamente a estas cartas y ganó tiempo para recibir informes; luego redactó un texto que sería llamado el *Tomus,* en donde se hacía la clara exposición teológica de las dos naturalezas de Cristo unidas en una sola persona. Envió el documento a Flaviano. El *Tomus Leonis* está fechado el 13 de junio del 449 y redactado en latín, lo que impedía ciertas matizaciones que ofrece el griego, ganando en consecuencia en claridad. Pero en el intermedio el emperador Teodosio II, que apoyaba evidentemente a Eutiques, había convocado un concilio, en Éfeso, para el mes de agosto de ese mismo año, designando a uno de sus consejeros, Dióscoro, para presidirlo. Los monofisitas se apoderaron del concilio con ayuda de los soldados que Dióscoro movilizó, maltrataron a los legados pontificios y condenaron a Flaviano. Uno de estos legados, Hilario, huido a duras penas, informó a León de lo ocurrido.

El papa no se conformó con rechazar los acuerdos del concilio: lo calificó de «latrocinio», exigiendo la inmediata rehabilitación de Flaviano. La muerte de Tcodosio II y la regencia de su hermana Pulquería (399-453) cambiaron bruscamente la situación. Fue convocado un nuevo concilio en Calcedonia el otoño del 451. Los legados pontificios ocuparon el puesto de honor y pudieron leer el *Tomus,* acogido con grandes aclamaciones. «Creemos lo que han creído nuestros padres, aceptamos la fe de los apóstoles. Es Pedro quien habla por boca de León.» Los orientales comprendieron que habían ido demasiado lejos porque si aceptaban que la singular posición de Roma era debida al apostolado de Pedro, la doctrina del primado universal no ofrecía la menor duda. En las sesiones siguientes maniobraron para introducir un canon, el 28, que afirmaba que Constantinopla y Roma eran iguales en calidad por ser ambas capitales del Imperio. León no podía aceptar esta condición; por eso retrasó su aprobación de las actas, y cuando lo hizo puso la salvedad de considerar el canon 28 como ilegítimo porque se oponía a las disposiciones de los concilios, desde Nicea hasta entonces.

La fórmula definitivamente aprobada en el debate teológico era que en Cristo existen dos naturalezas en una sola persona *{hypostasis).* San León insistiría cerca de las autoridades imperiales para que no consintieran ninguna desviación. Para hacer más eficaz su gestión decidió hacerse representar en Constantinopla por un «apocrisiario», Julián de Cos, que actuó a modo de nuncio permanente. Sobre todo desplegó una infatigable actividad epistolar de la que se han conservado 143 cartas. En sus escritos, que explican que fuera declarado doctor de la Iglesia por Benedicto XIV, a mediados del siglo xviii, res-

i

plandece sobre todo la sencillez expositiva. Tal vez no fuera un profundo teólogo, pero sí un hombre de espléndida caridad.

El político. Ésta se refleja en los dos episodios políticos que le proporcionaron una extrema popularidad. El año 452, vencido Aecio (t 454) y desmantelada toda posible resistencia, Atila (t 453), rey de los hunos, invadió Italia reclamando una parte del Imperio y causando terribles daños. El emperador y los suyos se refugiaron en Rávena y sus inmediaciones, concentrando allí sus fuerzas y dejando Roma desamparada. Fue entonces cuando el papa salió al encuentro del rey en las inmediaciones de Mantua, el 6 de julio. No sabemos el contenido de aquella entrevista entre el sucesor de Pedro y el «azote de Dios venido de la estepa», pero es un hecho que Atila abandonó Italia retirándose a Panonia donde murió aquel invierno. El papa fue considerado el salvador de Roma y había conseguido este éxito sin desviarse un ápice de la caridad. En los años siguientes, asesinado Accio (454) tuvo lugar una revolución que anunciaba ya el fin: el senador Máximo dio muerte a Valentiniano III, casó con su viuda, y usurpó el trono. Entonces Genserico (428-477), rey de los vándalos, asentados en África, marchó por mar sobre Roma. Asesinado también el usurpador, la desamparada ciudad acudió de nuevo a León que pudo conseguir que, al menos, los lugares santos y las zonas de refugio para la población, fueran respetados (455). En medio de las ruinas de un Imperio que marchaba ya hacia la destrucción, era la del papa la única autoridad todavía viva en Roma. Una autoridad que, de momento, carecía de soldados.

Hilario, san (19 noviembre 461 - 29 febrero 468)

Hijo de Crispinus y nacido en Cerdeña, ocupaba el cargo de archidiácono cuando fue elegido: se pretendía que fuese el más fiel continuador de san León. Se trata del mismo legado que informara a este último del «latrocinio» de Efeso. En aquella ocasión corrió grave peligro y salvó la vida refugiándose en la Casa de San Juan el Evangelista, lo que explica que después dedicara a este santo una de las capillas en el baptisterio de Letrán. Hombre de gran carácter y energía, se le atribuye una importante decretal que, sintetizando la doctrina de Nicea, Efeso (431), Calcedonia y el *Tomus Leonis,* fijaba definitivamente las expresiones que debían utilizarse para definir la doble naturaleza en una sola persona de Jesucristo.

Desde el año 456 un bárbaro, hijo de suevo y nieto por su madre del rey de los visigodos, Walia (415-418), convertido en *magister militum,* ejercía el poder, deshaciendo y creando emperadores: se trata de Ricimero, que, como sus antecesores, era arriano. Lograría incluso que uno de sus títeres autorizara la existencia de una Iglesia arriana en Roma. Hilario se enfrentó con ese emperador, Antemio (467-472), y le hizo jurar que nunca, bajo ninguna circunstancia, consentiría que dicha Iglesia dispusiera de templos y lugares de asentamiento en la ciudad.

Con la dictadura militar de Ricimero (t 472), el Imperio se fragmentaba: España, las Galias y Dalmacia, aunque siguieran invocando la legalidad de su so-

beranía, estaban separadas. África, Germania, Britannia, se habían perdido. Era, por tanto, urgente para el papa afirmar la cohesión de estas Iglesias con la de Roma, por encima de circunstancias políticas. San Hilario apoyó a Leoncio de Arles para que siguiera ejerciendo la primacía sobre las Galias, aunque el interesado respondió mal. El 19 de noviembre del 465 reunió un sínodo en Roma, el primero del que se conservan actas, a fin de ordenar el esquema jerárquico de la Iglesia. En él se trataron una denuncia contra Silvano de Calahorra, que consagraba irregularmente obispos impuestos por los notables de la región, y una demanda de los de la provincia Tarraconense para que se permitiese a Nundinario, que ya era obispo, pasar a la sede de Barcelona. El papa resolvió ambos asuntos y, afirmando su autoridad, designó al subdiácono Trajano para que vigilara el cumplimiento de los decretos; se insistía en la negativa a que los obispos pudieran «recomendar» un sucesor.

Simplicio, san (13 marzo 468 - 10 marzo 483)

Hijo de Castino y natural de Tívoli, Simplicio es el espectador pasivo de los graves acontecimientos que provocaron la desaparición del emperador en Occidente. Hasta el año 472 prolongó Ricimero su poder: los sucesivos emperadores, Livio, Severo, Antemio y Olibrio fueron apenas marionetas en sus manos. Pero el «ejército romano», formado por bárbaros, era ya incapaz de dar origen a nuevas instituciones. En tales circunstancias y faltando un rey, la única solución posible era la dictadura, interrumpida de vez en cuando por luchas para asegurarse el poder, hasta que el 23 de agosto del 476, Odoacro (t 493), un hérulo, se decidió a poner fin a lo que era simplemente una ficción y envió a Bizancio las insignias imperiales. Un solo Imperio para todo el Mediterráneo, convertido ahora en un mosaico mal hilvanado de caudillos militares. Entre las funciones subrogadas que Odoacro reclamaba, figuraba también la de ejercer autoridad sobre Roma, sede del papado; y no renunció a ellas a pesar de su arrianismo.

Simplicio tuvo que luchar contra las pretensiones del patriarca Acacio de Constantinopla que reclamaba la plena aplicación del canon 28 del Concilio de Calcedonia, al que ya no iban a renunciar sus sucesores: una vinculación del primado romano a la capitalidad del Imperio se convertía en argumento para reducirlo poco a poco a una posición subordinada; máxime cuando esta pretensión venía amparada en querellas doctrinales. El monofisismo se mantenía fuerte en Bizancio y había sostenido incluso la usurpación de Basilisco entre el 475 y el 476. Tanto el emperador Zenón como el patriarca Acacio buscaban una fórmula intermedia que permitiera conciliar los puntos de vista, imponiéndola al margen de la doctrina del *Tomus Leonis* aprobado en Calcedonia. Lo hicieron sin tener en cuenta la voluntad del obispo de Roma, al que consideraban como representante de una comunidad marginal. El papa solicitó de Zenón que defendiera la ortodoxia, brindándole algunas concesiones, como el reconocimiento de un patriarca de Antioquía que no había sido elegido canónicamente. Ni ruegos ni protestas fueron atendidos.

Sin embargo, se advertían progresos. El papa estaba convirtiéndose en dueño de Roma: por primera vez un edificio civil fue transformado en basílica dedicada a San Andrés de Catabarbara; edificó, además, San Stefano in Rotondo. Lo más importante es que apoyaba y estimulaba la tarea de san Severino (+483) que predicaba el cristianismo en Norica y, al mismo tiempo, reanudaba la creación de vicariatos aunque sin asignarlos a sedes determinadas y sí a personas relevantes. Por primera vez el obispo de Zenón de Sevilla ostentó esta calidad en España.

Félix II, san (13 marzo 483 - 1 marzo 492)

Impropiamente, en aquellas relaciones que otorgan legitimidad al rival de Liberio, aparece mencionado como Félix III. Pertenecía a la aristocracia romana y su padre había sido ya sacerdote. Viudo y con dos hijos, uno de los cuales sería a su vez el abuelo de Gregorio Magno: tuvo que recibir sobre la marcha todas las órdenes antes de ser consagrado. Odoacro, a través del prefecto Basilio, primera autoridad en Roma, intervino en esta elección. Félix II se apoyaría, para su gobierno, en el archidiácono Gelasio, que sería además su sucesor: de ahí que se hayan considerado ambos pontificados como dos etapas en un mismo gobierno cuya tarea más importante consistió en fijar el ámbito de autoridad de Roma con respecto a Bizancio.

Vista desde Constantinopla, la caída del Imperio de Occidente reducía Italia al rango de una mera provincia, gobernada además por usurpadores bárbaros (desde el año 487 el rey de los ostrogodos, Teodorico (454-526), recibiría de Zenón un título de «patricio» que le capacitaba para su gobierno) y, en ella, Roma podía ser tratada como una sede metropolitana, no distinta de las otras patriarcales. Acacio, por encargo de Zenón, preparó un documento, *Henótico,* reinterpretando la doctrina de Calcedonia a fin de que pudiera ser aceptado por monofisitas y nestorianos, y trató de imponerlo como si tuviera la supremacía doctrinal. Paralelamente un monofisita, Pedro Mongo, era admitido como patriarca de Alejandría. Félix no fue ni siquiera informado: tuvo conocimiento de lo sucedido a través del patriarca alejandrino depuesto, Juan Talaia, que buscó refugio en Roma. El papa, todavía en el comienzo de su gestión, envió sus legados a Constantinopla para dar cuenta de su elección, reclamar la confirmación del credo de Caldedonia y la restauración de Talaia en Alejandría. Fallaron absolutamente en su cometido; admitieron ser tratados como inferiores y dieron a entender que podían plegarse a todas las decisiones de Acacio y de la corte imperial.

Félix convocó un sínodo (28 de julio del 484) para excomulgar a sus legados y también a Acacio de forma solemne. Algunos monjes bizantinos, exaltados defensores de la ortodoxia, hicieron pública la excomunión colgando el documento en las vestiduras de Acacio cuando éste se hallaba celebrando misa. El patriarca ordenó que se borrara el nombre de Félix de los dípticos y, durante 35 años, se prolongaría una ruptura que algunos historiadores consideran ya como el primer cisma. El papa, mostrándose absolutamente seguro de su po-

sición, se negó a hacer concesiones: exigía el retorno puro y simple a la fe de Calcedonia y la deposición de los patriarcas de Antioquía y Alejandría, considerados monofisitas. Muerto Acacio y llegado al trono imperial Anastasio (491-518), hubo un giro a la ortodoxia, pero matizada con concesiones al monofisismo moderado. El papa nunca quiso modificar sus condiciones, a pesar de que sus detractores le considerasen demasiado duro. Su sepulcro, junto al de su padre, su esposa y sus hijos, se encuentra en la basílica de San Pablo.

Gelasio I, san (1 marzo 492 - 21 noviembre 496)

Italia. Nacido en Roma, procedente de una familia africana, fue tan importante para la vida de la Iglesia como san León Magno, a pesar de que reinó poco tiempo. Dionisio el Exiguo, que vivió en Roma pocos años más tarde y recogió la memoria inmediata de su vida, hace de Gelasio un retrato impresionante: su humildad, su determinación en el servicio de los demás, sus mortificaciones personales, su conocimiento de la Biblia, su oración y su piedad, le convierten en el Buen Pastor por excelencia. Fue el primero en usar el título de vicario de Cristo. A diferencia de sus inmediatos antecesores, fue un excelente teólogo: de ahí la claridad que emana de sus abundantes documentos. Destaca en especial el llamado *Decreto gelasiano,* que proporciona la lista de libros canónicos del Nuevo Testamento y también de los apócrifos.

La guerra que permitió a Teodorico adueñarse de Italia había causado graves quebrantos económicos: miles de refugiados cayeron sobre Roma provocando serios problemas de subsistencia. A ellos tuvo que atender Gelasio, poniendo en práctica los preceptos de la caridad. Por vez primera se redactó entonces un *Líber censuum* que permitía conocer todas las rentas a disposición de la Sede Apostólica: eran copiosas y sus propiedades —especialmente las de Cerdeña y Sicilia— permitían disponer de abundantes reservas de trigo. Gelasio dispuso que de las rentas se hicieran cuatro partes: una para el papa, que empleaba en limosnas para remedio de tanta miseria; otra parte para el clero; la tercera para repartir entre los pobres; la cuarta y última para la fábrica de las iglesias. Sus excelentes relaciones con Teodorico, pese a ser arriano, dieron a Roma el grado de tranquilidad que necesitaba. G. Pomares *{Celase 1,* París, 1959) señala cómo su obra más importante consiste en haber rematado el proceso de conversión de Roma en ciudad cristiana, suprimiendo la última reliquia de las fiestas paganas, las Lupercalia, degeneradas en un grosero carnaval.

Oriente. El problema fundamental seguía siendo el de las relaciones con Oriente, interrumpidas desde el año 484 por la excomunión de Acacio. El sucesor de éste reclamaba, para suscribir el documento de fe de Calcedonia, que se anulase el decreto de excomunión, pero en esto iba envuelta la negación del primado de Roma. Gelasio se negó: a lo único que accedería fue a perdonar a uno de los legados, Miseno, obispo de Cumas (13 de mayo del 495) porque la falta de éste afectaba únicamente a la disciplina. Se declaró absolutamente decidido a defender hasta el último extremo lo que, andando el tiempo, llegaría a definirse como infalibilidad pontificia. Estas son sus palabras: «Lo que la Sede

Apostólica afirma en un sínodo, adquiere valor jurídico; lo que él ha rechazado no tiene fuerza de ley.»

En una carta al emperador Anastasio y en algunos otros textos doctrinales, expuso por vez primera con absoluta nitidez las relaciones entre los dos poderes. «Dos poderes gobiernan el mundo: la autoridad sacra del pontífice y el poder imperial. Del uno y del otro son los sacerdotes quienes soportan el mayor peso, pues en el Juicio Final tendrán que rendir cuentas, no sólo de sí mismos, sino también de los reyes.» Desde una posición de fe absoluta esta doctrina aparece como resultado de una lógica meridiana, pues el único fin de la existencia humana consiste en alcanzar la vida eterna, mientras que los bienes temporales, entre los que se cuenta el gobierno, son solamente medios para asegurar a los súbditos ese fin. Completando esta idea dijo que nadie podía colocarse «por encima de aquel hombre a quien la misma palabra de Cristo ha colocado sobre todos los hombres y al que la venerable Iglesia fiel ha reconocido como su primado». Gelasio explicaba la recíproca autonomía de ambos poderes, pero declarando que los dos están sometidos al orden moral del que la Iglesia es fiel custodia.

La abundante correspondencia conservada revela la preocupación del papa por imponer estas doctrinas y la satisfacción que le producían las sedes de Italia y, en general de Occidente, porque no ponían dificultades de obediencia. En el sínodo del 494 se tomaron importantes medidas disciplinarias acerca de la ordenación de. sacerdotes y de la acción pastoral. Se le ha atribuido el más antiguo de los formularios conservados para la administración de sacramentos.

Anastasio II (24 noviembre 496 - 19 noviembre 498)

La enérgica actitud que Félix y Gelasio adoptaron en sus relaciones con Oriente suscitaron la oposición de los círculos romanos partidarios del emperador, los cuales elevaron al solio a Anastasio, hijo del presbítero Pedro, que se había hecho notar en el sínodo del 495 por su inclinación a la condescendencia. Junto con Liberio forma la excepción de no haberse incluido en la lista de los santos. Dante no dudaría en enviarle al Infierno. Apenas elegido, envió sus legados a Constantinopla con una carta al emperador concebida en términos muy conciliadores: era evidente el deseo de restablecer la unidad, pero su tono de moderación no se apartaba de las posiciones fijadas por Gelasio I en el 494; por ejemplo, pedía al emperador que le ayudara a restablecer en Alejandría la fe de Calcedonia, pero no mencionaba a Pedro Mongo, el discutido patriarca.

Los legados pontificios viajaron junto con una embajada que, presidida por el senador Festo, era enviada por Teodorico el Ámalo, en un intento de obtener una legitimación del gobierno que venía ostentando. Las dos negociaciones se mezclaron y, en determinado momento, el emperador Anastasio ofreció el reconocimiento de dicha legitimidad si por su parte el monarca ostrogodo lograba que Roma se plegara a una fórmula de compromiso en la fe, expuesta en un documento que repetía, palabra por palabra, el *Henótico*. Desconocemos la respuesta de los legados pero sabemos que Festo prometió que desde Rávena

se harían todos los esfuerzos necesarios. Bajo esta condición, Teodorico fue reconocido como prefecto de Italia el año 498.

En Constantinopla habían comenzado conversaciones con una delegación de eclesiásticos llegados de Alejandría, en un esfuerzo para encontrar una fórmula satisfactoria para todos, y el papa Anastasio, que había restablecido la comunión con Andrés de Tesalónica, dispuso que su diácono, Fotino, se incorporara a dichos trabajos. No había tenido la precaución de consultar con el clero romano, de modo que éste creyó que estaba obrando a sus espaldas y con perversas intenciones. Se produjo una grave crisis cuando algunos presbíteros romanos suspendieron la comunión con su obispo, y comenzaron a desarrollar una propaganda adversa que acabaría convirtiéndose en leyenda, recogida en el *Líber Pontificalis,* y que pretende, nada menos, que el papa había traicionado la fe. Anastasio II murió bruscamente, cuando la crisis estaba aún en sus comienzos.

Simmaco, san (22 noviembre 498 - 19 julio 514)

Cisma. La división del clero en dos facciones que se venía registrando desde la muerte de Gelasio I, quedó reflejada el 498 en un nuevo cisma. Los clérigos eran ya quienes desempeñaban el papel decisivo en la elección. La mayor parte se decidió por el diácono Simmaco, un corso que había nacido en el paganismo, y que fue inmediatamente consagrado en San Juan de Letrán. Pero los partidarios de Anastasio II que, aunque eran minoría, contaban con el apoyo de la aristocracia senatorial romana, nostálgica del Imperio, procedieron a elegir al archidiácono Lorenzo, inmediatamente consagrado en Santa María la Mayor. Las dos facciones acudieron a Teodorico, que poseía la autoridad delegada por el emperador, y él se inclinó en favor de Simmaco porque había sido elegido antes y por la mayoría. Simmaco tuvo que viajar hasta Rávena para alcanzar este resultado favorable. Apenas instalado, el nuevo papa convocó el sínodo (499) para elaborar las normas a que, en adelante, debía someterse la elección del pontífice: dicha elección correspondería exclusivamente a los clérigos, quedando excluidos los laicos. Lorenzo se sometió y fue compensado con el obispado de Noceria, en Campania, que desempeñó hasta su muerte.

Teodorico visitó Roma el año 500, siendo recibido por Simmaco. La aristocracia romana, fuerte en sus grandes propiedades y en su condición de senadores hereditarios, que no estaba dispuesta a consentir la exclusión prevista en el sínodo del 499, aprovechó esta oportunidad y el enfriamiento de relaciones entre Rávena y Constantinopla para acusar a Simmaco ante el rey de graves delitos: no celebraba la Pascua en la fecha debida, malversaba las rentas, incluso cometía pecados contra la castidad. Simmaco se negó a comparecer ante el rey en su calidad de magistrado del Imperio, atrincherándose tras los muros del Vaticano. Teodorico dispuso entonces que un obispo, el de Altinum, se encargara provisionalmente de la administración de Roma hasta que los obispos de Italia, en un sínodo, tuvieran la ocasión de pronunciarse. El papa, que negó legitimidad al administrador, Pedro de Altinum, sí aceptó el conci-

lio. Éste, el 23 de octubre del 502, decidió en forma taxativa que ningún tribunal humano puede juzgar al vicario de Cristo, una vez consagrado como tal; sólo Dios podía juzgarle.

Un papa no puede ser juzgado. La continuación de este concilio tuvo lugar el 6 de noviembre del mismo año, en San Pedro y bajo la presidencia de Simmaco. En él se renovaron las disposiciones del 499 acerca de la elección y se aprovechó la oportunidad para declarar nula la ley que invocaran los acusadores para atribuir a Simmaco malversación, con el argumento de que dicha ley había sido promulgada por Odoacro y ningún poder laico puede legislar en la Iglesia. El texto de dicha ley se convirtió en un canon que aprobaron el papa y los obispos reunidos.

Teodorico comprendió que estas disposiciones eran una amenaza para el poder temporal que representaba: sus tropas permitieron a Lorenzo regresar a Roma e instalarse en Letrán. Durante cuatro años se produjo la extraña división, pues Simmaco pudo mantenerse en San Pedro y la zona del Vaticano, mientras Lorenzo, con ayuda de los senadores, administraba la mayor parte de las propiedades de la Iglesia. Ennodio y Dióscoro, diáconos de Roma y de Alejandría respectivamente, negociaron con Teodorico hasta convencerle de su error: nada podía perjudicarle tanto como esta división. El rey ordenó al senador Festo que expulsara a Lorenzo enviándolo de nuevo a su diócesis y así concluyó el cisma. Nunca lograría Simmaco la aceptación unánime: parte de su clero y de los senadores se mostraría recalcitrante.

Algunas obras importantes se asignan a este pontificado. Confirmó a san Cesáreo de Arles en sus poderes como vicario, haciéndolos extensivos a cuestiones de fe y a las relaciones con los reyes merovingios y con los visigodos de España; le fue remitido el *pallium* como signo de autoridad. Fueron dictadas disposiciones contra los maniqueos, ordenando su expulsión de Roma. En las misas solemnes se cantaría en adelante el Gloria. Fue construida la nueva residencia pontificia en el Vaticano. En relación con Bizancio, mantuvo Simmaco la misma firmeza que sus antecesores, obligando al emperador Anastasio a capitular: estaba previsto que el papa presidiera un concilio en Heracleon de Tracia, pero la muerte se lo impidió. A su vez, el antipapa Lorenzo había muerto el año 508. Sus últimos meses se desarrollaron en medio de ejemplares ejercicios de piedad.

Hormisdas, san (20 julio 514 - 6 agosto 523)

Decreto del papa. De acuerdo con las normas de los sínodos romanos del 499 y 502, Hormisdas, probablemente recomendado por Simmaco, fue elegido por el clero por unanimidad. Era un hombre de paz que sabía aprovechar las coyunturas favorables. El emperador Anastasio, que veía crecer la resistencia de los calcedonianos, repitió la invitación para que el papa presidiera un concilio en Heracleion, a fin de restablecer la unidad. Hormisdas consultó con Teodorico, para tener la seguridad del respaldo de las autoridades italianas, y proveyó cuidadosamente de instrucciones a las legaciones que envió los años 514

y 517; no había en ellas el menor resquicio que permitiera ceder en dos puntos: el del primado romano y la profesión de fe en las dos naturalezas unidas en una persona. En consecuencia, los legados presentaron como inexcusables: la aceptación del *Tomus Leonis,* como fuera proclamado en Calcedonia; la sentencia de excomunión pronunciada contra Acacio; y el derecho de apelación a Roma de todos los obispos depuestos durante la querella. Anastasio, probablemente, no podía aceptarlas, pero su muerte, el 518, abrió paso a una solución.

Justino (518-527), el nuevo emperador, que pronto asoció al trono a su sobrino Justiniano, abrigaba grandiosos proyectos de reconquista del Mediterráneo; era calcedoniano convencido (a pesar de lo cual los monofisitas conservarían mucha influencia a través de Teodora —527-548—, la esposa de Justiniano —527-565—) y sabía muy bien que la unión de las Iglesias era indispensable para el triunfo de sus proyectos. Tras haber proclamado en Constantinopla el Símbolo de Fe calcedoniano, en medio de grandes aclamaciones populares, Justino invitó al papa a enviar una tercera embajada: esta vez se incluyó al diácono alejandrino Dióscoro, que tanto había ayudado a Simmaco y cuya lengua era el griego. Iba provisto de un documento, *Libellus fidel Hormisdae Papae,* que expresaba con absoluta claridad la posición de Roma tanto en la cuestión cristológica como en la primacía de la Sede Apostólica. El documento fue presentado al emperador y los obispos, que lo asumieron. En él se contenía este texto:

> No puede silenciarse la afirmación de nuestro Señor Jesucristo que dijo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Estas palabras han sido confirmadas por los hechos: en la Sede Apostólica se ha conservado siempre, sin mácula, la fe universal. Ésta es la razón por la que yo espero estar en comunión con la Sede Apostólica en la que se encuentra la plena y verdadera religión.

Posteriormente se ha dicho que fueron más de un millar los obispos que habían suscrito el texto, y la que se llamó «Fórmula de Hormisdas» pasó a ser uno de los documentos esenciales de la Iglesia católica; el Concilio Vaticano I la incorporaría a la declaración dogmática sobre la infalibilidad pontificia. Los monofisitas, sin embargo, que conservaban fuerza en la capital aunque fueran perseguidos, se atrincheraron en Egipto, en donde darían lugar a una disidencia permanente.

Dos Romas. Hormisdas tuvo la sensación de haber conseguido una gran victoria: los nombres de los últimos cinco patriarcas así como los de los emperadores Zenón y Anastasio, fueron borrados de los dipticos. Pero Justiniano también estaba convencido de haber alcanzado grandes metas: el patriarca Juan II, al firmar la Fórmula, manifestó la alegría de declarar que ahora las dos Romas, la vieja y la nueva, eran una sola. En los años siguientes los patriarcas ganaron terreno hasta conseguir, el 521, con Epifanio, el reconocimiento del canon 28 de Constantinopla que otorgaba a Bizancio el primer puesto inmediatamente detrás de Roma. Pero el emperador había conseguido que esta ciudad

se sintiera parte del Imperio. Preparaba ya su reconquista militar. Al mismo tiempo estaba ejerciendo autoridad en asuntos puramente eclesiásticos.

Había, pues, un reconocimiento de que Constantinopla era en cierto modo cabeza de las Iglesias orientales. Hormisdas aprovechó el caso de los monjes escitas para demostrar que tal preeminencia no se extendía a cuestiones doctrinales. Dichos monjes, para evitar tendencias nestorianas, habían elaborado una fórmula («Uno de la Trinidad sufrió en la carne») que, aunque era teológicamente correcta, podía dar origen a ambigüedades. El papa no la condenó, pero tampoco la aceptó; dijo simplemente que bastaba con el *Tomus Leonis* aprobado en Calcedonia. Cuando Fausto de Riez fue acusado de pelagianismo, respondió que la doctrina de la Iglesia en este punto se había fijado por Celestino I y bastaba con atenerse a ella.

Líber Pontificalis. L. Duchesne *{Le Líber Pontificalis,* París, 1884-1885) pudo ya demostrar que en este tiempo se comenzaron a redactar las biografías de los papas a partir de documentos existentes en los archivos romanos. El *Líber Pontificalis,* como la traducción de los cánones griegos al latín (obra encomendada a Dionisio el Exiguo, el mismo monje que elaboró el cálculo del comienzo de la era cristiana) perseguían una meta: demostrar la continuidad apostólica sin fisuras. Consciente de la debilidad que podía acarrear el sometimiento al Imperio de Constantinopla, Hormisdas buscó un fortalecimiento con las Iglesias de Occidente: Cesáreo de Arles y Avito de Vienne se mantuvieron en muy estrechas relaciones con el papa; nombró vicarios en España, primero a Juan de Elche y el 521 a Salustio de Sevilla. A este último otorgó facultades para convocar y presidir concilios en Bélica y Lusitania, asegurando el cumplimiento de las disposiciones romanas.

Juan I, san (13 agosto 523 - 18 mayo 526)

Natural de Toscana, había figurado entre los seguidores del antipapa Lorenzo antes de someterse a Simmaco y ser ordenado diácono. Gozaba de un gran prestigio intelectual y era amigo de Boecio, con quien consultaba sus escritos teológicos para garantizar la ortodoxia. Se trataba, sin embargo, de un anciano y, además, enfermo. Con san Hormisdas compartía el convencimiento de que para el bien de la Iglesia convenía el estrechamiento de relaciones con Oriente. Siguiendo los consejos de Dionisio el Exiguo se adoptó el calendario litúrgico que se empleaba en Alejandría. La herejía, perseguida con apoyo de las autoridades imperiales, seguía retrocediendo. Pero desde el año 524 el emperador Justino hizo extensivas a los godos que vivían en sus dominios las leyes antiarrianas: se les prohibía ocupar cargos públicos, sus iglesias fueron confiscadas y algunos de ellos obligados a abrazar el catolicismo. Teodorico que, ante todo, se sentía rey de los godos, se enfureció: convocó a Juan I a Rávena y le encargó presidir una amplia embajada, con obispos y senadores incluidos, para exigir el cese de la persecución. Juan le advirtió que procuraría que fueran ¡Hendidas sus demandas, pero que la doctrina de la Iglesia le impedía solicitar el retorno de los conversos al arrianismo.

La embajada llegó a Constantinopla unos días antes del 19 de abril en que se celebraba la Pascua y fue recibida con muestras exageradas de respeto: el papa celebró la misa tradicional de la fiesta, en latín, ofreciendo a Justino la corona. Podía interpretarse este hecho como una estrechísima vinculación de la Sede Apostólica al Imperio. Así lo entendió Teodorico. El emperador accedió a todas las demandas de Juan I, si bien en ellas no entraba el retorno de los conversos al arrianismo. Por otra parte, mientras la embajada seguía sus gestiones se deterioraba rápidamente la situación política en Italia: el rey entendió que se estaba alzando un movimiento probizantino e hizo ejecutar a algunas prominentes personas, entre ellas Boecio (480? - 524?) y su suegro el senador Simmaco. De modo que cuando el papa regresó a Rávena se vio tratado como un enemigo. No está muy claro el alcance que las represalias tuvieron contra él y sus colaboradores: sabemos que se le prohibió abandonar la ciudad y que algunas fuentes atribuyen a los malos tratos su enfermedad y muerte.

Félix III, san (12 julio 526 - 22 septiembre 530)

En muchos textos en los que se reconoce legitimidad al antipapa Félix, figura con el ordinal IV. La muerte inesperada del papa Juan produjo una vacante de 58 días, pues los dos bandos imperantes en el clero, progodo y prooriental, se enfrentaron. Amalasunta (526-534) presionó a su padre Teodorico para que forzara la elección (un dato que recoge el *Líber Pontificalis)* y Félix pudo ser consagrado. Las relaciones con los godos mejoraron al producirse la muerte de Teodorico y asumir Amalasunta las funciones de regencia de su hijo Atalarico; se aprecian las consecuencias de dicha mejora en un incremento del poder que los pontífices venían ejerciendo sobre la ciudad de Roma; hay datos que revelan que aumentaron las propiedades, bienes y edificios, que obligaron a Félix III a incrementar el número de presbíteros para atender las nuevas necesidades.

La correspondencia de Félix III con Cesáreo de Arles revela una creciente preocupación por la mala formación de muchos presbíteros y por el retorno de algunos de éstos al estado laical. Para evitarlo, el papa recomendaba un examen riguroso de las condiciones de cada candidato. Como la necesidad de contar con el apoyo de los godos forzaba a suspender las medidas contra el arrianismo, Félix volcó sus esfuerzos en la lucha contra el pelagianismo. Por su encargo, Próspero de Aquitania recopiló textos de san Agustín hasta redactar un documento de 25 capítulos que definía la doctrina de la gracia. Dicho texto fue adoptado en el Concilio de Orange (julio del 529) y reveló ser eficaz.

Los mosaicos de San Cosme y San Damián, antiguo templo pagano, ahora convertido en iglesia cristiana, muestran el que parece ser el retrato de Félix; se trata en tal caso del primero de los pontífices cuya imagen ha llegado a nosotros. Son muchas las edificaciones y obras que se le atribuyen, reflejando una voluntad de sustituir la imagen de Roma pagana por otra, de una ciudad cristiana. En sus últimos días intentó introducir una nueva norma, designando a su

archidiácono Bonifacio como sucesor y entregándole el *pallium.* El Senado no quiso admitirlo: de ningún modo la aristocracia romana estaba dispuesta a renunciar a hábitos electorales que consideraba como derecho. La muerte del papa abrió así un serio debate.

Bonifacio II (22 septiembre 530 - 17 octubre 532)

La parte más antigua y menos fiable del *Líber Pontiftcalis* concluye con la muerte de Félix III: la obra será continuada por diversos autores. La designación previa de un sucesor obedecía probablemente al designio de conservar las buenas relaciones con Rávena en un momento en que, desencadenada la reconquista de África, aumentaba el número de probizantinos: aunque nacido en Roma, Bonifacio, hijo de Sigibuldo, era un germano. El Senado y la mayor parte del clero rechazaron esta designación y el mismo día 22 de septiembre procedieron a elegir a Dióscoro, el diácono alejandrino que tan importante papel desempeñara en la lucha contra el monofisismo; era, sin duda, el mejor candidato de los bizantinos. Pero murió el 14 de octubre, sin haber sido ordenado, y sus partidarios, desconcertados, reconocieron a Bonifacio.

Como la oposición había sido tan fuerte y el Senado formuló serias amenazas contra quienes aceptaran ser designados en vida de su antecesor, Bonifacio decidió convocar un sínodo (27 de diciembre del 530) exigiendo de los 60 clérigos que proclamaran a Dióscoro un juramento firmado de fidelidad; al mismo tiempo hizo condenar la memoria del difunto como de un antipapa. En sentido contrario, afirmado en el poder, Bonifacio trató de ganarse a sus clérigos con donativos y prebendas. Nada de esto significaba renunciar a su origen, ya que estaba convencido de la necesidad de poner la Sede Apostólica a resguardo de la creciente influencia de los senadores. Otro sínodo celebrado en Roma (531) aprobó un canon que le permitía designar candidato a su propia sucesión: este candidato sería el diácono Vigilio. Estalló entonces una oposición tan formidable que el papa se vio obligado a reconvocar el sínodo declarando nula la anterior constitución.

Su breve reinado obedece, sin embargo, a la misma línea de sus inmediatos antecesores: quería afirmar, ante todo, la primacía de la Sede Apostólica. Confirmó las actas del Concilio de Orange, celebrado antes de su elección, en un documento (25 enero del 531) que definía con carácter ecuménico la doctrina de la gracia. Cuando el patriarca de Constantinopla depuso al obispo de Larissa, un sínodo romano (532) le recordó que Grecia formaba parte del Iliricum y todo éste quedaba bajo la directa autoridad de Roma.

Juan II (2 enero 533 - 8 mayo 535)

Vientos de guerra comenzaron a soplar en Italia. Amalasunta, que apoyó a Justiniano durante la conquista de África, perdió la regencia al morir prematuramente su hijo Atalarico. Trató de mantenerse en el poder contrayendo nuevo matrimonio con su primo Teodahado (534-536), pero este la envió prisionera a un castillo del lago Bolzano y se proclamó rey. La princesa despojada pidió

ayuda a los bizantinos. Son estos vientos los que explican que la sucesión de Bonifacio II se desenvolviera en medio de terribles debates entre ambos partidos, provocando que el solio permaneciera vacante dos meses y medio. Al final, en una especie de compromiso, fue elegido un anciano presbítero del título de san Clemente, llamado Mercurio. Como resultaba inadecuado el nombre de un dios pagano en la cabeza de la Iglesia, el electo lo cambió, tomando el de Juan, una costumbre que en el futuro se haría cada vez más frecuente. En uno de sus últimos actos como regente, Amalasunta confirmó un decreto anterior del Senado prohibiendo manipulaciones en la elección; pero añadió —precedente de mucha importancia— que en caso de discordia, al rey correspondía el arbitraje.

Justiniano, que influido por su mujer trataba de atraerse a los monofisitas moderados, logró que un sínodo aceptara la fórmula de los monjes escitas («Uno de la Trinidad sufrió en la carne») que Hormisdas rechazara por ambigua e innecesaria, y la impuso por decreto (15 de marzo del 533). Los monjes del monasterio Acoemetae («los que nunca duermen») protestaron. Esta vez el papa dio la razón al emperador: la fórmula era ortodoxa y si servía para convencer a algunos monofisitas para que admitieran el Símbolo de Nicea y Constantinopla, podía considerarse útil. Del mismo modo, Juan II hizo valer su primado cuando, en un sínodo presidido por él, Cesáreo de Arles condenó al obispo Contumelioso de Riez por su conducta pecaminosa: Arles actuaba en este caso como vicaria de Roma.

Más clara resulta la actitud de la Iglesia africana. El año 535 Reparato de Cartago reunió un magno concilio al que asistieron 217 obispos. Se trataba de reorganizar la provincia tras la conquista. El concilio envió a Juan II un informe completo pidiendo la confirmación de sus actas. En todas partes la primacía de Roma era admitida; existían, sin embargo, discrepancias acerca de su extensión.

Agapito I, san (13 mayo 535 - 22 abril 536)

La prisión y posterior asesinato de Amalasunta dieron a Justiniano la oportunidad que desde hacía tiempo buscaba para desencadenar su ofensiva sobre Italia: dos ejércitos, desde África y desde Dalmacia, participaron en la invasión. En este clima de duros presagios tuvo lugar la elección de Agapito, hijo del presbítero Gordiano, que había muerto a manos de los partidarios de Lorenzo el año 502. Archidiácono, era un hombre cultísimo, poseedor de una importante biblioteca estudiada por I. Marrou («Autour de la biliothéque du papa Agapit», *Mel. Archéologie et Hist.*, 48, París, 1931) y ubicada en su casa del Monte Celio. Gran colaborador de Cassiodoro, con él había construido el primer plan de enseñanza orgánica que conocemos como *trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y *quatrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música) y que es el fundamento de la escolástica europea. En este ámbito es el antecedente de san Isidoro. Una de sus primeras decisiones fue rehabilitar la memoria de Dióscoro.

De carácter muy independiente, desplegó una gran energía en la defensa del primado romano. Así, cuando Contumelioso de Riez apeló la sentencia pronunciada contra él por Cesáreo de Arles, admitió la apelación y luego confirmó la sentencia. Justiniano le pidió concesiones en relación con los arríanos de África vueltos al catolicismo, pero él mantuvo firmemente la legislación romana, especialmente la que impedía a los sacerdotes arríanos ser luego sacerdotes católicos. En octubre del 535 fueron confirmados todos los cánones que regulaban la cuestión arriana.

Teodahado pidió a san Agapito que encabezara una misión de paz en Constantinopla. Él aceptó porque era consciente, al igual que sus antecesores, de los graves daños que la guerra iba a significar para la Iglesia. Tenía el ejemplo de África: muchos clérigos y laicos se habían refugiado en Italia huyendo de las tropas bizantinas. Introdujo entonces una disposición que obligaba a dichos clérigos a proveerse de cartas de excardinación de sus propios obispos antes de incorporarlos al servicio de Roma. Aceptó, pues, la embajada, pero no quiso recibir dinero alguno: hubo de empeñar vasos de oro y plata de las iglesias de Roma para hacer frente a los gastos del viaje.

En Constantinopla fue recibido con muestras de afecto y sumisión muy grandes (febrero del 536). Pero en relación con la guerra Justiniano le advirtió que las órdenes estaban ya cursadas y no era posible cambiarlas. Conoció Agapito que el patriarca Antimo de Constantinopla, designado a instancias de la emperatriz Teodora, era un monofisita, como ella misma, y le negó la comunión. Se sucedieron halagos y amenazas, igualmente resistidos hasta conseguir que se celebrara un debate público en que pudo demostrar que Antimo, efectivamente, sostenía doctrinas que ya habían sido condenadas. Justiniano, que no podía en aquellos momentos prescindir de Roma y de lo que la Sede Apostólica significaba, depuso a Antimo. San Agapito se encargó de consagrar a su sucesor, Menas, pero después de que éste hubiera firmado la «Fórmula de Hormisdas». Como compensación, confirmó el decreto de Justiniano de marzo del 533, pero advirtiendo que los laicos no tenían autoridad para predicar.

Agapito no volvió a Roma: murió en Constantinopla el 22 de abril del 536. Un concilio celebrado poco después en esta ciudad, al que asistieron los miembros de su séquito, hizo la solemne condena del monofisismo. El cadáver del papa, encerrado en una caja de plomo, fue trasladado a Roma para recibir sepultura en San Pedro.

Silverio, san (8 junio 536 - 11 noviembre 537)

Hijo de un papa. La guerra gótica había comenzado cuando llegó a Roma la noticia del fallecimiento de Agapito. Teodahado pudo presionar por última vez sobre el clero de Roma para que eligiera inmediatamente un sucesor, confiando en que se promocionase alguna persona favorable a sus intereses. Fue designado un hijo del papa Hormisdas, nacido en Frosinone, y que sólo era subdiácono, de nombre Silverio. Inmediatamente el clero cerró filas en torno a su persona para salvaguardar la unidad, preciosa en aquel momento. Este pontifi-

cado, breve y de acciones poco importantes, suscitó una cuestión que tardaría siglos en aclararse: ¿puede un papa abdicar? Silverio iba a encontrarse entre dos fuegos. Parecía, por una parte, que debía su nombramiento a las presiones de los ostrogodos; la emperatriz Teodora quería, por otra, conseguir la rehabilitación de Antimo.

Apenas muerto Agapito, Teodora se había puesto de acuerdo con el apocrisiario, Vigilio, ofreciéndole la promoción a la Sede Apostólica si se comprometía a la rehabilitación de Antimo. Y él aceptó marchando con los soldados de Belisario cuando éstos, desembarcados en Nápoles, avanzaron hacia la antigua capital, que sería ocupada en diciembre del 536. Durante dos siglos, Roma iba a encontrarse dentro del espacio bizantino. Justiniano tenía, en relación con la Iglesia —nuclearmente inserta en el Imperio—, algunas ideas muy claras que conocemos a través de su legislación *(Novelae).* No formulaba ninguna duda acerca de que Roma fuese «cabeza de todas las Iglesias», aunque asociaba esta condición, no a la tumba de Pedro, sino al hecho de que a esta ciudad cabía «el honor de ser madre de las leyes» y «cima del supremo pontificado». Tras esta cabeza, a muy escasa distancia, se encontraba Constantinopla, la nueva Roma dotada de «precedencia sobre todas las demás sedes». En el siguiente rango aparecían aquellas Iglesias que compartían con las dos mencionadas el rango de patriarcales, esto es, Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Desde el año 536 estas cinco indiscutibles cabezas estaban dentro del Imperio: sólo flecos de cristianismo permanecían fuera de él. El emperador consideraba a los cinco patriarcas como altos magistrados súbditos suyos que le debían obediencia, aunque él se declaraba sujeto a la doctrina y a la moral.

¿Puede un papa abdicar? M. Hildebrand *(Die Absetzung des Papstes Silveríus,* Munich, 1923) realiza la siguiente reconstrucción de los hechos: Belisario, llegado a Roma el 10 de diciembre del 536, pidió a Silverio, según las órdenes de la emperatriz, la rehabilitación del patriarca Antimo, y él se negó. El papa fue conducido a la residencia del general y acusado, mediante pruebas falsas, de haber conspirado para entregar Roma a los godos. De hecho se había producido lo contrario: el papa, junto con el Senado, había tratado de convencer a los bárbaros de que no ofrecieran resistencia dentro de la ciudad para evitar su demolición. Belisario arrebató a Silverio el *pallium,* le devolvió a su antiguo rango de subdiácono, y anunció al pueblo su deposición (11 marzo 537). El Imperio, tratando al pontífice como a cualquier funcionario desobediente, le desterró a Patara, en Asia Menor. Vigilio fue entronizado el 29 de marzo del 537.

Miembro de la aristocracia senatorial romana, el antipapa era precisamente aquel mismo Vigilio a quien Bonifacio II quiso designar como sucesor. Rechazado por el clero romano, Agapito había buscado para él una compensación nombrándole su apocrisiario en Constantinopla. Allí, siendo ambicioso, entró en los planes de la emperatriz, adquiriendo el doble compromiso de rehabilitar a Antemio y de sustituir la confesión de Calcedonia. La deposición de Silverio permitió a Belisario promover una nueva elección, pero la posición

de Vigilio se hizo sumamente difícil: seguía aún vivo el papa y la fe de Calcedonia era firme e indiscutida en todas las Iglesias de Occidente. En todas las zonas del Imperio se alzaban voces de obispos que rechazaban los sucesos de marzo del 537.

El de Patara, huésped del desterrado, viajó a Constantinopla para explicar a Justiniano cómo Silverio había sido injusta e indebidamente privado de su oficio. Justiniano dispuso que Silverio regresara a Roma para ser sometido a juicio justo: si se le encontraba culpable sería transferido a otra sede, pero si era declarado inocente volvería a ocupar la cátedra de san Pedro. Vigilio y Belisario, que contaban con el apoyo de Teodora, decidieron impedir tal posibilidad. Silverio fue detenido durante el viaje y enviado bajo custodia a la isla de Palmaria, cerca de Gaeta. Allí, sometido a amenazas, abdicó (11 de noviembre), falleciendo poco después.

Ahora el antipapa, reconocido por todos, era ya pontífice legítimo. Pero la abdicación planteaba, cuando menos, importantes dudas: si no se apreciaron las consecuencias fue sin duda porque en Roma se recibieron casi al mismo tiempo las dos noticias, de renuncia y de muerte. Quedaba en pie un hecho sustancial. Dueño de Roma, el Imperio se proponía tratar a los papas como a cualquier otro de sus funcionarios. Una situación que se prolongó hasta mediados del siglo VIII.

Vigilio (29 marzo 537 - 7 junio 555)

Querella de «Los Tres Capítulos». Aunque consagrado el 29 de marzo, Vigilio no fue verdadero e indiscutido papa hasta después del 11 de noviembre. Sobre la marcha advirtió a Antimo y a los otros patriarcas anticalcedonianos que, aunque compartía sus puntos de vista acerca del peligro que significaba el nestorianismo, era preciso obrar con cautela. Buscó ante todo el modo de reforzar su poder en Occidente, confirmando el vicariato de Arles y estableciendo con Profuturo de Braga, metropolitano en el reino suevo, relaciones que garantizaran su sumisión (29 de marzo del 538). Justiniano no podía esperar, pues las divisiones teológicas ponían en peligro su Imperio. Comenzó a desconfiar de aquel papa hechura suya cuando éste afirmó que la fe de la Iglesia coincidía con los cánones de Calcedonia y que repudiaba el monofisismo. En enero del 543 un rescripto imperial condenaba los «Tres Capítulos» (es decir, los escritos en que Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro e Ibbas de Edesa defendían la doctrina de las dos naturalezas en Cristo). Menas, patriarca de Constantinopla, firmó el rescripto: en realidad, se trataba de dar satisfacción a los monofisitas, que acusaban muy duramente a los tres autores mencionados. Patriarcas y obispos en Oriente obedecieron al emperador, pero en Occidente se produjo una fuerte resistencia, entre otras razones porque repugnaba a la conciencia que el emperador legislase acerca de lo que debía ser creído.

Vigilio se mantuvo, en principio, al lado de los occidentales. Pero el 22 de noviembre del 545, cuando se hallaba celebrando misa, la policía imperial interrumpió la ceremonia y le prendió; conducido a Sicilia bajo escolta, llegó a

Constantinopla en enero del 547. A pesar de sus debilidades, Vigilio era sin duda, sucesor de Pedro, custodio de la fe de la Iglesia. En Constantinopla se apartó de la comunión con Menas y rechazó el decreto justiniano. Era un prisionero, sobre el que pudieron ejercerse presiones y amenazas hasta que, finalmente, su voluntad se doblegó: estableció comunión con Menas y dictó una sentencia, el *Iudicatum,* rechazando los «Tres Capítulos». Estalló una verdadera tormenta: los obispos de África, que también eran súbditos del Imperio, convocaron un sínodo, excomulgaron a Vigilio (550) y vertieron contra él acusaciones corroboradas por individuos de su séquito, como si hubiera traicionado la fe de la Iglesia. El papa decidió retirar su *Iudicatum,* llegando a un acuerdo con el emperador: sólo un concilio ecuménico podía disipar las dudas y llegar a una solución. L. Duchessne («Vigile et Pélagie», *Rev. Quest. Historiques,* 1884) llegó a la conclusión de que el *Iudicatum* no había sido redactado en la cancillería del papa.

En medio de la tormenta desatada quebraban los designios de Justiniano. Sin esperar al concilio, cuyo lugar y tiempo no estaban fijados, hizo que uno de sus consejeros, Askidas, redactara un nuevo decreto, *omologia písteos,* confirmatorio de la sentencia contra los Tres Capítulos, y lo promulgó sin dar cuenta al papa. Vigilio, que recobraba el sentido de su autoridad, excomulgó a Askidas y exigió la retirada del edicto; para evitar nuevas vejaciones, se refugió en la iglesia de San Pedro con los clérigos de su séquito. Pero la iglesia fue asaltada por los soldados del emperador y el papa quedó sometido a verdadera prisión domiciliaria (23 de diciembre del 551). Estos avatares servían, sin embargo, para que el pontífice descubriera cuánta era la fuerza moral que le asistía: el emperador necesitaba de su confirmación para evitar que sus actos carecieran de legitimidad. Una noche, Vigilio huyó de su casa, atravesó el Bosforo y se refugió en Calcedonia, precisamente en la iglesia en que se celebrara el concilio del 451.

La fuerza del emperador. Pacientes negociaciones permitieron alcanzar un acuerdo en junio del 552. Se haría la convocatoria del concilio. Aunque el papa propuso Sicilia, Justiniano impuso su voluntad y fue convocado para el 5 de mayo del 553 en Constantinopla. Es el quinto de los ecuménicos. Comprobando que la representación occidental era insignificante, el papa se negó a asistir, pero mantuvo a través del diácono Pelagio un diálogo constante con los padres conciliares, a los que presentó el 14 de mayo una constitución en la que se reconocían 60 proposiciones extraídas de los escritos de Teodoro de Mopsuestia que podían considerarse peligrosas, pero se guardaba silencio sobre los otros dos autores. Justiniano rechazó la constitución y mostró al concilio cartas de Vigilio en que éste se había comprometido a condenar los Tres Capítulos. Entonces el emperador tomó la dirección del concilio; estaba decidido a resolver las cuestiones doctrinales sin reparar en el precio. Dijo que suspendía la comunión con Vigilio, aunque no con la Sede Apostólica, cuya primacía espiritual seguía reconociendo. En su octava sesión, el concilio del 553 condenó solemnemente los Tres Capítulos.

El Imperio dominaba ahora en el Mediterráneo. El año 554 Justiniano promulgó una pragmática sanción reorganizando las provincias de África, Italia y España; equivalía a una confesión de que la reconquista ya no podría ir más allá. Este Imperio se consideraba a sí mismo como la cristiandad y el concilio del 553 aparecía como el máximo logro de una política que comunicaba a sus súbditos, clérigos o laicos, la conducta a seguir. Pero Vigilio se resistía a confirmar los acuerdos, y en esta situación el concilio, rechazado en Occidente, no podía titularse ecuménico. Se ensayaron todos los procedimientos —detención y destierro de los consejeros del papa, amenazas y ofertas— hasta conseguir (8 de diciembre del 553) que Vigilio firmara un largo escrito arrepintiéndose de su defensa de los Tres Capítulos porque al fin «Dios le había abierto los ojos». El 23 de febrero del 554 firmaría una segunda constitución por la que ratificaba todos los decretos del concilio.

Era ya un papa desprovisto de prestigio, acusado de debilidades por los obispos occidentales. En estas condiciones, Justiniano no tuvo inconveniente en autorizar el regreso a Roma, de la que faltaba desde hacía nueve años. Vigilio decidió permanecer todavía un año en Constantinopla a fin de obtener de Justiniano concesiones que le permitieran defender su gestión. Ésta es la causa de que en la pragmática sanción se introdujera una cláusula aclaratoria que garantizaba las libertades eclesiásticas en las nuevas provincias. Con esta garantía mínima el papa se decidió a emprender el viaje. Nunca llegó a Roma: murió en Siracusa. Era tal su desprestigio que no fue sepultado en San Pedro, sino en San Marcelo, en la vía Salaria.

Pelagio I (16 abril 556 - 3 marzo 561)

Su nombre indica que se trataba de un romano, de vieja y noble estirpe. En el año 556 podía considerarse como el mejor preparado para ceñir la tiara. Ordenado diácono, acompañó a san Agapito en su embajada en Constantinopla y se convirtió en cabeza del grupo de clérigos romanos que, tras la muerte del papa tomaron parte en el concilio. En la crisis que siguió a la deposición de Silverio apoyó abiertamente a Vigilio, prestándole grandes servicios. Nombrado por éste apocrisiario en Constantinopla, pudo entrar en el grupo de confidentes de Justiniano y Teodora: a él se encomendó redactar el decreto imperial que condenaba las doctrinas de Orígenes. Luego se le confió la administración de Roma durante la larga ausencia de Vigilio: tomó abiertamente la actitud de los obispos occidentales en la querella de los Tres Capítulos y alcanzó una gran popularidad cuando el año 546 Tótila, rey de los godos, cercó y tomó la ciudad, pues evitó matanzas, saqueos y destrucciones. Tótila le pidió que regresara a Constantinopla, para negociar una paz, y allí permaneció, al lado de Vigilio, sosteniendo con energía su actitud frente al monofisismo, hasta el punto de ser enviado a prisión en un monasterio.

Cuando el papa suscribió las Actas del Concilio de Constantinopla, su actitud cambió: no podía negarse que el de Constantinopla era un concilio verdaderamente ecuménico que obligaba a obediencia. Su firme actitud a favor del

mismo le valió la estima de Justiniano, que le consideraba ya como el eclesiástico más importante del Imperio. Una especie de elección organizada por el emperador, fuera de Roma, le convirtió en papa. Los romanos le recibieron con la hostilidad que cabe suponer. Los obispos se negaban a oficiar en la consagración y sólo el 16 de abril un clérigo de Ostia, que decía tener la representación del obispo, junto con los de Perugia y Ferentino, accedieron. Comenzó su pontificado prestando solemne juramento de fidelidad a los concilios ecuménicos, especialmente al de Calcedonia y, asimismo, no haber tenido nada que ver con la muerte de Vigilio. De este modo venía a demostrar que nadie tiene poder para juzgar a un papa, que se exculpa por sí mismo. Sin embargo, era el representante imperial, Narsés, quien se encargaba de sostenerle en su puesto con sus soldados.

A pesar de todo, y aunque los obispos de Aquileia y de Milán le negaron la comunión, iniciando un cisma que se prolongaría bastantes años, Pelagio fue un excelente papa: había decidido restaurar la unión entre los dos sectores de la Iglesia haciendo aceptable la doctrina de todos los concilios. Su gran cultura le permitió traducir al latín textos griegos del siglo v, *Los dichos de los ancianos*, que prestarían una gran ayuda en la formación de clérigos y monjes. Cuando Narsés instaló en Rávena la sede de su gobierno, el papa obtuvo amplios poderes sobre la ciudad de Roma, que había sufrido mucho durante la guerra gótica. Aprovechó también la oportunidad de las recuperaciones justinianeas para reorganizar las propiedades pontificias en Italia, Dalmacia y el norte de África, cuyas rentas, abundantes, le permitieron asumir plenamente la annona imperial o suministro de la ciudad. Su preocupación por la moral del clero, la energía con que defendió la ortodoxia y la eficacia de un gobierno que se aplicaba a restaurar la ciudad, le ganaron el respeto y la simpatía crecientes en Italia, sin que pudieran hacerse extensivos a las otras regiones de Occidente. Hay un silencio absoluto acerca de sus relaciones con España o las Galias. Justiniano no se vio defraudado: tuvo en Pelagio un excelente colaborador.

Juan III (17 julio 561 - 13 julio 574)

En la Pragmática Sanción, Roma aparecía descrita como un ducado dentro de la exarquía, que abarcaba toda Italia. El crecimiento del poder de los papas y el establecimiento de una guarnición militar con su mando, habían reducido al Senado a una mera distinción honorífica que ostentaban las grandes familias romanas, en general muy ricas: una de ellas era la del procurador Anastasio, cuyo hijo, Catelinus, fue elegido para suceder a Pelagio. Cambió entonces su nombre por el de Juan. Dos misiones fundamentales se asignó: atraer a los disidentes a la obediencia de Roma y organizar la nueva forma de vida religiosa que llamamos monaquismo. Logró reanudar las relaciones con las Iglesias de África, y el 573, cuando ya las invasiones alteraban profundamente la vida italiana, también la sumisión de Nápoles. Aquileia siguió negando la comunión.

Desde mediados del siglo iv se había extendido a Occidente la costumbre oriental de la vida solitaria, en desprecio del mundo. Nacieron así los primeros

cenobios, como fórmulas excepcionales, y para ellos se redactaron algunas reglas, bastante variadas. Fue san Benito de Nursia (480-529) quien realizó el gran esfuerzo de organizar en un solo texto, extraordinariamente inteligente, las experiencias recogidas en la vida cenobítica. Las comunidades benedictinas, equiparadas a familias —el superior recibía el afectuoso título de *abba*, «padre»— se caracterizaban porque constituían un modo de vivir el cristianismo de una forma completa, que es lo que significa la palabra «perfección». Pelagio y Juan III se enfrentaron con el hecho de que el cristianismo podía vivirse de tres modos: clerical, monástico y laical. A fin de ordenar el monaquismo, Pelagio había traducido *Los dichos de los ancianos {Verba seniorum);* al mismo fin apuntaba otra compilación, la llamada *Exposición del Heptateuco.*

Juan III esperó cuatro meses antes de ser consagrado: el tiempo necesario para que llegara el plácet del emperador. El 568 los lombardos, que habían figurado como tropas auxiliares de Narsés, desencadenaron su ataque sobre el valle del Po, apoderándose incluso de Milán: en Pavía instalaron una especie de capital. Cuando el avance de los invasores se hizo amenazador para Roma, el papa viajó a Nápoles tratando de convencer a Narsés de la necesidad de instalar en Roma su residencia. Pero la presencia del exarca, en un momento en que el prefecto de la ciudad era ya de nombramiento pontificio, provocó en los romanos una reacción tan desfavorable que el papa tuvo que abandonar Letrán, retirándose a la basílica de los Santos Tiburtino y Valeriano, en la vía Apia. Narsés y Juan **III** fallecieron en el mismo año con muy escasa diferencia de tiempo.

Benedicto I (2 junio 575 - 30 julio 579)

No conocemos sus antecedentes familiares, salvo que su padre se llamaba Bonifacio. Elegido inmediatamente después de la muerte de Juan III, tuvo que esperar once meses a que llegara la confirmación imperial; las comunicaciones con Constantinopla se habían hecho difíciles. Continuaba el avance de los lombardos que, a su paso, tendían a constituir ducados en el corazón de Italia; con uno de ellos, Spoleto, se vio obligado Benedicto a negociar por vez primera para conseguir que fueran respetadas las propiedades episcopales y de los monasterios. Los exarcas, atrincherados en Rávena, poco podían hacer. Una delegación, pontificia y senatorial, fue enviada a Constantinopla para conseguir ayuda, pero las tropas y suministros que Justino II (565-578) pudo emplear se revelaron muy escasos: en el verano del 579 la ciudad de Roma estaba asediada por los bárbaros y el hambre se adueñaba de la ciudad. En tan dramáticas circunstancias se produjo la muerte de Benedicto.

Pelagio II (26 noviembre 579 - 7 febrero 590)

Papa godo. Hijo de un godo, de nombre Wunigildo, había nacido en Roma. Las circunstancias extremas que atravesaba la ciudad impedían solicitar la confirmación imperial y por ello decidió hacerse consagrar inmediatamente (agosto del 579). Sin embargo, la fecha oficial que le asigna el *Líber Pontifica-*

lis coincide con la llegada del plácet, el 26 de noviembre. Mientras tanto, tras negociaciones que desconocemos, había conseguido de los lombardos que levantaran el asedio, obteniendo de este modo la adhesión popular. Sabía llevar la caridad al extremo y casi al comienzo de su pontificado fundó un hospicio para pobres. Bizancio ya no estaba en condiciones de atender militarmente a Italia. Cuando el diácono Gregorio llegó a Constantinopla en calidad de apocrisiario, el emperador Tiberio II comentó con él dos posibles soluciones al problema: una negociación con los lombardos o una demanda de ayuda a los francos; era la primera vez que alguien mencionaba esta posibilidad.

Giro a Occidente. En octubre del 580 Pelagio II tomó contacto con el obispo de Auxerre, Aunario: pretendía que éste convenciera a Gontram, rey de Borgoña, de que, respondiendo a los designios de la Providencia, a él correspondía convertirse en protector de Italia y del pontificado. El merovingio prestó oídos sordos. De todo informó Pelagio a su embajador Gregorio que, entre tanto, había establecido relaciones con otro apocrisiario venido de España, san Leandro (t 600). Se abría una nueva oportunidad con los visigodos. El emperador nada podía hacer; había cursado órdenes a Smaragdo, el exarca, para que intentara una negociación con los lombardos. Éstos aceptaron, el 585, una tregua de cinco años.

Durante este plazo algunos acontecimientos importantes tuvieron lugar. El primero de todos fue que se restablecieron las relaciones de la Sede Apostólica con el norte de Italia: la diócesis de Aquileia había sufrido tanto con las invasiones que su obispo, Elias, había trasladado su residencia a Grado, mientras que sus fieles se habían refugiado en las islas cercanas a la costa donde nacería Venecia. Los esfuerzos que el diácono Gregorio, vuelto de Constantinopla, realizó para conseguir que se reanudase la comunión, fracasaron, sin embargo. Pelagio II no renunció ni siquiera a solicitar de Smaragdo el empleo de la fuerza, pero nunca pudo conseguir su propósito. Venecia heredaría de Aquileia las pretensiones de autocefalia.

III Concilio de Toledo. Sostenido en este punto por Gregorio, Pelagio operaba ya una especie de giro hacia Occidente. Un nuevo rey, Autario (584-590), gobernaba a los lombardos; estaba casado con una católica, Teodolinda (t 625), y se abrían grandes posibilidades para unos esfuerzos de conversión, que prosperaban. Pero el gran acontecimiento de este tiempo, saludado con entusiasmo en la correspondencia entre Gregorio y Leandro, sería el III Concilio de Toledo (589), que significaba el abandono del arrianismo por los visigodos. Una fuerte monarquía, profundamente enraizada en el derecho y la cultura romanos, estaba surgiendo en la península. En todo el Occidente se fortalecía el catolicismo y el repliegue bizantino hacía que dejaran de ser aquellas Iglesias llecos en el exterior para cobrar protagonismo. El 588 hubo de protestar Pelagio de que el patriarca Juan IV de Constantinopla asumiera, en un sínodo, el título de «patriarca universal». Se ordenó a Gregorio que rechazara las actas del sínodo y que rompiera la comunión con el patriarca hasta que éste se decidiera a reconocer que tal título correspondía únicamente al sucesor de Pedro.

Como una reivindicación del mismo, ordenó cambiar de sitio el altar mayor de la iglesia de San Pedro a fin de que coincidiera exactamente con el lugar de la tumba del apóstol.

Grandes inundaciones provocó el Tíber en noviembre del 589. Como consecuencia, se difundió por Roma y su comarca una terrible epidemia. El papa hizo verdaderos alardes de heroísmo y abnegación acudiendo en ayuda de los afectados. Contrajo la enfermedad y murió, siendo enterrado en San Pedro.

Gregorio I Magno, san (3 septiembre 590 - 12 marzo 604)

Significación. Estamos ante una de las figuras capitales de la historia de Europa, cuya obra es más importante que la de ningún otro creador de Imperios. Nacido hacia el 540, pertenecía a una rica familia de patricios que diera ya a la Iglesia dos papas, Félix II y Agapito I. Se le preparó cuidadosamente —siempre en formación latina— para una carrera política de muy alto nivel. A los 30 años de edad era ya prefecto de Roma, en un momento en que el pontificado comenzaba a intervenir en estos nombramientos (572-574). Los especialistas en la materia *(The Earliest Life of Gregory the Great,* Lawrence, Kansas, 1968) coinciden en afirmar que la experiencia recogida en la primera etapa de su existencia es imprescindible para explicar la importancia de su obra. La muerte de su padre, Gordiano, y el encuentro con la regla de san Benito, le llevaron a un proceso de rigurosa conversión: vendió todos sus bienes para fundar seis monasterios, entre ellos el de San Andrés de Celiomonte, que era su propio domicilio, y comenzó a vivir el riguroso ascetismo de los monjes. Años después recordaba este tiempo de ayuno y oración contemplativa como el más feliz de su existencia. Pero hacia el año 578 Benedicto I requirió sus servicios y le ordenó diácono. En calidad de tal le enviaría Pelagio a Constantinopla el 579. Aquí organizaría su residencia de apocrisiario, equivalente a una embajada, como un pequeño monasterio con otros monjes que le permitían seguir viviendo en comunidades. Este período, hasta el 585 en que hubo de regresar a Italia, reviste gran importancia: a instancias de san Leandro escribe las *Moralia.* Ganó la voluntad de las autoridades bizantinas, para las que pasó a ser candidato idóneo al pontificado. En los últimos años de Pelagio II se convirtió en el consejero indiscutible.

El papa. Pocas veces se había visto tanta unanimidad: Mauricio, el emperador, el clero y el pueblo le aclamaron y aplaudieron. Sólo él se mostraba reticente, pero acabó cediendo y fue consagrado el 3 de septiembre del 590. Una leyenda pretende que, para combatir la peste que asolaba Roma, hizo que salieran siete procesiones de otros tantos *tituli,* haciendo una llamada a la penitencia. La peste cesó. Alguien dijo que se había visto, sobre la mole Hadriana, un ángel que envainaba una espada de fuego: ésa es la razón de que se le conozca, todavía hoy, como castillo de Sant'Angelo. Manifestó el disgusto que le producía tener que cambiar la vida contemplativa por la tiara: de sus años mozos guardó siempre el convencimiento, que reflejan sus obras, de que el monacato es la forma superior de vida cristiana. Frente al patriarca de Constantino-

pla, que insistía en ser llamado «universal» —pretensión que san Gregorio siempre combatió— puso en marcha una conciencia de servicio mediante la fórmula que aparece en adelante en los documentos pontificios, del «siervo de los siervos de Dios». La misión del papa coincide con la doctrina evangélica: el que quiera ser primero entre vosotros sea vuestro servidor.

San Gregorio fue, ante todo, director espiritual de la Iglesia. Los tres sínodos que reunió dieron normas de vida religiosa. Fue, para Roma, un verdadero obispo que intentaba permanecer cerca de sus fieles y para ello estableció la costumbre de las «estaciones», que le permitía reunidos. Personalmente fue Gregorio un hombre de gran habilidad, determinación y energía, sostenidas por una muy frágil salud que acabó convirtiéndole en un paralítico. Realista, se distinguía especialmente por la humildad: a fin de cuentas la vida es sólo un breve tránsito temporal. La caridad destaca como una de sus virtudes más sobresalientes. Guerra, hambre y peste reclamaban medidas urgentes. La amenaza lombarda continuaba. El 592 y el 593 la ciudad de Roma sufrió dos asedios, el primero a cargo del duque Ariulfo de Spoleto y la segunda del rey Agiulfo; en ambas ocasiones el papa consiguió la retirada de los lombardos mediante negociaciones y una fuerte indemnización. Ya no era el gobernador bizantino sino el papa quien actuaba como defensor de Roma. Sin embargo, Gregorio se negó siempre a firmar acuerdos como la tregua del 598, porque ése era un cometido que correspondía al exarca y no a él.

«Patrimonium Petri». Como una parte de la reconstrucción se encuentra el esfuerzo para organizar el Patrimonium Petri, es decir, el conjunto de propiedades de la Sede Apostólica: además del *patrimonium Romae* incrementado con los bienes de Aquae Salariae, entraban en él las grandes fincas de Apulia, Calabria, Lucania, el Samnium, Campania, Capri, Gaeta, Toscana, Rávena, Córcega, Cerdeña y, especialmente, de Sicilia. Este enorme patrimonio estaba formado por fincas a las que se llamaba *fundos.* Una reunión de fundos, explotados por medio de campesinos establecidos en régimen de enfiteusis o arrendamientos, se llamaba *massa* y se evaluaba según el volumen de la renta que producía. El conjunto de las *massae* de una provincia se llamaba a su vez *patrimonium* y tenía a su frente un administrador directamente nombrado desde Roma. Ninguno de estos patrimonios provinciales podía compararse con el de Sicilia, que nutría de trigo los almacenes de Roma y permitía al papa asegurar el alimento de la ciudad. San Gregorio decidió, prudentemente, que los administradores («rectores») fuesen en todo caso clérigos para evitar la formación de linajes que confundiesen la propiedad con la autoridad.

El Patrimonium Petri, cuya existencia con la organización mencionada se comprueba al menos en la segunda mitad del siglo vi, fue el origen remoto de los Estados Pontificios, ya que, de acuerdo con la ley romana, los rectores, como el famoso subdiácono Pedro que administraba Sicilia, poseían funciones jurisdiccionales sobre colonos y arrendatarios. En tiempos de san Gregorio el conjunto del Patrimonium rendía 500.000 sueldos, una gran parte de los cuales recaudados en especie. Dos veces al año una flota procedente de Sicilia, arri-

baba a Ostia cargada de trigo: el mercado, los repartos gratuitos de grano, la construcción de iglesias y de otros edificios, hacían del papa el punto esencial de referencia para la vida de esta grande y frágil ciudad. Es cierto que seguía siendo un súbdito del Imperio y que los emperadores le trataban como uno de sus altos oficiales, pero las funciones en él subrogadas le convertían en el verdadero dueño de Roma. El fisco se entendía con él y no con los ciudadanos. De él y no del exarca se esperaban las medidas eficaces de defensa para las que se había comenzado a reclutar una guarnición, llamada «milicia romana». Sobrevivía un senado pero enteramente supeditado al papa, que era quien nombraba al «prefecto de la ciudad». Por otra parte, el Senado había dejado de ser una asamblea: era tan sólo la élite de los grandes propietarios que usaban este título como signo de su elevada posición. El papa era ya, por tanto, un príncipe temporal, aunque no soberano. En las dos ocasiones mencionadas, para la liberación de Roma negoció directamente con los lombardos. Pero al exarca correspondía la representación política del emperador.

El escritor. F. H. Dudden {*Gregory the Great. His Place in History and Thought,* Londres, 1967) y P. Batiffol {*Saint Grégoire le Grand,* París, 1.928) coinciden en señalar que, con todo, el más importante y duradero de los aspectos de la obra de san Gregorio se encuentra en sus escritos. Nunca quiso emplear en ellos el griego, aunque es indudable que lo hablaba por su larga estancia en Constantinopla. Era, pues, un latinista. Sus cartas, de las que 850 han llegado hasta nosotros, presentan un variado y rico muestrario de orientaciones pastorales que tienden a buscar la imitación de Cristo. Nadie puede tener la seguridad de estar salvado: de ahí la tensión en que ha de desarrollarse la existencia. Monje ante todo, quería que el espíritu monástico se difundiese por las venas de la Iglesia hasta alcanzar los últimos rincones. La *Regula pastoralis,* comenzada a redactar como una explicación de su resistencia a aceptar el cargo, llegó a ser el libro más importante acerca del oficio episcopal. Se ordena en cuatro partes: las condiciones que deben tener los candidatos; la forma de vida, profundamente religiosa, a que el oficio obliga; la discreción que se necesita para la predicación; y la humildad que debe presidir todos los actos del obispo ya que, a fin de cuentas, no es sino el servidor de sus hermanos en la fe. Ejemplares de la *Regla* fueron después adoptados en todos los países como norma de disciplina.

Las *Moralia,* comenzadas durante la estancia en Constantinopla, son un comentario al Libro de Job. Es significativo que, mientras buscaba interpretaciones alegóricas, afirmaba que la Escritura carece de sentido cuando se prescinde de su contenido histórico. La Biblia no proporciona únicamente textos para la predicación: es ante todo una lectura espiritual para el perfeccionamiento de cada hombre. Sus comentarios y sermones, contenidos en las *Homilías sobre los Evangelios, Homilías sobre Ezequiel, Homilías sobre el Cantar de los Cantares* y *Comentarios sobre el Libro I de Samuel,* le permitieron ahondar en una cuestión de importancia decisiva en la conformación de la mentalidad europea, a partir del gran debate sobre la gracia a que Pelagio y san Agustín dieran lugar.

Para san Gregorio la gracia no es un elemento contundente capaz de anular la libertad humana: en esta condición esencial de la naturaleza humana, es decir, el libre albedrío, reside todo el mérito, pues si la gracia, ayuda de Dios, no falla, al hombre corresponde, en definitiva, aceptarla o rechazarla. Los *Diálogos* contienen, entre otras, una vida de san Benito de Nursia que es signo de absoluta fidelidad a su monaquisino.

La gran política. Polifacético, san Gregorio escribió, cuidó de los pobres, levantó iglesias, restauró Roma, hizo penitencia, enseñó con la palabra y el ejemplo, al tiempo que se ocupaba de las grandes cuestiones disciplinarias y políticas. En modo alguno sentía vacilar su conciencia de que Roma formaba parte del Imperio ni de que la unidad de la Iglesia estuviese garantizada por la fidelidad a los cuatro concilios (Nicea, Constantinopla, Éfeso, Calcedonia), que llegaba a comparar con los cuatro Evangelios, incluyendo el debatido canon 28 que garantizaba a Constantinopla el segundo puesto («después», pero no «antes» ni a la par de Roma) dentro de la cristiandad. Sintió escándalo porque el patriarca Juan el Ayunador se titulase «ecuménico», un título que le parecía signo de soberbia y que él mismo se negó positivamente a usar. Protestó reiteradamente de dichas pretensiones, pero a pesar de la amistad que le unía a los patriarcas de Antioquía y Alejandría, no consiguió que éstos, temerosos del emperador, le apoyasen. Cuando Mauricio, el emperador, le reprochó que hiciera cuestión importante de lo que, a su juicio, era sólo un juego de palabras, él replicó que estas palabras afectaban a una misión encomendada indefectiblemente a san Pedro por el propio Cristo que había colocado a todas las Iglesias, incluyendo a la de Constantinopla, bajo la supremacía de la Sede Apostólica. No vería el éxito de sus protestas, pero el año 607 Focas prohibiría a los patriarcas el uso del debatido título de ecuménico.

Las misiones. R. A. Markus («Gregory the Great and a papal Missionary strategy», en *Study of Christian History,* 6, Londres, 1970) no duda en calificar a Gregorio de «primer misionero». En realidad, las misiones para convertir a los germanos que aún permanecían fuera del ámbito romano en la idolatría, estaban en marcha cuando él subió al trono. Pero recibieron de su mano un fuerte impulso. En primer término en Cerdeña, donde impuso al obispo de Aleria la obligación de concluir con los resistentes focos paganos. Respecto a los judíos, recomendaba multiplicar los esfuerzos para atraerlos al bautismo, pero rechazaba cualquier recurso a la fuerza o a la coacción. Sus relaciones, estrechas e importantes, con los reyes germánicos en España, Francia e Italia, no deben interpretarse como desvíos en la fidelidad al Imperio, sino como una necesidad de fortalecer el cristianismo en ellos y sus vinculaciones con Roma. En España encontró un gran apoyo en Recaredo y san Leandro de Sevilla: debe recordarse el estrecho paralelismo que la obra literaria de san Gregorio ofrece con la de san Isidoro. En las Galias, la restauración del vicariato de Arles y las estrechas relaciones con Brunequilda, ella misma de origen visigodo, se explican por la necesidad de reforzar la dependencia de sus obispados respecto a Roma.

Un episodio en la vida de san Gregorio ha sido rodeado de tintes poéticos legendarios. Siendo todavía diácono vio que estaban vendiendo en un mercado de Roma jóvenes esclavos rubios y preguntó quiénes eran: «Son anglos», le respondieron. Y entonces replicó que «no son anglos, sino ángeles». Compró tales esclavos —es un hecho comprobado que parte de las rentas del Patrimonium se empleaban en el rescate de los esclavos— y, siendo ya papa, los envió a su país con el prior de un monasterio romano, llamado Agustín (t 604). Tal habría sido el origen de la Iglesia en la Inglaterra sajona. El propio Gregorio enviaría a Agustín el palio en su calidad de primer arzobispo de Canterbury. Nuevos refuerzos misionales enviados el año 601 permitieron fundar sedes en Londres y en York.

Entre las obras más destacadas de san Gregorio figura también un *Sacramentarlo,* que es una especie de misal de la época, y una colección de cantos, el *Antifonario.* Sus precisiones en el campo de la liturgia explican que la salmodia monocorde propia de los monjes siga siéndole atribuida con el nombre de «canto gregoriano». En realidad, no se trata de ninguna invención suya, aunque es evidente que estimuló la oración cantada. De él data también la reducción del tiempo de Adviento a cuatro semanas en lugar de las seis de que se componía al principio.

Sabiniano (13 septiembre 604 - 22 febrero 606)

Nacido en Volterra, Sabiniano era uno de los clérigos que trabajaron a las órdenes de san Gregorio, sirviéndole como legado en Constantinopla entre los años 593 y 595, si bien incurrió en censuras por parte del pontífice al no mostrar suficiente energía frente al emperador Mauricio y el patriarca Juan en el debate sobre el título ecuménico. A partir de entonces y aunque todavía hubo de desempeñar una misión en Francia, se convirtió en una especie de cabeza para el clero romano, que rechazaba las tendencias monásticas de san Gregorio. Al final del pontificado de este último aparecían muestras de descontento: la nueva amenaza lombarda, deficiencias en las comunicaciones y escasez alimenticia difundían la inquietud. De este modo, la elección de Sabiniano el 604 puede considerarse como una especie de reacción contra las tendencias anteriores. No pudo ser consagrado hasta septiembre de dicho año, por tener que aguardar el plácet imperial. Es poco lo que sabemos de su pontificado, salvo que el crecimiento del hambre obligaba a tomar medidas de emergencia y que se procuró aumentar la influencia de los clérigos en detrimento de la de los monjes. Los rigurosos controles que se vio obligado a establecer en los almacenes de grano sirvieron para que se le acusase de negocios especulativos. Había tal descontento que, en su sepelio hacia el Vaticano, el cortejo no se atrevió a cruzar las calles principales de Roma temiendo desacatos por parte de la multitud.

Bonifacio III (19 febrero - 12 noviembre 607)

Nacido en Roma, aunque de familia griega, era uno de los protegidos de san Gregorio, que le nombró *primicerias defensores,* una especie de jefe de proto-

coló en el séquito del papa. Actuó como embajador en Constantinopla el 603, al ofrecer la sumisión a Focas, que acababa de sustituir a Mauricio. De entonces databa el favor imperial. Sin embargo, entre la elección y la consagración medió casi un año a causa del desorden en las comunicaciones, tiempo en que estuvo gobernando de hecho. Focas demostró su favor con el decreto que prohibía al patriarca de Constantinopla el título de «ecuménico» y reconociendo el primado de Pedro sin paliativos. Bonifacio agradeció el gesto ordenando erigir en Roma una estatua dorada del emperador. Éste envió instrucciones a Smaragdo, el exarca, para que apoyase al papa contra los cismáticos de la antigua diócesis de Aquileia-Grado, ahora fuerte con el respaldo de Venecia. Son muy pocas las noticias que se tienen de este pontificado, extraordinariamente corto. La más importante se refiere a la reunión de un sínodo encargado de regular las elecciones pontificias: debían de transcurrir dos días desde la muerte del anterior para que se presentasen candidaturas; sólo el clero intervendría en la elección que, *a posteriori*, sería aceptada por el pueblo.

Bonifacio IV, san (15 septiembre 608 - 8 mayo 615)

Nacido en una pequeña localidad de los Abruzzos e hijo de un médico, pertenecía al séquito de san Gregorio, como su antecesor, cuyos pasos se proponía seguir, incluso en el detalle de convertir su casa en monasterio. Tiempo sumamente difícil el suyo: Italia estaba en guerra y Roma sufría verdaderos desastres, incluyendo el hambre y la peste. Bonifacio puso un gran empeño en conservar las excelentes relaciones con los emperadores; recibió de Focas, como regalo, el Panteón, que hizo adaptar arquitectónicamente para consagrarlo (13 de mayo del 609) como iglesia de Santa María de los Mártires in Rotondo. El papa la enriqueció luego con abundantes reliquias. Las amabilidades del emperador respondían a un fin concreto: que Bonifacio le ayudara a atraer a los monofisitas haciendo más rigurosas las censuras contra los Tres Capítulos. Cualquier concesión, en esta línea, provocaba reacciones desfavorables en Occidente.

Estos años aparecen llenos por la gran figura de san Columbano. Este monje irlandés, fundador de Luxeuil, conocido por su rigor, después de haber desarrollado una gran tarca como misionero, había tenido que refugiarse en Italia a causa de su enfrentamiento con Brunequilda. Fundó la abadía de Bobbio (613) y pasó a ser el principal consejero de Agiulfo (590-616) y su espoca católica, Teodolinda. Para estos últimos era de especial importancia conseguir que terminase el cisma que sostenía la antigua sede de Aquileia a fin de unirla al resto del norte de Italia, el cual se apoyaba en un rechazo de las concesiones que se hicieran por parte de Roma en la querella de los Tres Capítulos. Columbano, que se dirigía al papa como cabeza *omnium totius Europae ecclesiarum*, redactó un documento en que desaparecían todos aquellos matices y pidió su aprobación. El papa se resistió: no quería entrar en nuevos conflictos con Bizancio. Bonifacio IV, que trataba de ganar el apoyo de las Iglesias occidentales, envió el palio al metropolitano de Arles, a petición de Brunequilda, y convocó un sínodo en Roma para tratar, según se anunció, de la regulación de

la vida monástica (610). Por primera vez un obispo de Londres, Melito, asistió a una asamblea de este tipo. Fue la oportunidad para que el papa enviara cartas al primado de Canterbury y al rey Ethelberto de Kent (560-616). Se recogían, pues, frutos abundantes de la iniciativa de san Gregorio.

Deodato (Adeodato) I, san (19 octubre 615 - 8 noviembre 618)

Hacía mucho tiempo que un presbítero no era elegido. Nacido en Roma e hijo del subdiácono Esteban, era de edad avanzada y tenía tras de sí una larga trayectoria de servicios como sacerdote. Su elección era el resultado final de una querella entre dos bandos: el gregoriano, inclinado a preservar la influencia monástica, y el del clero romano, que consiguió la victoria. De golpe ordenó catorce presbíteros y estableció un oficio vespertino, paralelo del matutino, a fin de darles una función. Aparte de esta política tendente a convertir el presbiterado en un elemento dominante, no se conocen otros detalles de su pontificado, que coincide con una época dura. Roma seguía formando parte del Imperio bizantino; las tropas de la guarnición se amotinaron por falta de pagas e incrementaron el bandidaje que ya abundaba. En su testamento, Deodato legó a cada clérigo romano un estipendio a fin de que pidiese a Dios por la salvación de su alma.

Bonifacio V (23 diciembre 619 - 23 octubre 625)

Hijo de Juan y nacido en Nápoles hubo de esperar trece meses la llegada de la confirmación imperial que le permitiría ser consagrado. Las crecientes dificultades de comunicación movieron al emperador a delegar en el exarca de Rávena este cometido, con la consecuencia de que la legitimidad del papa parecía depender ahora de un funcionario de segunda fila. Las campañas en la frontera persa alejaban cada vez más a Heraclio (610-645) de los asuntos italianos. Bonifacio se situó en la misma línea de actuación que su antecesor, favoreciendo al presbiterado. Por ejemplo, rebajó el papel de los acólitos, a los que prohibió transportar reliquias o sustituir a los diáconos en sus ausencias. También procuró que la autoridad civil, en Roma y su entorno, quedara sometida a la eclesiástica. Fue un hombre generoso, que distribuyó en limosnas su cuantiosa fortuna y se sintió movido a verdadera caridad hacia una población que vivía en muy difíciles condiciones. Se le ha de atribuir un gran esfuerzo en la edificación de la Iglesia en Inglaterra, aprovechando los copiosos resultados de la misión comenzada más de veinte años atrás. A las provincias del sur, Londres y Canterbury, se sumaba ahora Northumbria, donde el rey Edwin (f 633) y su esposa Ethelburga se convirtieron al cristianismo. Benedicto mantuvo con ellos correspondencia epistolar, enviando además el palio a Justo de Rochester, titular de York, que iba a ser la segunda metropolitana entre los anglosajones.

Honorio I (27 octubre 625 - 12 octubre 638)

Los comienzos. Hijo del cónsul Pctronio y originario de Campania, pertenecía a una de las familias más ricas de Roma. Repitiendo el gesto de san Gre-

gorio Magno, convirtió su casa en un monasterio; de nuevo los monjes desempeñaban un papel decisivo. No hubo en este caso intervalo entre la elección y la consagración porque estaba presente en Roma el exarca Isaac. Coincidió con san Gregorio en otras dos líneas de acción: correcta administración del Patrimonio e interés por los reinos occidentales. Buscaba también una mejora en la formación intelectual de los clérigos, en coordinación con el desarrollo que, desde la época de Cassiodoro (490-575), era visible en los benedictinos. Se estaba haciendo más compleja y, al mismo tiempo, más rigurosamente jerárquica, la ordenación de ese clero. En Roma, Honorio perseguía deliberadamente la sumisión de la ciudad, reduciendo al exarca al rango de huésped bienvenido cuando ocasionalmente la visitaba: eran el papa y sus clérigos quienes se ocupaban de las obras públicas, reparación de acueductos, aprovisionamiento del mercado, paga a los soldados de la guarnición y reparo de edificios, como en este caso concreto San Pedro y Santa Inés Extramuros. Las copiosas rentas del Patrimonio permitían asumir sin agobios tales obligaciones: los funcionarios civiles recibían del papa instrucciones, y sospechamos que también los nombramientos.

Relaciones con los germanos. Fuera del exarcado, frontera del Imperio, se hallaba el reino lombardo, frenado ahora en su expansión, de fronteras inciertas. Honorio mantuvo relaciones normales con Adaloaldo (603-626) y, cuando éste fue depuesto, las reanudó con Arioaldo (625-636), a pesar de ser arriano. Una línea de conducta que le permitió recobrar la autoridad sobre los obispos del norte de la península y dar los primeros pasos para resolver el cisma de Aquileia-Grado, que se arrastraba desde mucho tiempo atrás. Aunque la cuestión doctrinal, en torno —como sabemos— a los Tres Capítulos, siguió coleando por algunos años. Honorio pudo nombrar por primera vez un obispo de Grado, y precisamente a uno de sus subdiáconos, Primigenio, en sustitución de Fortunato, depuesto. En esta línea de refuerzo de los vínculos con el norte entran las extraordinarias concesiones a Bobbio, la obra predilecta de san Columbano: fue declarada exenta de cualquier jurisdicción y vinculada directamente a la sede romana.

Constan, asimismo, las relaciones de sumisión de los obispos de Epiro, Cerdeña y España. El año 638 Honorio escribió a los obispos españoles, que se preparaban para celebrar el VI Concilio de Toledo, una carta bastante brusca en que les exhortaba a que no permaneciesen «mudos como perros que no saben ladrar» y les ponía en guardia contra las excesivas condescendencias hacia los judíos. San Braulio respondió con una carta llena de fidelidad pero molesta por la reconvención: Dios había iluminado en ambos sentidos al rey Chintila (636-639). Es posible que hayamos de establecer alguna conexión entre este gesto y la política antijudía, o cuando menos imprudente, de los últimos monarcas godos. Reforzando la vinculación de Inglaterra a la Sede Apostólica, envió el palio a los dos metropolitanos, de Canterbury y de York, encomendando al monje Birinus que iniciara la evangelización de Wessex (638). Dos problemas estaban surgiendo, ambos graves, dentro de esa área: la resistencia de los irlande-

ses a unificarse con los anglosajones, sus inveterados enemigos, en el seno de la fe, y la reacción nacional e idólatra encabezada por el rey Penda de Mercia (632-642). Penda logró vencer y dar muerte a Edwin de Northumbria en Heathfield (633), pero los católicos se estaban ya reagrupando y no tardarían en conseguir la victoria definitiva.

Querella monotelita. El 634 Honorio recibió una carta del patriarca Sergio de Constantinopla en la que solicitaba o proponía una aclaración doctrinal en torno al modo de operar de la voluntad de Jesucristo. La fórmula propuesta por Ciro de Alejandría y abrazada por Sergio, «dos naturalezas distintas en una sola operación», había sido denunciada por el monje Sofronio como una forma disfrazada de monofisismo. El griego causaba ciertas confusiones que no se daban en latín. Honorio se precipitó probablemente en su afán de dar una respuesta inmediata, sin esperar a disponer de más información, especialmente de la parte contraria. Decía que había que confesar sencillamente «un solo Jesucristo que obra en las dos naturalezas las obras de la divinidad y las de la humanidad. Es necesario, ante todo, poner a salvo la voluntad personal y debe reconocerse «alguna unidad de voluntad», ya que el Verbo ha tomado nuestra naturaleza, mas no el pecado que hay en ella». El texto era claro, pero los términos griegos *energía* o *telía* (de donde procede monotelismo) no resultaban tan inequívocos. Cuando recibió al enviado de Sofronio, un presbítero llamado Esteban, intentó el papa evitar deformaciones con una segunda carta en la que recomendaba silencio.

De esta segunda carta sólo se han conservado fragmentos, que son importantes: «No debemos definir ni una ni dos energías... sino confesar las dos naturalezas en unidad de un solo Cristo. Debemos confesar un único operante que es Cristo, el Señor, en las dos naturalezas; y en lugar de las dos energías que se proclame más bien con nosotros dos naturalezas... las dos operando lo que les es propio sin confusión, sin separación y sin cambio.» Fue enviada a Sergio, a Ciro y a Sofronio. Pero ya entonces el patriarca y el emperador Heraclio habían entendido que con el texto de la primera el papa les daba la razón y publicaron un documento, *Ekthesis,* declarando el monotelismo como fórmula ortodoxa y obligatoria. Se trataba en realidad de un esfuerzo para atraer la buena voluntad de los monofisitas, fuertes en Egipto, en un momento de extraordinario peligro para el Imperio por persas y árabes.

Se había cometido un abuso: donde el papa hablaba de una unidad de voluntad moral trataban los monotelitas de entender unidad de voluntad física. Las Iglesias orientales, especialmente después de que el monofisismo naufragó en la marea musulmana, consideraron herética la doctrina de Honorio y armaron un gran escándalo consiguiendo que fuera condenada en el Concilio de Conslanlinopla del 680. León II, al aprobar sus actas, estableció que en el futuro los papas prestarían un juramento, antes de subir al solio, de no incurrir en lo que se daba en llamar el «error de Honorio». Pero en el siglo xv el famoso cardenal español Juan de Torquemada, al estudiar con detenimiento los texlos, advirtió que el error estaba en los que condenaban la fórmula de Ho-

norio, que era absolutamente ortodoxa, y que el concilio, mal informado, había condenado una doctrina que jamás fue sostenida por el papa. Algunos teólogos católicos han llegado más lejos, al sospechar que las actas mismas del mencionado concilio hayan podido ser falseadas; esta última opinión tampoco es sostenible. Honorio no había negado en modo alguno que Jesucristo estuviera desprovisto de voluntad humana, si bien en Él las dos voluntades actúan al unísono, como explica el Evangelio cuando dice que cumple «la voluntad de mi Padre». El caso Honorio fue esgrimido todavía en el Concilio Vaticano I, que hizo la aclaración de que la infalibilidad pontificia se refiere únicamente a los pronunciamientos *ex-cathedra,* una condición que no tiene la carta de Honorio a Sergio, que era simplemente explicativa. Es G. Kreutzer *(Die Honoriusfrage im Mittelalter und in der Neuzeit,* Stuttgart, 1975) quien ha conseguido aclarar este vidrioso episodio.

Severino (28 mayo - 2 agosto 640)

Las noticias que llegaban de Oriente causaban la más profunda alarma: los musulmanes, dueños de Jerusalén, se expansionaban en Siria y preparaban un ataque decisivo sobre Egipto. Amplias zonas de cristiandad antigua y prestigiosa estaban ya en poder de los enemigos de la fe. En tales circunstancias fue elegido papa un anciano, hijo de Avieno, nacido en Roma. Aunque la elección tuvo lugar a mediados de octubre del 638, tuvo que esperar veintidós meses ya que no llegaba la confirmación imperial: Heraclio había hecho llegar al exarca Isaac un ejemplar de la *Ekthesis* con el encargo de que lograra la aceptación del papa antes de conceder el plácet. Hubo negociaciones muy tercas. Los enviados de Severino a Constantinopla no fueron autorizados a regresar hasta que prometieron poner de su parte todo lo posible para que el papa suscribiera el documento. Sobre el propio electo se ejercieron presiones que podrían ser calificadas de malos tratos.

La guarnición de Roma se amotinó: la vacante en el pontificado impedía que se abonaran las soldadas con cargo al tesoro papal, según era ya la costumbre; de Bizancio no podía esperarse dinero. El comandante de esas tropas, Mauricio, cercó a Severino y sus colaboradores en Letrán, obligando al exarca Isaac a acudir a toda prisa. Los bizantinos saquearon las arcas papales, como si fueran un botín de guerra, pagaron los salarios y enviaron una ayuda al emperador para sus guerras. En estas circunstancias se produjo la consagración de Severino, que apenas pudo sobrevivir dos meses. Tan corto plazo evitó que tuviera que pronunciarse en el espinoso asunto de la Ekthesis. Fue enterrado en San Pedro.

Juan IV (24 diciembre 640 - 12 octubre 642)

Dálmata, era hijo de un alto funcionario *{scholasticus)* del exarca, de nombre Venancio, y ocupaba el cargo de archidiácono cuando fue elegido en agosto del 640. Durante cinco meses, mientras llegaba la confirmación imperial, gobernó en Roma un verdadero triunvirato que componían, con el electo, el ar-

cipreste Hilario y el primicerio Juan. Los tres firmaron el importante documento que ordenaba a la Iglesia irlandesa atenerse al calendario romano y no seguir la costumbre judía en el cálculo de la Pascua; en el fondo se trataba de un esfuerzo para romper las reticencias que separaban la vieja cristiandad de san Patricio de la que, por esfuerzo misional romano, había llegado a establecerse entre los anglosajones. Esta segunda iglesia estaba en peligro por la muerte de Edwin y la derrota de su sucesor Oswald (633-642). Penda estaba devolviendo extensas regiones al paganismo.

El exarca probablemente esperaba que Juan IV se mostrase obediente a las órdenes imperiales suscribiendo la Ekthesis. Hizo precisamente lo contrario: reunir un sínodo en Roma (enero del 641) y condenar la doctrina del monotelismo como herética. Perdido definitivamente Egipto, Heraclio había dejado de tener interés en ella; el 11 de febrero de ese mismo año escribió a Juan IV declarando que el responsable de la Ekthesis era el patriarca Sergio. Éste, sin embargo, insistió en el monotelismo, afirmando incluso que Honorio I lo había aceptado. Con gran cólera, Juan IV escribió al nuevo emperador Constantino III (641) rechazando dicha afirmación, pues lo único que Honorio había aceptado era que Cristo se hallaba preservado de los efectos de la división que aparece en la voluntad humana a causa del pecado.

El papa Juan mostró un especial afecto a la tierra que le viera nacer: envió al abad Martín con mucho dinero para rescatar cautivos dálmatas que eran víctimas de las correrías de ávaros y eslavos, y edificó en Letrán una capilla para reunir en ella las reliquias de los santos de Dalmacia. Un mosaico de dicha capilla conserva el que parece ser su retrato.

Teodoro I (24 noviembre 642 - 14 mayo 649)

Sus actos. Hijo de un obispo griego y nacido en Jerusalén, se contaba entre los fugitivos que llegaban a Roma como consecuencia del avance musulmán. Su elección demuestra que era cada vez más fuerte la corriente que se oponía al monotelismo. Teodoro tenía una preparación teológica superior a la de sus dos antecesores, se hallaba en relación con Máximo el Confesor, y era discípulo de Sofronio. La corta distancia entre la elección y la consagración indica un primer intento, todavía tibio, para sacudirse la tutela imperial. Dio acogida a los fugitivos que iban llegando de Oriente y despachó un legado, Esteban de Dor, a Egipto, para tratar de organizar la vida de una Iglesia que iba a verse sometida a un régimen de ocupación. Reforzó la independencia de Bobbio respecto al obispado de Tortona, contando con el apoyo de los reyes lombardos, a fin de que la gran abadía fuera un centro de proyección religiosa. En Roma instituyó la fiesta de la Purificación de María (2 febrero), en un intento para incrementar la importancia del culto a la Virgen, todavía poco desarrollado en Occidente.

El Typo de Fe. Impulsado por los obispos de África escribió, apenas consagrado, al emperador Constante II con reproches porque seguía sosteniendo la Ekthesis, contra lo que dispusiera Heraclio poco antes de morir. Pirro, pa-

triarca de Constantinopla, había sido despojado de su cargo al llegar al trono Constante (641-668) y Teodoro negó la comunión a su sucesor Paulo mientras no se dieran dos condiciones: restablecimiento de la legitimidad canónica, mediante renuncia libre de Pirro, y la condena del monotelismo. Pirro apareció en Roma protestando de que su despojo era debido a su ortodoxia, y el papa ordenó que se le tratara como un verdadero patriarca. No perseveró, sin embargo, en esa actitud, pues al llegar a Rávena hizo sumisa obediencia al emperador. En consecuencia, Teodoro hubo de negar la comunión a ambos. Pirro pasó a África, donde llegaban también muchos otros fugitivos, mantuvo un debate con Máximo el Confesor, en Cartago (julio del 645) y reconoció que el monotelismo era un error.

Ante estas presiones, Constante II, tratando de enmendar los daños que la Ekthesis causara, publicó un nuevo decreto, *Typo,* abrogando aquélla, prohibiendo los debates y disponiendo que todo el mundo se atuviese a la fe de los cinco concilios ecuménicos. Pero el Typo resultaba también para Roma inaceptable y no por razones doctrinales: se trataba de una ingerencia del emperador en la más íntima de las funciones de la Iglesia, a quien exclusivamente correspondía fijar la fe. El apocrisiario Anastasio, que se negó a firmar el documento, fue desterrado a Trebisonda, mientras que la residencia que ocupaba en Constantinopla, la capilla latina del palacio de Placidia, era demolida. Constante intentaba demostrar que él era, también, la cabeza religiosa del Imperio. Teodoro falleció antes de que pudiera pronunciarse acerca del Typo.

Martín I, san (5 julio 649 - 17 junio 653)

Nacido en Todi (Umbría), tierra que ha dado a la Iglesia enérgicos colaboradores, sirvió siendo diácono, como apocrisiario en Constantinopla, de modo que conocía bien las fuertes corrientes de opinión que agitaban al Imperio. De su estancia en Bizancio extrajo una fuerte oposición al monotelismo y, sobre todo, al dominio que los emperadores trataban de establecer sobre la Iglesia. No quiso esperar la confirmación antes de ser consagrado, un gesto que se interpretó en Constantinopla como desobediencia: Constante II se negó a reconocerle como legítimo. En octubre del 649 un sínodo, celebrado en Letrán, con asistencia de 105 obispos, condenó expresamente la Ekthesis y el Typo, anatematizando a Sergio, Pirro, Paulo, Ciro de Alejandría y Teodoro de Farán. Estaban presentes numerosos teólogos griegos exiliados. Al confirmar la doctrina de que en Cristo hay dos operaciones y dos voluntades libres, incontaminadas por el pecado, el sínodo prohibió nuevos debates sobre esta cuestión: la Sede Apostólica había pronunciado la última palabra. Las actas laterancnses fueron comunicadas a todas las Iglesias para que las suscribiesen y también a Constante II, acompañadas de una carta muy comedida.

El emperador percibió cuál era el fondo de la cuestión: se trataba de rechazar su derecho a decidir en cuestiones doctrinales. Nombró a Olimpios exarca de Italia y le transmitió la orden de conducir a Martín como prisionero a Constantinopla. Se trataba, desde su punto de vista, de un funcionario rebelde.

Olimpios no cumplió la orden: comprendió que el papa contaba con un fuerte apoyo y, movido por su propia ambición, se proclamó emperador ofreciendo a Martín un entendimiento pleno si le apoyaba. Pasaron así casi tres años antes de que la revuelta fuera controlada. El nuevo exarca, Teodoro Calliopas, con un fuerte ejército, se apoderó de Letrán (junio del 653) y de la persona de Martín, comunicó al clero que se trataba de un papa ilegítimo y le envió a Constantinopla en un barco, sin tener en cuenta la enfermedad que padecía. El clero romano obedeció en esta ocasión al emperador y procedió a una nueva elección.

Casi a punto de muerte por la gota y la disentería, Martín I alcanzó Constantinopla el 17 de septiembre del mismo año 654, tras una larga estancia en Naxos. Maltratado, fue sometido a juicio por alta traición (19 diciembre 654) —se le acusaba de complicidad con Olimpios— y condenado a muerte. La sentencia se conmutó por destierro a perpetuidad. Después de tres meses de prisión, en espantosas condiciones, fue enviado al Jersoneso (Crimea) en donde falleció el 16 de septiembre del 655.

En el intervalo entre el sínodo romano (31 octubre 649) y su prisión (17 junio 653), Martín I había desarrollado una gran labor: la correspondencia con Sigeberto III (634-656) revela cómo se estaba estrechando la relación con los merovingios; el apoyo a Teodoro de Tarso, nuevo arzobispo de Canterbury, ayudaría mucho a la fuerte reacción anglosajona en favor del catolicismo; las estrechas relaciones con san Amando, primer obispo de Maastricht, sirvieron para afirmar las misiones en los Países Bajos. Es el último papa que figura inscrito en la lista de los mártires. También Máximo el Confesor y sus dos principales colaboradores sufrieron el martirio.

Eugenio I, san (10 agosto 654 - 2 junio 657)

Profunda amargura hubo de sentir Martín I cuando supo que, pese a sus recomendaciones de resistencia, el clero romano había elegido, el 10 de agosto del 654, a un anciano, dulce y santo presbítero, Eugenio, hijo de Rufinianus. Había triunfado la opinión que consideraba peligroso mantener la sede vacante. Parece que posteriormente el propio Martín, para evitar un cisma, decidió renunciar a la tiara. Eugenio envió inmediatamente sus legados para restablecer las relaciones con Bizancio, instruyéndoles en la búsqueda de fórmulas de paz. El nuevo patriarca, Pedro, les acogió calurosamente porque esperaba de ellos que condescendieran. En este clima fue elaborada una fórmula que reconocía en Cristo dos voluntades en dos naturalezas, pero una sola en su hipóstasis o persona. Apoyándose en ella se restableció la comunión entre ambas sedes el año 655.

La fórmula aprobada venía a complicar más las cosas. Cuando los legados regresaron a Roma y se procedió a leer las cartas sinodales bizantinas en la misa que celebraba el papa en Santa María la Mayor, estalló un tumulto, se interrumpió la ceremonia y sólo pudo continuarse cuando Eugenio se comprometió formalmente a rechazar esta doctrina y excomulgar a quienes la sostu-

viesen. Constante II anunció que se dictaría nueva orden de prisión contra el papa. De nuevo Oriente y Occidente se separaron. La orden imperial no fue cumplida, sin embargo, porque Eugenio I murió antes de que Constante II pudiera tomar las disposiciones oportunas.

Vitaliano, san (30 julio 657 - 27 enero 672)

Nacido en Segni, localidad cercana a Roma, hijo de Anastasio, gozaba indudablemente de buena opinión cerca del emperador. A ella respondió satisfactoriamente, escribiendo tanto a Constante II como al patriarca Pedro cartas en que, silenciado el Typo y las cuestiones debatidas, manifestaba una fuerte voluntad conciliadora. En aquel momento el avance musulmán sobre Constantinopla recomendaba al emperador un repliegue sobre Italia, donde, entre otras cosas, esperaba hallar recursos para montar la contraofensiva. De modo que la respuesta fue también conciliadora: se inscribió en los dípticos el nombre del papa y, entre otras generosas donaciones, Constante II hizo una confirmación general de los privilegios de que gozaba la sede romana.

Italia vivía un tiempo de fuertes tensiones. Bajo el reinado de Ariperto (653-661) el catolicismo había hecho progresos decisivos entre los lombardos, pero se abría paso en este reino la opinión que codiciaba la conquista de toda Italia. Una guerra civil entre los hijos de Ariperto, Bertaris y Godeperto, dio al duque de Benevento, Grimoaldo, la gran oportunidad. Consiguió proclamarse rey. Pero ahora unidos los ducados con el reino, Roma se hallaba como en el centro de una tenaza, con difíciles comunicaciones. Vitaliano acudió al emperador que había ido a instalarse en Sicilia. Constante hizo un corto viaje a Roma el 663 y fue acogido allí con gran entusiasmo. Aguardaba a los romanos una profunda decepción: los bizantinos no representaban ninguna fuerza, ni siquiera bastante para inquietar a Benevento. Lo que el emperador había ido a buscar a Roma era dinero. Incluso confiscó las puertas de bronce del antiguo Panteón para venderlas.

Vuelto a Sicilia, Constante promulgó un decreto (666) confirmando a Revena como capital del exarcado y disponiendo que, por esta condición, su metropolitano quedaba en adelante libre de cualquier dependencia con respecto a Roma. Sin embargo, cuando el emperador murió asesinado por sus tropas (15 de septiembre 668), san Vitaliano se negó a reconocer al usurpador Mejecio, prestando todo su apoyo al hijo de Constante, Constantino IV (668-685). El nuevo emperador pagó su deuda de gratitud olvidándose del Typos. En aquellas horas sombrías, cuando parecía Constantinopla condenada a sucumbir ante la marea islámica, las «cuestiones bizantinas» quedaban fuera de lugar. Vitaliano negó la comunión al nuevo patriarca Juan V, porque en sus cartas sinódicas seguía mostrándose monotelita, a pesar de lo cual Constantino no consintió que se borrara su nombre de los dípticos.

Dos son las obras que hacen grande la memoria de este papa: organizó la *schola cantorum* de Letrán, abriendo camino a la música religiosa que se separaba de la tradición profana de Roma hasta entonces dominante. Comenzaba

el desarrollo de lo que sería, primero, canto gregoriano, y después, polifonía. Los cantores fueron llamados *vitaliani*, que es el origen de los *italiani*. La influencia bizantina sobre esta música, que es como la raíz de todo lo que vino después, resulta fácilmente reconocible. Tras la victoria de Oswy, rey de Northumbria (642-670), sobre la reacción pagana, reorganizó la Iglesia anglosajona, fortaleciéndola en su negativa a rechazar las costumbres irlandesas. Para ello consagró en Roma, como arzobispo de Canterbury, a Teodoro de Tarso, y colocó a su lado dos personajes, el abad Adriano y Benedicto Biscop, que garantizaron la fe calcedoniana de la isla. En ambos casos Vitaliano se limitaba a culminar lo que emprendiera su modelo san Gregorio Magno. En uno de los trabajos que continúan siendo esenciales, Henri H. Howorth *{The Goldes Days of the Early English Church from the arrival of Theodore to the death of Bede,* Londres, 1917) demostró, entre otras cosas, que esta política pontificia convirtió a Inglaterra en una de las grandes bases de la cultura latina en Occidente.

Deodato (Adeodato) II (11 abril 672 - 17 junio 676)

Hijo de Joviniano, había profesado, siendo muy joven, en el monasterio de San Erasmo del Monte Celio, y fue elegido siendo ya anciano. Confirmado muy pronto por el exarca, Deodato se hizo sin embargo eco de un escrito que presentaba a Martín I y a Máximo el Confesor como verdaderos mártires de la fe, y adoptó en este punto una conducta más rigurosa que la de sus antecesores: rechazó las cartas sinódicas del nuevo patriarca, Constantino I, porque seguía sustentando tesis monotelistas, y provocó una nueva ruptura de relaciones entre las dos Iglesias. El *Líber Pontificalís* le describe como un monje caritativo y piadoso. Se conservan de él solamente dos cartas: una al abad de San Pedro de Canterbury, la otra al monasterio de San Martín de Tours; se trata en ambos casos de confirmar sus privilegios y de revelar una política que consistía en favorecer todo lo posible las formas de vida monástica. En esa misma línea efectuó importantes obras de remodelación en su propio monasterio.

Domno (Dono) (2 noviembre 676 - 11 abril 678)

Muy pocas cosas se conocen de este breve pontificado. Nacido en Roma e hijo de cierto Mauricio, contaba también edad avanzada en el momento de su elección. Se le recordaría como importante embellecedor de iglesias. Estamos en una etapa en que, detenida la ofensiva musulmana sobre Constantinopla (son los años en que el esfuerzo se vuelca sobre el norte de África), Bizancio sentía de nuevo interés en lograr el acercamiento a Roma. Hubo una especie de acuerdo entre Domno y Reparatus metropolitano de Rávena, para dejar en suspenso el asunto de la autocefalia. Constantino IV presionó al patriarca de Constantinopla, Teodoro, hasta conseguir que escribiera una carta conciliadora. La propuesta del emperador consistía en reunir en la capital del Imperio una especie de conferencia entre teólogos, a la que asistieran delegados del papa, a fin de debatir las cuestiones pendientes a causa del nestorianismo, el monofisismo y el monotelismo. La invitación llegó después de la muerte de Domno.

Éste, mientras tanto, había tenido que enfrentarse en la propia Roma con el descubrimiento de una comunidad de monjes sirios refugiados que eran nestorianos. Domno sustituyó en el monasterio a dicha comunidad por otra de romanos y dispersó a los sirios entre varios monasterios a fin de que fuesen aleccionados y conducidos convenientemente a la fe de Calcedonia.

Agatón, san (27 junio 678 - 10 enero 681)

Las líneas generales. Monje siciliano, manejaba con igual soltura el griego y el latín. Los deseos bizantinos de alcanzar la reconciliación se manifestaron en la prontitud con que le fue enviada la confirmación desde Rávena. Constantino IV, a quien llamaban Pogonato (nacido con barba), estaba decidido a abandonar el monotelismo, inútil para lograr la reconciliación con los monofisitas y perjudicial en las provincias occidentales, de las que, tras la pérdida del Próximo Oriente, esperaba un refuerzo para sostener lo que aún quedaba de su Imperio. San Agatón recibió la invitación destinada a Domno y respondió favorablemente al proyecto de gran asamblea teológica en Constantinopla. Antes promovió sínodos en las Iglesias occidentales, como los de Milán y Heathfield (Inglaterra) y uno especialmente en Roma (680), al que concurrieron más de 150 obispos. Se trataba, pues, de fijar con claridad los términos en que se expresaba la fe en Occidente. Estuvo presente también el metropolitano de Rávena, Teodoro, que a cambio del reconocimiento como primado del norte de Italia dejó a un lado sus pretensiones de aulocefalia. Se acordó que, en adelante, los electos ravennatas serían consagrados por el papa de quien recibirían el *pallium.*

La «Epístola de san Agatón». En el sínodo se redactaron las instrucciones para los legados que iban a viajar a Constantinopla. Entre ellos, muy numerosos, figuraban dos futuros papas. Llegaron a la capital del Imperio el 10 de septiembre del 680 y fueron recibidos con entusiasmo. Eran portadores de dos cartas de san Agatón, una dirigida al emperador y la otra explicatoria de la doctrina de las dos voluntades en Jesucristo que toda la Iglesia occidental había ya suscrito. En la entregada a Constantino había una invitación para que asumiese un nuevo papel como cabeza de la cristiandad en el orden temporal. «Sólo la Iglesia, dirigida por el sucesor de Pedro, puede garantizar al Imperio aquel carácter universal que le ha hecho perder la aparición de nuevos reinos germánicos, sustituyendo la antigua unidad política por el vínculo de la unidad religiosa.» En la mente del papa se dibujaba ya una gran teoría, tendente —como apunta Walter Ullmann *(The Growth ofpapal Government in the Middle Ages. A study in the Ideological Relation of Clerical to Lay Power*, Londres, 1955)— a definir la cristiandad como una pluralidad de poderes políticos unidos por el fuerte vínculo de la Iglesia a la que todos pertenecen; en ella al papa, en cuanto custodio del orden moral y de la doctrina revelada, corresponde la *auctoritas;* pero al emperador, cabeza de todos los soberanos temporales, corresponde una *potestas* eminente que le coloca por encima de todos los demás, siendo el signo de unidad temporal en esa misma cristiandad.

El concilio, al aprobar la Epístola de Agatón, que repetía muchos de los conceptos del Tomus de san León Magno, llegó a decir: «Era el primero de los Apóstoles quien combatía con nosotros. Teníamos para fortalecernos a su discípulo y sucesor que en sus Epístolas nos explicaba la ciencia de Dios.» Y concluía: «Es Pedro quien habla por Agatón.» Lo que se había proyectado como una conferencia doctrinal, se convirtió en el VI concilio ecuménico, tercero de los celebrados en Constantinopla. Se le conoce también como Trullano porque, presidido por Constantino IV, tuvo sus sesiones en la sala del palacio imperial llamada Trullo. En la sesión decimotercera del mismo fueron condenados los principales defensores del monotelismo, entre los que se colocó al papa Honorio. Agatón había fallecido antes de que las deliberaciones concluyeran, el 16 de septiembre del 681, pero hubo un reconocimiento público de que a él, y también al emperador, se debía el restablecimiento de la unidad en la verdadera fe.

Una de las características de este pontificado es la atención que durante él se prestó a las finanzas pontificias. Graves pérdidas territoriales, consecuencia de las conquistas musulmanas, junto con alteraciones políticas, habían reducido drásticamente la tesorería real. Desconocemos en absoluto las relaciones con España, reducidas a un mínimo en aquellas postrimerías del reino visigodo. Prestó en cambio mucha atención a la Iglesia de Inglaterra, donde habían surgido conflictos entre Wilfrido, obispo de York, y Teodoro de Tarso, el de Canterbury. De todo fue cumplidamente informado el papa por Benedicto Biscop, que hizo para ello un viaje a Roma. Fue entonces enviado a las islas el abad Juan, del monasterio de San Martín, encargado de informar y, sobre todo, de acomodar la liturgia a los usos romanos. Entonces se introdujo en las islas británicas el canto gregoriano.

León II (17 agosto 682 - 3 julio 683)

Este siciliano fue probablemente elegido en enero del 681, pero tuvo que esperar dieciocho meses para ser consagrado ya que Constantino IV había dispuesto que fuese el emperador y no el exarca quien otorgase la confirmación. Llegaron las cartas de León II a Constantinopla cuando aún no habían concluido las sesiones del concilio; deliberadamente Constantino retrasó su respuesta para poder incluir las actas que, como anotamos, incluían una condena de Honorio. León disminuyó la importancia de la famosa carta del papa diciendo que, a lo sumo, podía hablarse de una falta personal de energía de la que se aprovecharon los herejes, pero no sólo confirmó las actas, sino que dispuso que en adelante los pontífices, antes de tomar posesión, debían prestar juramento de repudio a la «Fórmula de Honorio». Quedó restablecida la presencia de un apocrisiario en Constantinopla y, como muestra de cordialidad, fueion rebajadas las tasas imperiales que pesaban sobre las rentas del Patrimonium en Sicilia y Calabria.

Conocemos bien la posición del papa por las cartas que envió al emperador y también al arzobispo de Toledo: el caso Honorio se reducía a una simple ne-

gligencia personal. San Julián recibió la que iba destinada a su antecesor en la sede toledana, ya fallecido, y dispuso que las actas del Concilio de Constantinopla fuesen examinadas al mismo tiempo que un documento redactado por él mismo, *Apologeticum fidei,* para asegurar la ortodoxia de la Iglesia española. La doctrina conciliar fue aceptada en España sin que se hiciera ninguna referencia al caso de Honorio. También los obispos italianos suscribieron el concilio y Constantino revocó con cierta solemnidad el decreto de Constante II acerca de la autocefalia de Rávena, permitiendo de este modo al pontífice ejercer su autoridad sobre todas las sedes de la península.

Benedicto II, san (26 junio 684 - 8 mayo 685)

Romano de origen, se trataba de uno de los niños educados en la *schola cantonan* que hiciera una carrera eclesiástica, siendo ya presbítero en el momento de su elección. Su designación parece significar que, con la paz, Roma estaba adquiriendo mayor independencia. Casi un año tardó en recibirse la confirmación imperial, no por otra causa que la dificultad en las comunicaciones. De ahí que Benedicto propusiera que se volviera a la costumbre de que fuera el exarca de Rávena, siempre más próximo, el encargado de cumplir la fórmula; podía ser, además, una compensación a la pérdida de la autocefalia. Las relaciones entre Roma y Bizancio pasaban por el mejor momento: de las querellas cristológicas quedaba apenas el recuerdo. En una solemne ceremonia, ante el clero y el ejército, manifestó Benedicto que tomaba bajo su patrocinio a los hijos del emperador.

La única noticia importante de su pontificado es el empeño que el papa puso en conseguir que todo el Occidente suscribiera las actas del Concilio de Constantinopla del 681. Los obispos españoles lo hicieron en forma solemne en el XIV Concilio de Toledo (noviembre del 684), pero aprobaron al mismo tiempo, como una muestra de su capacidad de iniciativa, el *Apologeticum* de san Julián (642-690). Supo luego el arzobispo de Toledo que el gesto había parecido mal al papa, que formuló críticas al documento, y por ello respondió a Benedicto en forma ciertamente áspera, llevando además dicha respuesta a la aprobación del XV Concilio de Toledo. No hubo en momento alguno peligro de ruptura.

Juan V (23 julio 685 - 2 agosto 686)

La tendencia a escoger personas mayores dotadas de experiencia hacía que los pontificados fuesen muy breves. Procedente de Siria, Juan era con toda probabilidad uno de los refugiados en Roma. Desempeñó el papel más relevante en la legación romana ante el Concilio de Constantinopla, cuyas actas se encargó de traer. Aclamado por unanimidad en San Juan de Letrán, no tuvo que esperar más que dos meses para la confirmación que, según lo pactado, otorgó el exarca de Rávena. De su pontificado se conoce tan sólo que impidió una tentativa del obispo Citonatus de Cagliari para hacer de la Iglesia de Cerdeña una especie de núcleo independiente de Roma. Enfermo, apenas podía tomar parte en las ceremonias solemnes y prolongadas. Está enterrado en San Pedro.

Conon (21 octubre 686 - 21 septiembre 687)

Un tiempo de paz veía crecer las tensiones internas. Había crecido mucho el poder de los papas y esto despertaba apetitos. Tres sectores dentro de la ciudad, el clero, la milicia y la aristocracia de grandes propietarios, pugnaban por elevar al solio un candidato que favoreciese sus propósitos. A la muerte de Juan el clero presentó al arcipreste Pedro, mientras que los soldados aclamaban a un presbítero llamado Teodoro. La milicia se instaló en San Esteban in Rotondo, destacando una unidad a San Juan de Letrán para impedir la elección regular. Los dos bandos acabaron llegando a una solución de compromiso y designaron a Conon, presbítero, que era al mismo tiempo hijo de un general que había servido en Asia Menor y Sicilia. Se trataba, simplemente, de un papa de tránsito, enfermo y poco inteligente, para salvar un tiempo difícil. Los partidos conservaron sus ambiciones y su recíproca hostilidad.

Justiniano II (685-711), que continuaba la línea política de paz que siguiera su padre, envió a Conon una carta (17 febrero 687) en que, confirmado el plácet enviado por el exarca, hacía expreso reconocimiento de su legitimidad: comunicaba en ella que todos los altos oficiales del Imperio y todos los obispos habían suscrito las actas del Concilio de Constantinopla; dejaba muy claro que se consideraba elegido por Dios como verdadero defensor de la ortodoxia. Consciente de las difíciles circunstancias económicas que atravesaba Roma, el emperador rebajó las tasas que pesaban sobre las propiedades pontificias radicadas en las provincias que aún le permanecían fieles; las más copiosas seguían estando en Sicilia. Conon cometió entonces el error de designar rector de ese patrimonio a un diácono de Siracusa, en lugar de escoger a un romano, como era la costumbre, y con ello se enajenó la buena voluntad del clero de Roma. Además, ese diácono, llamado Constantino, entendió que su misión consistía en incrementar las rentas presionando a los campesinos y provocó una revuelta. El gobernador bizantino decretó su destierro. El pontificado de Conon, de menos de un año, dejó tras de sí graves problemas.

Sergio I, san (15 diciembre 687 - 9 septiembre 701)

Ellección disputada. Nacido en Palermo en una familia emigrada de Antioquía, se hallaba en Roma desde muy joven, a fin de hacer carrera eclesiástica partiendo de la base, es decir, como niño de coro; en el momento de la muerte de Conon era presbítero del título de Santa Susana, en el Quirinal. Rebrotó la querella entre los bandos a causa de la nueva elección y otra vez Teodoro, con el apoyo de la milicia, mostró aspiraciones. Frente a él los clérigos apoyaban al archidiácono Pascual. Recordemos que el archidiaconado era entonces la primera magistratura eclesial. Todavía en vida de Conon, Pascual había lle--ado a una especie de acuerdo con el exarca Juan Platin, al que ofreció cien libras de oro a cambio de su decisivo apoyo; él confiaba resarcirse de este desembolso con nuevas contribuciones entre el clero y en las propiedades del Patrimonium. Los soldados llevaron a Teodoro a Letrán y se instalaron en el recinto interior; Pascual, con sus partidarios, ocupó el exterior.

Pero la mayoría del clero, arrastrando a los nobles y a una parte del ejército, se reunió en asamblea en el antiguo palacio imperial del Palatino y decidió que ninguno de los dos candidatos era conveniente. Proclamaron a Sergio, que pudo contar con la aclamación popular; una gran muchedumbre fue con él a Lctrán, permitiéndole instalarse. Teodoro, al ver la causa perdida, y que la milicia le abandonaba, salió al encuentro de Sergio y le reconoció como legítimo papa. No volvemos a tener noticia de él. Resulta indudable que no puede ser considerado antipapa. Pascual, en cambio, escribió al exarca pidiéndole que fuera a Roma y cumpliera su parte del pacto. Platin acudió, pero comprobó que Sergio contaba con el favor de casi toda la población y, por consiguiente, Pascual no podía cumplir tampoco sus promesas. Confirmó a Sergio, que pudo ser inmediatamente consagrado, y le reclamó a cambio las cien libras de oro que le estaban prometidas.

Occidente. Sergio se revelaría como un enérgico papa que trataba especialmente de librar a la Iglesia de aquella especie de tutela imperial. Por vez primera desde la ruptura del 666, tuvo la oportunidad de consagrar un obispo de Rávena, al que entregó el *pallium*, destacando que era señal de un especial vínculo. Tomó contacto con Pipino de Landen, mayordomo de palacio en Francia, y patrocinó la obra de las misiones entre los germanos. La estrecha relación con Inglaterra, donde envió el *pallium* a Beorthwealdo de Canterbury y consiguió la restauración de Wilfrido en York, le permitió ejercer con más facilidad el control de las misiones de Frisia. Caedwalla (685-688), rey de Wesex, viajó a Roma y fue bautizado por el papa (10 de abril del 689).

El 695 san Willibrordo, misionero sajón, estuvo en Roma para explicar al papa cómo, con ayuda de los mayordomos Pipino y san Arnulfo, había abierto un campo de misión prometedor en los Países Bajos. Sergio le consagró obispo de Frisia, asignándole la sede de Utrcch (27 de noviembre). El año 700, en un sínodo celebrado en Pavía, en el que se hallaba presente Cuniberto (688-711), rey de los lombardos, se extinguieron los últimos rescoldos del viejo cisma de Aquileia. Venecia se incorporaba a la comunidad italiana. De este modo el cristianismo, que durante el último medio siglo había experimentado un terrible retroceso en Oriente, lograba en Occidente expansión y fortalecimiento. Cuatro Iglesias, española, italiana, francesa y británica, estaban ya sólidamente en la obediencia a Roma. Es cierto que, como ha indicado Kathleen Hughes {*The Church in Early Irish Society,* Ithaca, 1966), nunca se había conseguido que Irlanda se acomodara a algunos aspectos de la disciplina romana, pero estaba en la obediencia del papa y, en cambio, los anglosajones prestaban sus monjes misioneros para la penetración en el espacio germánico, más allá de donde estuvieran las fronteras de Roma.

Oriente. Era un absurdo que el Imperio bizantino se siguiera identificando con la cristiandad. Pero Justiniano II, llamado el «Rinotmeta» cuando le cortaron la nariz, estaba empeñado en demostrar que él era el verdadero administrador de la Iglesia. El año 692, en el mismo palacio del Trullo, presidió un concilio al que únicamente asistieron obispos orientales e hizo aprobar 102 cá-

nones litúrgicos y disciplinarios. Pretendía ser complemento de los concilios ecuménicos V y VI; de ahí que se le conozca como Quinísexto. Ignorando las leyes y costumbres occidentales, hacía tabla rasa del celibato eclesiástico y ponía énfasis en el canon 28 de Calcedonia, como si pretendiera establecer la paridad entre Roma y Bizancio. Los apocrisiarios firmaron las actas, pero cuando éstas llegaron a manos de Sergio I, él las rechazó. Justiniano hizo detener y deportar a cuantos consejeros del papa tuvo a su alcance y encargó al jefe de su guardia, el espatario Zacharías, que fuese a Roma, consiguiese la firma o se trajera a Sergio preso. No pudo cumplir este encargo porque las milicias de Rávcna, Roma y la Pentápolis se pusieron al lado del papa y le atacaron. Zacharías buscó refugio en las propias habitaciones del papa, que se encargó de salvarle la vida. Una afrenta al emperador, una demostración incluso del declive de su poder.

Sergio I hizo trasladar las cenizas de san León a una nueva tumba, en el centro de la basílica de San Pedro, a fin de que pudiera recibir el culto de los fieles. Promovió edificios, embelleció y amplió otros, enriqueció el culto: oriental en el fondo, trataba de promover las fiestas de la Virgen instituyendo, junto a la de la Candelaria (2 de febrero), la Anunciación (25 de marzo), la Asunción (15 de agosto) y la Natividad (8 de septiembre). Introdujo en el ritual de la misa el canto triple del *Agnus Del* Muy poco tiempo después de su muerte ya se le rendía culto.

Juan VI (30 octubre 701 - 11 enero 705)

De su familia sólo sabemos que era griego de nacimiento. El año 695 una rebelión militar derribó a Justiniano II, que pudo huir al país de los kházaros, en el sur de Rusia. La anarquía se extendió a Italia. Juan VI negó su reconocimiento a los dos sucesivos usurpadores, Leoncio (695-698) y Apsimer, el segundo de los cuales había cambiado su nombre por el de Tiberio III (698-705). Tampoco reconoció al exarca que este último nombrara: Teofilacto. El hundimiento del Imperio —entonces los musulmanes dominaban todo el litoral africano, hasta Ceuta— permitió al duque de Benevento, Gisulfo, invadir Campania el año 702, llegando con sus tropas hasta corta distancia de Roma. El papa hubo de negociar con él, entregando sumas muy crecidas para que cesara en el saqueo y devolviera a sus cautivos. Se conserva una sola carta de este papa, fechada el año 704 y dirigida a los reyes de Northumbria y Mercia, explicando cómo un sínodo romano había reivindicado la conducta de Wilfrido de York. Los obispos de Inglaterra figuraban entre los más obedientes a la autoridad pontificia.

Juan VII (1 marzo 705 - 18 octubre 707)

Griego, como lo fueron casi todos los papas de este período, era hijo del administrador del antiguo palacio imperial en el Palatino, que ahora estaba asignado al exarca y a quienes le representaban. Sus padres se llamaban Platón y Blatta; se trata, por tanto, de un papa que procede de la burocracia bizantina.

Hombre muy culto y de especial gusto artístico, aguzado en los años en que actuó como rector del Patrimonium en la vía Appia. En cierto modo, estos antecedentes condicionaron su pontificado: lo importante era conseguir que Roma llegara a ser la digna capital de la cristiandad; el autor de su biografía en el *Líber Pontificalis* parece reprocharle una excesiva afición a los monumentos, las pinturas y los mosaicos. Pero al papa no faltaba razón: sin una capital digna de tal nombre era difícil conservar el prestigio.

Son los años que preceden muy de cerca a la inesperada pérdida de España. La Iglesia de Occidente era ya más extensa y poblada que la de Oriente, pero Roma seguía siendo una ciudad bizantina y sus obispos se consideraban todavía como altos magistrados de un Imperio que, por inercia, se identificaba con la cristiandad. Huyendo del Islam, muchos fueron a instalarse en Roma, creando importantes colonias, especialmente la del Foro Boario en torno a Santa María in Cosmedin. Templos griegos se alzaban en el Capitolio (Ara Coeli), en el Palatino (San Cesáreo), en el Aventino (San Sebas), en el Monte Celio (San Erasmo) y en el Esquilmo. Juan VII se hizo construir una residencia cercana al palacio de los exarcas. Reformas y construcciones convertían a Roma en una ciudad de artistas: técnicas que en otras partes se perdieran, allí se conservaban. Hemos hablado de la música, pero lo mismo habría que decir del mosaico, los frescos y la escultura. Un retrato de Juan VII se conserva aún en las grutas del Vaticano.

Devotísimo de la Virgen María, en su política se mostró más hábil que enérgico. Logró estrechar las relaciones con Ariperto, rey de los lombardos, y que éste le indemnizara por las sumas que había tenido que abonar al duque de Benevento. Justiniano II, restaurado el 705; envió a Roma dos obispos con las actas del concilio quinisexto, proponiendo al papa que confirmara los cánones con los que estuviera de acuerdo, silenciando todos los demás. Pero Juan las devolvió íntegras, sin aclarar su postura. No deseaba, en modo alguno, poner en peligro la unión conseguida con el Imperio.

Sisinio (15 enero - 4 febrero 708)

Sirio de origen fue, probablemente, elegido en octubre del 707, si bien la consagración hubo de demorarse varios meses. Tenía un enorme prestigio, pero se hallaba tan enfermo de gota en el momento de su elección que ni siquiera podía alimentarse por sí mismo. No se conoce otra cosa que su preocupación por el mal estado de las defensas de Roma; se proponía reconstruir las murallas, pero los escasos días de su gobierno no le consintieron ni siquiera iniciar las obras.

Constantino (25 marzo 708 - 9 abril 715)

Probablemente se trata del subdiácono de este nombre que figura entre los legados en el Concilio de Constantinopla del 681; el *Líber Pontificalis* le describe como persona sensible y hábil. Sin embargo, su pontificado coincide con un endurecimiento de las circunstancias exteriores. El 709 consagró un nuevo

arzobispo de Rávena, Félix, que inmediatamente se volvió en contra suya, reclamando otra vez la autocefalia: negó el juramento de obediencia y las demás señales de sumisión, provocando de este modo una ruptura. Pero tras sacarle los ojos, le envió al destierro. Regresaría el 712, tras la muerte del emperador y, hasta su muerte, mantendría la perfecta comunión con Roma.

Justiniano II, cuyas dificultades crecían, invitó a Constantino a viajar a la capital de Imperio y él aceptó: se trataba de negociar en torno a los cánones del concilio Quinisexto, a fin de traducirlos en fórmulas que fuesen igualmente aceptables para Oriente y Occidente. La estancia duró aproximadamente un año (710-711) y constituyó un gran éxito para Constantino, que se hizo acompañar por un gran séquito; en todas partes el papa era acogido con grandes muestras de afecto. El diácono Gregorio, futuro papa, se encargó de la negociación más difícil, desenvolviéndose con gran habilidad; se trataba de extraer del conjunto de las actas todo aquello que fuera aceptable para Occidente. Al final pudo decirse que el papa había aprobado, al menos verbalmente, los trabajos realizados en el Quinisexto y, cuando regresó a Roma, mostrar con claridad que en nada había cedido. El emperador, muy satisfecho, confirmó todos los privilegios que vinculaban a la ciudad con su pontífice. Fue un resultado importante: Constantino se presentaba como si se hallara en posesión de una autoridad subrogada. Roma era suya.

Pero el retorno a la ciudad, en donde hizo su entrada el 24 de octubre del 711, no fue placentero. Apenas unos meses antes (19 de julio) sucumbía el reino de los visigodos a orillas del Guadalete. Supo el papa que algunos altos oficiales romanos habían sido ejecutados por orden del exarca. Pero tiempo después llegó la noticia de que Justiniano II había muerto, asesinado por sus soldados (4 noviembre) que aclamaban en su lugar a Filipico Bardanes (711-712) que, además, era conocido monotelita. El usurpador remitió al papa una confesión de fe con la pretensión de que éste le aceptara. Constantino se negó. Y las calles de Roma eran ahora escenario de sangrientas luchas entre los que rechazaban a Bardanes y los soldados que trataban de imponer su reconocimiento. Constantino ordenó a sus clérigos que salieran en procesión, con cruces y libros sagrados, invitando a todos a deponer las armas. Afortunadamente para el papa murió pronto Filipico Bardanes y el nuevo emperador, Anastasio II (712-717), envió una confesión de fe plenamente ortodoxa.

Constantino rechazó una demanda de los obispos de Milán que pretendían que los obispos de Pavía fuesen consagrados por ellos como en la época anterior a la creación del reino lombardo.

Cregorio II, san (19 mayo 715 - 11 febrero 731)

El romano. Después de siete papas griegos o sirios, en todo caso orientales, y de tantas promociones de ancianos que garantizaban reinados muy breves, un romano de 46 años, con mucha experiencia en los asuntos públicos, llegaba a la sede de san Pedro en momentos extraordinariamente difíciles, cuando cabía preguntarse si la cristiandad, atrapada en medio de dos tenazas, iba a

sucumbir a manos del Islam: estaba a las puertas de Constantinopla y, cruzando España con gran rapidez, sus soldados árabes y berberiscos pasaron al otro lado del Pirineo, adueñándose de la Narbonense. No era previsible que quince años más tarde los francos conseguirían invertir el sentido de la marcha. Naturalmente, la resistencia iniciada en Asturias era absolutamente desconocida. El año 717 comenzó el asedio de Constantinopla, que iba a durar un año justo y acabaría estrellándose contra las fuertes murallas y la superioridad técnica de los bizantinos que descubrieron y aplicaron el «fuego griego».

En calidad de subdiácono, Gregorio había desempeñado bajo Sergio I los oficios de tesorero y bibliotecario. Como diácono fue uno de los miembros prominentes de la delegación que acompañó a Constantino en su viaje del 710, desempeñando, como dijimos, un importante papel en las negociaciones en torno a la doctrina del concilio llamado Quinisexto. Esta estancia le permitió conocer las realidades del Imperio: como romano, se sentía más inclinado que sus antecesores a buscar el apoyo del oeste. Sin embargo, seguía siendo un súbdito fiel para Constantinopla. En sus negociaciones con Liutprando (712-744), el nuevo rey de los lombardos, no se limitó a defender los intereses del Patrimonium Petri, sino que hizo suyos también los del Imperio. Pero esto puede obedecer al hecho de que su gobierno se había extendido hasta abarcar, al menos en ciertas ocasiones, todo el ducado de Roma, que comprendía, además de la Urbe y su territorio, Campania y Tuscia. Cuando Grimoaldo, duque de Benevento, se apoderó de Cumas el 710, el rector de las propiedades de Campania unió sus fuerzas a las de los bizantinos de Nápoles para recuperarla. El 728 conseguirá Gregorio que Liutprando evacuara Sutri, de la que se había apoderado. Resultaba ya muy difícil separar en el Patrimonium la propiedad de la autoridad: el progresivo repliegue bizantino permitía el crecimiento de un poder pontificio que puede definirse como temporal.

Oriente. León III el Isáurico (717-741) había salvado a Constantinopla. Entre sus proyectos para organizar una contraofensiva que le permitiera recobrar el espacio imprescindible para la supervivencia del Imperio, figuraba una revisión del sistema de impuestos, obligando a las provincias a contribuir más pesadamente a las cargas militares. Gregorio II, defendiendo a los que de hecho eran ya sus súbditos, se opuso. El emperador dictó una vez más la orden de conducir prisionero al funcionario rebelde, pero las milicias romanas, apoyadas en esta ocasión por los duques de Spoleto y Benevento, lo impidieron. El exarca Paulo fue asesinado en la revuelta (726-727). Una extraña alianza se concertó entonces entre su sucesor, Eutiquio, y Liutprando: bizantinos y lombardos unirían sus fuerzas para castigar a los rebeldes; el rey lograría la sumisión de los ducados que operaban con independencia, mientras el exarca se apoderaría de Roma. Gregorio repitió el gesto de san León: presentarse en el campamento de Liutprando, revestido como papa, y obtener de él un acta de protección. Solemnemente el rey de los lombardos depositó sus insignias reales en la tumba de san Pedro en muestra de sumisión. Gregorio no se opuso a que, mediante un acuerdo, Eutiquio volviera a ocupar la residencia de los exarcas en

Roma y le ayudó incluso a someter a los súbditos rebeldes. Las rentas pontificias acudieron también a la reparación de los muros de la ciudad. Lo sucedido en Constantinopla obligaba a tomar esas precauciones.

Las misiones en el oeste. Vientos nuevos llegaban del norte y del oeste. Como hicieran ya reyes y misioneros anglosajones, en el otoño del 718 san Winfrid (680? - 754), nacido en Wessex, llegaba a Roma para explicar al papa los grandes proyectos que, desde Frisia, comenzaba a acometer: se trataba de convertir a los pueblos de la llanura y del bosque, sajones que a sí mismos se llamaban *Deutsch,* «teutones». Gregorio II respaldó el programa y cambió a Winfrid su nombre por el de Bonifacio con que ahora se le conoce (15 mayo 719), otorgándole una especie de monopolio sobre estas misiones con la condición de mantenerlas en estrecha dependencia de Roma. Sucedía esto en el momento en que llegaban noticias extraordinariamente graves desde España y desde Bizancio, de modo que la obra de san Bonifacio parecía una especie de compensación por las pérdidas sufridas. En efecto, en los años inmediatos siguientes fue conocido el hecho de que se habían producido miles de bautismos. El 722 Gregorio II llamó al misionero a Roma y le consagró obispo (30 de noviembre); prestó juramento de fidelidad al papa con la misma fórmula que empleaban los suburbicarios. Vuelto a Hesse, san Bonifacio derribaría la encina de Goslar, signo del paganismo, y edificaría en su lugar el monasterio de Fulda. Gregorio II recibió también al duque Teodo de Baviera y a Ina (t 725), rey de Wessex, que había renunciado al trono para hacerse monje. Se ha conservado una correspondencia relativamente abundante con estos personajes, que revela la preocupación por la defensa y expansión de Occidente. Gregorio murió un año antes de que Carlos Martel lograra la victoria de Poitiers, que marcaba un cambio de signo.

El papa concedía mucha importancia a la restauración de Roma, sus murallas, sus monumentos y sus defensas contra las avenidas del río. Decidido partidario de la vida monástica, convirtió su casa en monasterio de Santa Águeda y encomendó al abad Petronax de Brescia que restaurara Montecassino. Las misiones eran concebidas asimismo como obra de monjes y no de clérigos.

Iconoclasüa. Desde el año 726 una nueva fuente de discordia con el Imperio había surgido. León III, empujado por ciertos extremistas cristianos y también por las críticas de musulmanes y judíos, se mostró enemigo del culto a las imágenes. Es cierto que en la Iglesia oriental se había llegado a extremos reprensibles en este aspecto, declarándose que muchas de ellas eran *ajeiropoietes*, es decir, no hechas por manos de hombre, sino de origen sobrenatural. El emperador se propuso erradicar el culto a las imágenes; es lo que se conoce como «iconoclasüa». Un decreto, firmado por el patriarca de Constantinopla, se publicó el año 730: el emperador amenazó a Gregorio II con deponerle si no suscribía esta disposición. El papa respondió que la iconoclastia era herejía (siendo las imágenes representación de algo que es, en sí mismo, sagrado), que no correspondía a los laicos sino a los clérigos decidir sobre cuestiones de doctrina, y que todo el oeste reverenciaba al sucesor de san Pedro. De hecho, al co-

nocerse las amenazas del emperador, se produjeron revueltas en el norte de Italia. A pesar de todo, el papa no alteró su lealtad al Imperio.

Gregorio III, san (18 marzo 731 - 28 noviembre 741)

Pérdida de bienes. Sirio de origen, era un presbítero tan famoso que en los funerales de Gregorio II fue aclamado por la multitud, llevado a Letrán y consagrado, tras haber obtenido el plácet del exarca. Sería la última vez que se cumpliría tal requisito. El primer gesto de Gregorio III fue contactar con el emperador León para conseguir que renunciara a la iconoclastia que no podía ser admitida en el oeste. No recibió respuesta. Fue entonces cuando convocó un sínodo en Roma (1 noviembre 731) con amplia representación de obispos italianos, en que se condenó a excomunión a cuantos destruyeran imágenes. Los enviados con las actas sinodiales, que llevaban instrucciones de insistir en el buen entendimiento y retorno a la verdadera fe, no alcanzaron su destino: fueron encarcelados en Sicilia. Uno de ellos logró atravesar la barrera, entregando las cartas de que era portador al emperador, a su hijo Constantino y al patriarca Anastasio. Encolerizado, decidido entonces León el empleo de la fuerza: envió una flota, que naufragó, sin embargo, en el Adriático, y ordenó una confiscación general de bienes y propiedades del Patrimonium Petri ubicadas en las provincias a él sometidas (733); de este modo perdió el papa las grandes fincas de Calabria, Sicilia y el Exarcado. Esta decisión de León III, que no pudo aplicarse en el ducado de Roma, tuvo dos efectos: dejó materialmente a Roma y su entorno fuera de control bizantino y provocó que todos los enemigos de la iconoclastia invocaran la autoridad primada de san Pedro, reforzando la conciencia de que la unidad de la Iglesia y la fe dependían de la comunión con Roma.

Giro al oeste. La contraofensiva bizantina en Asia Menor y, sobre todo, la victoria de Carlos Martel (685? - 791) en Poitiers (732), indicaban un cambio y un respiro: ya no parecía tan inminente el peligro musulmán. En este tiempo se empieza a utilizar el término *res publica romana* para designar el ámbito de gobierno territorial de Roma. Gregorio, que prácticamente ejercía dicho gobierno, lo concebía apenas como un soporte-garantía de independencia política y económica, no como un principado territorial independiente. Estaba tratando, en cambio, de afirmar un esquema rigurosamente jerárquico en las Iglesias de Occidente: el 732 envió el *pallium* a san Bonifacio (lo que significaba reconocerle como metropolitano) con autorización para crear otros dos o tres obispados, sin romper la estrecha dependencia de Roma. Cuando el año 737 el gran misionero hizo su tercer viaje a la ciudad eterna a fin de recibir instrucciones, Gregorio III le confirió poderes como legado o vicario para reformar la Iglesia franca. Hace más de un siglo que A. Hauck *(Die Bischoftswahlen unter der Merovinger*, Erlangen, 1884) señaló la importancia de esta fecha, pues a partir de entonces los obispos francos, teóricamente elegidos por el clero y el pueblo, en realidad por los grandes y príncipes, formaron una estricta jerarquía, de meIropolitanos abajo, reconociendo su dependencia absoluta del papa.

La confiscación del Patrimonium no había modificado los sentimientos de lealtad al Imperio. El 733 los lombardos se apoderaron de Rávena y Gregorio intervino para conseguir de Liutprando la restitución. Este gesto desarmaba moralmente a León III y a Eutiques, que hubieron de mostrar su gratitud enviando seis columnas de ónice, las cuales fueron colocadas en torno al altar de la confesión de san Pedro. El gesto generoso de Liutprando no engañó al papa: ahora que el poder imperial tendía a desaparecer en Italia, el rey de los lombardos abrigaba proyectos expansivos que, sin la menor duda, se extendían a toda la península. Gregorio III estableció una especie de alianza con los duques lombardos de Spoleto y Benevento y con el exarca Eutiques para frenar esta posible expansión. Reforzó también las murallas de Roma. Pronto se cumplieron los presagios: Liutprando conquistó Spoleto e invadió el ducado de Roma. En este momento Gregorio envió dos solemnes embajadas a Carlos Martel (739 y 740), con generosos regalos que incluían valoradas reliquias, en solicitud de ayuda. Carlos no estaba en condiciones de organizar una campaña de Italia: envió al abad Grimón para advertir seriamente a Liutprando del peligro a que se exponía. En un mismo año, 741, murieron León III, Carlos Martel y Gregorio. De éste puede decirse que fue el primer príncipe territorial de Roma, aunque sin desgajarla todavía del Imperio.

Zacarías, san (3 diciembre 741 - 15 marzo 742)

Su persona. De familia griega, nacido en Calabria, su bilingüismo le permitió traducir los *Diálogos* de san Gregorio, abriéndoles paso en las Iglesias orientales. I labia sido uno de los principales colaboradores de su antecesor. Tal como Karlo Janlere *(Dic Romischec Weltreichsidee und die Entstehung der weltlichen Machi des Papstcs,* Turku, 1936) ya señalara con precisión, este pontificado marca un punto de inflexión definitiva: Roma se separa del Imperio de Oriente y se convierte en la cabeza indiscutida de Occidente. La idea de crear unos Estados Pontificios no estaba probablemente en la mente de ninguno de sus protagonistas, pero fue el resultado de una evolución casi inevitable del Patrimonium Petri. Apenas elegido, Zacarías comunicó al emperador su nombramiento, como un gesto de deferencia, sin esperar confirmación. En adelante los papas iban a prescindir de este requisito. El papa buscaba en aquellos momentos un acercamiento a Constantino V (741-775), aunque sin ceder una línea en la posición doctrinal referida a la inococlastia.

Cambió la política de Gregorio III, abandonando la alianza con Trasamundo de Spoleto y tratando de llegar a un entendimiento directo con el rey Liutprando, con quien celebró una entrevista en Trani el año 742. Consecuencia de este diálogo fue una tregua de veinte años, con devolución de las fortalezas, territorios y prisioneros que los lombardos ocuparan en el ducado de Roma. La razón de esta aparente generosidad estaba en el proyecto del monarca de eliminar el exarcado de Rávena reducido ya a la Pentápolis: el 743 lanzó su ofensiva. A instancias del exarca Eutiques, el papa volvió a entrevistarse con el rey, viajando a Pavía, y consiguió que devolviera sus conquistas. Rachis (743-749),

sucesor de Liutprando, que era ferviente católico, también se rindió a las demandas y regalos del papa, retirándose del exarcado y firmando una tregua. De este modo se logró una paz, y tanto en Roma como en Rávena se aclamó a Zacarías como verdadero salvador. Pero ya no era el emperador, lejano, sino el papa, quien ejercía las funciones de defensa territorial.

Alianza con los carlovingios. En julio del 749 Rachis fue depuesto e ingresó en un monasterio. Su hermano y sucesor Astolfo (749-756) no estaba dispuesto a guardar a Zacarías las mismas consideraciones. De un solo golpe hizo desaparecer el exarcado (751) sin que Zacarías pudiera hacer nada para evitarlo.

Cuando los legados que Zacarías enviara a Constantinopla a comunicar su elección el año 741 llegaron a aquella ciudad, encontraron sentado en el trono a un usurpador, Artavasdes, yerno de León. Hasta noviembre del 743 no conseguiría el legítimo heredero, Constantino, entrar en Constantinopla restableciendo la normalidad. Ni el emperador, convencido iconoclasta, ni el papa, decidido defensor de las imágenes, querían ahondar en las divergencias doctrinales; mantuvieron una política de frías relaciones amistosas, evitando las referencias a la cuestión que tan profundamente les separaba. Constantino, dueño ahora de Asia Menor, vida para el Imperio, empleaba todas sus fuerzas en la frontera árabe y no podía distraerlas en Italia: hasta el año 749 la diplomacia de Zacarías se mostró eficiente, frente a los lombardos y también en las provincias e islas meridionales.

En Francia, tras la muerte de Carlos Martel, sus hijos Carlomán y Pipino (741-768), llamado «el Breve» por la corta estatura, fueron mayordomos de palacio. La influencia de san Bonifacio creció. En el año 742 culminó el encargo que el papa le hiciera: todos los obispos de Austrasia y Neustria se sometieron a su autoridad como ya lo estaban los de Hesse, Turingia y Baviera, en su calidad de legado vicario. En una serie de sínodos promovió la reforma, siendo punto principal de la misma el reconocimiento del primado romano. En el del año 747 fue leída y aprobada, con plena unanimidad, la carta de fe católica y unidad jurisdiccional aprobada por Zacarías. Se condenaba la iconoclastia, si bien se definía con precisión la doctrina que impedía las exageraciones, y se establecía que, en la Iglesia, todos los obispos estaban sometidos a sus metropolitanos y éstos al papa.

Ese mismo año, 747, Carlomán renunció a su cargo para ingresar en un monasterio. Pipino quedó solo al lado de un fantasma de rey, Childerico III. El 751 una embajada en la que figuraban el obispo de Würzburgo, Burchardo, y el capellán real, Fulrado, viajó a Roma para plantear a Zacarías una cuestión moral: ¿es o no justo que se llame rey el que sólo tiene el título de tal en lugar del que posee todos los poderes? La respuesta del papa permitía establecer un nuevo criterio de legitimidad: «El orden de las cosas de este mundo reclama, conforme a la voluntad divina, que el título de rey lo ostente quien haya sabido hacerse con el poder, antes que el que no haya sido capaz de conservarlo.» Sobre esta base, Pipino, tras haber depuesto a Childerico, enviándole a un monaste-

rio, será proclamado rey por la asamblea de los francos. Lo importante fue que, resucitando el rito bíblico de la unción, y apoyándose en ciertos precedentes visigodos, Bonifacio procedió a ungir, en el nombre de Dios y de su Iglesia, a Pipino y sus hijos.

Fue un cambio muy importante. La unción sacralizaba la realeza, arrancándola de la elección por la asamblea, pero al mismo tiempo la sometía a la Iglesia. Desde este momento el papa, que fuera súbdito del emperador desde la época de Constantino, se colocaba en el vértice de toda autoridad en Occidente; a ella se encontraban subordinadas todas las demás. Zacarías, dueño ya, de hecho, del gobierno temporal de Roma y su ducado, comenzó allí una tarea de reasentamiento de campesinos en tierras abandonadas o roturadas, buscando una afirmación de poder y también una compensación para las rentas perdidas por la confiscación del Patrimonium que decretara León **III.** Menos opulencia, desde luego, pero una independencia más absoluta.

Esteban II (26 marzo 752 - 26 abril 757)

Ultimátum lombardo. Pocos días después de la muerte de Zacarías, el clero y el pueblo de Roma proclamaron a un anciano presbítero, llamado Esteban. Sufrió un ataque de apoplegía y murió a los cuatro días sin llegar a ser consagrado. Durante cierto tiempo se dudó acerca de su inclusión en la lista de papas, pero desde 1961 existe un fallo de la Santa Sede que aclara la cuestión: elegido y no consagrado, nunca fue papa. En su lugar se procedió a elegir a otro diácono, también llamado Esteban que, junto con su hermano Pedro, siendo huérfanos muy niños y de familia muy rica, habían sido educados en Letrán y preparados para el servicio de la Iglesia. Una gran figura desaparecía al mismo tiempo: el 5 de junio del 754 san Bonifacio sufrió el martirio.

Pocos meses antes de la elección de Astolfo se había producido la anexión violenta de Rávena y el exarcado al reino lombardo. Era evidente que se trataba de un primer paso, pues comenzó a tratar a los habitantes del ducado de Roma como sí fuesen súbditos propios: en junio-julio del 752 Esteban II consiguió una tregua con el evidente propósito de negociar. Seguramente el rey de los lombardos esperaba un reconocimiento de su expansión, pero el papa no lo entendió así: envió una embajada a Constantinopla solicitando de Constantino V un ejército para recobrar Rávena. Informado de esta gestión, Astolfo amenazó (octubre del 752) con ocupar la propia Roma, que miraba ya como una parte del exarcado que debía serle transferida. El emperador no estaba en condiciones de enviar un ejército y propuso una nueva negociación. El «silenciario» Juan pasó por Roma en noviembre del 752, camino de Pavía para celebrar una entrevista con Astolfo. A su regreso a Constantinopla le acompañaban oficiales lombardos y pontificios encargados de explicar al emperador las condiciones a que aspiraba el rey. Habían aumentado.

Alianza con Pipino. En marzo del 753 un peregrino, visitando a Pipino el Breve, le dio noticia de la angustiosa situación que padecía Roma; insinuó que el papa deseaba recibir una invitación para ir a Francia. Dos embajadas, en ju-

lio y septiembre del mismo año (la segunda compuesta por el duque Autcario y el obispo Chrodegando) se encargaron de transmitirla. Al mismo tiempo reaparecía en Roma el «silenciario» Juan: el emperador encargaba al papa que, en su nombre, negociara con Astolfo. Esteban II se trasladó en efecto a Pavía: halló en el rey una decidida voluntad de no ceder. El 15 de noviembre del 753 continuó su viaje a Francia.

En la abadía de San Mauricio, en Valais, aguardaba al papa un brillante séquito en que figuraba un muchachito de 12 años, hijo de Pipino: era el futuro Carlomagno: el rey aguardaba a Esteban II en Ponthion, cerca de Chálons. Aquí, el 6 de enero siguiente, tuvo lugar el encuentro que iba a cambiar la faz de Europa. Según E. Caspar *(Pippin und die Rótnische Kirche. Kritische untersuchungen zum frankisch-papstlichen Bunde im VHIJahrhundert,* Berlín, 1914), Esteban tenía el proyecto ya de pedir a Pipino la entrega del exarcado de Rávena, tal vez colocándolo bajo el *mundubardium* del rey de los francos. Pero cambiaron las cosas cuando Pipino ejecutó la *proskynesis,* ese gesto de absoluta sumisión que consiste en besar el suelo de rodillas, y llevó luego las riendas del caballo del papa como si fuera su escudero. Esteban dio cuenta a Pipino de la difícil situación en que se hallaba «la causa de san Pedro y de la república de los romanos». Juntos fueron a Saint Denis, donde el papa procedió a ungir de nuevo al rey y también a sus hijos, otorgando a todos el título de «patricio de los romanos». Un patricio es un funcionario del más alto rango, pero sometido a la soberanía de quien otorga esta concesión.

Los Estados Pontificios. La asamblea de Quierzy-sur-Oise, cerca de Laon, ratificó en forma solemne estos acuerdos, que «han de considerarse —según J. Orlandis *(El pontificado romano en la historia,* Madrid, 1966)— el acta fundacional de los Estados Pontificios». Astolfo no se sometió a las demandas que le transmitieron las embajadas: trató incluso de promover entre los nobles francos una resistencia a Pipino, enviando entre sus propios embajadores al hermano de éste, Carlomán, monje de Bobbio. Esteban tuvo que reaccionar formulando una serie de amenazas y prohibiendo a Carlomán y a sus hijos abandonar el monasterio. Carlomán falleció antes de que pudiera regresar a Lombardía. En agosto del 754 condujo Pipino la primera expedición. Sitiado en Pavía, Astolfo pidió la paz, comprometiéndose a devolver Rávena con todas las ciudades y villas por él usurpadas. No cumplió sus promesas. En diciembre del 755 desencadenó una nueva ofensiva, fijándose esta vez como objetivo la propia Roma, que quedó prácticamente cercada. Embajadores del papa y de las autoridades bizantinas, por el camino del mar, fueron al encuentro de Pipino que, entre tanto, había vuelto a marchar sobre Pavía: a la demanda de los bizantinos para que restituyese Rávena y el exarcado, el rey de los francos contestó que él sólo combatía «por el amor de san Pedro y el perdón de los pecados». La segunda paz de Pavía fue de condiciones mucho más duras que la primera: Astolfo tenía que entregar la tercera parte de su tesoro, someterse a un tributo anual y hacer entrega a la Iglesia de todas las tierras que antes fueran dominio del Imperio. Fulrado, abad de Saint Denis, con una parte del ejército,

permanecería en Italia para vigilar el cumplimiento de los acuerdos. Él se encargó de depositar sobre la tumba de san Pedro las llaves de Rávena, las ciudades que formaban la Pentápolis (Fano, Ancona, Pésaro, Sinigaglia, Rímini) y de las otras de Emilia. En la corte pontificia comenzó entonces a tomar cuerpo la leyenda de la Falsa Donación de Constantino a Silvestre, pues era un medio de legitimar esta decisiva donación que convertía al papa en un importante soberano temporal. Desde el año 756, y como consecuencia de un largo proceso, que partiera de un conjunto de propiedades inmunes, para acabar en la soberanía, comienza a existir un nuevo sujeto político, la Sancta Ecclesiae Respublica, que perdurará hasta 1870.

Tras la muerte de Astolfo, el papa respaldó al nuevo rey, Desiderio (756-774), asegurándose de este modo el cumplimiento de los acuerdos adquiridos en la segunda paz de Pavía. Esto no le impedía trabajar cerca de los duques de Spoleto y Benevento para que, apartándose de la dependencia de Lombardía, se situasen en la de la Sede Apostólica. Fue el de Esteban un pontificado breve pero decisivo.

Paulo I, san (29 mayo 757 - 28 junio 767)

Hermano de Esteban y colaborador sobresaliente de los papas desde Gregorio II, fue elegido sin dificultad. Comunicó a Pipino esta elección pero sin recabar ninguna clase de confirmación. Sus legados regalaron al rey de los francos un antifonario, redactado por Amalario, que era como el signo externo de la identidad litúrgica entre Roma y la Iglesia franca. Paulo definía sus funciones, en un tono muy elevado, como las de «un mediador entre Dios y los hombres, buscador de almas». De hecho era consciente de que, al convertirse en soberano temporal, se estaban desatando sobre la sede de Pedro las concupiscencias que son fuente de conflictos; se hallaba, sin embargo, decidido a detender con todos sus medios el naciente Estado, para lo que necesitaba la ayuda del rey de los francos.

Aunque su deseo ferviente era el de mantener la estrecha comunión con las Iglesias orientales (estrechó sus relaciones con Antioquía y Alejandría, entonces sometidas al Islam), la nueva política imperial hizo muy difícil tal propósito: un sínodo reunido en Hieria (febrero-agosto del 754) por Constantino V, desencadenó una nueva ola de iconoclastia; se reprodujeron las persecuciones y muchos monjes orientales buscaron refugio en Roma. Para ellos edificó el papa, utilizando su propia casa, el monasterio de San Esteban y San Silvestre in Capita (761). Por otra parte, Desiderio comenzaba a dar muestras de que no estaba dispuesto a cumplir las promesas que hiciera: sometió Spoleto y Benevento, despreciando los compromisos de ambos ducados con el papa, y trató de concertar una especie de alianza con el emperador. El rey de los lombardos via-
-- a Roma para entrevistarse con Paulo I: explicó a éste que para que la paz fuese verdadera necesitaba la restitución de los rehenes que Pipino condujera a Francia, es decir, una plena independencia sin restricciones para su reino. Paulo no podía negarse a transmitir esta demanda pero, al mismo tiempo, ad-

virtió a Pipino en secreto que tras ella se encontraba una amenaza contra Roma. Aunque el papa repitió sus apremiantes demandas de ayuda, el rey de los francos parecía decidido a no repetir su expedición a Italia: se lo impedían los grandes proyectos de llevar la frontera hasta el Pirineo y establecer contacto con los grupos de resistencia que se habían formado en España.

Creyendo que la alianza entre los francos y Roma había terminado, el emperador Constantino envió el 765 embajadores a Pipino con un ambicioso proyecto de alianza entre los dos poderes, con respaldo para la iconoclastia. Pero la respuesta no le satisfizo. Pipino estaba dispuesto a mantener relaciones amistosas, pero en cuanto al abandono de la protección al papa o la aceptación de la iconoclastia, su actitud era negativa. Griegos y francos debatieron en Gentilly (767) en relación con las imágenes, cuyo culto Occidente defendía. Poco después murió Paulo I.

Esteban III (7 agosto 768 - 24 enero 772)

El interregno. Sucedió lo que se temía. El papa había dejado de ser una exclusiva autoridad espiritual para convertirse en príncipe soberano y los altos funcionarios del gobierno estaban ahora interesados en elevar a uno de los suyos. Se habían formado dos partidos, uno encabezado por el duque Toto de Nepi, jefe de la milicia, y el otro dirigido por el primicerio Cristóforo, con la nobleza senatorial: estando Paulo en su lecho de muerte, ambos se comprometieron, bajo juramento, a asegurar una elección normal. Apenas fallecido el papa, Toto, faltando a su juramento, se hizo dueño del poder mediante un golpe de Estado, y proclamó a su hermano Constantino, que era laico. Ordenado y consagrado por tres obispos, se instaló en el palacio de Letrán. Constantino escribió en dos ocasiones, en agosto y septiembre del mismo año, a Pipino, pero en ninguna de ellas obtuvo respuesta. Se obligó a Cristóforo a prometer que ingresaría en un monasterio.

No lo hizo así. Por el contrario, fue a advertir de lo ocurrido al duque de Spoleto y al rey Desiderio (757-774). Éste proporcionó tropas a Sergio, hijo de Cristóforo, para volver a Roma e imponer el orden. Hubo una sangrienta batalla dentro de la ciudad en la que Toto perdió la vida. Constantino, aprehendido en Letrán, fue privado de la vista. Un clérigo, Wadiperto, que actuaba por cuenta de Desiderio, quiso aprovechar la ocasión para suscitar un papa que pudiera convertirse en fiel instrumento de la política lombarda y escogió para ello a un presbítero, capellán del monasterio de San Vito en el Esquilmo, llamado Felipe: le llevó con escolta a Letrán. Pero los seguidores de Cristóforo no lo consintieron: invadieron la basílica, se apoderaron de su persona y lo devolvieron a San Vito, sin hacerle daño, para que reasumiese sus funciones.

Ahora Cristóforo pudo organizar una elección legal y sacar adelante a su propio candidato: Esteban III, presbítero del título de Santa Cecilia. El *primicerias* trataba de establecer su propio gobierno personal en nombre de un papa débil. Al principio así sucedió: Esteban no pudo evitar las crueles represalias

contra Constantino, Wadiperto y sus respectivos seguidores. Roma estaba viviendo las secuelas de una primera lucha sangrienta por el poder. Entronizado el 8 de agosto del 768, Esteban III se vio abocado a una ingente tarea de restauración.

El pontificado. Comenzó enviando sus legados a Francia para comunicar su elección. Estos legados se encontraron con el hecho de que Pipino había muerto (24 de septiembre del 768) y sus hijos, Carlos y Carlomán, se habían repartido los ya extensos dominios aunque mantenían una forma de gobierno conjunto. Ofrecieron el apoyo que ya era tradicional. Los embajadores que saludaron a los príncipes como «patricios de los romanos», les invitaron a enviar rcprescnlanles para el sínodo que Esteban había convocado en Roma para el año siguiente. Trece obispos francos, en efecto, participaron en él (abril del 769): compareció Constantino II, ciego y evidentemente maltratado, que hizo confesión arrepentida de sus faltas; las disposiciones por 61 tomadas, se declararon nulas; calificado de antipapa se le condenó a penitencia perpetua. El acuerdo más importante del sínodo, como era de esperar, giró en torno a la regulación de las elecciones futuras: sólo el clero tendría derecho a participar en ellas, siendo candidatos únicamente los cardenales presbíteros y diáconos. Desde el año 732 se mencionaba como *cardinales* a los siete obispos: Esteban aumentó hasta veintiocho el número de *tituli* a fin de establecer una debida proporción de presbíteros y diáconos también *cardinales.* A los laicos correspondería únicamente aclamar al elegido. En el sínodo del 769 se condenó la doctrina iconoclasta del Concilio de Hieria.

Una nueva amenaza parecía surgir. Las discordias entre Carlos (768-814) y Carlomán beneficiaron los propósitos de Desiderio, que había entrado en Istria aumentando el ámbito de la diócesis de Aquileia. Las discordias romanas evitaron cualquier intervención del papa. Supo Esteban III que Carlos, empujado por su madre, Bertrada, iba a casarse con la hija de Desiderio, Deseada, y se asustó: calificó el proyecto de maniobra «diabólica» (770). En realidad, Carlos no estaba pensando en suspender la protección sobre Roma y sus dominios, sino en disponer de alianzas, lo mismo que en Baviera y Benevento. El *Líber Pontificalis* —es la única fuente y por añadidura sospechosa, como ya apreció Louis Halphcn («La papauté et le complot lombard de 771», *R. H.*, CLXXXII, 1938)—, da cuenta de una especie de extraño acuerdo entre Esteban III y Desiderio, el año 771, para librarse de la tutela del primicerio y de su hijo Sergio, los cuales fueron asesinados. Pero con la desaparición de Cristóforo la influencia franca recibía un duro golpe en Roma. Esteban habría escrito a Carlos que se habían lomado duras medidas por haberse descubierto, gracias a «su admirable hijo Desiderio», un complot dirigido a causar su propia muerte.

La abdicación de Carlomán, en este mismo año, convirtió a Carlos en único rey de los francos. Repudió entonces a Deseada y se aprestó a reorganizar la influencia franca en Roma.

Adriano I (1 febrero 772 - 25 diciembre 775)

Sumisión del reino lombardo. En contra de los preceptos del sínodo, el pueblo de Roma tomó parte en la elección de Adriano, diácono al servicio de Esteban III, y sobrino de cierto Teodoto con quien se había educado a causa de su prematura orfandad. Los acuerdos que Esteban concertara poco antes con Desiderio, entregaban a su chambelán, Paulo Afiarta, plenos poderes en Roma. Adriano hubo de comenzar por desembarazarse de él, rehabilitando primero a las víctimas del complot del 771, enviando luego al propio Afiarta ante Desiderio para reclamar las fortalezas que prometiera a Esteban devolver y que aún retenía, y haciéndole finalmente arrestar. Sabemos que el chambelán moriría por orden del metropolitano de Rávena, León.

Desiderio reclamó del papa la consagración de los hijos de Carlomán para crear enemigos a Carlos. Sin esperar la respuesta invadió el exarcado, poniendo cerco a Rávena. Sin medios suficientes de defensa, Adriano envió sus legados a Carlos; le encontraron en Thionville, cuando regresaba de la primera campaña de Sajonia (febrero o marzo del 773). El rey de los francos comenzó despachando una embajada a Pavía y Roma, para informarse de la situación y, repetidas veces, propuso a Desiderio una paz, ofreciéndose incluso a indemnizarle por las fortalezas que debía entregar. Actuaba no como un aliado, sino como verdadero «patricio de los romanos». Sus propuestas fueron rechazadas. Entonces llegó a la decisión extrema: suprimir el reino lombardo y liquidar de este modo el problema. Frente a los francos se produjo el derrumbamiento de la resistencia militar lombarda, de modo que en septiembre del 773 permanecían fieles a Desiderio únicamente Pavía, estrechamente cercada, y Benevento, donde gobernaba su yerno Arichis. Muchos de los nobles lombardos fugitivos se acogerían en Roma a la protección del papa.

Mientras duraba el cerco de Pavía, en marzo Carlos hizo una peregrinación a Roma, a fin de asistir a la Pascua, y fue recibido con extraordinarios honores. No quiso, sin embargo, ser alojado en el Palatino, residencia de los exarcas, sino en una zona inmediata a San Pedro, como hacían los peregrinos. Asistió a los oficios solemnes y luego negoció, con Adriano, el reconocimiento de un dominio que abarcaba el ducado de Roma, la isla de Córcega, el antiguo exarcado de Rávena, las provincias de Venecia e Istria y los ducados de Spoleto y Benevento. Más de la tercera parte de Italia, según este acuerdo, debía constituir ahora el Patrimonium Petri. De esta donación o reconocimiento se redactaron tres ejemplares: dos fueron ceremoniosamente depositados en la tumba de Pedro y el tercero viajó con el rey. A partir de este momento la cancillería pontifica dejó de datar los documentos por años del emperador de Constantinopla, cuya efigie desapareció también de las monedas: la plena soberanía era asumida por el papa. Por su parte, Carlos, que el 7 de junio del 734 entraba en Pavía enviando a Desiderio y a sus hijos a un monasterio, cambiaba su título inicial para asumir el de «rey de los francos y de los lombardos y patricio romano». Esto le convertía en protector de la Iglesia. Probablemente entendía que dicha condición le otorgaba poderes y facultades de gobierno

sobre Roma. Retenía, por tanto, cierta autoridad sobre los dominios que prometiera entregar.

Por lo demás, esta promesa fue deliberadamente retrasada: se restituyeron en seguida las fortalezas que prometiera Desiderio, pero no las otras. El año 775 se produjo una revuelta en Italia, a cargo de nobles lombardos agrupados en torno al duque de Benevento que asumía el título de príncipe y que contaba con el apoyo bizantino. La muerte de Constantino V privó a los rebeldes de dicho apoyo, pero el movimiento fue tan fuerte que obligó a Carlos a regresar a Italia, donde permaneció desde diciembre del 775 hasta julio del 776. En esta oportunidad no viajó a Roma: estaba entregado a la tarea de hacer «franca» a la antigua Lombardía. Inútilmente insistió Adriano en sus reclamaciones. El rey estaba alentando las tendencias de León de Rávena hacia la autocefalia.

Es precisamente entonces, el año 778, cuando encontramos la primera mención de la «Donación de Constantino» como si se tratara de una fuente de derecho. Este supuesto, cuya falsedad no quedaría oficialmente establecida hasta mediados del siglo xv, cuando Nicolás de Cusa y otros humanistas aportaron pruebas incontrovertibles, permitía a Adriano sostener que Constantino, además de reconocer la superioridad de Roma sobre todos los patriarcados y obispados del orbe, diera a san Pedro «la ciudad de Roma y todas las provincias, las localidades y las ciudades tanto de Italia entera como de todas las regiones occidentales». Los falsificadores del documento, cuyo nombre oficial fue *Constitutum Constantini,* trataban de demostrar que el papa reclamaba mucho menos de aquello a lo que tenía derecho.

Hasta el año 781 no se produciría un nuevo viaje de Carlomagno a Roma y, en consecuencia, la negociación que el papa reclamaba sobre los espinosos asuntos territoriales. En esta visita, en que Adriano bautizó y consagró a Carlomán (ahora llamado Pipino) y Luis, hijos de Carlos, como reyes de Italia y de Aquitania respectivamente, se puso mucho empeño en destacar el grado de buena relación existente entre el papa y el monarca en un momento en que, por muerte de Constantino V, las relaciones con Bizancio mejoraban. La emperatriz Irene (797-802), regente en nombre de su hijo León IV (775-780), buscaba el acercamiento y promovía un nuevo patriarca de Constantinopla, Tarasio, ajeno a la iconoclastia. Adriano prestó todo su apoyo a la reforma de la Iglesia que Carlos promovía en sus dominios y respaldó la política de éste incluso en sus dimensiones temporales. Sin embargo, las nuevas negociaciones, durante las cuales se puso de manifiesto de qué modo Carlos consideraba su título de patricio como una especie de soberanía temporal, condujeron a una definición del espacio asignado al Patrimonium Petri mucho menor del que se había prometido el 774.

La propuesta de Irene. El año 785 Tarasio e Irene se pusieron en contacto con Adriano; aunque éste tenía ciertas reservas que oponer, pues no le eran devueltas las fincas confiscadas ni se le restituía la jurisdicción sobre el Illiricum, aceptó la apertura y envió a sus delegados, un monje y un arcipreste, ambos del mismo nombre, Pedro, al concilio que se celebró en Nicea (septiembre

del 787), haciéndoles portadores de una profesión de fe que fue aplaudida. Así se restableció la unión y se proclamó la legitimidad del culto a las imágenes. Los legados trajeron a Roma las actas conciliares, que Adriano confirmó ordenando se tradujesen al latín. La traducción estaba llena de tantas imperfecciones que sería fuente después de dudas y de pequeños conflictos. No obstante estas buenas relaciones, Adriano advirtió que podría llegar de nuevo a la excomunión de Irene y Tarasio si los antiguos dominios y jurisdicción no le eran restituidos. Uno de los errores en la mencionada traducción consistía en ordenar una «adoración» de las imágenes. Este término fue rechazado en el Concilio de Frankfurt del 794, convocado por Carlomagno, en el que se condenaron, a la vez, la iconoclastia y el adopcionismo surgido en España.

Adriano ha sido considerado como el segundo fundador de los Estados Pontificios, con una extensión mucho más amplia que la prevista en Quierzy-sur-Oise, aunque no tanto como se soñara en el primer momento. Emprendió obras muy importantes en Roma: refuerzo de las murallas, diques contra las avenidas, cuatro acueductos (con objeto de colocarla a la altura de esta nueva posición), pero sobre todo creó un inteligente sistema de granjas para asegurar la alimentación de los indigentes y eliminar así un problema que había llegado a hacerse grave: las *diaconae* y las *domus cuitae.* Cuando murió, Carlomagno comentó que era como si hubiera perdido un hermano o un hijo, y remitió una lápida, que aún se conserva, con versos que demostraban este afecto.

León III, san (26 diciembre 795 - 12 junio 816)

Elección disputada. El mismo día de la muerte de Adriano fue aclamado papa el cardenal-presbítero de Santa Susana, León, un romano de estirpe siciliana, no noble, dedicado desde niño al servicio de la Iglesia. Probablemente era consciente de su debilidad frente a la aristocracia romana, crecida desde la consolidación de los Estados Pontificios; buscó ante todo el apoyo de Carlomagno, al que envió las llaves de la tumba de san Pedro y el estandarte de Roma, solicitando de él que enviara un representante para recibir el juramento de fidelidad de los romanos. Había, pues, reconocimiento de un poder. Esto explica que el *missus* de Carlomagno, Angelberto, instalado en Roma, desempeñara un papel importante como si se hubiera producido una división de funciones en la ciudad.

L. Halphen *(Charlemagne et l'empire carolingien,* París, 1947) insiste en que «el papel de jefe espiritual quizá sea aquel que Carlomagno asume de mejor grado». Esta posición es transparente en la respuesta que envió a las primeras demandas de León **III:** al rey incumbe la defensa de la cristiandad, con las armas, y el establecimiento de un dominio «por la fe verdadera»; es misión del papa levantar, como Moisés, los brazos en oración para atraer las bendiciones de Dios. Nuevo David —las alusiones al rey de Israel se hacen cada vez más frecuentes— ordenó a sus teólogos que redactaran un texto, los *Libri Carolini,* que contenía la exposición completa de la fe que debe imperar en Occidente. A pesar de la resistencia del papa, que trataba de eludir innecesarios conflictos

con Oriente, Carlomagno logró que se incluyera la expresión *Filioque* en el Credo de la misa en la liturgia occidental. Las instrucciones del rey a Angelberto parecen revelar que se estaba tratando al vicario de Cristo como un capellán del Imperio: el *missus* debía exhortar a León para que viviese con toda honestidad, guardara los cánones, rigiera la Iglesia con piedad y persiguiese «la mancha espantosa de la simonía». Estas últimas frases permiten a los historiadores formularse la pregunta de hasta qué punto estaba Carlomagno informado de la tormenta que se formaba sobre el cielo de Roma.

Dos parientes de Adriano I, el primicerio Pascual y el sacelario Cámpulo, figuraban al frente de la aristocracia romana. Provocaron una revuelta. El 25 de abril del 799, cuando León se dirigía a San Lorenzo in Lucina para celebrar la misa, fue asaltado por un grupo de hombres armados que le maltrataron seriamente, declarándole depuesto y amenazándole con sacarle los ojos y cortarle la lengua. Quedó prisionero en San Erasmo. El duque de Spoleto, Winigis, y el abad Wirundo, ambos francos, acudieron a Roma al recibir noticia de los disturbios; pero ya un grupo de amigos había conseguido organizar la fuga de León, que pudo refugiarse en el Vaticano e informar a Carlomagno que se hallaba entonces en una de sus campañas en Sajonia. El monarca invitó al papa a trasladarse a su corte y ambos se reunieron en Paderborn en julio del 799. Comparecieron allí los enemigos del papa, que le acusaban de dos delitos: perjurio y adulterio. La cuestión tomaba un giro muy serio, pues con independencia de las violencias sufridas, se alzaba contra el papa una acusación. Alcuino advirtió seriamente a Carlomagno: nadie puede juzgar a un papa que es vicario de Cristo en la tierra. Ganando tiempo, el rey proporcionó a León una escolta con la que pudiese regresar a Roma, y ordenó a los obispos Hildebando de Colonia y Arno de Salzburgo que le acompañaran abriendo una información.

«Renovatio Impera». Los *missi* de Carlomagno invitaron a Pascual y a Cámpulo a concurrir a un *placitum* celebrado en Letrán. No pudieron probar sus acusaciones y fueron desterrados a Francia, acompañados de informes que permitirían al rey juzgar su caso. Carlos no se precipitó. Hasta el mes de agosto del año 800 en la Dieta de Maguncia no quedó decidido su viaje a Roma; en noviembre alcanzaba Rávena y el 23 de dicho mes se encontraba con León III en Mentana a doce millas de la capital. Allí celebraron un gran banquete. Era imposible que Carlomagno no advirtiera que la procesión y todo el ceremonial desplegado para su entrada en Roma correspondía a un emperador y no a un rey.

Entre los días 1 y 23 de diciembre, con presencia de la nobleza romana y franca, se celebró un concilio en San Pedro. En la primera sesión dijo Carlomagno que el motivo de su convocatoria era el juicio acerca de las acusaciones presentadas contra León. Probablemente estaba convenido de antemano que los circunstantes dijeran que nadie puede juzgar a un pontífice y que León se adelantara espontáneamente a ofrecer un juramento exculpatorio. De todas formas se trataba de una muy seria derrota para la Sede Apostólica. No tenemos razones de peso que nos permitan dudar de la noticia que dan los Anales de Lorch cuando atribuyen a este concilio la demanda de que se coronara em-

perador a Carlos, puesto que el trono en manos de una mujer, parecía vacante. Con notable precisión cronológica el día 23 de diciembre el capellán real Zacarías regresó de un viaje a Jerusalén; le acompañaban dos monjes que eran portadores, en nombre del patriarca, de las llaves del Santo Sepulcro, que entregaron a Carlos. Ahora éste podía presentarse como protector de toda la cristiandad.

En la tercera misa del día de Navidad (25 diciembre del 800), estando arrodillado Carlos para orar en el momento en que se iniciaba el canto de las letanías, León III se adelantó y le puso la corona imperial en la cabeza. Aunque el cronista Einhardo dice que el ahora emperador hizo un gesto de sorpresa, no cabe duda de que la ceremonia estaba preparada de algún tiempo atrás. Varias opiniones se han formulado acerca de esa versión oficial de la «sorpresa». Halphen piensa que se trataba de limar suspicacias bizantinas en un momento en que estaban pendientes negociaciones. Pero lo que parece claro es que, a pesar de que León ejecutara entonces la *proskynesis* de acuerdo con el ritual antiguo —nunca más se arrodillaría un papa delante de un emperador—, la iniciativa por él tomada tenía que llenar de preocupaciones a la corte, pues se daba la impresión de que el pontífice «hacía» emperadores. Así se explicó luego: la autoridad apostólica ejecutaba una *translatío Imperii* de los romanos a los francos. Al mismo tiempo se producía una *restaurado* del Imperio desaparecido en el siglo v. Carlos recibía ahora, de Dios y no del Senado y el pueblo, el mandato de «regir a los pueblos con imperio», siendo su juez, favoreciendo la expansión del cristianismo en los pueblos aún idólatras, haciendo reinar la concordia entre los cristianos. Los que acusaran al papa falsamente fueron de inmediato juzgados y condenados a muerte; León intercedió para que esta sentencia se cambiara por la de destierro.

Ahora existían en la cristiandad dos emperadores como antes del 476. En su viaje a Aquisgrán, el 804, León III introdujo una versión apoyada en la *Constitutio Constantini,* que es la que gráficamente puede verse aún hoy en el mosaico de San Juan de Letrán. En virtud de la soberanía sobre Occidente transferida a Silvestre I por Constantino, la coronación del 800 puede considerarse como la entrega, por delegación, de esa misma soberanía a Carlos. Este argumento basta para hacernos comprender las quejas de Carlomagno y que éste, según sus cronistas, llegaba a decir que, de haber sabido lo que iba a suceder, jamás hubiera puesto los pies en San Pedro. Aquí estaba la desigualdad. La Iglesia es universal y el primado de la Sede Apostólica, aunque se refiera al orden espiritual, también es, por naturaleza, universal. El Irnperio, brazo armado de esa misma Iglesia, carece de tal universalidad. Rechazando los excesos que se atribuyeran los *Libri carolini,* León hizo que la condena del adopcionismo, expresada en términos correctos, fuese adoptada en el sínodo romano del 798. Y el 809, confirmando la doctrina implícita en el *Filioque,* dispuso el papa de nuevo que se omitiera en el texto de la misa.

No se puede dudar de la trascendencia de los actos del 800. Nacía Europa, un nombre que rebrota en varios textos de distintos lugares aunque pronto se-

ría cambiado por el de cristiandad. Nacía, sobre todo, la soberanía espiritual del papa con carácter universal. León mantuvo sus relaciones con Bizancio y ni siquiera quiso respaldar a Teodoro de Studion cuando este famoso monje fue perseguido. Intensificó sus relaciones con Inglaterra, actuando como juez arbitro en las disensiones entre York y Canterbury. Y, después de la muerte de Carlomagno (28 enero 814), volvió a ejercer la autoridad judicial en Roma.

Esteban IV (23 junio 816 - 24 enero 817)

Romano y de familia aristocrática, conciliador y muy popular, la elección de Esteban obedece, probablemente, a la necesidad de buscar una paz interna en Roma, pues se había alterado mucho durante el pontificado de León III. La maduración de las estructuras de gobierno para lo que era ya un extenso principado soberano, se reflejaba en la existencia de tres sectores o partidos: el imperial, alimentado desde la corte carlovingia; el senatorial, formado por los grandes oficiales laicos y jefes de la milicia; y el que se conocía como *familia sancti Petri,* constituido por los directos colaboradores del papa, a veces sus parientes. Con mucha frecuencia, en adelante, el poder del papa será quebrantado, pero nunca se negaría ya el derecho de ejercer soberanía.

Esteban hizo que el pueblo jurara fidelidad al emperador, comunicó a éste su nombramiento y le anunció el propósito de viajar a su encuentro. Estaba en la corte de Luis el Piadoso (814-840) en octubre del 816: había llevado consigo la «corona de Constantino», que utilizó en la ceremonia de la coronación de ambos, Luis y su esposa Irmengarda. Aunque había sido asociado ya al Imperio por su padre, el acto de Reims quedó revestido de gran importancia: desde el punto de vista del rey, se reforzaba su poder espiritual; del lado del papa, se dejaba patente el principio de que nadie es emperador hasta ser ordenado, investido y casi consagrado por el sucesor de san Pedro. Siguieron a este acto negociaciones de las que únicamente conocemos su resultado, es decir el *Privilegium Ludovici* del 24 de enero del 817. Esteban solicitó que se perdonase a los exiliados que vivían en Francia desde el pontificado anterior. No pudo, sin embargo, conocer el contenido del *Privilegium,* pues falleció el mismo día en que el emperador ponía en él su firma.

Pascual I, san (24 enero 817-11 febrero 824)

«Ordinario Imperii». Presbítero y abad del monasterio de San Esteban, cercano a San Pedro, Pascual había nacido en Roma. Fue elegido el mismo día de la muerte de su antecesor y consagrado sin pérdida de tiempo; tales prisas demuestran que se trataba de evitar toda clase de interferencias. Comunicó a Luis su elección, asegurando que nada había hecho para conseguirla. El emperador le remitió un ejemplar del *Privilegium* que significaba concesiones en favor de la Sede Apostólica. Confirmaba el Patrimonium Petri, garantizaba la no intervención en las elecciones pontificias y, asimismo, que la autoridad imperial no intervendría en el gobierno y administración de los dominios de la Iglesia, salvo a petición de ésta. El único compromiso era el de comunicar al empera-

dor el resultado de la elección. Hasta el 823 el acuerdo se mantuvo sin dificultad: aparecen mencionados con frecuencia nuncios de ambas partes.

El mismo año 817, como consecuencia de un accidente, Luis el Piadoso pudo ser convencido por sus consejeros de la necesidad de regular el orden sucesorio, puesto que el esquema de la costumbre germánica reconocía derechos hereditarios a todos los hijos. La *Ordinatio Impertí* que entonces se promulgó, afirmaba que la Iglesia e Imperio estaban dotados por voluntad de Dios de esencial unidad y no podían ser divididos. De este modo sólo el mayor de los hijos, Lotario (817-855), sería emperador: sus hermanos Pipino (817-839) y Luis (817-876) (aún no había nacido Carlos el Calvo) poseerían reinos supeditados a la superior autoridad del Imperio. En compañía de Wala, Lotario bajó a Italia a principios del 823 y Pascual I le invitó a trasladarse a Roma para proceder a su coronación. Estaba ya firme el principio de que únicamente en Roma y de manos del papa se recibe la corona que hace a un rey emperador. En esta ocasión Pascual regaló a Lotario una espada, símbolo de la fuerza que se necesita para erradicar el mal.

Poder en Roma. Una vez en Roma y coronado emperador, Lotario decidió enmendar la generosidad de su padre, recuperando poderes, especialmente judiciales, en las provincias del Patrimonium, que consideraba parte de su Imperio. Comenzó por atraerse a la nobleza senatorial romana, convertida ahora en partido franco, cuyos jefes eran el protonotario Teodoro y el nomenclátor León. Como una prueba de su poder, emitió una sentencia que liberaba a la abadía de Farfa de su dependencia respecto a la sede romana. Apenas hubo Lotario abandonado Roma, los consejeros del papa provocaron una violenta reacción: León y Teodoro, presos, perdieron los ojos y fueron degollados. En la corte de Lotario se trató de hacer de Pascual el responsable de tales muertes. El papa prestó juramento exculpatorio: nada había tenido que ver con las ejecuciones, pero añadió que no debían considerarse injustas, pues se habían provocado motines.

Con la llegada de León V (813-820) al trono de Bizancio, rebrotaba la iconoclastia. Teodoro de Studion solicitó la intervención del papa. Era ya muy poco lo que Pascual podía hacer en este asunto: con la creación del Imperio de Occidente se había alzado una barrera de separación entre Oriente y Occidente. Abrió desde luego las puertas de Roma a los monjes griegos que huían de la persecución, contribuyendo indirectamente a un florecimiento del arte. Las grandes obras que el propio Pascual estimuló en Roma (Santa Práxedes, Santa María in Domenica, Santa Cecilia en el Trastévere) revelan que la capital de la Iglesia estaba bien dotada de talleres y artistas, con tendencia a un academicismo arcaizante, pero de una calidad que contrasta con la pobreza imperante en el resto de Europa.

Eugenio II (junio 824 - agosto 827)

Firmeza del papa. La nobleza romana se **unió** al partido imperial en **un** esfuerzo para evitar que el clero hiciese triunfar su candidato. Los **últimos meses**

del pontificado de Pascual habían sido muy duros. Wala, consejero de Luis y luego de Lotario, que estaba en Roma a la sazón, consiguió negociar una especie de arreglo mediante el cual se logró el reconocimiento de Esteban, arcipreste de Santa Sabina. El electo no se limitó a comunicar a Luis el Piadoso su elevación, como estaba acordado: le juró fidelidad, reconociendo de este modo la soberanía del emperador. Su nombramiento fue, en general, bien acogido porque se esperaba de este modo conseguir más paz interna. Así fue, pero a costa de que el papa fuese solamente instrumento de la política imperial.

La «Constitutio romana». Finalizaba el verano del 824 cuando Lotario apareció nuevamente en Roma proclamando su intención de restaurar el orden en la ciudad y establecer nuevas leyes que impidiesen las divisiones y tumultos. Eugenio II se plegó a estos proyectos y la consecuencia fue la llamada *Constitutio romana* del 11 de noviembre del mencionado año, que establecía un fuerte control del Imperio sobre el Patrimonium Petri. Los capítulos más salientes determinaban:

— Todas las personas declaradas bajo protección imperial o pontificia gozarían en adelante de inmunidad.

— Se establecía el principio jurídico de los germanos de la personalidad de las leyes, de modo que cada uno sería juzgado por la ley romana, franca o lombarda, según su nación.

— La administración de Roma y de los demás dominios pontificios se encomendaba a dos *missi*, uno imperial, el otro papal, los cuales elevarían cada año un informe al emperador.

— Suprimiendo el canon establecido en el sínodo del 769, se decretaba que en las elecciones pontificias tomaría parte el pueblo junto con el clero.

— Por último, que antes de que pudiera ser consagrado, el papa tendría que prestar juramento de fidelidad al emperador.

En definitiva, la *Constitutio* venía a demostrar que al emperador, y no al papa, correspondía la autoridad soberana. La crisis a que el Imperio estaba siendo abocado, precisamente por derechos sucesorios, evitaría que se obtuviesen de ella los resultados que Lotario esperaba. Eugenio comenzó mostrando bastante independencia en dos asuntos: la reforma, que parecía tan necesaria, y la iconoclastia. En noviembre del 826 un sínodo reunido en Letrán, que aceptó desde luego la nueva forma propuesta para las elecciones y también la legislación franca referida a las Iglesias propias, promulgó numerosos cánones acerca de la simonía, deberes de los obispos, monaquismo, educación clerical, indisolubilidad del matrimonio, etc., que se hicieron extensivos a todas las Iglesias de Occidente sin consulta previa al emperador.

En el mes de noviembre del 824 había pasado por Roma una embajada del emperador Miguel II (813-829) y del patriarca Teodoro, que intentaba negociar una fórmula que permitiese suavizar las aristas que despertara la iconoclastia. Eugenio advirtió que la doctrina formulada en el segundo Concilio de Nicea

(787) era la única aceptable. Y no cedió ni ante una embajada de Luis el Piadoso ni ante los requerimientos de una comisión de teólogos, reunida en París el 825, contando con permiso del papa, que había llegado a conclusiones excesivamente críticas respecto al culto de las imágenes. Eugenio, que mantenía contacto estrecho con Teodoro de Studion y con los monjes iconódulos refugiados en Roma, proyectaba el envío conjunto de una embajada imperial y pontificia a Constantinopla, cuando falleció.

Valentín (agosto - septiembre 827)

Hijo de Leoncio de Vialata, miembro de la nobleza senatorial romana, había hecho carrera bajo Pascual I, siendo archidiácono. En su elección unánime tomaron parte los laicos, de acuerdo con la Constitución del 824. Según el *Líber Pontificalis* no reinó más que cuarenta días. No hay ninguna noticia acerca de su gobierno.

Gregorio IV (29 marzo 828 - 25 enero 844)

Elección. Cardenal presbítero del título de San Marcos y miembro de la aristocracia romana, fue elegido por presiones de esta misma nobleza y de acuerdo con la *Constitutio* del 824, a finales del año 827, aunque no sería consagrado hasta el 29 de marzo siguiente, después de obtener el reconocimiento del representante imperial y hacerse el intercambio de juramentos. La jurisdicción imperial se hizo efectiva: a principios del 829 sería rechazada la apelación presentada por la sede romana contra el privilegio de Lotario a la abadía de Farfa, eximiéndola del tributo que pagaba a Roma.

Se rompe el Imperio. El 832 los tres hijos mayores de Luis el Piadoso, Lotario, Pipino y Luis, protestando de que se hubiese alterado la *Ordinatio Imperii* del 817 a fin de dar parte en la herencia a Carlos el Calvo (832-887), nacido de un segundo matrimonio del emperador, se sublevaron contra su padre. Lotario ordenó a Gregorio IV que le acompañara en su viaje a Francia; el papa aceptó porque se trataba de una coyuntura que podía dejar establecida nuevamente su autoridad, pero un gran número de obispos, agrupados en torno al viejo emperador, le reprocharon que apareciese como incorporado a un bando rebelde y llegaron a amenazarle con romper la comunión con Roma. La respuesta del papa fue fría y contundente: a él, en virtud de la supremacía otorgada por Dios sobre la cristiandad, correspondía la custodia de la paz y, por ende, la mediación entre las partes en discordia. Cuando en el verano del 833 los dos ejércitos se enfrentaron en Rotfeld, cerca de Colmar, Gregorio intervino mediando entre un campo y otro. Descubrió entonces que había sido utilizado malévolamente por Lotario para encubrir una maniobra que tendía a impulsar a los nobles a que cambiasen de bando a fin de obligar a Luis el Piadoso a una completa capitulación. Los eclesiásticos llamaron a Rotfeld, *Lügenfeld,* esto es «campo de la mentira». Profundamente amargado, Gregorio regresó a Roma, mientras en su ausencia una asamblea de Compiegne (octubre del 833) decidía la deposición del emperador y el ingreso de Carlos en un monasterio.

Apenas unos meses más tarde, en marzo del 834, nobles y obispos conseguirían la restauración de Luis el Piadoso: inmediatamente estableció contacto con Gregorio anunciándole su intención de peregrinar a Roma. Lotario consiguió impedir el viaje de una embajada pontificia, pero no evitó que una carta de Gregorio llegara a manos de Luis, restableciendo con ello la dignidad del papa. La muerte del emperador, el 840, desencadenó una guerra civil en la que ya no fue posible al papa interponer su mediación. Aunque el título imperial siguiera siendo único, el Imperio se dividió, iniciándose con ello una época de profunda crisis en la que la Iglesia y el pontificado serían víctimas. De inmediato se acusaron las consecuencias desfavorables sobre dos empeños del pontífice: el 831 había recibido en Roma a san Anscario, obispo de Hamburgo, a quien entregó el pallium y que venía a exponer los grandes planes de evangelización de escandinavos y eslavos; Amalario de Metz trabajaba en Roma para unificar textos litúrgicos que debían ser reconocidos como obligatorios. La expansión religiosa y la edificación de la unidad se vieron gravemente comprometidas.

Peligro sarraceno. Una gran ofensiva musulmana se desencadenaba en el centro del Mediterráneo, precisamente en el momento en que los cristianos lograban en España una resonante victoria en Simancas (939) que les aseguraba el dominio de la meseta. El año 827 los sarracenos desembarcaron en Mazzara (Sicilia) y en los siguientes se apoderaron de Agrigcnto, Enna, Palermo y Mesilla (cS43). La resistencia de las milicias bizantinas fue muy fuerte, pero sin éxito. Nápoles y Amalfi se segregaron, convirtiéndose en repúblicas independientes. Nápoles, amenazada por el duque de Benevento, pidió auxilio a los árabes, repitiendo el tremendo error de los vítizanos en España. Los musulmanes desembarcaron en la península, tomaron Brindisi (838), Tárento (839) y Bari (811), desentendiéndose pronto de sus aliados. Venecia pudo impedir la entrada do los invasores por el Adriático, pero no que se hiciesen dueños del mar de Sicilia y del Tirreno. Unidades sarracenas alcanzaban con su *razzias* Spoleto, quemando y saqueando casas y campos a su paso. Roma se encontraba, pues, al alcance de los musulmanes. Gregorio ordenó construir en Ostia un bastión para evilar los desembarcos: fue llamado Gregorópolis.

Sergio II (enero 844 - 27 enero 847)

La división del Imperio privaba a Europa de una fuerza capaz de protegerla: vikingos en el norte, sarracenos en el Mediterráneo y pronto magyares en el osle, colocaban a la cristiandad en una posición sumamente difícil. Ahora Roma oslaba en el mismo frente de batalla. Reinaba el pánico. Al producirse la muerte de Gregorio la población alborotada aclamó a un diácono llamado Juan, se apoderó de Lelrán, e intentó entronizarle allí. La nobleza, reunida en San Martín, eligió a uno de los suyos, Sergio, arcipreste de Roma en el pontificado anterior. La rebelión fue aplastada aunque el propio Sergio intervino para evitar la muerle de Juan. Anciano y enfermo de gota, el nuevo papa fue consagrado sin esperar la confirmación imperial. Tanto las normas de costumbre como la Constitutio del 824 habían sido quebrantadas.

Por encargo de Lotario, su hijo Luis II (844-875), que gobernaba desde Pavía el antiguo reino lombardo, marchó a Roma llevando un considerable ejército; junto a él se hallaba uno de los principales consejeros del emperador, Drogo, obispo de Metz; sus tropas, que trataban a las comarcas que atravesaban como país conquistado, causaron grandes daños. Sergio supo calmar los ánimos porque no quedaba otra esperanza que la ayuda de los carlovingios. Un sínodo de veinte obispos italianos se encargó de examinar la elección; aunque fue confirmado, Sergio tuvo que prestar, con los ciudadanos de Roma, el juramento de fidelidad al emperador, prometiendo que en adelante no se procedería a la elección de papa sin orden previa de aquél y sin que estuviesen presentes sus *missi*. Drogo fue nombrado vicario con jurisdicción sobre todos los obispos al otro lado de los Alpes. Sin embargo, Sergio no cedió en las cuestiones fundamentales, como la rehabilitación de los obispos Ebbo de Reims y Bartolomé de Narbona, que habían tenido parte en la deposición de Luis el Piadoso, pues sólo al papa corresponde «hacer» y, por tanto, «deshacer» emperadores.

Viejo y enfermo, Sergio era consciente de los peligros que amenazaban a Roma. Provocó el descontento de la población por sus esfuerzos para allegar dinero; en este punto su hermano Benedicto, a quien consagró obispo, se hizo responsable de numerosos pecados de simonía, con terrible daño para la moral. Fue inevitable que, en la conciencia de muchos, el ataque de los sarracenos en agosto del 846 fuese un castigo divino por la inmoralidad desatada. Ese año había fracasado un intento musulmán sobre la bahía de Nápoles, pero la flota, que conducía a 10.000 hombres según cronistas contemporáneos, desembarcó entre Porto y Ostia. La guarnición de Gregorópolis huyó y la milicia romana se refugió tras las murallas que databan de tiempos de Aureliano. Las basílicas de San Pedro y San Pablo fueron saqueadas. Ante el anuncio de que las fuerzas de Cesáreo de Nápoles y del rey Luis II convergían sobre Roma, los invasores se retiraron. Su flota fue, además, destruida por una tormenta. La muerte súbita de Sergio II se produjo a las pocas semanas de esta catástrofe.

León IV, san (10 abril 847 - 17 julio 855)

Un papa restaurador. El mismo día de la muerte de Sergio II, en medio de las ruinas y desolación causadas por el golpe musulmán, fue elegido este benedictino de estirpe lombarda, aunque nacido en Roma, hijo de Rodoaldo, a quien Sergio II nombrara cardenal del título de los Cuatro Santos Coronados. Como tardara en llegar la confirmación imperial, se hizo consagrar el 10 de abril, alegando que el tiempo no permitía dilaciones. Era el hombre enérgico que se necesitaba en aquella ocasión. Garantizó que, pese a esta circunstancia, se mantenía la legalidad de la *Constitutio.* Luis II estaba llevando a cabo entonces la reconquista de Benevento, aplacando las discordias entre pretendientes y creando dos pequeños principados, Salerno y Benevento, destinados a servir de barbacana en la defensa contra los sarracenos.

El nombre de León se nos conserva hoy en la «ciudad leonina». Fue, en principio, un recinto fortificado que, por encargo de Lotario y con apoyo eco-

nómico de éste, se estableció en torno a San Pedro para defensa de esta basílica. El año 849 los musulmanes reaparecieron y contra ellos se unieron las flotas de Nápoles, Amalfi y Gaeta: de este modo logró el papa obtener una victoria decisiva en Ostia. A continuación fortificó Porto con refugiados corsos y reconstruyó Centumcellae (la actual Civitavecchia) en un lugar dotado de mejores condiciones de defensa. Pudo disponer de años de verdadera tregua.

Lotario estaba lejos. Pidió a León que coronara emperador a su hijo Luis II, y el papa accedió. A partir de entonces las relaciones con el Imperio se hicieron exclusivamente a través de este príncipe. Tales relaciones no fueron siempre pacíficas: la lejanía del emperador y las difíciles circunstancias de un Imperio atomizado y amenazado permitían al papa librarse de una tutela que resultaba ya molesta. Tres agentes imperiales que habían asesinado a un legado papal fueron ejecutados en Roma. Luis II sospechaba, con razón, que en la curia se conspiraba contra su autoridad. En relación con Constantinopla también mostró León la firme autoridad: reprochó al patriarca Ignacio que hubiera depuesto al obispo de Siracusa sin consultarle y dispuso que ambas partes, el despojado y el designado, comparecieran en Roma para que se produjera el juicio arbitral.

Sus trabajos de restauración aprovecharon muchos otros edificios de Roma. La basílica de San Clemente conserva su retrato. Los años 850 y 853 se celebraron sínodos que pretendían reemprender la obra de reforma que Eugenio II ya comenzara. Fueron importantes las relaciones con los obispos de Inglaterra, a los cuales se remitió el año 849 una instrucción que era una exhaustiva respuesta a las preguntas que aquéllos formularan. Ethelwulfo de Wessex (839-858) envió a Roma a uno de sus hijos, Alfredo, que quería ser monje, y León IV le distinguió con el nombramiento de cónsul honorario. Se trata del futuro Alfredo el Grande, y una curiosa leyenda afirma que el papa predijo que sería rey.

Las Falsas Decretales. Importante, por las inesperadas consecuencias que se derivaron, fue el enfrentamiento con Hincmaro, obispo de Reims, a quien los obispos de Francia acusaban de exceso en su calidad de metropolitano. Lolario insistió en que se le nombrara vicario y se enviara el *pallium,* pero León se negó, remitiéndolo en cambio al obispo de Autun. Hincmaro, en un sínodo celebrado en Soissons, había declarado nulos todos los actos de su antecesor, Ebbo, y el papa revocó el sínodo con todas sus consecuencias. En relación con esta querella aparecen las Falsas Decretales o colección de cánones atribuidas a san Isidoro. Ya Paul Fournier *(Étude sur les Fausses Decretales,* Lovaina, 1907) había apuntado que esta curiosa colección fue redactada entre los años 846 y 852, en Le Mans, o entre los clérigos que se oponían a Hincmaro. Pero apuntaba m;ís lejos y de ahí sus extraordinarias consecuencias. Por vez primera se denunciaban los peligros de la feudalización.

En el sínodo de Epernay (junio del 846) se suscitó la grave cuestión de que los señores feudales estaban sometiendo a la Iglesia, dentro de sus dominios, a la ley del vasallaje, que se estaba generalizando. Al advertir los clérigos la falta de una legitimación adecuada decidieron fabricar una mezclando invención

y realidad: Gastón Le Bras precisa los años 847 y 852 como lapso de reacción, ya que en la segunda de dichas fechas el Pseudo Isidoro empieza a ser mencionado. Para Horts Führmann *(Einflusse und Verbreitung der pseudoisidorischen Fälschungen von ihrem Auftauchen bis in die neuere Zeit,* Stuttgart, 1972), el objetivo perseguido era: *a)* proteger a los clérigos y su patrimonio de los poderes feudales en crecimiento; *b)* hacer de la sede episcopal la célula esencial de la organización eclesiástica, poniéndola a cubierto de los abusos de los metropolitanos; y c) afirmar el primado del papa, ya que en él se apoyaba el poder de los obispos.

Benedicto III (29 septiembre 855 - 17 abril 858)

La papisa Juana. Una curiosa leyenda sitúa entre León IV y Benedicto III el fantástico episodio de la papisa Juana. Vivía en Roma un diácono muy apreciado por su cara de ángel y su profundo saber. Nacido en Ingelheim, cerca de Maguncia, aunque de padres anglosajones, había estudiado en Atenas antes de llegar a la capital de la cristiandad; tal era el origen de su conocimiento del griego y de los saberes orientales. Elegido papa con el nombre de Juan, trabajó infatigablemente, permaneciendo hasta altas horas de la noche con su principal colaborador, Sergio. Pero en una ocasión en que presidía una procesión le acometieron los dolores del parto y se descubrió que se trataba de una mujer. La justicia la condenó a morir arrastrada por un caballo. La más antigua noticia de esta curiosa superchería aparece en la *Chronica universalis Mettensis,* escrita hacia el año 1250 y atribuida al dominico Juan de Mailly. La repite hacia 1265 la *Chronica de Erfurt,* aunque sitúa el episodio tras la muerte de Sergio III, el año 914. Martin de Troppau añadiría que, durante mucho tiempo, los papas, en sus procesiones, evitarían pasar por el lugar donde había tenido lugar el parto y la muerte. La leyenda alcanzó tanta amplitud que en el siglo xv se hizo figurar un busto de la papisa en la colección de la catedral de Siena.

Pontificado conflictivo. No existe posibilidad cronológica de insertar la leyenda entre León y Benedicto III porque ambos se sucedieron sin solución de continuidad. A los pocos días de la muerte de aquél fue elegido Benedicto, que era cardenal-presbítero de San Calixto. No fue una elección indiscutida, pues el clero mostraba su preferencia por el cardenal del título de San Marcos, Adriano, que se negó a aceptar. El partido imperial tenía su propio candidato en el bibliotecario Anastasio que, tras su cese y excomunión decretados por León IV, había buscado refugio en la corte de Luis II. Los imperiales, aprovechando que aún no se había dado el plácet previo a la consagración, se apoderaron de Letrán y encerraron en prisión a Benedicto. Roma vivió un auténtico clima de guerra civil hasta que Anastasio y sus favorecedores se convencieron de que no iba a triunfar; con los musulmanes instalados en Bari no convenía al emperador tal ruptura. Se llegó a un acuerdo: Anastasio pudo retirarse como abad de un monasterio aceptando la consagración de Benedicto, que tuvo lugar el 29 de septiembre del mismo año.

La muerte de Lotario y la necesidad de establecer una regulación sucesoria entre sus hijos Lotario II, de quien procede el término Lotaringia (Lorena), Luis II de Italia y Carlos de Provenza (855-863), permitieron al papa afirmarse. Guiado por los consejos de quien sería su sucesor, Nicolás, mostró energía frente a los desarreglos de los carlovingios: amenazó a Huberto, hermano de la emperatriz Teutberga de Lorena, con la excomunión, si no detenía sus pretensiones de señor feudal sobre los monasterios; exigió que Ingeltruda, esposa del conde Bos, que había buscado con su amante refugio en aquella misma corte, fuera devuelta a su marido. La Iglesia tropezaba con el menosprecio de las normas matrimoniales. A instancias de Hincmaro de Reims accedió a confirmar las actas del Concilio de Soissons, pero haciendo la salvedad de que únicamente en el caso de que los informes por él recibidos fuesen correctos. Ante Bizancio no dejó de invocar la primacía romana, y cuando el patriarca Ignacio comunicó la deposición de Gregorio de Siracusa y de otros obispos, advirtió que los depuestos podían acudir a Roma para que fuese rectamente juzgada la causa.

Nicolás I, san (24 abril 858 - 13 noviembre 867)

Un gran papa. Nacido en Roma hacia el año 820, Nicolás era hijo de un alto oficial de nombre Teodoro, y durante los tres últimos pontificados había ocupado una posición sumamente influyente. Fue elegido después de que el cardenal Adriano rechazara por segunda vez el nombramiento, y con la aprobación de Luis II que se había apresurado a acudir a Roma al conocer la muerte de Benedicto. Hombre de formidable energía, una de sus primeras y sorprendentes decisiones consistió en llamar a la corte a Anastasio que, durante muy corto tiempo, jugara el papel de antipapa. Es cierto que, como destaca E. Perels *(Papst Nikolaus I und Anasthasius Bibliotekarius,* Berlín, 1920), se trataba de un hombre de cualidades extraordinarias, conocedor del griego, precisamente por su estrecha relación con la colonia helénica existente en Roma en aquellos tiempos. Consejero de Nicolás, especialmente para cuestiones bizantinas, el apellido con que se le conoce responde al oficio que se le confió mucho más larde por Adriano II.

Nicolás completaba su energía con una gran altura moral: defensor de la dignidad humana, negaba que pudiera aplicarse la tortura, ni siquiera a ladrones o bandidos manifiestos; coincidía con las Falsas Decretales en la concepción de una estructura jerárquica para la Iglesia; y, en su correspondencia con los reyes, trataba de hacerles distinguir entre la legitimidad de origen que corresponde al nacimiento y la de ejercicio que se identifica con la justicia. Sentía verdadera obsesión por esa justicia, enfrentándose con cuantos se oponían a ella o a los principios de la moral, sin preocuparse por las consecuencias.

Nicolás I es uno de los grandes papas en la historia de la Iglesia. Vicario de Cristo, representante de Dios en la tierra, tenía el convencimiento de que le asistía autoridad completa sobre toda la Iglesia, siendo los patriarcas y metropolitanos engranajes para la comunicación con los obispos, y los sínodos instrumentos para la corrección de cualquier deficiencia o desviación en materia

de fe o de costumbres. Negaba a los poderes laicos derechos a intervenir en cuestiones religiosas; pero él se sentía llamado a ejercer la vigilancia sobre la moralidad del emperador, los reyes y sus mandatarios. El 861 excomulgó al arzobispo de Rávena, Juan, porque oprimía a los sufragáneos y se adueñaba del patrimonio que pertenecía al pontífice. El prelado huyó a Pavía buscando la protección de Luis II, y éste le aconsejó que se sometiera. Juzgado en Roma por un sínodo, alcanzó la absolución después de jurar que iría a Roma cada dos años y no ordenaría a ningún obispo sufragáneo sin la autorización pontificia.

Conflicto con los carlovingios. Hincmaro, mencionado con anterioridad, era un sabio y eminente obispo de Reims que, en su calidad de metropolitano, aspiraba a ejercer un dominio completo sobre las demás sedes de Francia. La deposición de su antecesor, Ebbo, había sido debida a motivos estrictamente políticos, relacionados con las luchas entre los hijos de Luis el Piadoso (sínodo de Thionville, 835); restaurado el 840 por influencia del emperador Lotario y vuelto a deponer el 843, había tomado una serie de decisiones en el tiempo en que ocupó la sede; entre ellas, ordenaciones presbiterales. Fueron todos estos actos los que el mencionado sínodo de Soissons (853) declaró nulos. Para Hincmaro este sínodo, cuyas actas confirmara Benedicto III *sub conditione,* era la piedra de toque de su legitimidad. Ahora uno de aquellos presbíteros ordenados por Ebbo, Wulfado, consejero de Carlos el Calvo, a quien éste quería promover obispo de Bourges, apeló al papa. Nicolás I explicó a Hincmaro cuál era la alternativa: o restituía por su propia autoridad a los presbíteros ordenados por Ebbo, o consentía que éstos apelaran al papa (primavera del 860). Un sínodo, de nuevo en Soissons (agosto del 860), rechazó la idea de un nuevo proceso y recomendó que el papa concediera por sí mismo la gracia. Ambas partes buscaban apoyo argumental en las Falsas Decretales.

Sin esperar a una decisión definitiva, Wulfado fue obispo. A esta cuestión se mezcló, sobre la marcha, otra. Hincmaro excomulgó al obispo Rotado de Soissons, por desobediencia, encerrándole en un monasterio (861-862). En ambos casos Nicolás hizo valer la autoridad suprema que como a primado le correspondía: ordenó llevar las causas a Roma. El 24 de diciembre del 864 fueron devueltas a Rotado las insignias episcopales; dos años después se declaraba legítimos a todos los sacerdotes ordenados por Ebbo. En el sínodo de Troyes (25 de octubre del 867) los obispos aplaudieron esta decisión, dando por liquidado el episodio —era una victoria que obtenían sobre sus metropolitanos— y solicitaron del papa que, a falta de la legislación pertinente, él fijara mediante decretos los poderes y facultades que correspondían a los arzobispos. Por primera vez, durante esta contienda se hizo desde Roma referencia expresa a las Falsas Decretales: se ha supuesto que fueron llevadas a Roma por Rotado, desde Soissons, en apoyo de su causa.

Uno de los cometidos que desde la Sede Apostólica se reclamaba era la vigilancia del orden moral, que abarcaba también a los reyes en cuanto miembros de la Iglesia. Lotario II había contraído matrimonio con Teutberga por razones políticas relacionadas con la Alta Saboya; de ella no tuvo descendencia, pero

de su amante Waldrada habían nacido dos hijos, Hugo y Gisela. Deshacer el primer matrimonio para legitimar a estos hijos era importante para la pervivencia del conjunto de dominios que iban de los Alpes al mar del Norte y que estaban siendo llamados con el nombre de Lotaringia. Teutberga fue acusada de haber cometido incesto con su hermano Huberto antes de la boda. Ella acudió a un juicio de Dios en que, sin que ningún Lohengrin tuviera que aparecer, probó su inocencia (858). Pero más tarde, y sometida a malos tratos, confesó su culpa: los arzobispos Gunther de Colonia y Tietgaudo de Tréveris admitieron esta confesión (860), y el año 862 un sínodo admitió el segundo matrimonio del rey. Teutberga consiguió huir refugiándose en la corte de Carlos el Calvo —personalmente interesado en que no hubiera descendencia legítima de su sobrino— y apeló a Roma. Un largo escrito de Hincmaro de Reims acompañaba esta apelación: la reina era inocente y, de todas formas, su culpabilidad no permitía un segundo matrimonio.

El año 862 Nicolás I despachó dos legados, los obispos Rodoaldo de Porto y Juan de Cervia, con el encargo de presidir un sínodo en Metz: en él debían debatirse dos asuntos: el del matrimonio de Teutberga y el de Godescalco, un teólogo condenado por defender la predestinación, cuya causa había sido elevada a Roma. La muerte de Carlos de Provenza retrasó la prevista reunión del concilio: sus hermanos se repartieron la herencia, asunto nada fácil. Así que las sesiones no pudieron comenzar hasta el mes de junio del 863. La sentencia contra Godescalco, por herejía, fue confirmada; el acusado murió poco tiempo después. Pero en cuanto al otro caso, los legados aceptaron la opinión del sínodo respecto a la nulidad del matrimonio de Teutberga y la autorización a Lotario II para contraer nuevas nupcias. Gunther de Colonia y Tietgaudo de Tréveris fueron los encargados de llevar a Roma las actas sinodales. Con plena serenidad, Nicolás reunió en Letrán una asamblea de clérigos y obispos, haciendo comparecer ante ella a los dos embajadores del sínodo: entonces las actas del sínodo quedaron anuladas y los dos obispos depuestos. Gunther y Tietgaudo acudieron a Luis II en busca de amparo, pero él se limitó a recomendarles que se sometiesen al papa.

También Lorario II se sometió: recibió a Teutberga como su esposa y puso a Waldrada en poder de los legados pontificios. Durante el viaje, sin embargo,, la dama huyó, volviendo a reunirse con su amante. Fue una gran oportunidad: que aprovecharon Carlos el Calvo y Luis el Germánico: reunidos en Metz.; (mayo del 867) acordaron que, ante la perspectiva de la falta de sucesión, se repartirían los dominios de Lotario II cuando se produjera su muerte, sin tener en cuenta a Luis II. Ante esta perspectiva, Lotario anunció su propósito de peregrinar a Roma, donde la influencia de su hermano era muy grande, con la esperanza de alcanzar alguna especie de reconciliación en el papa. La muerte de Nicolás I frustró este propósito, pero es indudable que el papa, en la cuestión del matrimonio, no hacía concesiones: el sacramento es intangible.

Toda la política en relación con Bizancio se encuentra dentro de las mismas coordenadas: la Sede Apostólica es primera y suprema autoridad, aunque esta-

ba dispuesta a reconocer a Constantinopla el segundo puesto. Las relaciones con el patriarca Ignacio (797-877), hijo de Miguel I Rangabé (811-813) y consejero de la emperatriz regente Teodosia, eran buenas. Dos facciones se le oponían: una clerical, dirigida por Gregorio Asbesta, un metropolitano de Siracusa, refugiado en Bizancio tras la invasión de Sicilia por los musulmanes, y la otra palatina, dirigida por Bardas, tío del emperador, a quien Ignacio negaba la comunión porque vivía en relación incestuosa con su nuera, Eudoxia. Cuando Miguel III (842-867) alcanzó la mayoría de edad, ambos partidos se pusieron de acuerdo para enviar a Teodosia a un monasterio y deponer a Ignacio, que fue acusado de alta traición. Para sustituirle escogieron a un laico, Focio (820? - 895), maestro brillante, famoso y de buena familia, a quien Asbesta inmediatamente confirió las órdenes. Focio envió a Nicolás I sus cartas sinodales, redactadas en forma muy correcta, en las cuales se daba a entender que Ignacio había renunciado a su cargo para poder recluirse en un monasterio. El papa respondió por medio de dos legados con instrucciones para enterarse de lo sucedido. Ellos se dejaron ganar por los honores tributados —resultaba especialmente significativa la aclamación al primado de Roma— y presidieron el sínodo (abril del 861) en que se confirmó a Focio. Una vez más, aunque inútilmente, los romanos reclamaron la jurisdicción del Iliricum.

En el intervalo, Nicolás I había recibido noticias de partidarios de Ignacio que le daban una versión distinta y más correcta del proceso. Al mismo tiempo tenía informaciones acerca de la penetración misional que, al margen de la autoridad pontificia, se estaba produciendo en Bulgaria y Moravia. Un sínodo celebrado en Letrán en agosto del 863 anuló las actuaciones de los legados en Constantinopla, reconoció a Ignacio como legítimo patriarca y rechazó a Focio no por ser laico, sino por haber ocupado una sede que no estaba vacante. Bardas se encolerizó, amenazando al papa con la ruptura de relaciones. El jefe de los búlgaros, que acabaría titulándose *tsar* (cesar) y había sido bautizado por sacerdotes griegos que le enviaron Focio y Miguel, mudando su nombre de Boris por el del propio emperador (864), aspiraba a conseguir para la Iglesia de su reino alguna clase de autocefalia, reclamando una sede metropolitana, cosa que ni Focio ni Miguel estaban dispuestos a conceder. Entonces Boris se dirigió a Nicolás I, que envió dos legados para que respondiesen a las cuestiones pastorales y litúrgicas planteadas por el rey, al que explicaron el propósito romano de que, como en otras partes, hubiera también en su reino una sede metropolitana. Boris quiso que uno de estos legados, Formoso, fuera nombrado para dicha sede. Nicolás rechazó la demanda, alegando uno de los cánones vigentes que prohibía a quien ya era obispo posesionarse de otra sede. De cualquier modo, Bulgaria entraba en la obediencia de Roma.

La misión eslava. En una obra ya clásica y fundamental, F. Dvornik *(Les légendes de Constantin et de Methode, vues de Byzance*, Praga, 1933) ha conseguido desenmarañar estas difíciles cuestiones. Por el tiempo en que Boris (852-889) contactaba con Roma, un príncipe eslavo, Rostislav de Moravia, se había dirigido a Bizancio solicitando misioneros que instruyeran a su pueblo en la fe.

Fueron designados dos hermanos, Cirilo y Metodio, oriundos de Tesalónica, pero que hablaban el eslavo y que en el 860 realizaron con gran éxito una misión cerca de los khazaros de Crimea. Fue durante este viaje cuando Cirilo encontró una traducción de los Evangelios al ruso, que le sirvió de base para emprender su propia versión de la Biblia. Para expresar los sonidos de las lenguas eslavas tuvo necesidad de adaptar los signos gráficos del alfabeto griego: así nació la escritura que aún se llama cirílica. El año 867 Nicolás I llamó a ambos hermanos a Roma, para que rindiesen cuenta de su trabajo y recibir nuevas instrucciones, y ellos obedecieron. Nicolás no pudo conocerles personalmente, ya que falleció antes de que llegaran a la Ciudad Eterna.

En ambos casos se trataba de una victoria romana: los eslavos se preparaban para entrar en el cristianismo a través de la obediencia a la Sede Apostólica. Las relaciones entre Roma y Bizancio se endurecieron. Sin embargo, Nicolás I no quería una ruptura: el 28 de septiembre del 865 escribió nuevamente a Miguel III y a Focio, proponiendo negociaciones en torno a los acuerdos tomados en el sínodo laterano del 863. Fue Focio quien optó por la guerra. Encontró que en las respuestas llevadas por Formoso a los búlgaros había un grave desprecio hacia las costumbres litúrgicas orientales y lanzó graves acusaciones en una carta en que denunciaba a la Iglesia de Occidente por desviaciones en la conducta, imposición del celibato a los clérigos e introducir en la doctrina la doble procedencia del Espíritu Santo (cuestión del *Filioque).* Subyacía en todo este asunto la preocupación política por la presencia latina en Bulgaria y Moravia. En el verano del 867, un concilio presidido por Focio en Constantinopla declaró depuesto y excomulgado a Nicolás I, bajo acusación de herejía. El emperador llegó a proponer a Luis II, que había buscado la estrecha alianza con Bizancio para defenderse de los musulmanes, que tomara la iniciativa de expulsar a Nicolás de Roma. El papa se dirigió a Hincmaro de Reims, buscando una especie de movilización en su favor de los obispos occidentales. Fue entonces, en el calor de la discordia, cuando se escribieron dos primeros libros en que se abordaban los supuestos errores doctrinales de los griegos: la carta de Odón de Beauvais y el tratado *Adversas graecos* de Eneas de París.

Adriano II (14 diciembre 867 - ¿diciembre? 872)

Giro a la condescendencia. Perteneciente a la aristocracia romana más opulenta, pariente de Esteban IV y de Sergio II, se trata del mismo Adriano que por dos veces había rechazado la elección. Contaba 75 años de edad y antes de ser ordenado había estado casado; su mujer y su hija vivían aún. Se habían producido tan graves discordias entre las facciones que se necesitaba de un hombre que, por su bondad y recta conducta, fuera el vínculo de unión que se necesitaba. Luis II, que estaba reuniendo todas las fuerzas del sur de Italia para una ofensiva contra los sarracenos, se apresuró a dar su confirmación. Sin embargo, el pontificado de Adriano II comenzó con un verdadero desastre: Lamberto, duque de Spoleto, que acaudillaba a la aristocracia del dominio territorial de Roma, asaltó la ciudad, donde contaba con partidarios, cometiendo mil

atropellos. En medio de la revuelta, Eleuterio, hermano de Anastasio el Bibliotecario, se apoderó de la mujer y la hija del papa y las asesinó. Ello no obstante, apenas transcurrido un año, Adriano se reconciliaría con Anastasio, al que colocó al frente de la cancillería pontificia. Esta conducta, así como el perdón a los obispos Gunther y Tietgaudo, excomulgados por Nicolás I, fue interpretada como un signo de debilidad. Fue necesario que Adriano II hiciese una declaración pública afirmando que la línea fuerte de Nicolás I no sería alterada.

Esto no era completamente cierto: su propia bondad le traicionaba. Mediando Angilberga, esposa de Luis II, Adriano aceptó recibir a Lotario II en Montecassino, donde le ofreció la comunión: fue acordado que en un nuevo sínodo, a celebrar en Francia, se daría la solución definitiva en el pleito, pero como si hubiera una prematura claudicación fue levantada la sentencia de excomunión que pesaba sobre Waldrada. Aquí quedaron las cosas, pues Lotario murió el 8 de agosto del 869; apenas un mes desde la entrevista de Montecassino, Carlos el Calvo y Luis el Germánico se repartieron sus dominios, como tenían acordado, sin preocuparse por el hijo del emperador. Tampoco Luis II, que podía presentar mejores derechos que sus tíos, estaba en condiciones de intervenir. Era cuestión de vida o muerte para Italia el que pudiera soldar la unión de príncipes y duques del mediodía y conducirlos a la victoria: en febrero del 871 reconquistó Bari y, en una gran batalla a orillas del Volturno, derrotó a los musulmanes. La nobleza no estaba dispuesta a consentir que, como resultado de estas dos decisivas victorias, se fortificase la monarquía en Italia: en agosto del mismo año tomó prisionero al rey y no consintió en liberarle hasta que hubo hecho decisivas concesiones en orden al autogobierno de los principados. Un episodio que permitió a los musulmanes fortificar Tarento y repetir sus *razzias* por Campania.

Retroceso del pontificado. Adriano II era consciente de que la Iglesia necesitaba de la autoridad de un emperador, máxime estando rotas las relaciones con Oriente. El año 872 coronó nuevamente en calidad de tal a Luis II; la carencia de hijo de este carlovingio abría una incógnita de futuro. Pero era previsible que, en cuanto dejara de estar presente en Roma la autoridad imperial, las facciones de la nobleza tratarían de convertir el pontificado en un instrumento a su servicio, como estaban haciendo los señores feudales con obispos y clérigos en otras partes. Adriano II inició contactos con Carlos el Calvo y Luis el Germánico, preparando una eventual sucesión. Las relaciones con Luis se habían tornado difíciles porque el monarca alemán se oponía a las misiones de Cirilo y Metodio entre los eslavos, cuando éstos gozaban de todas las bendiciones de Roma. Los dos hermanos estuvieron en Roma con Adriano en los comienzos de su pontificado (869). Cirilo-Constantino murió entonces y fue sepultado en San Pedro. Metodio regresó a Moravia con una autorización especial para predicar y celebrar la misa en eslavo; el 870 fue consagrado obispo de Sirmium. Se dibujaba la posibilidad de una gran Iglesia eslava en la frontera de Alemania: Sirmium es hoy Sremska Mitrovica, no lejos de Belgrado. Luis el Germánico dio orden de aprehender a Metodio sin que bastaran las súplicas y recon-

venciones de Adriano para conseguir su libertad. A pesar de todo, Metodio, que sería liberado en tiempos de Juan VIII, es el gran signo de unión entre la cristiandad eslava y latina.

Retrocedía el pontificado, mostrándose incapaz de lograr el reconocimiento de hecho de la primacía romana. El 868 Hincmaro, obispo de Laon, sobrino del homónimo metropolitano de Reims, fue llevado ante el tribunal del rey porque había expulsado a algunos nobles feudales que usurpaban beneficios de su Iglesia. Antes de que pudiera intervenir su poderoso tío, apeló a Roma: Adriano procedió correctamente prohibiendo el embargo de Laon y reclamando su juicio en esta causa. Carlos el Calvo se negó, llevando la cuestión a dimensiones doctrinales muy serias: frente al papa, que se movía en la línea de las Falsas Decretales, el rey, apoyado en este caso por el propio obispo de Reims, invocaba el derecho consuetudinario que obligaba a confiar la solución del pleito a los obispos franceses. Citado el obispo de Laon ante el sínodo de Verberie, y aceptada la acusación, fue depuesto en otra reunión en Douzy (agosto 871): Adriano, entonces, cedió. Mientras que el canciller Anastasio redactaba carias enérgicas, en la línea de los papas anteriores, Adriano escribía secretamente a Carlos para proponerle un acuerdo: que el rey aceptase que Hincmaro pudiera apelar a Roma y él se comprometía a encomendar el caso a un tribu nal de obispos franceses, conforme a la costumbre antigua.

Restablecida la unión con Bizancio. Una revolución se había producido en Bizancio: Basilio el Macedónico (867-886) asesinó a Miguel III y se proclamó emperador; entre sus primeras decisiones figuraba la deposición de Focio y el restablecimienlo de Ignacio (23 noviembre 867). El nuevo emperador necesitaba de la Iglesia como una plataforma para el crecimiento de su propio poder; decidió convocar un concilio que restableciese la unidad. Emperador y patriarca escribieron a Adriano II en dos ocasiones, aceptando la línea que marcara Nicolás I, es decir, una referencia a la suprema autoridad del obispo de Roma, En el verano del 869, un sínodo lateranense confirmaba la deposición de Focio, la nulidad del concilio por éste presidido, y la supresión de las ordenaciones y actas de éste, que fueron públicamente quemadas. Mientras tanto se reunía en Conslanlinopla el concilio que pretendía ser ecuménico: a él asistieron los legados pontificios, que eran dos obispos, Donato y Esteban, y un diácono, Marino, que con el tiempo llegaría a ceñir la tiara. Presidió el patricio Baanes en nombre del emperador y no los representantes del papa. Lograron éstos, sin embargo, imponer de nuevo la supremacía de Roma en la fe y costumbres, y la confirmación del sínodo del 867, con gran disgusto de una parte sustancial del clero oriental, que se veía afectado por la nulidad de las actas de Focio; sufrieron, sin embargo, dos derrotas, pues la inmunidad reconocida a Roma se hizo extensiva también a las otras cuatro sedes patriarcales, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén, y en la cuestión búlgara el concilio decidió que este reino estaba dentro de la esfera de Bizancio y los misioneros romanos debían por consiguiente retirarse. Focio, vuelto del destierro y reintegrado a sus actividades docentes en la corte imperial, volvería a ser patriarca el 877.

Juan VIII (14 diciembre 872 - 16 diciembre 882)

La persona. Romano, hijo de Gundo, había servido como archidiácono a las órdenes de Nicolás I, demostrando energía, capacidad de gobierno e inteligencia. En línea con dicho papa, marca sin embargo el tránsito desde un tiempo de crecimiento, afectado ya por las concesiones de Adriano II, a otro de oscuridad. Su biografía no aparece en el *Líber Pontificalis.* Tendría que enfrentarse a tres grandes problemas: el de la expansión y refuerzo de una Iglesia que seguía ampliando sus horizontes; el de la lucha contra los sarracenos en el exterior y contra la nobleza en el interior; y el de la conservación de la unidad, tan afectada por las crecientes diferencias entre Oriente y Occidente.

Con energía consiguió la liberación de Metodio, defendiéndole de los obispos bávaros, y le llamó a Roma el 879 para reiterarle su plena confianza. Hasta su muerte el 884, este gran misionero —el año 882 haría incluso un viaje a Constantinopla para deshacer malos entendidos— trabajaría para que las nuevas Iglesias de Moravia, Eslavonia y Czechia, permaneciesen firmemente unidas a Roma. En Francia, Juan VIII, con el apoyo de Carlos el Calvo, restauró la calidad de vicario en el obispo de Sens, no dudando en enfrentarse con el poderoso Hincmaro. Y en el otro extremo de la cristiandad, aunque tengamos que considerar apócrifa la carta que se le atribuye, hay que registrar los primeros esbozos de relación con Alfonso III de Asturias y León, que se preparaba a restaurar la monarquía visigoda sobre algo menos de la tercera parte de la península: la autorización de consagrar Compostela y la elevación de Oviedo a metropolitana, pueden ser invenciones posteriores, pero no deja de ser verdad el hecho de que Roma comenzara a contar con los reinos españoles.

Los sarracenos. La amenaza de los sarracenos seguía pesando. La presencia de Luis II —un emperador al lado del papa— demostraba su eficacia, tanto en esta lucha contra el poderoso enemigo como en el sosiego de la aristocracia que se iba haciendo más poderosa. Juan VIII no tuvo inconveniente en tomar él mismo el mando de su pequeña flota y de las milicias romanas; ordenó rodear de muros defensivos la basílica de San Pablo y buscó la unión de los pequeños principados del sur de Italia. Había algo de precario en la situación: carente de hijos, se abrió una crisis sucesoria en el momento de su muerte el año 875. Por otra parte, los principados que se desgajaran del poder bizantino, como Amalfi, Salerno, Gaeta y Nápoles, que colaboraron con Luis, no parecían dispuestos a hacerlo con autoridades de menor rango. Desde años atrás se venía negociando reconocer como emperador a Carlos el Calvo. Juan convocó al clero y al pueblo en Roma, e hizo que le aclamasen, invitándole a viajar hasta allí para ser coronado. Este gesto entrañaba un malentendido: para Carlos el título imperial significaba que se le reconocía como cabeza de la dinastía, quedando sometidos a él todos los carlovingios, mientras que el papa necesitaba de un emperador que, de hecho, residiera en Italia y fuera coordinador de todas las fuerzas para su defensa.

Carlos viajó a Italia, después de haber otorgado a sus nobles el reconocimiento de la herencia en los feudos (una norma que tendría graves consecuen-

cias para la Iglesia) y fue coronado el día de Navidad del 875. Tomó decisiones muy distintas de las que se esperaban: dejó a su suegro Boso en Pavía para que rigiese el reino lombardo y encomendó a los duques de Spoleto (Lamberto) y de Camerino (Guido, hermano del anterior) que ejerciesen la protección del papa. Compensó a este último mediante la ampliación teórica de los Estados Pontificios a Spoleto, Benevento, Nápoles y toda Calabria. En adelante no sería necesaria la presencia de los *missi* imperiales para proceder a la elección. Era una solución poco adecuada. Nápoles se volvió contra el papa. Lamberto de Spoleto (880-898) acaudilló una revuelta romana, en la que estaba mezclado Formoso, obispo de Porto y antiguo legado en Bulgaria, tratando de cambiar la protección en dominio. Por su parte, Boso raptó a Irmgarda, la última descendiente de Lotario, se casó con ella y reivindicó la herencia de los derechos correspondientes a aquel emperador. Carlos el Calvo tuvo que deshacer todo lo hecho otorgando a Juan VIII poderes para gobernar directamente todo el sur de Italia (sínodo de Ponthieu, 876) y destituyendo a Boso. La muerte de Luis el Germánico, acaecida ese mismo año (tres hijos, Luis en Franconia (876-882), Carlos en Suabia (876-887) y Carlomán en Baviera (876-880) se repartieron el reino), complicó todavía más las cosas. Carlos el Calvo soñaba incluso con restaurar la unidad del Imperio, pero fue derrotado.

Crisis final. Y, mientras tanto, Juan VIII, que había tenido que abandonar Roma ante las presiones de los spoletanos, celebraba en Rávena un sínodo que le revelaba el apoyo con que podía contar entre los obispos de Italia. Era imprescindible que un emperador reapareciera en Italia; sin él, la península se rompería en pedazos. Carlos el Calvo y el papa se reunieron en Vercelli y fueron juntos a Pavía. En ese momento Carlomán de Baviera cruzaba los Alpes entrando en Italia, sin que se conozcan bien sus intenciones. La muerte del Calvo inspiró a Juan VIII un recurso supremo: coronar a Carlomán emperador. Para eso era necesario que el papa volviese a Roma en donde prácticamente se convirtió en un prisionero de Lamberto de Spoleto y de Adalberto de Toscana (847-890), los máximos exponentes de la nobleza del Patrimonium Petri que, a pesar de su nombre, era ya un reino con todos sus defectos y problemas. Aquella nobleza, mezcla de sangre lombarda, franca y romana, entendía que a ella debía corresponder, como en los demás reinos, el ejercicio de un poder fuertemente feudalizado. El papa consiguió huir en abril del 878, refugiándose en Genova. Carlomán moriría el año 880 sin haberle podido prestar ninguna ayuda.

La confusión reinante y la estricta necesidad de disponer de un soberano temporal capaz de restablecer el orden, explican que el papa recurriera a la desesperada a candidatos como Luis el Tartamudo (877-879), de Francia, al propio Boso, que prefirió encastillarse como rey en Borgoña, y finalmente a Carlos el Gordo, un inútil que fue coronado emperador en febrero del 881. Demasiado tarde. Los sarracenos acampaban en el Careliano y la indisciplina se había adueñado de Roma.

Unidad con Oriente. F. Dvornik (*The Phocian Schism*, Cambridge, 1948) ha conseguido aclarar la muy complicada política oriental de Juan VIII, un es-

fuerzo desesperado para evitar la ruptura entre las dos Iglesias. Apenas consagrado, el papa envió dos legados, Pablo y Eugenio, a Constantinopla, con cartas en que de nuevo se reivindicaba la sumisión de la Iglesia búlgara, pero en que se abogaba abiertamente por el acercamiento de posiciones entre ambas partes. Encontraron una situación cambiada: san Ignacio había muerto y de nuevo era Focio el patriarca. Es cierto que se trataba de un Focio que había renunciado a la cólera de antaño y buscaba también el reconocimiento. El emperador escribió a Juan VIII proponiendo la convocatoria de un concilio en Santa Sofía, que aclarase los malentendidos, y el papa aceptó. Previamente el sínodo romano aprobó un *commonitorium* con las condiciones que debían exigirse: ante el concilio, Focio debía mostrar arrepentimiento por las irregularidades cometidas, reconocer el primado de Roma y renunciar a sus pretensiones sobre la Iglesia búlgara. Acudieron al concilio (noviembre del 879) más de 400 obispos. Ante este masivo apoyo los legados romanos aceptaron una suavización del *commonitorium* y no se habló para nada del arrepentimiento de Focio; la cuestión búlgara se convirtió en un simple ruego. Nadie aludió al conflictivo *Filioque,* si bien se reconoció la supremacía romana en cuestiones de doctrina. Parecía, pues, que Focio había sido restaurado en Constantinopla de acuerdo con el papa.

Los orientales supieron que habían conseguido una victoria. Los misioneros romanos se retiraron de Bulgaria. Un motivo más de resentimiento en Formoso, antiguo legado en aquel país, ahora anatematizado por el papa. Se había reconocido el primado romano, pero asegurando a las actas de Focio legitimidad. Juan VIII confirmó los acuerdos del concilio: necesitaba de la ayuda bizantina para la defensa del sur de Italia y era, además, consciente de que la Iglesia oriental, teológicamente más desarrollada que la occidental, poseía características propias que debían ser respetadas; unidad y univocidad no debían confundirse. Sin embargo Marino, que era uno de los legados, manifestó su oposición a esta política.

El 15 de diciembre del 882 murió el papa Juan. Los Anales de Fulda aseguran que hubo una nueva conspiración en su contra y que fue envenenado. Como la ponzoña no hiciera los efectos esperados, los conspiradores remataron su obra a martillazos. Es difícil establecer la absoluta corrección de esta noticia, que abre desde luego una de las etapas más tristes de la historia de la Iglesia. Desaparecido el Imperio, durante un siglo el pontificado iba a verse a merced del creciente poder de la aristocracia romana.

Marino I (16 diciembre 882 - 15 mayo 884)

Si fue elegido, y con mucha celeridad, este hijo de un sacerdote, nacido en Toscana, antiguo diácono y legado de Nicolás I, ahora obispo de Cerveteri, es sin duda porque se había mostrado en contra de la política de su antecesor. Con él comienza la que César Baronio llamó «edad de hierro del pontificado». Se trata, además, del primer obispo que, contraviniendo el canon 15 del Concilio de Nicea, que prohibía los traslados de una sede a otra, cambió Cerveteri por

Roma. Este canon había impedido en otro tiempo nombrar a Formoso metropolitano de Bulgaria. No se registró la presencia de funcionarios imperiales en la elección, ni tampoco hubo confirmación previa a la consagración. Pero Marino se reunió con Carlos el Gordo en Nonantula, cerca de Módena (junio del 883), y le garantizó su lealtad. Acordaron entonces el perdón y rehabilitación de Formoso, que pudo regresar de su exilio en Francia y recobrar su sede de Porto. Es dudoso que se hayan tomado otras decisiones, salvo la deposición de Guido, ahora duque de Spoleto, por parte del emperador. Una noticia que pretende que Marino y Focio se excomulgaron recíprocamente es, cuando menos, dudosa. El año 884, a ruegos de Alfredo el Grande (871-899), Marino eximió de impuestos al barrio de los ingleses en Roma *(schola saxonum).* Guido de Spoleto, que continuaba en sus dominios, se convirtió en poderoso enemigo. Sabemos que mejoraron las relaciones con Bizancio merced a Zacarías de Anagni, amigo de Focio, que había sucedido a Anastasio en sus funciones de bibliotecario.

Adriano III, san (17 mayo 884 - septiembre 885)

Hijo de Benedicto, había nacido en Roma y llegó al pontificado en circunstancias extraordinariamente difíciles, de hambre y luchas internas. Había calles por donde el papa no se atrevía a transitar. Parece que trataba de reivindicar la memoria de Juan VIII, pues aplicó el terrible castigo de la ceguera a uno de los enemigos desterrados por aquel papa, Jorge del Aventino. Buscando la paz con Oriente, comunicó a Focio su elección. Carlos el Gordo, que pretendía aprovechar una transitoria mejoría en la situación interior de sus dominios para legitimar a su hijo bastardo Bernardo, invitó al papa a acudir a la Dieta, en Worms, y Adriano aceptó, encomendando el gobierno de Roma en su ausencia al enviado imperial, Juan, obispo de Pavía. Seguramente el papa esperaba con aquel viaje convencer al emperador de la necesidad de restablecer los esquemas políticos romanos de la época de Luis II. Pero no alcanzó su destino; murió cerca de Módena y fue enterrado en la abadía de Nonantula.

Esteban V, san (septiembre 885 - 14 septiembre 891)

La persona. Tras un paréntesis, vuelve el *Líber Pontificalis* a incorporar su biografía, que es la última. Cardenal presbítero de los Cuatro Santos Coronados, Esteban fue elegido por aclamación de la nobleza y el pueblo, sin presencia de los oficiales imperiales. Carlos el Gordo, a quien acuciaba el problema de su sucesión, envió a Roma a su propio canciller, Liutwardo, con el encargo de desposeer a Carlos y proceder a una elección que garantizase sus propósitos. Pero el enviado comprobó que Esteban contaba con absoluta unanimidad, y le reconoció. Se invirtieron los términos: tras haberse posesionado de Letrán, con la ayuda incluso de los imperiales, el papa pidió a Carlos que fuera a Italia, donde su presencia resultaba imprescindible para aplacar las facciones que desgarraban el territorio romano y para hacer frente a los sarracenos que, en sus *razzias,* llegaron a saquear Montecassino y San Vicente de Volturno. La

ayuda nunca llegó: Carlos fue depuesto por sus propios vasallos y murió el 13 de enero del 888.

Búsqueda de un emperador. Había en el pontificado una firme convicción: la Iglesia necesitaba de la existencia de un emperador —ella lo había creado— como de un brazo armado que restaurara el orden y formara el frente único capaz de derrotar a los sarracenos. Pues este frente se había roto: Guido de Spoleto y Berenguer de Friul, aspirante a ceñir la corona de hierro de Italia, estaban en guerra. Esteban V comunicó a Arnulfo, rey de Alemania (887-899), aunque bastardo de Luis el Germánico, que si acudía a Roma sería coronado emperador. Pero Arnulfo declinó la invitación porque necesitaba dirigir sus esfuerzos a otros frentes. Tampoco pudo acudir el papa a Luis de Vienne, el hijo de Boson, demasiado niño, proclamado rey de Provenza (890-905). Agotadas las posibilidades carlovingias, tuvo que decidirse: Guido, lograda una victoria sobre Berenguer, reclamó para sí la corona imperial y Esteban hubo de imponérsela el 21 de febrero del 891. No tuvo dificultad en garantizar, mediante juramento, el Patrimonium; apenas coronado, comenzó a disponer de él como un bien propio. De nuevo el pontífice acudió a Arnulfo con sus lamentos. Roma estaba siendo tratada como un beneficio vasallático cualquiera.

Oriente. Otra alternativa se hallaba del lado de Bizancio: si Basilio y su hijo León VI (886-911), que le sucedió, lograban recomponer sus posesiones en el extremo sur de Italia, podían proporcionar a Roma la ayuda que ésta necesitaba frente al peligro musulmán. Por eso Esteban V se esforzó en mantener buenas relaciones, reconociendo la nueva destitución de Focio e intercambiando correspondencia con su sucesor, llamado también Esteban I. Ofreció al Imperio una muy costosa muestra de buena voluntad: fallecido Metodio (6 de abril del 885), Esteban llamó a Roma a su sucesor, prohibió el uso de la lengua eslava en la liturgia y entregó las nacientes iglesias en Moravia y Eslavonia a la custodia de los obispos alemanes. De este modo se impedía la consolidación de una Iglesia eslava en el ámbito occidental, empujándola hacia Oriente; los discípulos de Metodio se refugiaron en Bulgaria, retornando al rito bizantino.

Formoso (6 de octubre 891 - 4 abril 896)

Antecedentes. Nacido en Roma, en torno al año 815, era un hombre de larga experiencia, como hemos tenido la oportunidad de señalar en la biografía de sus antecesores. Obispo de Porto desde el 864, jugó un papel esencial en las negociaciones con los búlgaros, de los que no pudo ser metropolitano por el canon que prohibía el cambio de sede. Tuvo un papel importante en el sínodo del 869 que condenó a Focio, y desempeñó con eficacia legaciones en Francia y Alemania. El 875 se encargó de la misión de ofrecer en nombre de Juan VIII la corona imperial a Carlos el Gordo. Pero en este momento, y por motivos que desconocemos, entró en discordia con el papa. El vacío que la ausencia de carlovingios provocaba en Italia había permitido a la aristocracia romana tomar la dirección política: se hallaba profundamente dividida en dos sectores que heredaban al parecer las viejas discordias entre francos y lombardos.

Guido de Spoleto parece haber sido defensor de un proyecto: identificar el título de emperador con el de rey de los lombardos, pero haciendo extensivo su poder a toda Italia; se podía presentar a Luis II como el antecedente, pues no había sido otra cosa que esto. En abril del 876, a causa de las discordias de partido, Formoso fue acusado de traición y de haber pretendido apoderarse del pontificado; depuesto y excomulgado, reconoció sus culpas ante una asamblea (agosto del 878) y partió al exilio en Francia. De él regresó con permiso de Marino I, que le devolvió a su sede. Esto le permitió contarse entre los obispos que consagraron a Esteban V. Es muy probable que la persecución contra Formoso se debiera a manejos del partido spoletiano, puesto que tras su elevación al solio el patricio Sergio, que lo dirigía, se mostró su más encarnizado enemigo.

Restaura el Imperio. Formoso estaba en la línea de Nicolás I: la autoridad pontificia se extendía a toda Europa. Defendió los derechos de Adaldag como obispo de Bremen-Hamburgo frente a los arzobispos de Colonia (893). Intervino en favor de Carlos el Simple, rey de Francia, contra las ambiciones de Eudes, conde de París. Realizó, sobre todo, un gran esfuerzo de unidad en Oriente, proponiendo una fórmula de conciliación (se mantendría la ilegalidad de los actos de Focio en la primera etapa, pero no en la segunda) que ya no fue escuchada. Hasta en Inglaterra se acentuaba la presencia de esta autoridad pese a las terribles perturbaciones provocadas por las invasiones normandas.

Intentó construir un acuerdo de paz con Guido de Spoleto, al que volvió a coronar, junto con su hijo Lamberto, en Rávena (30 de abril del 892). Pero los spoletianos, vencedores del marqués Berenguer de Friul, que hubo de refugiarse en Alemania, no aspiraban a una paz, sino a convertirse en dominadores de todo el espacio territorial italiano reduciendo al papa al simple papel de un obispo de Roma. Cuando Guido y su mujer Agiltrudis ocuparon militarmente la ciudad leonina, Formoso comprendió la gravedad del peligro y, una vez más, acudió a Arnull'o en petición de ayuda. Esta vez el rey de Alemania respondió al llamamiento, pero no pudo acudir hasta el año 894. Este año murió Guido y los alemanes ocuparon el norte de Italia; en febrero del 896 tomaron militarmente Roma, obligando a Agiltrudis a huir; el día 22 de dicho mes Arnulfo era coronado solemnemente. Pero cuando el emperador marchaba sobre Spoleto, se vio acometido por una grave enfermedad y hubo de regresar a Alemania. Para los spoletianos, Formoso era el peor enemigo imaginable. Murió el 4 de abril del 896 antes de que pudieran vengarse.

Bonifacio VI (abril 896)

Los partidarios de Lamberto aprovecharon el descontento contra los alemanes para, en medio del tumulto, elegir a un romano, Bonifacio, que en dos ocasiones, como diácono y como presbítero, había tenido que ser depuesto por inmoralidad. Enfermo de gota murió a los quince días de su elección y fue sepultado en San Pedro. El sínodo romano del 898 declararía anticanónica esta elección, prohibiendo que se hicieran otras semejantes.

Ksteban VI (mayo 896 - agosto 897)

Romano de nacimiento e hijo de presbítero, Formoso le había consagrado como obispo de Anagni; sin embargo, al vigorizarse las luchas en Roma, se convirtió en radical enemigo de este papa. Lamberto de Spoleto y su madre Agiltrudis, ahora dueños de Roma y de su ducado, le promovieron con una misión: deshonrar la memoria de su antecesor. Para evitar el retorno de los alemanes, los spoletianos llegaron a un acuerdo con Berenguer de Friul (t 923), al que reconocieron dominio sobre las tierras situadas más allá del Ada y del Po; de este modo se vieron libres de oposición en el centro de Italia. En enero del 897 fue convocado un sínodo al que se hizo asistir al cadáver de Formoso, arrancado de su tumba y revestido con los ornamentos pontificios. Un diácono, de pie junto al difunto, respondía en nombre de éste a las acusaciones de perjurio, ambición del pontificado y quebrantamiento del canon que prohibía el traslado de obispos. Esteban VI, que se hallaba en el mismo caso, halló una curiosa fórmula de justificación: como las actas de Formoso eran nulas, su ordenación episcopal no había tenido lugar. Se quebraron al difunto los dedos de bendecir y se arrojaron al Tíber los despojos. Al desnudar el cadáver se comprobó que Formoso, hombre de gran austeridad, había muerto sin despojarse del cilicio con que hacía penitencia. Un ermitaño, que habitaba en la isla del Tíber, recogió los restos, que de este modo pudieron recibir años más tarde cristiana sepultura. Todos cuantos fueran favorecidos por Formoso sufrieron persecución. Pasados pocos meses estalló en Roma un tumulto provocado por el hundimiento de la techumbre de la basílica de Letrán, que fue tomado como signo del cielo por tanta iniquidad: Esteban VI, depuesto y encerrado en prisión, murió estrangulado.

Romano (agosto - noviembre 897)

Como resultado de la fuerte reacción proformosiana, fue elegido el cardenal presbítero de San Víctor, Romano, nacido en Gallese, por lo que se ha supuesto que era hermano de Marino I. No existen datos de su pontificado salvo que envió el *pallium* al obispo de Grado y confirmó las sedes de Elna y Gerona en Cataluña. Por una breve noticia que incluye el *Líber Pontificalis* se puede deducir que fue depuesto a los cuatro meses y enviado a un monasterio por los mismos formosianos que buscaban un pontífice que defendiera con más energía su memoria.

Teodoro II (897)

De nuevo un papa romano y un perfecto desconocido; llega a nosotros apenas la noticia de que Teodoro era «amante de la paz». Enérgico también, pues reunió el sínodo en que se hizo la rehabilitación de los actos de Formoso, al tiempo que se adoptaban medidas para reprimir los disturbios de la aristocracia romana, dirigida ahora por Sergio, conde de Tusculum. Los restos de Formoso fueron solemnemente inhumados en San Pedro. Teodoro reinó únicamente veinte días; ignoramos la fecha exacta de su elección y de su muerte.

Juan IX (enero 898 - enero 900)

Las dos facciones, de partidarios y enemigos de Formoso, estaban ahora firmemente asentadas. Los primeros contaban con mayoría en el clero. Lograron el apoyo, que podía resultar decisivo, de Lamberto de Spoleto, que desde el 892 ostentaba la corona imperial, residía en Rávena y dominaba una gran parte de Italia. La aristocracia del Patrimonium tenía a su frente a Adalberto, marqués de Toscana. Fueron los partidarios de este último los que, en el momento de la muerte de Teodoro, se adelantaron a proclamar al obispo de Caere, Sergio, poniéndole en posesión de Letrán. Pero Lamberto intervino para expulsar a este intruso por la fuerza y hacer que fuera elegido un monje nacido en Tívoli, Juan IX. Las noticias que tenemos de este pontificado siguen siendo confusas. Continuó desde luego la política de Teodoro de restaurar el orden legitimando los actos de Formoso. Un sínodo romano al que asistieron también obispos del norte de Italia, reivindicó la memoria de aquél, otorgando a la vez un amplio perdón a sus enemigos, que tuvieron que reconocer que habían actuado bajo amenaza. Sólo Sergio, dos presbíteros, Benito y Marino, y tres diáconos, León, Juan y Pascual, quedaron excluidos. Los spoletianos entraban ahora en línea de defensores de la legitimidad. Se prohibió en adelante juzgar a los muertos. Para evitar confusiones se puso nuevamente en vigor la *Constitutio* romana del 824: los papas serían elegidos por el clero, en presencia del Senado y el pueblo romanos, pero no podrían ser consagrados sin la presencia de los representantes del emperador.

Otro sínodo tuvo lugar en Rávena, esta vez bajo la protección de Lamberto. Se trataba de establecer un nuevo orden político en Italia. Lamberto, emperador, tenía derecho a recibir en grado de apelación todas las causas, ya fuesen de laicos o de clérigos; por su parte confirmaba todos los privilegios de la sede romana, declarándose protector de la misma. De este modo se pensaba haber llegado nuevamente a un equilibrio como en los mejores momentos de Luis II, si bien el resultado era un retroceso en el poder de los papas y un ascenso del duque de Spoleto a la singular posición de dueño indiscutible de Italia. Desde esta nueva concordia, Juan tomó dos decisiones: restablecer la unión con Oriente, enviando una carta sinódica al patriarca Antonio Cauleas, ratificando la comunión con Ignacio, Focio en su segunda etapa, Esteban y ahora el propio Antonio; y admitir la Iglesia de Moravia, enviando a este país, pese a las protestas de los obispos de Baviera, dos legados y un metropolitano. En ambos casos los resultados fueron mediocres: los orientales apenas prestaron atención a los proyectos de unidad, y la Iglesia morava desapareció el año 906 al ser sometido el país por los magyares.

El papa esperaba de esta verdadera restauración del Imperio, en dimensiones limitadas, una sumisión de la aristocracia romana. Pero Lamberto murió, en accidente de caza el 15 de octubre del 898. La nobleza se encontraba de nuevo en condiciones de imponer su voluntad.

Benedicto IV (mayo-junio 900 - agosto 903)

Hijo de Mammolo, y miembro de la aristocracia romana, fue elegido en un
lecha incierta del año 900. Habiendo presidido un sínodo, Benedicto parecía l
persona más indicada desde el punto de vista de los clérigos formosianos. Aun
que el panorama que Roma y sus inmediaciones ofrecía, con un recrudec
miento de la violencia y del bandidaje, era desolador, el nuevo papa continu
la línea que marcaban sus antecesores de mantenimiento de la autoridad pr
mada. En el sínodo de Letrán del 31 de agosto del 900, se tomaron decisione
como la confirmación de Argrino como obispo de Langres, reiterándose la con
cesión del *pallium* que ya le otorgara Formoso; se ratificó el derecho de Este
ban, obispo de Sorrento, a ejercer como metropolitano de Nápoles; y alguna
otras. Personalmente intentó ayudar con sus cartas al obispo de Amasia, Ma
claceno, expulsado de su sede por los musulmanes.

Benedicto concedía especial importancia a la situación de Italia. Seguía con
servándose firme la conciencia de que la sede romana necesitaba la presenci
de un emperador, cuya autoridad representaba el orden y la justicia en los asun
tos temporales. La muerte de Lamberto había dejado vacante el trono
Berenguer de Friul se había apresurado a reclamar para sí la corona de Itali
Había muchas razones para que no resultara un candidato aceptable, especial
mente porque el año 899 había sufrido una seria derrota a manos de los ma
gyares. Se dibujaba, pues, un nuevo peligro de invasión desde el norte —viej
camino que usaran godos y lombardos— sobre la península. El papa optó po
un carlovingio, Luis de Provenza, nieto de Luis II, y le coronó emperador e
Roma en febrero del 901. Pero Luis cayó prisionero en manos de Berengue
que ordenó sacarle los ojos y le devolvió así a Provenza (agosto del 902).

León V (agosto - septiembre 903)

Ahora las discordias dividían a todos, el clero, los senadores y el pueblo ro
manos. La designación de un simple párroco, como era León, en un puebl
próximo a Ardea, aparece como una solución de compromiso. El cronista Au
xilio le describe como un santo admirable en su conducta privada. Pero sól
pudo reinar treinta días, pues una fracción del clero proclamó a Cristófor
(Cristóbal), cardenal presbítero del título de San Dámaso; se adueñó de Letrá
por la fuerza y le consagró, enviando a León a la prisión. Cristóbal, que es con
siderado como antipapa, pudo sostenerse tan sólo hasta enero del 904, pues l
división del clero permitió a Sergio, el electo en discordia del 898 por los ant
l'ormosianos, regresar a Roma, adueñarse de Letrán y enviarle a hacer compa
ñía a su antecesor. León y Cristóbal murieron ejecutados, «para poner fin a s
miserable condición», como oficialmente se dijo.

Sergio III (29 enero 904 - 14 abril 911)

Un golpe de Estado. Conde de Tusculum, situado por tanto en la primer
línea de la aristocracia romana, Sergio representaba los intereses de ésta y, a
mismo tiempo, el odio más radical a Formoso y a la conducta y programa d

éste. Afirmó, por ejemplo, que su consagración como obispo de Caere, nula como todas las del tiempo de Formoso, le había sido impuesta contra su voluntad; tras su fallido intento del 898 había sido reordenado presbítero por Esteban VI, refugiándose, a la caída de éste, en la corte de Adalberto, marqués de Toscana. Su restauración en enero del 904 es un episodio muy confuso, como ya estableciera E. Dümmler *(Auxilius und Vulgarius,* Leipzig, 1866) hace más de un siglo, y en él aparecen mezcladas dos personas: Teofilacto, «senador y maestre de la milicia romana», que ostentaba ya el principal poder en la ciudad, y Alberico, duque de Spoleto, que no tardaría en convertirse en su yerno. Fueron tropas de este último las que ejecutaron el golpe de Estado del 904. Por consiguiente, puede considerarse éste como una toma del poder por parte de la aristocracia romana.

Aunque consagrado el 29 de enero del 904, Sergio III dispuso que se datara el comienzo de su pontificado en el año 898, considerando a Juan IX y León V como simples usurpadores. Por medio de amenazas y violencias consiguió que se renovaran en un sínodo las actas del que vulgarmente se llamaba «cadavérico», declarando nulos todos los actos, incluyendo ordenaciones presbiterales y episcopales, producidos con posterioridad. Se produjo de este modo una terrible confusión, que él quiso remediar obligando con halagos y amenazas a los afectados a reordenarse; de este modo los que no querían o no se les permitía la reordenación, quedaban excluidos del clero. Refugiado en Nápoles un presbítero franco, Auxilius, tomó a su cargo la explicación proformosiana en dos obras, *De ordinationis a Formoso papae factis* e *Infensor et defensor,* que han contribuido mucho a crear una atmósfera espesa llegada hasta nosotros, gracias especialmente a Baronio que definió este tiempo, que abarca una docena de pontificados, como la «pornocracia».

Puede afirmarse que el año 904, en efecto, se consuma la revolución que se venía gestando desde tiempo atrás: la aristocracia senatorial romana se hizo dueña del poder en Roma y sus dominios, en un proceso de feudalización no distinto del que entonces atravesaban las demás monarquías europeas, reconociendo al papa una soberanía eminente poco efectiva. Un denario retrata a Sergio III locado ya con la tiara. Aunque cabe suponer que esta corona se empleaba desde algún tiempo atrás, la coincidencia entre la acuñación de moneda y uso de tiara denotan signos de soberanía. En un nivel inmediatamente inferior la nobleza ejercía el poder y en la cúspide de la misma se hallaban Teofilacto, con su mujer Teodora, y Alberico, duque de Spoleto, que el año 905 contrajo matrimonio con Marozia (892? - 937), la menor de las hijas del senador.

Confusión *en las fuentes.* Los historiadores se muestran perplejos, ya que una propaganda virulenta, propia de años de lucha, hace que lleguen a nosotros testimonios encontrados. Liutprando de Cremona, en su *Antopodosis,* escrita en defensa de Otón I y de la entrega del poder a los monarcas alemanes, retrata a Marozia como una «meretriz impúdica», la convierte en amante del papa Sergio y en madre del hijo de éste, el futuro Juan XI. Vulgarius, en cambio, pese a ser un defensor de Formoso, habla de ella como de una mujer ejem-

plar. La dificultad es seria: ¿a quién creer? Otras fuentes próximas, el *Líber Pontificalis*, Flodoardo y Juan Diácono, corroboran que en efecto Juan XI fue hijo de Sergio III, pero no mencionan el nombre de la madre. De ser cierta la imputación, Marozia habría tenido quince años en el momento de su nacimiento. Su hermana mayor, Teodora «la joven», ejerció también una gran influencia.

El pontificado de Sergio III es famoso porque en él se concluyó la basílica de San Juan de Letrán, dañada por el terremoto que puso fin al gobierno de Esteban VI. Se conservan pocas cartas, algunas ocupándose de donaciones a monasterios de tierras devastadas por las correrías de los musulmanes. Hay entre ellas una notable que intentaba recabar el apoyo de la Iglesia franca en favor de la doctrina de la «doble procesión del Espíritu Santo» que Focio negara. El emperador de Bizancio, León VI, que había sido excomulgado por el patriarca Nicolás el Místico al contraer un cuarto matrimonio, acudió a Roma en grado de apelación. Los legados enviados por Sergio aclararon que en la moral cristiana no entra el poner límites al número de matrimonios que, por viudedad, deban contraerse. Provocaron así la destitución de Nicolás. Pero esta decisión, meramente coyuntural, no sirvió para incrementar la unión entre las dos Iglesias.

Anastasio III (junio 911 - agosto 913)

No somos capaces de fijar con precisión las fechas de la elección y muerte de Anastasio. El cronista Flodoardo, que nos transmite el nombre de su padre, elogia la dulzura de su carácter y la tranquilidad de su pontificado, con lo que parece indicar que se redujo a funciones exclusivamente religiosas, mientras Teofilacto y su esposa desempeñaban plenamente el poder en Roma. Hay dos noticias, la del envío del *pallium* al obispo de Vercelli y la de importantes concesiones al prelado de Pavía que, siendo ambos súbditos de Berenguer de Friul, pueden interpretarse como un intento de acercamiento a este. El papa estaba siendo reducido a un papel mínimo, lo que nada tiene que ver con sus condiciones personales. Nicolás el Místico, restaurado en el patriarcado de Constantinopla, reclamó una rectificación en la doctrina acerca del cuarto matrimonio, a lo que Anastasio se negó: en consecuencia su nombre fue borrado de los dípticos.

Lando (agosto 913 - marzo 914)

Nacido en Sabina e hijo de un conde lombardo de nombre Taino, sabemos que reinó seis meses y once días, durante los cuales otorgó beneficios a la catedral de San Salvador de Fornovo, la tierra de su nacimiento. El silencio absoluto resulta significativo: el papa había perdido el control sobre la cristiandad actuando únicamente como obispo de Roma.

Juan X (marzo 914 - mayo 928)

Victoria en el Garellano. De pronto surgió una gran figura, Juan de Tossignano (Romana). Era arzobispo de Rávena en el momento de su elección, lo

que le colocaba en estrecha y útiles relaciones de amistad con Berenguer de Friul, rey de Italia. Los clérigos que heredaban la antigua posición de los formosianos, protestaron: si su jefe había sido condenado por cambiar un obispado sufragáneo por el de Roma, más grave era el caso de un metropolitano. Liutprando de Cremona, venenosa pluma, dice que Teodora, «la mayor», promovió su elección porque años atrás Juan había sido su amante, pero esto parece falso. La senadora moriría poco tiempo después. Puede en cambio atribuirse esta designación a otra circunstancia: el gravísimo peligro que significaban los musulmanes; completada la conquista de Sicilia, lanzaban fuertes ataques sobre Italia meridional y central. De modo que Roma necesitaba de un hombre enérgico que pudiera reunir tantos poderes dispersos y, desde luego, Juan podía ser ese hombre.

Inmediatamente el papa organizó la alianza triple con Adalberto de Toscana, Alberico de Spoleto, el marido de Marozia, y Landulfo de Capua, que aportó el poderoso auxilio de una flota bizantina. Tras un cerco de tres meses, la gran fuerza reunida se apoderó de la fortaleza del Garellano y arrojó a los musulmanes de Italia (agosto 915). Hay cierto paralelismo con la pacificación de Normandía y con la victoria leonesa en Simancas, que revelan que la cristiandad europea estaba en condiciones de superar las invasiones. Muy pocos años más tarde los monarcas alemanes lograban derrotar a los magyares. Se vislumbraba ya el final de los tiempos difíciles. Juan X decidió entonces volver a la situación de Luis II o de Lamberto de Spoleto, coronando emperador a Berenguer de Friul (diciembre del 915). Pero había un error de apreciación: el verdadero héroe de la batalla del Garellano había sido Alberico de Spoleto; él y su esposa se aprestaban a ejercer el poder que ya tuvieran sus padres.

Restablecimiento del primado. Durante ocho años Juan X pudo desplegar las funciones que como primado le correspondían, ateniéndose al contenido de las Falsas Decretales. Intervino directamente para zanjar conflictos en las sedes de Narbona y de Lovaina. En septiembre del 916 sus legados presidieron el Concilio de Hohcnallheim, apoyando la posición de Conrado I (911-918). Envió precisas instrucciones a las sedes de Rouen y de Reims acerca de las medidas a adoptar para asegurar el cristianismo entre los normandos. Restableció la unidad con la Iglesia oriental mediante una fórmula ambigua y acertada: el ma----onio de León VI era legítimo pero «excepcional», dejando a salvo la costumbre de aquélla que limitaba a tres el número posible de veces para recibir el sacramento.

Dos decisiones sumamente importantes señalan también este pontificado. El año 929 otorgó a la abadía de Cluny, fundada en el 909 y en trance de convertirse en una gran congregación de monasterios, la exención de la autoridad del obispo correspondiente, pasando a depender tan sólo del papa. Aceptó también la norma que vendría a llamarse «investidura», es decir, que los reyes o príncipes soberanos diesen posesión a" los obispos electos de sus respectivas sedes, sin cuya condición no podrían ser consagrados. Se invocaba así la colaboración de los poderes temporales en apoyo de la disciplina. Las cosas cambia-

ron más adelante, pero en aquellos momentos la investidura se presentaba bajo un aspecto positivo. La reorganización de la *schola cantonan* de Letrán revela la importancia que concedía a la educación de los futuros clérigos.

El asesinato. Marozia tenía que contemplar con preocupación este crecimiento de poder que amenazaba el suyo propio. Es evidente que Juan X estaba maniobrando para independizarse de la tutela de la aristocracia romana. Para ello utilizaba a su hermano Pedro, un laico a quien confiaba oficios cada vez más elevados dentro de la administración romana: llegó a nombrarle cónsul, esto es, magistrado supremo. El 12 de marzo del 924 Berenguer de Friul fue asesinado y la nobleza franco-lombarda llamó entonces a un hijo de Lotario II y de Waldrada, Hugo, y le coronó rey de Pavía (926-947). El papa perdía uno de sus puntos de apoyo. Para remediarlo, Juan X llegó a un acuerdo con Hugo: debía acudir a Roma para ser coronado emperador. Marozia se adelantó. Acababa de enviudar y contrajo de inmediato segundo matrimonio con el hijo de Adalberto, Guido, marqués de Toscana. En sus manos estaban los dominios del padre, del primer esposo y del nuevo marido: era, desde Roma, la más poderosa de las nobles de Italia. Se organizó contra el cónsul Pedro la acusación de que había llamado a los magyares en su auxilio; fue asesinado en Le-Irán y en presencia del papa a finales del 927. Y en mayo del 928 Juan X fue depuesto, encerrado en Sant'Angelo, y probablemente asesinado pocos meses más tarde.

León VI (mayo - diciembre 928)

Marozia estaba preparando ya el golpe definitivo: sentar a su capricho papas en el solio. Entramos en la verdadera «pornocracia» o gobierno de las mujeres. Papas débiles, de mera transición, bondadosos a ser posible. León era el hijo de un notario, Cristóforo, perteneciente a una familia aristocrática y cardenal de Santa Susana. No se ha conservado de él otra noticia que la de una carta conminando a los obispos de Dalmacia y Croacia a someterse al metropolitano de Spalato, Juan. Murió, al parecer, antes que Juan X.

listeban VII (diciembre 928 - febrero 931)

Fue como una sombra que pasa sin dejar huella. Las únicas noticias que se le atribuyen hablan de concesiones a monasterios. Marozia tenía lo que necesitaba: un papa que lo fuera únicamente de nombre mientras ella, *senatrix y patricia,* gobernaba Roma.

Juan XI (marzo 931 - diciembre 935)

Marozia pudo entonces culminar su trabajo cerrando el círculo. Juan, cardenal de Santa María in Trastevere, aquel mismo de quien Liutprando dice que era hijo del papa Sergio, sucedió a Esteban VIL Una de sus primeras decisiones consistió en lograr un acuerdo con Romano Lecapeno, emperador de Bizancio (920-944), consintiendo que el hijo de éste, Teofilacto, con sólo 16 años, se convirtiera en patriarca de Constantinopla. Era Marozia la principal intere-

sada en este acuerdo, pues proyectaba para su hija Berta el matrimonio con uno de los Césares.

En medio de la oscuridad que significan estas intrigas, aparece ya un signo de contradicción: el papa estaba prestando apoyo a la obra de san Odón de Cluny. La primera de las abadías constituidas en el marco de la congregación, la de Déols, recibió los mismos privilegios de que gozaba la iglesia madre. Cluny preparaba un futuro de universalidad, opuesto al que entonces parecía vislumbrarse. Peter Llewelyn *(Rome in Dark Ages,* Nueva York, 1971) llama la atención sobre este contraste, pues con él comienza la raíz de la reforma.

Marozia aspiraba probablemente a más: quería ser reina de Italia, emperatriz. Viuda de Guido, pero dueña de Roma, Spoleto y Toscana, nudo y corazón de Italia, buscó un nuevo matrimonio con Hugo de Arles, el hijo de Waldrada. Y el papa ofició en esta boda de su madre, contraria a los cánones porque los contrayentes eran concuñados. En este momento entró en escena Alberico II, hijo del primer marido de Marozia: en diciembre del 932 tomó al asalto Sant'Angelo. Hugo logró escapar, pero Marozia y Juan XI quedaron prisioneros. Alberico se proclamó príncipe de Roma, senador, conde y patricio, reuniendo en su mano todos los poderes, que supo retener hasta su muerte. Parete que Marozia, de la que no volvemos a tener noticias, fue encerrada en un monasterio. En cuanto a Juan, devuelto a sus funciones estrictamente sacerdotales, murió a finales del 935 o principios del año siguiente.

León VIl (3 enero 936 - 13 julio 939)

Durante más de veinte años, Alberico sería dueño absoluto de Roma. Sabía muy bien que este extraordinario poder tenía que justificarse como un servicio a la grandeza de la ciudad y de su territorio, ahora a salvo de la amenaza de los sarracenos, y como un respaldo a la Iglesia en vías de reconstrucción moral. Tara eso necesitaba papas sumisos, sin duda, pero ejemplares. Y aunque las elecciones fueron sustituidas por la designación directa, no cabe duda de que los cuatro pontífices que sucedieron a Juan XI deben calificarse de ejemplares. León VII, cardenal presbítero de San Sixto era, con toda probabilidad, un benedictino. Alberico mostraba mucho afecto a estos monjes. San Odón, presente en Roma, le ayudó a conseguir un acuerdo de paz con Hugo de Arles, al que se reconoció como rey de Italia. Alberico le hizo importantes regalos: el palacio del Avenlino ¡i fin de convertirlo en monasterio, Subiaco, tan afectivamente ligado a los orígenes del benedictismo, y la basílica de San Pablo extramuros. ('arlas de León a los obispos franceses les conminaba a que prestaran ayuda a la reforma de Cluny. No sólo a ésta: Gorze, cerca de Metz, recibió también los privilegios que necesitaba para su desenvolvimiento; de ella arranca la otra rama del movimiento de reforma. Hacia el año 937 el papa envió el *pallium* al arzobispo de Bremen, Adaldag, lo que permitiría renovar el esfuerzo misionero en Escandinavia, y nombró a Federico de Maguncia vicario para Alemania. Primeros pasos, todavía tímidos de un cambio que habría de acentuarse. Europa, vencidas las invasiones —incluso en España— comenzaba a reconstruirse.

El cronista Flodoardo, que le conoció personalmente, hace de León un retrato lleno de devoción admirativa.

Esteban VIII (14 julio 939 - octubre 942)

Romano, era presbítero cardenal de los Santos Silvestre y Martino. No hay duda de que Esteban fue un hombre instruido, intachable en su vida privada. Alberico II le designó al día siguiente de la muerte de León, asignándole funciones que debían limitarse a la vida religiosa. Pero ésta era en aquellos momentos la que revestía mayor importancia. Su estrecha colaboración con Cluny le impulsó a intervenir en los asuntos políticos de Francia, protegiendo a Luis IV de Ultramar (936-954) el hijo de Carlos el Simple (879-929); bajo pena de excomunión advirtió a los obispos que le debían obediencia. Como una parle de esta actividad envió el *pallium* al obispo de Reims. Pero al restablecerse la paz en Francia, la labor de los monjes disponía de nuevas facilidades. Ignoramos las circunstancias de su muerte: fuentes muy tardías pretenden que murió asesinado al tomar parte en una conspiración contra Alberico.

Marino II (30 octubre 942 - mayo 946)

Era presbítero cardenal de San Ciríaco cuando Alberico le presentó al pueblo de Roma para que le aclamasen. En sus monedas aparece mencionado, al lado del papa, el príncipe de Roma. De este modo no había duda de quien ostentaba el poder. Esto no obsta para que en una fuente muy antigua se le describa como un efectivo pacificador y, sobre todo, un reformador de las coslumbres de monjes y clérigos. Las pocas cartas que de él se conservan le muestran protegiendo a Balduino, abad de Montecassino, que estaba encargado al mismo tiempo de la comunidad de San Pablo Extramuros. Al comenzar el año 946 confirmó al arzobispo Federico de Maguncia en su condición de vicario para Alemania, pero ampliando sus poderes con la facultad de presidir sínodos y corregir las deficiencias en el clero secular y regular.

Agapito II (10 mayo 946 - diciembre 955)

La reforma acerca a Alemania. Nacido en Roma, Agapito permite comprender cómo los nombramientos efectuados por Alberico, al ir recayendo en clérigos idóneos, llevaban poco a poco a los papas hasta un punto en que recuperaban la dirección de la Iglesia universal.

Un síntoma de esa paulatina afirmación se encuentra en el hecho de que en las monedas apareciese únicamente su nombre. También pudo influir el alejamiento del peligro sarraceno: los últimos ataques a las costas italianas, a cargo del emir al-Hassan de Sicilia, tuvieron lugar los años 950, 952 y 956; a partir de esta fecha la iniciativa cambió de mano y fueron los cristianos los que pasaron a la ofensiva. Por otra parte, Alberico y el papa estaban de acuerdo en cuanto al impulso de la reforma de la vida monástica, y religiosos venidos de Gorze se instalaron en San Pablo Extramuros. Su legado, Marino, presidió en Ingelheim un sínodo conjunto de alemanes y franceses confirmando la amistad entre

Otón I (936-973) y Luis de Ultramar (936-954) y regulando la disputa del obispado de Reims en favor del candidato del segundo, Amoldo. Se amenazó a Hugo Capeto con la excomunión si no se sometía al legítimo rey. Todas estas decisiones fueron después confirmadas en el sínodo romano del 949.

La tarea más importante vinculaba cada vez más a la Sede Apostólica con Alemania. El 2 de enero del 948 el papa concedió al obispo de Hamburgo plenos poderes para organizar las Iglesias que estaban surgiendo en Escandinavia. Envió el *pallium* a Bruno, arzobispo de Colonia, hermano de Otón I, significando de este modo la autoridad que se le otorgaba. Confirmó el proyecto del rey que quería convertir el monasterio de San Mauricio, en Magdeburgo, fundado el 937, en sede metropolitana para los países eslavos: un amplio espacio dentro del cual se autorizaba a Otón a erigir nuevas sedes episcopales. En aquellos momentos ni la protección a monasterios ni la investidura laica parecían inconvenientes; antes bien resultaban ventajosos para el avance de la reforma que oslaba consiguiendo un renacer de la vida cristiana.

Otón, rey de Italia. Hugo, rey de Italia, mostraba síntomas de creciente debilidad. Había una vacante en el título imperial, pero no deseaba Alberico que se restableciera. Los nobles enemigos de Hugo, que se agrupaban en torno al marqués Berenguer de Ivrea, acudieron a Otón I despertando su atención hacia la península y, en definitiva, hacia el Imperio; pero pasaron bastantes años sin que el monarca alemán, absorto en los problemas de reforma y expansión de la cristiandad, prestara atención. El año 947 murió Hugo, dejando su herencia a Lotarío, que falleció a su vez el 950. Entonces Berenguer de Ivrea concibió un proyecto distinto: casar a Adelaida, viuda de Lotario, con su propio hijo Adalberto, proclamar a ambos reyes de Italia y, eventualmente, lograr una coronación imperial. Pero Adelaida rechazó el plan, fue encerrada en prisión y objeto de malos tratos para convencerla. El 20 de agosto del 951 la dama huyó y, atríncherándose en el castillo de Canosa, pidió a Otón que acudiera a recoger su mano y su corona. Rápidamente las tropas alemanas quebraron la resislencia de Berenguer y Otón pudo coronarse rey de Italia el 23 de septiembre del 951.

Desde Pavía, insinuó Agapito la conveniencia de restaurar el título de emperador. Alberico, que sentía acercarse el fin de su existencia, comprendía que el Imperio era el fin de aquello por lo que tanto luchara, un principado soberano y autocéfalo en Roma. Poco antes de morir (31 de agosto del 954) llamó al papa y a los clérigos de su entorno y les hizo jurar que, cuando se produjera la vacante en el solio, elegirían a su propio hijo, Octaviano; de este modo la Sedo Apostólica y el principado se unirían, garantizando la independencia. Una solución con ventajas políticas, sin duda, y con desastrosas consecuencias para la Iglesia.

Juan XII (16 diciembre 955 - 14 mayo 964)

La elección. El juramento fue cumplido y el clero eligió a este bastardo, Oclaviano, que contaba 17 años. Era laico y ostentaba ya la magistratura de pa-

tricio de Roma. Fue ordenado a toda prisa. Las fuentes historiográficas, todas proalemanas, insisten en presentarle como un licencioso gozador de la vida en el sentido más vulgar de la palabra y completamente ajeno a las preocupaciones espirituales. Carecía, en consecuencia, de las condiciones necesarias para una empresa de tanta envergadura como era la de afirmarse en esa posición tan singular de papa y príncipe soberano. Los historiadores, sin embargo, deben mostrarse cautos ante las exageraciones que la propaganda favorable a Otón I fabricaría en los años siguientes. Liutprando, uno de los colaboradores del emperador, incluye en su *Antopodosis* relatos extendidos a todo el siglo del pontifiicado, que deben reputarse falsos. Algunos visitantes ilustres como Oskitel, arzobispo de York, o san Dunstan, de Canterbury, están lejos de compartir las negruras del cronista alemán. Por ejemplo, es un hecho comprobado que Juan XII mostró el mismo interés que su padre por la reforma monástica y que aplicó este interés concretamente a las abadías de Farfa y de Subiaco.

Coronación imperial. Las obligaciones políticas que como príncipe le correspondían, acabaron por desbordarle. Volvían las amenazas militares desde el sur, por los duques de Capua y Benevento, y desde el norte, donde Berenguer de Ivrea, que seguía titulándose rey de Italia, pudo apoderarse de Spoleto el año 959. Puesta a prueba, la capacidad militar de Roma reveló su deficiencia; en tales circunstancias Juan XII envió sus legados a Otón I, solicitando su ayuda y ofreciéndole la coronación como emperador, restaurando la situación existente en época de Luis II. Otón prometió a estos legados proteger la persona del papa y su patrimonio temporal, no ejercer funciones de juez salvo en su presencia, y no hacer nada que pudiera perjudicar al pueblo romano (960). En la primavera del 961 un gran ejército alemán llegaba a Pavía, restableciendo el orden a su paso, alcanzando Roma en enero del año siguiente. Aquí, el 2 de febrero del 962, en una aparatosa ceremonia, tuvo lugar la coronación: el Imperio era declarado «santo» como la Iglesia misma. El papa y los principales romanos juraron fidelidad a Otón y rechazo absoluto a Berenguer.

Sus contemporáneos no se percataron enteramente de la importancia del paso que se había dado. P. van der Baar *(Die Kirchliche Lehre der Translatio Imperii Romani,* Roma, 1956) recomienda poner atención, sin embargo, a lo que dijeron los tratadistas del tiempo: se trataba de una *translatio Imperii* a los alemanes, lo cual significaba al mismo tiempo, como señala Peicy Schramm *(Kaiser, Rom und Renovatio,* Darmstadt, 1957), una «renovación». En la práctica, el acto del 2 de febrero del 962 no fue simplemente una reanudación de la línea seguida desde Carlomagno a Hugo de Arles; extrayendo las últimas consecuencias de las Falsas Decretales, se llega a una nueva definición de la autoridad en sus dos dimensiones: la espiritual del papa, que es por esencia universal, y la que corresponde al emperador, de carácter temporal, y colocada a la cabeza de la sociedad cristiana. No es que Francia, España o Inglaterra se sometieran de alguna manera a su poder: en cuanto a éste, Otón y sus sucesores seguían siendo reyes de Romanos, de Italia, de Germania y de Borgoña, nada más. Pero siendo el primero entre los soberanos de la tierra, el papa —y sólo

el papa— le confería en una ceremonia que tiene rasgos de consagración sacerdotal, un carácter «sacro» que daba a sus disposiciones jurídicas un alcance universal. Sólo el emperador podrá en adelante promulgar esas leyes fundamentales que se llaman Constituciones.

El imperio —señala J. Orlandis *(El pontificado romano en la historia,* Madrid, 1966) siguiendo en este punto a G. A. Bezzola, *Das ottonische Kaisertum in der franzosischen Geschichtssechreibung des 10. und beginnenden 11. Jahrhunderts,* Graz, 1956)—no coincidía con la cristiandad y, sin embargo, otorgaba a los reyes de Alemania, Italia y las fronteras del este, una especie de cumbre en la estricta jerarquía de los soberanos. Esto daba lugar a que se estableciese cierta confusión, ya que siendo definida la cristiandad como un «cuerpo místico» de Cristo, la paridad en la cumbre de emperador y papa provocaban también en el primero la fuerte tentación de presentarse como cabeza de la cristiandad entera en el orden temporal.

Deposición. Así apareció muy pronto. En el sínodo romano que siguió a la ceremonia de la coronación, Otón reconvino a Juan XII a fin de que enmendase su línea de conducta, acomodándola a la conveniente a una persona religiosa; se otorgaron al mismo tiempo a la Iglesia alemana grandes poderes en relación con todos los países del este. El 13 de febrero de esc mismo año, renovando la Constitución romana del 824 —siempre punto de partida— el emperador confirmó las donaciones de Pipino y Carlomagno, ampliándolas hasta que abarcasen aproximadamente los dos tercios de la península italiana en sentido estricto. Sin embargo, Otón retenía lo que entonces se llamaba soberanía eminente sobre este territorio, que de este modo parecía un dominio señorial como eran los grandes ducados alemanes. Meses más tarde, a este *privilegium ottonianum* se añadiría una cláusula según la cual las elecciones pontificias necesitaban el plácet imperial: ningún electo sería consagrado antes de recibirlo y de que prestara en consecuencia juramento de fidelidad.

Juan XII comprendió el alcance de la revolución: ahora el papa, cuya universal autoridad espiritual nadie discutía, estaba reducido, en cuanto príncipe, al nivel de uno de los grandes magnates del Imperio. Apenas hubo abandonado Otón la ciudad, para combatir los focos de rebeldía que aún se detectaban, y ya el papa estaba contactando con Berenguer y, superando antiguos recelos, abría al hijo de éste, Adalberto, las puertas de Roma: alegaba que el emperador no había cumplido el juramento que hiciera ante sus legados. Por su parte, Otón acusó a Juan XII de haberle traicionado negociando con los rebeldes y con los enemigos de la cristiandad. En noviembre del 963 estaba de regreso en Roma, haciendo huir al papa, que buscó refugio en Tívoli con todos los tesoros que en el último momento pudo reunir. Un sínodo, presidido por el emperador, se reunió en San Pedro. Fue enviada al papa la orden para que compareciera; no obedeció y fue depuesto (4 de diciernbre del 963). Entonces los clérigos reunidos solicitaron de Otón que designara al nuevo pontífice.

León VIII (4 diciembre 963 - 1 marzo 965)

Otón designó al *proscrinarius,* esto es, el jefe de los notarios de la cancillería pontificia, un laico de buena fama llamado León. Tuvo que recibir todas las órdenes antes de ser consagrado de acuerdo con un ritual nuevo, personalmente revisado por el emperador. Se habían establecido serios precedentes, entre ellos el de someter a juicio y deponer a un papa, algo que ningún canon consentía. La elección era sustituida por la designación directa. El pueblo de Roma consideró esto como un atropello a la legitimidad y a sus derechos y el 3 de enero del 964 se lanzó a una revuelta que los alemanes ahogaron en sangre. León VIII intentaría la pacificación por otras vías, aunque sin éxito.

De este modo, cuando las tropas imperiales, todavía en enero del 964, abandonaron Roma, Juan XII pudo regresar de Tívoli y convocar un sínodo en San Pedro (26 febrero del 964) para juzgar a León, ahora refugiado en la corte de Otón, bajo tres acusaciones: usurpación, ilegitimidad en sus ordenaciones y traición a su obispo. Todas las actas de su pontificado se declararon nulas. Pero apenas transcurridos tres meses, murió Juan XII (14 de mayo 964). Los romanos procedieron a una nueva elección, la de Benedicto V, para quien solicitaron el plácet imperial. La respuesta de Otón consistió en volver a Roma, que fue tomada el 23 de junio de ese año, y restablecer a León VIII. Nada sabemos de la política de este papa durante los pocos meses que todavía reinó.

Benedicto V (22 mayo - 23 junio 964)

La superposición de pontificados constituye un problema para los historiadores que, incapaces de llegar a una conclusión jurídica indudable, optan por situar a los tres, Juan, León y Benedicto, entre los legítimos sucesores de san Pedro. Benedicto V, romano de origen y de nacimiento, es descrito como una persona piadosa, ejemplar y culta, como demuestra el calificativo de *grammaticus* con el que se le conoce. Parece que no tomó parte en los disturbios del 963 y 964, de modo que su elección puede interpretarse como un deseo de presentar al emperador un hombre sin sospecha. Cuando Otón bloqueó la ciudad, privándola de alimentos, los romanos decidieron entregarlo. Fue llevado ante el sínodo para ser juzgado. Otón se conformó con rebajarle al nivel de diácono y con enviarle a Hamburgo bajo la custodia del obispo Adaldag. Allí murió el 4 de julio del 966 siendo su vida ejemplar. Otón III dispondría el año 988 que sus restos fuesen trasladados a Roma.

Juan XIII (1 octubre 965 - 6 septiembre 972)

Aunque los romanos solicitaron del emperador que consintiera el retorno de Benedicto V, Otón se negó. La Sede Apostólica estuvo vacante cinco meses hasta que al final el clero procedió a elegir a Juan, hijo de Juan, un romano que había sido bibliotecario con Juan XII y ocupaba a la sazón la sede episcopal de Narni. Otón, que estuvo representado por dos obispos, aceptó la elección, de modo que el Imperio se proponía gobernar Roma por medio de una persona enraizada en la ciudad. Ello no obstante, los romanos recibieron mal a

Juan XIII y en diciembre del 965 ya se produjo una revuelta, en el curso de la cual el prefecto Pedro se apoderó de la persona del papa; cuando era conducido al destierro, Juan pudo escapar, informando de todo al emperador. Pero antes de que se produjera la intervención de Otón, un brusco cambio de opinión entre la población romana hizo que el papa fuera acogido con muestras incluso de entusiasmo (14 de noviembre del 966), de modo que se pudo tener la impresión de que todo era resultado de la lucha entre facciones. El emperador llegó en las Navidades de aquel mismo año, tomando represalias muy duras contra los autores de la revuelta.

El emperador permaneció en Italia hasta el verano del 972; intentaba establecer allí el sistema de gobierno que tan buenos resultados estaba dando en Alemania. De él formaban parte los dos aspectos esenciales: la ordenación jerárquica de los condados y señoríos feudales y la investidura laica de los obispos que estaban dotados también de beneficios. El papa era, desde este punto de vista, la cumbre del sistema, dotado de los beneficios más opulentos, pero designado directamente por el emperador. Se habían recibido demandas de Bohemia y de Polonia para que se erigiesen también allí sedes metropolitanas, y de Cataluña, cuyos obispos deseaban desligarse de Francia y reclamaban el reconocimiento de la primada de Tarragona aunque se hallaba aún esta ciudad en poder de los musulmanes. Para resolver éstas y otras cuestiones fue convocado un sínodo en Rávena al que debería asistir el papa, en abril del 967.

Importantes decisiones que afectaban al conjunto de la cristiandad fueron tornadas en este sínodo, comenzando por una orden de restitución de las tierras del Patrimonium que hubieran sido usurpadas. Especial interés tienen las disposiciones que prohibían el concubinato de los clérigos, un pecado que se denominaba nicolaísmo, y que quebrantaba una de las bases de la Iglesia occidental, el celibato. Se cursaron órdenes para que todas las autoridades, seculares o espirituales, siguieran prestando apoyo a Cluny, cuya expansión cobraba un ritmo rápido. Definitivamente Magdeburgo fue confirmada como metrópoli de los eslavos «recientemente convertidos», lo que dejaba a Polonia al margen. Otón consiguió que se declarara que Bohemia (la sede de Praga nace poco después) quedaba bajo la custodia de obispos alemanes. Y en relación con España se tomaría el año 971 la decisión de reconocer a Vic la condición de metropolitana en tanto que Tarragona permaneciese en régimen de ocupación. El 972 Oswald, nuevo arzobispo de York, viajaría a Roma para recibir el *pallium* y trazar el programa de una gran reforma monástica en Inglaterra.

Boda imperial. En la fiesta de Navidad del 967, Juan XIII coronó al hijo de Otón I, del mismo nombre, asociándolo de este modo al Imperio. Otón I pretendía extender sus dominios a la frontera meridional italiana, pero evitando el choque con los bizantinos. Envió a Liutprando de Cremona a negociar el matrimonio del joven Otón II con una hija de Juan Tzimisces (969-976), Teófano. De este modo se lograba el recíproco reconocimiento de ambos Imperios. La boda fue oficiada por el papa en Roma el 14 de abril del 972 y sus consecuencias, en el orden político y cultural, fueron importantes. Ante todo se

pretendía llegar a un *modus vivendi*, no sin algunos roces. Pero había ya una frontera entre los dos Imperios. Bizancio conservaba partes de Apulia y de Calabria, haciendo de Otranto una sede metropolitana con cinco sufragáneas, mientras que Juan XIII otorgaba ese mismo rango a Capua y Benevento. En este momento era ya visible una reacción cristiana en el Mediterráneo.

Benedicto VI (19 enero 973 - julio 974)

Nacido en Roma, hijo de cierto Hildebrando, era el candidato imperial y al mismo tiempo el de quienes deseaban la reforma. Elegido en septiembre u octubre del 972, tuvo que esperar varios meses hasta que, de acuerdo con el *privilegium Otonis*, llegara el plácet imperial. La aristocracia romana se había reorganizado en un fuerte partido que dirigía ahora Crescendo I, sobrino de Marozia como hijo de Teodora la Joven. Intentó, sin éxito, suscitar un candidato alternativo con el diácono Franco. Benedicto, que había sido presbítero cardenal de San Teodoro, contando con la protección imperial, pudo continuar las medidas de reforma que aprobaban los sínodos: refuerzo del celibato, extensión del monaquismo y persecución de las costumbres simoníacas. Algunos obispos cobraban tasas por las ordenaciones sacerdotales y por otros servicios ministeriales. La calidad de primada en Alemania fue reconocida a la diócesis de Tréveris.

El 7 de mayo del 973 murió Otón I y se originaron fuertes tensiones en Alemania. Con los alemanes lejos, Crescencio consideró que había llegado para él la ocasión que debía aprovechar. Seguramente contaba con el apoyo bizantino para el levantamiento que desencadenó en junio del mismo año. Benedicto fue preso, llevado a Sant'Angelo y allí estrangulado, mientras que el diácono Franco era entronizado con el nombre de Bonifacio VII. Cuando el representante imperial, Sicco, conde de Spoleto, llegó a Roma, la tragedia se había consumado. A pesar de todo, los imperiales decidieron acabar con el antipapa, al que sitiaron en Sant'Angelo. Franco consiguió huir llevándose consigo parte de los tesoros de la Iglesia; se puso a salvo en el territorio bizantino.

Benedicto VII (octubre 974 - 10 julio 983)

La elección de Benedicto, obispo de Sutri, conde de Tusculum, hijo de David y pariente de Alberico II, fue resultado de un compromiso entre las dos facciones: candidato del bando imperial, resultaba también aceptable para la aristocracia romana. El antipapa Franco protagonizaría, el año 980, una nueva ofensiva que obligó a Benedicto a abandonar Roma, pero las tropas imperiales se encargaron de restaurarle y de devolver a Bonifacio al exilio. De este modo, hasta el 981 no pudo desarrollar en paz su pontificado. Mostraba una estrecha amistad a san Mayeul de Cluny y entusiasmo por la reforma que estaba presidiendo. Una serie de sínodos incrementó progresivamente la libertad de que gozaban sus monasterios, asegurándoles así las condiciones que necesitaban para triunfar. También se ocuparon de reforzar la estructura jurídica en Alemania: el obispo de Maguncia, vicario pontificio, recibió el privilegio

de coronar a los reyes de Romanos, que es como se titulaban los soberanos antes de convertirse en emperadores. Dietrich de Tréveris fue el primer extranjero promovido cardenal de los Cuatro Santos Coronados. A principios del 976 fue confirmado el primer obispo de Praga, Thietmar, con jurisdicción sobre Bohemia y Moravia. En la propia Roma, Benedicto restauró el monasterio griego de los Santos Bonifacio y Alexis, colocándolo bajo la dependencia del patriarca Sergio de Damasco, refugiado en la ciudad a causa de la invasión musulmana.

La larga estancia de Otón II (973-980) en Italia favoreció extraordinariamente la autoridad del papa. Con él compartía el emperador la profunda voluntad de reforma. El principal de los colaboradores eclesiásticos de Otón, Giseler, trasladado a Magdcburgo desde la suprimida sede de Merseburgo, se convirtió en cabeza del gran movimiento de evangelización de los eslavos, que progresaba con creciente rapidez. Una noticia posterior, que ignoramos si es correcta, afirma que Benedicto, antes de ser papa, había hecho una peregrinación a Jerusalén. Tal vez tenga alguna relación con el hecho de que fuera inhumado en la basílica dedicada en Roma a la Santa Cruz.

Juan XIV (diciembre 983 - 20 agosto 984)

Hubo una larga vacante, hasta que Otón II se decidió a ofrecer la tiara a Pedro Canepanova, obispo de Pavía y su vicecanciller, para el reino de Italia. No parece que haya tenido lugar ninguna clase de elección, lo que puede explicar la impopularidad de que desde el primer momento se vio rodeado. Cambió su nombre por el de Juan para que no se repitiera el del príncipe de los apóstoles. El emperador quería tener a un gobernante con experiencia y capacidad que llevara adelante el programa de desarrollo de la Iglesia y también las relaciones con el sur de Italia. La única bula de él conservada, otorgando el *pallium* al obispo Alo de Benevento, responde a los deseos del emperador. Como una consecuencia de tan estrecha dependencia, la muerte de Otón II, a causa de la malaria (7 diciembre del 983) y el retorno de la emperatriz Teófano a Alemania, para garantizar la sucesión de su hijo Otón III (983-1002), demasiado joven, dejaron a Juan XIV en un absoluto desamparo. En abril del 984, contando esla vez con el apoyo de Crescencio, Benedicto VII regresó. Juan, sometido a juicio y despojado, fue encerrado en Sant'Angelo, en donde falleció, por hambre o veneno, el 20 de agosto de aquel mismo año.

Juan XV (agosto 985 - marzo 996)

Crescencio había muerto, el 7 de julio del 984, en el monasterio de San Alejo, en el monte Aventino, adonde se había retirado. Actuaba como cabeza de la aristocracia romana su hijo Juan Crescencio que, en la turbulenta situación que siguió a la muerte del antipapa Bonifacio VIL. consiguió imponer su candidato. Juan XV, hijo del presbítero León, cardenal del título de San Vítale, era un hombre culto y de buena preparación. Teófano no intervino, pues se hallaba con dificultades para lograr el reconocimiento de su hijo en Alemania, de

modo que se volvió en cierto modo a la situación del tiempo de Alberico II, pues Juan Crescencio asumió el título de «patricio» y comenzó a gobernar Roma según su criterio. Aunque reducido a funciones estrictamente ministeriales, Juan XV pudo mantener la línea favorable a la reforma. En el invierno del 989 a 990 la emperatriz Teófano estuvo en Roma reforzando con su cordialidad la posición del papa.

Se trataba, sin embargo, de una posición difícil que sus legados describirían en Constantinopla como de «tribulación y opresión». Era inevitable que, fuera de Roma, se le hiciera responsable de aquella anomalía: en Francia se le acusó de avaricia y de nepotismo. En un punto no vacilaba: apoyándose en las Falsas Decretales pretendía extender a toda la cristiandad su supremacía. Por primera vez se registra un intercambio entre el papa y Wladimiro de Kiev (980-1015). Medió entre Ethclredo de Inglaterra (978-1017) y Ricardo de Normandía (942-996) hasta convencerles de que suscribieran la paz (1 marzo 991). Aceptó el vasallaje que los reyes de Polonia le ofrecieron, garantizando así la independencia del reino y de su Iglesia. Un sínodo, reunido el 993 en Letrán, hizo la primera canonización de que tenemos noticia en la persona de Ulrico, obispo de Ausgburgo.

Conflicto con Gerberto de Aurillac. En junio del 991 se reunió un sínodo de la Iglesia de Francia en San Basilio de Verzy. Sirviendo los deseos de Hugo Capelo, depuso al arzobispo de Reims, Amoldo, y lo sustituyó por Gerberto de Aurillac, uno de los más extraordinarios sabios que ha conocido Europa. Pero algunos obispos y abades, invocando las Decretales, exigieron que se esperase la confirmación pontificia. Esta tardó en llegar. Se suscitó entonces un debate que pudo tener consecuencias muy peligrosas. Por ejemplo, Arnulfo de Orléans sostuvo que tal confirmación no era necesaria cuando los sínodos actúan, como en este caso, conforme a derecho; mezclaba este autor sus argumentos con tremendos ataques a la situación que se estaba viviendo en Roma. Juan XV no quiso decidir por su cuenta: dio poderes a un legado, León, abad del monasterio de San Alejo del Aventino, para que decidiese sobre el terreno. Se celebró un nuevo sínodo en Chelles (993 o 994) y en él se dijeron cosas muy radicales, como que cuando un papa no se atenía a la doctrina de los Padres no era mejor que cualquier hereje ni menos susceptible de excomunión. Por vez primera se sostuvo la tesis de que la Iglesia de un reino tiene derecho a proceder con independencia de Roma. Por fortuna para el papa, la protesta no prosperó: Hugo Capeto necesitaba de Roma para legitimar el cambio de dinastía y por consiguiente sacrificó a Gerberto que, en el sínodo de Mouzon (995), fue declarado como carente de derechos a la sede de Reims. Este percance no impediría a Gerberto llegar a ser papa.

La muerte de Juan Crescencio, a quien sustituyó su hermano, Crescencio II, la de Nomentano (988) y la de Teófano (991), perjudicaron hondamente a Juan XV. El nuevo «patricio» era menos condescendiente que su antecesor. Las relaciones con el papa se hicieron tan difíciles que, en marzo del 995, Juan huyó a Sutri y desde allí pidió ayuda a Otón III. La noticia de que el monarca ale-

man preparaba el viaje y su coronación, movió a Crescencio a reconciliarse con el papa, reinstalándolo en Letrán con todos los honores. Juan XV no tardó en sucumbir a la fiebre (marzo del 996) antes de que el rey de Romanos alcanzara Roma.

Gregorio V (3 mayo 996 - 18 febrero 999)

Nombramiento. Se trata del primer papa alemán. Afortunadamente disponemos de la investigación de Teta E. Moehs *(Gregorius V, 996-999: A Biographical Study,* Stuttgart, 1972) que nos permite comprender los matices de este singular pontificado. Su designación tuvo lugar de la siguiente manera. En Pavía, donde celebraba la Pascua, supo Otón III la muerte de Juan XV. Pasó a Rávena y aquí una delegación enviada por los romanos le solicitaba que designase un candidato que ellos pudieran aclamar. El monarca escogió a un pariente suyo, Bruno, biznieto de Otón I e hijo del duque de Carintia, capellán muy preparado y de gran experiencia en negocios eclesiásticos, a pesar de su juventud. Fue a Roma en compañía de los obispos de Maguncia y de Worms y quedó regularmente elegido. Cambió su nombre por el de Gregorio porque se proponía seguir los pasos de san Gregorio Magno. Su primer acto fue coronar emperador a Otón III (21 de mayo), otorgándole al mismo tiempo el patriciado romano. Intercedió en favor de Crescencio Nomentano, que había sido desterrado, permitiéndole regresar a Roma.

La intercesión no era tan sólo un gesto de clemencia; formaba parte también de un designio político que intentaba convertir la autoridad del papa en un factor de equilibrio entre los dos partidos, el imperial y el aristocrático, evitando los enfrentamientos. Esto le llevó a un cierto grado de independencia respecto al Imperio, del que se benefició por ejemplo el rey de Polonia, Boleslao Chrobry (Boca Torcida) (992-1027), pues la sede de Posen fue puesta a cubierto de las aspiraciones de dominio de los obispos alemanes. También Arnoldoo, arzobispo de Reims, confirmado en su puesto a pesar de la protección que Otón III otorgaba a Gerberto de Aurillac. El emperador compensaría a osle último con la sede de Rávena, obligando además al papa a cederle casi to- -os los poderes que tenía en la Pentápolis y el antiguo Exarcado. Las relaciones entre el papa y el emperador fueron siempre buenas, pero Gregorio V demostró que estaba muy lejos de considerarse como un alto funcionario al servicio del Imperio. La mayor dificultad para él radicaba en la estructura interna del Patrimonium Petri: demasiado extenso, en él convivían dos potestades, laica y eclesiástica, mal delimitadas. Además, la inobservancia del celibato impulsaba a obispos, abades y clérigos a crear verdaderas dinastías, dotando a sus hijos con bienes que eran de la Iglesia. Por eso concedían las abadías cluniacenses o lorenesas tanta importancia a la inmunidad, que les libraba de esta presión feudal. La generalización del vasallaje como modo de relación comenzaba a percibirse como una amenaza para la independencia de la Iglesia. Durante su estancia en Roma, Otón III promulgó una *Capitulare de praedis ecclesiasticis* que intentaba hacer una distinción entre beneficios laicos y eclesiásticos, po-

niendo límites a ese enfeudamiento. Pero la política del emperador buscaba, precisamente, el incremento del vasallaje.

El cisma. En junio de 996 Otón abandonó Roma. Inmediatamente Crescencio renovó sus proyectos de ejercer el poder, recurriendo a la fuerza. El papa pidió al emperador que regresara, pero éste se excusó, delegando la protección de Roma en los duques de Toscana y de Spoleto. En octubre, falto de apoyo, Gregorio abandonó Roma refugiándose en Spoleto, para intentar desde allí la reconquista de la ciudad, que fracasó. A principios del 997 pasó a Lombardía, en un intento de lograr el apoyo de los obispos del reino, entre los que destacaba el de Piacenza, Juan Filagato, maestro de griego del emperador, que acababa de regresar de Constantmopla con una misión que el propio Otón le encomendara. Gregorio presidió en febrero un sínodo en Pavía que puso en vigor antiguas y nuevas disposiciones contra el comercio del dinero en bienes espirituales, esto es, la simonía. Tuvieron, de momento, escasa eficacia.

Pero se había planteado una cuestión que suscitaba un profundo descontento en amplios sectores del clero ganados a esta práctica. Crescencio trató de aprovecharlo declarando que la sede romana, desamparada por Gregorio, se hallaba vacante. Creyó asestar un golpe certero al elegir a Juan Filagato, que tomó el nombre de Juan XVI, y que esperaba el apoyo de su antiguo discípulo además del bizantino, que ya tenía. Pero Otón no aceptó en modo alguno la usurpación. Volvió a Roma en febrero del 998 y procedió a terribles represalias. Crescencio y sus colaboradores, decapitados, fueron luego colgados de los muros de Sant'Angelo. Juan Filagato, mutilado, compareció ante el sínodo y fue condenado a reclusión perpetua en un monasterio.

Gregorio V sobrevivió poco tiempo a estos terribles sucesos. Murió en febrero del 999 víctima de la malaria.

Silvestre II (2 abril 999 - 12 mayo 1003)

Papa del milenio. Siguiendo los consejos de Odilo, abad de Cluny, Otón III promovió la candidatura de Gerberto de Aurillac, el gran sabio, que lomó el nombre de Silvestre II en memoria del contemporáneo de Constantino. Al cumplirse el primer milenio de vida cristiana, el papa y el emperador proyectaban un retorno a las bases mismas del Imperio, haciendo que Europa fuese verdaderamente cristiandad. Conviene recordar que jamás existió el «terror milenario», una leyenda infantil sin fundamento alguno. Sin embargo, Raúl de Glaber, que escribe en torno al año 1044, ya señaló cómo, en el tránsito de uno a otro milenio, se había advertido una especie de despertar, un empujón hacia arriba que era producto en gran medida de la reforma que los monjes venían difundiendo desde un siglo atrás. La obra de Silvestre II reviste una gran importancia.

Nacido aproximadamente el 945, y de familia humilde, Gerberto estudió en Aurillac y luego en Ripoll, a la sombra del abad Atón, que era al mismo tiempo obispo de Vic, aprovechando su formidable biblioteca. Aquí recogió los materiales para su *Introducción a la geometría* y entró en contacto con la obra de

al-Kwarismí y los números arábigos que pasarían a llamarse «guarismos». Entre ellos estaba el cero, capaz de revolucionar todo el conocimiento matemático: en adelante sería teóricamente posible concebir cualquier magnitud numérica y establecer el cálculo decimal. Con este bagaje, viajó a Roma el 970, sorprendiendo al papa Juan XIII, que le presentó al emperador Otón: sus relaciones con la casa imperial ya no se interrumpirían. Instalado en Reims, el obispo Adalberón le tomó bajo su custodia y le puso al frente de la escuela catedral, una de las primeras que estaban evolucionando, todavía de forma imprecisa, hacia la enseñanza superior que daría los Estudios Generales. Viajando mucho, tuvo la oportunidad de actuar ante Otón II en un debate con el maestrescuela de Magdeburgo, Otrico, estando el emperador en Rávena. Impresionado, Otón le nombró abad de Bobbio en razón de la importante biblioteca que allí se estaba formando.

No era adecuada para el inquieto sabio la vida recoleta del monje. Regresó a Reims, donde se convirtió en la mano derecha de Adalberón. Fueron éstos, según Karl Schultess *{Papst Silvester ¡I (Gerbert) ais Lehrer und Staatsmann,* Hamburgo, 1881), los años decisivos en su formación como líder. Ambos, obispo y maestrescuela, intervinieron en el cambio de dinastía ayudando a Hugo Capeto. Pero el papa intervino en favor de los últimos carlovingios y Hugo prefirió esperar hasta que con la muerte de Luis V (987) se agotó la línea. Un vínculo de agradecimiento se estableció entre el rey de Francia y el sabio matemático y astrónomo. A pesar de todo, cuando murió Adalberón, las esperanzas de Gerberto en convertirse en su sucesor no se cumplieron, pues Hugo prefirió dar la sede de Reims como compensación a un bastardo carlovingio, hijo de Lotario, llamado Arnoldo. Hugo trató de rectificar más tarde, al comprobar que Amoldo conspiraba contra él. En páginas anteriores ya hemos visto cómo los papas sostuvieron a Amoldo y las ambiciones de Gerberto quedaron defraudadas.

Universalidad. Perdida la partida de Reims, Gerberto se incorporó a la corte de Otón III, siendo uno de los principales consejeros del jovencísimo emperador. Desde abril del 998 ocupaba la sede de Rávena. Una vez elegido papa defendió con energía las mismas tesis de superioridad pontificia que antes le perjudicaran: confirmó a Amoldo como obispo de Reims, castigando a quienes conspiraran contra él; demostró, sobre todo, ser un campeón de la reforma, combatiendo los tres males que aquejaban a la Iglesia: simonía, nicolaísmo y nepotismo. La reforma tendría en adelante objetivos concretos.

M. de Ferdinandy («Sobre el poder temporal en la cultura occidental alrededor del año 1000», *A. Hist. Medieval,* Buenos Aires, 1948), siguiendo la línea de Schramm, describe la obra conjunta de Otón III y Silvestre II como la creación de un Imperio cósmico, esto es, ordenado en círculos en torno a Roma, del que resultaría una Europa extraordinariamente agrandada y convertida ya en *Universitas christiana,* comunidad de hombres unida en el bautismo. En ella entraban a formar parte, con los antiguos reinos, Polonia, donde Boleslao usaba el título de rey, y Hungría, donde Waljk, convertido en Esteban (1001-1038) tras su cristianización, recibió del propio papa la corona.

Esta tendencia a la universalidad molestaba a la aristocracia romana. En febrero del 1001 estalló una rebelión y Silvestre y Otón tuvieron que abandonar precipitadamente la ciudad. Aunque el papa regresó el año 1002, reasumiendo su autoridad, le faltaba ya el apoyo esencial de Otón, fallecido el 23 de enero del mismo año, sin herederos directos. Juan II Crescencio desempeñaba las funciones de patricio y el papa estaba de nuevo reducido a funciones sacerdotales cuando murió.

Juan XVII (16 mayo - 6 noviembre 1003)

Juan Sicco, hijo de un personaje del mismo nombre, había nacido en Roma. Fue prácticamente designado por Juan II Crescencio, que tuvo en él un instrumento dócil que le servía para asegurarse el poder completo. No ha llegado a nosotros otra noticia que la de haber autorizado al misionero polaco Benedicto a predicar el evangelio entre los eslavos. Ni siquiera se conocen las circunslancias de su muerte.

Juan XVIII (25 diciembre 1003 - junio o julio 1009)

Juan Fasano, hijo de Ursus y de Estefanía, puede haber sido pariente de los Crescencio, a quienes debería su designación. Sin embargo, no parece haberse reducido, como sus antecesores, a las puras funciones eclesiásticas. Estableció cordiales relaciones con Enrique II (1002-1031) que, ayudado por su mujer Cunegunda (ambos son santos), mostraba muy especial interés en promover la reforma. Absorto en los problemas alemanes, san Enrique mostraba poco deseo de intervenir en Italia. Juan XVIII canonizó solemnemente a san Marcial de Limoges y a los cinco mártires de Polonia. Restauró la diócesis de Merseburgo y, de acuerdo con los deseos del rey, fundó la sede de Bamberg en Baviera, para que se ocupase de los eslavos emigrados allí. También es conocido el protectorado que ejerció sobre la abadía de Fleury, cerca de Orléans, a la que declaró inmune de los dos obispos correspondientes a sus dominios.

El año 1004, cuando san Enrique viajó a Pavía para recibir la corona de hierro, Juan XVIII hizo un intento para conseguir que fuera a Roma a fin de convertirse en emperador, pero Crescencio lo estorbó. No convenía al patricio la presencia de los alemanes y estaba buscando un entendimiento con los bizantinos. El *Líber Pontificalís* dice que Juan murió siendo monje en San Pablo Extramuros; esta noticia se interpreta como si poco antes de su muerte hubiera decidido abdicar retirándose a un monasterio.

Sergio IV (31 julio 1009 - 12 mayo 1012)

Pedro, hijo de un zapatero del mismo nombre y de su esposa Estefanía, era obispo de Albano. También fue designado por Juan Crescencio. Se le conocía por el apodo de «hocico de cerdo». Cambió su nombre de acuerdo con la costumbre que impedía a los papas usar el mismo del príncipe de los Apóstoles, un hábito que se ha mantenido hasta hoy. Conservó las buenas relaciones con Enrique II, al que apoyaba en sus esfuerzos de reconstrucción de la Iglesia ale-

mana. Legados pontificios estuvieron presentes en la consagración de la catedral de Bamberg. Los privilegios y posesiones de la de Merseburgo fueron reforzados. Se dio mucha importancia a la canonización de Simeón de Siracusa, un popular ermitaño que vivió en las inmediaciones de Tréveris. En este tiempo llegó a Roma la noticia de que el califa al-Hakam había destruido la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Una leyenda, forjada más tarde, señala a Sergio como el primer príncipe que incitó a los caballeros feudales a organizar una cruzada para recobrarla. De hecho, se estaba produciendo un estímulo a las ciudades marítimas italianas que recobraban el control del Mediterráneo.

Benedicto VIII (17 mayo 1012 - 9 abril 1024)

Elección disputada. La muerte en breve plazo de Sergio y Juan Crescendo, permitiría a los condes de Tusculum, descendientes también de Teofilacto, un relevo en el poder. Los Crescencio designaron a cierto clérigo, Gregorio. Los Tusculanos promovieron a uno de los suyos, Teofilacto, hijo precisamente del conde, que tenía algo más de treinta años de edad, y le instalaron en Letrán por la fuerza. Siendo laico, recibió todas las órdenes de inmediato. Benedicto retuvo para sí el poder supremo, encomendando a su hermano el gobierno civil de Roma con el título de cónsul y duque, pero dejando claro que se trataba de una especie de delegación de la Sede Apostólica. K.-J. Hermann *(Die Tuskulanerpapsttum (1012-1046), Benedikt VIH, Johannes XIX, Benedikt IX,* Stuttgart, 1973) define el cambio producido, en relación con los papas anteriores de este modo: el pontífice era soberano supremo; el cónsul pasaba a ser delegado para la administración del Patrimonium y el cumplimiento de las órdenes que le dieran.

Obligado a huir de Roma, Gregorio viajó a Alemania esperando convencer a Enrique II de las ventajas de su causa, pero el rey le recibió en Pohlde (Sajonia) con deliberada frialdad. Le prohibió usar su oficio hasta que él mismo fuera a Roma y decidiera en el pleito «conforme a la costumbre romana». Esta actitud permite suponer que tenía tomada ya su decisión. Parece que Enrique II había tomado contacto con Benedicto recibiendo de él las garantías que necesitaba acerca de su propia política. Antes de concluir el año 1012 se había producido el reconocimiento. Desde este momento se borran las huellas de Gregorio, que aparece mencionado únicamente como un antipapa.

Enrique II en Italia. A diferencia de Juan Crescencio, Benedicto VIII decidió estrechar las relaciones con Enrique II: a un papa dueño del poder, convenía la existencia de un emperador. Al tiempo que remitía la confirmación de los privilegios concedidos a Bamberg, cursaba la invitación, que fue aceptada, para que Enrique II viajara a Roma para ser coronado. La ceremonia tuvo lugar el 14 de febrero de 1014. En este viaje tuvo el emperador la oportunidad de dispersar toda oposición en Lombardía, siendo ahora firme dueño del reino. Dejó a su hermano Amoldo instalado en la sede metropolitana de Rávena. En esta ciudad se reunieron las dos cabezas, y Benedicto, para congratularse con Enrique II, dispuso que la costumbre alemana de cantar el Credo en la misa se

incorporara a la liturgia universal: en ese texto se incluía el *Filioque*. Juntos presidieron un sínodo en que se tomaron por primera vez resoluciones de ambas autoridades acerca de la disciplina del clero. El problema que en aquellos momentos llamaba principalmente la atención era el de la dispersión de bienes como consecuencia del concubinato, que se había extendido especialmente en Italia.

Ausente el emperador, Benedicto dedicó su atención a los problemas del Mediterráneo y del sur de Italia. Ataques musulmanes habían tenido lugar contra Pisa los años 1004 y 1011, mientras que una flota venida de Baleares desembarcaba tropas en Cerdeña (1015). Benedicto logró reunir en una alianza su propia flota con las de Genova y Pisa, procediendo a la reconquista de Cerdeña e impulsando el entusiasmo de los italianos para una ofensiva que a partir de este momento se desarrolló con éxito creciente. En otro campo, el papa apoyó a dos jefes rebeldes, Meles y Dattus, que se habían alzado contra la autoridad bizantina en el mediodía; como una consecuencia se rompieron, una vez más, las relaciones con el patriarcado. Favoreció incluso que caballeros mercenarios, venidos de Normandía de Francia, se pusiesen al servicio de dichos rebeldes: abría de este modo perspectivas entonces poco presumibles. Al principio, toda la maniobra pareció discurrir por mal camino: los rebeldes fueron derrotados en Cannas y las tropas bizantinas llegaron a amenazar Roma (1019).

Benedicto emprendió el viaje a Alemania en busca de ayuda, y en la Pascua del 1020 se entrevistó con el emperador en Bamberg. Enrique II le hizo entrega de un documento que era réplica del famoso *privilegium otonianum*, manifestando la voluntad de cumplirlo, y concertó una expedición a Italia, poniendo la reforma de las costumbres como objetivo principal. El emperador y el papa viajaron en compañía de un fuerte ejército, reuniendo en Pavía un sínodo cuyos cánones se incorporaron a las leyes del Imperio: se usaron expresiones muy fuertes contra la simonía y el concubinato eclesiásticos; los hijos nacidos en estas uniones sacrilegas seguirían en todo caso la condición social inferior de cualquiera de sus progenitores. Se trataba de conseguir un clero célibe, celoso cumplidor de sus deberes y custodio atento de los bienes eclesiásticos. Una meta que parecía aún muy lejana pero para la que se contaba con san Odilo y sus monjes: las dos potestades garantizaron a Cluny todo su apoyo. Todas las disposiciones se confirmaron en otro sínodo, en Roma. Las operaciones militares en el sur de Italia consiguieron el restablecimiento de las fronteras.

Conflicto con Maguncia. Era mucho lo que Benedicto consiguiera gracias a aquel cambio que le daba absolutamente la iniciativa en Roma, y a la estrecha amistad con Enrique II. La autoridad correspondiente al primado estaba segura. Lo demuestra el hecho de que no tuviera inconveniente en entrar en conflicto con uno de los más poderosos obispos alemanes, Aribon de Maguncia. Un sínodo celebrado en esta sede había disuelto, alegando razón de parentesco, el matrimonio del conde de Hammerestein. La esposa, sintiéndose injustamente tratada, apeló a Roma. Aribon convocó un segundo sínodo (1023) tratando de impedir la apelación sin poner en duda la primacía del papa: se dijo

que para que la apelación pudiera tener lugar se necesitaba que el pecador cumpliera la penitencia —debía ejecutarse la separación— y también que el obispo concediera su permiso. Benedicto rechazó las dos condiciones y, considerándolas un abuso, privó a Aribon del *pallium.* Poco tiempo después de la muerte del papa, una intervención de Enrique II zanjaría el conflicto. Quedaron en suspenso las acciones contra Irmgarda y se la permitió apelar ante Roma.

Juan XIX (19 abril 1024 - 20 octubre 1032)

Persona discutida. Se trata del hermano de Benedicto, que hasta entonces ejerciera las funciones de cónsul. Hubo de recibir todas las órdenes porque se trataba de un laico. Nuevamente quedaron en olvido aquellas cláusulas que determinaban que tuviera que haber un plácet previo del emperador. El cronista Raúl de Glaber, que tiene empeño en trazar una aureola siniestra en torno a su persona, afirma que repartió mucho dinero entre el clero y el pueblo para asegurar su elección; añade que durante el primer año de su pontificado recibió una embajada de Basilio II, «Macedónico» (963-1025), que mediante espléndidos donativos y ofertas trataba de obtener el reconocimiento de «ecuménico» para el patriarca de Constanlinopla, equiparándolo de este modo al papa y dividiendo por este medio a la Iglesia en dos partes absolutamente iguales, y que, movido por la codicia, Juan estuvo a punto de ceder, aunque se lo impidieron los cluniacenses. De todas estas noticias, propagandísticas en favor del Imperio, piensa H. E. J. Cowley *(The Cluniacs and the Grogorian Reform,* Oxford, 1970) que debe ser retenido al menos un dato. Contra lo que Tellenbach y la escuela de Friburgo sostuviera, la orden de Cluny no fue neutral en todo este proceso: ella estaba implicada en el refuerzo de la autoridad del papa precisamente porque la culminación de su empresa dependía de la supremacía romana. Juan XIX completó la inmunidad de la gran congregación eximiéndola de las sentencias de excomunión y entredicho pronunciadas por los obispos.

Relevo en el Imperio. Había muerto, en 1024, san Enrique. Conrado II, que no tenía sus mismas aspiraciones espirituales, viajó a Italia, para posesionarse del reino lombardo y luego ser coronado emperador en San Pedro (26 de marzo de 1027). A esta ceremonia, que tuvo un gran relieve, asistieron dos reyes, Rodolfo III de Borgoña (993-1032), y Knut el Grande de Dinamarca e Inglaterra (1017-1035). Era una prueba de cuánto se había progresado en poco más de medio siglo. Knut obtuvo en esta visita que se cambiaran las gruesas sumas que había que abonar en el momento de la concesión del *pallium,* y se sustituyeran por una renta anual de carácter regular. Conrado, que permaneció poco tiempo en Italia, tuvo la impresión de que se hallaba ante un papa débil incapaz de oponerse a lo que a él convenía. Así consiguió que se colocara a Grado bajo la jurisdicción de Aquileia y se otorgara a ésta la condición de metropolitana. En un claro gesto de despotismo, el emperador, atendiendo las quejas del obispo de Constanza, obligaría a la abadía de Reichenau a entregar las vestiduras pontificales con las que su abad oficiaba, para ser destruidas.

Benedicto IX (21 octubre 1032 - septiembre 1044; 10 marzo - 1 mayo 1045; 8 noviembre 1047 - 16 julio 1048)

La elección. Una amenaza terrible se cernía sobre el pontificado, al cerrarse el círculo familiar, cuando Alberico **III,** conde de Tusculum, y hermano de los dos anteriores papas, promocionó a su propio hijo, Teofilacto, que cambió su nombre por el de Benedicto. Era sin duda muy joven, aunque no un niño, como algunas fuentes tratan de decir. El poder iba a ser en la práctica ejercido por su padre. La *Crónica* de Desiderio de Montecassino atribuye a este papa toda suerte de vilezas, si bien los historiadores entienden que se mezclan evidentes exageraciones para la propaganda. Hubo, como puede suponerse, una línea de continuidad con el pontificado anterior, incluyendo la estrecha alianza con Conrado **II.** En Cremona el emperador exigió la deposición de Alinardo, arzobispo de Milán, para dar paso a un candidato suyo; el papa demoró un año la resolución, para dejar sentado que era necesario un juicio previo, pero al final accedió. Benedicto tomó parte personalmente en la expedición de Conrado al sur de Italia, aportando tropas que Pandulfo de Salerno, marido de su tía, proporcionó. Esta acción le permitió una ganancia: el 1 de julio de 1038 la abadía de Montecassino fue puesta bajo la directa dependencia de la Sede Apostólica. En el sínodo romano de abril de 1044, reinando ya Enrique **III** (1039-1056), devolvió a Grado su carácter de sede patriarcal.

La revuelta. Las facciones romanas seguían en pie. En septiembre de 1044 los Crescencio provocaron una revuelta en Roma y obligaron al papa a huir. Durante meses dos bandos se combatieron en las calles de Roma. El 20 de enero de 1054 los Crescencio convencieron a Juan, obispo de la ciudad de Sabina, que era una especie de capital de sus dominios, para que aceptase ser elegido papa. Cambió su nombre por el de Silvestre III. Probablemente es falsa la noticia de que pagó abundantemente por este cargo. El 10 de marzo del mismo año, Benedicto conseguía regresar a Roma, expulsando a su rival, que retornó a Sabina, cubierto por la protección de los Crescencio, y reasumió sus funciones episcopales.

La segunda etapa en el pontificado de Benedicto IX fue muy breve ya que el 1 de mayo abdicó en favor de su padrino Juan Graciano, arcipreste de San Juan ante Portam Latinam y perteneciente a una acaudalada familia de banqueros, Pierleoni, de origen judío. Benedicto había exigido como condición para su renuncia que se le indemnizase por los gastos sufridos, que se fijaron en la suma de 1.500 libras de oro. Esta transacción, en la que intervino un converso, pariente de Graciano, Baruc/Benito, constituía, por encima de las formas electorales que se cumplieron, un caso claro de simonía. Los que apoyaron al principio a Graciano con la esperanza de que diera el impulso decisivo a la reforma, en especial san Pedro Damiano, quedaron profundamente decepcionados.

Sínodo en Sutri. Ahora había tres personas que podían titularse papas: Juan Graciano, que tomó el nombre de Gregorio VI en memoria de san Gregorio Magno; Benedicto IX, dimisionario, retirado a los dominios de su familia

en Tusculum; y Silvestre **III** que vivía en Sabina. Enrique III, que estableció relaciones con Gregorio, como si aceptara su legitimidad, le invitó a convocar un sínodo en Sutri, cerca de Roma (20 diciembre de 1046) a fin de tomar decisiones que permitiesen aclarar la compleja situación. El rey de Romanos se demoró un tanto en Pavía para presidir una asamblea que renovase las sentencias contra la simonía. Silvestre III fue condenado a deposición y privado de las órdenes sagradas, debiendo pasar el resto de su vida en un monasterio, aunque sabemos que continuó durante años oficiando como obispo. Benedicto IX, que no asistió, fue también depuesto bajo la grave acusación de simonía. Respecto a Gregorio VI, cuyo nombre se mantendría en la lista de papas, hay cierta inseguridad: parece que fue obligado a abdicar señalándosele una nueva residencia en Renania bajo la custodia del obispo Hermann de Colonia. En este destierro le acompañaba uno de sus principales colaboradores, el monje Hildebrando, que llegaría a ser el alma de la reforma.

En Sutri, según señala K.-J. Hermann *(Die Tuskulaner...)* se produjo un verdadero vuelco de la situación. Se volvía a la elección en presencia del emperador o sus mandatarios, lo que daba a éste un poder decisivo, y se rompía la norma ya secular de los papas romanos. Había triunfado la conciencia de que la cristiandad tenía que ser llevada lejos por el camino de la reforma.

Clemente II (24 diciembre 1046 - 9 octubre 1047)

El primero de los papas de la nueva serie respondió a una sugerencia directa del emperador: se trataba de Suidger, obispo de Bamberg en Baviera, conde de Morsleben y Hornburg, que tomó el nombre de Clemente II. Se había ofrecido la tiara previamente a Adalberto de Hamburgo-Bremen (1000? - 1072?), pero este prelado de enorme prestigio se negó a aceptarla. El nuevo papa tenía tras de sí una larga y fructífera carrera eclesiástica. Su primer acto, el mismo día de Navidad, consistió en coronar emperadores a Enrique **III** y su esposa. El monarca volvió a asumir el título de «patricio de los romanos» y acompañó al papa en la presidencia del sínodo que se inició el 5 de enero de 1047 y en el que se adoptaron nuevas disposiciones en la lucha contra la simonía. Los papas de origen germánico, como ya señalara K. Guggenberger *(Die deutschen Papste,* Colonia, 1916), iban a mostrarse como hombres profundamente religiosos, denodados luchadores en favor de la reforma. Entre los obispos alemanes comenzaban a surgir voces críticas: el «cesaropapismo», es decir, el sometimiento de los papas al emperador, no resultaba conveniente. Wazon, en Lorena, estaba ya sosteniendo algunos argumentos como que la abdicación forzada de Gregorio VI no era legítima y que la reforma tenía que ser emprendida desde el interior de la Iglesia y no desde el Imperio.

Concluido el sínodo, Clemente II acompañó al emperador en su viaje por el sur de Italia: pronunció el anatema sobre Benevento cuando esta ciudad se negó a abrir las puertas a Enrique. Volvió a Roma en febrero. No tenemos noticias de que Miguel Cerulario (1043-1058), nuevo patriarca de Constantinopla, le enviara las cartas sinódicas acostumbradas; desde luego el nombre del papa

había dejado de figurar desde bastantes años antes en los dípticos. Clemente acumuló privilegios sobre la sede de Bamberg, a la que no había renunciado. Pero también se volcó en favor de Cluny. Un hombre honesto, espiritual, aunque probablemente no genial, impulsaba desde dentro la vida de la Iglesia. Murió en la abadía de San Tommasso, cerca de Pésaro, el 9 de octubre de 1047. Su cadáver sería enviado a Bamberg para su inhumación.

Dámaso II (17 julio - 9 agosto 1048)

Un nuevo poder estaba emergiendo en el centro de Italia, afectando a la vida de los Estados de la Iglesia: Bonifacio di Canossa, que al contraer matrimonio con Beatriz de Lorena se convertiría en marqués de Toscana. Antonio Falce *{Bonifacio di Canossa, padre di Matilde,* Reggio, 1927) ha demostrado cómo la política alemana tuvo en él un apoyo absoluto, pero tan sólo en la medida en que esta política coincidía con los intereses de la sede romana. En el momento de la muerte de Clemente II, mientras los enviados de la aristocracia y del clero romanos viajaban para pedir al emperador un nuevo candidato, Benedicto IX acudió a Roma desde Tusculum, intentando convencer a Bonifacio de que su regreso era regular. Las órdenes de Enrique III fueron bien distintas: había designado a Poppo de Bressanone, obispo de Brixen. El 17 de julio de 1048 el marqués de Toscana expulsó definitivamente a Bonifacio. Poppo, que lomó el nombre de Dámaso II, sólo reinó veintitrés días.

León IX (12 febrero 1049 - 19 abril 1054)

La elección. Ante los propios romanos, el prestigio de Enrique III había crecido: las personas por él escogidas habían devuelto al pontificado su alto significado espiritual y a la ciudad el orden y la paz; de ahí que al producirse la muerte de Dámaso II, el Senado y el clero se dirigieran a él pidiéndole una nueva propuesta. Al principio su preferencia se dirigía a Alinardo, obispo de Lyon, pero acabó decidiéndose por Bruno, obispo de Toul, que había demostrado una gran eficacia en varias misiones. Nacido el 21 de junio de 1002, hijo de Hugo, conde de Egisgheim y de Dagsbourg, alsaciano, estaba muy enraizado con los programas de reforma de los monasterios de aquella región. Conrado II, su pariente, le había encomendado misiones diplomáticas, pero era en su calidad de obispo como demostró energía, habilidad y espíritu sacerdotal. Cuando Enrique III, estando en Worms, le comunicó su decisión, en diciembre de 1048, le respondió que sólo aceptaría si los romanos le reconocían unánimemente. Así pues, viajó a Roma en hábito de peregrino y fue recibido con aclamaciones, pudiendo ser consagrado el 12 de febrero de 1049. El nombre escogido apelaba a la protección del Magno.

Equipo de reformadores. En ese gesto no había ninguna desconfianza al emperador, aunque sí la afirmación de un espíritu de libertad interna que es la misma que exigía en el Concilio de Reims del 1049. W. Brocking *(Die Franzosische Politik Papst Leo IX,* Stuttgart, 1891) ya destacó, hace más de un siglo, que este sínodo fue como el acelerador de la reforma. Precisamente en Francia

comenzó entonces a marchar con mayor rapidez porque los Capetos, que deseaban corregir los excesos del vasallaje, esperaban de ella un fortalecimiento y no una debilidad de su poder. Pero León IX hizo algo más importante todavía: crear el equipo colectivo de la reforma, con un predominio bastante claro de loreneses: Humberto de Moyenmoutier, Federico de Lorena, Hugo el Blanco, Pedro Damiano y, desde luego, san Hugo de Cluny (1024-1109). Desde Lorena trajo también a Hildebrando, el colaborador de Juan Graciano, al que ordenó de subdiácono para ponerle al frente de la administración romana. A. Fliche *(Études sur la polémiquc religieuse á l'époque de Grégoire VII. Les prégrégoriens,* París, 1916) insiste: ha habido cierta exageración al atribuir a Hildebrando un papel de dirección casi absoluta en la reforma: la huella de los loreneses es muy profunda; fueron ellos los que descubrieron que sin libertad en las elecciones eclesiásticas, dicha reforma se encontraría desprovista de raíces.

León IX atacó muy duramente el concubinato de los clérigos en Roma, pero necesitaba de los obispos en cada sede, para atacar con eficacia un problema que no bastaba con denunciar. Llegó a la conclusión de que en la simonía, ese complejo tráfico de los grandes oficios, se encontraba la clave de todo. La simonía fue declarada pecado contra la fe, pues se opone a la acción del Espíritu Santo, y convierte lo sagrado en profano. En cierta ocasión el papa llegaría a plantear la cuestión de si debían considerarse inválidas las ordenaciones de manos de un obispo simoníaco —un debate que se había producido ya en el pasado al anularse los actos de un antipapa o antipatriarca—, pero Humberto, cardenal de Silva Candida, en su *Líber gratissimus* explicó que, en términos de doctrina cristiana, la validez de un sacramento es independiente de la dignidad o indignidad del ministro.

Frente a la herejía. Para extender su doctrina, León IX viajó infatigablemente. De este modo se daba la sensación, de un modo práctico, de que el papa era y actuaba como cabeza de la cristiandad y no simplemente como el primero de los obispos residentes en Roma. En mayo de 1049 presidió un sínodo en Pavía. Luego fue a Colonia, Aquisgrán, Lieja, Tréveris y, naturalmente, Toul. En octubre de ese mismo año estaba presidiendo el ya mencionado sínodo de Reims. Una asamblea, celebrada en Maguncia, contó con la presencia del emperador. En 1050, vuelto a Italia, León recorrió el sur de la península, ahora libre de sarracenos, visitando Salerno, Amalfi, Benevento, Gargano y Siponte, dejando en todas partes claramente establecida la autoridad romana. En ese preciso momento, y como una de las secuelas doctrinales generadas por la simonía, el papa se enfrentó con el primer hereje moderno occidental, Berengario de Tours (1000? - 1088).

Aunque no son demasiado precisas nuestras fuentes de información, Berengario afirmaba, al parecer, que la presencia de Cristo en la eucaristía no es «real» sino «virtual». De este modo resolvía las dudas que se venían formulando en torno a la validez de los sacramentos impartidos por simoníacos y nicolaístas: el pan seguía siendo pan y el vino vino, antes como después de la consagración. El sínodo de Letrán de 1050 declaró que dicha doctrina era herética,

invitando en consecuencia a Berengario a arrepentirse y a suscribir una declaración de ortodoxia. Bercngario buscó el amparo de Enrique I, rey de Francia (1031-1060), y acabó sometiéndose. Ante el concilio que presidía en Tours Hildebrando, en calidad de legado apostólico, firmó la declaración de fe que se le pedía. Otros sínodos, en Velletri y Florencia, se ocuparon de posibles errores en torno a la eucaristía.

Cividale. Antes de fin de año, León IX había reemprendido sus viajes: por Borgoña, Lorena y Alsacia, alcanzó Augsburgo para presidir, junto con Enrique III, otro sínodo (2 febrero 1051). Recorrería después el norte de Italia, comprobando la marcha de la reforma. El año 1052 volvería a Alemania para tratar con el emperador de otro asunto, esta vez político. Los mercenarios normandos, a los que el propio pontificado pusiera en relación con el rebelde Mcles, crecidos en número por sucesivas emigraciones, se habían agrupado en torno a los cuatro hijos de Tancredo de Hauteville y actuaban con absoluta independencia. Argiro, el hijo de Meles, reconciliado con Bizancio, proponía ahora una alianza entre el emperador Constantino y León para acabar con estos rebeldes que se habían vuelto peligrosos. Enrique III accedió a transferir a la sede romana el gobierno de Benevento y otros lugares inmediatos pero, aconsejado por su canciller, Gebhardt de Eichstadt, eludió participar en la campaña. Operando por su cuenta, los bizantinos fueron derrotados. También León IX sufrió un duro revés en Cividale (16 julio 1053) y cayó prisionero. Antes de recobrar la libertad hubo de firmar un tratado que significaba el pleno reconocimiento del principado normando.

Cisma de Oriente. Hubo una consecuencia inesperada. El patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, era opuesto a los planes de Argiro y del emperador, pues entendía que la intervención del papa en aquella campaña implicaba un reconocimiento de su autoridad sobre las Iglesias del sur de Italia. Decidió forzar una nueva ruptura. Para ello, en 1053 inspiró una carta del metropolitano de Bulgaria, León de Acrida, al obispo Juan de Trani, en la que se acusaba a los occidentales de serias desviaciones doctrinales: uso de pan ázimo en la eucaristía, ayuno en los sábados y autorización para comer animales ahogados. El cardenal Humberto de Silva Candida dio la respuesta, afirmando al mismo tiempo la supremacía de la sede romana. Confiando en su alianza con el emperador, León IX decidió el envío a Constantinopla de una embajada en la que, junto al mencionado cardenal, figuraban Federico de Lorena y el obispo Pedro de Amalfi. Cerulario preparó ruidosas manifestaciones de protesta y exigió de los legados que le prestaran homenaje. Luego rompió las negociaciones afirmando que las cuestiones doctrinales eran competencia exclusiva del santo sínodo oriental. Los legados abandonaron Constantinopla. El emperador, que quería salvar *in extremis* la alianza, les volvió a llamar, pero Cerulario, que dominaba la situación, invocó al pueblo en alboroto y logró que el sínodo formulara acusaciones contra Roma. Los legados se encolerizaron y, a punto de abandonar definitivamente la ciudad, depositaron en el altar de Santa Sofía, el 16 de julio de 1054, una bula de excomunión. Seguramente no se percataban de

que esta vez la ruptura iba a ser definitiva. Las dos excomuniones eran defectuosas, pues se hacían en nombre de un papa que había fallecido y estando la sede vacante a un patriarca que no había tenido ocasión de redactar nuevas cartas sinodales.

Entre otras decisiones de este importante pontificado figuran la prohibición de calificar a Compostela de *sedis apostolicae* y la de otorgar a los arzobispos de Hamburgo-Bremen la vicaría general sobre los países del norte.

Víctor II (13 abril 1055 - 28 julio 1057)

Vacante el solio, el clero romano despachó una legación, presidida por Hildebrando, para pedir al emperador un candidato. Cinco meses de negociaciones transcurrieron hasta que fue designado Gebhardt de Eichstadt, el canciller antes mencionado. Nacido en Suabia, en torno al 1018, e hijo del conde Hartwig, gozaba de la plena confianza de Enrique III; exigió, como condición previa a la aceptación, que fueran devueltos a la sede romana algunos territorios que usurpaban las autoridades imperiales. Tomó el nombre de Víctor II y mantuvo en plenitud de funciones el equipo de reformadores. En el Concilio de Florencia (4 de junio de 1055) que presidió junto con Enrique II, al renovar las sentencias contra la simonía y el nicolaísmo, éstas se hicieron extensivas a cuantos enajenasen bienes eclesiásticos. Logró que el emperador le transfiriera el ducado de Spoleto con Trani a fin de fortalecer la defensa del Patrimonium frente a los normandos; sin embargo, mantuvo escrupulosamente la tregua firmada por su antecesor.

En el equipo llegó a faltar Federico de Lorena. El hermano de éste, Godofredo el Barbudo, con gran disgusto del emperador, se había casado con Beatriz de Lorena, viuda ya de Bonifacio de Toscana. De este modo dos grandes dominios, vitales para el Imperio, se unían peligrosamente en una sola mano. La persecución desencadenada por Enrique III llevó a Beatriz y a su hija Matilde (1055-1115) a prisión y a Federico de Lorena a buscar refugio en Montecassino. Pero el 5 de octubre de 1056 murió el emperador. Víctor II, que se hallaba presente, tomó muy eficaces disposiciones para asegurar al niño Enrique IV (1056-1106) en el trono y a su madre Inés en la regencia hasta que el nuevo príncipe alcanzara la mayoría de edad. Desde esta posición logró la reconciliación con Godofredo y la sede romana pudo contar con un muy fuerte apoyo en Toscana, que resultaría precioso en los difíciles tiempos posteriores. Federico de Lorena se reincorporó a la corte pontificia siendo ahora abad de Montecassino y cardenal de San Crisógono.

En estos años Hildebrando, legado en Francia al igual que los arzobispos de Arles y de Aix, impulsaba poderosamente la reforma en este país. La investidura no tenía en él las características que había llegado a cobrar en Alemania. La popularidad de Víctor II se mide por un hecho. Cuando falleció en Rávena, los moradores en esta ciudad se negaron a que sus restos fuesen enviados a Alemania y los sepultaron en Santa María la Rotonda, junto a la tumba de Teodorico el Ámalo.

Esteban IX (2 agosto 1057 - 29 marzo 1058)

La elección. La estrecha vinculación entre el pontificado y el Imperio había conseguido no sólo hacer viable la reforma de la sociedad cristiana, sino fortalecer la sede romana. A juicio de Antón Michel *(Humbert und Kerularios, P*aderborn, 1925-1930), se había pagado un precio muy alto: la división de la Iglesia en dos mitades, pues a partir de este momento el papa sería cabeza únicamente de la Iglesia occidental; la destitución de Cerulario no restablecería la unidad. En 1057, uno de los depositarios que marcó aquella ruptura, Federico de Lorena, ceñía la tiara. Según Giuseppe Alberico *{Cardinalato e collegialitá: studi sull'ecclesiologia tra l'IX e il XV secólo,* Florencia, 1969), los cardenales habían conseguido ser los únicos representantes del clero de Roma. Y ellos protagonizaron un giro, todavía no muy brusco, pero que rompía la línea hasta entonces seguida de solicitar del emperador un candidato: ellos le eligieron el 2 de agosto —de ahí que Federico de Lorena tomara el nombre de Esteban— sin que se alterara en lo más mínimo la promesa de concordia. Inmediatamente después de la elección, una legación presidida por Hildebrando viajó a Alemania para comunicar el hecho a la regente Inés. Pero no se trataba ya de recabar una autorización, sino de colocar a la corte ante los hechos consumados, pues el día 3 de agosto Esteban IX había sido consagrado.

Derivaciones: la patada. Hildebrando había recibido en este viaje otra misión: informarse de los graves sucesos que estaban produciéndose en Milán, donde la reforma, unida a la protesta por la mala conducta de los eclesiásticos, se estaba convirtiendo en una revuelta en favor de la pobreza *(pataria).* Un sacerdote, Ariando de Varese, y un noble, Landulfo Cotta, aparecían al frente del movimiento, cuyo extremismo podía perjudicar la reforma. Esteban, entre tanto, elevaba a san Pedro Damiano al rango de obispo de Ostia y cardenal, lo que le situaba en una especie de segundo puesto. J. Leclercq *{Saint Pierre Damien, cremite et homme d'Église,* Roma, 1960) explica cómo este gran motor de la reforma disentía de algunos otros miembros del equipo en que consideraba imprescindible la colaboración del emperador para llevar adelante el programa, En el extremo opuesto, Humberto de Silva Candida, que a su regreso de España estaba componiendo el *Adversas simoniacos,* estaba dando un paso adelante de gran significado: simonía era cualquier intervención de laicos en nombramientos eclesiásticos y la reforma tenía que coincidir con una radical independencia. Aunque parece que Esteban IX compartía más el punto de vista del segundo que del primero, no quiso prescindir de nadie dentro del equipo. La reforma parecía contar ahora con tres puntos de apoyo: Hildebrando, Humberto y Pedro Damiano, cuyas opiniones no coincidían en todo. Detrás estaba Godofredo el Barbudo, el hermano del papa, a quien se encomendó el gobierno de la marca de Ancona y de Spoleto; unidos estos dominios a Toscana, proporcionaban una plataforma militar.

Poco antes de morir, Esteban IX recomendó a quienes le rodeaban que no procedieran a una nueva elección hasta que Hildebrando hubiera regresado de su viaje. Y fue obedecido. Murió en Florencia.

Nicolás II (6 diciembre 1058 - 19 o 26 julio 1061)

Elección en discordia. Hubo un interregno. La nobleza romana, dirigida por Gregorio de Tusculum y Gerardo de Galería, aprovechó la ausencia de los cardenales para intentar una recuperación de su poder, haciendo aclamar por el pueblo a Juan, apodado Mincius, cardenal obispo de Velletri, que tomó el nombre de Benedicto X. La elección podía calificarse de prudente, pues Juan Mincius pertenecía al grupo de reformadores y su nombre había sonado incluso entre los posibles papas. Como Pedro Damiano se negó a consagrarlo, tuvo que acudir al arcipreste de Ostia. Los cardenales que permanecían en Roma le negaron obediencia y fueron a reunirse en Florencia con los demás miembros del colegio. Hildebrando había regresado y estaban en marcha negociaciones con la regente Inés y con Godofredo de Lorena. Asegurados estos apoyos se reunieron en Siena para elegir al obispo de Florencia, Gerardo, que tomó *el* nombre de Nicolás II. Durante nueve meses pudo Benedicto X ejercer enl Roma funciones de papa.

Un sínodo reunido en Sulri excomulgó a Juan Mincius, despojándole de sus beneficios. Las tropas loscanas se encargaron de expulsarle de Roma y, después, de poner cerco al castillo de Galera hasta conseguir que el conde Gerardo le entregara. Bonifacio reconoció la legitimidad de la sentencia contra él, se despojó de sus cargos y se retiró a una de las propiedades de la familia. Los reformadores no se conformaron. Hildebrando se encargó de conducirlo preso a Roma para ser sometido a juicio, mientras él protestaba de que había sido elegido papa contra su voluntad. Considerado culpable, fue degradado en ceremonia pública y encerrado en el hospicio de Santa Inés en la vía Nomentana. El resultado de esta contienda era bien claro: los cardenales, ausentes de Roma y sin consulta al pueblo, habían procedido a rechazar a un candidato y elegir a otro, entronizándolo después.

Decreto electoral. Esta victoria y el cambio subsiguiente fueron confirmados en el sínodo romano de la primavera de 1059 que aprobó el decreto *Praeducens sint,* determinando el procedimiento que debía seguirse en la elección de papa. Constaba de tres fases: primero, los cardenales obispos se reunirían para escoger un candidato; luego comunicarían con los otros cardenales el resultado de su decisión; por último, el electo sería presentado al pueblo para su aclamación. Antón Michel *(Papstwahl und Kónigsrecht, oder das Papstwahl-Konkordat von 1059,* Munich, 1936) descubre en el documento un aspecto capital. En adelante, y como resultado de los trabajos de Humberto de Silva Candida, el mecanismo electoral se reducía a un colegio muy reducido de cardenales obispos y ni siquiera sería necesario que se reuniesen en Roma. A pesar de que —sobre esto llama la atención A. Fliche *{La reforme grégorienne,* I, París, 1924)— se introdujese en el documento la fórmula de estilo, *«salvo debito honore et reverentia dilecti filii nostro Henrici»,* era evidente la intención de prescindir en absoluto de la intervención del emperador o de sus representantes.

El decreto de 1059 establecía el procedimiento de elección colegial que, con algunas variantes, ha perdurado hasta nosotros. Esto no significa que se aplica-

ra en todas las vacantes posteriores. En aquel momento los cardenales eran 53, de los cuales 25 poseían «título» sobre una de las iglesias romanas, y siete eran obispos suburbicarios (Ostia, Porto, Albano, Santa Rufina o Silva Candida, Sabina, Frascati —Tusculum— y Preneste —Palestrina—). En el mismo sínodo de 1059, al renovar los cánones contra la simonía y el nicolaísmo se mencionó por vez primera una condena de la «investidura», esto es, la entrega de un oficio eclesiástico por parte de un laico a un clérigo. De momento, la nueva ley no se aplicó porque se temía la reacción de los príncipes soberanos y especialmente del emperador. Pero el principio jurídico se había establecido.

Había motivos sobrados para este temor. Toda la estructura social y la de gobierno se apoyaban entonces en el vasallaje, es decir, el principio contractual de una fidelidad personal a la que se hacía coincidir con la libertad; fuera de ella sólo quedaban los siervos o los semilibres. La idea de que existe una obligación pública, como de súbdito a rey, general, había sido sustituida prácticamente y de manera universal por esa obligación privada de vasallo a señor. Las iglesias, parroquiales o episcopales, en cuanto que formaban parte del entramado social, se sujetaban a ese principio mediante la investidura, un término que en principio significaba la entrega de un beneficio por el señor al vasallo. Para el emperador la cuestión era especialmente grave, ya que los vasallos eclesiásticos, célibes, constituían el principal apoyo de su gobierno. Ahora los cánones del 1059 no sólo le despojaban de su intervención en el nombramiento de papas (algo que podía presentar como un poderoso servicio a la Iglesia, al liberar a su cabeza de la opresión a que la sometieran las facciones romanas), sino que ponía en peligro la estructura misma del Imperio. El sínodo había revelado, además, cuánta energía acumulada tenían los reformadores: Berengario de Tours fue de nuevo juzgado y obligado a firmar un texto en que se reconocía la presencia real de Cristo en la eucaristía sin que se admitiesen tergiversaciones ni simples disquisiciones dialécticas.

Acuerdo con los normandos. Para prevenirse de una probable reacción imperial, Nicolás II, siguiendo los consejos de Hildebrando y de Desiderio de Montecassino, decidió operar una reconciliación plena con los normandos: en el sínodo de Melfi (agosto de 1059), uno de los hijos de Tancredo de Hauteville fue investido como vasallo de la sede romana en razón de su título de príncipe de Apulia y Calabria, con derecho de conquista sobre Sicilia, en poder de los musulmanes. El primer servicio que los normandos prestaron fue, precisamente, el asedio y rendición de Galería. Nuevos sínodos, en 1060 y 1061, insistieron en sus sentencias contra la simonía. Nicolás II envió legados a todos los países de Occidente para reclamar el establecimiento de la liturgia romana, comunicar los decretos de reforma y explicar los objetivos que con ella se perseguían. Pedro Damiano y Anselmo de Lucca visitaron Milán, entrando en contacto directo con los «patarinos» y buscando el modo de reducir a disciplina el movimiento. Guido, el arzobispo, y sus clérigos, manifestaron que aceptaban plenamente la reforma; en un gesto lleno de significado, el prelado compareció ante el sínodo romano de 1060, recibiendo del papa el báculo y el anillo, como

si considerara inválida o insuficiente la anterior investidura que obtuviera de manos del emperador.

Sin embargo, cuando el cardenal Esteban, a quien se confió la legación en Alemania, llegó a la corte de Enrique IV, encontró un ambiente muy desfavorable. El arzobispo Annon de Colonia, que había llegado a convertirse en uno de los principales consejeros, maniobró de forma tal que el legado no fue recibido. Presagio de ruptura en torno a la cuestión concreta de las investiduras laicas. En 1061 un sínodo de obispos alemanes rechazó los decretos del 1059, excomulgó a Nicolás II y declaró nulos sus actos. De modo que las espadas estaban en alto cuando la muerte del papa, en Florencia, evitó lo que parecía un choque frontal.

Alejandro II (30 septiembre 1061 - 21 abril 1073)

El cisma de Cutíalo. La nobleza romana envió una embajada a Enrique IV con las insignias de patricio, pidiendo que, de nuevo, designara un papa sin tener en cuenta el decreto de Nicolás II. La regente Inés y sus consejeros aceptaron la idea. Pero los cardenales, guiados por Hildebrando, se adelantaron eligiendo el 30 de septiembre a Anselmo de Lucca, un milanés, antiguo discípulo de Laníranco (1010-1089), que había servido en la corte de Enrique III y figuraba, según C. Volante *(La potaría milanese e la riforma ecclesiastica,* Roma, 1955), entre los fundadores del movimiento de los patarinos. Como ya indicamos, era uno de los legados que restableció la paz en Milán en 1060. Esta elección, efectuada por los cardenales según el decreto de 1059, no fue consultada a la regente; los obispos alemanes, que rechazaban el mencionado decreto, la consideraron ilegítima. A finales de octubre de 1061, el canciller de Inés de Aquitania, reunió en Basilea a un grupo de enemigos de la reforma, predominando los obispos lombardos, y procedió a una nueva elección en favor de Pedio Cadalo, obispo de Verona, miembro de una acaudalada familia alemana establecida *desde* hacía tiempo en Italia, el cual tomó el nombre de Honorio III. En abril del 1062 pudo Honorio instalarse en Roma, adonde llegó Godofredo de Toscana, en mayo, con instrucciones precisas: ordenó a los dos electos que se retiraran a sus respectivas diócesis hasta que el emperador decidiera quién era el más conveniente. Seguramente Alejandro II temía que dicha decisión le fuera desfavorable.

lin este momento se produjo en Alemania un golpe de Estado: estando la corte en Kenilworth, Annon de Colonia, Otón de Nordheim y Egberto de Brunswick, se apoderaron de la persona de Enrique IV y declararon terminada la regencia. Fue Annon (1010? - 1075), convertido ahora en el principal de los consejeros, quien recomendó el cambio de política: había que atraerse a Alejandro II y a su equipo de reformadores como un medio para fortalecer la posición del futuro emperador. La experiencia demostraba que el decreto de las investiduras seguía sin aplicarse y la estrecha alianza podía ser un medio para que no se usase jamás. El reconocimiento vino acompañado, sin embargo, de golpes de autoridad: un sínodo celebrado en Augsburgo se erigió en arbitro

de la disputa, examinando los *Disceptatio synodalis;* y fue Godofredo quien, en 1063, y siguiendo las órdenes del emperador, se encargó de reinstalar a Alejandro en Roma; finalmente el papa fue obligado a comparecer en mayo ante un sínodo en Mantua, jurando en manos de Annon que su elección no era simoníaca.

Se había logrado un acuerdo. Según S. G. Borino *(L'investidura laica del decreto di Nicolo II al decreto di Gregorio VII,* 1956), se apoyaba un principio pragmático: el decreto de las investiduras laicas quedaba en suspenso y reducido a un plano teórico, al no indicarse las penas en que incurrían los que fuesen de este modo posesionados. El sínodo laterano del 1063, que endureció las normas al prohibir la asistencia a misas celebradas por sacerdotes concubinarios, limitó la condena de las investiduras a aquellos que las recibían sin permiso del ordinario. Por su parte, Enrique IV renunció a sus demandas de divorcio respecto a Berta de Turín, sometiéndose a las disposiciones pontificias.

Se amplía la reforma. Sin éxito, hubo en estos años un intento de establecer contacto con el emperador de Bizancio, Miguel VII (1071-1078). Los bizantinos perdieron entonces su última posición en Italia, Bari, y encontrándose en grave peligro en su frontera oriental, perdieron interés en las relaciones occidentales. Eran los normandos los que ahora emprendían la reconquista de Sicilia.

El pontificado de Alejandro II se prolongó el tiempo suficiente para que la reforma cuajara. Por medio de legados, el papa iba tomando la dirección de los asuntos en los distintos reinos. Directamente mostraba a los monjes la importancia del rezo en común, estableciendo la misa comunitaria en cada centro, en la hora de tercia y como culminación del oficio divino. Respondió a los regalos que le hiciera Roberto Guiscardo (1015? -1085) a costa del botín de Sicilia, enviándole el estandarte de san Pedro; este mismo estandarte ondeó en la batalla de Hastings cuando Guillermo de Normandía logró la corona británica en 1066. Detrás de cada legado y de cada relación política marchaba lo que podríamos llamar la nueva Iglesia.

Los reformadores, al difundir los cánones aprobados en los sínodos, planteaban a los reyes un problema de muy difícil solución: los obispados, las abadías y en algunos casos las iglesias simples, poseían abundantes bienes materiales que constituían el patrimonio, del que dependían para su existencia y su acción pastoral y benéfica; algunos de dichos bienes eran de nuda propiedad («alodios»), pero en su mayor parte se trataba de beneficios, es decir, feudos entregados a cambio de una relación de vasallaje. Una solución simple, como hubiera sido la renuncia a tales feudos, cobrando automáticamente independencia, resultaba imposible porque hubiera reducido a los eclesiásticos a la impotencia. Los monasterios tenían un recurso supremo, entrar en la «encomienda» directa de la sede romana, pero esto no estaba al alcance de todos. En sentido contrario, la abundancia de bienes materiales despertaba codicia: se buscaba el oficio episcopal o abacial no por su ministerio, sino por su riqueza.

Primera cruzada. La península ibérica estuvo mejor preparada para la reforma porque en ella el vasallaje, aunque extendido, no había alcanzado la radicalidad de otras partes y porque abundaban las inmunidades. Por eso el cardenal Hugo Cándido en su acción como legado, cosechó abundantes éxitos. Por otra parte, el rey de Aragón, Sancho Ramírez (1043-1094), que temía el empuje que desde dos fronteras podía ejercerse sobre su reino, viajó a Roma para poner su persona y bienes al servicio de la sede romana. Como un signo de cambio se adoptaría en su reino desde 1071 la liturgia romana; no tardó en extenderse también a Castilla y León. Siguiendo el ejemplo de Sicilia, se predicó desde Roma una especie de guerra santa contra los musulmanes en 1064. Ésta fue la «cruzada de Barbastro», un precedente para las expediciones posteriores a Tierra Santa. Los combatientes lucraban beneficios espirituales.

Milán, un conflicto. Apuntaba el conflicto. Guido, arzobispo de Milán, impotente ante la pataria, decidió renunciar a su mitra devolviendo a Enrique IV el báculo y el anillo con que fuera investido por el emperador al comienzo de su pontificado. Y murió muy poco después (23 de agosto de 1071). Enrique procedió de acuerdo con la costumbre, nombrando a un clérigo de nombre Godofredo. Estalló la revuelta colocándose al frente de la misma un noble, Erlembaldo, que enarbolaba el estandarte del papa: los reformadores se reunieron y procedieron a elegir a otro arzobispo, Aton. Como Enrique IV mantuviera su designación, Alejandro II, en el último sínodo que presidió, en la Pascua de 1073, excomulgó a cinco consejeros del monarca —aunque no al rey mismo— acusándoles de simonía. Una grave disensión quedaba abierta en el momento de la muerte del papa.

Gregorio VII, san (22 abril 1073 - 25 mayo 1085)

Su personalidad. De nuevo estamos ante uno de los grandes papas. Mientras se celebraban los funerales de Alejandro II, se alzó el clamor popular, refrendado más tarde por los cardenales, pidiendo a Hildebrando que fuera papa. No era sacerdote y hubo de ser ordenado en mayo de 1073. Sin embargo, retrasó deliberadamente su consagración hasta el 29 de junio a fin de que coincidiera con la fiesta del Apóstol. Al tomar el nombre de Gregorio, legitimaba indirectamente al que fuera su patrón, dimitido en Sutri. Figura de extraordinaria importancia es también, lógicamente, muy controvertida. Para A. Fliche *(La reforme grégorienne,* II: *Gregoire VII,* Lovaina, 1925; *Saint Grégoire,* París, 1920) se trata de la figura más sobresaliente de su siglo, un santo de dimensiones capaces de cambiar el mundo. En cambio, A. J. Macdonald *(Hildebrand. A Ufe of Gregoire VIL* Londres, 1932), expresando un punto de vista protestante, lo considera el personaje nefasto que impidió, como en el caso de Berengario de Tours, las derivaciones hacia la libertad. Esa contradicción sigue presente en los historiadores, aunque probablemente traduce juicios subjetivos lejanos a la realidad. Nos puede ayudar mucho la observación de J. P. Whitncy *(Hildebrandine Essays,* Cambridge, 1932) en sus cinco profundos ensayos: sin duda se ha otorgado demasiada importancia al enfrentamiento con Enrique IV,

descuidando otros aspectos mucho más importantes: la obra de Gregorio VII se reflejó, en espacio y tiempo, sobre toda la cristiandad y únicamente así puede entenderse; hasta 1081 los problemas del Imperio ocuparon tan sólo una parte de su atención y fue después de esta fecha cuando se convirtieron en dominantes; por último, es imprescindible tratar de comprender su obra desde las coordenadas de pensamiento de su propia época.

Hijo de Bonizo, un toscano de cierta fortuna aunque no noble, Hildebrando había nacido en Soana en una fecha que debemos situar entre los años 1020 y 1025. Enviado por su familia a ser educado en el monasterio de Santa María del monte Aventino, donde su tío era abad, fue ordenado subdiácono e integrado en la capilla de Juan Graciano, Gregorio VI, al que acompañó al destierro. A la muerte de éste, en el otoño de 1047, se recluyó en Cluny o en alguno de los monasterios de esta congregación. León IX, como ya explicamos, le llamó a Roma para convertirlo en administrador del tesoro y prior de San Pablo. Desde entonces es uno de los hombres de confianza, motor de la reforma, que acumula experiencia de los negocios públicos, sirve como legado en Francia (1054 y 1056) y Alemania (1057) desempeñando el archidiaconado. En el momento de ceñir la tiara, heredaba un conflicto con Enrique IV, cinco de cuyos consejeros estaban excomulgados. Es importante señalar que conservó siempre un buen recuerdo de Enrique III, al que los miembros del equipo consideraron, sin vacilaciones, como un modelo de monarca reformador.

«Dictatus Papae». Gregorio VII tenía trazada de antemano una línea de conducta que, apoyándose en las Falsas Decretales, reivindicaba para la Sede Apostólica la primacía absoluta, la cual debía traducirse en leyes. Existía una compilación de cánones que databa del 1050. Otras tres se redactaron después: *Breviarium* o *Capitulares* de Atton, *Collectio canonum* de su antecesor, Anselmo de Lucca, y la Recopilación del cardenal Deusdedit. De este modo, explica Paul Fournier *{Les collections canoniques romaines á l'époque de Grégoire VII*, París, 1918), se disponía de un elenco completo que evitaba recurrir al Pseudo Isidoro y que abarcaba los puntos esenciales: primado de Roma apoyado en el encargo de Jesús, elecciones canónicas de acuerdo con la costumbre de la Iglesia, decretos contra simonía y nicolaísmo, e inmunidad eclesiástica. Ellos venían a ser como los cinco pilares de toda una obra. El rigor, a veces aspereza, con que el papa exigía el sometimiento a tales principios, sin matices ni flexiones, puede ayudarnos a comprender que en un momento de especial tensión, otro de los reformadores, partidario de negociaciones sutiles y pausadas, llegara a llamarle «San Satanás».

Sin embargo, pocas veces se enfrenta el historiador con tanta claridad de pensamiento. Según K. Hoffmann *(Der Dictatus Papae Gregors VII; eine rechtsgeschichte Erklarung,* Paderborn, 1933), las 27 proposiciones conocidas como *Dictatus Papae* (es difícil discernir si se trata de un genitivo «del papa» o de un ilativo «para el papa») no tenían otro objetivo que guiar, mediante principios apodícticos, el trabajo de los canonistas. Entre ellas hay algunas cortantes como espadas: «Sólo el romano pontífice debe ser llamado universal»; «El papa es el

único cuyos pies besan los príncipes»; «Tiene facultad para deponer a los emperadores»; «El papa no puede ser juzgado por nadie»; «Puede desligar a los súbditos del juramento de fidelidad prestado a los inicuos». El programa contenido en este documento implicaba una auténtica revolución, pues destruía el núcleo esencial de la estructura política, el vasallaje, reclamando para la Iglesia y sus clérigos una completa desvinculación del mismo. No aspiraba a ningún poder, sino al servicio: Cristo había puesto sobre los hombros de Pedro y sus sucesores la tarea de guiar a los hombres hacia el verdadero fin de su existencia, que es la salvación eterna, único bien absoluto, único necesario. Los dos poderes, explica Elie Voosen *(Papante et pouvoir civil á l'époque de Grégoire VII,* Gembloux, 1927), poseen el mismo origen, Dios, y por caminos distintos persiguen la misma meta: pues quien pierde su alma pierde toda su existencia. La dependencia de la fe es, en Gregorio VII, absoluta. Como consecuencia de este planteamiento, el poder principal es el del espíritu, siendo necesariamente el temporal subsidiario de éste y dependiente, para tener legitimidad, de no perder de vista su sometimiento al fin esencial de la salvación eterna. Porque el cristianismo no era para él una opinión, a la que el hombre puede adherirse o no, sino la verdad absoluta a la que todos, independientemente de su voluntad, se hallan sujetos, los santos para la salvación, los pecadores para la eterna condenación. La Iglesia, que se ocupa de las almas es, objetivamente, superior al Imperio, que sólo tiene el cuidado de los cuerpos. El poder espiritual, custodio del orden moral, genera autoridad; el temporal únicamente la recibe de aquél. Un emperador o príncipe cualquiera, si rehuyera estos deberes o se opusiera a ellos, se convertiría en tirano, servidor del diablo; se le debe convertir o, en caso extremo, suprimir. Verdaderamente resulta en extremo difícil comprender este argumento desde una mentalidad contemporánea.

Los sínodos. Con Hildebrando, la reforma cluniacense, que trataba de modificar la existencia humana para acercarla a Dios, se convierte en gregoriana que pretende la transformación de las estructuras sociales. Elegido papa contra su voluntad *(«reluctanti impositum* est») este hombre de escasa estatura y voluntad de hierro, se sintió convertido en instrumento del Espíritu Santo, cuya inspiración buscaba en la oración contemplativa, como los monjes. Pero no intentaba reducir a la Iglesia a una vida monástica. Sentía muy acuciante el amor al prójimo, el anhelo de conseguir su salvación: esto explica las vacilaciones en relación con Enrique IV que tanto le perjudicaron: no quería la destrucción, sino la conversión del emperador. Cristo, verdadero hombre además de Dios, era el gran modelo a imitar. Por encima del amor a los hombres san Gregorio colocaba el amor a la Iglesia, que es la esposa de Cristo.

La reforma, organizada sistemáticamente por los sínodos que se reunían todos los años a partir de 1073, no aparecía como algo nuevo: simonía, nicolaísmo e incluso investidura laica, habían sido condenados sucesivamente a lo largo de un siglo, protagonizando una lucha cuyo resultado comenzaba a inclinarse cada vez más en favor del papa. Algunos colaboradores de Gregorio VII le reprocharon que iba demasiado deprisa. La resistencia principal no vino de par-

te de los reyes, sino de los obispos, que veían derruirse parte de su poder, obligados además a cambiar de vida. El 25 de enero de 1075 escribió a Hugo de Cluny que estaba tan decepcionado ante esta resistencia, que pedía a Jesús le enviase pronto la muerte. Ese mismo año el abad de Pontoise, san Gualterio, que defendía ante el sínodo de París la reforma con gran vehemencia, fue maltratado y llevado a prisión por los soldados del rey Felipe I (1060-1108). El vigor de la resistencia, que alteró seriamente la velocidad de la marcha, explica que al final de su pontificado hubiera cierta sensación de fracaso: nada más engañoso. Gregorio VII provocó el gran vuelco. Iba a permitir edificar a la Iglesia sobre presupuestos nuevos y la autoridad pontificia que él construyó es precisamente la que ha llegado hasta nosotros.

Condena de Berengario. Ante todo, la doctrina. Berengario de Tours, que había sido condenado varias veces porque seguía empeñado en decir que no sólo los accidentes sino también la sustancia del pan y del vino permanecían después de la consagración, apeló a Roma pidiendo una aclaración doctrinal. Fue juzgado en los sínodos de 1078 y 1079, donde aceptó una fórmula que reconocía en la eucaristía la realidad sustancial del cuerpo y de la sangre de Cristo. Reconciliado, el papa prohibió que se le tratara como hereje. En el fondo, la pobreza del lenguaje teológico occidental era responsable en parte de la confusión. Volvió a insistir en que el término *substancialiter* inserto en la fórmula que él jurara, se refería a las especies de pan y vino. Por eso tendría que comparecer ante otro sínodo en Burdeos (1080), mostrando deseo de rectificar en aquello que se declarara erróneo. Murió en la comunión de la Iglesia. Pero el episodio resultaba importante en un aspecto: la Iglesia latina necesitaba desarrollar su trabajo intelectual. El impulso a las escuelas y a los que en ellas profesaban, fue una de las consecuencias de la reforma.

Hechos concretos. Las tres cuestiones, simonía, concubinato e investidura laica, como se vio claramente en el sínodo cuaresmal del 1075, estaban profundamente imbricadas, de modo que o se las desarraigaba conjuntamente o la reforma fracasaría. El abad Ruperto sintetizaba las investiduras en una frase: *«non electione, sed donus regís episcopus fiebat»*. Mientras la designación recayera en personas excelentes, como había sido frecuente en tiempos de Enrique II, el mal no se revelaba en toda su extensión. Geroch de Reichesberg nos dice que con la llegada de Enrique IV al trono se había producido una terrible indisciplina: se buscaban funcionarios eficientes y no santos. La medida era universal: el rey de Francia nombraba directamente los obispos de Sens, Reims, Lyon, Bourges y, en general, todos los que estaban en su patrimonio; en el resto del país lo hacían de uno u otro modo los grandes señores feudales. Los compromisos adquiridos en virtud del nombramiento, expresados a veces en dinero, obligaban a los titulares a resarcirse con sus súbditos. Obispos y abades, con investidura laica, no se diferenciaban ni siquiera en lo externo del resto de la jerarquía feudal: también ellos vivían con sus mujeres e hijos. Se invocaba en Occidente el ejemplo de la Iglesia griega, que consentía al clérigo casado antes de su ordenación, conservar su familia.

Conviene no exagerar, dejándose arrastrar por la propaganda que fue muy fuerte en esta contienda. Tenemos una muchedumbre de obispos y abades ejemplares, dentro del sistema. Para modificarlo y hacer presente su autoridad, Gregorio VII hizo un uso muy amplio del nombramiento de legados: Hugo de Dye en Francia, Amando de Oleron en Languedoc y la Marca Hispánica, Ricardo de San Víctor en España, Anselmo de Lucca en Lombardía, Altmann de Passau en Alemania. Ellos procedieron a aplicar los decretos sinodales. Estos nombramientos servían también para ampliar el ámbito de presencia. Dinamarca, con nueve obispados, pagaba el «sueldo de san Pedro», y Suecia se adhería definitivamente al cristianismo. Las relaciones de Polonia, Bohemia y Hungría con Roma se hicieron constantes. Gregorio VII envió a Zvonimir, de Croacia y Dalmacia, el *vexillum Petri* como a Roberto Guiscardo; intervino en favor de Iziaslav de Kiev y de su propio hijo Jaropolk, ayudándoles a recobrar el trono.

La reforma triunfó fácilmente en España, donde la simonía y el nicolaísmo eran menos frecuentes, por medio de los sínodos de Gerona (1078) y de Burgos (1080): la vieja liturgia mozárabe cedió el paso a la romana y los monarcas españoles se vincularon muy estrechamente al pontificado. Fueron grandes los avances en Francia, donde nunca se llegó a una ruptura a pesar de que Felipe I, cuyas costumbres dejaban mucho que desear, seguía practicando la investidura. Las relaciones con Guillermo de Inglaterra, a través de Lanfranco de Canterbury, fueron cordiales, y ello a pesar de que el rey en nada modificó su cerrado cesaropapismo, uno de los más persistentes, prohibiendo incluso a los obispos acudir a Roma sin licencia suya.

Amplios horizontes, crecimiento de energía. Los obispos de Burdeos, Sens y Reims, fueron depuestos y excomulgados sin que hubiera necesidad de recurrir a las leyes contra la investidura laica. Europa estaba siendo ya la Cristiandad. Desde 1071, destruido el ejército bizantino en la batalla de Manzikert, y percibiéndose los grandes movimientos de agitación berberisca en el norte de África, pesaba sobre ella una nueva amenaza. Gregorio VII, que había participado probablemente en los preparativos de la cruzada de Barbastro, pensó en el desarrollo de una guerra santa contra el Islam mediante dos expediciones, una hacia España, a cuyo frente estaría Ebulo de Roucy, un hermano de Roberto Guiscardo, cuñado de Sancho Ramírez de Aragón, y la otra en Anatolia para salvar al Imperio bizantino. En 1074, respondiendo a una embajada de Miguel VII, envió a Constantinopla a Domingo de Grado para proponer el plan: la recuperación de Anatolia era cuestión de vida o muerte para Bizancio. Naturalmente el papa esperaba lograr de este modo la unión de las dos Iglesias. La muerte de Miguel VII —a quien sucede Nicéforo III (1078-1081) y en 1080 Alejo Comneno (1081-1118)— y la oposición radical del patriarca, impidieron que esto cuajara. Pero la idea fue recogida por Roberto Guiscardo y sus nobles normandos, bien que ellos estaban pensando en una ampliación de su fuerza militar. Guiscardo llegaría a apoderarse de Durazzo, pero sería expulsado tras una derrota.

Choque con Enrique IV. Todos los proyectos se vieron afectados y a veces destruidos por el enfrentamiento con el emperador. Enrique IV, embebido entonces en la necesidad de combatir la revuelta de Sajonia, no manifestó ninguna inquietud ante el nombramiento de Hildebrando. Éste se apresuró a enviar dos legados para comunicarlo, al tiempo que aludían a la reforma. Los obispos alemanes se inquietaron y Liemaro de Bremen viajó a Roma tratando de frenar la impetuosidad del nuevo papa. Transcurrió más de un año. Las primeras cartas entre Gregorio y Enrique están llenas de afecto y no parecen presagiar la ruptura ulterior: el 7 de diciembre de 1074, cuando el papa comunicó a Enrique sus proyectos de guerra en Oriente, a la que pensaba acudir, le dijo que, en caso tal, la Iglesia de Roma quedaría bajo la custodia del emperador.

Pero en febrero de 1074 el sínodo cuaresmal aprobaba un canon riguroso que incluía la investidura laica entre los pecados de simonía y nicolaísmo, estableciendo además la pena correspondiente que era deposición. B. B. Borino («Il decreto di Gregorio VII contro le investiture fu promúlgato nel 1075», *Studi gregoriani,* 1959-1961) parece haber demostrado que dicha disposición fue inmediatamente promulgada en forma de decreto imperativo: no era, por tanto —y así lo entendieron los obispos alemanes—, un canon para la prudente matización en su empleo, sino un mandato expreso. Enrique IV entendió que se trataba de un ataque a la propia estructura del Imperio: sin obispos (acababa de nombrar a los de Spira, Lieja, Bambcrg, Spoleto y Fermo por el método directo de la investidura laica), la fuerza centrífuga de los príncipes territoriales quedaría sin contrapartida. Los obispos lombardos, amenazados muy directamente por la pataria, compartían esta actitud aunque por motivos personales. Mientras duró la rebelión sajona, Enrique IV mostró una voluntad negociadora, aceptando incluso que se produjera la primera deposición en el obispo de Bamberg.

Pero el 8 de junio de 1075 la victoria le permitió afirmarse en el trono. Entonces decidió rechazar el decreto: la chispa que permitió provocar el incendio fue el nombramiento de Tedaldo como arzobispo de Milán. Uno de los seis consejeros imperiales excomulgados por Alejandro II, el conde Eberhardo, estaba ahora combatiendo la pataria y tratando de lograr un acuerdo con Roberto Guiscardo.

Enrique IV se engañó: llegó a creer que la posición de su adversario ante la nobleza romana era débil y que podía ser derribado por un movimiento interno. En la Navidad del 1075 se produjo un atentado contra el papa, acaudillado por Cencio de Prefecto y otros partidarios del antiguo antipapa Cándalo. Pero Gregorio, preso mientras celebraba la misa, fue liberado por una fuerte reacción popular que le condujo en triunfo hasta Santa María la Mayor, obligando a Cencio a huir hasta refugiarse en la corte de Enrique. Por otra parte, Roberto Guiscardo estaba más interesado en sostener la causa del papa que en aliarse peligrosamente con el emperador, mientras que la marquesa Matilde de Toscana, con su marido, mostraba una más que favorable actitud progrcgoriana (N. Grimaldi, *La contessa Mathilde e la sua stirpe feudale,* Florencia, 1928). Hil-

debrando no quería la ruptura: envió sus legados, que llegaron a Goslar el 1 de enero de 1076 e invitaron al rey a que cediera en sus pretensiones. La respuesta de Enrique fue convocar a la Dieta en Worms para el 24 de enero del mismo año.

Los personajes más antigregorianos en esta Dieta fueron el antiguo legado en España, cardenal Hugo Cándido, ahora excomulgado, y el obispo Guillermo de Utrech. Con la anuencia de muchos prelados alemanes —luego se sumaron los de Lombardía—, todos de la estricta obediencia de Enrique, se denunció la ilegitimidad de Hildebrando, «falso monje», invitándole a que abandonara el solio. Esta conminación hubo de transmitirla Rolando de Parma en el sínodo cuaresmal correspondiente a aquel año. En medio de las naturales propuestas, Gregorio respondió excomulgando al rey y desligando a sus súbditos del juramento de fidelidad. No invitaba a una nueva elección, sino que dejaba abierta la puerta a la reconciliación. Enrique IV, que recibió la noticia en Utrech, donde pudo celebrar la Pascua sin dificultad, anunció que en un nuevo sínodo a celebrar en Worms para la fiesta de Pentecostés, se iba a proceder a la elección de un nuevo papa. Casi nadie respondió ahora a su llamamiento. Una cosa era protestar contra un decreto y otra muy distinta provocar un cisma.

Canosa. Algunos grandes príncipes, Rodolfo de Suabia, Güelfo de Baviera y Bertondo de Carintia, contando con numerosos apoyos, tomaron la decisión de reunirse en Tribur (octubre 1076) en compañía de los legados Altmann de Passau y Sicardo de Aquileia. Acordaron que, transcurrido el plazo de un año desde la excomunión, si el rey no lograba reconciliarse con el papa, la Dieta, convocada para Augsburgo el 2 de febrero de 1077, procedería a una nueva elección. Tras una reiterada serie de sucesiones de padre a hijo, los príncipes reivindicaban ahora la costumbre alemana de que el monarca es elegido por los príncipes que representan las *stamme* que integran su nacionalidad. Sintiéndose en aquel momento el más débil, Enrique decidió montar lo que, a juicio de la mayor parte de los historiadores, no pasaba de ser una farsa, si bien Lino L. Ghirardini *(L'imperatore a Canossa,* Parma, 1965; *L'enigma di Canossa,* Bolonia, 1968; *Chi a vinto in Canossa?,* Bolonia, 1970) propone fijar la atención en un aspecto: aquella humillación, por falsa que fuera, tenía que influir negativamente en el prestigio del emperador. Gregorio fue invitado por los príncipes a presidir la Dieta de Augsburgo.

En su viaje a Alemania el papa alcanzó el castillo de Canosa, propiedad de Matilde. El emperador venía a su encuentro. En tres días sucesivos (25 a 28 enero 1077) compareció Enrique en hábito de penitente, y permaneció ante las puertas cerradas. Los ruegos de Hugo de Cluny, Adelaida de Saboya y la propia Matilde, hicieron que, al final, el papa accediera a recibirle restableciendo la comunión bajo dos condiciones: dar satisfacción a las querellas de los príncipes y otorgar al papa un salvoconducto, cuando debiera ir a Alemania. Moralmente la penitencia de Canosa era una victoria del papa: a sus brazos llegaba el arrepentido emperador. Políticamente el éxito correspondía a Enrique IV, que recibía la legitimación de su poder. Así sucedió que cuando los príncipes,

decepcionados —ninguna satisfacción se les había ofrecido—, procedieron a elegir a Rodolfo de Suabia como rey en Forcheim, cerca de Bamberg (marzo de 1077), Gregorio ordenó a los legados que se mantuvieran neutrales.

Segunda excomunión. Las fuertes convicciones religiosas (lograr el arrepentimiento del pecador y no su muerte) habían decidido Canosa. Esas mismas dictaban ahora la conducta del papa: entre dos pretendientes, a él correspondía juzgar sobre su legitimidad. En el fondo, ninguno de los dos bandos en lucha deseaba que llegara a producirse un arbitraje, pues sin la menor duda vendría acompañado de fuertes concesiones a la Sede Apostólica. Dos legados, los obispos de Albano y de Padua, respectivamente, comenzaron a recoger la información necesaria, pero Enrique les prohibió incluso el viaje: estaba dominando la rebelión de los príncipes y comenzaba la confiscación de bienes a sus enemigos. Ante el incumplimiento de las condiciones de Canosa, y la negativa a aceptar los legados, unidos al concreto rechazo a suprimir la encomienda que pesaba sobre la abadía de Hirsau, Gregorio volvió a pronunciar la excomunión durante el sínodo cuaresmal del 7 de marzo de 1080.

El 25 de junio del mismo año un sínodo de 30 obispos alemanes y lombardos, reunido en Brixen, condenó a Gregorio como culpable de herejía, magia, simonía y pacto diabólico, proponiendo para sustituirle a Guiberto, obispo de Rávena. La pugna, convertida ahora en doctrinal, dio origen a numerosos opúsculos de propaganda. El 15 de octubre de 1080 murió Rodolfo de Suabia, y aunque los rebeldes eligieron para sustituirle a Hermann de Salm, su bando se había debilitado lo suficiente como para no causar inquietudes al rey, que comenzó a preparar su expedición a Italia. Enrique celebró en Verona la Pascua de 1081 y se hizo coronar en Milán como soberano de los lombardos. Combatiendo, llegó hasta Roma, que sufrió dos asedios, en 1081 y 1082. San Hugo de Cluny trató de mediar entre los dos bandos aunque sin resultado. Desde el 1083 los imperiales eran dueños de San Pedro y de la ciudad leonina, pero hasta el 21 de marzo de 1084 no consiguieron cruzar el río tomando el resto al asalto. Tres días más tarde Guiberto de Rávena, elegido por el clero y el pueblo, era consagrado papa Clemente III y procedía a la coronación del emperador (31 de marzo). Entonces acudieron los normandos de Roberto Guiscardo que rescataron a Gregorio VII, refugiado en Sant'Angelo, y se lo llevaron a Salerno. Detrás quedaba Roma, víctima de saqueos e incendios; algunos cardenales que hasta entonces siguieran a Hildebrando, se pasaron al bando del emperador. Y Gregorio VII murió el 25 de mayo de 1085, pronunciando las palabras del Salmo: «amé la justicia y aborrecí la iniquidad». Ese mismo día las tropas cristianas entraban en Toledo.

Hasta el día de su muerte, el 8 de septiembre del año 1100, Guiberto, pariente de los margraves de Canosa, seguía titulándose papa. Curiosamente se trataba de uno de los amigos de juventud de Hildebrando, que mucho influyera sobre Alejandro II para que le consagrara obispo. Ambos se distanciaron luego por razones de política: para Guiberto de Rávena la reforma tenía que hacerse a través del emperador, no en contra suya. Cuando los normandos ocu-

paron Roma, él se retiró a su sede ravennata, que no había abandonado. Nunca careció de partidarios. Nunca, tampoco, logró el reconocimiento más allá de un determinado círculo.

Víctor III, san (24 mayo 1086 - 16 septiembre 1087)

Gregorio VII había recomendado tres nombres para su sucesión: Anselmo de Lucca, Hugo de Lyon y Eudes de Ostia, pero los cardenales prefirieron a Desiderio (Danfari), abad de Montecassino, porque era un hombre pacífico que en 1082 incluso había sufrido temporal excomunión por su empeño en llegar a una paz negociada. Contaba casi sesenta años y desde 1058 se hallaba al frente de la famosa abadía cuyas rentas, prestigio y biblioteca incrementó extraordinariamente. En 1059 fue nombrado presbítero cardenal y vicario de todos los monasterios del sur de Italia. En calidad de tal logró la reconciliación de Roberto Guiscardo con la sede romana. Acogió al papa cuando éste huía de Roma, brindándole hospitalidad en su monasterio, y estuvo luego a su lado en el momento de la muerte. Jordano, príncipe de Capua, influyó cerca de los cardenales en su favor.

Consciente de la oposición que su nombramiento despertaba entre los gregorianos más radicales, Víctor se retiró a Montecassino, reasumiendo las funciones de abad, y sólo aceptó ser papa después de que un sínodo reunido en Capua así lo acordara. El 9 de mayo de 1087, liberada finalmente la ciudad leonina por los normandos, pudo ser consagrado. Entonces convocó el sínodo de Benevento, donde fue ratificada la excomunión de Enrique IV. Enfermo, débil y condescendiente, residió muy poco tiempo en Roma. Sin embargo, fue precisamente en este momento cuando los genoveses y pisanos formando parte de la milicia romana, llevaron a cabo la conquista de Mehdia, en el norte de África: el botín de guerra fue invertido en la catedral de Pisa. La reacción ofensiva en el Mediterráneo ya no se detendría. Víctor III murió en Montecassino.

Urbano II (12 marzo 1088 - 29 julio 1099)

Elección. Clemente III se mantenía aún en Roma cuando los cardenales, reunidos en Terracina, procedían a elegir a Eudes, obispo de Ostia, antiguo prior de Cluny. Se trataba del primer papa francés, nacido en noble cuna, hacia el 1035, en Chátillon-sur-Marne (L. Paulot, *Un pape franeáis: Urbain II*, París, 1903). Educado por san Bruno de Reims, había llegado a ser arcediano de esta catedral antes de ingresar en Cluny. De allí le trajo Gregorio VII para convertirle en cardenal obispo de Ostia (1080), cargo que ostentó sin cambiar su condición monástica. Formó, pues, en el equipo de reformadores gregorianos. Como legado en Alemania, había presidido el sínodo de Quedlimburgo (Sajorna), donde pronunció oficialmente la excomunión de Clemente III. A. Becker *(Papst Urban II, 1088-1099, 2* vols., Stuttgart, 1964) destaca que, aun manteniendo el rigor doctrinal de san Gregorio VII, su gobierno significó un cambio radical hacia la negociación, la cual permitió a la reforma triunfar.

La doctrina. En un libro ya clásico de Karl Miret *(Die Publizistik im Zeitalter Gregors Vil,* Leipzig, 1894) quedó demostrado cómo, en los años clave de esta década de los ochenta, en el siglo xi, la querella entre el emperador y el papa generó un profundo debate intelectual: se conservan más de un centenar de escritos, la mitad aproximadamente de cada bando, en que se presentan y discuten los argumentos encontrados. Alguno de los antigregorianos, como el cardenal Benon o el obispo Benzo de Alba, son meramente injuriosos, pero hay algunos como el *De unitate Ecclesiae conservando* de un anónimo monje de llirsfeld, y los tratados de Pedro Crasso y Guido de Ferrara, que plantean la cuestión de fondo que permanecería a lo largo de toda la Edad Media: perteneciendo la soberanía a la comunidad política, un rey, aceptado por ésta y debidamente establecido en el trono, no puede ser depuesto; en consecuencia, pues, la reforma gregoriana constituía un atentado al orden social y político y, en definitiva, a la propia Iglesia. Por su parte, los gregorianos, como Gerhard de Salzburgo, Bernoldo de San Blas o Manegoldo de Lautenbach, lo mismo que el ya mencionado cardenal Deusdedit, preferían apoyarse en los cánones: es la ley, tomando su inicio en las Decretales, la que forma el nervio de la Iglesia y garantiza su libertad.

Desde este punto de vista era indudable que la reforma no podía triunfar sino a través del entramado legislativo que nace de la propia Iglesia. Y ésa fue la vía que escogió Urbano II. Mientras reunía en Melfi (septiembre del 1089) un sínodo para renovar las sentencias canónicas contra la simonía, el nicolaísmo y la investidura laica, enviaba instrucciones a su legado en Alemania, Gebhard de Constanza, a fin de que se mostrara en la práctica generoso: el rigor de la ley es compatible con la misericordia hacia el reo. Aceptó al arzobispo de Milán como legítimo, a pesar de haber recibido el báculo y el anillo de manos del rey, porque su elección había sido correcta. Y dio facilidades para que continuasen en su ministerio los sacerdotes ordenados por obispos simoníacos o que hubiesen seguido el cisma cuando alegaban ignorancia.

Victoria de Urbano. Durante su ocupación de Roma, Clemente III celebró un sínodo en el cual fueron renovadas las sentencias contra la simonía y el nicolaísmo, pero se guardó un escrupuloso silencio en relación con las investiduras laicas. Contando con el apoyo normando, Urbano se instaló en la isla del Tíber (San Bartolomeo in Insola en la actualidad) y consiguió expulsar de la ciudad a su rival en junio de 1089. Preparaba entonces una jugada política de largo alcance: el matrimonio de la marquesa Matilde, viuda de 43 años, con Welfo V, heredero de Baviera, que sólo contaba 17. Serían la base de un amplio movimiento al que habría de sumarse Roger (1091-1127), rey de Sicilia y Nápoles, sucesor de Roberto Guiscardo, que en Amalfi renovó de forma fuerte el vasallaje. Ese mismo año también Sancho Ramírez de Aragón convertiría en vasallaje su dependencia de Roma. Desde 1091 Sicilia quedaría enteramente libre de musulmanes. Un acuerdo entre el papa y Alejo Comneno, que esperaba la movilización de fuerzas auxiliares en Occidente, garantizó a Urbano de un posible entendimiento entre los dos Imperios.

Tan amplia maniobra diplomática obligó a Enrique IV a regresar a Italia: entonces se apoderó de Mantua y amenazó los dominios del Patrimonium. En 1092 sus tropas le hicieron dueño de Roma, obligaron a Urbano II a huir, y restauraron a Clemente III. Poco duraron las victorias. El ejército alemán, sujeto a un fuerte desgaste, fue derrotado por las tropas de Matilde en las inmediaciones de Canosa, y Enrique IV se vio obligado a retirarse a Verona, donde quedó bloqueado. Estallaban por todas partes rebeliones: cinco ciudades lombardas, agrupadas en torno a Milán, tomaron la iniciativa de constituir una liga. El propio hijo de Enrique IV, Conrado, se alzó contra su padre, haciéndose coronar rey de Lombardía. En el invierno de 1093 a 1094, nuevamente Urbano II era dueño de Roma: mediante sobornos consiguió que le fuesen entregados el palacio de Letrán y el castillo de Sant'Angelo. Desde Roma renovó los poderes de Hugo de Lyon como legado en Francia y envió el *pallium* al nuevo arzobispo de Toledo, Bernardo de Salvetat, un cluniacense procedente de Sahagún, que pudo desde entonces considerarse primado de España. Las relaciones con Alfonso VI (1072-1109), que recibía auxilios desde Europa, eran excelentes.

Hasta 1097 no podría Enrique regresar a Alemania y restablecer su poder. En este tiempo Felipe I de Francia era excomulgado por Hugo de Dye por una razón puramente privada: el pecado de adulterio. Con un rey fuera de combate fue posible acelerar la marcha de la reforma en Francia, suprimiendo a la vez la simonía y la investidura (A. Becker, *Studien zur Investiturproblem in Frankreich. Papstum, Kónigtum und Episkopat im Zeitalter der gregorianischen Kirchenreform,* Sarrebruck, 1955). Guillermo II de Inglaterra (1087-1100) que, para fortalecer su dominio sobre la Iglesia, había tratado de mantenerse indiferente entre Clemente y Urbano y, durante cuatro años, forzado una vacante en la sede primada de Canterbury, tuvo al final que rendirse nombrando a Anselmo abad de Bec, para ocupar la vacante. San Anselmo (1093-1109) sería la figura clave de la reforma británica. Obligó a reconocer a Urbano y rechazó abiertamente las demandas de los obispos reunidos en Rockingham que, en un precedente de lo que llegaría a ser el anglicanismo, pretendían establecer el principio de que los miembros de la Iglesia deben antes obediencia al rey que al papa.

Clermont Ferrand. Firme ya en Roma, Urbano decidió entonces emprender el gran viaje que, según Rene Crozet («Le voyage d'Urbain II et ses negotiations avec le clergé de la France (1095-1096)», *R. K,* CLXXIX, 1937) debía convertirle en la primera autoridad de Europa, con un emperador eclipsado, envuelto en revueltas, un rey excomulgado y otros monarcas sometidos de grado o por fuerza a la enorme influencia de Roma. El 1 de marzo de 1095 inauguró el sínodo de Piacenza con más de 4.000 clérigos y 30.000 laicos llegados de todas partes; ante él compareció Práxedes, la esposa de Enrique IV, acusándole de deshonestidades. Se renovaron en esta magna asamblea las sentencias contra Clemente III y se recibió cordialmente a los embajadores de Alejo Comneno, que solicitaba abiertamente la ayuda. En cierto modo el papa se com-

prometió a procurarla. Por Cremona y Milán, Urbano llegó a Valence y comenzó a ocuparse de los problemas de Francia. Además de las acostumbradas sentencias contra la simonía y el concubinato, se extendieron a todo el sur de Francia los preceptos de la Paz y la Tregua de Dios. Hizo un alto en Le Puy, cuyo obispo, Adhemar de Montreuil, que acababa de regresar de Jerusalén, le explicó cuál era la situación de los cristianos en Tierra Santa. El 25 de octubre de aquel año intenso estaba de nuevo en Cluny, consagrando el altar mayor de la basílica. El 18 de noviembre inauguraba otro gran concilio, en Clermont Ferrand.

Esta asamblea estaba destinada a ser el motor de la reforma en Francia: la excomunión de Felipe I fue renovada, con una afirmación de la doctrina acerca del matrimonio; se acompañaron las acostumbradas disposiciones acerca de la reforma eclesiástica y por primera vez se llegó al fondo mismo de la cuestión prohibiendo a los clérigos cualquier relación de vasallaje en relación con los laicos. Y el 27 de noviembre, saliendo a la plaza, hizo un llamamiento a los caballeros para que, formando un ejército, acudiesen al socorro de Bizancio. Así se puso en marcha la gran cruzada. Urbano II advirtió a los españoles que no debían participar porque «su» cruzada estaba en la frontera de sus reinos, amenazada por los almorávides. Terminado el concilio, el papa emprendió el regreso haciendo etapas en Poitiers, Burdeos, Toulouse, Nimes, Pavía y Milán, y siendo recibido en todas partes con indescriptible entusiasmo. El papa era ya, verdaderamente, cabeza de la cristiandad; en esta condición pudo presidir en enero de 1097 el sínodo en Letrán.

La gran cruzada. En este momento se incorporó a la corte pontificia san Anselmo de Canterbury; se había visto obligado a huir porque no podía contener las ingerencias de Guillermo II. Urbano retuvo junto a sí al gran teólogo, pero le disuadió de renunciar a la mitra, como pretendía. La decisión de enfrentarse al cesaropapismo inglés fue demorada (el problema se disolvería en 1100 con la muerte de Guillermo) porque la cruzada era más importante. De ella esperaba el papa, mediante la salvación de Bizancio, un restablecimiento de la unidad entre las Iglesias. Cuando ya las unidades de caballeros cruzaban, por tierra y por mar, los caminos de Europa, se celebraba un sínodo en Bari (1089) con la asistencia de los griegos, a quienes san Anselmo, con una expresión teológica más rica, pudo convencer de la corrección de la doctrina occidental acerca de la doble procesión del Espíritu Santo. Los choques entre caballeros cruzados y autoridades bizantinas, en divergencia profunda respecto a los verdaderos objetivos de la cruzada, impidieron que se llegase a la unión en el preciso momento en que se había conseguido superar el escollo más difícil. Cuando Urbano II murió hacía dos semanas que los occidentales eran dueños de Jerusalén.

Urbano II recogió los frutos de la política de Gregorio VII: una gran monarquía espiritual se alzaba ahora en Europa. Por vez primera encontramos en una bula de 1089 el término «curia» para designar el organismo central que gobernaba esa cristiandad; dentro de ella se menciona un *camerarius* que era el

encargado de administrar las rentas. Curia y Cámara apostólica eran dos organismos destinados a servir de modelo a las monarquías temporales en su camino hacia las primitivas formas de Estado.

Pascual II (13 agosto 1099 - 21 enero 1118)

Fin del cisma. Rainiero, cardenal presbítero de San Clemente y abad de San Lorenzo Extramuros, había nacido en Bieda de Galeata (Romagna) de una familia muy modesta. Monje en una comunidad que desconocemos, era un hombro muy sencillo y con tendencia a presentar los problemas con muy escasas matizaciones, lo que no dejaba de comportar ventajas, ya que es más fácil bailar solución en cuestiones debatidas cuando los términos del problema se presentan con claridad. C. Servatius *(Paschalis II,* Stuttgart, 1979) ha conseguido una reconstrucción muy correcta de su pontificado. Llegaba al solio cuando la reforma prácticamente había triunfado: ninguna duda de que la simonía y el concubinato eran grandes males que debían ser desarraigados. Pero seguía pendiente el asunto difícil de las investiduras laicas: ni los obispos podían renunciar a los beneficios para no verse despojados de poder, ni los reyes prescindir tampoco de estos preciosos administradores, puesto que los beneficios eran tambien un modo de gobernar. Pascual no podía vacilar en este punto y mantuvo en plena vigencia el canon aprobado en 1075.

Prácticamente el cisma concluyó con la muerte de Guiberto de Rávena, el S de septiembre del 1100, porque Enrique IV perdió todo interés. Los clérigos que formaban su séquito se reunieron secretamente en San Pedro, una noche, y eligieron a Teodorico, cardenal obispo de Albano, al que consagraron aprovechando la ausencia de Pascual II. Pero cuando el papa regresó, con las tropas normandas, fue preso, juzgado y condenado a prisión perpetua en el monasterio de la Santa Trinidad, cerca de Salerno, donde profesó como monje. Sus partidarios, refugiados esta vez en la iglesia de los Santos Apóstoles, insistieron, eligiendo a Alberto, cardenal de Silva Candida; estalló un motín y los mismos que le rodearon entregaron al antipapa en manos de Pascual II. Fue enviado al monasterio de San Lorenzo en Aversa. Todavía en 1105 los antiguos paludarios de Clemente III intentarían reunirse para repetir la aventura.

La fórmula para la investidura. Hace ya muchos años que Bernard Monod *(Essai sur les rapparis de Pascal II avec Philippe I, 1099-1108,* París, 1907) descubrió que fue en Francia donde se descubrió la solución al problema de las investiduras laicas. Ivo de Chartres estableció ante todo una división de la investidura en tres actos: la elección canónica, que corresponde al clero y al pueblo; la consagración episcopal del electo, que debe ser efectuada por el metropolitano; y la investidura de los beneficios inherentes a la sede, que debe hacerla el rey como «suzerano» de los mismos. Felipe I, ahora reconciliado con la Iglesia, y su hijo Luis VI (1108-1137), mediante un acuerdo que sería firmado solemnemente en Saint Denis (1107), aceptaron exactamente esa fórmula que aparentemente les reducía a un acto de entrega a quienes hubieren sido debidamente elegidos y consagrados. En Francia no era muy difícil alcanzar un

acuerdo, ya que los bienes adscritos a cada obispado eran tan sólo beneficios simples que no implicaban funciones de gobierno y, por consiguiente, las obligaciones del *auxilium et consilium* eran fáciles de cumplir.

Hugo de Fleury dedicó a Enrique I de Inglaterra (1100-1135) su *Tractatus de regís poíestate et sacerdotali dignitate*, explicando esta doctrina. Pero en este reino su aplicación era menos fácil. Desde Guillermo el Conquistador, el cesaropapismo, que está en la raíz del anglicanismo, reclamaba tres condiciones: la intervención del rey tanto en la elección del candidato como en la investidura; la prohibición de las comunicaciones de los obispos con Roma sin licencia del soberano; y el reconocimiento de que el monarca es cabeza tanto de los cuerpos como de las almas de sus súbditos. Sólo bajo amenaza de excomunión aceptó Enrique I el retorno de san Anselmo (1105), que reclamaría una completa sumisión a Roma. En el caso inglés, el papa hizo evidentemente concesiones: aprovechando su presencia en Francia, pudo Adela de Blois organizar un encuentro de Enrique, Anselmo y Pascual II en un lugar de Normandía: el rey renunció a la investidura con el báculo y el anillo, pero obtuvo el reconocimiento de su «presencia» en el momento de las elecciones y también que el electo estuviera obligado a prestar juramento de fidelidad antes de ser consagrado (1107).

Se habían establecido precedentes que apuntaban a una solución negociada y no uniforme. En el caso alemán, y mientras viviera Enrique IV, tal solución parecía imposible, porque hubiera significado la capitulación del monarca. Descendía el prestigio del emperador, enfrentado desde su regreso a Alemania a constantes rebeliones, y aumentaba en cambio el del pontífice. La noticia de la conquista de Jerusalén, que fue conocida en Roma poco después de la elección de Pascual, había despertado un gran entusiasmo. Se comenzó a pensar en una solución de carácter militar también para el cisma oriental y en 1105 el papa bendijo a los soldados de Bohemundo de Tarento (1098-1104), que soñaban con la conquista de Constantinopla. Las amenazas no consiguieron derribar al Imperio bizantino, pero le atemorizaron hasta un punto tal que en 1112 Alejo I solicitó negociaciones: Pascual dio una respuesta que implicaba la aceptación del primado universal de san Pedro sin matizaciones. La creación del reino de Jerusalén, hacia el que afluían nuevos cruzados, completaba la idea de que el papa ejercía de hecho la jefatura sobre la cristiandad: la tierra de Jesús y la de Pedro le obedecían.

Sin embargo las cosas eran menos estables de lo que se pensaba. Cuando Enrique V, heredero alemán, se sublevó contra su padre, afirmando que —entre otras cosas— se proponía la defensa de la Iglesia, Pascual II apoyó el movimiento. Pero entonces el partido imperial en Roma, que seguía siendo fuerte en la aristocracia y en el clero, intentó una revuelta contra el papa. Miembros de esa aristocracia, reunidos en Santa María Rotonda, eligieron a Maginulfo, arcipreste de Sant'Angelo, y declararon a Pascual desposeído por simoníaco y hereje. La guerra civil ensangrentó las calles de Roma, porque Maginulfo, que se hizo llamar Silvestre IV, encontró un valioso protector en el conde Werner,

de Ancona, que era uno de los partidarios del joven Enrique. El 18 de noviembre de 1105 Silvestre IV fue entronizado en Letrán, pero su causa duró el tiempo que tardaron en gastarse los bienes acumulados. Faltó el dinero, se alejaron los interesados partidarios, y el antipapa buscó refugio en Osimo, cerca de Ancona.

Acuerdo de Sutri. Falleció en 1106 Enrique IV. Ahora Enrique V, reconocido por todos, invitó a Pascual II a viajar a Alemania para negociar, dando sin embargo a entender con claridad que no debía pensarse en una renuncia a las investiduras laicas. El papa, que había llegado hasta Guastalla, donde un sínodo repitió todos los cánones de condena de los vicios y malas costumbres, decidió entonces no seguir su camino hacia Alemania, sino ir a Francia, detenerse un poco en Cluny, y conferenciar con Ivo de Chartres. Negociaba con Felipe I y con Enrique de Inglaterra los acuerdos que hemos mencionado y que le proporcionaron experiencia. En Chálons-sur-Marne recibió embajadores del soberano alemán: parece que éstos le amenazaron con una nueva campaña militar en Italia (Silvestre IV seguía en reserva como una posibilidad de cambio), pero el papa no se dejó intimidar. En 1017 podía contar con todos los reinos de Occidente que habían suscrito una fórmula que, con variados matices, resolvía la cuestión de las investiduras.

Ninguno de los textos empleados era aplicable al caso alemán, donde muchos obispos regían verdaderos condados o margraviatos. Pascual II regresó a Italia y allí presidió sendos sínodos en Benevento (1108) y Letrán (1110) que demostraron que, en cuanto a doctrina canónica, no se había cambiado ni una línea. Conoció entonces que Enrique V, a la cabeza de 30.000 hombres, se dirigía a Roma para hacerse coronar. El papa le comunicó que la previa renuncia a las investiduras era condición indispensable; el rey de Romanos explicó a los legados cuáles eran las dificultades en Alemania y ellos le sorprendieron con una radical proposición: se devolverían al Imperio todos los beneficios, cesando de este modo la investidura, viviendo en adelante los obispos del diezmo, la limosna y las rentas de sus bienes alodieros. Enrique aceptó. ¿Sabía ya que los obispos impedirían al papa cumplir este compromiso tan radical? El hecho es que el 4 de febrero de 1111 se firmó en Sutri, cerca de Roma, el acuerdo: el emperador renunciaba a toda investidura y al juramento de fidelidad en vasallaje y los obispos abandonaban todos sus beneficios, mayores y menores.

El 12 de febrero, mientras se celebraba la coronación, fue leído el texto. Inmediatamente estalló un gran clamor. El rey, interrumpiendo la ceremonia, se retiró a deliberar con sus obispos y regresó al poco tiempo diciendo que, por unánime opinión, el acuerdo de Sutri era irrealizable y herético. Para protegerles, según dijo el rey, condujo al papa y a algunos cardenales presentes a su campamento situado en Monte Mario. Previamente había hecho venir al llamado Silvestre IV desde Osimo para disponer de una alternativa amenazadora. Pascual resistió dos meses, pero al final se rindió: coronaría al emperador y aceptaría las investiduras laicas en el Imperio. El 12 de abril firmó el llamado «privilegio de Ponte Mammola». Al día siguiente el papa, que había jurado no

excomulgar nunca a Enrique V bajo ningún concepto, le coronó emperador. La victoria alemana era, en estos momentos, completa: fue deshecho el previsto y absurdo matrimonio de Matilde con Welfo V de Baviera y la marquesa suscribió un documento que convertía a Enrique V en heredero de todos sus bienes. Silvestre IV fue enviado de nuevo a su retiro y desapareció de nuestras fuentes.

Las opiniones se dividieron. Para los reformadores, que consiguieran los acuerdos de 1107 con Francia e Inglaterra, el privilegio —al que se referían corrientemente llamándolo *pravilegium*— resultaba inaceptable. Algunos pensaban, sin embargo, que la paz era preferible. Pascual II pensó en su propia abdicación como medio de resolver el problema. Gerardo de Angouleme tomó la iniciativa de recurrir a una declaración de nulidad presentándola al sínodo de Letrán de marzo de 1112: se trataba de una concesión arrancada por la fuerza a un prisionero. En Francia se registró en seguida un movimiento con Ivo de Chartres, Hugo de Fleury y el anónimo autor de la *Defensio Paschalis Papae*, defendiendo a la persona del papa y combatiendo al emperador. No faltaron sectores, aunque siempre minoritarios, que, con Godofredo de Vendóme, Joserrand de Lyon y Guido de Vienne, se volvieron contra el papa acusándole de debilidad. El legado pontificio en Alemania, Conon de Preneste, tomó contacto con los príncipes, preparándose para reactivar la resistencia contra el emperador.

Del escándalo en torno a Sutri quedaba un aspecto positivo: por vez primera se había definido con entera claridad el fondo mismo del problema, pues una Iglesia independiente no era posible en los esquemas del vasallaje. De momento era imposible salir de este círculo vicioso, pero significó una experiencia. Pascual II desarrolló la unidad en el gobierno de la Iglesia, definiendo en primer término al colegio de cardenales como un cuerpo de 53 miembros (siete obispos, veintiocho presbíteros y dieciocho diáconos) y desarrollando las notarías y escritorios. Cusía y Cámara incrementaron su actividad. Sabemos lo que la curia pensaba en aquellos momentos a través de un documento anónimo, llamado también *Defensio Paschalis Papae;* había que admitir la existencia de una doble investidura, espiritual con el báculo y el anillo, y de dominios temporales con el cetro. Una solución de compromiso que permitía cerrar la reforma y alcanzar la reconciliación.

En 1115 murió Matilde y Enrique V regresó a Italia para recoger la copiosa herencia. Pascual II reunió uno de los acostumbrados sínodos en Letrán (1116) para reconocer su culpa y declarar nulo el privilegio de Ponte Mammolo. Inmediatamente estalló la revuelta en Roma: el pretexto era el preponderante papel que los banqueros judeoconversos, Pierleoni, estaban desempeñando junto al papa. Pascual II se vio obligado a huir y el emperador se sintió obligado a reafirmar su legitimidad repitiendo la coronación. Ausente el papa ofició en esta segunda ceremonia el arzobispo de Braga, Mauricio, apodado *Burdino*, es decir, «asno». Inmediatamente, Mauricio fue excomulgado por el papa. Curiosa muestra de ambición la de este monje cluniacense, nacido en el sur de Francia que, bajo la protección de Bernardo de Salvetat, arzobispo de

Toledo, había hecho una carrera eclesiástica: archidiácono en Toledo, obispo de Coimbra y arzobispo de Braga (1109), habiendo recibido el *pallium* del propio Pascual. Estaba en Roma para defender la primacía de su sede frente a las pretensiones primadas de Toledo y las metropolitanas de Compostela. El papa le había nombrado legado cerca de Enrique V en 1116, momento en el cual se pasó al enemigo.

Enrique V no pudo mantenerse mucho tiempo en Roma, a la que regresó Pascual II a principios de 1118, pero sólo para morir pocos días más tarde el 21 de enero.

Gelasio II (24 enero 1118 - 29 enero 1119)

La contienda entre el emperador y el papa permitió resurgir las facciones en Roma. Frente a los Pierleoni, que apoyaban a Pascual II, se alzaban ahora los Frangipani que acaudillaban el que podríamos llamar partido imperial. Los cardenales se reunieron casi en secreto en Santa María de Pallara, sobre el Palatino, y eligieron canónicamente a Juan de Gaeta, antiguo monje de Montecassino, un sabio anciano que desde 1089 ejercía el cargo de canciller, adquiriendo gran prestigio por su eficiencia y sus escritos. Cardenal diácono, estaba presente y trató de evitar su elección dando tiempo a que Cencío Frangipani, quebrantando el aula, se apoderara de su persona, llevándolo a una de sus casas fuertes. El pueblo, movilizado por el prefecto de la ciudad, acudió a liberarle. Juan de Gaeta, que perdonó a sus enemigos, consideró este movimiento como una señal y aceptó la tiara. Acompañado de sus cardenales se refugió en Gaeta, donde fue ordenado sacerdote y consagrado papa Gelasio II los días 9 y 10 de marzo de 1118. Los alemanes dominaban en este momento Roma.

A esta ciudad acudió el emperador, invitando a Gelasio a que se reuniera con él a fin de negociar. La respuesta fue negativa: en el próximo otoño —anunció el papa— un sínodo a celebrar en Milán o en Cremona, se ocuparía de la debatida cuestión de las investiduras. Entonces Enrique V, declarando vacante el solio, hizo elegir a Mauricio de Braga que, muy curiosamente, quiso llamarse Gregorio VIII. Apenas se hubo alejado el emperador, Gelasio regresó a Roma y fue nuevamente objeto de las violencias de los Frangipani, aunque consiguió huir: unas aldeanas le encontraron oculto en un trigal, medio muerto de hambre, y le ayudaron para que escapara. Llegó a Pisa, donde pudo consagrar la nueva catedral, completamente a salvo. Un sínodo celebrado en Vienne renovó las sentencias contra las investiduras. Tenía previsto un encuentro con el rey Luis VI de Francia en Vézelay, pero murió en Cluny, tendido en el suelo, como hacen los humildes monjes. Durante su viaje había autorizado a san Norberto de Gennep, el fundador de los premonstratenses, a predicar en toda Francia.

Por su parte, Mauricio Burdino conservó hasta 1119 el dominio sobre San Pedro, Sant'Angelo y aquellas zonas de la ciudad de Roma que dominaban y guarnecían los Frangipani. No consiguió que le reconociera como papa nadie más.

Calixto II (2 febrero 1119 - 14 diciembre 1124)

La persona. Los cardenales Lamberto de Ostia y Conon de Preneste, que acompañaban a Pascual II en el momento de su muerte, tomaron la decisión de constituirse en cuerpo electoral allí mismo, procediendo a elegir a Guido de Vienne, arzobispo de esta ciudad desde 1088, e hijo de Guillermo de Borgoña. La elección fue canónicamente confirmada por los cardenales que permanecieran en Roma, el clero y el pueblo, el 1 de marzo del mismo año. Calixto estaba emparentado con las casas reales de Francia, Inglaterra, Alemania y Saboya y era tío de Alfonso VII (1126-1157), que se titulaba emperador en Castilla y León. Se esperaba de él que pudiera llevar a cabo una negociación que fuese muy clara, ya que en la crisis de 1112 se había mostrado enemigo de toda clase de concesiones. Stanley A. Chorodow («Ecclesiastical Politics and the ending of the investiture context: the papal election of 1119 and the negotiations of Mouzon», *Speculum,* XLVI, 1971) entiende que fueron dos circunstancias, la firmeza en la doctrina y la capacidad negociadora, las que permitieron la liquidación de la querella y, de este modo, el cierre de la etapa de reforma que abrieran los papas alemanes. En este sentido, el I Concilio ecuménico de Letrán (1123) es término de llegada de un proceso.

Acuerdo de Worms. Viajando por Francia, donde reunió el sínodo de Toulouse para condenar la herejía de los petrobrusianos, remitió a Enrique V una primera propuesta de negociación con Guillermo de Champeaux (1070-1121), obispo de Chálons, y Poncio abad de Cluny; en Estrasburgo llegaron a un principio de acuerdo que implicaba una buena disposición por parte del emperador para renunciar a las investiduras en ciertas condiciones. Convinieron ambas partes en que los detalles del acuerdo se fijarían directamente por el emperador y el papa en una entrevista a celebrar en Mouzon, con ocasión del sínodo que habría de celebrarse a partir del 20 de octubre. Pero la entrevista y la negociación ulterior fracasaron: el papa no estaba dispuesto a conceder más de lo que se hiciera con Francia y esto no era suficiente, según el emperador. En consecuencia, el sínodo de Reims practicó la ceremonia pública de la excomunión de Enrique: todos los presentes apagaron los cirios y los volvieron hacia abajo. Habiendo concluido una paz entre Enrique I de Inglaterra y Luis VI de Francia, que dejaba todo el Occidente a cubierto, Calixto emprendió entonces el viaje a Roma, siendo recibido en todas partes con muestras de entusiasmo. El 3 de junio de 1120 entraba en la ciudad de la que había huido Mauricio Burdino hasla refugiarse en Sutri. Pero los habitantes de esta ciudad le entregaron en abril de 1121: el antipapa fue paseado por las calles de Roma, montado en un camello y de espaldas, antes de ser enviado a prisión perpetua a un monasterio, bajo custodia de los reyes normandos.

La Dieta de Würzburgo (septiembre 1121) pidió al emperador que se reconciliara con el papa negociando una paz «sin detrimento del Imperio». A principios de 1122 una embajada fue a Roma, donde fue bien acogida por Calixto. Éste respondió por medio de una legación de tres cardenales presididos por Lamberto, obispo de Ostia. Fueron necesarios catorce días de debates has-

ta llegar a un acuerdo en Worms (23 septiembre 1122), que algunas veces aparece calificado como el primero de los concordatos. Calixto concedía en él más de lo que su antecesor otorgara a Francia: las elecciones episcopales tendrían lugar en presencia del emperador o sus representantes, lo que permitía influir de alguna manera en ellas; se haría la consagración con el báculo y el anillo por el correspondiente metropolitano, renunciando el emperador a la investidura eclesiástica; después el obispo recibiría de manos de éste, por medio del cetro, las temporalidades anejas; en caso de elección disputada, al emperador correspondía decidir cuál era la *sanior pars.*

Concilio. El acuerdo, confirmado en la Dieta de Worms y en el I Concilio de Letrán (1123), noveno en la serie de los ecuménicos, ponía fin a la querella de las investiduras y abría una nueva etapa en la vida del pontificado, ya que sus consecuencias fueron mucho mayores de las que en un primer momento se esperaba. Saltaba por los aires toda la estructura imaginada por Otón el Grande para el Imperio, dando a los principes eclesiásticos un cierto grado de independencia que pronto reclamaron para sí los laicos. Bastarían cien años, precisamente aquellos en que se dibujan las primitivas formas de Estado que llamamos monarquía, para que el Imperio llegara a convertirse en un nombre vacío. Y mientras tanto la Iglesia se alzaba, desde marzo de 1123, a través del Concilio de Letrán, como una gran monarquía pontificia. Ahí estaba la disyuntiva: los fieles a la reforma gregoriana pensaban que había que continuar por el camino ya inaugurado de transformación de la sociedad desde sus individuos en una exigencia cada vez mayor de cristianismo; pero en la curia sería cada vez más fuerte la corriente que pensaba que lo importante era, precisamente, construir la arquitectura de un gobierno eclesiástico.

Los veintidós cánones del Concilio de Letrán que, entre otras cosas, declararon nulo el matrimonio de presbíteros, diáconos y subdiáconos, prohibieron a los laicos disponer de bienes eclesiásticos, otorgaron indulgencia plenaria a cuantos fuesen a Tierra Santa, sometieron a los monasterios no expresamente exentos a la autoridad de sus obispos, y equipararon la Reconquista española a las cruzadas, fueron como el balance final de la reforma. Durante doscientos años la preeminencia de la autoridad pontificia sobre los demás poderes permanecería indiscutida. Y mientras tanto la estructura jerárquica experimentaría un proceso de consolidación.

En relación con España hay que recordar que Calixto II es quien eleva a la sede de Compostela a la calidad de metropolitana. El culto a Santiago y las peregrinaciones jacobeas recibieron un impulso muy fuerte.

Honorio II (21 diciembre 1124 - 13 febrero 1130)

Elección disputada. Los gregorianos, en el sentido estricto de la palabra, eran sólo una minoría: veían en el acuerdo de Worms una especie de retroceso. Signo del cambio que se iniciaba era el predominio que alcanzaron los canónigos regulares (premonstratenses) de san Norberto, que querían llevar al clero secular el espíritu monástico según la regla de san Agustín. Al mismo

tiempo se pretendía poner un límite a las inmunidades, acrecentando el poder pastoral de los obispos. Motor muy importante en el comienzo de esta nueva etapa fue el premonstratense francés Aymerico, a quien Calixto II encomendara la dirección de la curia con el oficio de canciller. Aymerico buscó principalmente apoyo en los Frangipani, usando de procedimientos que no pueden considerarse demasiado ortodoxos. En el momento de la muerte de Calixto, los Pierleoni trataron de promocionar al cardenal Saxo de San Stefano in Rotondo, pero él se negó sin que pudieran convencerle. Buscaron un nuevo candidato, Teobaldo Buccapecus, cardenal de Santa Anastasia, que tomó el nombre de Celestino II, el cual no llegó a ser consagrado: los Frangipani, con sus hombres de armas, invadieron el aula, interrumpieron la ceremonia e hirieron gravemente al electo. Aymerico intervino para convencer a Teobaldo de que renunciara. Los Frangipani pusieron mucho dinero en la empresa de atraerse al prefecto de la ciudad y a los hombres eminentes de la otra facción, asegurándose así la elección unánime de Lamberto de Fiagnano, cardenal obispo de Ostia, que tomó el nombre de Honorio II. F. J. Schmale *(Studien zur Schisma des Jahres 1130,* Colonia, 1961) advierte que esta elección disputada era tan sólo el primer acto del cisma de 1130. Teobaldo murió al poco tiempo, como resultado, tal vez, de las heridas que recibiera.

Las nuevas órdenes. Lamberto, de humilde cuna, era también un premonstratense: coincidía, pues, con Aymerico en la conveniencia de impulsar la nueva vía de refuerzo de la estructura jerárquica de la Iglesia. Las circunstancias parecían favorables. Murió Enrique V (23 mayo 1125) y en la elección que debía procurarle un sucesor estuvo presente el cardenal legado Gerardo, del título de la Santa Cruz. Los principes rechazaron a los Hohenstaufen, parientes más próximos del difunto, afirmando el sistema electoral, y escogieron a Lolario de Supplinburgo, un hombre de 50 años carente de hijos. Por primera vez un emperador electo pidió al papa que le confirmara. Conrado de Hohenstaufen (1138-1192) se alzó en armas y, en Monza, se hizo coronar rey de los lombardos por el arzobispo de Milán, Anselmo, que fue inmediatamente excomulgado en el sínodo de Pisa. Conrado fue vencido y pasó sin peligro.

La presencia de legados muy duraderos en Francia y, desde 1125, también en Inglaterra, aseguraba la autoridad pontificia, que se orientaba a someter a las grandes abadías tan independientes en el tiempo próximo pasado. Poncio de Cluny, cuya intervención en las negociaciones de Worms ha sido explicada, hizo un largo viaje a Tierra Santa. El papa autorizó que se procediera a una nueva elección, que recayó primero en Hugo de Marigny, y luego en Pedro el Venerable (1109-1156). Cuando regresó Ponce, reclamando su abadía, Honorio intervino como arbitro y le envió a prisión. También obligaría al cardenal Oderisio a renunciar a Montecassino.

El Cister, lo mismo que Prémontré, apoyaban la nueva política de salir al mundo y no apartarse de él. A este respecto la estrecha amistad de san Bernardo de Claraval (1090-1153) con Aymerico, como con otros grandes personajes del tiempo, debe ser considerada como un dato histórico. San Bernardo

es la gran figura del siglo xn. Su influencia extendería el espíritu religioso al ámbito más externo de la sociedad, la guerra, a través de las órdenes militares: en 1128 fue aprobada la regla del Temple, de modo que también la espada podía ser santificada. Todas las órdenes, aunque no siguiesen estrictamente la regla, aceptarían este espíritu cisterciense de ser monjes en medio del mundo.

Unidad en Nápoles. El principio de autoridad reservado a la sede romana en su grado más eminente no se haría extensivo a todas partes. Por ejemplo en Nápoles/Sicilia, invocando una bula de Urbano II (1098), cuya falsedad ha demostrado S. Fodale *{Comes et legatus Siciliae. Sull privilegio di Urbano II a la pretesa apostólica legazia dei normanni in Sicilia,* Palermo, 1970), pero cuyos efectos habrían de prolongarse hasta la integración del reino en la corona española, Roger II (1129-1154) pretendía que en aquél las funciones de legado correspondían al soberano. Al morir Guillermo II, duque de Apulia, Roger reclamó la herencia de la que se apoderó, incrementando su poder hasta convertirlo en una amenaza para el Patrimonium. Honorio II intentó impedir la ab sorción, pero fracasó: Aymerico y Cencio Frangipani llevaron en su nombre las negociaciones que condujeron al tratado de Benevento (22 agosto de 1128), que admitía que en adelante Nápoles y Sicilia formarían un solo reino, vasallo del papa.

Al comenzar el año 1130 enfermó Honorio II. Para garantizar una elección favorable, Aymerico le trasladó al monasterio de San Gregorio en el Monte Celio, protegido por las casas fuertes de los Frangipani. Allí murió el 13 de febrero de dicho año, dejando tras de sí una profunda división en el clero.

Inocencio II (14 febrero 1130 - 24 septiembre 1143)

Otro cisma. Desde el pontificado de Gelasio II la división entre bandos ro manos que identificamos con las familias de Frangipani y Pierleoni —intereses financieros andaban por medio— se había agudizado. S. Chorodow *(Christian Political Theory and Church Politics in the Middle Twelfth Century: the Ecclesiology of Gralian's Decretum,* Berkeley, 1972) advierte que para entender co rrectamente los graves sucesos del cisma de 1130 es preciso prestar mucha atención al desarrollo de la ciencia jurídica, que alcanza uno de sus momentos culminantes con las *Decretales* de Graciano, concluidas en torno a 1140. Pues la Iglesia que Aymerico y los nuevos reformadores se proponían construir acentuaba su carácter unitario de cuerpo místico de Cristo, expresado a través de una estructura jerárquica que culminaba en la autoridad del papa, vicario de Cristo, supremo legislador. La ley era, por tanto, la savia que circulaba por sus venas.

En la misma noche de la muerte de Honorio II, después de que el cadáver fuera depositado en una sepultura provisional, veinte cardenales, los más jóvenes, se reunieron en el mismo lugar de San Gregorio y procedieron a elegir a Gregorio l'apareschi, de noble familia romana, y uno de los negociadores del concordato de Worms, que tomó el nombre de Inocencio II. Otros veintitrés cardenales se reunieron en San Marcos: habiéndose negado su primer candida-

to, Pedro, obispo de Porto, los votos coincidieron en otro Pedro, Pierleoni, que quiso llamarse Anacleto II. Los dos electos fueron consagrados en el mismo día, el primero en Santa María Nuova por el obispo de Ostia y el segundo en la basílica de Letrán por el de Porto. La mayoría de votos no tenía entonces la significación resolutiva que posee entre nosotros.

Dos figuras de gran relieve dentro de la Iglesia se enfrentaron en un cisma que habría de durar ocho años, despertando en los fieles grandes dudas. Pedro Pierleoni, bisnieto del converso Baruch, había estudiado en París con el rey Luis VI, profesado como monje en Cluny en tiempos del abad Poncio y alcanzado el cardenalato en 1112 como diácono de San Cosme y San Damián. Hombre de confianza de Gelasio II y, sobre todo, de Calixto II, fue promovido a cardenal presbítero de Santa María in Trastévere, en 1120. Destacó mucho como legado en Francia e Inglaterra, pero Aymerico consiguió apartarle de esta vida activa, de modo que durante varios años permanece silenciado. Él representaba la que podríamos llamar línea dura del gregorianismo: el ideal monástico debía inspirar la reforma de las personas. Dueño de Roma, de la que Inocencio II se vio obligado a alejarse, envió cartas a todos los príncipes requiriendo su reconocimiento con el argumento de que su elección había sido correcta y no forzada y que contaba con la mayoría de los cardenales. Pero el único verdadero apoyo con que pudo contar, aparte de la gran fortuna de su familia de banqueros, fue Roger II, que recibió la corona de Sicilia, Apulia y Calabria, culminando así el proyecto de unificación política de todo el mediodía italiano.

Algunos autores han especulado, sin duda erróneamente, con el obstáculo que para los Frangipani hubo de constituir su remoto origen judío. Jean Leclercq *(Recueil d'études sur saint Bernard et ses écrits, 2* vols., Roma, 1962-1966) ha demostrado que fue la decisión de cistercienses y canónigos regulares en favor de la nueva línea de reforma, la que decidió el pleito. San Bernardo de Claiaval, en el sínodo de Étampes (1130) proclamó la legitimidad de Inocencio II, ganando para él la obediencia de Francia, Inglaterra y España. Lotario de Supplinburgo convocó a la Dieta en Xantes y aquí fue el propio san Norberto quien inclinó la voluntad del emperador. Otras figuras sobresalientes como Hugo de San Víctor y Pedro el Venerable, ahora confirmado como abad de Cluny, apoyaron a Inocencio. El sínodo de Reims (octubre de 1131) mostró una decisión casi unánime de la cristiandad en favor de quien representaba la nueva etapa en la reforma (F. J. Schmale, *Studien zur Schisma des Jahres 1130,* Colonia, 1961).

Solución del cisma. Inocencio II se entrevistó en Lieja con Lotario y recibió la promesa de ser instalado en Roma: en 1133 el ejército alemán bajó a Italia y pudo entrar en la ciudad, aunque Sant'Angelo y la ciudadela de San Pedro resistieron. El papa coronó emperador a Lotario en Letrán, el 4 de julio de aquel mismo año, pero en cuanto las tropas alemanas se fueron, Inocencio tuvo que refugiarse en Pisa. Aquí reunió un nuevo sínodo (1134) que le proporcionó un gran respaldo: 113 obispos participaron en él. Hubo una segunda expedición imperial, el año 1136; y aunque el emperador logró una victoria sobre

Roger II, tampoco pudo hacer firme el dominio sobre Roma. Las relaciones entre el papa y el emperador se agriaron por el empeño de Lotario en conseguir que se diese a uno de los suyos, Wibaldo de Stablo, la abadía de Montecassino

La solución del cisma, sin excesivos traumas, llegó con la muerte de Anastasio II el 25 de enero de 1138. Aunque los cardenales de su partido procedieron a elegir a Gregorio Conti, Víctor IV, san Bernardo le convenció para que resignara su oficio, en bien de la Iglesia, reconociendo a su rival. También se sometieron el rey de Sicilia y la familia Pierleoni. En abril de 1139 se reunió el II Concilio de Letrán, décimo de los ecuménicos; se declararon nulos todos los actos y disposiciones tomados por Anacleto II, que figura, en consecuencia, en la lista de antipapas. Naturalmente, el concilio no se redujo a este asunto: sus cánones hicieron avanzar la estructura de la Iglesia. Con la paz llegaba el predominio de la autoridad pontificia. Se hizo una definición rigurosa del matrimonio y de la familia. Un aspecto curioso c importante: a los monjes les sería prohibido el estudio del derecho y de la medicina.

Los últimos años del pontificado de Inocencio II fueron turbulentos. El choque doctrinal con Pedro Abelardo, en que se encontró mezclado san Bernardo, alcanzó también al pontífice cuando éste confirmó la sentencia dictada en el sínodo de Sens (1140). La paz con Roger II no pudo mantenerse y en la lucha que siguió el papa fue hecho prisionero y tuvo que suscribir el tratado de Migniano (25 julio 1139) en que se reconocían a Sicilia las mismas condiciones que ya otorgara Anacleto II. También se enturbiaron las relaciones con Luis VI de Francia, a causa de la provisión de la diócesis de Bourges. Para colmo de males un discípulo de Abelardo, Arnaldo de Brescia (t 1141), iniciaba el sueño perturbador de convertir a Roma en una comuna que restaurase los antiguos tiempos.

Celestino II (26 septiembre 1143 - 8 marzo 1144)

Guido de Cittá di Castello pertenecía a una familia aristocrática romana. También él se había contado entre los discípulos de Pedro Abelardo. Calixto II le había llevado a Roma en calidad de «maestro» en teología y filosofía. En 1127 Honorio II le nombró cardenal diácono de Santa María in Vía Lata, e Inocencio II lo ascendió a presbítero cardenal de San Marcos. Trabajó intensamente en Alemania y en Sicilia para conseguir el reconocimiento de este papa. Figuraba entre las cinco personas que su antecesor recomendara y fue elegido por unanimidad. Habiendo colaborado intensamente con Aymerico durante años, se veía en él un continuador de su obra. Su breve pontificado nos proporciona pocas noticias. A instancias de Suger de Saint Denis y de san Bernardo levantó las censuras que pesaban sobre Luis VII de Francia. Muy a regañadientes ratificó el tratado de Migniano, porque entendía que el fortalecimiento de un reino unido en el sur de Italia podía convertirse en una amenaza para el Patrimonium. Era muy celoso de la autoridad del pontífice: desde este momento se ordenó incluir en los documentos de la cancillería la frase *«salva Sedis Apostolicae auctorítate»*, que era una afirmación de supremacía jurídica ab-

soluta. Reunió una espléndida biblioteca de cincuenta y seis volúmenes que donó a su ciudad natal.

Lucio II (12 marzo 1144 - 15 febrero 1145)

Gerardo Caccianemici, natural de Bolonia, pertenecía a la congregación de canónigos regulares. Calixto II le nombró cardenal presbítero de Santa Cruz, iglesia que entregó a su orden. Rectitud de vida y espíritu de servicio le aseguraron una gran influencia en el pontificado de Inocencio II, que le nombró canciller y bibliotecario. Su amistad con san Bernardo es dato importante. Estableció el primado de Tours sobre Bretaña, contra las pretensiones del obispo de Dol, y otorgó a Toledo la primacía sobre toda la península. Aceptó el vasallaje de Alfonso Enríquez de Portugal, aunque sin darle título de rey. Pese a que en el colegio de cardenales se alzaran protestas contra Roger II, que usurpaba dominios de la Iglesia, Lucio II se negó a tomar medidas; la situación en Roma le obligaba a ser prudente.

Arnaldo de Brescia, que también era un premonstratense, predicaba contra la estructura de la Iglesia, su lujo y sus condiciones, reclamando un retorno a la predicación ambulante en rigurosa pobreza. Cometió el error de recurrir a medios políticos para conseguirlo. En Roma alentó la proclamación de una comuna que debía restablecer el Senado, como en los antiguos tiempos. Al frente del movimiento aparecía el hermano de Anacleto II, Giordano Pierleoni. Lucio intentó buscar ayuda en Roger II, entrevistándose con él en Cerano, y también con Conrado III (1137-1152) Hohenstaufen. Al no conseguirla se decidió a emprender el asalto del Capitolio, asiento del poder de Arnaldo, pero fue herido de una pedrada y falleció.

Eugenio III, san (15 febrero 1145 - 8 julio 1153)

El papa, fuera de Roma. El mismo día de la muerte de Lucio II los cardenales eligieron a Bernardo Pignatelli de Montemagno, abad del monasterio cisterciense de los Santos Vicente y Anastasio, en las afueras de Roma. La influencia de san Bernardo era la que le había movido, hacia 1130, a profesar en el mismo Claraval. Partidario de la construcción de una fuerte monarquía eclesiástica se mostró, naturalmente, enemigo de los proyectos de Arnaldo de Brescia. Cuando san Bernardo conoció su elección se asustó, pues se trataba de un monje —nunca abandonaría su hábito ni sus costumbres— y, sin embargo, iba a revelar una extraordinaria capacidad para desenvolverse en medio del mundo. Como rechazó la legalidad de la comuna constituida en Roma, fue a hacerse consagrar en Farfa. Luego fijó su residencia en Viterbo.

Desde aquí excomulgó a Giordano Pierleoni y a sus partidarios, estableciendo un estrecho bloqueo en torno a la ciudad hasta que la obligó a capitular. En las Navidades de ese mismo año, 1145, pudo ya entrar en Roma; Arnaldo de Brescia fue a postrarse a sus pies y se concertó un acuerdo mediante el cual el Senado, compuesto por 56 miembros, no entraría en funciones salvo con la autoridad del papa. Coincidió también en Roma por aquellas fechas Pe-

dro Abelardo (1079-1142), para prestar obediencia a Eugenio y explicar sus dificultades. La popularidad de Pedro Abelardo no procedía de sus enseñanzas, en la colina de Santa Genoveva, sino de sus discursos contra la riqueza de los eclesiásticos. Por esta causa había sido denunciado ante el II Concilio de Letrán. Luis VII había interrumpido sus clases expulsándole y, por el camino de Zurich, fue a confirmar su fidelidad. Ni Arnaldo de Brescia ni Pedro Abelardo perseveraron en su sumisión arrastrados por su espíritu, en que la mística se mezclaba con la violencia; reclamaban una Iglesia pobre que viviera de los diezmos y de las limosnas. En 1146, cuando Eugenio III rechazó las propuestas de la comuna que pretendía nada menos que arrasar Tívoli, rebelde, Arnaldo condujo a Roma de nuevo a la insurrección, obligando al papa a instalarse en Viterbo (enero de 1146).

La cruzada. En aquella ciudad le encontró Hugo, obispo de Gabala (Djebelh), a quien enviaba Raimundo de Antioquía. Coincidió con una delegación de obispos de rito armenio, procedentes de Cilicia, que protestaban de la hostilidad de los bizantinos. Las noticias eran alarmantes: Edessa había sido tomada por los turcos, que ahora amenazaban los dominios de los cruzados. El cronista Otto de Freisingen transmite la noticia de que Hugo fue el primero en hablar al papa de la existencia del preste Juan de las Indias, descendiente de los Reyes Magos, y de una comunidad cristiana en el Lejano Oriente. Eugenio III renovó la bula de cruzada con grandes indulgencias (marzo de 1146), encargando a san Bernardo que la predicase. Lo hizo con enorme entusiasmo: en una asamblea reunida en Vézelay invitó a los caballeros a repetir la hazaña del 1096. Comenzaba de este modo la Segunda Cruzada. En 1147 el papa viajó a Francia para tomar parte también en los preparativos: había pedido a san Bernardo que no involucrara a Alemania en la empresa porque necesitaba de Conrado III para recuperar Roma y lograr la sumisión de Roger de Sicilia. Pero ya el sanio de Claraval había iniciado la predicación y Conrado había dicho que oslaba dispuesto a acudir en persona.

Nunca se había hecho un esfuerzo tan grande, ni nunca tampoco se causaría una decepción más profunda. Mientras Eugenio III se entrevistaba con Luis VII, el otro rey cruzado, en Dijon y en Saint Denis —el encuentro previsto con Conrado no llegó a realizarse— los caballeros ya estaban marchando en grandes grupos por los caminos de tierra. Otros fueron por mar. Llegados a su destino, alemanes y franceses se entendieron mal. Por otra parte, la reina de Francia, Leonor de Aquitania (1122-1204), que acompañaba a su marido, intimó con Raimundo de Antioquía (1136-1149), y el matrimonio se rompió. Más tarde tal unión sería anulada por causa de parentesco, y Leonor, casándose con Enrique II, llegaría a ser reina de Inglaterra. Cruzando Asia Menor e intentando luego el ataque a Damasco, se perdió la mayor parte de los efectivos. Luis VII, al regresar, culpó a los bizantinos de este fracaso y dejó en el aire la idea de que sin un previo dominio del territorio bizantino la cruzada nunca conseguiría el éxito. Eugenio III se negó a tomar ni siquiera en consideración tales proyectos, pero fue una sugerencia que muchos no olvidaron. Dos efectos

se derivaron de la Segunda Cruzada: un serio desprestigio del pontificado y un aumento en la disyunción entre Oriente y Occidente. Contrastaba el fracaso en el camino de Damasco con el éxito que uno de los grupos de guerreros en viaje proporcionó a Portugal con la conquista de Lisboa.

Falta el emperador. Eugenio intensificó los esfuerzos de reforma para elevar el nivel de la vida espiritual en clérigos y monjes. Importantes sínodos en París, Tréveris y Reims se ocuparon de estos temas y también de la revisión de las doctrinas que enseñaban los grandes maestros de la primera escolástica, como Gilberto de la Porée; la experiencia de confusiones que originaran las enseñanzas de Pedro Abelardo obligaba al papa a tomar precauciones. Pero no se trataba de reprimir, sino de estimular. Por encargo de Eugenio, Burgundio de Pisa traduce al latín los sermones de san Juan Crisóstomo y el *Tratado de la fe ortodoxa* de san Juan Damasceno. Las intervenciones en Francia e Inglaterra, donde sostuvo a Teobaldo de Canterbury frente al rey Esteban (1135-1154), y en Irlanda, donde la Iglesia quedó reorganizada en cuatro sedes metropolitanas, fueron muy notables.

Con un buen bagaje de realizaciones a sus espaldas, el antiguo monje decidió regresar a Italia. Apenas llegado a Cremona (15 de julio de 1148) pronunció la excomunión contra Arnaldo de Brescia. Con tropas sicilianas pudo entrar en Roma, pero el ambiente era tan hostil que juzgó preferible no permanecer en ella, retornando a su residencia de Viterbo. En los años siguientes sería cada vez más frecuente esa residencia de los papas fuera de Roma. La única esperanza de restaurar el orden estaba en la presencia del emperador: Eugenio hizo planes para traer a Conrado a Roma y coronarle. Pero había regresado éste tan maltrecho de la cruzada que murió el 15 de febrero del mismo año.

El Imperio. Aunque Federico I de Hohenstaufen (1152-1190), llamado Barbarroja, al comunicar su elección no solicitó la confirmación, Eugenio la otorgó; confiaba en obtener alguna clase de acuerdo que le permitiera establecerse sólidamente en Roma. También los rebeldes romanos estaban atentos a lo que sucedía en Alemania; bastó la noticia de que la Dieta de Würzburgo había acordado el viaje a Italia para que los romanos abrieran sus puertas al papa. Pero antes de que se produjera la coronación, Eugenio y Federico negociaron y concluyeron el importante tratado de Constanza (23 marzo 1153). En él se fijaban los respectivos ámbitos de soberanía y jurisdicción, utilizando términos del lenguaje feudal: *honor Ecclesiae* y *honor Imperii,* como ha destacado P. Rassow {*Honor Imperii,* Darmstadt, 1961). Además, ambos se comprometieron a recíproca protección: el emperador no negociaría con romanos ni con normandos, ni haría concesiones sin consentimiento del papa, ni éste haría nada semejante con los que fuesen contrarios al Imperio. Eugenio III murió antes de que el convenio comenzara a surtir efecto.

Anastasio IV (8 julio 1153 - 3 diciembre 1154)

De nombre Conrado, había nacido en el barrio de Roma conocido como Suburra y probablemente procedía de un sector social medio. Pascual II lo había

nombrado cardenal presbítero de Santa Pudenciana y los servicios que como tal prestó a Honorio II movieron a éste a elevarle al rango de obispo de Santa Sabina. Decidido partidario de Inocencio **II** durante el cisma, había permanecido todo el tiempo en Roma o en sus inmediaciones como vicario suyo. Hizo el mismo oficio durante algunas de las ausencias de Eugenio **III,** de modo que era su continuador natural y fue elegido el mismo día de la muerte de éste. Su larga experiencia, a pesar de que el cronista Gerhoh de Reichersberg lo califica de «débil anciano», y la presencia constante en Roma, permitían esperar que le fuera posible alcanzar un acuerdo con la comuna. De hecho, durante todo su breve pontificado pudo residir en Roma. Puede definírsele como un pacificador: aceptó el candidato que Federico Barbarroja quería para Magdeburgo; restauró a William Fitzherbert, depuesto por Eugenio **III,** en la sede de York; logró, por medio del legado Nicolás Breakspeare, un acuerdo con Suecia y Noruega y que ambas pagasen el «dinero de san Pedro».

Adriano IV (4 diciembre 1154 - 1 septiembre 1159)

La persona. Nicolás Breakspeare es el único papa inglés. Hijo de un clérigo que más tarde se hizo monje y nacido hacia el año 1100 en las proximidades de St. Albano, se vio reducido a la absoluta pobreza. Emigró a Francia e ingresó en la orden de canónigos regulares, siendo compañero de estudios de John de Salisbury (1115? - 1180) y discípulo de Gilberto de la Porée y de Pedro Abelardo. Fue elegido preboste, esto es, prior, en San Rufus (Avignon), pero sus compañeros de orden le acusaron ante el papa, falsamente, de excesiva dureza en el trato. Eugenio **III** lo llamó a Roma, pero lo que hizo fue nombrarlo cardenal obispo de Albano (1149). Entre 1150 y 1153 desempeñó con enorme eficacia la legación en los países escandinavos. En 1152 reunió un gran sínodo en Noruega, en el que se decidió elevar la sede de Nidaros (Trondheim) a metropolitana; más tarde, en Suecia, otro sínodo en Linkóping, hizo lo propio con Uppsala. La elección para suceder a Anastasio fue unánime.

Consecuencias de Constanza. Puso el mayor empeño en restablecer la autoridad pontificia en Roma, donde Arnaldo de Brescia había conseguido fortalecer su posición con dos propagandas: exigencia de pobreza absoluta al clero, sometiendo de este modo a los eclesiásticos; y canto a las viejas glorias de la ciudad, que debía ser restaurada en su antiguo poder. En uno de los tumultos que se produjeron, el cardenal Guido, de Santa Pudenciana, resultó herido. Entonces Adriano fulminó la excomunión sobre Roma, algo que nunca ocurriera y que resultaba inaudito. Pero por este procedimiento consiguió la capitulación del Senado, al que impuso como condición el exilio de Arnaldo de Brescia. Una solución únicamente parcial, pues el Patrimonium estaba seriamente amenazado desde el sur por Guillermo de Sicilia. Adriano pidió a Federico que fuera a Roma y le envió la confirmación del tratado de Constanza. Pero según Peter Rassow (obra citada) y M. Maccarone *(Papato e Impero dalla elezione di Federico I a la morte di Adriano IV,* Roma, 1959), este documento era tan sólo un acuerdo marco que necesitaba aclaraciones y sin duda debates: ¿dónde está el límite de cada «honor»?

Barbarroja fue a Italia en su primer viaje, el de la coronación. El 8 de junio de 1155 se entrevistó con el papa en Sutri y se produjo ya un roce serio: el emperador se había negado en principio a tomar las riendas del caballo de Adriano y sólo accedió cuando, tras un largo forcejeo, quedó claro que se trataba de un gesto de cortesía hacia san Pedro y no de sumisión. Inmediatamente después hizo entrega de Arnaldo de Brescia, a quien llevaba consigo, el cual fue juzgado y condenado por el prefecto de la ciudad. Las cenizas del revolucionario fueron lanzadas al Tíber para evitar una mitificación del héroe muerto. Pero el mismo día de la coronación (18 de junio de 1155) los alemanes tuvieron que aplastar una revuelta en Roma. Después el emperador regresó sin ocuparse de la amenaza siciliana, y sin que se hubieran hecho las puntualizaciones que exigía el tratado de Constanza.

«Dominium Mundi». Adriano negoció por su cuenta con Guillermo, firmando el tratado de Benevento (18 junio 1156). Rematando la empresa de un siglo, este descendiente de Tancredo de Hauteville recibía el título de rey de Sicilia, Apulia, Capua y Calabria, con la posesión hereditaria de Nápoles, Salerno, Amalfi y la tierra marsa, todo ello en calidad de vasallaje respecto a la Sede Apostólica y con la obligación de pagar cada año un censo de 1.000 marcos de oro. Desde noviembre de 1156 el papa había vuelto a establecerse sólidamente en Roma y contaba, de nuevo, con el respaldo de los normandos.

Para informar de estos acontecimientos, Adriano envió dos cardenales, Rolando Bandinelli y Bernardo de San Clemente. Se habían producido entre lanto importantes cambios en el entorno del emperador: el conde Otto de Wittelsbach y el canciller Reinaldo de Dassel (1120-1167) ejercían una gran influencia. Este último sostenía una doctrina según la cual el *honor Imperii* coincidía con un verdadero *dominium Mundi,* ya que la autoridad del emperador era tan universal como la del papa. Los legados de Adriano llevaban el encargo de resolver un conflicto que entre tanto había surgido: Eskil, obispo de Lund, en Dinamarca, a quien en Roma el propio papa entregara el *pallium,* había sido detenido en Thionville bajo la acusación de ingerencia en territorios propios del Imperio. Federico recibió a los legados en Besancon, donde celebraba una Dieta (octubre 1157). Al traducir la carta del papa al alemán, Reinaldo de Dassel convirtió el término genérico de «beneficios» en *lehen,* es decir, feudos. Estalló en la Dieta un escándalo al que contribuyó el cardenal Bandinelli cuando, en el calor de la polémica, preguntó de quién recibía el emperador el Imperio sino del papa. Los legados tuvieron que regresar a Roma con las manos vacías y con un mal sabor de ruptura. El papa se dirigió a los obispos alemanes, en indirecta solicitud de apoyo, y pudo comprobar que éstos estaban decididos a cerrar filas en torno a su rey. En consecuencia tuvo que escribir una segunda carta dando explicaciones: él se había referido claramente a beneficios en el sentido moral y no jurídico de la palabra, sin querer decir feudos; la corona imperial no es algo que el papa «otorgue», sino un signo de reconocimiento que «impone».

Primera victoria para Federico, que permitió a éste dar un paso adelante.

Protegiendo con abundantes privilegios a los maestros de Bolonia, el empcrador estaba contribuyendo a la recepción del derecho romano, llevándolo al ex tremo: *«quod placuit principi, legis haber vigorem»*. Frente a las pretensiones de la Iglesia (Dios mismo ha escogido al papa a través de Pedro) enarbolaba olio argumento: el mismo Dios que ha transferido el *imperium* al pueblo alemán, es coge a través de éste a los emperadores. Con un gran ejército regresó a Italia y, aludiendo a quejas presentadas en una asamblea anterior, sometió Milán (1 septiembre 1168) por la fuerza.

Roncaglia. Una Dieta fue reunida en Roncaglia, el 11 de noviembre de este mismo año. En ella reivindicó para sí todos los antiguos derechos sobera nos (regalías), liquidó las pretensiones comunitarias de las ciudades designan do en ellas magistrados *(podestá)* encargados de representarlo, y devolvió a los dominios de los nobles su condición de feudos en relación de vasallaje. Es in dudable que se preparaba a restaurar la investidura laica de los obispos. No comprendía, acaso, que todo este programa resultaba arcaico: chocaba abierta mente con las nuevas circunstancias económicas. Milán, Brescia y Piacenza co menzaron a preparar una insurrección de las ciudades, tomando contacto con el papa. Mientras tanto, Federico Barbarroja iba acumulando motivos de dis cordia. Con los bienes de la marquesa Matilde más las islas de Córcega y Cer deña, que el papa reclamaba, hizo un amplio dominio que entregó en vasallaje a Welfo de Baviera a fin de atraerse a este poderoso linaje. Luego nombró a Reinaldo de Dassel arzobispo de Colonia y a un subdiácono para la sede de R;i vena sin consultar siquiera al papa. Adriano reaccionó con energía: la Dieta de Roncaglia no le afectaba porque el *honor Petri* que es «honor de Dios» signiíi ca plena soberanía sobre el Patrimonium y plena independencia en lo espiritual para los obispos. Anunció que si en cuarenta días no rectificaba, Federico sería objeto de excomunión. Antes de que el plazo se agotara murió el papa, que ha bía comenzado a prepararse para un enfrentamiento estrechando sus vínculos con Guillermo de Sicilia y procurando un acercamiento a Manuel Comneno, emperador de Bizancio.

Alejandro III (7 septiembre 1159 - 30 agosto 1181)

La elección. El colegio de cardenales se hallaba profundamente dividido: frente a los que defendían la plenitud de la autoridad en el pontífice, con predominio de la ley canónica sobre la civil en todos sus aspectos, no faltaban quienes, influidos por el derecho romano, compartían el punto de vista del emperador de que la Iglesia necesitaba la existencia de una soberanía temporal completa para su defensa. Otto de Wittelsbach, conde palatino, estaba en Roma en el momento de la muerte de Adriano e influyó seguramente en el desarrollo de los acontecimientos. Adelantándose a sus colegas, una minoría de partidarios del emperador, procedió a elegir al cardenal Ottaviano de Monticelli, un sabino de noble cuna que pertenecía al círculo de amigos de Federico, el cual anunció que tomaría el nombre de Víctor IV; en una de sus primeras cartas, usando los términos de Constanza, declaró su voluntad de velar por el «honor del Im-

perio». Ese mismo día la mayoría de los cardenales procedía a elegir a Rolando Bandinelli, el protagonista del enfrentamiento en la Dieta de Besancon, que lomó el nombre de Alejandro III y se presentó como defensor a ultranza del honor de Pedro».

Gracias a los trabajos de M. Pacaut *(Alexander III,* París, 1956) y de M. W. Baldwin {*Alexander III and the Twelfth Century*, Londres, 1968) estamos ahora en condiciones de entender este complicado cisma de dieciocho años. Nacido en Siena hacia el 1100, Bandinelli era un reputado profesor de derecho de Bolonia, autor de dos libros muy importantes *(Stroma,* que es el primer comentario al Decreto de Graciano, y *Sententiae*, una especie de suma en que comenta y corrige a su maestro Pedro Abelardo), promovido cardenal en 1150. En calidad de tal llegó a convertirse en principal consejero de Adriano IV y en el más decidido defensor de su política. La polémica entre las dos soberanías no se redujo a Italia y Alemania: se hizo extensiva a otros reinos, en especial Inglaterra.

La doble elección fue origen de choques armados: los partidarios de Otlaviano invadieron el aula y, contando con la mayor fuerza, le pusieron en posesión de Letrán, donde el clero y el pueblo le aclamaron. Pero ninguno de los electos juzgó prudente ser consagrado en Roma: Alejandro lo fue en Ninfa, cerca de Velletri (20 de septiembre) y Víctor en Farfa (4 de octubre). Dadas las circunstancias, muchos, de buena fe, dudaban de dónde estuviese la legitimidad. Alejandro III tuvo que abandonar Roma. Fue una gran oportunidad para Federico Barbarroja, que comenzó declarándose neutral y reclamando para el emperador la decisión final, como si se tratara de una elección episcopal en discordia de las previstas en el concordato de Worms. Convocó un concilio en Pavía (febrero de 1160): pero lo que en él habría de decidirse estaba prejuzgado ya que Ottaviano era llamado Víctor IV y Bandinelli simplemente cardenal; se trataba de formular, en ausencia de este último, una doctrina que declarase como Ottaviano era la *sanior pars.* El obispo de Aquileia y algunos otros alemanes, comenzando por Eberhard de Salzburgo, se declararon contra el emperador. John de Salisbury se encargó de rebatir las tesis de Pavía: la elección de Alejandro III era la única válida porque, aparte de contar con la mayoría, se había efectuado en libertad. Entonces el legado Juan de Anagni pronunció dos sentencias de excomunión, contra Víctor IV y contra Federico (27 de febrero). El papa confirmó la primera pero no la segunda; seguía buscando vías de negociación con el emperador.

«Universitas christiana». En octubre de 1160 se celebró un sínodo en Toulouse, al que asistieron Enrique II de Inglaterra, Luis VII de Francia y numerosos obispos de ambos reinos y de España, todos los cuales reconocieron la legitimidad de Alejandro III. Éste, no pudiendo instalarse en Roma y fracasado el primer contacto con el emperador, fijó durante más de dos años la residencia en Sens. El clero y las órdenes monásticas se dividieron: en general, los maestros teólogos y canonistas se colocaron al lado de Alejandro, que era uno de los suyos. Lo mismo hizo el Cister. En cambio, Cluny reconoció a Víctor IV.

Alejandro representaba un nuevo paso hacia esa forma de monarquía pontifi cia asentada sobre una comunidad *(Universitas christianá)* en relación con la cual él prefería llamarse vicario de Cristo en lugar de vicario de Pedro.

La comunidad, verdadero cuerpo místico, estaba siendo amenazada por desviaciones muy serias que fueron ya tratadas en los sínodos de Monipellno (1162) y de Tours (1163), en los cuales se reconoció la necesidad de recurrir a medidas de fuerza para desarraigarlas. Como un eco de las críticas que se levantaran contra la estructura jerárquica de la Iglesia y sus medios materiales surgían movimientos que reclamaban la pobreza absoluta, como era el caso de Pietro Valdo (1140-1217) y sus discípulos, o que rechazaban abiertamente los fundamentos mismos de la Iglesia, como sucedía con los *cátharos* («puros», en el sentido de elegidos) también llamados albigenses por ser Albi la ciudad don de más proliferaban. Alejandro confiaría el estudio del problema al legado car denal Pedro de San Crisógono. Mientras que en los valdenses se apreció en principio un riesgo de desviaciones si exageraban su doctrina de la pobreza, el catharismo aparecía como una amenaza a la estructura misma de la sociedad por su negación del matrimonio, en consecuencia de la familia, y de los princi pios de autoridad. Siguiendo las recomendaciones de este legado, Alejandro conminó al conde Raimundo de Toulouse (1194-1222) una tarea de represión, que debía incluir el encarcelamiento de herejes, la confiscación de bienes y la destrucción de castillos.

Alejandro retorna a Roma. Federico Barbarroja, que había rendido Milán (1 de marzo de 1162) disponiendo su arrasamiento, parecía por primera vez absolutamente dueño de Italia: hasta Genova y Pisa se le sometían. Venecia co menzó a temer en su dorado aislamiento. Pero también Luis VII y Enrique II. en la obediencia de Alejandro III, estaban aprovechando la oportunidad del cisma para incrementar el dominio que ejercían sobre la Iglesia. En 1162 el monarca británico impuso el nombramiento de su propio canciller, Tomás Beckel (1117-1170), un universitario formado en París y Bolonia, como arzobispo de Canterbury. El nombramiento fue mal recibido porque se pensaba que era únicamente un instrumento de su política. Entre Francia e Inglaterra se alzaba la misma mujer, Leonor de Aquitania, casada con Enrique II después de haberse divorciado de Luis VIL

Luis proyectó una solución al cisma mediante un encuentro con Federico Barbarroja en el puente de San Juan de Losne, sobre el Saona, al que deberían asistir ambos papas, pero Alejandro rechazó lo que a fin de cuentas se traducía en un arbitraje ejercido por soberanos temporales entre dos candidatos. Cuan do el encuentro se realizó, el 19 de septiembre de 1162, Luis no encontró al emperador sino al canciller, Reinaldo de Dassel. La entrevista se convirtió en un fracaso. Pero también lo era la iniciativa de Enrique II. Tomás Becket afirmó desde el primer momento la superioridad del derecho canónico sobre el civil e impidió a los jueces temporales intervenir en el juicio de un clérigo de Sarum aunque se trataba de un horrible crimen. El monarca británico comenzó a trabajar en una ley, publicada en 1164 (Constituciones de Clarendon) que esta-

blecía una prohibición de los obispos de viajar a Roma sin su licencia y sometía a los clérigos a la justicia ordinaria cuando la materia del delito así lo requiriese. Becket apeló al papa, que declaró aceptables únicamente tres de los dieciséis artículos de la ley.

Conseguido el apoyo de los reinos occidentales y de una manera especial de sus obispos (en este momento otorga a Alfonso Enríquez el reconocimiento como rey de Portugal), Alejandro III comenzó a preparar su regreso a Roma. Víctor IV, que viajaba siempre en compañía del emperador, falleció en Lucca el 20 de abril de 1164. Los ciudadanos, que le consideraban un antipapa, se negaron a que le enterrasen allí. Dassel, temiendo que Federico se inclinase por la vía de la negociación, se apresuró a hacer elegir a Guido de Crema, que tomó el nombre de Pascual III. Hizo dos gestos hacia la popularidad en Alemania: la canonización de Carlomagno y el traslado de las reliquias de los Reyes Magos desde Milán a su catedral de Colonia. Ya se detectaba un movimiento de fuerte resistencia entre las ciudades que se proponían formar una liga contra el emperador. Como un signo, los lombardos comenzaron a construir una nueva ciudad, cerca de Tortona (1165), y la llamaron Alejandría, en honor al papa. También comenzaron a reconstruir Milán. Venecia se preparaba a respaldar dicho movimiento negociando con Guillermo de Sicilia, con el emperador de Bizancio y con algunas otras ciudades italianas: la consigna era frenar al emperador para no poner en peligro los esquemas económicos. Por el camino del mar Alejandro llegó a Sicilia y, desde aquí, escoltado por tropas normandas, pudo entrar en Roma el 23 de noviembre de 1166. Pascual III se retiró a Viterbo.

Asesinato de Becket. Por cuarta vez el gran ejército imperial descendió sobre Italia. Tomada Ancona, derrotadas las milicias romanas en Tusculum (29 de mayo de 1167) y huido Alejandro al seguro refugio de Benevento, pudo Federico entrar en Roma con Pascual III, que coronó en San Pedro a la emperatriz, Beatriz de Borgoña. Pero entonces —como dirían los partidarios de Alejandro— la mano de Dios descendió sobre él: una epidemia de malaria, el mal romano, se abatió sobre el ejército, causando la muerte de más de dos mil caballeros, entre ellos el duque Federico de Suabia, Welfo de Baviera y Reinaldo de Dassel (14 agosto 1167). Los invisibles microbios habían destruido el poderoso ejército alemán. Llegaba al mismo tiempo la noticia de que Mantua, Bergamo y Brescia, habían tomado la iniciativa (marzo de 1167) de constituir la Liga lombarda, con el propósito de que las cosas volvieran al estado en que se hallaban antes de la Dieta de Roncaglia. Cónsules elegidos por los ciudadanos comenzaron a sustituir a los *podestá* imperiales.

En 1168 murió Pascual III y Federico Barbarroja retiró prácticamente su apoyo al sucesor procurado por sus partidarios, Calixto III, porque comprendía que el cisma era ya un obstáculo para su política. Por medio de los abades de Citeaux y Claraval trataría de lograr un acuerdo. También Enrique II se rendía. Había intentado someter a juicio a Becket por el rechazo de las Constituciones de Clarendon, pero el arzobispo, tras pronunciar el entredicho, había salido de Inglaterra. Alejandro III no sólo confirmó su actitud sino que le nom-

bró legado en las islas británicas (1166). Y Enrique II había decidido aceptarle en Canterbury, sin que Tomás levantara siquiera las excomuniones pronunciadas contra quienes le desobedecieran.

Las negociaciones se prolongaron mientras se afirmaba la posición del papa. Manuel Comneno llegó a proponer a Alejandro una fórmula para que, deponiendo a Federico, se le reconociese como único embajador, mientras él, garantizando la unión de las dos Iglesias, le reconocía como único papa. Aunque esa proposición no podía tomarse en serio, el pontífice no quiso desecharla radicalmente. Por su parte, Barbarroja estaba convencido de que sólo una victoria militar podía cambiar ahora el equilibrio de fuerzas, pero carecía del instrumento fundamental para lograrla: no poseía un ejército ni los príncipes alemanes estaban dispuestos a proporcionárselo. Para ellos, y especialmente para Enrique el León, el gran güelfo, el este era la verdadera meta para Alemania, mientras que Italia era tan sólo la tumba de las desilusiones.

Tampoco la posibilidad de lograr aliados. Luis VII se mostraba contrario y el retorno de Becket a Canterbury sólo había servido para afirmar la posición de la Iglesia en Inglaterra. Un desdichado comentario de Enrique II hizo que algunos caballeros de su séquito asesinaran a Tomás en la catedral el 29 de diciembre de 1170. El formidable escándalo obligó a Enrique II a ofrecer un acto de sumisión completo y las Constituciones de Clarendon quedaron sepultadas en el olvido. En 1172 el rey hizo penitencia por un crimen del que se declaraba inocente. Y Alejandro III declaró que Becket había muerto mártir de la fe.

Legnano. En septiembre de 1174 el emperador estaba nuevamente en Italia. Se celebraron algunos coloquios con el papa y las ciudades italianas, que fracasaron: la Liga y Alejandro demostraron estar dispuestos a no separarse. Tras un último intento de conseguir la ayuda de Enrique el León, Federico decidió arriesgar la batalla en el campo de Legnano y la perdió (19 mayo 1176). No puede considerarse como una victoria decisiva, pero sí suficiente para enterrar el *dominium Mundi* y abrir negociaciones. Fueron éstas muy largas y tuvieron por escenario Venecia, adonde había llegado el papa entre los días 10 de mayo y 21 de junio de 1177. El emperador abandonaba a Calixto III (también éste, tras un conato de resistencia, se sometería el 28 de agosto de 1178), firmaba una tregua con las ciudades lombardas, reconocía a Guillermo de Sicilia como rey, y prestaba obediencia a Alejandro. Al entrar en Venecia el 24 de julio, Federico se arrodilló humildemente delante del papa, que le aguardaba a las puertas de la basílica de San Marcos. Alejandro le dio el beso de paz, juntos entonaron el *Tedeum* y en la misa solemne del día siguiente, comulgaron. La paz fue promulgada solemnemente el 1 de agosto.

/// *Concilio de Letrán.* Se había previsto, en las negociaciones, la convocatoria de un concilio ecuménico, el tercero de los celebrados en Letrán. Se inauguró el 5 de marzo de 1179, exactamente un año después del triunfal regreso de Alejandro a Roma. Con trescientos obispos e innumerables clérigos y monjes —incluyendo un enviado bizantino, Nectario de Casula—, era indudablemente la representación de la Iglesia universal; así lo expresó, en su discur-

so de apertura, Rufino, obispo de Asís. Vencido el Imperio, la Iglesia se dibujaba como la gran monarquía prevista por los reformadores. Pero no era el poder lo que la caracterizaba, sino el profundo valor espiritual. Alejandro acogió a los valdenses, alabó su pobreza, y les pidió moderación, pero les prohibió predicar salvo con permiso de sus obispos. Se otorgaron plenos poderes al abad de Citeaux, promovido cardenal obispo de Albano, para ocuparse del catharismo.

Muchas cuestiones se trataron en este importante concilio, cuyo análisis no corresponde hacer aquí. Se decidió que, en adelante, las elecciones pontificias serían realizadas por todo el colegio de cardenales sin distinción entre ellos, siendo necesaria una mayoría de dos tercios para proclamar al electo. Toda la jerarquía se implicaba en el deber de obediencia, de inferior a superior hasta el papa, debiendo someterse a examen previo a los candidatos. La Iglesia optaba por la enseñanza —nacían los estudios generales—, asignando beneficios con renta pero sin cura de almas a los profesores, dándose de este modo la razón a los maestros parisinos que escapaban al control de la catedral. Por vez primera se dio la voz de alarma contra ciertas costumbres de las órdenes militares. Y se renovaron los decretos contra la usura que englobaban también los créditos mercantiles.

Lucio III (1 septiembre 1181 - 25 noviembre 1185)

Elección. Ubaldo Alluncingoli, nacido en Lucca hacia el 1110, ingresado en la orden del Cister bajo el patrocinio de san Bernardo y cardenal obispo de Ostia y de Velletri, había sido el negociador de dos documentos esenciales, el tratado de Benevento y la paz de Venecia. Gozaba de la confianza de Federico Barbarroja, que le había propuesto como uno de sus interlocutores para aclarar las secuelas del acuerdo. El 21 de noviembre de 1184 hará un importante regalo a su orden: la absoluta inmunidad respecto a los poderes episcopales. Como no estaba seguro de la fidelidad de los romanos ni de su Senado de veinticinco miembros, descontentos porque ni se habían tenido con ellos las acostumbradas larguezas ni se les había dejado vengarse de Tusculum, no se hizo consagrar en San Pedro sino en Velletri (5 de septiembre de 1181); hasta el mes de noviembre no hizo su entrada en Roma, donde fue recibido con evidente frialdad. Aquí permaneció cinco meses. No tenía otra garantía de conservar la sumisión de sus habitantes que las tropas del obispo Christian de Maguncia; pero la muerte de éste, a causa de las acostumbradas fiebres, en septiembre de 1183, le dejó prácticamente sin cobertura.

Lucio III era un anciano sediento de paz. Desde el 22 de julio de 1184 se instaló en Verona aguardando a Federico Barbarroja, que se demoró hasta el mes de septiembre porque se hallaba negociando en Constanza una paz más amplia con las ciudades lombardas, hacia las que se mostró tan generoso que las comunas llegaron a proponerle el cambio de nombre de la ciudad de Alejandría por el de Cesárea. En octubre y noviembre los consejeros del papa y del emperador estuvieron negociando; no faltaban las disensiones, pero el ambiente, en términos generales, podía definirse como de cordialidad. La presen-

cia del patriarca Heraclio de Jerusalén y de los maestres de las órdenes militares, enviados por Balduino IV (1176-1185), provocó que se antepusiera a cualquier otra cuestión el angustioso trance que atravesaba el reino de los cruzados desde que Saladino consiguiera unir en una sola mano Damasco y Egipto. Se acordó la predicación de una nueva cruzada, que habría de ser la tercera; quedó entendido que en ella iría el emperador.

Albigenses. De esta cruzada y de otra, contra los herejes del mediodí;i francés, se había hablado ya en Letrán. Lucio publicó, el 4 de noviembre de 1184, una bula, *Ad abolendum,* que según H. Maisonneuve *(Étude sur les orígines de l'Inquisition»* París, 1960) debe considerarse como la primera raíz del procedimiento inquisitorial. Era indudable que a los obispos incumbía el deber y el derecho de juzgar a los herejes en sus respectivas diócesis. Pero, de momentó, en las conversaciones de Verona no se trataron con detalle los métodos a emplear en la extirpación de la herejía: era un problema demasiado complejd y se acordó confiarlo a otro concilio que habría de reunirse en Lyon próximamente. Tampoco en el pleito suscitado por la provisión de la sede de Tréveris quiso el papa complacer al emperador. Se dispuso que los dos candidatos acudiesen a Roma para seguir el proceso regular en tales casos. Cuando Federico le pidió que coronase emperador a su joven hijo, Enrique, también se negó: dos emperadores simultáneos parecían cosa poco conveniente.

El 29 de octubre de 1184, en un golpe genial del emperador, fruto de largas negociaciones, se concertaron los desposorios de este joven príncipe con Constanza, hija de Guillermo, y llamada a ser la heredera de Sicilia. Parece que el papa aceptaba este matrimonio, que evitaba nuevos enfrentamientos y, sobre todo, proporcionaba con Sicilia la base para la cruzada, pero los cardenales le advirtieron del peligro que significaba el hecho de que ahora el Patrimonium Petri se encontrara como entre los dos brazos de una tenaza. Lucio III identificaba el éxito de la próxima cruzada con la presencia en ella del emperador. Sin embargo, sus relaciones con éste habían vuelto a hacerse difíciles en el momento de la muerte del papa.

Urbano III (25 noviembre 1185 - 20 octubre 1187)

Los cardenales, sin perder un día, eligieron unánimemente a Umberto Crivelli, cardenal también de San Lorenzo y arzobispo de Milán. Pertenecía a una de las opulentas familias milanesas que sufrieran gran daño con el saqueo de los alemanes y su designación puede interpretarse como un movimiento de oposición a Barbarroja. Se instaló en Verona y retuvo su sede episcopal evitando así que se cumpliese la norma de que las rentas de una vacante engrosaran las arcas reales. Al comunicar al emperador su nombramiento insistió en la voluntad negociadora; y de hecho las conversaciones en torno a la sede de Tréveris continuaron. A pesar de las reticencias que el matrimonio despertaba, cuando se celebró el de Enrique VI y Constanza (27 enero 1186), legados pontificios estuvieron presentes. Urbano III protestó de que, contra sus advertencias, el patriarca de Aquileia coronara luego al joven Enrique como rey de Italia.

El papa tomó un poco la iniciativa de la ruptura: pedía la supresión de las *regalías* (derecho del rey a percibir las rentas de las sedes vacantes) y de los *spolia* (apropiación de los bienes muebles del obispo o abad difuntos) y, reclamando para sí el juicio sobre la diócesis de Tréveris, nombró al candidato que rechazaba el emperador, Folnar. A estos gestos respondió Federico, seguro ahora de la sumisión de las ciudades lombardas, con gran energía: ordenó ocupar los Estados Pontificios y bloquear Verona de tal modo que no pudiera tener comunicaciones con el exterior. El papa trató de alentar una revuelta en Cremona y nombró legado en Alemania a un enemigo declarado de Barbarroja, Felipe, arzobispo de Colonia. Pero en la Dieta de Gelnhausen (noviembre de 1186) el emperador recibió el apoyo unánime de sus nobles y de sus obispos.

Ante esta situación, que equivalía a derrota, Urbano cedió. Pidió al obispo de Magdeburgo que mediara en el pleito de Tréveris: estaba dispuesto a permitir una nueva elección, como el emperador quería. Federico aceptó la propuesta y envió a Verona sus propios agentes negociadores (1187). Pero cuando éstos llegaron a la ciudad, el papa, que había recobrado su energía y preparaba ya la bula de excomunión contra el emperador, se negó a recibirles. Las autoridades de Verona le comunicaron entonces que deseaban mantenerse fieles a Federico y que, por consiguiente, le rogaban que abandonara la ciudad. Encaminándose a Venecia, Urbano hizo un alto en Ferrara porque estaba enfermo y allí murió.

Gregorio VIII (21 octubre - 17 diciembre 1187)

En el mismo lugar los cardenales, en un giro completo de opinión, eligieron a Alberto de Morra, canciller desde 1178 y hombre de más de setenta años. Nacido en Benevento, fundó en esta ciudad el monasterio de canónigos regulares a los cuales él pertenecía. Había sido profesor en Bolonia y legado pontificio en Inglaterra, Portugal y Dalmacia, siendo el que interviniera en la reconciliación de Enrique II después de la muerte de Becket. Autor de una *Forma dictandi* que pretendía mejorar el estilo de la documentación de cancillería, poseía excelentes dotes de gobierno. Pero sus electores tuvieron sobre todo en cuenta que, dado el momento duro de las relaciones, era Gregorio VIII una persona capaz de lograr la paz. Así pareció: acogió con calor a los enviados de Federico, a quienes Urbano rechazara, y dio a Enrique VI el título de «emperador electo». Pero su breve reinado de 57 días apenas le permitió esbozar dos proyectos: el de la reforma de la curia, acomodando a sus miembros a las costumbres premonstratenses, y la preparación de la cruzada. Emprendió el viaje hacia Roma por Módena, Parma y Lucca, pero al llegar a Pisa murió.

Clemente III (19 diciembre 1187 - 30 marzo 1191)

Elección. Ahora todo se hallaba pendiente de la cruzada. El 3 de julio de 1187 Saladino (1138-1193) había destruido a la caballería cristiana en Hattin y era dueño de Jerusalén y de casi la totalidad del reino; los cruzados conservaban algunas posesiones en la costa en situación angustiosa. Los cardenales,

reunidos en Pisa, sabían que era necesario elegir un papa que fuera capaz de organizar la cruzada. Pensaron en Teobaldo, obispo de Ostia, que declinó la oferta, y se decidieron en favor de Pablo Scolari, cardenal obispo de Prenestc (Palestrina), un miembro muy rico de la aristocracia romana, aunque de mala salud. Desde niño se le había preparado cuidadosamente para el servicio de la Iglesia y era un hombre muy hábil, capaz de conservar la paz. Cumplió estas esperanzas.

Gracias a un buen entendimiento con León de Monumenta, senador de Roma y colaborador de Federico Barbarroja, se alcanzó un acuerdo con el gobierno de la ciudad, poniendo fin a un exilio de seis años. Desde febrero de 1188 el papa pudo reinstalarse con los suyos en Letrán. Un pacto con el Senado (31 de mayo) le aseguró el reconocimiento de éste con juramento de fidelidad, así como el abono de todas las rentas pontificias. A cambio, Clemente III se comprometió a pagar con cargo a éstas fuertes subvenciones y a consentir la entrega de Tusculum a la merced de los romanos.

El emperador va a la cruzada. El tratado de Estrasburgo (3 de abril de 1189) lograba también la reconciliación con el emperador. Las tropas de Enrique VI (Federico Barbarroja estaba ahora al frente de la cruzada) accedieron a retirarse de los Estados Pontificios, pero se reservaba en ellos el *honor Impedí,* es decir, la soberanía temporal del emperador. Los antiguos dominios de Matilde no fueron jamás devueltos. Y el papa se comprometió a coronar a Enrique emperador. Sin duda las concesiones pontificias parecieron excesivas: pero la situación de la Cámara era tan desastrosa (Cencío Savelli fue entonces nombrado tesorero con la dificilísima misión de poner orden en unas rentas que estaban profundamente quebrantadas) y la necesidad de cruzada de tanto agobio, que difícilmente hubiera podido procederse de otra manera.

Clemente III hizo los mayores esfuerzos en favor de la tercera cruzada, comprometiendo su propio prestigio. Logró la paz entre Genova y Pisa y la reconciliación de Venecia y Hungría a fin de disponer de fuerzas marítimas. El cardenal de Albano, por su encargo, consiguió una reconciliación entre Felipe II de Francia (1180-1223) y Ricardo I de Inglaterra (1189-1199). Por primera vez los tres grandes reyes de Europa tomaban la cruz, aunque cada uno mandaba su propio ejército. Para dar mayor realce a la liturgia de la misa Ciernenle III ordenó entonces que se practicase la elevación de la forma y del cáliz después de la consagración.

El 18 de noviembre de 1189, cuando todos los caminos resonaban al paso de los cruzados, murió Guillermo de Sicilia sin hijos varones y le sucedió su yerno, Enrique VI. Pero el reino no se le entregó. Un nieto de Roger II, Tancredo de Lecce (1190-1194), organizó una resistencia armada a los alemanes: logró consolidarse en Sicilia y penetró también en Apulia y Calabria. Esto afectó a la cruzada porque Ricardo reconoció a Tancredo, mientras Felipe se mantenía al laclo de Enrique VI. Para el nuevo emperador, ahora era Ricardo un enemigo. Clemenle III luvo tiempo de ver el fracaso final de la obra por la que tanto había trabajado: Felipe II regresó inmediatamente después de la conquista de

Acre, obteniendo del papa el reconocimiento de que él ya había cumplido su voto. Y además llegó la noticia de que Federico Barbarroja, la suprema esperanza, había muerto el 10 de junio de 1190, cuando se bañaba en las aguas frías del río Saleph.

Celestino III (marzo 1191 - 8 enero 1198)

Elección. Jacinto Boboni-Orsini, cardenal diácono, tenía 85 años de edad cuando fue elegido por sus condiciones conciliatorias. Era discípulo de Pedro Abelardo, a quien, con gran indignación de san Bernardo, defendiera en el sínodo de Sens (1140). Celestino II, que fuera su compañero de estudios, le promovió cardenal y, desde entonces, prestó muy grandes servicios a la Iglesia por su habilidad negociadora. Adriano IV, Alejandro III y Federico Barbarroja depositaron su confianza en él y santo Tomás Becket dijo en cierta ocasión que era uno de los dos cardenales incorruptibles. Fue ordenado sacerdote y consagrado los días 13 y 14 de abril de 1191, tomando el nombre de Celestino en honor de quien fuera su amigo. Enrique VI se hallaba entonces a las puertas de Roma, esperando ser coronado emperador y, aunque el papa tenía ciertas reservas al respecto, consintió en celebrar la ceremonia al día siguiente de su propia elevación al solio (15 de abril 1191).

Discordia con el emperador. Enrique VI tenía prisa por marchar hacia el sur para tomar posesión de la herencia de su mujer, ya que Tancredo se había proclamado rey sin que el papa hubiera formulado ninguna oposición. Celestino trató de disuadir al emperador, no tuvo éxito y al final el joven Enrique sufrió una derrota y Constanza quedó prisionera de Tancredo, que al poco tiempo la libertó. Durante el viaje de retorno a Alemania, el emperador celebró una entrevista con Felipe II de Francia en Milán, y aquí acordaron una estrecha alianza contra los enemigos comunes. Apuntaban de una manera especial a Ricardo Corazón de León, aliado de Tancredo. Una de las consecuencias de este acuerdo sería la prisión de Ricardo cerca de Viena, cuando trataba de regresar a su reino. Esta prisión constituyó un gran escándalo y Celestino III amenazó a Leopoldo de Austria (1157-1194) con la excomunión si no liberaba al cautivo; lo que hizo el margrave fue entregarlo al emperador.

A esta fuente de discordia se sumó otra cuando, al vacar el obispado de Lieja, se produjo una elección disputada. Enrique VI intervino para desechar a los dos candidatos y designar directamente a Lotario de Hochstaden. El candidato que reunió más votos, Alberto de Brabante, apeló a Roma, y Celestino III, reconociendo su derecho, le confirmó obispo. Alberto se hizo consagrar en Reims porque el emperador había prohibido su entrada en Lieja y, al cabo de poco tiempo, murió asesinado. Aunque Enrique prestó juramento exculpatorio, la voz pública le acusaba, pues los asesinos fueron condenados únicamente a una leve pena de destierro. Se tenía la sensación de que el emperador trataba de retorcer las condiciones de Worms, convirtiendo su «presencia» en las elecciones en nombramientos directos. Precaviéndose ante un posible enfrenlamiento, Celestino III reconoció a Tancredo como legítimo rey de Sicilia y fir-

mó con él un acuerdo (Gravina, julio de 1192) muy favorable para la soberanía pontificia.

P. Fabrc, L. Duchesne y G. Mollat *(Le Líber censuum de l'église romaine,* París, 1952) otorgan una decisiva importancia a este pontificado, en un aspecto concreto. Como sabemos, Cencio Savelli estaba al frente de la Cámara; Celestino le confirmó encargándole además una reforma a fondo, que comenzó con una estima rigurosa de los recursos. Antes de 1192 se había concluido el *Líber censuum,* que es el registro minucioso de las 682 propiedades del papa. Un proceso de centralización que se estaba aplicando también a los aspectos judiciales: la curia romana se estaba convirtiendo en el gran tribunal supremo de la cristiandad. Ante las monarquías en organización, la administración pontificia se convertía en un modelo a imitar.

Se desmantelan los Estados Pontificios. Cien mil marcos tuvo que abonar Ricardo Corazón de León al emperador por su rescate; sus vasallos hicieron en esta ocasión un gran esfuerzo. Con este dinero, y aprovechando la muerte de Tancredo (20 febrero 1194), pudo Enrique VI organizar su segunda expedición a Sicilia, esta vez con éxito. El día de Navidad de 1194 se hizo coronar rey en esa misma catedral de Palermo donde hoy yace enterrado. Al día siguiente la reina Constanza alumbraba al que sería Federico II. Los antiguos dominios de la Iglesia en el Realme fueron desmantelados y se procedió a una desmembración de los Estados Pontificios. La reina Constanza fue reconocida como reina y regente de Sicilia; los antiguos dominios de Matilde se cambiaron en ducado de Toscana entregado al hermano del emperador, Felipe de Suabia (1177-1208); Conrado de Urslingen fue designado duque de Spoleto, mientras que Markward de Anweiler se titulaba marqués de Ancona y duque de Romagna.

Poco quedaba en pie del Patrimonium Petri, sometido todo él al «honor del Imperio» y distribuido arbitrariamente. Pero Enrique buscó la conciliación presentando en 1196 al papa un gran proyecto de cruzada: aquella que daría a la cristiandad, es decir, al Imperio, la Tierra Santa y los dominios de Oriente, donde ya León de Armenia y Amalrico de Chipre se habían declarado vasallos. Celestino no podía rechazar la oferta ni tampoco dejar de temer sus consecuencias. Presentó quejas por el tremendo despojo sufrido y por la opresión a que estaban siendo sometidos los obispos en Sicilia. Entonces Enrique le propuso una solución: que el papa renunciase a todos estos dominios, recibiendo en cambio una renta fija cargada sobre los ingresos de las catedrales mayores: una solución que consistía en obligar a otros a compensar por el despojo padecido. En Alemania estas acciones de Enrique VI y, sobre todo, el plan que se advertía de transformar Alemania c Italia en una sola y gran monarquía hereditaria, comenzaba a despertar una nueva oposición. De pronto, como una demostración de la fragilidad de las cosas de este mundo, Enrique VI murió el 28 de septiembre de 1197, precediendo en pocos meses a Celestino III.

Este papa puede considerarse como un fuerte impulsor de la paz en todos los reinos, aunque con mediano éxito. Por ejemplo, aunque declaró nulo el divorcio de Felipe II con su primera esposa, Ingeborg de Dinamarca (mayo de

1195) no fue obedecido. Intervino en España para que cesaran los enfrentamientos entre Portugal, León, Castilla y Navarra a fin de formar un frente único contra los almohades, y obtuvo buenas palabras y no mucho más. Tampoco consiguió hacerse obedecer por Ricardo, que buscaba a todo trance la venganza contra Francia. Convencido de que nada de esto conducía a mayor prestigio de la Sede Apostólica, en el verano de 1197 propuso a los cardenales abdicar, aigo que ellos rechazaron. Y sin embargo debe decirse que, aunque las circunstancias no le favorecieran, había conseguido ser un hombre de paz.

Inocencio III (8 enero 1198 - 16 julio 1216)

Gran figura. Los seis volúmenes que A. Luchaire *(Innocent III,* París, 1904-1908) publicó hace ya muchos años, que siguen siendo considerados como el gran estudio clásico, permiten establecer dos cosas: el pontificado de Inocencio III indica la cumbre de la monarquía eclesiástica medieval y, al mismo tiempo, señala el tránsito hacia una época nueva en que la Iglesia trata de organizarse mediante esquemas jurídicos que se apoyan en los *Decreta* de Graciano. Hijo de Trasimundo, conde de Segni, había nacido en Gravignando en torno a 1160; no había cumplido aún 38 años cuando, el mismo día de la muerte de Celestino III, los cardenales le designaron para sucederle, por mayoría simple en la primera votación y por unanimidad en la segunda. Gran orador, cantaba bien y se hacía notar por sus costumbres sencillas y una modestia que revestía de frugalidad. Sin embargo, como indica J. Clayton *{Pope Innocent and his times,* Milwaukee, 1941), la época, de plena madurez, desborda en ocasiones a la persona. «Demasiado joven», comentó el poeta Walter von der Vogelweide.

No lo era intelectualmente. Hasta 1187 había estudiado en París, donde tuvo como maestro a Pedro de Corbeil y como compañeros a Esteban Langton y a Roberto de Courcon, que llegarían a ser cardenales y grandes colaboradores suyos. Pasó a Bolonia donde, con Huguccio de Pisa, se convirtió en verdadero maestro de leyes. En 1189 su tío, Clemente III, le nombró cardenal diácono de los Santos Sergio y Baco. Con Celestino III atravesó, a causa de rivalidades familiares, un tramo de oscuridad que aprovechó dedicándose a escribir. Dos obras suyas destacan especialmente: *De miseria humanae conditionis* (nada torna tan miserable al hombre como el pecado) y *De missarum mysteriis,* que es una explicación de la misa en términos alegóricos. Escogió el nombre de Inocencio como una memoria hacia la reforma que el papa de 1130 emprendiera, y retrasó deliberadamente su ordenación sacerdotal y consagración hasta el 22 de febrero para hacerlas coincidir con la fiesta de la cátedra de San Pedro.

La gran preparación jurídica resultó esencial en toda su obra. En muchos de sus escritos hallamos una exposición de las ideas que tenía acerca del primado de Roma. El título de vicario de Cristo demostraba que el papa es un mediador entre Dios y los hombres cuya autoridad, en espíritu de servicio, se extiende no sólo a la Iglesia, sino al mundo entero, una idea que vemos reactivada en nuestros días a través del Concilio Vaticano II: como F. Kempf *(Papsttum und*

Kaisertum bei Innocenz III, Roma, 1954) y algunos otros autores han señalado, tal autoridad, *plenitudo potestatis* que Inocencio reivindicaba, se refería al orden espiritual y no al temporal, y el servicio se refería a la humanidad enteía más allá de los límites de la cristiandad. Esto no significa que no se produjesen intervenciones en el orden temporal, referidas a dos aspectos: la defensa de la moral, cuando era conculcada, y el restablecimiento de la paz entre cristianos. Ese derecho a intervenir se explicaba únicamente *ratione peccati.* No dejaba *de* llamar la atención a reyes y príncipes de que gobernaban hombres que, ante todo, eran cristianos, y que para éstos la salvación eterna, que únicamente la Iglesia hace viable, era la verdadera meta de la existencia. En el IV Concilio de Letrán se estableció que así como resultaba intolerable la intervención de los laicos en asuntos espirituales, debía rechazarse también la de los clérigos en los temporales.

El programa. El pontificado de Inocencio III incluye un programa con cuatro puntos principales: el restablecimiento de la independencia de los Estados Pontificios, gravemente alterada por Enrique VI, lo que obligaría a medidas cerca del Imperio y de los reinos; desarrollo de la cruzada que restañase los terribles efectos de Hattin y enmendase los errores de la tercera; la destrucción de la herejía; y la reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros. Estaba convencido de que la libertad de movimientos del pontificado estaba ligada a la libre posesión del antiguo Patrimonium Petri. Hubo de emplear en esta tarea muchos años. Hasta 1206, habiendo ya recobrado el ducado de Spoleto y la marca de Ancona (nunca lograría la devolución de Toscana ni de Romagna) no quedó perfilado el espacio territorial que debería conservar la Iglesia, con dificultades, durante siglos: una franja de mar a mar que separaba la Italia del norte de la del sur. Ese sur, consolidado como reino de Nápoles, era de hecho, vasallo de la sede romana.

Ayudó, en consecuencia, a Constanza, la reina viuda, a ejercer la regencia de su hijo Federico II y, cuando ella murió (27 de noviembre de 1198), el propió papa asumió estas funciones. Para salvaguardar la herencia de Federico II tendría que batallar durante diez años y a veces con rudeza. Es indudable que uno de los objetivos que interesaba conseguir era la separación de Sicilia y el Imperio, aunque, llegado cierto momento, tampoco tendría inconveniente en impulsar la candidatura del joven rey de Sicilia para el Imperio. No cabe duda de que Inocencio III prestó al Staufen un enorme servicio: probablemente sin él no habría podido Federico ni siquiera conservar Sicilia. El vasallaje era una condición seria. Se hizo extensiva a otros reinos, Aragón, Hungría y Dinamarca, cuyos soberanos le consideraban como salvaguardia.

En numerosas ocasiones Inocencio III explicaría que la paz y la justicia han sido encomendadas por Dios a dos potestades, la espiritual, que es única, y la secular, que ejercen diversos príncipes compartidamente. En consecuencia, la autoridad del papa es universal, mientras que la del emperador en relación con toda la cristiandad se limita a cierta superioridad de honor. La diferencia con nuestro propio tiempo se aprecia mejor si se tiene en cuenta que mu

chas de las cuestiones actualmente reguladas por el derecho civil, como el matrimonio, la familia, la propiedad, la herencia y los créditos, estaban entonces en el ámbito del canónico, resultando además sumamente difícil separar las acciones políticas del comportamiento moral. La doctrina del *dominium Mundi* que enarbolara Reinaldo de Dassel en la época de Federico I, era radicalmente rechazada.

Güelfos y gibelinos. Los príncipes alemanes aprovecharon la oportunidad de la muerte de Enrique VI para reafirmar el carácter electivo de la corona imperial. Prescindiendo de Federico, demasiado niño, se dividieron: la mayoría se (inclinaba en favor de Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI; pero una minoría importante lo hizo por Otón de Brunswick (1175-1219), el hijo de Enrique el León. En Italia la división se materializó en dos partidos, los gibelinos en favor de los Staufen y los güelfos que aclamaban a su rival. Más allá de los candidatos, güelfismo y gibelinismo iban a significar doctrinas políticas distintas: el primero aceptaba la supremacía pontificia, reclamando una pluralidad temporal que sustentaba también el autogobierno de las ciudades; el segundo la rechazaba. Estalló en Alemania, como en Italia, la guerra civil. Inocencio, por medio de su legado, el cardenal Guillermo de Palestrina, trató de intervenir sin inclinarse al principio en favor de ningún bando. El legado llegó a proponer a los dos partidos como solución un arbitraje papal, con la posibilidad de escoger a un tercero si no llegaban ambos rivales a un acuerdo. Otón de Brunswick, siendo al principio el más débil, negoció con el papa. Felipe de Suabia rechazó toda intervención. De este modo se llegaría a la decisión que se comunicó el 1 de marzo de 1201: Otón de Brunswick iba a ser reconocido. Cuando los partidarios de Felipe de Suabia protestaron, el papa explicó su doctrina en la bula *Venerabilem:* a los príncipes corresponde sin duda elegir emperador, pero es atribución del papa escoger entre los electos quién puede servir mejor a la Iglesia.

El choque con Francia. Esta decisión afectaba no sólo a Alemania, sino a lodo el Occidente. J. A. Watt *{The theory of papal Monarchy in the Thirteenth Century*, Londres, 1965) insiste en considerar que es precisamente en Inglaterra y Francia donde se descubren mejor las implicaciones de la autoridad universal que Inocencio III reclamaba. Felipe II era un aliado imprescindible frente a los gibelinos, pero se hallaba inmerso en un problema moral de grandes proporciones: casado con Ingeborg de Dinamarca, la había abandonado tras la noche de bodas declarando que la dama padecía frigidez tan absoluta que hacía imposible las relaciones conyugales; una asamblea de obispos reunida en Compiegne (1193) aceptó, con otro tipo de argumentos, la nulidad de dicho matrimonio y que Felipe casara con Inés de Meraunia. Inocencio no podía aceptar ese atentado a la moral: amenazó con la excomunión si no se reintegraba a Ingeborg al trono, haciendo que todo el asunto se examinase en un sínodo especialmente convocado en Soissons para el mes de marzo de 1201.

Felipe debía demasiadas cosas al papa, aunque también esperaba mucho de su alianza con los Staufen. El legado Pedro de Capua había intervenido hasta

conseguir que Ricardo de Inglaterra hiciera un alto en sus ataques y firmara una tregua de cinco años (1198) cuando las cosas iban mal para Francia. El rey de Inglaterra murió poco tiempo después cuando sitiaba un castillo rebelde. Su sucesor, Juan sin Tierra (1199-1216), agriamente denostado en su propio país, ya no resultaba peligroso: los franceses comenzaron a invadir territorios del Imperio angevino. Inocencio, que necesitaba de la paz para impulsar la cruzada, intervino con gran fuerza: el acuerdo de Peronne (2 enero 1200) pacificó la frontera de Flandes; el de Goulet (22 mayo 1200) selló la reconciliación de Felipe con Juan sin Tierra. La boda de Blanca de Castilla, sobrina de Juan e hija de Alfonso VIII de Castilla, con el futuro san Luis, iba a ser la garantía suprema de paz. Una enorme indemnización fue ofrecida en concepto de dote, tomándola de lo que en tiempos fueran dominios de la abuela de la novia, Leonor de Aquitania.

Felipe II protestó de las intenciones de Inocencio de reconocer a Otón de Brunswick; se iba a constituir una alianza entre Alemania e Inglaterra muy perjudicial para su propio reino. La preocupación en estos momentos le inspiró, tal vez, la conducta en el sínodo de Soissons, que se reunió como estaba previsto. Felipe interrumpió las deliberaciones presentándose en el aula, afirmó que reconocía a Ingeborg como su esposa, la subió a caballo y se la llevó... para encerrarla en la torre de Étampes. La reina consiguió sin embargo burlar la vigilancia a que estaba sometida, y hacer llegar al papa un mensaje lleno de angustia. Inocencio III montó en cólera. Era el momento difícil de la gran rebelión en Sicilia contra Federico II y esto le obligaba a negociar, pero sin contemplaciones: tardaría muchos años, hasta el 1213, pero Ingeborg fue reina de Francia.

. Las protestas francesas fueron eficaces. Inocencio III no llegó a romper las relaciones con Felipe de Suabia y, propugnando una paz negociada, volvió a la que podría calificarse de postura neutral. Los Staufen triunfaban, Otón daba pocas muestras de respetar los derechos de la Iglesia y, de hecho, el conflicto creciente con Juan sin Tierra inspiraba desconfianza por su alianza con los ingleses. Además, el proyecto de cruzada estaba sufriendo uno de los golpes más demoledores que cabe imaginar.

Cruzada de 1204. Inocencio había puesto mucho empeño en resolver la cuestión de Oriente, en sus dos facetas, muy mezcladas entre sí: lograr la unidad de las dos Iglesias y recobrar el dominio de los Santos Lugares. Al ser Jerusalén un reino vasallo, en las mismas o más fuertes condiciones que el de Sicilia, respecto a la Sede Apostólica, el papa desempeñaba en este tema un protagonismo muy especial. Inocencio recogió una tendencia heredada pero inyectó nuevo vigor: dos predicadores, el abad cisterciense del monasterio alemán de Pairis (Colmar) y el francés Fulco de Neully, estaban tratando de galvanizar a los caballeros para conseguir, como en 1095, un gran ejército más homogéneo, sin que estuviesen presentes los reyes con sus rivalidades. A finales de 1199 parecía convenido que el conde Teobaldo de Champagne fuera el jefe de este ejército que, por hallarse cerrados los caminos de tierra, era preciso transpor-

lar por mar. Inocencio III tomó contacto con Amalrico II de Jerusalén, que en realidad poseía sólo Acre y algunas otras fortalezas de la costa, y con León de Armenia de Cilicia, porque estos dos territorios debían ser la base de partida. En 1200 escribió a Alejo III de Constantinopla (1195-1203) explicándole estos proyectos, recabando su colaboración y aludiendo en defintiva al siempre espinoso problema de la unión. Pero Alejo no era un aliado seguro: se trataba de un usurpador que tenía al emperador Isaac II (1185-1195) ciego y en la cárcel, mientras que el hijo de éste, también llamado Alejo, se encontraba en Venecia.

La experiencia recogida aconsejaba utilizar este ejército, sobre el papel muy considerable, para la conquista del delta del Nilo, que era la verdadera garantía de que pudiera retenerse Jerusalén. Era una empresa que afectaba directamente al comercio veneciano. En febrero de 1201 seis caballeros, entre ellos el cronista Godofredo de Villehardouin (1160? - 1212?), negociaron en Venecia las condiciones para el transporte. El dux Enrique Dándolo (1192-1205) se comprometió a conducir un contingente de 4.500 caballeros, 9.000 escuderos y 20.000 infantes —cifra que nunca se alcanzó— a cambio de 85.000 marcos de plata que debían serle entregados antes de mayo de 1202 y de la mitad de las conquistas que en la expedición se lograsen. Inocencio puso como condición a este contrato que no fuera dañado en sus derechos ningún príncipe o súbdito cristiano. Llegado el momento, y como los cruzados no habían podido reunir más que 50.000 marcos, el dux propuso a Bonifacio de Monferrato (1192-1207), que por muerte de Teobaldo mandaba la cruzada, que se le indemnizase ayudándole en la conquista de Zara. Los cruzados, concentrados en el Lido y sin recursos, aceptaron la propuesta. Inocencio se encolerizó, pues Zara era una ciudad cristiana, y excomulgó a Enrique Dándolo.

Felipe de Suabia y el dux de Venecia pusieron a Monferrat en contacto con aquel príncipe Alejo, hijo de Isaac II, que había venido a buscar ayuda en Occidente. Les propuso, si restauraban a su padre en el trono, contribuir a la expedición con 200.000 marcos de plata y 10.000 hombres. Cogidos ya en la trampa los cruzados aceptaron lo que Steven Runciman *(Historia de las Cruzadas, 3* vols., Madrid, 1965) llama «descomunal locura». Convertidos en mercenarios expulsaron a Alejo III, le sustituyeron por Alejo IV, y cuando éste fue derribado por un usurpador, Murzuplos (Alejo V), simplemente tomaron la ciudad y se quedaron con ella. Los actos de pillaje y crueldad fueron espantosos. Los cruzados restablecieron el Imperio, pero eligiendo a uno de los suyos, Balduino de Flandes (1204-1205), como emperador; al otro lado del Bosforo los bizantinos organizaron inmediatamente la resistencia.

Imperio latino. Se había colocado al papa ante hechos consumados. Inocencio mostró una profunda indignación cuando supo lo que había sucedido y más aún cuando conoció que su legado, el español Pelagio, había cambiado el voto de los cruzados de ir a Tierra Santa por el de defender durante dos años la nueva Romanía. Es indudable que se habían cometido tres gravísimos errores que durante siglos pesarían sobre la vida europea:

a) No se habían llevado los refuerzos imprescindibles para sostener las po siciones de Tierra Santa, encerradas en una defensiva sin esperanza. Por fortuna para estos puertos, el sultán había aceptado una tregua de diez años para evitar los desastres que temía, y Amalrico II había encontrado para su hija María un marido, Jean de Brienne (1148-1237), que gozaba de la confianza de las órdenes militares y tenía capacidad para la política que se precisaba.

b) Se había destruido la barrera bizantina que defendía Europa de los turcos, y aunque Teodoro Lascaris, en Nicea, había restablecido el Imperio, éslc era apenas una sombra y jamás se recobraría.

c) La separación entre las dos Iglesias había dejado de ser una cuestión de disciplina religiosa para convertirse en nacional. «Griego y ortodoxo» se identificaron frente a «franco y papal», que despertaba el odio popular.

Inocencio III trataría de enmendar el desastre sacando ventajas de una mala situación. Ante todo envió 40.000 libras de plata (Felipe II hizo otro tanto) a Jean de Brienne para emplearlas en la defensa. Intentó que el patriarca Juan Camatero, huido el mismo día de la toma de Constantinopla (12 de abril de 1204) regresara a su sede. Por medio de otros legados, Pedro de Capua y Benedicto cardenal de Santa Susana, intentó luego la negociación con los eclesiásticos bizantinos, pero la oposición fue absoluta. Un nuevo patriarca ortodoxo fue elegido en Nicea. En 1214, y coincidiendo con el Concilio de Letrán, el papa llegaría incluso al reconocimiento de Teodoro Lascaris, intentando la reconciliación. Demasiado tarde: los odios habían crecido demasiado.

Rigor en la moral. El dramático suceso de 1204, del que Inocencio III fue víctima y no autor, pesó sin embargo sobre una política que se estaba haciendo presente en toda Europa. Dos prelados, Absalon de Lund y Enrique Kietlicz, de Gniesen, ejercieron la representación de dicha autoridad en Escandinavia y Polonia respectivamente. Mantuvo firmes los principios de la moral: negó a Pedro II de Aragón, su vasallo, el divorcio que reclamaba respecto a María de Montpellier (la madre de Jaime I) y mantuvo con firmeza la separación de Alfonso IX de León de sus respectivas esposas, Teresa de Portugal y Berenguela de Castilla, por razón de parentesco. El sacramento del matrimonio era igual para reyes y súbditos. La política de cruzada se apuntó en la península un gran éxito cuando, en 1212, en la batalla que se llamó luego de las Navas, el Imperio almohade recibió el golpe que le haría desaparecer.

El domingo de Bouvines. La alianza güelfa, que se presentaba a sí misma como favorable al papa, estaba revelando ya matices muy distintos. En julio de 1025 murió el arzobispo Walter de Canterbury. Los canónigos, que formaban una congregación, eligieron al subprior de la misma, Reginaldo, pero los obispos sufragáneos se quejaron al rey de no haber sido consultados y Juan aprovechó la oportunidad para forzar una nueva elección en favor del obispo de Norwich, Juan Gray. Inocencio III recibió la causa en grado de apelación y, utilizando a los ingleses que residían en Roma, hizo elegir a su compañero de estudios el cardenal Esteban Langton, al que personalmente consagró (junio de

1207). En una carta del 26 de mayo de este mismo año, el papa había puesto a Juan en guardia contra los malos consejeros que le rodeaban, apartándole de Dios y de la Iglesia. La respuesta del rey fue prohibir a Langton la entrada en Inglaterra y la persecución de clérigos y monjes que se oponían a su gobierno, confiscando bienes. En marzo de 1208 Inocencio pronunció el entredicho sobre Inglaterra y, pocos meses más tarde, excomulgaba a Juan.

De pronto llegó la noticia de que Otón de Wittelsbach había asesinado a Felipe de Suabia (21 junio 1208). Unánimemente las Dietas de Halberstadt y de Frankfurt reconocieron entonces a Otón IV. El 22 de marzo de 1209, en Spira, garantizó a los legados pontificios las tres condiciones esenciales que formaban la promesa del güelfismo: libertad en las elecciones eclesiásticas, derecho a apelar en todas las causas a Roma, y garantía para el Patrimonium Petri en la forma tradicionalmente establecida. El 4 de octubre del mismo año, Otón era coronado en Roma. Pero el emperador no cumplió su palabra. Afirmaba que la soberanía temporal le correspondía en todos los casos y que Sicilia formaba parte del Imperio. Cuando las tropas alemanas, en el otoño de 1210, cruzaron la frontera de Nápoles, Inocencio, que era el soberano feudal del Realme y regente del mismo, excomulgó a Otón y desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad. El papa recomendó entonces a los príncipes electores que eligieran al hijo de Enrique VI, aquel Federico que era su pupilo y protegido. Ellos lo hicieron así en la Dieta de Nurenberg. A su paso por Roma, Federico garantizó las libertades de la Iglesia, el esfuerzo del Imperio en favor de la cruzada, y la separación entre Sicilia y Alemania. El 5 de diciembre de 1212 Federico era reconocido como emperador electo y establecía una alianza, como ya tuviera su padre, con Felipe II de Francia.

Los términos se habían invertido. El papa era gibelino y los reyes güelfos estaban excomulgados. Una guerra general entre ambos mandos iba a resolver el futuro de Europa. En febrero de 1213 Inocencio desligó a los británicos del juramento de fidelidad y encargó a Felipe II del cumplimiento de la sentencia. En la propia Inglaterra, donde Esteban Langton era ya una bandera, los barones vieron la gran oportunidad para sacudirse la «tiranía» del rey Juan. Mientras la guerra general en Europa alcanzaba su punto culminante, Juan sin Tierra tuvo que capitular: pidió perdón al legado Pandulfo, admitió a Langton y declaró a sus reinos vasallos de la sede romana, comprometiéndose a pagar un censo anual de mil libras, 700 por Inglaterra y 300 por Irlanda. Dicho censo sería abonado regularmente hasta 1366. También Federico II hizo semejantes promesas. La bula de oro de Eger (12 julio 1213) —sellar con oro era la forma más solemne de la cancillería imperial— garantizaba las promesas dadas y la separación entre Sicilia y el Imperio.

La guerra entre las dos coaliciones se resolvió un domingo —lo cual era un atentado o una prueba del principio de la Tregua de Dios— en Bouvines (27 de julio de 1214). Juan sin Tierra volvió a su país derrotado y Otón IV prácticamente desapareció. El legado Roberto de Courcon, otro de los hombres de confianza de Inocencio, medió para lograr una paz de cinco años (18 septiem-

bre 121.4) en que cada parte conservaba sus posiciones. Los nobles no se conformaron con esle magro resultado y, agrupándose en torno a Langton, impusieron al rey la llamada Carta Magna, un documento que transformaba el compromiso vasallático en fundamento de las libertades del reino. Inocencio III condenó la Carta Magna, salvo unos pocos artículos, porque amenazaba los derechos de la Iglesia al establecer la preeminencia de la comunidad política y por el modo violento como había sido conseguida. Langton, suspendido de nuevo por el rey en sus funciones, acudió al Concilio de Letrán, pero la suspensión no fue levantada.

A pesar de todo, Inocencio insistía en la necesidad de una cruzada que devolviese Jerusalén a la cristiandad. Ni siquiera el extraño episodio de la «cruzada de los niños» —un movimiento que afirmaba que sólo muchachos desarmados entre 10 y 18 años sería capaz de lograr esa restitución— le desanimó. Uno de los grupos llegó a Roma desde donde fueron los niños devueltos a sus casas, pero los que se embarcaron en Marsella perecieron en naufragios o fueron vendidos como esclavos en Egipto. En 1213 la cruzada volvió a ser objeto de predicación, señalándose ya el lugar y la fecha en que tendría lugar la partida, Brindisi, el 1 de junio de 1217. Una nueva fuente de futuros daños para la Iglesia estaba surgiendo en torno a esta cuestión: la indulgencia plenaria (es decir, el perdón sobre el reato de pena que deja la culpa después de confesada) que se concedía a los cruzados podía lucrarse ahora mediante la entrega de dinero que permitiese armar soldados. Al mezclarse esta limosna con el diezmo destinado a las cruzadas se entraba en un peligroso camino, como si pudieran obtenerse tan importantes beneficios espirituales por medio de dinero.

Lucha contra el catharismo. Estas dificultades avivaban en el papa los deseos de reforma. El catharismo se seguía extendiendo por el sur de Francia, haciéndose ya presente en países limítrofes. Inocencio pensaba que había una grave negligencia en esta cuestión. En la bula *Urgentis et senium* (25 marzo 1198) dirigida a Viterbo, equiparaba ya la herejía al crimen de lesa majestad. Alejandro III (1179) y Lucio III (1184) habían publicado disposiciones condenatorias, pero Inocencio III creía que era deber de la Iglesia intentar la conversión de los herejes antes que su represión, y en 1198 envió a dos cistercienses, Raniero y Prisco, a organizar una vasta campaña de predicación. Tras la muerte del primero de ambos, el equipo fue remodelado colocando a su frente a Juan Pablo, cardenal obispo de Santa Prisca, y a dos renombrados predicadores, Pedro de Castelnau y Rodolfo de Fontfroide. Un coloquio público, al que Pedro II de Aragón (1196-1213) estuvo presente, y en que los predicadores se enfrentaron al obispo cátaro Bernardo Simorre, demostró que la palabra no bastaba a la conversión. En 1206 Diego de Aceves, obispo de Osma, y Domingo de Guzmán, su vicario, trataron de convencer a Inocencio III de que sólo el ejemplo, unido a la palabra, podía ser eficaz: de este modo se inició la orden de los Predicadores (dominicos).

Cuando el 14 de enero de 1208 Pedro de Castelnau fue asesinado, el papa se convenció de que se hallaba ante un movimiento de rebelión en toda regla.

La voz pública acusó a Raimundo de Toulouse, que había tenido un serio enfrentamiento con el predicador, y a quien se acusaba de proteger a los herejes cuando eran sus vasallos. Entonces se encargó al abad general del Cister, Arnaldo Amaury, de predicar la cruzada, mientras Inocencio se dirigía a Felipe II, pidiéndole que extirpase la herejía. El rey no quiso intervenir. En junio de 1209 un ejército de cruzados se reunió en Lyon; como era ya frecuente, muchos de los enrolados estaban pensando en el botín más que en otra cosa. Cuando este ejército tomó Béziers, Narbona, Carcasona y otros castillos, saqueando y destruyendo a su paso, Raimundo VI maniobró para conseguir una reconciliación con la Iglesia (18 de julio de 1209). Pero entre tanto Simón de Monfort había conseguido ser reconocido jefe de la cruzada: ésta debía proporcionarle un vasto dominio en el sur de Francia, para lo que era preciso destruir a Raimundo VI y si era preciso a su yerno Pedro II de Aragón. Consiguió que un sínodo de Avignon excomulgase de nuevo al conde de Toulouse, que viajó a Roma y fue cariñosamente acogido por Inocencio. Pero el papa no tenía otra fórmula que la de dejar el asunto en manos del legado, el cual puso como condición que Raimundo abandonara sus Estados y se trasladara a Tierra Santa para no volver hasta que se le ordenase. Era tanto como poner sus feudos en manos de Simón, para que los robase.

Pedro II, vasallo del papa, intervino en favor de su suegro. Inocencio III, que había confirmado la segunda excomunión de Raimundo (12 de abril de 1211) dando al de Monfort un arma definitiva, comprendió al fin la iniquidad que se estaba cometiendo, y en el verano de 1212 —mientras Pedro se cubría de gloria en las Navas— tomó al conde de Toulouse y a sus bienes bajo su protección, ordenando a Simón de Monfort prestar vasallaje al soberano aragonés. Demasiado tarde. Simón no obedeció y en Muret (12 de septiembre de 1213) derrotaría y daría muerte a Pedro II. En pocos meses toda Occitania sucumbió: una civilización desapareció al paso de los cruzados. Cuando al fin el rey de Francia intervino, cortando tantas iniquidades, fue para hacer de Occitania una tierra propia.

IV Concilio de Letrán. En todas partes, salvo en España (aquí los cruzados europeos se retiraron pronto sin tomar parte en la batalla), el pontífice iba descubriendo los riesgos que para él se escondían en el término cruzada. Sin embargo no tenía otro: era el medio único de que disponía la monarquía pontificia para su defensa contra los enemigos del interior y del exterior. De ella tuvo que ocuparse en primer término en el IV Concilio de Letrán, la magna asamblea convocada desde el 19 de abril de 1213, aunque las sesiones no comenzaron hasta el 11 de noviembre de 1215. A ella asistieron más de 400 obispos y 800 abades y prelados capitulares. Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247) fue una figura descollante con toda lógica, pues era el autor de la victoria en España.

Los temas asignados eran dos: cómo hacer la cruzada y la nueva reforma de la Iglesia. Inocencio III tomó como lema de su discurso inaugural las palabras de Le. 22, 15: «he deseado con acucia comer esta Pascua con vosotros antes de

mi Pasión», identificándose con el papel de vicario de Cristo. De nuevo el concubinato entre los eclesiásticos, el desorden matrimonial entre los laicos y la prostitución en general se habían extendido. Inocencio, que había publicado una bula (29 de abril de 1198) concediendo indulgencia plenaria a quien se casase con una ramera, librándola de este oficio, atribuía al lujo y al comercio del dinero, genéricamente asociado al pecado de usura, la causa principal. Los 70 decretos conciliares atienden a multitud de aspectos. Se trataba de conseguir que clérigos y religiosos viviesen de acuerdo con su regla y con su condición en espíritu de sacrificio. Se tomaron medidas muy rigurosas para asegurar el uso de las vestiduras eclesiásticas, que eran una especie de defensa de la conducta. En los laicos el eje fundamental se marcaba en la santidad del matrimonio, que los propios contrayentes establecen desde que efectúan el *consensus de praesenti* («palabras de presente hacen matrimonio», sería la fórmula legal) sin que pueda después disolverse.

Entre las disposiciones conciliares que se estudian en otro lugar de este libro, además de la condena contra valdenses, albigenses y berengarios, destacan: el reconocimiento de Constantinopla como segunda sede de la cristiandad, la prohibición de establecer nuevas reglas para órdenes religiosas, el veto al matrimonio entre parientes hasta el cuarto grado, las disposiciones que obligaban a judíos y musulmanes a usar señales distintivas en la ropa, morando en barrios apartados, y la prohibición radical de todas las formas de usura. En cada catedral habría un *magister scholarium* y se dispondría de beneficios adecuados para que clérigos y monjes acudieran a los estudios generales. Letrán es, probablemente, el momento que marca la cumbre medieval. Se establecía la obligación de recibir una vez al año el sacramento de la penitencia y de comulgar al menos en Pascua.

En el verano de 1216, contando apenas 46 años, Inocencio III, que había sufrido frecuentes ataques de fiebre, viajó al norte de Italia para establecer la paz entre Genova y Pisa, permanentes bases para los cruzados. Falleció de uno de esos ataques estando en Perugia y allí fue enterrado, hasta que León XIII dispuso el traslado de los restos a San Juan de Letrán.

Honorio III (18 julio 1216 - 18 marzo 1227)

Elección. Los cardenales, reunidos en Perugia, delegaron en dos de ellos la elección del sucesor de Inocencio y coincidieron en Cencío Savelli, un anciano y enfermizo cardenal obispo de Albano, donde había nacido, antiguo camarlengo y autor del *Líber censuum.* Tutor en otro tiempo de Federico II, era dulce, pacífico y tan desprendido que había repartido casi todos sus bienes entre los pobres. A él iba a corresponder la puesta en marcha de los decretos del IV Concilio de Letrán, especialmente en tres aspectos principales: cruzada, represión de la herejía y renovación del episcopado. Según M. Gibbs y J. Land *(Dishops and reform, 1215-1272, with special reference to the Lateran Council of 1215,* Oxford, 1934), el cambio más significativo del concilio se advertía en el nuevo talante universitario que se trataba de introducir en el episcopado.

Federico II y la cruzada. La cruzada estaba en marcha desde finales de 1215. Max Halbe *(Friedrich und die papstliche Stuhl bis zum Kaiserkronung,* Berlín, 1888) ya sostuvo la tesis de que tanto Inocencio III como Honorio se equivocaron seriamente: preparaban con ahínco a Federico II para que fuese el jefe de dicha cruzada y fortalecieron sin darse cuenta al más formidable enemigo de la Iglesia. Este error, sin embargo, respondía a un hecho cierto: cerrado el camino de tierra y llevada la cruzada de 1204 al escandaloso desastre, la operación planeada —una gran expedición marítima— sólo podía alcanzar éxito si se disponía de una base mediterránea. Sicilia era adecuada, advierte Josef Derr *(Papstum und Nordmannen: Untersuchungen zur ihren lehnsrechtlichen und kirchenpolitischen Beziehungen,* Colonia, 1972) porque al ser feudo de la Santa Sede, su rey operaba como un mandatario. La entrega del estandarte (*vexilla Petri)* daba en este caso una significación más intensa que la que tenían los vasallajes de Hungría o Aragón. J. A. Watt (obra ya citada) destaca que la separación entre *sacerdotium* y *regnum,* tan nítida en Francia, por ejemplo, no aparecía en el sur de Italia, puesto que el papa tenía una parte en este *regnum.*

Federico II había reiterado su juramento de ir a la cruzada y el 1 de julio de 1216 también el compromiso de separar Sicilia del Imperio: cuando fuera coronado emperador, cedería a su hijo Enrique el reino, restableciéndose así la situación que él mismo viviera. Pero en la Dieta de Frankfurt hizo que se reconociera a este Enrique como rey de Romanos, su sucesor también en el Imperio. Explicó que era éste el modo de asegurar el futuro evitando contiendas intestinas, y compensó el gesto con una *Constitución en favor de los príncipes eclesiásticos* (26 abril 1220) que ponía el poder temporal al servicio de los obispos. Pudo decir que la libertad de la Iglesia quedaba garantizada.

El emperador viajó a Roma donde fue coronado el 22 de noviembre de 1220. En esta oportunidad promulgó una Constitución, que la investigación moderna ha descubierto que fue redactada en la curia, mediante la cual se ponía en vigor el canon 3 de Letrán, declarando la herejía como crimen de lesa majestad: a los obispos competía pronunciar sentencias sobre los herejes, que serían condenados a destierro y pérdida de bienes. Esta ley sería incorporada en 1226 a la legislación de Francia y de Aragón. Pero en 1224, por iniciativa propia, rompiendo las vacilaciones formuladas por la curia, Federico estableció pena de muerte en la hoguera para este crimen. Había precedentes de su aplicación en algunos casos en Lombardía y Languedoc.

En la Dieta de Veroli, Federico logró un aplazamiento de la cruzada alegando que necesitaba poner orden en Sicilia (1222). Mientras tanto, la gran expedición que llamamos quinta cruzada, dirigida por Andrés II de Hungría (1175-1235) y Leopoldo VI de Austria (1198-1230), culminaba en un desastre. Era legado de la misma el cardenal español Pelagio (1216). Acudieron gentes de todas partes y en noviembre de 1219 se logró la toma de Damieta que parecía anunciar buenos logros. Una base en Egipto permitía enfocar nuevas operaciones. Pelagio cometió entonces dos errores: rechazar una oferta que hizo el sultán al-Kamel restituyendo Jerusalén a cambio de garantías, y lanzar una

ofensiva tierra adentro en agosto de 1221. Los caballeros cubiertos de hierro no pudieron resistir bajo el calor del desierto: fue necesario entregar Damieta y hacer otras concesiones para recuperar los prisioneros.

Honorio escribió una dolorida carta a Federico II dándole cuenta de la caída de Damieta y culpándole prácticamente del fracaso. Pero en las dos entrevistas que sostuvo con el papa, en Veroli (abril 1222) y Ferentino (marzo 1223) explicó sus razones: sin una Sicilia pacificada y en orden era un error lanzarse a la expedición. El papa aceptó estas explicaciones como también que, viudo de Constanza, contrajera nuevo matrimonio con María, la hija de Jean de Brienne que se titulaba rey de Jerusalén. Por último, un acuerdo en San Germano (julio de 1225) fijó la fecha de salida de la expedición para el verano de 1227; el emperador reconocía que si no cumplía esta vez el compromiso quedaría incurso en excomunión.

Una cosa era cierta. Federico no tenía la menor intención de renunciar a la corona de Sicilia; estaba convirtíendo el sur de Italia en una base militar. Pedro de la Vigne y Roberto de Viterbo se encargaron de establecer un régimen de durísima disciplina. Tampoco se respetaba la independencia de los Estados Pontificios y Honorio III registró ingerencias en la marca de Ancona y el ducado de Spolcto. Por su parte Federico II le acusaba de apoyar los esfuerzos de las ciudades para reconstruir la liga.

Otros asuntos. Un importante cambio se producía en Francia. La muerte de Simón de Monfort (1218) puso en manos de Luis VIII el mando de la cruzada contra los albigenses y de la batalla con los señores feudales. Era la Francia del norte que dominaba a la del sur. Cuando en 1229 se restableció la paz mediante sumisión de todos a la corona, el reino de Francia alcanzaba por fin los Pirineos.

Honorio, que autorizó una nueva colección de Decretales, la *Compilado quinta* que se envió a todas las universidades para su enseñanza, debe ser recordado también por el impulso que proporcionó a nuevos movimientos religiosos. Favoreciendo la expansión del cristianismo por las tierras aún paganas de Livonia, Estonia, Samland y Prusia, tomó a los habitantes de ellas bajo su especial protección. Aceptó en 1216 las comunidades de beguinas dedicadas al cuidado de hospitales y leproserías. Otorgó por dos bulas (22 diciembre 1216 y 21 enero 1217) el pleno reconocimiento de la orden de los dominicos bajo la regla de san Agustín. Aprobó (22 noviembre 1223) la carta definitiva de los franciscanos en cuya redacción intervino el cardenal Ugolino, que sería su sucesor. Y confirmó en 1226 la regla que el patriarca Alberto de Jerusalén diera a los carmelitas. En el gobierno interior de la Iglesia reorganizó la penitenciaría, de acuerdo con el formulario de Tomás de Capua, convirtiéndolo en el gran órgano de gobierno que se encargaba de los pecados y censuras reservados al papa, de otorgar dispensas matrimoniales, casar sentencias injustas, aceptar o rechazar las modificaciones de votos y, en general, de los indultos y penitencias. Todo lo cual significaba una fuente de ingresos.

Gregorio IX (19 marzo 1227 - 22 agosto 1241)

Elección. El colegio de cardenales creó una comisión de tres miembros para que escogiesen y, en segundo término, propusieron a un sobrino de Inocencio II, Ugolino dei Conti di Segni. J. Felten *(Papst Gregor IX,* Friburgo, 1886) ya demostró que había nacido en torno a 1170, por lo que es falsa la ancianidad que algunos textos le atribuyen. Cardenal diácono en 1198 y obispo de Ostia en 1206, había probado su destreza diplomática en Italia, Alemania y otros lugares, entregando a Federico II la cruz durante su predicación de la cruzada, una idea a la que se mantendrá fiel. Enérgico, era bastante riguroso en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y en esto le influyeron los dominicos y especialmente san Francisco, su amigo, al que canonizó en 1228. Protector de la orden siendo cardenal, hubo de intervenir en las querellas que se suscitaron tras la muerte del fundador, disponiendo que su testamento no tenía fuerza de mandato, sino de consejo y orientación. Favoreció el crecimiento de las clarisas.

La extraña cruzada. Como en otros tiempos los cistercienses y canónigos regulares, eran ahora los mendicantes el gran apoyo del papa. Ellos le ayudaron en la predicación de la cruzada: dos grandes contingentes, uno de ingleses en Apulia, y otro de alemanes a las órdenes de Luis, margrave de Turingia, esperaban la partida de la expedición. Gregorio IX hubo de recordar a Federico que pesaba sobre él la amenaza de excomunión si no la emprendía. El emperador embarcó en Brindisi en agosto de 1227, pero se sintió enfermo y ordenó al barco dar la vuelta. El gran ejército, desconcertado, comenzó a disolverse, y Gregorio no creyó en la realidad de la dolencia: fue formulada la excomunión que ratificó un sínodo romano en marzo de 1228. De hecho, se había llegado a una ruptura que los Frangipani trataron de aprovechar provocando una revuelta que obligó al papa a refugiarse en Rieti.

A. di Stefano *(L'idea imperiale di Federico II,* Bolonia, 1952) ha profundizado en la postura del emperador que, desde luego, no quería ir a la cruzada como simple jefe de un ejército heterogéneo. Volviendo a la idea del *dominium,* entendía que el Mediterráneo tenía que ser eje fundamental del Imperio. Cedió parcelas importantes de su soberanía a los príncipes alemanes, primero los eclesiásticos y luego los laicos. Despojó a Jean de Brienne del título de rey de Jerusalén, incorporándolo a la corona de Sicilia. Y el 28 de junio de 1228 embarcó con un pequeño ejército, suyo propio, a fin de tomar posesión de este reino. Mantenía relaciones con al-Kamel desde algún tiempo antes. Al llegar a Acre, el 7 de septiembre, templarios y hospitalarios se mostraron adversos porque era un emperador excomulgado. Pero las negociaciones dieron como resultado el acuerdo de Yafo (4 de febrero de 1229) por el que los turcos entregaron Jerusalén y el camino de los peregrinos hacia la costa. Un extraño contrasentido tuvo lugar: fue pronunciado el entredicho sobre la iglesia del Santo Sepulcro. Comenzó a trazarse la espesa leyenda que presentaría a Federico como enemigo de la religión.

Gregorio IX trató, sin éxito, de provocar una revuelta en Alemania, mientras Jean de Brienne invadía el reino, cuyos habitantes fueran desligados del ¡u-

ramento de fidelidad. La noticia de que Federico II estaba de nuevo en Italia (junio de 1230) bastó para que estas fuerzas se disolvieran, comenzándose negociaciones que condujeron a la paz de San Germano (23 julio 1230): a cambio de garantías de libertad para la Iglesia, el papa levantó la excomunión. No era un acuerdo definitivo, sino el paso a una nueva etapa, destinada a durar nueve años, en que cada una de las partes intentaba fortalecer su posición. En la Iglesia como en el Imperio se contempla un desarrollo jurídico importante.

Constituciones. Pedro de la Vigne trabajó en unas *Constitutiones regnm regni Siciliae* mediante las cuales se estableció por primera vez un absolutismo regio que sometía a la Iglesia y su doctrina a los imperativos del poder laico. La Dieta de Rávena (noviembre de 1231) declaró que la herejía era crimen de lesa majestad, siendo la pena de muerte en la hoguera el castigo adecuado para los que no se arrepintieran. En la primavera de 1232 se exigió de las ciudades lombardas juramento de fidelidad con vasallaje, y cuando estas ciudades trataron de resistirse renovando la liga, el emperador las aplastó en Cuortenuova (27 noviembre 1237). Pero entonces el joven heredero, Enrique, se levantó en armas protestando del abandono de la soberanía que desmantelaba sus facultades de gobierno en Alemania y de la calificación política de la herejía, pues era un modo de desembarazarse de enemigos alegando razones religiosas. Federico redujo a este hijo rebelde a prisión, de la que nunca salió.

Gregorio no renunciaba a la cruzada. Dos expediciones separadas, la de Teobaldo, rey de Navarra (1234-1253), y la de Ricardo de Cornwall (1209-1272), viajaron a Tierra Santa, consiguiendo por medio de alardes militares y negociaciones la restitución de Galilea (1239-1241). De este modo resurgía el reino de Jerusalén, aunque por muy poco tiempo, ya que, como consecuencia remota de la expansión de los mongoles, los jaresmios tomarían en 1244 la ciudad santa.

Decretales. El decenio de 1230 a 1240 señala un importante desarrollo interno en el gobierno de la Iglesia. Gregorio IX encargó a san Raimundo de Peñafort (1175-1275) una codificación legislativa que fue promulgada como *Líber Decretalium extra decretum vagantium* el 5 de septiembre de 1234 y constituye el primer código universal e indudable del derecho canónico. Los papas posteriores harían añadidos, obligando a Bonifacio VIII a otra refundición complementaria, pero de todas maneras la Iglesia iba a disponer del gran cuerpo de leyes que aseguraba su administración. Al mismo tiempo, el papa continuaba la centralización de poderes, reservándose las canonizaciones, restringiendo mucho el poder de los obispos para conceder indulgencias, y estableciendo como obligación la visita *ad limina* en que éstos daban cuenta del estado de su diócesis. En 1229 la Universidad de París, a causa de la querella entre sus profesores y los primeros maestros mendicantes, se había disuelto. Gregorio IX la restauró (bula *Pareas scientiarum* de 13 de abril de 1231), determinando que tres cátedras fuesen de los frailes, otras tres del cabildo de Notre Dame y las otras seis de régimen ordinario para el clero secular. Mucho más importante, en relación con este hecho, fue el nombramiento de una comisión encargada de

examinar los textos de Aristóteles: el aristotelismo vencía las reticencias que se le oponían, y entraba en la universidad.

Inquisición. El problema de la Inquisición suscita desde hace muchos años grandes debates. C. Douais (*L 'inquisition, ses origines et sa procedure*, París, 1906) fue el primero en establecer que el «procedimiento» inquisitorial había sido un instrumento de defensa del poder pontificio frente a la justicia imperial, suscitando la discrepancia de H. Kohler (*Die KetzerpoUtik der deutschen Kaiser und Kónige in den Jahren 1152-1254,* Bonn, 1913), que trataba de exculpar al emperador. H. Maisonneuve (*Etudes sur ¡'origine de ¡'Inquisition: l'Eglise et l'État au Moyen Age,* París, 1960) establece con claridad los hechos: Gregorio IX heredaba una tradición eclesiástica que declaraba la herejía como un crimen cuyo juicio correspondía a los obispos; se encontró con el decreto de la Dieta de Rávena que la declaraba «crimen de Estado» (lesa majestad) aplicando la pena más grave, muerte en la hoguera, o cremación del cadáver si el culpable se arrepentía. No intentó privar a los obispos de un derecho que de antiguo tenían, pero con su Decretal de 1231 trató de poner límite a lo que podía convertirse en un abuso político (Juana de Arco iba a demostrar la realidad de esos temores), acudiendo a san Raimundo de Peñafort y a los dominicos para establecer garantías en el procedimiento. No era la autoridad civil la que decidía la existencia del delito; sólo la eclesiástica podía hacerlo tras un examen de expertos. Hallado el culpable y probado el delito, se haría la entrega al brazo secular, que era el único capacitado para ejecutar la sentencia. A Federico II y, en general, a los reyes, no gustó porque les arrebataba un arma. Y de hecho la Inquisición medieval fue menos dura de lo que pudiera temerse, porque los poderes laicos desconfiaron de ella.

Nueva ruptura con el emperador. Desde 1236 se registró un rápido deterioro de las relaciones entre Gregorio y el emperador. Protestaba el papa de los atropellos a la Iglesia, pues Federico despojaba de sus bienes a templarios y hospitalarios, impedía el nombramiento de obispos, trataba a los lombardos como herejes y permitía a sus tropas, en parte musulmanas, cometer terribles atropellos. Estas discordias alcanzaron el punto de ruptura cuando el emperador intentó crear un reino de Cerdeña (isla que formaba parte del Patrimonio de San Pedro) para su hijo bastardo, Enzio, casado con una dama de la nobleza insular, Adelasia. El 20 de marzo de 1239 Gregorio volvería a pronunciar la excomunión. La lucha se caracterizó por una propaganda verdaderamente feroz, creándose en torno a Federico la leyenda de que era un ateo blasfemo; los mendicantes predicaron en contra suya. Y entonces la suerte comenzó a abandonarle. Milán y Bolonia resistieron sus ataques y pronto se contagió el levantamiento. Cuando intentó apoderarse de Roma, las milicias ciudadanas consiguieron derrotarle.

Gregorio optó por la convocatoria de un concilio (9 de agosto de 1241) que debía reunirse en Letrán en la Pascua del siguiente año, a fin de elevar la querella a su nivel más alto. Federico cerró los accesos a Roma mientras que Enzio de Cerdeña se apoderaba de los barcos genoveses en que viajaban los obis-

pos frente a la isla de Montecristo: más de cien prelados, entre ellos los abades del Cister y de Cluny, quedaron prisioneros. En estas circunstancias murió Gregorio IX.

Celestino IV (25 octubre - 10 noviembre 1241)

De los doce cardenales subsistentes, dos estaban en poder de Federico II y los otros diez divididos y atemorizados. El cónsul Mateo Rosso Orsini, para obligarles a una elección rápida, recurrió a un procedimiento que empleaban ciertas ciudades: encerrarles con llave y en malas condiciones en el palacio de Septizonium junto al Palatino. A pesar de todo, transcurrieron dos meses sin que se decidieran entre los dos candidatos, Godofredo de Castiglione y Juan Colonna. La muerte de uno de los cardenales y las amenazas de Orsini acabaron por provocar la elección de Godofredo, que tomó el nombre de Celestino. Buen teólogo —es dudoso que se tratara de un sobrino de Urbano **III**—, había sido cardenal de San Marcos (1227) y luego obispo de Sabina. Fracasó en una misión en Lombardía, para luchar contra la herejía y esto detuvo su carrera eclesiástica. Enfermo, dio justamente tiempo para que los cardenales salieran de su encierro, pues murió a los quince días de su elección sin haber sido ordenado.

Inocencio IV (25 junio 1243 - 7 diciembre 1254)

Elección. La vacante duró en esta ocasión dieciocho meses, ya que los cardenales aguardaron la liberación de los dos miembros del colegio prisioneros de Federico. El emperador maniobraba para conseguir que el electo le fuera favorable. Al fin pudieron reunirse los electores en Anagni, escogiendo el 25 de junio de 1243 a Sinibaldo Fieschi, conde de Lavagna, genovés de familia gibelina, que había estudiado y enseñado brillantemente en Bolonia. Juez de la curia, fue nombrado cardenal y vicecanciller por Gregorio IX en 1227, gobernando la marca de Ancona entre 1235-1240. Aunque Federico no perdió la esperanza de negociar, comprendía bien que un colaborador de Gregorio IX no podía seguir siendo su amigo. Cierto cronista le atribuye la frase de que «un papa no puede ser gibelino». Ya F. Fehling *{Kaiser Friedrich II und die romanische Cardinale in den Jahren 1227 bis 1239,* Berlín, 1901), llegó a la conclusión de que Inocencio IV llevó a sus últimas consecuencias las tesis de Inocencio **III** acerca de la soberanía universal pontificia, distinguiendo sin embargo entre una situación *de iure* y otra *de jacto* que a él no correspondía. Sinibaldo era autor del *Apparatus in quinqué libros Decretalium,* primer comentario importante sobre las Decretales de Gregorio IX que fue utilizada en las universidades para la enseñanza.

Una de las tareas fundamentales se refería al colegio de cardenales: el 28 de mayo de 1244 promocionó cuatro franceses, que unidos a los dos españoles y un inglés formaban el adecuado contrapeso a los once italianos. Reducido el número (estamos muy lejos de los 53 que se mencionaban dos siglos atrás) ganaron en poder. En 1245 se les autorizó el uso del capelo rojo como signo de

distinción. Venían a ser un consejo de Estado que gobernaba con el papa y le sustituía en los interregnos. Sus reuniones, denominadas consistorios, como en el Bajo Imperio, sustituían ya a los antiguos sínodos. A sus órdenes trabajaban más de doscientos capellanes. Este mundo, que tendía a centralizar el gobierno (era cada vez mayor el número de provisiones que se tomaban directamente *in curia)* fue dotado también de cátedras para la enseñanza de la teología y del derecho, embrión de la *Sapienza* creada por Bonifacio VIII. Allí encontraría santo Tomás de Aquino al traductor de Aristóteles, Guillermo de Moerbeeke, tan importante en su contribución a la *Summa.*

El juicio al emperador. Federico II ofreció negociar. Las promesas que hizo fueron tan exageradas que, aunque el 31 de marzo de 1244, se redactó un convenio marco, Inocencio no quiso precipitarse: era imprescindible una entrevista entre ambos, señalada para Narni, en que se precisaran los puntos. Inocencio salió de Roma pero, de pronto, sospechando una celada, torció hacia Civitavecchia, donde embarcó secretamente (28 junio 1244) llegando a Genova y desde aquí a Lyon en donde pudo instalarse el 2 de diciembre de 1244. Permanecería en esta ciudad hasta después de la muerte de Federico II. Desplegó tanta actividad que debemos considerar esta etapa como una de las más fecundas para la Iglesia medieval. El 3 de enero de 1245 se cursó la invitación para un concilio ecuménico a celebrar en Lyon a partir del 24 de junio. Acababan de llegar las noticias de la toma de Jerusalén por los jaresmios y del hundimiento estrepitoso de lo que quedaba del reino. Los temas asignados al concilio fueron, pues: la reforma del clero, la cruzada, la ayuda a Constantinopla, la política a seguir con los mongoles y, sobre todo, las relaciones con el emperador.

En un extremo intento, Inocencio IV, que había convocado a Federico en calidad de acusado ante el concilio, le escribió (6 de mayo de 1245) ofreciendo una reconciliación si mantenía todas las condiciones de marzo del año anterior en forma solemne. Una ingerencia en los dominios de la Iglesia y una gestión para que se denegase un importante crédito en Inglaterra, convencieron al papa de que nada quedaba salvo la ruptura. El concilio inició sus sesiones el 26 de junio con un discurso de Inocencio en que comparaba los males de la Iglesia con las cinco llagas de Cristo: pecados de los obispos y de los fieles; insolencia de los infieles en Tierra Santa; invasiones mongolas que alcanzaron Hungría; y la persecución del emperador contra la Iglesia.

Federico fue sometido a una especie de juicio en ausencia. En su defensa actuaron Tadeo de Sessa, el patriarca de Antioquía, y los embajadores ingleses, que reclamaban su presencia pero como partícipe y no como acusado. Tres obispos, uno italiano y dos españoles (Tarragona y Santiago) pidieron en cambio al papa que tomara medidas contra él. Éste, que había interesado a la banca güelfa en la defensa de Lombardía, retrasó las sesiones con la esperanza de que se produjera algún tipo de acuerdo que no llegó: finalmente, el 17 de julio tuvo lugar la solemne sesión de clausura en la que Federico fue depuesto aunque no fue mencionada en este punto la excomunión. La propaganda, más moderada, centró su atención en este punto político: si se reconoce al papa el de-

recho a nombrar y deponer, ningún príncipe podrá hallarse seguro en su trono. Enrique III (1216-1273), que necesitaba del apoyo pontificio para mantener en calma su reino, mantuvo sin embargo a Inglaterra neutral (G. von Puttkamer, *Papst ¡nnocenz IV,* Münster, 1930), mientras que san Luis (1226-1270), garantizando con sus tropas la seguridad de Lyon, intentaba forzar la reconciliación. Hubo negociaciones, pero Inocencio IV respondió que sólo se entrevistaría con Federico si éste acudía solo y sin armas. La guerra se hizo especialmente dura en Italia, donde Enzio disponía de sarracenos.

La guerra cambia de signo. Pero Inocencio, como ya revelara P. Aldinger *(Die Besetzung der deutschen Bistümer unter Papst lnnocenz IV, 1243-1245,* Leipzig, 1900), disponía de un verdadero partido en Alemania, ya que muchas de las elecciones episcopales habían sido forzadas desde Roma en favor de candidatos que ahora se mostraban contrarios al emperador. Cuando los duques de Austria, Baviera y Bohemia se pusieron en contacto con la curia, se les dijo que el trono estaba vacante y podían, por tanto, elegir nuevo emperador. El 22 de mayo de 1246 proclamaron a Enrique Raspe, que hasta entonces era el delegado de Federico en Alemania, y cuando éste falleció (16 de febrero de 1247) eligieron a Guillermo de Holanda. Inocencio IV reconoció tanto a uno como a otro.

La guerra cambió de signo en febrero de 1248 cuando los defensores de Pariría derrotaron a los imperiales causando la muerte de Tadeo de Sessa, y las milicias de Bolonia capturaron a Enzio, que nunca recobraría su libertad. De modo que Federico II se hallaba en plena derrota cuando murió (13 diciembre de 1250). El papa, decidido a romper la vinculación de Sicilia con los Staufen, rechazó a Conrado IV (1250-1254), hijo de Federico, y emprendió el regreso a Roma (19 abril 1251) en un viaje triunfal. Desde el 6 de octubre estaba de nuevo en su palacio, excomulgando a Conrado y reclamando su presencia para ser juzgado. Sin embargo, cuando Conrado murió en Amalfiel 21 de mayo de 1254, el papa se mostró dispuesto a reconocer a su hijo Conradino como rey de Sicilia y Jerusalén, ya que nada tenía que ver con el Imperio.

Mendicantes e Inquisición. Otras importantes cuestiones se trataron en este pontificado. Buscando el apoyo de los mendicantes incorporó a éstos la orden de los carmelitas, cuyo origen se remonta a las postrimerías del siglo xn, y cuyo primer general es san Simón Stocke. Consolidó la Inquisición, mitigando de hecho la dureza del procedimiento primitivo, como se había propuesto en los sínodos de Narbona (1243) y Béziers (1246). Sin embargo, al extender a Italia el procedimiento inquisitorial (bula *Ad extirpandos* de 15 mayo 1242), autorizó el empleo de la tortura en los interrogatorios. Fue ampliamente criticado porque aumentaron las tasas para la obtención de dispensas y la colación de beneficios. La lucha contra el emperador era la causa de que se atendiese menos a la reforma y más a la obtención de recursos.

Mongoles. Mientras san Luis vivía su gran aventura de Egipto, llamada Séptima Cruzada (1248-1254), que cerraría con un fracaso el capítulo de las expediciones a Oriente, se iniciaba la toma de contactos con los mongoles. Por

medio de una carta, *Regi et populo Tartarorum* (5 marzo de 1245), entregada al franciscano Lorenzo de Portugal, se les invitaba a que abrazasen el cristianismo. Carecemos de noticias acerca de este posible aunque dudoso viaje. Pero el 16 de abril de ese mismo año Juan de Piano Carpino (1182-1252) y Benedicto de Polonia salieron de Lyon para un larguísimo trayecto por tierra que les llevó al campamento de Batu Khan (Altyn Ordu, actual Volgogrado y antes Stalingrado), desde donde fueron escoltados con seguridad hasta Karakorum. Era el momento en que Kuyuk era elevado al rango de Gran Khan; recibió mal a los embajadores, invitando al papa a que se sometiese a su poder. Al regreso, Piano Carpino estuvo en Kiev, visitando al príncipe Daniel y tratando de atraer a la unidad a la Iglesia ucraína. Inocencio daría a Daniel el título de rey. Entre 1253 y 1255 otro franciscano, Guillermo de Rubrock, con cartas de san Luis, visitó Karakorum, donde Mongka (f 1260), sustituto de Kuyuk, le recibió de forma más cordial,

Alejandro IV (12 diciembre 1254 - 25 mayo 1261)

Elección. Habiendo muerto en Nápoles Inocencio IV, las autoridades de esta ciudad cerraron las puertas obligando a los cardenales a elegir allí mismo. Designaron a un sobrino de Gregorio IX, Reinaldo conde de Segni, que era cardenal desde 1227 y obispo de Ostia desde 1231. Persona amable que no había destacado en los pontificados anteriores. Cardenal protector de los franciscanos, mostraría especial interés por los mendicantes, favoreciéndoles en el pleito que sostenían con la Universidad de París, a la que compensó otorgándole el derecho de poseer sello propio, esto es, jurisdicción independiente. Los electores probablemente esperaban que se mostrase menos implacable con los Staufen que su antecesor. Prácticamente no residió en Roma: repartía sus estancias entre Nápoles, Anagni y Viterbo.

Sicilia. Manfredo (f 1265), bastardo de Federico II, actuaba como regente en Sicilia en nombre de su sobrino Conradino. Alejandro negoció con él, pero se negó a reconocerlo, y en 1255 le excomulgó. Declarados vacantes el reino y el ducado de Suabia, el papa pareció inclinarse por la aceptación de las reclamaciones de Alfonso X de Castilla (1252-1284) a la herencia patrimonial y ofreció el trono de Sicilia a Edmundo, hijo segundo de Enrique III de Inglaterra. Pisa tomó pie de las buenas disposiciones pontificias para enviar una embajada que encontró a Alfonso en Soria (18 marzo 1256) y le invitó a que reclamara también la corona imperial, sugerencia que él aceptó cuando Marsella y otras ciudades se sumaron a la misma. Pero las opiniones en Alemania, inclinadas a prorrogar la vacante, se dividieron entre el castellano, descendiente de los Staufen, y Ricardo de Cornwall (1254-1273), hermano del rey de Inglaterra. El rey de Bohemia votó dos veces, de modo que ambos candidatos pudieron decir que tenían cuatro votos sobre siete. Ninguno tenía fuerzas ni posibilidad de imponerse.

Tampoco Edmundo, a cuya candidatura hubo de renunciar Alejandro en 1258. Manfredo, que había conseguido expulsar del reino a cuantos le comba-

tían, se hizo proclamar rey el 11 de agosto del mismo año, renunciando a la ficción de la regencia. Mientras los gibelinos se extendían por el norte de Italia, Alejandro IV renovó la excomunión contra el flamante rey. Pero los güelfos fueron derrotados en Montiaperti (4 septiembre 1260) y Florencia se convirtió en gibelina, por un tiempo. Ahora Manfredo aparecía como verdadero rey de Italia. Sus partidarios en Roma le eligieron senador, al tiempo que la fracción contraria hacía lo mismo con Ricardo de Cornwall. En este momento el papa vivía al resguardo de los muros de Viterbo, donde murió.

Otros asuntos. Entre otros asuntos corresponde a Alejandro IV haber elevado a Riga al rango de metropolitana. Canonizó a Clara de Asís, extendiendo a sus monjas la protección que dispensaba a los franciscanos. Ordenó en una congregación única a los ermitaños de san Agustín y confirmó en 1255 a los servitas. Antes de 1260 recibió una carta de Hulagu, el khan que conquistara Bagdad, casado con una jacobita, estos es, cristiana nestoriana: pedía el envío de un hombre piadoso e instruido que pudiera enseñar esta religión. El papa delegó en el patriarca de Jerusalén el establecimiento de relaciones con esta rama de mongoles. G. Soranzo (*// Papato, l'Europe cristiana e i tartarí,* Milán, 1930), tras un minucioso análisis de fuentes concluye que los esfuerzos para crear una cristiandad extremooriental fracasaron por la enorme distancia, el fortalecimiento de los turcos, que crearon una barrera, y finalmente la revolución Ming en China, que rechazaría a los cristianos por considerarlos filomongoles.

Urbano IV (29 agosto 1262 - 2 octubre 1264)

El giro hacia Francia. Durante tres meses los ocho cardenales supervivientes discutieron en Viterbo, sin llegar a acuerdo alguno. Finalmente se decidieron a elegir, fuera del colegio, a Jacques Pantaleon, patriarca de Jerusalén que ocasionalmente visitaba la curia. Hijo de un zapatero de Troyes, había hecho una muy brillante carrera eclesiástica, destacando en el primer Concilio de Lyon. Fue entonces enviado como legado a Polonia, Prusia y Pomerania, territorios en que la orden teutónica desarrollaba su conquista. Tuvo una intervención decisiva en la paz de Cristenburgo (1249), que equiparaba a los prusianos con los alemanes, garantizando su libertad. En 1255 el propio Alejandro le nombró patriarca de Jerusalén con la misión, según hemos visto, de contactar con los tártaros. Su condición de francés podía dejarle manos libres para manejar los asuntos de Italia.

Apenas consagrado, Urbano IV creó catorce cardenales, de los que seis eran franceses; comenzaba de este modo la reorientación de la curia que se acentuaría en los años siguientes. Desde esta nueva posición mostró condiciones de independencia y dotes de mando: nunca quiso residir en Roma, aunque la gobernaba, sino en Viterbo u Orbieto, para sentirse más libre. Mantuvo la línea de sumisión universal a la sede romana: por ejemplo, agregó a la orden benedictina la congregación de ermitaños creada por Pedro de Morrone, futuro Celestino V, a fin de evitar desviaciones. El 2 de octubre de 1264, tomando pie en el milagro de la forma ensangrentada de Bolsena, extendió a toda la Cristian-

dad la fiesta del Corpus Christi, encomendando el oficio de la misma a santo Tomás de Aquino que, tres años antes, había concluido la *Summa contra gentiles* y trabajaba en la monumental *Teológica,* donde se explicaba la doctrina de la presencia real de Cristo en la eucaristía.

Acude a Carlos de Anjou. En política sus ideas eran muy claras. No quería apoyar a Alfonso ni a Ricardo: pretendía que se abriera un proceso que mediante pruebas permitiera conocer, en términos estrictamente jurídicos, quién era de los dos el legítimo. No aceptó en principio las conversaciones de Miguel VIII, que en 1261 había expulsado a los latinos de Constantinopla (1261), y prometió ayuda a Balduino II haciendo predicar una cruzada que permitiera su reconquista. Rápidamente restableció el dominio sobre las tierras del Patrimonium y suscitó dos grandes familias güelfas, Este y Visconti, para que combatiesen a los gibelinos dirigidos por un representante de Manfredo, Pallavicini. Otón Visconti (1207-1295) fue nombrado arzobispo de Milán: tal es el origen de un dominio que se prolongaría durante casi dos siglos.

Parecieron a Urbano IV indispensables dos objetivos para garantizar su independencia: acabar con los *ghibellini* y desarraigar definitivamente a los Staufen del sur de Italia. Concedió a los banqueros güelfos privilegios que a otros negaba, favoreciendo arbitrariamente a este partido, y prescindió absolutamente de Edmundo. Según K. Hampe *(Urban IV und Manfred 1261-1264,* Heidelberg, 1905), la razón fundamental de esta conducta, y de que rechazase las demandas de Manfredo —que venían acompañadas de la suma de 300.000 onzas de oro— era un proyecto: hacer del reino un verdadero Estado vasallo de la sede romana. Primero se dirigió a san Luis, pidiéndole uno de sus hijos, pero el monarca declinó la oferta. Entonces acudió a Carlos de Anjou, el ambicioso hermano de aquel mismo rey. Un acuerdo preliminar fue establecido el 7 de junio de 1263. Carlos debía entregar 50.000 marcos esterlinos como *rachat* del feudo y comprometerse a una «ayuda» anual de 10.000 onzas de oro. Garantizaba la libertad de elecciones episcopales, la no aceptación de la corona imperial, y una completa abstención en los asuntos del resto de Italia, algo que seguramente no pensaba cumplir.

La curia nunca estuvo convencida de la oportunidad de dicho acuerdo. Cuando llegó la noticia a Manfredo, éste desató una ofensiva sobre las marcas y Campania, obligando al papa a refugiarse en Orvieto. Carlos, que acudió en su ayuda, obtuvo un premio que era quebranto de la palabra dada: fue elegido senador de Roma. En estas condiciones, el 15 de agosto de 1264 se confirmó el acuerdo y se hizo la investidura. Pero el papa murió antes de que el de Anjou tomara posesión efectiva del territorio.

Clemente IV (5 febrero 1265 - 29 noviembre 1268)

De nuevo francés. Los cardenales, reunidos en Perugia, estaban profundamente divididos respecto a la conducta a seguir: tardaron cuatro meses en elegir a Guy Foulquois, también francés, nacido hacia 1195 en Saint-Gilles-sur-Rhóne, hijo de un juez y consejero importante de Luis IX. Al enviudar se ha-

bía ordenado, siendo obispo de Le Puy (1257), arzobispo de Narbona (1259) y cardenal obispo de Sabina (1261). En condición de tal fue legado en Inglaterra, mediando entre Enrique III y los barones. Elegido cuando regresaba a Italia hubo de disfrazarse de monje para llegar a Perugia; allí fijó su residencia, más tarde en Viterbo, nunca en Roma. Había logrado durante su legación que Inglaterra se abstuviese de participar en las querellas sicilianas. En 1268 explicaría confidencialmente a los embajadores que no creía en la legitimidad de los derechos de Alfonso X.

Conquista de Nápoles. Absolutamente profrancés, instó a Carlos de Anjou para que acelerara la llegada de tropas. Carlos entró en Roma en mayo de 1265 y recibió la investidura del reino (28 junio) sin renunciar a su título de senador. El papa ordenó predicar la cruzada contra Manfredo y respaldó la operación de los banqueros de Florencia con los fondos de la Iglesia en Francia durante un plazo de treinta años. El 26 de febrero de 1266, Manfredo fue derrotado y muerto en Benevento; la correspondencia del papa no deja duda respecto a que Clemente reprendió a Carlos con severidad por la dureza de sus represalias y de su régimen. Pero cuando Conradino, en julio de 1268, llegó a Roma reclamando su herencia, Clemente IV le excomulgó; nada hizo tampoco en su favor cuando el joven príncipe, derrotado y preso en Tagliacozzo (23 de agosto), fue ejecutado públicamente.

La victoria de Carlos de Anjou trajo una profunda decepción al papa, como ya E. Jordán {*Les origines de la domination angevine en Italie*, París, 1910) señalara: el príncipe francés no se limitó a ser rey de Sicilia, preparando la cruzada, sino que muy pronto, asumiendo el vicariato imperial, trató de extender sus dominios a otras regiones de Italia. A pesar de todo, Clemente IV reiteró su apoyo, desoyendo las demandas de Miguel VIII, que quería llegar a la unión para quitar a Carlos el pretexto esencial.

Dos actos importantes de este pontífice son: la bula *Ea quae iuditio* (Kaspar Elm, *Die Bulle Ea quae iuditio Clemens IV, 30-VW-1266,* Lovaina, 1968), que unió a los ermitaños de san Agustín, antes dispersos, en una sola congregación, y la *Licet ecclesiarum,* que establecía un sistema de designación directa en todos los beneficios que vacaren estando su anterior titular en corte de Roma.

Gregorio X, san (1 septiembre 1271 - 10 enero 1276)

Un papa restaurador. Los cardenales estaban profundamente divididos en torno a dos cuestiones: la hegemonía de Carlos de Anjou, y la prolongada vacante en el Imperio. A éstas, según Olga Johnson {*Die Papstwahlen des 13Jahrhunderts bis zur Einführung der Conclaveordnung Gregors X,* Berlín, 1928), se sumaban otras dos: los intereses de las familias de papas y la clara disensión entre jóvenes y viejos en el colegio de los cardenales. De hecho, el interregno duró casi tres años. Las autoridades civiles presionaron encerrando a los cardenales en el palacio, quitando el techo y amenazando con privarles de la comida. Fue san Buenaventura quien propuso la solución: delegar en una comisión de sólo seis, la cual designó a Teobaldo Visconti, arcediano de Lieja, un

laico que se encontraba con Eduardo de Inglaterra en Tierra Santa. De noble origen, había jugado un papel importante en el primer concilio de Lyon y gozaba de una amplia confianza en las dos familias reales, francesa e inglesa. L. Gatto (Il *pontificato dei Gregorio X, 1271-1276,* Roma, 1959) le considera especialmente dotado: estudiante en París, conoció a santo Tomás y a san Buenaventura. Llegó a Viterbo el 10 de febrero e inmediatamente se trasladó a Roma, donde fue ordenado y consagrado en San Pedro el 27 de marzo.

Se elige emperador. Entendía que su elección respondía al esfuerzo que debía hacerse en favor de la cruzada. Su primer gesto fue la convocatoria (13 de abril de 1273) del concilio, nuevamente en Lyon; en él debían tratarse tres cosas íntimamente ligadas: la cruzada, la unión con la Iglesia oriental y la reforma. Antes de que todo esto pudiera llevarse a cabo, el papa sabía que era preciso poner un límite a la expansión angevina en Italia, y sosegar las querellas entre güelfos y gibelinos que perturbaban la vida de sus ciudades. No impidió que Carlos de Anjou siguiera ostentando el senado en Roma y la vicaría imperial en Toscana, pero, aprovechando la muerte de Ricardo de Cornwall, decidió colaborar para resolver el interregno: recomendó a los electores que prescindiesen de Ottokar de Bohemia y de este modo logró que el 1 de octubre de 1273 hubiera, con Rodolfo de Habsburgo (1273-1291), nuevo rey de Romanos. El papa no ocultó su satisfacción, pero quiso que el reconocimiento se hiciera a través del concilio. Fue en Lyon, el 6 de julio de 1274, donde el canciller, en nombre de Rodolfo, garantizó el juramento de éste respecto al respeto de las libertades de la Iglesia. Se acordó entonces hacer en Roma la coronación imperial. La primera fecha fue demorada tras la entrevista personal de Gregorio X y Rodolfo (Lausanne, octubre de 1275) hasta el 2 de febrero de 1276. La muerte de Gregorio impidió que pudiera llevarse a cabo.

La unión con Oriente. Gregorio aplicó dotes de moderación, prudencia y grandeza en la solución del problema oriental. Sus primeros contactos con Miguel VIII se habían producido durante el viaje a Palestina. Era evidente que el emperador quería protección frente a las ambiciones de Carlos de Anjou. Muy pronto la iniciativa pasó a manos del papa, que tuvo el acierto de conducir el asunto ante el concilio en lugar de convertirlo en puramente personal. Además, se mostró condescendiente: se conformaba con que sólo una parte del clero griego se adhiriera a la unión, dejando para más adelante la universalización del juramento, y se conformaba con que reconociera la integridad de la fe y el primado de la sede romana. Miguel aceptó las condiciones aunque al principio tropezó con enormes dificultades, pues apenas media docena de obispos se mostró dispuesta a apoyarle: el patriarca José, empujado por su clero, formuló un juramento contra la unión. Pero el más importante de los teólogos, Juan Beccos, que al principio se mostró absolutamente contrario (hubo de ser reducido a prisión por su actitud levantisca), acabó convenciéndose de su error y se convirtió en ardiente defensor de la unión. Fue el comienzo de la victoria. En febrero de 1274, Miguel VIII consiguió que 44 obispos y todo el clero de Santa Sofía suscribieran una carta al papa.

El 24 de junio de este mismo año llegó a Lyon la embajada bizantina presidida por el logoteta Jorge Acropolita y de la que formaban parte el antiguo patriarca de Constantinopla, Germán **III,** el de Nicea, Teófanes, y algunos otros. Las condiciones de los griegos fueron aceptadas por el concilio y el 29 de junio pudo proclamarse la unión; se invitó a los otros obispos bizantinos a que se adhiriesen. Fue entonces elegido patriarca Juan Beccos, y el 16 de enero de 1275, en la capilla del palacio real de Constantinopla, se celebró la solemne función religiosa de la unión.

Aparte de esto, el concilio tomó algunas disposiciones importantes: renovación de las sentencias contra la usura; restablecimiento de la obligación del culto divino en los cabildos; exigencia rigurosa de los decretos que prohibían nuevas reglas para las congregaciones religiosas. Los españoles impidieron, en cambio, que prosperara un proyecto para refundir en una todas las órdenes militares. La más importante de las disposiciones, *Ubi periculum,* establecía el sistema de cónclave para las futuras elecciones pontificias. Los cardenales serían encerrados con llave (éste es el origen del nombre), manteniéndolos incomunicados con el mundo exterior; en caso de demora se les reducirían las raciones alimenticias.

Tras la entrevista con Rodolfo en Lausanne, Gregorio X regresó a Italia, aunque no pudo alcanzar Roma porque murió de fiebre en Arezzo. Su muerte iba a interrumpir un proceso evolutivo importante.

Inocencio V, beato (21 enero - 22 junio 1276)

Los cardenales no tardaron en elegir al dominico Pedro de Tarantaise en un cónclave que se celebró en Arezzo, aplicándose por vez primera el decreto conciliar. M. H. Laurent *(Beatas Innocentius PP. V. Petras de Tarantasia,* Roma, 1943) ha trazado la biografía de este maestro extraordinario, nacido en Val d'Isére, dominico y colaborador de san Alberto Magno y de santo Tomás de Aquino, autor de un importante comentario de las Sentencias de Pedro Lombardo y uno de los que más contribuyeron a difundir el pensamiento de Aristóteles. Dos veces provincial de los dominicos en Francia, arzobispo de Lyon, cardenal obispo de Ostia (1273) y colaborador estrechísimo de Gregorio X, fue el primer miembro de su orden que ciñó la tiara. Fue conocido con el sobrenombre de *doctor famossisimus.*

Hay un contraste entre su saber, acompañado de austera piedad, y la debilidad política que mostró hacia Carlos de Anjou, al que confirmó como senador de Roma y vicario de Toscana. Pidió a Rodolfo (17 de marzo) que pospusiera su viaje a Roma hasta que hubieran sido resueltas sus diferencias con el angevino. Logró la reconciliación de Genova con Carlos de Anjou y la paz entre Pisa, gibelina, y la Liga güelfa de Toscana. Pero todo esto servía al rey de Nápoles para incrementar su poder. Predicó una vez más la cruzada. Y, cambiando la política de Gregorio, suspendió las concesiones que se hicieran exigiendo que todos los obispos del Imperio juraran ya el símbolo de fe con el *Filioqae.* Era, también, un medio indirecto de indicar a Carlos de Anjou que iba

a disponer del apoyo, al menos moral, de la Santa Sede para sus proyectos sobre Constantinopla. La breve duración de su pontificado impidió que el programa llegara a realizarse.

Adriano V (11 julio - 18 agosto 1276)

El cónclave se reunió en Letrán. En su calidad de senador de Roma, Carlos de Anjou se ocupó de que se cumpliese con rigor el decreto de Lyon, suspendiendo incluso el aprovisionamiento de los cardenales. Éstos acabaron eligiendo a Ottobono Fieschi, sobrino de Inocencio IV, nacido en Genova en la familia de los condes de Lavagna. Había sido legado en Inglaterra, donde coronó con éxito la política pontificia de restablecimiento de la paz entre Enrique III y sus nobles; con posterioridad había trabajado en favor de la política angevina. Aunque proponía una negociación entre Sicilia y Bizancio, mostrándose así menos hostil, se negó a excomulgar a los partidarios de Carlos de Anjou por sus agresiones injustificadas en territorio bizantino. El único acto que de él se recuerda es la anulación del decreto sobre las elecciones pontificias, prometiendo la redacción de uno nuevo, que no llegó a promulgar. Antes de que pudiera ser ordenado sacerdote y, por consiguiente, consagrado, falleció en Viterbo, adonde había llegado huyendo del calor de Roma.

Juan XXI (8 septiembre 1276 - 20 mayo 1277)

La elección estuvo nuevamente rodeada de violencia. Las autoridades de Viterbo quisieron aplicar el decreto del cónclave, pero los cardenales alegaron que dicho decreto ya no existía. Juan Gaetano Orsini, al ver que no conseguía los votos necesarios, promovió la candidatura de un portugués, Pedro Juliáo, conocido como Pedro Hispano, confiando en gobernar a través de él. Hijo de un médico y nacido en Lisboa, M. H. da Rocha Pereira *(Obras médicas de Pedro Hispano,* Coimbra, 1973) y J. M. de la Cruz Pontes *(A obra filosófica de Pedro Hispano Portugalen.se,* Coimbra, 1972) han estudiado a fondo los dos aspectos fundamentales de su saber. Médico personal de Gregorio X, éste le nombró arzobispo de Braga (1272) y cardenal de Tusculum (1273). Fue una de las figuras más destacadas del Concilio de Lyon. Como médico se hizo famoso por un tratado de oftalmología conocido como *El ojo* y un manual de patología, *Tesoro de los pobres.* Se le ha confuniddo a veces con otro Pedro Hispano, dominico natural de Estella y autor de dos obras filosóficas de gran importancia, *Summulae logicae,* muy empleada como texto en las universidades, y *De alma,* que es un comentario a Aristóteles y al pseudo Dionisio (A. D'Ors Lois, «Petrus Hispanus O.P. auctor Summutarum», *Vivarium,* 35/1, 1997).

Por un error que ya no fue corregido tomó el nombre de Juan XXI, siendo así que ningún Juan XX encontramos en la lista de los papas. No quiso residir en Roma, haciéndose construir un departamento provisional en el palacio de Viterbo para poder seguir con su trabajo científico; dotado de gran sencillez, estaba dispuesto a recibir a todo el mundo, aunque prefería la compañía de sabios y doctores a la de los miembros de la curia. Comenzó su pontificado

confirmando la anulación del decreto del concilio sobre las elecciones y entregando a Orsini prácticamente todo el poder. Por esta causa se inició un distanciamiento con Carlos de Anjou, al que no fue renovado el nombramiento de senador ni el de vicario en Toscana. La Santa Sede estaba buscando medios para restablecer una concordia entre el rey de Sicilia y Roberto, entre Alfonso X y Felipe III de Francia (1270-1285), enemistados a causa de los infantes de la Cerda, así como en Portugal, su patria, donde tomó la defensa de las inmunidades eclesiásticas. Tras esta política de paz alentaban siempre dos propósitos: afirmar la supremacía de Roma y proceder a un nuevo lanzamiento de la cruzada. A este mismo fin apuntaban el envío de misioneros y legados a tierra de mongoles y las nuevas negociaciones con Miguel VIII. Pero en este último caso era, tal vez, demasiado tarde: el rigorismo un tanto arbitrario de sus dos antecesores había disipado el buen clima que creara Gregorio X.

Preocupaba especialmente a Juan XXI un problema que conocía bien: las tendencias al materialismo que podían nacer de los excesos del aristotelismo. El 18 de enero de 1277 ordenó al obispo de París que abriera una información en la universidad. El resultado fue señalar 219 proposiciones que se estaban enseñando y que los universitarios calificaban de «averroístas». Diecinueve de ellas se encuentran en santo Tomás.

Juan XXI murió a consecuencia de la herida que sufrió al desplomarse la techumbre del departamento provisional que levantara en Viterbo. Fue enterrado en aquella catedral.

Nicolás III (25 noviembre 1277 - 22 agosto 1.280)

La elección de Orsini. Los siete cardenales se dividieron en dos bandos: tres de ellos apoyaban la candidatura de Juan Gaetano Orsini, hijo de Mateo Rosso y de Perna Gaetani, que durante treinta años había gobernado la curia; otros tres se le oponían porque le consideraban un enemigo de Carlos de Anjou. El interregno duró seis meses hasta que, finalmente, la candidatura de Orsini triunfó. El nombre adoptado por el nuevo papa coincidía con el título que como cardenal ostentara. Publicaría una nueva colección de Decretales, las *Novélae,* que se agregaron a las de Graciano. Al desarrollarse en Europa el antijudaísmo, como consecuencia de las condenas que se estaban formulando contra el Talmud, pidió a franciscanos y dominicos que escogiesen predicadores idóneos que llevaran a los hebreos a la fe. Elegante y de buena presencia, juntaba la destreza personal con la experiencia de los negocios. Su objetivo parece haber sido restaurar la independencia de los Estados Pontificios.

La política. Comenzó obteniendo el cese de Carlos de Anjou como senador de Roma (16 septiembre 1278); un decreto, de 11 de julio de 1279, determinó que ningún príncipe foráneo pudiera en adelante ocupar el cargo. El papa debía ser senador perpetuo, absorbiendo de esta manera la señoría sobre la ciudad de Roma; su pariente, Mateo Orsini, se ocupó en la práctica de hacer sus veces. También hizo desaparecer la vicaría imperial sobre Toscana. Mantuvo estrechas negociaciones con Rodolfo de Habsburgo, preparando ya su corona-

ción: el 14 de febrero de 1279 el rey de Romanos hizo una solemne renuncia a los derechos que aún pudieran corresponderle en Romagna. De este modo los Estados Pontificios obtuvieron la distribución espacial y la estructura jurídica que conservarían hasta 1860. Para que esta política diera resultados duraderos, se necesitaban dos condiciones difíciles de obtener: la reconciliación entre los Anjou y los Habsburgo, que hiciera definitiva la separación entre Alemania e Italia, y la paz entre los partidos de güelfos y gibelinos. Por eso apoyó a los Visconti, en Milán, y su sobrino el cardenal Latino Malabranca negoció en Genova y en Florencia reconciliaciones que permitieran regresar a los que estaban en el exilio.

Se proyectó el matrimonio de una hija del emperador, Clemencia, con un nieto del rey de Nápoles, Carlos Martel; ambos serían reconocidos como reyes de Arles. De hecho, Rodolfo legitimó a Carlos de Anjou en su posesión de Provenza y Foncalquier, que eran feudos del Imperio. Es difícil conocer cuál era el proyecto de fondo que Nicolás perseguía: se ha especulado con el designio de crear cuatro reinos o principados independientes entre sí, Alemania, Lombardía, Borgoña, Toscana, como una garantía de paz para la Iglesia; de todas formas, la muerte del papa impidió que las negociaciones llegasen a buen fin.

Oriente. Siempre, la cruzada. Bizancio estaba en el mismo centro del problema. Aunque Nicolás prohibió hacer la guerra a Miguel VIII (no se atrevió, en cambio, a excomulgar a quienes en Epiro y Tesalia le combatían), presentó exigencias en relación con la unión, que los orientales juzgaron excesivas: inserción obligatoria del *Filioque,* publicación de los juramentos prestados en Lyon, conservación en la liturgia griega únicamente de aquellos ritos que coincidiesen con la latina, presencia de un legado permanente en Constantinopla y de nuncios en cada una de las principales ciudades, confirmación de los nombramientos eclesiásticos en Roma y algunas otras de menor importancia. Sin embargo, el papa no quería provocar la ruptura: tales demandas se incluyeron en las instrucciones a los legados como una especie de programa máximo, pero con poderes para atemperarlas si era necesario. A pesar de todo es preciso reconocer que aquí estaba el precedente para la decisión de Martín IV.

Franciscanos. Protector de los franciscanos, Nicolás III publicó la constitución *Etsi qui seminat* (14 agosto 1279), declarando la santidad de la pobreza y la obligación de seguirla; al mismo tiempo establecía la diferencia entre propiedad y usufructo, que permitía poseer edificios y otros bienes. A los extremistas del franciscanismo esta disposición les sentó mal, y Berengario de Perpignan presentó ante el papa una protesta que llegaría a tener consecuencias impensadas: alegaba que Cristo y los apóstoles nada habían tenido en propiedad ni en simple posesión.

Martín IV (22 febrero 1281 - 28 marzo 1285)

Golpe de Estado. De nuevo una vacante de seis meses con un final muy grave. Los cardenales, reunidos en Viterbo, no lograban ponerse de acuerdo, cuando Carlos de Anjou decidió dar un golpe de Estado valiéndose de las au-

toridades de la ciudad, que aprisionaron a dos de los purpurados, mientras el rey presionaba a Mateo Rosso Orsini para impedir que interviniese. Por esta vía se eligió a Simón de Brie, antiguo archidiácono de Rouen, tesorero de San Martín de Tours y canciller y guardasellos de san Luis. Cardenal de Santa Cecilia desde 1264, vivía entregado con todo entusiasmo a la misión de hacer triunfar los proyectos de Carlos de Anjou. Tomó el nombre de Martín IV, por el patrón de Francia y por el error de haber confundido a Marino I y II con Martín. Ha sido definido como «el más francés de todos los papas» por su empeño en propiciar el triunfo absoluto de los angevinos. No sólo renunció en Carlos el oficio de senador, sino que le entregó el gobierno de todos los Estados Pontificios; Jean d'Eppe se hizo cargo de Romagna y Guillermo Durando, el famoso autor del *Speculum iudiciale,* fue nombrado vicario general. Las relaciones con Rodolfo de Habsburgo se mantuvieron correctas porque el rey de Romanos se abstuvo cuidadosamente de intervenir en los asuntos de Italia.

// *Vespro.* Nacía así un Imperio angevino tan amenazador para la independencia de la Iglesia como lo fuera en tiempos el de los alemanes. Carlos compró a María de Antioquía sus derechos sobre Jerusalén y comenzó a usar este título enviando a Rogerio de San Severino en calidad de bailío a tomar posesión de las escasísimas reliquias que aún sobrevivían del antiguo reino. Al mismo tiempo mantenía abiertas relaciones comerciales con Egipto para evitar amenazas desde este sector. Poco a poco iba aumentando sus dominios. Gobernaba Albania y Acaya, esta última en nombre de su nuera, y ostentaba la soberanía feudal sobre Atenas y los otros señoríos latinos en Grecia. El objetivo final era la conquista de Constantinopla, presentándose como heredero de Balduino II. Todo estaba preparado cuando se negoció en Orvieto, interviniendo la cancillería pontificia, una alianza entre Carlos, Felipe de Courtenay y la República de Venecia (3 de julio de 1281). Martín IV dio la señal: sin que se hubiera dado motivo alguno, excomulgó a Miguel VIII (18 noviembre 1281), prohibió a los católicos prestarle cualquier clase de ayuda (26 marzo 1282) y finalmente declaró nula la unión que tan trabajosamente se consiguiera en Lyon. Martín, mientras tanto, no residía en Roma: estableció en Orvieto y en Perugia su residencia.

Los manifiestos errores de Martín IV causaron un indudable daño a la Iglesia pues la convirtieron en un satélite de la política francesa, y a Italia porque la lanzaron de nuevo por el camino de la guerra: el primero de mayo de 1282 los gibelinos, mandados por Guido de Montefeltro, derrotaron a las tropas pontificias; el 30 de marzo, tras una delicada operación de acercamiento entre la nobleza siciliana, el rey Pedro III de Aragón (1276-1285) y el emperador Miguel, aclarada por Steven Runciman *(The Sicilian Vespers,* Cambridge, 1958), estallaba la gran revuelta conocida como las «Vísperas Sicilianas». Los rebeldes acudieron a Martín IV como a su señor natural, pero él los rechazó con dureza ordenándoles someterse sin condiciones a Carlos de Anjou. Pedro III, yerno de Manfredo, aceptó la corona y el papa le excomulgó. Esfuerzo inútil: la

flota catalana, reforzada en Sicilia, hizo añicos el Imperio angevino. Sin proponérselo, los aragoneses habían prestado un servicio al papa, pues dividieron el reino en dos, alejando el agobiante dominio que desde él se ejercía.

Protector de los franciscanos, Martín IV publicó la bula *Ad fructus liberes* (13 diciembre 1281), autorizándoles la predicación y la confesión. Este privilegio provocó la resistencia del clero secular, que lo consideraba como una ingerencia en sus propias funciones. Martín IV murió en Perugia, pocas semanas después del fallecimiento de Carlos de Anjou.

Honorio IV (2 abril 1285 - 3 abril 1287)

Los cardenales reunidos en Perugia se dieron prisa y en sólo cuatro días eligieron a Jacobo Savelli, cardenal de Santa María in Cosmedin, evitando de este modo las ingerencias. Perteneciente a una ilustre familia romana, estudiante en París y sobrino nieto de Honorio III, cuyo nombre adoptó. Con 75 años de edad y medio paralítico, había sido elegido para que intentara subsanar los errores de su antecesor, pero conservando las relaciones excelentes con la Casa de Anjou. El 20 de mayo fue consagrado en Roma, en medio de un entusiasmo delirante de su población, al que correspondió fijando su residencia permanente en la ciudad y asumiendo de nuevo la senatoria que su hermano Pandulfo gestionó en la práctica.

La mayoría francesa en el colegio de cardenales obligaba a conservar una política proangevina en la guerra. Honorio rechazó las propuestas de Eduardo I de Inglaterra (1272-1307), que quería mediar, y otorgó a Felipe III los beneficios de cruzada para la guerra que emprendía contra Pedro III y que se cerró en un fracaso. Cuando estos dos reyes murieron en el otoño de 1285, pudo abrirse, al fin, el camino de las negociaciones. Alfonso III (1285-1291) reinaba en Aragón, firmando tregua con Francia; su hermano Jaime fue coronado como rey en Palermo, ganando con ello la excomunión. Pero la derrota angevina en Castellamare (1287) obligó a reconocer el fallo, abriéndose negociaciones que condujeron al tratado de Oloron (25 julio 1287), firmado cuando el papa ya había muerto.

Se reanudaron los contactos con Rodolfo de Habsburgo, preparándose la coronación imperial. Pero los príncipes alemanes negaron el dinero para el viaje porque el legado, cardenal Juan de Tusculum, había solicitado fuertes compensaciones económicas para la Cámara y sospecharon que se estaba tendiendo una intriga para declarar a Alemania monarquía hereditaria como las demás de Europa.

Aunque Honorio restauró los derechos y privilegios del clero secular y condenó en 1286 una secta de extremada pobreza fundada en Parma con el título de «apostólica» (1260), fue también un protector de las órdenes religiosas, especialmente dominicos y franciscanos, a los que trataba de convencer de que estableciesen cátedras de árabe a fin de preparar misioneros para tierras musulmanas.

Nicolás IV (22 febrero 1288 - 4 abril 1292)

Elección. La supresión del decreto de Gregorio X había permitido el retorno a las elecciones prolongadas: más de once meses duró esta vez la vacante. Calores excesivos y peste causaron la muerte de seis cardenales y la dispersión de todos los demás excepto uno, el franciscano Jacobo de Ascoli, del título de Palestrina. Cuando los purpurados regresaron a Roma, le eligieron por unanimidad. Nacido en Lisciano, cerca de Ascoli, el 30 de septiembre de 1227, e hijo de clérigo, sucedió a san Buenaventura como general de su orden en 1274. Había sido uno de los negociadores de la unión con los griegos. Colaborador de Nicolás III en la bula *Exiit qui seminat,* este papa le nombró cardenal. Se trata del primer franciscano que llegó al solio. Protector de artistas como Arnolfo di Cambio o Pietro Cavallini, reconstruyó San Juan de Letrán y Santa María la Mayor. Protegió, seguramente con exceso, a los Colonna, procedentes de Nápoles: Giovanni Colonna, senador único, en lucha con los Orsini y los Savelli, creó en Campania un gran poder.

Cardenales. La bula *Coelestis ahitado* (18 de junio de 1289) reconoció a los cardenales el derecho a percibir la mitad de las rentas correspondientes a la curia. Estableció de este modo un precedente de importancia, abriendo el debate en torno a las funciones del colegio, en especial durante las vacantes en el solio. Dos corrientes de opinión se dibujaban: aquella que sostenía que los cardenales compartían con el papa la *plenitudo potestatis,* por lo que, en los interregnos, gobernaban a la Iglesia por derecho propio; y aquella otra que afirmaba ser únicamente un organismo consultivo (consistorio) cuyos miembros recibían del papa todas las funciones y, durante las vacantes, asumía provisionalmente funciones que no eran suyas.

Nápoles. Apoyó a Carlos II de Anjou (1285-1309) con todas sus fuerzas aunque mantuvo buenas relaciones con Rodolfo, reconociendo su derecho a ser coronado. La muerte del rey de Romanos en 1291 impidió definitivamente la coronación. Mediante negociaciones intentó que, anulado el tratado de Canfranc (28 octubre 1288) —por el que se daba a Carlos II libertad a cambio de reconocer a Jaime II como rey de Sicilia—, los Anjou recobrasen la totalidad de sus dominios. No pudo conseguirlo, pero logró al menos que, levantando la excomunión que pesaba sobre Alfonso III, se negase desde Aragón toda clase de ayuda a los rebeldes. Sin embargo Alfonso murió el 18 de junio de 1291 y fue precisamente Jaime quien le sucedió, dejando a su hermano Federico en Sicilia como lugarteniente. Cuando el papa coronó en Rieti a Carlos II lo hizo en calidad de rey de todo el Realme y no sólo de Nápoles.

Oriente. En un último esfuerzo para salvar las posiciones de Tierra Santa, tras el saqueo de Trípoli (abril de 1289), Nicolás IV dispuso la predicación de la cruzada (1290) c incluso llegó a enviar una pequeña flota en auxilio de san Juan de Acre. En 1291 Enrique II, rey de Chipre y de Jerusalén, abandonó esta última ciudad, que sucumbió al asalto el 18 de mayo del mismo año. Las noticias que llegaron a Occidente eran espeluznantes: el maestre del Temple Guillermo de Beaujeu, y el mariscal del Hospital, Mateo de Clermont, murieron lu-

chando heroicamente, y las monjas clarisas se cortaron la nariz para evitar ser violadas. Causaron un gran impacto. El franciscano Fidenzio de Padua envió al papa un *Líber de recuperatione Terre Sáncte,* incitándole a realizar un gran esfuerzo para recobrar Palestina, de cuya pérdida Tadeo de Nápoles culpaba a los reyes y caballeros occidentales. Pero fue Ramón Llull (1232-1316) quien envió el programa más eficaz: un plan de estudios para disponer de personas que conociesen el árabe y el hebreo a fin de penetrar en los espacios orientales y africanos; la centralización de las misiones bajo el mando de un solo cardenal; y la refundición de las órdenes militares hasta crear con ellas el gran ejército de caballería que la cristiandad necesitaba. Nicolás atendió también al otro horizonte que se había abierto. En 1290 Argun, nieto de Hulagu Khan, dueño de Bagdad, se puso en contacto con Roma a través de un converso, Andrés Chagan o Zagan, pidiéndole como su abuelo el envío de personas instruidas porque en sus dominios había comunidades cristianas. Paralelamente, otro franciscano, Juan del Monte Corvino, que había actuado en Armenia, llegaba a ponerse en contacto con los keraitas nestorianos: por el camino de Mongolia llegó a la corte de Kublai Khan (1260-1294) en Pekín. Desde Orvieto fueron enviados algunos franciscanos para ayudarle. El papa otorgaría a Monte Corvino el título de obispo de Pekín.

Celestino V, san (5 julio - 13 diciembre 1294)

Un papa «angélico». Muchas fantasías literarias se siguen vertiendo en torno a este papa que tomó la decisión excepcional de abdicar y al que algunos autores siguen llamando «papa angélico», como lo hicieran los franciscanos «espirituales» en su propio tiempo. Hace más de un siglo F. Ehrle *(Die Spirituales, ihr Verlhaltniss zum Franciscanerorden und zu den Fratricellen,* 4 vols., Berlín, 1885-1888) puntualizó la necesidad de distinguir entre estos «espirituales», rigoristas que preceden a la observancia, que aparecen íntimamente ligados al nombramiento y gestión de san Celestino, y los *fratricelli* posteriores, en los que, como clara desviación de esta postura, se mezclaron la resistencia al papa y algunas doctrinas heréticas milenaristas. Por su parte, F. X. Seppelt *(Monumento Coelestiniana,* Paderborn, 1921) ha trabajado para recopilar la abundante literatura en torno a Celestino, a fin de separar los elementos reales de los legendarios, reconociendo la importancia que en 1294 revestían las ideas rigoristas. Estas pretendían, frente a los intereses políticos y de familia, dar un salto radical entregando el pontificado a un santo, que lo fuera en el sentido más simple y directo de la palabra.

Tras la muerte de Nicolás el solio estuvo vacante dos años y tres meses: divididos en facciones, los doce cardenales eran incapaces de llegar a un acuerdo que atribuyese los doce votos que se necesitaban. Tras dos interrupciones, el cónclave volvió a reunirse en Perugia en octubre de 1293; se produjo entonces una fuerte presión de Carlos II, que necesitaba de un papa que confirmase el acuerdo que acababa de concluir con Jaime II en La Jonquera, el cual incluía la orden a Federico para entregar Sicilia. Los cardenales no se rindieron a las

presiones, pero fueron conscientes de la necesidad de poner rápidamente fin al interregno porque se estaban produciendo graves desórdenes. El decano del Sacro Colegio, Latino Malabranca, dijo que un santo ermitaño, Pedro de Morro---, había profetizado un castigo de Dios si seguían demorando la elección, y añadió que este hombre santo era precisamente su candidato. Con bastante rapidez los cardenales le proclamaron por unanimidad.

Pedro era hijo de aldeanos y tenía 85 años; educado por los benedictinos de Santa María de Faifula, se había retirado a una cueva del monte Morrone, de donde procedía el nombre con que sustituyera el de Pedro Angelario, que recibiera en el bautismo. El apellido familiar se prestaba a interpretaciones relacionadas con el advenimiento de un «papa angélico» que iniciaría la nueva etapa en la vida de la Iglesia, dominada por el Espíritu según las profecías de Joachim de Fiore (1130? - 1202). Al acudir a él numerosos discípulos, decidió construir una iglesia dedicada a Santa María al pie del Morrone y crear una fraternidad reconocida por Gregorio X en 1274, pero dentro de la orden y regla de san Benito, que pretendía observar con todo rigor. Carlos II tomó la hermandad bajo su protección y Pedro Angelario fue elegido abad del monasterio de Faifula, donde se educó. Pero en 1293 había tomado la decisión de retirarse de nuevo a una gruta en el Morrone para ser otra vez ermitaño.

Fracaso y *abdicación.* Costó trabajo convencerle para que aceptara. Pero un vasto clamor se extendió por Italia: al fin la santidad estaba en la cátedra de Pedro. Los «espirituales» le consideraron como uno de los suyos —de ahí el error de que a veces se le tuviera por franciscano— y Carlos II le tomó bajo su guía y protección. Con escolta napolitana llegó a L'Aquila, en cuya iglesia de Santa María de Colmaggio fue consagrado el 29 de agosto. Celestino no fue nunca a Roma: el rey preparó para él una residencia en el Castilnuovo de Nápoles. Incapaz de usar el latín, hablaba en italiano con sus cardenales. Pronto se demostró que santidad y gobierno son valores distintos: pueden coincidir, pero pueden también ser divergentes. Nombró doce cardenales, sobre una lista que le proporcionó Carlos II (siete eran franceses y todos angevinos), confirmó el acuerdo de La Jonquera, dando un plazo de tres años a los aragoneses para restituir Sicilia, y nombró a un niño de pocos años, hijo de Carlos II, arzobispo de Toulouse. La confusión en la curia se hizo terrible: algunos beneficios eran atribuidos simultáneamente a varias personas por ignorancia absoluta del asunto.

Llegado el tiempo de Adviento propuso retirarse a un lugar aislado a fin de entregarse a la oración contemplativa en riguroso ayuno, dejando a tres cardenales el gobierno de la Iglesia. Cuando el colegio rechazó esta propuesta que consideraba muy perjudicial, consultó con uno de sus miembros, Benito Gaetani, notable canonista, si existían precedentes de una abdicación. La respuesta fue afirmativa aunque errónea. Entonces, el 10 de diciembre de 1294, publicó una bula que hacía extensivo el procedimiento del cónclave de Gregorio X, previsto para la muerte de un papa, al caso de una renuncia, y el 13 del mismo mes, en un consistorio, se dio lectura a un acta de abdicación que el propio Gaetani

preparara. Sin duda Celestino, de nuevo Pedro Angelario del Morrone, confiaba en volver a su vida de santo ermitaño. No se lo consintieron: podía convertirse en bandera para los «espirituales». Tratado con toda dignidad, se le puso vigilancia, de la que huyó tratando de volver al yermo. Fue entonces cuando Bonifacio **VIII** le encerró en Castel Fumone, cerca de Ferentino. Es seguramente falsa la noticia de que se le maltratara: murió el 19 de mayo de 1296. Fue canonizado el 5 de mayo de 1313 como confesor de la fe.

Bonifacio VIII (24 diciembre 1294 - 12 octubre 1303)

La persona. Restablecida por Celestino V la constitución del Concilio de Lyon, los cardenales se reunieron en el Castilnuovo de Nápoles, diez días después de la abdicación de aquél, y habiendo rechazado la elección Mateo Rosso Orsini, escogieron precisamente a Benito Gaetani. Nacido en Anagni en 1240 de una familia de baja nobleza, educado por su tío el obispo de Todi, había adquirido una sólida formación en ambos derechos, estudiando en Bolonia. Había prestado importantes servicios como legado en Francia e Inglaterra, mostrándose favorable a la primera, y Martín IV le premió haciéndole cardenal diácono en 1281 y presbítero en 1291. En ambos casos retuvo importantes beneficios que le permitían acumular considerables propiedades en favor de su familia: empleaba sus recursos en la adquisición de propiedades que diesen origen a un patrimonio para los Gaetani.

Sus mayores éxitos antes de la elección le ponían en relación con Francia: negoció el tratado de Tarascón de 1291, que aparentemente ponía fin a las hostilidades con Aragón y evitaba una ruptura con Inglaterra, y defendió brillantemente a los mendicantes en su pleito con la Universidad de París. Los «espirituales» fueron sus enemigos declarados porque le atribuían la eliminación del «papa angélico». Apenas elegido, Bonifacio anularía todas las disposiciones de su antecesor, despegándose de la influencia angevina y limpiando la curia de partidarios de Carlos II. Se instaló en Roma, donde fue coronado el 23 de enero de 1295.

T. R. S. Boase *(Boniface VIII,* Londres, 1933) pone en guardia contra uno de los errores más frecuentes: reducir este importantísimo pontificado a uno sólo de sus aspectos, el de la lucha contra el rey Felipe IV de Francia. Probablemente, como Heinz Góring *(Die Beamten der Kurie unter Bonifaz VIII,* Konigsberg, 1934) estableciera, a él corresponde una reforma fiscal de grandes proporciones, que proporcionó a la curia recursos abundantes. Tres casas de banca florentinas se encargaron, naturalmente con beneficios para ellas, de manejar tales fondos, que permitieron, ante todo, una política de pacificación interna aplicada con energía, mediante la cual el papa tuvo verdadera posesión de los Estados Pontificios. Sus cartas demuestran que se consideraba árbitro supremo entre todos los poderes de la cristiandad, mostrando empeño en desempeñar un papel decisivo: fue este empeño, precisamente, el que según G. Digard *(Philippe le Bel et le Saint Siége, 1285-1304, 2* vols., París, 1966) le condujo al enfrentamiento que provocó la grave derrota del pontificado.

Caltabellota. Confirmando su política como cardenal quería que se entregase Sicilia a Carlos II de Anjou, según lo previsto en el tratado de Tarascón, y que cesaran las hostilidades entre Francia e Inglaterra reanudadas durante el interregno en el pontificado. Sobre esta base negoció con los tres enviados de Jaime II, Manfredo Lanza, Juan de Prócida y Roger de Launa: el rey se comprometía a evacuar Calabria y entregar Sicilia, casándose con una hija del angevino. Fadrique sería compensado mediante su matrimonio con Catalina de Courtenay y con los dominios que en Oriente pertenecían a esta señora. Se negociaba también en torno a la entrega de Córcega y Cerdeña, feudos de la Iglesia, al soberano aragonés. Pero el proyecto fracasó: Felipe IV no quiso consentir en el matrimonio de Catalina, y los sicilianos reafirmaron su independencia, coronando rey a Federico en Palermo (26 marzo 1296). Con natural repugnancia, Jaime II prometió el envío de una flota y de un ejército para combatir a este hermano rebelde que, entre tanto, estaba lanzando su ofensiva sobre Apulia y Calabria. Recibiendo mucho dinero, el aragonés adquirió el compromiso de emprender la lucha en 1297; en la práctica el ataque sólo se produjo en 1299. La flota catalana obtuvo una victoria en cabo Orlando (5 julio 1299), pero cuando los angevinos intentaron la invasión de la isla fueron estrepitosamente derrotados en Falconaria. De modo que la solución final fue muy distinta a la que Bonifacio preconizara: la paz de Caltabellota (1302) reconoció la independencia de Sicilia.

Italia y Alemania. Idénticos fracasos, según H. Finke *(Vorreformatione geschichtlichen Forschungen. Aus den Tagen Bonifaz VIII. Funde und Forschungen,* Münster, 1902), se registraron en todas o casi todas las cuestiones en que el papa se empeñó en intervenir. Nunca pudo lograr la reconciliación entre Genova y Venecia, a las que trataba de interesar en la cruzada, ni sostener la independencia de Escocia frente a Inglaterra, ni menos hacer triunfar la causa de Carlos Roberto de Hungría. La experiencia que se estaba recogiendo marcaba la diferencia con los días de Inocencio III: los poderes fácticos de las monarquías eran ya superiores. Únicamente se registra un éxito en Italia al extender a Toscana la tutela de la Santa Sede; pero esta influencia era tan sólo el resultado de los compromisos adquiridos con la banca florentina que ligaban a la Iglesia con los llamados «negros» de la parte güelfa, es decir, los elementos más conservadores.

En 1298 Adolfo de Nassau (1292-1298), rey de Romanos, fue derrotado y muerto en Gollheim por Alberto de Habsburgo (1298-1308), el cual le sustituyó en el trono. Bonifacio trató de oponerse a este último comprometiéndose incluso con los príncipes que en 1301 intentaron una insurrección. Pero la rebelión fue dominada y el papa, por la bula *Aeterni Regís* (30 abril 1303), se vio obligado a reconocer la legitimidad de Alberto. Éste se comprometió a no ayudar a Francia en la polémica que entonces alcanzaba su punto más agudo y a desentenderse de los asuntos italianos: los vicarios imperiales en Lombardía y Toscana requerirían, para su nombramiento, la aquiescencia de la Santa Sede. Pero este cambio de política no era mérito de Bonifacio, sino resultado de un

giro en la orientación que se registraba en Alemania. La época del *dominium Mundi* había pasado para siempre.

Primera fase del conflicto. La causa de la guerra franco-británica estaba en los feudos de Guyena: iniciada cuando la sede romana estaba vacante, los dos reyes, Eduardo y Felipe, comenzaron a recabar tributos sobre las rentas del clero sin el preceptivo consentimiento de la curia. Protestaron los simples clérigos, guiados por cistercienses, pero no los obispos. El 24 de abril de 1296 Bonifacio publicó la bula *Clericis laicos,* no dirigida específicamente a Francia, pero que endurecía las penas canónicas contra quienes, sin permiso, cobrasen tributos. En Inglaterra fue aprovechada por los eclesiásticos, y también por los barones, para negarse a contribuir. El 18 de agosto del mismo año, Felipe IV publicó una disposición que prohibía la salida de metales, moneda y letras de cambio: las rentas pontificias en Francia, las más cuantiosas, quedaron bloqueadas. Se presentó la medida no como una réplica, sino, simplemente, como emergencia en caso de guerra, pero Bonifacio entendió que estaba dirigida en contra suya. El 20 de septiembre escribió al rey una carta quejándose; en ella negaba taxativamente que la *Clericis laicos* estuviese dirigida contra Francia.

Surgió una polémica doctrinal bastante agria. Los colaboradores de Felipe recurrieron a panfletos, como el titulado *Disputas del clérigo y el caballero,* en que se defendían tres tesis fundamentales:

— La autoridad temporal debe ayudar a la espiritual sin que esto suponga reconocimiento de ninguna clase de superioridad.

— La Iglesia limita sus funciones a los aspectos espirituales, la palabra, los sacramentos y el sacrificio, sin intervenir para nada en los temporales.

— Al rey corresponde la defensa de la comunidad en todos los aspectos, incluyendo a su Iglesia, por lo que los clérigos están obligados a contribuir en sus necesidades.

A ninguna de las partes convenía endurecer las posiciones. Menos que a nadie a la banca florentina, que estaba manejando las rentas pontificias. Fue por eso un banquero, Juan Francesi, llamado Musciato, quien intervino como mediador, logrando que el papa redujera sus pretensiones y accediendo a contestar afirmativamente a una demanda de contribución por parte del clero. Felipe envió entonces una embajada, presidida por Pedro Flotte, a Roma. El enviado descubrió una magnífica oportunidad en el choque entre el papa y los Colonna. Se trataba de una cuestión entre familias relacionada con la adquisición de ciertas fincas en Campania, pero a ella se mezclaron los «espirituales» franciscanos, descontentos porque no se les consentía formar una congregación aparte. En 1297 Esteban Colonna robó el dinero que el papa enviaba desde Anagni a Roma para completar la compra de Narni. Aunque los agresores devolvieron el botín (9 de mayo), Bonifacio excomulgó a los Colonna, deponiendo además a los dos cardenales de esta familia, Jacobo y Pedro, exigiendo el depósito de todas las fortalezas que ocupaban.

De este modo Pedro Flotte pudo disponer en Roma de los servicios de un fuerte partido, que utilizó contra el papa, sin mezclarse en sus cuestiones: los Colonna depositaron en el altar de San Pedro un documento en que acusaban a Bonifacio de ilegitimidad, herejía, simonía y las acostumbradas y negras denuncias que formaban su secuela. El papa ordenó entonces a la Inquisición incoar un proceso. Pero ante los franceses se doblegó: el 31 de julio declaró que la *Clericis laicos* no era de aplicación en Francia y que el monarca estaba facultado para decidir cuándo necesitaba percibir impuestos. Otros abundantes privilegios fueron concedidos. Pero gracias a este repliegue los «espirituales» tuvieron que someterse y las tierras de los Colonna fueron ocupadas. Palestrina, principal de sus fortalezas, tomada en octubre de 1298, fue arrasada. Los dos cardenales se sometieron y volvieron a la comunión, pero no recuperaron el capelo.

Primer Año Santo. El año 1300 era considerado de especial significación. Movido por fuertes presiones el papa publicó la bula *Antiquorum habet fidem,* en la que, declarándolo santo, por primera vez se otorgaba indulgencia plenaria a quienes, tras la debida confesión, visitasen las tumbas de los dos apóstoles: esta indulgencia podían lucrarla quince veces los peregrinos y treinta los romanos. De este modo se estableció la norma que ha continuado hasta hoy. La afluencia de peregrinos fue extraordinaria y las iglesias romanas se beneficiaron de las abundantes ofrendas. Bonifacio no obtuvo un gran rendimiento económico, pero sí un enorme prestigio que le proporcionó conciencia, tal vez excesiva, de su propio poder. Cuando el conflicto con Felipe IV rebrotó, se mostró sumamente fuerte, nada inclinado a complacencias.

Camino hacia Anagni. En 1295, al crear la diócesis de Pamiers, el papa nombró, sin consulta previa, a Bernardo Saisset, preboste de los canónigos regulares de san Agustín. Saisset, que había chocado antes con el rey, se enfrentó al conde de Foix que, por cesión de Felipe IV, ejercía el patronato sobre Pamiers; apeló entonces al papa, profiriendo amenazas muy duras contra el conde. Frases imprudentes del obispo fueron causa de que se le detuviera, embargándose sus bienes (24 de octubre de 1301), y de que se le juzgara por un tribunal que presidía precisamente Flotte: los cargos eran insulto al rey, rebeldía, alta traición, simonía y herejía. La sentencia, condenatoria, fue comunicada al papa a fin de que éste pronunciara la degradación del obispo. Pero la respuesta de Bonifacio (5 diciembre 1301) fue contundente: Saisset tenía que ser puesto en libertad y reintegrado a su sede. Una bula, *Salvator mundi,* puso nuevamente en vigor la *Clericis laicos,* convocando a los obispos franceses a un sínodo que debía celebrarse en Roma el 1 de noviembre de 1302.

El papa envió al rey una carta, *Ausculta filii,* en que hacía exposición de los agravios que la Iglesia estaba recibiendo. Pedro Flotte la interceptó, sustituyéndola por otra, *Deum time,* redactada por él mismo. Esta falsificación, llamada a demostrar que el papa hacía injurias al rey, circuló conjuntamente con una supuesta réplica de Felipe IV, *Sciat máxima tua fatuitas,* en que se descendía al terreno de los insultos. En el fondo, la batalla se estaba planteando en

términos doctrinales. El papa invocaba para sí la supremacía espiritual única. El rey reclamaba un poderío «absoluto», esto es, sin limitaciones ni dependencias.

Los Estados Generales, con escasa asistencia de obispos, apoyaron decididamente a Felipe IV, refiriéndose a la *Deum time* como si se tratara de un documento auténtico. En consistorio de cardenales, Bonifacio denunció la falsificación, y mantuvo que él no trataba de imponer ninguna clase de vasallaje a Francia, sino de pedir cuentas a un cristiano, el rey, *ratione peccati.* Al sínodo de Roma asistieron 39 obispos franceses, desafiando la cólera de Felipe IV. Inmediatamente después se hizo pública la bula *Unam sanctam* (18 noviembre 1302), uno de los documentos más controvertidos y, al mismo tiempo, más claros, cuyo probable redactor fue el cardenal francés Mateo de Acquasparta, que utilizaba la doctrina teológica elaborada en el siglo xiii, incluyendo a santo Tomás de Aquino: siendo la salvación eterna el único verdadero fin de la existencia humana, quien resiste al vicario de Cristo resiste a Dios; y todo hombre, si quiere salvarse, debe someterse al obispo de Roma. Era por tanto una pretensión absoluta de someter la existencia al espíritu. Pero esto, para las nacientes monarquías en las que el «poderío real absoluto» incluía ambos aspectos, el temporal y el espiritual de la existencia, resultaba ya intolerable.

Acababa de morir Flotte en la batalla de Courtenay (11 julio 1302) y al lado de Felipe aparecía un nuevo personaje, Guillermo de Nogaret, cuyo protagonismo, desde que fuera establecido por R. Holtzmann *(Wilhelms vori Nogaret, Rat und Grossiegelbelwahrer Philipps des Schonen vori Frankreich,* Friburgo, 1898), no ha sido nunca discutido. Fue un gran daño para la causa de Bonifacio VIII que el cardenal Le Moine, a quien nombrara legado en Francia, se pasara al enemigo. El 12 de marzo de 1303 Nogaret presentó ante el consejo real, acusaciones formales contra el papa que coincidían con las que en 1297 formularan los Colonna, haciendo hincapié en la ilegitimidad y la herejía. Un concilio debía reunirse para juzgarle. El 13 de abril Bonifacio replicó fulminando la excomunión, pero su bula fue interceptada y nunca se dio a conocer. La acusación fue asumida por una asamblea general a mediados de junio, repitiéndose la apelación al concilio. Los clérigos que dirigidos por cistercienses y franciscanos osaron resistir, fueron encarcelados o desterrados. Una asamblea del clero (24 de junio 1303) se sumó a la acusación. Fue entonces cuando según R. Fawtier («L'attentat d'Anagni», *Mél. École Franq. á Rome,* LX, 1948, pp. 153-79), Nogaret, con sólo algunos acompañantes, emprendió el viaje a Roma para formular la acusación, citar a Bonifacio ante el concilio, y declararlo acusado bajo la protección del rey de Francia.

Los Colonna vieron llegada la hora de su venganza personal y prepararon un atentado más violento. Bonifacio, instalado en Anagni, había redactado la bula *Super Petri solio,* que excomulgaba a Felipe y desligaba a sus súbditos del juramento de fidelidad. Iba a ser publicada solemnemente el 8 de septiembre de 1303. Pero el día anterior Nogaret, con Sciarra Colonna (t 1329) y hombres armados, se apoderó de Anagni invadiendo el palacio. Bonifacio, revestido de

pontifical, desafió a sus acusadores mostrándose dispuesto a entregar su vida. Nogarel no se atrevió a llegar tan lejos. Los moradores de la ciudad, hasta entonces pasivos, tomaron las armas y liberaron al pontífice, obligando a los agresores a huir. Pero Bonifacio era ya un hombre acabado: regresó a Roma el 25 de septiembre y falleció el 12 de octubre.

Las reformas. Graves defectos se han achacado a Bonifacio VIII: soberbia y arrogancia, nepotismo y desprecio hacia sus colaboradores, excesiva preocupación por el enaltecimiento de su familia. Pero, al mismo tiempo, poseyó extraordinarias cualidades. Muchas de sus realizaciones permanecieron largo tiempo. Publicó una nueva colección de cánones, el *Líber Sextus*, promulgada el 3 de marzo de 1298 e incorporada a las Decretales de Gregorio IX. Fue en realidad la obra de una comisión dirigida por Guillermo de Mandagout, arzobispo de Embrun, formada por 108 decretos de los papas anteriores, 251 del propio Bonifacio y los cánones de los concilios de Lyon. Supo dar estructura jurídica a la posición de aquellos obispos cuyas sedes estaban en territorio hostil *(in partibus infideliuní)*, determinando que tendrían funciones espirituales pero no pastorales. Afirmó la inamovilidad de los obispos, estableciendo la norma de que se nombrara coadjutor, siempre con consentimiento del cabildo, en casos de enfermedad o ausencia prolongada. Reorganizó la Audiencia, formada por 14 jueces, en forma de Colegio *(Audientia sacri palatií)*, que entendían en todas las causas, civiles o penales, de la competencia de la Santa Sede. Mediante la bula *Super cathedram* (18 febrero 1300) reguló las relaciones entre los mendicantes y el clero secular: tendrían libertad de predicación en sus iglesias propias, pero necesitarían de la licencia del párroco para predicar en otras, y del obispo para confesar; aunque podían tener enterramientos, la tercera parte del llamado derecho de estola correspondería a la parroquia del difunto. Aunque los mendicantes protestaron, estas disposiciones han seguido vigentes hasta hoy.

Benedicto XI, beato (22 octubre 1303 - 7 julio 1304)

Un continuador. Aunque el ambiente en Roma estaba profundamente alterado por el enfrentamiento entre los Gaetani y los Colonna, el cardenal Mateo Rosso Orsini consiguió que se celebrara el cónclave, sin autorizar la entrada de los dos depuestos cardenales, Pedro y Jacobo, y que se hiciera una rápida elección unánime de Nicolás Boccasino, antiguo general de los dominicos y ahora cardenal obispo de Ostia. Nacido en Treviso en 1240, de humilde familia, ingresó muy joven en la orden de los Predicadores. Su lealtad a Bonifacio había sido causa de que éste le promoviera cardenal en 1298 y lo empleara como legado en Francia, y, sobre todo, en Hungría, defendiendo con calor, aunque sin éxito, las pretensiones de Carlos Roberto. De ahí nacía el agradecimiento de Carlos II, abuelo de aquel príncipe, cuyas tropas garantizaron el orden durante el cónclave. Los cardenales le eligieron porque iba a defender la memoria de Bonifacio VIII pero, al mismo tiempo, porque era un hábil negociador. Pronto sería acusado de debilidad, pero probablemente hizo la política que más convenía en aquellos momentos.

Escogió el nombre de Benedicto en memoria y honor de Bonifacio VIII (Benedetto Gaetani), y buscó de inmediato los medios de lograr una paz sin concesiones excesivas: dejó sin pronunciar la sentencia de excomunión contra Felipe IV y aceptó una reconciliación de los Colonna con la Iglesia, sin restituirles el capelo; volvió a establecer relaciones con Fadrique de Sicilia, renovando el compromiso de vasallaje y, con él, el abono del dinero de san Pedro; envió a Florencia al cardenal Nicolás de Prato a fin de propiciar la reconciliación de las facciones que fue acordada en una gran fiesta (17 marzo 1304), aunque en esta oportunidad cosechó un fracaso, ya que esta intervención sirvió únicamente para que los linajes relevantes de la parte güelfa, Donati, Tosingi, Médicis, tomaran represalias contra sus enemigos. En favor de Felipe IV pronunció la excomunión contra los rebeldes flamencos que causaran al rey la derrota de Courtrai.

Condena del atentado. Nada de esto sirvió para obtener el cambio deseado en las relaciones con Francia: se había adelantado a comunicar al rey su elección, y cuando Felipe respondió congratulándose, publicó la bula que le exoneraba de cualquier censura (25 de marzo de 1304), usando de la habilidad de hacerla extensiva a toda su familia. Prácticamente dejó sin efecto la *Clericis laicos* y otorgó al monarca los diezmos del clero correspondientes a dos años. De estas medidas de clemencia mantuvo sin embargo una excepción: Nogaret. Éste, por otra parte, seguía reclamando la convocatoria de un concilio que condenase al papa, pues sólo la sentencia contra Bonifacio le absolvería de toda culpa. Benedicto, tras haber consultado con sus cardenales, incrementados en tres puestos, todos de dominicos, decidió precisamente lo contrario. Llegado a Perugia, publicó la bula *Flagitiosum scelus* (7 de junio de 1304), condenando abiertamente a Nogaret, Sciarra Colonna y otros doce como responsables de una agresión contra el papa. Las espadas estaban de nuevo en alto cuando Benedicto murió exactamente un mes más tarde.

Clemente V (5 junio 1305 - 20 abril 1314)

Un papa angevino. Los cardenales, que se reunieron en Perugia se hallaban dividios en dos sectores perfectamente igualados: los partidarios de Bonifacio, dirigidos por Orsini, Stefaneschi y Pedro Hispano, querían alguien que defendiese su memoria; los otros buscaban una reconciliación a toda costa con el rey de Francia. Once meses se prolongaron los debates hasta que en un extraño cambio de actitud Nicolás Orsini propuso un nombre que podía servir de compromiso: Bertrand de Got, nacido hacia 1260 en Villandraut (Gironde), hermano del cardenal-arzobispo de Lyon, Berard; se trataba de uno de los 39 obispos que, sin atender a las prohibiciones reales, asistieron al sínodo de Roma, en noviembre de 1302. R. Guillemain *(La Cour pontificale d'Avignon, 1309-1376. Étude d'une société,* París, 1962), estudiando las relaciones familiares, ha desvelado con claridad una maniobra tendente, en la opinión del cardenal napolitano, a imponer la influencia angevina sobre la Iglesia y en definitiva sobre Italia. Inteligente, indeciso y débil, Clemente V acabaría cayendo bajo la

abrumadora influencia de Felipe IV. Es falsa, sin embargo, la noticia que transmite Villani, de que se hubiera celebrado una entrevista del rey con el nuevo papa antes de la elección. El 5 de junio de 1305, Bertrand de Got obtuvo exactamente los dos tercios de los votos.

Abandona Roma. Deliberadamente escogió Clemente para su consagración la catedral de Lyon. Fue después de la ceremonia cuando por primera vez se entrevistó con Felipe IV. Signos de mal agüero se registraban, pues durante aquélla, el 14 de noviembre, se había derrumbado una pared causando la muerte de varias personas, entre ellas el duque de Bretaña, heridas a otras cuantas, entre las que se contaba Carlos de Valois, y contusiones al propio papa, derribado del caballo. Prometió a Felipe no regresar todavía a Roma e incrementar la influencia francesa en el gobierno de la Iglesia. Inmediatamente creó diez cardenales, todos franceses, menos uno, inglés, asegurando así la mayoría nacional de sus compatriotas: Pedro y Jacobo Colonna se vieron completamente rehabilitados. La decisión de no retornar a Roma suscita debates entre los historiadores; una versión, en cierto modo «oficial», pretende que las condiciones de anarquía reinante se lo impedían. Pero a esto se opone el hecho de que Bonifacio VIII había conseguido establecer disciplina, la cual necesitaba de la presencia física del papa para perdurar.

Cronistas, literatos e historiadores italianos descalificaron esta ausencia de Roma que habría de durar setenta años, llamándola «cautiverio de Babilonia». Sin duda se trata de una versión nacionalista y en parte exagerada; de hecho, hacía mucho tiempo que los papas no residían en la Ciudad Eterna, sino en otros lugares del Patrimonio. G. Mollat *(Les Papes d'Avignon,* París, 1912, 1920, 1950), en un excelente trabajo, señala cómo fue precisamente durante la estancia en Avignon —dejando aparte al propio Clemente— cuando se efectuó la gran transformación de la curia que convertiría a ésta en arquetipo de organización. Otro error que se comete es considerar Avignon como la ciudad francesa —actualmente lo es—, pues la ciudad era un enclave del condado Venaisin, en poder de los Anjou, siendo éstos vasallos del papa. Constantemente tuvieron conciencia de que no estaban habitando tierra extraña. E. Dupré-Theseider (/ *Papi di Avignone e la questiones romana,* Florencia, 1939) llama justamente la atención sobre el círculo vicioso: el papa no regresaba a causa del desorden y sólo su presencia podía conjurarlo. Cada año el retorno se tornaba más difícil.

Proceso contra Bonifacio. Clemente deambuló por varios lugares, Cluny, Nevers, Burdeos, Poitiers y, durante un corto tiempo, residió en el convento de los dominicos de Avignon. Durante seis años Felipe IV hizo pesar sobre él la amenaza del proceso contra Bonifacio. Nogaret era el principal interesado en la condena. De esto se trató en la conversación de Lyon y en otra posterior, de abril de 1307, en Poitiers. Clemente no se atrevió a oponerse: intentaba ganar tiempo para despejar la tormenta. Existen documentos que permiten conocer cuáles fueron las exigencias francesas: anulación de todas las medidas tomadas contra los responsables del atentado de Anagni; casación de todos los actos de

Bonifacio VIII; exhumación de los restos de éste para someterle a juicio de un concilio; e indemnización a los Colonna. El papa nombró una comisión de seis cardenales que se dedicó a perder el tiempo. Pero en 1308 las presiones se hicieron más fuertes y se mezclaron ya con las denuncias contra los templarios: Felipe estaba reclamando que el papa fijara en Francia su residencia por ser éste el reino más importante y cabeza de la cristiandad. Al final, Clemente hizo una concesión: incoaría el proceso si los acusadores presentaban sus testimonios contra Bonifacio en Lyon en la Pascua de aquel año.

Las nieves estorbaron la comunicación y hubo un nuevo plazo hasta la Cuaresma de 1310. Entonces apareció el acusador, que era Guillermo de Nogaret, actuando como defensores Francesco Gaetani y Jacobo Stefaneschi. Duraron los debates entre el 16 de marzo y el 13 de mayo de 1310; los acusadores, aludiendo a los graves delitos de Nogaret que estaba excomulgado —sentencia que Clemente confirmó—, consideraron sus testimonios inaceptables. Se pasó entonces al examen de los documentos escritos, ganándose más tiempo. A pesar de que el 3 de julio de 1310, Felipe IV protestaría de la lentitud de los debates, el ritmo nunca se alteró. Fueron nombradas dos comisiones para interrogar a los testigos, una en Francia, la otra en Roma. Sorprende a los historiadores, hoy, comprobar la facilidad con que se afirmaban cosas absurdas e increíbles. Concluyeron las sesiones de noviembre y diciembre de este año sin que se llegara a resultado alguno.

Enrique VII emperador. Habían surgido entre tanto complicaciones políticas. La rebelión de Flandes, indomada, obligaba a Felipe a moderar sus ímpetus. Sobre todo, según Karl Wenck *{Clemens V und Heinrich VIL Die Anfange des franzosischen Papsttums*, Halle, 1882), fue la aparición de un nuevo emperador la que permitió el cambio. Cuando en 1308 Alberto I de Habsburgo murió asesinado, el papa se negó a patrocinar la candidatura de Carlos de Valois como quería el rey. Fue elegido Enrique de Luxemburgo, amigo de Francia, hermano del arzobispo de Tréveris, muy dispuesto sin embargo a restablecer el prestigio del Imperio. Su viaje a Italia, para recibir la corona, suscitó probablemente el entusiasmo de Dante Alighieri (1265-1321) en su *De Monarchia*, que reflejaba las esperanzas gibelinas. Fue coronado en Roma por tres cardenales, entre ellos Jacobo Stefaneschi, que tenía un plan para la pacificación de Italia que se apoyaba en el matrimonio de una hija del emperador con Roberto de Nápoles (1309-1353), que recibiría Arles. Durante la ceremonia de la coronación (29 de junio de 1309), tropas napolitanas guardaron el orden en la ciudad. Pero cuando Enrique de Luxemburgo exigió de Roberto que renunciara a sus funciones de vicario porque había sido nombrado por el papa y no por el emperador, las relaciones se rompieron. Reanudada la lucha, Clemente cedió a las presiones francesas, colocándose al lado de Roberto. La prematura muerte de Enrique (24 de agosto 1313) permitiría la publicación de la bula *Pastoralis cura* en que se sostenía la tesis de que vacante el trono al papa correspondía el nombramiento de los vicarios en Italia. Mediante ella se legitimaban los poderes de Roberto de Anjou.

De todas formas, como señalara G. Lizerand *(Clément V et Philippe le Bel,* París, 1910), los términos se habían invertido y era ahora el rey quien necesitaba del papa. En abril de 1311, aconsejado por Enguerrando de Marigny, Felipe IV escribió a Clemente una carta, en términos conciliatorios, en que se mostraba dispuesto a renunciar al proceso contra Bonifacio a cambio de importantes compensaciones: convocatoria de un concilio a celebrar en Francia para tratar del problema de los templarios; perdón a Nogaret y los demás responsables de Anagni; reparaciones a los Colonna; canonización de Celestino V. Clemente cedió, imponiendo dos matizaciones: a Nogaret se señaló como penitencia el traslado a Tierra Santa para permanecer allí; y la canonización del papa Angélico se hizo el 5 de mayo de 1311 a título de Pedro del Morrone, confesor de la fe, no mártir como el rey reclamaba. El 27 de abril de 1311 se cerraba definitivamente este aspecto mediante la bula *Rex gloriae,* en que se alababa el celo exquisito con que procediera el rey.

La víctima: los templarios. Pocas dudas quedan de que en el turbio asunto de los templarios intervino la codicia, la misma que en 1306 había dictado la expulsión de los judíos de Francia impidiéndoles disponer de sus bienes. H. Finke *{Papsttum und Untergang des Templeordens,* 2 vols., Münster, 1907), tras un análisis muy riguroso, llegó a la conclusión de que las acusaciones que se manejaron eran falsas. Debe establecerse alguna relación entre la caída de Acre en 1291 y el proceso contra la orden. En un memorial de Pedro Dubois dirigido a Felipe IV se habla de la cruzada como de un medio para asegurar la hegemonía francesa en Oriente y, por primera vez, se insinuó la confiscación de los bienes de la orden, al tiempo que un impuesto sobre las herencias de los clérigos como un medio de reunir los fondos necesarios. En 1305, Esquiu de Floyran y otro caballero templario presentaron atroces denuncias contra la orden; como Jaime II de Aragón no quiso recibirlas, acudieron con ellas a Felipe IV. El maestre Jacques de Molay (1243-1314) reclamó un juicio en toda regla a fin de que se estableciera la verdad, pero la respuesta fue, bruscamente, su detención y la de todos los caballeros templarios en Francia el 13 de octubre de 1307. Felipe, utilizando a Guillermo Imbert de París, inquisidor general, y a los tribunales de algunas diócesis, sometió a muchos de los presos a tortura, obligándoles a declarar crímenes terribles: hechicería, homosexualidad, injurias al crucifijo, sacrilegio y cuantos horrores puedan imaginarse. Clemente V, informado de cómo se estaba procediendo, trató de detener la iniquidad suspendiendo a los jueces en conjunto de sus funciones e invocando la causa ante la curia. Pero la habilidad del rey consistió en llevar la acusación no contra la orden como un conjunto, sino contra los individuos, uno por uno, que quedaban dentro de la jurisdicción episcopal.

Entre los días 26 de mayo y 20 de julio de 1308, el rey y el papa estuvieron juntos en Poitiers. Guillermo de Plaisians se encargó de presentar el testimonio de 72 templarios que, bajo tortura ciertamente, acusaban a la orden de los crímenes que se la imputaban. Ante esta evidencia, Clemente retrocedió disponiendo que se abriesen dos procesos inquisitoriales: en cada diócesis para los

simples caballeros, y en la curia para el maestre y los altos dirigentes de la orden. Esta última, presidida por tres cardenales, se instaló en París, y entre el 9 de agosto y el 26 de noviembre de 1309 procedieron a los interrogatorios. Pero entonces Jacques de Molay y sus compañeros rechazaron las confesiones, declarándose inocentes: uno de los caballeros, Ponsard de Gisi, alegó que todo era producto de una falsificación bajo tortura cuando la víctima ni siquiera sabe 10 que se le atribuye. Entre tanto, en algunas diócesis, como Sens, donde era obispo Felipe de Marigny, hermano de Enguerrando, comenzaron las ejecuciones por muerte en la hoguera.

Concilio de Vienne. En tales circunstancias no quedaba otra solución que la de recurrir al concilio, que se inauguró en Vienne el 1 de octubre de 1311. Aunque figura entre los ecuménicos, la convocatoria no fue universal: se redactó una lista de 231 obispos, de los cuales Felipe IV tachó 66 nombres. Al final asistieron alrededor de 170. Paralelamente, el rey de Francia convocó a sus Estados Generales para hacer presión sobre la asamblea. A pesar de estas precauciones, con gran disgusto del monarca, y temor de Clemente y sus cardenales ante posibles represalias francesas, el concilio se inclinó en favor de la tesis de que la orden pudiera defenderse en forma debida. Enguerrando de Marigny propuso entonces la solución jurídica de que la extinción del Temple se hiciera por decisión directa del papa; tal fórmula fue aceptada en la sesión segunda del concilio (3 abril 1312). Allí mismo fue leído el decreto *Vox clamantis* que el papa firmara el 22 de marzo. El argumento empleado fue que, estando difamada la orden, nadie querría ya ingresar en ella y era preferible su disolución. La bula *Ad providarn,* de 2 de mayo de 1313, hizo una excepción con España, donde los caballeros no fueron acusados y pasaron a integrarse con sus bienes en otras órdenes, pero dispuso que las propiedades del Temple pasaran a la caballería del Hospital de San Juan de Jerusalén. Esta bula no se cumplió: Felipe IV confiscó los bienes alegando los gastos que había asumido para establecer la verdad. Jacques de Molay y los caballeros que se negaron a reconocer su culpa fueron quemados en la hoguera. En Italia, Alemania, Inglaterra, Portugal y Castilla se mantuvo oficialmente la tesis de la inocencia de la orden.

Sobre el concilio pesaba la abrumadora influencia francesa, pero fuera de él, como hemos visto en las relaciones con el emperador, el papa gozaba de bastante independencia. Clemente V mantuvo muy buenas relaciones con Eduardo I de Inglaterra, apoyándole incluso frente a Roberto de Winchelsea, arzobispo de Canterbury, y obligando a este último a reconciliarse con el rey. También formuló reservas espirituales sobre los rebeldes de Escocia. Hizo la guerra a Venecia hasta obligarla a reconocer los derechos pontificios sobre Ferrara. Por primera vez en 1306 se percibieron anatas sobre los beneficios vacantes en Inglaterra, Escocia e Irlanda, recortando unos ingresos que antes recaían en el Tesoro real. Los ingresos anuales de la Cámara, pese a faltar las rentas del Patrimonio, se incrementaron hasta alcanzar los 190.000 florines de oro. La contabilidad, llevada por medio de un *Líber tam de secretis receptis quam expensis,* se hizo muy minuciosa. El defecto era que gran parte de los ahorros conseguí-

dos (había un superávit de 25.000 florines al año sólo en los gastos ordinarios) iban a parar a los bolsillos de los parientes.

Otras muchas cuestiones se trataron en el concilio. Los españoles insistieron en que el esfuerzo de cruzada se volcase sobre Granada. Enrique de Lusignan presentó un proyecto de bloqueo sobre Egipto para arruinar su comercio, empleando además su isla de Chipre como base para la conquista de territorios en este país. Nogaret, por su parte, presentó un plan: todos los recursos económicos para el sostenimiento de la cruzada debían ingresar en las arcas del rey de Francia, ya que Felipe IV estaba destinado a ser el jefe de esta cruzada. Por vez primera Ramón Llull consiguió que, en medio de estas fantasías militares, se aprobase un proyecto de creación de cátedras de hebreo, árabe y caldeo en París, Oxford, Bolonia y Salamanca, a fin de disponer de misioneros preparados. Como resultado final de los debates se acordó un diezmo sobre todas las rentas eclesiásticas durante seis años a fin de constituir el fondo preciso: pero esa renta, prolongada por el papa otros cinco años, en el caso de Francia, fue entregada a Felipe IV. Ambos ingresos, bienes del Temple y subsidio de cruzada, significaron un considerable beneficio para el rey.

Pobreza. Aunque se acumularon abundantes materiales en relación con la reforma de la Iglesia, no llegaron a adoptarse disposiciones. El principal problema en este aspecto lo constituían los enfrentamientos en el seno del franciscanismo, elevados al rango de doctrina por Pedro Juan Olivi. Dos constituciones de la misma fecha, 6 de mayo de 1312, la *Fidei catholica fundamento* y la *Exivit de paradiso,* trataron de hallar una solución. Se exigía a los franciscanos el mantenimiento estricto de la norma de pobreza, pero mitigando ésta de tal forma que les fuese permitida la posesión de bienes y no la propiedad. Se evitó pronunciar censura sobre Olivi, pero se afirmaron algunos puntos de doctrina que éste discutía: el costado de Cristo no fue abierto hasta que se produjo su muerte; la sustancia racional del alma es la verdadera forma del cuerpo humano; los efectos del bautismo son iguales en los adultos y en los niños. El papa dispuso que los decretos conciliares y sus propias disposiciones se incorporaran a las Decretales con el nombre de clementinas.

Juan XXII (7 agosto 1316 - 4 diciembre 1334)

Persona y obra. Noel Valois («Jacques Duése, Pape sous le nom de Jean XX», *Hist. Lit. de la France,* 34, 1915) sigue siendo nuestra guía fundamental para el conocimiento de este controvertido papa, sin duda el más importante de cuantos residieron en Avignon. Para José Orlandis *(El pontificado romano en la historia,* Madrid, 1996), dos fueron las decisiones importantes: haber escogido una residencia permanente que, en medio del condado Venaisin, le garantizase su libertad; y haber establecido un sistema recaudatorio que libró al pontificado de las variables rentas tradicionales, decisivamente afectadas por la recesión del siglo xiv. Como reverso de la medalla aparecen las acusaciones contra su concupiscencia, que aprovecharon los enemigos del pontificado, y el desarrollo de un fuerte espíritu laico en las monarquías.

Los cardenales se reunieron en Carpentras, donde muriera Clemente V. Formaban tres partidos: diez gascones, siete italianos y seis franco-provenzales; era imprescindible un pacto con los gascones para asegurar la mayoría absoluta. Mientras se producían debates aparecieron tropas armadas que expulsaron a los italianos y entonces los demás se dispersaron (julio de 1314). Pasaron dos años de tercas negociaciones en que desempeñó un papel importante Felipe de Poitiers, hermano y sucesor de Luis X de Francia (1314-1316), antes de que pudieran reunirse nuevamente los cardenales, esta vez en Lyon. Fue entonces cuando Napoleone Orsini, Jacobo Stefaneschi y Francesco Gaetani negociaron con los otros grupos la candidatura del cardenal obispo de Porto, antiguo prelado de Avignon, Jacques Duése, de 72 años y mala salud, pensando en un pontificado de tránsito. En la práctica viviría hasta cumplir 90 años.

Nacido en Cahors, de familia burguesa, discípulo de los dominicos y, después, de la Facultad de Derecho de Montpellier, hablaba mal el francés y por eso prefería expresarse en latín o en provenzal. Canciller de Carlos II y después de Roberto de Nápoles, debía a los angevinos mucha parte de su carrera política. Demostró una gran energía y buena experiencia. Afirmó que su intención era volver a Roma, pero supeditado este propósito al logro de una Italia güelfa pacificada, en la que el papa pudiera residir con libertad, y este objetivo sólo podían lograrlo los angevinos. Por eso confirmó a Roberto como vicario, entregándole plenos poderes. Mientras llegaba el momento, se instaló en el palacio episcopal de Avignon, que en otro tiempo ocupara, ocupándose de que se realizaran obras que le permitiesen instalar la curia. Creó 28 cardenales de los que 23 fueron franceses y muchos parientes suyos. Comenzaba, pues, un nepotismo a gran escala.

Las rentas. Autoritario por naturaleza, los 65.000 documentos conservados en los registros aviñonenses nos revelan su enorme capacidad de trabajo. Encontró la Cámara agotada (sólo había 70.000 florines, de los que la mitad correspondían a los cardenales, del millón largo que Clemente V hubiera debido ahorrar) y de ahí la decisión de ejecutar una reforma a fondo. La caída en vertical de las rentas había provocado una tendencia a la acumulación de beneficios como medio de conservar los ingresos; Juan XXII, por la bula *Execrabais* (19 de noviembre de 1317), prohibió que una misma persona tuviera más de dos, al tiempo que reivindicaba para la Santa Sede todos los nombramientos de obispos que de este modo tenían que pagar anatas con gran beneficio para la Cámara apostólica. Muchas diócesis excesivamente grandes fueron divididas, mientras que otras veían modificados sus límites a fin de equilibrar los rendimientos. En 1319 se decretó también una reserva completa de todos los beneficios menores por un plazo de tres años. Las annatas fueron unificadas en todos los casos, respondiendo a los ingresos calculados de un año, y se compiló un sistema de nuevas tasas para las concesiones de la curia. Al lado de esta reordenación hemos de colocar la recopilación definitiva de los acuerdos del Concilio de Vienne, la transformación de la orden de la Merced en puramente religiosa, siendo en su origen de caballería (1318) y las me-

didas disciplinarias acerca de las beguinas. En 1323 canonizaría a santo Tomás, poniendo de este modo término a los ataques que se dirigían a su doctrina.

Extremo Oriente. Influido por los dominicos, Juan XXII mostró una clara preocupación por los países de Oriente, en donde los predicadores habían comenzado a actuar. Creó dos obispados, uno en Sultaneih, con facultad para crear otros seis sufragáneos, a fin de reorganizar la comunidad cristiana en Persia e Iraq, y el otro en Quilon (Colombo), punto de encuentro para los mercaderes que iban de Arabia al Extremo Oriente; ambos fueron encomendados a dominicos. En 1330 regresó Ordorico de Podernone, que había permanecido tres años en Kanbalig (Pekín) y dio cuenta de la excelente acogida que le dispensaran los mongoles. Todo esto, que despertó grandes esperanzas, no duraría mucho tiempo: la reacción Ming y, luego, la conversión de Tamerlan al Islam, arrancarían las efímeras raíces. Pero quedó en pie la tensión de buscar un camino que permitiera el retorno a China y a Japón. Los reyes de Armenia y de Chipre pidieron al papa ayuda contra el Soldán de Babilonia y, en 1334, se dispuso una nueva cruzada. Francia, Navarra, Bohemia y Venecia contribuyeron a armar una flota que derrotó a los mamelucos ganando un corto respiro para las posiciones cristianas en el Oriente mediterráneo.

La cuestión de los «espirituales». Fue especialmente grave el enfrentamiento con los espirituales franciscanos. Las predicaciones del dominico Gerardo di Borgosandonino y de Pedro Juan de Olivi, inyectaron en ellos las doctrinas milenaristas de Joaquim de Fiore que anunciaban que muy pronto la Iglesia de los clérigos y de los obispos sería sustituida por una nueva, la de los espirituales pobres. En 1316, Miguel de Cesena, recientemente elegido general de los franciscanos, ordenó a los espirituales reintegrarse a la que se dominaba a sí misma como la Comunidad. Los espirituales, fuertes especialmente en Narbona y Beziers, se resistieron. El papa ordenó a Ubertino de Casale y a Angelo Clareno, que aparecían como jefes de la resistencia, para que compareciesen ante él. El 11 de mayo de 1317 fueron 64 los espirituales que acudieron a Avignon pidiendo ser oídos. Juan XXII los trató con dureza, conminándolos a someterse a la Comunidad. Fue en este momento cuando, despectivamente, les calificó de *fratricelli.* Bernard Delicieux fue preso, Angelo Clareno, absuelto de excomunión, pasó a los Celestinos, y a Ubertino da Casale, que contaba con la protección del cardenal Colonna, se le conminó para que se hiciera benedictino. La bula *Quorumdem exigit* (7 de octubre de 1317) declaró que la virtud de la obediencia estaba por encima de la de la pobreza y conminó a los espirituales a cesar en su disidencia. Al mismo tiempo se denunciaban los errores doctrinales que estaban defendiendo.

Las circunstancias en el Imperio, tras la muerte de Enrique VII, favorecían los proyectos del papa: una doble elección, entre Luis de Baviera (1314-1347) y Federico de Austria, había conducido a Alemania al borde de la guerra civil. Juan XXII recabó para sí el derecho de pronunciar el juicio arbitral; mientras tanto, prohibió que se obedeciera a otro vicario imperial que el nombrado por

él, Roberto de Anjou. Pero desconfiando de la capacidad de este **último** para llevar a cabo la tarea de imponer en Italia la unidad güelfa, decidió conferir a su pariente Bertrand de Pouget plenos poderes como legado en Lombardía, con instrucciones de derribar a los «tiranos», es decir, a los gobernantes gibelinos: entre éstos eran los más relevantes los Visconti. En un primer momento Federico de Austria intentó prestar ayuda a los güelfos, socorriendo a Brescia, pero muy pronto los Visconti le convencieron de que estaba favoreciendo a los enemigos de los alemanes.

En 1321 un franciscano, Berengario de Tolón, apoyándose en un decreto de Nicolás III, afirmó que era dogma de fe que Cristo y los apóstoles no habían tenido propiedad alguna. El papa, en su bula *Quia nonnumquam* (26 marzo 1322), aclaró que la decretal alegada era ambigua, que se trataba de una cuestión sujeta a debate y que no podía darse aún por definida. Era un asunto muy grave, pues los extremistas que invocaban esta doctrina apuntaban a un objetivo de largo alcance: que la Iglesia jerárquica tuviera que despojarse de todos sus bienes, incapacitándose para la acción. Los franciscanos habían acudido a una curiosa fórmula que les permitía el usufructo de bienes cuyos titulares eran los llamados «procuradores». Cuando el capítulo general de la orden, reunido en Perugia, declaró que la pobreza absoluta de Cristo era doctrina correcta (4 de junio de 1322), el papa se sintió herido en su dignidad y traicionado por Miguel de Cesena, que presidía el mencionado capítulo: la bula *Ad conditorem canonum* (8 de diciembre de 1322) retiró a los procuradores, obligando a la orden a asumir la plena propiedad de todos sus bienes.

Fray Bonagratia de Bergamo se colocó al lado de Miguel de Cesena en esta ocasión. Tomó sobre sus hombros la responsabilidad de visitar a Juan XXII, tratando de convencerle (14 de enero de 1323), y fue detenido por desobediencia. El papa tuvo de inmediato un gesto de condescendencia: permitió que la Iglesia asumiera la propiedad de los inmuebles y objetos de culto de los franciscanos. Demasiado tarde: los ánimos estaban muy soliviantados y las concesiones podían afectar al principio de autoridad. Cuando la bula *ínter nonnullos* (12 noviembre 1323) declaró herética la doctrina de la absoluta pobreza, surgió entre los franciscanos un movimiento de rebelión y a él se sumó Guillermo de Ockham (1290-1349), el gran filósofo fundador del nominalismo.

Excomunión de Luis de Baviera. A esta contienda vino a sumarse Luis de Baviera, convertido en único emperador tras su victoria de Mühldorf, en que Federico de Austria quedó prisionero. Reclamó del papa el reconocimiento, pero mezclaba esta demanda a una invocación de los derechos imperiales sobre Italia. Sin esperar el resultado de esta negociación, hizo que sus tropas intervinieran decisivamente en la ruptura del cerco de Milán (1323), derrotando estrepitosamente a Bertrand de Pouget. Estas tropas estaban mandadas por Bertoldo de Neifen. Lleno de cólera, el papa prohibió el 8 de octubre de 1323 que se prestara obediencia a Luis, al que calificaba únicamente de «electo», insistiendo en que la legitimidad sólo podía darla él mismo. Los franciscanos rebeldes comenzaron a agruparse en torno suyo.

El 23 de marzo de 1324 Juan XXII pronunció la excomunión del emperador. Éste, que había recibido previamente el apoyo de la Dieta de Nurenberg (los príncipes consideraban intolerable la ingerencia del papa), convocó una importante reunión en la capilla de los caballeros de Sachsenhausen, cerca de Frankfurt. En ella se redactó un manifiesto al que se incorporaron las protestas de los franciscanos. Entre otras muchas cosas se reclamaba en él la convocatoria de un concilio que juzgase al papa como culpable de herejía al rechazar el dogma de la absoluta pobreza de Cristo. El 11 de julio, rememorando a Gregorio VII, el papa prohibió, bajo severas penas espirituales, que los súbditos alemanes prestaran obediencia a Luis. A toda prisa, el emperador liberó a Federico de Habsburgo y se reconcilió con él y con su hermano, cediéndoles la administración de extensos territorios. De este modo se dio un paso decisivo para la consolidación de la Casa de Austria.

«Defensor Pacís». Comenzaron a faltar apoyos a Juan XXII. El capítulo general de la orden franciscana, reunido en Lyon en Pentecostés de 1325, reiteró su obediencia al pontífice, pero se negó a relevar a Miguel de Cesena en el generalato. Juan XXII, que retenía aún a Bonagracia, ordenó a Cesena y a Ockham que fuesen a Avignon para responder de sus doctrinas. También fueron detenidos. Luis de Baviera había descendido a Italia para recibir en Milán (31 de mayo de 1327) la corona de hierro de los lombardos de manos de un obispo, el de Arezzo, que estaba excomulgado. Desde aquí marchó sobre Roma, en estrecha alianza con Sciarra Colonna, que había conseguido expulsar a la guarnición napolitana. El 17 de enero de 1328, tras haber recibido en San Pedro la unción de manos de dos obispos que carecían de poderes, subió al Capitolio, donde en una ceremonia laica fue proclamado emperador. La vieja Roma de los Césares intentaba resucitar: un sueño que la ausencia del papa propiciaría durante algunos años.

En la noche del 26 al 27 de mayo de 1328, Miguel de Cesena, Bonagracia de Bergamo y Guillermo de Ockham, huyeron de Avignon y se incorporaron en Pisa a la corte de Luis de Baviera, que regresaba de Roma. Allí encontraron a Jean de Jandun, antiguo rector de la Universidad de París y autor, con otros colaboradores, de una obra, *Defensor Pacis,* destinada a una profunda repercusión. Se iniciaba una ruptura llamada a terribles consecuencias. Como G. de la Garde *{La naissance de l'esprit laique au declin du Moyen Age.* II: *Marsile de Padouse ou la premier théoricien de l'Etat laique,* París, 1934) ha señalado con precisión, se estaban sentando las bases de la modernidad: el poder temporal que, en su grado máximo, corresponde al emperador, es independiente de cualquier otro y no reconoce superior; es, en consecuencia, absoluto; la fe se encuentra en las Escrituras, sólo en ellas, y tan sólo el concilio puede interpretarlas. A esta doctrina añadía Ockham que en el papa reconocía dos condiciones, la de vicario de Pedro, que plenamente le correspondía, y la de vicario de Cristo, que constituía tan sólo una usurpación. Pues el poder de los pontífices se extiende únicamente al culto, los sacramentos y los otros medios que conducen a la salvación. Fuera de esto, todos los demás poderes corresponden al

emperador, y en su nivel debido a los reyes. El *Defensor Pacis* declaraba falso el principio de que toda autoridad tuviese origen divino, ya que ésta es consecuencia de que los hombres forman comunidades. La Iglesia es, tan sólo, una de estas comunidades, sociedad humana que el papa preside como una especie de *primiis inter pares,* que coincidía con la forma en que san Pedro recibiera su mandato.

La respuesta a esta doctrina, que iniciaba el proceso hacia la fractura de la Iglesia, fue dada por un franciscano gallego, Alvaro Pelayo (N. Jung, *Un franciscain théologique du pouvoir pontifical au XIV siécle: Alvaro Pelayo, évéque et pénitencier de Jean XXII,* París, 1931) y por Agostino de Ancona, denominado Trionfo: en sus obras respectivas, *De statu et planeta Ecclesiae y Summa potestate,* defendieron la tesis tradicional en la Iglesia: es cierto que el poder entregado plenamente por Cristo al papa es de naturaleza espiritual, pero precisamente por eso el poder temporal se le encuentra sometido, ya que el espíritu desborda en todos los aspectos a la materia.

Antipapa Nicolás. Luis de Baviera intentó crear un antipapa escogiendo al franciscano Pedro Rainalducci. Era, sin duda, una persona de poca importancia, que a veces ha sido duramente calificado. Había ingresado en el convento de Aracoeli en Roma después de abandonar a su esposa, tras cinco años de matrimonio. Fue elegido por una comisión de 13 clérigos el 12 de mayo de 1333 y coronado por el propio emperador el 22 de mayo. Designó seis cardenales, organizando una minúscula curia. Ockham y Cesena se aprestaron a sostenerle. Mientras tanto, Juan XXII había conseguido que el Capítulo general de los franciscanos accediera a elegir un nuevo general, Geraldo Odón. Ahora todos, antipapa, rebeldes franciscanos, partidarios de Luis, se volvieron contra el papa y contra el superior de la orden: se estaba llegando al más absurdo de los contrasentidos, como señala J. Lotz *(Der unvergleichliche Heilige,* Dusseldorf, 1952), pues se estaba invocando la memoria del santo fundador, el *poverello* obediente de Asís, para practicar un acto de desobediencia al papa. La minoría disidente generaría un grupo cada vez más sumido en el error. La mayoría, en cambio, privada de quienes debieran haber sido sus guías rigurosos, entraría por el camino de la tibieza y las concesiones: únicamente treinta o cuarenta años más tarde la «observancia» emprendería el camino de la reconstrucción.

El antipapa llamado Nicolás V no permaneció mucho tiempo en Roma: salió detrás de Luis de Baviera cuando éste abandonó la ciudad (4 de agosto de 1328). Tras apoderarse de los tesoros de la iglesia de San Fortunato en Todi, a fin de aprovisionarse de recursos, se reunió en Pisa con el emperador. Aquí los rebeldes trataron de fortalecerle: montaron en la catedral una ceremonia de deposición de Juan XXII, utilizando un muñeco al que revistieron con ornamentos papales para despojarlo después. Luis no pudo permanecer mucho tiempo allí y se dirigió al norte de Italia. Entonces Nicolás V, perdida su causa, se refugió en Burgaro y entró en negociaciones con el papa para alcanzar su perdón. Juan XXII se mostró muy generoso: le ofreció una pensión anual de 3.000 flo-

rines, y cumplió su palabra. Hasta su muerte, Rainalducci viviría en unas habitaciones del palacio de Avignon, en libertad.

Supuesta «herejía». Aunque se ejercieron fuertes presiones sobre el papa para lograr su reconciliación con Luis de Baviera, Juan se negó. Intervino entonces en el conflicto Juan de Bohemia (1311-1346), hijo del emperador Enrique VII, que levantó la bandera del güelfismo, buscando una alianza con el rey de Francia (Fontainebleau, enero de 1332), al que llegó a prometer la entrega del reino de Arles si lograba el triunfo de sus planes. Estos consistían en convencer a Luis de que abdicara en su hijo Enrique de Baviera, que era precisamente el yerno de Juan. Luis estuvo a punto de aceptar, pero ni Roberto de Anjou ni los güelfos, que veían en la intriga un tortuoso medio para que Juan de Bohemia se convirtiera en rey de Lombardía, se mostraron dispuestos a consentirlo. Algunos cardenales, entre ellos Napoleone Orsini, se distanciaron del papa convencidos de que se trataba de un error político. Además, en este momento, 1332, estalló el escándalo cuando Juan XXII, advirtiendo que se trataba de una opinión personal, que a nadie obligaba, sostuvo que las almas de los muertos no gozan de la plena visión de Dios hasta que no llega el Juicio Universal. Todas las escuelas de teología, comenzando por la de París, que era la de más prestigio, alzaron voces de protesta. El papa aclaró en seguida (18 de noviembre de 1333) que él no había querido decir que fuese doctrina segura, sino solamente que era una cuestión que convenía debatir. Y luego retiró su tesis. Demasiado tarde. Los espirituales franciscanos afirmaron que el papa había sostenido dos doctrinas heréticas: una en relación con la pobreza de Cristo, la otra en cuanto a la visión beatífica. El pontífice podía, en consecuencia, ser un hereje como cualquier otro hombre.

Benedicto XII (20 diciembre 1334 - 25 abril 1342)

La persona. Siete días duró esta vez el cónclave. Una noticia sin confirmar, aunque muy significativa, pretende que el cardenal de Comminges no fue elegido porque rechazó un compromiso de no volver a Roma. Fue designado entonces un languedociano de alrededor de cincuenta años, Jacques Fournier, nacido de una familia sencilla en Saverdun, cerca de Toulouse, monje cisterciense desde su niñez, al cuidado de su tío que era abad de Fontfroide, cerca de Narbona. Maestro de teología por la Universidad de París y sucesor de su pariente en la abadía, fue obispo de Pamiers (1317), Mircpoix (1326) y cardenal de Santa Prisca (1327), sin abandonar el hábito y las costumbres cistercienses. Como obispo se había distinguido en la persecución a los herejes, hasta convertirse en un experto del procedimiento inquisitorial, aunque prefería la reconciliación y no la condena de los acusados. Juan XXII le había utilizado como su principal colaborador en cuestiones teológicas.

Líneas fundamentales del pontificado. Muchos de los debates que se han producido en torno a su política, han sido despejados por la obra de J. Koch *(Der Kardinal Jacques Fournier (Benedikt XII) ais Gutacher in theologischen Prozessen: Die Kirche und ihre Ámter und Stande,* Colonia, 1960) y por la

exhaustiva publicación de sus cartas. Su primera declaración doctrinal fue para declarar que los niños y los que nada tienen que purgar entran directamente en el cielo en la presencia de Dios. Aunque dio buenas palabras a los enviados que le suplicaban el retorno a Roma, nada hizo para llevarlo a cabo; dispuso en cambio la construcción de un gran palacio en Avignon, trasladando los archivos de la curia a esta ciudad. El argumento que se esgrimía para justificar esta conducta seguía siendo que las violentas querellas internas seguían siendo un obstáculo insalvable para el retorno a Roma. Se afirmaba que Avignon era una ciudad absolutamente pontificia, sin los problemas que en aquella otra ciudad planteaban los grandes linajes. Las obras, dirigidas por el arquitecto Pedro Posson, se iniciaron en 1335: ese mismo año un dominico, Venturino de Bergamo, con sus predicaciones, exaltaba los ánimos de los romanos contra el papa. También Petrarca, decepcionado definitivamente en sus esperanzas, le criticaría con aspereza.

Contrario al nepotismo, Benedicto comenzó expulsando de la curia a cuantos no tenían en ella un oficio definido, y ordenando a los beneficiados que cumpliesen sus deberes de domicialización. Abolió expectativas y encomiendas, salvo las de los cardenales, y emprendió la reforma de las órdenes religiosas, comenzando por la suya propia, el Cístcr *(Fulgens sicut stella,* 12 julio 1335), y por una disposición de carácter general, la *Pastor bonus* (17 junio 1335), que intentaba acabar con los monjes que vivían fuera de sus monasterios o los llamados giróvagos: reclamaba de sus hermanos de religión más obediencia a sus votos y, también, que enviaran a algunos de sus jóvenes a las universidades para formarse. La *Summi magistri* (20 junio 1336) dividió a los benedictinos en 32 provincias, exigiendo la celebración periódica de capítulos. La *Redemptor noster* (28 noviembre 1336), dirigida a los franciscanos, fue mal acogida por éstos: condenaba a los *fratricelli,* pero reprochaba también a la Comunidad su relajación de costumbres. Las protestas se fundamentaron en considerar abusiva la pretensión del papa, que penetraba en detalles minuciosos.

Corpulento y de buenos colores, de voz fuerte, piadoso, humilde, pacífico y, al mismo tiempo, severo, Benedicto reorganizó los departamentos de la curia, poniendo orden en las finanzas. Se calcula que sus ingresos anuales eran de 165.000 florines de oro —los más bajos del período avignonense—, pero al ser restringidos los gastos hasta 96.000, pudo efectuar grandes ahorros. Aproximadamente un millón y medio de florines se depositaron en las cámaras inferiores, inmediatas a la habitación del papa, en monedas, oro, plata y joyas de diversas especies. Dedicó una particular atención a la Sacra Penitenciaría *(In agro dominico,* 8 abril 1338); de entonces data el tribunal de indulgencias, dispensas y exenciones que se conocería como la Rota.

Política de paz. La política conciliadora con los gibelinos en Italia, que logró al principio la sumisión de Bolonia, se cerró con un fracaso: prácticamente toda la marca de Ancona, como la Romagna, escapaban a la influencia pontificia, mientras en Roma las torres de los Colonna y de los Orsini se enfrentaban en una verdadera guerra civil. Idéntico fracaso cosecharía la diplomacia ponti-

ficia en sus intentos para detener la guerra entre Inglaterra y Francia: el hecho de que se hubiera autorizado a Felipe VI a disponer de las rentas del clero reservadas para la cruzada, causó un profundo malestar en Inglaterra e hizo ya imposible la predicación de la guerra santa en otros lugares. Solamente en España quedaba abierto el frente. En 1339 un monje calabrés procedente de la ortodoxia, Barlaam, acudió al papa tratando de convencerle de la posibilidad de un proyecto de unión en que estaba interesado también el emperador Juan Cantacuzeno (1341-1355), el cual imprescindiblemente tenía que ser precedido por una sustanciosa ayuda militar. Barlaam desaconsejaba las negociaciones entre pequeños grupos de teólogos. Sólo un concilio, en que ambas partes estuviesen reunidas, tenía buenas perspectivas de éxito, pues los orientales sentían un profundo respeto por ellos.

En 1335 llegaron a Avignon embajadores de Luis de Baviera, que buscaban el camino de la reconciliación. Benedicto consultó con Felipe VI y con Roberto de Anjou y puso como condición un previo acuerdo con éstos. Pero ambos reyes se opusieron resueltamente al entendimiento. Luis de Baviera volvería a insistir en 1338, dejando bien clara su posición negociadora. La negativa actitud de los franceses le favoreció, puesto que en marzo de ese mismo año un sínodo de obispos alemanes celebrado en Spira, mostró su apoyo encomendando a Enrique de Virneburgo, arzobispo de Maguncia, una negociación con la curia. Más tarde, al confirmarse la cerrada actitud profrancesa de Avignon, la Dieta de Frankfurt, con ayuda de los franciscanos rebeldes, redactó un documento, *Fidem catholicam,* en que se rechazaba absolutamente la doctrina según la cual al papa corresponde la legitimación de la autoridad imperial. No es el pontífice quien crea emperadores, pues el poder de éstos viene directamente de Dios. Los electores, creando una unión *(Kurverein)* afirmaron que a ellos y sólo a ellos correspondía decir si el emperador había sido legítimamente elegido. Tal fue la doctrina que hizo suya la Dieta reunida en Rense, cerca de Coblenza. A comienzos de 1339 el poder y la autoridad de Luis de Baviera no admitían discusión. Sin embargo, el emperador, a quien preocupaba el futuro de su propia familia, necesitaba de alguna clase de acercamiento a la sede romana y comenzó por abandonar la alianza con Eduardo III (1327-1377) para firmar un acuerdo con Felipe VI en 1341. No conseguiría otra cosa que aumentar el embrollo sin lograr la confianza del papa y alterando la paz interior en Alemania. Su designio era casar a su propio hijo Luis con la heredera del Tirol, Margarita Maultasch, anulando previamente el matrimonio de ésta con un hijo de Juan de Bohemia, impotente, a fin de asegurarle un fuerte dominio señorial. Esta conducta despertó la cólera de los príncipes. Las discordias desgarraban Alemania cuando Benedicto XII murió.

Clemente VI (7 mayo 1342 - 6 diciembre 1352)

Un papa pródigo. Felipe VI estaba tan interesado en disponer de un papa favorable que envió a su propio hijo, el duque de Normandía, a Avignon con objeto de asegurar la designación de Pedro Roger, su antiguo canciller, ahora

obispo de Rouen. No tuvo necesidad de ejercer ninguna clase de presión, pues antes de que el príncipe llegara a Avignon, los cardenales le habían elegido por unanimidad. Tras el gobierno austero de Benedicto estaban deseosos de tener un pontífice más condescendiente. Escogió el nombre de Clemente porque quería que la clemencia fuera su principal virtud. Contaba entonces 51 años, pues había nacido en Maumont (Limousin), hijo del señor de Rosier d'Égletons en 1291. Desde los diez años de edad vestía el hábito de los benedictinos, que le habían preparado cuidadosamente. Se le consideraba como el mejor orador de su tiempo y, desde luego, poseía una amplia instrucción. Un cambio radical se produjo en la curia: lujo y derroche hicieron que apenas pudiera distinguirse de las cortes principescas. Pródigo con sus amigos y parientes, amigo de banquetes y de fiestas, los cronistas más adversos como Mateo Villani, Matías de Neuenburg y el *Chronicon Estense,* le acusan de mujeriego, aunque probablemente esto es producto de una calumnia, muy extendida y, por consiguiente, aceptada.

Las tasas ordinarias aumentaron su rendimiento hasta los 195.000 florines de oro, pero los gastos alcanzaron los 165.000. A éstos habría que añadir el continuo despilfarro de fiestas y banquetes (fue especialmente famoso el que ofreció el cardenal Aníbal de Ceccano, en que, en medio de bailes y representaciones, se sirvieron 27 platos mientras se dejaban correr fuentes de vino), así como las joyas y vestidos (reunió hasta 1.800 pieles de armiño), que se abordaban recurriendo al tesoro acumulado por sus antecesores. Ochenta mil florines de oro se invirtieron en 1348 al comprar a la reina Juana de Nápoles (1343-1382) la ciudad de Avignon y el condado Venaisin; en este caso se trataba de una operación excelente, ya que convertía al papa en dueño del territorio en que moraba. Avignon se desarrolló hasta convertirse en una de las plazas mercantiles más prósperas de todo el Occidente. Las embajadas, como la de Tartaria en 1338, y la que Alfonso XI (1313-1350) remitió con el botín de la batalla del Salado, dieron lugar a costosas recepciones. Para compensar los gastos, Clemente VI dispuso la reserva de todos los nombramientos episcopales y de otros muchos beneficios, porque de este modo se percibían directamente anatas y otras contribuciones (A. Pélissier, *Clemente VI le magnifique,* París, 1951).

Raíz del anglicanismo. Estas medidas, impopulares, tropezaron con una fuerte resistencia en Alemania y de una manera especial en Inglaterra, donde se le consideraba además como beligerante en favor de Francia. Fue entonces cuando Eduardo III publicó los primeros Estatutos llamados de *Provisores* (1351) y *Praemunire* (1353), que permitían al rey rechazar colaciones de beneficios y sentencias procedentes de la curia e incluso a los obispos establecer relaciones con la Santa Sede sin autorización del rey. Es cierto que existía una razón profunda para las quejas: Clemente VI estaba apoyando a Felipe VI con préstamos, diezmos, subsidios de cruzada y rentas eclesiásticas. No es, por consiguiente, extraño que se originara una abundante literatura panfletaria: una pieza especialmente curiosa es la de la supuesta carta de Lucifer, felicitando al papa que, con su mal ejemplo, le poblaba el infierno de almas.

Opuesto decididamente a Luis de Baviera, le cupo la satisfacción de obtener en este punto una victoria. En agosto de 1342 reiteró la excomunión, y mediante la bula *Prolixa retro* (12 abril 1343) le conminó a deponer sus vestiduras imperiales, invitando al obispo de Tréveris a convocar a los electores para proceder a una nueva designación. Luis ofreció su sometimiento completo, pero fue rechazado. El 13 de abril de 1346 (bula *Olim videlicet)* se pronunciaron la excomunión y deposición de forma solemne. Entonces cinco de los siete electores, los tres eclesiásticos más Bohemia y Sajonia, decidieron proclamar a Carlos, el hijo de Juan de Bohemia. La muerte de Luis de Baviera (11 octubre 1347) hizo que Carlos IV fuera reconocido sin dificultad.

Aspectos positivos. P. Fournier («Clemente VI», *Hist. Lit. de la France,* 37, 1936) y R. Guillemain *(La Cour Pontificak d'Avignon, 1309-1376,* París, 1962) descubren los aspectos positivos de un pontificado que supo hacer frente a grandes desdichas, como la guerra y la peste, empleando grandes sumas en aliviar el sufrimiento, y que ante la noticia de la existencia de islas pobladas en el Atlántico, de Azores a Canarias, recordó a los cristianos que era ilícito reducir dichas poblaciones a la esclavitud. A principios de 1343 llegó a Avignon una embajada romana con dos encargos: que el papa regresara a su ciudad asumiendo las funciones de senador, y que promulgara un nuevo Año Santo para 1350, dado el hecho de que el intervalo de un siglo dejaba a la inmensa mayoría de los cristianos sin poder lucrar la indulgencia. El papa aceptó la segunda de las peticiones, y en la bula *Unigénitus Dei Filias* habló por primera vez del tesoro de gracias que los méritos de Cristo y de los santos proporcionan a la Iglesia como fuente para la concesión de indulgencias.

En 1348 se desató en Europa la peste negra, una epidemia que trajeron de Crimea barcos genoveses. Avignon sufrió terriblemente: en un cementerio que compró Clemente se inhumaron en pocos días once mil cadáveres. Para muchos era el azote un castigo de Dios. Partiendo de Alemania, grupos de flagelantes que se azotaban durante treinta y cinco días trataron de frenar la epidemia mediante penitencia. Se recrudecieron en muchos lugares las persecuciones contra los judíos, a los que se acusaba de propagar la enfermedad. Hubo desviaciones hacia la superstición que movieron al papa a tomar disposiciones contra los flagelantes. En las órdenes religiosas las pérdidas fueron sensibles y la necesidad de rellenar los huecos con improvisadas vocaciones se reflejó en el deterioro de la disciplina.

Cola di Rienzo. Clemente no tuvo intención de regresar a Roma, pero no quiso desentenderse de la situación en la ciudad. En la embajada de 1343 figuraba Nicolás de Arezzo (Cola di Rienzo), un soñador de humilde cuna, que entusiasmó al papa con sus discursos en que evocaba la gloria de la Antigüedad. Clemente le apoyó en sus proyectos, que condujeron en 1347 a un verdadero golpe de Estado que pretendía acabar con la influencia de las familias patricias. Pero la curia comenzó a desconfiar de sus extravagancias: cuando cayó, en diciembre del mismo año, volvería a encontrar amparo en el pontífice. Clemente pensaba que la solución al problema de las querellas internas romanas tenía

que venir por una vía semejante, de creación de un fuerte poder laico, ya que en diciembre de 1351 haría una nueva tentativa para nombrar capitán del pueblo y senador a Giovanni Cerroni.

Pero el papa no fue a Roma ni siquiera con ocasión del Año Santo: lo presidieron los cardenales Guido de Bolonia y Aníbal Ceccano. Muchos peregrinos, entre ellos Petrarca y santa Brígida, se dieron cita. Pero la impresión que la ciudad, azotada poco antes por un terremoto, causaba en los viajeros, era lamentable. Su aspecto contribuía a fortalecer los argumentos de quienes decían que no estaba ya en condiciones de servir de residencia al papa. Por otra parte, la campaña que Clemente VI intentó para restablecer su potestad en Romagna, fracasó lamentablemente: Bolonia le ofreció su obediencia, pero a costa de ser entregada en vasallaje a Juan Visconti, arzobispo de Milán.

La guerra entre Inglaterra y Francia impidió que se pusiera en marcha el proyecto de cruzada. La empresa de defensa del Mediterráneo oriental dejó de ser un proyecto europeo para convertirse en algo propio de los poderes locales. Clemente hubo de conformarse con apoyar una liga formada por Venecia, Chipre y los caballeros sanjuanistas, cuyo primer objetivo era sostener a los reyes de Armenia: Esmirna fue ocupada en octubre de 1344 y se logró una victoria sobre la flota turca en 1347. Pero ni siquiera pudieron conservarse las posiciones momentáneamente conquistadas.

Inocencio VI (18 diciembre 1352 - 12 septiembre 1362)

Un papa restaurador. Breve fue el cónclave celebrado en Avignon; los veinticuatro cardenales que en él tomaron parte estaban decididos a imprimir a la Iglesia un giro radical haciendo de la *Plenitudo potestatis* un gobierno compartido. Prestaron juramento de que cualquiera que fuese elegido no crearía nuevos cardenales hasta que el número se hubiera reducido a dieciséis y manteniendo el colegio por debajo de los veinte miembros; los nuevos nombramientos requerirían la aprobación de los dos tercios de los existentes; una condición que sería aplicable también a los casos de enajenación de bienes de la Iglesia, concesión de subsidios o proceso contra un purpurado. El colegio, que retendría para sí la mitad de las rentas pontificias, sería preceptivamente consultado en todos los nombramientos administrativos. Bajo tales condiciones se eligió a Esteban Aubert, a quien A. Pélissier *(Innocent VI le réformateur, deuxiéme pape Umousin*, Tulle, 1961) presenta como un anciano de mala salud y magnífico administrador, profesor de derecho en Toulouse y cardenal desde 1342. En el momento de su elección era obispo de Ostia y gran penitenciario. Su gran defecto sería el nepotismo.

El 6 de julio de 1353, Inocencio, que había consultado a jurisconsultos, declaró que el juramento prestado no era válido por oponerse a la *plenitudo potestatis* que sólo corresponde al pontífice. Volviendo a las normas de Benedicto XII, se había propuesto intentar la reforma, limitando las acumulaciones de beneficios y obligando a la residencia. Los gastos de la casa del papa fueron restringidos; esto no evitó que el déficit financiero se acentuara por la necesidad

de atender a la defensa de Avignon frente a las compañías de mercenarios, y por el deseo de sostener campañas en Italia que hiciesen posible el retorno. Se asignaron emolumentos fijos a los jueces de la Audiencia para garantizar su imparcialidad. En 1360, a petición del general de los dominicos, Simón de Langres, se ordenó una inspección a fondo en los conventos: ocho definidores de la orden se volvieron entonces contra el general, pero el papa le sostuvo. De todas formas se trataba de un problema que quedó sin resolver. La misma actitud de firmeza y respaldo mostró en relación con los hospitalarios, a los que Felipe VI de Francia quería aplicar las mismas medidas disolutorias del Temple. Inocencio VI se negó en redondo, y llamando a Juan Fernández de Heredia, el más prestigioso de los caballeros, le encomendó la visita y el restablecimiento de la disciplina. La orden, que era conocida comúnmente como de Rodas por tener su maestrazgo en esta isla, recibió el encargo del papa de sostener las posiciones de Esmirna y Armenia, pero no pudo cumplir este objetivo demasiado ambicioso. Sin embargo, sostendría durante dos siglos la punta de vanguardia en el extremo mediterráneo.

Surgían visionarios y milenaristas. Un fraile de Puigcerdá, Arnaldo Muntaner, mezclando en sus predicaciones la doctrina de la absoluta pobreza de Cristo, afirmaba que nadie que vistiera hábito franciscano podía permanecer mucho tiempo en el purgatorio, pues san Francisco bajaba allí cada año a sacar a los suyos; se libró de la persecución del inquisidor Eymerich porque se fue a Oriente a predicar sus fantasías. Fray Juan de Roquetaillade anunciaba que pronto vendría un antipapa, al que Cristo haría morir por medio del espíritu de la palabra; inmediatamente después, con la desaparición del Islam y del judaísmo, co imponer criterios de sensatez.

Don Gil de Albornoz. La muerte de Alfonso XI (1350) había provocado una fuerte reacción en Castilla contra los que fueran sus consejeros y colaboradores. El arzobispo de Toledo, don Gil de Albornoz, tuvo que huir refugiándose en Avignon donde fue elevado por Inocencio al cardenalato, pasando luego a desempeñar funciones de confianza. No se restableció la paz. Pedro I (1350-1369), casado con Blanca de Borbón (3 de junio de 1353), abandonó a su esposa, cohabitó públicamente con María de Padilla, y hasta llegó a contraer un nuevo e ilícito matrimonio. Comenzaron luchas internas. Muchos nobles y no pocos eclesiásticos se exiliaron en Francia y Aragón, llegando algunos hasta la propia Avignon. Inocencio VI trató de detener la guerra, interna y entre reinos, que amenazaba la península, enviando como legado a Guillermo de la Jugue; no pudo nunca conseguir una paz estable.

La abundancia de mercenarios, secuela de la contienda franco-británica en el sur de Francia, hicieron desaparecer la seguridad de que hasta entonces disfrutara Avignon. Por otra parte, el viaje de Carlos IV a Roma, donde fue coronado emperador por un legado pontificio (5 de abril de 1355), venía a demostrar que el retorno no era imposible. Carlos promulgó en 1356 la llamada «Bula de Oro», en la que fijaba el procedimiento para la elección de empera-

dores (confirmando de hecho los acuerdos de la Dieta de Rense referentes a la separación de potestades) e independizaba el Imperio de la Santa Sede. Una decisión de doble vertiente, ya que suponía la definitiva renuncia a intervenir en Italia. Los electores designaban un rey de Romanos con entera independencia; sólo él podía convertirse en emperador cuando el papa le coronase. En 1360 la amenaza a que los merodeadores armados hicieron pesar sobre Avignon fue tan seria que Juan Fernández de Heredia (1310-1396) tuvo que acudir con 600 caballeros y 1.000 peones a liberar al papa de lo que era un asedio. De todas formas, hubo que pagar a los sitiadores 14.5000 florines de oro para que accedieran a alejarse.

Antes de que pudiera efectuarse el retorno a Roma era imprescindible la pacificación del Patrimonium. Tal fue la tarea que Inocencio VI confió a don Gil de Albornoz, a cuyo séquito fue agregado Cola di Rienzo, con título de senador y poderes para gobernar Roma. El 1 de agosto de 1354, Rienzo entró en la ciudad, siendo recibido con fuertes aclamaciones, pero muy pronto las facciones romanas provocaron un levantamiento que acabó con la vida del reformador (8 de octubre de 1354). Albornoz consiguió cumplir la misión que se le encomendara: en 1354 arrancaba Orvieto de manos de Juan de Vico; al año siguiente obligaba a los Malatesta de Rímini a firmar el humillante tratado de Gubbio. El cardenal tenía el proyecto de transformar la administración de los Estados Pontificios, haciendo participar en ella a los poderes laicos que se habían asentado. Una asamblea, reunida en la ciudad de Fano, aprobó las *Constituciones egidianas* (1357), que estarían vigentes hasta el siglo xix. A. Erler *(Aegidius Albornoz ais Gesetzgeber des Kirchenstaates,* Berlín, 1970) advierte que las Constituciones se basaban en la legislación anterior, incluyendo el *Líber Augustalis* de Federico II. La influencia del derecho romano se situaba por encima del canónico.

Llamado a Avignon, porque se habían producido acusaciones en su contra, el papa le confirmó en su cargo, ampliando los poderes. Regresó a Italia en 1358. Fue entonces cuando conquistó Bolonia, en donde fundaría el Colegio que lleva su nombre y aún subsiste, enfrentándose abiertamente con los Visconti. La victoria de san Rufilio sobre Barnabó (1361) abría definitivamente al papa la posibilidad del retomo. Inocencio VI comunicó al emperador Carlos, en carta de 18 de abril de 1361, que había tomado la decisión de volver a Roma. Una decisión que la muerte le impidió cumplir. Pero el éxito militar estaba empañado por un dato negativo: los tesoros de la Santa Sede estaban exhaustos.

Urbano V, beato (28 septiembre 1362 - 19 diciembre 1370)

Elección. Divididos los cardenales era difícil que pudieran llegar a un acuerdo que permitiese la elección de uno de ellos. La noticia que dan algunos cronistas de que Hugo Roger, hermano de Clemente VI, rechazó su candidatura, es cuando menos dudosa. Al parecer fue Guillermo d'Aigrefeuille quien insinuó el nombre de Guillermo de Grimoard, abad de San Víctor de Marsella que, a la sazón, era legado pontificio en Nápoles. Nacido en Griscal (Lorena) y

de familia noble, profesó como benedictino en San Víctor después de haber cursado estudios en Montpellier y Toulouse. Fue abad de Saint Germain d'Auxerre (1352) antes de ser elegido para San Víctor. Era conocido por su piedad, austeridad, profundo conocimiento del derecho y experiencia en los asuntos italianos, tan importantes ahora que el retorno del papa se había convertido en la cuestión principal. E. Dupré-Theseider (*/ Papi di Avignone e la questione romana,* Florencia, 1939) entiende que fue ésta precisamente la razón de su nombramiento: era el papa para el retorno. Llegado a Marsella el 27 de octubre fue entronizado en Avignon pero, pese a la pompa que le rodeaba, seguía vistiendo y viviendo como un benedictino.

Las relaciones con el colegio fueron difíciles: no había sido cardenal. Quería continuar la obra de Inocencio VI hacia la centralización y la reforma: dispuso que, en adelante, todas las sedes episcopales y las principales abadías, cualesquiera que fuesen los procedimientos selectivos, serían de nombramiento pontificio. De este modo podría oponerse a las designaciones indebidas. También quiso prohibir la acumulación de beneficios en una sola persona y recomendó la celebración de sínodos provinciales. Muy convencido de las ventajas que aportaban al clero los estudios fundó las Universidades de Orange, Cracovia y Viena y, a imitación del de Bolonia, estableció el Colegio de Montpellier. Empleó mucho dinero en becas para estudiantes.

De nuevo cruzada. Al firmarse la paz de Brétigny, que parecía poner fin a la contienda entre Francia e Inglaterra, proclamó en 1363 una nueva cruzada: Pedro de Lusignan, que había cosechado algunos éxitos en Cilicia, y Felipe de Méziers, se sumaron a ella: pero Urbano creía que el éxito dependía de que tomara el mando el rey de Francia. Legado para esta cruzada fue el carmelita Pedro Thomiers y en ella tomó parte Venecia. Pero en la práctica todo se tradujo en una operación de los caballeros sanjuanistas que llegaron a reunir en Rodas 10.000 infantes y 1.400 caballos. Una fuerza que pudo ocupar fugazmente Alejandría (11 a 13 de octubre) para convencerse de que era imposible retenerla. Estas operaciones servían sin embargo para conservar Rodas y Chipre como grandes bastiones avanzados.

Retorno a Roma. Comenzó apoyando los esfuerzos militares de don Gil de Albornoz. Pronto cambió de táctica: era imprescindible acelerar el retorno a Roma y éste no podía lograrse sino mediante una paz con los partidos haciendo concesiones. Roma brindaba la posibilidad de un entendimiento con el emperador bizantino Juan V (f 1391). Desde el 23 de mayo de 1363 la decisión fue públicamente anunciada: muchas voces le impulsaban a ella. Pagó grandes sumas a Barnabo Visconti para que entregara Bolonia y sustituyó a Albornoz por el cardenal Androin que pasaba por enemigo del español y partidario de los milaneses. La recluta de los mercenarios que amenazaban Avignon, a fin de constituir las compañías blancas que provocarían el cambio en Castilla —Urbano contribuyó con una elevada suma— dieron un saludable respiro. En 1365 fray Pedro de Aragón escribió al papa que había tenido una revelación de su tío san Luis el difunto obispo de Toulouse, que le anunciaba que los grandes males de

la Iglesia no se remediarían mientras no estuviese en Roma. Santa Brígida y santa Catalina contribuyeron con sus advertencias al aire de retorno espiritual. Petrarca, en cambio, hablaba de motivos estrictamente humanos; las ruinas de Roma, la esposa abandonada. Carlos V de Francia envió a Anselmo de Chacart para convencer a Urbano de que desistiera de su propósito, pero el pontífice respondió con argumentos que resultaban incontrovertibles: centro del orbe, tumba de san Pedro, altar de mártires, Roma había sido siempre la cabeza y las voces del cielo le ordenaban volver.

P. Kirsch *(Díe Rückkehr der Papste Urban V und Gregor XI vori Avignon nach Rom. Auszüge aus den Karneralregistern des Vatikanischen Archives,* Paderborn, 1898) reconstruyó el itinerario y los obstáculos que hubo de vencer. En mayo de 1366 el emperador Carlos IV viajó a Avignon ofreciendo darle escolta. Urbano aceptó en principio, pero luego lo pensó mejor: convenía a su libertad de movimientos viajar solo. Hubo una fuerte resistencia de los cardenales, que consideraban un desastre abandonar Avignon, pero, mostrando una gran energía, salió de la ciudad el 30 de abril de 1367. En Marsella se produjo un verdadero enfrentamiento entre el papa y el colegio, que resistió, y pudo llegar a Genova el 23 de mayo, a Pisa el 1 de junio, y por el camino del mar, alcanzar Corneto, donde le esperaba Albornoz, el 4 de junio. Desde allí se dirigieron a Viterbo. La muerte de don Gil, acaecida en esta ciudad el 22 de agosto, fue un gran contratiempo. Los grandes elogios de Petrarca desde Padua y de Coluccio Salutati desde Roma, dan la medida de la exageración en el recibimiento, que hubiera debido ser más normal. En el verano de 1368 Urbano se instaló en Montefiascone, huyendo de los calores del verano.

En otoño de aquel año llegó Carlos IV. Se vio al papa y al emperador entrar juntos en Viterbo (17 de octubre) y el 1 de noviembre, con la pompa debida, proceder a la coronación de la emperatriz Isabel durante una misa solemne en que predicó fray Pedro de Aragón. Presente estuvo también Juan V, el bizantino, que suscribió a título personal una fórmula de fe romana. Pero los signos no eran tan halagüeños como se pensara. Roma era una ruina: los alhamíes habían tenido que entrar apresuradamente en el Vaticano y en San Juan de Letrán porque los palacios eran inhabitables. Comenzaban las habituales discordias políticas. Cuando en septiembre de 1368 Urbano creó siete cardenales, sólo uno era romano; los otros seis, franceses. La influencia de Francia no había disminuido.

Vuelta a Avignon. Desilusionado, sufriendo la presión de sus cardenales que añoraban la independencia avignonense, obligado a enfrentarse con revueltas como la de Perugia, y refugiado nuevamente en Montefiascone, esta vez para huir de las inquietudes romanas, Urbano hubo de preguntarse si no había cometido un error. A principios de 1370 decidió regresar a su ciudad del Ródano. Los romanos le enviaron una embajada (22 de mayo), a la que contestó con mansa firmeza el 26 de junio. Santa Brígida subió a Montefiascone a comunicarle que había tenido una revelación según la cual si regresaba Dios le heriría de muerte pidiéndole estrecha cuenta. Todo inútil. Embarcó en Corne-

to el 5 de septiembre, alcanzó Marsella el 16 y entró en Avignon el 27 del mismo mes. Muy pronto cayó enfermo y murió el 19 de diciembre.

O. Halecki *(Un empereur de Byzance á Rome,* Varsovia, s.f.) ha explicado las razones de la presencia del emperador Bizantino. Las presiones turcas habían obligado a Juan V, inmediatamente después de su victoria sobre Juan Cantacuzeno, a acudir a Inocencio VI con una propuesta de reanudar las relaciones, la cual fue recibida con gran frialdad (1355). Pero ante la nueva ofensiva de Murad I, el emperador insistió, esta vez cerca de Urbano V, que se mostró dispuesto a organizar el socorro militar que se necesitaba si se restablecía la unión. Juan V permaneció en Roma entre 1369 y 1371: tuvo que entregar a Venecia la isla de Tenedos para afrontar los gastos de este viaje. La noción de la existencia de un peligro turco comenzaba a abrirse camino en la conciencia occidental, aunque con gran lentitud.

Gregorio XI (30 diciembre 1370 - 27 marzo 1378)

De nuevo la decisión. Los diecisiete cardenales que se reunieron en Avignon tardaron poco tiempo en elegir por unanimidad a un sobrino de Clemente VI, Pedro Roger de Beaufort, nacido en 1329, cerca de Limoges y producto del nepotismo que le hiciera cardenal a los 19 años. Sin embargo, siendo despierto, inteligente, culto y extraordinariamente piadoso, se había elevado, por sus grandes servicios durante el pontificado de Urbano V, al primer puesto dentro del colegio. Discípulo de Pietro Baldo dcgli Ubaldi (1327-1400), en Perugia, poseía una excelente formación jurídica. Mezclaba un aire de soñador, acaso por su mala salud, con rasgos de energía y firmeza cuando hacía falta. Aunque desde el primer momento afirmó su voluntad de volver a Roma, ya que sólo desde ella podía ser gobernada la Iglesia y ejecutarse la triple misión que se había asignado (reforma de las costumbres, paz entre los príncipes de la cristiandad, ofensiva contra los turcos), esto no significa que proyectase disminuir la abrumadora influencia francesa. De los 21 cardenales que creó, ocho eran paisanos suyos, limousinos, otros ocho franceses de diversas regiones, dos italianos, y tres, respectivamente, de Genova, Castilla y Aragón.

Tres obstáculos se oponían al viaje a Roma. El tesoro papal estaba vacío y se requirió bastante tiempo para incrementar las rentas que llegarían al nivel de los 480.000 florines cada año; los ingresos estaban comprometidos de antemano al pago de deudas con sus intereses. Se habían reanudado las hostilidades entre Francia e Inglaterra, arrastrando en esta ocasión a castellanos y portugueses; de modo que el alejamiento de Avignon no había favorecido el proceso de paz. Los Visconti habían aprovechado la coyuntura para hacerse de nuevo fuertes en el norte de Italia. Richard C. Trexler («Rome on the eve of the Grat Schism», *Speculum,* XLIII, 1967) concede una singular importancia, sin embargo, a la radical oposición de los cardenales.

En vísperas del cisma. Para aislar a los Visconti, Barnabó y Galeazzo, el papa formó una liga en agosto de 1371, contrató los servicios de un *condottiero* inglés, Giovanni Acuto (John Akwood) y puso a Amadeo VI de Saboya al

frente de las fuerzas; un hermano del papa, vizconde de Turenne, se encargó de reclutar mercenarios en Francia. A principios de 1373 se predicó la cruzada contra los Visconti, que previamente habían sido excomulgados. Sin embargo, Urbano V, urgido por el tiempo y las dificultades económicas, se conformó con un resultado mediocre: dos victorias en Pesaro y Chiesi, justificaron que se firmara una tregua. Ahora el camino de Roma parecía abierto y se anunció la partida para Pascua de 1376. Nuevos inconvenientes aparecieron: sólo seis cardenales declararon estar dispuestos a acompañar al papa. Se acababa de conseguir la tregua general de Brujas, suspendiendo las hostilidades en Occidente, y el duque de Anjou insistía en que ahora más que nunca era oportuna la presencia del papa para que la tregua se convirtiese en paz. Al mismo tiempo, Pedro IV de Aragón (1336-1387) reclamaba una gestión pontificia para asegurar las relaciones en el interior de la península.

A todo ello oponía el cardenal Jacobo Orsini una sentencia: el señorío del papa estaba en Italia y la causa primordial de los desórdenes estaba en la ausencia del señor. Santa Brígida, que murió en Roma el 23 de julio de 1373, fray Pedro de Aragón y santa Catalina de Siena, impresionaban a Gregorio, como antes hicieran con Urbano V, refiriéndole las visiones de los males de la Iglesia mientras no se restaurara. Sin embargo, R. Fawtier *(Ste. Catherine de Sienne. Essai de critique des sources,* París, 1921-1930) rechaza como legendaria la pretensión de Raimundo de Capua que otorga un papel decisivo a la santa en ese retorno. Al anunciarse nuevas demoras estalló una rebelión en Florencia, donde los legados Gerardo de Puy, abad de Marmoutier, y Guillermo de Noellet, que residía en Bolonia, fueron acusados de haber desamparado a la ciudad en tiempo de hambre. Aunque Gregorio XI, con sus cartas, trató de calmar los ánimos, no fue atendido. En el verano de 1375 Florencia alzó la bandera roja con el lema *«Libertas»,* se unió a los Visconti y a la reina Juana I de Nápoles y pretendió provocar una revuelta general en los Estados Pontificios: Coluccio Salutati, en la carta que envió a Roma el 4 de enero de 1376, hablaba de la *«foedissimam tyrannidem Gallicorum». A* esta revuelta se la conoce como «guerra de los ocho santos» porque los dirigentes de la ciudad empleaban muchas referencias a la reforma de la Iglesia. Catalina de Siena, en su correspondencia, nos informa de cómo Gregorio XI encargó al obispo de Jaén, Alfonso Fernández Pecha, hermano del fundador de los Jerónimos, que fuese a pedir sus oraciones. Tan eficaz fue la gestión que el obispo renunció a su mitra para convertirse en uno de los «caterinatos», como llamaban a los discípulos de la santa. Fue este el momento escogido por Florencia para enviar a Catalina de Avignon como singular embajadora. Permaneció tres meses en esta ciudad, desde mediados de junio de 1376.

Gregorio era muy sensible a estas gestiones. A pesar de los preparativos del viaje, no había dejado de entender en la reforma. Apoyó de un modo especial a los caballeros de San Juan, que se estaban reorganizando dirigidos por Juan Fernández de Heredia. En 1373 dispuso la reorganización de los dominicos, nombrándoles un cardenal protector. Persiguió con rigor a los herejes y el 22 de

mayo de 1377, en cartas dirigidas a Eduardo III, al arzobispo de Canterbury, al obispo de Londres y a la Universidad de Oxford, condenó 19 proposiciones de Wyclif (1320-1384), semejantes a las que Marsilio de Padua (1275-1342) y Ockham ya formularan y que incidían en verdadera herejía.

Segundo viaje. El 2 de octubre de 1376 la flota pontificia, mandada por Juan Fernández de Heredia, abandonaba Marsella. El papa viajaba en una nave española, la *Santa María.* Las tormentas afectaron de tal modo a la travesía que hasta el 6 de diciembre no pudo Gregorio desembarcar en Corneto. El papa pudo hacer su entrada en Roma el 17 de enero de 1377. Desde este momento hasta el día de su muerte la documentación escasea de tal modo que no es posible seguir las líneas de su gobierno. La presencia del papa coincidió desdichadamente con la noticia de que los mercenarios que mandaba, en nombre del pontífice, el cardenal Roberto de Ginebra, habían ejecutado una terrible matanza en Cesena (3 de febrero de 1377). Florencia solicitó la paz y Bolonia volvió a la obediencia del pontífice. La inseguridad de Roma seguía siendo tan grande que Gregorio decidió fijar su residencia en Anagni. Desde aquí intentó negociar una paz que siguiese la pauta del procedimiento marcado en Brujas dos años antes, es decir, mediante la reunión de una conferencia en Sarzana, presidida por Barnabó Visconti. La conferencia llegó a reunirse, pero antes de que concluyera murió Gregorio (marzo de 1378). La idea de que había dos Iglesias, la de Avignon y la de Roma, flotaba ya en el aire.

Urbano VI (8 abril 1378 - 15 octubre 1389)

La elección disputada. En una obra clásica, M. Creighton {*A history of the papacy during the period of Reformation,* Londres, 1882) recomendaba considerar como unidad todo el período que media entre la discutida elección de 1378 y la muerte de Pío II, en 1464. Durante este período de aguda crisis la principal batalla doctrinal giró en torno a esta cuestión: si la *plenitudo potestatis* pertenece a una persona o, por el contrario, a la comunidad de donde dicha persona la recibe. En esta línea, T. Brian {*Foundations of the Conciliar Theory: the contribution of the medieval Canonist from Granan to the Great Schism,* Cambridge, 1955) advierte que el conciliarismo no surgió como consecuencia del cisma, sino que le precede, apoyándose en el derecho romano y en el principio tantas veces repetido de que «lo que a todos atañe por todos tiene que ser decidido», que se incorporó a las Decretales. La Iglesia ha establecido oficialmente que Urbano VI, Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio XII fueron legítimos, y a ese criterio nos vamos a acomodar. Pero no estaba claro en su tiempo que Clemente, Benedicto, Alejandro y Juan fuesen antipapas. Es un matiz que debe tenerse en cuenta para entender lo que sigue.

Los dieciséis cardenales que se hallaban en Roma decidieron seguir el consejo que les diera el difunto papa y reunirse en cónclave sin esperar la llegada de los seis que residían en Avignon. Se encerraron, pues, los once franceses, cuatro italianos y un español, el 7 de abril de 1378. Los lemosinos querían seguir la tradición eligiendo a uno de los suyos y los demás estaban decididos a

impedirlo; ningún grupo estaba en condiciones de reunir una mayoríli suficiente. Desde los funerales de Gregorio XI se estaban produciendo alborotos en Roma reclamando la elección de un romano o, al menos, de un italiano, listo reducía a dos las candidaturas, el ancianísimo Tebaldeschi y Jacobo Orsini, ninguno de los cuales resultaba aceptable al colegio. Hubo que despejar el palacio alejando los grupos armados antes de que don Pedro de Luna, el clavero, cerrara las puertas; afuera quedaba, como custodio del cónclave, el arzobispo de Marsella, que se comunicaba con los cardenales por un ventanuco. Constantemente advertía que debían darse prisa porque los alborotos iban en aumento. Para calmar impaciencias había prometido, como si fuese iniciativa de los cardenales, que la elección de un italiano se haría en plazo de uno o dos días.

Orsini propuso como solución elegir a algún eclesiástico fuera del colegio y fue Pedro de Luna, en conversación con el cardenal de Limoges, Juan de Cros, quien mencionó el nombre de Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari, encargado de la cancillería y hombre de confianza del anterior pontífice. Aunque Orsini se opuso a esta candidatura no tardaron en reunirse los votos suficientes. Consta que algunos de los cardenales, al votarle, formularon ya reservas acerca de la libertad con que procedían. A las nueve de la mañana del 8 de abril se pasó al arzobispo de Marsella una lista de seis obispos italianos pidiéndole que les hiciera acudir; el primer nombre era el de Prignano. Volvió a insistir el custodio en que no perdiesen más tiempo porque las cosas se estaban poniendo muy mal. Cuando Orsini, a través del ventanuco, dijo que ya había papa y que la gente debía dirigirse a San Pedro, muchos entendieron que el elegido era Tebaldeschi, cardenal precisamente de dicho título; otros, por el contrario, confundieron Bari con Juan de Bar, lemosín y cardenal, por lo que aumentó el alboroto. La muchedumbre rompió las puertas invadiendo el aula y alguien, para salir del paso, señaló a Tebaldeschi que, pese a sus protestas, fue alzado en hombros y llevado a San Pedro mientras se cantaba un *Tedeum.* Los cardenales aprovecharon el pequeño respiro para huir: unos salieron de Roma; otros se refugiaron en Sant'Angelo.

Urbano VI, papa. Aclaradas las cosas, Prignano manifestó que se consideraba legítimo y no estaba dispuesto a renunciar. En la mañana del día 9, cinco cardenales, Florencia, Marmoutier, Grandeve y Luna le cumplimentaron conociendo que había decidido tomar el nombre de Urbano VI: ellos le garantizaron una elección unánime. Los refugiados de Sant'Angelo también le prestaron obediencia por medio de comisionados. De este modo, cuando se produjo la coronación en Letrán, parecía existir unanimidad en el acatamiento. De ahí que un sector de historiadores haya llegado a la siguiente conclusión: si bien el cónclave, atemorizado y quebrantado, puede ofrecer dudas en cuanto a su legitimidad, ha existido una legitimación *a posteriori* por el reconocimiento unánime. M. Scldmayer *(Día Anfange des grossen Abendlandischen Schismas,* Münster, 1940) y O. Prerovsky *(L'elezione di Urbano VI e l'insorgere dello scisma d'Occidente,* Roma, 1960) han estudiado a fondo los 60 escritos que Martín de Zalba, obispo de Pamplona, reunió para don Pedro de Luna y que constituyen hoy

los llamados *Libri de schismate* en el Archivo Vaticano. Se encuentran en ellos los argumentos que ambas partes esgrimieron en defensa de su legitimidad y también los interrogatorios de testigos presenciales desde marzo de 1379 al verano de 1386; destaca en todo este trabajo, por su importancia, el de los enviados de Juan I de Castilla (1379-1390), que sirvió de base a la declaración de Salamanca de mayo de 1381. Al margen de circunstancias políticas, la decisión castellana fue tomada con perfecto conocimiento de causa. Hay unanimidad, en todos estos testimonios, relacionada con un punto: la elección fue viciada por *«metus qul cadit in constantem virum»*. Como una consecuencia de este hecho los reyes, que estaban recibiendo informes acerca de la elección, retrasaron más de lo normal la prestación de obediencia. Algunos, como los de Navarra y Aragón, hasta una fecha tan tardía como el 1390 y el 1388 respectivamente. Existe, pues, motivo fundado acerca de una carencia de legitimidad de origen. Sin embargo no fue ésta, sino la de ejercicio, la que actuó como factor desencadenante.

Porque, evidentemente, Urbano provocó los odios con su actuación. Decidido a actuar como soberano absoluto, mostró recelo, desconfianza y desvío al colegio de los cardenales. No podía ocultar el resentimiento que en él despertaban. A menudo decía que un especial designio de Dios le había hecho papa para cambiar las cosas. Cubría a los purpurados de insultos, cayendo en extravagancias como cuando interrumpió a un padre dominico que predicaba contra la simonía para exclamar que desde aquel momento excomulgaba a los simoníacos, incluyendo en esta categoría a los cardenales. Insultó a los obispos residentes en Roma acusándoles de abandonar sus sedes y obligando a Martín de Zalba a decirle que estaban allí no por voluntad propia, sino porque sus servicios eran requeridos en la curia. El 25 de abril llegó a Roma Juan de Lagranje, uno de los que permaneciera en Avignon, para prestar obediencia, y tuvo con el papa un serio altercado. Fue en casa de este cardenal, transcurridos veinte días desde la elección, donde se produjeron las primeras reuniones en que se hablaba francamente de considerarla inválida: alguien explicó que el miedo había obligado a votar en favor de un candidato que se esperaba no aceptase, permitiendo así pasar a elecciones verdaderamente libres.

Clemente VIL Al acercarse el verano, los cardenales salieron uno a uno de Roma y fueron a instalarse en Anagni. Allí llegó también don Pedro de Luna el 24 de junio. En este momento explicaron los miembros del colegio al embajador español, Alvaro Martínez, que todos estaban ya de acuerdo en considerar la elección como ilegítima, salvo él. Martínez habló con don Pedro, que le contestó que estaba estudiando minuciosamente el asunto porque no quería cometer un error canónico en esta ocasión. Ante las noticias que llegaban, Urbano VI no se atrevió a ir a Anagni y escogió Tívoli como residencia estival. Desde aquí pidió a los tres cardenales italianos que le acompañaban, Orsini, Brossono y Corsini, que fueran a negociar con sus compañeros, ofreciéndoles todo el favor y benevolencia que pudieran desear. Demasiado tarde: el colegio, con casi unanimidad en sus opiniones, comunicó su postura: las dudas acerca de

la legitimidad del cónclave eran tan invencibles, que se precisaba repetirlo. Nada se oponía a que Prignano, u otro, fuera el elegido. Los italianos se sumaron a esta opinión, de modo que cuando Urbano VI la rechazó afirmando su indiscutible legitimidad, sólo el anciano Tebaldeschi permanecía en su obediencia.

En estas circunstancias se produjo la victoria de Bernardon de Lasalle, que obedecía a Roberto de Ginebra, sobre las milicias romanas, y hubo la sensación de que la causa de Urbano VI estaba perdida. Los cardenales franceses abandonaron sus escrúpulos y el 2 de agosto de 1378, transcurridos cuatro meses, publicaron un manifiesto en que declaraban inválida la elección y a Urbano VI intruso si se empeñaba en seguir ostentando la calidad de papa. El 20 de septiembre, en Fondi, protegidos por la reina Juana I de Nápoles, procedieron a una nueva elección de Roberto de Ginebra, que fue coronado el 31 de octubre como Clemente VIL Había bastado un escrutinio: se confiaba en sus dotes militares y políticas para alcanzar una pronta victoria. Nacido en Ginebra en 1342, hermano del conde de Saboya y pariente por su madre del rey de Francia, había sido nombrado cardenal por Gregorio XI en 1371. Como legado era responsable de las victorias y también de la crueldad con que se había llevado la guerra contra Florencia. Aunque había sido el primero en prestar acatamiento a Urbano VI, explicando en carta a Carlos IV del 14 de abril del mismo año, que no tenía dudas respecto a la legitimidad del papa, seguramente los malos tratos que recibiera de este último le habían inducido a un cambio de opinión.

La división de la cristiandad. Comenzaba un cisma. Clemente, que contaba con los Anjou y con sus propias compañías de mercenarios, confiaba en liquidarlo mediante un golpe militar, pero en febrero de 1379 sufrió una primera derrota en Carpineto. El 30 de abril, perdido Sant'Angelo, sus dos principales capitanes, Bernardon de Lasalle y Louis de Montjoie, cayeron prisioneros. El sedicente papa tuvo que refugiarse en Nápoles para emprender por vía marítima el retorno a Avignon, donde llegó el 20 de junio del mencionado año. En su ausencia, Urbano VI conseguiría provocar una revuelta en Nápoles, derribando a la reina Juana, que fue sustituida por Carlos de Durazzo, hijo de Luis de Hungría (1342-1382). Una expedición del duque de Anjou fracasó por la muerte inesperada de este príncipe.

Salvatorc Fodale {*La política napolitana di Urbano VI,* Roma, 1973) atribuye una importancia decisiva a este éxito logrado por Urbano VI en Nápoles, que hizo que toda Italia, salvo Saboya, por razones obvias, le obedeciera. Esta obediencia, sin embargo, le reducía al papel de un papa italiano, pues las dos grandes fuerzas políticas que le reconocieron, Inglaterra y Alemania, aprovecharon esta ocasión para afirmar su propia independencia. Wenceslao, lo mismo que su padre, hizo que la Dieta de Frankfurt (febrero 1379) se pronunciara en favor de Urbano, una conducta que fue seguida en Escandinavia y Hungría. Pero las intensas maniobras diplomáticas de Clemente VII lograron que, a su favor, se situaran las diócesis del alto Rhin, Constanza, Basilea, Estras-

burgo, Baviera, Austria y el conde Eberhardo de Wutenberg, de modo que Alemania quedó dividida. La división afectó muy seriamente a las universidades.

Noel Valois *(La France et le Grand Schisme d'Occident,* 4 vols., París, 1896-1902), en un trabajo que sigue siendo imprescindible, coincide con Guy Mollat en afirmar la buena fe con que, más allá de las circunstancias y conveniencias políticas, procedieron los clementistas. Los maestros universitarios insistían en que el *tacitas consensus* no era suficiente para salvar los gravísimos defectos del primer cónclave, que exigían una nueva reunión confirmatoria por parte de los cardenales; al no haberse producido ésta era evidente la ilegitimidad de Urbano. La absoluta incapacidad de éste demostrada en los primeros meses de gobierno era una segunda razón a añadir. Ello no obstante parece indudable que pesaron mucho las razones políticas: Francia se decidió pronto, porque quería un papa que siguiera la línea avignonense. Inglaterra no podía estar en su mismo bando y el clementismo escocés responde a la hostilidad hacia los ingleses. El caso de Portugal es significativo: fue clementista, urbanista, otra vez clementista y definitivamente urbanista a tenor de las cambiantes alianzas que iba contrayendo.

Esta división, que parecía aislar a Francia, dio una importancia decisiva a los reinos españoles. Ya hemos dicho cómo Aragón y Navarra retrasaron mucho su decisión. Enrique II (1368-1379) y su hijo Juan I, en Castilla, defendieron la idea de abrir una amplia información que permitiera conocer los hechos y, después, que los cuatro reinos peninsulares se pusiesen de acuerdo para reconocer juntos al mismo pontífice. Cuando Portugal se adelantó a formular su declaración, la idea de la conferencia conjunta fue abandonada. Ello no obstante, puede decirse que la decisión castellana fue muy cuidadosamente preparada. En principio, el arzobispo de Toledo dispuso que en las misas se mencionara únicamente *«pro illo qui est venís papa»,* sin dar nombre alguno. Dos asambteas del clero, ambas en Toledo (noviembre y diciembre de 1378), concluyeron afirmando que la única solución residía en la convocatoria de un concilio y que, mientras tanto, era imprescindible recoger las opiniones de los protagonistas y de modo especial de quien durante tanto tiempo ciñera la tiara sin obstáculo. Los obispos que asistieron a las cortes de Burgos de 1379, primeras del reinado de Juan I, coincidieron en esta opinión. Tres embajadores, Ruy Bernal, fray Fernando de Illescas y Alvaro Menéndez fueron los encargados de recoger en Avignon y Roma la correspondiente información. Pero Clemente VII decidió enviar a España a don Pedro de Luna con amplísimos poderes de legado a fin de atraer a estos reinos a su causa. Su tesis favorita consistió en decir que sólo los cardenales podían decidir si la primera elección era verdadera o falsa. Urbano, que contaba con el importante apoyo de fray Pedro de Aragón, delegó en un franciscano, fray Menendo, el cual fue capturado en el mar por piratas catalanes y tardó en recobrar la libertad.

La documentación recogida, abundantísima, fue estudiada en una asamblea reunida en Medina del Campo (23 de noviembre de 1380). Tras largos debates se llegó a la conclusión de que la primera elección era inválida y, por consi-

guíente, Clemente VII fue reconocido en un acto solemne que tuvo lugar en Salamanca el 19 de mayo de 1381. No puede negarse que había también una congruencia política con las actividades de don Pedro de Luna y los intereses de Francia.

Posiciones doctrinales y fácticas. Cada obediencia ahora estaba formada por un número suficiente de reinos como para organizarse como si fuera una verdadera Iglesia. No cabía esperar una victoria militar que eliminase a uno de los dos electos, ni tampoco que se produjera la renuncia de ninguno de ellos. Conforme pasaba el tiempo se tornaba más difícil para los reyes cambiar de opinión, pues el reconocimiento de que obedecían al papa equivocado hubiera conducido a la nulidad de todos los actos ejecutados por él. Ya G. J. Jordán *{The inner history o] the Great Schism, a problem of Church unity,* Londres, 1930) llegó a la conclusión de que el conciliarismo era la consecuencia lógica y casi inevitable del *impasse* a que se había llegado en punto de doctrina. Fue formulado por Enrique de Langenstein *(Epístola pacis* de mayo de 1379; y *Epístola concilii pacis* de 1381) y por el preboste capitular de Worms, Conrado de Gelnhausen *(Epístola brevis,* 1379; *Epistolae concordiae,* mayo de 1380), lo mismo que por el arzobispo Tenorio en sus primeras intervenciones. Se afirmaba que la *plenitudo potestatis* tiene su origen en la Iglesia y es ejercida ordinariamente por el papa; pero en circunstancias excepcionales como éstas en que no es posible saber dónde está el legítimo vicario de Cristo, la única solución que queda es volver a la fuente, esto es, la Iglesia misma, de la que el concilio puede considerarse cabal expresión. Urbano VI, invitado por los príncipes alemanes, rechazó la idea de convocar el concilio.

Los dos rivales. Puede considerarse como un dato seguro la inestabilidad patológica de Urbano VI. Comenzó creando 29 cardenales a fin de disponer de un colegio, pero les trató tan mal como a sus antecesores. Desentendiéndose de los asuntos de Europa —circunstancia que permitiría a Inglaterra reforzar el poder real sobre la Iglesia—, puso su interés únicamente en Italia. Carlos de Durazzo, una vez consolidado como rey de Nápoles, pudo aspirar a la hegemonía sobre la península. Pero entonces las relaciones se hicieron difíciles porque Urbano trataba de intervenir directamente en el gobierno napolitano. En octubre de 1363, Carlos ordenaría prender al papa en Aversa: en este momento el monarca estaba de acuerdo con un grupo de cardenales para introducir una modificación en el gobierno de la Iglesia que acabara con las arbitrariedades: un consejo de regencia se encargaría del poder, sustituyendo al papa, al que se declararía incapaz. Urbano descubrió el plan: aprisionó a seis cardenales y al obispo de Aversa (enero de 1385), haciéndoles objeto de atroces torturas. Carlos, excomulgado, puso cerco a Nocera: varias veces al día Urbano se asomaba a una ventana para fulminar la excomunión contra sus sitiadores. Pudo escapar, llegando a Genova, en donde apeló la ayuda de los gibelinos para reclutar un ejército que le permitiera combatir primero a Carlos y luego a la viuda de éste que se había declarado clementista. Cinco de los cardenales presos desaparecieron sin dejar rastro y otros dos se pasaron al bando enemigo.

Cuando Bartolomé Prignano murió el 15 de octubre de 1389, la atmósfera de odio y temor que con su conducta creara dio pábulo a la sospecha de que hubiera sido envenenado.

Paralelamente, Clemente VII organizaba desde Avignon una eficiente burocracia: basta comparar la riqueza de sus registros con los de Urbano para comprender la diferencia. Ello no obstante, el papa de Avignon comenzó a perder apoyos. La Universidad de París, en una asamblea (20 de mayo de 1381), acordó defender la tesis de que sólo el concilio podría ser vía eficaz para la solución del cisma. Mientras vivió Carlos V y la influencia angevina permaneció dominante, la corte se mostró firme: Pedro de Ailly y Jean Rousse que fueron a llevar la preocupación de los universitarios, obtuvieron una pésima acogida. De todas formas, decían los expertos, el concilio presentaba una dificultad: para ser legítimo es preciso que un papa firme la convocatoria. Evidentemente, ninguno de los dos estaba dispuesto a hacerlo. Algunos profesores abandonaron la universidad y se pasaron al urbanismo.

Hasta el final, Clemente VII creyó que la solución al problema era únicamente militar: que su rival fuera destruido. Los errores de Urbano VI y el asesinato de Carlos de Durazzo le dieron grandes esperanzas. El matrimonio de Luis de Turenne con una Visconti y el movimiento que favorecía las aspiraciones de Luis II de Anjou al trono de Nápoles, ofrecían buenas perspectivas, ya que Urbano estaba absolutamente desprestigiado. Paradójicamente, su muerte iba a permitir la recuperación de su bando.

Bonifacio IX (2 noviembre 1389 - 1 octubre 1404)

Recuperación. Los catorce cardenales urbanistas supervivientes se reunieron en Roma rechazando la fórmula de liquidación rápida del cisma que hubiera sido la elección de Clemente. Dos previos candidatos, Poncello Orsini y Angelo Acciauoli, fueron incapaces de reunir los votos necesarios y hubo que llegar a un compromiso para elegir a Pietro Tomacelli, a quien había nombrado cardenal Urbano VI, en 1381, y que era como él oriundo de Nápoles. Muy elocuente y diestro en el manejo de la diplomacia, no poseía una gran preparación ni tampoco formación intelectual. Con gran decisión defendió su legitimidad, rechazando cuantos medios se le proponían para acabar con el cisma. Su influencia fuera de Italia fue aún menor que la de su antecesor, pero en cambio reforzó el dominio sobre las posesiones en la península. En el momento de la muerte de Urbano estaba en marcha un gran proyecto clementista que consistía en hacer de Luis II de Anjou (1377-1417) un feudatario de la Santa Sede con la totalidad de los dominios de Ancona, Romagna, Ferrara, Rávena, Bolonia, Perugia y Todi, bajo el título de reino de Adria. Bonifacio consiguió desbaratar este plan coronando a Ladislao (1386-1414), hijo de Carlos de Durazzo, y operando con él y sus partidarios un giro en la conducta hacia la reconciliación. Los angevinos fueron expulsados de la parte que ocupaban en Nápoles y en los Estados Pontificios. Puede decirse que de este modo la *via facti* quedó pulverizada. Dejaba tras de sí pesadas consecuencias: las campañas de Italia, el

lujo de una corte que con menos países quería seguir manteniendo las mismas dimensiones del pasado y la necesidad de indemnizar a los capitanes de mercenarios —entre los que figuraba un sobrino de Gregorio XI llamado Raimundo de Turenne—, agotaron todos los recursos. Avignon dependía prácticamente de Francia, pues sólo ésta, y en menor medida España, se hallaba en condiciones de remediar sus necesidades.

No muy distinta era la situación de Bonifacio IX, obligado a combatir en todos los frentes. Coronó en Gaeta a Ladislao de Nápoles (29 de mayo de 1390). Encomendó las lugartenencias de Spoleto y la marca de Ancona a dos de sus hermanos y se ocupó personalmente de someter a Roma. La guerra de Nápoles duraría di sumiendo grandes cantidades de dinero. Precisamente las reformas de Bonifacio ponen punto final a la estructura republicana que se arrastraba desde la época avignonense. Sus fuentes de ingresos estaban reducidas a las rentas de los Estados Pontificios. No es extraño que reapareciese la simonía a gran escala. No expresó Tomacelli nunca la menor duda de que era el legítimo papa: la posesión de Roma le parecía una señal inequívoca. En consecuencia, no tenía previsto para el cisma otro final que la renuncia de su contendiente; en 1390 propuso a Clemente que, si abdicaba, él y sus cardenales conservarían esta condición, reconociéndosele además una legación sobre Francia y España, que eran precisamente los territorios que dirigía. La propuesta no fue ni siquiera escuchada.

Las vías de la universidad de París. Ahora la posición de Francia había cambiado y se deseaba la conclusión del cisma. Pero como ya explicara K. Eubel *{Die Avignonische Obedienz der Mendikanten-Orden sowiet der Orden del Mercedarier und Trinitarier zur Zeit des grossen Schismas*, Paderborn, 1900), no era posible, dado el profundo esquema de división que se había producido, llegar a un punto en que se reconociese que una mitad de la cristiandad había vivido en el error y la otra mitad en la legitimidad. El 6 de enero de 1391 el canciller de la Universidad de París, Juan Gerson (1363-1429), acusó a la corte de mantener el cisma por razones políticas. Se hizo una primera gestión cerca de Clemente VII, formulándose la propuesta de que ambos papas abdicasen, permitiendo a los cardenales reunirse para elegir otro sin disputa. La respuesta fue negativa. El papa se limitó a ordenar la celebración de la misa *pro sedandis schismatis* (29 octubre 1393). En octubre de 1394, tras la caída de los marmousets y la asunción del poder por los duques de Berry, Borgoña y Orléans, el Consejo real de Francia pidió a la Universidad de París que elaborara una propuesta acerca de los medios que podían aplicarse para la liquidación del cisma. Se hizo una consulta mediante votación secreta y en pocas semanas se recogieron más de 10.000 boletos. Resultado final de la consulta fue la formulación de tres vías: *a) cessionis,* consistente en que ambos papas renunciaran simultáneamente; *b) transactionis,* mediante una negociación entre ambas partes para descubrir quién era el legítimo, recurriendo si era necesario a un procedimiento de arbitraje; y *c) concilii,* convocatoria de un concilio ecuménico. Se re-

comendó particularmente la primera por ser la que menos dificultades presentaba. A. Esch *(Bonifaz IX und der Kirchenstaat,* Tübingen, 1969) hace una advertencia: las tres vías parisinas se produjeron únicamente en el ámbito de obediencia clementista, pues Bonifacio rechazó resueltamente cualquier propuesta que no fuera de reconocimiento de su propia legitimidad.

Pedro de Luna, papa. Murió entonces Clemente VII (16 de septiembre de 1394) y la corte francesa ejerció presiones sobre los cardenales para que no procediesen a una nueva elección. Ellos argumentaron como sus colegas de Roma: eso era tanto como admitir que durante quince años ellos habían actuado con ilegalidad. Aceptaron en cambio firmar un documento comprometiéndose a poner todos los medios, incluso la abdicación, para acabar con el cisma. Por unanimidad, el 28 de septiembre, fue elegido Pedro Martínez de Luna, nacido en Illueca (Aragón), de 66 años, cardenal de Santa María in Cosmedin y una de las primeras autoridades en derecho canónico de su tiempo. Elevado al cardenalato en 1375, era un hombre de irreprochable conducta y sumamente enérgico, si bien S. Puig y Puig *{Pedro de Luna,* Barcelona, 1920) reconoce que a veces era difícil distinguir la firmeza de la terquedad. Testigo de primera magnitud en el cónclave de 1378, se había convertido luego en uno de los principales colaboradores de Clemente VII, siendo decisiva su parte en la obediencia de España. En 1393, estando en París, había defendido la tesis de la abdicación si era precisa para liquidar el cisma.

Apenas elegido escribió a Carlos VI: era su firme voluntad poner todos los medios precisos para una justa solución del problema. Fue encargado de llevar la respuesta del Consejo el maestro Pedro de Ailly, a quien el papa, según L. Salembier *{Le cardinal Pierre d'Ailly, chancelier de l'Université de París, évéque du Puy et de Cambrai,* Tourcoign, 1932), atraería para su causa, convenciéndole de que su propuesta de negociación era la correcta. Mientras tanto, un nuevo personaje, Simón Cramaud, que desde 1391 era patriarca de Alejandría y administrador apostólico de la diócesis de Avignon, entraba en escena. Según H. Kaminsky («The carlier career of Simón Cramaud», *Speculum,* XIX, 1974), se trataba de un ambicioso que había hecho de la abdicación del papa un objetivo que llegaría a obsesionarle. Se encargó de presidir una asamblea del clero en París (2 febrero de 1395), contando con el apoyo del duque de Berry, en la cual los 109 asistentes concluyeron que debía exigirse, sin más demora, la abdicación de Benedicto XIII. Los duques de Berry, Borgoña y Orléans viajaron a Avignon en mayo de 1395 para exigir sin ambages dicha fórmula. La corte francesa, que ya no manejaba a Benedicto, tampoco tenía el menor interés en sostenerle.

Camino del galicanismo. La respuesta de don Pedro de Luna fue que la *via cessionis* era anticanónica (un papa no puede ser obligado a abdicar) y creaba males mayores que los que se trataba de remediar, pues en adelante el primado romano quedaría sometido a las veleidades de la política. Y en el momento actual, su renuncia, conocida la negativa de Bonifacio, dejaría al descubierto la cuestión de la legitimidad. Propuso la que llamó *via conventionis* o *via iustitiae:*

los dos papas se reunirían para conversar o negociarían por medio de plenipotenciarios, siendo ellos, sin interferencias exteriores, quienes aclarasen la cuestión de la legitimidad; en caso de no obtener resultados, ambos, de consuno, abdicarían, fijando las condiciones para la elección del nuevo papa sin disputa.

Una nueva asamblea del clero francés, más agria, rechazó la *via conventionis* (agosto de 1396). Por su parte, Benedicto XIII envió procuradores a Roma en dos momentos (diciembre 1395 y otoño 1396) intentando el contacto directo con Bonifacio, aunque sin resultados. El obispo de Elna fue acusado de intentar en Roma una revuelta. Al de Tarazona se dijo que ni por medio de entrevista directa ni por vía de plenipotenciarios estaba el papa dispuesto a negociar.

Los consejeros de Carlos VI tomaron contacto con sus aliados de España y con los reyes de Inglaterra y de Alemania aprovechando un tiempo de tregua. El objetivo era formar una embajada de príncipes de las dos obediencias para presentar la propuesta de abdicación. Al final, sólo Enrique III de Castilla (1390-1407) y Ricardo II de Inglaterra (1377-1399) incorporaron sus procuradores a los de Francia (junio de 1397). Colard de Caleville conminó a Benedicto en Avignon; los británicos formularon en Roma a Bonifacio IX la misma demanda. En mayo de 1398 Wenceslao, por propia iniciativa, haría una gestión semejante. Todas fracasaron. Pedro de Luna se atrincheró tras su propuesta de negociación y Tomacelli en su indiscutible legitimidad. De modo que se cumplieron los plazos del ultimátum (febrero de 1398) sin que ninguno de los papas diera un paso hacia la solución del cisma. El 22 de mayo de 1398, una nueva asamblea del clero francés acordó que el único modo de obligar a Benedicto a entrar por la *via cessionis* era «sustraerle» la obediencia, es decir, bloquear absolutamente las rentas que desde Francia se le suministraban. Francia ejecutó la sustracción el 27 de julio de este mismo año y Castilla el 13 de diciembre. Escocia, Navarra y Aragón, rechazaron el procedimiento.

En aquella asamblea, lo mismo que en la literatura doctrinal que siguió, se formularon ya tesis de sometimiento a la monarquía que forman el precedente del galicanismo y del anglicanismo. Se dijo que al rey corresponde velar por la salud espiritual de sus súbditos incluso contra el papa. Pierre Plaoul añadió que el pontífice es tan sólo mandatario de la Iglesia, elegido, mientras que el monarca, suscitado por Dios desde la cuna, es vicario del mismo Dios. Pierre le Roy sostuvo que, en consecuencia, el papa está sometido al concilio, que es la expresión de la Iglesia. Sin embargo, la sustracción revelaría, con su fracaso, lo que podía esperarse de un sometimiento de la Iglesia al Estado. Las universidades, privadas de libertad y de muchos de sus medios de vida, fueron las primeras que reclamaron el retorno a la normalidad.

Sin obediencia. Sobre Benedicto se ejercieron muy fuertes presiones. Tras la sustracción, sólo cinco cardenales permanecieron a su lado; los demás se trasladaron a Villeneuve-les-Avignon, al amparo de las tropas francesas que, mandadas por Godofredo Boucicaut, sitiaron estrechamente el palacio, fuertemente defendido por doscientos soldados aragoneses que rechazaron incluso un asalto. Enrique III protestó de esta violencia y Martín I de Aragón (1395-1440)

envió una flota que remontó el Ródano hasta Arles, logrando una especie de tregua (10 de mayo de 1399) tras haberse obtenido del papa una promesa de abdicar en el caso de que su rival lo hiciese o muriera sin que se eligiese sucesor. Pero el papa había hecho levantar acta de que tal juramento era inválido al serle arrancado por la fuerza. El asedio se convirtió en bloqueo.

Estas circunstancias permitieron a Bonifacio IX afirmarse. Genova y Nápoles le ofrecieron obediencia, de modo que prácticamente toda Italia —pero sólo Italia— le obedecía. Para conservar la frágil fidelidad de Ricardo II y de Wenceslao —que sería sustituido por Roberto el Palatino en agosto de 1400— hizo concesiones, como la entrega de los diezmos eclesiásticos, que prácticamente desmantelaban la independencia de las Iglesias locales. Bonifacio se desprestigió porque la simonía y la venta de indulgencias eran el único medio desesperado que tenía para procurarse dinero. Había un terrible contraste entre el papa, desprendido y austero, y los abusos escandalosos de la curia.

En 1402 las cosas comenzaron a cambiar en favor de Benedicto XIII. Los eclesiásticos estaban cada vez más asustados ante la intrusión de los laicos. La Universidad de París, privada de beneficios y rentas, hubo de cerrar sus aulas en 1400. Las de Orléans y Toulouse se pronunciaron abiertamente contra la sustracción. Provenza restituyó la obediencia y Luis II de Anjou se convirtió en un firme apoyo para la causa del papa. En la noche del 11 de octubre de 1403, con hábito de cartujo, el papa abandonó el palacio, al que jamás regresaría, refugiándose en casa del embajador catalán, Jaime de Prades, desde donde pasó a Chateau-Rcnard. Entonces los habitantes de Avignon, en la mañana del 12 de octubre, se amotinaron contra las tropas francesas aclamando al papa. Los cardenales acudieron también a su lado. Enrique III restableció la obediencia y, al final, Carlos VI tuvo que hacer lo mismo.

Al finalizar el año 1403, don Pedro de Luna estaba instalado en Marsella anunciando que iba a poner en marcha la *vía iustitiae.* Envió una embajada a su rival que alcanzó Roma el 22 de septiembre de 1404. Bonifacio estaba muy enfermo. Los avignonenses proponían una entrevista personal entre ambos papas con el compromiso moral de abdicar si no se llegaba a un acuerdo. Las discusiones, especialmente el 29 de septiembre, fueron tormentosas. Como el papa murió a los dos días, los cardenales culparon a los embajadores de su fallecimiento, les redujeron a prisión y obligaron a pagar un fuerte rescate.

Inocencio VII (17 octubre 1404 - 6 noviembre 1406)

Nueva elección. El cónclave romano no necesitó mucho tiempo para llegar a la elección de Cosimo Gentile de Migliorati, arzobispo de Bolonia y cardenal presbítero, un hombre que iba a cumplir 70 años y cuya más importante trayectoria le situaba en el estudio del derecho. Legado en Toscana y Lombardía, había prestado grandes servicios a Bonifacio IX. Los cardenales se negaron a atender los ruegos de los embajadores de Benedicto, que proponían retrasar la elección hasta llegar a un acuerdo que permitiera la liquidación del cisma. El que pasó a llamarse Inocencio VII se había comprometido bajo juramento, an-

tes de su elección, a poner todos los medios a su alcance para restaurar la unidad, incluyendo su propia abdicación. Presionado por el rey de Romanos, accedió a convocar un concilio que debería reunirse en Roma el 1 de noviembre de 1405, pero los embajadores de Benedicto XIII, rescatados al fin, regresaron a Marsella con el convencimiento de que nada iba a hacerse. De hecho el concilio, pospuesto dos veces, acabaría siendo olvidado.

Benedicto XIII abandonó Marsella el 2 de diciembre de 1404, dirigiéndose a Italia: con él viajaban sus dos grandes aliados, Luis II de Anjou y Martín I; suya era la flota que les transportaba. Los colectores de Francia y el soberano aragonés contribuyeron a reunir la suma de 128.000 francos de oro en que se cifraban los costes de la operación. El 21 de diciembre llegaba a Niza. Monaco envió al papa las llaves. Toda la Costa Azul se declaraba en favor suyo. El 16 de mayo de 1405 fue recibido en Genova con todo honor. San Vicente Ferrer, con su palabra y sus prodigios, contribuía a dar un ambiente popular a la expedición. Las noticias que llegaban del otro campo eran muy favorables: a causa de los disturbios acaecidos en Roma, Inocencio VII había tenido que refugiarse en Viterbo. Benedicto comunicó que estaba dispuesto a ir a esta ciudad, si se le proporcionaba un salvoconducto, para tener allí la entrevista. Pero Inocencio se negó en redondo a ambas cosas. Una gran decepción se produjo en todo Occidente cuando Benedicto regresó a Marsella el 4 de diciembre del mismo año.

Interviene Ladislao. En el fondo, Inocencio era un instrumento en manos del rey Ladislao, que temía que una reconciliación con Luis II de protagonista significara el desconocimiento de sus derechos a Nápoles: hizo jurar al papa que ninguna clase de acuerdo concluiría sin que se incluyese la confirmación de su legitimidad. Las tropas napolitanas habían aprovechado la ausencia del papa para adueñarse de Roma, incluyendo el castillo de Sant'Angelo. Aunque Inocencio llegó a fulminar la excomunión contra Ladislao por estas usurpaciones (marzo 1406), no le quedaba otro remedio que rendirse: fuera de Ladislao no tenía ningún otro punto de apoyo. Y así el 1 de septiembre de 1406 le nombraría gonfaloniero de la Santa Sede y protector de los Estados Pontificios.

Cuando Benedicto XIII envió a París al cardenal Antonio Challant para dar cuenta de sus gestiones, fue recibido con absoluta frialdad. El duque de Borgoña, que gobernaba en nombre de Carlos VI, a quien la pérdida de razón incapacitaba, se mostró declarado enemigo de don Pedro de Luna, cuya abdicación exigía sin condiciones. Una embajada de Enrique III volvió a insistir: la *vía cessionis* era la más conveniente. En una nueva asamblea del clero, Simón Cramaud se mostró sumamente crítico no sólo en relación con ambos papas, sino con la institución misma del pontificado, tal y como había salido de la experiencia centralizadora de Avignon. Cuando la asamblea clausuró sus sesiones, el 4 de enero de 1407, quedó flotando en el aire la idea de que había que reclamar a toda costa las «libertades de la Iglesia de Francia». Los medios prácticos para acabar con el cisma estaban pasando a un segundo plano ante esta explosión de galicanismo. En este momento llegó la noticia de que Inocencio VII había muerto en Roma el 4 de enero de 1406.

Gregorio XII (30 noviembre 1406 - 4 julio 1415)

Primer acuerdo. De nuevo los procuradores de Benedicto XIII trataron de convencer a los cardenales para que no procedieran a una nueva elección. Éstos, antes de entrar en el cónclave, juraron abdicar si éste era el medio para acabar con el cisma. El electo, Angelo Correr, veneciano que tomó el nombre de Gregorio XII, confirmó solemnemente este juramento la misma noche del escrutinio y así lo explicó en cartas a príncipes y reyes, despertando grandes esperanzas. Contaba más de 70 años y había sido patriarca de Constantinopla, cardenal presbítero de San Marcos, secretario del papa. Su juramento, que finalmente cumpliría, implicaba una condición previa y era la renuncia de Benedicto XIII. Esto mismo estaba exigiendo en Marsella el infatigable Simón Cramaud: que don Pedro de Luna publicara una bula comprometiéndose a abdicar en iguales circunstancias y prohibiendo a sus cardenales elegir después de su muerte, para lo cual deberían invitar a los de la obediencia romana a reunirse con ellos. El 12 de diciembre Gregorio escribió a Benedicto: tenían que devolver la paz a la Iglesia. A esto respondió don Pedro que se trataba de algo que ellos mismos debían acordar en una entrevista directa. Las muestras de consideración y respeto que mutuamente se dispensaron, inducen a los historiadores a creer que ya existían secretos contactos que desconocemos. Resultado de las mismas fue el acuerdo de Marsella (21 de abril de 1407): la reunión se celebraría en Savona, ciudad protegida por Francia y guarnecida por Boucicaut, acudiendo ambos a ella con sus cardenales y un séquito rigurosamente equilibrado. Para mayor garantía, el casco urbano se dividiría en dos.

Se fijaron dos fechas, 29 de octubre y 1 de noviembre del mismo año. Pronto los parientes del papa y Ladislao de Nápoles, que temían sufrir perjuicios, trabajaron para impedir la reunión. Los primeros pedían garantías sobre los beneficios que estaban recibiendo y el rey reclamaba como una de las condiciones previas su propio reconocimiento, puesto que al lado de Benedicto estaba Luis de Anjou. Comenzaron las vacilaciones de Gregorio cuando temió que hubiera tras ello una celada para capturarle: puso primero inconvenientes al viaje por tierra, poco seguro, y después a la navegación; finalmente salió de Roma a finales de agosto sin tiempo material para hallarse en Savona en la fecha precisa. Llegó a Siena el 4 de septiembre y permaneció allí hasta enero de 1408; entonces recibió la noticia de que, en su ausencia, Ladislao había atacado Roma hasta tomarla. En su desesperación los romanos pidieron auxilio a Benedicto XIII, que envió algunas naves, aunque llegaron demasiado tarde. Una eventual ocupación de Roma por los benedictistas hubiera sido para Gregorio el final. Además, Ladislao anunció que si la entrevista se celebraba, él estaría presente.

Benedicto, que mostraba un decidido interés por el encuentro, había llegado a Savona el 24 de septiembre de 1407. Daba sensación de poder. Mientras se negociaban nuevos plazos y nuevos lugares, avanzó hasta Portoveneris (3 enero 1408). Gregorio continuó hasta Lucca (28 de enero). Aunque las negociaciones continuaban, se abría paso el convencimiento de que la entrevista

nunca llegaría a celebrarse. Una gran decepción se extendió. Asesinado el duque de Orléans (23 de noviembre de 1407), gobernaba ahora en nombre de Carlos VI el duque de Borgofia, que no era nada favorable a Benedicto: el Consejo Real anunció que si antes del 24 de mayo los dos papas no daban la unidad a la Iglesia, Francia se declararía neutral. La amenaza se cumplió con absoluta precisión el 28 de mayo. Cuando Gregorio, en esta misma fecha, buscando reforzarse, promovió cuatro nuevos cardenales, el colegio se rebeló, trasladándose a Pisa, desde donde escribió a reyes y príncipes señalando que no quedaba otro recurso que la convocatoria del concilio universal. A Pisa acudieron también cuatro cardenales de la obediencia de Benedicto que le habían abandonado. Entre todos tomaron la decisión de convocar un concilio que se reuniría en aquella misma ciudad el próximo mes de marzo de 1409. Esta convocatoria, en que se afirmaba la tesis de que, vacante el pontificado, a los cardenales compete la iniciativa, fue distribuida ya a todas las Iglesias en el mes de julio de 1408. En este momento fracasó, al parecer, un intento de Simón Cramaud para apoderarse de la persona de don Pedro de Luna.

El concilio fallido. Comenzaban a tocarse las consecuencias de tan prolongado cisma: el pontificado había perdido no sólo su poder, sino también el prestigio de que se viera rodeado en los dos últimos siglos. Surgían dos doctrinas, conciliarismo y regalismo. La primera sostenía abiertamente que el concilio, como expresión de toda la Iglesia, es superior al papa, a quien puede incluso juzgar, y se hace titular de la *plenitudo potestatis,* no siendo por tanto necesario que un papa lo convoque y presida. Se añadía que aunque en circunstancias normales al pontífice corresponde cursar la convocatoria, en otras excepcionales como aquélla podría hacerlo el colegio de cardenales o incluso los soberanos temporales. El regalismo colocaba la potestad regia (poderío real absoluto) por encima de la del propio papa. El principio del *praemunire,* que exigía la autorización real para las relaciones con Roma, se consolidó en Inglaterra y comenzó a aplicarse en Francia.

El 16 de junio de 1408, tras haber convocado un concilio a celebrar en Perpignan, Benedicto XIII abandonó Portoveneris; le acompañaban solamente cuatro cardenales. Buscó refugio en tierra catalana, donde en los años inmediatamente siguientes la muerte de su gran amigo Martín I le daría la oportunidad de influir sobre el Compromiso de Caspe y la elección de Fernando el de Antequera (1412-1416) como rey. Por esta vía calculaba disponer de una plataforma inconmovible en la península. Gregorio XII, vuelto a Siena, también convocó un concilio de su obediencia en Cividale. La situación se complicaba: eran tres concilios los convocados. Muy pocas personas concurrieron a Cividale, que fue suspendido sin que se tomara resolución alguna. El de Perpignan tuvo una mayor importancia y volumen. Se examinó y aprobó un largo informe de Benedicto XIII acerca de las gestiones que había hecho y continuaba haciendo para concluir el cisma por la *via iustitiae.* Sus sesiones se interrumpieron, sin acto de clausura, el 26 de marzo de 1409, después de tomarse el acuerdo de enviar una delegación a Pisa.

Francia, Navarra, Milán e Inglaterra se sumaron oficialmente al Concilio de Pisa, que se inauguró el 15 de marzo de 1409 mediante una solemne ceremonia en su catedral. Aunque la Dieta del Imperio, reunida en Frankfurt, aprobó la doctrina del concilio, los príncipes y ciudades se dividieron de modo que no se produjo una comparecencia conjunta de la nación alemana. La concurrencia fue, sin embargo, muy grande: 24 cardenales, cuatro patriarcas, 160 arzobispos, obispos y abades presentes en persona y otros 3.000 representados por procuradores. La ausencia de España, que se mostraba como un bloque en torno a Benedicto XIII, auguraba también el fracaso. Comenzó presidiendo el cardenal más antiguo, Guido de Malesset, pero muy pronto Simón Cramaud se hizo dueño de la situación pasando a dirigir las sesiones con ayuda de otros dos patriarcas. Por vez primera un concilio se presentaba a sí mismo como suma de seis corporaciones: el colegio de los cardenales y las naciones alemana, francesa, inglesa, italiana y provenzal. En la primera sesión el arzobispo de Milán, Pedro Philarghi, sostuvo la tesis de que los cardenales tenían derecho a convocar el concilio (26 de marzo), pero ya el 15 de abril los alemanes replicaron que sólo Gregorio XII tenía derecho y que si se le negaba legitimidad también los cardenales designados por él y sus antecesores la perdían. Carlos Malatesta, que intervino en nombre de Gregorio, dijo que si el concilio se trasladaba a una ciudad que no estuviese bajo el dominio de Florencia, acudiría allí depositando la abdicación en sus manos.

El cisma tricéfalo. Se nombraron el 4 de mayo las comisiones encargadas de juzgar a ambos papas. De ello protestaron Roberto de Nápoles y Bonifacio Ferrer, que estaba al frente de una embajada española que fue maltratada después por el concilio y cuyos miembros tuvieron que abandonar Pisa perseguidos por el populacho. Los miembros de dicha comisión eran dos cardenales y dieciséis representantes de las naciones (cuatro alemanes, cinco franceses, un inglés, cinco italianos y un provenzal). Se recogieron 62 testimonios, algunos de ellos presentados únicamente por escrito y, en medio de acusaciones fantásticas que no podían faltar, apareció clara la culpabilidad: negándose a abdicar, ambos papas impedían que volviera la paz a la Iglesia. En consecuencia, el 5 de junio de 1409 se leyó la sentencia: se les declaraba depuestos por cisma, herejía contra el concilio y perjurio al no cumplir el voto de abdicar. Vacante la sede se procedió a una nueva elección: como medida cautelar se dispuso que el electo debía reunir dos tercios de los votos en ambas obediencias. El 26 de junio Pedro Philarghi sería designado por unanimidad. Tomó el nombre de Alejandro V.

Nacido en Creta, súbdito veneciano, de humilde familia, era un franciscano formado en Padua, Norwich y Oxford. Había viajado mucho. Profesor de Sentencias de Pedro Lombardo, era, desde 1381, doctor por la Universidad de París. De aquí pasó a Pavía, y contando con la protección de los Visconti fue obispo de Piacenza, Vincenza, Novara y, desde 1402, arzobispo de Milán. Inocencio VII le elevó al cardenalato, encomendándole la legación en Lombardía. Fue de los primeros en abandonar a Gregorio XII para sumarse a los rebeldes de

Pisa. Su candidatura había sido sugerida por Baldassare Cossa que, precisamente, le sucedería. Defraudó las esperanzas que su recta vida personal habían hecho concebir: como primera medida confirmó todas las actuaciones de los cardenales y del concilio e hizo un reparto de prebendas entre parientes y amigos. El 7 de agosto el Concilio de Pisa cerró sus puertas anunciándose que antes de tres años volvería a reunirse para proceder a la reforma en la cabeza y en los miembros. Se creía que en este plazo los rivales de Alejandro V desaparecerían.

Benedicto XIII, seguro de la obediencia española, pasó a Barcelona y luego a Valencia, desde donde formuló anatemas contra el concilio. Gregorio, confiando en el apoyo de Ladislao, se refugió en Gaeta: el rey de Nápoles controlaba gran parte de los Estados Pontificios. Para destruir este poder, Alejandro nombró a Luis II de Anjou gonfaloniero de la Iglesia, excomulgando a Ladislao y reconociendo los derechos angevinos sobre Nápoles. Aunque las tropas de Luis II y de Baldassare Cossa se apoderaron de Roma (12 de diciembre de 1409), Alejandro V no llegó a instalarse en ella. Fijó su residencia en Bolonia, donde falleció el 3 de mayo de 1410.

El primer Juan XXIII. Por recomendación de Luis II los cardenales eligieron a Baldassare Cossa, que tomó el nombre de Juan XXIII. J. Blumenthal («Johann XXIII: seine Wahl und seine Personlichkeit», *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, 21, 1901) ha recogido todas las noticias negativas que convierten a este antipapa en un verdadero monstruo de liviandad y de codicia. Es indudable que tales exageraciones no pueden ser admitidas como fidedignas. De hecho, era un soldado, con dotes políticas antes que hombre de Iglesia: se le había elevado al cardenalato del título de San Eustaquio en febrero de 1402 como consecuencia de tales cualidades, que fueron tenidas en cuenta en su elección como papa ya que era el único que podía conducir la guerra a buen fin. Su primera decisión consistió en enviar un mensaje a España para reclamar su sumisión. Cayó en el vacío. Francia, Inglaterra y partes sustanciales de Alemania e Italia le obedecían. Con ayuda de Luis II derrotó en Roccasecca a Ladislao, entrando en Roma once días más tarde (22 abril 1411). Pero la vuelta de Luis II a Francia permitió a Ladislao un cambio radical: abandonó a Gregorio XII, reconoció a Juan XXIII y se encargó de la protección de Roma. Gregorio se recluyó en Rímini al amparo de Carlos Malatesta y hasta el momento de su abdicación vivió reducido a la impotencia.

La alianza entre el papa y Ladislao no podía durar: era un juego de intereses encontrados. Juan XXIII creó 14 cardenales y convocó un concilio que, con muy escasa asistencia, se celebró en Roma. La única decisión importante fue la condena pronunciada sobre los escritos de Wyclif (1 febrero 1413). Despejada la amenaza angevina, Ladislao volvió a sus pretensiones de dominio y en junio de este mismo año el pontífice tuvo que huir de Roma, de la que se apoderaron los napolitanos. Buscó refugio en la corte de Segismundo, rey de Romanos, que había llegado entre tanto al norte de Italia.

Constanza. Elegido en 1411 para suceder a Roberto, Segismundo, que no alteró la línea de obediencia de su antecesor, mostró desde el primer instante

su convencimiento de que el final del cisma sólo vendría cuando los tres sedicentes papas abdicasen, estando todas las naciones conformes. Gregorio no significaba ningún problema: varias veces había anunciado su intención de renunciar. Estando en Lodi, el rey de Romanos pidió a Juan XXIII que le enviara procuradores para tratar de la convocatoria de un concilio que fuese verdaderamente ecuménico: fueron los cardenales Chalant y Zabarella. El 20 de octubre de 1413 la Cancillería imperial pudo anunciar que dicho concilio abriría sus puertas en la ciudad de Constanza el 1 de noviembre del siguiente año. Juan XXIII firmó en efecto la bula de convocatoria (9 de diciembre). Segismundo dejó pasar algún tiempo antes de transmitir a Gregorio una invitación.

La dificultad principal se hallaba en España donde, según se creía, Fernando I, rey de Aragón y regente al mismo tiempo de Castilla en nombre de Juan II (1407-1454), ofrecía apoyo absoluto a Benedicto. Entraba en los planes del soberano aragonés casar a su hijo Juan con la hermana heredera de Ladislao, Juana (1414-1435), que sucedió a éste precisamente en 1414. Si se unían Sicilia y Nápoles al benedictismo, podían convertirlo en opción peligrosa. Entre junio y septiembre de 1414, enviados del rey de Romanos se reunieron con los representantes del papa y con castellanos, aragoneses y franceses, en Morella, y llegaron a una conclusión: Benedicto no iba a renunciar en modo alguno, de modo que la esperanza se cifraba en una entrevista directa entre Segismundo y Fernando; una idea que el rey de Romanos aceptó.

Juan XXIII llegó a Constanza el 28 de octubre de 1414, siendo recibido con los honores de un verdadero papa. Pudo entonces creer que el concilio era suyo y que su trabajo consistiría en lograr que los otros dos electos renunciasen. A la primera misa, ceremonia oficial de apertura (5 de noviembre), acudieron muy pocas personas; pero luego la asistencia creció. Cuando Segismundo se instaló en Constanza (24 de diciembre de 1414) se tuvo la sensación de que se empezaba a trabajar en serio. Aumentaron los asistentes. Al final estuvieron presentes 29 cardenales, tres patriarcas, 33 arbozispos, 150 obispos, más de cien abades, 300 doctores y 18.000 laicos de las más diversas procedencias. Nunca se había reunido en la Iglesia una asamblea tan numerosa. Juan XXIII, que comenzaba a temer, se colocó bajo la protección del duque Federico de Austria (1382-1439) y del margrave de Badén. Se dijo entonces que las tareas asignadas al concilio eran tres: liquidación del cisma, confirmación de la fe, reforma en la cabeza y en los miembros.

Pedro de Ailly y Guillermo Fillastre desmontaron la maniobra de Juan XXIII, que presentaba a Constanza como simple continuación de Pisa, haciendo aprobar (7 de febrero 1415) un procedimiento que era enteramente nuevo: todo el mundo tendría voz y voto, expresándose éste a través de la nación correspondiente. Europa, la cristiandad, estaba formada por cinco naciones: italiana, alemana, francesa, española e inglesa. Los cardenales perdían su carácter de corporación e Italia se veía despojada de la primacía que hasta entonces tuviera: era apenas un voto entre cinco. Ante las protestas de los cardenales, la sesión XI (25 de mayo de 1415) permitió al colegio designar una comisión de seis miem-

bros que podría deliberar con las naciones aunque sin reconocerle un voto independiente.

Conciliarismo. Ausente la española, el concilio comenzó a marchar con cuatro naciones. Mientras se negociaba y deliberaba sobre el cisma, tenía lugar el proceso contra Juan de Hus (1369-1415) y sus colaboradores, que duraría hasta el 6 de julio de 1415: la sentencia condenatoria y ejecución del famoso reformador bohemio se produjeron estando la sede vacante. Fillastre y Pedro de Ailly defendieron con decisión la tesis de Segismundo: era imprescindible que los tres papas abdicasen. Se hizo circular entre los conciliares un libelo infame que presentaba a Juan XXIII bajo las más negras tintas que cabe imaginar. Atemorizado, el papa consultó con sus colaboradores la posibilidad de comparecer ante el concilio, hacer una abierta confesión y lograr de este modo una declaración absolutoria que despejara las calumnias; ellos la desaconsejaron dadas las circunstancias. Presionado, firmó el 16 de febrero de 1415 una fórmula de abdicación condicionada a que sus rivales lo hicieran también, pero el concilio la rechazó, por falta de claridad, y le propuso un texto que, mediante presiones, tuvo que aceptar el 1 de marzo. Entonces el concilio le aplaudió y Segismundo, en signo de reconocimiento, se arrodilló para besar su zapato.

Pero en la noche del 20 al 21 de marzo, disfrazado, Baldassare huyó de Constanza y alcanzó Schaffhausen, desde donde se dirigió a Friburgo de Brisgovia para ponerse bajo el amparo del duque de Austria. Fue un momento de gran confusión, porque el concilio perdía su cabeza. Segismundo llamó a los representantes de las naciones para explicar la situación, y ellos decidieron seguir adelante. En la tarde del Viernes Santo, 29 de marzo de 1415, en el convento de los franciscanos, tres de las cuatro naciones presentes, alemana, francesa e inglesa, acordaron defender la doctrina de la superioridad del concilio sobre el papa. Juan Gerson sostuvo la tesis de que todo el mundo, incluidos los pontífices, se encuentran obligados a obedecer al concilio, que cuenta con la asistencia del Espíritu Santo.

Esto era ya conciliarismo. Los cardenales y la nación italiana estaban dispuestos a oponerse a él. Segismundo intervino para lograr una suavización en las expresiones que evitara una ruptura. Se dio a conocer, sin embargo, que algunos cardenales y miembros de la curia se estaban reuniendo con Baldassare Cossa para restablecer su obediencia y estallaron tumultos. En la sesión del 6 de abril fue aprobado un decreto —los cinco Artículos de Constanza— que rompía con las Decretales y toda la tradición de la Iglesia, declarando que el concilio era superior al papa. Juan XXIII se había alejado todavía más refugiándose en el castillo de Breisach, que pertenecía a Federico de Austria; aquí le visitaron Zabarella y una comisión de cardenales que le conminaban a regresar para responder a las acusaciones que se habían presentado. Federico se comprometió con los conciliares a entregar a quien consideraba únicamente como un rehén. El 28 de mayo se pronunció la sentencia de deposición e inmediatamente el duque dispuso que se le trasladara en calidad de prisionero a Gottlieben. Años más tarde, tras la conclusión del concilio, Cossa recobraría la

libertad, pero entregando como rescate toda su fortuna, 30.000 florines de oro. Fue a Roma, pidió perdón a Martín V y se le reintegró en el colegio hasta su muerte en 1419.

Desde enero de 1415 se encontraban en Constanza representantes de Gregorio **XII,** a los que se trató bastante mal. Ellos habían comunicado la decisión de su señor de abdicar si los otros lo hacían y siempre que Cossa no presidiera el concilio. Tras la destitución de Juan XXIII, Carlos Malatesta confirmó este propósito. A fin de dar una mayor legitimidad a los actos, Juan Dominici presentó el 4 de julio una bula firmada por Gregorio convocando el concilio. A continuación Malatesta leyó el acta de abdicación. El que ahora era ya de nuevo Angelo Corario fue nombrado decano del colegio de cardenales, obispo de Porto y legado perpetuo en la marca de Ancona. Moriría en Recanate el 18 de octubre de 1417.

Interregno (4 julio 1415 - 11 noviembre 1417)

Entre el 4 de julio de 1415 y el 11 de noviembre de 1417 se produjo en la Iglesia un interregno muy singular: por vez primera la Iglesia estaba, sede vacante, gobernada por un concilio y no por el colegio de cardenales. Segismundo seguía firme en la idea de que no debía procederse a una nueva elección mientras no hubiera sido eliminado el tercero de los sedicentes papas, Benedicto XIII. Embajadores de este último y de los reyes españoles habían insistido en Constanza el 4 de marzo de 1415 en la idea de una entrevista con Fernando y con don Pedro de Luna, señalando la ciudad de Narbona. El rey de Romanos aceptó y emprendió el viaje en el mes de julio del mismo año. La enfermedad que padecía Fernando I fue causa de que la entrevista tuviera que celebrarse en Perpignan, tierra catalana, a partir del 17 de septiembre. Los españoles comenzaron defendiendo la *via iustitiae,* es decir, aquella información que debía permitir averiguar quién de los electos era legítimo papa. Benedicto propuso dos fórmulas: que se repitiese la elección de 1378 con los cardenales supervivientes de aquel cónclave —es decir, únicamente él—, prometiendo que en modo alguno se votaría a sí mismo; o que se estableciese una negociación con árbitros entre sus procuradores y los del concilio. No hubo modo de inducirle a abdicar. Al final, Fernando optó por retirarle su obediencia, firmando con Segismundo un convenio (13 de diciembre de 1415) que implicaba la incorporación al concilio de Aragón, Castilla, Navarra, Escocia y Armagnac. Ésta fue la decisión que san Vicente Ferrer comunicó a Benedicto el 6 de enero de 1416.

Hubo fuertes retrasos en la constitución de la nación española. Los procuradores de Portugal y Aragón fueron admitidos el 15 de octubre en 1416 y los de Navarra el 24 de diciembre del mismo año. Pero los de Castilla no quisieron hacerlo hasta el 18 de junio de 1417, porque como L. Suárez *{Castilla, el cisma y la crisis conciliar,* Madrid, 1960) ha comprobado, exigieron seguridades de que se procedería a una elección de papa antes que a los decretos de reforma. La deposición de Benedicto XIII como culpable de perjurio, al haber incum-

plido la promesa de abdicar, de cisma y de herejía contra la *Unam Sanctam* —no se pudo formular acusación alguna respecto a su conducta personal—, tuvo lugar el 26 de julio de 1417.

Segismundo compartía el pensamiento de la nación alemana: la reforma debía preceder a la elección de papa a fin de que el nuevo vicario de Cristo se encontrara con una Iglesia reformada. Los cardenales y las dos naciones de Italia y España sostenían que la primera y principal de las reformas era precisamente devolver a la Iglesia su cabeza. Hubo fuertes debates. Llegó la solución cuando el obispo de Winchester, Enrique de Beaufort, tío de Enrique VI de Inglaterra (1422-1461), asumió la presidencia de su nación y sumó su voto al de las dos mencionadas, estableciendo una mayoría a la que entonces se sumó Francia. Un decreto del 9 de octubre de 1417 declaró que la reforma se haría inmediatamente después de la elección. Alemania se sintió entonces traicionada. Fue ésta la primera raíz de las *gravamina*, que se esgrimirían más tarde en la Reforma. El 30 de octubre el concilio aprobó un programa de 18 puntos para esa reforma, que el futuro electo tenía que comprometerse a aceptar.

Por una sola vez, y habida cuenta de las excepcionales circunstancias que entonces concurrían, las naciones estuvieron de acuerdo para que en el cónclave, además de los 23 cardenales existentes, tomaran parte otros treinta prelados o embajadores, seis de cada nación. Se reunieron el 8 de noviembre y en sólo tres días llegaron al acuerdo de elegir al cardenal diácono Otón Colonna que, por la festividad del día, quiso llamarse Martín V. Tuvo que ser ordenado antes de que se procediera, el día 21 del mismo mes, a su coronación. Felipe de Malla pronunció en esta ceremonia un discurso en que establecía la comparación entre las doce estrellas del Apocalipsis y los doce reyes que habían conseguido acabar con el cisma. Benedicto XIII mantuvo su condición de papa, sin ser molestado, en la pequeña villa de Peñíscola, rodeado por un minúsculo grupo de fieles seguidores hasta su muerte en 1423, contando 95 años de edad. Los tres cardenales que le sobrevivieron eligieron entonces a Gil Sánchez Muñoz, arcipreste de Teruel, que tomó el nombre de Clemente VIII. Obedeciendo las sugerencias de Alfonso V abdicaría en una solemne ceremonia el 28 de julio de 1429, haciendo que los cardenales de él dependientes proclamasen también a Martín V como legítimo papa. Gil Sánchez moriría en 1446 siendo obispo de Mallorca.

Martín V (11 noviembre 1417 - 20 febrero 1431)

Decretos finales del concilio. Martín V comenzó su programa de reformas mediante el restablecimiento de la curia, tomando para ella, como el concilio propusiera, personas procedentes de las dos obediencias. Modesto, de buen juicio y notable prudencia, entendía que dicho programa tenía que empezar precisamente por la cabeza, es decir, restaurando el principio de autoridad y conservando la colación de todos los beneficios con los ingresos que éstas procuraban. Incorporó seis cardenales a la comisión de reforma. Pero el colegio no tenía mucho interés en ella y cada una de las naciones tenía su propio progra-

ma que no coincidía con el de la nación vecina. Los alemanes se adelantaron a presentar en enero de 1418 lo que podríamos llamar un croquis general, que afectaba por igual a todos los países. Martín suprimió dos puntos (la protesta por excesivas apelaciones a la curia y la referencia a aquellos casos en que un papa puede ser juzgado por el concilio) y presentó los demás a la aprobación de las naciones. Así surgieron los siete decretos del 20 de marzo de 1418:

— Supresión de las exenciones otorgadas a monasterios durante el cisma.

— Revocación de las uniones concedidas para reformar con varios beneficios un solo título.

— Renuncia por parte del papa a percibir las rentas de los beneficios vacantes.

— Suspensión inmediata de todos aquellos que hubiesen sido ordenados con simonía.

— Obligación de residencia para todos los titulares de beneficios, privándose de ellos a los obispos que no se hubiesen hecho consagrar.

— Supresión de todos los diezmos concedidos hasta entonces y compromiso de no imponer otros nuevos excepto en casos especialmente graves.

— Corrección de los abusos producidos en el vestir y comportamiento de los clérigos ordenados.

Los decretos tuvieron escasa efectividad. Pero en cambio Martín V se vio obligado a firmar concordatos con Alemania, Francia, Italia y España (13 de mayo de 1418) que restringían durante cinco años —hasta la celebración del siguiente concilio— muchas de las prerrogativas pontificias. El acuerdo con Inglaterra era más fuerte, ya que no reconocía límites de tiempo confirmando así el Estatuto de Provisores que iba a permitir a los monarcas británicos conformar un clero a su medida. El papa pudo recuperar gran parte de sus poderes en Francia por la confusa situación provocada por la guerra y porque el Parlamento de París se negó a registrar el concordato, alegando que había sido firmado con la Iglesia y no con el príncipe. En aquellos momentos los borgoñones ocupaban París reconociendo a Enrique VI, y los obispos franceses estaban divididos entre las dos obediencias.

La tarea de reconstrucción. El 22 de abril de 1418 concluyó el Concilio de Constanza. Comenzaba ahora la tarea más difícil, precisamente aquella en que, según P. Partner *(The Papal State under Martin V*, Londres, 1958), obtendría el mayor éxito: recuperar su poder en Italia. Habiendo celebrado el 15 de mayo su última misa, Martín abandonó Constanza al día siguiente, acompañado hasta Gottlieben por una inmensa muchedumbre. Allí embarcó rumbo a Schaffhausen. Por Berna y Ginebra, viajando lentamente, llegó a Milán. En Florencia tuvo que detenerse 19 meses porque ni Roma, ocupada por Juana II, ni Bolonia, sometida a tiranuelos locales, le obedecían. A sus hermanos Jordano y Lorenzo les nombró respectivamente duque de Amalfi y príncipe de Salerno, y conde de Alba. Mediante negociaciones logró que Juana II retirara sus tro-

pas de Roma y así pudo entrar en la ciudad el 29 de septiembre de 1420 con un ceremonial deliberadamente fastuoso.

La vieja capital era una ruina: hubo que comenzar reponiendo la techumbre de San Pedro, que se había caído. Martín V inició la profunda transformación que haría de la capital de la Iglesia la gran ciudad del Renacimiento, contratando artistas como Massaccio, Giacomo Bellini o Gentile da Fabriano. Pero la guerra era en aquellos momentos la ocupación fundamental. Un *condottiero,* Braccio da Montone, se encargó de recuperar los Estados Pontificios, que significaban una muy sustantiva fuente de rentas. Mientras tanto, de acuerdo con el decreto *Frequens* aprobado en Constanza (5 de octubre de 1417), tuvo que convocar un Concilio en Pavía (22 septiembre de 1423). W. Brandmüller *(Das Konzil vori Pavía-Siena, 1423-1424,* Münster, 1968) ha comprobado que el conciliarismo reapareció, aunque la asistencia fuera muy escasa. A causa de la peste, las sesiones se trasladaron a Siena. Aquí la gran figura fue precisamente un español, Juan Martínez de Contreras, arzobispo de Toledo, que gozaba de la confianza de Martín V. Se comenzó a trabajar en un programa de reformas preparado por maestros franceses que tendían a disminuir los poderes pontificios: supresión de las expectativas, reducción de las causas susceptibles de apelación ante la curia, sometimiento de ésta a los decretos conciliares y reforma del colegio mediante la condición de que el papa sólo pudiera nombrar cardenales de entre una lista de candidatos propuesta por las naciones. Naturalmente, el interés de Martín V estaba en cerrar lo antes posible los trabajos conciliares.

La guerra de Nápoles y los disturbios acaecidos en el norte de Italia, acontecimientos ambos en los que aparece mezclado Alfonso V de Aragón, permitieron a Martín V poner fin al concilio tras la sesión del 25 de febrero de 1424. Braccio de Montone se había convertido ahora en una amenaza porque se había pasado al servicio de Juana II. El papa consiguió derrotarle en L'Aquila, consolidando de este modo su dominio sobre los Estados Pontificios. Desde 1428 puede decirse que el pontificado se había restablecido en su antiguo poder. Estaba previsto que el concilio volviera a reunirse en 1431 y, a pesar del temor que inspiraban los doctrinarios, Martín V no quiso alterar este compromiso.

Mientras tanto continuaban sus esfuerzos de reforma. Decretos de 13 de abril y 16 de mayo de 1425 redujeron los oficios de la curia, rebajaron las tasas por colaciones y adoptaron normas disciplinarias. Aparecen también por este tiempo los primeros humanistas, con Antonio Loschi y Poggio Bracciolini. A la hora de promover cardenales, el papa buscó personas dentro de esta línea, verdaderos hombres de Iglesia, como Domingo Capránica, Julio Cesarini (1389? - 1444) o el beato Luis de Alemán. Mostró comprensión inusual hacia los judíos, prohibiendo que se predicara contra ellos y que se bautizara a niños menores de doce años. En 1426 fue presentada una denuncia contra san Bernardino de Siena, que difundía la devoción al santo nombre de Jesús, pintando en todas partes el anagrama «JHS»; algunos frailes le acusaban de que fomentaba una superstición. El papa escuchó la defensa que de esta práctica hizo san Juan Ca-

pistrano y autorizó que continuara. De su tiempo data la fundación de las oblatas por santa Francisca Romana (1425).

La apelación que formulara Juana de Arco contra el proceso inquisitorial a que estaba siendo sometida, llegó a Roma cuando el papa había fallecido. Las difíciles circunstancias que siguieron fueron causa de que la revisión de la causa no se emprendiera hasta la época de Calixto III.

Eugenio IV (3 marzo 1431 - 23 febrero 1447)

La elección. Tres semanas antes de su muerte, el 1 de febrero de 1431, Martín V había firmado las bulas que convocaban el concilio para la ciudad de Basilea y otorgaban poderes a Julio Cesarini, entonces legado en la guerra contra los husitas, para reunirlo, presidirlo y también clausurarlo. De estas bulas tomaron pie los cardenales para juramentarse en torno a unas condiciones que habría de cumplir el nuevo papa: habría de hacerse a través del concilio la esperada reforma *in capite et in membrís;* se garantizaría al colegio la mitad de las rentas pontificias; no se procedería contra un miembro del mismo sin acuerdo de sus colegas; y que el juramento de fidelidad de los oficiales tuviera que dirigirse al papa y al colegio conjuntamente. Bajo tales condiciones procedieron a elegir a Gabriel Condulmer, un pariente de Gregorio XII, veneciano y de familia rica, austero agustino, obispo de Siena, cardenal desde 1408. En el momento de su elección gobernaba la marca de Ancona y Romagna. Aunque su conducta personal fuese irreprochable, le faltaban sin duda dotes de habilidad en el difícil juego de la política. Al proceder contra los Colonna, tratando de recobrar las vastas posesiones que disipara su antecesor, se excedió en el rigor, provocando una terrible enemistad.

El concilio suspendido. El problema fundamental era el concilio ya convocado. Las tormentas que amenazaban desde Constanza estallaron ahora con gran violencia. Eugenio IV confirmó el 31 de mayo el nombramiento y poderes de Cesarini, pero éste, ocupado en los graves problemas de su legación, no pudo asistir personalmente a la sesión inaugural, del 23 de julio, haciéndose representar por Juan de Palomar y Juan de Ragusa. Se fijaron de inmediato los cuatro cometidos: reforma de la Iglesia, solución del conflicto husita, restablecimiento de la paz entre Francia e Inglaterra y búsqueda de la unión con la Iglesia oriental. La cruzada contra los husitas registraba un desastre: Cesarini, vencido en el Taus, llegó a Basilea con el convencimiento de que era el concilio la única vía posible para resolver el problema haciendo concesiones a los sectores moderados. Hasta el 14 de diciembre de 1431 no se celebró la primera sesión solemne; en este momento la asistencia era muy escasa.

Mientras tanto Eugenio IV había recibido, por medio del canónigo Jean Beaurepere, enviado por Cesarini, un comunicado desalentador: la exigua asistencia, las dificultades de acceso a Basilea, la cercanía amenazadora de Federico de Austria y del duque de Borgoña, la hostilidad demostrada por los habitantes, eran motivos suficientes para que se pensara en otro lugar. Se habían recibido además noticias alentadoras de los griegos, que se mostraban deseosos

de negociar la unión pero reclamaban una ciudad a ellos más asequible. Todo esto decidió al pontífice, en una fecha tan temprana como el 12 de noviembre de 1431, a ejecutar el traslado. Una bula (18 de diciembre) enviada a Cesarini por medio del nuncio Daniel de Rampi, ordenaba la disolución del concilio, convocando otro para Bolonia año y medio más tarde. La lentitud de los viajes fue causa de que los documentos pontificios no se leyeran hasta el 13 de enero de 1432, cuando ya habían comenzado negociaciones esperanzadoras con los husitas. Se produjo un gran escándalo, menudeando las actitudes destempladas. Cesarini se colocó al lado del concilio y escribió inmediatamente al papa solicitando una rectificación.

En la segunda sesión general, el 15 de febrero, los padres conciliares pusieron en vigor los decretos de Constanza, nunca confirmados, y declararon que, siendo el concilio superior al papa, no podía ser disuelto por éste. En consecuencia las reuniones debían continuar hasta que se alcanzase la reforma en la cabeza y en los miembros. Segismundo temió que llegara a producirse una ruptura, pero no quería desautorizar a un concilio que se celebraba en tierra alemana. Por su parte, una asamblea de obispos franceses, reunida en Bourgcs, acordó apoyar la decisión conciliar, aunque tratando al papa con obediencia y caridad. J. Haller *(Concilium Basiliense. Studien und Quellen zur Geschichte des Concils von Basei, 2* vols., Basilea, 1896-1897), en un estudio que sigue siendo imprescindible para el conocimiento de estos sucesos, llega a la conclusión de que un verdadero espíritu revolucionario y antijerárquico se había apoderado ya de los conciliares. Éstos eran, en la tercera sesión general, diez obispos y setenta doctores, nada más (29 abril 1432); en ella se acordó desobedecer la bula. Los maestros en teología se sentían como los profetas de una nueva edad, pretendiendo destruir la estructura jerárquica de la Iglesia a fin de otorgarle una verdadera dirección intelectual.

Eugenio fue consciente del grave riesgo. Los grandes pensadores de la época, como Capránica, Nicolás de Cusa (1401-1464), autor del *De concordia catholica libri tres*, y Eneas Silvio Piccolomini (1405-1464), futuro papa, tomaron parte en aquella primera fase en favor del concilio. Cesarini insistió el 5 de junio en carta al papa pidiendo que suspendiera el traslado para no poner en riesgo la paz con los utraquistas de Bohemia. Poco a poco el concilio se iba afirmando en sus posiciones: en la sesión IV, del 20 de junio, usurpó abiertamente funciones que correspondían al poder ejecutivo, como dar salvoconductos a los husitas moderados, nombrar a Alfonso Carrillo legado en Avignon y acordar que si el solio llegaba a quedar vacante, la nueva elección tendría lugar en Basilea. En la sesión V, del 9 de agosto, se aprobó el reglamento. Manteniendo las naciones, éstas estarían supeditadas a cuatro comisiones (dogma, reforma, pacificación de la Iglesia y asuntos diversos) en cuyo seno el voto de los obispos quedaba absolutamente sumergido por el de los doctores. En la sesión VI, a la que concurrieron ya 32 obispos, lo que seguía siendo una ínfima minoría, se iniciaron los ataques al papa, cuya deposición fue reclamada por desconocimiento de la superioridad conciliar. Contarini reasumió la presiden-

cia el 18 de diciembre; trataba sin duda de salvar al concilio haciéndolo entrar por vías de moderación. Pero sólo pudo conseguir que se diera a Eugenio IV un plazo de sesenta días, en tono de ultimátum, para que retirase el decreto de traslado.

El papa, cede. El año 1433 estuvo marcado por fuertes tensiones, amenazadoras para la autoridad del pontífice: la Iglesia entraba en la vía revolucionaria. El 19 de febrero, en medio de un gran alboroto, los maestros pidieron que se declarara a Eugenio IV contumaz y se le depusiera, porque el concilio era cabeza de la Iglesia y todos le debían obediencia. El papa intentó entonces negociar enviando a Felipe de Malla, Ludovico Barbo, reformador de los benedictinos, Nicolás Tedeschi, conocido como el Panormitano, y Cristóbal, obispo de Cervia. Propusieron una prórroga del concilio por otros cuatro meses a fin de culminar las negociaciones con los husitas, trasladándose luego a Bolonia, sin solución de continuidad, dándose a la propia asamblea la administración de la ciudad. La misma oferta en el caso de que se escogiera otra sede satisfactoria para los griegos. Pero los padres conciliares, cada vez más exaltados, rechazaban cualquier fórmula: en las sesiones de 5 de junio, 13 de julio y 17 de noviembre se profirieron insultos y amenazas contra Eugenio, a quien se ordenaba comparecer y someterse.

Pero entonces muchos de los que al principio apoyaran el proyecto de reforma por la vía conciliar, empezaron a temer los desmanes de los asamblearios. E. Van Steenberghe (Le *cardinal Nicolás de Cuse, 1401-1466: l'action, la pensée,* Lille, 1920) explica que no hubo ningún cambio en el modo de pensar de los humanistas, sino un desbordamiento por parte de los revolucionarios. Segismundo temió que fuera a reproducirse el cisma y viajó a Roma para ser coronado emperador (31 de mayo de 1433), haciendo así público y expreso reconocimiento de la autoridad de Eugenio, al que, por otra parte, recomendaba que se mostrara condescendiente.

La autoridad y prestigio del papa tocaban sus horas bajas. Fue el momento que los Visconti, desde Milán, aliados a los Colonna de Roma, aprovecharon para desencadenar la gran revuelta. Un ejército, que se presentaba a sí mismo como obrando en nombre del concilio, a las órdenes de dos famosos *condottieros*, Nicolás Fortebraccio y Francisco Sforza (1401-1466), invadió la marca de Ancona apoderándose de ella. Eugenio pudo comprar a Sforza nombrándole gonfaloniero de la Iglesia, pero no pudo impedir que estallara un levantamiento en Roma, donde se proclamó la República. El papa se refugió en Santa María del Trastévere y, en circunstancias de extrema necesidad, firmó la bula *Dudum siquidem* del 15 de diciembre de 1433, que dejaba en suspenso la disolución y traslado del concilio.

Eugenio tuvo que huir de Roma, perseguido por la muchedumbre, en mayo de 1434. Tendido en el fondo de un bote pudo llegar a Ostia, en donde embarcó en una nave del pirata Vitelio, llegando a Florencia el 22 de junio. Durante un decenio Florencia se convertiría en la capital de la cristiandad; un hecho que influyó en gran medida en que la ciudad del Amo llegara a ser la primera en

cuanto al nivel del Renacimiento cultural. La curia se contagiaría de humanismo.

Aparentemente se había logrado la reconciliación entre el papa y el concilio: desde el 26 de abril de 1434 los legados recobraron la presidencia. Pero los conciliaristas entendieron que era la suya una victoria absoluta, sin concesiones, y en la sesión XVIII (26 de junio) exigieron de todos los presentes que prestaran juramento de obediencia reconociendo la superioridad del concilio sobre toda la Iglesia. Pero en agosto de 1434 se incorporó la legación castellana, presidida por Alfonso de Cartagena (1385-1456), que iba a desempeñar un papel importante en favor de la autoridad pontificia: planteó de inmediato dos debates, uno sobre el derecho de preferencia de la nación española sobre la inglesa y el otro sobre los títulos que a su rey correspondían en relación con las Canarias.

Concluida con éxito la negociación con los husitas moderados, que permitiría en breve tiempo liquidar el problema, se pasó a tratar de la unión con los griegos: Juan VIII Paleólogo (1425-1448) urgía porque necesitaba de un gran esfuerzo occidental para rescatar la capital de su Imperio prácticamente sitiada por los turcos. Entonces se produjo una división: los conciliaristas exigían de los bizantinos que fueran a Basilea o, en caso necesario, a Ginebra o Avignon; pero el papa había adquirido el compromiso de que el concilio se celebraría en una ciudad de fácil acceso. Las discusiones alcanzaron de nuevo un tono violento: se pensaba en que todo era un pretexto para detener la reforma radical que se estaba intentando: un decreto del 22 de enero de 1435, que privaba de sus beneficios a los clérigos concubinarios, hacía mención expresa de los más altos dirigentes de la Iglesia incluyendo al papa; otro más grave, del 9 de junio, suprimía las anatas y servicios comunes, privando a la sede romana de su fuente de ingresos. Las protestas que elevaron los nuncios y legados (26 de agosto) fueron sencillamente ignoradas.

La ruptura. Fue entonces cuando, afirmada su posición en Florencia, el papa se decidió a plantar batalla. El 1 de junio de 1436 envió a los príncipes cristianos un escrito acusando al concilio de abusos inaceptables, de destruir en la Iglesia el principio de autoridad —algo que a ellos también afectaba— y, especialmente, de impedir el logro del más importante de los objetivos, esto es, la unión con los griegos. Las negociaciones para esta unión databan de 1422 y los bizantinos habían dado su conformidad en aceptar una fórmula de fe que fuese elaborada por un concilio. Siendo imposible reunirlo en Constantinopla (primera opción) se pensó en alguna de las ciudades accesibles desde Venecia, destinada a ser puerto de enlace. Eugenio IV estableció de nuevo la necesidad del traslado. El concilio se encrespó: el 7 de mayo el cardenal Luis de Alemán, dirigiendo la mayoría, presentó una especie de conminación para que el papa compareciera en término de sesenta días so pena de deposición. La respuesta del papa fue la bula *Doctoris gentium* del 18 de septiembre del mismo año 1437, trasladando las sesiones a Ferrara. Todos los miembros del concilio debían hallarse en esta ciudad antes del 8 de enero de 1438.

El 1 de octubre de 1437, en una sesión que presidía Jorge, obispo de Vise Eugenio IV fue declarado contumaz. Este gesto se volvió contra los concilia, ristas. Todos los cardenales, salvo Luis de Alemán, se colocaron al lado de Eugenio IV. La delegación inglesa abandonó el concilio antes de que éste, el 24 de enero de 1438, suspendiera al papa en sus funciones declarando dogma de fe tres decretos: superioridad del concilio sobre el papa, prohibición de disolverlo, prorrogarlo o trasladarlo salvo con acuerdo del mismo, y definición de herejía para cualquier oposición a estas tres verdades. Inmediatamente hizo lo mismo la nación española, formada entonces únicamente por los embajadores castellanos. La muerte de Segismundo, a quien sucedió Alberto II de Austria (1438-1440), privó a la nación alemana, única en que podían confiar los conciliaristas, de su principal apoyo: la Dieta, reunida en Frankfurt (17 de marzo de 1438), acordó recomendar la neutralidad en el conflicto entre concilio y pontificado. Carlos VII de Francia reunió en Bourges una asamblea del clero (1 de mayo a 7 de junio de 1438) y en ella se acordó mantenerse en la obediencia a Eugenio IV, pero después de haber incorporado a una Pragmática Sanción de 23 artículos (7 de agosto de 1438) los decretos de reforma aprobados por el concilio que permitían el refuerzo de la autoridad del rey sobre la Iglesia. Siguiendo «las laudables costumbres de la Iglesia galicana» se suprimían las reservas de beneficios, debiendo conferirse esto a quienes *de iure* correspondiese, se sustituían las anatas y rentas comunes por una indemnización, y se limitaban las apelaciones a Roma.

Las monarquías habían conseguido sus objetivos y ahora abandonaban el concilio a su suerte. Este siguió adelante: declaró vacante la sede romana y procedió a designar una comisión que, sustituyendo al colegio, hiciera la elección de un nuevo papa (25 de junio de 1439). El 5 de noviembre del mismo año sería proclamado Amadeo VIII, conde de Saboya y prior de los Caballeros de San Mauricio. En una muy curiosa conversación con Luis de Alemán y Eneas Silvio, el antipapa, que tomó el nombre de Félix V, pidió explicaciones acerca de la falta de recursos a que le condenaban, pues no estaba dispuesto a sacrificar sus propios bienes, que eran el patrimonio de sus hijos. Una de sus primeras decisiones consistió en nombrar a Alemán, cardenal de Arles, presidente del concilio. En este preciso momento Eneas Silvio decidió abandonarle para volver al servicio de Eugenio IV.

Los éxitos de Eugenio IV. Desde finales de enero de 1438 Eugenio IV estaba en Ferrara presidiendo las sesiones con notable éxito. El 15 de febrero hizo que se pronunciara la excomunión contra los que seguían reunidos en Basilea. Todas las grandes figuras de la primera etapa, como Cesarini, Juan de Torquemada, Nicolás de Cusa, estaban ya a su lado. En marzo llegaron Juan VIII, su hijo, y el patriarca de Constantinopla, José II. La voz de los que se oponían a la unión estuvo a cargo de Marcos Eugenicos, metropolita de Éfeso. Los unionistas contaban con dos figuras extraordinarias, Besarion (1402-1472), metropolita de Nicea, y el teólogo Gemistos Pleton. Hubo discusiones prolongadas y falta de dinero: los griegos viajaban con cargo a la sede romana.

Por eso en enero de 1439 se decidió el traslado a Florencia, alegando un brote de epidemia, aunque en realidad era porque la ciudad de los banqueros había decidido hacerse cargo de los gastos. Aquí, en la sesión solemne del 6 de julio de 1439, se leería el decreto de unión, que no tuvo las consecuencias que de él se esperaban por la incapacidad de los occidentales para liberar Constantinopla, de la que finalmente se adueñaron los turcos en 1453. El concilio viajaría después con el papa a Roma y aquí celebró otras dos sesiones.

En enero de 1443 Eugenio IV había establecido su sede en la Ciudad Eterna, poniendo fin a un largo período de ausencias. Se cerraba una etapa en la historia del pontificado. Es cierto que el decreto del 6 de julio, jubilosamente conocido como *Laetentur coeli*, falló en su cometido principal, puesto que ni la Iglesia bizantina ni la rusa se unieron, pero sí trajo algunas incorporaciones importantes: armenios (1439), jacobitas de Egipto (1443), nestorianos de Mesopotamia y de Chipre (1445) aceptaron la obediencia al papa, conservando muchas de sus peculiaridades. La rebelión de Basilea, carente de apoyos y perdida en sus metas, se reveló apenas como la obra de grupos minoritarios. Pasado el 16 de mayo de 1443 no celebraría nuevas sesiones. Félix V abdicó solemnemente el 7 de abril de 1449, integrándose en el colegio como cardenal de Santa Sabina.

Un cierre en falso: Alemania. Quedaba aún el gran problema de Alemania. Para muchos eclesiásticos de esta nación, Basilea había aparecido como respuesta a sus deseos de reforma. Durante seis años la Dieta mantuvo la declaración de neutralidad, dando origen a que los obispos, especialmente aquellos que tenían poderes temporales, procediesen con absoluta independencia. En 1439 una nueva Dieta, en Maguncia, ante la que estuvieron acreditados embajadores franceses, castellanos, portugueses y del duque de Milán, acordó reconocer la legitimidad de los decretos conciliares en la medida en que se acomodasen a las necesidades alemanas. Dos electores, los de Colonia y Tréveris, incluso habían reconocido como papa a Félix V. Desde el momento de su elección, en 1440, Federico III de Habsburgo (t 1493) mostró una fuerte decisión negociadora. Dos legados pontificios, Juan de Carvajal (1399-1469) y Eneas Silvio Piccolomini, trabajaron en etapas sucesivas y trabajaron con gran eficacia: el llamado «concordato de los príncipes», negociado en febrero de 1447 por el propio Piccolomini, consiguió que a cambio de concesiones en la reforma la nación alemana volviera a la plena obediencia de Eugenio IV. El tiempo del cisma parecía definitivamente superado.

LOS PAPAS DE LA EDAD MODERNA (1447-1799)

por MAXIMILIANO BARRIO
Profesor Titular de Historia Moderna.
Universidad de Valladolid

Nicolás V (6 marzo 1447 - 24 marzo 1455)

Personalidad y carrera eclesiástica. Tomás Parentucclli nació en Sarzana el 15 de noviembre de 1397. Estudió artes en la Universidad de Bolonia, pero al no disponer de recursos económicos se trasladó a Florencia, donde trabajó como preceptor en la casa de Palla Stronzzi. Volvió a Bolonia, se licenció en teología y entró al servicio de Nicolás Albergati, obispo de la ciudad y cardenal, a quien acompañó en sus misiones diplomáticas. Muerto Albergati, Eugenio IV le nombró vicecamarlengo (1443) y al año siguiente obispo de Bolonia. Desempeñó dos misiones diplomáticas en Alemania y, en premio, recibió el capelo cardenalicio en 1466. A la muerte de Eugenio IV el cónclave se volvió a reunir en Santa María sopra Minerva de Roma y, de forma inesperada, la rivalidad tradicional entre los Colonna y los Orsini impidió la elección de Prospero Colonna y facilitó la de Tomás Parentucelli. Elegido papa el 6 de marzo de 1447, fue coronado el 19 del mismo mes y tomó el nombre de Nicolás en recuerdo de su protector, el cardenal Albergati. Eneas Silvio Piccolomini {*Opera quae extant*, Basilea, 1551), que más tarde sería papa, trazó este retrato de Nicolás V:

> Tuvo una estima excesiva de sí mismo y quiso hacerlo todo por sí. Creía que nada podía hacerse bien, si él no intervenía personalmente. Amaba los libros bien hechos y los vestidos preciosos. Fue amigo de sus amigos, aunque no hubo nadie al que no hubiera irritado alguna vez. Se vengaba de las injurias y no las olvidaba.

Primera etapa del pontificado. Buen diplomático, consiguió poner fin al cisma con la definitiva disolución del Concilio de Basilea y la abdicación del antipapa Félix V. La conclusión del período conciliarista estuvo precedida de una laboriosa acción diplomática para conseguir que el emperador Federico III (1440-1493) volviera a la obediencia romana. Las negociaciones concluyeron con la firma del concordato de Viena el 17 de febrero de 1448, ratificado en Roma el 19 de marzo (A. Mercati, *Raccolta dei Concordati*, Roma, 1919, I, pp. 177-85). Este concordato, que formalmente estuvo en vigor hasta 1803, so-

lucionó en parte el espinoso problema de la cuestión beneficial. El papa se aseguraba la provisión de todos los beneficios ya reservados a la Santa Sede por las anteriores constituciones de Juan XXII y Benedicto XII, y respetaba el derecho de presentación de los obispos y abades, nombrados mediante libre elección, aunque se reservaba el derecho de revocación si la elección no se realizaba de acuerdo con las disposiciones canónicas.

También se esforzó por conseguir que Francia reconociese los derechos de la Santa Sede, menoscabados por el movimiento conciliarista, y aunque Carlos VII (1422-1461) no quiso revocar la pragmática sanción de Bourges (N. Valois, *Histoire de la Pragmatique Sanction de Bourges sous Charles VII,* París, 1906), se avino a reconocerle como legítimo papa en el verano de 1448.

La abdicación del antipapa Félix V el 7 de abril de 1449 y la disolución espontánea del concilio, que se había trasladado a Lausana por causa de la peste, el 25 de abril de 1449, después de haber reconocido a Nicolás V como el único papa legítimo, puso fin al cisma. Al antipapa dimisionario le concedió grandes honores: fue nombrado cardenal del título de Santa Sabina y legado apostólico perpetuo en Saboya. El último antipapa de la historia murió en Ginebra el 7 de enero de 1451. Para borrar las huellas del pasado, Nicolás V publicó tres bulas: en la primera revocó las censuras fulminadas contra los que se habían adherido al Concilio de Basilea, y en las dos restantes confirmó las provisiones bcneficiales hechas por el concilio e incorporó a los cardenales creados por el antipapa Félix V al sacro colegio.

Restaurada la paz de la cristiandad, celebró jubileo el año 1450 con gran concurrencia de peregrinos, que puso de manifiesto el poder espiritual del papa y contribuyó a la recuperación de las finanzas pontificias. Dice Vespasiano de Biticci (A. Mai, *Spicilegium romanum,* I, p. 48) que «la Sede Apostólica ganó sumas enormes de dinero; por lo cual comenzó el papa a construir edificios en varios lugares y a encargar la compra de libros griegos y latinos donde fuera posible, sin mirar el precio; contrató a muchísimos copistas, de los más excelentes, para que continuamente transcribiesen los códices». Entre las celebraciones de este año hay que resaltar la canonización del franciscano san Bernardino de Siena (1380-1444), que como gran predicador popular y reformador de la orden había merecido también la alta estima de Eugenio IV.

Preocupado por la reforma de las costumbres y el restablecimiento de la autoridad pontificia, Nicolás V envió legados pontificios a diferentes países europeos: Nicolás de Cusa (1401-1464) recorrió Alemania y Bohemia y, al menos en parte, consiguió reformar las costumbres del clero alemán, eliminando la simonía y el concubinato, y restablecer la disciplina y la obendiencia en los monasterios; san Juan de Capistrano (1386-1456) viajó por Austria, Baviera, Turingia y Sajonia, pero no obtuvo frutos duraderos; y el cardenal Guillermo d'Estouteville marchó a Francia con el objetivo de conseguir abrogar o al menos suavizar la pragmática sanción, pero no tuvo éxito, porque la asamblea del clero francés, reunida en Bourges en julio de 1452, se adhirió en gran parte a la pragmática con gran satisfacción de Carlos VIL La autoridad pontificia, sin embar-

go, vio afianzar su poder con la coronación del emperador Federico III en Roma el año 1452. Ésta fue la última coronación imperial que vivió Roma y la primera de un Habsburgo.

La caída de Constantinopla. Al año siguiente se cernió sobre la cristiandad la desgracia de la caída de Constantinopla en poder de los turcos. Como el último emperador de Bizancio, Constantino XII (1448-1453), tardase en publicar el decreto de unión de la Iglesia griega con la romana, Nicolás V le amonestó el 11 de octubre de 1451 y le exhortó a cumplir lo prometido en Florencia en 1439. El emperador se mostró dispuesto a aceptar la unión y el papa le envió como legado al cardenal de Kiev. El 12 de diciembre de 1452 se proclamó la unión oficial de las dos Iglesias en la basílica de Santa Sofía, pero el pueblo y los monjes no se adhirieron a ella. Entre tanto, el sultán Mohamed II (1451-1481) continuó cerrando el cerco de Constantinopla, que cayó el 29 de mayo de 1453. Como la sede patriarcal estaba vacante, nombró patriarca al monje Gennadio, radical antiunionista, y así se acabó de consumar la definitiva separación de la Iglesia romana.

Desde el momento de la caída de Constantinopla, los papas se preocuparon por unir a las naciones cristianas para organizar la cruzada contra los turcos. Nicolás V dirigió a todos los príncipes el 30 de septiembre de 1453 un férvido llamamiento a la cruzada contra Mohamed, «precursor del anticristo». Los reyes en general prestaron oídos sordos. Sólo el de Portugal, Alfonso V (1438-1481), hizo preparativos militares serios, pero en la práctica no se hizo nada.

Nicolás V se propuso unir por lo menos a los italianos y a este fin envió legados a Nápoles, Florencia, Milán y Venecia, y congregó en Roma a los embajadores de los principales Estados peninsulares. No consiguió nada, pero lo que no se obtuvo en Roma se logró al menos parcialmente en la paz de Lodi (9 abril 1454) por un acuerdo entre Venecia y Milán. El 30 de agosto, Venecia, Milán y Florencia firmaron una liga defensiva para veinticinco años, y en esta liga entraron finalmente Nicolás V y el rey de Nápoles, Alfonso de Aragón (1442-1458). Esta liga itálica, que se ponía oficialmente bajo la protección del papa, fue promulgada solemnemente en Roma el 2 de marzo de 1455 y aseguró por algunos años el pacífico equilibrio de los Estados italianos, aunque nada hizo contra el turco.

La política pontificia y el mecenazgo. Ya hemos dicho que Portugal fue el único reino donde se predicó con éxito la cruzada. Su rey aparejó una armada con respetable ejército y Nicolás V correspondió aumentando los privilegios a la corona portuguesa en su lucha contra los musulmanes del norte de África y otros infieles. Por la bula *Dum diversas* (18 junio 1452) autorizó al rey Alfonso hacer la guerra a los musulmanes y otros infieles, y le exhortó a conquistar las tierras de los enemigos de Cristo. Pero la bula más trascendental fue la *Romanas Pontifex* (8 enero 1455), en la que concedió al rey portugués y a sus sucesores la posesión y dominio de todas las islas, puertos, mares, provincias que habían ocupado, desde los cabos de Bojador y Nam, con toda la Guinea, hasta las tierras más meridionales de África; todo para la propagación de la fe.

En el problema de la rivalidad castellano-portuguesa, la bula *Romanas Pontifex* constituye un hito fundamental, y como además viene a coincidir con fracaso de las gestiones del infante Enrique (1394-1460) para obtener la sobo ranía de las Canarias, resulta que el año 1454 señala de hecho un deslinde ini cial de las zonas de expansión correspondientes a Portugal y Castilla, y, como dice Pérez Embid {*Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas,* Sevilla, 1948, p. 164), «de derecho marca el de la corona lusitana sobre toda la costa de África a partir del cabo de la Nao».

Por lo que se refiere a la política pontificia, Nicolás V confirmó los acuer dos firmados por Eugenio IV con el rey de Nápoles y trató de ganarse su favoi reconociendo sus pretensiones sobre los beneficios eclesiásticos y librándole de las tradicionales prestaciones y actos de homenaje a que estaba obligado en calidad de vasallo de la Santa Sede. En realidad, toda la política en materia beneficial y fiscal de Nicolás V consistió en una revisión de las pretensiones pontificias en favor de los príncipes, a cambio de que prestaran su apoyo a la política temporal del papado.

Nicolás V proyectó en Roma un gran programa urbanístico, que sólo pudo realizar en una pequeña parte. La Biblioteca Vaticana bien puede considerarle su fundador por el gran número de manuscritos que adquirió e hizo copiar. Este gran mecenas de las artes, bibliófilo y amante de las letras, murió en Roma el 24 de marzo de 1455 y fue sepultado en la basílica de San Pedro. Fra Angélico le inmortalizó con los frescos de la leyenda de San Lorenzo en la capilla de Nicolás V.

Calixto III (8 abril 1455 - 6 agosto 1558)

Personalidad y carrera eclesiástica. Alfonso de Borja nació en Játiva (España) el 31 de diciembre de 1378. Cursó los primeros estudios en Valencia y los continuó en la Universidad de Lérida, donde se doctoró en ambos derechos, adquiriendo después la cátedra de cánones y una canonjía en la catedral. Su fama de buen jurista y de hombre recto indujo al rey de Aragón, Alfonso V (1416-1458), a nombrarle consejero suyo. Sus buenos oficios consiguieron la renuncia de Gil Muñoz, elegido antipapa a la muerte de Benedicto XIII, y la reconciliación de Alfonso V con el papa Martín V, que apoyaba a Luis de Anjou como candidato a la sucesión del reino de Nápoles. Martín V premió a Alfonso de Borja nombrándole obispo de Valencia en 1429. Fiel al papa de Roma, rehusó asistir en representación de Alfonso V al Concilio de Basilea (1431-1449) y consiguió reconciliar al papa Eugenio IV con Alfonso V en 1443. En recompensa de sus servicios, el papa le nombró cardenal en 1443 y se trasladó a Roma, distinguiéndose por su preparación jurídica, por sus costumbres austeras y religiosidad.

A la muerte de Nicolás V los cardenales, a causa de las rivalidades entre los Colonna y los Orsini, no consiguieron ponerse de acuerdo sobre ninguno de los grandes favoritos y optaron por un papa de transición, y el 8 de abril de 1455

eligieron a Alfonso de Borja, que ya tenía setenta años, y tomó el nombre de Calixto III.

La actividad política y religiosa. El gran objetivo de Calixto III fue organizar una cruzada para luchar contra los turcos. Envió predicadores a todos los reinos cristianos, pero la mayor parte de los Estados se mostraron poco interesados. El cardenal Juan de Carvajal (L. G. Canedo, *Un español al servicio de la Santa Sede, Juan de Carvajal*, Madrid, 1947), su legado en el Imperio y en el reino de Hungría, obtuvo el apoyo del emperador Federico III y del rey de Hungría y Bohemia, Ladislao V. El ex regente de Hungría Juan Hunyadi, con la ayuda del gran predicador de la cruzada Juan de Capistrano, obligó a los turcos a levantar el cerco de Belgrado (1456), que el papa quiso conmemorar instituyendo la fiesta de la Transfiguración el 6 de agosto. La oposición de los príncipes y prelados de Alemania, que cosideraban la imposición de décimas para la guerra como un desafuero contra la nación germánica, llevó a Calixto III a apoyarse sobre todo en el príncipe de Albania, Jorge Skanderbeg (1443-1468), y en el rey de Nápoles, Alfonso V de Aragón. Derrotada la flota turca en Metelino por la armada pontificio-aragonesa, dirigida por el cardenal Scarampo, y vencido el ejército otomano por Skanderbeg en Tomorzina (1457), el papa se alió con Esteban Tomás, rey de Bosnia, y con Matías Corvino (Hunyadi), nuevo rey de Hungría (1458-1490), pues se convenció de que el apoyo sólo podría venir de las naciones más amenazadas por los turcos, dada la escasa ayuda que se podía esperar de Alemania, Borgoña, Francia, Castilla o Portugal. El papa tuvo que conformarse con sus propios medios y la ayuda, no siempre desinteresada, del rey de Nápoles, del emperador Federico III y del rey de Hungría.

Calixto III también se preocupó de mantener la paz y concordia entre los príncipes italianos, de acuerdo con el tratado de Lodi de 1454. Se opuso a los proyectos de su antiguo protector Alfonso V, rey de Aragón, Nápoles y Sicilia, que pretendía heredar el señorío de Milán a la muerte de Felipe María Visconti, y apoyó la sucesión de Francisco Sforza (1450-1466).

La preocupación por la cruzada le impidió ocuparse a fondo de la reforma de la Iglesia, que hubiera tenido que comenzar por Roma. Hombre austero y profundamente religioso, tanto en su vida privada como en su política europea, cayó, en cambio, en un abuso del tiempo, el nepotismo, que ensombreció su pontificado, sin olvidar que el nepotismo era una práctica normal de los papas de estos siglos. Es cierto que la animadversión de muchos romanos hacia un papa extranjero le obligó a apoyarse en gentes de su absoluta confianza. Pero ello no basta para justificar el excesivo número de valencianos, catalanes y aragoneses en puestos claves y en cargos secundarios de la curia romana (J. Rius Serra, *Catalanes y aragoneses en la corte de Calixto III*, Barcelona, 1948). Tal favoritismo no hizo sino aumentar la tensión con los italianos, y más con los romanos. Dos sobrinos fueron creados cardenales en 1456: Rodrigo de Borja (futuro Alejandro VI), obispo de Gerona, Oviedo y Valencia, y vicecanciller de la Iglesia, y Juan Luis de Milá, obispo de Segorbe; y Pedro Luis de Borja, hermano de Rodrigo, fue designado capitán general de la Iglesia.

Calixto III propició la revisión del proceso de Juana de Arco (1412-1431), a la que se declaró inocente; beatificó a san Vicente Ferrer y a santa Rosa de Vitervo. No fue un papa humanista del estilo de Nicolás V, pero recompensó a al gunos de los grandes humanistas: a Lorenzo Valla (1405-1457) le nombró se cretario pontificio y canónigo de San Juan de Letrán, y a Eneas Silvio Piccolo mini, futuro Pío II, le concedió la púrpura cardenalicia.

Murió en Roma el 6 de agosto de 1458, día de la fiesta de la Transfigura ción, que él mismo había instituido para conmemorar la victoria de Belgrado. Fue sepultado en la rotonda de San Andrés, al lado de la basílica de San Pedro, y en 1610 fue trasladado a Santa María de Montserrat, iglesia nacional de la corona de Aragón en Roma.

Pío II (19 agosto 1458 - 15 agosto 1464)

Personalidad y carrera eclesiástica. Eneas Silvio Piccolomini nació en Corsignano, Siena, el 18 de octubre de 1405. Hijo de Silvio Piccolomini y de Victoria Forteguerri, nobles empobrecidos, cursó estudios de derecho en Siena, aunque desde joven se sintió atraído por la cultura humanista. En 1432 dejó los estudios y se puso al servicio del cardenal Capránica, al que acompañó al Concilio de Basilea; después sirvió a Nicolás Albergati, al que acompañó a Borgoña para firmar la paz de Arras (1435), y fue enviado a Escocia con una misión ante el rey Jacobo I (1406-1437). Vuelto a Basilea, llamó la atención de los sinodales por sus grandes dotes de elocuencia y su formación humanista. Después de la deposición de Eugenio IV y la elección del antipapa Félix V, Eneas Silvio se convirtió en secretario del nuevo antipapa y obtuvo diversos despachos que le acreditaron como delegado del concilio. Enviado a la Dieta de Frankfurt de 1442 entró en conctacto con Federico III (1440-1493), que se había declarado neutral en la lucha entre el papa de Roma y el concilio, y le nombró secretario de la cancillería imperial.

Durante su estancia en Alemania, por influjo de los cardenales Cesarini y Carvajal, modificó su postura y se pasó a la obediencia romana, lo que también consiguió del emperador, que en 1445 le envió a Roma con una embajada. En Roma declaró a Eugenio IV su arrepentimiento por haber sido uno de los más firmes defensores del Concilio de Basilea y su deseo de tomar el estado eclesiástico, el papa le absolvió de las censuras y le perdonó, y en 1446 recibió las órdenes sagradas.

Desde aquel momento Eneas modificó su conducta y prestó grandes servicios a la Iglesia romana, consiguiendo el fin de la neutralidad alemana con la firma del concordato de Viena (1448). Nombrado obispo de Trieste por Nicolás V, envió al rector de la Universidad de Colonia una carta de retractación, confesando su error por haber seguido las teorías conciliares y explicando las razones por las que había vuelto a la obediencia romana. Trasladado al obispado de Siena, Fernando III le encargó concertar su matrimonio con Leonor de Portugal y conseguir su coronación imperial, recibiendo a cambio el título de consejero del Imperio. En 1456 Calixto III le creó cardenal del título de Santa

Sabina y ya permaneció al lado del papa como consejero de las relaciones con el Imperio.

En el cónclave que siguió a la muerte de Calixto III, Eneas Silvio fue elegido papa el 19 de agosto de 1464 con el apoyo de los cardenales italianos, y con gran decepción de los franceses que esperaban la nominación del cardenal Eslouteville. El 3 de septiembre recibió la tiara de manos del cardenal Colonna en la basílica vaticana y seguidamente tomó posesión de San Juan de Letrán.

La cruzada contra los turcos. El pontificado de Pío II, como el de su predecesor, estuvo dominado por la cruzada contra los turcos. El año 1459 convocó un congreso en Mantua, en el que se acordó la cruzada, pero no tuvo ningún éxito, porque los príncipes y los señores estaban más preocupados por sus problemas que por la guerra contra los infieles.

En la política italiana llevó a cabo una función mediadora entre los diferentes Estados, aunque la concesión de la investidura del reino de Nápoles a Ferrante de Aragón (1458-1494), que le había apoyado en el cónclave, le enfrentó con Francia, que sostenía las aspiraciones de Juan de Anjou. Pues como dice Combert *(Louis XI et la Saint Siége*, París, 1903), Luis XI de Francia (1.461-1483), que había abolido la pragmática sanción de Bourges, con la esperanza de que el papa cambiara su política respecto a Nápoles, sin restablecer oficialmente la pragmática promulgó una serie de ordenanzas «para la restauración y defensa de las libertades galicanas contra las usurpaciones romanas».

En el ámbito de la disciplina eclesiástica promulgó varias disposiciones. En primer lugar, a fin de extirpar la doctrina conciliarista que subvertía el orden constitucional de la Iglesia, al defender la superioridad del concilio sobre el papa, prohibió apelar las sentencias del pontífice al futuro concilio, imponiendo a los apelantes la pena de excomunión (1459); en segundo lugar, rescindió todo lo que él mismo había hecho contra Eugenio IV en el Concilio de Basilea (1463); y en tercer lugar, abrogó los convenios firmados en 1436 entre los husitas y los legados del Concilio de Basilea, por los que se había concedido a los seglares de Bohemia el derecho de comulgar bajo las dos especies, de donde les vino la denominación de «utraquistas».

Ante el avance de los turcos, el año 1464 Pío II asumió personalmente la cruzada, esperando que los príncipes cristianos se avergonzarían de permanecer en casa, «cuando vieran marchar a la guerra a su maestro y padre, al obispo de Roma y representante de Cristo, un anciano enfermo y débil». Pero el papa se vio defraudado. Cuando llegó a Ancona, donde los cruzados tenían que congregarse, no encontró más que una chusma desarrapada. Y en Ancona halló la muerte el día 15 de agosto de 1464. Su cuerpo fue sepultado en la capilla de San Andrés en San Pedro, pero en 1614 fue trasladado a la iglesia de San Andrea della Valle. Uno de sus nepotes, el cardenal Tedeschini Piccolomini, que sería más tarde Pío III, mandó pintar al Pinturicchio (1454-1513) por los años 1502-1508 la vida de Pío II en la sala de libros corales de la catedral de Siena.

Pío II fue un espejo fiel del Renacimiento: hombre de mundo, diplomático, político y papa, escritor, poeta, humanista y amante de los libros; supo conci-

liar sus intereses privados con la institución que representaba y se sirvió del humanismo para llevar a cabo su acción política y religiosa. Practicó el nepotismo, como su antecesor; fue un fecundo escritor y, junto con Nicolás de Cusa, proyectó una reforma del clero que por la dificultad de los tiempos no se llegó a terminar; canonizó a santa Catalina de Siena (1347-1380) y protegió a los judíos.

Paulo II (30 septiembre 1464 - 26 julio 1471)

Personalidad, carrera eclesiástica y primera etapa del pontificado. Pedro Barbo nació en Venecia el 22 de febrero de 1417. Hijo de Nicolás Barbo y Polixena Condulmieri, hermana de Eugenio IV, rica familia de mercaderes, estaba llamado a seguir la empresa familiar, pero la influencia de su tío le inclinó a la carrera eclesiástica. Estudió artes y fue nombrado protonotario apostólico y arcediano de la catedral de Bolonia. En 1440 fue designado obispo de Cervia y cardenal diácono del título de Santa María la Nueva, que Nicolás V le cambiará en 1451 por el de San Marcos. Tuvo una gran influencia durante los pontificados de Eugenio IV, Nicolás V y Calixto III, que le nombró obispo de Vicenza, para pasar en 1459 al de Padua, al que renunció al año siguiente. Las relaciones con Pío II fueron conflictivas, pero apenas se resintió su popularidad en la curia y en Roma. Muerto Pío II, fue elegido pontífice en el primer escrutinio del cónclave el 30 de agosto de 1464. Escogió el nombre de Paulo II, fue coronado el 16 de septiembre y tomó posesión de San Juan de Letrán con una ceremonia de gran fastuosidad.

Al inicio del cónclave todos los cardenales juraron una capitulación electoral por la que el futuro papa se comprometía a llevar a cabo la reforma de la Iglesia, convocando un concilio en el plazo de tres años. Paulo II, después de consultar a diferentes juristas, presentó al colegio cardenalicio un nuevo pacto que modificaba sustancialmente el anterior y que al final fue aceptado con no pocas resistencias.

Siguiendo el ejemplo de sus predecesores se dedicó, en primer lugar, a preparar la cruzada contra los turcos, aunque no consiguió reunir fuerzas suficientes para enfrentarse a las fuerzas de Mohamed II. Concedió una importante ayuda económica al rey de Hungría, último baluarte de la cristiandad, y al príncipe Skanderbert de Albania para la lucha contra el turco, pero con su muerte en enero de 1468 casi toda Albania cayó en manos de los turcos y la cristiandad se vio privada de uno de los principales paladines de la cruzada. El único que podría haber hecho frente a los turcos era el rey Jorge Podiebrady de Bohemia (1458-1471), pero, por sus simpatías hacia los husitas, Pío II abrió un proceso contra él y Paulo II le excomulgó y depuso del reino en 1466. Jorge de Bohemia apeló al concilio general y trató de ganar el apoyo del rey de Francia. El papa pidió al rey de Hungría, Matías Corvino (1458-1490), que declarase la guerra al bohemio y así lo hizo en 1468, aunque las armas fueron favorables a las tropas bohemias y Corvino tuvo que solicitar una tregua. La guerra se reanudó por voluntad de Paulo II y Matías Corvino se hizo proclamar rey de

Bohemia; pero no por ello se solucionó el problema, pues las hostilidades continuaron con mayor dureza y se iniciaron negociaciones con Jorge Podiebrady, que murió el 22 de marzo de 1471 sin haber normalizado sus relaciones con Roma.

En las relaciones con Francia, Paulo II no consiguió ningún resultado positivo, pues Luis XI (1461-1483) utilizó la pragmática sanción de Bourges como un medio de presión y chantaje hacia el pontificado. Mejores fueron las relaciones con el emperador Federico III, que visitó Roma en 1468 para pedir al papa la convocatoria de un concilio en Constanza, aunque sin ningún resultado. En los últimos años de su vida Paulo II trató de acercar la Iglesia ortodoxa rusa a Roma favoreciendo el matrimonio entre Iván III, gran duque de Rusia (1462-1505), con la hija de Tomás Paleólogo, déspota del Peloponeso, que se había refugiado en Roma, donde murió en 1465.

La política italiana. En la política italiana Paulo II se apoyó en Venecia, con la que tuvo algunos enfrentamientos violentos, y en Florencia, abandonando la tradicional alianza con Milán y Nápoles. La inestabilidad italiana se agravó con la muerte de Francisco Sforza en 1466, pues aunque le sucedió su hijo Galeazzo (1466-1476), se creó un nuevo problema de inseguridad en la compleja política italiana. Paulo II consiguió que el año 1470 se firmara una alianza entre los Estados italianos, con la intención de renovar la paz de Lodi, pero fue algo transitorio y su firma se hizo por la emoción que causó la caída de la isla veneciana de Eubea en poder de los turcos.

La tendencia absolutista del nuevo pontífice se manifestó particularmente en la política interna, afirmando la autoridad temporal de la Santa Sede en las relaciones con algunos feudatarios. En 1465 sometió a la familia Anguillara, que pretendía crear una señoría independiente, y se aseguró el control de un vasto territorio que más tarde se extendió al importante centro minero de alumbre de Tolfa. Menos fortuna tuvo con Malatesta, que controlaba Cesana y Rímini, pues si consiguió incorporar la primera ciudad al dominio pontificio, la segunda quedó en poder de Roberto Malatesta (1468-1482), apoyado por Milán, Florencia y Nápoles, aunque reconociéndose vasallo de la Santa Sede.

En Roma promovió la publicación de unas ordenanzas que regulasen las competencias, sobre todo en el ámbito jurídico, entre los administradores municipales y el gobernador pontificio. Estas medidas, orientadas a potenciar el poder municipal, se acompañaron de un importante programa urbanístico en torno al Capitolio, centro de la ciudad comunal, donde el papa había comenzado a construir en 1455, cuando todavía era cardenal, el impresionante palacio de San Marcos (hoy de Venecia), en el que residió de forma estable desde 1466 y reunió importantes colecciones de arte. Paulo II, amante de las fiestas y de las diversiones, se ganó el favor de los romanos con la potenciación de los carnavales, en los que por primera vez se permitió participar a los judíos. Por la bula *Ineffabilis providencia* (1470) estableció el ciclo de los años jubilares cada 25 años y a partir de 1475 se ha observado este decreto sin interrupción, a excepción del año 1800 por las circunstancias políticas del momento.

Paulo II se atrajo la enemistad de los humanistas al reducir a su primitivo estado al colegio de los «abreviadores apostólicos», en el que trabajaban muchos humanistas, por los abusos simoníacos que allí se cometían, y al suprimir la Academia romana que dirigía Pomponio Leto (1428-1497). Su descontento lo manifestó Bartolomeo Platina *(De vitis pontificum*, Colonia, 1568), presentando a Paulo II como enemigo del arte y de la ciencia, afirmando que «los estudios eruditos de tal manera excitaban su odio y aborrecimiento, que a quienes los seguían los calificaba sin excepción de heréticos». La venganza de Platina contra el papa se vio satisfecha, pues el retrato negativo que trazó de Paulo II como de un bárbaro inculto ha condicionado hasta no hace mucho el juicio de los historiadores. Paulo II murió en Roma el 26 de julio de 1471, a los 53 años de edad, y fue sepultado en la basílica de San Pedro.

Sixto IV (9 agosto 1471 - 13 agosto 1484)

Personalidad y carrera eclesiástica. Francisco della Rovere nació en Abisola, cerca de Savona, el 21 de julio de 1414. Hijo de Leonardo, pequeño comerciante, y de Luchina Monleone, descendiente de la vieja nobleza genovesa. Algunos escritores afirman que era de origen humilde y que fue adoptado por el rico genovés Paulo Riario, que después se uniría con los Della Rovere del Piamonte. A los nueve años entró en el convento de San Francisco de Savona, hizo los primeros estudios, y a los 15 años profesó en la orden franciscana. Después de estudiar en Bolonia, Pavía y Padua, donde se doctoró en teología, enseñó esta disciplina y filosofía en Padua, Bolonia (donde conoció a Besarión, que se convertiría en su amigo y protector), Florencia, Perugia y Siena. La preparación y elocuencia que demostró en el capítulo general que la orden celebró en Genova el año 1434, le permitieron escalar los más altos cargos de gobierno en la orden: procurador general, ministro provincial de la Liguria, vicario general de Italia y en 1464 ministro general de la orden. Nombrado cardenal del título de San Pedro *ad vincola* el 18 de septiembre de 1467, renunció al generalato dos años después. A la muerte de Paulo II, después del cuarto día de cónclave y gracias al apoyo del partido filomilanés, fue elegido papa por su formación teológica, su vida intachable y su capacidad de mediador. Tomó el nombre de Sixto IV y fue coronado el 25 de agosto.

De acuerdo con la capitulación electoral, que preveía continuar la guerra contra los turcos, envió legados a los distintos reinos para organizar la cruzada, pero los príncipes cristianos, empeñados en luchas internas, no escucharon la llamada. La flota organizada con la ayuda de Nápoles y Venecia se limitó a conquistar Esmirna (1472), pero no consiguió frenar el empuje otomano.

Las relaciones con los príncipes católicos y el mecenazgo. Sixto IV tuvo duros enfrentamientos con los reyes de Castilla y Aragón por el problema de las provisiones episcopales de sus reinos, máxime después de la condescendencia que en este punto habían mostrado los pontífices anteriores y los principios establecidos en la concordia de Segovia de 15 de enero de 1475 sobre el nombramiento de prelados. Después de largas negociaciones, se llegó al acuerdo de

3 de julio de 1482, por el que Roma admitió las provisiones propuestas por la reina Isabel (1474-1504). A juicio de Azcona *(La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos,* Madrid, 1960), este acuerdo solucionó cuestiones de hecho pero dejó intacta la cuestión de derecho, pues la Santa Sede no concedió ningún derecho de presentación de obispados. Más éxito tuvieron los Reyes Católicos al obtener de Sixto IV la bula *Exigit sincerae devotionis* (1 noviembre 1478) que les autorizaba a nombrar inquisidores para vigilar la ortodoxia de los conversos.

Con los Estados italianos trató de mantener una política de alianzas y equilibrios, pero los intereses enfrentados de los príncipes y la actuación intrigante de los nepotes del papa, Juliano della Rovere, Pedro Riario y, después de su muerte, de Jerónimo, hicieron inviable la alianza. El año 1475 se celebró el año jubilar y se restableció la alianza con Ferrante de Nápoles, pero las relaciones entre los Estados italianos empeoraron. Lorenzo de Médicis (1469-1492) pretendía conquistar la Umbría y Romagna, aliándose con Venecia y Milán, y Sixto IV, queriendo destruir a los Médicis y mal aconsejado por Jerónimo Riario y el arzobispo de Pisa, dio su asentimiento a la conspiración de algunas familias florentinas guiadas por los Pazzi contra los Médicis que gobernaban Florencia. Aunque el papa se había opuesto a cualquier derramamiento de sangre, el 28 de abril de 1478 Juliano de Médicis fue asesinado en la catedral durante la misa, pero su hermano Lorenzo escapó al atentado y se vengó de los conspiradores. Con el pretexto de la muerte del arzobispo de Pisa y la prisión del cardenal nepote Sansoni Riario, Sixto IV lanzó la excomunión contra Lorenzo de Médicis y el entredicho contra Florencia. El enfrentamiento con Florencia, a quien apoyó Luis XI de Francia (1461-1483), que amenazó con la convocatoria de un concilio, y la conquista de Otranto por los turcos (1480), obligaron al papa a firmar la paz con los Médicis y revocar todas las censuras.

La figura y la obra de Sixto IV ha sido muy controvertida. Se observa una contradicción en su conducta, sencilla e intachable antes de la elección y después cínica y violenta, quizás por el influjo nefasto de los nepotes. García-Villoslada *(Historia de la Iglesia católica,* III, Madrid, 1960, pp. 393-410) afirma que una de las acusaciones más graves que se le hacen es por el desaforado nepotismo que practicó, cuyo objetivo no era sólo promocionar a su familia, sino transformar el Estado de la Iglesia en un principado, reforzando el poder del papa en un sentido monárquico para convertirse en un soberano absoluto. Roma se transformó en la capital del principado, donde el papa concentró el poder religioso, político y militar, gracias al control del ejército por personas fieles por vínculos familiares o institucionales.

Sixto IV protegió las artes y las letras. La Biblioteca Vaticana vio incrementar considerablemente sus fondos, dotándola de sede y rentas, y abriéndola al público bajo la dirección de Bartolomeo Platina con la bula *Ad decorem militantis Ecclesiae* de 15 de junio de 1475. Hizo importantes obras en Roma, como se puede leer en multitud de inscripciones conmemorativas; restauró el puente Sixto y el hospital de Santo Espíritu, trazó y pavimentó varias calles,

construyó y restauró muchas iglesias y, sobre todo, la capilla Sixtina, decorada, entre otros, por Boticcelli, Ghirlandaio, Pinturicchio, el Perugino y Signorelli, que dejaron hermosos frescos representando las figuras de los papas y escenas de la vida de Moisés y de Cristo.

En el ámbito eclesiástico apoyó a los franciscanos y protegió a los mendicantes, intentó reformar a los conventuales, introdujo algunas modificaciones en la Rota, confirmó la orden de los mínimos fundada por san Francisco de Paula, potenció la devoción a la Virgen María y fue demasiado generoso en conceder indulgencias y privilegios. Murió el 13 de agosto de 1484 y fue sepultado en la capilla de la Concepción de la basílica de San Pedro.

Inocencio VIII (29 agosto 1484 - 25 julio 1492)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Bautista Cibo nació en Genova el año 1432. Hijo de Arano Cibo y de Teodorina de Mari, patricia genovesa, pasó su juventud en la corte de Nápoles, en cuya ciudad trabajaba su padre en la administración de la justicia. Antes de entrar en el estado eclesiástico tuvo dos hijos ilegítimos: Teodorina y Francescheto. Estudió en Padua y Roma, y ordenado sacerdote Paulo II le confirió el obispado de Savona en 1467 que, en 1472, cambió por el de Molfetta, cerca de Bari. Gracias a la amistad con el nepote del papa Juliano della Rovere, el futuro Julio II, hizo una rápida carrera en la curia. En 1473 Sixto IV le creó cardenal del título de Santa Sabina, que poco después cambió por el de Santa Cecilia. A la muerte de Sixto IV, mientras se reanudaban en Roma las luchas entre los Orsini, que apoyaban al cardenal Borja, y los Colonna que sostenían a Della Rovere, se reunió el cónclave, y el 29 de abril de 1484 eligió papa al cardenal Cibo, gracias a los manejos de Della Rovere. El nuevo papa tomó el nombre de Inocencio VIII.

Era hombre de elevada estatura, dadivoso y de distinguido porte, indeciso y débil de carácter, pero tan afable que, al decir de Conti *(Le storie de suoi tempi del 1474 al 1510,* Roma, 1880), «nadie se iba descontento de él; acogía a todos con bondad y dulzura, y se mostraba amigo de nobles y plebeyos, de ricos y pobres». Fue dominado por el cardenal Della Rovere, que inspiró gran parte de sus actuaciones políticas.

La política pontificia. Al igual que sus antecesores, quiso organizar una cruzada contra los turcos, pero las discordias entre los príncipes cristianos lo impidieron. Aprovechó los enfrentamientos entre los hijos de Mohamed II y llegó a un acuerdo con el sultán Bayaceto (1481-1512) para retener en prisión al príncipe Hixem, que se había entregado a los cristianos al no poder derrocar a su hermano, recibiendo como recompensa la lanza que se creía había traspasado el costado de Cristo y un tributo anual de 40.000 escudos.

Con los reyes de Castilla y Aragón sólo tuvo un duro enfrentamiento por la provisión del obispado de Sevilla, que finalmente se sustanció a gusto de los monarcas. Después, los reyes consiguieron el privilegio de patronato y de presentación para todos los obispados y beneficios del reino de Granada (13 diciembre 1486), cuya conquista avanzaba con lentitud, pero con seguridad; de tal

manera que cuando llegó a Roma la noticia de la caída de Granada, Inocencio VIII se dirigió procesionalmente a la iglesia de Santiago de la nación española, en plaza Navona, para decir una misa en acción de gracias y dar la bendición papal.

Confirmó al rey de Portugal los derechos que le habían sido concedidos por sus antecesores sobre Guinea y la costa occidental africana. Reconoció a Enrique VII Tudor como rey de Inglaterra (1485-1509), después de la guerra de las Dos Rosas, y aprobó su matrimonio con Isabel de York, hija de Eduardo IV (1461-1483), de cuyo matrimonio nacería Enrique VIII (1509-1547).

Más difíciles fueron sus relaciones con los príncipes italianos y, sobre todo, con Ferrante de Nápoles. El apoyo del papa a los barones napolitanos rebeldes contra el monarca desató la guerra, a la que se unió el rey de Hungría, por su parentesco con el monarca aragonés. El papa solicitó la ayuda francesa y se firmó la paz en septiembre de 1486, pero las relaciones no mejoraron y el papa excomulgó a Ferrante en 1489, ofreciendo el reino de Nápoles a Francia. En enero de 1492, ante la amenaza francesa, el rey se mostró más conciliador y se firmó la paz. Con el fin de romper su aislamiento y sanear las maltrechas finanzas pontificias, Inocencio VIII buscó la alianza de los Médicis. Casó a su hijo Francescheto con Magdalena, hija de Lorenzo de Médicis, con gran pompa en el Vaticano, y nombró cardenal al hijo del mismo, Juan, joven de trece años, ya abundantemente prebendado, y que más tarde sería papa León X.

En el Estado de la Iglesia el papa trató de gobernar apoyándose en las oligarquías locales. La familia Della Rovere continuó manteniendo el control del gobierno de la Iglesia, como había hecho con Sixto IV. Después de duros enfrentamientos, también los Orsini y los Colonna llegaron a un acuerdo que restableció su dominio en las regiones cercanas a Roma a costa del poder papal. Entre tanto la relajación de la curia pontificia continuó. Para hacer frente a los dispendiosos gastos, se recurrió a la venta de los oficios curiales, a incrementar el número de cargos y a aumentar el precio de los existentes.

En el campo religioso hay que recordar la bula *Summis desiderantes affectihus* (5 diciembre 1484), que concedía plenos poderes a la Inquisición para luchar contra la brujería y demás prácticas supersticiosas. El papa también condenó las novecientas tesis *De omni re secibilii* que Pico de la Mirándola (1463-1494) extrajo de autores latinos, griegos, judíos y caldeos sobre lógica, moral, física y otras ciencias como contrarias al dogma.

Aunque no fue un gran mecenas de las artes, restauró en Roma muchas iglesias y en el Vaticano construyó un grandioso palacio para los oficiales de la curia. Murió el 25 de julio de 1492 en Roma y su cuerpo fue sepultado en la basílica de San Pedro, en un sepulcro de bronce construido por su nepote cardenal Lorenzo Cibo.

Alejandro VI (10 agosto 1492 - 18 agosto 1503)

Personalidad y carrera eclesiástica. Rodrigo de Borja nació en la localidad valenciana de Játiva (España) hacia el año 1431. Hijo de Jofre e Isabel de Bor-

ja, hermana de Calixto III, con el apoyo de su tío hizo una carrera rápida y brillante. Estudió en Bolonia y se doctoró en derecho canónico en 1456, siendo ya notario apostólico. El 20 de febrero de 1456 su tío le hizo cardenal del título de San Nicolás in carcere y en mayo le nombró vicecanciller de la curia romana, cargo que mantuvo hasta que fue elegido papa. Otros muchos beneficios y dip, nidades consiguió de su tío y de sus sucesores: obispo de Gerona (1457-58), Valencia (1458-92) y Cartagena (1482-92), los beneficios del obispado de Mallorca (1489-92), etc. Este conjunto de oficios, y sobre todo la Cancillería, le proporcionaron importantes ingresos, y junto con el cardenal francés d'Estou teville pasó por ser el cardenal más rico de su tiempo, lo que le permitió lleva i un estilo de vida de un príncipe del Renacimiento.

Elegante en sus comportamientos, versado en el derecho y hábil en los negocios políticos y en la administración de la curia, fue víctima de una gran sensualidad y del excesivo amor por los hijos que tuvo de diferentes mujeres. En los años 1462-1471 nacieron Pedro Luis (nombrado por Fernando el Católico duque de Gandía), Jerónima e Isabel de madre desconocida. De Vannozza de Catanei tuvo los cuatro más célebres: César, Juan, Jofre y Lucrecia; siendo papa tuvo a Juan Borja, duque de Camerino, y a Rodrigo, de madre desconocida. Durante algunos años de su pontificado mantuvo relaciones con Julia Farnese, aunque no tuvieron hijos. Sin embargo, no se debe olvidar que sus contemporáneos daban escasa importancia a los comportamientos inmorales de los allos eclesiásticos y al hecho de que tuvieran hijos.

Al inicio del cónclave que siguió a la muerte de Inocencio VIII, los dos cardenales más poderosos, Ascanio Sforza (hermano de Ludovico el Moro) y Juliano della Rovere (nepote de Inocencio VIII) contaban con el apoyo de Ludovico y Ferrante. Pero ninguno de ellos podía tener la mayoría de votos necesaria para alcanzar la tiara, y Ascanio patrocinó y promovió la candidatura de Rodrigo de Borja, que había dado pruebas de gran habilidad política, requisito esencial entonces, cuando Carlos VIII de Francia (1484-1498) se aprestaba a la conquista del reino de Nápoles, como heredero de los Anjou. Rodrigo de Borja fue elegido papa el 10 de agosto de 1492 y tomó el nombre de Alejandro VI. El 26 de agosto se celebró la coronación en San Pedro.

La política pontificia. La actividad de Alejandro VI como papa se desarrolló en una triple dirección: su misión pontificia, la política italiana y los intereses familiares. Apenas elegido, declaró que su deseo era procurar la tranquilidad de Italia y la unión de los príncipes cristianos ante el avance turco, siguiendo el ejemplo de Calixto III. En el primer período de su pontificado, hasta 1498, procuró seguir esta línea, aunque quedó limitada al equilibrio italiano y al europeo.

Tras la ruptura de Milán con Florencia y Nápoles, Alejandro VI negoció la formación de la liga de San Marcos (1493) con Venecia y Milán, a la que luego se unieron otros príncipes italianos y vino a reemplazar la ya quebrada liga itálica. La amistad con Milán se reforzó con el matrimonio de Lucrecia con Francisco Sforza, sobrino de Ludovico, y tendía a alejarle de su amistad

ron Carlos VIII, que pretendía la investidura del reino de Nápoles. Pero el papa no se la concedió cuando en agosto de 1493 el embajador extraordinario de F'rancia la solicitó en nombre de su rey. Para entonces, Alejandro VI ya había trabado lazos de amistad con los dos reyes de la casa real de Aragón, Ferrante de Nápoles y Fernando II de Aragón, que propuso al papa el matrimonio de Juan de Borja, duque de Gandía e hijo del papa, con María Enríquez, prima hermana del rey de Aragón, y comenzaron las negociaciones para la concesión de las bulas alejandrinas. Por lo que respecta a Nápoles, el papa casó a su hijo Jofre Borja con Sancha de Aragón el 7 de mayo de 1494, y al día siguiente el cardenal de Monreal, Juan de Borja, como legado *a latere* coronó a Alfonso II como rey de Nápoles (M. Batllori, *Alejandro VI y la casa real de Aragón*, Madrid, 1958).

Esta toma de posición del papa no bastó para que Carlos VIII desistiese de la empresa contra Nápoles, a la que le incitaba el cardenal Della Rovere que había huido a Francia. Alejandro VI no tuvo más remedio que dejar paso libre a las tropas francesas por los Estados Pontificios y Carlos VIII entró en Roma el 31 de diciembre de 1494. El papa hizo algunas concesiones al rey francés, pero no le otorgó la investidura de Nápoles; salió de Roma y el 31 de marzo de 1495 organizó con el Imperio, España, Venecia y Milán, la Santa Liga contra Carlos VIII, que había ocupado Nápoles. Esta alianza y la oposición que Carlos encontró en aquel reino obligaron al francés a abandonar Italia. En los años siguientes el papa continuó la política de acercamiento a España y Nápoles, y tropas españolas conquistaron la fortaleza de Ostia que pertenecía al cardenal Della Rovere y había quedado en poder de los franceses (9 marzo 1497).

En la noche del 14 al 15 de junio de 1497, el joven duque de Gandía y capitán general de la Iglesia, Juan Borja, fue misteriosamente asesinado y tirado al Tíber, y el papa acosado por el dolor, por la reflexión y por las invectivas de Savonarola (1452-1498) contra los desórdenes del pontificado romano, planeó una reforma de la Iglesia que de haberse puesto en práctica hubiera podido impedir peligros futuros a la Iglesia. Pero la bula de reforma no llegó a publicarse.

En los años 1495-1498 tuvo que hacer frente al conflicto que provocó el dominico Savonarola, prior del convento de San Marcos de Florencia. Apoyado por la facción florentina contraria a los Médicis, pretendía instaurar un Estado teocrático, y en sus sermones designaba a Carlos VIII como el nuevo Ciro que venía a liberar Florencia, Roma y a toda Italia de la corrupción y tiranía de la curia romana. Alejandro VI le prohibió predicar, pero no hizo caso. El 13 de mayo de 1497 fue excomulgado, pero continuó predicando contra la curia romana. Alejandro VI pidió entonces a la Señoría que encarcelara a Savonarola y, una vez arrestado, fue juzgado por comisarios pontificios y condenado. El 23 de mayo de 1498 fue ejecutado por el poder civil (A. Huerga, *Savonarola. Reformador y profeta,* Madrid, 1978).

Alejandro VI no quería jugar a una sola carta y, en 1498, cuando César Borja renunció al capelo cardenalicio y se secularizó, inició una política francófila. César marchó a Francia y contrajo matrimonio con Carlota Albret, hermana

del rey de Navarra, y el papa declaró nulo el matrimonio de Luis XII (1498 1515) con Juana de Valois, para que se pudiera casar con Ana de Bretaña, que| incorporó aquel ducado a la corona francesa. Ante la alianza de Francia y Venecia contra Milán (1499), el papa conservó la neutralidad, pero favoreció apoyó decisivamente las empresas de César Borja para conquistar la Romagna y las Marcas, y le nombró duque de la Romagna. El 25 de junio de 1501 Alejandro VI aceptó el tratado de Granada del año anterior por el que Fernando el Católico y Luis XII se repartían el reino de Nápoles, y César Borja se puso al servicio del rey francés. Probablemente el papa creyó que ésta era la mejor solución para impedir la hegemonía de España o de Francia en Italia. Disgustó a Fernando e Isabel por recibir en Roma a muchos judíos expulsos, pero les favoreció con las bulas alejandrinas y con la concesión del título de reyes católicos. Se apoyó en Luis XII para engrandecer a su hijo César, pero con ello frenó también las ambiciones de España en Italia. La víctima de esta política oscilante fue el reino de Nápoles.

A pesar de su actividad política no abandonó la idea de la cruzada que proyectó al inicio de su pontificado. En marzo de 1499 convocó a los embajadores de los príncipes cristianos para invitarles a la unión frente a los turcos, y en junio de 1500 publicó la bula de cruzada, enviando a todos los países legados y predicadores. Sólo España y Venecia respondieron a la llamada, pero en 1502 Venecia firmó la paz con los turcos y todo terminó.

Gran importancia tuvieron las bulas alejandrinas que el papa concedió a los Reyes Católicos en 1493. Con las bulas *ínter coetera* o de donación, concedió a los Reyes Católicos «todas y cada una de las tierras descubiertas o por descubrir, que no se hallen sujetas al dominio actual de algunos señores cristianos», con la obligación de enviar misioneros que instruyeran a los nativos en la doctrina cristiana. Con el breve *Eximiae devotionis sinceritas* les otorgó los mismos privilegios que a los reyes de Portugal, y con la bula *Dudum siquidem* demarcó las tierras descubiertas y por descubrir entre Castilla y Portugal.

La actividad religiosa y el mecenazgo. En el aspecto religioso no pueden tomarse en serio las acusaciones de herejía que le hicieron; al contrario, demostró un auténtico celo por la pureza de la fe, renovó la bula *In coena Domini* contra los herejes, promovió las reformas eclesiásticas en Europa y la propagación de la fe en América, y confirmó la orden de los mínimos fundada por san Francisco de Paula. La celebración del Año Santo de 1500 contribuyó a dar prestigio al pontificado y a hacer ver que la vida privada del papa no estaba reñida con una piedad sincera.

En lo cultural extendió su mecenazgo a los juristas y a los humanistas: Lascaris, Aldo Manuzio, Brandolini, Pomponio Leto, etc. En su tiempo, el Pinturicchio decoró las estancias Borja del Vaticano y Miguel Ángel (1475-1564) esculpió la *Piedad.* Reconstruyó la Universidad de Roma (la Sapienza) y realizó obras notables en el castillo de Sant'Angelo y en la basílica de Santa María la Mayor, construyendo el magnífico artesonado, dorado con el primer oro llegado de América.

Murió el 18 de agosto de 1503. Sepultado provisionalmente en Santa María delle Febri, junto al Vaticano, no llegó a tener el mausoleo que Paulo III (Alejandro Farnese) deseaba se le erigiese en Roma. En 1610 sus restos y los de su tío Calixto III fueron trasladados a Santa María de Montserrat, iglesia de la corona de Aragón en Roma, pero sólo en 1889 se les erigió una tumba en ella.

Pío III (22 septiembre 1503 - 18 octubre 1503)

Francisco Tedeschini Piccolomini nació en Siena el 9 de mayo de 1439. Hijo de Nanni Tedeschini, jurisconsulto, y de Laudomia Piccolomini, hermana de Pío II. Estudió artes y leyes en Ferrara y después se doctoró en derecho canónico en Perugia. Con la subida de su tío al trono pontificio consiguió prebendas y beneficios. A los veinte años fue nombrado obispo de Siena y cardenal diácono del título de San Eustaquio (1460); poco después, legado pontificio en las Marcas y, finalmente, vicario de Roma y de los Estados de la Iglesia cuando el papa salió para Ancona a ponerse al frente de la cruzada (1464). Durante los siguientes pontificados prefirió mantenerse alejado de Roma, aunque desempeñó importantes encargos: en la Dieta de Ratisbona de 1471 y ante Carlos VIII en marcha hacia Nápoles, que no quiso recibirle (1494).

A la muerte de Alejandro VI, como los candidatos favoritos, los cardenales Della Rovere y D'Amboise, no pudieran tener el número de votos necesarios, fue elegido como papa de transición Francisco Tedeschini el 22 de septiembre de 1503 y tomó el nombre de Pío en recuerdo de su tío. Por desgracia, Pío II, que deseaba reformar la Iglesia, celebrar un concilio y organizar la cruzada contra los turcos, sólo gobernó la Iglesia 26 días.

No fue un gran político, y en su prudencia y generosidad algunos quisieron ver debilidad e incapacidad. Amante del arte, fundó en Siena la biblioteca de la catedral, decorada por Pinturicchio con escenas de la vida de Pío II, para recoger sus libros y los de su tío. Murió en Roma el 18 de octubre de 1503 y fue sepultado junto a Pío II en la capilla de San Andrés de la basílica Vaticana, pero en 1614 fue trasladado a la iglesia de San Adrea della Valle.

Julio II (31 octubre 1503 - 21 febrero 1513)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juliano della Rovere nació en Abisola, cerca de Savona, el 5 de diciembre de 1443, y su carrera estuvo ligada a la protección de su tío Sixto IV. Cuando éste ascendió al pontificado, Juliano abrazó el estado eclesiástico y, en seguida, fue nombrado obispo de Carpentras y creado cardenal del título de San Pedro *ad vincola* en el mismo consistorio que su primo Pedro Riario (15 diciembre 1471). En los años sucesivos acumuló numerosas dignidades: los obispados de Lausana (1472), Mesina y Catania (1473), Avignon (1474), Coutance (1476), Viviers (1478), Bolonia (1483), Lodévois (1488), Savona (1499) y Vercelli (1502), y además ricas abadías.

En 1474 hizo su entrada en la vida política. Muerto su primo, el cardenal Riario, con el que rivalizaba, su tío le nombró obispo de Avignon y, en 1476, legado de esta ciudad pontificia. Después de la conjura de los Pazzi contra los

Médicis se desató la guerra entre Florencia y el Estado de la Iglesia, y el papa designó al cardenal Della Rovere legado *a latere* para entablar negociaciones y restablecer la paz. En el pontificado de Inocencio VIII actuó de consejero en la guerra que todavía continuaba entre Ferrante de Nápoles y Roma, y que ter minó en mayo de 1492. Al subir al trono pontificio Alejandro VI, el cardenal Della Rovere se pasó a la oposición y así se mantuvo hasta la muerte del papa Borja. Acompañó a Carlos VIII de Francia en su marcha sobre Nápoles e intentó inútilmente deponer al pontífice cuando los franceses entraron en Roma. Cuando el rey francés se retiró de Italia en 1495, Della Rovere se encerró en su legación de Avignon y allí recibió a César Borja cuando éste, nombrado duque de Valentinois, fue a entregar a Luis XII (1498-1515) la dispensa papal para poder casarse con Ana de Bretaña. Después del breve pontificado de Pío III, el cardenal Della Rovere fue elegido papa el 1 de noviembre de 1503. Tomó el nombre de Julio II y fue coronado con gran pompa el 26 de noviembre.

Estadista y mecenas. El principal objetivo de Julio II fue, a juicio de Cloulas *(Jules II,* París, 1990), restaurar y consolidar los Estados de la Iglesia. Para ello utilizó de forma sistemática las armas temporales y las espirituales, y cambió de alianzas cuando favorecía sus intereses. De hecho, Julio II más parecía seguir las huellas de un general que las de san Pedro. En 1506 asumió directamente el mando de un ejército para recuperar las ciudades de Perugia y Bolonia, en las que habían impuesto su propio poder los Baglioni y los Bentivoglio, y lo consiguió con el apoyo de las tropas francesas. Y como los venecianos se resistían a devolver las plazas que ocupaban indebidamente en la Romagna, Julio II firmó la Liga de Cambrai (1508) con el emperador Maximiliano I (1493-1519) y Luis XII de Francia. El papa excomulgó a los venecianos y el ejército de la liga los derrotó, obligando a Venecia a restituir al papado todos los territorios usurpados. A fin de no debilitar en exceso a la república de Venecia y para contrarrestar el poder de Francia en la Italia del norte, Julio II cambió de campo, firmó la paz con los venecianos (1510) y concertó una liga con España e Inglaterra contra los franceses y su aliado el duque Alfonso de Ferrara. A los enfrentamientos militares acompañaron los eclesiástico-disciplinares. Luis XII convocó un concilio en Pisa (1511) para condenar al papa (16 mayo 1511) y éste respondió convocando el concilio de Letrán (18 julio 1511). La guerra entre tanto seguía su curso, pero con la adhesión del emperador al Concilio de Letrán (diciembre 1512) la victoria de Julio II parecía total. El concilio, además de condenar a los franceses por promover el conciliábulo de Pisa, ratificó la condena de las prácticas simoníacas que se utilizaran para conseguir votos en los futuros cónclaves, y tomó importantes medidas para la reforma de la Iglesia.

Aunque los monarcas españoles tuvieron serios problemas con Julio II por la política de las provisiones episcopales, gracias al empeño del rey Fernando, les concedió la bula *Universalis Ecclesiae* (28 julio 1507) por la que otorgaba el patronato de las tierras descubiertas y por descubrir en las Indias, que «es la mejor piedra que adorna la corona, la parte más principal del mayorazgo del

reino». El papa otorgó a los reyes y a sus sucesores el derecho a nombrar obispos y a designar a todos los titulares de cualquier tipo de beneficio eclesiástico.

Julio II no sólo fue un estadista, sino también un auténtico mecenas y amante de las artes. Gracias a él se convirtió Roma en el centro del Renacimiento italiano, acogiendo a los mejores artistas. Encargó a Bramante (1444-1513) la construcción de la nueva basílica de San Pedro, «un templo tan grande como ningún otro existiera», que había de sustituir a la vieja basílica vaticana, y el 18 de abril de 1506 se puso la primera piedra, aunque su terminación iba a exigir el esfuerzo de no menos de veinte pontificados. Miguel Ángel (1475-1564) pintó los famosos frescos del techo de la capilla Sixtina y Rafael (1483-1520) los apartamentos pontificios.

Julio II murió el 21 de febrero de 1513 y fue sepultado en San Pedro junto a la tumba de su tío Sixto IV, pero después fue trasladado al mausoleo que había proyectado en la iglesia de San Pedro *ad vincula.* Del gigantesco monumento sepulcral que Miguel Ángel había proyectado, sólo la imponente figura de Moisés le confiere una especial fuerza de atracción, pues «toda la vehemencia violenta y la energía casi sobrehumana del papa Della Rovere, y también el orgullo, el tesón, la naturaleza indomable y el carácter desmesurado, vehemente y apasionado del artista, nos hablan desde esta figura titánica».

León X (11 marzo 1513 - 1 diciembre 1521)

Personalidad y *gobierno de los Estados de la Iglesia.* Juan de Médicis nació en Florencia el 11 de diciembre de 1475. Hijo segundogénito de Lorenzo el Magnífico y de Clara Orsini, tuvo una esmerada y cuidadosa educación bajo la dirección de Ángel Poliziano. A los siete años recibió la tonsura y, poco después, el cargo de protonotario apostólico; a los trece fue nombrado cardenal por Inocencio VIII y marchó a Pisa a estudiar derecho canónico. La muerte de su padre en 1492 y los desórdenes fomentados por los seguidores de Savonarola contra los Médicis, obligaron al joven cardenal a refugiarse en la corte de Urbino, en compañía de su hermano menor Juliano y de su primo Julio. En 1500 se trasladó a Roma y se estableció en el palacio Madama, residencia de los Médicis en la ciudad. Allí permaneció hasta su elevación al trono pontificio, llevando una vida refinada y apoyando a los artistas.

A la muerte de Julio II, después de un cónclave muy breve, el cardenal Médicis fue elegido papa el 11 de marzo de 1513, a pesar de que sólo contaba 37 años de edad. Tomó el nombre de León X y fue coronado el 21 del mismo mes. En uno de los arcos triunfales que se levantaron con motivo de la solemne toma de posesión de San Juan de Letrán se podía leer: «Antes había imperado Venus, después llegó el turno del dios de la guerra, y ahora llega tu día, soberana Minerva», que aludía evidentemente a los pontificados de Alejandro VI, Julio II y León X. Y, efectivamente, el papa León distribuyó con generosidad principesca sus tesoros en favor de muchos discípulos de Minerva, la diosa de la sabiduría.

Una vez entronizado, León X se preocupó de continuar el concilio lateranense iniciado por su predecesor, que llegó a su fin en marzo de 1517, y concedió el perdón a los cardenales cismáticos, Carvajal y Sanseverino, que habían participado en el conciliábulo de Pisa, reintegrándoles a sus cargos.

Uno de los objetivos del papa fue mantener los Estados de la Iglesia y Florencia al margen de las luchas entre franceses y españoles que se disputaban el dominio en Italia. La antipatía del papa León por Francia era bien conocida, pero el pontífice supo vencerla y entabló negociaciones con Luis XII para restablecer la paz y conseguir que el monarca aceptara el concilio lateranense. La lucha de la liga contra Francia continuó con alternancias hasta la victoria francesa de Marignano (1515), que abrió el camino a la paz y consagró la división de las influencias entre Francia (el norte) y España (el sur); sólo Venecia y los Estados de la Iglesia conservaron una independencia real. El papa tuvo que renunciar a Parma y Piacenza, y por el concordato de 1516 concedió al rey francés el derecho de presentación de todos los beneficios consistoriales del reino, mientras que Francisco I (1515-1547) derogó la pragmática sanción de 1438. El concordato fue ratificado por el concilio lateranense el 19 de diciembre de 1516 y, en opinión de Imbart de la Tour (*Les origines de la Reforme,* II, París, 1909), puso remedio a la anarquía que reinaba en Francia en la provisión de los beneficios.

Por el mismo tiempo, con el pretexto de que el duque de Urbino, Francisco María della Rovere (1508-1516), había traicionado los intereses del papado, León X le privó del ducado y se lo entregó a su sobrino Lorenzo de Médicis, que lo ocupó en agosto de 1516. La decisión fue mal vista entre los cardenales y algunos organizaron un complot para asesinar al papa. La conjura falló y el cardenal Petrucci, su principal artífice, fue ejecutado en julio de 1517; otros, como Sauli y Riario, fueron encarcelados y liberados después de pagar una suma enorme de dinero.

Restablecida la paz en Italia, el papa podía pensar en organizar la cruzada contra los turcos. Envió legados a Inglaterra, Francia, España y el Imperio, pero las buenas perspectivas se vinieron abajo con la muerte del emperador en 1519. La lucha de los reyes de Francia y España por conseguir la corona imperial centró los objetivos del momento. La mayor preocupación de León X era la de mantener el equilibrio entre ambos candidatos e impedir que uno u otro se hiciera con el control de Italia y limitara el poder pontificio.

El papa, preocupado por la composición del sacro colegio, que le parecía sospechosa, a pesar de haber nombrado a cuatro florentinos al inicio de su pontificado, en 1517 designó a 31 nuevos cardenales, cifra muy elevada y sin parangón antes y después de su pontificado. A excepción de los cardenales Tomás Cayetano y Gilberto de Vitervo (Canisio), las demás nominaciones miraban más a contentar a las diferentes facciones de la nobleza romana, a favorecer los intereses de los Médicis y a dar una satisfacción a los soberanos extranjeros. El sacro colegio, tradicionalmente compuesto por 24 miembros, pasó a 46 y constituyó una auténtica corle, pues muchos de sus componentes sólo tenían

de eclesiásticos el título y el nombre. Para hacer frente a los gastos cada vez más crecientes de la corte papal se recurrió a todos los expedientes: aumento de los derechos de cancillería, venta de oficios, indulgencias, etc. A pesar de las denuncias y de las críticas, nada se hizo por cambiar este estilo de vida, ni siquiera las tesis luteranas pudieron con él.

La crisis luterana. En marzo de 1517 el concilio lateranense llegaba a su fin, y el 31 de octubre el profesor de Wittenberg, Martín Lutero (1483-1546), envió 95 tesis en latín a los obispos asistentes solicitando una disputa teológica. El motivo de las tesis de Lutero fue la indulgencia que Julio II había promulgado para la construcción de la basílica de San Pedro, y que León X renovó. Aquellas tesis, que buscaban el diálogo y no la lucha, las hizo imprimir Christoph Scheuerl y pronto circularon por toda Alemania. La inesperada resonancia que obtuvieron demostró hasta qué punto era general el descontento y la irritación por el problema de las indulgencias y otros gravámenes con que la curia romana oprimía a la nación alemana.

En la Dieta de Augsburgo de 1518, el cardenal Cayetano escuchó a Lutero, que apeló a un concilio general. Pero, como tras la muerte del emperador Maximiliano I en enero de 1519, León X quería impedir la elección imperial de Carlos I de España (1516-1556), se mostró complaciente con el príncipe elector Federico el Sabio y paralizó el proceso contra Lutero. Después de la elección de Carlos V, León X reanudó el proceso contra Lutero y el 15 de junio de 1520 emitió la bula en que le amenazaba con la excomunión, pero como Lutero la quemó en Wittenberg, el papa le excomulgó el 3 de enero de 1521. Un alejamiento de la realidad y un funesto sentimiento de seguridad ofuscó al papado, que miró a Lutero con desprecio y con un sentimiento de superioridad, ignorando las posibilidades que se encerraban en aquel nuevo tipo de cristianismo que combatía.

El mecenazgo. El amor que el papa tenía a las letras y a las artes parecía heredado de los Médicis. León X se distinguió por una protección decidida a todas las manifestaciones del Renacimiento, rodeándose de una brillante corte de cultivadores del arte y de las letras, en la que Bembo y Sadoleti ocupaban el cargo de secretarios. Rafael y Miguel Ángel trabajaron para él; continuó la reforma de la Universidad de Roma; se preocupó de restaurar la biblioteca de su padre saqueada por los partidarios de Savonarola, etc. El cansancio y la enfermedad acabaron con la vida del pontífice el primer día de enero de 1521, cuando contaba 46 años de edad. Su muerte suscitó un general concierto de alabanzas por parte de aquellos poetas y escritores que habían sido testigos y beneficiarios de su eximia liberalidad. Pero por un extraño e incomprensible contraste, su cuerpo descansó largo tiempo en un túmulo innoble de la básilica de San Pedro. Paulo III lo mandó trasladar, junto al de Clemente VII, a un mausoleo de mármol situado en el coro de la iglesia romana de Santa María sopra Minerva.

Adriano VI (9 enero 1522 - 14 septiembre 1523)

Personalidad y carrera eclesiástica. Adriano Florensz nació en Utrccht el 2 de marzo de 1459. Hijo de un carpintero, hizo los primeros estudios en la escuela de Utrecht, donde recibió la influencia de la *devotio moderna*, y en 147d se matriculó en la Universidad de Lovaina, doctorándose en teología. En la misma universidad fue profesor y vicecanciller. En 1507 el emperador Maximiliano I le nombró preceptor de su nieto el archiduque Carlos, que por entonces contaba siete años.

En 1515 vino a España en calidad de embajador para hacer valer los derechos del archiduque Carlos a la corona de los Reyes Católicos, sus abuelos, lo que consiguió fácilmente con la ayuda de Jiménez de Cisneros (1436-1517). En 1516 recibió como recompensa el obispado de Tortosa y un año después el capelo cardenalicio. Acompañó a Carlos I en su primer viaje por los reinos de España y, cuando éste marchó a Alemania para recibir la corona imperial, fue nombrado regente y gobernador general de los reinos de España.

El cónclave que siguió a la muerte de León X eligió papa, ante la sorpresa general, al cardenal obispo de Tortosa el 9 de enero de 1522. Adriano de Utrecht, que se hallaba en España, recibió la noticia el 9 de febrero y, después de un mes de reflexión, aceptó el nombramiento y se embarcó para Roma. Llegó a la ciudad eterna el 30 de agosto y al día siguiente fue coronado sin gran concurrencia de pueblo.

El nuevo papa era un hombre culto, piadoso y de costumbres austeras; era un papa reformista como requerían los tiempos. Pero Adriano, justo en razón de su piedad y de su disposición reformista, halló pocas simpatías en Roma. Curiales y literatos se burlaban de él, lanzando contra él todo tipo de calumnias. De este modo, el último papa no italiano hasta 1978 se convirtió en «víctima del sarcasmo romano», según expresión de Burckhardt.

El avance del luteranismo. Los dos objetivos de su pontificado, expuestos en el discurso de entronización, fueron la continuación de la cruzada contra los turcos (lo que suponía la reconciliación de los príncipes cristianos) y la reforma de la Iglesia, en un momento en que el movimiento luterano todavía no había triunfado de forma definitiva. Pero no tuvo éxito. El enfrentamiento entre Carlos V y Francisco I hizo inviablc la cruzada, y los turcos se apoderaron de Belgrado y de la isla de Rodas. Ante el avance del luteranismo, envió como legado a Francisco Chieregati a la Dieta de Nuremberg (1522-1523) para que rogase a los Estados del Imperio que aplicasen el edicto de Worms de 1521 e impidieran la difusión de la doctrina de Lutero, a la vez que hizo una sincera confesión de culpabilidad. En nombre del papa reconoció la culpa de la curia romana en las calamidades que todos lamentaban y afirmó que «todos nosotros, prelados y clérigos, nos hemos apartado del camino de la justicia, y hace ya mucho tiempo que no hay nadie que obre bien» (R. García-Villoslada, *Raíces históricas del luteranismo*, Madrid, 1976, pp. 94-95). Aunque esta confesión tuvo un profundo eco en la conciencia de todos, las pasiones estaban demasiado enfrentadas y el resultado conseguido fue prácticamente nulo, pues los príncipes

exigieron la convocatoria de un concilio en el plazo de un año para abolir los abusos de la Iglesia.

Adriano VI concedió a Carlos I tres privilegios sustanciosos para la corona: la incorporación definitiva de las mesas de las órdenes militares, el patronato y presentación a la iglesia de Pamplona y a todas las restantes iglesias de España. El privilegio sobre los maestrazgos lo había conseguido parcialmente Fernando el Católico en diferentes ocasiones, pero con la bula *Dum intra nostrae mentís* (4 mayo 1523) Adriano VI concedió la incorporación de modo irrevocable y a perpetuidad. La bula *Dum ínter nostrae mentís,* de 14 de abril de 1523, otorgaba el privilegio de patronato y de presentación a la iglesia de Pamplona, y la *Eximiae devotionis affectus* (6 septiembre 1523) la concedía para todas las iglesias metropolitanas, catedrales y monasterios consistoriales de Castilla y Aragón. Este privilegio, sumado a los obtenidos para el reino de Granada y Canarias de Inocencio **VIII** y para América de Julio II, cerraba el círculo de una de las prerrogativas más singulares concedidas a la corona española en el Antiguo Régimen.

Adriano VI murió el 14 de septiembre de 1523, a la edad de 64 años, después de veinte meses de papado. Sepultado en la iglesia nacional alemana de Santa María del Ánima, en Roma, resultan atinadas las palabras que se leen en su mausoleo: «¡Ay, cuánto importa la época en que se desarrolla la acción del varón más insigne!»

Clemente VII (19 noviembre 1523 - 25 septiembre 1534)

Personalidad y *carrera eclesiástica.* Juliano de Médicis nació en Florencia el 26 de mayo de 1478. Hijo natural de Juliano de Médicis, recibió la misma educación que los hijos de Lorenzo el Magnífico, de quien era sobrino. A la sombra de su primo Juan, nombrado cardenal, sufrió la caída del régimen de los Médicis en 1494 y un largo exilio por diferentes países. La restauración de su familia en el poder de Florencia en 1512 y la elevación de su primo Juan al trono pontificio en 1513, le posibilitó una rápida carrera eclesiástica: en 1513 fue nombrado arzobispo de Florencia y cardenal del título de Santa María in Domenica, y sucesivamente recibió los cargos de legado pontificio en la liga contra los franceses, vicecanciller de la Iglesia romana, legaciones en Toscana, Bolonia y Rávena, etc. Los graves problemas que tuvo en la diócesis de Florencia por la predicación de los discípulos de Savonarola los solventó con la convocatoria de un concilio provincial, defendiendo con energía el poder de los Médicis y de la Santa Sede, cuyos intereses estaban íntimamente unidos.

A la muerte de su primo León X (1 diciembre 1521) tuvo la posibilidad de ser papable, pero la oposición de los cardenales Colonna y Soderini lo impidió. Sin embargo, tras el breve pontificado de Adriano VI, lo consiguió. El cónclave no fue cómodo, pues las facciones filofrancesa e imperial lucharon por imponer sus candidatos. Un mes y medio duró la pugna entre los cardenales Juliano de Médicis y Alejandro Farnese, futuro Paulo III, pero al fin Juliano de Médicis fue elegido papa el 19 de noviembre de 1523 y tomó el nombre de Clemente VIL

Contarini, embajador de Venecia, definió a Clemente VII con estas palabras: «Muestra, sí, deseos de ver eliminados los abusos de la santa Iglesia, pero no lleva a la práctica ninguna idea al respecto ni toma ninguna medida.» De hecho, Clemente VII fue un papa indeciso, titubeante y tímido, que desaprovechó las mejores ocasiones y que acabó teniendo fama de inseguro entre amigos y enemigos. Se enfrentó a Carlos V, un soberano ganado por la idea imperial y que, en consecuencia, también se tomó muy en serio el bienestar de toda la cristiandad.

El saqueo de Roma y la ruptura de la cristiandad. Aunque la situación político-religiosa de la cristiandad no era muy propicia, Clemente VII comenzó su pontificado con buenos augurios. Alfonso del Este prestó juramento por Parma y Reggio, Florencia se sintió más segura con un nuevo papa Médicis, Carlos V se congratuló por su elección y el papa trató con Francia y Venecia para organizar una cruzada. Sin embargo, como el luteranismo se extendía cada vez más en Alemania, Carlos V reclamó la urgencia de convocar un concilio, pero el miedo que había provocado el Concilio de Basilea frenó cualquier paso del papa en esa dirección. Es verdad que se estableció como su futura sede a la ciudad de Trento, pero Clemente VII, para ganar tiempo, anunció la reforma de la curia, condenó la acumulación de beneficios, tomó diferentes medidas para mejorar la administración del patrimonio de san Pedro, cuyas finanzas no atravesaban buen momento a causa de los dispendios de León X, etc.

La lucha entre Francia y el Imperio por el dominio del norte de Italia continuaba, pero la batalla de Pavía (25 febrero 1525), en la que Francisco I cayó prisionero de los imperiales y firmó el tratado de Madrid (13 enero 1526), entregó el dominio de Italia a Carlos V. Sin embargo, para frenar el excesivo poder de los Habsburgo, el papa y Venecia se unieron a Francia, y en mayo de 1526 firmaron la liga de Cognac. La reanudación de la lucha tuvo efectos calamitosos para la Iglesia, pues en la Dieta de Spira (1526) se suspendió prácticamente el edicto de Worms de 1521 y las tropas imperiales arrasaron y saquearon sin piedad la ciudad de Roma durante los días 6-9 de mayo de 1527. Ante la mirada del papa, que poco antes de que los soldados irrumpieran en los aposentos pontificios había conseguido escapar al castillo de Sant'Angelo por el corredor de comunicación, se llevó a cabo un saqueo con todas las crueldades imaginables. Un curial alemán que vivió el acontecimiento refiere que «allí moría sin remedio todo el que se encontraba por las calles, fuera joven o viejo, mujer o varón, fraile o monje». El *sacco di Roma* fue interpretado en general como un castigo de Dios por la vida relajada de la ciudad papal y Alfonso de Valdés {*Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, 1529) lo justificó como un hecho providencial, resposanbilizando al papa del suceso. Y esta interpretación será la que, con matices, mantendrán los aliados del emperador.

Con el *sacco di Roma* el fracaso de la política que la Santa Sede venía practicando desde el pontificado de León X, conocida con el nombre de «libertad de Italia», fue total. El papa tuvo que amnistiar a los Colonna, entregar 400.000 ducados y renunciar a Parma, Módena, Civitavecchia y Ostia. En diciembre

Clemente VII consiguió escapar de Roma y refugiarse en Orvieto, pero ya no se unió a la liga de Cognac, aunque Francia continuaba la lucha contra el Imperio, que finalizó con la firma del tratado de Cambrai (3 agosto 1529), y entregaba el dominio del Milanesado a España. Unos meses antes, en junio de 1529, el papa había concertado la paz con el emperador, que se firmó en Barcelona, y en febrero de 1530 Carlos V recibió la corona imperial de manos del papa en la iglesia de San Petronio de Bolonia, que sería la última coronación imperial que un papa iba a realizar. En aquella ocasión el emperador intentó de nuevo, aunque sin éxito, que el papa convocara el concilio. Exhortación que Carlos V volvió a renovar después de la Dieta de Augsburgo de 1530, invocando la amenaza del cisma de Enrique VIII (1509-1547) y la hostilidad de Francisco I.

Clemente VII tuvo que enfrentarse también con el grave problema del cisma de Inglaterra. Enrique VIII, al que León X había distinguido con el título de defensor de la fe, quería anular su matrimonio con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos y tía del emperador, para casarse con Ana Bolena. Clemente VII se negó, pero el arzobispo de Canterbury declaró válido el nuevo matrimonio de Enrique VIII con Ana Bolena. El papa pronunció la excomunión contra Enrique VIII, que se hizo definitiva en el consistorio de 24 de marzo de 1534, consumándose la ruptura de Roma con la Iglesia de Inglaterra.

Al final de su vida, el indeciso pontífice volvió a bascular hacia Francia. Después de hacer una promoción de cardenales, todos franceses, en octubre de 1533 se encaminó a Marsella para desposar a su sobrina Catalina de Médicis con Enrique de Orléans, hijo segundo del monarca francés. El pontificado de Clemente VII, al que Ranke *(Historia de los papas,* México, 1951, p. 66) ha calificado como el más funesto de todos los papas, fue de hecho funesto porque con su política sancionó la ruptura de la cristiandad. Murió en Roma el 25 de septiembre de 1534 y fue sepultado en la iglesia de Santa María sopra Minerva.

Paulo III (13 octubre 1534 - 10 noviembre 1549)

Personalidad y carrera eclesiástica. Pocos datos exactos se conocen sobre el nacimiento y primeros años de Alejandro Farnese. Nació a finales de febrero de 1468 problamente en Canino (Viterbo) de una familia noble romana. Recibió una buena formación humanista y pronto comenzó a recibir prebendas y beneficios. Inocencio VIII le nombró protonotario apostólico; Alejandro VI le creó cardenal del título de San Cosme y Damián (20 septiembre 1493), le concedió el obispado de Corneto y Montefiascone, y le designó tesorero de la Cámara apostólica y legado en Viterbo para que se entrevistase con Carlos VIII de Francia; Julio II le otorgó el rico obispado de Parma en 1509; León X y Clemente VII le colmaron de beneficios y fue legado ante el emperador Carlos V. Alejandro Farnese llevó una vida fastuosa y tuvo varios hijos ilegítimos: Pierluigi, futuro duque de Parma, y Paolo, fueron legitimados por Julio II, mientras que Constanza y Ranuccio lo fueron por León X en 1518. Después de recibir las órdenes sagradas, morigeró sus costumbres y concentró todas las energías

en el ejercicio de la diplomacia, en la que demostró ser un gran maestro a la hora de tratar con los imperiales, evitando a León X cometer muchos errores. A la muerte de Adriano VI (1523) fue uno de los papables, y la elección de Clemente VII supuso para él una importante pérdida de influencia, porque el nuevo pontífice no siguió sus consejos y se embarcó en una política de enfrentamientos que terminó con la catástrofe del *sacco di Roma* (1527). No obstante, consiguió mantener su popularidad en la curia y, a la muerte de Clemente VII, en un cónclave que sólo duró dos días, fue elegido papa por unanimidad el 13 de octubre de 1534, y tomó el nombre de Paulo III.

Aunque Paulo III fue todavía un hombre del Renacimiento y no se le puede considerar como el primer papa de la reforma católica, ciertamente hay que verlo como su precursor. Todos los retratos del papa irradian una rara prudencia. Y, efectivamente, en todas sus actuaciones puso de manifiesto una cuidadosa reflexión, recabando no pocas veces el parecer de varones experimentados. El excesivo favoritismo a su familia es ciertamente una gran sombra en la figura del papa Farnese. A su hijo Pierluigi le nombró confaloniero de la Iglesia en 1537 y después, en 1545, duque de Parma y Piacenza. A sus nietos, sobre todo a los hijos de Pierluigi, también les favoreció descaradamente: Alejandro fue el claro favorito del papa, obteniendo obispados, abadías, prioratos y el cargo de vicecanciller. A Octavio, que casó en 1538 con Margarita de Austria, hija bastarda de Carlos V y viuda de Alejandro de Médicis, le entregó el pequeño ducado de Camerino, que después cambió por el de Castro. Y a Orazio le entregó la prefectura de Roma.

La reforma católica y el Concilio de Trento. Paulo III fomentó la reforma mediante el nombramiento de una serie de cardenales con un profundo sentido eclesial, la constitución de una comisión para la reforma y, sobre todo, con la convocatoria del Concilio de Trento y el apoyo a las congregaciones religiosas de fundación reciente.

Es verdad que en la promoción de nuevos cardenales comenzó nombrando a dos nietos suyos: Alejandro Farnese, hijo de Pierluigi, y Guido Ascanio Sforza, hijo de Constanza; pero también incorporó al sacro colegio a hombres con grandes valores espirituales, como san Juan Fisher (1469-1535), condenado a muerte un año después por Enrique VIII de Inglaterra; Contarini, ex embajador de Venecia en Roma y amigo de Victoria Colonna; Caraffa, futuro Paulo IV; Sadoleto, gran defensor de la reforma católica; Pole, nieto de Eduardo IV de Inglaterra; Cervini, futuro Marcelo II; Cortese, reformador de los benedictinos; Morone, defensor de la corriente espiritualista, etc. Todos eran personas destacadas, a las que preocupaba de un modo muy particular la renovación de la Iglesia, y no es exagerado decir que, mediante tales nombramientos, se reformó el colegio cardenalicio.

El año 1536 Paulo III instituyó una comisión de cuatro cardenales (Contarini, Caraffa, Sadoleto y Pole) y cinco prelados para que hicieran un informe sobre los capítulos que había que reformar en la disciplina de la Iglesia. Los comisionados redactaron el informe y lo entregaron al papa, que aprovechó algu-

nas sugerencias para expedir varias bulas de carácter reformista, y guardó el dictamen de la comisión para presentarlo al concilio. En él se analizaban los abusos de la curia romana y trazaba el programa de trabajo para el cometido reformista del concilio.

Otra medida de Paulo III fue la reorganización de la Inquisición en 1542. Una congregación romana de seis cardenales, que más tarde se llamó Sanctum Officium, tenía la misión de auxiliar al papa en las cuestiones dogmáticas, actuar como tribunal supremo en materias de fe y velar por la pureza de la doctrina en toda la Iglesia, procediendo contra los sospechosos de herejía. Su presidente fue el severísimo cardenal Caraffa, el futuro Paulo IV, que pronto nombró delegados en los distintos territorios italianos.

El mayor mérito de Paulo III en relación con la renovación católica fue la convocatoria del Concilio de Trento (H. Jedin, *Historia del Concilio de Trento*, I, Pamplona, 1972). Ya en 1536 había convocado un concilio en Mantua, al año siguiente en Vicenza y en 1542 en Trento, pero el enfrentamiento que mantenía Francia y el Imperio hizo inviables las iniciativas pontificias. Sólo con la firma de la paz de Crespy entre Francisco I y Carlos V el año 1544 pudo convocarse el concilio en la ciudad de Trento, donde se celebró la solemne apertura el día 13 de diciembre de 1545. La elección de la ciudad de Trento se debió a su posición geográfica y a su estatuto jurídico. Su carácter predominantemente italiano la hacía bienquista a la curia romana, mientras que su pertenencia política al Imperio la hacía atractiva a los alemanes. Después de vencer múltiples dificultades, en la sesión sexta se definió la doctrina de la justificación, que sin duda es el decreto más importante de la primera etapa del concilio.

Como el papa quería librar al concilio de la influencia imperial, el inicio de una epidemia en Trento le ofreció el pretexto para trasladarlo a Bolonia en la primavera de 1547. El emperador, que acababa de lograr la victoria de Mühlberg (1547) sobre la liga protestante de Esmalcalda, se sintió molesto por tan repentino traslado y, mediante el denominado *Interim de Augsburgo* (1548), quiso regular interinamente la situación religiosa en Alemania, haciendo algunas concesiones a los protestantes, a la espera de lo que decretara el concilio. Ante esta situación, el papa dispuso la suspensión del concilio el 13 de septiembre de 1549.

El papa alentó las órdenes y congregaciones religiosas de fundación reciente, como los teatinos, capuchinos, barnabitas, somascos y ursulinas. El 26 de septiembre de 1540, por la bula *Regimini militantis Ecclesiae*, Paulo III aprobó la Compañía de Jesús, que se convirtió en la punta de lanza de la reforma católica.

El conflicto entre Francia y el Imperio favoreció la expansión de los turcos, que en junio de 1536 invadieron la Puglia y se apoderaron de la isla de Corfú que pertenecía a Venecia. El 18 de junio de 1538, Paulo III consiguió que Carlos V y Francisco I firmasen en Niza una tregua de diez años y se comprometiesen a organizar una expedición contra Enrique VIII, que había sido excomulgado años antes. Sin embargo, poco después, al conceder Carlos V la

investidura del ducado de Milán a su hijo Felipe, se reanudó la guerra y los turcos aprovecharon la situación para apoderarse de Buda y de la región del alto Danubio.

Paulo III, al que Copérnico había dedicado en 1543 su obra revolucionaria *Sobre los cursos de los cuerpos celestes*, contrajo también grandes méritos en el campo del arte. Encomendó a Miguel Ángel que diera un nuevo aspecto al Capitolio; en la capilla Sixtina pintó el *Juicio Final*, terminado en 1541, y después los frescos de la capilla Paolina. Finalmente, en 1547 le confió la dirección de las obras de la basílica de San Pedro. Vasari (1511-1571) exaltó el pontificado de Paulo III en los frescos que pintó en la Sala *del cento giorni* del palacio de la Cancillería, y Guillermo della Porta le erigió en la basílica de San Pedro uno de los sepulcros más hermosos. Cuando Paulo III murió el 10 de noviembre de 1549 estaba fuera de toda duda que con su pontificado, pese a todas las sombras, se había iniciado una nueva era.

Julio III (8 febrero 1550 - 23 marzo 1555)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan María Ciocchi del Monte nació en Roma el 10 de septiembre de 1487. Su familia procedía de Monte San Savino, y al morir su padre en 1504, que era un famoso jurista romano, Juan María quedó bajo la custodia de su tío Antonio del Monte, auditor de la Rota y arzobispo de Siponto (Manfredonia), que se encargó de su educación y carrera. Después de los primeros estudios bajo la dirección del humanista Rafael Bradrolini, estudió derecho en Perugia y Siena. Gracias a su tío, fue designado camarero pontificio y, poco después de conseguir la púrpura cardenalicia, renunció en su favor el arzobispado de Siponto (1513), al que se añadió en 1521 el de Pavía. Adornado con una exquisita prudencia que constrastaba con sus pocos años, durante el pontificado de Clemente VII fue dos veces gobernador de Roma y figuró entre los rehenes entregados al ejército imperial durante el *sueco di Roma,* logrando escapar con vida y fortuna. Después fue nombrado vicelegado en Bolonia y auditor de la Cámara apostólica, y el 22 de diciembre de 1536 Paulo III le creó cardenal del título de San Vital. Representó al papa como legado y presidente del concilio en Trento (1545-1547) y en Bolonia (1547-1548), y se distinguió como brillante jurista y discreto diplomático.

A la muerte de Paulo III el cónclave se prolongó más de dos meses por las presiones francesas e imperiales. Al comienzo, el candidato con mayores perspectivas fue el cardenal inglés Pole, pero los italianos no querían saber nada de un papa extranjero, al igual que sucedió con el cardenal español Álvarez de Toledo, hermano del virrey de Nápoles. Después de violentas escenas y duros enfrentamientos verbales, los cardenales de ambos partidos coincidieron en el cardenal Del Monte, que fue elegido papa el 8 de febrero de 1550 y tomó el nombre de Julio III. El nuevo papa era un hombre alegre y aficionado a los placeres de la vida; su manera de vivir recordaba en muchos aspectos los tiempos de León X. Como éste, gustaba de la caza y el juego, y tenía muchos amigos entre los músicos y los comediantes. Pastor escribió de él: «No quiso mal-

quistarse con nadie, gustaba de ver a su alrededor rostros satisfechos, y amaba más el brillo del poder que su misma realidad.»

Aunque se mostró contrario al nepotismo que habían practicado sus predecesores, no fue capaz de resistir la presión de sus familiares. Entre los veinte cardenales que nombró se encuentran personas de gran mérito, pero también un hijo adoptivo de su hermano Inocencio del Monte, totalmente indigno y con sólo 15 años de edad. Colmado de favores, estuvo al frente de la Secretaría de Estado y terminó en la cárcel después de una vida de crímenes y excesos.

Actividad política y religiosa. Pese a su manera de pensar, Julio III luchó por la reforma de la Iglesia y su mayor mérito fue, sin duda, el haber ordenado la reapertura del Concilio de Trento el 1 de mayo de 1551, pese a la resistencia de Francia. La composición de la asamblea episcopal se diferenciaba de la anterior en que la minoría imperial, que había continuado en Trento después de trasladarse a Bolonia, se reforzó ahora con nuevos obispos de Alemania. En las seis sesiones que se celebraron (de la 11 a la 16) se publicaron tres decretos dogmáticos relativos a los sacramentos de la eucaristía, penitencia y extremaunción, acompañados de tres decretos de reforma sobre la jurisdicción episcopal, las costumbres del clero y la colación de beneficios. En enero de 1552 llegaron legados protestantes de los Estados del Imperio, pero su exigencia de renovar la doctrina de la superioridad del concilio sobre el papa no pudo ser satisfecha. La traición del príncipe elector Mauricio de Sajonia al emperador (1552) y su huida de Innsbruck provocaron una nueva suspensión de la asamblea el 28 de abril de 1552.

El papa tuvo que hacer frente al problema de Parma, cuyo ducado fue concedido a Octavio Farnese por Julio III, de acuerdo con las capitulaciones que precedieron a su elección. Carlos V rechazó esta concesión, al considerar que Parma y Piacenza pertenecían al Imperio. Octavio pidió ayuda a Francia y en 1551 se alió con Enrique II (1548-1559), a pesar de las advertencias del papa, que le despojó del ducado y pidió la intervención del emperador. Por el armisticio de 29 de abril de 1552 el papa se retiró de la guerra, pero ésta continuó entre Francia y el Imperio hasta la firma de la tregua de Vaucelles (1556).

En un momento en que la Reforma protestante avanzaba por toda Europa, la restauración del catolicismo en Inglaterra significó un triunfo del pontificado. A la muerte de Eduardo VI (1553) subió al trono María Tudor (1553-1558), hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, que contrajo matrimonio con el príncipe Felipe de Habsburgo y, después de muchas negociaciones con la nobleza, reanudó la comunicación con Roma. La legación del cardenal inglés Reginald Pole, varias veces aplazada por la cuestión de los bienes eclesiásticos desamortizados, se realizó, y el 30 de noviembre de 1554 se levantó la excomunión.

Julio III favoreció a la Compañía de Jesús, confirmando sus privilegios y concediéndole otros más. El Colegio Germánico, creado en 1552, para la formación del clero destinado a los países protestantes, fue puesto bajo su dirección.

Aunque no en la medida que sus predecesores, Julio III también se mostró favorable a las artes: nombró director de la Biblioteca Vaticana al humanista Marcelo Cervini, defendió a Miguel Ángel de sus detractores en la obra de la basílica de San Pedro, nombró a Palestrina maestro de la capilla de San Pedro, y encargó a Vignola la construcción de una casa de campo delante de la Porta del Popolo, rodeándola de un parque con estatuas y ninfas. Hoy la Villa Giulia alberga el Museo Etrusco.

Murió Julio III en Roma el 23 de marzo de 1555 y fue sepultado en la basílica de San Pedro. Aunque los historiadores disienten a la hora de enjuiciar su actuación, no hay duda de que su obra en pro de la reforma no fue estéril, pues sirvió como buen fundamento para ulteriores planes y para la reforma definitiva que más tarde realizó el Concilio de Trento.

Marcelo II (9 abril 1555 - 1 mayo 1555)

Marcelo Cervini di Spannochi nació en Montepulciano el 6 de mayo de 1501. Su fama de hombre de letras le posibilitó entrar de secretario del cardenal Farnese y, cuando su protector ocupó la silla de san Pedro con el nombre de Paulo **III,** le concedió el obispado de Nicastro y le nombró cardenal (1539). Poco después desempeñó el papel de legado a latere junto al rey de Francia, Francisco I, y junto a Carlos V. Al regresar a Roma, recibió el obispado de Rcggio, nombrando administrador de la diócesis a Santiago Laínez. En 1545 recibió el encargo de presidir el Concilio de Trento en nombre del papa y pasó a Bolonia cuando el pontífice ordenó su traslado. Los decretos sobre la justificación y la residencia de los obispos fueron en parte obra suya y en 1548 hizo imprimir en Bolonia los decretos conciliares. Después de la suspensión del concilio volvió a Roma y fue el primer cardenal bibliotecario. A su interés y trabajo debe la Biblioteca Vaticana muchos de sus manuscritos y obras impresas.

El cónclave que siguió a la muerte de Julio III, a pesar de las maquinaciones del cardenal Hipólito del Este, hijo de Lucrecia Borja, eligió de forma unánime a Marcelo Cervini, por su integridad de vida y celo reformador, el 10 de abril de 1555. Conservó el nombre de Marcelo y al día siguiente fue coronado en San Pedro y presentado al pueblo.

Sus primeros actos de gobierno hicieron concebir grandes esperanzas a los que anhelaban la reforma. Los miembros de su familia permanecieron en Montepulciano y no quiso conceder ninguna prebenda a dos sobrinos que estudiaban en Roma. Sólo, de acuerdo con la costumbre, nombró a miembros de su familia para los cargos de castellano de Sant'Angelo y capitán de la guardia pontificia. Pero las esperanzas se vieron truncadas. A los diez días de su nombramiento cayó enfermó y el primero de mayo murió, después de veintiún días de pontificado. Su cadáver fue sepultado en la basílica de San Pedro. El secretario Massarelli escribió en su diario del concilio (II, 261): «¡Oh infortunado papa, que apenas ha tocado la tiara! ¡Infortunados nosotros, que con toda razón nos prometíamos tantas cosas buenas y magníficas de un papa tan santo, para gloria de Dios!»

El breve pontificado de Marcelo II quedó inmortalizado en la *Misa papae Marcelli* que Palestrina compuso en su honor, aunque no fue publicada hasta 1567.

Paulo IV (23 mayo 1555 - 18 agosto 1559)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Pedro Caraffa nació en Capriglio el año 1476. Miembro de una familia noble del reino de Nápoles, se inició en la carrera eclesiástica de la mano de su tío, el cardenal Oliviero Caraffa, que en 1505 renunció en su favor el obispado de Chieti. En los años sucesivos desempeñó misiones diplomáticas en Nápoles, como legado extraordinario del papa para recibir a Fernando de Aragón; en Inglaterra, para organizar la recaudación de un tributo pontificio, y en España. Después de la última misión sus sentimientos antiespañoles, heredados de la tradición familiar, se agudizaron, y en 1518 fue promovido al arzobispado de Brindisi, conservando el de Chieti. El año 1524 renunció a todos los beneficios para entrar en la congregación de los clérigos regulares, conocidos con el nombre de teatinos, que fundó junto con Cayetano de Thiene.

Creado cardenal por Paulo III el 22 de diciembre de 1536, fue nombrado miembro de la comisión cardenalicia que presentó al papa el proyecto de reforma general de la Iglesia, conocido como *Consilium de emendanda Ecclesia.* Defensor a ultranza de la ortodoxia, fue uno de los inspiradores de la creación de una comisión cardenalicia para la represión de la herejía. De este nuevo organismo, con el que Paulo III estableció en 1542 la Inquisición romana, el cardenal Caraffa formó parte desde el principio, llegando a ser uno de los miembros más influyentes. En 1549 fue promovido al arzobispado de Nápoles y desde 1553 fue decano del sacro colegio.

En el cónclave que se reunió el 15 de mayo de 1555, tras la muerte prematura de Marcelo II, el cardenal Caraffa no parecía tener muchas esperanzas de ser electo. Pero, aunque ninguno de los dos partidos del colegio cardenalicio, el imperial y el francés, contaba con mayoría de votos para imponer su candidato, el 23 de mayo confluyeron los votos de la mayoría en Caraffa y fue elegido papa, tomando el nombre de Paulo IV. El nuevo papa tenía 79 años y el embajador veneciano Navagero afirma que «este papa es de un temperamento violento y fogoso [...]. Es impetuoso en el manejo de los asuntos y no tolera que nadie le contradiga».

Aunque Paulo IV era un ardiente partidario de la reforma, su pontificado defraudó por su extraordinaria severidad y por el vergonzoso nepotismo que practicó, pues no sólo encumbró a sus sobrinos, sino que siguió ciegamente la política que le marcó su nepote Carlos Caraffa, hábil e inteligente, pero también ambicioso y de dudosa moralidad, al que nombró cardenal poco después de su elección. Cuando al final de su pontificado Paulo IV descubrió los manejos y las traiciones de su sobrino, reaccionó con severidad: lo destituyó de todos los cargos y, junto con sus hermanos, el duque de Palliano y el marqués de Montebello, les ordenó salir de Roma con su familia en el plazo de doce días,

amenazándoles con infligirles la pena señalada al delito de traición si abandonaban su destierro. Pero el remedio llegaba demasiado tarde.

La paz religiosa y la lucha contra la herejía. Paulo IV era enemigo inflexible del predominio español en Italia por tradición familiar y, en opinión de Llorca {*Historia de la Iglesia católica,* III, Madrid, 1960, pp. 786-91), se dejó arrastrar por su sobrino, el cardenal Caraffa, a firmar una alianza con Francia y a hacer la guerra contra España, que acabó en 1557 con la derrota total de las tropas pontificias. Carlos V, ante la imposibilidad de someter a los protestantes alemanes por el apoyo que recibían de Francia, firmó con ellos la paz religiosa de Augsburgo (25 septiembre 1555), que selló la división religiosa de Alemania. Poco después, Paulo IV rechazó la abdicación del Imperio por Carlos V y la elección de Fernando I como nuevo emperador, al considerar que esto no se podía hacer sin el consentimiento pontificio, pero Fernando se hizo coronar el 14 de marzo de 1558 sin requerir su consentimiento ni su ratificación.

Pablo IV no tuvo más éxito con Inglaterra. Recibió a los legados que en nombre de la reina María Tudor fueron a Roma a sellar la vuelta a la obediencia romana, pero el rigorismo del papa no podía consentir que los seglares continuaran reteniendo los bienes expropiados a la Iglesia en los años anteriores. Con la muerte de la reina María, en noviembre de 1558, la obra restauradora del catolicismo inglés se vino abajo y se restableció el anglicanismo. Por otra parte, el protestantismo continuaba avanzando en Polonia y en Francia.

Con un papa así no se podía pensar en la continuación del Concilio de Trento, pues además de la desconfianza que sentía hacia la asamblea conciliar, no le parecía el instrumento más adecuado para llevar a cabo la reforma religiosa (D. R. Ángel, *Paul IV et le concile,* Lovaina, 1907). Para promover la reforma prefirió crear, en 1556, una congregación general compuesta por 62 miembros, que después dividió en tres secciones. Pero como este organismo tardaba en definir el esperado plan de reforma, el papa comenzó a tomar una serie de medidas parciales: reformó la Dataría, cuyos abusos eran desde hacía tiempo motivo de duras críticas, impuso una obligación más estricta de la residencia a los obispos, exigió la observancia de la vida claustral a los religiosos, castigó la simonía y el concubinato, y se esforzó por restaurar la moralidad pública, sobre todo en Roma. A los judíos los reunió en un mismo barrio, separado de los cristianos, y de acuerdo con lo que había dispuesto el Concilio IV de Letrán, les obligó a llevar un distintivo para que pudieran ser reconocidos.

Especial atención prestó a la represión de la herejía, en consonancia con su mentalidad rigorista. Amplió la autoridad de la Inquisición romana, disponiendo que no sólo conociera los casos de herejía, sino también otros delitos. Además, extendió su jurisdicción a los obispos y cardenales, de modo que nadie podía escapar a su vigilancia y rigor, como mostró el caso del cardenal Morone. Este benemérito cardenal, acusado de ser sospechoso de herejía (que luego se demostraría ser falso), fue encarcelado en el castillo de Sant'Angelo en 1557 y procesado. Sólo tras la muerte de Paulo IV pudo recuperar Morone la libertad. El cardenal Pole escapó a un destino similar por encontrarse entonces en In-

glaterra. También se preocupó de controlar la circulación de libros sospechosos; para ello publicó en 1559 el *Index librorum prohibitorum*, que fue el primer índice papal de libros prohibidos, en el que se incluían todas las obras que no podían leerse ni guardarse bajo pena de excomunión reservada al papa. La relación de libros prohibidos era tan exagerada que, a la muerte de Paulo IV, debió ser moderada y modificada.

Al conocerse la noticia de su muerte, acaecida el 18 de agosto de 1559, estalló en Roma el odio que el pueblo había ido alimentando contra el papa por los sufrimientos que hubo de soportar durante la guerra de Nápoles y por los rigores de la Inquisición. El populacho atacó el edificio que albergaba el Tribunal de la Inquisición y derribó la estatua que le habían levantado en el Capitolio. Fue enterrado en San Pedro, pero en 1566 sus restos se trasladaron a la iglesia de Santa María sopra Minerva.

Pío IV (25 diciembre 1559 - 9 diciembre 1565)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Ángel Médicis nació en Milán el 31 de marzo de 1499. Hijo de Bernardino Médicis y Cecilia Serbelloni, no tenía ninguna relación de parentesco con los Médicis de Florencia. Estudió derecho en Pavía y después en Bolonia, donde se doctoró en ambos derechos en 1525. Dos años después consiguió entrar en la curia romana y comenzó la carrera eclesiástica. Clemente VII le concedió el cargo de protonotario apostólico; Paulo III le designó sucesivamente gobernador de Ascoli, Cittá di Castello y Ancona, el 14 de diciembre de 1544 le otorgó el arzobispado de Ragusa y el 8 de abril de 1549 le nombró cardenal presbítero del título de Santa Prudenciana. Julio III le envió como legado a la Romagna y le nombró jefe de las tropas pontificias contra Octavio Farnesse. Durante el pontificado de Paulo IV vivió largo tiempo alejado de Roma por incompatibilidad con el pontífice.

A la muerte de Paulo IV, tras un cónclave de grandes tensiones, que se prolongó casi cuatro meses y en el que los cardenales estaban divididos en tres partidos (el español, el francés y el que se formó en torno al cardenal Carlos Caraffa, constituido por los purpurados creados por Paulo IV), el 25 de diciembre de 1559 fue elegido papa el cardenal Médicis. Tomó el nombre Pío IV y fue coronado en la forma acostumbrada el día de la Epifanía. Su formación y experiencia le convirtieron en buen conocedor del derecho, de la administración y de las finanzas. De carácter firme, supo mostrarse también hábil diplomático y conciliador.

A pesar de ser partidario declarado de la reforma, comenzó su pontificado practicando el nepotismo. En la primera promoción de cardenales (31 enero 1560) concedió la púrpura a dos sobrinos: Marcos Sittich de Altemps y Carlos Borromeo. El primero tenía más madera de guerrero que de clérigo; en cambio, el segundo fue el predilecto del papa. El 7 de febrero le nombró arzobispo de Milán, luego legado de Bolonia y de Romagna, encargado del gobierno de los Estados de la Iglesia y secretario privado del papa en calidad de cardenal nepote. Borromeo (1538-1584) fue el principal consejero del papa y dio prue-

bas de gran inteligencia y buen administrador, además de hombre religioso, sin renunciar por ello, al menos en los primeros momentos, al estilo de vida fastuoso propio de su rango. Después de la muerte de su hermano en 1562, comenzó a practicar una vida de austeridad y apoyó de forma activa los esfuerzos reformadores del pontífice.

Al principio de su pontificado reconoció la dignidad imperial conferida a Fernando I (1556-1564) y recibió honoríficamente a sus legados. Fernando I fue el primer emperador reconocido por el papa sin previa ceremonia de coronación y esto contribuyó a mejorar sensiblemente las relaciones entre el papado y los Habsburgo.

El destierro que Paulo IV había impuesto a sus sobrinos se consideraba un castigo muy leve ante los crímenes cometidos. Por ello, Pío IV inició un proceso contra ellos. En junio de 1559 fueron arrestados y encerrados en el castillo de Sant'Angelo los cardenales Carlos y Alfonso Caraffa, Juan Caraffa, duque de Paliano y conde de Montorio, y otros caballeros de su séquito, acusados de robo, violencia, homicidio de la duquesa de Paliano, felonía, abuso de poder y lesa majestad. Carlos y Juan fueron condenados a muerte y sus bienes fueron confiscados, y Alfonso salvó la vida pagando una fuerte multa. Por otra parte, el cardenal Morone, al que Paulo IV había detenido y formado un proceso por sospecha de herejía, fue declarado inocente y puesto en libertad. Y lo mismo hizo con el obispo de Módena Fiescherati, también procesado y detenido por Paulo IV.

La conclusión del Concilio de Trento. De acuerdo con la capitulación electoral, por la que el papa electo se comprometía a reanudar el Concilio de Trento, Pío IV convocó el concilio para la Pascua de Resurrección de 1561, aunque no se celebró la primera sesión general hasta el 17 de enero de 1562. En esta última fase se celebraron nueve sesiones y se promulgaron decretos de gran importancia, tanto de carácter doctrinal (eucaristía, sacramentos del orden y del matrimonio, purgatorio y culto de los santos), como disciplinar (todo lo referente a la reforma del clero secular, obispos, cardenales y clero regular). Antes de concluir, el día 4 de diciembre de 1563, los padres conciliares confirmaron todas las definiciones y decretos que se habían promulgado a lo largo de las tres fases del concilio, y el cardenal Morone, como legado papal, declaró concluido el concilio que, al decir de Pastor {*Historia de los papas*, XV, Barcelona, 1937, p. 356), «echó los cimientos de una verdadera reforma y estableció de un modo comprensivo y sistemático la doctrina católica».

El 26 de enero de 1564 Pío IV confirmó íntegramente los decretos conciliares con la bula *Benedictas Deus* y estableció una congregación de ocho cardenales para que cuidara de su aplicación e interpretación. El papa completó la obra del concilio con la publicación de un nuevo *índice de libros prohibidos* (24 marzo 1564), que reducía sensiblemente el número de los prohibidos por Paulo IV, y con la conclusión del *Catecismo romano*, preparado por el concilio y que fue publicado después de su muerte, al igual que sucedió con la reforma del breviario y del misal.

En junio de 1564 Pío IV y el cardenal nepote Borromeo comenzaron a dar ejemplo de la reforma *in capite* simplificando su estilo de vida e imponiéndola a todos los cardenales. Carlos Borromeo dejó Roma en 1565 para hacerse cargo de la dirección de la diócesis milanesa, donde se mostró un pastor infatigable. Pío IV recordó con insistencia a los obispos la obligación de residencia, y con la bula *In principis apostolorum sede* (17 febrero 1565) revocó todos los privilegios contrarios a los decretos tridentinos.

Se preocupó de que los decretos tridentinos fueran aceptados por todos los Estados cristianos. España, Portugal, Polonia y algunos Estados italianos lo hicieron con algunas reservas. El emperador Fernando I solicitó que en la nación germánica se permitiera la comunión bajo las dos especies y el matrimonio de los sacerdotes. El 16 de abril de 1564 se le concedió lo primero, pero no lo segundo por la firme oposición del rey de España Felipe II (1556-1598). Sin embargo, pocos años después se descubrió que el privilegio de la comunión bajo las dos especies, lejos de contribuir a la recuperación de la fe católica, no hacía más que enardecer los enfrentamientos con los luteranos. Por esto Pío V y Gregorio XIII revocaron el indulto y se restableció la antigua disciplina. Más dificultad hubo en Francia, donde se admitieron sin limitación ninguna los decretos dogmáticos, rechazando los disciplinares, aunque de hecho muchos obispos los fueron introduciendo en sus diócesis.

En las diferentes promociones que hizo en su pontificado, Pío IV elevó al cardenalato a cuarenta y seis personas insignes por la sangre, el mérito, el talento o la piedad. Es cierto que los primeros nombramientos fueron para dos nepotes del papa, pero ya en la segunda promoción figuraron los nombres de las familias más ilustres de Europa y los títulos de insignes prelados. Y después de clausurar el concilio, concedió el capelo a las personas que más contribuyeron a su éxito.

Pío IV también desempeñó un papel importante en la historia del arte como gran mecenas. Hizo que Pirro Ligorio completase en el Vaticano el cortile del Belvedere y edificase el gran nicho en el que se encuentra desde Paulo V la vieja pina, mencionada ya por Dante. El domingo de carnaval de 1565, con motivo del matrimonio del conde Aníbal de Hohenems con Hortensia Borromeo, se inauguró el gigantesco patio con un gran torneo. Pero nada ha inmortalizado tanto el nombre de este papa como el Casino, construido por Pirro Ligorio en los jardines del Vaticano, que para Burckhardt es «el lugar más hermoso para pasar la tarde» de cuantos puede mostrar la arquitectura moderna. También logró que Miguel Ángel proyectase la Porta Pia, y que en las termas de Diocleciano levantase la iglesia de Santa María de los Ángeles, en la que se encuentra el sepulcro del papa.

Pío IV murió en Roma el 9 de diciembre de 1565, contando más de 66 años de edad. Fue asistido por su sobrino Borromeo (1538-1584) y por Felipe Neri (1515-1595). Su cuerpo fue llevado a la basílica de San Pedro y depositado en un túmulo provisional, hasta que el 4 de junio de 1583 fue trasladado a su descanso definitivo en la iglesia de Santa María de los Ángeles.

Pío V, **san** (7 enero 1566 - 1 mayo 1572)

La personalidad de un papa santo. Miguel Ghislieri nació el 17 de enero de 1504 en Boscomarengo, ciudad del campo alejandrino en el milanesado. Hijo de Paulo Ghislieri y Domenica Augeria, labradores acomodados, a los catorce años tomó el hábito de santo Domingo en el convento de Vigevano y en seguida pasó a Bolonia para estudiar filosofía y teología. El año 1528 se ordenó de presbítero en Genova y durante largo tiempo enseñó filosofía y teología en conventos de su orden, distinguiéndose por la defensa de la autoridad pontificia; también desempeñó el cargo de prior y veló por la más estricta observancia regular. Nombrado inquisidor, dio pruebas de celo y rigor en Como y Bérgamo, y en 1551 el cardenal Caraffa, el futuro Paulo IV, le designó general de la Inquisición en Roma. Cinco años después, Paulo IV le promovió al obispado de Sutri, y el 15 de marzo de 1557 le confirió la dignidad cardenalicia del título de Santa María sopra Minerva, siendo conocido desde entonces con el nombre del «cardenal alejandrino» en atención al lugar de su nacimiento. En el sacro colegio estuvo ligado al grupo de los Caraffa y Paulo IV le confirmó en el puesto de inquisidor general y le promocionó al obispado de Mondovi en el Piamonte.

Durante el pontificado de Pío IV (1559-1565) fue apartado de los centros de poder y marchó a residir en su obispado, donde se comportó como un agente eficaz y sincero de la reforma pastoral. A pesar de sus choques con el duque de Saboya por problemas de inmunidad eclesiástica, reformó a los regulares y protegió de forma especial a los nuevos clérigos regulares de san Pablo (barnabitas) instituidos en 1533. La aspiración de los barnabitas de crear un clero especializado en pastoral, su gusto por las manifestaciones litúrgicas espectaculares y cargadas de dramatismo, los ejercicios públicos de penitencia, etc., influyeron profundamente en la espiritualidad del nuevo papa, a la vez que le pusieron en contacto con los ambientes más austeros de la reforma católica pretridentina.

A la muerte de Pío IV, después de tres semanas de cónclave, el cardenal Borromeo y los miembros del partido español consiguieron imponer la candidatura del dominico Miguel Ghislieri, que fue elegido papa el día 7 de enero de 1566. Tomó el nombre de Pío V y el embajador español dijo que era «el papa que requerían los tiempos». El nombramiento de Pío V supuso la victoria de todos los que deseaban un papa austero y piadoso, capaz de realzar el sacerdocio y la piedad, de actuar con energía contra la refoma protestante y de aplicar con rigor los decretos tridentinos. San Pío V era, en efecto, un hombre francamente piadoso. Celebraba la eucaristía a diario, cosa que en aquella época no era habitual; sus comidas eran extraordinariamente parcas y amenazaba al cocinero con la excomunión, en caso de que los días de abstinencia añadiera a la sopa alguno de los ingredientes prohibidos. La misma corte papal llegó a ser tan severa y modesta como el mismo papa.

La lucha contra la herejía, el cisma y los turcos. La actuación de san Pío V se centró en la lucha contra la herejía, el cisma y los turcos, preocupándose también por los Estados de la Iglesia y, sobre todo, por la reforma católica. En la

lucha contra la herejía fue el primer y único papa que participó regularmente en las sesiones del Santo Oficio. Durante su pontificado creció notablemente el número de procesados y, como el palacio de la Inquisición había sido pasto de las llamas al morir Paulo IV, lo hizo reconstruir en la ciudad leonina, cerca del camposanto teutónico.

En su lucha contra el protestantismo apoyó a la reina María Estuardo (1542-1567) para la restauración del catolicismo en Escocia (que se había proclamado presbiteriana en 1560), pero la lucha entre las diferentes facciones político-religiosas terminó con la consolidación del presbiterianismo y la caída de la reina, que tuvo que buscar refugio en Inglaterra. Pío V trató de solucionar los problemas religiosos con Inglaterra mediante negociaciones diplomáticas con la reina Isabel (1558-1603), pero las disposiciones del Parlamento en favor del anglicanismo hicieron imposible el acuerdo. Por ello, el 25 de febrero de 1570, con la bula *Regnans in excelsis*, excomulgó a Isabel Tudor y la depuso como reina, prohibiendo a sus súbditos obedecerla bajo la misma pena de excomunión. Los mismos historiadores católicos (G. Castella, *Historia de los papas*, II, Madrid, 1970, pp. 50-51) opinan que esta medida de signo todavía medieval no sólo no logró el objetivo que se proponía, sino que contribuyó de manera decisiva a exacerbar la persecución de los católicos en Inglaterra.

En cuanto a los Países Bajos, animó al duque de Alba en su lucha contra los calvinistas y, cuando los derrotó, le envió una espada bendecida. Apoyó al rey de Francia en su lucha contra los hugonotes y favoreció el establecimiento de los jesuítas en estos países y en Alemania, los cuales contribuyeron en los años siguientes a sostener el esfuerzo interno de la reconquista católica, recordando a los soberanos y a sus ministros los deberes del príncipe cristiano.

Al igual que sus antecesores, san Pío V trató de galvanizar el esfuerzo de los príncipes cristianos contra los turcos, pero en principio sólo consiguió buenos propósitos. Sólo después del incendio del arsenal de Venecia (1569) y de la caída de la isla de Chipre en manos turcas, el papa consiguió formar una Liga Santa con Venecia y España, que armó una poderosa escuadra de más de doscientas galeras. Puesta bajo el mando de don Juan de Austria (1545-1578), el papa le entregó el estandarte de cruzada y el 7 de octubre de 1571 se enfrentó con la armada turca en las aguas de Lepanto. La gran victoria cristiana acabó con el mito de que la flota turca era invencible, pero el éxito no pudo aprovecharse en todas sus consecuencias por las discrepancias entre España y Venecia (L. Serrano, *La Liga de Lepanto*, Madrid, 1919). En recuerdo de la victoria, san Pío V hizo colocar en la iglesia de Santa María in Araceli de Roma un suntuoso artesonado.

También se ocupó de los Estados de la Iglesia, publicando una constitución que prohibía en lo sucesivo enajenar o dar en feudo ciudades o lugares de la Santa Sede, o bien concederse a otros para que los tuvieran a título de feudatarios cuando hubieran revertido al papado. Estableció la norma y regla de los censos y la medida de los cambios, y expulsó a los judíos de los Estados de la Iglesia, a excepción de las ciudades de Roma y Ancona. Favoreció el desarro-

lio de los montes de piedad para librar a los pobres de las abusivas exacciones de los prestamistas, y por la bula *In eam pro nostro* (28 febrero 1571) condenó los abusos de la usura. También abolió las corridas de toros en los Estados Pontificios.

La vida interna de la Iglesia reformada. San Pío V contribuyó a la creación de una nueva imagen del papado, al actuar más como pastor que como soberano. En primer lugar, se esforzó en que los decretos del Concilio de Trento fueran publicados y aceptados en los países cristianos. A este fin, conforme a lo dispuesto en Trento, en 1566 se publicó el *Catecismo romano* y se continuó trabajando en la reforma del *Breviario,* que apareció en 1568, y en el *Misal romano,* que se publicó en 1570. En segundo lugar, en consonancia con lo dispuesto por el concilio, introdujo reformas en la curia con la creación de las congregaciones de Obispos y del índice, y la reorganización de la Penitenciaría. Fue bajo este pontificado cuando la Congregación de Obispos se convirtió en una de las instituciones más importantes de la curia para tratar de resolver los problemas que afectaban a la cristiandad. En tercer lugar, como obispo de Roma visitó y mandó visitar las iglesias, los cabildos, los hospitales y las cárceles, examinó a los confesores y exigió a los ordenados *in sacris* vestir el hábito eclesiástico. Los obispos residentes en Roma fueron obligados a volver a sus diócesis, a no ser que estuvieran dispensados por causa justa. El clero regular también fue objeto de su preocupación. Fueron restablecidas en todo su vigor las reglas primitivas y la clausura se impuso de forma rigurosa. Se aprobaron dos nuevas congregaciones: la de los barnabitas y la de los Hermanos de San Juan de Dios. Por último, trató de mejorar la moralidad de Roma, decretando la expulsión de las prostitutas y estableciendo severas penas contra los blasfemos y profanadores de los días festivos, lo que dio lugar a que los romanos le acusaran de querer convertir la ciudad en un monasterio.

Durante el pontificado de san Pío V la reforma católica asumió más que nunca el matiz clerical y jerárquico que la caracterizó, pues la cohesión de todas las fuerzas fue indispensable para llevar a cabo la reforma de la Iglesia, reconquistar algunas posiciones perdidas con la reforma protestante y evangelizar el Nuevo Mundo descubierto. Pío V murió en Roma el 1 de mayo de 1572 y fue sepultado en la basílica de San Pedro, pero el 9 de enero de 1588 fue trasladado a Santa María la Mayor y depositado en un suntuoso sepulcro, que en modo alguno respondía al carácter ascético del papa. Beatificado el 1 de mayo de 1672, fue canonizado el 22 de mayo de 1712 por Clemente XI.

Gregorio XIII (13 mayo 1572 - 10 abril 1585)

Personalidad y carrera eclesiástica. Hugo Boncompagni nació en Bolonia el 1 de enero de 1502 y era hijo de Cristóbal, mercader acomodado, y de Ángela Marescalchi. Estudió derecho en la Universidad de Bolonia y a los 28 años consiguió el grado de doctor en ambos derechos. Después de enseñar en la universidad de su ciudad durante los años 1531-1539, marchó a Roma, llamado por el cardenal Parisio, y comenzó la carrera eclesiástica en la curia.

A pesar de su buena formación jurídica y de su carácter reservado, no fue inmune al espíritu y estilo de vida del Renacimiento que se respiraba en Roma, y en 1548, siendo ya clérigo, tuvo un hijo natural. Sin embargo, este hecho no parece que influyera negativamente en su carrera eclesiástica, quizás porque en los años siguientes se comportó de manera irreprensible y ejemplar. Esto explica el trato de favor que le mostró el austero Paulo IV, que en enero de 1556 le nombró miembro de la comisión encargada de la reforma de la Iglesia. Este mismo año acompañó al cardenal nepote Carlos Caraffa en su legación a Francia y a la corte de Felipe II (1556-1598), que se encontraba en Bruselas. El 20 de julio de 1558 fue nombrado obispo de Veste y, como tal, tomó parte activa en los trabajos de la última etapa del Concilio de Trento. El 12 de marzo de 1565, en reconocimiento de los servicios prestados a la Iglesia, Pío IV le confirió el capelo cardenalicio con el título de San Sixto y pocos meses después lo envió como legado a España, donde consiguió el aprecio de Felipe II. Poco después de la muerte de Pío IV (9 diciembre 1565), Pío V le puso al frente de la Secretaría de breves.

Al morir san Pío V, gracias al decidido apoyo de Felipe II, el cardenal Boncompagni fue elegido papa en un cónclave que duró menos de veinticuatro horas. La elección tuvo lugar el 13 de mayo de 1572 y tomó el nombre de Gregorio XIII en honor de san Gregorio Magno, en cuya festividad había sido creado cardenal. Como papa, Gregorio XIII más pareció orientarse por el ejemplo de Pío IV que por el de san Pío V. Su conducta no sólo fue irreprochable sino verdaderamente ejemplar. Gregorio XIII se mostró profundamente celoso de su independencia, hasta el punto que a su consejero más íntimo, el cardenal Tolomeo Galli, sólo le permitió una intervención limitada en los asuntos.

La política religiosa. En la política eclesiástica, Gregorio XIII fue notablemente más ponderado y capaz que su predecesor, aunque no siempre sus actuaciones se vieron coronadas por el éxito. Los intentos por organizar una liga contra los turcos fracasaron después que la república de Venecia en 1573 y España en 1581 firmaran la paz con la potencia otomana. En Francia, a pesar de que la matanza de hugonotes, conocida con el nombre de «Noche de San Bartolomé» (1572), se celebró en Roma (por la insuficiente información del papa) como una victoria sobre los herejes, los hugonotes mantuvieron sus posiciones. No produjo mejores resultados la política papal contra Isabel de Inglaterra, pues la esperanza de destronarla con la ayuda de Felipe II y de los católicos irlandeses tuvo que ser abandonada después que fracasaron dos intentos de invasión y una conjura interior. Incluso el éxito inicial que se consiguió en Suecia con la conversión secreta del rey Juan III Vasa (1568-1592), pronto se vino abajo, porque Gregorio XIII no aceptó las exigencias del monarca: el matrimonio de los sacerdotes, la supresión del culto a los santos y la comunión bajo las dos especies, etc., y Juan III volvió a la fe luterana.

En otros países la política papal cosechó algunos frutos. El apoyo que Gregorio XIII dio a Felipe II en su lucha contra los rebeldes de los Países Bajos,

vio el retorno de las provincias meridionales a la soberanía española (paz de Arras, 17 de mayo de 1579) y con ello el triunfo definitivo del catolicismo en la zona sur de los Países Bajos. También en Polonia resultó decisivo para la recuperación del catolicismo el reconocimiento del papa a la discutida elección del rey Esteban Bathory (1575-1586).

La reforma tridentina. La actuación de Gregorio XIII en el ámbito propiamente religioso resultó de capital importancia en la aplicación de la reforma tridentina, pues desde el inicio de su pontificado se preocupó de que se aplicaran los decretos conciliares. En Italia promovió un programa sistemático de visitas apostólicas en las provincias eclesiásticas del norte y centro de la península. En otros países utilizó las nunciaturas como instrumento de reforma eclesiástica (P. Blet, *Histoire de la représentation diplomatique du Saint-Siége,* Cittá del Vaticano, 1982). A las ya existentes en las cortes de Viena, París, Madrid, Lisboa, Venecia, Florencia y Saboya, se sumaron ahora las de Lucerna para Suiza (1579), la de Graz para el Austria interior (1580) y la de Colonia para la Baja Alemania (1584). No obstante, con el fin de garantizar la situación de la Iglesia en el noroeste alemán permitió, en abierta oposición a las disposiciones tridentinas, que Ernst de Wittelsbach reuniera en su mano no menos de cinco obispados. En la elección de cardenales el papa se rigió por unos principios severos, aunque se mostró más generoso de la cuenta con los hijos de las familias principescas. Así, en 1576 concedió la púrpura cardenalicia a Andrés de Austria, hijo del archiduque Fernando II del Tirol, que había contraído grandes méritos con la Iglesia de su país, aunque el joven no tenía la edad canónica requerida ni pertenecía al estado clerical.

En su programa de regeneración espiritual, Gregorio XIII se valió de la ayuda de las nuevas órdenes religiosas, sobre todo de los jesuítas y de los capuchinos. A éstos les levantó la prohibición, que todavía pesaba sobre ellos, de extenderse fuera de Italia y, juntamente con los jesuítas, constituyeron uno de los instrumentos más eficaces en manos de la Iglesia para llevar a cabo la reforma católica. Pero no se olvidó de las restantes órdenes regulares, impulsando la reforma de aquellas que lo necesitaban, como los trinitarios de España y Portugal, confirmando la reforma de las carmelitas descalzas promovida por santa Teresa de Ávila (1580) y aprobando la fundación de la congregación del Oratorio de san Felipe Neri (1575).

El papa se mostró muy interesado en la formación del clero, pero como la creación de seminarios sacerdotales, prevista en el Concilio de Trento, comportaba graves dificultades en Alemania y otros países, Gregorio XIII promovió la creación de colegios romanos. Especialmente generoso se mostró con el colegio romano de los jesuítas, que habría de ser un centro de formación científica para todo el orbe católico, hasta el punto que en su nombre actual de Pontificia Universidad Gregoriana pervive la memoria de este papa. El 1573 otorgó al colegio germánico, que había sido erigido por Julio III, el palacio de San Apolinar; en 1579 erigió el colegio inglés. También fundó un colegio griego, otro maronita y un tercero armenio para la formación del clero católico de rito

oriental. Gracias a Gregorio **XIII,** Roma se convirtió en el principal centro de los estudios eclesiásticos.

Gregorio XIII mostró un gran interés por la expansión misionera en Asia y América. Asignó a los jesuitas, que ya estaban en Japón, la misión de evangelizar el país; mientras que los agustinos y franciscanos se encargaron de la difusión del cristianismo en Filipinas, donde se erigió la diócesis de Manila en 1579. En América apoyó la acción evangelizadora que los misioneros realizaban con la ayuda de la corona española. También mostró gran interés por la unión con Roma de las Iglesias cismáticas de Oriente, aunque murió sin ver ningún resultado positivo.

Durante este pontificado se reforzó el gobierno central de la Iglesia, que ya se había iniciado bajo los papas Pío IV y san Pío V. Como ya se ha indicado, las nunciaturas existentes y las nuevamente creadas se convirtieron en un instrumento para aplicar la reforma tridentina y fortalecer el centralismo romano. En la misma dirección, se ampliaron las competencias de la Congregación cardenalicia de Obispos, creada por san Pío V en 1572, de forma que en pocos años se convirtió en el organismo de discusión de los problemas más importantes de la vida religiosa de las iglesias diocesanas, especialmente de las italianas.

Gregorio XIII también se preocupó de la cultura y el arte. Encargó a César Baronio la tarea de preparar el nuevo *Martyrologium Romanum,* que vería la luz en 1586; en 1582 mandó publicar el *Corpus iuris canonici,* cuya elaboración se había iniciado en el pontificado de Pío IV. El mismo año reformó el calendario juliano después de consultar a numerosos científicos y escuchar a una comisión de técnicos. El nuevo calendario, conocido como gregoriano, fue promulgado el 24 de febrero de 1582 con la bula *ínter gravissimas,* suprimiendo los días comprendidos entre el 4 y el 15 de octubre de aquel año a fin de ganar los diez días de retraso que el calendario juliano había ido acumulando. A pesar de las recomendaciones de los astrónomos Brahe (1546-1601) y Kepler (1571-1630), los Estados protestantes sólo aceptaron el calendario gregoriano a partir del siglo xviii y la Iglesia ortodoxa en el xx.

En Roma promovió múltiples empresas de carácter urbano y artístico. Buena parte de las obras se llevaron a cabo con motivo del jubileo de 1575, que Gregorio XIII quiso que se celebrase con gran solemnidad. Enriqueció la ciudad con cuatro fuentes artísticas construidas en las plazas del Popolo, Navona y Pantheon, y con el palacio del Quirinale. En el Vaticano recuerda su memoria la Gallería delle Carte geografiche, con los dieciséis mapas monumentales de Ignazio Danti. Murió en Roma el 10 de abril de 1585, cuando contaba 83 años de edad, y fue enterrado en la capilla Gregoriana de la basílica de San Pedro (diseñada por Della Porta) en un magnífico sepulcro de mármol.

Sixto V (24 abril 1585 - 27 agosto 1590)

Personalidad y carrera eclesiástica. Félix Peretti nació en Montalto el 13 de diciembre de 1520. Los orígenes humildes de su familia, pequeños arrendata-

rios de las cercanías de Ancona, hizo nacer la leyenda de que sus años de adolescencia transcurrieron guardando cerdos, a fin de resaltar su brillante carrera eclesiástica. Ingresó en los franciscanos y tomó el hábito el año 1534. Durante casi veinte años su vida transcurrió enseñando teología en los conventos de su orden y predicando, pero el encuentro que tuvo en 1552 con Miguel Ghislieri, el futuro san Pío V, cambió el rumbo de su vida. Ghislieri, que tenía una gran influencia en la Inquisición romana, le encargó misiones importantes en Venecia (1557-1560), donde tuvo enfrentamientos con la república, y en España (1565), acompañando al legado cardenal Boncompani, futuro Gregorio XIII, para instruir el proceso contra el arzobispo de Toledo Bartolomé Carranza (1503-1576). En 1560 fue nombrado consultor de la Congregación romana de la Inquisición, gracias al apoyo de Ghislieri, y cuando éste fue nombrado papa (7 enero 1566) designó a Peretti vicario general de los franciscanos (1566-1568), obispo de Sant'Agata dei Goti en el reino de Nápoles (1566) y cardenal en 1670, haciéndole miembro de la Congregación del índice, de la de Obispos y de la congregación especial que terminó por condenar oficialmente a Carranza. En 1571 san Pío V le trasladó a la diócesis de Fermo, pero en 1577 renunció por las difíciles relaciones con el nuevo papa Gregorio XIII y se mantuvo apartado de la vida pública.

A la muerte de Gregorio XIII (10 abril 1585), el cónclave eligió papa al cardenal Peretti el 24 de abril de 1585, gracias al apoyo de España y a pesar de la resistencia de algunos miembros del sacro colegio y, sobre todo, de la oposición de la nobleza romana. Tomó el nombre de Sixto V en recuerdo de Sixto IV, miembro también de la familia franciscana. Sixto V, que reunía el severo sentido eclesial de san Pío V y la habilidad de estadista de Paulo III, reforzó el poder de las congregaciones en la Iglesia y la Congregación de la Inquisición se convirtió en el modelo para la reforma de la curia romana.

El gobierno de la Iglesia. Con la política que practicó en los Estados Pontificios pretendía, en primer lugar, luchar contra la violencia y la inseguridad que el bandolerismo y los salteadores habían creado en Roma y en el Estado. El endurecimiento de las disposiciones judiciales, el mejor funcionamiento de la justicia y muchas condenas ejemplares convirtieron al Estado de la Iglesia en una tierra segura. En segundo lugar, trató de imprimir al gobierno político un signo marcadamente absolutista, derivado no sólo de sus antecedentes religiosos sino también de su formación. En tercer lugar, estimuló una política de obras públicas en Roma y en el resto del Estado (desecación de las lagunas pontinas, impulso de la industria textil, etc.) con el fin de aumentar los puestos de trabajo y luchar contra la mendicidad. También tomó diferentes medidas de carácter económico referentes a la deuda pública pontificia, que se incrementó con la creación de once nuevos «montes» o instituciones de crédito.

Los mayores éxitos de la política eclesiástica de Sixto V se centraron en la reorganización de la curia romana, en línea con la evolución de los Estados modernos (Graziani, *Sisto V e la riorganizzazione della S. Sede,* Roma, 1910). Con la bula *Postquam venís* (3 diciembre 1586) reorganizó el colegio cardenalicio, y

con la siguiente bula *Immensae aeterni Dei,* de 22 de enero de 1587, estableció un sistema de quince congregaciones permanentes para el gobierno de la Iglesia y del Estado pontificio. Seis de ellas se ocupaban de la administración del Estado pontificio y el resto de los asuntos de la Iglesia universal. La creación de las quince congregaciones (Inquisición, Signatura de la gracia, Consistorial, Abastecimiento de los Estados Pontificios, Ritos, Conservación de la escuadra para la defensa del Estado, índice de libros prohibidos, Ejecución e interpretación de las disposiciones del Concilio de Trento, Recaudación de impuestos, Universidades y escuelas, Regulares, Obispos, Obras públicas, Tipografía vaticana y Estado) representó una aceleración sustancial en la evolución del papado de la monarquía aristocrática del Renacimiento, caracterizada por el dualismo de poderes entre el pontífice y el colegio cardenalicio en el consistorio, a la centralización absolutista del poder en la persona del papa (P. Prodi, *// sovrano pontífice,* Bolonia, 1982). Esta nueva fase histórica del poder pontificio bajo Sixto V se tradujo en una imagen más combativa de la Iglesia militante, tanto en sus relaciones con los Estados como con las Iglesias locales.

La política eclesiástica de Sixto V se plasmó en el apoyo decidido a los monarcas o partidos católicos en lucha contra los protestantes. En Francia prestó apoyo a la liga católica en aquellos años convulsos de las guerras de religión que precedieron a la subida de Enrique IV (1589-1610) al trono; a Felipe II le concedió ayuda financiera para realizar la empresa contra Inglaterra y continuar luchando contra los calvinistas de los Países Bajos; en el Imperio y en Suiza relanzó con energía la reconquista católica contra los protestantes, tanto apoyando a los soberanos como utilizando modernos instrumentos de propaganda cultural y religiosa.

En un aspecto más estrictamente religioso, Sixto V tomó una medida de gran importancia para la reforma y la aplicación de los decretos del concilio tridentino con la imposición de las visitas regulares de los obispos a Roma, para que informasen del estado de sus diócesis (visita *ad limina).* La bula *Romanus Pontifex* (20 diciembre 1580) señaló un plazo de tres años a los obispos de Italia e islas adyacentes para que fueran a Roma; de cuatro a los de Alemania, España, Francia, Inglaterra y Hungría; de cinco a los del resto de Europa, Próximo Oriente y norte de África; y de diez para el resto del mundo. En esta visita *ad limina* los obispos o sus representantes debían llevar un informe sobre el estado de la vida eclesiástica en sus diócesis, de acuerdo a un esquema previo, que era examinado por la Congregación del Concilio y, después, indicaba al obispo los aspectos que debía reformar en su Iglesia según lo dispuesto por el concilio. Tales informes, a pesar de la reiteración que se observa en muchos de ellos, contribuyeron a afianzar la reforma católica en las diferentes diócesis de la cristiandad.

Sixto V estableció también una comisión para la revisión de la Vulgata, que trabajó con gran escrupulosidad pero con lentitud. Sixto V les urgió para que lo hicieran con más rapidez y él mismo emprendió la corrección del texto sagrado, lo que dio lugar a muchas arbitrariedades. Sin tener en cuenta las muchas

objeciones que le hicieron, ordenó publicar aquella Vulgata en 1590, pero como Sixto V murió poco tiempo después, los cardenales impidieron la venta de la edición. Una nueva comisión, instituida por Gregorio XIV, eliminó los errores más crasos y la edición mejorada se publicó en 1592 bajo el patrocinio de Clemente VII como *Vulgata sixto-clementina.*

Poseído de una pasión constructora, Sixto V quiso convertir a Roma en la ciudad más bella de Europa y en el centro religioso del mundo. Encargó a Giacomo della Porta (1539-1602) que rematase la cúpula de San Pedro, que con el obelisco colocado en el centro de la plaza y el palacio residencial del papa, proyectado por Domenico Fontana, vino a ser para los peregrinos que visitaban Roma el verdadero símbolo de la ciudad eterna. El viejo palacio lateranense cedió sitio a una construcción nueva. Asimismo mandó abrir una calle amplia que unía el Pincio con Santa María la Mayor, basílica en la que ordenó erigir una suntuosa capilla funeraria para sí y para su protector san Pío V. En el Vaticano dividió en dos el cortile del Belvedere mediante la construcción transversal de la actual Biblioteca. El Salone Sistino (1587-1589), con su alegre decoración, es sin duda el espacio más bello del mundo dedicado a la exposición de libros. Sin embargo, no hay que olvidar que todo el programa sixtino de modernización de la curia, de obras públicas y demás actuaciones, se enmarca dentro de un objetivo fundamental: la afirmación restauradora del catolicismo de la Contrarreforma.

Sixto V murió el 27 de agosto de 1590, a los 69 años de edad. Fue sepultado provisionalmente en el Vaticano, pero poco después fue trasladado a la basílica de Santa María la Mayor y depositado en un magnífico sepulcro de la regia capilla del Pesebre.

Urbano VII (15 septiembre 1590 - 27 septiembre 1590)

Juan Bautista Castagna nació en Roma el 4 de agosto de 1521. Hijo de Cosme, noble genovés, y Costanza Ricci, romana y hermana del cardenal Jacovazzi, estudió derecho en Perugia y Bolonia, donde se graduó de doctor. Entró al servicio de su tío, el cardenal Verallo, y le acompañó como datario en su legación a la corte de Francia (1551-1552); de regreso a Roma, Julio **III** le nombró refrendatario del tribunal de justicia. En marzo de 1553, ante la renuncia de su primo Paulo Verallo, fue designado arzobispo de Rossano y recibió las órdenes sagradas. Luego desempeñó el cargo de gobernador de Fano (1555) y, bajo el pontificado de Pío IV, el de Perugia. A partir de noviembre de 1561, y hasta su conclusión, participó en el Concilio de Trento, como miembro de la comisión para la reforma de la Iglesia, manteniendo una estrecha relación con el cardenal Borromeo. Vuelto a la diócesis se distinguió por su voluntad reformista, pero Pío IV le encargó que acompañara al cardenal Boncompagni, que había sido nombrado legado ante la corte de España. A la vuelta de Boncompagni, Castagna permaneció en Madrid como nuncio durante siete años. En 1573 volvió a Roma, renunció a la diócesis de Rossano al no poder atenderla debidamente, y al año siguiente fue nombrado nuncio en Venecia y después gober-

nador de Bolonia (1577). En 1578 fue designado legado extraordinario en Colonia para la firma de un proyecto de paz entre Felipe II y los Países Bajos. Siendo consultor del Santo Oficio, el 12 de diciembre de 1582 Gregorio XIII le concedió la púrpura cardenalicia del título de San Marcelo en recompensa por tantos años al servicio de la Iglesia. Durante el pontificado de Sixto V desempeñó el cargo de inquisidor y consiguió la estima del sacro colegio, apoyando al partido español de forma moderada.

En el cónclave que siguió a la muerte de Sixto V, las presiones españolas consiguieron imponer la elección de un miembro de su partido y el 15 de septiembre de 1590 fue designado papa el cardenal Castagna, que tomó el nombre de Urbano VIL

Apenas electo, Urbano VII comenzó a trabajar: mandó formar un registro de los pobres de Roma para distribuir limosnas, ordenó pagar todas las deudas de los montes de piedad para socorrer a los pobres vergonzantes, nombró una comisión de cardenales para proseguir la reforma de la curia; dispuso que se continuaran las obras iniciadas por su predecesor en los palacios del Quirinal y del Vaticano, con orden expresa de que se grabase en ellas las armas de Sixto V en vez de las suyas. Se negó a favorecer a los miembros de su familia, que en seguida acudieron a Roma, y sólo concedió un canonicato a su sobrino Fabricio Verallo.

A los pocos días de su elección se sintió enfermo e hizo testamento a favor de la cofradía de la Anunciata para dotar doncellas. Murió en Roma el 27 de septiembre de 1590, a los trece días de su elección, sin haber sido coronado con la tiara. Fue sepultado en la basílica de San Pedro y allí permaneció hasta el año 1606 en que fue trasladado a la iglesia de Santa María sopra Minerva.

Gregorio XIV (5 diciembre 1590 - 15 octubre 1591)

Nicolás Sfondrati nació en el castillo de Somma Lombardo el 1 de febrero de 1535. De familia noble, era hijo de un senador milanés y de Ana Visconti. Después de estudiar derecho en las universidades de Perugia, Bolonia y Pavía, donde se doctoró, abrazó la carrera eclesiástica y Pío IV le nombró obispo de Cremona en 1560. Participó activamente en la última etapa del Concilio de Trento, donde defendió la obligación de residencia de los obispos, en oposición a las tesis romanas y en consonancia con la postura de España; se ocupó de la revisión del índice y del proyecto del decreto sobre el matrimonio. Las estrechas relaciones que mantenía con el cardenal san Carlos Borromeo, arzobispo de Milán y su metropolitano, y con san Felipe Neri, le impulsaron a seguir el camino de la reforma. De vuelta a Cremona, aplicó los decretos tridentinos, promulgados en el sínodo diocesano que celebró en 1580, realizó la vista a la diócesis, fundó el seminario y acogió en su diócesis a los teatinos y a los barnabitas. Hombre austero y piadoso, celebraba diariamente la eucaristía, ayunaba con frecuencia y dedicaba todas sus energías a la reforma de la iglesia diocesana, incluso después que Gregorio XIII le nombrase cardenal del título de Santa Cecilia el 12 de diciembre de 1583.

El cónclave que se reunió a la muerte de Urbano VII mantuvo posturas enfrentadas durante dos meses, hasta que las presiones españolas consiguieron imponer a uno de sus candidatos. El 5 de diciembre de 1590 fue elegido papa el cardenal Sfondrati, filoespañol moderado y gran amigo del cardenal Borromeo y de san Felipe Neri. Escogió el nombre de Gregorio XIV; fue coronado el día 8 y el 13 tomó posesión de la basílica de San Juan de Letrán.

En el espacio de los pocos meses que duró su pontificado hizo algunas cosas dignas de mención. Se rodeó de personas que habían abrazado los ideales tridentinos. Tomó diferentes medidas para hacer frente a la carestía y a la epidemia que azotaban al Estado pontificio; renovó la constitución de Pío V de que no fuesen enajenadas ni dadas en feudo tierras de la Iglesia y, a pesar de la oposición de los cardenales, no autorizó al duque de Ferrara, que era el último vastago de su familia, transferir a otro el principado. Sin embargo, la gran preocupación de Gregorio XIV fue Francia, asolada por las guerras de religión. El papa envió al nuncio Marsilio Landriano para pedir a los eclesiásticos y a los católicos que apoyaban a Enrique IV, protestante, que le abandonaran bajo pena de excomunión, y además organizó un ejército bajo el mando de su sobrino Hércules Sfondrati para apoyar a la Liga Católica que luchaba contra los hugonotes.

Gregorio XIV precisó la forma de realizar la visita *ad limina* de los obispos con la bula *Onus apostolícete servitutls* (15 mayo 1591), reglamentó el derecho de asilo de las iglesias, terminó de organizar las congregaciones romanas establecidas por Sixto V, instituyó una comisión para continuar la corrección de la Vulgata y apoyó al compositor Palestrina. Los capelos cardenalicios los reservó para clérigos que eran promotores de la reforma católica. A su sobrino Francisco Sfondrati le concedió la púrpura cardenalicia en una promoción especial el 19 de diciembre de 1590 y, al empeorar su salud, de largo tiempo quebrantada, le cedió grandes parcelas de poder, lo que suscitó la oposición de los cardenales, que le obligaron a reducir los poderes excepcionales que había concedido al cardenal nepote. Murió en Roma el 15 de octubre de 1591, cuando contaba 57 años de edad, y fue sepultado en la basílica de San Pedro.

Inocencio IX (29 octubre 1591 - 30 diciembre 1591)

Juan Antonio Fachinetti nació en Bolonia el 20 de julio de 1519. De familia noble, estudió derecho en la universidad de su ciudad hasta conseguir el grado de doctor y entró al servicio del cardenal Alejandro Farnese, al que representó durante cuatro años en la legación de Avignon. Nombrado obispo de Nicastro en Calabria por Sixto IV, participó en la última fase del Concilio de Trento y, al volver a su diócesis, la visitó y fundó el seminario. En 1566 san Pío V le envió como nuncio a Venecia y fue uno de los promotores de la formación de la liga contra los turcos que consiguió la victoria naval de Lepanto (7 octubre 1571). En 1575 renunció al obispado por su mala salud, pero al año siguiente Gregorio XIII le nombró patriarca de Jerusalén y le asignó importantes cargos en el Santo Oficio, concediéndole la púrpura cardenalicia el 12 de

diciembre de 1583. Durante el pontificado de Gregorio XIV ocupó la presidencia del tribunal de la Signatura y tomó parte activa en el gobierno de la Iglesia.

En el cónclave que siguió a la muerte de Gregorio XIV se dejo sentir una vez más la presión de España, que consiguió que en dos días de cónclave se eligiera papa al cardenal Fachinetti, que tenía fama de ser partidario de la reforma católica. Elegido el 29 de octubre de 1591, tomó el nombre de Inocencio IX.

En los dos meses que duró su pontificado trató de cumplir con escrupulosidad su misión: se preocupó del abastecimiento de Roma y de luchar contra la peste que hacía estragos en la ciudad; confirmó la constitución de san Pío V que prohibía enajenar los bienes de la Iglesia, e introdujo un cambio importante en la Secretaría de Estado, al dividirla en tres secciones: una para Francia y Polonia, otra para España e Italia y la tercera para Alemania. En lo demás, continuó la política de su predecesor y siguió ayudando a la Liga Católica de Francia contra los hugonotes. Murió el 30 de diciembre de 1591 en Monte Caballo y fue trasladado a Roma, siendo sepultado en la basílica de San Pedro.

Clemente VIII (30 enero 1592 - 5 marzo 1605)

Personalidad y *carrera eclesiástica.* Hipólito Aldobrandini nació en Fano el 24 de febrero de 1535 en el seno de una familia patricia florentina. Hijo de Silvestre y Lisa Deti, su padre —que era un célebre jurista, exiliado en 1531 por motivos políticos— entró al servicio de la administración pontificia y en 1548 consiguió el cargo de abogado consistorial en Roma gracias a la protección del cardenal Alejandro Farnese. Mientras tanto Hipólito Aldobrandini estudió derecho en las universidades de Padua, Perugia y Bolonia, donde se graduó de doctor. Vuelto a Roma para hacer carrera eclesiástica, su vida ejemplar llamó la atención de san Pío V y fue nombrado abogado consistorial, después en 1568 auditor de cardenal camarlengo y en 1569 auditor de la Rota. En 1571 formó parte del séquito del cardenal nepote, Miguel Bonelli, enviado como legado *a latere* a España, Portugal y Francia (junio 1571 - abril 1572). En 1572, con la muerte de san Pío V, la brillante carrera que Aldobrandini había iniciado sufrió un parón. Durante el pontificado de Gregorio XIII el joven auditor de la Rota quedó olvidado en el ejercicio de la actividad jurídica y fue en aquellos años, a finales de 1580, cuando decidió recibir las órdenes sagradas por influencia de san Felipe Neri, con quien se confesaba. A partir de aquí sus relaciones con el Oratorio se reforzaron y César Baronio será uno de sus confesores habituales. Con la subida de Sixto V al trono pontificio Hipólito Aldobrandini encontró un nuevo protector y su carrera volvió a despegar: el 15 de mayo le nombró datario y el 18 de diciembre le concedió la púrpura cardenalicia. En mayo de 1588, Sixto V le envió como legado *a latere* a Polonia, no tanto por sus méritos cuanto por la independencia que mantenía entre las diferentes facciones del sacro colegio. La misión de Aldobrandini consistía en tratar de pacificar el país, dividido y enfrentado tras la muerte del rey Esteban Barthory entre los pretendientes a la corona: Segismundo Vasa y Maximiliano de Habsburgo. La

victoria del primero y las negociaciones posteriores permitieron concluir un tratado de paz el 9 de marzo de 1589. El legado volvió a Roma en mayo de 1589 y el éxito diplomático de su misión le convirtió en uno de los miembros más considerados del sacro colegio.

La pronta muerte de Inocencio IX obligó a celebrar un nuevo cónclave en menos de tres meses y, como en los tres casos precedentes, también el cónclave de 1592 se desenvolvió bajo una fuerte presión española. Después de veinte días de escrutinios, el 30 de enero de 1592 fue elegido papa el cardenal Hipólito Aldobrandini, que tomó el nombre de Clemente VIII. El 2 de febrero fue consagrado obispo, y ocho días después, entronizado solemnemente, tomó posesión de San Juan de Letrán. Clemente VIII llevó una vida piadosa y peregrinó cada mes a pie a las siete iglesias principales de Roma. Pero, tímido por naturaleza, no fue un hombre de decisiones rápidas, antes bien por su carácter irresoluto las fue posponiendo. Con él empezó a perder ímpetu el movimiento reformista, que había arrancado y avanzado vigorosamente con san Pío V y sus sucesores. Las expectativas españolas se vieron defraudadas por Clemente VIII cuando reconoció a Enrique IV (1589-1610) como legítimo rey de Francia. Aunque personalmente llevó una vida sobria y sencilla, fue pródigo con su familia. El 18 de septiembre de 1592 confirió a sus sobrinos Pedro Aldobrandini (hijo de su hermano) y a Cinzio Passeri (hijo de su hermana) la dirección de la Secretaría de Estado y la Superintendencia del Estado de la Iglesia, dividiendo entre ambos las atribuciones de acuerdo con criterios geográficos. El 17 de septiembre de 1593 les concedió la púrpura cardenalicia.

La actividad política. Clemente VIII, en cuanto soberano de los Estados Pontificios, continuó y acentuó el esfuerzo de centralización administrativa emprendido por Sixto V, creando la Congregación del Buen Gobierno (30 octubre 1592). En 1598, después de la muerte del duque de Ferrara, Alfonso II del Este, sin sucesión legítima, incorporó al Estado pontificio el ducado de Ferrara, al ser vasallo de la Santa Sede, lo que ocasionó la protesta de España, Venecia y Toscana, que apoyaban las pretensiones de César del Este. También se preocupó por el bien material de su pueblo, aligeró la presión fiscal a los campesinos de la campiña romana, les defendió contra los abusos de la usura fomentando los montes de piedad, y fue inexorable en la represión del bandolerismo y de los atropellos de la nobleza.

La política eclesiástica de Clemente VIII se orientó fundamentalmente a solucionar el problema de la Iglesia en Francia (L. Pastor, *Historia de los papas,* XXIII, pp. 73-183). A Enrique III de Valois (1575-1589) le sucedió en 1589 Enrique de Borbón, rey de Navarra, que era protestante y había sido condenado por Sixto V en 1585 y declarado inhábil para sucederle en la corona de Francia. Sin embargo, Enrique IV fue reconocido como rey por muchos católicos franceses, y sólo los miembros de la Liga Católica, sostenida por Felipe II y el papado, seguían considerando vacante el trono. Consciente de que sólo abjurando del protestantismo podía poner fin a la división del reino, Enrique IV decidió hacerse católico. El 25 de julio de 1593 abjuró de sus errores en la iglesia

de San Denis ante el arzobispo de Bourges y envió representantes a Clemente VIII para solicitar la revocación de las censuras impuestas por Sixto V. Clemente VIII se mantuvo indeciso durante un tiempo, pero el temor de un posible cisma galicano le hizo ceder ante las instancias de Davy du Perron y de Arnaud d'Ossat. Los cardenales reunidos por el papa en el Quirinal también se mostraron favorables a la absolución, siempre que el rey francés aceptara una serie de compromisos: restablecer el catolicismo en el Bearne, promulgar en Francia los decretos del Concilio de Trento y educar en la fe católica al heredero del trono. El 17 de septiembre de 1595 los procuradores de Enrique IV, Du Perron y D'Ossat, pronunciaron una solemne abjuración en nombre del rey, en la basílica de San Pedro, y Clemente VIII proclamó la absolución de Enrique IV. Para sancionar la reconciliación de Francia con la Santa Sede y restablecer las relaciones diplomáticas interrumpidas desde 1588, Clemente VIII envió a Francia en 1596, en calidad de legado *a latere*, al cardenal de Florencia, con el encargo de conseguir que Enrique IV ratificase lo acordado en la absolución, de reorganizar la Iglesia de Francia y de interponer la mediación pontificia entre Francia y España, que estaban en guerra desde 1595. La absolución de Enrique IV tuvo importantes consecuencias para la Iglesia, tanto en el plano religioso como político, pues la liga terminó por disolverse, se impuso la reforma tridentina, paralizada por la guerra civil, y el papado recuperó la independencia al librarse de la tutela española y poder actuar como árbitro entre los Estados cristianos. La mediación de Clemente VIII entre España y Francia hizo posible el tratado de Vervins (2 mayo 1598) por el que Felipe II reconoció a Enrique IV como rey de Francia y le devolvió las conquistas hechas en la frontera del noroeste francés.

Una vez que Clemente VIII consiguió que hubiera paz entre las potencias católicas, retomó el proyecto perseguido por los papas de organizar una liga contra los turcos que amenazaban los territorios orientales de la cristiandad, pero todo se redujo a enviar dinero al emperador para que sostuviera el esfuerzo militar y a mandar un cuerpo expedicionario pontificio.

La vida de la Iglesia. En un ámbito más estrictamente religioso, Clemente VIII trató de potenciar el catolicismo, tanto en los países cristianos como en las misiones. Clemente VIII no pudo evitar la promulgación del edicto de Nantes (13 abril 1598) en Francia y trató de sacar el mejor partido posible, exigiendo que se pusieran en práctica las cláusulas del edicto que ordenaban la restauración de la religión católica en todas las regiones del reino. En Suecia, tras la muerte de Juan III Vasa (1593), Clemente VIII trató de aprovechar la subida al trono del católico Segismundo III, rey de Polonia, pero éste no estuvo en condiciones de restaurar el catolicismo en su nuevo reino. La muerte de Isabel I de Inglaterra (1603) y la subida al trono de Jacobo I (1603-1625), rey de Escocia e hijo de María Estuardo, hizo concebir a Clemente VIII esperanzas de que mejoraría la situación de los católicos e incluso de su posible conversión, pero pronto quedaron desvanecidas. Entonces Clemente VIII creó en Roma un colegio para la formación de sacerdotes escoceses y confirmó los seminarios para

ingleses fundados por Felipe II en Valladolid y Sevilla, concediéndoles importantes privilegios y confiando su dirección a los jesuítas.

Mejores resultados obtuvo en sus esfuerzos por reunir las Iglesias orientales separadas de Roma. En 1592 envió un nuncio al patriarca copto de Alejandría y la Iglesia copta se unió a la romana en 1595, siendo ratificado solemnemente el 25 de junio de 1597. Sin embargo, la unión no sobrevivió a sus protagonistas. En cambio, sí tuvo un carácter definitivo la unión que la Iglesia rutena acordó en el sínodo de Brest-Litovtsk y se proclamó solemnemente en Roma el 23 de diciembre de 1595.

Clemente VIII dio a la Iglesia un importante impulso misionero con la institución en 1599 de la congregación *super negotiis sanctae fidei et religionis catholicae* o De Propaganda Fide, que será refundada por Gregorio XV en 1622. Se interesó por los progresos de la evangelización en América, con la creación de nuevas diócesis, y en Extremo Oriente, haciendo extensivo a todas las órdenes mendicantes el privilegio de Gregorio XIII que reservaba la evangelización de Japón y de China a los jesuítas.

También se preocupó de que las disposiciones tridentinas se impusieran en todas las iglesias diocesanas y él dio ejemplo en la de Roma, realizando personalmente la visita pastoral en dos ocasiones. Celoso guardián del depósito de la fe, participaba una vez a la semana en los trabajos de la Congregación de la Inquisición, tomó algunas medidas para reforzar los reglamentos vigentes y en 1596 mandó publicar un nuevo *Index librorum prohibitorum.* De las más de treinta condenas a muerte que se pronunciaron por herejía entre los años 1595 y 1605, la más célebre fue la ejecución del dominico Giordano Bruno (1548-1600). Este monje, oriundo del reino de Nápoles, puso en duda el dogma de la Trinidad y persistió en su opinión, por ello el tribunal de la Inquisición le condenó como hereje impenitente. Giordano murió en la hoguera el año 1600 en el Campo dei Fiori de Roma.

Clemente VIII también intervino en la controversia teológica que dominicos y jesuítas entablaron en torno a la relación de la gracia con el libre albedrío, que sabiamente dejó sin resolver. La polémica surgió en 1588 con la publicación de la obra *De concordantla liben arbitrii* del jesuíta Luis Molina. Ante el cariz que tomaba la polémica, Clemente VIII avocó la causa a Roma, impuso silencio a las dos partes y nombró una comisión de cardenales (la congregación de *auxiliis)* para encontrar una solución a la controversia. A principios de 1605 la comisión había terminado su trabajo, pero el papa murió sin tomar ninguna decisión, al igual que hicieron sus sucesores hasta el siglo xviii.

El pontificado de Clemente VIII se caracterizó por una importante actividad editorial en el campo bíblico y litúrgico. En 1592 se publicó la primera versión oficial de la *Vulgata*, en 1596 el *Pontifical romano*, en 1600 el *Ceremonial de los obispos*, en 1602 el *Breviario romano* y en 1604 el *Misal romano.* También concluyó importantes obras en el Vaticano: el palacio vaticano en 1596, donde le recuerda sobre todo la magnífica sala Clementina, y la decoración de la cúpula de San Pedro, que confió al pintor Cavaliere d'Arpino.

Clemente **VIII,** celoso defensor del dogma, luchador por la expansión del catolicismo y hombre de profunda piedad, que se confesaba cada día con el cardenal Baronio (autor de los doce volúmenes de los *Aúnales ecclesiastici,* que hasta su época constituyen la colección de fuentes documentales más completa de la historia de la Iglesia), murió en Roma el 5 de marzo de 1605. Su cuerpo recibió provisionalmente sepultura en San Pedro, pero luego Paulo V lo hizo trasladar a la capilla Borghese de la basílica de Santa María la Mayor, donde construyó un magnífico mausoleo de piedra.

León XI (11 abril 1605 - 27 abril 1605)

Alejandro de Médicis nació en Florencia el 2 de junio de 1536. Pertenecía a una rama segundona de la célebre familia florentina, y era hijo de Octaviano de Médicis y de Francisca Salviati. Por línea materna estaba emparentado con el papa León X y con el gran duque de Toscana Cósimo I (1537-1574). En 1560 conoció a san Felipe Neri, el fundador del Oratorio, y entabló con él una relación que influyó en su ordenación sacerdotal en 1567.

En 1679 el gran duque Cósimo le nombró embajador en Roma y en este empleo permaneció quince años, aunque simultáneamente fue subiendo peldaños en la jerarquía eclesiástica. Gregorio XIII le nombró obispo de Pistoya el 9 de marzo de 1573, poco después le promovió al arzobispado de Florencia (15 enero 1574) y el 12 de diciembre de 1783 le concedió el capelo cardenalicio y se le empezó a conocer con el nombre del «cardenal de Florencia». Durante estos años, Alejandro de Médicis ejerció una importante labor pastoral en sus diócesis poniendo en práctica la reforma tridentina por medio de vicarios generales. El 12 de mayo de 1584 volvió a Florencia y se hizo cargo del gobierno de la diócesis, convocando un sínodo en 1589.

En 1596, Clemente VIII le envió a Francia, en calidad de legado a latere, con la misión de conseguir que Enrique IV ratificase lo acordado en la absolución, de reorganizar la Iglesia de Francia y de interponer la mediación pontificia entre Enrique IV y Felipe II, que estaban en guerra desde 1595. Durante dos años el cardenal Alejandro de Médicis trabajó por el restablecimiento del catolicismo y de la disciplina eclesiástica en Francia, e hizo posible el tratado de Vervins (2 mayo 1598) que acordaba la paz entre Felipe II y Enrique IV; pero no pudo impedir que Enrique IV promulgara el edicto de Nantes (13 abril 1598). En los primeros días de septiembre de 1598 se despidió de Enrique IV y regresó a Italia, siendo recibido con gran pompa por el papa el 10 de noviembre en la corte pontificia de Ferrara. En 1600 Clemente VIII le nombró obispo de Albano y poco después de Palestrina (1602).

En el cónclave que siguió a la muerte de Clemente VIII (1605), había tres partidos: el español, el francés y el de los cardenales creados por el papa difunto, que capitaneaba el cardenal nepote Aldobrandini. Este partido apoyó la candidatura del cardenal Baronio, oratoriano e ilustre historiador, pero los españoles se opusieron por la hostilidad manifestada en sus obras a los privilegios eclesiásticos de España y en especial a la *monarchia sicula (Annales,* XI). Ba-

ronio no consiguió los votos necesarios, y con el apoyo del partido francés se elegió papa al cardenal Alejandro de Médicis el 1 de abril de 1605. Escogió el nombre de León XI en memoria de su pariente León X y se ciñó solemnemente la tiara el día de la Pascua de Resurrección.

León XI fue un hombre culto, refinado y entusiasta de la reforma católica. A consecuencia de un resfriado, que cogió el día que tomó posesión de Letrán, murió en Roma el 27 de abril de 1605, a los veintiséis días de haber sido electo. Fue enterrado en la basílica de San Pedro, donde el cardenal Ubaldini le hizo erigir un suntuoso mausoleo.

Paulo V (16 mayo 1605 - 28 enero 1621)

Personalidad y *carrera eclesiástica.* Camilo Borghese nació en Roma el 17 de septiembre de 1552 en el seno de una familia de origen sienes que se había establecido en Roma durante el pontificado de Paulo III. Hijo de Marcanlonio, decano de los abogados consistoriales, y de Flaminia Astalli, Camilo estudió filosofía en la Universidad de Perugia y derecho en Padua, donde consiguió el doctorado. Volvió a Roma y sucedió a su padre en el cargo de abogado consistorial, luego ocupó los puestos de refrendatario del tribunal de la Signatura, vicario de Santa María la Mayor y vicelegado de Sixto V en Bolonia. En 1593 Clemente VIII le nombró legado extraordinario ante Felipe II y, a su retorno, el 15 de junio de 1596 le concedió la púrpura cardenalicia; al año siguiente le nombró obispo de Jesi y en 1603 se convirtió en el cardenal vicario de Roma.

A la muerte de León XI (27 abril 1605) el cónclave se encontraba aún más dividido que el anterior. Los españoles presentaron la candidatura del cardenal Sauli, con la que estaban conformes los franceses, pero Aldobrandini la rechazaba porque Sauli se había opuesto antes a la elección de Clemente VIII y seguía apoyando a Baronio, rechazado por los españoles. Después de varios días en que las candidaturas de Baronio y Tosco no cuajaron por la oposición de uno u otro partido, los cardenales se pusieron de acuerdo en torno al cardenal Borghese, que por modestia o por estrategia se había mantenido al margen hasta aquel momento, a pesar de que gozaba de una pensión española desde su embajada en Madrid. El 16 de mayo de 1605 fue elegido papa Camilo Borghese y tomó el nombre de Paulo V, en recuerdo de Paulo III que había protegido a su padre. A diferencia de los papas anteriores, que solían dejarse toda la barba, Paulo V fue el primero que sólo se dejó una pequeña perilla, cosa en la que le imitaron sus sucesores hasta Inocencio XII. El nuevo papa era un hombre muy reflexivo, que odiaba la precipitación, por lo que la solución de los problemas avanzó con gran lentitud.

Las relaciones diplomáticas. La política de Paulo V descansó sobre el principio de la neutralidad en los enfrentamientos hispano-franceses, haciendo llamamientos a la unidad de los príncipes católicos contra la amenaza de los turcos, a la vez que defendió los derechos de los católicos frente a los protestantes. En Inglaterra, después del fracaso de la conspiración de la pólvora (1605),

empeoró la situación de los católicos, que fueron obligados a prestar un nuevo juramento de fidelidad. En Alemania se produjo un recrudecimiento de las luchas confesionales. En 1608 los príncipes protestantes del Imperio formaron la Unión Evangélica y, al año siguiente, los católicos respondieron con la organización de la liga, capitaneada por Maximiliano de Baviera. A su vez, el emperador Matías (1612-1619), empujado por el partido católico, ordenó en 1617 la destrucción de las iglesias que los protestantes habían levantado en Klostergrab, lo que dio origen a la rebelión de Bohemia con la defenestración de Praga (23 mayo 1618), iniciándose la guerra de los Treinta Años. Paulo V prestó ayuda financiera al nuevo emperador Fernando II (1619-1637), que había estudiado con los jesuítas en Ingolstadt y era defensor de la reforma católica, y a la liga, pero sólo pudo ver la victoria de la Montaña Blanca (8 noviembre 1620) que permitió restablecer el culto católico en Bohemia y en Moravia.

El grave enfrentamiento que Paulo V tuvo con la república de Venecia hay que encuadrarlo en la defensa de las inmunidades de la Iglesia, ratificadas en Trento, y los derechos que reclamaban los Estados modernos. Dos leyes promulgadas en Venecia en 1604 y 1605, antes de la elección de Paulo V, prohibiendo la erección de iglesias o conventos sin el consentimiento del Senado y la adquisición de propiedades inmuebles a los eclesiásticos, desataron el conflicto. Éste se agravó con la detención de dos clérigos que la república no quiso entregar a los tribunales eclesiásticos, violando el principio de la inmunidad eclesiástica defendido en Trento, que ordenaba que los eclesiásticos fueran juzgados exclusivamente por tribunales eclesiásticos. El 17 de abril de 1606, Paulo V amenazó con el entredicho a la república de Venecia, pero ésta rechazó la amenaza, encargó al teólogo Paolo Sarpi la defensa de la independencia del Estado en el ámbito temporal y prohibió que se publicase el entredicho. El conflicto eclesiástico-político se trocó entonces en una controversia de principios sobre las relaciones entre el poder eclesiástico y el civil. La mediación de Francia y el temor de que Venecia cediera al protestantismo puso fin al enfrentamiento el 17 de abril de 1607. Paulo V levantó las censuras y Venecia liberó a los dos eclesiásticos. Pero este hecho dejó patente que ya no se podía imponer en todos los asuntos el derecho canónico, porque las circunstancias habían cambiado de modo radical (L. Pastor, *Historia de los papas,* XXV, pp. 91-167). El papa tuvo que revocar el entredicho sin que Venecia cediera en el punto principal. Aquel entredicho fue el último que se ha pronunciado contra un Estado.

La actividad religiosa. La acción religiosa de Paulo V se centró en la continuación de la reforma católica, en el apoyó a las misiones y en la controversia de *auxiliis.* Paulo V vigiló la aplicación de los decretos del Concilio de Trento, particularmente los referentes a la residencia de los obispos y a la clausura de los regulares. Aprobó la Congregación del Oratorio de Francia, fundada en 1611 por De Bérulle, futuro cardenal; en 1614 publicó un nuevo *Breviario romano,* procedió a la canonización de santa Francisca Romana (1608) y de san Carlos Borromeo (1610), y a la beatificación de los grandes protagonistas de la reforma católica del siglo anterior: san Ignacio de Loyola (1491-1556), san Fran-

cisco Javier (1506-1552), santa Teresa de Ávila (1515-1582) y san Felipe Neri (1515-1595).

Durante su pontificado la expansión misionera ofrece un espectáculo espcranzador. En América, bajo la protectora tutela del dominio español, continuó avanzando la labor evangelizadora de los misioneros. En Filipinas, con los trabajos de franciscanos, jesuítas, dominicos y agustinos, progresó rápidamente el catolicismo. En Japón, donde se habían producido muchas conversiones, estalló en 1614 una sangrienta persecución que casi aniquiló a la nueva cristiandad. También en China se desató una furiosa persecución en 1616.

Una de las preocupaciones de Paulo V fue dar solución a la controversia de *auxiliis*, pero después de celebrar dieciséis congregaciones, lo dejo en suspenso imponiendo silencio a ambas partes. El 28 de agosto de 1607, Paulo V dio por terminada la controversia, declarando que ambas partes quedaban en libertad de sostener y enseñar sus respectivas opiniones, pero en forma mesurada y con la prohibición de acusar de herejía al contrario.

Nepotismo y mecenazgo. Por desgracia, Paulo V no se mostró inmune al nepotismo, que además convirtió a su familia entre las principales de Roma. El hijo de su hermana Ortensia, Escipión Caffarelli, fue creado cardenal el 18 de julio de 1605 y desempeñó el papel de cardenal nepote. Las elevadas rentas que percibía de los beneficios y pensiones de Francia y España permitieron al cardenal Borghese llevar una vida de ostentación y fomentar las artes, construyendo el palacio y la espléndida Villa Borghese. El segundo sobrino, Marco Antonio Borghese, se convirtió en el jefe del nuevo linaje: en 1616 adquirió el principado de Sulmona en el reino de Nápoles y en 1620 se convirtió en el general del ejército de los Estados Pontificios. Durante el pontificado de Paulo V su familia se elevó al rango de las antiguas familias de los Colonna y Orsini, y muy pronto superó en riqueza y en poder a las familias de Sixto V y Clemente VIII. Sin embargo, aunque Paulo V se rodeó de familiares, al igual que habían hecho sus predecesores, conservó celosamente su autoridad, confiando a su nepote las funciones propias de un ministro principal.

El mecenazgo de Paulo V y de sus sobrinos posibilitó la realización de grandes obras arquitectónicas y urbanísticas que enriquecieron Roma. Entre 1607 y 1617 puso fin a la basílica de San Pedro e hizo esculpir una monumental inscripción en la fachada, en la que se proclama la terminación de la misma «para honra de los príncipes de los Apóstoles por obra de Paulo V, de la familia romana de los Borghese». En la basílica de Santa María la Mayor hizo levantar la capilla Paulina para su enterramiento. El año 1612 mandó construir un acueducto para surtir de agua al barrio del Trastévere, que se denominó Acqua Paolina. Amplió el palacio Borghese y dispuso que los archivos de la Santa Sede se colocaran en el Vaticano.

Paulo V, que reforzó considerablemente la reforma católica, murió en Roma el 21 de enero de 1621. Sepultado provisionalmente en San Pedro, más tarde fue trasladado por su sobrino, el cardenal Borghese, a la capilla Paolina en la basílica de Santa María la Mayor.

Gregorio XV (9 febrero 1621 - 8 julio 1623)

Personalidad y carrera eclesiástica. Alejandro Ludovisi nació en Bolonia el 9 de enero de 1554 en el seno de una familia del patriciado urbano que había dado a la ciudad numerosos consejeros y senadores. Hijo del conde Pompeyo Ludovisi y de Camila Bianchini, realizó sus primeros estudios en Bolonia y, desde 1569 hasta 1571, los continuó en el colegio romano bajo la dirección de los jesuítas. Volvió a Bolonia para estudiar derecho en su universidad y se doctoró en ambos derechos. El hecho de ocupar la silla de san Pedro un boloñés, Gregorio **XIII,** le facilitó la carrera eclesiástica. Ordenado sacerdote, se estableció definitivamente en Roma y Gregorio **XIII** le nombró primer juez de la curia capitolina. En 1591 Gregorio **XIV** le designó miembro de la Congregación de los asuntos de Ferrara. Clemente **VIII** le confió los cargos de refrendatario de la Signatura, lugarteniente civil del tribunal del vicariato de Roma y en 1600 auditor del tribunal de la Rota. Al mismo tiempo participó en misiones diplomáticas en las cortes de España y Francia, y recibió el encargo, junto con Maffeo Barberini (futuro Urbano **VIII),** de solucionar las diferencias entre Benevento y el reino de Nápoles. Paulo V le nombró arzobispo de Bolonia el 12 de abril de 1612 y le encomendó una misión diplomática para negociar la paz entre Felipe **III** de España (1598-1621) y Carlos Manuel de Saboya (1580-1630) por el problema del marquesado del Monferrato. El 19 de septiembre de 1616 recibió el capelo cardenalicio y se estableció en Bolonia, donde se dedicó a la reforma del clero y se mantuvo alejado de las luchas e intrigas romanas.

El cónclave que siguió a la muerte de Paulo V sólo duró dos días, pero las luchas fueron intensas. Aunque los cardenales creados por el papa Borghese constituían la mayoría, no formaban un grupo compacto y se mostraron dispuestos a buscar una solución de compromiso, eligiendo al cardenal Alejandro Ludovisi, que fue electo el día 9 de febrero de 1621. Escogió el nombre de Gregorio **XV** en recuerdo de su paisano y primer protector Gregorio **XIII.** Fue coronado el 14 de febrero en San Pedro y el 9 de mayo tomó posesión de San Juan de Letrán. El nuevo papa, como lo habían sido otros muchos, era un jurista, tenía un carácter recio y era amigo de la verdad.

Una de las primeras actuaciones de Gregorio XV fue crear en torno a sí, de acuerdo con el nepotismo vigente, una estructura de gobierno familiar. Al día siguiente de su coronación, el 15 de febrero de 1621, creó cardenal a su sobrino Ludovico Ludovisi, que sólo contaba 25 años, y le encomendó la dirección de los asuntos religiosos y políticos con las funciones propias del cardenal nepote. Orazio Ludovisi, hermano del papa, se estableció en Roma y fue nombrado general de los ejércitos de la Santa Sede. Su hijo Nicolás fue nombrado gobernador del castillo de Sant'Angelo, y su hija Hipólita se casó con Giorgio Aldobrandini, sobrino de Clemente **VIII** y príncipe de Rossano, que fue promovido a príncipe de Meldola y duque de Salsina. De esta forma, en pocos años, la familia Ludovisi se convirtió en un nuevo linaje de la aristocracia romana.

La actividad política y religiosa. La política eclesiástica de Gregorio XV estuvo condicionada por la guerra de los Treinta Años (1618-1648). Tras la de-

rrota del elector palatino Federico V, jefe de la Unión evangélica, el palatinado fue ocupado por Maximiliano de Baviera (1598-1651), que envió a Roma los ricos fondos manuscritos de la Biblioteca palatina de Heidelberg, mientras el emperador Fernando II prosiguió con la restauración del catolicismo en Bohemia y en los demás Estados de los Austrias, impulsando a la vez la reconquista religiosa de Alemania para el catolicismo. Gregorio XV concedió subsidios al emperador para proseguir la lucha y le invitó a extirpar el protestantismo de sus Estados, y también ayudó a Segismundo III de Polonia (1587-1632) en su lucha contra los turcos por la defensa del reino polaco. En el conflicto abierto entre España y Francia por el valle de la Valtelina, de gran interés estratégico para la comunicación entre el milanesado y los Países Bajos, Gregorio XV trabajó incansablemente para que se resolviera pacíficamente el conflicto, pero murió antes de que se solucionara.

Por lo que respecta a la política religiosa hay que resaltar la normativa que publicó sobre la elección del pontífice, la institución de la congregación De Propaganda Fide, la canonización de los primeros santos de la reforma católica y el apoyo que dio a los jesuítas. Con la bula *Aeterni Patas*, de 15 de noviembre de 1621, completada con la *Decet romanum pontificen* de 12 de marzo de 1622, estableció la nueva normativa sobre la forma de elegir al papa que ha estado en vigor hasta las reformas que introdujo san Pío X a principios del siglo xx. En estas bulas se establecieron normas precisas sobre el cónclave y los procedimientos de la elección: el escrutinio, el compromiso y la aclamación. El primero tenía lugar cuando las dos terceras partes de los conclavistas emitían su voto a favor de un mismo candidato; el segundo se aplicaba para superar las discrepancias entre los votantes; y el tercero se producía espontáneamente cuando todos los cardenales aclamaban como papa a una misma persona. Sin embargo, el procedimiento más usual fue el del escrutinio, que se verificaba dos veces al día, una por la mañana después de la misa y otra por la tarde. Todos los cardenales debían escribir su propio nombre y el de su candidato en una cédula que luego depositaban en el cáliz, jurando que habían nombrado al que creían mejor. La elección no se reputaba concluida hasta después que se publicaban todos los votos.

La preocupación por la difusión del catolicismo llevó a Gregorio XV a crear la congregación De Propaganda Fide con la bula *Inscrustabili divinae* de 22 de junio de 1622, que debía coordinar el trabajo misionero en todo el mundo (L. Pastor, *Historia de los papas,* XXVII, pp. 143-63). Esta congregación extendía su jurisdicción a todos los países en que no se hallaba constituida la jerarquía católica y tenía por objeto fomentar las misiones. No fue fácil la actuación de este organismo pontificio. Por de pronto, quedaron fuera de su campo de acción Iberoamérica, Filipinas y parte de la India, que estaban sometidas al patronato español o portugués, con los cuales tuvo graves conflictos. El resto de los territorios de misiones quedaron bajo su competencia. Como también se le asignó la difusión de la fe católica en las regiones del norte de Europa, total o parcialmente protestantes, la congregación trazó los planes de la reforma ca-

tólica. Los nuncios fueron los eslabones entre la central misionera romana y los países protestantes. Así, el nuncio de Bélgica atendía a la situación de Inglaterra, Holanda, Dinamarca y Noruega; el de Colonia tenía bajo su control las tierras del norte de Alemania, mientras que el de Polonia cuidaba de Suecia y Rusia. Bajo el pontificado de Urbano VIII la congregación De Propaganda Fidc puso su sede en un gran palacio de la plaza de España, al que Bernini (1598-1680) decoró con la fachada actual.

Gregorio XV canonizó a los primeros santos de la reforma católica: santa Teresa de Ávila (1515-1582), reformadora del Carmelo; san Felipe Neri (1515-1595), fundador del Oratorio; san Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de la Compañía de Jesús; y san Francisco Javier (1506-1552), uno de los primeros seguidores de Ignacio de Loyola y misionero en la India y Japón. Mostró un gran aprecio a los jesuítas, pues tanto él como su sobrino, el cardenal nepote, estudiaron con ellos, concediéndoles múltiples privilegios y exenciones.

El breve e intenso pontificado de Gregorio XV, que representó un momento importante en la reforma católica, terminó el 8 de julio de 1623 con su muerte, acaecida en Roma. Fue sepultado en la iglesia de San Ignacio, construida por su sobrino, el cardenal Ludovico Ludovisi.

Urbano VIII (6 agosto 1623 - 29 julio 1644)

Personalidad y carrera eclesiástica. Maffeo Vicente Barberini nació en Florencia el 3 de abril de 1568. Hijo de Antonio Barberini y de Camila Barbadori, pertenecía a una familia de comerciantes de tejidos de Oriente que se había asentado en Florencia a principios del siglo xv y había conseguido hacer fortuna. En Roma defendía los intereses de la empresa Francisco, un tío de Maffeo, que gracias a las buenas relaciones y a la fortuna se convirtió en protonotario apostólico. El padre de Maffeo murió en 1571 y su madre le educó en los jesuítas de Florencia, y al cumplir los doce años le envió a Roma, bajo la protección de su tío, para que continuara los estudios en el colegio romano. Después le mandó a la Universidad de Pisa para que cursara estudios de derecho, doctorándose en esta disciplina. Vuelto a Roma, inició la carrera eclesiástica bajo la protección de su tío, que en octubre de 1588 le compró el cargo de abreviador. Después Maffeo consiguió el de refrendatario de la Signatura; en 1593 su tío resignó el cargo de protonotario en su favor y en 1599 le compró el de clérigo de la Cámara apostólica, que gozaba de gran prestigio.

La carrera curial estuvo favorecida por la riqueza de su familia y por las buenas relaciones de su tío Francisco, pero se consolidó y potenció por la confianza que depositaron en él los papas. Clemente VIII le nombró en 1592 gobernador de Fano y después le envió a Francia (1601) para felicitar a Enrique IV con ocasión del nacimiento del Delfín. En 1604 recibió las órdenes mayores y Clemente VIII le nombró arzobispo *in partibus* de Nazaret y nuncio apostólico en París, donde prestó su apoyo a los jesuítas, pero no consiguió que se registraran los decretos del Concilio de Trento. Paulo V le concedió el capelo cardenalicio el 11 de septiembre de 1606 y Maffeo recibió la birreta car-

denalicia de manos de Enrique IV. En septiembre de 1607 volvió a Roma y se convirtió en protector del reino de Escocia. Promovido al episcopado de Spoleto (1608), reunió un sínodo y puso fin a las obras del seminario. De 1611 al 1614 desempeñó el cargo de legado pontificio en Bolonia, en 1617 renunció la diócesis de Spoleto y fue nombrado prefecto de la Signatura de Justicia, el tribunal donde había comenzado la carrera de curial.

A la muerte de Gregorio XV, tras una disensión inicial, los cardenales eligieron casi por unanimidad al cardenal Barberini el día 6 de agosto de 1623, que escogió el nombre de Urbano VIII. Fue coronado el 29 de septiembre y el 19 de noviembre tomó posesión de San Juan de Letrán. El nuevo papa contaba 55 años y, a jucio de algunos historiadores, tenía un carácter altivo, que no toleraba oposición de ningún tipo.

La política pontificia. Inmediatamente después de la elección, Urbano VIII procuró crearse una corte familiar, practicando el nepotismo como sus antecesores, y que Paolo Prodi (*// sovrano pontífice,* Bolonia, 1982) interpreta como la forma específica que tomó el absolutismo centralizador del siglo xvii en el régimen electivo y no hereditario del papado. En 1623 nombró a su hermano mayor, Carlos (1560-1630), general de los ejércitos de la Iglesia y duque de Monte Rotondo; en octubre de 1623 el hijo de Carlos, Francisco, fue hecho cardenal a la edad de 26 años y superintendente general y gobernador de Tívoli. En 1624 sacó a su hermano menor Antonio del convento de capuchinos y le nombró cardenal penitenciario y bibliotecario. En 1629 concedió la púrpura cardenalicia a otro sobrino, Antonio, hijo de Carlos y hermano de Francisco, que acumuló los cargos de legado en Avignon y Bolonia, camarlengo y prefecto de la Signatura. Al heredero de la casa Barberini, Tadeo, le nombró general de los ejércitos, a la muerte de su padre, prefecto de Roma, gobernador del castillo de Sant'Angelo y príncipe de Palestrina.

Independientemente de la influencia que el nepotismo pudo tener en la política de Urbano VIII, parece que el pontífice se comportó como un soberano absoluto, que controlaba todo y dejaba poco poder de iniciativa a los miembros del colegio cardenalicio, a excepción de su amigo Lorenzo Magaloti, creado cardenal en 1624 y secretario de Estado hasta 1628. Los otros cardenales, demasiado influenciados por las potencias católicas, fueron excluidos de la gestión de los negocios. Para contrarrestar esta pérdida de influencia, en junio de 1630 les concedió el título de eminencia y el rango de príncipes de la Iglesia.

La política eclesiástica de Urbano VIII estuvo condicionada por el recelo que sentía contra la preponderancia de los Habsburgo en Italia, la creciente oposición de la Francia de Richelieu (1582-1642) hacia España y la desconfianza de los príncipes alemanes ante el victorioso emperador Fernando II (1619-1637). Estos factores rompieron la unidad del mundo católico e hicieron posible la continuación de la guerra de los Treinta Años (1618-1648), que puso fin a la hegemonía de los Habsburgo y también a la restauración del catolicismo.

Urbano VIII se pronunció contra los intereses de España en los conflictos de la Valtelina y de Mantua, y a favor de las pretensiones francesas. En el pri-

mer caso apoyó el tratado de Moncon (1626), que segregaba a los católicos de la Valtclina del dominio de los grisones protestantes, pero impedía el tránsito de tropas españolas por el valle. En el segundo caso, en la guerra de sucesión de Mantua (1627-1631), prestó su apoyo al candidato francés y rechazó al español.

En la guerra de los Treinta Años, Urbano VIII adoptó una política que, a la larga, sería muy perjudicial para la causa católica (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXVII, pp. 335-86). Después que los imperiales derrotaron a los protestantes, el emperador Fernando II promulgó el 6 de marzo de 1629 el «edicto de restitución», que preveía la restitución de todos los bienes eclesiásticos usurpados desde la paz de Augsburgo (1555) a la Iglesia católica, pero Urbano VIII trató de frenar los impulsos restauracionistas del emperador, buscando un acuerdo entre Francia y Baviera. El cardenal Richelieu (1585-1642) impulsó y financió la intervención de Gustavo Adolfo de Suecia (1611-1632) en apoyo de los protestantes, y cuando los suecos fueron derrotados, Richelieu, cardenal de la Iglesia romana, declaró la guerra a España y al Imperio y se puso al lado de los protestantes alemanes y suecos. Urbano VIII optó entonces por una política de neutralidad, pero, como afirma Ranke *(Historia de los papas*, pp. 467-68), con su política antiaustríaca favoreció a Richelieu e indirectamente contribuyó a salvar al protestantismo, aunque como «padre común de la cristiandad» se esforzó por mediar entre las potencias en guerra.

La vida de la Iglesia, el proceso de Galileo y *el mecenazgo.* En una proyección más religiosa hay que resaltar su preocupación por las misiones, el culto a los santos y los problemas con las doctrinas de Galileo y Jansenio. Urbano VIII dio un nuevo impulso a la congregación De Propaganda Fide, instituida por Gregorio XV en 1622, construyendo un nuevo palacio para su sede en la plaza de España y creando un seminario de misiones, que recibió el nombre de Colegio Urbano (1627), para formar en Roma a jóvenes orientales que quisieran seguir el ministerio sacerdotal. La congregación se mostró un instrumento eficaz al servicio de la centralización romana, a la vez que impulsó las misiones en todos los países de Asia y África, iniciándose en China la discusión sobre el problema de los ritos malabares.

En la misma tendencia centralizadora, Urbano VIII prohibió dar culto público a personas que no hubieran sido declaradas beatas por la Santa Sede, estableciendo las normas que se habían de seguir en los procesos de beatificación y canonización. Normativa que ha seguido en vigor hasta 1983. Además, sancionó públicamente el martirologio, que había sido revisado por orden suya, canonizó a santa Isabel de Portugal (1626) y beatificó a María Magdalena de Pazzi.

En el pontificado de Urbano VIII terminó el lamentable proceso contra el famoso físico y astrónomo Galileo Galilei (1564-1642). Como Galileo se mostró abiertamente partidario de la teoría del canónigo Nicolás Copérnico (1473-1543) sobre el movimiento de la Tierra alrededor del Sol, doctrina que por entonces rechazaban los teólogos en general, se le abrió ya en 1616, bajo Paulo V,

un primer proceso inquisitorial. Las afirmaciones de Galileo fueron declaradas «imprudentes y absurdas para la filosofía, y formalmente heréticas, por ser contrarias a la Escritura, para la teología». Al mismo tiempo se puso en el índice de libros prohibidos la obra de Copérnico *De revolutionibus orbium coelestium* (1543). Cuando en 1632 volvió Galileo, en su *Dialogo sopra i due massimi sitemi del mondo,* a defender las tesis copernicanas condenadas, tuvo que comparecer ante el Santo Oficio de Roma. Bajo amenaza de torturas, el anciano fue obligado a retractarse y a vivir en libertad vigilada en su casa de campo de Arcetri, cerca de Florencia. Pastor, que en su *Historia de los papas* (XXVIII, pp. 287-304) hace una amplia exposición del caso Galileo, se refiere a él como un caso desgraciado y dice que «para los teólogos el error de 1616 y 1632 ha sido durante siglos una constante advertencia». Por muy lamentable que pueda resultar el caso Galileo, hay que recordar que las decisiones de la congregación no eran inmutables y menos infalibles. De hecho, el papa Juan Pablo II al comienzo de su pontificado instituyó una comisión que examinase las actas del proceso de Galileo y, en mayo de 1983, la Iglesia honró en el Vaticano al gran científico con un congreso internacional, que inauguró el papa personalmente.

En 1641 los jesuitas denunciaron al Santo Oficio el *Agustinus* de Cornelio Janssens (1585- 1638), obispo de Ipres, publicado al año siguiente de su muerte, porque contravenía la prohibición de 1611, repetida en 1625, de no publicar nada sobre la gracia y, además, defendía con sutiles distinciones las tesis expuestas antes por Bayo (1513-1589), que habían sido condenadas en 1567 (J. Orcibal, *Jansenius d'Ypres, 1585-1638,* París, 1989). Urbano VIII condenó la obra de Jansenio con la bula *In eminenti,* firmada el 6 de marzo de 1642, pero no publicada hasta enero de 1643, por lo que tanto en Lovaina como en París se consideró falsa. Los seguidores de Jansenio, en especial Antonio Arnauld (1612-1694), aprovecharon la situación para organizar la defensa de la obra y dar vida a la controversia jansenista que a la muerte de Urbano VIII sólo había hecho que empezar.

Como soberano de los Estados Pontificios, Urbano VIII se comportó como un monarca absoluto, reforzó considerablemente la posición política del papa en Italia y amplió sus dominios con la incorporación del ducado de Urbino a los Estados de la Iglesia (1631) por muerte del duque, que era feudatario de la Santa Sede. Procuró hacer lo mismo con el ducado de Castro, que detentaba el duque Odoardo Farnese de Parma, pero no lo consiguió. Construyó fortalezas en los confines de Bolonia, reforzó las defensas del castillo de Sant'Angelo y rodeó la ciudad leonina con murallas y bastiones. Levantó en Civitavecchia un puerto militar y estableció una fábrica de armas en Tívoli.

Urbano VIII también desarrolló un importante mecenazgo. Se rodeó de pintores, músicos y escritores, reunió una de las bibliotecas más ricas de Roma y fundó la capilla Barberini en la iglesia de San Andrea della Valle. Rivalizó con sus sobrinos por el embellecimiento de Roma y, bajo la dirección de Bernini (1598-1680), halló el barroco una expresión grandiosa. Después de consagrar la nueva basílica de San Pedro en 1626, hizo que Bernini levantase el ma-

ravilloso baldaquino sobre el altar papal de la confesión. Francisco Barberini mandó a Bernini levantar en la pendiente del Quirinal uno de los palacios más representativos del barroco romano. Antonio Barberini, que fue capuchino, erigió para esta religión un nuevo convento en la plaza Barberini. En 1626 el papa hizo construir en Castel Gandolfo un palacio de verano, según los planes de Carlos Maderno.

Urbano VIH murió en Roma el 29 de julio de 1644 y fue enterrado en la basílica de San Pedro en el magnífico sepulcro que erigió Bernini a la derecha del altar de la Cátedra. Después de veintiún años de pontificado dejó un mal recuerdo entre los romanos, que le acusaban de haberse dejado manipular por sus familiares, de subir los impuestos y de comportarse como un traidor por su actuación en la guerra de los Treinta Años.

Inocencio X (15 septiembre 1644 - 7 enero 1655)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Bautista Pamphili nació en Roma el 6 de mayo de 1574. Hijo de Camilo y María Flaminia del Búfalo, pertenecía a una poderosa familia de la nobleza romana, aunque los Pamphili eran oriundos de Gubbio en la Umbría. Después de estudiar en el colegio romano con los jesuítas, cursó la carrera de derecho en la Universidad romana de la Sapienza, consiguiendo el grado de doctor en ambos derechos (1597). Terminados los estudios, se ordenó sacerdote e inició una rápida carrera en la curia. En 1601 fue nombrado abogado consistorial y, en 1604, sucedió a su tío Jerónimo Pamphili como auditor del tribunal de la Rota, donde hizo amistad con el auditor de Bolonia Alejandro Ludovisi. Cuando éste fue elegido papa con el nombre de Gregorio XV (1621), le envió de nuncio a la corte de Nápoles y allí permaneció cuatro años. Bajo el pontificado de Urbano VIII acompañó, en calidad de consejero y datario, al joven cardenal nepote Francisco Barberini en su legación a Francia y España (1625). El 19 de enero de 1626 fue nombrado patriarca de Antioquía y el 30 de marzo nuncio en España. Creado cardenal *in pectore* el 30 de agosto de 1627, no se hizo público hasta el 19 de noviembre de 1629. En 1630 volvió a Roma y desempeñó la prefectura de la Congregación del Concilio.

En el cónclave que se reunió a la muerte de Urbano VIII (1644) la mayoría de los purpurados estaban agrupados en dos partidos: el hispano-austríaco, que era contrario a la política que Urbano VIII había seguido en la guerra de los Treinta Años; y el francés, dirigido por Antonio Barberini y apoyado por París. Después que España puso la exclusiva al cardenal Sacchetti, propuesto por Francisco Barberini y grato a Francia por ser amigo de Mazarino (1602-1661), se llegó a un acuerdo entre los dos cardenales Barberini y el partido español, proponiendo al cardenal Pamphili como candidato, sin esperar a que el embajador de Francia consultara con su gobierno. El 14 de septiembre de 1644 el cónclave eligió papa al cardenal Pamphili, un anciano de 72 años, que tomó el nombre de Inocencio X en recuerdo de Inocencio VIII que había favorecido a su familia cuando se estableció en Roma. Fue coronado el 4 de octubre y el

23 de noviembre tomó posesión de San Juan de Letrán. Diego de Velázqucz (1599-1660) pintó en 1650 un maravilloso retrato de este pontífice, fuertemente realista y veraz. La mirada es inquisitiva y la expresión de los labios entre desconfiada y socarrona.

El gobierno de la Iglesia. Inocencio X quiso continuar la política de nepotismo que habían practicado sus antecesores, nombrando a un miembro de su familia cardenal nepote. Pero, como escribe Pastor *(Historia de los papas,* XXX, pp. 33-35), «la desgracia del papa Pamphili fue que el único miembro de su familia que poseía las cualidades necesarias para ocupar aquel cargo era una mujer», su cuñada Olimpia Maidalchini, casada con el hermano mayor del papa, ya difunto. A los pocos días de su elección, el 14 de noviembre, Inocencio X nombró cardenal al hijo mayor de Olimpia, Camilo Pamphili, y dejó prácticamente en sus manos el gobierno de la Iglesia, aunque le asoció como secretario de Estado al cardenal Panciroli, que hasta 1651 asumió la dirección de los asuntos más importantes de la Iglesia y del Estado. Pero Camilo renunció al cardenalato el 21 de enero de 1647 para poder casarse con Olimpia Aldobrandini, sobrina de Clemente VIII y viuda de Paulo Borghese, y cayó en desgracia. Desde 1647 hasta 1651, Inocencio X otorgó todas las prerrogativas de cardenal nepote a dos familiares de su cuñada Olimpia (Francisco Maidalchini y Camilo Astalli), que fueron incapaces de desarrollar sus funciones. A la muerte del cardenal Panciroli (1651), la incapacidad del cardenal nepote Camilo Astalli hizo necesario el nombramiento de un nuevo secretario de Estado y, por consejo del cardenal Spada, Inocencio X confió este cargo a Fabio Chigi, futuro Alejandro VII, al que nombró cardenal el 10 de febrero de 1652. La degradación que el nepotismo, como sistema familiar de gobierno, alcanzó en el pontificado de Inocencio X, fue decisiva para que desapareciera y, desde mediados del siglo xvii, cobró fuerza la figura del cardenal secretario de Estado como responsable del gobierno.

La política religiosa. Al inicio de su pontificado, Inocencio X tuvo un conflicto con Francia porque Mazarino (1602-1661), que no había aprobado su candidatura, retiró al embajador francés de Roma. El pontífice replicó haciendo una promoción cardenalicia de signo antifrancés (6 marzo 1645) y exigió cuentas a los sobrinos de Urbano VIII por los excesivos gastos durante la guerra contra los Farnese para apoderarse del ducado de Castro. El cardenal Antonio Barberini y sus hermanos huyeron a Francia y fueron recibidos con todos los honores en la corte. La cercanía de las tropas francesas a las posesiones del príncipe Ludovisi, sobrino de Inocencio X, forzaron al papa a ceder a las peticiones francesas. El embajador francés volvió a Roma el 24 de mayo de 1647, nombró cardenal a un hermano de Mazarino y se autorizó volver a los Barberini, devolviéndoles sus bienes y dignidades.

Sin embargo, el acontecimiento más importante del pontificado de Inocencio X fue la conclusión de la paz de Westfalia en 1648, que puso fin a la guerra de los Treinta Años y sancionó el fin del predominio de los Austrias, además de presentar importantes cláusulas religiosas que sellaron definitivamente la di-

visión religiosa del Imperio y privaron a la Iglesia católica de un buen número de obispados y abadías y de muchos bienes eclesiásticos. La paz de Westfalia supuso un pequeño paso hacia la tolerancia, pues reconoció el derecho aún limitado de practicar una religión distinta de la oficial. Esta paz constituyó ciertamente la superación de la tradicional postura de los católicos, al emparejarlos jurídica y socialmente con los luteranos y los calvinistas. Y ésta es la razón por la que Inocencio X protestó con el breve *Zelus domus Dei* (20 noviembre 1648), «para que los derechos de la misma [la Iglesia católica] no sufran daño alguno de parte de los que buscan antes su propio provecho que la gloria de Dios». El tono de la bula era duro, no admitía réplicas; declaraba nulos los tratados en todas las cláusulas contrarias a la Iglesia y subrayaba el valor perpetuo de la condenación. Pero nadie, ni siquiera las potencias católicas, hizo demasiado caso de esta protesta y el papado se vio precisado a aceptar gradualmente, de hecho, la situación que tan clamorosamente había condenado.

La política religiosa del pontífice se centró en el apoyo a las misiones, en la reducción de conventos en Italia y en su intervención en la disputa sobre el jansenismo. La congregación De Propaganda Fide impulsó el esfuerzo misionero que se desarrollaba en los países asiáticos, pero en contra del parecer de los jesuítas, condenó la licitud de los ritos chinos, dando origen al problema de los ritos chinos y malabares. Inocencio X llevó a cabo en Italia un proyecto de reforma monástica, decretando la supresión de los monasterios y conventos que, por el escaso número de religiosos, no pudiesen observar la disciplina regular conforme a las constituciones de cada orden, facultando a los obispos para que aplicasen las rentas de los conventos suprimidos a otros fines religiosos.

La controversia jansenista, lejos de apagarse con la condena que Urbano VIII hizo del *Agustinas* en la bula *Eminenti* (1642), fue encendiéndose cada vez más. Ochenta y ocho obispos, instigados por san Vicente de Paúl, en contraposición con el parlamento de París, solicitaron de la Santa Sede un examen a fondo de cinco tesis que, según el síndico de la Facultad de Teología de la Sorbona, estaban contenidas en el *Agustinus* y resumían su doctrina. Tras un largo examen que duró dos años, el 31 de mayo de 1653 Inocencio X condenó como heréticas las cinco tesis. Las tesis censuradas se referían sólo al aspecto dogmático del jansenismo que, por otra parte, era la raíz y fundamento del moral. Los jansenistas, lejos de someterse y no queriendo aparecer como rebeldes, recurrieron a diversas estratagemas (L. Cognat, *Le Jansénisme*, París, 1961).

Como soberano de los Estados Pontificios, Inocencio X afianzó el poder absoluto y ensanchó sus dominios, con la incorporación del ducado de Castro, que ya pretendió su antecesor. En Roma supo conservar la paz con sabias disposiciones y la organización de una poderosa policía.

Aunque no fue un gran mecenas, enriqueció artística y urbanísticamente la ciudad de Roma. Confirmó en su oficio de arquitecto de San Pedro a Bernini, que pavimentó la nave central con mosaico de mármoles multicolores. Otro artista genial, Borromini (1599-1667), dejó huellas inmortales en la basílica de San Juan de Letrán, que renovó, y sobre todo en la nueva iglesia de Santa Inés de

plaza Navona. Precisamente Bernini enriqueció esta plaza con la fuente de los cuatro ríos: sobre una escollera colocada en medio de un estanque se alza atrevidamente un obelisco; en su entorno, cuatro colosales estatuas personifican los cuatro ríos del mundo: el Nilo, el Ganges, el Danubio y el río de la Plata; y bestias feroces salen de sus grutas rocosas para beber. A un lado de la plaza Reinaldi reconstruyó el palacio Pamphili, que, aun con las bellas pinturas de Pietro de Cortona, no pudo competir con otros palacios romanos. En cambio, la Villa Pamphili que el cardenal nepote mandó construir en la cima del Gianicolo, con su soberbio parque, su jardín secreto, sus caprichosos parterres y su espléndida decoración, no cedía a ninguna otra en magnitud y magnificencia.

Inocencio X murió en Roma el 4 de enero de 1654, a los 81 años. Su cadáver estuvo expuesto algunas horas en la basílica de San Pedro, según costumbre, pero como nadie se hizo cargo de él lo retiraron a una estancia oscura, donde los albañiles guardaban sus herramientas. Más tarde se le preparó un modesto sepulcro en la iglesia de Santa Inés de plaza Navona. Con su muerte, el papado de la Contrarreforma llegó a su fin.

Alejandro VII (7 abril 1655 - 22 mayo 1667)

Personalidad y carrera eclesiástica. Fabio Chigi nació en Siena el 13 de febrero de 1599. Miembro de una familia aristocrática de Siena, estudió en la misma ciudad teología y derecho con gran brillantez. En 1622 se trasladó a Roma y comenzó su carrera curial: refrendatario de las Signaturas de gracia y justicia (1629) y vicelegado en Ferrara por espacio de cinco años, obispo de Nardo en el reino de Nápoles (1635), aunque no residió nunca, e inquisidor y delegado apostólico en Malta. En 1639 pasó a desempeñar el prestigioso cargo de nuncio en Colonia, siendo nombrado representante pontificio en el Congreso de Münster para tratar la paz de Westfalia (1648). En las difíciles negociaciones diplomáticas, Chigi, presionado por las instrucciones recibidas de Roma, que le ordenaban defender de forma intransigente los intereses católicos, por los políticos católicos imperiales, inclinados a hacer mayores concesiones a los protestantes, y por las exigencias francesas, no pudo hacer otra cosa que asistir impotente a la firma de la «infame» paz de Westfalia (1648), como él mismo la llamó, que consagró a los ojos de la curia romana la escisión religiosa y la enajenación de los bienes eclesiásticos. De vuelta a Roma, fue creado cardenal por Inocencio X, promovido al episcopado de Imola y, en 1651, por sugerencia del cardenal Spada, le encargó de la Secretaría de Estado.

A la muerte de Inocencio X (1655), el candidato con mayor prestigio era el cardenal Saccheti, pero como ya ocurriera en 1644 chocó con la hostilidad del partido español. El cónclave, que se prolongó cuatro meses, después de múltiples negociaciones eligió papa a Fabio Chigi el 7 de abril de 1655. Escogió el nombre de Alejandro VII, en recuerdo de su paisano Alejandro III; fue coronado el 18 de abril y tomó posesión de San Juan de Letrán el 19 de mayo.

El gobierno de la Iglesia y las relaciones políticas. Diplomático y hombre de curia, Alejandro VII no quiso concentrar todo el poder. En ausencia de un

nepotismo tan fuerte como el de sus antecesores, tomaba las decisiones después de discutir los problemas y pedir consejo. Bajo su pontificado se revitalizó la actividad de las congregaciones romanas: la de Estado, de la que se encargó el cardenal Rospigliosi, futuro Clemente IX; la de la Inmunidad, dirigida por el datario cardenal Corrado, o la del índice, que en 1664 publicó una edición actualizada del índice de libros prohibidos. Gran influencia ejercieron en Alejandro VII algunos consejeros de su confianza, como el cisterciense Bona y el jesuita Sforza Pallavicino, a los que concedió la púrpura cardenalicia, pues no sólo marcaron su espiritualidad ascética, sino que también le inclinaron a tomar algunas decisiones religiosas.

Alejandro VII también llevó a cabo una reorganización más racional de los oficios curiales. Reformó la Cancillería y reguló a través de una normativa el acceso a la carrera prelaticia, a la que modernizó, allanando el camino para la supresión de la venalidad de los cargos, que realizaría Inocencio XII en 1694. Menos palpables fueron los resultados en el sector financiero, a pesar de los esfuerzos de Alejandro VII por reducir la deuda pública que había alcanzado niveles peligrosos después de la guerra de los Treinta Años y la política dispendiosa del pontificado de Urbano VIII.

El esfuerzo de Alejandro VII por sostener y unir a las potencias católicas contra el peligro turco, que amenazaba Creta y Hungría, fue contrarrestado sistemáticamente por la política francesa. No obstante, el papa concedió subsidios económicos a Venecia en guerra contra los turcos por la posesión de Creta, y al emperador Leopoldo de Austria (1657-1705) para frenar el avance otomano en Hungría y Transilvania. Si las relaciones con Francia no fueron fáciles en ningún momento del pontificado, se agravaron con la muerte de Mazarino (1661) y el inicio del gobierno personal de Luis XIV (1643-1715). Un incidente de la guardia corsa del papa con el personal de la embajada francesa (1662) será aprovechado por el monarca francés para humillar al papa. El nuncio fue expulsado de París, se ocupó el condado de Avignon y se hicieron los preparativos para una campaña contra el Estado pontificio. La paz de Pisa de 1664 puso fin al conflicto, pero el papa tuvo que plegarse a los dictados del joven monarca francés. Este enfrentamiento fue otra consecuencia de la debilidad política del papado después de Westfalia y el cambio de fuerzas que se había producido en Europa.

Los problemas doctrínales: jansenismo, probabilismo y los ritos chinos. En una dimensión más religiosa el papa tuvo que hacer frente al problema del jansenismo que, después de la bula *Cum ocasione* (1653), se mostraba muy combativo. Ante la condena pontificia de la cinco tesis del *Agustinas,* Antonio Arnauld presentó la distinción entre la *questio iuris* y la *questio facti,* alegando que aun cuando las cinco proposiciones condenadas fuesen heréticas *{questio iuris),* habría que demostrar que tales proposiciones se hallaban realmente en el libro de Jansenio *(questio facti),* pues la Iglesia es infalible en cuanto a la fe, pero no en la apreciación de un hecho. Es decir, la Iglesia puede condenar únicamente doctrinas en abstracto, pero no puede juzgar infaliblemente sobre la doctrina

concreta de un individuo. En el primer caso el fiel está obligado a aceptar la decisión de la Iglesia incluso internamente, pero en el segundo no tiene más obligación que la de guardar un «silencio obsequioso», no enseñando públicamente doctrinas contrarias. A fin de eliminar cualquier equívoco, Alejandro VII, en octubre de 1656, declaró por medio de la bula *Ad sanctam Petri sedem* que efectivamente las cinco proposiciones estaban contenidas en el *Agustinas* y que habían sido condenadas en el sentido que las entendía el autor. La publicación en 1665 de una nueva bula, la *Regiminis Apostolici,* y la orden de firmar un formulario de aceptación de la condena, suscitó en Francia la más tenaz resistencia de algunos grupos jansenistas, entre los que se contaban ciertos obispos y las monjas de Port-Royal.

Contra los excesos del probabilismo en teología moral, denunciado entre otros por Pascal (1623-1662) en sus *Cartas provinciales,* dentro de la tendencia rigorista que el jansenismo defendía, Alejandro VII no quiso hacer una condena general del probabilismo y se limitó a condenar dos grupos de proposiciones laxistas, que luego serían ampliadas por Inocencio XI y que fueron fundamentales para la elaboración de la moral católica en en siglo siguiente.

La actividad misionera conoció un gran desarrollo durante el pontificado de Alejandro VIL En 1656 el Santo Oficio declaró lícitos los «ritos chinos» (las manifestaciones de homenaje tributadas a Confucio y a los antepasados difuntos), que habían sido condenados por De Propaganda Fide en 1645, y que admitían los jesuítas en su pastoral misionera y eran practicados por los cristianos de China como expresión de un culto civil y político, no religioso. En 1659, De Propaganda Fide estableció tres vicariatos apostólicos en los territorios comprendidos entre la India y China, en un intento por romper el monopolio que Portugal defendía como patronato de la corona.

Durante el pontificado de Alejandro VII tuvo lugar la conversión de la reina Cristina de Suecia (1632-1654). Renunció al trono sueco y el 2 de noviembre de 1655, en su camino hacia Roma, pronunció en Innsbruck su confesión católica. Alejandro VII le preparó un pomposo recibimiento y ordenó a Bernini que diese al interior de la Porta del Popolo la forma que hoy tiene. Cristina de Suecia fijó su residencia en Roma y se estableció en el palacio Corsini.

El mecenazgo de Alejandro VII se plasmó en el campo arquitectónico, urbanístico y bibliográfico. Encargó a Bernini la construcción de la columnata de la plaza de San Pedro, la Escala regia del Vaticano, amplió el palacio del Quirinal y reestructuró las plazas del Panteón y de la Minerva. Dedicó especial atención a la Universidad romana de la Sapienza y a la Biblioteca Vaticana. Como amante de las letras y protector de la cultura, reunió en Roma a sabios y eruditos, como Allaci, Bona, Holsten o Pallavicino.

Alejandro VII murió en Roma el 22 de mayo de 1667, a los 69 años de edad, y fue sepultado en el suntuoso mausoleo que Bernini le había construido en la basílica de San Pedro.

Clemente IX (20 junio 1667 - 9 diciembre 1669)

Personalidad y carrera eclesiástica. Julio Rospigliosi nació en Pistoya el 27 de enero de 1600. Perteneciente a una familia noble, cursó sus primeros estudios en el colegio romano de la Compañía de Jesús y después se matriculó en la Universidad de Pisa, donde se licenció en filosofía y teología. Pasó luego a Roma y, con el apoyo de los Barberini, inició la carrera curial: secretario de la Congregación de Ritos (1631), refrendatario de las Signaturas de gracia y justicia (1632) y canónigo de Santa María la Mayor. En 1635 fue nombrado secretario de breves *ad principes,* consultor de la Penitenciaría apostólica (1641) y vicario capitular de Santa María la Mayor (1643). En 1644 fue designado arzobispo titular de Tarso y nuncio apostólico en España (1644-1653), donde consiguió grangearse la estima de Felipe IV (1621-1665) y de la corte española. En 1653 volvió a Roma y fue nombrado gobernador de la ciudad durante la vacante producida por la muerte de Inocencio X. El nuevo papa Alejandro VII le designó secretario de Estado y el 9 de abril de 1657 le concedió la púrpura cardenalicia del título de San Sixto, y en el desempeño del cargo consiguió ganarse la simpatía de Luis XIV de Francia, sin perder la benevolencia de Felipe IV de España.

Al morir Alejandro VII (1667), el cardenal Rospigliosi fue elegido papa gracias a la inusual convergencia de los intereses españoles y franceses, y con el apoyo del cardenal Azzolini, que era una de las cabezas rectoras del grupo de cardenales políticamente independientes («el escuadrón volante») que en la elección buscaba ante todo la defensa de los intereses de la Iglesia. Elegido el 20 de junio de 1667, escogió el nombre de Clemente IX, fue coronado el 24 de junio y el día 3 de julio tomó posesión de San Juan de Letrán. El nuevo papa poseía un carácter manso, y fiel a su nombre quiso ser condescendiente con los otros, pero no con él mismo, reflejo de la divisa que adoptó: «Clemente para todos, menos para sí y para los suyos.» Carlos Maratta hizo a Clemente IX uno de los más bellos retratos papales, y de su rostro irradia no sólo la bondad sino también el cansancio y la resignación de un hombre que, habida cuenta de su precario estado de salud, sólo podía ser un papa de transición.

La política eclesiástica. En el gobierno de la Iglesia introdujo pocos cambios. Recompensó al cardenal Azzolini nombrándole secretario de Estado y mantuvo en sus puestos a los principales responsables de la curia. Reorganizó la Congregación de religiosos y estableció una nueva encargada de todo lo concerniente a indulgencias y reliquias (1669). A los miembros de su familia les favoreció con moderación.

La política eclesiástica se orientó a la defensa contra los turcos y a la pacificación de las potencias católicas. Los turcos se habían adueñado ya de la mayor parte de la isla de Creta y preparaban el asalto a su capital Candía, que continuaba todavía en manos de Venecia. Clemente IX se esforzó con poco éxito por lograr una acción conjunta de ayuda por parte de las potencias católicas; le dieron buenas palabras pero la poca ayuda que se envió resultó insuficiente y

esfuerzos para lograr la reconciliación entre Francia y España, que se vieron coronados por la presencia y mediación del nuncio Franciotti en la conferencia preparatoria del tratado de Aquisgrán (1668). También intervino en la firma de la paz de España y Portugal (1668), que implicó el reconocimiento de la independencia portuguesa. Clemente reconoció al nuevo monarca y confirmó la elección de los obispos portugueses nombrados durante la guerra de secesión.

Clemente IX fue un papa conciliador pero sin perder de vista la defensa de los intereses de la Iglesia. La controversia jansenista no acabó con el formulario impuesto por la bula *Regiminis Apostolici* (1665) de su antecesor. Con el nombramiento de Clemente IX, tras difíciles negociaciones presididas por el nuncio Bargellini, se llegó a un compromiso al menos externo y aparente. Los obispos que se habían negado a firmar el formulario enviado desde Roma por Alejandro VII aceptaron aquel documento, pero simultáneamente y en un protocolo secreto expresaron su convicción íntima, fiel a la tesis del silencio obsequioso. Clemente IX, a pesar de las dudas sobre la sinceridad de este acto, no quiso provocar ulteriores dificultades y acabó por aceptar este tipo de sumisión, declarando en enero de 1669 su alegría por la reconciliación lograda *(Pax Clementina).*

Clemente IX aumentó el catálogo de los santos con la canonización de san Pedro de Alcántara (1499-1562) y santa María Magdalena de Pazzi (1669), y la beatificación de Rosa de Lima (1586-1617), la primera mujer de América elevada a los altares (1668).

El papa Rospigliosi era amigo de las artes y de las letras. Su arquitecto preferido fue Bernini, ya anciano pero de gran capacidad creadora. A él encomendó la terminación de la columnata de San Pedro y la decoración del puente de Sant'Angelo con diez grandiosas estatuas. Financió las obras de restauración de la basílica de Santa María la Mayor. Entre los hombres de ciencia favoreció al gran erudito Allatius, al que nombró custodio de la Biblioteca Vaticana; al polifacético jesuíta alemán Kircher, orientalista y astrónomo; a Cassini y a otros muchos. Se interesó por la fundación de una academia para el estudio de la historia de la Iglesia y prestó su valioso patrocinio al grupo de sabios y literatos que rodeaban a Cristina de Suecia. Murió en Roma el 9 de diciembre de 1669 y fue sepultado en la basílica de Santa María la Mayor.

Clemente X (29 abril 1670 - 22 julio 1676)

Personalidad y *carrera eclesiástica.* Emilio Altieri nació en Roma el 12 de julio de 1590. Hijo de una familia de la vieja nobleza romana, hizo sus primeros estudios en el colegio romano y después pasó a la Sapienza, donde se doctoró en ambos derechos. Siguiendo el ejemplo de su hermano mayor, entró en la carrera eclesiástica y se ordenó de presbítero en 1624. Entre los años 1622 y 1623 fue auditor de la nunciatura apostólica en Polonia, y en 1627 su hermano mayor renunció en su favor el obispado de Camerino, del que fue titular hasta 1666. En este período se ocupó del gobierno de la diócesis y desempeñó diferentes cargos en los Estados Pontificios. La concesión de la púrpura cardenali-

cia a su hermano (1643) y la eleción de Inocencio X (1644) le abrieron perspectivas más brillantes. En 1644 fue nombrado nuncio en Nápoles y allí permaneció ocho años, resultándole muy difícil guardar el equilibrio entre el virrey, los nobles y el pueblo sublevado. En 1652 se retiró a su obispado, pero Alejandro VII le llamó a la curia, donde fue nombrado secretario de la Congregación de obispos y regulares (1657) y consultor del Santo Oficio. Clemente IX le nombró maestro de cámara y en 1669, poco antes de morir, le concedió el capelo cardenalicio.

En el largo cónclave que se abrió el 20 de diciembre de 1669 para elegir al sucesor de Clemente IX, no menos de seis partidos maniobraban en las salas del Vaticano disputándose la victoria. Los votos casi estaban igualados. Cuando los españoles, unidos a la facción del cardenal Chigi, lanzaron la candidatura de Escipión d'Elce, el embajador francés le puso el veto; y cuando el «escuadrón volante», presidido por Azzolini, se declaró a favor de Vidoni, que había sido nuncio en Polonia, fue el embajador español quien lo excluyó. Sólo cuando los embajadores de Venecia, Francia y España aconsejaron a los suyos elegir a un cardenal de última hora, los votos recayeron, después de cuatro meses de cónclave, en el anciano Emilio Altieri. El cardenal Altieri, que frisaba ya los 80 años, fue elegido papa el 29 de abril de 1670 y tomó el nombre de Clemente X en recuerdo de Clemente IX que cinco meses antes le había hecho cardenal.

El nuevo papa, aunque tenía experiencia en los asuntos curiales y diplomáticos y gozaba de buena salud, recurrió al nepotismo para descargar parte del gobierno. Pero, al no contar con sobrinos, adoptó al cardenal Paluzzi, que empezó a ser conocido como el cardenal Paluzzi-Altieri y se convirtió en el primer ministro del papa; de tal manera que el secretario de Estado tenía que contar con él para todos los asuntos.

La actividad política. Como soberano de los Estados Pontificios, Clemente X se preocupó por mejorar la situación del comercio y de la industria local. Un edicto del 11 de septiembre de 1674, en el que se disponía que todas las mercancías que entrasen en Roma, incluso las dirigidas a los embajadores extranjeros, debían pagar un impuesto del tres por ciento, al igual que los cardenales y el palacio apostólico, produjo un largo conflicto entre el cardenal Altieri y los embajadores de España, Francia, el Imperio y Venecia. Los embajadores se unieron para defender sus privilegios y reclamar la abolición del decreto y, después de un año de discusiones, Clemente X revocó el decreto para evitar males peores.

Las relaciones de Clemente X con Francia fueron conflictivas, sobre todo por la prepotencia con que actuó Luis XIV. Contra las pretensiones del monarca de entrometerse autoritariamente en las disputas jurisdiccionales entre obispos y órdenes religiosas, expidió el papa la bula *Superna magni patrísfamilias* (21 junio 1670), señalando, conforme al Concilio de Trento, la jurisdicción propia de cada uno en lo concerniente a la predicación pública y a la administración de los sacramentos. Más grave fue la crisis que provocó el embajador

francés, el violento duque d'Estrées, cuando el 21 de mayo acusó gravemente al cardenal nepote y echó en cara al pontífice los últimos nombramientos de cardenales. Al dar por terminada la audiencia, el embajador se lanzó sobre el anciano pontífice y le obligó a sentarse. Algunos días después, en la promoción del 27 de mayo, Clemente X creó seis cardenales pero ninguno francés. A partir de aquí, las relaciones con Francia prácticamente se interrumpieron.

En 1672 Luis XIV declaró la guerra a Holanda y presentó la empresa como una guerra santa para el restablecimiento de la religión católica. El papa, en un primer momento, creyó en tal objetivo, pero cuando estuvo mejor informado hizo cuanto estuvo en su mano por preparar unas negociaciones de paz, aunque sólo dos años después de su muerte se consiguió firmar la paz de Nimega (1678).

Con el reino de Portugal regularizó las relaciones diplomáticas, perturbadas y confusas desde la independencia nacional. Un enviado de Lisboa prestó obediencia al papa en 1670 y el nuncio Ravizza, enviado a la corte portuguesa, confirmó, en nombre del pontífice, los nombramientos de obispos hechos durante la guerra de secesión.

Después de la caída de Creta en manos turcas, el sultán dirigió sus fuerzas contra el reino de Polonia, desgarrado por múltiples facciones, con un rey enfermo y enfrentado con la nobleza. En julio de 1672 los turcos atacaron Polonia por el sudeste y el rey polaco firmó una paz humillante. Alarmado el papa, que había sido nuncio en aquel país, publicó un jubileo con indulgencias, mandó subsidios económicos y escribió al emperador Leopoldo y a Carlos XI de Suecia (1657-1705), adjuntándole unas letras de la reina Cristina, pidiendo socorros militares. Mientras tanto, el nuncio apostólico se esforzó por unir a los polacos, alentándolos a luchar contra el enemigo de la cristiandad. Juan Sobieski reunió un buen ejército y el 11 de noviembre de 1673 derrotó a los turcos en Choczim, a orillas de Dniéster. A la muerte del rey, la corona polaca recayó en Sobieski (1674-1696), que en 1675 consiguió otra victoria sobre los turcos.

La vida de la iglesia. Clemente X se preocupó por las misiones y apoyó a los vicarios apostólicos de China y de la India contra las pretensiones portuguesas, celosos de la defensa del patronato de su corona; protegió al jesuíta Antonio Viera, misionero y defensor de los indios del Brasil, declarándolo exento de la Inquisición portuguesa, que intentaba procesarlo, y sometiéndolo a la jurisdicción inmediata de la Inquisición romana. La acción misionera también recibió nuevo impulso en el Québec con la creación de una sede episcopal.

Después de la firma de la «paz clementina» (1669), la controversia jansenista pasó por una fase de relativa tranquilidad. En general, se respetó el silencio oficial impuesto en 1669, aunque no faltaron polémicas a propósito de algunos escritos jansenistas.

En 1671 Clemente X canonizó a san Cayetano di Thiene (1480-1547), fundador de los teatinos; a san Francisco de Borja (1510-1572), general de los jesuítas y biznieto de Alejandro VI, y a santa Rosa de Lima (1586-1617), la primera santa de América. Unos años después beatificó al gran papa de la refor-

ma, san Pío V, y al reformador de los carmelitas, san Juan de la Cruz (1542-1591). Durante el jubileo de 1675, a pesar de su avanzada edad, visitó personalmente las basílicas romanas.

Clemente X terminó la restauración, iniciada por su predecesor, de la basílica de Santa María la Mayor, y acabó de instalar en el puente de Sant'Angelo las diez estatuas de mármol construidas por orden de Clemente IX. También hizo levantar una fuente en plaza Navona, simétrica a la que Maderno había construido durante el pontificado de Paulo V. Murió en Roma el 22 de julio de 1676 y fue sepultado en la basílica de San Pedro.

Inocencio XI (21 septiembre 1676 - 12 agosto 1689)

Personalidad y carrera eclesiástica. Benedicto Odescalchi nació en Como el 19 de mayo de 1611. Miembro de una de las familias nobles más antiguas, estudió en el colegio de los jesuítas de Como. Al morir sus padres, un tío se hizo cargo de su educación, lo llevó a Genova y le encaminó en sus estudios hacia la práctica administrativa. Entre 1626 y 1632 realizó muchos viajes entre Genova y Milán y se familiarizó con el mundo de los negocios. En 1636 fue a Roma con una recomendación del gobernador de Milán para el cardenal español Alfonso de la Cueva que, junto con Francisco Barberini y Juan Bautista Pamphili (luego Inocencio X), le inclinaron hacia el estado eclesiástico. En Roma estudió derecho en la Sapienza y en Nápoles se doctoró en ambos derechos. Estimado por Urbano VIII le nombró protonotario y comisario general de Macerata (1644), e Inocencio X le otorgó la púrpura cardenalicia el 6 de marzo de 1645. En los años siguientes desempeñó diferentes cargos en la curia y una legación a Ferrara (1648) con motivo de la carestía. El 4 de abril de 1650 fue nombrado obispo de Novara y, después de recibir la ordenación sacerdotal y la consagración episcopal, cumplió celosamente con sus obligaciones pastorales, tomando como ejemplo la figura de san Carlos Borromeo. Permaneció en la diócesis hasta marzo de 1656, que volvió a Roma.

En los primeros días de agosto de 1676 se encerraron los cardenales en el cónclave para elegir nuevo papa. Entre los miembros del sacro colegio descollaban Benedicto Odescalchi y Gregorio Barbarigo. Si este último, a quien hoy se venera en los altares, no ciñó la tiara, se debió seguramente a su firme resistencia. A pesar de la inicial oposición francesa, los cardenales dieron su voto a Odescalchi, que fue elegido el 21 de septiembre de 1676 y tomó el nombre de Inocencio XI en agradecimiento al papa Pamphili, que le había elevado al cardenalato. El día 4 de octubre fue coronado y el 8 de noviembre entró en posesión de San Juan de Letrán.

Inocencio XI, de carácter dulce y benévolo, no obstante su rigorismo ascético, era meticuloso hasta la escrupulosidad, exacto cumplidor de su deber, reservado en el trato, ahorrador, contrario al lujo e incansable en las obras de beneficencia para con los pobres, enérgico e independiente en su gobierno. Rechazó cualquier tipo de nepotismo, de ahí que no nombrara cardenal a ninguno de sus sobrinos, sino que confió la Secretaría de Estado al cardenal Cibo.

El galicanismo. Grave era la situación que atravesaba la Iglesia. Había que frenar el absolutismo galicano de Luis XIV, levantar un dique a la marea creciente del Islam y, dentro de la Iglesia, sajar a tiempo las blanduras del laxismo, que empezaba a introducirse en la moral con el rótulo de «probabilismo», y en la espiritualidad con el nombre de «quietismo».

La política eclesiástica de Inocencio XI estuvo dominada por tres problemas fundamentales: las conflictivas relaciones con Francia, la lucha contra los turcos y las nuevas esperanzas para el catolicismo en Inglaterra (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXXII, pp. 30-328). El Rey Sol, Luis XIV de Francia (1661-1715), reclamó para sí el derecho de las regalías, es decir, el derecho que ostentaba la corona desde la Edad Media sobre algunas diócesis, que consistía en administrar los bienes y cobrar las rentas (regalía temporal) y conferir en ellas los beneficios sin cura de almas (regalía espiritual). En 1673 el monarca francés extendió este derecho a todas las diócesis del reino. Sólo dos obispos se opusieron y solicitaron el apoyo del papa Inocencio XI. El pontífice, decidido a no tolerar más injerencias en los asuntos eclesiásticos, envió a Luis XIV tres breves (1678, 1679 y 1680) instándole a que renunciara a la extensión del derecho de regalías, y mostrándose especialmente duro en el tercero. El rey comprendió la gravedad de la situación y quiso asegurarse el apoyo del clero. La asamblea del clero de 1680 manifestó al monarca su pesar por las palabras usadas por el papa y ratificó su fidelidad a la corona. A finales de 1681, Luis XIV reunió una nueva asamblea que reconoció las regalías como un derecho soberano, reduciéndolas a límites menos peligrosos para la Iglesia, y en marzo de 1682 aprobó una declaración redactada por Bossuet (1627-1704) a instancias de Luis XIV. Los cuatro artículos aprobados el 19 de marzo de 1682 sostienen la independencia absoluta del rey de Francia en las cuestiones temporales, la superioridad del concilio sobre el papa, a tenor de los decretos de Constanza, la infalibilidad del papa condicionada al consentimiento del episcopado y la inviolabilidad de las antiguas y venerables costumbres de la Iglesia galicana. Luis XIV impuso en todas las escuelas de teología la enseñanza de los cuatro artículos.

Inocencio XI, antes aun de conocer el tenor de los artículos, mediante el breve *Paternae Charitati* del 19 de abril de 1682, manifestó severamente al clero francés su amargura por la debilidad demostrada por los obispos, que no se habían atrevido a defender los derechos de la Iglesia, refutó sus argumentos y declaró nulas todas las disposiciones sobre la regalía. Con respecto a los cuatro artículos prefirió, incluso después de conocer su contenido, no intervenir directamente, pero negó la institución canónica a los candidatos episcopales que hubieran tomado parte en las reuniones de 1681-1682. Con el fin de no aparecer débil, Luis XIV propuso para el episcopado únicamente a personas que habían aprobado los artículos. El resultado fue que en seis años las sedes vacantes subieron a treinta y cinco.

El conflicto se agravó porque el papa nombró arzobispo de Colonia al candidato imperial frente al que había presentado Luis XIV, y por la abolición del derecho de asilo de las embajadas en Roma en pro del orden público. Mientras

España y Venecia se sometieron a la disposición papal, Francia no quiso aceptarla y el nuevo embajador francés entró en Roma en noviembre de 1687 con franca ostentación de armas y soldados. El papa le consideró excomulgado y no quiso recibirle, y a principios de 1688 hizo saber indirectamente a Luis XIV que tanto él como sus ministros debían considerarse incursos en las censuras eclesiásticas. Luis XIV, en el apogeo de su poder, no se preocupó lo más mínimo; es más, como represalia volvió a ocupar (como ya lo había hecho bajo Alejandro VII) Avignon y el Venaissin y, además, apeló al concilio. Inocencio XI murió sin recoger los frutos de su lucha.

Aunque no eran tiempos de cruzada, desde los primeros días de su pontificado Inocencio XI quiso establecer la concordia entre los príncipes cristianos y unirlos contra el turco invasor. No fue poco que, a pesar de la oposición de Francia, consiguió que el emperador y el rey de Polonia firmasen una alianza contra el turco, al que derrotaron el 12 de septiembre de 1683, obligándole a levantar el cerco de Viena. En 1686 también se reconquistó la ciudad de Buda.

El año 1685 subió al trono inglés Jacobo II (1685-1688), católico ferviente, que en seguida envió una embajada al papa y llamó a los jesuítas. Admirador de Luis XIV, quiso imitar su absolutismo, a pesar de las exhortaciones de Inocencio XI, que le aconsejaba respetar las libertades parlamentarias y tratar con moderación a sus súbditos no católicos. No le hizo caso y la reacción de los anglicanos no se hizo esperar; si no se sublevaron fue porque se esperaba que, a la muerte del monarca, le sucediese una de sus hijas, casadas con príncipes protestantes. Pero en 1686 la segunda mujer de Jacobo II, la católica María de Este, le dio un hijo varón, lo que abrió la perspectiva de una dinastía católica y autoritaria. Los protestantes ingleses ofrecieron entonces el trono a Guillermo de Orange, casado con la hija mayor de Jacobo, y el 5 de noviembre de 1688 desembarcó en Inglaterra sin que le resultara difícil apoderarse de todo el país. Jacobo II tuvo que refugiarse en Francia y la ruina del catolicismo en Inglaterra se consumó para siempre.

La vida de la Iglesia. Por lo que se refiere a la vida interna de la Iglesia, el papa condenó en 1679 sesenta y cinco proposiciones de moral laxista, pero para evitar que de esta condena se hiciera un arma contra los jesuítas, prohibió tres escritos en los que se pretendía demostrar que las referidas proposiciones estaban sacadas de las doctrinas de los miembros de la Compañía. Con esta medida quiso poner fin a la violenta campaña que los jansenistas llevaban a cabo contra los jesuítas en torno a estas materias, a la cual contribuyó en buena medida Pascal con la publicación de *Las provinciales*, dando origen a la leyenda negra del jesuitismo (R. García-Villoslada, *Historia de la Iglesia católica*, IV, Madrid, 1980, pp. 345-77).

Otro tanto ocurrió con el movimiento de espiritualidad que se desarrolló en Italia y Francia en el último tercio del siglo xvii, conocido con el nombre de «quietismo». Su principal representante fue el español Miguel Molinos (1628-1696), que residía en Roma desde 1669 y en 1675 publicó una obra titulada *Guía espiritual*. El «quietismo» consiste en la voluntad de asimilarse totalmen-

te a Dios hasta la identificación, en la pasividad total, en la que desaparece la voluntad del hombre; desdeña la acción y la oración, pues la absorción en Dios hace inútil cualquier intento de vida moral y espiritual, de forma que el hombre puede disfrutar sin esfuerzo la paz en Dios (P. Dudon, *Le quiétiste espagnol Michel Molinos*, París, 1921). En 1685 esta doctrina fue sometida al examen de la Inquisición y, por la bula *Coelestis Pastor* de 19 de noviembre de 1687, Inocencio XI prohibió las obras de Molinos y condenó sesenta y ocho proposiciones sacadas de las mismas. Molinos abjuró de sus errores y fue condenado a encierro perpetuo en un monasterio.

En el orden disciplinar publicó múltiples edictos para exigir la reverencia debida en los templos durante la celebración de los divinos oficios, dispuso que todos los obispos residentes en Roma se trasladasen a sus sedes, fomentó la predicación y la enseñanza del catecismo, ordenó que los obispos no confiriesen órdenes sagradas salvo a los que tuvieran un beneficio congruo o patrimonio y dio nuevas normas sobre la beatificación y canonización. Canonizó a san Pedro Regalado (1390-1456) y beatificó a Toribio de Mogrobejo (1538-1606).

Inocencio XI hizo pocos dispendios en el fomento de las artes, por lo que tampoco mantuvo relaciones especiales con Bernini. El anciano maestro recibió, en cambio, un gran disgusto cuando el papa le ordenó que vistiera a la *Verdad* desnuda de la tumba de Alejandro VII, en la basílica de San Pedro. Su severidad, que recordaba el rigorismo jansenista, le llevó a prohibir las fiestas de carnaval y las representaciones de teatro y ópera, cosa que le atrajo el disgusto de los romanos. Sin embargo, su pontificado fue uno de los más importantes del siglo XVII. Murió Inocencio XI en Roma el 12 de agosto de 1689 y fue enterrado en la basílica de San Pedro.

Alejandro VIII (6 octubre 1689 - 1 febrero 1691)

Pedro Ottoboni nació en Venecia el 22 de abril de 1610. Perteneciente a una familia de la moderna nobleza véneta, estudió derecho en la Universidad de Padua, donde se graduó de doctor en ambos derechos. Abrazó el estado eclesiástico y marchó a Roma, comenzó la carrera curial con el apoyo de Urbano VIII. Ejerció los cargos de refrendatario de las dos Signaturas, gobernador de Terni (1638), Rieti (1640) y Cittá di Castello (1641). En 1643 fue nombrado auditor de la Rota y el 19 de febrero de 1652 Inocencio X le concedió el capelo cardenalicio. El 7 de diciembre de 1654 fue designado obispo de Brescia y permaneció diez años en su diócesis, donde utilizó su experiencia jurídica para corregir algunas desviaciones disciplinares y doctrinales. Vuelto a Roma, Clemente X le nombró datario y Clemente XI secretario del Santo Oficio, lo que le obligó a ocuparse del quietismo y de la cuestión de la extensión de las regalías en Francia.

De los 62 cardenales que integraban el sacro colegio al morir Inocencio XI (1689), no menos de diez estaban ausentes de Roma y no pudieron entrar en el cónclave. Este duró del 23 de agosto al 6 de octubre. Los votos se iban orientando hacia el cardenal Barbarigo, y hubiera sido elegido de no haberlo recha-

zado. El partido de los *zelanti* pensó entonces en Pedro Ottoboni, un patricio veneciano, no enfeudado ni al Imperio ni a Francia y estimado por sus cualidades de afable trato y habilidad para los negocios curiales. Fue elegido el 6 de octubre de 1689 y quiso llamarse Alejandro VIII, y aunque estaba para cumplir los 80 años, gozaba de buena salud. Su coronación, que tuvo lugar el 18 de octubre, fue celebrada popularmente en Roma y Venecia con arcos de triunfo y fuegos artificiales. Diez días después tomó posesión de San Juan de Lctrán.

Alejandro VIII volvió a resucitar el nepotismo. Hizo venir de Venecia a sus parientes para poder honrar y enriquecer a sobrinos y resobrinos. A uno le concedió la rica abadía de Chiaravalle y luego la púrpura cardenalicia con el cargo de vicecanciller, más la legación de Avignon; a otro le concedió la superintendencia de las fortalezas marítimas y de las galeras del Estado. Además, procuró que los Ottoboni emparentaran con ricas y principescas familias romanas.

En la política eclesiástica ocuparon un lugar preferente los problemas heredados con Francia. Alejandro VIII siguió en un principio la línea recta e intransigente de su predecesor, pero luego tanto el rey como el papa se persuadieron que lo mejor para todos era proceder en paz y concordia. Sin embargo no era fácil, dada la ambición de Luis XIV y la obstinación de algunos galicanos. Alejandro VIII deseaba el restablecimiento de la paz religiosa en Francia, donde aumentaba cada día más el número de obispos nombrados por el rey y no confirmados por la Santa Sede a causa de su galicanismo. Por eso se avino a algunas concesiones. Cedió en la confirmación canónica de los obispos, a condición de que se retractasen explícitamente de sus errores, y accedió a nombrar cardenal al obispo de Beauvais, Forbin Janson, enemigo del emperador pero muy estimado de Luis XIV. El rey, por su parte, renunció al derecho de asilo de la embajada romana (cosa que ya habían hecho otros monarcas) y restituyó a la Santa Sede la ciudad de Avignon y el Venaissin, que le había arrebatado anteriormente. A pesar de estas tentativas y deseos de reconciliación, el papa se mantuvo inflexible en los principios, declarando por la bula *ínter multíplices* (4 agosto 1690) inválidos, írritos y nulos los cuatro artículos galicanos y la extensión de los derechos de regalía a todas las iglesias de Francia.

Con el Imperio se mantuvo más distanciado que su predecesor. No concedió ningún capelo cardenalicio a los candidatos imperiales y otorgó menor ayuda financiera al emperador Leopoldo para la guerra contra los turcos, entre otras cosas porque Venecia, patria del papa, veía con desconfianza los triunfos de Austria hacia levante. En cambio, a Venecia la ayudó económica y militarmente contra los turcos y la colmó de privilegios.

En el plano religioso, Alejandro VIII condenó el 7 de diciembre de 1690 treinta y una tesis de los jansenistas lovanienses, relativas al pecado y la gracia, la justificación, la veneración a María, el bautismo y la autoridad del romano pontífice. En 1690 canonizó a su compatriota san Lorenzo Giustiniani (1381-1455) y, también, a san Juan de Capistrano (1386-1456), san Juan de Sahagún (1430-1479), san Juan de Dios (1495-1550) y san Pascual Bailón (1540-1592).

Los romanos quedaron agradecidos a Alejandro VIII, porque les rebajó los impuestos, facilitó las importaciones de víveres y disminuyó su precio. También se preocupó de enriquecer la Biblioteca Vaticana, adquiriendo la biblioteca, rica en manuscritos, de la reina Cristina de Suecia, que murió en 1689. Alejandro VIII falleció en Roma el 1 de febrero de 1691, a los dieciséis meses de pontificado, y fue sepultado en la basílica de San Pedro.

Inocencio XII (12 julio 1691 - 27 septiembre 1700)

Personalidad y carrera eclesiástica. Antonio Pignatelli nació el 13 de marzo de 1615 en el castillo que su padre poseía en Spinazzola, cerca de Bari. Miembro de una de las familias de más rancia aristocracia del reino de Nápoles, su padre era príncipe de Minervino y grande de España. Después de hacer los primeros estudios, pasó al colegio romano de los jesuítas y estudió leyes, licenciándose en ambos derechos. Gracias a las buenas relaciones con influyentes eclesiásticos romanos y, en particular, con Urbano VIII, inició una rápida carrera en la curia: vicelegado de Urbino, inquisidor de Malta y gobernador de Viterbo. Ocupó después las sedes diplomáticas más prestigiosas: nuncio en Florencia (1652), Polonia (1660) y Viena (1668). En 1673 Clemente X le nombró secretario de la Congregación de obispos y regulares, y en 1681 Inocencio XI le creó cardenal presbítero del título de San Pancracio. Designado arzobispo de Nápoles el 30 de septiembre de 1686, Pignatelli se distinguió en la diócesis napolitana por la rectitud de miras, profunda religiosidad y preocupación por los pobres.

De todos los cónclaves del siglo xvii, el más largo fue el de 1691. Duró cinco meses, del 12 de febrero al 12 de julio. Ni los españoles, ni los franceses, ni los imperiales se avinieron a votar por Barbarigo, candidatura de los *zelanti*, aunque todos repetían que nada tenían que objetar contra aquel santo cardenal, que no ambicionaba la tiara. Desde fines de abril, los sufragios se fueron acumulando sobre el nombre de Pignatelli. El calor estival obligó a los conclavistas a acelerar la elección y, contra la resistencia de los franceses, la mayoría de los cardenales optó por Antonio Pignatelli, que fue elegido el 12 de julio de 1691. Escogió el nombre de Inocencio XII en memoria del pontífice que le había hecho cardenal, fue coronado tres días después en San Pedro y no tomó posesión de San Juan de Letrán hasta el día 13 de abril del siguiente año.

El fin del nepotismo y *la actividad política.* Una de las primeras medidas del nuevo papa fue arrancar de cuajo el nepotismo, para lo cual, ejecutando un antiguo deseo de Inocencio XI, expidió la bula *Romanum decet Pontificem* (20 junio 1692), suscrita y jurada por el papa y por los 35 cardenales presentes entonces en Roma, prohibiendo severamente a los papas venideros conceder honores, cargos públicos, pensiones, etc., a sus hermanos, sobrinos y demás parientes, o enriquecerlos a costa de la Iglesia por motivo de parentesco. Así se atajó el excesivo favoritismo de los pontífices y el nepotismo pasó a ser historia. Se suprimió el cargo de cardenal nepote y, en su lugar, se consolidó ya definitivamente el de cardenal secretario de Estado, como responsable de la dirección de los asuntos de Estado.

En el ámbito de las relaciones de política eclesiástica, Inocencio XII trató de mejorar las relaciones con Francia. En 1693 Luis XIV comunicó al papa que había sido revocada la orden de enseñanza de los artículos galicanos. En compensación, el pontífice otorgó finalmente la institución canónica a los candidatos de la sedes vacantes, pero sólo después de que todos y cada uno manifestara en carta dirigida al papa su sentimiento, por lo menos genérico, de lo ocurrido. El decreto sobre las regalías no fue revocado y los cuatro artículos galicanos, como no habían sido condenados, siguieron enseñándose en muchas facultades francesas. Por lo tanto no se puede hablar de un rendimiento sin condiciones por parte de la monarquía francesa, sino únicamente de un compromiso. «Luis XIV no fue a Canosa —comenta Ranke *(Historia de los papas,* p. 557)—, pero hizo hacer este camino a los obispos, sus dóciles instrumentos.» Al emperador Leopoldo le prestó auxilio económico para la guerra contra los turcos, y cuando llegó a Roma la noticia de la victoria de Salankemen (1691) y la conquista de Granvaradino (1692), ordenó que en Roma se celebrase con grandes fiestas populares y funciones litúrgicas. Pero las relaciones entre ambos se nublaron más tarde, porque Leopoldo concedió la investidura de elector del Imperio al protestante Enrique Augusto de Hannover y, sobre todo, por las actitudes absolutistas y poco conciliadoras de los embajadores imperiales en Roma. En cambio, el cardenal Forbin, embajador de Francia, hacía cuanto podía por captarse la benevolencia del pontífice, tanto que Inocencio XII empezó a inclinarse hacia Luis XIV, que también deseaba atraerse la voluntad del papa en el grave negocio de la sucesión a la corona hispánica.

En la sucesión al trono polaco (1696), en un primer momento el papa sostuvo la candidatura del católico francés Conti, pero luego reconoció sin dificultad la elección de Federico Augusto de Sajonia (1697-1733), que era luterano aunque se convirtió al catolicismo en 1697, apoyada por Austria, Rusia y Prusia.

También luchó el pontífice por alcanzar la paz entre Luis XIV y la gran coalición europea. Y aunque en el congreso de paz de Rijswijk (1697) la Santa Sede no estuvo representada oficialmente, el papa celebró su firma y la cláusula que garantizaba el mantenimiento de los derechos de la religión católica en aquellos Estados que en virtud del tratado de paz pasasen a dominio protestante.

Al final del pontificado tuvo que ocuparse también del problema de la sucesión a la corona española. Como el rey Carlos II (1665-1700) pidió consejo al papa, Inocencio XII se pronunció en favor del príncipe elector de Baviera, José Fernando; pero al morir éste repentinamente en 1699, el cardenal Portocarrero haciendo valer, tal vez, la opinión del papa (L. Pastor, *Historia de los papas,* XXXII, pp. 559-60), consiguió que nombrase heredero a Felipe de Anjou.

La vida de la Iglesia. En el ámbito doctrinal tuvo que pronunciarse en la disputa que surgió entre los obispos franceses Fénelon (1651-1715) y Bossuet (1627-1704) sobre ciertas opiniones quietistas (P. Zovato, *La polémica Bossuet-Fénelon*, Padova, 1968). La acalorada controversia literaria, que sobre todo Bossuet desarrolló con cortante agudeza, acabó por ser sometida al dictamen

del papa. Inocencio XII, por el breve *Cum aliae* del 12 de marzo de 1699, condenó 23 proposiciones sobre el amor purísimo de Dios, entresacadas del libro *Explications des máximes des Saints sur la vie intérieure* de Fénelon, arzobispo de Cambrai y defensor de Madame Guyon, promotora de una forma mitigada de quietismo.

Trató de mejorar el funcionamiento de la curia romana, reformando la Penitenciaría y la Dataría; encargó al cardenal Colloredo la visita canónica del clero romano, mandó a los sacerdotes vestir el hábito talar, no llevar peluca y retirarse dos veces al año a hacer ejercicios espirituales; introdujo en Roma, al igual que había hecho antes en Nápoles, un rito de mayor solemnidad para acompañar al Santísimo en el viático; promovió la predicación y concedió la púrpura cardenalicia a personajes insignes, como el dominico Ferrari, el agustino Noris o el benedictino Sfondrati. También se preocupó de las misiones y promovió la acción de la congregación De Propaganda Fide en Persia, China y aun en América.

Inocencio XII reorganizó la administración pontificia, corrigiendo el mecanismo que se practicaba en la adquisición de los cargos; reformó los tribunales de justicia, reuniéndolos en la «curia inocenciana» (palacio de Montecitorio); redujo los gastos de la corte y construyó el puerto de Anzio y a su lado una fortaleza. Habiendo conocido de cerca el pauperismo en Nápoles, trató de afrontar la plaga de indigencia que azotaba a Roma y que constituía un peligro constante para el orden público, destinando el palacio Lateranense para recoger y sostener a los pobres inhábiles para el trabajo. Con la idea de reunir en un hospicio a los niños y jóvenes pobres, procurándoles algún trabajo, levantó un vasto edificio en San Michele in Ripa, que fue ampliado por su sucesor. Con estas actuaciones, Inocencio XII se mostró como uno de los pontífices de la Edad Moderna más abiertos a los problemas sociales.

Murió Inocencio XII en la noche del 26 al 27 de septiembre de 1700, a los 85 años de edad, cuando se estaban celebrando las festividades del Año Santo que él había publicado solemnemente por la bula *Regí saecidorum.* Su cuerpo fue enterrado en la basílica de San Pedro.

Clemente XI (23 noviembre 1700 - 19 marzo 1721)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Francisco Albani nació en Urbino el 3 de julio de 1649 en el seno de una familia noble del pequeño ducado, estrechamente ligada a la Santa Sede. Su abuelo poseía el título de senador romano y su padre era maestro de cámara del cardenal Franciso Barberini. En 1660 se trasladó a Roma para estudiar en el colegio romano, donde mostró un gran interés por las lenguas clásicas. En Urbino completó su formación con la licenciatura en derecho. De retorno a Roma frecuentó las academias, las bibliotecas y, sobre todo, el círculo de Cristina de Suecia. Bajo la protección del poderoso cardenal Barberini inició una rápida carrera curial: refrendatario de las dos Signaturas, gobernador de Rieti, de la Sabina y de Orvieto, y en 1687 secretario de breves. Al mismo tiempo gozó de dos canongías en San Pedro y

en San Lorenzo. El 13 de febrero de 1690 Alejandro VIII le concedió el capelo cardenalicio. El nuevo cardenal fue miembro de diferentes congregaciones romanas y protector de órdenes religiosas. Asesor de varios pontífices, Inocencio XII le encargó la redacción de la célebre bula contra el nepotismo (1692), que tanta irritación causó en el sector más relajado de la curia.

Cuando a fines de septiembre de 1700 agonizaba el anciano papa Pignatelli, ya el rey Luis XIV tenía en Roma bien informados a varios cardenales franceses del modo como debían comportarse en el próximo cónclave, que se preveía de larga duración. Al atardecer del 9 de octubre, se encerró el colegio cardenalicio para deliberar sobre el futuro papa y, desde el primer momento, se vio que el partido más fuerte era el francés. Frente a él se hallaban los hispano-imperiales y, en el centro, los neutrales y el grupo de los zelantes. Los coloquios y manejos políticos se iban prolongando, cuando el 19 de noviembre llegó la noticia de la muerte de Carlos II de España. Ante la preocupación por la sucesión a la monarquía española, los zelantes lanzaron la candidatura del cardenal Albani, aplaudida por todos los partidos menos por los franceses, que al fin aceptaron. La elección pareció unánime, pero Albani se negó a ceñir la tiara. Instado por todos, decidió someter el caso a cuatro eminentes teólogos, que le respondieron que siendo unánime la elección debía aceptar. Aceptó el 23 de noviembre, fiesta de san Clemente, en cuyo honor quiso llamarse Clemente XI. Fue coronado el 8 de diciembre en San Pedro y el 10 de abril del siguiente año tomó posesión de San Juan de Letrán.

El nuevo papa, que sólo tenía 51 años, era un hombre culto y jovial. Dominaba las lenguas clásicas y se distinguía por sus dotes literarias e intelectuales. Su vida era un ejemplo de piedad y austeridad; diariamente celebraba la misa y visitaba las iglesias y hospitales de Roma con frecuencia. En los cargos curiales que había desempeñado había demostrado capacidad política. El único defecto que le achacaban algunos era cierta vacilación en tomar decisiones y lentitud en ejecutarlas, tal vez por desconfianza en sí mismo. Nombró secretario de Estado al cardenal Paolucci, persona competente y experimentada, en cuya fidelidad confiaba plenamente. Con igual acierto repartió otros cargos y oficios curiales y, aunque otorgó la púrpura cardenalicia a su sobrino Aníbal Albani en 1711, después de haberlo probado bien en diferentes misiones diplomáticas, nadie se atrevió a tacharlo de nepotista.

La guerra de Sucesión española. Graves problemas esperaban a Clemente XI y resolverlos a gusto de todos era imposible. Los primeros años de su pontificado estuvieron por completo bajo los nubarrones de la guerra de Sucesión española. Felipe de Anjou, de acuerdo con el testamento de Carlos II, fue coronado el 8 de mayo de 1701 en Madrid como rey de España; pero el emperador rechazó el testamento y alegó que su hijo, el archiduque Carlos, tenía los mismos derechos que Felipe V (1700-1746). Clemente XI se ofreció como intermediario para que no se llegase a la ruptura de las hostilidades y recomendó estricta neutralidad a los duques de Mantua, Módena y Parma. Pero todo fue inútil. Europa se dividió en dos bandos y se generalizó la guerra. En 1702

Felipe V desembarcó en Nápoles y pretendió que el papa, como supremo señor feudal de aquel reino, le otorgase la investidura oficial, cosa que también reclamaba el emperador para su hijo. Clemente XI tuvo que hacer equilibrios para mantenerse neutral, disgustando a unos y a otros.

En 1709 las relaciones de la corte española con Roma se complicaron (R. García-Villoslada, *Historia de la Iglesia católica,* IV, pp. 162-69). Clemente XI, tras vacilaciones y un cúmulo de presiones, parece que se vio forzado por los austríacos, que ocupaban buena parte de Italia, a reconocer al archiduque Carlos «por rey católico de aquella parte de los dominios de España que poseía, sin perjuicio del título ya adquirido y de la posesión de los reinos que gozaba el rey Felipe». Con este reconocimiento de rey católico de las regiones hispanas ocupadas se abría una situación nueva en España. Aunque el papa regateó el envío de un representante, no le quedó más remedio que ser consecuente y mandar un nuncio a Barcelona. España contaba, por tanto, con dos reyes y dos nuncios, uno en Castilla y otro en Cataluña. Felipe V reaccionó como era de esperar: ordenó al embajador español que saliera de Roma y expulsó al nuncio, signo de la ruptura formal de relaciones. El decreto de 22 de abril consumaba la nueva situación. Cerrada la nunciatura, que en España era mucho más que una simple representación diplomática, se hizo realidad momentánea el viejo anhelo regalista de retorno de la disciplina eclesiástica «al estado que tenía en lo antiguo, antes que hubiese en estos reinos nuncio permanente». La situación fue tanto más grave cuanto que se decretó la ruptura de toda comunicación con Roma, la prohibición de cualquier transacción dineraria y la exacción y custodia de los espolios, vacantes y otros efectos que se enviaban a la Cámara apostólica. Como instrumento de garantía y de control se estableció el «pase regio» en su acepción más rigurosa, de tal manera que todo documento procedente de Roma era secuestrado por el gobierno para su censura y «conocer si de su práctica y ejecución puede resultar inconveniente o perjuicio al bien común o al Estado». La ruptura de relaciones con Roma sólo afectó a la España controlada por Felipe V: se paralizaron las dispensas matrimoniales y Clemente XI se negó a confirmar a los obispos nombrados por Felipe V; en cambio, en los territorios controlados por el archiduque se concedían las dispensas y se confirmaba a los obispos que designaba.

La muerte del emperador José I (1705-1711) y el nombramiento de su hermano Carlos (1711-1740), el pretendiente español, como nuevo emperador, precipitó las negociaciones de paz, en las que se marginó casi por completo a los representantes romanos. El legado pontificio sólo encontró una respuesta dilatoria a las demandas del papa, que pedía, entre otras cosas, la ratificación del artículo cuarto del tratado de Ryswick (1697), a fin de que se garantizasen los derechos de los católicos en los territorios cedidos después de 1702 a príncipes protestantes. En el tratado de Rastadt (1714) se reconoció la petición de Clemente XI relativa al tratado de Ryswick, pero se tomaron medidas que no tuvieron en cuenta los derechos de la Santa Sede, como la asignación de Sicilia al duque de Saboya y de Cerdeña al emperador, y sobre todo el reconocimien-

to de una línea general que legitimaba la sucesión de príncipes luteranos en territorios católicos. La alocución pronunciada por el pontífice en el consistorio del 21 de enero de 1715, a la vez que elevaba una enérgica protesta por los tratados, demostraba también la debilidad de la diplomacia vaticana y el triunfo de la razón de Estado.

Finalizada la guerra y reconocido oficialmente Felipe V como rey de España, se buscó la forma de solucionar el contencioso con Roma. Isabel de Farnesio (1692-1767), nueva esposa de Felipe V, y Alberoni (1664-1752), lo facilitaron, y en 1717 se firmó un acuerdo, conocido como concordato, y con todas las previsiones de estabilidad (A. Mercati, *Raccolta dei concordati*, I, pp. 282-85). Pero este «mezquino ajuste» nació tan viciado en su origen (se dice que Alberoni condicionó su logro al capelo cardenalicio) que tuvo escasa fortuna. No costó mucho quebrar tan frágil acuerdo. En febrero de 1718 se volvieron a romper las relaciones por el irredentismo mediterráneo de la corte española. La tensión cedió cuando se registró la caída del mentor de todo, Alberoni (1719), y cedieron, aunque sólo de momento, los planes revisionistas españoles. En septiembre de 1721 se volvió a abrir la nunciatura y el pontífice confirmó las concesiones del ajuste de 1717.

La amenaza turca se renovó en diciembre de 1714 con la declaración de guerra a Venecia. El papa pidió ayuda a los soberanos católicos. Luis XIV, que murió poco después, no quiso romper su amistad con los turcos y el emperador Carlos VI, distraído en otros frentes, estuvo dudando. Los turcos se apoderaron de Morea y finalmente el emperador Carlos, satisfecho por los grandes subsidios concedidos sobre las rentas eclesiásticas y después de recibir garantías de que las posesiones italianas no serían invadidas por España, se decidió a firmar una alianza con Venecia (3 abril 1716), que en seguida dio resultados con la victoria del príncipe Eugenio de Saboya en Petrovardin en Hungría (5 agosto 1716) y el alejamiento de los turcos de Corfú. Siguieron otros pequeños triunfos de las flotas papal y veneciana antes de que el 16 de agosto de 1717 se librara en Belgrado la decisiva batalla, que forzó a los turcos a la paz de Passarowitz (1718), fin y remate de la potencia turca en Europa.

La condena del jansenismo. A comienzos del siglo xviii volvió a reproducirse el conflicto jansenita. La obra *Un caso de conciencia* (1701) replanteó la cuestión de la licitud del silencio obsequioso: ¿se podía absolver a un eclesiástico que aceptase sólo externamente la interpretación que daba la Iglesia a las proposiciones contenidas en el libro de Jansenio? Algunos obispos y cuarenta doctores de la Sorbona contestaron afirmativamente. Clemente XI, a petición de Luis XIV, publicó entonces, en 1705, la bula *Vineam Domini,* ratificando las respuestas de Inocencio X y de Alejandro VIII, que rechazaban como subterfugio la teoría del silencio obsequioso y reivindicaban para la Iglesia el derecho a condenar no sólo las doctrinas, sino a los autores que las defendían. La lucha no cesó. La asamblea del clero francés del mismo año declaró que aceptaba la bula, pero a la vez sostenía que los decretos de Roma tenían valor obligatorio únicamente cuando los reconocían y admitían los obispos. La resistencia se hizo

muy fuerte, sobre todo en Port-Royal, y de nuevo cayó el entredicho sobre el monasterio (1707), hasta que el rey, harto del ruido que producían unas pocas monjas, las sacó de clausura y derribó el monasterio.

Mientras tanto el oratoriano Pascual Quesnel (1634-1719), que en Bruselas había recogido el último aliento de Antonio Arnauld, publicó a finales del siglo XVII una obra sobre los Evangelios titulada *Reflexiones morales,* que a pesar de estar impregnada de ideas jansenistas obtuvo la aprobación del arzobispo de París, Noailles. Clemente X, en 1675, y con mayor solemnidad Clemente XI, en 1708, prohibieron la obra, pero el arzobispo se negó a aceptar el decreto. Entonces la obra volvió a ser sometida en Roma a un examen riguroso, que terminó en una nueva y más solemne condena con la bula *Unigenitus* (1713), que censuraba en bloque más de cien proposiciones extraídas de las *Reflexiones morales.* La bula recogía de modo sistemático los diversos aspectos del jansenismo, condenando de forma definitiva e inequívoca la teoría de la predestinación de Jansenio, el rigorismo de Saint-Cyran y las tendencias reformadoras heterodoxas de todos los epígonos de Port-Royal. Noailles y otros obispos opusieron aún resistencia, alentados por la debilidad de la monarquía durante la regencia de Felipe de Orléans (1715-1723), indiferente y poco amigo de la Iglesia. Cuatro de ellos apelaron contra la bula al futuro concilio y el arzobispo de París, otros obispos, muchos eclesiásticos y ciertos miembros de la universidad parisina, les imitaron en su gesto. Francia quedó dividida entre dos facciones: los «apelantes» y los que aceptaron la bula *Unigenitus.* Ante el peligro inminente de un cisma, Clemente XI, con la bula *Pastoralis officii,* excomulgó en 1718 a los apelantes y confirmó todos los documentos publicados hasta entonces contra el jansenismo. No faltaron intentos de resistencia, pero la muerte de Quesnel (1719) privó al jansenismo de su último jefe y la fuerza de su oposición quedó muy debilitada. El mismo gobierno quiso liquidar por motivos políticos el viejo y engorroso asunto e hizo registrar como ley del Estado la bula *Unigenitus,* estableciendo disposiciones severas contra los recalcitrantes. Diez años después, se plegó por completo Noailles. Así agonizó el jansenismo como movimiento dogmático y moral.

Las misiones y los ritos chinos. En la historia de las misiones actuó Clemente XI con dudoso acierto (F. J. Montalbán, *Historia de la misiones,* Bilbao, 1952). En la controversia que desde principios del siglo xvii dividía a misioneros y aun a teólogos sobre la licitud de los ritos malabares y chinos, aprobados por Gregorio XV, prohibidos por Inocencio X y vueltos a aprobar por Alejandro VIII, llegaron a Roma quejas de una parte y otra que movieron a Clemente XI a tomar una decisión. Para evitar la condena los jesuítas lograron del emperador chino una declaración (preparada en realidad por los mismos padres), según la cual los honores que se tributaban a Confuncio y a los difuntos tenían un carácter meramente civil. Clemente XI no tuvo en cuenta este documento y prohibió en 1704 todos los ritos chinos, aunque, como estaba ya en camino hacia China un enviado suyo, Charles Tournon, no quiso publicar inmediatamente el decreto. Tournon no estuvo a la altura de la misión. En cuanto llegó a la

India condenó los ritos malabares, como resabios de paganismo, y en China hizo lo mismo con los ritos chinos. Esta medida le grangeó la enemistad de los misioneros y le valió el enfrentamiento con el emperador, que se irritó al saber que el papa no había tenido en cuenta su declaración sobre el valor civil de los ritos en litigio. El emperador expulsó a Tournon de Pekín y dio orden de que en adelante sólo se tolerasen las actividades de los misioneros que reconociesen los ritos como lícitos. Tournon, en señal de protesta, condenó en enero de 1707 los ritos y murió poco después en Macao. Clemente XI aprobó lo hecho por su legado y ratificó en 1710 y de nuevo en 1715 solemnemente, con la bula *Ex illa die,* la prohibición de 1704. El emperador, enojado con Roma, expulsó de China a los misioneros, prohibió el culto cristiano y mandó destruir las iglesias católicas. De poco sirvió ya que Clemente XI enviara en 1721 a China otro legado, Mezzabarba, para reconciliarse con el emperador y hacer algunas concesiones a fin de superar las controversias de los misioneros sobre la compatibilidad de los ritos chinos con la religión cristiana.

En Roma y en sus Estados el papa se interesó por la ciencia, la literatura y el arte; enriqueció la Biblioteca Vaticana con preciosos manuscritos orientales e impulsó los trabajos arqueológicos. Clemente XI murió el 19 de marzo de 1721 y fue enterrado en la basílica de San Pedro. A su muerte dejaba una sociedad que se movía fundamentalmente por la razón de Estado y que se abría, por un lado, hacia el laicismo y el regalismo o jurisdicionalismo, y por otro, hacia la tolerancia y el pluralismo confesional.

Inocencio XIII (8 mayo 1721 - 7 marzo 1724)

Miguel Ángel Conti nació en el palacio nobiliario de Poli (Palestrina) el 13 de mayo de 1655. Aunque vino al mundo en la campiña romana, se le consideró un papa romano. Hijo de Cario, duque de Poli, y de Isabel Muti, pertenecía a una de las familias de más rancia alcurnia de Roma, que había dado varios papas, entre ellos Inocencio III. Hizo sus primeros estudios en Ancona junto a su tío, obispo de la ciudad, y los continuó en el colegio romano de los jesuítas. Entró en la carrera curial y fue sucesivamente gobernador de Ascoli, Frosinone y Orvieto (1693). En 1695 fue nombrado nuncio en Suiza y en 1698 en Lisboa. Clemente XI le concedió la púrpura cardenalicia el 7 de junio de 1706 y le promovió al obispado de Osimo, primero, y Viterbo después. Durante unos años se ocupó del gobierno de su diócesis, pero en 1710 volvió a Roma por su delicada salud.

El 31 de marzo de 1721 se encerraron en cónclave los cardenales para elegir al sucesor de Clemente XI. La mayoría de los purpurados habían sido creados por Clemente XI y en los primeros escrutinios el cardenal Paolucci, que había sido secretario de Estado del último pontífice, estuvo a punto de alcanzar los dos tercios de los votos necesarios para la elección. Ante esto el cardenal de Althan se apresuró a hacer público que el emperador ponía el veto a Paolucci. Eliminada esta candidatura, se pasaron casi seis semanas en debates y cabildeos, hasta que el 8 de mayo salió unánimemente proclamado papa el

cardenal Conti, que tomó el nombre de Inocencio XIII en recuerdo del más glorioso de los Conti, Inocencio III. Contaba 66 años de edad y tenía una salud precaria. No cumplió tres años de pontificado y ningún hecho importante lo inmortalizó.

Amante de la paz, trató de mantener buenas relaciones con los gobiernos. Para satisfacer las demandas del emperador Carlos VI (1711-1740), el 9 de junio de 1722, por la bula *Inscrutabili illius,* le concedió la investidura del reino de Nápoles y Sicilia (ésta había pasado a poder de Austria dos años antes, a cambio de Cerdeña). El emperador no quedó satisfecho con esto e hizo valer los privilegios de la *monarchia sicula,* aunque habían sido abrogados por Clemente X. Además, defendió con firmeza sus derechos a los ducados de Parma y Piacenza, como feudos del Imperio, que en 1731 pasarían al infante don Carlos de Borbón. El papa luchó por la recuperación del condado de Comacchio, ocupado por los imperiales en 1708, y que para la Santa Sede se había convertido en el símbolo de la intangibilidad del Estado eclesiástico. Pero las negociaciones fueron muy lentas e Inocencio XIII no llegó a ver la restitución, que se efectuó en 1725.

Las relaciones con España fueron de calma relativa después del arreglo de 1720. El gobierno se preocupó por llevar a la práctica viejos proyectos reformistas, relegados en el concordato de 1717 a una acción posterior. Al fracasar la vía de abordarlos por medio de los clásicos concilios provinciales, el monarca optó por pedir a Roma los debidos decretos reformadores. El poderoso cardenal Belluga fue el protagonista de la realización de los planes reformistas, plasmados en la bula *Apostolicl ministerii,* expedida por Inocencio XIII en 1723 y confirmada por Benedicto XIII al año siguiente. El documento era una llamada a las reformas pendientes después de Trento y las cláusulas más rigurosas de la bula son las que anulan cualquier privilegio local o colectivo que pueda oponerse a lo decretado por el concilio.

Repetidas veces fue acusado Inocencio XIII de simpatizar con los jansenistas y de estar en contra de la bula *Unigénitas.* Aprovechando este rumor, al mes de su elección, siete obispos franceses le enviaron una carta con durísimas críticas hacia la bula de Clemente XI, pidiendo su abolición. Pero el papa entregó la carta a la Inquisición, que la condenó e impuso a sus autores la aceptación pura y simple de la bula clementina.

Inocencio XIII se mostró contrario a la actitud de los misioneros jesuítas de China en pro de los ritos chinos, y ordenó al secretario de la congregación De Propaganda Fide dirigir al general de la Compañía una durísima reprimenda, fundada en las calumniosas informaciones que sus detractores habían enviado a Roma. El general se defendió de las acusaciones diciendo que los misioneros jesuítas se habían ajustado en China a las normas pontificias, obedeciendo las órdenes del papa. Estos eran ya signos de la gran tormenta que descargaría sobre los jesuítas al cabo de pocos decenios.

Inocencio XIII murió en Roma el 7 de marzo de 1724 y fue enterrado en la basílica de San Pedro. Para juzgarle equitativamente —escribe Pastor {*Historia*

de los papas, XXXIV, p. 82)— es preciso tener presente su estado de enfermo crónico y la brevedad de su pontificado.

Benedicto XIII (29 mayo 1724 - 21 febrero 1730)

Personalidad y carrera eclesiástica. Pedro Francisco Orsini nació en Gravina de Puglia (Bari) el 2 de febrero de 1650. Vástago de la noble familia de los Orsini-Gravina, que había dado a la Iglesia dos papas y un buen número de cardenales, a la muerte de su padre, el duque Felipe de Orsini, en cuanto primogénito recibió la investidura del ducado de Gravina. Pero poco después renunció a sus derechos y entró en los frailes dominicos, profesando en el convento romano de Santa Sabina. Estudió filosofía y teología en Nápoles y Bolonia y se ordenó sacerdote (1671). Poco después, ante las presiones familiares, Clemente X le concedió la púrpura cardenalicia (1672) y el 4 de enero de 1673 le nombró prefecto de la Congregación del Concilio y miembro de otras congregaciones romanas. Orsini consiguió librarse de estos encargos burocráticos y dedicarse a una actividad más en consonancia con su concepción religiosa. En 1675 se hizo cargo de la diócesis de Manfredonia, donde permaneció hasta 1680, en que promovió a Cesena. En ambas sedes trató de ser fiel reflejo del modelo episcopal trazado por el Concilio de Trento, haciendo la visita pastoral, celebrando sínodos, restaurando los seminarios, estableciendo instituciones de asistencia social, preocupándose por la disciplina del clero e impulsando la enseñanza del catecismo. En 1686 se trasladó a la complicada diócesis de Benevento y, siguiendo la línea anterior, se ganó el respeto y la admiración. En la curia se miraba con respeto su trabajo pastoral, pero se dudaba de su capacidad para los asuntos políticos y diplomáticos, al permanecer al margen de las diferentes facciones del sacro colegio.

El cónclave que siguió a la muerte de Inocencio XIII fue muy breve (20 a 29 de mayo de 1724). Ante la imposibilidad de sacar adelante la candidatura del candidato imperial (Piazza) o de las cortes borbónicas (Paolucci), los conclavistas se decidieron por el cardenal Orsini, que fue elegido papa el 29 de mayo de 1724. Quiso llamarse Benedicto XIV en memoria de Benedicto XI, dominico como él, pero advertido que el anterior Benedicto XIII (Pedro de Luna) no había sido papa legítimo, tomó el nombre de Benedicto XIII. Fue coronado el 4 de junio y el 24 de septiembre tomó posesión de San Juan de Letrán.

El nuevo papa quiso gobernar la Iglesia como un pastor de almas, que es lo que trató siempre de ser, dando más importancia a la religión que a la política. Por eso, su actuación dejó perplejos a los contemporáneos y los juicios que luego se han emitido sobre su pontificado suelen ser críticos y negativos.

El gobierno de la Iglesia y la política eclesiástica. En el gobierno de la Iglesia quiso rodearse de personas de su confianza y trajo muchos colaboradores de su diócesis, que no tardaron en aprovecharse de la situación, como hizo el secretario Nicolás Coscia, que ejerció sobre él una influencia nefasta. A pesar de la oposición de los cardenales, Benedicto **XIII** lo incorporó al sacro colegio y le confirió una posición similar a la que antes ocupaba el cardenal nepote. Cos-

cia abusó descaradamente de la confianza del papa y llegó a ser detestado por todos; pero él administraba en su favor las finanzas pontificias, colocaba a sus amigos en los puestos de importancia y ejercía un maléfico influjo incluso en la Secretaría de Estado, que dirigía el experimentado cardenal Paolucci. Con tal de atesorar más y más, no tenía inconveniente en defraudar a la Cámara apostólica y dejarse sobornar por los gobiernos extranjeros. En vano se intentó abrir los ojos al papa con hechos y dichos; al bueno del pontífice le parecían calumnias. Hubo que esperar al pontificado siguiente para que la fuerza de la justicia cayera sobre la cabeza del indigno cardenal.

En el plano de la política eclesiástica, la actuación de Benedicto XIII ha sido juzgada de forma negativa por las excesivas concesiones que hizo a los monarcas. El concordato que firmó con Víctor Amadeo II de Saboya (1685-1730), rey de Cerdeña, en 1727, a costa de muchas concesiones jurisdiccionales (le concedió el derecho de presentación de todas las iglesias, catedrales, abadías y prioratos), fue duramente criticado por sus detractores. Pero quizá no se valoró suficientemente que muchas sedes de Cerdeña y del Piamonte estaban privadas de pastor y el papa trató de crear unas condiciones que normalizaran la vida eclesial.

Más grave fue, a juicio de García-Villoslada {*Historia de la Iglesia católica*, IV, p. 102), el negocio de la *monarchia sicula.* Siendo cardenal el papa había firmado la bula de Clemente XI suprimiendo la supuesta legación apostólica del rey de Sicilia. Sin embargo, ahora, después de muchas propuestas y contrapropuestas de Viena y Roma, se llegó a la redacción de la bula *Fideli ac prudenti* (3 agosto 1728), en la que no se abrogaba expresamente la constitución de Clemente XI, pero se concedían al emperador tales privilegios que podían darse por satisfechos los defensores de la *monarchia sicula,* pues se afirmaba que «todas las causas pertinentes al foro eclesiástico, a excepción de las más importantes, no sean examinadas en otra parte que en Sicilia, y pueda el emperador señalar y delegar un juez supremo que decida en cada caso con autoridad eclesiástica». En contrapartida el papa consiguió que por fin el emperador restituyera a la Santa Sede el condado de Comacchio (1725).

Benedicto XIII cuidó mucho más su función pastoral y religiosa. Para celebrar con el mayor esplendor posible el jubileo de 1725, el papa lo preparó con diligencia y quiso participar personalmente en la visita de las cuatro basílicas romanas. La ciudad de Roma pudo mostrar a los peregrinos la incomparable escalinata que desde la plaza de España se había construido hasta la iglesia de la Trinitá dei Monti. Además, para realzar la dimensión religiosa del año santo, convocó un concilio provincial en San Juan de Letrán, al que acudieron 78 obispos, que él mismo inauguró y propuso como modelo a imitar por los obispos en sus diócesis a fin de llevar a cabo la reforma eclesiástica.

Para la mejor formación de los clérigos fomentó la fundación o el buen funcionamiento de los seminarios tridentinos. Prestó su ayuda a las órdenes religiosas, favoreciendo particularmente a los dominicos y a los jesuítas. Devoto como era del culto a los santos, canonizó a santo Toribio de Mogrovejo (1538-

1606), arzobispo de Lima; san Juan de la Cruz (1542-1591), reformador del Carmelo; san Luis Gonzaga (1568-1591), san Estanislao de Kostka (1550-1568), etc.

El anciano pontífice disfrutó de buena salud hasta principios de 1730, en que cumplió 82 años, luego le aquejaron unas fiebres y, en pocos días, se lo llevaron. Murió en Roma el 21 de febrero de 1730 y fue enterrado en la iglesia de Santa María sopra Minerva. Los historiadores no le han dedicado mucha atención. Todos coinciden en afirmar que el suyo fue un pontificado religioso, y Pastor *(Historia de los papas,* XXXIV, pp. 255-56) añade: «Fue uno de los papas más devotos y humildes, pero no basta ser un óptimo fraile para ser también un excelente papa.»

Clemente XII (12 julio 1730 - 8 febrero 1740)

Personalidad y carrera eclesiástica. Lorenzo Corsini nació en Florencia el 7 de abril de 1652. Miembro de una rica familia de mercaderes y banqueros establecida en Florencia desde el medievo, era hijo de Bartolomé Corsini e Isabel Strozzi. Después de estudiar con los jesuítas en Florencia, marchó a Roma para completar sus estudios en el colegio romano. Cuando su tío, el cardenal Neri, fue nombrado obispo de Arezzo en 1672, Lorenzo dejó Roma y se trasladó a Pisa, donde obtuvo el doctorado en ambos derechos. Muerto su tío en 1677, permaneció en Florencia hasta la muerte de su padre en 1685. Luego volvió a Roma y desarrolló una rápida carrera eclesiástica en la curia.

Después de comprar los cargos de regente de la Cancillería (1686) y clérigo de la Cámara apostólica (1689), fue nombrado por Alejandro VIII prefecto de la Signatura de gracia (8 febrero 1690), arzobispo titular de Nicomedia el 10 de abril y nuncio apostólico en Viena el 1 de julio. Al ser rechazado por la corte imperial, continuó en Roma. En 1695 fue designado tesorero y colector general de la Cámara apostólica y, a excepción de la breve misión que desempeñó en el verano de 1704 en Ferrara para solucionar unas divergencias con el Imperio, estuvo al frente de la administración financiera de la Santa Sede hasta 1707 y aplicó una política netamente mercantilista.

Creado cardenal presbítero del título de Santa Sabina el 17 de mayo de 1706 por Clemente XI, fue miembro de diferentes congregaciones. En 1710 fue designado camarlengo del sacro colegio y en 1725 cardenal obispo de Frascati. Formó la célebre biblioteca Corsini, que puso a disposición de los eruditos en el palacio Pamphili de la plaza Navona, donde habitó desde 1713, y desplegó un espléndido mecenazgo.

El cónclave que se abrió a la muerte de Benedicto XIII (1730) duró cinco meses largos, desde el 6 de marzo hasta el 12 de julio. A punto estuvo de ceñir la tiara el cardenal Imperiali, candidato de los zelantes, pero el cardenal Bentivoglio, en nombre de España (a quien luego se adhirió Francia) le puso el veto. Como ningún partido era bastante poderoso para imponer su candidatura, las negociaciones se prolongaron tanto que varios cardenales murieron y otros enfermaron gravemente. Los comienzos del calor y la actitud del cardenal Alvaro Cienfuegos, que se adhirió con todos los imperiales a los electores del car-

denal Corsini, provocó la precipitada elección de este último el 12 de julio de 1730. Escogió el nombre de Clemente XII en memoria de Clemente XI, que le había nombrado cardenal, y unos días después se ciñó con gran solemnidad la tiara, mientras que la toma de posesión de San Juan de Letrán la retrasó hasta el 19 de noviembre.

A pesar de que el nuevo papa contaba 78 años de edad, su viveza intelectual se conservaba fresca; solamente la gota, acompañada de fiebre, empezó pronto a atormentarle las manos y los pies; su vista era débil y a los dos años de pontificado quedó completamente ciego, por lo que había que guiarle la mano para que pudiera firmar los documentos. Aunque siguió ocupándose intensamente de los asuntos de gobierno, su salud era cada vez peor y su sobrino Neri Corsini, creado cardenal el 14 de agosto de 1730, tuvo que desempeñar un papel preponderante, aunque demostró más interés por las artes y las letras que por la política.

El gobierno de la Iglesia. Una de las primeras medidas que tomó Clemente XII fue reparar los daños del pontificado anterior. Encontró las finanzas arruinadas y nombró una comisión que tratase de sanearlas, y como pronto se descubrieron los abusos y la mala administración del cardenal Coscia se le llamó a Roma, pero él escapó a Nápoles y se puso bajo la protección del emperador, lo que indignó al papa, que le privó de todos sus privilegios y le secuestró las rentas de sus beneficios. Ante la amenaza de excomunión, volvió a Roma y, después de un largo proceso, en 1733 le condenaron a diez años de prisión en el castillo de Sant'Angelo.

También encomendó el papa a una congregación de cardenales la revisión del concordato firmado con el rey de Cerdeña en 1727, al descubrir que los negociadores pontificios se habían dejado sobornar para hacer mayores concesiones al rey. Se comunicó al rey que las graves irregularidades que se habían cometido en la negociación del concordato lo hacían inválido, pero ni el monarca ni su ministro Ormea, principal autor del concordato, quisieron escuchar al papa, y las relaciones entre Roma y Turín se hicieron difíciles, aunque se suavizaron un poco en 1736, cuando el ministro sardo mandó arrestar al mayor enemigo de Roma en Italia, el escritor napolitano Giannone, desterrado de Nápoles y ex

En el terreno de la política eclesial, Clemente XII estuvo aún más expuesto que sus predecesores a los ataques contra el Estado pontificio por parte de los gobiernos, que postergaron los derechos de la Santa Sede y las inmunidades eclesiásticas. A la muerte del duque de Parma, Antonio Farnese (1731), el papa decretó el retorno de Parma y Piacenza al dominio de la Santa Sede, pero ocupados por las tropas del infante español Carlos de Borbón, permanecieron en su poder hasta 1735 que pasaron a los austríacos. El destino de los ducados fue decidido por las potencias europeas sin tener en cuenta los derechos y las protestas pontificias. Lo mismo ocurrió cuando el infante Carlos, aprovechando la guerra de sucesión polaca (1733-1735), conquistó en 1734 el reino de Nápoles y en la paz de Viena (1735) se le confirmó la posesión del reino de las Dos Si-

cilias sin tener en cuenta los derechos del papa, que además se veía obligado a ceder Parma y Piacenza al emperador.

Las relaciones del papado con España se deterioraron por la política italiana de Felipe V en favor de su hijo Carlos. El trasiego de tropas españolas por el Estado pontificio, los reclutamientos de soldados y la negativa del papa a conceder la investidura del reino de Nápoles a Carlos de Borbón, desembocaron en una nueva ruptura de las relaciones diplomáticas entre Roma y Madrid en 1736. La ruptura —y la práctica ocupación de Roma por fuerzas españolas— fue el medio que aprovechó Madrid para forzar un convenio ventajoso. En el forcejeo se desató el furor regalista, alentado por el ministro Patino (1666-1736) y el obispo Gaspar Molina, presidente del Consejo de Castilla. Las negociaciones acabaron con la firma de un concordato el 26 de septiembre de 1737 (A. Mercati, *Raccolta del concordad,* I, pp. 321-27), que no satisfizo a ninguna de las partes. En Roma lo consideraron gravoso y en España disgutó a gran parte del clero y no agradó a los regalistas del Consejo. No resolvió ninguna de las grandes cuestiones sobre reservas, dispensas, espolios, pensiones y coadjutorías, y la controversia sobre el derecho de patronato real quedó aplazada. El concordato de 1737 sólo sirvió para restablecer las relaciones, conceder la investidura de Nápoles a Carlos de Borbón e imponer un crecido subsidio sobre las rentas del clero.

Clemente XII tuvo que hacer frente a las primeras escaramuzas del jurisdicionalismo, reforzó la posición de la Iglesia contra los jansenistas y, siguiendo el ejemplo de algunos príncipes, condenó la masonería con la bula *In eminentí* (28 abril 1738), prohibiendo a todos sus súbditos pertenecer a ella o asistir a sus conventículos bajo pena de excomunión.

A pesar de los apuros financieros del Estado de la Iglesia, el papa desarrolló un importante mecenazgo. Mandó construir en la cima del Quirinal el palacio de la Consulta, como sede del tribunal pontificio, y encargó a Nicolás Salvi la Fontana di Trevi, que no se terminará hasta 1762; hizo reestructurar el pórtico de Santa María la Mayor y levantó la imponente fachada de San Juan de Letrán, según el proyecto del arquitecto Galilei. En esta basílica construyó una capilla familiar en honor de san Andrés Corsini, en la que hoy se puede contemplar su sepulcro. Interesado por la cultura, enriqueció la Biblioteca Vaticana y encargó de la misma al sabio cardenal Quirini; en el Capitolio instaló el primer museo de escultura y antigüedades europeas y lo abrió al público. Murió Clemente XII el 6 de febrero de 1740, a los 87 años de edad, y fue sepultado en su capilla de San Juan de Letrán.

Benedicto XIV (17 julio 1740 - 3 mayo 1758)

Personalidad y carrera eclesiástica. Próspero Lambertini nació en Bolonia el 3 de marzo de 1675. Miembro de una antigua familia venida a menos, recibió una buena educación. A los trece años fue enviado a Roma para seguir su formación en el Colegio Clementino y luego pasó a la Sapienza para estudiar derecho y teología, consiguiendo el grado de doctor en ambas disciplinas

(1694). Amante de las letras, Lambertini se convirtió en un prestigioso canonista y en un buen conocedor de la historia de la Iglesia y de la literatura humanista, sin olvidar las ciencias positivas y prácticas que la corriente ilustrada trataba de difundir.

Para abrirse camino en la carrera curial entró de pasante en el despacho del auditor de la Rota de Bolonia. En 1701 fue nombrado abogado consistorial y en 1708 promotor de la fe. En este oficio se especializó en los métodos y normas de la canonización de los santos, que más tarde expondría en su clásica obra *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione* (Bolonia, 1734-1738), que fue muchas veces editada y constituye una monumental sistematización histórico-crítica de la praxis de la Congregación de Ritos. En 1712 Clemente XI le concedió un canonicato en San Pedro, al siguiente le nombró consultor del Santo Oficio y en 1720 secretario de la Congregación del Concilio. Obispo titular de Teodosia a partir de 1725, Benedicto XIII le nombró arzobispo de Ancona el 26 de enero de 1727 y, un año después, le concedió la púrpura cardenalicia (30 abril 1728); en mayo de 1731 Clemente XI le promovió a la sede arzobispal de su ciudad. En Bolonia preparó y dio a la imprenta algunas de sus principales obras: la ya citada *De servorum* y *De synodo dioecesana libri tredecim* (editada en Roma en 1748), que expresa la exigencia típica de la primera mitad del siglo xviii del relanzamicnto de la tradición sinodal tridentina. Otros escritos, como la *Raccolta* (1733-1740) de las cartas pastorales y de los edictos para el gobierno de la diócesis, reflejan las nuevas preocupaciones pastorales de Lambertini en Bolonia, que en algunos aspectos quedaron reflejadas en sus dos tratados litúrgico-devocionales sobre las fiestas del Señor y de la Virgen, y de la misa.

El cardenal Lambertini tenía fama de buen canonista y estaba bien considerado en el colegio cardenalicio, pero en el cónclave que se inició el 19 de febrero de 1740 no aparecía entre los papables. Sólo después de seis meses de negociaciones se impuso su candidatura. A la muerte de Clemente XII (1740), siguió el cónclave más largo de los últimos siglos por las diferencias entre las distintas facciones. Los franceses estaban unidos con los austríacos; los españoles con los napolitanos, toscanos y sardos; Neri Corsini acaudillaba a los cardenales que había nombrado su tío Clemente XII, mientras que Aníbal Albani dirigía a los creados por Clemente XI. Además, se dibujaban dos corrientes en el cónclave: la de aquellos que deseaban un papa intransigente y firme en la defensa de los derechos de la Iglesia (los *zelanti)*, y la de los que abogaban por un papa más conciliador. Los escrutinios se repitieron sin ningún resultado hasta mediados de agosto, en que se lanzó la candidatura de Lambertini, bien conocido por su preparación jurídica, por su espíritu conciliador y por la integridad de sus costumbres. Todas las corrientes se polarizaron en él, y en la mañana del 17 de agosto fue elegido papa por unanimidad, siendo así que en el escrutinio precedente no había tenido ni un solo voto. Tomó el nombre de Benedicto XIV, en recuerdo de Benedicto XIII que le había creado cardenal, y el 21 del mismo mes fue coronado con la tiara pontificia.

El nuevo papa tenía fama de sabio y estudioso, pero también de alegre conversador, ingenioso dicharachero, fácil a la ironía y aun al sarcasmo. Le gustaba seguir siempre una vía media, prudencial, tan lejos de los rígidos como de los extremadamente tolerantes. En una de sus encíclicas sobre el préstamo a interés, aconseja a moralistas y teólogos no confiar en su propia sabiduría, sino dudar de sí mismos, «absteniéndose de los extremos, que siempre son viciosos»; por tanto, ni sean demasiado severos ni demasiado indulgentes. Fue un ilustrado católico que estuvo en contra de los conservadores, que se negaban a cualquier innovación por miedo a la herejía, y defendió el progreso y aceptó los avances de la ciencia que fuesen compatibles con la fe. Por eso, procuró tener buenas relaciones con los hombres de letras y con los políticos. Espíritu tolerante, Benedicto XIV trató de insuflar nueva vitalidad a las instituciones eclesiásticas, recuperar posiciones perdidas y crear nuevas posibilidades de encuentro entre el catolicismo y la sociedad. La correspondencia epistolar que mantuvo con el cardenal Tencin *(Lettere di Benedetto XIV,* Roma, 1984) es una de las fuentes más importante para conocer la psicología del pontífice y muchos momentos de su pontificado.

La política conciliadora. Para llevar a cabo su programa de renovación, Benedicto XIV supo burlar con gran habilidad las resistencias del sacro colegio y de algunos cardenales influyentes, y también la sorda oposición de las congregaciones. Además, se rodeó de excelentes colaboradores, como el secretario de Estado Silvio Valenti Gonzaga y el prodatario Aldobrandi, entre otros, que fueron los artífices de la política concordataria que, en opinión de Bertone *(II governo della Chiesa nel pensiero di Benedetto XIV,* Roma, 1977), representa desde el punto de vista político uno de los aspectos más sobresalientes del pontificado de Benedicto XIV.

En los años anteriores se habían firmado ya algunos concordatos con Estados italianos y europeos (con el reino de Cerdeña en 1727, con Portugal el 1736 y con España en 1737), pero el primero había sido denunciado por Roma (1731) y los otros no habían afrontado todos los problemas pendientes. La política concordataria de Benedicto XIV tuvo un matiz nuevo, porque dio preeminencia a los aspectos religiosos frente a los intereses eclesiástico-institucionales, tuvo en cuenta el proceso histórico que se estaba abriendo en la sociedad europea y pretendió hacer salir a la Iglesia de un aislamiento estéril y peligroso. Con estos presupuestos, consiguió firmar con bastante rapidez un nuevo acuerdo con el reino de Cerdeña (5 enero 1741), gracias a la intervención del papa ante el monarca y su ministro marqués de Ormea. Más difíciles resultaron las negociaciones con el reino de Nápoles por las rígidas posiciones jurisdiccionalistas napolitanas, pero las concesiones y el interés del papa hicieron posible la firma del concordato en el mismo año (2 junio 1741). Roma hacía importantes concesiones acerca de la inmunidad personal, real y local, y se creaba un tribunal mixto de eclesiásticos y seglares, que autorizaba a los laicos para ejercer la jurisdicción eclesiástica. En 1745 se ratificó el anterior concordato firmado con Portugal, añadiendo nuevas concesiones en materia benefi-

cial. Mayor trascendencia que los anteriores convenios tuvo el concordato que se concluyó con España en 1753 por las consecuencias que acarreó a las finanzas pontificias. Las negociaciones, que se prolongaron durante trece años, llegaron a buen puerto por el deseo de Benedicto XIV de zanjar tantas disputas amargas con la corte española. El 11 de febrero de 1753 se firmó el acuerdo y nueve días después se publicó el documento definitivo (A. Mercati, *Raccolta dei concordan,* I, pp. 422-37), cuidado personalmente por el papa, que se encargó de ratificarlo por bulas y breves posteriores para cortar aplicaciones e interpretaciones torcidas por el nuncio y por la curia. El acuerdo concedía al monarca el derecho de presentación de todos los beneficios seculares y regulares, a excepción de 52 beneficios no consistoriales que se reservaba la Santa Sede. Sánchez Lamadrid *(El concordato español de 1753,* Jerez de la Frontera, 1937) afirma que el número de beneficios que pasaron a la libre disposición del rey superaba los 50.000. Quedaban abolidos también los espolios, las pensiones sobre los frutos de los beneficios y las vacantes. España indemnizó a la curia romana por los derechos y emolumentos que perdía con 1.143.333 escudos romanos, sin contar los 95.000 con que recompensó al cardenal Valenti, los 36.000 para el papa y los 13.000 para el prodatario. El último concordato estipulado por Benedicto XIV fue con la Lombardía austríaca (1757), y con él se hizo una regulación de la tasación de los beneficios eclesiásticos en función del Catastro de María Teresa.

La política conciliadora que Benedicto XIV quiso mantener con los Estados y sus soberanos no siempre fue posible por los problemas de política internacional. En la guerra de Sucesión austríaca (1740-1748) que siguió a la muerte del emperador Carlos VI, la política pontificia se mostró vacilante y contradictoria, subordinada al juego político-diplomático de las potencias, en función del papel secundario y pasivo que el papado había asumido en el esquema político europeo después de Westfalia. Benedicto XIV cometió un primer error, por lo menos de tiempo, al apresurarse a reconocer el derecho hereditario de María Teresa al trono imperial (1740), a pesar de la oposición francesa y española, y los consejos del secretario de Estado. Poco después, ante la marcha de los acontecimientos y con el deseo de un rápido fin del conflicto, aceptó la nueva situación de hecho y reconoció la elección imperial de Carlos Alberto de Baviera (1742), que disputaba el derecho a María Teresa. A pesar de la neutralidad del Estado pontificio, su territorio fue violado una y otra vez por los austríacos y españoles, y las llamadas de Benedicto XIV a la paz no se escucharon por la dura reacción de María Teresa ante la «traición» del papa. Improvisadamente, la difícil situación se desbloqueó con la muerte de Carlos VII (1745). El papa pudo asumir una neutralidad más convincente, aunque mostrándose cada vez más cercano a Austria, reconociendo formalmente a Francisco de Lorena, esposo de María Teresa, como nuevo emperador el 25 de noviembre de 1746. Las relaciones con Viena fueron normalizándose lentamente, y en 1751 Benedicto XIV, después de largas negociaciones, se prestó a suprimir el milenario patriarcado de Aquileia y crear dos arzobispados en Goricia y Udine, para solu-

cionar la difícil situación pastoral del territorio, dividido entre la jurisdicción austríaca y la veneciana. La solución, querida por Viena, acentuó el tradicional anticurialismo veneciano, pero produjo un acercamiento entre Benedicto XIV y los Habsburgo-Lorena. El concordato de 1757 con la Lombardía, antes mencionado, concluyó esta etapa filoaustríaca de la política del papa Lambertini.

La guerra de Sucesión austríaca creó nuevos problemas a la política pontificia en Alemania con la ocupación de la católica Silesia por Federico II (1740-1786) y su incorporación al reino de Prusia, pues Federico II trató de integrar inmediatamente (1742) la jurisdicción eclesiástica católica dentro de la estructura jurídica y administrativa estatal. Las negociaciones para solucionar el problema dieron ocasión a un hecho absolutamente nuevo en la historia de las relaciones entre el papado y los príncipes protestantes. Por primera vez, desde la Reforma, representantes de un soberano protestante condujeron las negociaciones directamente con Roma. Los negociadores prepararon el terreno para establecer un *modus vivendi* dentro del marco político-eclesiástico que se había creado en Alemania después de Westfalia; luego, el pragmatismo de Federico II y la flexibilidad de Benedicto XIV hicieron posible el acuerdo general de 1748 sobre la legislación matrimonial y la materia beneficial.

El realismo político de Benedicto XIV y su capacidad negociadora consagraron en toda Europa la fama de un pontífice sabio y tolerante. Una fama que también se difundió en la Inglaterra anglicana, radicalmente antipapista, y entre los ilustrados europeos. En 1745 Voltaire (1694-1778) le dedicó su tragedia *Mahomet ou le fanatisme* y Benedicto XIV le respondió, presionado por los cardenales Passionei y Quirini que mantenían correspondencia con Voltaire, acusando recibo de «la bellísima tragedia que hemos leído con sumo placer». Pero el breve idilio con la Ilustración se rompió al poco de nacer; era demasiado grande la distancia entre la mentalidad abierta del papa y la ideología de la nueva cultura. Benedicto XIV confirmó la condena de la masonería con la bula *Providas romanorum* (18 marzo 1751), renovando la que había hecho Clemente XII en 1738, e incluyó en el índice de libros prohibidos, después de largas discusiones, el *Esprit des lois* de Montesquieu (1752). La publicación de la *Enciclopedia*, iniciada en 1751, muestra de forma simbólica la conducta de la Iglesia en su relación con el mundo ilustrado. Cuando la obra se puso en marcha, encontramos entre sus suscriptores a personas de probada ortodoxia, como Bernabé Chiaramonti, futuro Pío VII, y entre sus colaboradores hay algunos eclesiásticos. Hasta 1759 la obra lleva el *nihil obstat* de la Sorbona, lo que indica que durante mucho tiempo no hubo hostilidad abierta. Después el clima cambió y comenzaron los primeros recelos. En 1758 murió Benedicto XIV y en el pontificado de Clemente XIII antes de que quedase concluida la obra fue puesta en el índice. La ruptura total se había producido. La celebrada tolerancia de Benedicto XIV tenía unos límites muy precisos, que algunos historiadores quisieron olvidar al contraponer su figura a la de sus inmediatos sucesores.

La vida interna de la Iglesia. Ante el matiz anticatólico que el movimiento ilustrado iba mostrando en algunos países, el papa pidió que se hiciera un

frente compacto entre los católicos, desterrando las polémicas entre las distintas escuelas teológicas y las divisiones que debilitaban al mundo católico. «Sería ya tiempo —dice a Tencin— de que terminen estas disputas y que los teólogos católicos escribiesen contra los materialistas, los ateos y los deístas, que amenazan los fundamentos de nuestra santa religión.» Benedicto XIV siempre trató de que las discusiones doctrinales se desarrollasen en un clima de libertad; pero la tolerancia del papa no pudo impedir que las polémicas, sobre todo entre dominicos y jesuítas, alcanzasen momentos durísimos. La actitud moderada y conciliadora de Benedicto XIV para atraer a los jansenistas, a fin de que aceptasen la bula *Unigénitas* de Clemente XI, sirvió para que le tacharan de simpatizante de los jansenistas, contribuyendo al reforzamiento de la corriente filojansenista o antijesuítica, no identificada necesariamente con las posiciones jansenistas en el campo teológico, que se desarrolló en Italia y posteriormente en España (E. Appolis, *Entre jansénistes et zelanti,* París, 1960). El movimiento jansenista italiano perdió o atenuó su carácter dogmático y acentuó la tendencia práctica, antijesuítica y anticurial, que acudió muchas veces a la ayuda de las autoridades civiles para reformar los abusos practicados por la curia o por ella tolerados: excesivo número de eclesiásticos, riqueza de la Iglesia, prácticas externas cercanas a la superstición, proliferación de cofradías y reliquias, etc. Los centros más importantes del movimiento fueron Pavía (donde enseñó largo tiempo Tamburini), Roma (donde no faltaban prelados de la curia imbuidos de espíritu antirromano y hasta cardenales, como Passionei, prefecto de la Congregación del índice) y Nápoles, donde el jansenismo adoptó un matiz jurisdiccionalista.

Benedicto XIV no simpatizaba con los jesuítas, a excepción de algunos verdaderamente doctos, como el humanista Azevedo y el científico Boscowich (1711-1787), pero tampoco era hostil. Ponderó la ingente labor de los bolandistas en su *Acta Sanctorum* y los alentó a llevar adelante la monumental obra. Y lo que parece más extraño en un papa «tolerante» es que no entendiera la conducta de los misioneros jesuítas y condenase los ritos chinos por la bula *Ex quo singulari* (11 julio 1742) y los malabares por la *Omnium sollicitudinum* (12 septiembre 1744), dejándose impresionar por los rumores que esparcían algunos religiosos que venían de Oriente contra los jesuítas. Una de las medidas que más daño hizo a los jesuítas fue la que tomó Benedicto XIV poco antes de morir, al encomendar al cardenal Saldanha, arzobispo de Lisboa, la visita y examen de los jesuítas portugueses (1 abril 1758), cediendo a las presiones del ministro Pombal.

Preocupado porque la censura de libros fuera más racional y justa, reformó la congregación con la constitución *Sollicita ac provida* de 9 de julio de 1753, estableciendo el nuevo procedimiento que se debía seguir en la elaboración del *Index,* admitiendo la defensa del autor de la obra sometida al examen del índice. El 23 de diciembre de 1757 se publicó, siguiendo en la misma línea, la nueva edición del *índice de libros prohibidos,* que estará en vigor hasta el pontificado de León XIII, y en el que ya no se incluyeron los escritos en defensa del

sistema copernicano y, por tanto, los de Galileo, en base a los nuevos estudios físico-astronómicos y por la intervención del jesuíta Boscowich.

Como pastor de la Iglesia exhortó a los obispos a la visita pastoral de la diócesis, la vista *ad limina* y la vigilancia del clero, a fin de que los sacerdotes edificasen al pueblo con la pureza de costumbres. Confirmó las congregaciones religiosas de los pasionistas de san Pablo de la Cruz (1694-1773) y de los redentoristas de san Alfonso María de Ligorio (1696-1787). En 1642 Urbano VIII había reducido las fiestas de precepto a 36, además de los domingos, pero en el siglo de las luces parecían excesivas, y el Concilio de Tarragona de 1727 pidió a Roma la reducción de su número, que es lo que hizo Benedicto XIV en 1742. El extraordinario conocimiento que tenía del derecho canónico le capacitó para desplegar una increíble actividad legislativa, cuya huella puede seguirse en los cuatro tomos del *Bullarium romanum.*

Como soberano «ilustrado» del Estado pontificio se preocupó del bien de sus súbditos y de la promoción de la cultura y de las artes. La mejora de la gravísima situación financiera del Estado pontificio era necesaria para llevar a cabo reformas en el plano económico y administrativo. Con la ayuda de Valenti y Aldobrandi preparó una serie de medidas para reducir el déficit, que había crecido de forma alarmante con Clemente XII, y con la constitución *Apostolícele Sedis aerarium* (18 abril 1746) estableció un método unitario de administración, ordenando el registro de las entradas y salidas de la Cámara apostólica, la formación de balances anuales y el rendimiento de cuentas. Esta línea desembocó en el *motu proprio* del 29 de junio de 1748, que liberalizó no sólo el comercio interior de granos, sino también el comercio interno en general. Como colofón de estos intentos de reforma, el 1 de octubre de 1753 aparecieron dos constituciones: con la *Super bono regimene communitatum* estableció una Congregación que debía afrontar los problemas del comercio interior y exterior y preocuparse del desarrollo de la agricultura y de la industria; y con la *Ad coercendum delinquentium flagitia* estableció un plano de reforma del procedimiento penal. Con estas medidas Benedicto XIV intentó corregir los abusos y las disfunciones existentes en el sistema administrativo y financiero, pero sin cambiar las estructuras económico-sociales del Estado pontificio.

Benedicto XIV dio un extraordinario impulso a la cultura y a las artes. Promovió la cultura con la creación de cuatro academias en Roma (arqueología, historia de la Iglesia, historia de los concilios y liturgia) y favoreció a sabios, como Muratori, padre de la historiografía italiana; a Orsi, historiador de la Iglesia; Mamachi, arqueólogo, etc. Esta política permitió el florecimiento de los estudios en la arqueología clásica, influenciados por Winckelmann, y en la cristiana, con un renovado interés por la catacumbas y por la Iglesia primitiva. En este clima la Biblioteca Vaticana experimentó un gran desarrollo, con la adquisición de la biblioteca del marqués Capponi y, sobre todo, de la rica Ottoboniana (1748); a la vez, se inició la descripción de los manuscritos vaticanos y se publicaron los primeros catálogos de los manuscritos orientales. Llevó a cabo una reforma de la Universidad de Roma y se preocupó por engrandecer la de

Bolonia, impulsando los estudios de anatomía y creando una cátedra de cirugía. Benedicto XIV también se preocupó de la restauración de edificios antiguos, como el Coliseo o el Pantheon, o religiosos, como Santa María la Mayor, Santa María de los Ángeles, etc.

Murió Benedicto XIV el 3 de mayo de 1758, cuando contaba 83 años de edad, y fue sepultado en la basílica de San Pedro. La historiografía no se pone de acuerdo a la hora de emitir un juicio sobre el papa más importante del siglo xviii. La corriente que confluye en Pastor {*Historia de los papas,* XXXV, pp. 528-29) presenta un balance negativo de la obra de Benedicto XIV por su política conciliadora y haber cedido ante las presiones de los Estados; en cambio, la imagen de un papa ilustrado y tolerante, que tiene su origen en los círculos jansenistas, tendrá éxito entre la historiografía protestante y en la liberal. El ansia de reforma religiosa de Benedicto XIV viene así ligada al pontificado de Gregorio XIV y contrapuesta a los pontificados «políticos» y «jesuíticos» de Clemente XIII y Pío VI.

Clemente XIII (6 julio 1758 - 2 febrero 1769)

Personalidad y carrera eclesiástica, Carlos Rezzonico nació en Venecia el 7 de marzo de 1693. Su padre, Juan Bautista, pertenecía a una familia oriunda de Como que se había trasladado a Venecia a mediados del siglo xvii y se había enriquecido con el comercio, accediendo a la nobleza en 1687; en cambio, su madre Vitoria Barbarigo era de estirpe noble. Hizo los primeros estudios en el colegio de los jesuítas de Bolonia y luego cursó derecho en la Universidad de Padua. En 1714 pasó a Roma y, después de completar sus estudios, entró en la carrera curial, que inició con el cargo de protonotario apostólico y refrendatario de la Signatura. Luego fue nombrado gobernador de Rieti (1716-1721) y de Fano (1721-1723), miembro de la Consulta (1723-1728) y auditor de la Rota por Venecia (1727-1737). El 20 de diciembre de 1737, a instancias de la república de Venecia, Clemente XII le creó cardenal del título de San Nicolás in carcere. Dos años más tarde el mismo papa le designó prefecto de la congregación De Propaganda Fide y en 1743 Benedicto XIV le nombró obispo de Padua, cuya sede ocupó quince años consecutivos, preocupándose por la revitalización de la vida religiosa, la disciplina eclesiástica y la formación intelectual del clero.

Ya antes de que muriera Benedicto XIV, las cortes católicas de Madrid, París y Viena pedían informes acerca de los cardenales papables, a fin de dar instrucciones a sus cardenales sobre la táctica a seguir en el próximo cónclave. Éste se inició el 15 de mayo de 1758, y en seguida se observaron dos facciones: los *zelanti,* que querían un papa que luchara por restaurar a todos los niveles la autoridad de la Iglesia, y el partido de las «coronas», favorable a que se continuase la política del antecesor. Dos influyentes cardenales, Corsini y Portocarrero, patrocinaban la candidatura de Cavalchini, y el 28 de junio estuvo a punto de ser elegido, pero el cardenal Luynes interpuso el veto en nombre del monarca francés. Al día siguiente se incorporó al cónclave el cardenal Rodt, representante de la corte imperial, y con el apoyo de Spinelli lanzaron la candi-

datura de Rezzonico que, después de duras negociaciones, fue elegido papa el 6 de julio de 1758. Quiso llamarse Clemente XIII en honor de Clemente XII que le había nombrado cardenal. El día 16 fue coronado y el 13 de noviembre siguiente tomó posesión de San Juan de Letrán.

Clemente XIII era la antítesis de su predecesor. No era un sabio, ni siquiera un gran talento, pero no le faltaba viveza de ingenio. Los soberanos católicos, que esperaban un papa que continuara la línea de Benedicto XIV, se sintieron desde el primer momento defraudados y se aprestaron a darle batalla. Pero se encontraron con un pontífice que, con toda su natural bondad y amabilidad, no admitía condescendencia y transacciones en la defensa de los derechos de la Iglesia. Actitud que se acentuó con el nombramiento del cardenal Torrigiani como secretario de Estado en septiembre de 1758. El nuevo secretario era amigo fiel de los jesuítas y autoritario, y dice Roda que «es de genio fuerte, casi insolente; no atiende que su ministerio principal es serlo del vicario de Cristo, se imagina serlo del rey de Prusia y obligaría al papa a la guerra para defender derechos y posesiones».

El regalismo y las expulsiones de los jesuítas. El nuevo papa, al defender las reservas y derechos pontificios, se enfrentó a los soberanos católicos celosos de sus regalías y dispuestos a limitar los poderes de la Iglesia. Las teorías que otorgaban al Estado amplias prerrogativas en materia eclesiástica (jurisdiccionalismo, galicanismo o regalismo) se fueron desarrollando gradualmente desde el final de la Edad Media y alcanzaron su apogeo en la segunda mitad del siglo xviii, en que los monarcas trataron de recuperar los «derechos originarios» que habían sido «usurpados» por Roma: privilegios jurídicos y fiscales, plena jurisdicción de los obispos, autoridad del soberano sobre el clero, etc. Pero, mientras que los monarcas se conformaron con «reformar» a la mayoría de los regulares, en el caso de los jesuítas optaron por la expulsión y posterior extinción, porque la Compañía representaba «la encarnación del espíritu obstinadamente conservador que los reformadores combatían en la Iglesia» (W. Bangert, *Storia della Compagnia di Gesu,* Roma, 1990). Las etapas de la gradual expulsión de los jesuítas de los principales Estados católicos se sucedieron a lo largo del pontificado de Clemente XIII.

Fue Portugal la primera nación que expulsó a los jesuítas. Sin una investigación adecuada se los declaró «reos de negociación ilícita» y, tras el fallido atentado contra el rey José I (3 septiembre 1758), se les acusó de haber tomado parte en el complot. Al año siguiente los jesuítas fueron expulsados de la metrópoli y de sus colonias y sus bienes confiscados (J. Caeiro, *Historia da expulsao da Companhia de Jesús da provincia de Portugal,* Lisboa, 1991). El papa protestó por el hecho y el nuncio también fue expulsado el 15 de junio de 1760.

El ejemplo de Portugal no tardó en ser imitado por Francia, donde también un atentado contra Luis XV (1715-1774) dio motivo para iniciar una campaña difamatoria contra los jesuítas (L. Pastor, *Historia de los papas,* XXXVI, pp. 194-296). La última gota que colmó el vaso fue el escándalo que suscitó la quiebra del padre Lavalelte en las Antillas, que se metió en vastas especula-

dones comerciales, prohibidas por el derecho canónico y la Compañía. Como el provincial de París se negó a pagar las deudas, el parlamento de París hizo responsable a toda la Compañía y presentó una moción para que se cambiaran sus constituciones y se instituyera en Francia un vicario general. El general de los jesuítas, padre Ricci, de acuerdo con el papa, rechazó la propuesta y un decreto del parlamento de París (6 agosto 1762), que pronto fue imitado por otros parlamentos provinciales, declaró a la Compañía «incompatible con cualquier Estado» y la privó de existencia legal. El 1 de diciembre de 1764 el rey aprobó la decisión parlamentaria. El papa levantó su voz muchas veces en defensa de los jesuítas, y lo hizo solemnemente con la bula *Apostolicum pascendi* (7 enero 1765) para hacer una apología de los jesuítas; pero la bula fue recibida con desprecio en los medios oficiales franceses, y los gobiernos de otras naciones, por amistad con el rey de Francia, prohibieron su publicación.

La expulsión de los jesuítas de España vino a ser el tercer acto de la tragedia. En 1765 ya se empezó a susurrar, pero había que esperar a la muerte de Isabel de Farnesio, gran defensora de los jesuítas. Apenas falleció, el motín contra Esquilache (22 marzo 1766) sirvió de pretexto para incriminar a la Compañía y decretar su expulsión (27 marzo 1767) «de todos mis dominios e Indias, islas Filipinas y demás adyacentes [...] y que se ocupen todas las temporalidades» *(Historia de la Iglesia en España,* IV, Madrid, 1979, pp. 745-94). Para las misiones fue un golpe tremendo e irreparable, pues más de 2.000 jesuítas tuvieron que abandonar su trabajo. Apenas el papa tuvo noticia de la resolución tomada por Carlos III (1759-1788), le dirigió la carta *ínter acerbissima* (16 abril 1767), conjurándole con sollozos más que con palabras a revocar el edicto.

El 31 de octubre del mismo año de 1767 se decretó la expulsión de los jesuítas del reino de las Dos Sicilias y, para hacer comprender a su joven rey, Fernando IV (1759-1791), hijo de Carlos III de España, la conveniencia de su expulsión, el poderoso ministro Tanucci le hizo una descripción de los jesuítas como si fueran la encarnación del mal. El gran maestre de Malta firmó el decreto de expulsión el 22 de abril de 1768, declarando que lo hacía en virtud de sus obligaciones feudales para con Nápoles.

El último acto tuvo lugar en el ducado de Parma, antiguo feudo de la Santa Sede (que los Borbones desde 1731 se negaban a renonocer). El duque Fernando de Borbón (1765-1802), sobrino de Carlos III, y su ministro Du Tillot, llevaron a cabo una política eclesiástica regalista y Clemente XIII protestó con el *Monitorio de Parma* (30 enero 1768), condenando las injerencias en asuntos considerados como eclesiásticos y declarando incursos en todos los anatemas posibles de la bula *In coena Domini* a sus ejecutores y a los que a ella se opusieran. La reacción de las cortes borbónicas fue inmediata. Parma decretó la expulsión de los jesuítas el 3 de febrero de 1768 y se amenazó al papa con invadir los Estados Pontificios si no retiraba el monitorio, aunque se contentaron con que Francia ocupase Avignon y el condado de Venaissin, y Nápoles las ciudades de Benevento y Pontecorbo. El conflicto internacional fue aprovechado por Carlos III de España, que restableció la pragmática del *exequátur* (se so-

metían a rigurosa censura previa del Consejo de Castilla todas las bulas, breves y demás despachos de Roma para juzgar si contenían nada contrario a las regalías), y se consumó la práctica incomunicación con Roma, una vez que la nunciatura se hallaba vacante a causa de la muerte del nuncio Lucini. La decisión española surtió efectos inmediatos. Nápoles, Módena, Milán y Viena se apresuraron a prohibir el *Monitorio* y la publicación de la bula *In coena Domini* Y lo más decisivo, se acusó al general de los jesuítas de ser el inspirador del breve conminatorio y las cortes católicas formaron una coalición formidable, cuya meta se centró en lograr la extinción de los jesuítas. En enero de 1769 los embajadores de España, Francia y Nápoles pidieron al papa la supresión total de la Compañía. Clemente XIII se aprestó a la resistencia, pero pocos días después murió.

La actividad eclesiástica. Aunque el pontificado de Clemente XIII estuvo oscurecido por la expulsión de los jesuítas, también desarrolló una importante actividad eclesiástica, tanto luchando contra las nuevas ideas como impulsando la renovación religiosa. La lucha contra la Ilustración irreligiosa constituyó la primera fase de la restauración religiosa proyectada en 1758, y se tradujo en potenciar la actividad de la Congregación del índice, que en 1759 condenó *L'esprit* de Helvetius, la celebre *Encyclopédie* de D'Alembert y Diderot, y el *Entile* de Rousseau (1671-1741); en 1761 condenó mediante un breve la *Exposition de la doctrine chrétienne* del jansenista Méscnguy en todas las lenguas y ediciones, lo que enfrentó a Roma con Nápoles y Madrid; y en 1764 lo hizo con la *De statu Ecclesiae* de Febronio, que había sido publicada el año anterior por el obispo coadjutor de Tréveris, Nicolás Hontheim (1701-1790) y defendía que la autoridad suprema en la Iglesia primitiva residía en los obispos y en el concilio. Aunque Roma incluyó el libro en el índice, los obispos alemanes se mostraron indecisos y más bien reacios a intervenir. Varios decenios duró la polémica suscitada por el libro, extendiéndose desde Polonia hasta Portugal y desde Nápoles hasta Bruselas. Aparecieron varias refutaciones de la obra, entre las que destacó por su solidez el *Antifebronio* del jesuíta Zacearía, que contribuyó a la renovación de la apología romana que se desarrolló en el último tercio del siglo xviii. Como los decretos del índice no tenían fuerza de ley en la mayoría de los países, Clemente XIII prohibió la lectura de los libros perniciosos para la doctrina católica e hizo una condena general de la «filosofía» y de la irreligión con la encíclica *Christianae reipublicae* de 25 de noviembre de 1766.

Como jefe espiritual de la Iglesia, en uno de sus primeros actos de gobierno recordó a los obispos el deber de residencia impuesto por el Concilio de Trento y los exhortó a mostrarse hombres de oración y de doctrina, padres de los pobres y ángeles de la paz (1758). Con la bula *Cum primum* de 17 de septiembre de 1759 renovó los antiguos cánones que prohibían a los clérigos el ejercicio del comercio y de la industria. Por la encíclica *In dominica* (1761) exhortó a los obispos a servirse del catecismo romano de san Pío V para instruir a los fieles en la doctrina cristiana. Promovió el culto a la eucaristía, puso a España bajo el patronato de la Inmaculada Concepción y otorgó al reino de

Polonia y a la Archicofradía romana del Corazón de Jesús el rezo propio y la misa del Corazón de Jesús.

Durante su pontificado la situación financiera del Estado pontificio se agravó aún más por los muchos socorros que tuvo que distribuir entre sus súbditos durante la grave carestía de 1764. En 1766 nombró tesorero general a Braschi, futuro Pío VI, para que modernizara el sistema financiero y la economía en general. Suavizó el sistema penitenciario, fomentó los montes de piedad y reglamentó la biblioteca y el museo vaticanos. Prosiguiendo el embellecimiento de Roma, terminó la Fontana di Trevi y levantó la Villa Albani. Protegió al pintor Mengs y al arqueólogo Winckelmann, al que nombró comisario de antigüedades en 1763.

Clemente **XIII,** próximo ya a cumplir los 76 años, atacado repentinamente por una apoplejía, falleció en la noche del 2 de febrero de 1769. Con él desapareció el único baluarte que les quedaba a los jesuítas. Enterrado en la basílica de San Pedro, el escultor neoclásico Canova (1757-1822) levantó en su memoria uno de los más egregios y expresivos monumentos sepulcrales de la basílica vaticana.

Clemente XIV (19 mayo 1769 - 21 septiembre 1774)

Personalidad y carrera eclesiástica. Antonio Ganganelli nació en Sant'Arcangelo de la Romagna el 31 de octubre de 1705, donde su padre ejercía la profesión de médico. Después de estudiar en modestos colegios de Rímini, en 1723 tomó el hábito franciscano y cambió su nombre por el de Lorenzo, en recuerdo de su padre. Concluido el año de noviciado en Urbino, hizo los votos perpetuos en 1724. En los cuatro años siguientes completó su formación teológica en los conventos de Pesaro y Fano, y en el trienio siguiente en el colegio de San Buenaventura de Roma, donde se doctoró en teología. Entre los años 1731-1740 enseñó teología en diferentes conventos de su congregación. En 1740 fue llamado a Roma para que se hiciera cargo de la dirección del colegio de San Buenaventura y en 1741 le nombraron definidor general de la orden. Supo ganarse la estima de algunos cardenales, entre ellos de Andrés Negroni, familiar del papa, que sin duda influyó para que le nombraran consultor del Santo Oficio en 1746. Desempeñó este cargo durante quince años y tomó parte en las primeras condenas de la filosofía de las luces. Clemente **XIII** le concedió el capelo cardenalicio el 24 de septiembre de 1759 y, en los años siguientes no tomó posición por ningún partido, pero a partir de 1764, en gran parte por los cnfrentamientos con el secretario de Estado Torrigiani, se hizo «aficionadísimo a la corte de España, que lo quiso por ponente de la causa de Palafox, y muy amigo de don Manuel Roda».

El cónclave de 1769, que siguió a la muerte de Clemente **XIII,** fue el más politizado de la historia pontificia. Duró tres meses largos (15 de febrero a 19 de mayo). Quienes manejaban su lento desarrollo y el subir y bajar de las candidaturas no eran los cardenales, sino los embajadores de las cortes católicas, arbitros de la situación eclesiástica. No se trataba de elegir un buen papa,

sino de elevar al solio pontificio a un enemigo de los jesuítas o, al menos, a un cardenal de carácter débil que cediese a la presión de las cortes borbónicas. Lo que allí se jugaba era la suerte de la Compañía de Jesús. El cardenal Ganganelli entró en el cónclave sin haberse adherido explícitamente ni al partido filojesuítico, fiel a la política practicada por Clemente XIII y capitaneado por el cardenal Torrigiani, ni al partido «zelante» moderado, conducido por el cardenal Albani, ni siquiera al poderoso «partido de las coronas», a cuyo frente estaban los cardenales españoles Solís y Spínola de la Cerda, y el francés Bernis, que gozaban del apoyo de los embajadores de España, Francia y Nápoles y estaban decididos a conseguir que el nuevo papa se comprometiera a suprimir la Compañía de Jesús. Dos meses y medio gastaron los conclavistas en propuestas y discusiones, explorando las tendencias de los papables y dando largas a la elección, hasta que a fines de abril llegaron los cardenales españoles Francisco Solís, arzobispo de Sevilla, y Buenaventura Spínola de la Cerda, patriarca de las Indias Occidentales. Después de múltiples negociaciones, combinaciones y presiones, el 19 de mayo los cardenales eligieron por unanimidad al cardenal Ganganelli, que tomó el nombre de Clemente XIV en memoria de su antecesor que le había hecho cardenal. Consagrado obispo el día 28 de mayo en la basílica de San Pedro, el 4 de junio recibió la tiara de manos del cardenal Albani y el 26 de noviembre entró en posesión de San Juan de Letrán.

La supresión de la Compañía de Jesús. Mucho se ha discutido acerca de si hizo promesa formal de suprimir la Compañía de Jesús. Promesa formal parece que no hubo y así lo afirmó el cardenal Bernis, presente en el cónclave, rechazando esa calumnia y confesando que a él le había dado buenas palabras, pero nunca una promesa formal. Lo rechazaron igualmente Cordora *{De suis ac suorum rebus,* Turín, 1933) y otros jesuítas. Con todo, el rumor de un pacto circuló como verosímil cuando ya era una realidad la abolición de la Compañía, y algunos quisieron probarlo después cuando en 1848 se dio a conocer un billete que Ganganelli había escrito en el cónclave. Pero en él solamente se afirmaba la opinión teológica de que el papa podía suprimir la Compañía de Jesús observando las reglas canónicas y, que si lo reyes lo deseaban, sería bueno complacerles. Esto podría intepretarse, a juicio de Ravignan *(Clément XIII et Clément XIV,* París, 1854, pp. 368-72), como una debilidad, pero no como un pacto formal.

Clemente XIV pensó que adoptando la política de conciliación que había practicado el papa Lambertini se captaría la benevolencia de los sobemos. El intransigente Torrigiani fue sustituido en la Secretaría de Estado por el cardenal Pallavicini, que había sido nuncio en Nápoles y Madrid; se apoyó en los consejeros personales, no buscó ayuda en los cardenales y trató de establecer relaciones directas y personales con los soberanos. Clemente XIV cosechó algunas alabanzas de las cortes, pero no consiguió que detuvieran la política anticurialista ni que dejaran de reclamar la supresión de los jesuítas. En la encíclica *Cum summi apostolatus* (12 diciembre 1769), que dirigió a los obispos y monarcas católicos, notificándoles su ascenso al trono pontificio, les manifestó su deseo de

«guardar la paz y la unión con las cortes católicas a fin de que le ayudasen contra sus enemigos, para oponerse a los progresos de la irreligión que invadía la sociedad». Fiel a su política de conciliación, sin abolir explícitamente el *Monitorio* enviado por su antecesor al duque de Parma, renunció a su aplicación, a la vez que concedió la dispensa necesaria al duque para casarse con la archiduquesa María Amalia, hija de la emperatriz María Teresa. No protestó por la abolición del derecho de asilo en Toscana (1769) y, en breve tiempo, consiguió restablecer las relaciones diplomáticas con Portugal, rotas diez años atrás. Nombró nuncio en Lisboa y premió a Pombal concediendo el capelo cardenalicio a su hermano Pablo Carvalho. Dejó de publicar la bula *In coena Domini*, que se consideraba contraria a las prerrogativas reales. Los frutos de esta política conciliadora no se dejaron esperar: se restablecieron las relaciones con Portugal, Carlos III de España revocó la pragmática que había publicado el año anterior contra los derechos de Roma y mejoraron las relaciones con Francia y Nápoles, aunque no devolvieron los territorios pontificios (Avignon, condado Vcnaissin, Benevento y Pontecorbo) ocupados en 1768.

A pesar de las concesiones pontificias, cada vez era más fuerte la presión de las coronas, exigiendo al papa que decretara la supresión de la Compañía de Jesús (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXXVII, pp. 118-250). Clemente XIV trató de ir dando largas al asunto, y con objeto de complacer a las cortes borbónicas comenzó a tomar algunas medidas contra los jesuítas: visita al colegio romano, secularización del colegio de los irlandeses, etc. Esperó la caída de Choiseul (1770) y alguna moderación en la postura española, pero la situación internacional evolucionó en sentido contrario. La influencia de José II (1765-1790), corregente de Austria desde 1765, y de su hermana Carolina, reina de Nápoles desde 1768, indujeron a la emperatriz María Teresa, anteriormente neutral, a ponerse del lado de las coronas borbónicas; por otra parte, el primer reparto de Polonia (1772) debilitó aún más la situación de la Compañía, que de forma paradójica era sostenida por la Prusia protestante de Federico II (1740-1786) y la Rusia ortodoxa de Catalina II (1762-1796). El nombramiento de José Moñino (1727-1808), buen jurista y convencido regalista, como embajador de España en Roma el 7 de julio de 1772, precipitó la situación. La presión combinada de Moñino con los embajadores de Francia y Nápoles acabó con la resistencia del papa. El 21 de julio 1773, Clemente XIV firmó el breve *Dominus ac Redemptor*, por el que se suprimía la Compañía de Jesús, aunque no se comunicó al padre Ricci y a los asistentes de la orden hasta el 16 de agosto. El breve, después de recordar la capacidad de la Santa Sede para suprimir institutos religiosos y denunciar los abusos y desórdenes de los jesuítas, decretaba la supresión: «extinguimos y suprimimos la susodicha Compañía, anulamos y abrogamos sus oficios, ministerios, administraciones, casas, escuelas, colegios, hospicios [...], estatutos, costumbres, decretos, constituciones [...]. Es nuestra mente y voluntad que los sacerdotes sean considerados como presbíteros seculares». Para ejecutar el breve y confiscar los bienes de la Compañía en los Estados Pontificios se constituyó una comisión cardenalicia: los co-

legios fueron cerrados, el general padre Ricci y sus principales colaboradores fueron encarcelados en el castillo de Sant'Angelo, los jesuitas ordenados *in sacris* fueron secularizados, los legos reducidos al estado laical y los novicios mandados a sus casas. En las naciones católicas no hubo dificultad en la promulgación y ejecución del breve, pero sí la hubo en Prusia y en la Rusia Blanca, cuyos monarcas estaban interesados en mantener los colegios de los jesuitas. En compensación, Francia y Nápoles devolvieron al papa la jurisdicción sobre Avignon y el condado Venaissin, Benevento y Pontecorbo en los primeros meses de 1774.

El breve pontificado de Clemente XIV aparece eclipsado por la supresión de los jesuitas y la historia apenas se ha ocupado de su actuación en otros campos. Atento a las necesidades de la Iglesia, erigió varios obispados en Portugal y creó en Hungría uno de rito católico-griego, y en 1771 aprobó la instalación en España de un tribunal de la Rota para recibir apelaciones en representación de la autoridad pontificia. Al igual que su predecesor, combatió con decisión el anticristianismo de la filosofía de las luces, incluyendo en el índice las obras más representativas: *Compendio de la Historia eclesiástica de Fleury,* atribuida al abate Prades (1770), la *Histoire philosophique* de Raynal, el tratado *De l'homme* de Helvetius (1774), etc.

Como soberano del Estado pontificio, bajo la dirección del tesorero general Braschi, el futuro Pío VI, tomó algunas medidas para la reforma del sistema fiscal y el desarrollo del comercio y de la industria, se trabajó en la desecación de las lagunas pontinas, y en el invierno de 1772-1773 tuvo que hacer grandes expensas para comprar trigo y distribuirlo a los que morían de hambre por la carestía. En Roma favoreció las artes y las ciencias; para enriquecer la colección de esculturas ya existente en el Belvedere, compró valiosas antigüedades, que formaron el museo, llamado primeramente Clementino y después Pío-Clementino, por las aportaciones de Pío VI.

Después de la abolición de la Compañía de Jesús, el papa sólo vivió un año y dos meses, dudando si los móviles para extinguir la Compañía eran válidos y conducentes para el bien de la Iglesia, dado que los buenos efectos no se veían por ninguna parte. Falleció el 21 de septiembre de 1774 y fue enterrado de momento en la basílica de San Pedro, pero en 1802 fue trasladado al sepulcro que construyó Canova en la iglesia franciscana de los Santos Apóstoles. El agente imperial escribía el 2 de octubre que «a la muerte de Clemente XIV la situación de la Santa Sede quedó en total confusión, efecto necesario de la inercia del papa en materia de negocios y la versatilidad y caprichos de sus pocos favoritos, tan ineptos como cínicos, que todo lo tenían en sus manos» (L. Pastor, *Historia de los papas,* XXXVII, p. 465). Entre los mismos cardenales había muchos que estaban descontentos del gobierno débil de Ganganelli, pero como las cortes borbónicas y sus aliados estaban firmemente resueltas a no cambiar de política, el horizonte de la Iglesia aparecía oscurecido.

Pío VI (15 febrero 1775 - 29 agosto 1799)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Ángel Braschi nació en Cesena el 25 de diciembre de 1717. Hijo del conde Marco Aurelio y Ana Teresa Bandi, familia noble venida a menos, fue educado junto a los jesuítas en el colegio romano y consiguió la licenciatura en ambos derechos (1735). Pasó después a Ferrara para ampliar estudios en la universidad, bajo la protección de su tío materno Juan Carlos Bandi, que era auditor del legado pontificio cardenal Ruffo, y al poco tiempo fue nombrado secretario del cardenal. Acompañó a éste al cónclave en el que se eligió papa a Benedicto XIV (1740), que designó al cardenal Ruffo decano del sacro colegio y obispo subvicario de Ostia y Velletri, y Braschi ascendió al puesto de auditor del cardenal, sucediendo a su tío que había sido nombrado obispo. En el desempeño de su nuevo cargo se ocupó de la administración de los dos obispados y el papa le encargó solucionar algunos conflictos de tipo jurisdiccional surgidos entre Roma y Nápoles. Braschi desarrolló su cometido a satisfacción del papa y le nombró camarero secreto, y después de la muerte del cardenal Ruffo en 1753, secretario particular, canónigo de San Pedro y refrendatario de la Signatura. En 1758 se ordenó de presbítero y, al año siguiente, después de la elección de Clemente XIII, su sobrino, el cardenal Carlos Rezzonico le hizo su auditor y secretario. En 1766 Clemente XIII le nombró tesorero de la Cámara apostólica (auténtico ministro de finanzas) y trató de sanear las finanzas del Estado pontificio y potenciar la actividad económica, que continuará después siendo papa. El 26 de abril de 1773 Clemente XIV le creó cardenal del título de San Onofrio y abad comendatario del monasterio de Subiaco.

El 5 de octubre de 1774 se reunió el cónclave que debía nombrar sucesor a Clemente XIV y, una vez más, el colegio cardenalicio se encontraba dividido: los *zelanti* anhelaban un papa que defendiese la inmunidad de la Iglesia, liberándola de la servidumbre en la que la tenían los gobiernos; enfrente se movía el partido de las cortes borbónicas, que rechazaban cualquier candidato filojesuita; y en medio oscilaba el partido de los independientes, dispuestos a unirse a uno u otro según las circunstancias. Francia y España abogaron por la candidatura de Pallavicini, secretario de Estado de Clemente XIV, pero fue rechazada por Viena. Entonces, el cardenal Albani, jefe de los *zelanti,* destacó la figura del cardenal Braschi, que figuraba entre los independientes y parecía la única solución. Apoyado por las cortes borbónicas, fue elegido papa en la mañana del 15 de febrero de 1775, a pesar de la oposición de Portugal. Escogió el nombre de Pío VI, en recuerdo de san Pío V y al que se proponía imitar en su pontificado; fue coronado el 22 de febrero y el 30 de noviembre tomó posesión de San Juan de Letrán.

El nuevo papa era irreprochable en su conducta y se hacía notar por su prudencia en el gobierno, su elegancia y la afición a la solemnidad y al fausto. *«Tanto é bello quanto é santo»*, decía el pueblo romano de Pío VI. El único vicio que se le notó fue el nepotismo, que parecía desterrado ya de la corte romana. Monumento perenne de aquel nepotismo fue el palacio Braschi, que le-

vantó el sobrino del papa con el dinero pontificio. Su largo pontificado fue también atormentado y se desarrolló durante un período de profundas crisis para la Iglesia católica, atacada primero por las reformas de los ilustrados y después por la Revolución francesa.

La defensa de la integridad doctrinal. En su primera encíclica *Inscrutabile divinae sapientiae* (25 diciembre 1775) hizo una dura condena del movimiento ilustrado, afirmando que le aterraba el estado actual del pueblo cristiano por causa de «esos filósofos perversos que intentan disolverlo todo, gritando hasta la náusea que el hombre nace libre», y amenazan con romper la tradicional concordia entre los Estados y la Iglesia. Al mismo tiempo, asustado ante las infiltraciones liberales en el Estado pontificio, usó de su autoridad contra los judíos prohibiéndoles leer el *Talmud* y los libros que contuviesen afirmaciones anticristianas, y para poder adquirir o poseer cualquier otro libro tenían que someterlo al *nihil obstat* eclesiástico. También condenó en 1778 las tendencias cismáticas de la Iglesia de Utrecht, siguiendo el ejemplo de Benedicto XIV y Clemente XIII; en 1786 volvió a condenar la doctrina de Febronio y en 1792 puso en el *Index* las *Institutiones theologicae* (conocida como *Theologia Lugdunesis)* del oratoriano francés Valla, por sus resabios jansenistas y galicanos. A pesar de su intransigencia doctrinal, en los primeros años de su pontificado practicó una hábil política para superar las disensiones en el interior de la Iglesia y recuperar la unidad del catolicismo en torno a la autoridad papal. Sin embargo, la acentuación del absolutismo y del primado pontificio le condujo al enfrentamiento con los jansenistas. Para potenciar la propaganda católica el papa apoyó la publicación del *Giornale ecclesiastico di Roma,* que se convirtió en el órgano oficioso del papado y fue uno de los instrumentos más eficaces para la defensa de la doctrina católica (G. Pignatelli, *Aspetti della propaganda cattolica da Pió VI a Leone XII,* Roma, 1974).

Las relaciones con buena parte de los Estados católicos no fueron fáciles por problemas doctrinales y jurisdiccionales. En Italia, el papa encontró las mayores dificultades en Toscana, donde el gran duque, Leopoldo de Austria (1765-1790), que venía practicando una política eclesiástica jurisdiccionalista desde 1769, inició en 1778 una reforma religiosa de signo episcopalista con la ayuda del obispo de Pistoia, que culminó en los «cincuenta puntos eclesiásticos» (carta magna del reformismo leopoldino) que envió a los obispos en 1786 y en el sínodo de Pistoia (1786), donde se acordaron reformas radicales (M. Batllori, *El conciábulo de Pistoya*, Roma, 1954). Como al año siguiente, en el sínodo nacional celebrado en Florencia, casi todos los obispos rechazasen tales reformas, Leopoldo disolvió la asamblea y continuó las reformas por su cuenta. Su nombramiento para el trono imperial en 1790 comportó un cambio rápido en Toscana. El obispo de Pistoia tuvo que renunciar a su sede en 1791 y Pío VI condenó en 1794, con la bula *Auctorem fidei,* 85 proposiones del sínodo de Pistoia. En Nápoles, la acentuación de la política jurisdiccionalista en la década de los ochenta y la negativa de seguir prestando el secular tributo de vasallaje de la *chinea* al papa, situaron las relaciones al borde de la ruptura.

El reformismo religioso en ninguna parte fue tan sistemático como en la Austria de José II (1780-1790). El objetivo eclesiástico-político del «josefinismo» era la plena subordinación de la Iglesia al Estado, es decir, José II quería lograr un especie de Iglesia nacional con la mayor independencia de Roma. En 1781 comenzó las reformas con el decreto sobre la tolerancia y las disposiciones sobre las dispensas matrimoniales; en 1782 decretó la supresión de los conventos y la aplicación de sus bienes a un «fondo para la religión», reforma de las cofradías, reducción de las fiestas, etc. Ante este proceder, Pío VI se decidió a realizar un viaje a Viena para frenar las reformas del emperador (1782). José II recibió al papa con toda magnificencia, pero apenas le hizo concesiones en los asuntos eclesiásticos. El éxito del viaje estuvo en el entusiasmo y veneración que el pueblo tributó al pontífice. José II continuó dando disposiciones sobre la formación del clero, la creación y dotación de parroquias, límites de las diócesis, ceremonias litúrgicas, etc., con tanta minucia que Federico II de Prusia le puso el apodo de «hermano sacristán» (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXXVIII, pp. 357-407). Ante la creación de una nunciatura en Munich (1785), a instancias del príncipe elector de Baviera, los arzobispos de Colonia, Tréveris, Maguncia y Salzburgo se sintieron mermados en sus derechos y acudieron al emperador (1786), y en la declaración de principios de Ems formularon un plan de Iglesia alemana que eliminaba los recursos a Roma, las exenciones y la jurisdicción de los nuncios.

Mejores fueron las relaciones con Portugal, pues a la muerte de José I (1777), su hija María (1777-1807) destituyó a Pombal y frenó la política regalista. En España continuó con gran vitalidad la política de reformas religiosas hasta la muerte de Carlos III (1788). Pero los gobiernos de Carlos IV (1788-1808) carecieron de la sensibilidad religiosa patente en el reinado anterior y los problemas fundamentales que se ventilaron con Roma obedecían más a motivaciones políticas y económicas que eclesiales.

Gran dinamismo desplegó Pío VI en el gobierno del Estado pontificio durante los años de paz, tanto en el campo de las artes como de la administración. Fue un gran mecenas de las letras y de las artes. Creó nuevas cátedras en la Universidad de Roma. Sin ser erudito, tenía gustos de bibliófilo y de arqueólogo, coleccionó libros selectos, grabados y medallas; animó al cardenal Lorenzana en sus labores de editor de los Padres y concilios toledanos; apoyó al ex jesuíta Zaccaría, apologista del pontificado, nombrándolo profesor de historia eclesiástica en la Sapienza y presidente de la Academia de nobles eclesiásticos de Roma; al dominico Mamachi, erudito en antigüedades y director de la Biblioteca Casanatense, le nombró secretario de la Congregación del índice; al barnabita Gerdil, filósofo y científico, le concedió el capelo cardenalicio. Con igual dignidad condecoró en 1785 a Garampi, que siendo prefecto del Archivo Vaticano, emprendió la ardua tarea de su catalogación. Al cardenal Zelada le hizo bilbiotecario de la Vaticana, enriquecida por el papa con preciosos códices manuscritos. Enriqueció con ricas piezas el museo Pío-Clementino, y Ennio Quirino Visconti, uno de los fundadores de la ciencia arqueológica, ofreció al

papa su obra monumental sobre la *Descrizione del Museo Pio-Clementino* en siete volúmenes, el primero de los cuales (obra de Visconti padre) está dedicado a Pío VI, «patrono de las artes». Los tres obeliscos egipcios descubiertos fueron colocados en la plaza del Quirinal, en la de Trinitá dei Monti y en la de Montecitorio. A Canova le encargó el monumeto funerario de Clemente XIII, y mandó construir una sacristía para la basílica de San Pedro, digna de tan grandioso templo.

Como soberano del Estado pontificio, en los años pacíficos de su pontificado llevó a cabo un programa de reformas que, por primera vez, constituyeron un plan orgánico para llevar a cabo la modernización de la economía y de la administración. En el ámbito económico, la primera preocupación fue la de sanear las finanzas y disminuir el elevado déficit público acumulado, preocupándose también por la modernización de la agricultura y de las técnicas agrícolas, favoreciendo la difusión de la publicística económica y la fundación de academias agrarias. En el campo de la administración llevó a cabo un programa de centralización y unificación contra los privilegios y ordenamientos particulares, que no siempre tuvo éxito, y que sería continuado y desarrollado durante la república. Uno de los proyectos de más envergadura que realizó fue el esfuerzo por sanear las *paludes pontinas*, terrenos pantanosos situados en el litoral tirreno entre Cistena y Terracina. A fuerza de mucho trabajo y grandes inversiones logró, si no la plena desecación de aquellas tierras (esto sólo se consiguió en el gobierno de Mussolini), sí de una parte importante, que Vicente Monti celebró en su poema histórico-mitológico *La Feroniade.*

La Revolución francesa. La segunda etapa del largo pontificado de Pío VI fue más trágica y dolorosa, al tener que sufrir las consecuencias de la Revolución francesa (O. Chauwick, *The Popes and the European Revolution*, Oxford, 1981). En un primer momento, Pío VI se mostró cauto ante las medidas que la Asamblea constituyente tomó en materia religiosa; pero, después de la promulgación de la constitución civil del clero (12 julio 1790) y la imposición a los eclesiásticos de un juramento de fidelidad a la nueva ley, con el breve *Quod aliquantum* de 10 de marzo de 1791 condenó en bloque todo lo decretado por la Asamblea en materia eclesiástica, y por otro breve del 13 de abril suspendió a todos los clérigos que hubiesen prestado el juramento y anuló las elecciones episcopales que se habían hecho sin su consentimiento. En mayo del mismo año, el nuncio abandonó París y las relaciones diplomáticas se consideraron oficialmente rotas. Como reacción, Francia ocupó y se anexionó los territorios pontificios de Avignon y del condado Venaissin, sin hacer caso a las protestas del papa. La emigración de un elevado número de eclesiásticos al Estado pontificio, la ejecución de Luis XVI (1774-1793) y los progresos de la descristianización de Francia, agudizó aún más las relaciones entre Roma y la Revolución. En el Estado pontificio, al igual que en otros países católicos, se desarrolló una publicística que presentaba a la Revolución como obra satánica y resultado de un vasto complot anticatólico. Tales escritos, ante la invasión de Italia por Napoleón, y a pesar de la oficial neutralidad del Estado pontificio, llamaban a los

pueblos y a los gobiernos a la cruzada y a la guerra santa contra los franceses en defensa de la religión. Esta publicística alimentó la movilización popular contra Francia, pero no detuvo a Napoleón, que obligó al papa a firmar el humillante armisticio de Bolonia (23 junio 1796), que comprometía al papa a renunciar a Bolonia, Ferrara y Ancona, y a entregar 21 millones de escudos, 500 preciosos manuscritos y 100 obras maestras de escultura clásica y pintura renacentista. Como el papa se aliase después con Austria, los franceses invadieron el Estado pontificio y, ante la imposibilidad de resistir, tuvo que firmar el tratado de paz de Tolentino (10 febrero 1797), que costó a Pío VI la cesión definitiva de Avignon y Venaissin, la renuncia a las legaciones de Bolonia, Ferrara y Romagna, y la entrega de 46 millones de escudos y numerosas obras de arte.

No por esto reinó la paz en los Estados de la Iglesia, soliviantados por partidarios de la Revolución. La muerte del general Duphot en un tumulto callejero de Roma sirvió de pretexto para que el general Berthier, en nombre de Napoleón, ocupase la ciudad de Roma el 15 de febrero de 1798. En el Capitolio se depuso a Pío VI como soberano temporal y se proclamó la república romana. En seguida fueron ocupados el Quirinal y el Vaticano, embargados los archivos y arrestado el papa. Pío VI fue condenado al exilio y el 20 de febrero abandonó Roma. Después de una estancia en Siena, fue recluido en la cartuja de Florencia, donde continuó ocupándose de los asuntos religiosos y tomando medidas en interés de la Iglesia y de sus súbditos. El 13 de noviembre de 1798 dictó la bula *Quum nos*, dando disposiciones para el caso de sede vacante y sobre el futuro cónclave. En marzo de 1799 el papa fue trasladado a Parma y luego a Turín, y después, a fines del año, aquel anciano de 81 años, seriamente enfermo, fue portado en una silla de manos, a través de los Alpes hasta Briancon (Francia), y no creyéndolo seguro de algún golpe de mano de los austríacos lo llevaron a Valence, donde llegó el 13 de julio de 1799. Allí acabó su peregrinación de sufrimientos, pues murió el 29 de agosto de 1799. El cuerpo de Pío VI fue embalsamado y encerrado en una caja de plomo, pero sus restos sólo llegaron a Roma en febrero de 1802. A su muerte, Napoleón escribió que la «vieja máquina de la Iglesia se deshará por sí sola», pero los atropellos contra el anciano Pío VI y los desórdenes revolucionarios hicieron que aflorasen por doquier simpatías hacia el papado y se produjera una recuperación del catolicismo.

LOS PAPAS DE LA EDAD CONTEMPORÁNEA

por JAVIER PAREDES
Profesor Titular de Historia Contemporánea.
Universidad de Alcalá

Pío VII (14 marzo 1800 - 20 agosto 1823)

Pío VI, cautivo de los revolucionarios en Francia, para facilitar la elección de su sucesor había establecido que el más antiguo de los cardenales podría convocar la reunión del sacro colegio en cualquier ciudad bajo dominio de un príncipe católico. De acuerdo con esta disposición, el 3 de octubre de 1799 el cardenal decano Giovanni Francesco Albani (1725-1805), refugiado junto con la mayoría de los cardenales en Venecia —que en esa fecha era posesión austríaca—, convocó allí al resto de los cardenales. Tras no pocas dificultades el cónclave se abrió el 8 de diciembre. Los escrutinios se sucedieron durante más de tres meses sin que nadie consiguiera ser votado por los dos tercios de los cardenales asistentes. Por fin, la intervención del secretario del cónclave, Ercole Consalvi (1757-1824), desbloqueó la situación y el 14 de marzo fue elegido por unanimidad Barnaba Chiaramonti, que adoptó el nombre de Pío VII, como homenaje a su predecesor. En su primera encíclica, *Diu satis* (1800), el nuevo sucesor de san Pedro reconocía el heroico comportamiento de Pío VI y se refería a las disposiciones especiales que había adoptado para que se pudiera reunir el cónclave, gracias a las cuales se remedió el estado de sede vacante.

Desde la elección del nuevo papa, pasaron casi tres meses hasta que Pío VII pudo trasladarse a Roma, lo que no sucedió hasta el 3 de julio. Celoso de mantener una plena autonomía en sus actuaciones y para no caer en la órbita austríaca, no cedió ante los requerimientos de Francisco II (1792-1806) que le invitó reiteradamente a que fijara la sede del papado en uno de sus Estados, por lo que a pesar de las dificultades se empeñó en ocupar su sede legítima; asimismo, tampoco cedió ante las sugerencias que se le hicieron para que nombrase como secretario de Estado a un cardenal del agrado de Austria.

Personalidad y carrera eclesiástica. El nuevo papa (J. Leflon, *Pie VII Des abayes bénédictines á la Papauté*, París, 1958), hijo del conde Escipión Chiaramonti y de la marquesa Chini, había nacido en Cesena (14 agosto 1742). De niño fue educado en el Colegio de Nobles de Rávena, para después ingresar a los catorce años en el monasterio benedictino de Santa María del Monte, cer-

ca de Cesena. Recibió una sólida formación y fue profesor en varios monasterios de su orden. En 1782 fue nombrado obispo de Tívoli y tres años después fue designado titular del arzobispado de Imola y cardenal. Ocupó la sede arzobispal entregándose ejemplarmente a su oficio de pastor y manteniendo una exquisita independencia frente al poder civil en el que se sucedieron tres regímenes políticos: el pontificio, el de la república cisalpina y el del Imperio austríaco. Cuando en 1797 los franceses invadieron su territorio mantuvo una actitud de entereza y reserva a un tiempo; sin doblegarse ante los franceses defendió los derechos de la Iglesia. Se hizo famosa entonces su homilía del día de Navidad, que fue publicada (D'Haussonuille, *L'Eglise romaine et le premier Empire,* t. I, pp. 355-71) y muy difundida: «La forma de gobierno democrático en manera alguna repugna al Evangelio; exige por el contrario todas las sublimes virtudes que no se aprenden más que en la escuela de Jesucristo. Sed buenos cristianos y seréis buenos demócratas.» Al conocer este texto Napoleón (1769-1821) escribió: «el ciudadano cardenal Chiaramonti predica como un jacobino».

El nuevo papa, además de una amplia y sólida formación cultural, tenía una marcada personalidad sobre la que se levantaban las virtudes teologales, entre las que destacaba su fe. Era prudente, amable, sereno, ponderado en sus juicios y de espíritu conciliador, pero a la vez firme, realista y tenaz, por ser capaz de distinguir con rapidez lo importante de la accesorio (A. F. Artaud de Montor, *Histoire de la vie et du pontificat de Pie VII,* París, 1836). Por fuerza tenía que estar en posesión de todas estas virtudes humanas y de muchas otras más el pontífice que iba a demostrar una irreductible resistencia frente a Napoleón, empeñado en someter a la Iglesia hasta convertirla en una pieza más de su mosaico imperial. Desde el principio se comportó más como pastor que como administrador de los Estados Pontificios. Sin abandonar sus funciones como soberano temporal, Pío VII dejó claro que la defensa de los bienes espirituales ocupaba el lugar preeminente de sus afanes; y que, en definitiva, los bienes materiales y las relaciones políticas cobraban sentido si se ponían al servicio del fin sobrenatural de la Iglesia. Por eso, con claridad y firmeza se expresaba como pastor en su encíclica inaugural e invitaba a todos los obispos a conservar la integridad del «depósito de Cristo, integrado por la doctrina y la moral». Empeño en el que Pío VII estaba seguro que no iba a fracasar, ya que —como decía al principio de su primera encíclica— la permanencia de la Iglesia después de la persecución de los años anteriores y a la que los revolucionarios dieron por extinguida, era una prueba de la asistencia permanente del Espíritu Santo a esta «Casa de Dios, que es la Iglesia construida sobre Pedro, que es "Piedra" de hecho y no sólo de nombre, y contra esta Casa de Dios las puertas del infierno no podrán prevalecer».

La paz religiosa: el concordato de 1801. Pero mientras se desarrollaba el cónclave de Venecia, tenían lugar en Francia decisivos cambios políticos. El Directorio había dado paso al Consulado. Una nueva Constitución (13 diciembre 1799), refrendada masivamente en plebiscito (7 febrero 1800), reconocía como primer cónsul a Bonaparte que se había convertido en el dueño de Francia des-

de el golpe de Estado de Brumario (9 noviembre 1799). Liquidada la Revolución, el general victorioso se impuso la tarea de la pacificación interior de sus dominios, en los que sin duda la política religiosa de los revolucionarios había provocado gravísimos conflictos en la nación que hasta entonces se reconocía a sí misma como *filie ainée* («hija primogénita») de la Iglesia. La Revolución francesa no sólo había apartado a muchos católicos de la fe, sino que también había provocado un cisma en una parte del clero francés, en el más afecto al galicanismo que había jurado la Constitución Civil del Clero (12 julio 1890); pero por otra parte, esa misma Revolución francesa había sido ocasión para que no pocos católicos —clérigos y laicos— demostraran su fidelidad a Roma aun a costa de sufrir una auténtica persecución religiosa que llegó hasta el derramamiento de sangre de numerosos mártires. Pues bien, normalizar todo este estado de cosas fue el primer reto de Pío VII, al que Napoleón iba a prestar una colaboración interesada. Por su parte, Napoleón, al comprobar que en Francia la mayoría de la población deseaba seguir siendo católica, por puro pragmatismo paralizó la persecución religiosa con la esperanza de controlar posteriormente la influencia del clero en beneficio del Estado. De acuerdo con los esquemas de Bonaparte, no fueron las motivaciones religiosas, sino su interés por aumentar su prestigio ante las potencias católicas, lo que le movió a promover la pacificación religiosa de Francia y a restablecer relaciones con el papa.

Napoleón, aunque bautizado, era un agnóstico y de hecho no practicaba. Es cierto —según su propio testimonio— que le emocionaba la lectura de *El genio del cristianismo* y que se estremecía al oír el repique de las campanas de Rueil al toque del *Ángelus.* Pero ese sentimentalismo religioso es algo muy diferente a la fe. Con razón, F. Masson *(Napoleón, fut-il croyant?)* ha escrito que todo su credo se limitaba a un espiritualismo fatalista donde su estrella reemplazaba a la Providencia divina. A su juicio, como él mismo declaró al Consejo de Estado, cualquier religión podía ser un elemento de utilidad para dominar a los pueblos:

> Mi política es gobernar a los hombres como la mayor parte quiere serlo. Ahí está, creo, la manera de reconocer la soberanía del pueblo. Ha sido haciéndome católico como he ganado la guerra de la Vendée, haciéndome musulmán como me he asentado en Egipto, haciéndome ultramontano como he ganado los espíritus en Italia. Si gobernara un pueblo judío, restablecería el templo de Salomón.

Como en 1800 debía conquistar la paz interior de Francia, y descartado que el arreglo pasase por un entendimiento con el clero juramentado, sus objetivos apuntaron hacia Roma (Melchior-Bonnel, *Napoleón et le pape,* París, 1958). Así es que inmediatamente después de la victoria de Marengo (14 junio 1800) inició las negociaciones para la firma de un concordato.

En los primeros días de julio, poco después de que Pío VII tomara posesión de la Ciudad Eterna, que le entregaron los napolitanos, y cuando en la corte papal se esperaba la inminente invasión de las Estados Pontificios tras la victo-

ria de Marengo, se recibió con una lógica sorpresa la propuesta de Napoleón. Por lo demás, las intenciones de Napoleón eran adecuadas al llamamiento que ya había hecho el papa en su primera encíclica: «Comprendan los príncipes y los jefes de Estado que nada puede contribuir más al bien y a la gloria de las naciones que dejar a la Iglesia vivir bajo sus propias leyes, en la libertad de su divina constitución.»

Una de las primeras medidas de Pío VII fue nombrar a Consalvi cardenal y secretario de Estado. Consalvi era diácono —nunca llegó a ser ordenado sacerdote— y aunque no era la persona mejor colocada para ese cargo, acabó demostrando unas cualidades excepcionales que le convirtieron en el gran colaborador de Pío VII durante todo el pontificado. De este modo, el papa pudo desentenderse de las ineludibles gestiones políticas a las que está obligada la Santa Sede, para centrarse en las cuestiones más específicamente doctrinales y pastorales. Las cualidades de Consalvi puestas al servicio de la Iglesia sobresalen aún mucho más si se considera que en esos años tan difíciles defendió sus derechos y sorteó las presiones políticas frente a personajes dispuestos a hacer lo que fuera por colocar a la Iglesia a su servicio, aun a costa de desvirtuar su misión espiritual. Consalvi supo sustraer a la Iglesia del sistema napoleónico y mantuvo la misma actitud respecto a las potencias de la Santa Alianza a partir de 1815. Y lo hizo con elegancia, porque su participación en el Congreso de Viena fue juzgada como intachable por todos los diplomáticos allí reunidos. Castlereagh (1769-1822), representante inglés, llegó a manifestar con admiración: «Es el maestro de todos.»

Su primer gran éxito consistió en rematar las largas y difíciles negociaciones en París para que se pudiera llegar a la firma del concordato (15 julio 1801). Si el concordato tenía una importancia capital para la vida interna de los católicos franceses, era todavía mucho mayor lo que representaba. Por primera vez la Iglesia llegaba a un acuerdo con un régimen surgido de la Revolución, lo que ponía de manifiesto que la Iglesia no estaba necesariamente vinculada a ningún régimen político y que su objetivo no era otro que la *salus animarían* («salvación de las almas»). Fue un auténtico mentís a la prensa que juzgó que con el Antiguo Régimen desaparecía también la Iglesia (J. de Viguerie, *Cristianismo* v *Revolución,* Madrid, 1991), la misma prensa que había anunciado la muerte del papa anterior en los siguientes términos: «Pío VI y último.» El concordato de 1801 fue igualmente el primero de toda una serie de acuerdos que se firmaron posteriormente con varios Estados. Y significó al mismo tiempo el reconocimiento por parte de la Iglesia de aquellos valores de los cambios revolucionarios que, aunque diferentes y contrarios al sistema del Antiguo Régimen, no atentaban frontalmente contra el depósito de la fe.

El concordato de 1801 con Francia venía a sustituir al suscrito en 1516, y salvo pequeñas interferencias estuvo vigente hasta la ley de Separación de Combes de 1905. El Estado francés declaraba al catolicismo no como la religión del Estado, sino como la religión de la mayoría de los franceses; el papa, por su parte, reconocía la República. Pío VII renunció a reclamar los bienes

eclesiásticos que habían sido vendidos durante la Revolución como bienes nacionales y en contrapartida Bonaparte se comprometió a asegurar la subsistencia del clero mediante «una remuneración decorosa» a los obispos y a los párrocos. Uno de los acuerdos fundamentales tenía que hacer referencia por fuerza a la situación de los obispos franceses. En adelante serían nombrados por el primer cónsul y, naturalmente, investidos por el papa. Y en cuanto a la situación anterior, dado que los obispos constitucionales habían ocupado las sedes de los prelados legítimos que habían tenido que emigrar por defender su fe, se acordó que tanto unos como otros renunciaran. Pío VII logró la dimisión de todos los legitimistas, salvo un pequeño grupo de la región lionesa que dio lugar al cisma llamado de la «Pequeña Iglesia»; Bonaparte tuvo más facilidades para cesar a los obispos constitucionales, si bien es cierto que en las nuevas propuestas de obispos presentó al papa como candidatos a doce de los antiguos obispos constitucionales. De momento, Pío VII tuvo que ceder y aplazar la solución; más tarde, su presencia en París con motivo de la coronación —como veremos— serviría entre otras cosas para liquidar esta cuestión. En cualquier caso, la renovación del episcopado francés diluyó las tendencias galicanas, de las que estaban afectados no sólo los obispos constitucionales, sino también los legitimistas.

Y en cuanto a las cesiones que las dos partes tuvieron que hacer respecto a la situación anterior, Napoleón perdía «su» Iglesia constitucional, y por su parte el papa no pudo restaurar las órdenes religiosas ni impedir el laicismo del Estado de la legislación francesa.

Pío VII y el Imperio napoleónico. Pronto surgieron las críticas al concordato en el entorno político de Napoleón; tanto Talleyrand (1754-1838) como Fouché (1763-1820) consideraban que habían sido excesivas las concesiones hechas a los católicos. Para aplacarlos, y de un modo unilateral Napoleón publicó el concordato (8 abril 1802), conocido en Francia como Convención de 26 de Mesidor del Año IX, junto con los «77 Artículos Orgánicos», inspirados y en parte copiados al pie de la letra de la declaración galicana de 1682. Era todo un preludio sintomático de los planteamientos napoleónicos en los que la religión debía subordinarse al engrandecimiento del Estado, ya que en la consideración de Bonaparte la religión sólo era un fenómeno sociológico y por lo tanto susceptible de ser controlado políticamente. De nada sirvieron las protestas de Pío VII, que de nuevo tuvo que ceder para ganar tiempo con el fin de consolidar la nueva situación, tras la desaparición del cisma de la Iglesia constitucional. Cierto, que no eran pequeñas las cesiones del pontífice, pero era igualmente verdad que se había avanzado muchísimo: el papa pudo nombrar al cardenal Giovanni Battista Caprara (1733-1810) como legado *a latere* en París, que se convirtió en un nexo entre el sumo pontífice y el clero francés; en 1802 pudieron volver los sacerdotes emigrados, que paliaron la escasez de sacerdotes de Francia, y se inauguraba a partir de 1801 una tregua de paz religiosa en Francia todo lo defectuosa que se quiera, pero que al menos ponía fin al enfrentamiento de la etapa anterior.

Pero prosiguieron los cambios políticos en Francia. El 4 de mayo de 1804 el Tribunado se adhirió a una moción de Curie para modificar la Constitución del año X c instauraba el Imperio en la persona de Napoleón a título hereditario y concentraba en el emperador los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Bonaparte se apresuró, y sin esperar siquiera a que se pronunciase el Senado-consulto manifestó a un estupefacto Caprara sus deseos de que el papa estuviese presente en su coronación. De inmediato comprendió Pío VII la imposibilidad de negarse y sopesó las consecuencias que reportaría. Así pues, Consalvi se encargó de preparar la comprensión de las potencias europeas hacia esta decisión del papa, a la vez que luchó por conseguir las máximas seguridades por parte del emperador en lo referente al protocolo y al desarrollo de los actos de la ceremonia. En contra de la tradición, el emperador no sería coronado por el papa, sino que Napoleón se autocoronaría y a continuación él mismo coronaría a Josefina Beauharnais (1761-1814) de rodillas, como inmortalizó el cuadro de Louis David (1748-1825). Sólo en un punto se mostró intransigente el papa, al negarse que se incluyera en la ceremonia religiosa el juramento constitucional del soberano, que se realizaría después de haberse retirado el pontífice mientras se despojaba de sus ornamentos en la capilla del tesoro. La ceremonia quedó fijada para el 2 de diciembre en Notre Dame de París.

Justo un mes antes de esa fecha, Pío VII salió de Roma. Previamente había tomado la precaución de dejar su abdicación al secretario de Estado, para que la hiciese pública en el caso de que fuese hecho prisionero en Francia. Tanto durante el trayecto de ida como en el de vuelta, el sumo pontífice recibió sobradas muestras de sincero afecto por parte de las gentes sencillas. Cuando Fouché le preguntó por el viaje y cómo había encontrado Francia, Pío VII contestó: «Gracias a Dios la hemos atravesado en medio de un pueblo arrodillado», lo cual no deja de ser un hecho realmente insólito en la cuna del galicanismo y una muestra de que a todas luces el galicanismo se debilitaba en Francia. En las recepciones oficiales no hubo un mal gesto, sino más bien todo lo contrario, el Senado, el cuerpo legislativo y el Tribunado se presentaron ante el pontífice como organismos superiores del Estado; uno de sus representantes, Francois de Neufchateau, ex jacobino y ex ministro del Interior, se refirió con respeto a la hija primogénita de la Iglesia. Cuando la noche anterior a la ceremonia Pío VII supo que el matrimonio con Josefina sólo era civil, ante la actitud del pontífice el emperador, en la misma madrugada de la coronación, contrajo matrimonio canónico. Pero sin duda, el mayor éxito del viaje de Pío VII fue conseguir la sumisión a las decisiones de la Santa Sede de los seis obispos constitucionales que todavía permanecían irreductibles en Francia. No consiguió, sin embargo, los dos objetivos más importantes que se había propuesto, como la supresión de los Artículos Orgánicos y el restablecimiento de las órdenes religiosas. En cuanto a los Artículos Orgánicos, ni siquiera pudo atenuarlos y en lo referente a las congregaciones religiosas, Napoleón no quiso ni escucharle. El emperador sólo permitió que volvieran las órdenes femeninas dedicadas a la enseñanza, los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los paúles,

además de autorizar algunos institutos misioneros en función de la utilidad que podían prestar en la expansión colonial, que ya por entonces pergeñaba. Como veremos, dichos institutos misioneros fueron controlados directamente por Napoleón. Pío VII había permanecido cuatro meses en París y regresó a Roma el 4 de abril de 1805.

El bloqueo continental y el cautiverio de Pío VIL Poco duró la calma. En 1806, con el pretexto de unificar los manuales de la enseñanza de la religión, Napoleón ordenó publicar el Catecismo imperial. El propio emperador intervino personalmente en la redacción del Catecismo imperial, único y obligatorio en todo Francia, con el fin de inculcar a los niños el respeto a su autoridad, la sumisión a su poder, el acatamiento de los impuestos y sobre todo la fidelidad al reclutamiento, puntos todos ellos que se incluyeron en la redacción del cuarto mandamiento con una extensión abusiva. Un decreto de 19 de febrero de 1806 fue aún más lejos, al instaurar la fiesta de San Napoleón, santo hasta entonces desconocido, al que se le asignó la fecha del 15 de agosto para su celebración, desplazando así la festividad de la Virgen. La tensión estaba llegando a un punto máximo. Tras la batallas de Jena y Auerstadt (14 octubre 1806), Napoleón entraba en Berlín. Sometidos los aliados de Gran Bretaña, sólo faltaba dominar las islas. Ante la imposibilidad de hacerlo por las armas, se propuso hundirla económicamente, por lo que decretó el bloqueo continental (decretos de Berlín, 21 noviembre 1806, y Milán, 17 diciembre 1807), de modo que las manufacturas de las industrias inglesas no pudieran tocar puertos europeos. Acatado el bloqueo en los países sometidos o aliados, para que fuera realmente efectivo, Napoleón tenía que imponerlo por la fuerza en los países neutrales, y ése era precisamente el estatus internacional de los Estados Pontificios.

De entrada, en noviembre de 1806 Napoleón manda a sus tropas ocupar Ancona y exige al papa que expulse de Roma a todos los ciudadanos de las naciones que están en guerra contra Francia, a lo que Pío VII se niega, así como a colaborar en el bloqueo contra Inglaterra. Tampoco separó a Consalvi de la Secretaría de Estado como había solicitado el emperador. El enfrentamiento ya es abierto y los ejércitos franceses ocupan los territorios del papa. A principios de enero de 1808 invadieron el Lacio, la única provincia pontificia libre todavía. Un mes después, el 2 de febrero, las tropas francesas del general Miollis (1759-1828) entraron en Roma y desarmaron a las tropas pontificias, que tenían órdenes expresas de Pío VII de no resistir, y ocuparon el castillo de Sant'Angelo. Un cuerpo de ejército rodeó el palacio del Quirinal, residencia del papa, y se colocaron diez cañones apuntando hacia las habitaciones del pontífice. A partir de entonces, Pío VII es de hecho un prisionero en su palacio y el gobierno de los Estados Pontificios pasa a los franceses. Ante el forcejeo y bajo la presión de las tropas, Alquier, el embajador francés, solicitó del papa su incorporación a la Confederación italiana, ante lo que Pío VII respondió en los siguientes términos: «Antes me dejaría desollar vivo, y respondería siempre que no al sistema francés. En el tiempo de su prosperidad, mi predecesor tenía la impetuosidad de un león. Yo he vivido como un cordero, pero sabré defender-

me y morir como un león» (J. Leflon, *La Revolución,* en A. Fliche y V. Martín, *Historia de la Iglesia,* t. XXIII, Valencia, 1975). El 19 de mayo de 1809 los Estados de la Iglesia son incorporados al Imperio.

A partir de entonces los hechos se precipitaron. Un decreto de 10 de junio de 1809 declaró a Roma ciudad imperial libre y desposeyó a Pío VII de todo poder, a lo que el papa respondió con una bula (11 junio 1809) castigando con la excomunión a, quienes se comportasen violentamente contra la Santa Sede. La orden de Napoleón de apresar al papa fue fulminante, de modo que en la madrugada del 5 al 6 de julio el general Radet tomó el palacio del Quirinal, las tropas asaltaron sus muros y derrumbaron las puertas. Radet encontró al papa en su escritorio, sentado y vestido con roquete, y le ordenó que renunciase a su soberanía temporal. Ante su tajante negativa, media hora después fue hecho prisionero y en coche cerrado acompañado sólo por el cardenal Bartolomeo Pacca (1756-1844), fue conducido fuera de Roma. No se le dejó coger ni su hábito, ni su ropa interior y mucho menos dinero. Sólo un pañuelo por todo equipaje.

Pío VII, además de la humillación y el sufrimiento moral, se encontraba enfermo. Padecía disentería y con el mal estado del camino se le desató una crisis de estangurria. Radet (1762-1825), que se sentía orgulloso de tenerle «enjaulado», no consintió ni en aminorar la marcha, ni en multiplicar las paradas. Para agravar más la situación, el coche volcó en una curva y se rompió cerca de Poggibonsi; prosiguieron inmediatamente con otro vehículo requisado sobre la marcha hasta llegar a Florencia, de aquí a Grenoble, para bajar después por Avignon, Arles y Niza hasta llegar a Savona. El viaje había durado cuarenta y dos días, casi ininterrumpidos, hasta llegar a esa última ciudad, donde permaneció tres años. Pío VII se comportó en Savona como un prisionero: rehusó a los paseos y a la pensión asignada, cosía él mismo su sotana y repasaba los botones, vivió entregado a la oración y a la lectura sin poder dirigir la Iglesia. En expresión suya, vuelve a ser el pobre monje Chiaramonti. Por otra parte, mientras mantiene aislado al papa, Napoleón ordena trasladar los archivos vaticanos a París, convoca a los cardenales y a los superiores de las órdenes religiosas y acondiciona el arzobispado de París para residencia de Pío VII, pues en su proyecto el papa y el emperador deben residir en la misma ciudad.

Esperaba Napoleón que el cautiverio ablandara la voluntad de Pío VIL No fue así; el papa utilizó la única arma que disponía, ya que durante todo este tiempo se negó a conceder las investiduras episcopales. El problema alcanzó dimensiones considerables, pues llegó a haber hasta 17 sedes vacantes. Bonaparte piensa que lo que le niega el papa puede conseguirlo mediante dos comités eclesiásticos convocados en 1809 y 1811, y en los que fracasa. Lo intenta de nuevo, para lo que convoca un concilio nacional en 1811 que acaba por volverse contra él, al manifestar los asistentes su adhesión al papa, a la vez que aconsejan al emperador que emprenda la vía de las negociaciones, por lo que él mismo disuelve el concilio y encarcela a los principales oponentes.

El 9 de junio de 1812 se ordena el traslado de Pío VII de Savona a Fontainebleau. En esta ocasión, el comandante Lagorse le obliga a vestir de negro, te-

ñir sus zapatos blancos y viajar de noche para que nadie le reconozca. Su enfermedad se agrava durante el camino y en Mont-Cenis se teme por su vida y solicita que se le administre el viático. Lagorse, que tiene que cumplir órdenes estrictas, ordena reemprender el viaje e instala una cama en el coche que le prestan en el hospicio de Mont-Cenis. Por fin llegan a Fontainebleau el 19 de junio, donde semanas después Pío VII consigue recuperar las fuerzas. Fue allí donde tuvo lugar el encuentro personal con Napoleón a lo largo de varios días, desde el 19 al 25 de enero de 1813. A solas con él y por medios desconocidos, consiguió su firma en un documento en el que además de renunciar a los Estados Pontificios a cambio de una renta de dos millones de francos, cedía ante la fórmula propuesta sobre las investiduras. La posterior retractación del papa consiguió que Napoleón no lo pudiera sancionar como ley imperial. La marcha de la guerra acabó por facilitar la liberación de Pío VIL Cercada Francia por los aliados, un decreto imperial autorizaba a Pío VII el regreso a Roma, a donde llegó el 24 de mayo de 1814.

La derrota de Waterloo (15 junio 1815) supuso para Napoleón y su familia un comprensible repudio en todas las cortes de Europa, por lo que contrasta todavía más la actitud que mantuvo Pío VII hacia su antiguo carcelero, al que a pesar de lo sucedido siempre le reconoció que hubiera hecho posible la firma del concordato de 1801. Napoleón fue confinado en Santa Elena hasta su muerte en 1821; cuando el papa tuvo noticias de que reclamaba un sacerdote católico, Pío VII intervino para que le acompañara en su confinamiento el abate Vignoli, que como el desterrado también había nacido en Córcega. Tras la caída del emperador, Pío VII también protegió en Roma a su madre, María Leticia, por lo que pudo instalarse en el palacio de Piazza Venecia, donde moriría en 1836. Además, el romano pontífice acogió en Roma al tío de Napoleón, el cardenal Joseph Fesch (1763-1839), y a sus hermanos Luciano y Luis. Este último había sido rey de Holanda y vivió en Roma con su hijo Luis Napoleón (1808-1873), que acabaría convirtiéndose en 1852 en emperador de Francia con el nombre de Napoleón III.

La Iglesia en la Europa de la Restauración. De regreso a Roma en 1814, Pío VII encontró sus territorios ocupados, en una situación muy semejante a la de 1800 tras la celebración del cónclave veneciano. En el norte, los austríacos habían ocupado las legaciones, y en el centro y sur los napolitanos se habían asentado sobre Roma y las Marcas. De nuevo, el secretario de Estado, Consalvi, será el encargado de hacer valer los derechos y la independencia de la Iglesia, por lo que tendrá que mantener un equilibrio dificilísimo. Pues del mismo modo que en la etapa napoleónica tuvo que luchar para que la Santa Sede no fuera supeditada a la razón de Estado, igualmente durante la Restauración se tendrá que enfrentar a los intereses de los Estados contrarrevolucionarios que pretendían hacer otro tanto.

Consalvi viajó a París, donde pudo comprobar que Luis XVIII (1814-1824) destruía el concordato de 1801 y retrocedía hacia las posiciones galicanas de antaño. Como en otros tiempos, tuvo que negociar con un antiguo conocido

como Talleyrand, ahora ministro de Asuntos Exteriores de Luis XVIII. Y es que la alianza entre el trono y el altar, fórmula con la que se definía el régimen restaurado, que proclamaba en el artículo VI de la Carta Otorgada que el catolicismo era la religión del Estado, aunque en versión contrarrevolucionaria, se apropiaba de la Iglesia para supeditarla al servicio de la monarquía, sin entender que pudieran existir ámbitos de autonomía. Ésa fue la ideología de los conocidos «ultras» franceses, equiparable a la de los tradicionalistas de otros países, que bebían en las fuentes de Joseph de Maistre (1753-1821), Louis de Bonald (1754-1840), Francois Rene Chateaubriand (1768-1848) o el Felicité de Lamennais (1782-1854) de la primera etapa. Así las cosas, Luis XVIII no devolvió ni Avignon ni el condado venesino e incluso su jefe de gobierno, duque de Richelieu, propuso a la Cámara una revisión del concordato para hacer prevalecer los Artículos Orgánicos, lo que provocó las protestas de Pío VIL

Durante su permanencia en el Congreso de Viena, tampoco se alineó Consalvi con las monarquías autoritarias. Rehusó participar en la Santa Alianza, precisamente por su sospechosa santidad, inspirada en el misticismo sentimental de la consejera del zar Alejandro I (1801-1825), la baronesa Krudener, que en suma proponía un cesaropapismo tan próximo al josefinismo de Viena, ambos coincidentes en someter a Dios en beneficio del César. No obstante, Consalvi supo jugar con los intereses de las potencias allí reunidas para que Napoles y Austria pospusieran sus intereses sobre los Estados Pontificios; consciente como era el secretario de Estado de que la fidelidad de aquellos católicos soberanos al papa no incluía el respeto a los territorios pontificios, desató sobre ellos las presiones políticas de Francia e Inglaterra, que no estaban dispuestas a consentir que Austria se fortaleciera en Italia. Según los acuerdos de Viena, Avignon y el condado venesino quedaron incorporados a Francia, Nápoles devolvió las Marcas y Austria reintegró a la Santa Sede los territorios usurpados salvo las legaciones al norte del Po, que se incorporaron al reino de Lombardía, dependiente de Austria. Por tanto, Consalvi recuperó las legaciones de Rávena, Bolonia y Ferrara, como recogen los acuerdos del acta final, y regresó de la capital austríaca con un enorme prestigio, que le valió el elogio del representante inglés anteriormente mencionado. Desde estas posiciones de no alineamiento en los años sucesivos se siguió una política tendente a establecer concordatos y acuerdos con distintos países europeos.

Por medio de un *motu proprio* (6 julio 1816), Pío VII dio una nueva organización administrativa a los Estados Pontificios, que quedaron divididos en diecisiete circunscripciones territoriales, llamadas delegaciones. Se produjo una unificación legislativa y judicial, de modo que quedaron abolidos los usos del Antiguo Régimen, como los derechos señoriales, la tortura o los privilegios de las ciudades, las familias y los individuos. En cualquier caso, la reforma no fue completa ante las resistencias internas y el gobierno civil siguió en manos de eclesiásticos. Paradójicamente, la tendencia de Pío VII hacia la despolitización en las relaciones de la Iglesia con las potencias europeas, no se dejó sentir con

la efectividad deseable en los propios Estados de la Iglesia. Las consecuencias de esta situación se dejaran ver con toda su gravedad años más tarde, durante el proceso de unificación italiana. Era evidente que el papa no podía ser súbdito de ningún soberano y por los tanto necesitaba mantener una soberanía temporal para garantizar su independencia; ésa fue la finalidad por la que Pío VII reclamó los territorios pontificios que habían sido usurpados durante el período revolucionario.

La vida interna de la Iglesia. El relato de las enormes sacudidas políticas a las que se vio sometido el pontificado de Pío VII nos ha impedido referirnos con más detalle a la vida interna de la Iglesia (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo, t.*1), que durante esta etapa verá el restablecimiento de las órdenes religiosas como la de los jesuitas, autorizada de nuevo en 1814 en toda la Iglesia universal. Y a la vez que se reforman las antiguas, aparecen en estos años —y sobre todo en Francia— muchas nuevas congregaciones. Estos son los años en que surgen personalidades como las de Juan Claudio Colin (1790-1875), que en 1816 funda la Sociedad de María, o maristas, dedicada a la educación y a las misiones; de Magdalena de Canossa, fundadora de los Hijos y las Hijas de la Caridad, o canosianos; de Marcellin Champagnat (1789-1840), fundador en 1817 de los Hermanitos de María, o hermanos maristas, organización formada no por sacerdotes, sino por religiosos no ordenados (los hermanos) dedicados a la educación de los niños; de Guillermo J. Chaminade (1761-1850), fundador de la Sociedad de María, o marianistas, para trabajar en escuelas, orfanatos y asociaciones de la juventud; del redentorista san Clemente María Hofbauer (1751-1820); de san André Fournet (1752-1834), fundador de las Hijas de la Cruz; de santa Vicenta Gerosa; de santa María G. E. de Rodat, fundadora de la Santa Familia de Villafranca; o del sacerdote francés José Eugenio Mazenod (1782-1861), que fundó en 1816 los Oblatos de María Inmaculada para predicar el Evangelio a los pobres, atender la formación del clero en seminarios, educar a la juventud, prestar atención espiritual a los presos y trabajar en las misiones.

Pío VII, durante los últimos años de su vida, también trató de reorganizar las misiones, pues de acuerdo con el carácter universal de la Iglesia, el mensaje evangélico debía traspasar las fronteras de los países católicos. Los años de revolución habían repercutido negativamente en las misiones, empezando porque las guerras imperiales y el bloqueo continental habían interrumpido las comunicaciones intercontinentales. Napoleón, que entendía las misiones como un medio más de expansión militar, separó a los vicarios apostólicos de la congregación De Propaganda Fide para hacerles depender del arzobispo de París y en definitiva de él mismo, saldándose la operación con un formidable fracaso, pues ni progresaron las misiones ni se expandió Francia. Además, la supresión de tantas órdenes religiosas había privado de misioneros a los países extraeuropeos. Y a todo lo anterior añádase que la apropiación de los bienes eclesiásticos había sustraído a los misioneros los recursos económicos más indispensables para su trabajo.

Por todo ello, tras el regreso de su cautiverio, Pío VII no tuvo tiempo más que de sentar las bases para un futuro desarrollo de las misiones (S. Delacroix, *Histoire des míssions catholiques*, Monaco, 1959) que él no vería al morir en 1823. En este sentido, la restauración de las órdenes religiosas y particularmente de los jesuítas, comenzó por ser uno de los primeros remedios a toda esta situación. En 1822, Paulina María Jaricot (1799-1862) fundaba la Obra de la Propagación de la Fe, que en los años siguientes realizó una impresionante recogida de recursos para las misiones. Salvo América y China, en el resto hay muy pocos establecimientos misioneros. En cuanto al continente africano, se comienzan entonces a poner los cimientos cara al futuro, y no deja de ser paradójico que el propio Pío VII busque la alianza de Inglaterra para promover una serie de acciones frente a las monarquías católicas de Francia, España y Portugal para que supriman la trata de negros.

La salud quebrantada del pontífice y los 80 años que tenía en 1822 obligaron a instalar una cuerda en las paredes de su apartamento a la que se tenía que agarrar para sostenerse en pie. El 6 de julio de 1823, aniversario de su secuestro por Radet, al romperse la cuerda y caer al suelo, Pío VII se fracturó la cabeza del fémur. Salvo aliviar su sufrimiento, nada se podía hacer sino esperar el desenlace. Luis XVIII se apresuró a enviarle desde Francia una cama metálica recientemente inventada. Consciente de su gravedad, se preparó con entereza y sencillez para morir, ayudado por su capellán Bertazzoli, al que motejaba con humor como «el piadoso inoportuno», cuando le fatigaba con sus exhortaciones espirituales. Dicen que entre sus últimas palabras dirigidas a Dios al entregar su alma, susurró los nombres de Savona y Fontainebleau, reviviendo así el sufrimiento de su cautiverio. Falleció el 20 de agosto de 1823, a los 81 años de edad y casi veintitrés años y medio de pontificado.

León XII (28 septiembre 1823 - 10 febrero 1829)

Personalidad y carrera eclesiástica. Annibale Della Genga, hijo del conde Della Genga, nació el 22 de agosto de 1760, cerca de Espoleto, en el castillo de su familia. Cursó estudios en la Academia Romana de Nobles Eclesiásticos. Recibió la ordenación sacerdotal en 1783. Pío VI le nombró camarero secreto en 1792, y al año siguiente fue designado titular del arzobispado de Tiro. A partir de 1794 desempeñó funciones diplomáticas como nuncio en Colonia y en Munich y participó en las negociaciones para la elaboración del concordato germano en la Dieta de Ratisbona, pero debido a las guerras napoleónicas tuvo que trasladarse a Augsburgo y a Viena. Las presiones de Napoleón le obligaron a retirarse de la carrera diplomática y se recluyó en la abadía de Monticelli.

Al ser restaurado Luis XVIII (1814-1824) en el trono francés, reaparece en las negociaciones diplomáticas de París, como comisionado de Pío VIL Pero bien porque no comprendiera la trascendencia de su misión, o bien porque actuase con negligencia, lo cierto es que viajó con tanta calma que llegó a la capital de Francia un día después de la firma de la primera Paz de París (30 mayo 1814). Al no haber ningún representante de la Santa Sede que hiciera valer sus

derechos, los franceses se adjudicaron Aviñón y los austríacos las legaciones. Se ganó por ello un durísimo reproche de Consalvi (1757-1824), que como secretario de Estado tuvo que reclamar la soberanía de esos territorios durante las conversaciones de Viena. A pesar del incidente de París, Pío VII le nombró cardenal y obispo de Senigallia en 1816, en consideración a sus cualidades y a los méritos contraídos durante su permanencia en Alemania. En 1820 el papa le designó su vicario en Roma. Como nuevo sucesor de san Pedro, eligió el nombre de León XII por veneración a san León Magno (440-461).

Los acontecimientos revolucionarios, ante los que ninguna nación europea pudo permanecer indiferente, marcaron con más claridad la línea divisoria entre las dos tendencias existentes en los Estados Pontificios: los *zelanti* y los *po-Uticanti.* Los *zelanti* («celosos») pueden identificarse con los prelados más intransigentes de Roma; capitaneados por los cardenales Bartolomeo Pacca (1756-1844) y Agostino Rivarola, eran partidarios de mantener la organización social y política del Antiguo Régimen, por lo que frente al liberalismo mantenían posiciones de un radical enfrentamiento. Por lo mismo que el radicalismo revolucionario había intentado construir un nuevo orden haciendo tabla rasa del pasado, los *zelanti,* a tono con la época de la Restauración, defendían la postura de que nada debía cambiar. Enfrentados a este sector se encontraban los *políticanti,* que admitían la posibilidad de modificar la organización social de los Estados Pontificios; es más, de hecho pensaban que el desmoronamiento de las estructuras de los Estados Pontificios, provocado por la política napoleónica durante los años de ocupación, se presentaba como una magnífica e irrepetible oportunidad para levantar unos nuevos Estados Pontificios reformados administrativamente. El personaje más representativo de los *políticanti* era, sin duda, el cardenal Consalvi.

Pues bien, al comenzar el cónclave (2 septiembre 1823) todo parecía reducirse a un pulso entre los *zelanti* y los *poUticanti.* Por lo demás, en 1823, triunfante el sistema de la Restauración en toda Europa que se había propuesto la reposición del absolutismo político, la opinión pública en los territorios de la Iglesia se había vuelto contra Consalvi, al que no se le perdonaba que durante el pontificado anterior hubiera introducido medidas «revolucionarias» en los Estados Pontificios, como la supresión de los derechos feudales de la nobleza o la abolición de los privilegios de algunas ciudades. Quienes promovían esta campaña contra Consalvi, presentándose como patriotas italianos, le acusaban además de haberse vendido a Austria, de modo que los *zelanti* consiguieron que el anterior secretario de Estado entrara en el cónclave sin posibilidad alguna de ser elegido. Ahora bien, por plantear esta estrategia, a su vez los *zelanti* se granjearon la enemistad de la corte de Austria y acabaron siendo vetados, «no por la rigidez de sus principios —como escribe el que fuera ministro de Asuntos Exteriores francés, Chateaubriand—, sino por ser demasiado italianos para ella».

Lo cierto es que el nombre del cardenal Della Genga no figuraba en los pronósticos previos al cónclave. Como escribió el cardenal Wiseman (1802-1865)

(Recollections of the Last Four Popes, Londres, 1858) al describir el desfile procesional de los cardenales en la entrada del cónclave, «nadie quizás se fijó en una figura alargada y demacrada que caminaba débilmente y llevaba en sus rasgos la palidez de un hombre que parece no salir de una enfermedad sino para ponerse de cuerpo presente». Desde luego que el cardenal Della Genga por ser vicario de Roma desde hacía tres años debía haber gozado de una enorme popularidad, sin embargo era un perfecto desconocido entre los fieles de la Ciudad Eterna, porque debido a su precaria salud había permanecido muchos más meses convaleciente en la cama o en su habitación que en activo. En consecuencia, concluye el cardenal Wiseman, «a Della Genga una elección más elevada que la voluntad de los hombres le había destinado a un trono». El 28 de septiembre, 34 de los 49 electores le dieron su voto. Eran suficientes para que hubiese papa. Sólo faltaba saber si el elegido iba a aceptar; pues, al conocer el resultado, Della Genga fue el primer sorprendido y justificó las dudas que tenía manifestando con toda sencillez: «Habéis elegido a un cadáver.» Pero tras unos primeros momentos de incertidumbre, la insistencia de sus electores le acabaron por convencer.

El gobierno del Estado pontificio y las relaciones diplomáticas. Una de las primeras medidas de León XII fue sustituir en la Secretaría de Estado a Consalvi por el cardenal Giulio Maria Della Somaglia (1744-1830), quien a todas luces tenía graves inconvenientes para desempeñar ese cargo: 80 años, carencia de dotes de gobierno y falta de experiencia. Debido a sus características y por pertenecer Somaglia a los *zelanti,* su nombramiento se interpretó como una maniobra de ese grupo para situar a un personaje manejable, y en el mismo sentido se entendió la constitución de una congregación de Estado integrada por cardenales para gobernar los Estados Pontificios y la Iglesia en una dirección intransigente.

Tales presagios se confirmaron por lo que se refiere al gobierno interno de los Estados Pontificios, donde los tribunales, el gobierno de las ciudades, la recaudación de impuestos y la administración volvieron a ser muy semejantes a los de la etapa del Antiguo Régimen. Sin duda, la política intransigente de los *zelanti* en los Estados Pontificios quedó patente en la lucha contra el bandolerismo y la represión contra los carbonarios en la Romana. La ejecución en 1825 de dos de los carbonarios más influyentes, como Targhini y Montanari, culpables de homicidio, desató una campaña de críticas contra el papa en una parte de la prensa francesa e inglesa. Por otra parte, la política represiva no sirvió para acabar con las actividades de esta sociedad secreta. Al contrario, incitó a un levantamiento de los carbonarios en la Romana y para sofocarlo tuvo que ser enviado el cardenal Agostíno Rivarola, como legado extraordinario del papa. Apoyándose en la contrasecta de los *sanfedisti,* se empleó con mano muy dura. Condenó a 513 personas al exilio o a la prisión y firmó siete penas de muerte. Los carbonarios respondieron con represalias, en una de las cuales cayó asesinado el secretario de Rivarola, el canónigo Muti. Rivarola fue entonces sustituido por Internizzi, que tampoco fue capaz de imponer la calma, de modo

que el bandolerismo y la agitación de los carbonarios se convirtieron en los dos problemas más graves de orden público en los Estados Pontificios.

Los primeros momentos del pontificado de León XII, sembrados de vacilaciones, fueron bien diferentes al mandato de línea segura de su predecesor. Con un papa al pie de la tumba y un secretario de Estado octogenario e inexperto, se agitaron más de lo debido los círculos clericales, de ahí que hiciera fortuna en esos primeros meses la frase de uno de los pasquines aparecidos en Roma, que decía que en la Ciudad Eterna todo se había vuelto *«ordini, contrordini, desordini»*. Por las características del papa elegido daba la impresión que se hubiera querido trasladar el verdadero gobierno de la Iglesia al grupo de los *zelanti,* y que León XII estaba destinado a ser sólo un instrumento en sus manos sin reconocerle capacidad de iniciativa. Ahora bien, esta trayectoria zigzagueante inicial de órdenes y contraórdenes no era tanto la manifestación de la debilidad de un papa anciano, como el reflejo del esfuerzo que León XII comenzó a realizar, una vez nombrado, para librarse de la tutela de los *zelanti*.

> Los partidos se esfuerzan —se llegó a escribir entonces— por todo tipo de medios en elevar a los puestos a los hombres de su elección; pero una vez llegados a ellos, éstos encuentran un horizonte que les abre nuevas posibilidades. Ven con nuevos ojos y gobiernan con nuevas miras. Los amigos surgen entonces y les instigan. Un hombre honesto en semejante situación se aflige, pero no duda de la elección que debe hacer. He aquí el porvenir de la historia del papa que hoy tenemos (J. Leflon, *La Revolución*, en A. Fliche y V. Martín, *Historia de la Iglesia,* t. XXIII, Valencia, 1975).

En efecto, sobre todo a partir de 1825, León XII iba a dar sobradas muestras de que disponía en su conciencia de un ámbito libre de influencias para decidir por sí mismo. Para ese mismo año, anunció la celebración de un jubileo, el primero después de cincuenta años. El papa tomó esta decisión a pesar de la hostilidad de la mayor parte de la curia, contra la oposición frontal de los monarcas absolutistas, que entendían que el engrandecimiento de la figura del papa empequeñecía la suya, y frente a las protestas de los liberales radicales que, por reducir la religión a un sentimiento del interior de cada conciencia, no estaban dispuestos a permitir manifestaciones públicas del hecho religioso. En la bula de promulgación, el papa justificaba esta iniciativa para «despertar el sentido del pecado y sus responsabilidades [...] liberar a las almas del yugo del demonio y sacudirse su dominio a fin de conseguir la verdadera libertad, la de los hijos de Dios, con la que Dios nos ha gratificado». En efecto, no fueron pocos los obstáculos que le salieron al paso al sumo pontífice, pero frente a las noticias que le llegaban sobre tan variada oposición, León XII mostró una energía inesperada y una y otra vez contestaba invariablemente: «Pueden decir lo que quieran —repetía a los mensajeros—; el jubileo se hará.»

Y, en efecto, se celebró el jubileo; fue un éxito y acudieron a la Ciudad Eterna multitudes de fieles de toda Europa a pesar de las deficientes comunicaciones de aquella época. La afluencia a Roma de tantos peregrinos sirvió para es-

trechar todavía más los lazos de unión entre los fieles católicos y la cabeza visible de la Iglesia. Durante las celebraciones se pudo contemplar al pontífice en la silla gestatoria muy en tono «restaurador», como inmortalizara Horace Vernet (1789-1863) en su famoso cuadro, que de un modo plástico refleja la mentalidad tradicional de León XII; pero también quienes acudieron a Roma pudieron apreciar otras facetas del romano pontífice, como por ejemplo que a pesar de su deficiente salud y sus muchos años siguiese las procesiones con los pies descalzos.

Pues bien, si existe un León XII tradicional que rompió con la línea de su predecesor Pío VII en ciertos aspectos del gobierno interno de la Iglesia, sin embargo en otros puntos la continuó, como sucedió con la reactivación de la política concordataria. En diciembre de 1823 León XII, como reconocimiento de la valía del anterior secretario de Estado, llamó a Consalvi, que vivía retirado en su villa de Porto d'Anzio, y le nombró prefecto de la sagrada congregación De Propaganda Fide. Sin embargo, ninguna ayuda le pudo reportar al pontífice este nombramiento, pues Consalvi falleció pocos días después, en enero de 1824. En 1828, reemplazó a Somaglia en la Secretaría de Estado por el cardenal Tommaso Bernetti (1779-1852), que había sido la mano derecha de Consalvi. De modo que su política exterior prosiguió la línea independiente trazada por Pío VII para garantizar un ámbito de autonomía, imprescindible para llevar a cabo la misión sobrenatural de la Iglesia.

León XII impulsó las negociaciones ya iniciadas en el pontificado anterior para firmar un concordato con los Países Bajos, según el mapa de Viena integrados por el territorio protestante de Holanda y la zona católica de Bélgica. Su monarca era Guillermo I (1815-1840), de la casa Hannover, un rey de religión protestante y dependiente de Inglaterra. Guillermo I, a pesar de no ser católico, pretendía reservarse el nombramiento de obispos, alegando que era prerrogativa suya heredada al ser sucesor del rey de España. Otro de sus empeños consistió en controlar la formación del clero, sometiéndolo al monopolio de la universidad. Sin embargo, según lo aprobado en el concordato de 1827, retuvo sólo el derecho de veto, ya que la propuesta de obispos recaía en los cabildos, el obispo a su vez controlaría los cargos en sus diócesis y el Estado se obligaba a dotar de sueldo fijo al clero, que en contrapartida estaba obligado a prestar un juramento de fidelidad. El concordato suponía un balón de oxígeno para la población católica belga, que lo consideró como un auténtico triunfo, pero el rey de Holanda torpedeó la práctica de los acuerdos que muy pronto quedaron en papel mojado. Las últimas consecuencias del incumplimiento del concordato no las pudo ver León XII. Toda esta situación provocó la reacción de los belgas que, unidos a los protestantes liberales y con el impulso a su favor del ciclo revolucionario del verano de 1830, acabaron por segregarsc de Holanda.

Respecto a Inglaterra, León XII prosiguió la táctica iniciada por Consalvi de apoyarse más en la diplomacia que en la intransigencia de los católicos irlandeses. Sólo por un par de meses la muerte le impidió ver los resultados. Ésta fue también la línea y los objetivos que se trazó Daniel O'Connell (1775-1847)

al restablecer en 1825 la Asociación Católica: reforzamiento de los comités diocesanos y parroquiales para la recogida de firmas y organización de mítines para cambiar la opinión pública. Así las cosas, en 1828, y a pesar de que por ser católico no se lo permitía la ley, O'Connell se presentó a las elecciones en el condado de Clarke, donde obtuvo un excelente éxito sobre su rival, e incluso intentó ocupar su escaño en el Parlamento. Los *tories* comprendieron la estrategia de O'Connell: o atendían las demandas de los católicos o con sus votos podrían derribar su gobierno. Ante esta disyuntiva, Wellington (1767-1852) forzó al rey, Jorge IV (1820-1830), para que concediese la emancipación de los católicos en abril de 1829. Así pues, se aprobaba esta reforma por puro pragmatismo, más que por el respeto al derecho que asistía a los católicos. A partir de entonces se restringía en las islas el juramento de obediencia sólo al aspecto civil y se reconocía a los católicos sus derechos políticos y civiles, por lo tanto podrían ser también candidatos en las elecciones y ocupar cargos en la administración, salvo algunos que permanecieron vetados a los católicos hasta el siglo XX.

También en Iberoamérica León XII prosiguió la línea de su predecesor. Hasta la independencia de las naciones americanas, los titulares de las diócesis eran peninsulares nombrados por el rey de España (P. de Leturia, *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica*, t. II). Tras la independencia, se duplicaron las injerencias, de modo que ante los intentos de control en el nombramiento de los obispos tanto por parte de los gobiernos de las naciones independizadas como por parte del rey de España, Fernando VII (1808-1833), en 1826 el papa nombró a Mauro Cappellari (1765-1846) —el futuro Gregorio XVI—, prefecto de la congregación De Propaganda Fide, y puso bajo su gobierno las comunidades cristianas recién independizadas, para proceder al nombramiento de obispos sin consultar a nadie. Sin embargo, las presiones de Fernando VII —que también asentaba su reinado sobre la alianza del trono y el altar— entorpecieron de tal manera los proyectos de León XII, que fue necesario volver al antiguo sistema del nombramiento de vicarios apostólicos para no violar el patronato regio, lo que provocó un auténtico caos en el gobierno de los católicos del continente americano en los años sucesivos.

Los problemas doctrinales. No quedaría completo el boceto del pontificado de León XII sin una referencia a los problemas doctrinales de estos años. Con la bula *Quod divina Sapientia* (1824) el papa reorganizó los planes académicos en las siete universidades de los Estados Pontificios (Roma, Bolonia, Perugia, Fermo, Ferrara, Macerata y Camerino), donde se impulsaron los estudios de apologética, derecho canónico, liturgia y arqueología. En su primera encíclica, *Ubi primum* (3 mayo 1824), trató de hacer frente a los errores que amenazaban a la fe. Este documento comenzaba con unas recomendaciones a los obispos, con el fin de que la buena doctrina se asentara sobre el buen ejemplo. En este sentido, recordaba a los sucesores de los apóstoles sus obligaciones de residir en sus diócesis y de realizar las visitas pastorales, así como a esmerarse

mentó del orden sacerdotal. A continuación llamaba la atención sobre el indiferentismo y sobre todas las corrientes de pensamiento que coincidían en «enseñar que Dios ha dado al hombre una libertad absoluta, de manera que cada uno pueda sin peligro para su salvación, abrazar y adoptar la secta y la opinión que le convenga según su propio juicio». Y concluía la encíclica haciendo un llamamiento a todos los obispos para que, reaccionando frente al galicanismo y al josefinismo, cerraran filas junto al papa.

Y en cuanto a los aspectos doctrinales durante este pontificado, también hay que volver a referirse a Francia. Tanto durante el reinado de Luis XVIII (1814-1824) como en el de Carlos X (1824-1830), León XII tuvo que enfrentarse a las tendencias galicanas de estos dos monarcas absolutistas. Además de interferir en las competencias sobre el nombramiento y la disciplina de los obispos, Carlos X reclamó la concesión de su plácet, impidiendo la comunicación directa del papa con los prelados franceses. Carlos X llegó incluso a prohibir la exhortación de León XII dirigida a los cismáticos de la Pequeña Iglesia para que volvieran a la unidad.

No obstante, aunque personificado en un clérigo, un nuevo problema se estaba gestando entonces en Francia, que estallaría con toda virulencia en el pontificado de Gregorio XVI (1831-1846). Dicho clérigo adquirió una notable notoriedad ya en la etapa de León XII. Se trataba de Felicité de Lamennais (1782-1854), bretón converso en 1804, ordenado sacerdote en 1816, y apóstata desde 1834, que murió separado de la Iglesia. Hombre de un temperamento radical y escasa formación teológica, era sin embargo un buen polemista. Se hizo popular al publicar en *Le Conservateur*, *Le Défenseur* y *Le Drapeau Blanc* sus escritos ultramontanos «en perpetua exageración —según se ha escrito— que pone la lógica al servicio de su pasión, o más bien, que toma su pasión por la lógica misma». Su prosa hiriente habitualmente atacaba a las personas; y así se refería a Lainé y Corbin como «continuadores de Enrique VIII», al abate Clausel de Montáis le apodaba el «Marat del galicanismo» y a los jesuítas les llamaba «granaderos de la locura» (J. Leflon, *La Revolución...)*. Lamennais elaboró los argumentos de estos años con el entramado del fideísmo y del tradicionalismo, manifestando un llamativo desprecio hacia la razón humana, a la que llegó a calificar de «débil y vacilante luminaria». Su primera fase ultramontana queda reflejada nítidamente en una de sus máximas: «Sin papa, no hay Iglesia; sin Iglesia, no hay cristianismo; sin cristianismo, no hay sociedad» (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t. I). Al final del pontificado de León XII cambió de postura, y si hasta entonces pensaba que la Iglesia debía ser necesariamente tradicionalista, a partir de 1829 defendió que con la misma necesidad y exclusivismo debía abrazarse al liberalismo. A pesar de tan espectacular cambio, el clérigo bretón mantuvo inalterable su radicalismo, hasta exigir que sus tesis personales se convirtieran en doctrina oficial de la Iglesia. La indiferencia y el silencio de la Santa Sede ante semejante pretensión le fue alejando de la Iglesia hasta romper formalmente con ella. La ruptura se produjo durante el pontificado de Gregorio XVI.

En efecto, León XII no vería el desenlace ni de ésta ni de otras muchas cuestiones, que se habían iniciado durante su pontificado. En el invierno de 1829 sufrió otra de las muchas recaídas de salud, quizá una de las más cortas, pues ésta que fue la definitiva sólo duró cinco días. Cumplidos los 68 años y tras cinco años y medio de pontificado, consumido como estaba desde hacía tiempo por las enfermedades, tuvo una corta y tranquila agonía. Falleció el 10 de febrero de 1829.

Pío VIII (31 marzo 1829 - 30 noviembre 1830)

Personalidad y carrera eclesiástica. Francesco Saverio Castiglioni nació (20 noviembre 1761) en Cingoli, cerca de Ancona. Pertenecía a una familia noble, emparentada con el papa san Pío V (1566-1572). Cursó los primeros estudios en el colegio de los jesuítas de Osimo. Desde muy joven dio muestras de unas excepcionales dotes intelectuales en disciplinas como la arqueología y la numismática, pero sobresalió ante todo en el estudio del derecho canónico, cursado en Bolonia y en Roma. Colaboró con monseñor Giovanni Devoti (1744-1820) en la compilación de *Instituí»Iones canonicae* (1792). La formación jurídica adquirida durante estos años le facilitó sus posteriores funciones de gobierno, por ejemplo, a la hora de resolver —ya desde la cátedra de san Pedro— el problema de los matrimonios mixtos en 1830 frente a las pretensiones de Federico Guillermo III de Prusia (1797-1840).

Pío VII (1800-1823) le nombró obispo de Montalto en 1800, desde donde fue trasladado a Ascoli. Durante la ocupación francesa apoyó con firmeza a Pío VII y defendió los intereses de la Santa Sede. Al no plegarse a los dictados de Napoleón (1769-1821), éste dio una orden en virtud de la cual fue encarcelado y confinado al principio en Milán, y después en Pavía y Mantua. Esta enérgica actitud de su personalidad contrasta, no obstante, con su quebrada salud:

> Una afección herpática —según el cardenal Wiseman *(Recollections of the Last Four Popes,* Londres, 1858)— y obstinada le hacía tener la cabeza inclinada y girada hacia un lado, lo que daba cierto aire de rigidez y falta de gracia a sus movimientos. Sin embargo, esto no era lo peor; parecía estar y estaba efectivamente, en un estado de sufrimiento continuo, produciéndole una fuerte irritación, que se manifestaba a veces en su tono y sus expresiones.

Tras la derrota de Napoleón, regresó a su diócesis y en 1816 fue nombrado obispo de Cesena y promovido al cardenalato. Posteriormente desempeñó los cargos de prefecto de la Congregación del índice y penitenciario mayor (1821), por lo que le tocó asistir espiritualmente a Pío VII y a León XII (1823-1829) en sus últimos momentos.

Ya en el cónclave de 1823 fue uno de los candidatos a suceder a Pío VII, pues de todos eran conocidos sus deseos de que fuera su sucesor, e incluso se difundió un comentario de Pío VII realizado después de un delicado despacho con el entonces cardenal Castiglioni: «Vuestra santidad, Pío VIII, arreglará más tarde este asunto.» Por tanto, aunque tuvo que ceder el paso a León XII en

1823, su elección en 1829 no constituyó ninguna sorpresa y fue muy bien recibida, pues además de la ejemplaridad de su vida de piedad poseía dotes de gobierno, como había demostrado en el desempeño de los diversos cargos eclesiásticos que había ocupado. Y, precisamente, la circunstancia de su precaria salud parece ser que pesó en el ánimo de los electores del cónclave, que una vez más se había bloqueado debido a las ya conocidas pugnas entre *zelanti* y *politicanti.* Puesto que ni unos ni otros cedían, no quedaba otra salida que hacer un paréntesis en sus disputas, mediante la elección de un pontificado corto o «interino», como algunos pretendieron, por lo que la debilidad física de Castiglioni, marcadamente visible en el absceso del cuello que presagiaba un pronto final, atrajo la atención de los electores hasta el punto que le votaron 47 de los 50 cardenales reunidos en el cónclave.

En efecto, la permanencia de Pío VIII en la sede de san Pedro fue muy breve, pero en modo alguno su pontificado se puede calificar de interino, ya que durante esos casi dos años el romano pontífice tuvo que hacer frente a las dificultades propias de todo un cambio de época. El pontificado de Pío VIII coincide con el ciclo revolucionario de 1830 que liquida la Restauración, período de quince años en los que Europa trató de asegurar su convivencia sobre los presupuestos del Congreso de Viena (1815): legitimidad monárquica y equilibrio europeo. Así pues, y contra todo pronóstico, el breve tránsito de Pío VIII por el pontificado dejó sus huellas en la historia de la Iglesia, que conviene repasar.

Las revoluciones liberales de 1830. Pocos meses después de su elección, el tratado de Adrianópolis (14 septiembre 1829) reconocía la independencia de Grecia del Imperio turco, después de ocho años de enfrentamiento con el sultán. Desde luego, algo estaba cambiando en Europa, pues las mismas potencias que habían aceptado los principios de Viena, se retractaban ahora. El reconocimiento de la independencia de Grecia por parte de las potencias europeas era el mejor certificado del fracaso de los presupuestos de la Restauración, ya que además de desautorizar al «legítimo» soberano, el sultán turco, se aceptaba a un tiempo el «desequilibrio» que suponían las modificaciones del mapa europeo con la independencia de Grecia. Por otro lado, la serie de revoluciones que se desencadenaron durante el verano de 1830 en Francia, Alemania, Polonia, los Estados Pontificios y Bélgica, acabaron por liquidar definitivamente el sistema de la Restauración.

Y una vez más Francia, la «hija primogénita de la Iglesia», donde reinaba Carlos X (1824-1830), hermano del guillotinado Luis XVI (1754-1793), que había restaurado la alianza del trono y el altar con el fin de poner la religión al servicio del Estado, se iba a convertir en el primero y más grave problema de Pío VIII. Chateaubriand (1768-1848), embajador de Francia ante la Santa Sede, interfirió en el nombramiento como secretario de Estado del cardenal Giuseppe Albani (1750-1834), formado en la escuela de Consalvi (1757-1824), por considerarle un hombre de Austria, y le vetó calificándole de indeseable. Pío VIII, por su parte, tras responderle que el nombramiento de Albani no obedecía a cálculos políticos, le manifestó con claridad y firmeza: «yo soy el soberano y se

hará mi voluntad». Como consecuencia de este choque, Chateaubriand tuvo que dimitir de su cargo. Por lo demás, la actuación posterior de Albani vino a demostrar que el secretario de Estado no se supeditó a los dictados de ninguna de las potencias, incluida Austria, y que defendió los intereses de la Iglesia con total independencia.

Así se explica que la «alianza» en la que se había refugiado el régimen de Carlos X provocase que la revolución de 1830 atacase con igual ímpetu tanto al trono como al altar. La estrategia de Carlos X había colocado a la Iglesia en la mentalidad de los liberales franceses como aliada del absolutismo y enemiga de las libertades. En consecuencia, los revolucionarios de París durante las jornadas de julio saquearon el arzobispado, el noviciado de los jesuitas y la casa de las misiones, hechos que por imitación fueron repetidos en muchas ciudades y pueblos de Francia. Pío VIII, a quien todos estos acontecimientos no le cogieron por sorpresa, actuó con moderación, pues a la vez que condenó los desmanes anticlericales, desautorizó la vinculación de la Iglesia con el legitimismo al reconocer la nueva monarquía de Luis Felipe de Orléans (1830-1848). Además, exhortó a los obispos y al clero de Francia para que prestasen sumisión y obediencia «al nuevo soberano elegido por la nación, por quien debían elevar sus oraciones según costumbre», les prohibió expresamente que abandonasen sus diócesis y sus ministerios, y les recomendó que se empeñaran en cumplir su misión religiosa, pacificando los espíritus.

Esta misma línea de actuación se impuso en la relaciones diplomáticas del pontífice con Inglaterra, donde se acababa de reconocer la emancipación de los católicos. Y del mismo modo procedió respecto a Bélgica, otro nuevo Estado que surgía en 1830 al unirse los católicos y los liberales belgas para luchar hasta conseguir la independencia del reino de los Países Bajos, cuyo soberano, de religión protestante, trataba de imponer un régimen absolutista y regalista en todos sus dominios.

Por otra parte, Pío VIII tuvo que resolver la grave cuestión de los católicos alemanes, donde el soberano de Prusia, Federico Guillermo III, sometió los matrimonios mixtos de las zonas católicas a una legislación protestante. Según el breve *Litteris altero abhinc* (25 marzo 1830), Pío VIII sentó la doctrina de la Iglesia al respecto, vigente durante mucho tiempo. El breve, en principio, trataba de disuadir a los católicos de celebrar matrimonios mixtos en los que no se garantizasen las cautelas de la Iglesia en orden a la educación religiosa de la prole; de celebrarse, no obstante y salvo que existiesen impedimentos dirimentes, se reconocían como válidos dichos matrimonios, aunque no cumpliesen los requisitos dictados en Trento, y se permitía la asistencia pasiva del sacerdote en dichas celebraciones. La solución de Pío VIII, emanada sin duda de su formación jurídica, aunque no alivió la crispación de las autoridades prusianas, al menos se convirtió en un importante legado doctrinal para sus sucesores en el pontificado.

El gobierno de Pío VIII impulsó también las iniciativas que sus predecesores habían tomado en América. Por habilidad y tacto, el papa supo amortiguar las tensiones del gobierno brasileño contra la Iglesia y consiguió la acreditación

del nuncio Antini ante las autoridades brasileñas. Pío VIII creaba así la primera nunciatura de América del Sur.

Mayor relieve tuvieron sus decisiones respecto a Estados Unidos, donde Pío VII en 1806, antes de ser apresado por Napoleón, había erigido las diócesis de Boston, Nueva York, Filadelfia y Bardstown, a la vez que constituía Baltimore en sede metropolitana; en 1821, se crearon las de Charleston y Richmond y en 1822 la de Cincinnati. Todo lo cual era el reflejo del crecimiento de la Iglesia en Norteamérica. Pues bien, Pío VIII promovió la celebración del Concilio de Baltimore, que comenzó el 4 de octubre de 1829 y dio sobradas muestras de la vitalidad de la Iglesia en aquellas tierras.

El magisterio de Pío VIII. El talante conciliador de Pío VIII en las relaciones diplomáticas era compatible con su firmeza en la defensa doctrinal en aquellos puntos en los que las ideologías chocaban con el depósito revelado que, naturalmente, como cabeza de la Iglesia, tenía que custodiar y defender. De modo que tanto Pío VIII como sus sucesores tuvieron que dar una respuesta a los planteamientos doctrinales del liberalismo, en cuanto que algunos de sus partidarios plantearon la incompatibilidad de la ideología liberal con la doctrina de la Iglesia. En efecto, conviene precisar que el liberalismo, además de proponer una determinada organización de la economía, de las relaciones sociales o de establecer el sistema de elección de los representantes del poder mediante elecciones, entre otras muchas más manifestaciones, es «ante todo una filosofía global» (Rene Rémond, *Introducción a la historia de nuestro tiempo*, t. II), una antropología, en definitiva, que proclama la autonomía del hombre y el relativismo frente a la verdad. Naturalmente, ante esta concepción antropocéntrica del liberalismo, que además establece unas determinadas relaciones del hombre respecto a Dios y la naturaleza, el papa debía orientar doctrinalmente a los fieles, de acuerdo con la verdad cristiana. Cosa distinta es que no hayan faltado quienes por prejuicios hayan visto en el papado al enemigo de todas las manifestaciones del régimen liberal, o quienes por el contrario, en una interpretación interesada, entendieron que las precisiones del papa sobre la filosofía liberal equivalía a respaldar sus propias posiciones políticas absolutistas.

Así las cosas, en su primera y única encíclica, *Traditi humilitati nostrae* (24 mayo 1829), Pío VIII dejó claro, ante todo, su autoridad universal en la Iglesia, «no sólo sobre los corderos, es decir, el pueblo cristiano, sino también sobre las ovejas, esto es sobre los obispos», otra condena más de las tesis galicanas, que por supuesto provocó el descontento de los sectores tradicionalistas del clero francés. A continuación, se refería el papa en este documento a «los sofistas de este siglo, que proponen que el puerto de la salvación está abierto a todas las religiones, y otorgan las mismas alabanzas a la verdad y al error, al vicio y a la virtud, a la honestidad y a la infamia» (Artaud de Montor, *Histoire du pape Pie VIII*, París, 1844). Igualmente condenaba Pío VIII en su encíclica las sociedades secretas por su sectarismo y empeño en destruir la Iglesia y los Estados, y llamaba la atención sobre la santidad del matrimonio y la importancia que debía otorgarse a la educación de la juventud. En su denuncia, se anti-

cipaba así Pío VIII a plantear los principales problemas que la Iglesia iba a tener con aquellos Estados en los que en años posteriores se consolidó el régimen liberal. Por último, la encíclica de Pío VIII proponía a los fieles la oración como el remedio para frenar el avance del error; y para dejar claro que la oración es un recurso perenne y eficaz, el pontífice identificaba la situación de confusión doctrinal de entonces con un pasaje del Antiguo Testamento: «en las actuales circunstancias hay que volver a pedir insistentemente al Señor que libre a Israel de la plaga».

Además de los problemas doctrinales, como los que se han mencionado anteriormente, se agravaba otro que ya conocemos, pues durante el pontificado de Pío VIII Felicité de Lamennais (1782-1854), tras abandonar sus posiciones ultramontanas y animado por las experiencias de los católicos ingleses y belgas, giraba hacia lo que se conoce como catolicismo liberal. Al calor de la revolución de julio de 1830 se instaló con sus seguidores —Jean Baptiste Henri Lacordaire (1802-1861), Charles de Montalembert (1810-1870), Philipe Gerbet (1798-1864), Rene Francois Rohrbacher (1789-1856), Prosper Louis Pascal Guéranguer (1806-1875)— en Juilly, muy cerca de París. Poco después fundaron un periódico, *L'Avenir,* bajo el lema «Dios y Libertad». El nacimiento del periódico en los primeros días del mes de octubre de 1830 fue cuando menos inoportuno en el tiempo, pues provocó no pocas disensiones entre el episcopado francés en torno a las tesis de Lamennais sobre la libertad religiosa. El primer número veía la luz justo cuando el papa había conseguido que los obispos franceses acatasen a Luis Felipe de Orléans. Y es que éste era el único recurso diplomático del pontífice para impedir que el nuevo régimen traspasara a la legalidad las propuestas anticatólicas de los revolucionarios de julio. En cualquier caso, la muerte impidió a Pío VIII afrontar el problema planteado por el clérigo francés, recayendo sobre su sucesor esta cuestión.

Todas estas complicadas y espinosas situaciones acabaron por minar definitivamente la ya de por sí delicada salud de Pío VIII. En sus últimos días el pontífice perdió completamente el sueño, y la úlcera que le aquejaba desde hacía años alcanzó sus órganos internos, provocándole fortísimos dolores. El 23 de noviembre, plenamente consciente, recibió los últimos sacramentos y falleció una semana después. Su pontificado había durado sólo veinte meses.

Gregorio XVI (2 febrero 1831 - 1 junio 1846)

Personalidad y carrera eclesiástica. Alberto Cappellari nació (18 septiembre 1765) en Belluno, al norte de Venecia, en el seno de una familia noble, que había perdido su patrimonio. A los 18 años ingresó en el monasterio camaldulense de San Miguel de Murano en el Véneto, donde adoptó el nombre de Mauro. Tres años después de su profesión solemne fue ordenado sacerdote (1787) y nombrado más tarde profesor de filosofía (1790) del mismo monasterio. En 1795 se trasladó a Roma como asistente del procurador general de su orden. La fidelidad con la que vivió su regla monástica, basada en la piedad y en la austeridad, además de sus cualidades intelectuales, le hicieron merecedor de un

gran prestigio dentro de su orden, que a su vez trascendió muy pronto por toda Italia y algunos países europeos.

Ratificó su valía humana y su fe religiosa con motivo de la conquista de Roma, la conversión del Estado pontificio en la República Romana (1798) y el consecuente cautiverio de Pío VI por el Directorio francés, al atreverse a publicar en 1799 *El triunfo de la Santa Sede y de la Iglesia frente a los ataques de los innovadores*. El libro fue un éxito editorial y se hicieron varias ediciones. En esta obra, Mauro Cappellari rebatía las doctrinas en las que se sustentaba el movimiento revolucionario antirreligioso. En efecto, cuando se había generalizado la opinión entre los revolucionarios de que la Iglesia era ya una causa perdida, hasta el punto de adjudicar al papa prisionero el título de «Pío VI y último», Cappellari proclamó la pervivencia de la Iglesia hasta el fin de los tiempos, de acuerdo con la promesa de su fundador. Como es sabido, los hechos desmintieron las previsiones de los revolucionarios en su contra, pues Napoleón (1769-1821) puso fin al Directorio con el golpe de Brumario (10 noviembre 1799) y estableció en Francia una dictadura. También en este mismo libro, frente al despojo de los territorios pontificios, el monje camaldulense argumentaba en favor de la soberanía temporal del papa, además de defender su infalibilidad y el carácter monárquico de la Iglesia.

Cappellari tenía una gran capacidad de gestión y de gobierno, como demostró en los diversos cargos que desempeñó antes de ser elegido papa. En 1800 fue designado primer abad vicario del monasterio romano de San Gregorio, y cinco años después abad ordinario. Fue, también, procurador general de los camaldulenses en 1807 y general de su orden en 1823. Pío VII (1800-1823) le nombró consultor de varias congregaciones, como la de asuntos extraordinarios y la del índice. León XII (1823-1829) le elevó al cardenalato (13 marzo 1826) y le nombró prefecto de la sagrada congregación De Propaganda Fide, desde donde dio un notable impulso a las misiones, experiencia esta última que sería decisiva —ya durante su pontificado— para sentar las bases modernas de la actividad misional de la Iglesia. Aceptó todos estos cargos sólo como servicio a la Iglesia, porque lo cierto es que rechazó varias sedes episcopales que le ofrecieron tanto Pío VIII como León XII. Por este motivo, el cardenal Mauro Cappellari entraba en el cónclave el 14 de diciembre de 1830 como simple sacerdote, por no haber recibido todavía la consagración episcopal.

Como se esperaba, no fue éste un cónclave corto. Duró cincuenta días y fueron precisas unas cien votaciones para elegir al nuevo sucesor de san Pedro. En cambio, fallaron los pronósticos sobre el nombre del candidato elegido. La prueba de que Cappellari no era uno de los papables es que hasta casi después de un mes de comenzar el cónclave no recibió los primeros sufragios significativos; es más, a la vista de este primer resultado, rogó al resto de los cardenales que dejaran de votarle. Sin embargo, el cardenal Zurla, que además de general de los camaldulenses era su confesor, en virtud de la obediencia le ordenó que aceptara el pontificado; y el 2 de febrero recibía 32 votos de los 41 posibles, con lo que se sobrepasaban los dos tercios exigidos. En honor del papa santo que

había habitado su convento, san Gregorio VII (1073-1085), «campeón medieval de la libertad de la Iglesia», y de Gregorio XV (1621-1623), fundador de la sagrada congregación De Propaganda Fide (6 enero 1622), adoptó para sí el de Gregorio XVI (Ch. Sylvain, *L'histoire du pontifical de Grégoire XVI,* Brujas, 1889). Antes de recibir de manos del cardenal Bartolomeo Pacca (1756-1844) la tiara, símbolo de la autoridad pontificia, tuvo que ser consagrado obispo por el cardenal Zurla el 6 de febrero de 1831.

Con Gregorio XVI comienza una etapa que se prolonga hasta el día de hoy, que se conoce como la de los grandes papas. Además de la dilatada permanencia temporal de los pontífices en la cátedra de san Pedro, desde Gregorio XVI hasta Juan Pablo II (1978) el pontificado se ha revestido de un gran prestigio moral y sus titulares han publicado toda una serie de documentos doctrinales de una enorme resonancia dentro y fuera de la Iglesia. Pues bien, quien inaugura la etapa de los grandes papas es un personaje que en su intimidad vivió como un camaldulense, o que pretendió «ser más monje que papa», por utilizar sus palabras. Hasta su aspecto exterior contribuía a dar esta imagen, pues «su figura —escribió su amigo el cardenal Nicholas Wiseman— no ofrecía a primera vista tanta nobleza como la de su predecesores; sus rasgos, grandes y redondeados, estaban ausentes de esos toques finos que sugieren un genio elevado y un gusto delicado». Pero tal carencia estaba de sobra compensada por una fortaleza nada común. Por gozar de buena salud, despidió a los médicos del Vaticano y destinó su sueldo a obras de caridad. Era un caminante infatigable y llevó una vida realmente austera; dormía sobre un colchón de paja y ordenó al cocinero que le preparara una dieta muy frugal, ya que —según le manifestó— la elevación a la cátedra de san Pedro no le había cambiado el estómago. Quienes le trataron en la intimidad se refieren a una personalidad vivaz, alegre y jovial, que supo hacer compatible la majestad del pontificado con una vida de intensa oración, derivada de su vocación de contemplativo.

La doctrina de la Iglesia y la ideología liberal. Gregorio XVI fue el primer papa que clarificó doctrinalmente el concepto de libertad frente a las propuestas de la ideología liberal.

> El liberalismo soslaya la afirmación cristiana de que el hombre «tiene» libertad, y la sustituye por la de que el hombre «es» libertad. Identifica libertad y naturaleza. No consiste, pues, la cuestión en la defensa de determinadas libertades meramente operativas, externas; el núcleo del liberalismo está constituido por la proclamación de la libertad de conciencia: de nadie depende el hombre, salvo de sí mismo. Se elimina así en la teoría —o al menos en la práctica— el carácter de criatura que tiene el hombre; como tal, radicalmente dependiente del Creador, que es quien le ha otorgado un ámbito bien definido en donde es posible la libertad. La afirmación de la libertad de conciencia comporta un cambio profundo en el mismo concepto de conciencia. El cambio que, a lo largo de los siglos xix y xx, desarrollarán —entre otros— Schopenhauer, Nietzsche y Freud (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo,* t. I).

Pues bien, éste es el núcleo concreto al que se dirige la condena del liberalismo de Gregorio XVI en su encíclica inaugural de pontificado *Miran vos* (15 agosto 1832), condena que por lo demás ratificarán sus sucesores. Meses antes de su publicación, el pontífice había recibido en audiencia a Lamennais (1782-1854), Lacordaire (1802-1861) y Montalembert (1810-1870), que habían peregrinado en noviembre de 1831 hacia Roma para que el papa les concediese un refrendo oficial a sus propuestas de catolicismo liberal. Si la buena voluntad de los menesianos cabe suponerla, su estrategia cuando menos hay que tacharla de contradictoria, pues desde los presupuestos menesianos de libertad se requería para sus propuestas políticas un certificado de autoridad. Así pues, Gregorio XVI mantuvo con los tres «peregrinos de Dios y de la libertad» un encuentro breve y distante, no les dio ninguna respuesta concreta, por lo que permanecieron todavía algún tiempo en Roma en espera de la tan ansiada contestación del papa. Después de seis meses de inútil expectación, los menesianos abandonaron Roma. La respuesta —aunque sin mencionarlos— era sin duda la *Mirad vos.* En dicho documento, además del liberalismo el papa aborda los temas del galicanismo y el regalismo, reafirma el celibato sacerdotal y la santidad del matrimonio y condena el indiferentismo, además de referirse a la libertad de imprenta, a la subversión contra el orden temporal y a la libertad de conciencia, aspecto este último en el que insistirá en su correspondencia con el zar Nicolás I (1825-1855) al manifestarle: «No hay que confundir la libertad de conciencia con la libertad de no tener conciencia.»

En principio, Lamennais recibió la encíclica con estoicismo, pero con el tiempo y contra los consejos de sus compañeros se fue distanciando de Roma hasta colocarse en una posición de enfrentamiento. La publicación de su libro *Palabras de un creyente* en 1834, donde manifestaba que había dejado de creer en Cristo y en la Iglesia, para no creer más que en la humanidad, era toda una declaración de apostasía y suponía de hecho la ruptura, que formalmente se produjo en 1848, año en el que se secularizó y abondonó totalmente la fe. Entregado a la política como diputado demócrata en la Asamblea de la II República francesa, murió en 1854 sin arrepentirse. Bien diferente fue la actitud del resto del grupo de los menesianos, que tras rectificar, permanecieron en el seno de la Iglesia y de acuerdo con las enseñanzas de Roma siguieron luchando en favor de la libertad, y muy particularmente de la libertad de enseñanza, y contribuyeron a la renovación de los estudios eclesiásticos.

Positivismo y fideísmo. Los conflictos doctrinales procedentes de Francia a los que tuvo que hacer frente Gregorio XVI no se debieron exclusivamente a Lamennais. Entre los años 1830 a 1842, Augusto Comte (1798-1857) publicaba su *Curso de filosofía positiva,* donde proclamaba el advenimiento de una nueva era para la humanidad (coincidiendo casualmente la coronación de la cima histórica con su pensamiento), en la que la sociología debería convertirse en la ciencia que regulara la vida de los hombres conforme a las pautas del progreso y el bienestar material. Comte y Lamennais mantuvieron varias entrevistas en 1826; como resultado de estos encuentros, el primero reconoció a La-

mennais, con admiración, como el jefe indiscutible del partido católico, aunque eso sí, sin posibilidad de encontrarse ideológicamente. No fue así, pues a partir de 1834 Lamennais iba a coincidir en no pocos puntos con Comte, tras variar el objeto de su fe hacia la humanidad, al haber situado a ésta en el lugar de las creencias que hasta entonces habían ocupado Cristo y la Iglesia.

Por otra parte, y en sentido contrario a los postulados expuestos anteriormente, Gregorio XVI tuvo que salir al paso de las propuestas de Louis Bautain, un profesor de filosofía converso y sacerdote desde 1828, que en su obra *La filosofía del cristianismo* (1835) trataba de conciliar el catolicismo con el idealismo, derivado de la filosofía kantiana. Bautain sostenía que sólo la fe en Jesucristo era la única base sobre la que podría apoyarse la razón para comprender el mundo y organizarlo. El antiintelectualismo de Bautain, que convertía a la fe en el principio de la ciencia, es conocido como fideísmo. La doctrina de Bautain fue condenada por la Iglesia en 1840, si bien en este caso el clérigo sometió su juicio a las indicaciones de Roma, y acabó sus días como profesor de teología moral de la Sorbona, integrado en el grupo de los católicos renovadores.

La renovación religiosa en Francia e Inglaterra. Resulta explicable que todas estas desviaciones doctrinales tuvieran como protagonistas a clérigos franceses. A partir del concordato de 1801 fue posible la aparición de un nuevo clero en Francia, al que la jerarquía quería distanciado de las posiciones galicanas de la etapa prerrevolucionaria y sobre todo entregado al culto y a la atención pastoral de la feligresía, con el fin de reparar los daños causados por la Revolución. Pero a cambio de potenciar estos objetivos se descuidó su formación doctrinal. Frayssinous llegó a escribir que Lamennais tenía genio, pero que carecía de teología, y salvo a Rohrbacher (1789-1856), a todos sus seguidores les ocurría otro tanto, de modo que los menesianos «se enredan en generalidades oratorias; se puede admirar su ardor, su preocupación apostólica por conquistar un siglo [...] pero les faltan las bases» (J. Leflon, *L'Église de France et la Révolution de 1848*, París, 1948). Así pues, con el fin de paliar estas carencias, el arzobispo de París, monseñor Denis Auguste Affre (1793-1848), inició las gestiones para comprar el convento de los carmelitas, uno de los escenarios más significativos de la persecución religiosa de 1792, donde instaló la Escuela de Altos Estudios Eclesiásticos, que tanto contribuiría a la renovación del pensamiento religioso en los pontificados posteriores al de Gregorio XVI. Los seis primeros alumnos se matricularon en 1845 y el primer doctor, el futuro cardenal Charles Lavigerie (1825-1892), obtuvo este grado académico en 1850.

En contraste con el estéril revuelo de los clérigos anteriores, fueron laicos franceses los protagonistas de una de las iniciativas más novedosas y fecundas de estos años, concretamente unos jóvenes estudiantes de la Universidad de la Sorbona. Fréderic Ozanam (1813-1853) comenzó sus estudios de derecho en 1831. Pues bien, el entonces estudiante de derecho y más tarde profesor de la prestigiosa universidad francesa, había promovido en dicha universidad una «Conferencia de Historia» para debatir libremente sobre el alcance social del

Evangelio. El mes de mayo de 1833 convocó a seis de sus jovencísimos compañeros en las dependencias de la *Tribuna Católica;* sólo uno de ellos tenía más de veinte años. Fue así cómo se fundó la Sociedad de San Vicente de Paúl: los reunidos juraron buscar a Cristo en la figura de los más necesitados mediante el ejercicio de la caridad. En 1835 funcionaban ya cuatro conferencias en París y poco después se extendieron por toda Europa. Ozanam ha sido beatificado (22 agosto 1997) por Juan Pablo II en la catedral de París.

Un panorama más esperanzador que el de Francia era el que se iba a abrir para los católicos ingleses, debido sobre todo a la acción de dos personajes como Nicholas Wiseman y John Henry Newman (1801-1890), este último uno de los principales impulsores del movimiento de Oxford. Wiseman se había formado en el seminario inglés de Roma reconstruido por Pío VII y fue enviado como coadjutor a Londres, donde Gregorio XVI había erigido cuatro vicariatos. El éxito de sus conferencias religiosas *(lectures)* y la puesta en marcha de publicaciones *(Dublin Review, The Tablet),* iban a ser decisivos para revitalizar la religiosidad de las islas en un momento en que los emigrados irlandeses comenzaban a pesar electoralmentc en Inglaterra y donde a la vez los «viejos católicos» se habían anquilosado. En 1850, Wiseman fue nombrado cardenal primado. No fue fácil su trabajo, pues a pesar de su categoría intelectual y de su arraigada y profunda piedad, o quizás precisamente por ello, tuvo que sufrir la indiferencia y el recelo de los entibiados «viejos católicos» ingleses.

Por otra parte, Newman era un clérigo anglicano, que había decidido libremente vivir el celibato, y se había convertido en una de las figuras universitarias más destacadas de su tiempo. Ingresó en la Universidad de Oxford a los quince años, fue profesor y rector de la capilla universitaria, donde se granjeó un gran prestigio por su honradez intelectual y su profunda piedad. En la década de los treinta, surgieron en la Universidad de Oxford una serie de iniciativas de renovación de la Iglesia anglicana, que había perdido pulso religioso por su identificación con el Estado. Al ser estatal la Iglesia anglicana, la politización de lo religioso en Inglaterra fue todavía más acusada que en los países de mayoría católica. Comenzó así un movimiento intelectual y religioso en el que se produjeron toda una serie de publicaciones y conferencias y en el que jugó un papel decisivo Newman. El movimiento de Oxford, además de la revitalización religiosa de Inglaterra, para Newman iba a suponer un cambio decisivo. Desde su profundo conocimiento de la historia de la Iglesia inició un acercamiento al catolicismo (J. Morales, *Newman, el camino hacia la fe,* Pamplona, 1978) hasta su conversión (9 octubre 1845), todo un acontecimiento para los católicos ingleses y una auténtica sacudida para el anglicanismo. En principio, pensó permanecer en la Iglesia católica como un laico, pero por consejo de Wiseman se ordenó de sacerdote en Roma en 1847; más tarde León XIII (1878-1903) le nombraría cardenal en 1879. Tanto por sus escritos como por sus fecundos apostolados, el cardenal Newman fue una de las personalidades de mayor influencia en la segunda mitad del siglo pasado y todo un punto de referencia. En la actualidad está abierto su proceso de canonización.

La «cuestión de Colonia». En Prusia se agravó el problema suscitado por los matrimonios mixtos, derivando en lo que se conoce como la «cuestión de Colonia». Federico Guillermo III de Prusia (1797-1840) intentó que Gregorio XVI cambiara las disposiciones del breve de Pío VIII; ante la negativa del papa, maniobró en Prusia. El arzobispo de Colonia, monseñor Ferdinand August Spiegel (1764-1831), presionado por el rey cedió y su debilidad fue seguida por la del episcopado alemán.

Las protestas del pontífice ante el rey de Prusia no se hicieron esperar, y coincidiendo con el envío de dichas protestas falleció Spiegel. El candidato para sustituirle, Clement-August von Droste zu Vischering (1773-1845), por pertenecer a la nobleza, le pareció al rey de Prusia un elemento manejable y no tuvo dificultad para aceptar su nombramiento. Sin embargo, su primera actuación fue denunciar el acuerdo secreto entre Spiegel y Federico Guillermo III. El prelado acabó en la cárcel y al arzobispo de Posen le sucedió otro tanto, por solidarizarse con su postura. La valiente actitud de los prelados alemanes contó con el apoyo y el respaldo de los católicos de diversos países, especialmente en Alemania y Estados Unidos.

No cejó en su empeño el rey prusiano y buscó apoyo en los «hermesianos», católicos disidentes que seguían las doctrinas racionalistas de Georg Hermes (1775-1831), condenadas por Roma en 1835. También apoyaron al rey de Prusia los «jóvenes hegelianos», que veían en el fortalecimiento del Estado el principio del progreso histórico, por lo que para ellos era preferible un cristianismo estatalizado a la prusiana que una Iglesia dependiente de Roma y descontrolada del Estado. Y no deja de ser significativo que el propio Karl Marx (1818-1883), ya concluido el conflicto en 1842, tomara partido del lado de los jóvenes hegelianos en la defensa que habían mantenido del Estado prusiano frente la Iglesia católica.

Quedaban así planteadas dos de las grandes cuestiones de los próximos años, como eran la injerencia del Estado en la vida de la Iglesia y la incompatibilidad entre determinadas corrientes de pensamiento y la actividad política de los católicos. Droste-Vischering sólo fue liberado tras la muerte del rey, pues su sucesor, Federico Guillermo IV (1840-1861), de talante más dialogante, pudo llegar a un acuerdo y zanjar la «cuestión de Colonia» mediante la Convención de 1841. En adelante, además de permitir las disposiciones del papa en los matrimonios mixtos, el Estado prusiano dejaría de interferir en las comunicaciones de los obispos alemanes con Roma y se creó la Dirección de Cultos católica en Berlín.

La oleada revolucionaria de los años treinta. Como soberano temporal, Gregorio XVI se vio afectado por la oleada revolucionaria de los años treinta que sacudió a toda Europa. Concretamente, la revuelta de la región italiana había estallado en Módena justo al día siguiente de su elección. Constituido en Bolonia un gobierno insurrecto, apresaron al legado pontificio y proclamaron la república. Los revolucionarios controlaban poco después las legaciones, las Marcas y la Umbría, esto es, las cuatro quintas partes de los Estados Pontifi-

cios. Fracasados los primeros intentos de conciliación por parte de Gregorio XVI, su secretario de Estado, el cardenal Tommaso Bernetti (1779-1852), solicitó ayuda militar de Austria para pacificar los dominios pontificios, lo que a su vez provocó las protestas de Francia. Durante casi dos meses, el Estado pontificio vivió en permanente agitación por la acción de los revolucionarios, entre los que figuraba Luis Napoleón (1808-1873), futuro emperador de Francia con el nombre de Napoleón III (1852-1870).

Sofocado el levantamiento, las potencias —Inglaterra, Francia, Prusia y Rusia— convocaron una Conferencia en Roma e impusieron un *Memorándum* (21 marzo 1831) a Gregorio XVI, que le obligaba a introducir una serie de reformas en sus Estados, que apaciguasen a los revolucionarios, y a solicitar la retirada de las tropas austríacas. Desguarnecidos los territorios pontificios, en 1832 estalló otra revolución, esta vez en la Romana. De nuevo la revuelta fue apaciguada por la intervención extranjera; pero en esta ocasión además de Austria intervino Francia, que ocuparon respectivamente Bolonia y Ancona. Estas dos ciudades permanecieron ocupadas hasta 1838.

Así las cosas, y ante la dificultad por encontrar un equilibrio en las relaciones de la Santa Sede con los revolucionarios y las potencias, Gregorio XVI en 1836 tuvo que sustituir a su secretario de Estado, Bernetti —forjado en la escuela de Consalvi: reticente a Viena y proliberal— por Luigi Lambruschini (1776-1854), de tendencia conservadora. El nuevo secretario de Estado, una de las cabezas de los *zelanti* más intransigentes, adoptó medidas antirrevolucionarias y desconcertantes, como la negativa para instalar la red ferroviaria en el Estado pontificio o prohibir la asistencia a los católicos a los congresos científicos. Ahora bien, conviene señalar que los congresos de la Italia de entonces tenían más de políticos que de científicos y se estaban utilizando como avanzadilla del proceso de unificación italiana.

En efecto, en estas circunstancias nada fáciles, comenzó a actuar la Joven Italia de Giuseppe Mazzini (1808-1872), para quien el sumo pontífice —por ser soberano temporal— era el enemigo a batir, si es que se quería conseguir la unidad de Italia y establecer su capital natural en Roma. Por su parte, los literatos, historiadores y científicos, aglutinados desde hacía tiempo en el movimiento conocido como *Risorgimento,* centraron sus críticas en el papa. Por más que se presentara el *Risorgimento* como un enlace con épocas pretéritas de gloria cultural y artística, el movimiento no fue mucho más allá de ser un instrumento político, cuyos partidarios rebajaron el listón cultural y científico hasta la altura de la mediocridad, a causa de la politización ingénita del *Risorgimento.* Para los risorgimentistas, el empeño de Gregorio XVI en mantener la soberanía temporal de sus territorios era el principal obstáculo para llegar a la unidad de Italia. Para el papa, esa misma soberanía temporal era la garantía inexcusable de su independencia frente al resto de los Estados para cumplir con su misión espiritual, y además tenía el papa otra poderosa razón para defender sus posiciones: todos esos territorios pertenecían a la Iglesia desde hacía unos mil años. Gregorio XVI, por tanto, mantuvo hasta el final de su vida un equilibrio

en esta complicada cuestión, cuyo desenlace se produciría, no obstante, durante el pontificado de su sucesor, Pío IX (1846-1878), etapa en la que fueron usurpados en su totalidad los territorios de la Iglesia.

Un sector influyente de la historiografía italiana ha juzgado con dureza a Gregorio XVI, juicio que por lo demás se ha transmitido a historiadores de otros países. Pero esta crítica se centra sólo en un aspecto parcial de su pontificado, como es el de su soberanía temporal sobre unos territorios enclavados en Italia, sin considerar que la misión primordial del papa es de tipo espiritual y que su potestad no es de ámbito local, sino universal. Sin duda, el juicio sobre el pontificado de Gregorio XVI varía sustancialmente si se realiza con las coordenadas de lo espiritual y lo universal, que son las que enmarcan la misión de los sucesores de san Pedro, pues sólo desde ellas se puede comprender sus actuaciones.

Gregorio XVI también fue testigo de la grave situación de España, donde en los primeros días de octubre de 1833 estalló una guerra civil entre liberales y carlistas. En este clima se desató un anticlericalismo radical, pues si graves fueron las medidas legislativas del gobierno liberal contra las órdenes religiosas, que entorpecieron el normal desarrollo de las relaciones de Roma con la «católica» España (V. Cárcel Ortí, *Política eclesial de los gobiernos liberales españoles 1830-1840,* Pamplona, 1975), el sectarismo se desbordó hasta llegar al asesinato. Durante la tarde y la noche del 17 al 18 de julio de 1834, sólo en la capital de España fueron asesinados cerca de cien religiosos (jesuítas, dominicos, franciscanos y mercedarios) y en los meses siguientes se repitieron las matanzas en otras ciudades (Zaragoza, Barcelona, Murcia y Reus entre otras), donde murieron otros cincuenta religiosos más, sin que las autoridades pusieran mucho empeño en impedir los crímenes y desde luego ninguno en castigar a los culpables, que quedaron impunes (M. Revuelta González, *La exclaustración 1833-1840,* Madrid, 1976). Es más, llegado el caso, el diputado progresista Pascual Madoz, en una de sus intervenciones en el Congreso, justificó incluso las masacres (J. Paredes, *Pascual Madoz 1805-1870, libertad y progreso en la monarquía isabelina,* Pamplona, 1982). Lo cual tampoco resulta sorprendente si se tiene en cuenta que *El Catalán,* periódico de los progresistas catalanes dirigido por Madoz, unos días antes de las matanzas anunció en sus páginas con euforia «que se iba a armar una de San Quintín, en la que iban a cortar el cuello a los frailes».

Por lo demás, durante la minoría de Isabel II (1833-1843), y especialmente desde que los progresistas se hicieron con el poder a partir del año 1835, fueron constantes las medidas legislativas persecutorias: cierre de conventos, nacionalización de los bienes del clero, abolición de los diezmos, además de las matanzas y las quemas de conventos, consentidas y en algunos casos promovidas desde instituciones del gobierno progresista, en sus versiones central o provincial. La llegada al poder de los moderados en 1844 rebajó la tensión, hasta el punto que comenzaron las conversaciones para redactar un concordato, lo que se lograría en 1851.

Igualmente difíciles se presentaron las relaciones de la Santa Sede con Portugal, que también fue escenario de otra guerra civil (1827-1834) entre los partidarios del absolutismo de Don Miguel (1828-1834) y los liberales de Doña María de la Gloria (1834-1853). Derrotados los tradicionalistas, se alternaron en el poder «cartistas» y «progresistas», y también aquí apareció el anticlericalismo.Y aunque el sectarismo portugués tampoco podía desplegar muchas más variantes que las ya conocidas del anticlericalismo español (persecución de clérigos y nacionalización de los bienes de la Iglesia), no es menos cierto que los lusos superaron en intensidad a los hispanos. El panorama portugués que tuvo que contemplar Gregorio XVI en sus últimos días no fue nada consolador: se cerraron conventos y escuelas de religiosos, se expulsó al nuncio y se rompieron las relaciones con la Santa Sede. Sólo en 1848 Pío IX consiguió firmar los primeros acuerdos respecto a los seminarios y el fuero eclesiástico.

Por otra parte, en 1830 las tropas polacas que debían acudir a sofocar la revolución belga, se sublevaron contra el zar. Los católicos polacos trataban de sacudirse el yugo al que estaban sometidos, mediante la rusificación y la imposición de la religión ortodoxa en su territorio, que había sido entregado a Rusia desde el Congreso de Viena. En un primer momento, consiguieron expulsar al virrey ruso y liberar Varsovia, pero las disputas internas entre los polacos «blancos» y los «rojos», que llegó hasta la masacre de los «blancos» a manos de los «rojos», y la falta de apoyo de Inglaterra y Francia, al contrario de lo que había ocurrido en Bélgica, dejó a los sublevados polacos a merced del zar. No es de extrañar, por tanto, que en tan confusa situación la falta de información del pontífice sobre la insurrección de los polacos contra el zar, más que un pretendido apoyo a un gobierno autoritario, motivase el breve *Superiori Anno* (9 junio 1832), en el que instaba a los católicos polacos a volver a la obediencia del zar.

Nicolás I (1825-1855) no dudó en publicar con todo aparato el escrito del pontífice y en utilizarlo como justificación del endurecimiento de la represión sobre Polonia. Poco después, Gregorio XVI con mayor conocimiento de lo sucedido, rectificó su posición y defendió a los polacos adoptando distintas medidas diplomáticas. Esta nueva actitud de Gregorio XVI quedaba expresamente manifestada en su alocución consistorial de 22 de julio de 1842, que terminaba apelando a los sentimientos del zar. Es más, cuando Nicolás I acudió a Roma, donde mantuvo con Gregorio XVI una larga entrevista (13 diciembre 1845) en la que el cardenal Acton hizo de intérprete, el papa medió en favor de los patriotas polacos y le entregó al zar un memorial con los crímenes que habían cometido sus tropas en Polonia. Esta entrevista tan poco eficaz por los resultados, al menos significó un primer movimiento hacia el entendimiento entre los dos Estados, que cuajaría en el acuerdo de 1847, cuando ya dirigía los destinos de la Iglesia Pío IX.

Las misiones. Quedaría incompleta esta semblanza de Gregorio XVI sin hacer una referencia a su impulso misional, no en vano en su tumba de la basílica de San Pedro una inscripción le recuerda como «el papa de las misiones».

Desde que fuera nombrado en 1826 por León XII prefecto de la sagrada congregación De Propaganda Fide, puso en marcha numerosas iniciativas. Entre éstas, cabe destacar el impulso que dio a los vicariatos apostólicos, de los que durante su pontificado estableció 44 más en territorio de misiones. Las faltas de entendimiento que solían producirse hasta entonces entre los obispos y las congregaciones misioneras fueron prácticamente eliminadas, al nombrar obispos a muchos misioneros religiosos. Por último, Gregorio XVI anuló las iniciativas «nacionales» misioneras, en buena parte dependientes de los soberanos europeos, y centralizó toda esta tarea en la congregación De Propaganda Fide. Todas estas disposiciones y la aparición de órdenes misioneras durante estos años permitieron que se dieran los primeros pasos decisivos en la evangelización de África. En el norte se establecieron la diócesis de Argel (1838) y el vicariato apostólico de Túnez (1843). Igualmente fueron evangelizados, entre otros, los territorios de Ciudad del Cabo, Guinea, Abisinia, Gabón y Liberia.

En efecto, Gregorio XVI trazó los nuevos y modernos cauces misionales de la Iglesia, que fueron fijados en su instrucción *Neminem profecto* (23 noviembre 1845). La expansión misional de la Iglesia debía guardar una relación directa con el aumento de Iglesias locales, para lo que era necesario erigir nuevos obispados en esos territorios y formar un clero indígena. Para conseguirlo, descendía luego el documento pontificio a recomendaciones tan concretas como las siguientes: división del territorio de misiones hasta hacerlo asequible al trabajo de los misioneros; formación del clero autóctono y promocionarlo hasta el episcopado; no considerar al clero autóctono como auxiliar; no limitar a los indígenas a ser sólo catequistas, y abrir las puertas del sacerdocio a cuantos tuvieran cualidades y vocación; respetar el rito oriental; evitar la intromisión de los misioneros en asuntos políticos o profanos y cuidar con esmero la educación cristiana de la juventud (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo,* t. I).

Por su trascendencia y el momento en el que se publicó, puede considerarse la instrucción sobre las misiones como la coronación y el remate del pontificado de Gregorio XVI. Poco después de ver la luz este documento pontificio, a comienzos de 1846, un cáncer en la cara quebró la vigorosa salud de Gregorio XVI. La grave enfermedad le minó rapidísimamente, siendo ineficaces todos los remedios que se le aplicaron, incluidos los de los médicos alemanes que vinieron a asistirle. Su última aparición en público tuvo lugar el 21 de mayo; ese día asistió al pontifical de Letrán e impartió la bendición a la muchedumbre desde la *loggia.* Días después, al agravarse su estado de salud, solicitó recibir los últimos sacramentos, y consecuente con la sencillez de camaldulense que había marcado su conducta desde el mismo momento de su elección, manifestó: «quiero morir como un religioso y no como un soberano». En efecto, sus deseos se vieron cumplidos, pues el 1 de junio exhalaba su último aliento prácticamente abandonado de todos y se le embalsamó con una irrespetuosa desenvoltura (J. Schmidlin, *León XII, Pío VIII y Gregorio XVI,* París, 1940).

Pío IX (16 junio 1846 - 7 febrero 1878)

Hasta 1871 circulaba una profecía apócrifa —*Annos Petri non videbis* («No superarás el tiempo de Pedro»)— según la cual ningún papa podría sobrepasar el cuarto de siglo que se atribuye al pontificado romano de san Pedro. Pío IX, que poseía Un fino sentido del humor, al cumplirse los 25 años de su elección, mandó colocar en un pilar de la basílica de San Pedro —justo sobre la imagen de bronce del primer papa, conocida como *El Pescador*— un mosaico con la fecha de la efemérides, como queriendo certificar su victoria sobre tan singular profecía.

En efecto, el pontificado de Pío IX es el más largo de toda la historia: duró exactamente 31 años, siete meses y veintidós días. Tan dilatado mandato se sitúa en el centro del siglo xix, período en el que se aclimata definitivamente el régimen liberal en Europa. Por entonces, además, se acelera el discurrir del tiempo; durante estos años pasan muchas cosas, muy de prisa, y algunas tan importantes como la pérdida de los Estados Pontificios, que pone fin a un largo período de más de mil años. Tan consciente era del cambio que le tocó en suerte, que el mismo Pío IX manifestó a monseñor Czacki al final de sus días:

> Mi sucesor deberá tomar inspiración de mi apego a la Iglesia y de mi deseo de hacer el bien. En cuanto a lo demás, todo ha cambiado a mi alrededor. Mi sistema y mi política ya han visto pasar su época, pero yo soy demasiado viejo para cambiar de orientación; eso será la obra de mi sucesor (D. Ferrata, *Mémoires*, t. I, Roma, 1920).

Si además consideramos que entre los principales personajes contemporáneos de Pío IX se encuentran Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), Karl Marx (1818-1883), Friedrich Engels (1820-1895), Auguste Comte (1798-1857), Friedrich Nietzsche (1844-1900), Charles Darwin (1809-1882), Metternich (1773-1859), Cavour (1810-1861), Otto von Bismarck (1815-1898) o Napoleón III (1808-1873), se comprenderán las muchas y variadas tensiones a las que fue sometido su gobierno temporal y espiritual. Todo ello hace imposible que se pueda realizar una semblanza de tantos y tan intensos años de pontificado siguiendo un esquema cronológico, por lo que a continuación se explicarán los hechos más sobresalientes agrupándolos en los siguientes cuatro apartados: la personalidad del pontífice, la pérdida de los Estados Pontificios, las aportaciones doctrinales de Pío IX, y los principales acontecimientos de la vida de la Iglesia durante estos casi 32 años.

Personalidad y carrera eclesiástica. Giovanni Maria dei conti Mastai Ferretti nació en Senigallia (13 mayo 1792), ciudad de la costa adriática situada muy cerca de Ancona. Su padre, Girolamo Mastai Ferretti, formaba parte de una familia noble de Lombardía; su madre, Caterina Solazzi, era miembro igualmente de una distinguida estirpe italiana. De los 10 a los 16 años cursó los primeros estudios en el colegio de los escolapios de Volterra, en Toscana. En 1809 recibió la tonsura, y tras estudiar teología en el colegio romano fue ordenado sacerdote (10 abril 1819).

Por mediación de un canónigo de Roma, pariente suyo, fue nombrado director espiritual del popular orfelinato Tata Giovanni, donde dejó un grato recuerdo por su entrega y generosidad hacia aquellas criaturas. Por entonces, el cardenal Cario Odescalchi (1786-1841) le puso en contacto con la espiritualidad ignaciana y el entonces sacerdote Mastai consideró incluso la posibilidad de ingresar en los jesuítas, idea de la que le disuadió su confesor, el canónigo Starace. En 1823, fue nombrado auditor del delegado apostólico de Chile, monseñor Giovanni Muzi, por lo que en los primeros días de ese año se embarcó hacia América; en la escala que hizo en Baleares fue apresado y encarcelado por las autoridades liberales de la isla de Palma con el pretexto de que carecía del permiso de las cortes españolas. Solventado el percance, emprendió rumbo al continente americano, donde recorrió durante casi dos años Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Colombia y Uruguay; tan larga y directa experiencia le permitió conocer a fondo la situación misionera de la Iglesia. En 1825 fue nombrado canónigo de Santa María y director del hospicio de San Miguel, donde se ganó el aprecio de todos por su conducta caritativa y talento administrativo, pues allí introdujo la novedad de enseñar un oficio a los niños abandonados. Como manifestación de su celo sacerdotal dedicó mucho tiempo a la predicación en diferentes iglesias y organizaciones religiosas de Roma.

Poco después, León XII (1823-1829) le encomendaba el arzobispado de Spoleto (24 abril 1827), donde mejoró la formación del clero, reformó los monasterios y elevó la moralidad pública. En Spoleto dio muestras de su talante conciliador, pues durante las revueltas de 1831 supo remansar la situación tras mediar entre los revolucionarios italianos y el general austríaco. Gregorio XVI (1831-1846) le trasladó a Imola como titular de la diócesis en 1832. En Imola llevó a cabo toda una serie de fecundas iniciativas. Reformó y mejoró notablemente su seminario, fundó un asilo para los sacerdotes ancianos, fomentó la apertura de numerosas escuelas e instaló en su propio palacio una escuela bíblica. Gregorio XVI le nombró cardenal en 1840, manteniéndole en Imola, donde permanecería hasta su elevación al pontificado seis años después.

Como obispo de Imola acogió a todos sus feligreses, incluidos los liberales, de los que se ganó la amistad de no pocos; y fue allí donde comenzó su reputación de liberal, si bien es cierto que ya su familia —muy conocida, por otra parte, en Italia— gozaba de este misma fama. En determinada ocasión, parece ser que Luigi Lambruschini (1776-1854) tuvo la exagerada ocurrencia de comentar en público que «en casa de los Mastai son todos liberales, incluido el gato». Evidentemente, desde las posiciones de Lambruschini, secretario de Estado de Gregorio XVI, se veía con aumento la moderada actuación del obispo de Imola que emanaba de su libertad de espíritu y de su talante renovador. Así, por ejemplo, por pertenecer su diócesis a los territorios del papa, elevó en 1845 a la Santa Sede sus *Pensieri relativi aU'Amministrazione pubblica dello Stato pontificio* con 58 peticiones bastante razonables, entre las que figuraban las de establecer un sistema financiero para salir de la pobreza, reformar el sistema penitenciario, mejorar los sueldos de los funcionarios, agilizar los trámites de la

justicia, controlar con mayor seriedad las concesiones de las titulaciones universitarias o fomentar las obras públicas y la creación de industrias.

Lo cierto es que entre los planes de Gregorio XVI y los proyectos de los patriotas para la unificación italiana no hubo entendimiento posible, por lo que la elección de su sucesor, en 1846, vino a añadir una inesperada expectativa. Para entender esta intrincada situación es conveniente hacer algunas referencias al pasado. La incorporación de la región italiana al Imperio napoleónico había supuesto de hecho la casi total unificación política de los Estados de esta zona y la difusión de la ideología liberal. Los acuerdos de Viena de 1815, aunque descompusieron de nuevo el mapa de la península itálica en siete Estados, no pudieron desvanecer en los años siguientes la ilusión de los nacionalistas que había surgido a la vista de la «unificación» napoleónica de Italia. Es más, las corrientes románticas del momento fortalecieron los ideales patrióticos y dieron lugar al fenómeno cultural y político que se conoce como *Risorgimento* (A. Scirocco, *L'Italia del Risorgimento,* 1990).

A excepción del reino de Piamonte, los otros seis Estados italianos se habían convertido en una zona de hegemonía de Austria; es más, el territorio de uno de estos seis Estados, el reino lombardo-véneto, se había incorporado al Imperio austríaco. Se explica así que el *Risorgimento* fuera nacionalista y liberal, en contraposición con un régimen absolutista como el de Austria, cuya presencia había que barrer de Italia si es que se quería conseguir su unidad. Y en este punto es donde entra en juego la situación del papa, que además de ser soberano temporal de los territorios del centro de Italia y desde luego de Roma, capital natural de la proyectada Italia unificada, había condenado los principios doctrinales del liberalismo.

Por su parte, el programa del partido de la Joven Italia de Mazzini (1808-1872) proponía la sustitución de la fe religiosa por su ideología nacionalista y partía del prejuicio de que la Santa Sede había perdido de vista su misión y dificultaba el progreso. Tales planteamientos, por tanto, excluían a los católicos de sus filas, pues el voluntarismo de Mazzini daba la espalda a dos realidades tan evidentes como eran la existencia de muchos católicos italianos partidarios de llevar a cabo la unificación y el innegable prestigio del papado. Así pues, Vicenzo Giobcrti (1801-1852), en su *Del primato morale e civile degli italiani* de 1842, construía la unidad de Italia, precisamente, con los elementos que Mazzini había desechado. El programa neogüelfo de Gioberti proponía que los Estados soberanos italianos, libres de influencias austríacas, formasen una confederación previo acuerdo entre las cortes de Roma y Turín. Según Gioberti, la presidencia de la confederación debería recaer sobre el papa, pues en su opinión sólo él tenía la fuerza moral suficiente para actuar de arbitro y garantizar la estabilidad social. Al reino de Piamonte se le reservaba el papel de guardián de la confederación, pues debía aportar su fuerza militar. Una tercera postura era la de quienes declarándose católicos, como Massimo D'Azeglio (1798-1866), consideraban que la moral evangélica era incompatible con el poder temporal del papa, lo que les llevaba a estar en contra del *Primato* propuesto por Gioberti.

Todas estas circunstancias explican que en el ánimo de los cardenales que se reunieron en el cónclave de 1846 pesara y mucho la orientación que el futuro papa podría dar a sus obligaciones temporales, ineludibles por ser soberano de los Estados Pontificios. La presión exterior era igualmente manifiesta. D'Azeglio había hecho público que el cardenal Gizzi sería la persona adecuada para llevar a cabo sus proyectos unificadores; además, Gizzi era muy popular en Roma. Sonaba también el nombre del cardenal Mastai como candidato de los conclavistas moderados. Mastai tenía a su favor el haber salido airoso en unas diócesis de los Estados Pontificios, en las que la población era muy crítica con la administración pontificia. Los *zelanti,* por su parte, apoyaban a Lambruschini, porque, además de su experiencia como secretario de Estado, era la garantía de que no iba a faltar el apoyo de Austria para hacer frente a los revolucionarios italianos. La dificultad de esta elección presagiaba que el cónclave iba a ser muy largo, pero contra pronóstico en tan sólo 48 horas se conseguía a la cuarta votación agrupar más de los dos tercios de los votos en el cardenal Mastai, que eligió el nombre de Pío IX en reconocimiento a su bienhechor Pío VII (1800-1823).

Los testimonios que transmiten quienes trataron de cerca a Pío IX, indican que esa reputación liberal con la que llegó al pontificado tenía más fundamento en sus nada recatados reproches hacia el gobierno temporal de Gregorio XVI y sobre todo hacia su secretario de Estado, que en compromisos con el programa neogüelfo de un Gioberti o el de un D'Azeglio, y mucho menos con el de los liberales y nacionalistas revolucionarios de Italia. Sin embargo, y a pesar de lo dicho, es bien cierto que quien ocupó la cátedra de san Pedro en 1846 era un papa liberal en el imaginario de sus contemporáneos, entre ellos Metternich, que recibió la noticia con sorpresa y recelo, pues su candidato era el cardenal Lambruschini.

En la documentación recogida para su beatificación *{Romana seu senigallensis... serví Dei Pii IX positio super virtutibus,* 3 vols., Ciudad del Vaticano, 1961-1962) se contienen muchos datos de su vida, que estuvo siempre orientada por una fe viva y profunda. Conocemos, por supuesto, su horario habitual. Se levantaba a las cinco de la mañana y a continuación dedicaba dos horas a la oración, la misa y la acción de gracias de la comunión. Después destinaba una hora para despachar los asuntos urgentes y desayunaba a las nueve. El resto de la mañana hasta las dos, hora del almuerzo, atendía la correspondencia y recibía a los cardenales y prefectos de las distintas congregaciones. Tras almorzar rezaba el rosario y el breviario, paseando por las galerías o los jardines del Vaticano. Antes de la pérdida de los Estados Pontificios, acostumbraba recorrer las calles de Roma y se interesaba por sus gentes y por la enseñanza del catecismo a los niños. A las cinco comenzaba de nuevo los despachos hasta las nueve. Y, por fin, cenaba, rezaba el resto del oficio y se retiraba a descansar.

Pío IX, además de ser un hombre de fe, vivió ejemplarmente la caridad. Durante sus primeros años de sacerdocio, contra la práctica frecuente de algunos clérigos de entonces que se afanaban por hacer carrera eclesiástica, Mastai uti-

lizó sus relaciones influyentes —y tenía muchas por su origen familiar— para conseguir un objetivo bien diferente. Como ya se dijo, se dedicó al servicio de los pobres y los desheredados en los orfanatos. A lo largo de su vida nunca buscó cargos ni nombramientos; y cuando le llegaron, la caridad siguió marcando el rumbo de sus actuaciones. Dos características sobresalientes de su vida interior fueron la confianza y el abandono en la divina Providencia y su devoción filial a la Santísima Virgen.

También se nos ha transmitido con bastante exactitud los rasgos de su personalidad, naturalmente no todos positivos, como el de su emotividad, que le cegó para elegir a alguno de sus colaboradores, o el de su espontaneidad, que le llevó en ocasiones a emitir juicios irónicos o mordaces sobre algunas personas. No obstante, son muchísimos más los juicios favorables de sus contemporáneos, que nos presentan a un hombre cordial, bromista, simpático, con sentido común, dotado de una inteligencia práctica, generoso y humilde; desde su sencillez, él mismo llegó a contar que para no envanecerse con los aplausos que le prodigaban en la basílica de San Pedro, trataba de distraerse con la calva del embajador de Francia.

Por otra parte, el juicio de los historiadores actuales es unánime; para unos (R. Aubert, *Pío IX y su época,* en A. Fliche y V. Martín, *Historia de la Iglesia,* t. XXIV, Valencia, 1974):

> llegado a papa no cambia su vida interior. Celebra fervorosamente la misa, reza de día y de noche, ama a la Virgen, come frugal, utiliza muebles sencillos. Disimula molestos sufrimientos de las piernas, usa algunas disciplinas. Sonriente, caritativo, daba a manos llenas el dinero que los fieles le entregaban: en pocas horas recibió y repartió un millón.

Para otros (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo,* t. I):

> Pío IX fue hombre de profunda bondad, valeroso y piadoso, de notable inteligencia práctica abierta a los problemas y cuestiones de su tiempo. En su largo pontificado estuvo siempre rodeado de una aureola de viva popularidad. Procuró —y consiguió— actuar siempre al frente de la Iglesia como lo que era: como sacerdote. Pío IX fue esencialmente pastor. Y quizá fue esto lo que suscitó en torno a él la fervorosa adhesión del pueblo cristiano que produjo la superación definitiva de las irritantes tensiones de las iglesias nacionales y permitió a la Iglesia católica adoptar una firme y consciente postura ante las nuevas orientaciones que implicaba el liberalismo.

La pérdida de los Estados Pontificios. Como ya se dijo, el talante abierto, la buena voluntad y el espíritu de conciliación de Pío IX fueron interpretados por muchos como que había sido elegido un papa liberal. No pocos italianos creyeron ver en la elección de Pío IX la puesta en marcha del proyecto unificador de Italia; de modo que buena parte de la popularidad inicial de Pío IX se debe al equívoco de quienes pensaron que encabezaría el proceso de unifi-

cación italiana. Pero, por su parte, el nuevo pontífice —que siempre tuvo como preocupación dominante su ministerio espiritual— ni siquiera había entrado a considerar los proyectos neogüelfos de la confederación por considerarlos incompatibles con su misión sacerdotal, y mucho menos el diseño mazziniano de una Italia unitaria, por atentar contra su propia soberanía temporal. Por lo demás, el sectarismo antirreligioso de los patriotas más radicales excluía definitivamente la colaboración del pontífice. No obstante, esa primera impresión que se creó en el imaginario italiano de un papa liberal y revolucionario fue agrandándose durante los primeros años del pontificado de Pío IX. Por lo tanto, cuando se deshizo el equívoco, la desilusión de los patriotas fue directamente proporcional a la magnitud de la falsa imagen del papa que sus deseos independentistas habían trazado.

Las primeras medidas de su gobierno vinieron a reforzar aún más esa reputación liberal que se había forjado el imaginario italiano: nombró a Gizzi secretario de Estado; en julio encargó a una comisión un plan de reformas administrativas; permitió una mayor libertad de prensa; introdujo el gas para la iluminación de las calles, y aprobó la construcción de un ferrocarril. Sin embargo, nada contribuyó tanto al incremento de su fama de liberal como el decreto de amnistía (17 julio 1846) que puso en la calle a muchos presos políticos, lo que se juzgó como una descalificación del gobierno del pontificado precedente. En realidad, se trataba de una falsa interpretación más de una decisión de Pío IX, acorde con una tradición de inaugurar los pontificados con concesiones de perdón a los presos. Todos exageraron y extralimitaron sus juicios, de modo que se desbordó el entusiasmo de los liberales —italianos y europeos— y se desató el miedo de los partidarios del autoritarismo. Las cosas llegaron a un punto que los capellanes de algunos conventos invitaron a las monjas a elevar sus oraciones por la Iglesia para librarla de los males del gobierno de un papa liberal.

En efecto, el entusiasmo de los patriotas italianos tenía su contrapeso en el temor que esa imagen de papa liberal y revolucionario suscitó en los partidarios del absolutismo, como fue el caso de Metternich. El canciller austríaco, para intimidar al pontífice, realizó una demostración de fuerza y ocupó por sorpresa la ciudad de Ferrara en el verano de 1847, lo que suscitó las protestas de los patriotas italianos. La lógica condena de esta agresión por parte de Pío IX se entendió como un acto de solidaridad con los patriotas. Otra interpretación más, equivocada y magnificada, que provocó el delirio de los patriotas italianos: Carlos Alberto (1831-1849) ofreció su espada a Pío IX; Giuseppe Garibaldi (1807-1882) desde América puso a disposición del papa su legión de voluntarios, y Mazzini le dirigió una carta para solicitarle que encabezara el proceso de unificación italiana. La ocupación de Ferrara sirvió para dejar dos cosas muy claras: primera, que los italianos estaban dispuestos a luchar contra Austria para conseguir la independencia y, segunda, que los revolucionarios no tenían ningún escrúpulo en utilizar la figura y el prestigio del papa en beneficio de sus proyectos políticos. Pero lo que estaba todavía por ver era si Pío IX se iba a prestar a este juego político.

Era cierto que como soberano temporal Pío IX tenía menos recelos a las libertades externas del siglo que Gregorio XVI, pero tampoco era un liberal. Él se consideraba sólo un pastor, que como sucesor de san Pedro recibía para custodiarlo el mismo depósito de la fe que sus predecesores. Y para dejar claro desde el principio que no renunciaba a su función de pastor de almas, encargó al mismísimo Lambruschini la redacción de su encíclica inaugural *(Qui pluribus, 9* noviembre 1846), donde se volvían a reiterar las condenas de aquellas ideologías incompatibles con la fe. Para que no quedaran dudas, el documento pontificio se refería a la concepción religiosa del liberalismo como «ese espantoso sistema de indiferencia que elimina toda distinción entre el vicio y la virtud, la verdad y el error [...] como si la religión fuese la obra de los hombres y no de Dios». Como no podía ser de otro modo, lo que se condenaba era el concepto filosófico que la ideología liberal tenía del hombre como un ser autónomo, que se puede dar a sí mismo sus propias leyes, sin referencia alguna a la ley natural impresa en las criaturas por el Creador, lo que implicaría una relación de dependencia frente a la pretendida autonomía de la ideología liberal. Como ya hiciera Gregorio XVI se condenaba, por inexistente, la libertad absoluta del hombre, esto es, la libertad de conciencia para establecer lo que es bueno y lo que es malo, y que se opone, por tanto, al concepto cristiano de la libertad de las conciencias —en plural—, concepción según la cual el libre albedrío del hombre se ordena conforme a la ley dada por el Creador.

Pues bien, fue en ese ámbito de las libertades externas en el que —con mejor o peor fortuna— Pío IX dictó una serie de reformas en el Estado pontificio, como soberano temporal que era del mismo. Así designó un consejo de notables *(Consulta,* 14 octubre 1847), presidida por el cardenal Giacomo Antonelli (1808-1876); tenía carácter consultivo en materia legislativa, administrativa y militar. Ciertamente este proceso reformista distaba bastante de ser propiamente liberal, por lo que no acabó de satisfacer ni a unos ni a otros. Los descontentos más radicales encontrarían bien pronto su oportunidad para manifestarse, empujados por la turbulencia que se avecinaba. En efecto, entre febrero y marzo de 1848, una tercera oleada revolucionaria volvió a sacudir a toda Europa, a excepción de Escandinavia, Inglaterra, España, Portugal, Rusia y Turquía. Este empuje revolucionario fue el que derribó del poder, entre otros personajes, a Luis Felipe (1830-1848) y a Metternich. Así pues, los Estados de la Iglesia se vieron afectados por dicha revolución, que además de reclamar una democratización de los regímenes políticos (sufragio universal) y reivindicaciones sociales en favor de los trabajadores, levantó la bandera del nacionalismo en Alemania, en el plurinacional Imperio austríaco y —por lo que a nosotros nos interesa— también en Italia. Pío IX, forzado por el clima creado por las revoluciones de 1848, tuvo que conceder una Constitución (14 marzo 1848) de carácter liberal en los Estados Pontificios. Por entonces la revolución ya había prendido desde Turín a Nápoles, proponiendo junto a las reformas políticas la unificación de Italia. Así pues, para los revolucionarios, Austria era el enemigo por el doble motivo de representar el régimen absolutista e impedir la unidad nacional.

Fue en este clima de tensión nacionalista cuando la interesada interpretación de unas palabras del papa vino a complicar la situación mucho más de lo que ya estaba. En efecto, el 10 de febrero de 1848 Pío IX concluía su alocución del siguiente modo: «Bendecid, pues, oh Dios omnipotente a Italia y conservadle este don preciado: la fe.» Los patriotas italianos interpretaron la frase como una instigación a la guerra santa contra Austria y los revolucionarios incluyeron en sus proclamas y panfletos los «vivas» a Pío IX. Piamonte declaró la guerra a Austria y los patriotas italianos combatían en nombre de Pío IX. Había comenzado (23 marzo 1848) la primera guerra de independencia. Así las cosas, una nueva alocución del papa (29 abril 1848) dejaba definitivamente clara su postura al separar la causa de la Iglesia, que él representaba, de la causa de los patriotas que luchaban por la unidad italiana. En dicha alocución Pío IX afirmó: «Fiel a las obligaciones de nuestro supremo apostolado, nos abrazamos a todos los países, a todos los pueblos y a todas las naciones en un idéntico sentimiento de paternal amor.» Era lógico que Pío IX, como vicario de Cristo, no quisiera participar en una guerra entre potencias católicas. Y lo que no era sino una definición de su misión como pastor de la Iglesia universal, por cierto muy similar a tantas otras ya pronunciadas por él mismo y sus predecesores, fue interpretado por los nacionalistas italianos como una abjuración de su soberanía temporal. A los partidarios de Mazzini vinieron a unirse ahora los neogüelfos, al sostener que si la misión religiosa del papa le impedía actuar como un príncipe temporal más, debía renunciar a su soberanía en beneficio de una Italia unificada. Pero, como para mantener la independencia necesaria para el ejercicio de esa misión religiosa era obligado que Pío IX no fuera subdito de ningún soberano, el pontífice no renunció a la soberanía de los Estados Pontificios y la retuvo como lo habían hecho sus predecesores desde hacía más de mil años. Quedaba así planteada la llamada «cuestión romana».

La negativa del papa restó fuerza a los patriotas y a esto vino a añadirse las derrotas de las tropas de Piamonte en las batallas de Custozza (25 julio 1848) y Novara (23 marzo 1849). El mismo día de la derrota de Novara, Carlos Alberto abandonó el país y abdicó en su hijo Víctor Manuel II (1849-1878), que tuvo que negociar una paz con Austria. Así pues, tras fracasar en la guerra contra Austria y sin el apoyo del papa, era evidente que los patriotas por sí mismos no podrían conseguir sus propósitos unificadores, por lo que en el futuro habría que buscar la ayuda de alguna potencia europea, para poder expulsar a Austria de su territorio. En el orden interno, la derrota de Custozza supuso el desplazamiento de los monárquicos moderados y de los neogüelfos en beneficio de los patriotas más radicales, que se pusieron a la cabeza del movimiento unificador. Debido a su radicalismo intentaron imponerse por la fuerza. Y eso fue lo que ocurrió a finales de 1848 en el Estado pontificio. Mazzini se convirtió entonces en el hombre fuerte.

La negativa Pío IX de facilitar —a costa de su soberanía temporal— la unidad política de Italia, fue juzgada por los nacionalistas radicales como una traición, de modo que los revolucionarios apuntaron al corazón de los Estados

Pontificios. El 15 de noviembre de 1848 fue asesinado en Roma Pellegrino Rossi (1787-1848), a quien Pío IX había designado jefe de gobierno. La política del «justo medio» de Rossi había sido criticada por radicales y moderados. Al día siguiente los revolucionarios, dueños de Roma, asediaron el palacio del Quirinal, donde se encontraba el papa, que gracias a la ayuda del conde Spaur, embajador de Baviera, pudo escapar (24 noviembre 1848) para refugiarse en el puerto napolitano de Gaeta, acogido por el rey de Nápoles, Fernando II (1830-1859). Los revolucionarios constituyeron un gobierno provisional que convocó una Asamblea Constituyente para redactar una Constitución (21 enero 1849). Uno de sus artículos proclamaba la República romana. El artículo I de dicho texto constitucional declaraba al papa «despojado de hecho y de derecho del gobierno temporal del Estado romano». Como poder ejecutivo de la nueva República romana se constituyó un triunvirato presidido por Mazzini, junto con Cario Armellini (1777-1863) y Aurelio Saffi (1819-1890), cuyo manifiesto de presentación concluía así: «Tened fe en Dios, en el derecho y en nosotros.»

Durante el período del refugio de Gaeta, el cardenal Antonclli utilizó toda su gran capacidad de maniobra para ganarse la confianza de Pío IX y culminar su carrera política al conseguir el nombramiento de secretario de Estado. El cardenal Antonelli, que murió sin recibir más órdenes sagradas que las de diácono, ha sido duramente juzgado por la historia, pues si pocos son los elogios que se pueden encontrar en los análisis de su trayectoria política, el dictamen se vuelve unánime y severísimo al juzgar su conducta privada. Antonelli, hombre acomodaticio que había mantenido hasta entonces posiciones favorables hacia las reformas, desde entonces girará hacia Austria y dirigirá la política diplomática de la Santa Sede, desde 1849 hasta 1876, buscando el apoyo de las potencias menos liberales.

Pío IX permaneció en Gaeta hasta que un ejército expedicionario franco-español, al mando de los generales Nicolás Charles Victor Oudinot (1791) y Fernando Fernández de Córdova y Valcárcel (1809-1883), desembarcó en Civittavecchia (24 abril 1849), rompió la defensa militar de Roma dirigida por Garibaldi y restableció el poder temporal del papa, que regresó a Roma el 12 de abril de 1850. Pío IX había recibido en esta ocasión el apoyo de Luis Napoleón, el revolucionario de los años treinta en los Estados Pontificios. Tan notable cambio del ahora príncipe-presidente de la II República francesa se debía no tanto a su interés por desalojar a Austria de la región italiana, como a la necesidad de congraciarse y mantener los votos de los católicos que habían contribuido a auparle en el poder; y desde luego no estaba dispuesto a perder tan decisivo apuntalamiento electoral. Por entonces, y debido a las experiencias que le habían tocado padecer tan directamente a Pío IX, la real o supuesta etapa liberal del gobierno temporal de Pío IX había quedado definitivamente liquidada.

El ciclo revolucionario de 1848 provocó un cambio en la actitud de Pío IX, como soberano temporal, pero igualmente contribuyó a transformar la mentalidad de sus contemporáneos. Si en la primera mitad del siglo xix la sociedad

de los diferentes Estados italianos puede considerarse cristiana y afecta al papa, a partir de 1848 se rompe esa unanimidad. Fiel reflejo de esta situación es la trayectoria de un personaje tipo —tantas veces repetido y no sólo en la historia de Italia, sino en la de toda Europa— como Ausonio Franchi, un joven sacerdote que se separa de la Iglesia precisamente en 1848; a partir de entonces permutó la entrega de su vida que por su vocación sacerdotal estaba orientada a Dios y a las almas y dirigió todas sus energías a un proyecto tan diferente como el de difundir la idea de que el catolicismo debía ser sustituido por el racionalismo, que a su entender estaba llamado a convertirse en la religión de los tiempos modernos. Pues bien, lo que ocurre a partir de 1848 es que los proyectos nacionalistas italianos, además de la carga política, agregan a sus contenidos un sectarismo anticatólico, como se detecta en el programa de laicización impuesto en el reino de Piamonte a partir de entonces. Así las cosas, el entendimiento de Turín con Roma pasaba de ser muy difícil a resultar imposible.

Amainada la revolución en toda Europa y a la vista del fracaso de la estrategia de Mazzini, le tocaba intentarlo a Cavour con nuevos métodos, entre los que la diplomacia internacional iba a jugar un papel decisivo. Sin duda, Camilo Benso, conde de Cavour, es el gran artífice de la unidad italiana (P. Guichonnet, *La unidad italiana,* Barcelona, 1990). Su acción política es decisiva desde que en 1852 el rey Víctor Manuel (1849-1878) le nombró su primer ministro. Cavour trabajó en dos direcciones para conseguir sus propósitos de expulsar a Austria y lograr la unificación italiana: en primer lugar, trazó una política de acuerdos (Conferencia de Plombiéres, 21 julio 1858) con Napoleón III, que se selló con la alianza militar franco-sarda el 30 de enero de 1859; y en segundo lugar, alentó y apoyó la acción revolucionaria en secreto, para con posterioridad controlar ya oficialmente las conquistas militares de éstos, como sucedió con la expedición de Garibaldi sobre Nápoles en 1860, a quien se le dejó hacer en un primer momento, para después desplazarle y adueñarse del resultado de su expedición militar (D. Mack Smith, *Cavour and Garibaldi, 1860: A Study in political conflict,* Cambrigde, 1985).

Contando con el apoyo de Francia, Cavour inició una política de militarización de Piamonte y de provocaciones contra Austria, cuyos dirigentes, por no sopesar los apoyos internacionales que se había granjeado Cavour, enviaron un ultimátum, para que en tres días se procediera al desarme de Piamonte. La torpeza de la diplomacia austríaca le proporcionaba a Cavour el pretexto para enlabiar hostilidades militares. Fue suficiente que Cavour rechazara el ultimátum para que el Imperio austríaco hiciera una declaración de guerra (23 abril 1859). Daba comienzo, por tanto, la segunda guerra de independencia italiana, pero esta vez las tropas piamontesas contaban con el apoyo de una potencia europea, como era el II Imperio francés de Napoleón III. La guerra de Francia y Piamonte contra Austria, que se saldó con las derrotas de las tropas austríacas en las batallas de Magenta (4 junio 1859) y Solferinno (24 junio 1859), proporcionó a Piamonte la incorporación de Lombardía tras el armisticio firmado en Villafranca (8-12 julio 1859). A partir de este momento, Napoleón se retiró del

proyecto italiano, preocupado por la opinión de los católicos franceses, que comenzaron a alarmarse por los atentados contra la soberanía nacional de los Estados Pontificios. Cavour, en efecto, había ido más lejos de lo acordado en Plombieres. El Véneto se anexionaría en la tercera guerra de independencia de 1866; en esta ocasión Italia contó con la alianza de Prusia frente a Austria.

Por otra parte, el consiguiente abandono de los territorios pontificios por parte de las tropas austríacas supuso su ocupación por Piamonte en 1860. Esc mismo año de 1860 fue anexionado el reino de Nápoles, gracias a la acción de Garibaldi. También en 1860 las asambleas constituyentes de Toscana, Módena, Parma y la Romana aceptaron a Víctor Manuel como rey. Por esas fechas, salvo el Véneto y la ciudad de Roma con sus alrededores, toda la península ya había sido conquistada. El 5 de abril de 1861 Víctor Manuel era proclamado rey de Italia. Una guarnición francesa permaneció en la defensa de Roma, que fue retirada por Napoleón III ante la necesidad de reforzar en el frente del Rin en la guerra franco-prusiana. Fue entonces cuando el gobierno italiano manifestó públicamente su intención de ocupar Roma. El 9 de septiembre de 1870 las tropas italianas iniciaron el avance sobre una ciudad indefensa y desguarnecida; seis días después capituló Civittavecchia. El día 20, el general Luigi Pelloux (1839-1924) bombardeó las murallas romanas, «gesta» por lo que se hizo merecedor de la Cruz de Guerra, y es que el artillero consiguió hacer blanco sobre la Porta Pía, por cuya brecha hizo su entrada triunfal el general Raffaele Cadorna (1815-1897). En esos momentos estaban reunidos en Roma los obispos de todo el mundo, en plena celebración del Concilio Vaticano I, que Pío IX tuvo que aplazar *sine die* «en espera de una época más oportuna y propicia». El secretario de Estado, cardenal Antonelli, por no sentirse capaz de garantizar el mantenimiento del orden, solicitó al general Cadorna que también ocupase con sus tropas Cittá Leonina. La pasividad de las naciones —católicas o no— ante la ocupación de Roma fue casi unánime; sólo se registró la protesta del presidente de Ecuador. En 1871 Víctor Manuel fijó la capital en Roma.

El gobierno italiano aprobó una Ley de Garantías (13 marzo 1871) para regular las relaciones con el papa en la Italia unificada. Dicha disposición legal no reconocía al romano pontífice ninguna soberanía nacional, separaba muy tenuemente la Iglesia del Estado conforme a tendencias regalistas, y sólo concedía a Pío IX a título personal el Vaticano, Letrán y Castelgandolfo. En consecuencia, Pío IX, que ya había lanzado una excomunión contra los usurpadores, incluido el rey de Italia, además de prohibir a los fieles participar en la vida política italiana *(«né eletti, né elettori»),* situación que se mantuvo durante cuatro décadas, rechazó la Ley de Garantías por medio de la encíclica *Ubi nos* (15 mayo 1871), porque además de todos los motivos anteriores carecía de garantías internacionales y no era irrevocable. A partir de entonces, él y sus sucesores prefirieron vivir como prisioneros en el Vaticano, situación que se mantuvo hasta que en 1929 los pactos lateranenses reconocieron al diminuto Estado soberano formado por la ciudad del Vaticano que garantizaba la independiente actuación de los papas en la dirección de la Iglesia universal.

Pero a pesar de las tensiones políticas, Pío IX y Víctor Manuel no interrumpieron sus relaciones personales, que mantuvieron mediante correspondencia secreta (P. Pirri, *Pió IX e Vittorio Emanuele del loro carteggio privato,* 5 vols., Roma, 1944-1961). Murieron con tan sólo veintinueve días de diferencia, y cuando el rey se encontraba gravemente enfermo, el papa le envió un sacerdote para levantarle la excomunión con el fin de que así recibiera los últimos sacramentos, fuera enterrado como cristiano y se pudieran celebrar sus funerales.

El magisterio de Pío IX. Como ya anunciamos, un tercer apartado del pontificado de Pío IX tiene que hacer referencia a su magisterio como pastor de la Iglesia. Se comprenderá que ahora sólo atendamos a las aportaciones doctrinales más significativas de tan largo pontificado y que eludamos los comentarios sobre el Concilio Vaticano I, por ser analizado específicamente en otro lugar de este libro correspondiente a la historia de los concilios.

La encíclica inaugural de Pío IX, *Qui pluribus* (9 noviembre 1846), guarda una estrecha relación con el magisterio de los papas precedentes del siglo xix. No podía ser de otro modo, pues al fin y al cabo recibía de ellos para custodiarlo el mismo depósito de la fe y además quienes habían atacado la doctrina de la Iglesia, desde el pontificado de Pío VII, no habían variado sus planteamientos. Éstos no eran otros que los que consideraban incompatible la fe con la razón. Frente a esta exclusión, Pío IX proclama en su encíclica la armonía entre fe y razón. La fe compatible con la razón es la fe de la Iglesia católica —dirá Pío IX—, que a la vez es viva e infalible, por fundarse en la autoridad con la que Cristo quiso edificar su Iglesia sobre Pedro. Es de resaltar que en la *Qui pluribus* se apuntaba ya la infalibilidad del romano pontífice, que sería definida posteriormente como dogma por el Concilio Vaticano I, en 1870. Como sus predecesores, Pío IX vuelve a insistir en esta encíclica sobre el peligro del indiferentismo religioso. Sin embargo, la novedad más destacable en la encíclica inaugural de Pío IX es la condena del comunismo, ideología calificada en el documento pontificio «como la más contraria al derecho natural»; la denuncia fue realmente profética pues se hacía dos años antes de que Marx y Engels publicasen el *Manifiesto comunista* en 1848. Entre los remedios para superar la crisis doctrinal, el papa propone una seria y profunda evangelización de los fieles, para lo que sería preciso contar con un clero bien formado en los seminarios, intelectual y espiritualmente, de modo que «resplandeciera por la ejemplaridad de sus costumbres, la integridad de su vida y la santidad de su doctrina».

La primera de las grandes decisiones doctrinales fue la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854. Pío IX tuvo siempre una arraigada devoción a la Madre de Dios, lo que queda reflejado en las prácticas de piedad de su vida privada, como ya se vio. La iniciativa del papa se apoyaba en sólidos precedentes; en primer lugar, venía a confirmar oficialmente el *sensus fidelium*, pues desde muy antiguo era un sentir unánime del pueblo cris-

(1471-1484) había establecido la fiesta de la Inmaculada Concepción y Gregorio XVI había incluido este título en el prefacio de la misa. Pío IX, previamente, encargó a una comisión de cardenales y teólogos el estudio sobre la oportunidad de la definición de este dogma; después consultó a los obispos, de los que 546 respondieron afirmativamente de un total de 603. Mediante la bula *Ineffabilis Deus* (8 diciembre 1854) se hizo oficial dicha proclamación y en el documento pontificio se alude como garantía de dicha proclamación a la «infalibilidad con que Jesucristo ha investido a su vicario en la tierra». Se vuelve a repetir la doctrina del magisterio pontificio *ex cathedra* que quedaría a su vez definida —como acabamos de decir— en la constitución dogmática *Pastor Aeternus* (18 julio 1870) del Concilio Vaticano I. Menos conocida, aunque no menos firme y desde luego muy consecuente con su piedad mariana, fue también su devoción por san José, cuya fiesta extendió a la Iglesia universal y a quien proclamó patrón de la Iglesia católica, precisamente un 8 de diciembre de 1870.

Por fuerza hay que referirse en este apartado a la condena del liberalismo o de la «moderna civilización», contenida en la encíclica *Quanta cura* (8 diciembre 1864), a la que en esta ocasión se añadía un compendio *(Syllabus)* de errores que se deducían de la ideología liberal. Desde el pontificado anterior preocupaba a la jerarquía dar una respuesta clara que delimitase la compatibilidad o no de la doctrina de la Iglesia con las ideologías que estaban articulando el mundo contemporáneo y que se imponían como una nueva «religión del Estado». Gregorio XVI ya había dado un primer paso en la *Miran Vos* (15 agosto 1832), que se completaba ahora con estos documentos de Pío IX. La redacción de la *Quanta cura* y del *Syllabus* se empezó a preparar desde 1860; dos años después estaba prácticamente acabada y en junio de 1863 se entregó el documento a los numerosos obispos que acudieron a Roma con motivo de la canonización de los mártires de Japón. La aceptación de la doctrina de los documentos fue unánime y sólo unos pocos manifestaron su disconformidad, pero sólo en cuanto a la oportunidad de publicarlos entonces. Poco después de conocer el contenido del *Syllabus* los obispos, y debido a una filtración de un clérigo y funcionario del Vaticano, aparecieron en un periódico de Turín en 1863, lo que desató una fuerte campaña anticlerical. A pesar de todo, Pío IX decidió seguir adelante y se publicaron los documentos en el décimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

Como se puede leer en la *Quanta cura*, se pretendía hacer frente a los «errores, que no sólo tratan de arruinar a la Iglesia católica, su saludable doctrina y sus derechos sacrosantos, sino también la misma eterna ley natural grabada por Dios en todos los corazones y aun en la recta razón». Se aludía a continuación al panteísmo, al regalismo, al comunismo y al socialismo.

> Pero quizás el núcleo de la encíclica residiera en la denuncia y correspondiente condena del «impío y absurdo principio llamado del naturalismo» por cuanto de él se hacían derivar algunas de las características específicas de la

> «moderna civilización»: la pretensión de gobernar la sociedad humana sin religión; la laicización de las instituciones; la separación de la Iglesia y el Estado; la libertad de prensa, la libertad de cultos ante la ley y, en definitiva, la libertad de conciencia (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t.I).

Las condenas del liberalismo de la *Quanta cura* eran más tajantes y desde luego más explícitas que las de la *Mirari Vos*, porque a continuación se anatematizaban las 80 proposiciones contenidas en el *Syllabus*, tales como que la razón humana se puede erigir en el único arbitro para establecer el bien y el mal, la verdad y el error, se condenaba igualmente el indiferentismo religioso, la pretensión de desmitificar los misterios de la fe, los ataques contra el matrimonio y la defensa del divorcio etc. Por lo demás, cada una de las 80 propuestas del *Syllabus* debía ser interpretada a la luz de una larga serie de documentos doctrinales, ya publicados con anterioridad, que ahora se citaban expresamente. Sólo en esa conjunción cobraba pleno sentido el contenido doctrinal del *Syllabus*.

Las 80 propuestas del *Syllabus* se agrupan en los siguientes diez capítulos: 1) panteísmo, naturalismo y racionalismo absoluto; 2) racionalismo moderado; 3) indiferentismo y laxismo; 4) socialismo, comunismo, sociedades secretas, sociedades bíblicas y sociedades clericales-liberales; 5) errores sobre la Iglesia y sus derechos; 6) errores sobre la sociedad civil, considerada en sí misma y en sus relaciones con la Iglesia; 7) errores sobre la moral natural y cristiana; 8) errores sobre el matrimonio; 9) errores sobre el poder temporal del romano pontífice; y 10) errores sobre el liberalismo.

Intencionadamente en cierta prensa se difundió el *Syllabus*, pero no lo que decían los documentos precedentes; y fue así como desde entonces hasta hoy el *Syllabus* pervive para algunos como prototipo del escándalo y arma arrojadiza contra la Iglesia de quienes la prejuzgan como una institución retardataria. Ríos de tinta ha hecho correr la proposición n.° 80, en la que el *Syllabus*, en efecto, condena la «moderna civilización»; ahora bien, en dicha propuesta se hace referencia a una declaración de Pío IX de 1861 en la que se decía lo que algunos entendían por «moderna civilización», como era la legislación contra los conventos o la vejación contra el clero. Y desde luego que la condena de Pío IX no se refería a simples especulaciones intelectuales, sino a realidades bien concretas que, como en el caso español, habían llegado hasta el asesinato colectivo de frailes entre los años 1834 y 1835. Por otra parte, antes que Pío IX de(erminados liberales ya habían proclamado la incompatibilidad entre la doctrina de la Iglesia y el liberalismo, esto es, entre el sentido cristiano de la vida y la «moderna civilización» que ellos mismos decían representar.

Veamos un ejemplo de lo que acabamos de decir que, por español, no deja de ser muy repetido en la Europa de estos años. Tanto en la prensa como en los discursos parlamentarios se pueden encontrar bastantes declaraciones, como las del progresista Pascual Madoz de «que los conventos son incompatibles con

las luces del siglo» (J. Paredes, *Pascual Madoz 1805-1870, libertad y progreso en la monarquía isabelina,* Pamplona, 1982). Era ésta una expresión que quería decir lo mismo que una frase de Alphonse de Lamartine (1790-1869) —prototipo de la «moderna civilización»—, que el mismo Madoz colocó en la portada de uno de sus libros de estadística del clero español y que resumía su contenido; literalmente decía así: *«L'état monacal dans l'époque ou nous sommes, á toujours profondément repugné a mon intelligence et a mon raison»* («Siempre me repugnó profundamente, a mi inteligencia y a mi razón, la existencia del estado monacal en la época actual»). En ese mismo libro, tras largos razonamientos apoyados en la estadística, Madoz llega a varias conclusiones; la primera era así de contundente y escueta: «suprimir, desde luego, todos los conventos». Pues bien, ese modo concreto de entender la «moderna civilización» era realmente el objeto de las condenas de Pío IX. Por lo demás, y por seguir hasta el final con el ejemplo del progresista español, la pervivencia de los conventos desmontaron por la base sus planteamientos ideológicos y su sectarismo, derivados de un voluntarismo que le impedía ver la realidad y respetar la libertad ajena. Porque en el caso de Madoz, bien cerca de él tuvo la prueba en contra; sólo después de morir Pascual Madoz, una de sus hijas fue libre para ingresar en un convento de carmelitas de clausura y además llegó a ser la priora del de Beas de Segura (Jaén), uno de los de más tradición en España, al haber sido fundado personalmente por santa Teresa.

En conclusión, el magisterio de Pío IX no estuvo nunca condicionado por intereses humanos o temporales; todos sus escritos tienen como propósito este triple objetivo: la gloria de Dios, la defensa de la Iglesia y el bien de los hombres. E igualmente la consecución de este triple objetivo fue lo que le movió en sus relaciones con las potencias y sus gobernantes. Como el magisterio de su predecesor Gregorio XVI, el de Pío IX se caracteriza por ser más defensivo que constructivo, debido al acoso de los enemigos de la Iglesia durante esos años. Pero también los profetas se convierten a menudo en mensajeros de denuncias y condenas (B. Mondin, *Dizionario enciclopédico dei Papi,* Roma, 1995); y los mensajes de las denuncias y de las condenas de la modernidad en los tiempos en que ésta recogía sus mayores triunfos podían parecer reaccionarios y antihistóricos, pero a la vista de las consecuencias catastróficas de la modernidad resultan más que nunca mensajes auténticamente proféticos. Desde este punto de vista, el magisterio de Pío IX no puede considerarse como un recalcitrante discurso tradicionalista, como a veces ha sido tachado; por el contrario, se levanta como un valiente magisterio profético adelantándose al tiempo. Si en el terreno político se le pueden objetar reparos a Pío IX como soberano temporal, en el campo de la fe, que es el que cuenta en definitiva para valorar a un papa, la historia ha venido a dar la razón al magisterio de Pío IX.

La vida de la Iglesia. Queda por último referirnos, en cuarto lugar, a la vida de la Iglesia durante los casi 32 años del pontificado de Pío IX. Paradójicamente la pérdida de los Estados Pontificios coincide con el inicio del pro-

gresivo crecimiento de la autoridad moral de los pontífices romanos, autoridad reconocida por otra parte dentro y fuera de la Iglesia. Y como no podía ser menos, esa transformación afectó naturalmente a la curia romana y al colegio cardenalicio. No pocos eclesiásticos pertenecientes a la aristocracia italiana que se incrustaban en estas instituciones para medrar y servirse de la Iglesia, fueron sustituidos por verdaderos pastores de almas dispuestos a servir a una Iglesia a la que, tras la pérdida de los Estados Pontificios, le quedaban ya pocas cosas lemporales que defender en Italia. Una Iglesia que, por lo demás, levantaba sus ojos de los asuntos italianos para mirar a todos los hombres con un alcance más universal. Así, el nuevo perfil del clérigo de la curia romana venía dado por su celo pastoral y su preparación en las ciencias eclesiásticas.

Durante el pontificado de Pío IX, los católicos más que nunca cerraron filas en torno al sucesor de san Pedro, que como pastor de almas cuidó con esmero el nombramiento de los obispos en todo el mundo y en los que intervino muy directamente. Se superaban así los viejos localismos clericales, lo que supuso una mejoría notable en la selección de los candidatos al episcopado. Y lodo esto sucede en un período en el que los «mundos» incomunicados del Antiguo Régimen rompen su aislamiento y se unifican en un solo mundo en el que las decisiones tienen consecuencias cada vez más globales. Y en este punto, el pontificado de Pío IX supo estar a la altura de las circunstancias, al impulsar la expansión de la Iglesia en los continentes extraeuropeos y edificar sobre los cimientos misionales que ya había puesto Gregorio XVI. Sólo el siguiente dato confirma a las claras lo que acabamos de afirmar: entre 1846 a 1878, Pío IX erigió 206 nuevas diócesis y vicariatos apostólicos. Por otra parte, la centralización llevada a cabo por Pío IX reservaba a los nuncios un papel decisivo en el gobierno de la Iglesia en cada una de las naciones. A su vez, se acrecentó la autoridad de los obispos sobre los párrocos, consiguiéndose así un clero más disciplinado, más piadoso y más celoso de su feligresía, potenciándose de este modo la vida parroquial.

Por su parte, las órdenes y congregaciones religiosas experimentaron un notable desarrollo. En primer lugar, hay que referirse a los jesuítas por la importancia que adquirieron en la vida de la Iglesia, tanto por su número como por la calidad de sus miembros. Al comienzo del pontificado de Pío IX había unos 4.500 jesuítas; durante este período la Compañía de Jesús tuvo al frente al padre Roothan (1829-1853) y al padre Beckx (1853-1887); al concluir el mando de este último los 11.480 jesuítas se repartían en 19 provincias por todo el mundo. Las antiguas órdenes, como los benedictinos, los franciscanos, los dominicos y los agustinos, vivieron una auténtica restauración. Y además de lodo lo anterior se fundaron nuevas congregaciones religiosas, como la Sociedad del Verbo Divino (1875) de Arnold Janssen (1837-1909), que tanta importancia tendría en el desarrollo misional, y que experimentó un considerable desarrollo durante el pontificado de Pío IX. Entre las congregaciones misioneras que surgieron entonces hay que mencionar también la Congregación del Inmaculado Corazón de María, que nació en Bruselas (1863) por inicia ti-

va de Theophile Verbist; los misioneros ingleses de Mill Hill (Londres), creados en 1866 por Herbert Vaughan (1832-1903); o la Sociedad de Misioneros de Nuestra Señora de las Misiones de África (Padres Blancos) de Charles Lavigerie (1825-1892), que evangelizaron el norte de África y penetraron también hacía el interior del continente. De todas ellas, probablemente, la más popular fue la fundación de los salesianos (1859) del sacerdote piamontés Giovanni Melchior Bosco (1815-1888), destinada a la educación de los hijos de los obreros y a las misiones; Don Bosco completó la fundación de sus salesianos con la de la congregación femenina de las Hijas de María Auxiliadora. La lista completa de las nuevas congregaciones sería larguísima; baste decir que en el conjunto de las nuevas fundaciones, las femeninas aventajaron por su número a las masculinas.

El pontificado de Pío IX fue, también, un período de grandes santos, como el propio Don Bosco, ya citado. Pero sólo vamos a referirnos a dos de ellos, un hombre y una mujer, cuyas vidas se levantan como un marcado contraste frente a las circunstancias históricas del momento. En el siglo del positivismo, de la certeza científica, del cientifismo en suma, vivió uno de los grandes santos de toda la historia de la Iglesia como san Juan María Bautista Vianney (1786-1859), que suplió con su oración y mortificación heroicas sus escasas cualidades intelectuales para el estudio, que a punto estuvieron de impedirle su ordenación sacerdotal. Llegó al sacerdocio a los 29 años y aún después de ordenado tuvo que seguir otros tres años entre sus profesores recibiendo clases extras y repasando la teología antes de comenzar su actividad pastoral en Ars, donde permaneció toda su vida. Canónicamente, Ars no era ni siquiera parroquia, sino una dependencia de otra cercana, pero a pesar de no ser párroco y de todas sus deficiencias intelectuales, el cura de Ars es el patrón de los párrocos, propuesto por la Iglesia al clero como modelo de vida de piedad y atención a la feligresía en el confesonario, en cuyas largas colas de penitentes había siempre personas de toda condición, procedentes muchos de ellos de lugares muy lejanos de la pequeña aldea de Ars.

Por otra parte, y también en contraste con el siglo de las revoluciones políticas y sociales, de la revolución de los transportes, del activismo en suma, la otra gran santa que vivió entre los pontificados de Pío IX y León XIII (1878-1903) fue santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897), una monja de clausura del Carmelo de Lisieux, que murió a la edad de 24 años. Es, sin duda, una de las santas más populares y sin embargo su vida no fue nada vistosa. Sin salir de su convento provinciano no hizo nada llamativo, ni siquiera fue famosa en vida, pero marchó con extraordinaria fidelidad por *«la petite voie»* («el caminito»), como ella misma le llama en su autobiografía interior (*Historia de un alma*, Madrid, 1991, 3.ª ed.) a su programa de vida, que se reducía a estas cinco ocupaciones: adorar, rezar, sufrir, trabajar y encomendar. Para resaltar la eficacia de la oración en el apostolado frente al mero activismo humano, siempre estéril, la Iglesia la ha designado patrona de las misiones. En 1997, Juan Pablo II (1978) la proclamó doctora de la Iglesia.

Y si dirigimos la atención hacia las formas de piedad popular, se observa que sus practicantes aumentaron y que dichas prácticas adquirieron una mayor hondura teológica, gracias a la actuación de un clero más piadoso y mejor formado. Coinciden todos los autores en afirmar que durante el pontificado de Pío IX se produjo un redescubrimiento de Cristo y concretamente de la devoción al Sagrado Corazón impulsada por los jesuitas. El culto eucarístico experimentó también notables avances: superado el rigorismo jansenista comenzó a generalizarse la comunión frecuente y proliferaron las prácticas de adoración del Santísimo Sacramento.

También estos años centrales del siglo xix se caracterizan por un mayor arraigo y extensión de la devoción mariana. Ya se dijo que en 1854 el papa proclamó el dogma de la Inmaculada y que muchas de las congregaciones fundadas entonces se pusieron bajo la protección de la Madre de Dios. Además, durante estos años se registran apariciones de la Virgen en varios lugares; Lourdes fue de todos ellos el más popular (R. Laurentin, *Lourdes. Documents authentiques,* 6 vols., París, 1957-1961). Entre los meses de febrero a julio de 1858, la Virgen se apareció dieciocho veces a Bernadette Soubirous (1844-1879). Sólo cuatro años después y tras un meticuloso estudio de lo acontecido, el obispo de Tarbes se pronunció favorablemente. Y a partir de 1872, Lourdes se convirtió en centro de masivas peregrinaciones procedentes de todo el mundo. Como es sabido, Bernadette al preguntar por la identidad de la Señora recibió esta respuesta: «Yo soy la Inmaculada Concepción.» Por todo ello, no es de extrañar que el propio Pío IX colocase una imagen de la Virgen de Lourdes en su oratorio y que aprobase su coronación solemne. La ceremonia se celebró (3 julio 1879) poco después de su muerte. En el acto, presidido por el nuncio, estuvieron presentes 34 obispos, 3.000 sacerdotes y más de 100.000 fieles. La vidente fue canonizada por Pío XI, precisamante un 8 de diciembre del año 1933 (H. Petitot, *Sainte Bernadette,* París, 1940).

La salud de Pío IX comenzó a declinar en 1877, claro que por entonces ya tenía 86 años. Tan inminente veía su muerte el gobierno italiano, que se adelantó a las circunstancias y comenzó los preparativos de sus funerales con demasiada antelación. Antes se vio obligado a celebrar las pompas fúnebres de su soberano, pues —como ya vimos— el rey de Italia murió cuatro semanas antes que Pío IX. Los primeros días de febrero de 1878 todavía el santo padre concedió algunas audiencias. El día 6, Pío IX se vio afectado por un catarro con ligera fiebre y al día siguiente por la tarde su vida se extinguió suavemente; en la habitación del moribundo se rezaba el rosario y al llegar al cuarto misterio doloroso, Pío IX alzó los ojos al cielo y expiró. Según había dispuesto en su testamento, sus restos mortales fueron trasladados a la basílica de San Lorenzo Extramuros en 1881. En 1907 se introdujo en la curia romana su causa de beatificación. El proceso fue suspendido en 1922 por falta de documentación, para ser reabierto en 1954. Concluyó la primera fase en 1985, con el reconocimiento de que Pío IX vivió las virtudes cristianas en grado heroico.

León XIII (20 febrero 1878 - 20 julio 1903)

Personalidad y carrera eclesiástica. Vincenzo Gioacchino Pecci nació (2 marzo 1810) en la zona montañosa y pobre de Carpineto, cerca de Roma. Su padre, Ludovico Pecci, fue coronel de la milicia baronal y su madre, Anna Prosperi, se distinguió por su piedad y dedicación a obras de misericordia, a pesar de los escasos recursos de la familia, que además era numerosa; el matrimonio tuvo seis hijos. Ingresó a los ocho años, junto con su hermano Giuseppe (1807-1890) —futuro cardenal— en el colegio de los jesuitas de Viterbo. Y según informes del rector de este colegio, el niño «era un angelito, a la vez que un pícaro de primera». Durante su juventud fue un experto cazador y escalador (J. Braikin, *L'infanzia e la giovenezza di un papa,* Grottaferrata, 1914). A los 14 años se trasladó al colegio romano, también regido por los jesuitas, donde cursó filosofía y teología. En los dos centros dio muestras de poseer un gran talento y manifestó unas dotes nada comunes en el conocimiento de la lengua latina. Ya desde temprana edad compuso versos en latín; siendo estudiante, fue capaz de improvisar en público hasta doscientos hexámetros en latín sobre el incendio de San Pablo. Esta afición la cultivó durante toda su vida; quince días antes de morir todavía corrigió las pruebas de su poema en latín dedicado a san Anselmo (1033-1109). Su obra poética ha sido traducida a diversas lenguas. En opinión de los especialistas, León XIII es uno de los grandes de la estilística latina más clásica.

En 1832 ganó el grado de doctor en teología. Desde 1832 a 1837 cursó los estudios de derecho civil y canónico en la Academia de Nobles, en los que también consiguió doctorarse. Ordenado sacerdote en 1837, ese mismo año fue nombrado prelado doméstico de Gregorio XVI (1831-1846). Comenzó entonces su carrera diplomática: delegado pontificio en Benevento, Spoleto y Perugia (1838-1843) y nuncio de Bélgica (1843-1846), cargo que le permitió conocer directamente la realidad política y social de la Europa de entonces, pues realizó varios viajes por Inglaterra, Alemania y Francia, donde visitó minas de carbón, astilleros y fábricas. En 1846 se le confirió la titularidad de la sede episcopal de Perugia donde, además de restaurar la catedral, el seminario y diversas instituciones, se entregó sin perdonar fatigas a sus trabajos pastorales: reconstruyó la vida eclesial, organizó muchísimas misiones, se preocupó de los más necesitados y fundó varios orfanatos y asilos para niños. En 1853 recibió el capelo cardenalicio (Tserclaes, *Le pape Léon XIII,* 3 vols., París, 1894-1906).

El cardenal Pecci fue crítico con la política del secretario de Estado Antonelli (1808-1876), lo que explica que éste le mantuviera durante más de treinta años ininterrumpidos en Perugia y por lo tanto alejado de Roma. Durante esas tres décadas maduró en su interior la concepción de la universalidad de la Iglesia, frente a la reducida visión de quienes la recortaban hasta reducirla a los límites de Italia, donde sin duda los graves problemas con los que allí se encontraba la Santa Sede dificultaban la percepción de su catolicidad. Igualmente, durante la larga etapa de Perugia, su talante quedó definido por el afán de dirigir todos los esfuerzos a buscar soluciones cara al futuro, evitando desgastar-

se con lamentaciones del pasado. Pero tras la muerte de Antonelli, Pío IX (1846-1878) le nombró cardenal-camarlengo (21 septiembre 1877), por lo que tuvo que abandonar su arzobispado para instalarse en la Ciudad Eterna. El papa, que veía cercana su muerte, con este nombramiento quiso demostrar la confianza que tenía en las capacidades del cardenal Pecci para superar con bien el período de interregno. Y, en efecto, pocos meses después, al morir Pío IX, como camarlengo se hacía cargo del gobierno interino de la Iglesia y escribía a los fieles de la diócesis de Perugia para llorar la muerte del papa y solicitar sus plegarias a fin de que fuese elegido un digno sucesor de Pío IX. Cuando todo esto sucedía, el cardenal Pecci estaba a punto de cumplir 68 años.

Ya entonces impresionaban los rasgos de su figura, que el tiempo acentuó todavía más. Así le describía en *Le Fígaro* el periodista Séverine en 1892:

> lívido, delgado, escuálido, flexible, apenas visible, casi inmaterial, de cara imperfecta pero llamativa, vivaracha, móvil, espiritual, transparente, perfilada, en cierto modo galvanizante, con un espíritu juvenil, vibrante, luchador, compasivo, atrayente, brillantes ojos nobles, nariz aguileña enérgica, labios sonrientes e ingeniosos, manos marfileñas y transparentes, voz sutil y no obstante enérgica.

Coinciden sus contemporáneos en afirmar que, incluso a sus 93 años, el contraste entre su ruina física y su energía vital, que residía sobre todo en sus centelleantes ojos, hacía de León XIII la encarnación ideal del vicario de Cristo (A. J. Schmidlin, *El mundo secularizado,* en A. Fliche y V. Martín, *Historia de la Iglesia,* t. XXVI, [1], Valencia, 1985). Sólo dos papas —san Agatón (107 años) y san Gregorio (99 años)— superaron la edad de León XIII; por lo que cuando sólo unos pocos días antes de morir alguien le manifestó —para animarle— que vencería esa enfermedad, León XIII con gran sentido del humor replicó que en ese caso deberían de dejar de referirse a él como santo padre para llamarle «eterno padre».

El cónclave de 1878 era el primero que se celebraba tras la proclamación de la infalibilidad del papa y de la pérdida de los Estados Pontificios, acontecimientos ambos que habían tenido lugar en 1870. Y, también, en torno a esta fecha se culminaba la unidad italiana, surgía el II Imperio alemán como potencia europea, Japón al reformarse a lo occidental se incorporaba a nuestro mundo, listados Unidos comenzaba su ascenso hasta convertirse más tarde en el gigante mundial, y los europeos lanzaban un nuevo impulso colonial, que ensanchó las fronteras del mundo conocido hasta igualarlas por fin con las del mundo real. Por todas estas circunstancias, esta nueva elección del sucesor de san Pedro se puede considerar como la primera de nuestro mundo actual. Perdido el poder temporal, resulta explicable que los 60 cardenales reunidos en 1878 se vieran más libres de las tutelas y de los vetos de las potencias que en elecciones pasadas. El cónclave comenzó el 18 de febrero y fue uno de los más cortos de la historia; sólo hicieron falta tres votaciones para que recayeran en el cardenal Pecci 44 votos, algunos más de la mayoría necesaria para que fuera váli-

da la elección. En honor de León XII (1823-1829), Pecci eligió el mismo nombre para ocupar la cátedra de san Pedro.

Relaciones de la Santa Sede con las potencias europeas. En principio, el talante conciliador de León XIII debía ponerse a prueba en el escenario de la diplomacia europea, empezando por Italia (A. C. Jemolo, *Chiesa e Stato in Italia negli ultimi cento anni*, Turín, 1955). Durante los primeros años del reinado de Humberto I de Saboya (1878-1900) se sucedieron los enfrentamientos de las autoridades del reino de Italia con la Santa Sede. A la legislación sectaria se sumaron los ataques directos, como fue la celebración en Roma del centenario de Voltairc (1694-1778) en el mes de mayo de 1878, o la pasividad del gobierno ante la agresión (13 julio 1881) a la comitiva que trasladaba a la basílica de San Lorenzo Extramuros los restos mortales de Pío IX, que a punto estuvieron de ser arrojados al Tíber. Y todo ello por no hablar de las peticiones de algunos políticos en la Cámara para que se suspendiera la Ley de Garantías, lo que forzó a León XIII a tantear incluso un posible exilio. León XIII solicitó al emperador de Austria que le acogiera en sus dominios en caso de que los revolucionarios le expulsaran del Vaticano, a lo que Francisco José (1848-1916) respondió con evasivas por el temor a enfrentarse con Italia. El papa desistió en sus proyectos de exilio y decidió resistir hasta el final en el Vaticano, pasara lo que pasara. Todo ello no hacía sino confirmar la necesidad de que los titulares de la cátedra de san Pedro tuvieran un poder temporal, por pequeño que fuera, que garantizase la independencia en sus actuaciones. Así pues, a diferencia de Pío IX, León XIII dejó de reclamar los Estados Pontificios, pero con mayor contundencia que su predecesor reivindicó su soberanía sobre la ciudad de Roma, mostrándose dispuesto a dialogar, pues sus pretensiones en modo alguno pretendían dinamitar la unidad italiana. Pero todas estas iniciativas cayeron en el vacío. Habría que esperar, pues, a los arreglos de Letrán de 1929.

En continuidad con las decisiones de Pío IX, respecto a los católicos italianos, León XIII mantuvo el *non expedit*, vigente hasta 1919, que les prohibía participar en la vida política del nuevo Estado italiano, no así en la vida administrativa, por lo que podían concurrir a las elecciones municipales y provinciales. Para compensar este retraimiento político aparecieron diversas agrupaciones de católicos, con objetivos sociales, tales como la difusión de la «buena prensa», la defensa de las órdenes religiosas y de la libertad de enseñanza, etc. Todas estas asociaciones confluyeron en 1871 en la Opera dei Congressi e dei Comitati Cattolici, organización de carácter confesional —con capellanes con derecho a veto— que acabó por proponerse como finalidad la unión de todos los católicos. A partir de 1896, el sacerdote Romolo Murri (1870-1944) orientó la Opera hacia la política y consiguió una enorme popularidad, a la vez que el también sacerdote Luigi Sturzo (1871-1959) se unía a Murri, planteando a partir de entonces una concepción politizada de la Iglesia, para luchar mejor en la defensa de los pobres. Lógicamente, León XIII, por medio de la encíclica *Graves de communi* (18 enero 1901), tuvo que salir al paso para reafirmar el carácter sobrenatural que su fundador dio a la Iglesia y definir, a la vez, lo que se

debería entender por democracia cristiana (M. P. Fogarty, *Historia e ideología de la Democracia Cristiana en la Europa occidental, 1820-1953*, Madrid, 1964). Defendía así el papa la libertad de actuación de los católicos, al afirmar que nadie podía proponer en nombre de la Iglesia una exclusiva fórmula de actuación política, a la vez que dejaba claro que la democracia cristiana no podía ser compatible con la lucha de clases. Murri se rebeló, engrosó las filas de los modernistas en 1902, abandonó la Iglesia en 1908, contrajo matrimonio civil en 1909 y se entregó a la militancia política en un partido de extrema izquierda; un año antes de morir se reconcilió con la Iglesia. Sturzo, por su parte, aceptó las orientaciones de León XIII y continuó trabajando en las organizaciones sociales; años después fue nombrado secretario general de la Junta de Acción Católica italiana.

León XIII heredó también los graves problemas de Alemania, que habían surgido a partir de la proclamación del II Reich en 1871. El canciller Otto von Bismarck (1815-1898) (J. Pabón, «El príncipe Bismarck, apunte para un diccionario de historia», en *La subversión contemporánea* y *otros estudios,* Madrid, 1971), receloso de los católicos que se habían agrupado en el partido del *Zentrum,* dictó una serie de leyes entre 1871 y 1878 conocidas en su conjunto como *Kulturkampf* o lucha por la cultura, eufemismo que encubría una auténtica persecución contra la Iglesia. La *Kulturkampf bismarck'mna* expulsó a todas las órdenes religiosas de Prusia, obligó a someter los nombramientos eclesiásticos a la autoridad civil, cerró los convictorios y los seminarios, impidió el normal funcionamiento de más de mil parroquias y desterró a varios obispos, de modo que León XIII se encontró en 1878 con que de los doce obispos de Prusia, sólo cuatro permanecían en sus sedes.

Pero la firme reacción de los católicos alemanes junto a sus pastores, el talante conciliador de León XIII y el realismo político de Bismarck, que comprendió los inconvenientes que le reportaba dicha persecución al privarle del apoyo político del *Zentrum*, motivaron un cambio en sus planteamientos. En dicho cambio, la actuación de los secretarios de Estado de León XIII jugó un papel decisivo. Durante el pontificado de León XIII cuatro titulares ocuparon la Secretaría de Estado. El primero fue el cardenal Alessandro Franchi (1819-1878), que apenas pudo encarrilar la política de conciliación con Alemania, ya que falleció (1 agosto 1878) pocos meses después de ser nombrado. Esta línea de actuación fue seguida por su sucesor en el cargo, el cardenal Lorenzo Nina (1812-1885), que lo fue hasta 1880, año en que pasó a desempeñar otra función en la curia. A Nina le relevó el cardenal Ludovico Jacobini (1832-1887), buen conocedor de la situación política de centroeuropa, pues era nuncio en Viena. Jacobini, eficaz colaborador de León XIII, consiguió que se ocuparan todas las sedes episcopales vacantes y que remitiera la legislación persecutoria. Lamentablemente, su magnífica ejecutoria se truncó también con la muerte (28 febrero 1887).

Pero por entonces la situación estaba bastante normalizada y el *Zentrum* apoyaba parlamentariamente la política militar que sostenía las alianzas del

sistema bismarckiano. Poco después, el nuevo emperador alemán, Guillermo II (1888-1918), destituía a Bismarck (1890), y se abría para el *Zentrum* una nueva etapa, en la que libre de los compromisos contraídos con el destituido canciller podía abandonar la defensa de la Iglesia desde dentro del sistema para colocarse frente al estatismo del gobierno alemán. En 1893, junto con los votos de los liberales y de los socialistas, el *Zentrum* rechazaba el proyecto de ley para la reforma del ejército. Bien es cierto que desde que aminoró la persecución religiosa, el *Zentrum* perdió muchos votos de los católicos por considerar éstos que ya no tenía sentido dar su apoyo a una organización estrictamente política. El *Zentrum* se mantuvo, no obstante, como el mayor partido alemán hasta 1903, fecha en la que se desató una grave crisis en esta organización política.

Así las cosas, el sucesor de Jacobini en la Secretaría de Estado, el cardenal Mariano Rampolla (1843-1913), que desempeñó dicho cargo hasta la muerte del papa en 1903, pudo variar la orientación diplomática de la Santa Sede para aproximarse a Francia. Conviene recordar que desde la firma de los acuerdos de 1894, Francia formaba un bloque defensivo junto con Rusia en contraposición y respuesta de la Triple Alianza, constituida con anterioridad (1882) por Alemania, Austria e Italia (P. Milza, *Les rélations ínter natío nales de 1871 á 1914,* París, 1968).

Los católicos de Francia también estaban acosados por graves dificultades. Tras las elecciones de 1879, los republicanos franceses que llegaron al poder decidieron imponer el laicismo, ideología que por afirmar de un modo radical que todas las normas de conducta —tanto las individuales como las colectivas— deben emanar únicamente de la voluntad popular, trata de articular la sociedad como si Dios no existiera, y en consecuencia debía ser barrida de esa proyectada sociedad laicista cualquier presencia de la Iglesia. Éste era el sentido de la serie de disposiciones legislativas del ministro de Instrucción Pública y presidente del Consejo —a un tiempo, al retener ambos cargos—, Jules Ferry (1832-1893), contra la libertad de enseñanza religiosa entre 1880 y 1882, para implantar la enseñanza laica en Francia. Las leyes de Ferry provocaron la separación entre los católicos y los republicanos franceses, y el intento de los primeros de formar un partido católico, que por exclusión tendría que ser monárquico. Pero toda una serie de cambios políticos en 1890, que apartaron del poder a los grupos sectarios, permitieron que la actitud conciliadora de León XIII invitara a los católicos franceses al *ralliement* (adhesión) hacia la III República (A. Sedgwick, *The Ralliement in French Politic, 1890-1898,* Cambrigde, 1965). Por medio de la encíclica *Au milieu* (16 febrero 1892), León XIII transmitía a los católicos franceses los criterios básicos para su actuación social y política; el documento pontificio sirvió para que la opinión de los franceses dejara de equiparar el término católico con los de monárquico en lo político o el de paternalista en las relaciones laborales. Los sindicatos católicos, a partir de entonces, defendieron la autonomía del trabajador respecto a los patronos y el derecho de huelga.

Poco duró la calma, pues como consecuencia del *affaire* Dreyfus en las elecciones de 1898 triunfó el Bloque de Izquierdas, del que salió el gabinete de Waldcck-Rousseau (1846-1904), que promovió toda una legislación para controlar las órdenes religiosas, al extremo de que cualquier congregación religiosa que no solicitara la respectiva autorización del Estado quedaba disuelta automáticamente, a la vez que se facultaba al gobierno para disolver las ya autorizadas por un simple acuerdo del Consejo de Ministros (A. Latreille y R. Rémond, *Histoire du catholicisme en France*, 3 vols., París, 1962). En consecuencia, algunas de ellas como la de los jesuítas o la de los benedictinos, se exiliaron. Pero todavía estaba por llegar lo peor, pues las elecciones de 1902 llevaron a la presidencia del gabinete a un personaje todavía más sectario, el ex seminarista Émile Combes (1835-1921). De inmediato cerró 3.000 escuelas religiosas y expulsó de Francia a 20.000 religiosos de ambos sexos. Estas decisiones, y otras no menos graves, fueron adoptadas por Combes en un solo año, entre el verano de 1902 y el de 1903. Al año siguiente, en junio de 1904, ya durante el pontificado de san Pío X (1903-1914), Combes rompió relaciones con el Vaticano y suspendió el concordato vigente desde 1801, alegando que la Santa Sede actuaba con intolerancia. Pocos días después de la ruptura de relaciones prohibió a cualquier orden religiosa enseñar no sólo religión, por supuesto, sino también cualquier otra materia escolar.

El magisterio de León XIII. En su encíclica inaugural, *Inscrutabili Del consilio* (21 abril 1878), León XIII se propuso orientar su magisterio a un objetivo: recristianizar la sociedad y el mundo contemporáneo. Este empeño del papa era un auténtico reto, pues se planteaba precisamente cuando surgían con fuerza de plenitud ideologías como el positivismo, el evolucionismo, el idealismo, el marxismo y el nihilismo. Por la entraña antirreligiosa de estos humanismos sin Dios, todas estas ideologías reconocían en la Iglesia católica a su enemigo natural, y la acusaban de ser el freno del progreso y un reducto oscurantista. Naturalmente, que ante semejante panorama el propósito de León XIII era toda una audacia, pues se proponía recristianizar el mundo contemporáneo, sin renunciar a las conquistas de la modernidad que fueran compatibles con la fe. Pues bien, éste es el empeño constante en sus muchos escritos. Por la imposibilidad de comentarlos en su totalidad, a continuación prestaremos nuestra atención sólo a los más importantes.

El nombre de León XIII, desde luego, va unido inseparablemente a la doctrina social de la Iglesia que el pontífice expuso en varios documentos, sobre todo en la encíclica *Rerum novarum* (15 mayo 1891). Además de su doctrina sobre el mundo del trabajo, su magisterio atendió a otros aspectos de la vida cristiana, que por su importancia no podemos dejar al menos de mencionar.

No pocas corrientes de pensamiento actuales, que hunden sus raíces nutricias en el siglo xix, niegan la relación armónica entre la fe y la razón, o simplemente ni se plantean tal relación al levantar sus planteamientos cientifislas sobre el prejuicio de que sólo existe lo material o tangible. Pues bien, León XIII, por medio de la *Aeterni Patris Filias* (4 agosto 1879), proponía la re-

novación del tomismo, puesto que «santo Tomás es entre todos los pensadores, el que —por el momento— ha conseguido expresar más claramente la inexistente oposición entre razón y fe, naturaleza y sobrenaturaleza, progreso y verdad permanente» (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo,* t. II). La propuesta del pontífice nada tenía que ver ni con un anacronismo nostálgico de la Edad Media, ni con un mera repetición literal de santo Tomás (1225-1274). Por el contrario, León XIII pretendía que, a partir de la inspiración y de los principios de la filosofía perenne de santo Tomás, el pensamiento de los católicos se encumbrase por encima del reduccionismo de la fenomenología positivista. Era, en definitiva, la suya una apuesta por los dos grandes valores de la naturaleza humana, el conocimiento y la libertad, frente a su negación por parte de los determinismos ideológicos de finales de siglo, que pocos años después nutrirían ideológicamente a los totalitarismos políticos. El propio León XIII fomentó —en más de un caso con dotaciones económicas— la creación de cátedras de Filosofía y Teología tomistas en muchos seminarios y en las universidades de Roma, Lille, Friburgo, Washington y Lovaina. Fue en esta última universidad donde surgió, en torno al cardenal belga Désiré Joseph Mercier (1851-1926), el núcleo de estudiosos más destacados. No obstante, y a la vista de los resultados, cabe afirmar que esta propuesta de León XIII sigue siendo todavía actual.

León XIII escribió un total de 51 encíclicas. A partir de 1881 publicó —entre otras más— cinco grandes encíclicas (P. Galindo, *Colección de encíclicas y documentos pontificios, 2* vols., Madrid, 1967), cuyos contenidos doctrinales desembocan y se estructuran en la *Rerum novarum.* La encíclica *Diuturnum* (29 junio 1881) se ocupa del origen del poder. La *Inmortale Dei* (1 noviembre 1885) aborda las relaciones entre la Iglesia y el Estado. La *Libertas* (20 junio 1888) es un estudio, a la vez que una defensa de la libertad del hombre. La *Sapientiae christianae* (10 enero 1890), en la que se llega a afirmar que la ignorancia es el peor de los enemigos de la Iglesia, entiende la sociedad no como fin en sí mismo, sino como el medio en el que la persona debe conseguir los medios para su perfección; en uno de los párrafos de la *Sapientiae christianae* se puede leer que si bien la Iglesia debe ser respetuosa e indiferente con las formas de gobierno o las leyes, del mismo modo no puede ser esclava de ningún partido político; en consecuencia, afirma Léon XIII en dicha encíclica: «arrastrar a la Iglesia a algún partido o querer tenerla como auxiliar para vencer a los adversarios, propio es de hombres que abusan inmoderadamente de la religión». La quinta encíclica es la *Praeclara gratulationis* (20 junio 1894), donde León XIII abunda en los temas ya expuestos en la *Sapientiae christianae* cuatro años antes; tal insistencia es la mejor prueba de que, a pesar de la claridad en la exposición de León XIII, o no se le había entendido suficientemente o no se le quería entender.

Como ya se ha dicho, en 1891 se publicó la encíclica *Rerum novarum* (E. Guerry, *La doctrina social de la Iglesia,* Madrid, 1963), en cuya introducción, tras calificar de utópica la pretensión de fijar de un modo definitivo la nor-

ma justa que regule las relaciones entre ricos y pobres, León XIII añade, inmediatamente después, que hay obligación de auxiliar a los más indefensos de la sociedad. Pasa a continuación el documento pontificio a ocuparse del socialismo, cuyas propuestas de la lucha de clases y eliminación de la propiedad privada se enjuician como falsas soluciones para el arreglo de la cuestión social. Inmediatamente después, León XIII recuerda los principios de libertad, justicia y respeto a la dignidad de la persona que siempre deben estar vigentes en la consideración de los patronos respecto a los obreros, y de éstos hacia sus patronos. A vuelta de página, León XIII apunta al núcleo del problema y se enfrentaba a los postulados del determinismo naturalista de la economía liberal, al afirmar que tanto la propiedad como el salario tienen un carácter social, y que en consecuencia la cuantía de un jornal no puede estar marcada exclusivamente por la ley de la oferta y la demanda; hay un salario justo que se debe pactar, cuya cantidad en cualquier caso nunca puede ser inferior al coste del mantenimiento del obrero. El Estado por tanto —según la *Rerum novarum*— no puede ni permanecer al margen de todo el proceso productivo, como proponían los liberales, ni controlarlo de un modo absoluto, como defendían los marxistas, sino que debía actuar para garantizar que se respetara la propiedad y su uso adecuado, a la vez que para promover el establecimiento de una justicia distributiva en beneficio de los más necesitados, elementos que deben confluir en el sostenimiento de la paz social. Ya al final del documento, León XIII se refería a un punto de capital importancia como era el de las organizaciones obreras, a las que el Estado debía proteger, pero sin entrometerse ni en su organización ni en su disciplina.

Por la importancia de la *Rerum novarum,* los sucesores de León XIII se han referido continuamente a ella e incluso con motivo de sus aniversarios se han publicado nuevas encíclicas. Pío XI (1922-1939) afirmó que gracias a esta encíclica «los principios católicos en materia social han pasado poco a poco a ser patrimonio de toda la sociedad humana». Pío XII (1939-1958), en su cincuenta aniversario, califica a la *Rerum novarum* como «la carta magna de la laboriosidad cristiana». Juan XXIII (1958-1963) se refiere a ella como «la suma de la doctrina católica en el campo económico y social». Pablo VI (1963-1978) reconoció que el mensaje de la *Rerum novarum,* a los ochenta años de su publicación, «seguía inspirando la acción en favor de la justicia social». Y Juan Pablo II (1978) ha querido conmemorar su noventa aniversario y su centenario, con la publicación de dos encíclicas: *Laborem exercens* y *Centesimus annus.* Por todo ello, ha escrito el jurista y teólogo Teodoro López («León XIII y la cuestión social, 1891-1903», *Anuario de Historia de la Iglesia,* VI, Pamplona, 1997):

> no me parece exagerado afirmar que ningún otro documento del magisterio pontificio ha gozado de actualidad tan permanente, ningún otro ha merecido tantos homenajes y conmemoraciones, ningún otro ha sido objeto de tal atención continuada en los documentos del magisterio posterior. La moral social

> cristiana, la doctrina social de la Iglesia, la fidelidad cristiana a sus compromisos en la vida social se saben deudoras del gran documento del papa León XIII.

En efecto, el tema de la acción social y la Iglesia ha hecho correr ríos de tinta. Y no han faltado, incluso, quienes han llegado a afirmar que la Iglesia ha vivido ajena a la cuestión social. Tal afirmación o nace de un prejuicio o se realiza cerrando los ojos ante la historia, porque no hay ninguna institución que, como la Iglesia, pueda exhibir una tan rica y variada actuación social, que por lo demás dura ya dos mil años. Ahora bien, si por acción social sólo se entiende la lucha de clases, en este caso hay que decir que tanto el magisterio de León XIII como el de sus predecesores y sucesores, denunciaron la lucha de clases como una falsa solución para el mundo del trabajo y para la sociedad en general. Es más, a la vista del exterminio de millones de personas por el comunismo, a lo que hay que añadir las calamidades, la miseria y el sufrimiento que ha reportado a tantos seres humanos el socialismo real, resalta todavía con más mérito la valentía de los pontífices al denunciar la perversidad de esa ideología, sobre todo si se tiene en cuenta que dichas denuncias se realizaron cuando buena parte de los intelectuales se habían dejado alienar, precisamanente, por esa misma ideología (F. Furet, *El pasado de una ilusión*, México, 1995).

Quedaría incompleto este resumen del magisterio doctrinal de León XIII sin hacer referencia a un problema surgido al final de su pontificado, como es el del americanismo o herejía de la acción (R. Pattee, *El catolicismo en los Estados Unidos*, Madrid, 1964), que no es sino el anticipo de la gran crisis del modernismo, a la que tuvo que hacer frente su sucesor, san Pío X. La publicación en Estados Unidos de la biografía del fundador de los paulistas, Isaac Thomas Hecker (1888-1919), y sobre todo el prólogo que la precedía, reclamó la atención de León XIII. En dicho prólogo se pedía a la Iglesia que adaptase sus normas disciplinares y las verdades del depósito de la fe como único medio para aumentar el número de los fieles, a continuación se calificaba de superfluo e innecesario el magisterio de la Iglesia por considerar suficientes las mociones del Espíritu Santo en cada alma, además se preferían las virtudes naturales a las sobrenaturales, y por último se consideraba que había dejado de tener sentido, por juzgarla de otros tiempos, lo que se definía como vida pasiva, esto es la oración y la penitencia; la vida pasiva, por tanto, debía ser sustituida por otra, a la que se denominaba vida activa, plena de actuaciones externas. León XIII salió al paso con la carta *Testem benevolentiae* (22 enero 1899), sobre los errores que «algunos llaman americanismo». La advertencia de Léon XIII fue muy bien acogida por los obispos americanos, así como por el superior general de los paulistas y el biógrafo del padre Hecker, a los que les faltó tiempo para dirigirse al pontífice agradeciéndole su escrito y sometiéndose a su magisterio. Como problema menor que era, la cuestión quedó zanjada con esto. Y a buen seguro que el término americanismo no hubiera

llamado tanto la atención de los historiadores de la Iglesia, de no ser porque con motivo de esta polémica salieron a la luz en Francia las primeras manifestaciones del modernismo.

Las misiones y la vida interna de la Iglesia. En otro orden de cosas, la expansión colonial fue uno de los rasgos peculiares del período en el que dirigió la Iglesia León XIII. A partir de 1880, una serie de factores contribuyó a que así fuera, desde la búsqueda de prestigio de las potencias europeas hasta las nuevas posibilidades que ofrecía la tecnología (D. R. Headrick, *Los instrumentos del imperio,* Madrid, 1989). Durante los meses de noviembre de 1884 a febrero de 1885 se celebró la conferencia de Berlín, donde trece potencias europeas además de Estados Unidos fijaron las condiciones para la colonización del continente africano. Y por lo que aquí interesa, en uno de los puntos de los acuerdos se declaraba a los misioneros, junto con los sabios y los exploradores, personas a proteger por las potencias colonizadoras. Paradójicamente, el anticlericalismo generalizado en la política interior de los países europeos, desaparecía en el programa colonizador de esas mismas potencias. Esta situación favoreció sin duda el trabajo de los misioneros, entre los que cabe destacar al cardenal arzobispo de Argel, Charles Lavigerie (1825-1892), fundador de los Padres Blancos.

Por medio de la encíclica *Sancta Del civitas* (3 diciembre 1884), León XIII recordaba a todos los católicos su responsabilidad respecto a las misiones, a las que estaban obligados a ayudar con su oración y sus limosnas. El balance misional del pontificado de León XIII fue realmente impresionante. Pero también con el tiempo se dejaron ver las sombras de esta etapa. La unión entre colonizadores y misioneros (H. Deschamps, *La fin des Empires coloniaux,* París, 1963) ayuda a entender la persecución religiosa durante el proceso descolonizador, más si se tiene en cuenta que los líderes de la descolonización, por pertenecer a los grupos dominantes de las colonias habían podido acudir a las universidades de Europa, en donde en no pocos casos recibieron una formación no exenta de un sectarismo antirreligioso.

La preocupación de León XIII por el ecumenismo, entre otras muchas manifestaciones, guarda relación con las seis encíclicas, siete cartas pastorales, catorce alocuciones y cinco discursos que el papa dedicó específicamente a este aspecto. Fueron muchas las iniciativas de León XIII en este sentido, entre las que cabría citar la creación de la Comisión pontificia para la reconciliación, claro precedente de la futura Secretaría para la Unidad de los Cristianos. Dicha comisión apenas pudo trabajar, dada su corta existencia, pues poco tiempo después de su constitución falleció el papa.

León XIII reforzó la vida de la Iglesia mediante la dignificación del culto eucarístico. A él se debe la iniciativa de la celebración de los congresos cucarísticos anuales; el primero tuvo lugar en Lille (1881), y a continuación —entre otras ciudades— en Avignon, Lieja, Friburgo, París, Amberes, Jerusalén y Londres. En línea con sus predecesores fomentó también la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a quien consagró el género humano el último año del si-

glo xix. Introdujo la celebración litúrgica de la fiesta de la Sagrada Familia, y la propuso como modelo para todas las familias cristianas; en sus escritos mostró una gran veneración por san José. Pero, sobre todo, León XIII puso especial énfasis en recomendar el rezo del rosario, por considerar que era el medio más eficaz para conservar la fe y el arma para combatir los males de la sociedad; señaló el mes de octubre para la práctica especial de esta devoción y recomendó insistentemente que se rezara en familia; en 1883, León XIII introdujo en las letanías la advocación de Reina del Rosario. Todas estas recomendaciones fueron el objeto, naturalmente, de las frecuentes indicaciones que el papa hizo a los obispos, a quienes animaba a que se reunieran cada año y por regiones en conferencias episcopales, con el fin de promover la formación del clero y mejorar la atención del pueblo. Durante su pontificado erigió 284 nuevas diócesis y 48 vicariatos; restauró la jerarquía eclesiástica en varias naciones, como en la India, dividida en ocho provincias eclesiásticas, o en Japón, donde León XIII estableció el arzobispado de Tokio, con las diócesis sufragáneas de Nagasaki, Osaka y Hakodaté.

A principios de julio de 1903 León XIII sufrió una inflamación pulmonar; dada su gravedad pidió que se le administraran los últimos sacramentos el día 5. Dos días después, los médicos detectaron que se le habían encharcado los pulmones y le sometieron a diversas toracentesis para extraerle líquido. Los remedios médicos le mantuvieron estacionario hasta que el día 19 por la noche perdió el conocimiento y comenzaron los estertores agónicos. Al día siguiente León XIII recobró la conciencia, de modo que el moribundo se pudo despedir de todos los que le rodeaban, especialmente de su secretario de Estado, el cardenal Rampolla. Tras rezar la letanías de los agonizantes entregó su alma a Dios a las cuatro de la tarde. Sus restos mortales fueron trasladados en 1924 a la basílica de San Juan de Letrán. En su monumento funerario, realizado por Giulio Tadolini (1849-1918), dos figuras flanquean la de León XIII, una de ellas con la cruz en la mano representa a la Iglesia que le llora, la otra es la de un trabajador. En una de las inscripciones se puede leer: «Los hijos acuden de todas las naciones a honrar a su padre.»

Pío X, **san** (4 agosto 1903 - 20 agosto 1914)

Personalidad y carrera eclesiástica. San Pío X aporta a la etapa de los grandes pontificados de la época contemporánea no sólo su destacado magisterio, sino también el ejemplo de su vida santa (G. Dal-Gal, *Pío X. El papa santo*, Madrid, 1985, traducción de la edición italiana de 1954). Fue beatificado (3 junio 1951) y canonizado (29 mayo 1954) por Pío XII; el último papa proclamado santo antes que él fue san Pío V (1566-1572).

San Pío X había nacido (2 junio 1835) en Riese, un pueblecito de la diócesis de Treviso, al nordeste de Italia. Se le impuso el nombre de Giuseppe Melchiorre. El cabeza de familia, Giovanni Battista Sarto, era alguacil y por todo patrimonio poseía unos cuantos palmos de tierras de labranza, la casa y una vaca, por lo que la madre, Margherita Sansón, tenía que contribuir a aumentar

los ingresos con el trabajo de costurera, además de atender a su numerosa familia. El matrimonio tuvo diez hijos, dos de los cuales murieron a los pocos días de nacer, de manera que Giuseppe se convirtió en el mayor de los dos chicos y las seis chicas de los Sarto.

Riese no tenía más que una pequeña escuelita primaria, donde Giuseppe Melchiorre Sarto dio muestras de poseer un gran talento. Por entonces, el arcipreste, don Tito Fusarini, descubrió las primeras señales de su vocación sacerdotal. Pero como la pobreza de los Sarto hacía impensable su ingreso en el seminario, don Tito propuso a su padre que el niño prosiguiera los estudios en Castelfranco, donde funcionaba una escuela secundaria, pensando en convalidarlos más tarde en el seminario. Castelfranco distaba siete kilómetros de Riese y tampoco había posibilidad de costearle allí una pensión, por lo que su madre le preparaba cada día la comida y Giuseppe hacía la distancia a pie. Salía de Riese de madrugada y regresaba por la noche; al cabo de unos días, las caminatas fueron destrozando sus sandalias, así es que, sin decir nada a sus padres, decidió hacer el recorrido descalzo, pues de sobra sabía él que no habría dinero para renovar el calzado (J. M. Javierre, *Pío X*, Barcelona, 1951). El esfuerzo de Sarto causaba admiración entre sus gentes, por lo que compadecida de él la buena *signora* Annetta de Castelfranco, a cambio de que enseñara las primeras letras a sus hijos, le permitió pernoctar en su casa durante los meses de invierno de lunes a sábado. En 1850, después de cuatro años de idas y venidas, concluyó sus estudios en Castelfranco con las notas máximas. Gracias a que don Tito consiguió del cardenal de Venecia una beca, pudo ingresar en el seminario de Padua, donde destacó por su compañerismo, su inteligencia y su piedad. Aunque en mayo de 1852 falleció su padre, a su madre ni se le pasó por la cabeza que su hijo mayor abandonara el seminario y la viuda cargó sobre sí la responsabilidad de sacar económicamente a la familia.

Ordenado sacerdote en 1858, fue de inmediato enviado como coadjutor a Tombolo y más tarde como párroco a Salzano en 1867 (E. Bacchion, *Pio X. Giuseppe Sarto, arcipretre di Salzano*, Padua, 1925). En 1875, el obispo de Treviso le nombró canónigo de la catedral, secretario de la curia diocesana y director espiritual del seminario (G. Milanese, *Cenni biografici di Pio X*, Treviso, 1903). Por los testimonios y las pruebas aportadas en los procesos de beatificación y canonización se conocen muchos detalles de su vida; así, por ejemplo, se sabe que cuidaba con esmero su predicación, pues se pudieron recoger los esquemas manuscritos de sus homilías de todos los domingos y fiestas litúrgicas, lo que permite afirmar documentalmente que se preparaba siempre y por escrito todas sus intervenciones. Sus contemporáneos (L. Ferrari, *Pio X: Dalle mié memorie*, Vicenza, 1922) destacan cinco rasgos fundamentales del sacerdote Sarto: el recogimiento con el que celebraba la misa, la dedicación a todas las almas traducida en las muchas horas que permanecía en el confesonario, su afán por la catequesis de los niños, la promoción de vocaciones sacerdotales y la seriedad con la que se aplicó después de ser ordenado a repasar y ampliar sus estudios de teología.

En 1884 fue nombrado obispo de Mantua, cuyo seminario por falta de medios y profesores apenas funcionaba, además de tener a su cabeza a un rector cuya vida no era nada ejemplar. En principio mantuvo al rector, pero el obispo supervisó personalmente la dirección del seminario, se encargó de dar las clases de las cátedras vacantes y con el tiempo acabó por licenciar al rector y asumir él mismo sus funciones. Vivió muy cerca de sus sacerdotes, a quienes visitaba en sus parroquias con frecuencia. Pero no eran las suyas unas visitas de inspección, sino jornadas de aliento y colaboración con sus sacerdotes, a los que en ese día ayudaba a confesar y a enseñar la catequesis de los niños. En 1888 convocó el sínodo diocesano que hacía dos siglos que no se reunía. Todas estas labores de gobierno las hizo compatibles con su ministerio pastoral directo, pues el obispo Sarto permanecía muchas horas en su confesonario de la catedral de Mantua a disposición de sus penitentes y se encargaba de explicar el catecismo en las parroquias que circunstancialmente carecían de párroco. Por lo demás, era bien sabido en Mantua que al obispo le gustaba estar mezclado entre la gente y que las puertas del palacio episcopal estaban abiertas a todo el mundo. Allí acudían personas de toda condición, especialmente los pobres, para acogerse a la más que probada generosidad de Sarto.

En 1891, León XIII le ofreció la sede patriarcal de Venecia, que llevaba implícita la púrpura cardenalicia. Sarto rehusó por considerarse indigno, lo que a más de uno dejó desconcertado en Roma. Tras una segunda propuesta en 1893, comprendió que no tenía más remedio que aceptar. Fue entonces cuando se creó una tensa situación debido a la actitud regalista del gobierno italiano, al negarse a dar el *exequátur* regio al cardenal e impidiéndole hacer su entrada en Venecia, aduciendo derechos históricos de la época de Pío IV (1559-1565). Sin embargo, la presión popular doblegó al gobierno italiano y por fin pudo hacer su entrada (24 noviembre 1894). Poco después de llegar a Venecia escribió su famosa carta pastoral sobre la música sagrada, base de su posterior *motu proprio* —ya como papa— *Tra le sollecitudini,* publicado en la fiesta de Santa Cecilia (22 noviembre 1903), considerado por los liturgistas como la carta magna de la restauración de la música religiosa, que permitió entre otras cosas el resurgir del gregoriano y que el órgano volviera a los recintos sagrados. Por lo demás, en nada cambió su línea de actuación, trazada ya con nitidez desde que fue designado coadjutor de Tombolo: predicación, catequesis, confesonario, atención del seminario, formación del clero, visitas a los enfermos, contacto con los pobres y atención a los marginados; en 1900 organizó unos ejercicios espirituales en la cárcel de Guidecca, en los que el mismo cardenal quiso recibir las confesiones de los reclusos, pronunciar el último sermón y participar en la fiesta final, en la que los presos le compusieron versos y le cantaron coplas.

A lo largo de toda su vida cuidó con especial esmero el culto eucarístico. Por eso, como reparación del sacrilegio que se había cometido en la iglesia de los Carmelitas, convocó un Congreso Eucarístico en 1897, que tuvo gran eco en toda Italia. Y, por supuesto, en Venecia, como ya había hecho en los destinos anteriores, fomentó la comunión frecuente entre los adultos y los niños. Contra la

costumbre de entonces de no recibir la primera comunión hasta los doce años, él ya entonces la impartía en cuanto tenían uso de razón, aspecto éste que —como se verá— será una de las notas más peculiares de su magisterio pontificio.

Antes de partir para el cónclave se dirigió a sus fieles de Venecia en estos términos: «Rezad para que Dios dirija la elección reuniendo los votos sobre aquel que, por su virtud, su inteligencia y su fervor apostólico sea digno sucesor de León XIII.» El cardenal Sarto no era consciente de que había trazado su propia biografía con estos rasgos, precisamente en los que se fijaron 50 de los 62 cardenales reunidos en el cónclave que había comenzado el 31 de julio y que concluyó con ese resultado. Fue en este cónclave donde Jan Puzyna (1842-1911), cardenal de Cracovia —ciudad en la órbita de Austria—, vetó en nombre del emperador de Austria al anterior secretario de Estado, el cardenal Rampolla (1843-1913), pues Francisco José I (1848-1916) le consideraba enemigo de la Triple Alianza (Alemania, Austria e Italia) por su política de acercamiento a Francia y Rusia. No tuvo gran efecto el veto, pues después de pronunciado aumentaron los votos a favor de Rampolla, pero el incidente sirvió para reafirmar la independencia de la Iglesia. Pues si explicables podían ser estos usos antiguos, cuando el papa era también un soberano temporal, ahora carecían de sentido. Una de las primeras disposiciones de san Pío X fue firmar la constitución apostólica *Commisum nobis* (20 enero 1904), en la que se castiga con la excomunión *latae sententiae* reservada al romano pontífice a cualquiera de los participantes en los cónclaves de elección del papa que aceptara «encargo de potestad civil para oponer veto, ni siquiera en forma de simple deseo».

Los diez últimos años del pontificado de León XIII se vieron afectados por una tremenda agitación, basta con recordar que en torno a ese período a las ya de por sí graves crisis sociopolíticas se vino a añadir una serie de magnicidios. Entre otros, fueron asesinados los siguientes personajes: el presidente de la República francesa, Marie Francois Sadi Carnot (1837-1894) en 1894; el presidente del gobierno español, Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) en 1897; la esposa de Francisco José I y emperatriz austríaca, Isabel Wittelsbach en 1898; el rey de Italia, Humberto I (1878-1900) en 1900; el presidente de los Estados Unidos, William McKinley (1843-1901) en 1901. Aún no se había establecido la calma cuando fue elegido san Pío X; por el contrario, empeoró todavía más la situación y prosiguieron los magnicidios: en 1808 fueron asesinados el rey de Portugal y su heredero, y en 1912 le sucedía lo mismo al presidente del gobierno español, José Canalejas (1854-1912). San Pío X moría pocos días después del atentado de Sarajevo del que fue víctima el heredero de la corona austríaca, el archiduque Francisco Fernando (1863-1914), cuyo asesinato desencadenó la Primera Guerra Mundial. Por otra parte, como se verá, las relaciones diplomáticas de todos estos países con la Santa Sede sufrieron un grave deterioro o se liquidaron por ruptura. A su vez, la vida interna en la Iglesia tampoco era una balsa de aceite; san Pío X llegaba al Vaticano cuando comenzaban a aparecer los primeros síntomas del modernismo, movimiento al que el papa tuvo que hacer frente en los años centrales de su pontificado.

El magisterio y el gobierno de la Iglesia de san Pío X. San Pío X, como vicario de Jesucristo, hizo oír su voz en medio de esta calamitosa realidad; con diligente valentía daba a conocer su análisis y sus remedios a la crisis en su encíclica inaugural *E supremi apostolatus* (4 octubre 1903): «Nuestro mundo sufre un mal: la lejanía de Dios. Los hombres se han alejado de Dios, han prescindido de Él en el ordenamiento político y social. Todo lo demás son claras consecuencias de esa postura.» Y a continuación advertía san Pío X a quienes, «por aplicar medida humana a las cosas divinas», pudieran entender las anteriores palabras como una toma de partido, que «los planes de Dios son nuestros planes; a ellos hemos de dedicar todas nuestras fuerzas y la misma vida». Así pues, siguiendo la costumbre de elegir un lema para su pontificado y para dejar claro que su propósito no era otro que el de procurar que los hombres se volvieran a someter a Dios, san Pío X tomó prestadas para su divisa las siguientes palabras de san Pablo: *«Instaurare omnia in Christo»* («Restaurar todas las cosas en Cristo»).

Como se dijo, san Pío X en la misma encíclica programática, tras denunciar los males, señalaba también los remedios. En su conjunto constituían, en definitiva, el programa que realizó a lo largo de su pontificado. En efecto, no se puede limitar el juicio histórico sobre san Pío X, exclusivamente, a la condena del modernismo. Si se quiere proceder con rigor hay que estudiar históricamente el mandato de cada sumo pontífice, y eso sólo es posible si se analizan las decisiones de los sucesores de san Pedro en relación con el cumplimiento de la misión propia que les corresponde y que se identifica con el fin sobrenatural de la Iglesia. Y conviene no perder de vista que el fin de la Iglesia, fundada por Jesucristo no es otro que la santificación de todos sus miembros. Desde esta perspectiva se puede afirmar que el pontificado de san Pío X es uno de los más fecundos y renovadores de la historia, por cuanto sus decisiones promovieron la renovación de la vida cristiana y afianzaron la eficacia del gobierno interno de la Iglesia.

En cuanto a la renovación de la vida cristiana, el magisterio de san Pío X se nos presenta ante todo como emanado de un gran pastor de la Iglesia, a cuyos fieles impulsó hacia la vida interior, como medio imprescindible para que cada alma se identifique con Jesucristo y alcance así la santidad; sin duda, sus efectos no fueron visibles de inmediato, pero se dejaron sentir en toda su profundidad en los años posteriores a su pontificado. Fueron muchas las decisiones que tomó en este sentido, por lo que para una mejor comprensión las resumiremos en estos cuatro aspectos: la formación doctrinal de los fieles, la atención a los sacerdotes, la devoción cucarística y la reforma litúrgica. Y, respecto al gobierno de la Iglesia, hay que referirse a las nuevas disposiciones adoptadas por san Pío X para la celebración de los cónclaves, la reforma de la curia romana y la codificación del derecho de la Iglesia.

Tanto por medio de sus escritos como por su ejemplo personal, san Pío X promovió todos estos objetivos. Así, para resaltar la importancia que para la práctica religiosa tiene la formación doctrinal, siguió enseñando personalmente el catecismo hasta 1911 en el *cortile* de San Dámaso y en el de Pina en el Va-

licano; además, elaboró el catecismo que lleva su nombre, dirigido en principio para la diócesis de Roma y que después se adoptó para toda la cristiandad, a partir de 1912. De la importancia de la predicación y de la catequesis habla su encíclica *Acerbo nimis* (15 abril 1905). Por otra parte, ya en su encíclica inaugural se había referido san Pío X a la preparación intelectual y espiritual del clero y recordaba a los obispos que el cuidado de los seminarios debía convertirse en el principal afán de todos sus trabajos. En la exhortación *Haerent animo* (4 agosto 1908), fechada el día de la celebración de sus bodas de oro sacerdotales, especificaba a todos los sacerdotes los medios a emplear para conseguir «una virtud nada vulgar», esto es, la santidad: espíritu de oración, rezo del breviario, lectura espiritual, exámenes de conciencia y frecuencia en la recepción del sacramento de la penitencia, asistencia a ejercicios espirituales y celo por la salvación de las almas. En dicha exhortación quedaba bien patente lo mucho que esperaba el papa de la santidad de los sacerdotes: «si en el orden clerical se restaurare y se aumentare la vida de la gracia sacerdotal, nuestros restantes proyectos de reforma en toda su amplitud tendrán, Dios mediante, mucha mayor eficacia»; por lo que concluía san Pío X su exhortación *Haerent animo* aplicando a los sacerdotes la súplica evangélica («Padre santo, santifícales») y poniendo como intercesora de su ruego «a la augusta Virgen Madre, Reina de los Apóstoles». Todas estas enseñanzas dirigidas a los sacerdotes se reforzaron con la beatificación del cura de Ars, al proponerle como modelo de vida de sacerdote santo. Además, san Pío X será siempre recordado como el papa que fomentó el culto a la eucaristía, la comunión frecuente y a ser posible diaria (decreto *Sacra Tridentina Synodus*, 20 diciembre 1905) y quien rebajó la edad para que los niños pudiesen recibir la primera comunión al llegar al uso de razón (decreto *Quam singulari*, 8 agosto 1910), medidas todas ellas decisivas en orden a la consecución de la santidad cristiana y que adquirieron una aceptación universal, desde que se promulgaron hasta el presente. Y en cuanto a la reforma litúrgica, además de recordar la referencia que hicimos anteriormente al *motu proprio Tra le sollecitudini*, en el que se instaba a la «participación activa de los fieles en los sacrosantos misterios y en la plegaria pública de la Iglesia», hay que señalar la reforma del breviario que recogió la constitución apostólica *Divino afflatu* (1 noviembre 1911).

En cuanto al gobierno de la Iglesia, además de asegurar mediante la constitución apostólica *Commisum nobis* la independencia de los participantes en los cónclaves al penar con la excomunión a quienes ejercieran el veto sobre algún candidato —como ya se vio—, aseguró la libertad de quien fuera elegido, al promulgar junto con la anterior otra constitución, *Vacante Sede Apostólica* (24 diciembre 1904), que invalidaba cualquier pacto o condicionamiento que hubiese estado ligado a los votos durante la elección. San Pío X también reformó la curia romana, que todavía se regía por los estatutos de Sixto V (1585-1590) de 1587; por el paso del tiempo había sagradas congregaciones que ya no tenían razón de existir, mientras que otras estaban sobrecargadas y con competencias entrecruzadas, de modo que, mediante la constitución apostólica *Sa-*

pienti Consilio (29 junio 1908), las redujo de veinte a once y agilizó su trabajo. Además de las congregaciones, estableció en la curia tres tribunales y cinco *officia* y definió con claridad las competencias de cada una de estas instituciones. Por último, san Pio X decretó la reforma del Código de derecho canónico que a su muerte dejó muy avanzada, por lo que correspondió a Benedicto XV su promulgación en 1917.

San Pío X designó como secretario de Estado a un joven prelado español de 38 años, que había actuado como secretario del cónclave, Rafael Merry del Val (1865-1930), por su piedad y su espíritu sacerdotal, por su modestia y su santidad —según manifestó a cierto cardenal el propio pontífice—, pero también por ser un políglota, ya que nació en Inglaterra, se educó en Bélgica, era de nacionalidad española, vivió en Italia, además de ser hijo de diplomático y serlo él mismo, por lo que conocía los problemas de los países. Cualidades todas ellas a las que venía a sumarse su condición de no tener ningún compromiso con nadie, debido a su juventud. Merry del Val fue un buen colaborador del papa, y se mantuvo como secretario de Estado hasta la muerte de san Pío X (R. Merry del Val, *El papa X. Memorias*, Madrid, 1954).

La persecución de la Iglesia en Francia. El ascenso a la presidencia del gobierno francés de Émile Combes (1835-1921), en junio de 1902, supuso una nueva persecución para la Iglesia en Francia. Combes había sido un seminarista de un talante intransigente que llegó a doctorarse en filosofía escolástica. «La revolución —llegó a escribir en estos años— que comenzó por la declaración de los derechos del hombre, ha de terminar proclamando los derechos de Dios.» Pero sus superiores no le admitieron a la recepción del subdiaconado y abandonó el seminario, dando un giro radical a su vida: «En esta época —manifestaba tras la mutación— en que las antiguas creencias más o menos absurdas y en todo caso erróneas tienden a desaparecer, los principios de la vida moral se refugian en las logias.» Acabó militando en el radicalismo político y en la masonería con tal sectarismo que el propio Clemenceau (1814-1929), líder de los radicales socialistas, define a Combes «como cerebro de cura viejo, no cambiado, sino simplemente salido de raíles».

Pues bien, Combes, que ya durante el pontificado de León XIII había comenzado sus ataques contra las órdenes religiosas, en junio de 1904 rompió las relaciones con la Santa Sede y suspendió el concordato vigente desde 1801. Daba así un primer paso para de manera unilateral —sin el concurso de Roma— fijar un nuevo estatuto a la Iglesia en Francia, que es lo que se conoce como la Ley de Separación de la Iglesia y el Estado francés de 1905. Pocos días después de la ruptura de 1904, se presentaron varios proyectos de ley y comenzaron los trabajos parlamentarios. Sin embargo, Combes no pudo ver aprobada esa ley como primer ministro, pues fue apartado del gobierno al descubrirse el «escándalo de las fichas» o ficheros secretos de funcionarios y militares a los que de un modo arbitrario se les podía ascender o paralizar en función de que fuesen o no adeptos. Su sucesor, Maurice Rouvier (1842-1911), sería quien promulgase dicha Ley de Separación el 9 de diciembre de 1905.

La Ley de Separación de 1905 no reconocía a la Iglesia personalidad jurídica, por lo que dejaba de ser sujeto de derechos (J. Kerleveo, *L'Église catholique en régime francáis de séparation,* París, 1970). En consecuencia, todos los bienes de la Iglesia en Francia quedaron sin propietario, por lo que había que crear un nuevo dueño para esos bienes y se quiso buscar en unas futuras sociedades a constituir, que se denominaron «asociaciones cultuales». Las asociaciones cultuales, compuestas por laicos, recibirían su capacidad de la ley civil; a la vez, el texto legal prohibía la intervención de la jerarquía eclesiástica en las mismas. De este modo, se arrebataba a los católicos un derecho natural inalienable, pues tal disposición legal suponía que el derecho a la práctica de la religión emanaba del Estado, además de arrojar a los católicos franceses a la anarquía religiosa y al cisma, porque esas asociaciones cultuales y sólo ellas serían las que podrían disponer de los lugares de culto, al margen o en contra de lo que pudiera decir el párroco o el obispo. Por último, la ley daba un plazo de un año para constituir las asociaciones cultuales, porque de no hacerlo así el Estado se apropiaría de todos los bienes de la Iglesia.

Nadie dudaba de que la amenaza iba en serio. Ante la posibilidad de perderlo todo, el gobierno francés estaba convencido de que el papa ordenaría de inmediato a los fieles franceses que constituyeran las asociaciones cultuales. Esos eran sus cálculos porque, a pesar de la claridad de san Pío X en su encíclica inaugural, las autoridades francesas no podían comprender cuáles eran de verdad los «planes» de san Pío X:

> Sé cuántos andan preocupados —dijo el romano pontífice en estas fechas— por los bienes de la Iglesia. A mí sólo me inquieta el «Bien». Perdamos las iglesias, pero salvemos la Iglesia. Miran demasiado a los «bienes» y poco al «Bien» (J. M. Javierre, *El mundo secularizado, 2,* en A. Fliche y V. Martín, *Historia de la Iglesia*, t. XXV [2]).

San Pío X, mediante la encíclica *Vehementer* (11 febrero 1906), condenó la Ley de Separación; meses después otra encíclica, *Gravissimo* (10 agosto 1906), rechazaba tajantemente las asociaciones cultuales. Por su parte, los obispos franceses celebraron tres asambleas plenarias para tratar de buscar alguna salida, y ante la imposibilidad de encontrarla acabaron por cerrar filas al lado del papa. El conflicto era gravísimo, pero se volvía ahora contra el gobierno, que veía pasar los días sin que se cumplieran sus objetivos de construir una Iglesia nacional y laica, dependiente del Estado. Y a la vista de que se agotaba el plazo lijado, decidió prorrogarlo. Fue inútil; san Pío X, en una nueva encíclica, *Une fois encoré* (6 enero 1907), manifestaba de nuevo su firme postura y calificaba la disposición legal como «ley de expoliación». El 13 de abril de 1908 comenzó la incautación de todos los bienes, por lo que la Iglesia en Francia perdía todo su patrimonio en bienes muebles e inmuebles y por supuesto se retiró la subvención que el clero venía recibiendo desde 1801, según lo acordado en el concordato. Al igual que sucedió durante la Revolución francesa, la Iglesia era des-

pojada de todas sus pertenencias. En las páginas del *Journal Officiel* de 1908 se pueden consultar las largas listas de tantos lugares de culto y objetos religiosos que fueron a parar a manos particulares. La Primera Guerra Mundial sorprendió al gobierno francés elaborando nuevas leyes anticlericales para tapar cualquier resquicio, por pequeño que fuera, por el que la Iglesia se pudiera hacer presente en la sociedad francesa.

La Iglesia en Italia. La acción de la Opera dei Congressi se había enturbiado, ya durante el pontificado de León XIII, entre otras cosas porque en su seno operaba el grupo de la democracia cristiana, que el sacerdote Romolo Murri (1870-1944) había orientado hacia el socialismo. El 28 de julio 1904, el secretario de Estado, el cardenal Merry del Val, en carta a todos los obispos italianos les manifestaba que el papa en vista de la falta de concordia y de unidad para llevar a cabo sus propósitos, había decidido disolver la Opera dei Congressi. Poco después, se anunciaba la creación de otro organismo que sustituiría a la Opera dei Congressi y se supo también que san Pío X, sin anular totalmente el *non expedit* de sus antecesores, lo iba a regular de modo que pudiera haber católicos que fuesen diputados, pero sin formar un partido confesional. Por fin, la encíclica *II fermo proposito* (11 junio 1905) daba a saber a los católicos italianos —y naturalmente por extensión a los del todo el mundo— las pautas que deberían seguir en sus actuaciones públicas.

Ante todo esto, el clérigo Romolo Murri se rebeló y fundó en Bolonia la Liga Democrática Nacional (noviembre 1905) en la que se integraron parte de sus antiguos seguidores de la Opera dei Congressi, conocidos como democratacristianos. El grupo de Murri, que en 1902 tenía 6.000 personas inscritas, pasó a 1.600 en 1906, de los que no pocos eran recién llegados. Y es que ese mismo año, san Pío X en la encíclica *Pleni l'animo* (28 julio 1906), sobre la educación del clero joven, desautorizó al partido de Murri y prohibió a los clérigos que se inscribieran en él. La condena del modernismo y su enfrentamiento abierto contra el papa significó el abandono de la Iglesia por parte de Murri. Por lo demás, la Liga Democrática Nacional desapareció en 1922, y él, abandonado por sus correligionarios, vivió en soledad sus últimos años. Tras varios intentos fallidos para recuperarle, Pío XII se dirigió a Murri por carta personal en la que le recordaba los años vividos como condiscípulos en el colegio de Capranica y le abría la puertas de la Iglesia. Mostró su arrepentimiento en 1943 y murió al año siguiente.

La encíclica *II fermo proposito* daba un sentido preciso a la Acción Católica —que Pío XI reorientará a partir de 1928, cambio de rumbo que permite hablar de otra Acción Católica diferente— como instrumento para restaurar todas las cosas en Cristo. Así, la Acción Católica de san Pío X acogería toda la actividad de los católicos, en cuanto que católicos, para abrir a Jesucristo la familia, la escuela... la sociedad, en suma, con el fin de restaurar y promover una civilización cristiana. La Acción Católica, para operar en Italia, creó un organismo llamado Unione Popolare, que según sus estatutos estaría formada por cuatro secciones, cada una de ellas con las misiones específicas que indican sus

nombres: la Unión Popular, como órgano de formación, la Unión Económico-social, la Unión Electoral Católica y la Juventud Católica Italiana. Las presidencias de estas cuatro asociaciones formarían la dirección general de la Acción Católica en Italia.

En consecuencia, y por lo que se refiere a los aspectos políticos de Italia (A. W. Salomone, *Italy and the Giolittian Era,* Pennsylvania, 1960), se superaba la fase de la abstención del *non expedit.* A partir de ahora los católicos debían prepararse para que, de acuerdo con las normas de los obispos en cada una de las diócesis, influyeran en las distintas elecciones. Por otra parte, en el documento pontificio *// fermo proposito,* san Pío X al referirse a todas estas actividades y movimientos de los católicos hacía una mención expresa al papel que correspondía a los sacerdotes. En uno de sus párrafos, tras advertirles que la demasiada atención a las cosas materiales les puede llevar a desatender lo más importante que se les ha entregado, esto es, su ministerio propio de sacerdotes, san Pío X afirma: «el sacerdote ha de conservarse por encima de todos los humanos intereses [...] y su campo propio es la Iglesia». Daba así a entender el sucesor de san Pedro que sólo desde la alta estima que merece la misión sacerdotal, se podrían evitar injerencias de los clérigos en el ámbito de la acción temporal, reservado para el resto de los fieles que no han recibido las órdenes sagradas.

Como consecuencia de la encíclica *II fermo proposito,* en las elecciones italianas de 1909 entraron en el Congreso 24 católicos. En diciembre de 1912, el conde Gentiloni, presidente de la Unión Popular, pudo llegar a un pacto con Giolitti (1848-1928), jefe del gobierno italiano, para que en las elecciones de 1913 pudieran figurar 55 católicos en las candidaturas de los gubernamentales, a cambio de que los católicos en el resto del territorio apoyasen las listas liberales, siempre que éstas no atacasen a la familia, a la enseñanza religiosa y a las congregaciones de frailes y monjas, de las que en definitiva dependía casi en absoluto dicha docencia religiosa. Realmente, los resultados no fueron espectaculares, pues sólo consiguieron el acta de diputado 35 católicos, pero de todos modos se sentaron los precedentes para que después de la Gran Guerra, anulado el *non expedit* por Benedicto XV, don Sturzo (1871-1959) fundara el Partito Popolare, precedente inmediato de la Democracia Cristiana italiana.

La Iglesia en Alemania, Portugal y España. En cuanto a Alemania (W. Carr, *A History of Germany, 1815-1945,* Londres, 1969), cuando a principios de siglo el *Zentrum* alcanzaba su mayor desarrollo, sobrevino la crisis del partido. Al ser ya un recuerdo la persecución religiosa de la *Kulturkampf y* perder sentido el voto católico de años precedentes, se enfrió su masa electoral y sus dirigentes se dividieron en torno a la conveniencia de hacer un partido inlerconfesional. A todo ello venía a unirse las acusaciones de que eran objeto los dirigentes del *Zentrum* de ser antipatriotas y oscurantistas. Por todo ello, los hombres del *Zentrum* del llamado grupo de Colonia reclamaban una apertura interconfesional del partido; por el contrario, sus correligionarios del grupo de Tréveris rechazaban el interconfesionalismo. Ambos sectores veían en tan contrapuestos puntos de vista la salida a la crisis. En estas circunstancias, durante

las elecciones de 1912 se formó una coalición *anti-Zentrum* de liberales y socialistas y en esa campaña electoral se acusó a los católicos de ser «romanos» y antialemanes. Fue entonces cuando el *Zentrum* perdió la posición de primer partido del Reich. La derrota, sin embargo, no supuso una persecución a la francesa, aunque tampoco hubo tiempo para ello. El estallido de la Primera Guerra Mundial dejó ésta y muchas cosas más entre paréntesis, entre otras la futura orientación del *Zentrum*.

En Portugal, el reinado de Carlos I (1898-1908) fue un auténtico caos (J. Pabón, *La revolución portuguesa,* 2 vols., Madrid, 1941-1945) que llevó al país a la bancarrota; fue durante esta etapa cuando se suprimieron todas las órdenes religiosas. El intento del rey de implantar una dictadura se saldó con su asesinato y el de su heredero. Nada cambió en la breve monarquía de Manuel II (1808-1910); destronado, huyó y se dio paso a la República, que en política religiosa siguió las pautas del sectarismo francés. El gobierno, apoyado por la masonería, confiscó los bienes de la Iglesia en 1911, rompió relaciones con la Santa Sede dos años después y alentó todavía más la persecución religiosa. San Pío X se ocupó de los problemas de la Iglesia en Portugal en su encíclica *Iamdudum in Lusitania* (24 mayo 1911). Todas estas medidas supusieron una descristianización de la sociedad, que comenzó a recuperar espectacularmente sus prácticas religiosas a partir de las apariciones de Fátima de 1917.

En España (J. Andrés-Gallego, *La política religiosa en España 1889-1913,* Madrid, 1975), entre 1903 y 1909 se intentó sin éxito aprobar la Ley de Asociaciones, con el fin de controlar a las congregaciones religiosas. Sin que se hubiera llegado todavía a una solución, en los últimos días de agosto de 1909 tuvieron lugar los acontecimientos que se conocen como la «Semana Trágica» de Barcelona. De nuevo, el sectarismo antirreligioso se manifestaba a la española: grupos incontrolados asesinaron a tres clérigos e incendiaron doce parroquias y cuarenta conventos de la ciudad condal. Al año siguiente se volvió sobre las congregaciones, con la que popularmente se conoce como Ley del Candado, por cuanto prohibía el establecimiento de nuevas órdenes religiosas hasta que no fuera aprobada la Ley de Asociaciones. Y para comprender lo inexplicable hay que recurrir a la ingénita esquizofrenia religiosa de los políticos españoles, religiosos en lo privado y todo lo contrario en público, que permitió elaborar una ley antirreligiosa pero con una cláusula para que no se cumpliera: la Ley del Candado quedaría sin efecto si en el plazo de dos años no se promulgaba la Ley de Asociaciones. Así, los políticos españoles, para maquillarse a la europea, daban muestras una vez más de su inefable capacidad para estar a favor y en contra de la Iglesia, porque además de no hacer falta la previsión sobre el establecimiento de nuevas órdenes religiosas, ya que en España estaban todas establecidas, el proyecto de Ley de Asociaciones ni se discutió. La Ley del Candado no sirvió para nada, salvo para encrespar los ánimos de la sociedad durante todo este tiempo.

Y fue en este clima en el que tuvo lugar la iniciativa del padre Ángel Ayala (1867-1960) de congregar a un grupo de «jóvenes selectos», para llevar a la

práctica en España las enseñanzas de la encíclica // *fermo proposito* de san Pío X. El nuncio impuso (3 diciembre 1909) en el colegio de los jesuítas de Areneros las 17 primeras insignias de la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas, cuyo primer presidente fue Ángel Herrera Oria (1886-1968). Como en principio no tenían un programa concreto de acción, solicitaron al Vaticano unas normas de comportamiento. El secretario de Estado, a través del cardenal de Toledo y por lo tanto máximo dirigente de Acción Católica, les entregó por carta las orientaciones que solicitaban. Esto era tanto como conceder a la Asociación Nacional un cierto reconocimiento oficial. Ahora bien —proseguía el secretario de Estado en su misiva—, los católicos españoles podían afiliarse a cualquier partido, con la única condición de que esc partido no se declarase enemigo de la Iglesia, y en consecuencia no se podría tachar de ser malos católicos a quienes se inscribiesen en otras organizaciones distintas de la de los Propagandistas. En conclusión, y en línea con el proceder que se había aconsejado a los católicos de otros países, el Vaticano rechazaba la formación de un partido católico, lo que valía también de paso para desautorizar al carlismo en sus pretensiones de representar al catolicismo español. En esta situación, se pensó en que la mayor influencia de la Asociación Nacional podía ejercerse a través de la prensa, por lo que se buscaron recursos económicos entre capitalistas católicos vascos para fundar *El Debate* en 1911. *El Debate,* como manifestación de obediencia a la jerarquía, se sujetó por estatutos a la censura del obispo de Madrid y de todos los metropolitanos. El periódico desapareció en 1936, no así sus hombres ni la Asociación a la que pertenecían, a los que volveremos a encontrar en los siguientes pontificados como protagonistas de la vida religiosa y política de España.

El modernismo. Si todos los problemas —descritos hasta aquí— fueron motivo de la preocupación de san Pío X, ni siquiera todos juntos tenían el calado y las consecuencias del modernismo (R. García de Haro, *Historia teológica del modernismo,* Pamplona, 1972). Todos los conflictos anteriores son externos a la Iglesia; el modernismo, por el contrario, es interno. Hay que reconocer que san Pío X tuvo una claridad por encima de lo común para medir las magnitudes del modernismo, además de una gran valentía para dictar toda una serie de medidas disciplinares para atajar el problema. Quizás en aquel momento nadie como él supo darse cuenta de las consecuencias del modernismo de principios de siglo, cuyos efectos siguen todavía activos al día de hoy.

Las distintas tendencias modernistas se pueden definir como un nuevo intento gnóstico que trata de sustituir los fundamentos doctrinales sobre los que su fundador había edificado la Iglesia, en un afán de desplazar la fe y la Revelación como fundamento del hecho religioso y colocar en su lugar los criterios del racionalismo y de la ciencia positivista. En suma, el modernismo subordina la fe a lo que los modernistas denominan formulaciones de los tiempos modernos, que por ser contradictorias a la fe acaban modificando el depósito entregado por Jesucristo.

El círculo de los modernistas fue muy reducido, realmente eran muy pocos y estaban muy localizados; todos ellos eran clérigos, entre los que destacaban el sacerdote Alfred Firmin Loisy (1857-1940) en Francia, el jesuita George Tyrrel (1861-1909) en Inglaterra o el profesor del seminario romano Ernesto Buonaiuti (1881-1946) y el sacerdote italiano Romolo Murri, anteriormente citado. Ahora bien, a pesar de ser tan pocos dejaron sentir su influencia entre los católicos, en primer lugar por su condición de clérigos de quienes dependen muchas almas y además porque a diferencia de lo acostumbrado por los herejes de abandonar la Iglesia, lo propio de los seguidores del modernismo es permanecer dentro de ella, pues el modernista considera que es su misión reformar la Iglesia de acuerdo con su propio pensamiento. Así, por ejemplo, el modernista en su concepción dialéctica concibe la coexistencia —como tesis y antítesis— de una Iglesia institucional y otra carismática, la primera tradicional y la segunda progresista, gracias a cuyo enfrentamiento surge el avance; naturalmente, en dicha concepción el modernista es el representante de los carismas y del progresismo. De aquí que para ellos no sólo no fuera compatible, sino necesario realizar una crítica contra los fundamentos mismos de la Iglesia y permanecer a la vez dentro de su seno. Por eso la estrategia modernista para evitar una excomunión no utiliza enfrentamientos directos, ni hace afirmaciones tajantes o esconde su personalidad firmando sus publicaciones con seudónimos, como el de Hilaire Bourdon, que fue el utilizado por Tyrrel. Como estratega, nadie tan habilidoso como Buonaiuti, que se las arregló para mantenerse dentro de la Iglesia hasta 1926, a pesar de haber sido excomulgado en dos ocasiones en los años 1921 y 1924.

Los modernistas no articularon un cuerpo orgánico doctrinal y prefirieron seguir la táctica de exponer sus ideas de un modo difuso, utilizando el recurso de las medias verdades. Todo ello, además de dificultar la actuación de las autoridades eclesiásticas en orden a establecer la divisoria entre las publicaciones de contenido erróneo, ofrecía a los modernistas la posibilidad de no darse por enterados, cuando llegase la condena. A pesar de todo, la claridad y coherencia de san Pío X fue meridiana: la fe de la Iglesia no tiene necesidad de adaptarse a nada, por cuanto la plenitud de los tiempos se había producido ya con la revelación de Jesucristo, Dios hecho hombre. Partiendo de este principio básico que salvaguardaba el depósito entregado por Jesucristo, san Pío X denunció los objetivos de los modernistas mediante el decreto *Lamentab'üi* (3 julio 1907), expuso de un modo organizado la doctrina del modernismo y la condenó en la encíclica *Pascendi* (8 septiembre 1907), y estableció toda una serie de medidas disciplinares en varios documentos, el más importante de todos fue el *motu proprio Sacrorum Antistitum* (1 septiembre 1910).

El decreto *Lamentabili* condena 65 proposiciones modernistas, algunas de las cuales son éstas: la fe propuesta por la Iglesia contradice la historia; la Sagrada Escritura no tiene un origen divino y debe ser interpretada como un documento humano; la resurrección de Jesucristo no fue un hecho histórico, sino una elaboración posterior de la conciencia cristiana; los sacramentos del bau-

tismo y de la penitencia no tienen un origen divino; no hay verdad inmutable y ésta evoluciona con el hombre; la Iglesia, por apegarse a verdades inmutables, no puede conciliarse con el progreso. Y concluía, literalmente el decreto *Lamentabili* con la 65 y última proposición: «El catolicismo actual no puede conciliarse con la verdadera ciencia si no se transforma en un cristianismo no dogmático, es decir en protestantismo amplio y liberal.»

Por su parte, san Pío X en la encíclica *Pascendi,* además de indicar los remedios contra la crisis modernista, retrata tres figuras: la del filósofo modernista, la del creyente modernista y la del teólogo modernista. El filósofo modernista, por fundamentar sus ideas en el agnosticismo y reducirse a lo fenoménico, acaba por afirmar el principio de inmanencia vital, según el cual Dios es un producto de la conciencia que el sentimiento de cada uno engendra; así las cosas, la conciencia religiosa, es decir, el «sentimiento» religioso de cada uno, se erige en autoridad suprema, por encima por supuesto del magisterio y de la autoridad de la Iglesia. El creyente modernista debía limitarse a elaborar en su interior su experiencia de lo divino; las creencias, por lo tanto, se identifican con las experiencias singulares. Por último, se refería el papa al teólogo modernista que, por partir del principio de que Dios es inmanente al hombre y que en consecuencia la autoridad religiosa no es sino la suma de todas las experiencias individuales, sostiene que la autoridad eclesiástica debe regirse por criterios democráticos. Este radicalismo religioso, inmanentista, individualista y subjetivo de los modernistas, que vaciaba completamente de sentido a la Iglesia, era condenado por el sumo pontífice, por ser el modernismo —según se lee en la *Pascendi*— el «conjunto de todas las herejías» con capacidad para destruir no sólo la religión católica, sino cualquier sentido religioso, por cuanto los presupuestos del modernismo cimentan, en definitiva, el ateísmo.

Así las cosas, no había posibilidad de entendimiento y sólo cabían el rechazo firme de tales planteamientos y las medidas preventivas. En este sentido, el *motu proprio Sacrorum Antistitum* exigió prestar el juramento antimodernista a los profesores de disciplinas eclesiásticas y a los clérigos. Dicho juramento contenía una declaración de fidelidad al magisterio de la Iglesia y el sometimiento al decreto *Lamentabili.* La iniciativa de san Pío X fue muy bien recibida; en toda la cristiandad sólo cincuenta personas se negaron a prestar el juramento antimodernista.

El final del pontificado en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Los últirnos años de su pontificado se llenaron de preocupación por la dirección que lomaba la política internacional de las potencias europeas. San Pío X presentía un desenlace fatal y a muchos de sus colaboradores cercanos ya.les hablaba del *guerrone* («la guerraza») que podía sacudir a la humanidad, antes de que estallara la guerra mundial. Días después de iniciarse el conflicto armado, mediante la exhortación *Dum Europa* (2 agosto 1914) hacía un llamamiento en favor de la paz e imploraba que se pusiera fin a la guerra. Desgraciadamente, san Pío X no fue escuchado. Las noticias de los primeros días de la guerra mundial le dejaron abatido; cuentan sus colaboradores que durante esos días el papa llo-

raba y rezaba insistentemente. A su médico de cabecera, el doctor Marchiafava, le llegó a manifestar: «Daría en holocausto esta pobre vida mía, para impedir la matanza de tantos hijos míos.»

El día 15 de agosto sintió un malestar general y el día 18 Marchiafava comunicó al secretario de Estado la gravedad de la enfermedad, pues san Pío X tenía encharcados los pulmones. Consciente de que era el fin, el sumo pontífice pidió los últimos sacramentos. Poco después perdió la facultad de hablar aunque conservó la lucidez mental y la mirada. Durante el día 19 en varias ocasiones hizo la señal de la cruz. A las once y media de la noche entró el cardenal Merry del Val en su habitación; durante cuarenta minutos san Pío X le estuvo mirando fijamente a los ojos, mientras cogía la mano de su fiel colaborador. Falleció a la una y cuarto de la madrugada. 'En su breve testamento, redactado en 1909, manifestaba una preocupación y su última voluntad:

> Nacido pobre, vivido como pobre y seguro de morir muy pobre, me apesadumbra no poder retribuir a cuantos me prestaron sus servicios, especialmente en Mantua, en Venecia y en Roma. Por tanto, ya que no puedo darles muestras de mi gratitud, ruego a Dios les recompense con sus bendiciones mejores [...] Ordeno que mis restos no sean abiertos ni embalsamados. Por tanto, a pesar de la costumbre contraria, no podrán ser expuestos más que unas horas, y después serán sepultados en la cripta de San Pedro del Vaticano. Pero confío que por eso no me faltarán los sufragios de los fieles que pedirán la paz para mi alma.

Benedicto XV (3 septiembre 1914 - 22 enero 1922)

Personalidad y carrera eclesiástica. Giacomo Paolo Battista della Chiesa, es el menos conocido de todos los pontífices de los dos últimos siglos a pesar de que, por la importancia de sus decisiones como sucesor de san Pedro, su corto mandato al frente de la Iglesia —siete años, cuatro meses y veinte días— forma también parte de los grandes pontificados de la Edad Contemporánea. Nació en Génova (21 de noviembre de 1845), en el seno de una familia de la nobleza italiana. Sus padres fueron los marqueses Giuseppe della Chiesa y Giovanna Migliatori.

Algunos biógrafos (F. Hayward, *Un pape méconnu: Benott XV*, París, 1955, y G. Migliori, *Benedetto XV*, Milán, 1955) describen su infancia como la de un niño listo, reflexivo y reservado. Contra lo habitual de aquellos años, realizó los estudios civiles antes que los eclesiásticos. Hizo el bachillerato en el liceo de Génova, Danovaro e Giusso. Al concluir estos primeros estudios y manifestar a su padre sus deseos de hacerse sacerdote, éste le puso como condición que antes de ingresar en el seminario cursara la carrera de derecho. Y, en efecto, en la Universidad de Génova consiguió el doctorado en derecho (5 agosto 1875). Salvada la resistencia paterna, meses después de doctorarse ingresó (16 noviembre 1875) como seminarista en el colegio de Capranica, para iniciar los estudios eclesiásticos en la Pontificia Universidad Gregoriana. Cumplidos ya los 33 años fue ordenado sacerdote (21 diciembre 1878) e ingresó en la Acade-

mia de Nobles Eclesiásticos, aplicándose al derecho canónico, disciplina en la que también consiguió doctorarse.

Por su excelente formación como jurista comenzó a trabajar como auxiliar en la Secretaría de Estado, donde conoció a Mariano Rampolla (1843-1911). Así surgió entre los dos una amistad de por vida y desde entonces sus carreras eclesiásticas discurrieron en paralelo, de modo que cuando Rampolla fue nombrado nuncio de España, en 1882, se llevó a Madrid a Giacomo della Chiesa como secretario particular. Compaginó sus quehaceres en la nunciatura con el desempeño de su ministerio sacerdotal y dio muestras admirables de caridad con los enfermos afectados por la epidemia de cólera que se desató en 1885.

Cuando Rampolla fue nombrado secretario de Estado por León XIII, en 1887, Giacomo della Chiesa regresó a Roma como *minutante;* en realidad, se convirtió en el secretario particular y hombre de confianza del cardenal Rampolla. Así se explica que, a pesar del poco relieve del cargo de *minutante,* durante estos años se le encomendaran trabajos de cierta responsabilidad, como el de las relaciones de la Secretaría de Estado con los periodistas, o se le enviara a Viena en dos ocasiones (1889 y 1890) para realizar misiones diplomáticas. Es más, a punto estuvo de ser nombrado arzobispo de Génova, pero fue el mismo Rampolla quien se opuso por pensar que Giacomo della Chiesa era más útil para la Iglesia en el humilde puesto que desempeñaba en la Secretaría de Estado que en la sede genovesa. Permaneció en dicho cargo hasta 1901, año en que fue promovido como sustituto de la Secretaría de Estado. Tras la elección de san Pío X (1903-1914), su protector y amigo fue sustituido por un nuevo secretario de Estado, Merry del Val (1865-1930), quien mantuvo en sus cargos a los colaboradores de Rampolla, Pietro Gasparri (1852-1934) y Della Chiesa. Como hiciera en Madrid, durante su permanencia en las oficinas diplomáticas de la Santa Sede compaginó su trabajo con la atención pastoral. Hasta 1907 dirigió algunas asociaciones piadosas de Roma y dedicó muchas horas a recibir confesiones, como recuerda una placa del confesonario que él solía utilizar en la iglesia de San Eustaquio.

En 1907 hubo que cubrir la vacante de Bolonia, una sede comprometida por las tensiones políticas y religiosas que allí se habían desatado, lo que hacía muy difícil acertar en la elección del candidato. San Pío X pensó en Giacomo della Chiesa como la persona idónea, a sabiendas de que le lloverían las críticas por parte de quienes, por transformar su sacerdocio en mera burocracia clerical, no alcanzan a ver la dimensión sobrenatural de la Iglesia y reducen ésta a una plataforma humana de promoción personal y luchas de banderías. Y, desde luego que, juzgado sólo a lo humano, el nombramiento del antiguo colaborador de Rampolla como arzobispo de Bolonia suponía apartarle de su prometedora carrera diplomática. Fue inútil que, para desvanecer este tipo de interpretaciones, lucra el propio san Pío X quien le consagrara obispo (22 diciembre 1907) en la capilla Sixtina, en presencia de Rampolla, Merry del Val y todo el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede. Sin embargo, el tiempo vino a dar la razón en lo acertado de la elección, pues el nuevo arzobispo realizó un magní-

fico trabajo, ganándose el afecto de todos por su bondad y su intensa actividad en la diócesis. Organizó congresos diocesanos y peregrinaciones, visitó todas y cada una de las 390 parroquias, y se puso a disposición de cualquier fiel que quisiera acudir a su confesonario donde era bastante fácil encontrarle. San Pío X le manifestó expresamente por escrito la satisfacción que le producía el desempeño de su cargo como arzobispo de Bolonia, lo que quiso reconocerle al nombrarle cardenal (25 mayo 1914). Dicho nombramiento hizo posible que sólo cuatro meses después pudiese participar en el cónclave, del que saldría elegido como vicario sucesor de san Pedro.

Entre otros, dos graves problemas debería afrontar quien saliera elegido papa: el primero, tenía relación con la vida interna de la Iglesia afectada por la crisis del modernismo; el segundo, era la situación de los países que desde hacía poco más de un mes estaban enzarzados en la Primera Guerra Mundial. Así pues, si es mucha la responsabilidad de los asistentes a cualquier cónclave, la emisión del voto en el de 1914 resultaba particularmente delicada por las circunstancias del momento. A pesar de las dificultades derivadas de la guerra, casi todos los cardenales consiguieron llegar a Roma para elegir al nuevo sucesor de san Pedro. En la tarde del 31 de agosto entraron en el cónclave 57 cardenales del total de los 65 que componían el sacro colegio. Esta elección estuvo reglamentada por las disposiciones que había establecido san Pío X, que fueron cumplidas escrupulosamente. El día 3, Giacomo della Chiesa obtenía 38 votos, justo los dos tercios exigidos, por lo que hubo que examinar todas las papeletas para comprobar si el elegido se había votado a sí mismo, lo que de haberse producido hubiera invalidado la votación. El nuevo papa adoptó el nombre de Benedicto XV, en reconocimiento a Prospero Lambertini (1675-1758), predecesor suyo en la archidiócesis de Bolonia y papa bajo el nombre de Benedicto XIV (1740-1758).

Al día siguiente de su elección, Benedicto XV nombró como secretario de Estado al cardenal Domenico Ferrata (1847-1917), quien ni tan siquiera pudo presentarse ante el papa para agradecerle el cargo, pues al salir del cónclave cayó enfermo y murió a los pocos días. Así pues, el 13 de octubre Benedicto XV, «excelente y apasionado jurista, plenamente hombre de su época que se enfrentó con algunas de las características esenciales del tiempo que le correspondió vivir, un defensor constante de una recta convivencia internacional como base de una paz estable» (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, t. II, Pamplona, 1978), se fijó para el cargo de secretario de Estado en un jurista con experiencia en los asuntos diplomáticos como el cardenal Pietro Gasparri (1852-1934), al que ya san Pío X había nombrado presidente de la Pontificia Comisión del nuevo Código de derecho canónico. Y para que las dos ocupaciones de Gasparri fueran compatibles y no se demorase la publicación del Código canónico, el papa designó coma ayudante de Gasparri en los trabajos de codificación al jesuíta Ojetti, profesor de la Universidad Gregoriana.

Benedicto XV y la Primera Guerra Mundial. Hasta los primeros días de septiembre, la Primera Guerra Mundial (P. Renouvin, *La crisis europea y la*

Primera Guerra Mundial 1904-1918, Los Berrocales del Jarama, 1990) discurría de acuerdo con los planteamientos trazados desde 1906 por el plan Schileffen: una guerra de movimientos, que en principio hizo pensar en la victoria alemana en un plazo muy corto de tiempo. Sin embargo, ninguna de las previsiones iniciales se cumplieron, pues desde la batalla del Marne (9 al 12 septiembre 1914) los alemanes tuvieron que replegarse y las características del conflicto cambiaron radicalmente. Se pasó de la guerra de movimientos a la guerra de trincheras, que convirtió al enfrentamiento mundial en una guerra especialmente cruel y muy larga, pues duró cuatro años y medio. Y al cambiar de signo la contienda, también varió el modo de hacerla, pues en la Gran Guerra no sólo hubo que poner en juego los medios propiamente militares, sino que fue preciso también utilizar los recursos económicos, políticos, diplomáticos, psicológicos, etc., que hicieron de ella una guerra total, al implicar de un modo directo en el conflicto no sólo a los soldados de los frentes, sino también a la población civil. De modo que en la captación universal de todo tipo de recursos, el nuevo pontificado —por su prestigio— se presentaba como una pieza codiciada por las potencias. Todas ellas se consideraron merecedoras del apoyo de la Santa Sede y se sintieron legitimadas para ejercer todo tipo de presiones, con el fin de que el papa realizara una condena expresa de sus respectivos adversarios.

Muy lejos de pretensiones tan partidistas se encontraba el contenido de la encíclica inaugural de Benedicto XV, *Ad Beatissimi* (1 noviembre 1914). Al trazar en ella el programa de su pontificado, además del problema de la guerra, por fuerza tenía que referirse el papa a la herejía del modernismo, que aunque aparecida en el pontificado anterior, todavía golpeará con su tozudez letal sobre las conciencias de tantos católicos a lo largo de todo el siglo xx. En cuanto a este punto, Benedicto XV se expresaba así en dicha encíclica: «Y no solamente deseamos que los católicos se guarden de los errores de los modernistas, sino también de sus tendencias o del espíritu modernista, como suele decirse.» Pero inmediatamente después de estas advertencias doctrinales, la encíclica se ocupaba extensamente del problema de la guerra. Sin tomar posición por ninguno de los dos bandos, Benedicto XV denunciaba como causa profunda del conflicto la codicia de bienes materiales que había provocado el materialismo. A continuación, recordaba el papa la concepción cristiana de los bienes materiales, que por ser sólo una participación del Bien, su mera posesión no puede reportar la felicidad a los hombres. Y frente al imperio de la fuerza, el papa solicitaba el cese de las hostilidades y proponía que fuera el derecho quien regulase las relaciones humanas. No cabía mayor sinceridad y dramatismo en las palabras de Benedicto XV:

> Que nos escuchen, rogamos, aquellos en cuyas manos están los destinos de los pueblos. Otros medios existen, ciertamente, y otros procedimientos para vindicar los propios derechos, si hubiesen sido violados. Acudan a ellos, depuestas en tanto las armas con leal y sincera voluntad. Es la caridad hacia

> ellos y hacia todos los pueblos, no nuestro propio interés la que nos mueve a hablar así. No permitan, pues, que se pierda en el vacío esta nuestra voz de amigo y de padre.

Pero ni éste ni otros muchos llamamientos del pontífice en favor de la paz fueron escuchados. Al contrario, sería más preciso decir que fueron muy mal recibidos por los gobiernos implicados en la guerra, predispuestos a rechazar cualquier declaración que no les fuera favorable. De modo que mientras en un periódico alemán se equiparaba la encíclica a las «exclamaciones de una vieja de los tiempos de 1830», en otro rotativo francés se la calificaba como «atmósfera vaticana fabricada en Alemania».

Ante tan cerradas actitudes el papa, que no estaba dispuesto a permanecer ajeno e indiferente ante el sufrimiento de millones de seres, emprendió toda una serie de acciones humanitarias, que eran manifestaciones prácticas de la virtud de la caridad cristiana hacia las víctimas de la guerra: heridos, prisioneros, desplazados o desaparecidos. De entrada, suplicó que al menos el día de Navidad de 1914 se hiciera un alto el fuego; y aunque esta vez su propuesta fue mejor recibida que la encíclica, nadie quiso secundarla. No por ello se desalentó Benedicto XV, y en mayo de 1915 encargó a monseñor Federico Tedeschini (1873-1959), sustituto de la Secretaría de Estado, que organizase en las dependencias de la propia Secretaría de Estado una oficina para recabar datos sobre combatientes desaparecidos y trasladar la información a sus familias. Se estableció en Berna una comisión permanente, dirigida primero por Selvaggini Marchetti y después por Luigi Maglione (1879-1944) para llevar las negociaciones en favor de los detenidos, fueran éstos civiles o militares. Todas estas iniciativas del papa se llevaron a cabo sin excluir a nadie por motivos de religión o nacionalidad. Gracias a la intervención de la Santa Sede, ya en la primavera de 1915 se pudo realizar en Suiza un intercambio de prisioneros, que habían quedado inhabilitados para el servicio militar. En conjunto, unos 100.000 prisioneros de guerra heridos fueron trasladados a países neutrales. Para estos mismos fines humanitarios, el Vaticano organizó diversas colectas y recogió más de 82 millones de liras-oro.

Sólo en Alemania, con el apoyo del episcopado, se siguió la pista a 800.000 desaparecidos, de los que la administración estatal no tenía ninguna noticia; de ellos se pudo localizar el paradero de una octava parte, de los que 66.000 todavía vivían. Por su parte, el rey de España, Alfonso XIII (1902-1931), secundó la iniciativa de Benedicto XV y transformó su propia secretaría particular de palacio en una oficina que cubrió entre otras las siguientes funciones: información sobre desaparecidos, intercambio de prisioneros, repatriaciones de militares heridos o enfermos de gravedad, repatriaciones de población civil, conmutación de penas y envío de fondos a personas de los territorios ocupados que estaban incomunicados de sus familias. De este modo, sólo en la oficina de Alfonso XIII se realizaron 250.000 investigaciones sobre desaparecidos, se consiguió repatriar a más de 6.000 soldados y se libró de la muerte a unas 50 personas con-

denadas a la pena capital. Además de impulsar todas estas ayudas humanitarias, Benedicto XV dictó toda una serie de disposiciones para facilitar la atención espiritual de los capellanes en los frentes; así, por ejemplo, autorizó para los soldados que fueran a entrar en combate la absolución general sin confesión previa de sus pecados, cuando ésta se hacía imposible por el número de personas, con la obligación de que los penitentes los declarasen auricularmente en la primera oportunidad que tuvieran posteriormente. Además de los cuantiosos daños materiales y de los incalculables sufrimientos morales, la Primera Guerra Mundial se cobró unos 23 millones de muertos, 13 millones de soldados y 10 millones de civiles que perecieron por hambre. Ante tan escalofriante escalada de la muerte, habrá que concluir que la decisión adoptada por Benedicto XV, en 1915, permitiendo a los sacerdotes celebrar tres misas el día de los difuntos, es algo más que una mera coincidencia en el tiempo.

En mayo de 1917 Benedicto XV consagró personalmente obispo a Eugenio Pacelli —futuro Pío XII (1939-1958)— y le envió como nuncio a Munich para sondear a toda una serie de personalidades con el fin de redactar una propuesta de paz. Por entonces, la Primera Guerra Mundial se había estancado, de modo que no se veía su final. El resultado de todos estos trabajos fue la propuesta de paz (1 agosto 1917) firmada por el papa, que se envió a los gobiernos. Dicho documento, tras definir la guerra como una «inútil destrucción», apostaba por una paz sin vencedores ni vencidos construida sobre los siguientes seis puntos: 1) desarme y sometimiento a un arbitraje obligatorio para dirimir los conflictos entre Estados; 2) libertad de navegación; 3) condonación mutua, entera y recíproca de los daños y gastos de guerra; 4) restitución de los territorios ocupados; 5) regulación armónica de los territorios en litigio, esto es, de Alsacia y Lorena, disputados entre Francia y Alemania, y de Trieste y el Trentino, entre Austria e Italia; 6) solución particular para las cuestiones territoriales de Armenia, Balcanes y Polonia.

Una vez más fue desatendido el llamamiento del papa, pues ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a negociar. Desde esta actitud beligerante en extremo, la nota de Benedicto XV ofrecía un flanco fácil. Por la referencia a la guerra como una inútil destrucción, el escrito pontificio fue tachado como «propaganda criminosa contra la guerra, tendente a minar la moral del combatiente». Así las cosas, no había manera de que se hiciese oír el sucesor de san Pedro, porque bien diferente al suyo era el discurso dominante de esos años. Meses después de dar a conocer su iniciativa Benedicto XV, el presidente de Estados Unidos, Woodroow Wilson (1856-1924), hacía públicos sus 14 puntos para un plan de paz, en los que la justicia y el derecho propuestos por el papa eran sustituidos por el *diktat* del vencedor, en el que se anunciaban fuertes sanciones a Alemania y la desintegración del Imperio austro-húngaro.Y, en efecto, la guerra acabó por derrota dejando tras de sí una sacudida universal de sufrimiento. Y como los arreglos de paz que la sucedieron no se construyeron ni sobre la justicia y la paz, sino sobre la imposición de los vencedores, quedaba así sembrado el germen de peores calamidades para el futuro.

Las relaciones de la Santa Sede con las naciones europeas. Durante el segundo año del conflicto mundial Italia entró en guerra, integrándose en el bando de la Entente. Esta tardía incorporación venía a aumentar la preocupación del pontífice, empeñado como estaba en la paz. Y razones tenía Benedicto XV para preocuparse, pues la incorporación de Italia, de entrada, supuso el aumento de las dimensiones de la catástrofe y el aislamiento diplomático de la Santa Sede por la retirada de los embajadores de Prusia, Baviera y Austria, es decir, los representantes de los Imperios centrales que se alineaban en el bando enemigo de Italia. También abandonaron la ciudad eterna los diplomáticos de las potencias a las que se había sumado Italia; esto es, los representantes de la Entente, a excepción de un encargado de negocios británico. Gracias a la guerra, se cumplía así uno de los objetivos del estatismo liberal: el aislamiento de la Iglesia. Como se supo con posterioridad, dicho aislamiento quedó formalmente reflejado en la cláusula secreta del artículo 15 del tratado de Londres (26 abril 1915) en el que Italia puso como condición para entrar en guerra junto a Francia y Gran Bretaña el rechazo por parte de los aliados de toda iniciativa de paz procedente del papa y la exclusión de la Santa Sede en las conversaciones de paz al término de la guerra. La posición del gobierno italiano excluía, por tanto, cualquier solución a la llamada «cuestión romana», que desde la pérdida de los Estados Pontificios permanecía a la espera de conseguir una fórmula que garantizase la autonomía del papa. Durante el pontificado de Benedicto XV todo quedó en una serie de conversaciones de acercamiento entre representantes de la Santa Sede y el gobierno italiano. Habría que esperar al siguiente pontificado para llegar al arreglo de la cuestión romana.

En cuanto a la actividad política de los católicos italianos, ésta se vio afectada por una serie de novedades durante estos años. En 1919, el sacerdote Luigi Sturzo (1871-1959) —cuya trayectoria nos resulta conocida, por las actividades que llevó a cabo en pontificados precedentes— fundó el Partido Popular italiano (18 enero 1919) con un decidido empeño en eliminar del mismo su carácter confesional. A diferencia de otras organizaciones que Sturzo había dirigido, en el Partido Popular no habría capellanes ni se amalgamaría su organización con la estructura las diócesis italianas. Y aunque la Santa Sede no sería responsable de sus actuaciones por cuanto que el Partido Popular no la representaba, sin embargo la influencia de la Secretaría de Estado sobre sus dirigentes fue evidente durante estos años. Esta nueva situación movió a Benedicto XV a suspender definitivamente el *non expedit* (12 noviembre 1919) que impedía participar a los católicos en la política. En las elecciones de ese mismo año el partido de Sturzo consiguió 103 diputados, una minoría parlamentaria de tal peso con la que a partir de entonces los gobiernos tendrían que contar.

Por entonces también comenzaban a dar sus primeros pasos dos nuevas fuerzas políticas en Italia: el fascismo y el comunismo. El 23 de marzo de 1919, en un local de la plaza del Santo Sepulcro de Milán, se reunió Benito Mussolini (1883-1945) con 118 individuos para fundar los fascios italianos de combate y en su programa —entre otros puntos— se exigía la expropiación de los bie-

nes de las congregaciones religiosas y la derogación de la ley de garantías. Por otra parte, en 1921 Amadeo Bordiga y Antonio Gramsci (1891-1937), apoyándose en la Federación de las Juventudes Socialistas, se separaban del partido socialista para fundar el partido comunista. Cuando murió Benedicto XV en 1922, todavía faltaba un tiempo para que el totalitarismo desplegara toda su inhumana capacidad, pero algo se podía ya aventurar por las noticias que llegaban de lo sucedido en Rusia desde 1917, donde en opinión de Lenin (1870-1924) «la revolución avanzaba muy despacio, porque se fusilaba muy poco».

En cuanto al resto de los países durante este pontificado, conviene recordar que en 1921 Irlanda conseguía la independencia; lógicamente, en un país en el que el 92 % de su población era católica, la Iglesia obtuvo un mayor campo de actuación que en la etapa precedente.

Por su parte, en Francia se mitigaron los ataques de la época de Combes (1835-1921) y se reanudaron las relaciones diplomáticas, rotas desde 1905. Desde el principio, Benedicto XV no escatimó gestos para conseguir un entendimiento. A pesar de no mantener relaciones con Francia, Benedicto XV se dirigió por carta personal al presidente de la República francesa para comunicarle su elección como sumo pontífice. En las negociaciones de Versalles, el enviado pontificio se entrevistó con Aristide Briand (1862-1932), presidente del Consejo de Ministros, con el fin de buscar una fórmula de arreglo. El 16 de mayo de 1920 tuvo lugar la canonización de santa Juana de Arco (1412-1431), en la que el gobierno francés quiso estar representado oficialmente. Por fin y a pesar de la violenta oposición de los radicales y los socialistas, el Parlamento aprobó (30 noviembre 1920) el restablecimiento de relaciones diplomáticas por 391 votos favorables, frente 179 en contra. En 1921, monseñor Bonaventura Cerretti (1872-1933) era nombrado nuncio de la Santa Sede en París.

Y en cuanto a España, la incapacidad y la división de los católicos que actuaban en la vida pública fue la nota dominante de este período; aquí la crisis política acabó por resquebrajar el régimen español y mediante un golpe de Estado (13 septiembre 1923) el general Miguel Primo de Rivera (1870-1930) impuso una dictadura.

Ya fuera de Europa, es preciso mencionar que se encararon muy mal los acontecimientos para los católicos de México, donde al calor de la revolución iniciada en la segunda década del siglo se desató una persecución contra la Iglesia, que se prolongó durante el pontificado de Pío XI (1922-1939).

La vida de la Iglesia. A pesar de que buena parte del pontificado de Benedicto XV transcurrió durante los años de la guerra y la durísima posguerra, no por ello se desatendió el desarrollo de la vida interna de la Iglesia. En este sentido, Benedicto XV continuó algunas reformas promovidas por su predecesor. Sin duda, la más importante fue la renovación de la legislación eclesiástica, una tarea que duró trece años. Benedicto XV, mediante la bula *Providentissima Mater* (27 junio 1917), promulgó el nuevo Código de derecho canónico. Además, estableció una comisión especializada para vigilar la correcta interpretación de las nuevas disposiciones legales. Por otra parte, ya en la encíclica

inaugural, el papa había llamado la atención a todos los obispos sobre la trascendencia de la formación del clero. De modo que con el fin de mejorar las enseñanzas eclesiásticas, en 1915 creó la Congregación de Seminarios y Universidades.

En otro orden de cosas, una de las sanciones impuestas a Alemania en las conversaciones de paz fue la pérdida de sus colonias. No era difícil adivinar que a continuación los misioneros alemanes serían obligados a repatriarse; sucedía todo esto sin tan siquiera escuchar a la Iglesia, pues la Santa Sede había sido excluida de dichas conversaciones. Con el fin de evitar las graves consecuencias que esta decisión acarrearía a las misiones en las antiguas colonias alemanas, Benedicto XV encargó al futuro nuncio en París que mediante los contactos que pudiese establecer evitara a toda costa la repatriación de los misioneros. Monseñor Cerretti triunfó en su misión y consiguió que en los tratados de paz se reconociera a la Santa Sede como propietaria de las misiones católicas alemanas, con lo que se garantizaba la continuidad evangelizadora. En este sentido, pocos días después de la firma del Tratado de Versalles (28 junio 1919), que marca el comienzo de una alocada carrera nacionalista, el papa publicó la encíclica *Máximum illud* (30 noviembre 1919), en la que trazaba las líneas fundamentales de las misiones; en dicha encíclica se presenta la concepción universal de la Iglesia, que acoge a todos los hombres sin discriminaciones nacionales, por ser todos igualmente hijos de un mismo Padre y redimidos sin excepción por Jesucristo en la cruz.

Benedicto XV proponía como objetivo primordial la formación de un clero indígena sin rebaja alguna respecto al de Europa, de modo que se le pudiera encomendar a su tiempo el gobierno de la Iglesia en aquellas tierras. Mientras esto se conseguía, recordaba el documento pontificio a los misioneros que ellos no eran embajadores de sus Estados, sino de Cristo, y con toda claridad describía la función sobrenatural del misionero, como predicador del Evangelio, ante el peligro de cambiarla por otra de tipo humano equiparándose a benéficos colonizadores:

> Recordad —son palabras de esta encíclica dirigidas a los misioneros— que no debéis propagar el reino de los hombres, sino el de Jesucristo, y no es deber vuestro el añadir ciudadanos a la patria terrena, sino a la celestial [...] El pensar más en la patria terrestre que en la suprema [...] representaría una de las más tristes plagas para el apostolado, la cual paralizaría en el misionero el verdadero celo en las almas al tiempo que entre los indígenas perdería toda autoridad.

Durante el corto pontificado de Benedicto XV, las misiones conocieron una importante expansión. Además de las delegaciones apostólicas de Japón (1919) y Albania (1920), se erigieron ocho arzobispados, 25 obispados, 30 vicariatos y prefecturas apostólicas y cuatro prelaturas *nullius.* Muchas de las iniciativas de Benedicto XV, continuadas por su sucesor, pudieron hacerse realidad gracias al apoyo que encontró en el prefecto de la congregación De Pro-

paganda Fide, el cardenal Wilhelm von Rossum (1854-1932), que ocupó este cargo desde 1918 hasta su muerte. Rossum «es considerado como el promotor de las "misiones mundiales" católicas, ya que se despidió del europeísmo, pugnó por la adaptación y llevó adelante la formación y promoción del clero indígena bajo obispos indígenas» (H. Jedin, *Manual de historia de la Iglesia*, l. VIII, Barcelona, 1978).

La misma advertencia que hacía a los misioneros de que no era su misión propagar el reino de los hombres sino el de Jesucristo, pero referida a la predicación de todos los sacerdotes, ya había sido expuesta con anterioridad en otra encíclica, *Humani generis Redemptoris* (15 junio 1917), en la que el papa señalaba como objetivo de la predicación la conversión interior de los oyentes, para lo que era preciso que el predicador hablara sólo de Dios y de los deberes hacia él, y no de las ocurrencias humanas del orador, por brillante que fuera su exposición, pues no se trataba de impactar al auditorio, sino de remover cada alma hacia Dios.

Por otra parte, en esta necesidad de conversión interior de cada alma se resume el mensaje que la Virgen transmitió a tres niños portugueses —Jacinta, siete años; Francisco, nueve años, y Lucia, diez años— durante el año 1917 en las seis apariciones que tuvieron lugar cada mes, desde el 13 de mayo al 13 de octubre. Las apariciones de Fátima (C. Barthas, *La Virgen de Fátima*, Madrid, 1963) sometidas a proceso canónico desde 1922, fueron declaradas en 1930 como dignas de crédito, por lo que se autorizó el culto oficial a la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de Fátima. Desde el principio, la afluencia de peregrinos ha ido en aumento, hasta el punto que se puede considerar a Fátima como uno de los centros marianos más importantes de todos los tiempos.

Benedicto XV tomó algunas decisiones de carácter ecuménico. En febrero de 1916 estableció para toda la Iglesia universal el octavario para rezar por la unidad de todos los cristianos. Para conseguir la aproximación a los orientales, en 1917 creó una congregación especial para la Iglesia oriental y fundó el Instituto Oriental. Casi al final de su pontificado tuvo lugar un encuentro con los anglicanos, conocido como las primeras conversaciones de Malinas, que se celebraron entre los días 6 y 8 de diciembre de 1921.

Poco después del acontecimiento anterior, en los primeros días del año 1922 Benedicto XV se vio afectado por un catarro que en pocos días degeneró en bronquitis, agravando su estado de salud el 20 de enero, día en que se le diagnósticó una neumonía. El pontífice falleció dos días después, a las seis de la mañana. Sus restos mortales reposan en las grutas vaticanas de la basílica de San Pedro, en un sarcófago con estatua yacente de Benedicto XV, obra de Giulio Barbieri, costeada por la archidiócesis de Bolonia. Poco después de morir, los turcos erigieron en Estambul una estatua de Benedicto XV con una placa en la que se puede leer: «Al gran papa que vivió la tragedia mundial como benefactor de todos los pueblos, al margen de su nacionalidad o religión.»

Pío XI (6 febrero 1922 - 10 febrero 1939)

Personalidad y carrera eclesiástica. Achille Ratti, Pío XI, nació (31 mayo 1857) en Desio, muy cerca de Milán. Desio era entonces un núcleo comercial con unos pocos y pequeños talleres de tejidos. Su padre, Francesco Ratti, director de una de esas hilaturas, se había casado con Teresa Galli, con quien tuvo cinco hijos; Achille fue el penúltimo de los hermanos. El trabajo del cabeza de familia permitió vivir a los Ratti desahogadamente, sin que por ello se pueda entender que fuera una familia adinerada. Achille aprendió a leer y escribir en la escuela elemental que tenía en su propia casa de Desio Giuseppe Volontieri. Su tío Damián, párroco de Asso, y en cuya casa veraneaba de niño, descubrió en él los primeros síntomas de vocación sacerdotal y le recomendó al rector del seminario menor de Seveso, donde ingresó a la edad de diez años. Desde 1875 prosiguió los estudios eclesiásticos en el seminario mayor de Milán, donde permaneció tres años; pero como al concluirlos, en 1878, no tenía todavía la edad requerida para ordenarse, se le envió al Colegio Lombardo de Roma, para completar su formación.

Durante todo este tiempo demostró poseer una capacidad intelectual fuera de lo común, lo que se refleja en su brillantísimo expediente. Poseía además otras cualidades y en grado sobresaliente: estaba muy bien dotado para la música y fue también un gran alpinista. Los *Boletines* del Club Alpino Italiano, del que era miembro, registran sus récords de altura en alguno de los veinte ascensos mayores que realizó, entre otros al Monte Rosa por la difícil vertiente suiza, al Cervino, al Gran Paraíso y al Mont Blanc, donde una de las vías precisamente conserva el nombre de «ruta Ratti».

El último mes del año 1879 recibió la ordenación sacerdotal. Y en los tres años siguientes supo compaginar sus quehaceres para conseguir tres doctorados: el de teología (13 marzo 1882) en la Academia de Santo Tomás de Aquino, el de derecho canónico (9 junio 1882) en la Universidad Gregoriana y el de filosofía (28 junio 1882) en la Facultad estatal de La Sapientia.

Inmediatamente después de doctorarse se trasladó a Milán, donde permaneció treinta años ininterrumpidos. Allí, además de ejercer su ministerio sacerdotal, se dedicó al estudio y a la investigación en campos tan diversos como la paleografía, la historia, la arqueología o el arte. Durante esta larga etapa publicó numerosos trabajos de investigación, además de colaborar habitualmente en revistas literarias y científicas; eludimos aquí el comentario de sus obras (N. Malvezzi, *Pío XI en sus escritos*, Madrid, 1926), porque sólo la enumeración de sus títulos ocuparía un espacio considerable. Baste decir que era unánimemente reconocida su autoridad intelectual y tenía fama de sabio, lo que le permitió tratar con los grandes de las ciencias y las letras de su tiempo. Así, por ejemplo, mantuvo muy buenas relaciones con Guillermo Marconi (1874-1937), premio Nobel de Física en 1909, que naturalmente acompañó a Pío XI en la inauguración (12 febrero 1931) de la emisora de Radio Vaticano. Pío XI fue el primer sucesor de san Pedro que utilizó la radio para hacer llegar su magisterio a todo el mundo. Falta añadir a todo lo anterior su con-

dición de políglota: conocía varias lenguas muertas, hablaba francés y alemán y leía inglés.

De 1882 a 1888 trabajó en el seminario de San Pedro de Milán y en la Universidad Lombarda, donde además de explicar teología ocupó la cátedra de hebreo. En 1888 ganó una plaza de doctor en la prestigiosa Biblioteca Ambrosiana, de la que fue prefecto a partir de 1907. La mayor parte de sus publicaciones corresponden a la etapa de permanencia en la Ambrosiana y a él se debe también la modernización de tan destacado centro cultural que había sido fundado en 1609; de su importancia baste decir que a la llegada de Ratti la biblioteca tenía catalogados 15.000 manuscritos y 250.000 volúmenes. Bajo su dirección aumentaron notablemente los fondos de la Biblioteca Ambrosiana; entre las adquisiciones de la etapa de Ratti hay que destacar los 1.610 manuscritos procedentes del Yemen.

Ratti, no obstante, supo hacer compatible toda esta actividad intelectual con el desempeño de su ministerio sacerdotal. Durante estos años trabajó en parroquias y fue canónigo de la catedral, desde donde organizó la Asociación de Maestras Católicas, dirigió la Congregación de Hijas de María, a la que pertenecían mujeres de toda condición social, fue capellán de las Damas del Cenáculo durante los treinta años de Milán, enseñaba el catecismo y preparaba a los niños de condición humilde que acudían a la iglesia del Sagrado Sepulcro y atendía regularmente a los penitentes en uno de los confesonarios de la catedral, a donde acudían muchos extranjeros, dada su condición de políglota.

En 1912 san Pío X (1903-1914) le trasladó a la Biblioteca Vaticana, donde dos años después sucedió en la prefectura al padre Franz Ehrle (1845-1934). El papa le nombró canónigo de San Pedro y protonotario apostólico. Cuando ya se vislumbraba el final de la Guerra Mundial en 1918, Benedicto XV (1914-1922) le designó (19 mayo 1918) visitador apostólico de Polonia —que se constituía como nuevo Estado al integrar en su territorio nacional el Gran Ducado de Varsovia, Galitzia occidental, la región de Poznan y parte de la zona de Tes–en, y se convertía a partir de noviembre de 1918 en la República de Polonia— para que reorganizara todas las diócesis, misión que se amplió también a las Repúblicas bálticas y a Rusia. Al solicitar el nuevo gobierno polaco una representación de la Santa Sede en el nuevo Estado constituido, Ratti fue nombrado nuncio apostólico en Polonia (19 julio 1919) y consagrado arzobispo titular de Lepanto (8 octubre 1919). Además de su entrega sacerdotal dio ejemplo de abnegación con motivo de la guerra ruso-polaca, pues cuando en julio de 1920 las tropas bolcheviques llegaron hasta los suburbios de Varsovia, rota la resistencia polaca y a punto de ser evacuada la capital, Ratti fue el único diplomático que permaneció en la ciudad junto con las autoridades polacas. Gracias a su trabajo se regularizó la situación, que quedó encauzada para que en 1925 —siendo ya papa— la Santa Sede pudiera firmar un concordato con Polonia. Restableció, además, cinco obispados, que habían sido suprimidos durante la dominación rusa.

Regresó de Varsovia para suceder en la mitra de Milán al cardenal Andrea Giacomo Ferrari (1850-1921). Benedicto XV anunció su nombramiento episcopal en la misma ceremonia del consistorio en el que fue elevado al cardenalato (13 junio 1921), Precisamente, durante su permanencia en la Ambrosiana se había ocupado como estudioso de san Carlos Borromeo (1538-1584), cardenal y obispo que le había precedido en la sede de Milán. Además, durante esos años había formado parte de la asociación de oblatos de San Carlos de Borromeo, lo que le fue de gran ayuda para mejor orientar su vida interior. Después de recibir dicho nombramiento, todavía permaneció unas semanas en Roma ultimando trabajos de distintos dicasterios. Antes de tomar posesión de su diócesis, no obstante, quiso prepararse mediante la oración para su nueva función arzobispal, y se retiró durante un mes al monasterio de Montecassino, desde donde escribió sus dos primeras cartas pastorales. Concluido su retiro, dirigió la peregrinación nacional a Lourdes. De regreso del santuario mariano, hizo su entrada en la ciudad (8 septiembre 1921) como titular de la sede de Milán. Así pues, su actuación episcopal sólo duró cinco meses, pues el 2 de febrero de 1922 comenzaba el cónclave en el que sería elegido papa. Durante esos meses animó al padre Agostino Gemelli (1875-1959) en la puesta en marcha de la Universidad Católica de Milán, que bajo el nombre de Universidad del Sagrado Corazón echó a andar con dos facultades y fue inaugurada (8 diciembre 1921) por el cardenal Ratti.

Ya se han comentado las excepcionales cualidades intelectuales que poseía Pío XI. Pues bien, dichas cualidades las hizo rendir al máximo; el papa Ratti demostró siempre una tenacidad en el trabajo poco común. De temperamento reflexivo y austero por naturaleza, transmitía a sus colaboradores una seguridad, que emanaba de sus dotes de gobierno. Ante las dificultades y problemas que se le presentaban, su fe le llevaba a confiar sobre todo en Dios, por lo que rezaba continuamente y pedía oraciones por intenciones concretas. Como sacerdote, amó intensamente a la Iglesia y comprendió con profundidad su dignidad sacerdotal como ministro de Dios, por lo que procuró ser ante todo un apóstol. Vivió con ejemplar perseverancia su vida de piedad; a sus 80 años seguía realizando las prácticas de piedad que había aprendido cuando todavía era un joven seminarista. Su piedad era profunda, espontánea, sobria y vivida con tal naturalidad y sencillez, que mediante su ejemplo la lucha por alcanzar la santidad se presentaba como una meta deseable y accesible a todos. Aquel hombre, que parecía un coloso tallado en la roca, tenía dentro un alma sencilla y limpia que producía fascinación (C. Confalonieri, *Pío XI visto da vicino,* Turín, 1957).

El cónclave de 1922 sólo duró cuatro días. El cardenal Ratti sobrepasó los necesarios dos tercios del total de los votos en la última votación de la mañana del día 6. Tras elegir el nombre de Pío XI, manifestó al sacro colegio que, si bien se proponía salvaguardar y defender todos los derechos y prerrogativas de la Santa Sede, quería impartir su bendición *urbi et orbi,* como prenda de la paz a la que aspira toda la humanidad. Deseaba el nuevo pontífice abarcar con su

bendición no sólo a Roma y a toda Italia, sino a toda la Iglesia y a todo el mundo, por lo que la impartiría desde el balcón exterior de San Pedro. Este gesto de paz y buena voluntad fue interpretado en lo que significaba, pues desde la perdida de los Estados Pontificios en 1870 esta ceremonia se había celebrado en el interior, como respuesta de sus predecesores a la usurpación de los territorios pontificios. Con este gesto, por tanto, Pío XI manifestaba a las claras su intención de llegar a un acuerdo con el reino de Italia, que pusiera fin a la «cuestión romana».

El nombramiento de secretario de Estado recayó en el cardenal Pietro Gasparri (1852-1934), quien después de coronar con éxito la negociación de los pactos lateranenses y debido a sus muchos años se retiró. Le sucedió en el cargo (7 febrero 1930) el cardenal Eugenio Pacelli, futuro Pío XII (1939-1958), quien precisamente por dirigir con acierto la diplomacia vaticana en los años tan difíciles del ascenso de los totalitarismos y por sus cualidades personales, era considerado unánimemente como el más claro sucesor de Pío XI.

Los pactos lateranenses. Después de la Primera Guerra Mundial el mapa político de Europa sufrió una notable transformación. La desaparición del Imperio austrohúngaro dio lugar al nacimiento de nuevos Estados y no pocas de las naciones de las que conservaron las antiguas fronteras se vieron afectadas por cambios internos tan grandes que fue preciso reconstruir el entramado diplomático que existía antes de la guerra. Así se explica que Pío XI tuviera que llevar a cabo una intensa política concordataria, animado como estaba además a establecer relaciones de paz y concordia con todos los gobiernos del mundo. A lo largo de su pontificado, el papa firmó hasta un total de 23 acuerdos, entre convenios, concordatos y tratados. Sin duda, los más conocidos por su significación fueron los suscritos con la Italia de Mussolini (1883-1945) y la Alemania de Hitler (1889-1945) (A. Rhodes, *El Vaticano en la era de los dictadores, 1922-1945,* Barcelona, 1974).

Con la firma de los pactos lateranenses (11 febrero 1929) se zanjaba un problema que duraba ya casi seis décadas, pues la ocupación de Roma (20 septiembre 1870) liquidaba en beneficio del nuevo Estado italiano los Estados Pontificios. Ya en el pontificado anterior se habían emprendido movimientos de aproximación entre las dos partes, sin que se consiguiera llegar a ningún acuerdo. Pero desde 1926 dieron comienzo unas largas y delicadas negociaciones secretas, hoy conocidas tras la publicación del diario (F. Pacelli, *Diario delta Conciliazione,* Vaticano, 1959) de uno de los principales protagonistas por parte del Vaticano, como fue el abogado Francesco Pacelli, hermano del futuro Pío XII, nuncio en Berlín por aquellas fechas, como ya se ha dicho.

Los pactos lateranenses, que permitieron la creación del minúsculo Estado del Vaticano, estaban formados por un tratado entre la Santa Sede y el Estado italiano, un concordato entre la Iglesia e Italia y un convenio económico. El artículo 26 del tratado reconocía la existencia del «Estado de la Ciudad del Vaticano bajo la soberanía del romano pontífice»; el territorio era pequeñísimo, pero resultaba suficiente para facilitar la independencia de las actuaciones del

sucesor de san Pedro. En el concordato, Pío XI conseguía frente al fascismo salvaguardar dos aspectos fundamentales como eran el derecho a la enseñanza religiosa en la instrucción pública y el reconocimiento de los efectos civiles del sacramento del matrimonio, regulado por el derecho canónico. En cuanto al convenio económico, la indemnización solicitada en principio de 2.000 millones de liras fue sustancialmente rebajada.

Por su parte Mussolini, personaje agnóstico y pragmático, consciente de que en la Italia católica tarde o temprano había que dar una solución a la «cuestión romana», buscó un acuerdo por el prestigio nacional e internacional que podía proporcionarle una solución, que los gobiernos anteriores no habían sabido encontrar a lo largo de casi sesenta años. Pío XI, aunque se mantuvo siempre firme y combativo frente a la ideología anticristiana del fascismo, a la que llegó a condenar formalmente, manifestó su reconocimiento hacia la persona que hizo posible el acuerdo.

> Parece así observarse una actitud similar a la que, hasta el final de sus días, mantuvo Pío VII en relación al emperador francés Napoleón; por más que éste le hubiera hecho sufrir, no olvidó nunca el papa que había sido el hombre que, mediante el Concordato de 1801, había proporcionado la paz a la Iglesia (G. Redondo, *La Iglesia en el mundo contemporáneo,* t. II, Pamplona, 1978).

Por lo demás, dicho concordato estuvo vigente con la República romana hasta el 18 de febrero de 1984.

Sin duda, la firma de los pactos lateranenses causó un gran impacto en la opinión pública de entonces, no sólo en la de la nación italiana, sino en la de todo el mundo. Por lo que significaban los acuerdos de Letrán, aquel acontecimiento histórico era desde luego bastante más importante para la Iglesia que para el Estado italiano. Con la renuncia a los Estados Pontificios, la Iglesia ponía fin a la milenaria época constantiniana. De este modo, al abandonar sus reivindicaciones temporales, la Iglesia se concentraba en su fin primordial y específico: el pueblo de Dios, apoyándose exclusivamente en la fuerza del Espíritu Santo (B. Mondin, *Dizionario enciclopédico del papi,* Roma, 1995). Por lo demás, no deja de ser paradójico que el pontificado recobre en esta nueva etapa un prestigio tal sólo comparable al de los momentos más brillantes de toda su historia. En efecto, desde 1929 hasta la actualidad, cada uno de los sucesivos sumos pontífices han visto aumentar su autoridad espiritual y moral dentro de la Iglesia y también fuera de ella.

Las relaciones de la Santa Sede con Alemania. En cuanto a Alemania, la Constitución de la República de Weimar establecía una clara separación entre la Iglesia y el Estado. Desligadas las autoridades alemanas de los grupos luteranos, la diplomacia de la Santa Sede pudo llegar a conseguir determinados acuerdos parciales en algunas regiones de Alemania. Así, en 1924 se firmó un concordato con Baviera, según el cual en esa zona se toleraba la práctica de la religión católica y, en contrapartida, los nombramientos de los nuevos obispos debían ser presentados al gobierno por si en alguno de los candidatos propues-

tos recaía algún impedimento político a juicio de las autoridades alemanas. Mayores dificultades encontró el nuncio Pacelli hasta lograr la firma del concordato con Prusia en 1929. La Liga Evangélica promovió una intensa campaña para impedirlo y llegó a recoger hasta tres millones de firmas contra el concordato, que a pesar de todo pudo ser ratificado el 13 de agosto de 1929.

El ascenso de los nazis al poder provocó la inmediata protesta de los obispos alemanes contra el programa del nacionalsocialismo. Ante la crispación surgida entre los católicos alemanes, los nuevos gobernantes trataron de pacificar los ánimos, con el fin de ganar un tiempo que les era necesario hasta que se consolidasen en el poder. Poco después del nombramiento (29 enero 1933) de Adolf Hitler como canciller, el vicecanciller Franz von Papen (1879-1969) iniciaba los contactos con el secretario de Estado, Eugenio Pacelli. Se llegó con rapidez a la conclusión de las conversaciones, lo que permitió firmar un concordato (20 julio 1933). Había que remontarse hasta el año 1448 para encontrar un convenio de validez unitaria para toda Alemania. Según el acuerdo, el Estado alemán permitía el ejercicio público de la religión católica, se reconocía a la Iglesia independencia para dirigir y administrar con libertad los asuntos de su competencia, se garantizaba a la Santa Sede la comunicación con sus obispos y se le reconocía libertad en el nombramiento de cargos eclesiásticos, se daba entrada a la enseñanza de la religión en la escuela primaria y se autorizaba a la Iglesia establecer facultades de Teología en todas las universidades alemanas. Por su parte, el Estado podría ejercer el veto sobre el nombramiento de obispos por motivos políticos y los obispos ya electos debían prestar juramento de fidelidad al *führer;* además, ningún clérigo podría pertenecer a partidos políticos. Al término de la Segunda Guerra Mundial, la República Federal aceptó el concordato de 1933 sin apenas variarlo.

No ha faltado quien en la interpretación de estos acuerdos ha querido ver una aprobación encubierta del nacionalsocialismo por parte de la Santa Sede, conclusión a la que sólo es posible llegar desfigurando los hechos. Conviene recordar que fue el gobierno alemán quien tomó la iniciativa; por lo tanto, y como manifestara públicamente el propio Pío XI, de haberse negado a conversar hubiera recaído sobre la Santa Sede la responsabilidad de abandonar a los católicos alemanes, pues al menos con las bases del concordato se les proporcionaba un cierto recurso ante una posible defensa de sus derechos. Además, cuando se negoció el concordato, si bien era conocida la ideología nazi, todavía no se había desarrollado su programa y por lo tanto no se podían conocer ni por aproximación las verdaderas dimensiones de la barbarie que se avecinaba. Por el contrario, quienes sí las conocían, años más tarde, fueron los dirigentes de Francia y Gran Bretaña, y a pesar de ello pactaron en Munich con los nazis en 1938. Ya por entonces hacía tiempo que el papa había condenado al nazismo, por su ideología pagana y anticristiana, mediante la encíclica *Mit brennender Sorge* (14 marzo 1937).

Al igual que en el caso de Mussolini, la causa por la que Hitler tomó la iniciativa para redactar un concordato con la Santa Sede fue su deseo de incre-

mentar su prestigio internacional; más todavía si se considera que anteriormente la República de Weimar (1919-1930) no había conseguido firmar un concordato unitario, por lo que fue preciso llegar a acuerdos regionales. Y es que los esfuerzos del pontífice anterior, Benedicto XV, reclamando una paz justa durante la Primera Guerra Mundial, habían añadido al pontificado un enorme prestigio en los ámbitos internacionales, que todos estaban dispuestos a lucrar en beneficio propio. Precisamente, esta situación de prestigio contribuyó, sin duda, a que se pudiera firmar una larga serie de acuerdos bilaterales durante este pontificado —como ya se dijo— hasta un total de 23. Hitler fue el penúltimo en conseguirlo, pues antes que con Alemania Pío XI había firmado ya 21 convenios, tratados o concordatos con otros Estados diferentes.

La condena de los totalitarismos. Ni Pío XI ni su secretario de Estado, que por sus cargos anteriores conocía muy bien la realidad alemana, se hacían ilusiones de que la firma de los concordatos con los regímenes totalitarios iba a despejar el camino de obstáculos. La realidad es que, de inmediato, los fascistas y los nazis violaron los acuerdos de los concordatos que habían firmado y desataron una implacable persecución contra la Iglesia. Demasiado temprano tuvo que denunciar Pío XI los ataques del fascismo contra la Acción Católica de Italia, mediante la encíclica *Dobbiamo intrattenerla* (25 abril 1931). En el mes de mayo de 1931, Mussolini disolvió las asociaciones juveniles católicas. Al mes siguiente, la condena del fascismo era tajante en la encíclica *Non abbiamo bisogno* (29 junio 1931), documento en el que se podían leer párrafos como los siguientes:

> la batalla que hoy se libra no es política, sino moral y religiosa; exclusivamente moral y religiosa [...] Una concepción del Estado que obliga a que le pertenezcan las generaciones juveniles, es inconciliable para un católico con la doctrina católica; y no es menos inconciliable con el derecho natural de la familia.

La advertencia del papa tampoco sirvió para detener a los dirigentes fascistas en su galope hacia la barbarie, que a imitación de los nazis llegaron a promulgar leyes racistas. Ante estos hechos, Pío XI preparó un nuevo texto durísimo que se proponía leer en el décimo aniversario (11 febrero 1939) de la firma de los pactos lateranenses, en presencia de todo el episcopado italiano que había sido convocado en Roma. No se pudo celebrar ese acto, ya que Pío XI murió la víspera de dicho aniversario; sin embargo, conocemos su contenido pues fue publicado posteriormente por Juan XXIII (1958-1963). El documento, conocido como la alocución *Nella luce*, iba dirigido a los obispos italianos y Pío XI ponía de manifiesto, una vez más, la incompatibilidad entre la ideología fascista y la doctrina de Jesucristo que, como su vicario en la tierra, debía conservar y transmitir.

Mucho peor transcurrieron los acontecimientos políticos en Alemania. Y en este punto conviene recordar que es doblemente falsa la interpretación de lo

sucedido como que un loco engañó por la fuerza a muchos inocentes. Primero, porque sólo una mente tan cuerda y perversa a la vez como la de I liller pudo planear tal estado de cosas. Y segundo, porque sus planes se pusieron en práctica gracias a la multitud de admiradores y colaboradores que el tirano encontró en Alemania y fuera de Alemania.

Una vez que Hitler se afianzó en el poder y antes del holocausto, esto es, a partir del verano de 1933, las leyes racistas aprobaron la esterilización y el asesinato de los deficientes mentales, se prohibió el matrimonio entre arios y no arios y se creó el Rasse-Heirat Instituí (Instituto de Matrimonio Racial) donde no pocas alemanas «puras» incluso se prestaron a ser fecundadas artificialmente. De inmediato reaccionó la Santa Sede, que entre 1933 y 1939 por medio del nuncio Pacelli y apoyándose en el concordato envió a Berlín 55 notas oficiales de protesta. De nada sirvieron, sino para que arreciara la persecución contra los obispos y los católicos alemanes. En 1937, Pío XI, mediante la encíclica *Mit brennender Sorge,* condenaba por anticristianos los planteamientos ideológicos del régimen, «por divinizar con culto idolátrico» la raza, el pueblo, el Estado y los representantes del poder estatal. En ese documento también se especificaban los acuerdos pactados en el concordato y se denunciaba a los dirigentes del III Reich por sus reiteradas violaciones, calificadas en la encíclica de «maquinaciones que ya desde el principio no se propusieron otro fin que una lucha hasta el aniquilamiento». En la encíclica se condenaba igualmente el panteísmo, la falta de libertad religiosa, las desviaciones morales intrínsecas a la ideología nacionalsocialista y la brutalidad con que eran arrollados los derechos en la educación de los niños y los jóvenes.

La *Mit brennender Sorge* era, a la vez, respuesta y aliento para los obispos alemanes, que en la reunión episcopal de Fulda (18 agosto 1936) habían solicitado de Pío XI la publicación de una encíclica que encarase los acontecimientos que se venían sucediendo en Alemania. Entre los obispos más combativos contra el nazismo hay que destacar al arzobispo de Miinster, el cardenal Ciernen! August von Galen (1878-1946), al arzobispo de Berlín, monseñor Konrad von Preysing y al cardenal arzobispo de Munich, Michael von Faulhaber (1869-1952). El secretario de Estado pidió al cardenal Faulhaber un primer borrador, que completó el propio Pacelli endureciendo el tono de las condenas contra el nacionalsocialismo. Con este material trabajó Pío XI durante los primeros días de marzo; era la primera vez que se publicaba una encíclica en alemán. Fue fechada el día 14 de marzo e introducida y distribuida clandestinamente en Alemania. De este modo, el domingo de Ramos (21 marzo 1937) se pudo leer en todas las iglesias católicas de Alemania.

La reacción por parte de los nazis no se hizo esperar; en las semanas siguientes fueron encarcelados más de mil católicos, entre ellos numerosos sacerdotes y monjas y, en 1938, fueron deportados a Dachau 304 sacerdotes. También fueron disueltas las organizaciones juveniles católicas y, en 1939, se prohibió la enseñanza religiosa. Ante todos estos atropellos, Pío XI adoptó una postura firmísima, de modo que durante la visita de Hitler a Roma (3 al 9 de

mayo de 1938) el papa se recluyó en Castelgandolfo, se cerraron los museos del Vaticano, *L'Osservatore Romano* ignoró la presencia del *führer* y el nuncio no acudió a ninguna de las recepciones. Por si todo eso no era lo suficientemente claro, en directa referencia a las grandes cruces gamadas que engalanaban las calles de Roma, Pío XI en una audiencia con recién casados pronunció las siguientes palabras el cuatro de mayo: «Ocurren cosas muy tristes, y entre éstas la de que no se estime inoportuno izar en Roma el día de la Santa Cruz, una cruz que no es la de Cristo.»

Cinco días después de la fecha de la encíclica que condenaba el nazismo, Pío XI publicaba otra nueva encíclica, la *Divini Redemptorís* (19 marzo 1937), contra el ateísmo comunista, ideología a la que se calificaba como «intrínsecamente perversa» por socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana y proponer una falsa redención basada en un seudoideal de la justicia, la igualdad y la fraternidad. En esta misma encíclica el papa hacía referencia también a la persecución comunista que padecía la Iglesia en México y en España. Durante la guerra civil española (1936-1939) fueron asesinados 13 obispos, 4.184 sacerdotes seculares, 2.365 frailes y 283 monjas, lo que equivalía a uno de cada siete sacerdotes y a uno de cada cinco frailes (A. Montero, *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939*, Madrid, 1961). Recientes investigaciones han rectificado al alza las cifras de A. Montero; el estudio de José Luis Alfaya sobre la diócesis de Madrid, en el que se da cuenta de los sacerdotes seculares asesinados con sus nombres y apellidos, eleva en un 30 % más el número de A. Montero para aquella diócesis. A estos datos habría que añadir el elevado número —imposible de establecer con exactitud— de tantos católicos españoles que murieron víctimas del odio contra la religión, en una persecución que hasta para asemejarse a la de los primeros cristianos dio cabida a acontecimientos como los de la «Casa de Fieras», el zoo situado entonces en el parque madrileño del Retiro, donde se arrojaban las personas para que fuesen devoradas por los osos y los leones (J. L. Alfaya, *Como un río de fuego. Madrid 1936*, Pamplona, 1998).

Pío XI, en la *Divini Redemptorís,* salía al paso de los errores antropológicos propuestos por el materialismo histórico, cuya doctrina se había convertido en el molde con el que los comunistas pretendían construir una nueva humanidad. En línea con las condenas lanzadas sobre el comunismo, ya incluso desde el pontificado de Pío IX (1846-1878), cuando todavía no se había publicado el *Manifiesto comunista* (1848), la encíclica advertía sobre las consecuencias deshumanizadoras que podrían sobrevenir a la humanidad con el triunfo de la ideología comunista. Lo cierto es que en esta ocasión tampoco se prestó mucha atención a las advertencias del sucesor de san Pedro. Es más, en algunos ambientes intelectuales de Occidente, deslumhrados por el marxismo, las condenas del comunismo y muy particularmente la *Divini Redemptorís* fueron descalificadas sistemáticamente y tachadas de retrógradas hasta hace bien poco tiempo. Y en honor a la verdad se debe dejar constancia de que no han faltado católicos y hasta clérigos, que afectados por un complejo de inferioridad, también se

mostraron partidarios del comunismo. Sin embargo, tras la caída de los regímenes comunistas en Europa, la historia ha venido a dar la razón al magisterio de los romanos pontífices sobre el comunismo. Por otra parte, el tiempo ha venido a demostrar que esas denuncias, además de evangélicas y pastorales —es decir, no políticas— eran plenamente proféticas.

La persecución religiosa en México. Las leyes de reforma de 1859 promulgadas por Benito Juárez (1806-1872) fueron el punto de arranque de una política de desacuerdos entre el Estado mexicano y la Iglesia durante la segunda mitad del siglo xix. Esta falta de entendimiento se suavizó durante la dictadura (1876-1910) de Porfirio Díaz (1830-1915). Por otra parte, la sociedad mexicana marchaba en dirección bien opuesta a la de sus autoridades; sus creencias y prácticas religiosas hablaban bien a las claras de sus sentimientos. Sin embargo, no había llegado todavía lo peor para los católicos mexicanos, pues la persecución religiosa se desató durante el largo proceso de la revolución mexicana que transcurre entre 1910 y 1940.

En 1910, coincidiendo con el centenario de la independencia, Francisco Madero (1873-1913) encabezó una revolución contra el porfiriato, a la que se unieron distintos personajes, entre otros los legendarios Emiliano Zapata (1883-1919) y Pancho Villa (1887-1923). La cuantía y la personalidad de los revolucionarios, así como la ausencia de un programa común, complicó y prolongó en exceso la revolución, hasta el punto de que sería más propio hablar de «revoluciones», en plural, para referirse a los acontecimientos que se suceden en México a lo largo de esas tres décadas. El trágico final de varios de los revolucionarios, asesinados entre ellos mismos, refleja el desgobierno y el caos reinante en México durante todo este período. No es éste el lugar para describir los acontecimientos en su conjunto (J. Meyer, *La révolution méxicaine,* París, 1973), ya que nos debemos limitar a la situación de la Iglesia en México.

La nueva Constitución de 1917 negaba toda personalidad a la Iglesia en México, secularizaba la enseñanza, prohibía las órdenes religiosas y, en suma, marcaba el comienzo de la persecución religiosa. El sectarismo antirreligioso arreció con la llegada a la presidencia de la República, en 1924, de Plutarco Elias Calles (1877-1945). Al no estar permitida la reelección, fue sustituido en 1929, pero de hecho controló la situación política de México hasta el mes de junio de 1935, en que fue expulsado del país por su contrincante, el presidente Lázaro Cárdenas (1895-1970). Calles consideraba a la Iglesia católica como el enemigo número uno del régimen y se propuso su exterminio; político sin escrúpulos, utilizó cuantos recursos creyó oportunos para lograr sus propósitos, incluida la promoción de una Iglesia cismática. Por su parte, Pío XI, mediante la encíclica *Paterna sane sollicitudo* (2 febrero 1926), se dirigía a los obispos mexicanos y denunciaba la injusticia de las disposiciones legales antirreligiosas de México, de las que decía que «no merecen el nombre de leyes». A continuación, el romano pontífice recomendaba calma en el obrar y prohibía expresamente que se formase un partido católico. En los planes de Pío XI se confiaba en que la Acción Católica fuera cambiando la situación. Como muestra de buena voluntad

envió a México a monseñor Caruana, a donde llegó a principios de marzo de 1926.

La reacción de Calles fue violentísima. Expulsó de México a monseñor Caruana y se endurecieron aún más las leyes, por lo que se reformó el Código penal en 1926. De acuerdo con la reforma, la administración de los sacramentos y la celebración de la santa misa se castigaban con penas de prisión. El Comité Episcopal protestó por la medida y ordenó la suspensión de cultos en toda la República (11 julio 1926). A esta reacción enérgica y contraria a la voluntad del papa, contrarreplicó con saña el gobierno de Calles. Una nueva encíclica, la *Iniquis afflictisque* (18 noviembre 1926), llamaba a la calma. En este clima de tensión, sucedió lo imprevisto; en el mes de enero de 1927 los campesinos mexicanos se levantaron en armas al grito de «Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe», contra un poder que les impedía vivir la religión. El levantamiento fue una sorpresa para la jerarquía, pero también y sobre todo para el gobierno mexicano, que estaba convencido de que la religión era cosa de mujeres.

Lo que despectivamente fue juzgado por el gobierno como una algarada de alborotadores, a los que apodó con el nombre de «cristeros», fue el comienzo de una guerra que se prolongó hasta 1929 (J. Meyer, *La Crisíiada, 2* vols., México, 1973). Los cristeros llegaron a encuadrar 50.000 hombres y de hecho se hicieron con el control de la mitad del país. La represión fue durísima y sanguinaria, y se pudo llegar a la pacificación por la intervención del delegado papal, monseñor Ruiz Flores. Los denominados Arreglos (22 junio 1929) con el gobierno prometían una amnistía, la restitución de los lugares de culto y la suspensión —que no la modificación— de la legislación antirreligiosa. De nuevo, Pío XI apostaba por la vía pacífica, precisamente en el momento en el que los cristeros estaban en su momento más fuerte y tenían al gobierno contra las cuerdas.

Pero firmar los Arreglos y proseguir la persecución religiosa por parte del gobierno mexicano fue todo uno. «La revolución no ha terminado —afirmaba Calles, en el Grito de Guadalajara de 1934—, es preciso entrar en una nueva etapa que yo llamaría psicológica; debemos penetrar y apoderarnos de las conciencias de la infancia, de la juventud, puesto que ellos son y deben ser para la revolución, para la colectividad.» En 1935, se modificaba el artículo tercero de la Constitución en los siguientes términos: «La educación dada por el Estado será socialista, y no contenta con excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios.» Todo ello provocó el estallido de la «segunda» guerra en 1935. En esta ocasión se protestaba por la persecución religiosa, por la educación socialista y sexual de los colegios y se pedía la reforma agraria; y como novedad, en esta guerra a los combates abiertos se agregaron las acciones terroristas contra los funcionarios del gobierno y las autoridades agrarias. La jerarquía desautorizó las acciones y castigó con la excomunión a los rebeldes. En estas circunstancias surgió la pugna política entre Cárdenas y Calles, que se saldó con la expulsión del país del segundo.

En los primeros meses de 1936, por la vía de los hechos y poco a poco, Cárdenas llegó a una distensión con la Iglesia en México, pragmática y no escrita,

sistema que ha estado en vigor hasta la década de los noventa. Por otra parte, y garantizado el proceso de pacificación, muy pocos días después de publicar la *Mit brennender Sorge* y la *Divini Redemptoris*, Pío XI daba a la luz la *Firmissimam constantiam* (28 marzo 1937), donde reconocía la lealtad de los católicos mexicanos a la Iglesia, condenaba de nuevo el comunismo, reprobaba la acciones violentas de los católicos para dejarse oír y volvía a recomendar que los seglares se encuadrasen en la Acción Católica, que como instrumento de la jerarquía y ajena a posiciones partidistas era quien debía restaurar la sociedad. Naturalmente, había también referencias al gobierno mexicano y a cuantos gobiernos creían ver en la Iglesia a su enemigo: «Se engañan creyendo no poder hacer reformas favorables al pueblo si no es combatiendo la religión de la mayoría.»

Las relaciones de la Santa Sede con Francia y la condena de Action Franqaise. La actitud de la Santa Sede respecto a Francia prosiguió en la línea promovida por León XIII, que se conoce como *ralliement.* Ya se vio cómo esta tendencia de buen entendimiento fue abortada por el sectarismo de Combes (1835-1921), hasta el punto de romper relaciones con la Santa Sede durante el pontificado de san Pío X. Por su parte, Benedicto XV consiguió normalizar la situación diplomática. Pío XI prosiguió las relaciones con las autoridades francesas en este mismo clima, que algunos definen como de «concordia sin concordato». Precisamente todo esto sucedía cuando en 1924 había ganado las elecciones el Cartel des Gauches (coalición de izquierdas con mayoría socialista), capitaneado por Edouard Herriot (1872-1957) que había basado la campaña electoral en una lucha contra la Iglesia, hasta el punto de prometer que en caso de ganar suprimiría la embajada francesa en la Santa Sede. Pero las protestas sociales fueron de tal magnitud que tuvo que dar marcha atrás, de modo que se puede afirmar que el sectarismo anticlerical de los políticos triunfadores fue derrotado por la sociedad francesa en el bienio 1925-1926.

Por su parte, Pío XI, mediante la encíclica *Maximam gravissimamque* (18 enero 1924), había aceptado la propuesta de las autoridades francesas para la formación de asociaciones diocesanas, que se debían hacer cargo de los bienes de la Iglesia que todavía no habían sido vendidos. Dichas asociaciones estaban presididas por el obispo, quien a su vez tenía facultad para designar a sus componentes. Y aunque el triunfo del Cartel des Gauches en 1924 impidió de momento la restitución de estos bienes, en 1926 las Cámaras acabaron por votar la devolución gratuita de los bienes eclesiásticos requisados, que todavía no habían sido adjudicados a particulares. No era mucho lo que se podía devolver por entonces, pero al menos con ese resto los católicos franceses pudieron recomenzar y emprender una etapa de recuperación.

El cambio de situación de la Iglesia en Francia no se debía exclusivamente a la habilidad de los diplomáticos del Vaticano o al oportunismo del gobierno de izquierdas. Dicho cambio obedecía sobre todo a las profundas transformaciones que estaban teniendo lugar en el seno de la sociedad francesa. Ya me he referido anteriormente a la presión social sobre las autoridades políticas, lo que sin duda guardaba relación con la renovación religiosa de los católicos france-

ses, después de los duros años de prueba. Dicha renovación se tradujo en un llamativo aumento de franceses que volvieron a la práctica religiosa y en la conversión de no pocos intelectuales, entre los que destacan los nombres de Francois Mauriac (1885-1970) —académico francés desde 1933 y premio Nobel en 1952— y Henri Millón de Montherlant (1896-1972). A la vista de esta situación, en 1929 el gobierno francés permitió que algunas congregaciones misioneras pudieran establecer en Francia sus noviciados y sus procuradurías.

Pero en medio de esta bonanza surgió el conflicto con Action Francaise, un grupo monárquico, antidemocrático y nacionalista, que estaba dirigido por Charles Maurras (1868-1952) y Léon Daudet (1867-1942), aglutinado en torno a la revista del mismo nombre. Maurras era seguidor del positivismo de Comte (1798-1857), antiliberal y ateo; para él la Iglesia tenía solamente una entidad sociológica y cultural, por lo que debía ser supeditada a la razón de Estado como supremo fin. En consonancia con las doctrinas totalitarias («todo es política»), Maurras expresaba a la francesa su concepto reduccionista del hombre con su *politique d'abord* («política ante todo»). Pero no faltaron católicos franceses que vieron con simpatía el grupo de Action Francaise por lo que podía suponer de freno a la política anticlerical de los partidos de izquierda; de hecho, la revista ejerció una gran influencia en los sectores más jóvenes de la población francesa. Maurras proponía a la juventud sustituir el objetivo de vida del seguimiento a Jesucristo por su *politique d'abord.*

Ante esta situación, ya san Pío X había condenado las doctrinas de Maurras, aunque decidió no hacer pública la condena. Preocupado por el auge que tomaba el grupo de Maurras, Pío XI promovió una serie de gestiones, que concluyeron en la publicación de la condena de san Pío X del ateísmo y de la concepción naturalista del hombre de Maurras, mediante un decreto del Santo Oficio (29 diciembre 1926). Maurras respondió con su rebelión pública contra el papa en su célebre artículo «Non possumus». Todo concluyó en unos cuantos dramas personales, pues algunos católicos, partidarios de Maurras, se vieron incursos en excomunión. Quizás el caso más notorio sea el del jesuíta y cardenal Louis Billot (1846-1931), que no había disimulado sus simpatías por Maurras, aunque siempre lamentó su agnosticismo. Billot acabó renunciado al cardenalato en 1927. Años después, en 1939, el comité de Action Francaise envió a Pío XII (1939-1958) una carta de sumisión. A partir de entonces se levantó la prohibición sobre el periódico, pero los números anteriores permanecieron incluidos en el *Index.* En cuanto a Maurras, tras la Segunda Guerra Mundial sufrió prisión como colaboracionista de Vichy; en sus últimos días se reconcilió con Dios y murió en el seno de la Iglesia.

El magisterio de Pío XI. En otro orden de cosas, se entiende que el magisterio de Pío XI se desarrollase en muchos y profundos escritos doctrinales, pues si por una parte los problemas suscitados durante su mandato fueron de suma gravedad, el papa, que tenía que hacer frente a los mismos, subía a la cátedra de san Pedro después de adquirir una sólida formación intelectual, que como dijimos le había granjeado fama de sabio. Por su número —30 encíclicas

y numerosos discursos y alocuciones radiofónicas— resulta imposible hacer ni siquiera una breve referencia a todos ellos, por lo que a continuación sólo se mencionan los escritos más importantes. La línea continua de todo su magisterio consistió en poner freno a la alocada carrera de una sociedad que paulatinamente se alejaba de Dios y cuyos dirigentes establecían unas normas sociales al margen de Dios y en no pocas ocasiones enfrentadas a los mandatos divinos. Así las cosas, todo el empeño de Pío XI se concentró en abrir puertas para que fuese posible el reinado de Jesucristo entre los hombres y en sus variadas manifestaciones sociales.

La encíclica inaugural del pontificado, *Ubi arcano* (23 diciembre 1922), fue un llamamiento a buscar la paz para un mundo tan carente de ella. Tres años después, en la encíclica *Quas primas* (11 diciembre 1925), ofrecía una guía para encontrarla: «La paz de Cristo en el reino de Cristo», palabras que se convirtieron en lema de su pontificado; esa realeza —especificaba el papa— debía entenderse referida al ámbito espiritual y se oponía al laicismo y a los sistemas que o bien habían construido una sociedad al margen de Dios, o incluso cimentaron los sistemas de las relaciones humanas sobre la impiedad y el desprecio del Creador. En ese mismo documento, el papa instituía la fiesta de Cristo Rey con el fin de recordar «a las naciones que el deber de adorar públicamente y obedecer a Jesucristo, no sólo obliga a los particulares, sino también a los magistrados y gobernantes».

De algún modo el resto de las encíclicas de Pío XI guardan una unidad, por cuanto vienen a iluminar con la doctrina cristiana a la familia, a la sociedad y al sacerdocio, tres ámbitos concretos de importancia capital para hacer realidad el reinado de Jesucristo. En primer término, habría que empezar por fortalecer la institución familiar, a la que trataban de minar las ideologías dominantes en dos de sus más firmes pilares como son la educación de los niños y los jóvenes y el matrimonio. Al primero de estos aspectos se refiere la encíclica *Divini illius Magistri* (31 diciembre 1929) y al segundo la *Casti connubii* (31 diciembre 1930).

A pesar de los años transcurridos desde la publicación de la encíclica *Divini illius Magistri,* este documento pontificio sigue siendo un punto de referencia de la doctrina de la Iglesia sobre la educación. Su actualidad se convierte, por tanto, en la mejor prueba de que Pío XI la escribió con criterios plenamente universales en el tiempo y en el espacio. Ahora bien, conviene recordar que este texto con toda intención, en principio, fue publicado en italiano, bajo el título *Rappresentanti in terra.* Naturalmente, Pío XI reprobaba el monopolio estatal en materia de enseñanza que era uno de los puntos capitales del programa fascista y fijaba con claridad el derecho de la educación en los siguientes términos:

> La familia ha recibido del Creador la misión y por lo tanto el derecho de educar a la prole; es un derecho inalienable porque está estrechamente unido a esa obligación; es un derecho anterior a cualquier derecho de la sociedad y del Estado, y por lo tanto inviolable para cualquier potestad terrana.

No obstante, el pontífice reconoce en la misma encíclica el papel subsidiario que le corresponde al Estado en esta materia, a pesar de la prevención que había provocado en las décadas anteriores el empeño de no pocos en identificar la intervención del Estado en la escuela con la enseñanza laicista. En su conjunto, la *Divini illius Magistri* es uno de los textos pontificios con más propuestas positivas de los últimos tiempos. Cierto que se condena el monopolio estatal en la docencia, que se rechaza que la educación sexual sea competencia de los profesores y no de los padres por las implicaciones morales que conlleva y que se desenmascara el partidismo de la pretendida «escuela neutra». Pero justamente en la argumentación de esas condenas se lanzan muchos retos. De entrada, Pío XI aboga por un clima de armonía entra la familia, la Iglesia y el Estado para que cada uno desempeñe el papel que le corresponda, además de empujar a los padres para que asuman el protagonismo que les compete en esa materia, porque en honor a la verdad y a la vista del pasado hay que afirmar que los padres habían hecho no pocas dejaciones de derechos en la educación escolar de sus hijos. Y es que si bien Pío XI en su empeño por reconstruir una nueva civilización cristiana concedía al clero un protagonismo decisivo, en ésta y en otras muchas ocasiones puso de manifiesto que sin contar con la familia no se lograría dicha reconstrucción, pues eran las familias en cuanto que cristianas los elementos fundamentales para levantar esa civilización donde fuera posible el reinado de Cristo.

Y, en efecto, la familia se convertía en el tema central de la encíclica *Casti connubii.* En dicho documento, Pío XI rebasa la conocida definición de la familia como célula básica de la sociedad, para ir más lejos y proponer una espiritualidad propia de la familia. Naturalmente que el romano pontífice denuncia los males que atenían contra el vínculo matrimonial, como el amor libre y el divorcio, condena también el aborto y el eugenismo, para a continuación poner de manifiesto el origen divino de la institución del matrimonio y sus fines primarios que son la procreación y la educación de los hijos. Y esa espiritualidad de la familia, donde los planes de los hombres cuentan como parte y colaboración de los planes creadores de Dios, tiene su fundamento en la definición que Pío XI hace en dicha encíclica del matrimonio:

> La sagrada unión del matrimonio se constituye por voluntad divina y por voluntad humana. De Dios procede la institución del matrimonio, sus leyes, sus fines y sus bienes. Del hombre, con la ayuda y la colaboración de Dios, depende la constitución de cada matrimonio particular con las obligaciones y los bienes establecidos por Dios, mediante la donación generosa de la propia persona a la otra persona para toda la vida.

No se defendía la familia sólo como la célula de la sociedad y elemento de estabilidad social; Pío XI elevaba el punto de mira y fijaba a la familia no sólo objetivos humanos, sino también espirituales. En consecuencia, quedaba excluida de ese ámbito la mentalidad neomaltusiana que entonces rebrotaba y las prácticas que atentaran contra la santidad de los esposos, como «todo uso del

matrimonio en cuyo ejercicio el acto quede privado, por industria de los hombres, de su fuerza de procrear vida». Quizás se pueda comprender el auge del neomaltusianismo si se considera que tras la amarga experiencia de la Primera Guerra Mundial, durante el período de entreguerras se trazaron los presupuestos de una cultura de la muerte; un profundo pesimismo invadió las mentalidades de entonces hasta llegar a elaborar años después una concepción que definía al hombre como «un ser para la muerte». Así se entiende que quienes se rindieron ante postulados tan pesimistas y negativos sobre la vida no la quisieran transmitir a sus descendientes.

Por otra parte, la descristianización del mundo del trabajo y de las relaciones laborales fue abordada por Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno* (15 mayo 1931), escrita con motivo del cuarenta aniversario de la *Rerum novarían.* En este documento Pío XI reafirma la doctrina social ya expuesta por León XIII y añade nuevos matices exigidos por el período en que fue publicada; así, por ejemplo, pone un mayor énfasis en plantear como objetivo la búsqueda de la concordia en las relaciones laborales, en unas circunstancias históricas concretas en las que la lucha de clases se justificaba nada menos que con carácter de necesidad científica.

La encíclica *Quadragesimo anno,* junto con las dos anteriores referidas a la educación y la familia componen la gran triología doctrinal de Pío XI. Telegráficamente, las principales ideas de este documento pontificio son las siguientes: defensa del principio de subsidiariedad frente a la concentración de funciones por parte del Estado, apelación al entendimiento mediante la reconstrucción de los «cuerpos profesionales» en las relaciones laborales frente a la lucha de clases, promoción del bien común por parte del Estado, favorecer la justicia social —concepto innovador entonces, que venía a completar el contenido de la noción de justicia conmutativa— para paliar las desigualdades y las injusticias que se derivan cuando los sistemas de producción se abandonan de un modo absoluto a las leyes del mercado.

La ambigüedad con la que la encíclica se refería a los cuerpos profesionales, permitió que algunos interpretasen la encíclica como una propuesta de regreso al corporativismo medieval; por su parte, otros creyeron ver en esos términos la justificación del concepto social de los regímenes autoritarios de la nación de Austria de Engelbert Dollfuss (1892-1934) y del Estado de Portugal de Antonio de Oliveira Salazar (1889-1970). Lo único seguro era que tales términos —cuerpos profesionales— se empleaban en el documento pontificio en contraposición del estatismo social y de la lucha de clases, ideologías que parten de un concepto anticristiano del hombre que eran las que se condenaban, sin proponer ninguna como solución concreta. Y debido a todas estas equivocadas interpretaciones —algunas, por supuesto, interesadas—, Pío XI salía al paso años después en la encíclica *Divini Redemptoris* con estas palabras:

> La Iglesia, en efecto, aunque nunca ha presentado como suyo un determinado sistema técnico en el campo de la acción económica y social, por no

> ser ésta su misión, ha fijado, sin embargo, claramente, las principales líneas fundamentales, que si bien son susceptibles de diversas aplicaciones, según las diferentes condiciones de tiempos, lugares y pueblos, indican, sin embargo, el camino seguro para obtener un feliz desarrollo progresivo del Estado.

A las cuestiones sociales estaba dedicada también la encíclica *Caritate Christi* (3 mayo 1932), en cuyo texto, tras manifestar la incompatibilidad entre el comunismo y el sentido cristiano de la vida, se hacía referencia a la situación derivada de la crisis económica de 1929 en los siguientes términos: «los cabecillas de toda esta campaña de ateísmo, aprovechan la crisis económica actual y con infernal dialéctica se esfuerzan en hacer creer a las muchedumbres hambrientas que Dios y la religión son la causa de esta miseria general».

Y en cuanto al sacerdocio, Pío XI llamaba la atención sobre la importancia de que los sacerdotes tuvieran una sólida formación teológica en la encíclica *Deus scientiarum Dominus* (24 mayo 1931), para lo que ya desde el principio de su pontificado había dado instrucciones precisas en la encíclica *Studiorutn ducem* (29 junio 1923), en el sentido de desarrollar la teología sobre los principios de santo Tomás, a quien proponía Pío XI como guía de los estudios filosóficos y teológicos. Además de la ciencia, recordó el papa en otro documento, la encíclica *Ad catholici sacerdotii* (20 diciembre 1935), el sacerdote debía esforzarse por vivir santamente, por lo que su acción exterior debía ser el resultado de una intensa vida de piedad personal levantada sobre la oración, los sacramentos y la celebración del santo sacrificio de la misa; sólo de este modo, concluía Pío XI, podrán atender con una solicitud adecuada a todas las necesidades de los fieles.

La vida de la Iglesia. Como instrumento operativo para establecer el reinado de Cristo, propuesto por Pío XI, el papa dio un nuevo sentido a la Acción Católica, orientación tan diferente a la que hasta entonces la había animado que se puede afirmar —sobre todo a partir de 1928, año en que comienzan a aparecer los numerosos documentos pontificios al respecto— que nos encontramos con una realidad distinta a la que hasta entonces llevaba ese mismo nombre. Como es sabido, Pío XI fue designado popularmente como «el papa de la Acción Católica», y él mismo se refirió a esta organización en repetidas ocasiones como «la niña de mis ojos», para manifestar la confianza que había depositado en esta institución. Precisamente porque el papa diseñaba una Acción Católica, sin ninguna connotación política, quiso que su desarrollo tuviera lugar al margen de los partidos confesionales católicos, como el Partito Popolare Italiano de Don Sturzo (1871-1959) o el *Zentrum* de monseñor Ludwig Kaas (1881-1952), a cuyos líderes retiró su apoyo.

> No siendo política sino religiosa, afirmaba el pontífice, la Acción Católica era sin embargo acción social porque promovía el reino de Cristo en la sociedad, tratando de orientar la solución de los problemas según los principios cristianos (J. Escudero Imbert, «El pontificado de Achille Ratti, papa Pío XI», *Anuario de Historia de la Iglesia,* VI, Pamplona, 1997).

En sus documentos, la Acción Católica era definida por Pío XI como un apostolado auxiliar de la Iglesia, sin otra finalidad que la de que los seglares participasen en cierto modo del apostolado jerárquico, de modo que actuasen tan sólo como una *longa manus* de la jerarquía y en concreto del sacerdote de la parroquia con quien de hecho tenían contacto. A luz del Concilio Vaticano II puede afirmarse que tal concepción dejaba sin desarrollar en plenitud la teología bautismal, como hoy la conocemos. Pero sería injusta una descalificación retrospectiva, sin considerar que la Acción Católica fue ideada en un tiempo concreto y para un tiempo concreto. Por otra parte, no está de más recordar que dicha concepción pertenece al ámbito operativo y no al dogmático, por lo que la Acción Católica puede ser objeto de cuantas modificaciones resulten oportunas al cambiar las circunstancias históricas.

Coincidiendo en el tiempo con el pontificado de Pío XI, el beato Josemaría Escrivá de Balaguer, a partir de que Dios le hiciera ver el Opus Dei (2 octubre 1928) (A. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei,* 1.1: *Señor que vea,* Madrid, 1997), comenzó a hacerlo realidad mediante un intenso trabajo apostólico en Madrid. Dicha intensidad no estuvo reñida con un echar a andar con sencillez y sin ruido, por lo que en los años del pontificado de Pío XI el Opus Dei pasó inadvertido. Diez años después de su fundación todos los miembros del Opus Dei podrían rondar la docena y la mayoría de ellos todavía eran estudiantes. Concluida la guerra civil española, en 1939, la entraña universal del Opus Dei desplegaba a sus miembros por diversas ciudades de España. Sólo tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial el Opus Dei pudo comenzar a extenderse por los cinco continentes (P. Berglar, *Opus Dei Vida y obra dei fundador Josemaría Escrivá de Balaguer,* Madrid, 1987). Con el tiempo se vería la trascendencia de esta intervención de Dios en la historia, que llamaba a todo cristiano a santificarse en medio del mundo, sin sacar a nadie de su sitio y con plena libertad y responsabilidad en sus actuaciones sociales y profesionales. Tales planteamientos, si bien entonces no pudieron ser fácilmente comprendidos por las mentalidades del momento, acabaron más tarde por recibir el espaldarazo de la doctrina del Concilio Vaticano II.

Durante el pontificado de Pío XI, las misiones experimentaron un notable desarrollo. Sin duda, Pío XI ya comenzó a recoger los frutos que por falta de tiempo no pudo ver su antecesor Benedicto XV, a quien se deben toda una serie de reformas decisivas. Pío XI fue un buen continuador de Benedicto XV en este punto y sustentó las misiones sobre el siguiente trípode: centralización en Roma de las obras misionales, responsabilidad de todos los fieles por cuanto ellos debían cooperar también con su oración y con su limosna a la evangelización y evitar las interferencias de las potencias colonizadoras en las misiones. Se pretendía que en esos territorios la Iglesia se hiciese compatible con las costumbres del lugar y se nutriera con clero autóctono, para que así cuanto antes dejasen de ser «tierra de misión» y se convirtiesen en una porción más de la Iglesia de Jesucristo, caracterizada por ser una y universal. Durante la celebración del Año Santo en 1925, Pío XI organizó una exposición misionera univer-

sal en los jardines vaticanos que sirvió para acercar todavía más a los fieles la realidad de las misiones. Y en un intento de que cada católico se hiciera responsable del trabajo misional de la Iglesia mediante la oración y la limosna, Pío XI estableció en 1926 el Domingo Mundial de las Misiones, que en España se celebra con el nombre de «Domund».

La encíclica misional de Pío XI es la *Rerum Ecclesiae* (28 febrero 1926), donde se manifiesta como un decidido impulsor del clero indígena. El papa también implicó en la tarea misional a los religiosos contemplativos, para hacer ver a todos los fieles el valor de la oración como el medio fundamental e imprescindible en la expansión del Evangelio. En este sentido instó a que se establecieran monasterios de carmelitas y trapenses en tierras de misión. No deja de ser significativo que él mismo, en 1927, proclamase patrona de las misiones, junto con san Francisco Javier (1506-1552), a santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897), una monja carmelita de clausura a la que él mismo había beatificado en 1923 y canonizado dos años después. El propio Pío XI pudo ver los primeros resultados; durante su pontificado los 12.000 sacerdotes misioneros aumentaron a 18.000, se crearon unas 300 nuevas circunscripciones misioneras y se multiplicó por dos el número de los católicos en tierras de misión. Con Pío XI se produjo el tránsito del concepto de «misiones» al de «Iglesias locales»; prueba de ello fue la consagración en Roma (20 octubre 1926) de los seis primeros obispos chinos, y más tarde de japoneses y vietnamitas, lo que ponía de manifiesto la catolicidad o universalidad de la Iglesia fundada por Jesucristo.

De acuerdo con el mandato de Jesucristo de predicar el Evangelio a todos los hombres, Pío XI había procurado impulsar las misiones. Por la misma razón, durante su pontificado se realizaron algunas reuniones con los cristianos separados de Oriente y Occidente. Ya en el pontificado anterior había tenido lugar el primero de los cuatro encuentros entre anglicanos y católicos, conocidos como las conversaciones de Malinas, que se celebraron entre 1921 y 1926. La experiencia era particular, aunque contó con la autorización de Benedicto XV. Por parte de los anglicanos, la iniciativa partió de lord Charles Lindley Halifax (1839-1934), un político inglés que había tenido contacto con el movimiento de Oxford, pero que creía ver una mejor disposición para este tipo de encuentros entre los católicos belgas que entre los ingleses. Por este motivo, se valió de un antiguo conocido suyo, el religioso lazarista Fernand Portal, que entonces era vicario del cardenal primado de Bélgica, Desiré Joseph Mercier (1851-1926). Realmente la iniciativa era novedosa; así es que por ser uno de los primeros pasos de lo que con el tiempo se llamó movimiento ecuménico, más que por los resultados que de aquellos encuentros se derivaron es por lo que se hace referencia de las conversaciones de Malinas en la historia de la Iglesia. Con la muerte del cardenal Mercier, Pío XI consideró oportuno dar por liquidada aquella experiencia.

En 1925, la Liga mundial para la colaboración amistosa de las Iglesias, había celebrado un congreso en Estocolmo, en el que se habían aparcado las cues-

tiones dogmáticas. Por otra parte, en 1927 la organización ecuménica Faith and Order había celebrado en Lausana un congreso mundial, en el que no quiso estar representada la Iglesia católica. Después de la Segunda Guerra Mundial estas dos organizaciones se fusionaron en el Consejo Ecuménico de las Iglesias. En cierta medida, estos movimientos partían del principio del indiferentismo y el relativismo religioso. Por este motivo Pío XI mantuvo una prudencial reserva, y abordó estas cuestiones en la encíclica *Mortalium ánimos* (6 enero 1928), expresando con claridad la pauta a seguir:

> no se puede profesar la fe cristiana sin creer que Jesucristo fundara la Iglesia como una única Iglesia [...] la unión de los cristianos no se puede facilitar más que de un modo: favorecer el retorno de los disidentes a la única y verdadera Iglesia de Cristo.

Respecto a los orientales, católicos y ortodoxos, hay que decir que Pío XI desplegó hacia ellos numerosas iniciativas. Además de las referencias de la encíclica anterior, Pío XI dedicó otras dos a los cristianos ortodoxos: la *Ecclesiam Dei* (1923) y la *Rerum orientalium* (8 septiembre 1928). Promovió fundaciones para los estudios orientales para facilitar un mayor conocimiento de todo ese mundo, en 1929 codificó el derecho de la Iglesia oriental y en 1935 el patriarca de Siria Tappouni se convertía en el primer oriental que pasó a formar parte del colegio cardenalicio. En este sentido, hay que destacar la figura de Dom Lambert Beauduin (1873-1970), que mediante los encuentros entre monjes de Oriente y Occidente consiguió un mayor conocimiento de los valores espirituales de ambas zonas, que fueron divulgados a través de la revista *Irenikon,* por él fundada.

Pío XI no fue sólo el papa sabio de los profundos escritos doctrinales, sino que fue también guía personal para los fieles. B. Mondin ha escrito que Pío XI fue «un gran maestro y también un sublime modelo de vida interior». Así se explica que sus profundas vivencias espirituales —Cristo Rey, la eucaristía, el Sagrado Corazón, la Virgen y el rosario— tuvieron su correspondiente reflejo en encíclicas específicas. Éste es el caso de la encíclica *Ingravescentibus malis* (29 septiembre 1937), donde propone el rezo del rosario como remedio para conseguir detener la guerra, ante los empujes contra la paz de la ideología neopagana del nacionalsocialismo, que por entonces se empezaron a manifestar de un modo amenazante.

Particularmente significativos fueron los modelos de santidad que Pío XI propuso a los fieles, al elevar a los altares a un buen número de santos. Concretamente, 496 beatos en 42 beatificaciones y 33 santos en 16 ceremonias de canonización. En este sentido, ya se comentó la canonización de santa Teresa del Niño Jesús y su patronazgo sobre las misiones; Pío XI sentía por esta monja de clausura tal admiración que en repetidas ocasiones se refirió a ella como «la estrella de mi pontificado». Otro tanto sucedió con san Juan Bosco (1815-1888), a quien Pío XI había conocido en su juventud; un papa que tuvo que ha-

cer frente al sectarismo laicista en los ámbitos educativos y que tantos escritos dejó en defensa de la educación cristiana de los niños y los jóvenes, tuvo que sentir un gran gozo al canonizar en 1934 a san Juan Bosco, fundador de los salesianos, a quienes se deben tantas iniciativas educativas. También fueron canonizados durante su pontificado san Juan Eudes (1601-1680), formador de sacerdotes, y san Juan María Bautista Vianney (1786-1859), el cura de Ars, propuesto como patrono de los párrocos. Y además de éstos, entre otros fueron elevados a los altares san Juan Fisher (1445-1535), santo Tomás Moro (1478-1535), santa Magdalena Sofía Barat (1779-1865). Por otra parte, Pío XI elevó a la categoría de doctores de la Iglesia a san Pedro Canisio (1521-1597), san Juan de la Cruz (1542-1591), san Alberto Magno (1206-1280) y san Roberto Belarmino (1542-1621).

En 1936, ya octogenario, a Pío XI se le diagnosticó una miocarditis y una arteriosclerosis de la que se pudo reponer. Pero la enfermedad y los años habían minado seriamente su robusta salud de deportista, por lo que los últimos años de su vida fueron particularmente duros, ya que a los sufrimientos morales que le produjo el auge de los totalitarismos, que anunciaban una nueva guerra (J. Pabón, *Los virajes hacia la guerra 1934-1939,* Madrid, 1946), vinieron a añadirse los padecimientos físicos. En noviembre de 1938 recayó; a duras penas pasó las Navidades y pudo transmitir por la radio su alocución de Navidad. El 4 de febrero de 1939 celebraba su última misa, pues ese día su crisis cardíaca se complicó con una aguda insuficiencia renal. Falleció en la víspera de la celebración del décimo aniversario de la firma de los pactos lateranenses, a las cinco y media de la madrugada.

No son pocos los estudios rigurosos que ya han emitido un juicio histórico acerca del pontificado de Pío XI. Igualmente han sido varios los congresos celebrados para analizar su mandato al frente de la Iglesia *(Pio XI nel trenteslmo delta morte, 1939-1969. Raccolta di studi e di memorie,* Milán, 1969; // *pontificato di Pio XI a cinquant'anni di distanza,* Milán, 1991). Un justo balance del pontificado de Pío XI es el que se encierra en las siguientes palabras de un historiador italiano:

> Pastor celoso, sabio maestro, padre afectuoso, guía segura, condotiero enérgico guió con mano experta la navecilla de Pedro en uno de los momentos más difíciles y oscuros de la historia. Luchó denodadamente no sólo contra los totalitarismos —comunismo, fascismo y nazismo— que empujaban a la humanidad hacia una horrenda barbarie, sino también contra las raíces más profundas de los males que conducían a la modernidad hacia su propia ruina: el ateísmo, la secularización, la descristianización; en una palabra, el abandono de Dios, de Cristo y de la Iglesia.
>
> Pío XI dirigió la Iglesia a su objetivo primario y esencial: la evangelización, el apostolado, la adoración, el rezo, comprometiendo en todo ello no sólo al clero sino también a los laicos, promoviendo la Acción Católica y el apostolado misional. Pío XI hizo sentir a los católicos la grandeza de su propia fe y el honor de pertenecer al reino de Cristo. Con Pío XI la Iglesia con-

quista nuevamente la figura de «Iglesia militante», de modo que sus miembros se volvieron a sentir orgullosos de esa militancia (B. Mondin, *Dizionario enciclopédico..., ob. cil).*

Pío XII (2 marzo 1939 - 9 octubre 1958)

Personalidad y carrera eclesiástica. Eugenio Pacelli fue elegido papa el mismo día de su 63 cumpleaños, y como nuevo sucesor de san Pedro adoptó el nombre de Pío XII. Había nacido en Roma y fue el tercero de los cuatro hijos de Filippo Pacelli y Virginia Graziosi. Los Pacelli pertenecían a una de las familias romanas más distinguidas y estaban estrechamente ligados al Vaticano por los servicios prestados al papa desde generaciones anteriores. Su abuelo, Marcantonio, fue nombrado por Pío IX (1846-1878) sustituto del Ministerio del Interior, cargo que desempeñó entre 1851 a 1870, y recibió de la Santa Sede un título nobiliario; a uno de sus hijos, Ernesto, se le encomendó la administración de las finanzas vaticanas y a otro —al padre de Pío XII— se le nombró abogado consistorial, uno de los cargos más altos que podían ocupar los seglares en el Vaticano. Filippo Pacelli fue uno de los consejeros, que colaboró en la redacción del Código de derecho canónico. Y, como ya se dijo, uno de los hermanos de Pío XII, durante el pontificado anterior, contribuyó como abogado al éxito de los acuerdos de los Pactos Lateranenses.

En efecto, Eugenio Pacelli había nacido (2 marzo 1876) en el seno de una familia con firmes raíces cristianas de la que recibió una sólida formación religiosa. El cardenal Domenico Tardini (1888-1961), buen conocedor de su alma, ha descrito su trayectoria espiritual con estas palabras: «En su dura lucha interior, Pío XII fue guiado y sostenido por su ardiente piedad hacia Dios, por su tierna devoción a la Virgen y por el altísimo concepto que poseía del papado» (D. Tardini, *Pío XII,* Ciudad del Vaticano, 1960). Y también el mismo cardenal se refiere a su vida de mortificación y penitencia; según Tardini, los médicos decían de Pío XII que «llevaba una vida inhumana», y es que el dominio de sí mismo y sus exigentes horarios no eran sino la manifestación concreta de su deseo de inmolar su vida por la gloria de Dios. Así, en años especialmente duros como los de la Segunda Guerra Mundial, llegó a pesar sólo 57 kilos, lo que estaba totalmente desproporcionado con sus 1,82 metros de estatura (J. E. Schenk, «Pío XII y Juan XXIII», en A. Flichc y V. Martin, *Historia de la Iglesia,* t. XXVII, 1, Valencia, 1983).

Pues bien, el aprendizaje de todas estas virtudes cristianas lo realizó en el hogar familiar exclusivamente, sin que el colegio influyera ni mucho ni poco, ya que sus primeros estudios los realizó en el liceo estatal Visconti, cuyos docentes en su mayoría eran afamados laicistas militantes. Cuentan sus biógrafos que en más de una ocasión Eugenio Pacelli tuvo que defender públicamente su fe en las aulas ante los ataques de sus propios profesores. Sin embargo, en ese ambiente anticlerical y nada favorable al arraigo de una vocación religiosa decidió hacerse sacerdote, si bien es cierto que las tensiones del colegio eran compensadas con el clima tan distinto de la iglesia de Santa María Vallicela, donde se

había integrado en uno de los grupos apostólicos juveniles que dirigían los clérigos del Oratorio Giuseppe Lais.

A los 18 años comenzó los estudios eclesiásticos en el Colegio Capránica y, posteriormente, se doctoró en filosofía y teología en la Universidad Gregoriana. Al día siguiente de su ordenación sacerdotal (2 abril 1899) celebró su primera misa en la capilla Borghesiana de la basílica de Santa María la Mayor, presidida por el famoso icono de la Virgen, *Salus Populi Romani*, imagen a la que Eugenio Pacelli tuvo siempre gran devoción y a la que coronó solemnemente en la basílica de San Pedro, siendo ya papa. Su primer ministerio sacerdotal lo desarrolló en la Chiesa Nuova, entregado a la atención de los penitentes en el confesonario, a la enseñanza del catecismo a los niños y a la atención espiritual de enfermos y moribundos. A la vez acudía al Ateneo Pontificio de San Apolinar, donde obtuvo otros dos doctorados, en derecho canónico y civil. Además, aprendió a hablar correctamente en francés, inglés y alemán.

El cardenal Vincenzo Vannutelli (1836-1930), amigo de la familia, le introdujo en la curia, lo que unido a sus grandes cualidades y a su preparación hizo posible que empezara a trabajar como oficial menor de segundo grado, el oficio más modesto de la Secretaría de Estado, a cuyo frente estaba entonces el cardenal Rampolla (1843-1913). Y cuando éste fue relevado por el cardenal Merry del Val (1865-1930), Eugenio Pacelli fue ascendido a minutante, por lo que a partir de entonces se le encomendaron trabajos de mayor responsabilidad, como la preparación del borrador del decreto de 1904 por el que san Pío X (1903-1914) abolía el derecho a veto en las elecciones de los pontífices y el nuevo reglamento de cónclaves de ese mismo año. Por entonces, había sido ya nombrado monseñor y prelado doméstico de su santidad. Su prestigio como jurista traspasó las fronteras italianas y la Universidad Católica de Washington le ofreció la cátedra de derecho romano, cargo al que renunció porque san Pío X quiso mantenerlo cerca de sí. Desde 1909 explicó derecho público eclesiástico en la Academia Pontificia, institución donde se formaban los sacerdotes a los que posteriormente se les encomendaban funciones diplomáticas en las Nunciaturas Apostólicas y en la Secretaría de Estado.

Durante estos años, monseñor Pacelli supo hacer compatible el trabajo en las dependencias vaticanas con las tareas apostólicas que venía desempeñando en la Chiesa Nuova. Es más, aumentó incluso su responsabilidades, ya que también asumió el cargo de consiliario de la Casa de Santa Rocca, donde acudían jóvenes obreras. Y, además, por sus dotes de buen orador, era requerido frecuentemente para predicar en distintas instituciones religiosas y parroquias de Roma.

Eugenio Pacelli, en efecto, era un intelectual, pero a la vez tenía los pies bien asentados en el suelo. Buen conocedor de la condición humana, había dado muestras más que suficientes de unas excepcionales dotes de gobierno. De modo que san Pío X le nombró sustituto de la Secretaría de Estado (1911) y prosecretario (1912). Benedicto XV (1914-1922), por su parte, le designó secretario de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios (1914),

para que se encargara de las iniciativas humanitarias y pacificadoras que el mismo papa había emprendido durante la Primera Guerra Mundial.

En 1917, el propio Benedicto XV le consagró obispo y le envió como nuncio a Munich, ya que entonces no existía nunciatura en Berlín y los asuntos de la Santa Sede en Alemania se atendían desde la capital de Baviera, único Estado alemán que mantenía entonces relaciones con la Santa Sede. De su actividad en Alemania dimos cuenta en el pontificado de Benedicto XV, ya que su trabajo como nuncio facilitó la redacción de la nota (1 agosto 1917) de las seis propuestas concretas que Benedicto XV envió a los gobiernos de los Estados beligerantes para tratar de llegar a una paz justa. Al término de la guerra mundial fue nombrado nuncio en Berlín (22 junio 1920), cargo desde el que impulsó la política concordataria del período de entreguerras. A su gestión directa se debe la firma de los concordatos de la Santa Sede con Baviera y Prusia. Por su prestigio en Alemania, Pacelli consiguió que el nuncio papal fuera considerado decano del cuerpo diplomático, práctica habitual en los países de mayoría católica. Pero no era éste el caso de Alemania, donde la nunciatura de Berlín era la primera que se abría en un Estado donde los católicos eran minoría.

Eugenio Pacelli permaneció en Alemania hasta finales del año 1929. Por entonces regresó a Roma, donde Pío XI (1922-1939) le impuso el capelo cardenalicio (19 diciembre 1929) y tomó el relevo poco después (7 febrero 1930) al frente de la Secretaría de Estado del anciano cardenal Gasparri (1852-1934), que poco antes había coronado con éxito las conversaciones de los Pactos Lateranenses.

Su gestión como secretario de Estado hasta su elección como sumo pontífice, quedó ya reflejada en la descripción del pontificado de Pío XI. Para completar las referencias anteriores hay que decir ahora que además de sus gestiones en orden a la firma de los diferentes concordatos y demás funciones diplomáticas por toda Europa, realizó una serie de misiones más espirituales que diplomáticas, que le permitieron conocer de cerca la realidad universal de la Iglesia. Para dar una idea de la amplitud de su acción, basta con citar tan sólo sus viajes más importantes: en 1934, presidió el XXXII Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, como legado pontificio, y de regreso pasó por Río de Janeiro donde fue recibido por el Congreso y el Tribunal Supremo de Brasil; en 1935, de nuevo como legado pontificio, asistió en Lourdes a la celebración del 77.° aniversario de las apariciones de la Virgen; en 1936, recorrió Canadá y Estados Unidos, donde mantuvo una entrevista con el presidente Franklin D. Roosevclt (1882-1945); en 1937, consagró en Lisieux la nueva iglesia dedicada a santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897) y fue oficialmente recibido como legado papal por el gobierno galo presidido por Albert Lebrun (1871-1950), lo que no sucedía desde 1814; y, por fin, en 1938 acudió a Budapest para representar al papa en la presidencia del XXXIV Congreso Eucarístico Internacional.

En resumen, Eugenio Pacelli estaba intelectualmente muy bien dotado, era piadoso, sabía moverse a la perfección en la curia romana y era el personaje eclesiástico más conocido en las cancillerías (A. Hatch y S. Walshe, *Corona de*

gloria. Vida del papa Pío XII, Madrid, 1958), condición ésta que fue valorada también por los cardenales reunidos en el cónclave, ya que las potencias hacían entonces los últimos preparativos para una nueva guerra, cuyo estallido todos veían inminente. Por todo ello se entiende que en 1939 no se cumpliera el vaticinio popular que afirmaba que «quien entra papa en un cónclave, sale cardenal», porque en esta ocasión era casi unánime la opinión de que Eugenio Pacelli sería el sucesor de Pío XI. Y en efecto, en menos de veinticuatro horas, a la tercera votación obtuvo la mayoría exigida para ocupar la cátedra de san Pedro, al votarle 48 de los 62 cardenales reunidos (C. Marcora, *Storia dei Papi,* t. VI, Milán, 1974).

Pío XII nombró secretario de Estado al cardenal Luigi Maglione (1879-1944), a quien mantuvo en este puesto hasta su muerte (22 agosto 1944). Pero, a partir de 1944, dejó vacante dicho cargo:

> «No quiero colaboradores, sino ejecutores», me dijo Pío XII el 5 de noviembre de 1944 —ha escrito el cardenal Tardini— cuando me anunció que no nombraría sucesor al llorado cardenal Maglione. Fue un acto de valentía, si bien en tal decisión no estuvo ausente la duda de que su benignidad natural lo expusiese a dejarse influir excesivamente o que su condescendencia lo impulsase a seguir sugerencias no siempre o no en todo convenientes. También bajo este punto de vista fue el gran «Aislado». Solo en el trabajo, solo en el combate (J. E. Schenk, *Pío XII y Juan XXIII...).*

Así pues, él mismo asumió el contenido del cargo que dejaba sin cubrir y para auxiliarse en esta competencia añadida nombró prosecretarios a dos de sus colaboradores más directos desde los años en que él mismo había sido secretario de Estado de Pío XI. Estas dos personas eran los entonces monseñores Tardini y Montini; con los años, el primero llegó a ser nombrado secretario de Estado por Juan XXIII (1958-1963) y el segundo ocupó la cátedra de san Pedro con el nombre de Pablo VI (1963-1978).

Se suele destacar el entorno germánico que rodeó a Pío XII durante su pontificado, compuesto de unas pocas personas de su entera confianza, que ya habían colaborado con él desde su época de nuncio en Alemania. Alemanas eran las monjas, que dirigía sor Pascualina en los trabajos de limpieza y asistencia de las estancias vaticanas que ocupaba el romano pontífice. También era alemán su confesor, el padre jesuita y futuro cardenal Agustín Bea (1881-1968). Asimismo era alemán su secretario particular, el padre jesuita Robert Leiber, a quien el papa normalmente encargaba además las cuestiones que tenían que ver con Alemania. Era igualmente alemán y jesuita el padre Frank Hürth, a quien Pío XII encargaba los asuntos de moral familiar. Por último, el jesuita Gustav Gundlach, especialista en problemas sociales, era como los anteriores alemán. Y además de este grupo de colaboradores directos, Pío XII encontró una fiel y estrecha colaboración en estos cinco cardenales: Giuseppe Pizzardo (1877-1970), Alfredo Ottaviani (1890-1979), Nicola Canali (1874-1961), Clemente Micara (1879-1965) y Marcello Mimmi (1882-1961).

La Segunda Guerra Mundial. Consciente de la crítica situación internacional que atravesaba Europa, Pío XII al día siguiente de su elección pronunció un mensaje en el que exhortaba a buscar la paz «en estas horas agitadas y difíciles». En efecto, el papa no hablaba sin fundamento, pues once días después de pronunciar estas palabras, los nazis establecían el protectorado de Bohemia-Moravia y así Hitler (1889-1945) completaba la ocupación de Checoslovaquia, que había iniciado seis meses antes al anexionar a Alemania la región de los Sudetes. Y si se tiene en cuenta que un año antes ya se había producido el *Anschluss* (15 marzo 1938), por el que Austria quedaba incorporada al III Reich, se comprenderá que sólo faltaba dar el último golpe de fuerza en el corredor de Danzig para que estallara la Segunda Guerra Mundial.

De marzo a septiembre, Pío XII no regateó ningún esfuerzo para evitar la guerra. El 5 de marzo escribió personalmente a Hitler y recordándole «con sumo gusto los muchos días que pasamos en Alemania en calidad de nuncio», trataba de acercar posiciones. Hitler tardó más de un mes y medio en acusar recibo y lo hizo de un modo frío y distante. Ante el silencio de los nazis, Pío XII cambió de táctica e intentó un acercamiento entre Francia e Italia, con el fin de separar a esta última de los nazis. La maniobra tampoco dio resultado, pues Mussolini (1883-1945) estaba decidido a seguir la política expansionista de Hitler y los primeros días de abril las tropas italianas ocupaban Tirana, proclamando a Víctor Manuel III (1900-1944) rey de Albania. Volvió a intentarlo Pío XII de otro modo y los últimos días de abril encargó al padre Tachi Venturi (1861-1956), como emisario oficioso, que promoviese contactos para celebrar una conferencia a cinco, con representantes de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Polonia para resolver los problemas en una mesa de negociaciones; y esta vez los que abortaron el encuentro fueron los polacos.

Por el contrario, lo que sí fraguaba eran los acuerdos en favor de la guerra. En mayo se firmaba con toda solemnidad (22 mayo 1939) la alianza entre Alemania e Italia, conocida como «Pacto de Acero». En agosto, la noche del 23 al 24, nazis y comunistas celebraron una peculiar fiesta en el Kremlin, que la historia académica ha denominado «Pacto de no Agresión». Joachim von Ribbentrop (1893-1946), ministro de Asuntos Exteriores del Reich, viajó a Moscú, desde donde informó: «Me sentía como si hubiera estado entre los viejos camaradas del partido.» Stalin (1879-1953), en un brindis, afirmó que «sabía cuánto amaba a su *Führer* el pueblo alemán». Se dijo que el pacto Anticomintern estaba dirigido sencillamente a impresionar «a los tenderos británicos». Los dos cómplices pudieron llegar a un acuerdo —pacto de no agresión germano-soviético, con cláusulas secretas sobre el reparto de Europa oriental— porque representaban a dos mundos con los mismos métodos y, lo que era más grave, con la misma moral.

Por su parte, el mismo día 24 de agosto de 1939, el papa dirigió un angustioso ruego al mundo, que se tradujo en varias lenguas, en el que se podían escuchar mensajes como los siguientes:

> La política emancipada de la moral traiciona a aquellos mismos que la practican [...] El peligro es inminente, pero todavía estamos a tiempo. Nada se pierde con la paz; todo puede perderse con la guerra [...] Escúchennos los fuertes, para no llegar a ser débiles practicando la injusticia. Escúchennos los poderosos, si desean que su potencia no se convierta en simple destrucción, sino en fortaleza de los pueblos y tranquilidad en el orden y en el trabajo.

Aunque no fue escuchado el romano pontífice en esta ocasión, no por ello dejó de hacer llamamientos hasta el último momento para evitar la guerra. El día 31 de agosto envió otra nota más a las potencias para tratar de frenar el conflicto.

Pero la llamada del papa del último día de agosto no fue escuchada. El 1 de septiembre los nazis invadieron Polonia y ocuparon su parte occidental en tan sólo dos semanas. Los comunistas, por su parte, y de acuerdo con lo pactado con los nazis, el día 17 hicieron otro tanto por la frontera oriental de Polonia, sin encontrar a su paso ni tan siquiera la más mínima resistencia del ejército polaco. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial. Antes de que estallara el conflicto armado, Pío XII ya había redactado su primera encíclica, la *Summi pontificatus* (20 octubre 1939); por lo que a última hora y antes de publicarse, hubo que añadir alguna referencia a los sufrimientos de Polonia, digna del «derecho a la compasión humana y fraterna de todo el mundo», según podía leerse en el documento pontificio. Naturalmente, la encíclica condenaba el Estado totalitario, por cuanto se había atribuido el derecho de rescindir las obligaciones contraídas en el ámbito internacional. Y poco más podía decir respecto al conflicto el papa a mediados de octubre, ya que la guerra todavía no había adquirido sus dimensiones mundiales y por entonces ni tan siquiera se sospechaba lo terrible de su balance final: unos cuarenta millones de muertos, de los que casi la mitad fueron civiles. Pero cuando tuvo los primeros datos y pudo hacerlo, Pío XII habló con toda claridad, como sucedió en la audiencia que concedió a Von Ribbentrop el 11 de marzo de 1940. El ministro de Asuntos Exteriores del III Reich había acudido a Roma fundamentalmente para entrevistarse con Mussolini con el fin de empujar a Italia para que entrara en la guerra, y con este propósito le anunció que pronto empezarían las operaciones contra Francia e Inglaterra. Y en efecto, tres meses después (10 junio 1940) Italia declaró la guerra a Francia e Inglaterra.

Pues bien, Von Ribbentrop, aprovechando su viaje a Roma, quiso ser recibido en el Vaticano por lo que de propaganda podría tener la entrevista cara a los católicos alemanes. El encuentro duró más de una hora, y en la conversación Pío XII denunció con datos, fechas y nombres concretos la persecución de los nazis contra los católicos, a lo que Von Ribbentrop no quiso ni responder; se limitó a manifestar que nada sabía de todas esas cuestiones por no corresponder a las competencias de su cartera ministerial. Y es que al igual que le sucediera al papa Benedicto XV durante la Primera Guerra Mundial, ahora tampoco nadie estaba dispuesto a escuchar las llamadas en favor de la paz de

Pío XII, y mucho menos las reclamaciones por legítimas que fuesen. A pesar de todo, durante los años de la contienda la Santa Sede no escatimó esfuerzos en sus gestiones diplomáticas. Y, desde luego, el papa hizo valer su autoridad moral en apoyo de muy diversas gestiones humanitarias, incluida por supuesto su intervención directa y personal.

Como ya hiciera su predecesor durante la Primera Guerra Mundial, el mismo día que se desencadenó el nuevo conflicto mundial Pío XII organizó los servicios para facilitar información sobre prisioneros de guerra y desaparecidos. Tras la conclusión de la guerra, esta organización humanitaria todavía permaneció en activo un cierto tiempo. Durante todos estos años se atendió a once millones de peticiones de búsquedas. Los medios de que disponía la curia y sobre todo la Secretaría de Estado se pusieron al servicio de una comisión especial para socorros, dirigida por el entonces monseñor Montini.

Las ayudas humanitarias de Pío XII se dirigieron con especial atención a los grupos más perseguidos, como el de los judíos. Durante el tiempo de guerra y en los años posteriores a la misma, fue unánime el reconocimiento sobre la actuación de Pío XII en favor de los judíos. Pero en 1963, la obra de teatro del alemán Hocchuth, titulada *El Vicario,* en un alarde de deformación de la realidad, culpaba a Pío XII de ser cómplice del holocausto. El escándalo, que se había montado sobre una sarta de calumnias, se convirtió en un pingüe éxito editorial, que otros trataron de imitar. Y así es cómo ha llegado hasta hoy semejante especie, que incluso algunos siguen repitiendo con tan buena voluntad como falta de sentido crítico. El infundio, no obstante, ha servido para espolear la curiosidad histórica de varios intelectuales, de manera que al día de hoy conocemos con precisión la actuación de Pío XII respecto a los judíos. Es más, me atrevería a afirmar que de no haber sido por ese escándalo, el paso del tiempo hubiera perdido en el olvido muchas de las realizaciones humanitarias de Pío XII.

Así, sabemos entre otras cosas que en universidades, ateneos y en cuantos edificios pontificios gozaban del derecho de extraterritorialidad, se dio acogida y protección a los miembros de la comunidad judía, en un número que se calcula en las 5.000 personas. Fueron numerosas las actuaciones diplomáticas de la Santa Sede que evitaron deportaciones de judíos; especialmente decisivas resultaron las que se ejercieron sobre Mussolini para que no enviase ningún judío a los campos de exterminio. Afirma el prestigioso historiador José Orlandis que, además conoció los hechos directamente por realizar investigaciones de posgrado en Roma durante la guerra mundial (J. Orlandis, *Memorias de Roma en guerra*, Madrid, 1992):

> Tal vez no haya mejor argumento para responder a las críticas contra Pío XII hechas por algún escritor de la posguerra y magnificadas por un coro de voces parciales o sectarias, que recordar tan sólo un hecho, pero éste bien significativo: el que fuera gran rabino de Roma durante la guerra, Israel Zolli, al llegar la paz y cuando su decisión había de depararle mucho más perjuicio

que provecho, se convirtió al catolicismo y al ser bautizado quiso tomar, en signo de gratitud al papa Pacelli, el nombre cristiano de Eugenio (J. Orlandis, «El papa Pío XII», *Anuario de historia de la Iglesia,* VI, Pamplona, 1997).

En cuanto a la presunta culpabilidad de los «silencios» del papa sobre la condena del nazismo durante la guerra, hay que decir que siempre que pudo habló en privado y en público. Pero la experiencia según la cual a la denuncia de los obispos de un determinado lugar seguía sistemáticamente una durísima represión, especialmente cruel en el caso de Holanda, aconsejaba no realizar condenas públicas, que además en este caso de haberla pronunciado el papa y tener por lo tanto un mayor eco que la de los obispos, hubiera acarreado con seguridad graves daños, a quienes precisamente se trataba de proteger.

A pesar de todo, siempre que las más elementales normas de prudencia lo permitieron, la Santa Sede dejó oír su voz. Ya me he referido a la entrevista de Pío XII con Von Ribbentrop en 1940. En 1943, cuando la situación era mucho más complicada, el secretario de Estado, el cardenal Maglione, convocó al embajador alemán ante la Santa Sede, Ernst von Weizsacker, para manifestarle el dolor del papa por el exterminio de los judíos. Al tener conocimiento de este encuentro, Francis D'Arcy Godolphin Osborne, embajador de Gran Bretaña en la Santa Sede, quiso dar publicidad al contenido de la entrevista y se puso en contacto con el secretario de Estado, quien le confirmó lo tratado con el embajador alemán, a la vez que le autorizó a dar fe de lo tratado pero a título personal, pues de confirmarlo oficialmente la publicación de la noticia contribuiría a recrudecer la persecución de los judíos.

La descripción de la actitud humanitaria de Pío XII nos obligaría a extendernos excesivamente; sin embargo, es obligado detenernos en un hecho concreto. De todos sus gestos ha quedado para la historia como uno de los más significativos su comportamiento durante el bombardeo de la periferia de Roma. En la mañana del 19 de julio de 1943, mientras recibía en audiencia a un grupo de diplomáticos extranjeros, sonaron las sirenas como preludio de la tragedia. A las once y diez de la mañana comenzaron a caer las primeras bombas. Suspendida la audiencia, el papa ordenó a monseñor Montini que sacara todo el dinero del Banco Vaticano —unos dos millones de liras eran todos los fondos en esos momentos—, que lo metiera en una bolsa y que le acompañara de inmediato al lugar más afectado, el barrio de San Lorenzo Extramuros. Allí, fueron sorprendidos por la presencia del papa quienes lloraban sobre los cadáveres y quienes luchaban por sacar a los heridos de entre los escombros. De inmediato, la gente se arremolinó junto al papa que pronto vio manchada su sotana blanca por las manos sucias y ensangrentadas de quienes le tocaban. Cayó de rodillas y tras orar unos momentos, acarició el cuerpo inerte de un niño que su madre tenía entre los brazos. Después, cuando hubo repartido todo el dinero que Montini llevaba en la bolsa, regresó al Vaticano *{Actes et documents du Saint-Siége relatifs á la seconde guerre mondiale,* t. X, Ciudad del Vaticano, 1965-1980).

Durante los siete años que duraron los combates fueron muchos y muy variadas las intervenciones de la Santa Sede en favor de la paz, gestiones reflejadas en la documentación recogida en diez volúmenes *(Actes et documents du Saint-Siége relatifs á la seconde guerre mondiale...).* Ante la imposibilidad de mencionarlas en esta pequeña semblanza biográfica, diremos que por su comportamiento Pío XII es reconocido por la historia como uno de los personajes de la época que más luchó en favor de la paz. Con el fin de evitar represalias mayores, se vio obligado a guardar un silencio oficial en determinadas ocasiones, pero ni tan siquiera en estas críticas circunstancias dejó de hacer cuanto estuvo de su mano. Por eso, reprochar al papa una actitud de indiferencia —según un bando— porque no se condenó oficialmente a la Rusia comunista o porque —según el otro bando— no denunció lo suficientemente claro a su entender los horrores nazis, es cuando menos un juicio injusto y no pocas veces calumnioso. Porque lo cierto es que las enseñanzas de Pío XII durante este tiempo no sólo se limitaron a denunciar las calamidades de la guerra, sino que además ofrecieron soluciones para un futuro, ya que en buena medida se adelantaron a la doctrina de la Carta de las Naciones Unidas, al señalar los fundamentos de una justa convivencia. Y así el tema central de su encíclica inaugural —antes citada— se refería a la construcción de un orden social justo, como fundamento de la democracia. «La paz —decía el papa— es obra de la justicia.»

El magisterio de Pío XII. Pío XII no quiso que su magisterio llegara sólo a un público restringido, y por eso sus enseñanzas fueron transmitidas por la radio, hasta el punto que su pensamiento hay que rastrearlo tanto en las encíclicas como en los radiomensajes. De todos, sin duda, los emitidos cada Navidad fueron los más populares. En el radiomensaje navideño de 1942, Pío XII precisaba así lo que se debería entender por un orden social justo:

> el orden interior de cada nación no es una simple yuxtaposición exterior de partes numéricamente distintas; [...] es la tendencia y la realización cada vez más perfecta, de una unidad interior que no excluye las diferencias, fundadas en la realidad y sancionadas por el Creador o por normas sobrenaturales [...] a través de todos los cambios y transformaciones, el fin de toda la vida social subsiste idéntico, sagrado y obligatorio —es el desarrollo de los valores personales del hombre como imagen de Dios— y todo miembro de la humana familia continúa obligado a cumplir sus inmutables fines, cualquiera que sea la legislación y la autoridad a que obedece.

Y en este mismo radiomensaje, Pío XII enumeraba una serie de derechos de la persona, como los de mantener y desarrollar la vida física, intelectual y moral, el derecho a la educación y a la formación religiosa, el derecho a dar culto privado y público a Dios, el derecho a contraer matrimonio y poder elegir estado, el derecho al trabajo y el derecho al uso de los bienes materiales limitado por las obligaciones y deberes sociales.

Como ya se dijo, uno de los aspectos más relevantes del magisterio de Pío XII desde su primera encíclica, fue su doctrina sobre la democracia. En otro

radiomensaje de 1944 se refería a las circunstancias del momento como causas que forzaban a reclamar con urgencia la convivencia democrática, pues precisamente debido a esas circunstancias que se padecían, al vivir los pueblos «bajo el siniestro resplandor de la guerra —decía el papa— opónense con el mayor ímpetu a los monopolios de un poder dictatorial, irresponsable e intangible, y requieren un sistema de gobierno más compatible con la dignidad y libertad de los ciudadanos». Y proseguía diciendo el papa que los ciudadanos tenían derecho a «manifestar su propio parecer sobre los deberes y los sacrificios que les vienen impuestos, y no estar obligados a obedecer sin haber sido escuchados».

En suma, las enseñanzas de Pío XII sobre la democracia se pueden resumir en los siguientes puntos: la democracia es un medio al servicio del hombre y no un fin en sí misma, la moral debe marcar los límites de la democracia, ya que ésta es incompatible con un Estado que se atribuye una capacidad de legislar sin frenos ni límites, y en consecuencia el concepto de democracia cristiana debía entenderse no como un partido concreto en el que todos los católicos debían militar, sino como una concepción del entero conjunto social en el que se pudieran desarrollar los derechos humanos y las libertades fundamentales, manifestaciones de la dignidad humana que Dios ha concedido de un modo inmutable a sus criaturas los hombres, y por último, existen normas fundamentales e inquebrantables que son precisamente las que permiten que la persona tenga siempre primacía sobre el sistema. El matiz tiene su importancia, si se tiene en cuenta que a comienzos de 1946 una comisión iniciaba los trabajos para redactar la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

> El problema no estribaba en firmar este puñado de irreprochables afirmaciones; surgía más bien a la hora de determinar si esos derechos eran conferidos por el Estado, por la Organización de las Naciones Unidas o por el contrario eran inherentes a la naturaleza humana. En los dos primeros casos, derechos y obligaciones podrían ser variables; no así en el tercero (G. Redondo, *Historia universal. Las libertades y las democracias,* t. XIII, Pamplona, 1979).

No obstante, al igual que le sucediera a Benedicto XV al final de la Primera Guerra Mundial, Pío XII no fue invitado por las potencias para organizar el mundo de la posguerra. Sin embargo, el papa no se conformó con resignarse a aceptar esta situación, por lo que utilizó los medios de comunicación para movilizar a todos los católicos, invitándoles a construir una civilización cristiana. De este modo, Pío XII y sus sucesores han venido cobrando una importancia cada vez mayor en la opinión mundial por su autoridad moral y espiritual. A diferencia del pujante nacionalismo que surgió después de la Primera Guerra Mundial, al término de la Segunda se apostó por la unión entre las potencias europeas. Y, precisamente, entre los padres de la nueva Europa se encuentran los estadistas católicos Konrad Adenauer (1876-1967), Robert Schuman (1886-1963) y Alcide de Gasperi (1881-1954).

Dicha civilización cristiana no debía producirse por ninguna imposición desde arriba, sino por la actuación responsable y coherente de los católicos a la vez que respetuosa con la libertad de los demás. Así actuó Arsene Heitz, un artista de Estrasburgo que ganó el concurso de ideas para confeccionar la bandera de la recién nacida Comunidad Europea. Según el testimonio del artista, concibió las doce estrellas en círculo sobre un fondo azul, tal como la representa la iconografía tradicional de esta imagen de la Inmaculada Concepción. Es cierto que ni las estrellas ni el azul de la bandera son propiamente símbolos religiosos, lo que respeta las conciencias de todos los europeos, sean cuales sean sus creencias. En este sentido, cuando Paul M. G. Lévy, primer director del servicio de prensa e información del Consejo de Europa, tuvo que explicar a los miembros de la Comunidad Económica el sentido del diseño, interpretó el número de las doce estrellas, como «guarismo de plenitud», puesto que en la década de los cincuenta no eran doce ni los miembros de dicho Consejo, ni los de la Comunidad Europea. Sin embargo, en el alma de Heitz habían estado presentes las palabras del Apocalipsis: «Una gran señal apareció en el cielo: La Mujer vestida de sol y la luna bajo sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.» Y sin percatarse, quizás, los delegados de los ministros europeos adoptaron, oficialmente, la enseña propuesta por Heitz en la fiesta de la Señora: el 8 de diciembre de 1955.

Por otra parte, en el célebre discurso de Winston Churchill (1874-1965) pronunciado en Fulton (5 marzo 1946), el político inglés afirmó que desde «Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático un telón de acero ha caído a través del continente europeo». Con estas palabras se reconocía una evidencia como era la división del mundo en dos bloques, cuyo enfrentamiento daría lugar a la etapa conocida como la guerra fría. Ya desde el siglo XIX la Iglesia había condenado el comunismo por su doctrina atea, materialista y antirreligiosa. Pero no fueron pocos los intelectuales de Occidente que hasta la caída del muro de Berlín (9 noviembre 1989) reprobaron la condena del comunismo por parte de la Iglesia, convirtiéndose así en cómplices de una ideología de terror, crimen y pobreza.

Pues bien, concluidas las hostilidades de la Segunda Guerra Mundial, en los países controlados por los comunistas se desencadenó una nueva persecución contra la Iglesia: se prohibió el culto y las manifestaciones de fe, se cerraron escuelas e iglesias, se encarceló, se torturó y se asesinó. Naturalmente, la persecución empezó en Rusia. Cuando los comunistas se hicieron con el poder en China, desaparecieron las 105 diócesis y las 40 prefecturas apostólicas que existían en 1946. Igualmente, la Iglesia fue perseguida en Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Yugoslavia, Polonia, Lituania, Letonia y en Ucrania, donde fueron encarcelados 1.000 sacerdotes y todos los obispos, entre ellos el famoso Iossif Slipyi (1892-1984), cardenal desde 1965, a quien la diplomacia vaticana consiguió liberar tras permanecer 18 años en prisión. Fue una dura y larga prueba a la que fueron sometidos millones de católicos europeos, a los que Pío XII denominó como la «Iglesia del silencio». En efecto, desde el otro lado del telón

de acero ni tan siquiera se podía oír la protesta por tantos atropellos. Como símbolos de esta persecución han quedado los nombres del cardenal Alojzije Stepinac (1898-1960), arzobispo de Zagreb, el del cardenal primado de Polonia Stepham Wyszynski (1901-1981) o el primado de Hungría Jósef Mindszenty (1892-1975), «el cardenal de hierro», cuyas memorias (cardenal Mindszenty, *Memorias*, Barcelona, 1974), escritas sin odio a pesar de las torturas a las que fue sometido durante su encarcelamiento y famoso proceso, son un testimonio estremecedor de lo que supuso la persecución comunista contra la Iglesia. Los años más duros de la persecución religiosa, de la conculcación de los más elementales derechos y de los asesinatos por millones, coincidieron con el período en el que estuvo al frente de la Unión Soviética un antiguo seminarista de Tiflis, Iosiv Visarionovich Dyugashvili, más conocido por el sobrenombre de Stalin. Tras la muerte de Stalin se mitigó la persecución en los países de ámbito comunista, lo que no era poco, pero los católicos sólo tuvieron libertad cuando desaparecieron los regímenes comunistas.

Desgraciadamente, no todos los males de la Iglesia se reducían a la persecución en el mundo comunista. Pío XII tuvo que denunciar también los ataques a los principios cristianos, procedentes del mundo occidental, que trataba de establecer un orden social que —en palabras del papa— «ni era cristiano, ni tan siquiera humano». A partir de Pío XII, una de las constantes del magisterio pontificio ha sido la denuncia de los ataques anticristianos dentro del llamado mundo libre. Sin duda, los aspectos más reiterados en las denuncias de los romanos pontífices son las situaciones de injusticia social, la legislación contra la familia y las leyes inspiradas en la cultura de la muerte, como son las disposiciones legales sobre el aborto. Por el momento, baste con recordar que a partir de 1952, año en que en Japón se liberaliza de hecho el aborto, se inicia la escalada abortiva en el resto de los países. El resultado no puede ser más estremecedor: en tan sólo unas décadas han perecido muchos más niños en las clínicas abortivas, que todas las bajas mortales juntas del siglo XX, tanto las de los escenarios bélicos como las de los campos de exterminio. Por lo demás, semejante balance se establece con un siglo en el que tienen lugar, además de otras muchas, dos guerras mundiales en las que se emplearon las armas más mortíferas de la historia y con una centuria que pasará a la historia como el tiempo de los genocidios.

En otro orden de cosas, Pío XII hizo gala de un rigor extraordinario y de un trabajo concienzudo a la hora de escribir sus enseñanzas, lo que quedó reflejado en los numerosos escritos de su magisterio ordinario *(Pio XII, Discorsi e radiomessagi*, 20 vols., Milán/Roma, 1941- 1959) y en las muchas e importantes encíclicas de su actividad magisterial más solemne. De la encíclica inaugural ya nos hemos ocupado, por lo que a continuación describiremos brevemente sólo las más importantes.

La *Mystici Corporis Christi* (23 junio 1943) analiza la naturaleza de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo y sale al paso de quienes sostienen que existe una Iglesia carismática y otra jerárquica, al afirmar que no «puede haber [...]

ninguna verdadera oposición o pugna entre la misión invisible del Espíritu Santo y el oficio jurídico que los Pastores y Doctores han recibido de Cristo». Dicha encíclica es considerada por los teólogos como una de las bases más importantes de la eclesiología actual. Las encíclicas *Divino afflante Spiritu* (30 septiembre 1943) y *Mediator Dei* (20 noviembre 1947), en buena medida vienen a completar la anterior. La *Divino afflante Spiritu* se ocupa del estudio de los libros sagrados para un mejor conocimiento de Dios. La *Mediator Dei* está dedicada a la liturgia, que define como el culto público que la Iglesia como Cuerpo Místico rinde a Dios; según esta encíclica, el sacerdote que celebra la santa misa no es ningún representante ni presidente de ninguna asamblea, sino que actúa *in persona Christi* y por lo tanto a quien representa es a la misma persona de Jesucristo.

Estas tres encíclicas centran la atención sobre los sacramentos, especialmente la confesión y la eucaristía, la oración, y el culto a la Santísima Virgen y a los santos. En este sentido conviene recordar que, con el fin de facilitar la comunión frecuente, Pío XII modificó la disciplina del ayuno eucarístico reduciéndolo a tres horas, pues hasta entonces se debía ayunar desde las 12 de la noche del día anterior y tampoco se podía beber agua durante esas horas. También fue Pío XII quien permitió que se pudiera cumplir con el precepto dominical, asistiendo a misa los sábados por la tarde. E igualmente fue Pío XII quien modificó la liturgia de la Semana Santa, lo que hizo más comprensibles a los fieles los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo.

Pero, sin duda, la decisión más trascendente de todo el pontificado, sólo por la cual Pío XII ya pasaría a la historia, se iba a producir durante la celebración del Año Santo de 1950, en una solemne ceremonia a la que asistieron 600 obispos y una gran número de fieles. Previa consulta al episcopado universal, Pío XII mediante la bula *Munificentissimus Deus* (1 noviembre 1950) definió el dogma de la Asunción al cielo de la Virgen María, por lo que la devoción a la Madre de Dios se reforzaba aún más como elemento clave en la teología de la salvación, si bien este privilegio mariano formaba parte de la tradición cristiana desde tiempos remotos. Como muestra de su devoción a la Virgen, consagró el mundo al Sagrado Corazón de María e instituyó la solemnidad de María Reina.

Las relaciones entre la fe y la ciencia constituyen el tema central de la encíclica *Humani generis* (12 agosto 1950), cuyo contenido se puede resumir del siguiente modo: Todas las ciencias, también la filosofía y la teología, deben tender, más allá del afán de novedad, a la búsqueda de la verdad en su orden. Dentro de la Iglesia, los hallazgos del pasado de las ciencias sagradas deben ser tenidos en cuenta en los desarrollos actuales. Por lo que se refiere a las ciencias profanas, en línea con las enseñanzas del concilio Vaticano I, la encíclica subraya su lícita autonomía metodológica, si bien sus conclusiones no pueden contradecir la fe, ya que tanto el mundo como el saber teológico tienen su origen en Dios. De este modo, Pío XII desautorizaba a la llamada «nueva teología», que se presentaba como una nueva versión del modernismo, que ya había sido condenado por san Pío X.

La *Humani generís* llamaba la atención sobre los errores doctrinales del falso irenismo, el poligenismo, la moral de situación, el relativismo moral y la interpretación de las Sagradas Escrituras sin tener en cuenta el magisterio. En cuanto a la libertad de los teólogos, se admitía la posibilidad de establecer discrepancias y de crear escuelas diferentes, dentro de los márgenes doctrinales del magisterio, que delimitan el espacio donde se pueden mover con libertad los teólogos. Pues, en efecto, como confirma dicha encíclica, la teología no tiene una autonomía absoluta en cuanto que no puede actuar ni de espaldas, ni mucho menos contra el magisterio, ya que para cualquier teólogo el magisterio de la Iglesia, en materia de fe y costumbres, es la norma próxima y universal de verdad, en cuanto que a la Iglesia se ha confiado el sagrado depósito de la fe, esto es, las Sagradas Escrituras y la tradición divina, para que lo custodie, lo defienda y lo interprete.

Es preciso destacar, cercanos a la nueva teología, a algunos dominicos agrupados en el Centro dominicano de Le Saulchoir, entre los que cabe mencionar a Yves-Marie Congar (1904-1995) y a Marie-Dominique Chenu (1895-1990) y a los jesuítas de Lyon-Fourviere, Henri de Lubac (1896-1991) y Jean Daniélou (1905-1974). Fue suficiente esta advertencia del romano pontífice para que rectificaran los integrantes de esta corriente de la nueva teología, y a diferencia de lo que sucedió con los menesianos y los modernistas en esta ocasión no se produjeron deserciones. Es más, algunos tuvieron un destacado papel en el Concilio Vaticano II y, concretamente, Congar, De Lubac y Daniélou fueron nombrados cardenales (J. L. Illanes y J. I. Saranyana, *Historia de la teología,* Madrid, 1995).

La vida de la Iglesia. Pío XII continuó el esfuerzo de sus predecesores para potenciar las misiones. Y para poner de manifiesto la oposición entre el racismo y la misión universal de la Iglesia, en uno de sus primeros actos, poco después de comenzar la Segunda Guerra Mundial, ordenó al primer obispo malgache y al primer obispo negro de la historia de la Iglesia. Fueron muchas las referencias de Pío XII a las misiones en radiomensajes y discursos, cuyas ideas quedan sintetizadas en las encíclicas *Evangelii praecones* (2 junio 1951) y *Fidel donum* (21 abril 1957). Como novedades respecto a etapas anteriores, Pío XII quiso concretar en dos puntos la responsabilidad general que sobre todos los católicos recaía en el desarrollo misional: primero, Europa debía dejar de ser el único continente desde donde salieran los misioneros y por lo tanto se implicaba también a los países americanos a cristianizar el mundo pagano y, segundo, había que dejar de identificar a los misioneros exclusivamente con las órdenes religiosas, por lo que el clero secular también debía colaborar en la expansión del Evangelio en tierras de misión.

El carácter universal de la Iglesia quedó también patente en las importantes reformas del Sagrado Colegio Cardenalicio. Desde el cisma de Occidente, es decir desde hacía unos mil años, la mayoría de los cardenales eran italianos. Y fue precisamente Pío XII, uno de los pocos papas nacidos en Roma en los siglos modernos —el anterior había sido Clemente XII (1670-1676)—, quien confirió internacionalidad al Colegio Cardenalicio. Al final de la guerra, había 32 plazas vacantes de un total de 70. Pues bien, en el primer consistorio (18 fe-

brero 1946) el papa cubrió todas las vacantes, designando sólo a cuatro cardenales italianos y a los otros 28 del resto del mundo. Y como reconocimiento a su fidelidad a la Iglesia en la lucha contra el nazismo, Pío XII otorgó el capelo cardenalicio al obispo de Berlín, Konrad von Preysing (1880-1950), al arzobispo de Colonia, Joseph Frings (1887-1978) y al obispo de Münster, Clement August von Galen (1878-1946). El mismo criterio de internacionalidad fue adoptado por Pío XII en su segundo consistorio (12 enero 1953): de los 24 cardenales que nombró en esta ocasión, sólo ocho eran italianos.

Durante el pontificado de Pío XII surgieron toda una serie de iniciativas pastorales que tuvieron distintos resultados. Quizás una de los que más ruido organizó fue la de los «curas obreros», impulsada por el arzobispo de París, monseñor Suhard (1874-1949) y alentada por parte de la jerarquía francesa a partir de 1943. Tan peculiar iniciativa, desde luego nacida de la buena voluntad, acabó en un rotundo y lamentable fracaso, precisamente por apartar al sacerdote de su misión específica, es decir espiritual, como es la de predicar y administrar los sacramentos. El propio papa, que siguió la experiencia muy de cerca, tras informarse directamente por los obispos franceses, ordenó en 1953 que se pusiera fin al experimento. Y es que la popularidad y el ruido que organizaron los «curas obreros» guardaba una relación inversamente proporcional con sus frutos apostólicos. Participaron en el experimento unos cien curas franceses y la mayoría acabaron abandonando el sacerdocio. Por lo demás, dicho experimento no dejaba de ser una de las formas más extremistas del tradicional clericalismo, porque si en ocasiones algunos no acertaron a comprender la dignidad de todos los bautizados, lo que les había impulsado a considerar como inferiores a los laicos, la desconsideración de los curas obreros hacia los obreros bautizados fue lamentable, hasta el punto que se creyeron en la obligación de invadir su territorio para organizarles su mundo profesional. No es de extrañar, por tanto, que desde un principio algunos protestaran por semejante intromisión, a lo que se venía a añadir la evidente incompetencia profesional de los curas obreros, al tratar de desempeñar unas funciones laborales para las que no habían sido capacitados.

Por otra parte, ya se dijo que durante el pontificado anterior había nacido el Opus Dei, una realidad diferente por su naturaleza a los denominados movimientos apostólicos. La Santa Sede concedió al Opus Dei un primer reconocimiento en 1943 y, en 1947, la primera aprobación pontificia, erigiéndole en instituto secular, fórmula jurídica que aun siendo inapropiada era la que menos inconvenientes presentaba para el Opus Dei en aquel momento (A. de Fuenmayor y otros, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona, 1989). Y es que por entonces se hacía ya necesario dar algún cauce jurídico a una realidad pujante en la Iglesia que había nacido en 1928 sin que hubiera una norma canónica apropiada a su naturaleza. Pues si bien en el pontificado anterior los miembros del Opus Dei se reducían a unas docenas de personas residentes en España, durante el pontificado de Pío XII se multiplicaron extraordinariamente hasta hacerse presentes en 24 países de cuatro continentes (B. Müller, *Opus Dei. Datos informativos,* Madrid, 1996).

Pío XII fomentó el culto a los santos y elevó a los altares a casi un centenar de personas, concretamente 51 beatos y 33 santos; muchos de ellos habían vivido ya en el mundo contemporáneo. Así, cabe citar a santa Gemma Galgani (1878-1903), san Antonio María Claret (1808-1870), santa María Goretti (1890-1902), san Pío X (1835-1914) y santo Domingo Savio (1842-1857).

Pío XII pudo ver el avance de la excavaciones bajo la basílica de San Pedro, iniciadas en 1939. Los arqueólogos localizaron una sencilla sepultura en la tierra del sigo i, rodeada de varios monumentos funerarios datados hasta el siglo iv, en el que el emperador Constantino construyó la primitiva basílica. En 1968, Pablo VI anunció el hallazgo de los restos mortales que científicamente pueden corresponder al primer papa. Quedó confirmado que la cúpula de la basílica de San Pedro se proyecta sobre la humilde tumba del primer vicario de Cristo en la tierra.

Por fin, los últimos días de 1953 Pío XII sufrió —según el parte medico— una indisposición de naturaleza gástrica derivada de un no adecuado sistema neurovegetativo. Padecía un hipo continuo y la comida se la tuvieron que suministrar por sonda. Pudo salir de aquella extrema gravedad, pero su salud desde entonces se vio afectada por varias recaídas, a pesar de las cuales no aminoró en su intensidad de trabajo. El día 6 de octubre de 1958, mientras se encontraba en Castelgandolfo sufrió una trombosis cerebral, por lo que de inmediato se le administraron los últimos sacramentos. Tras una larga agonía falleció en la medianoche del jueves día 9, a los 82 años y medio de edad. Sus restos mortales fueron enterrados en las grutas vaticanas en la capilla de la Madonna della Bocciata.

Expresamente había dejado escrito que no se le hiciera ningún monumento, puesto que quería ser enterrado con toda sencillez. En su testamento queda reflejada toda la grandeza de su alma que, justo por estar muy cerca de Dios, se sentía ante Él muy poca cosa. Y precisamente por esto, en su testamento se dirigía en estos términos al Dios que perdona:

> *Miserere mei, secundum magnam misericordiam tuam.* Estas palabras, que, consciente de ser indigno c inepto pronuncié en el momento en que di, temblando, mi aprobación a la elección de sumo pontífice, con mucho mayor fundamento las repito ahora, cuando la certidumbre de las deficiencias, de las faltas y de las culpas cometidas durante un pontificado tan largo y en una época tan grave, ha mostrado con mayor claridad a mi mente mi insuficiencia.
>
> Pido humildemente perdón a quienes haya podido ofender, perjudicar o humillar con obras o con palabras.
>
> Ruego a aquellos a quienes compete, que no se ocupen ni se preocupen de erigir monumento alguno en mi memoria. Basta que mis restos mortales sean colocados sencillamente en lugar sagrado.

Pablo VI inició su proceso de beatificación, que actualmente se encuentra abierto.

Juan XXIII (28 octubre 1958 - 3 junio 1963)

Personalidad y carrera eclesiástica. Angelo Giuseppe Roncalli nació (25 noviembre 1881) en Sotto il Monte, un conjunto de caseríos entre colinas a 12 kilómetros de Bérgamo. Fue hijo de Battista Roncalli y Marianna Mazzola, modestísimos campesinos que tuvieron una numerosa familia, pues Angelo Giuseppe Roncalli fue el cuarto de trece hermanos. Según costumbre del lugar y de la época, su familia vivía integrada en un clan más amplio. Su tío abuelo Javier —*Barba,* como se le llamaba afectuosamente— ejercía una autoridad patriarcal sobre todos los parientes. Siguiendo las prácticas habituales de toda familia cristiana, que bautiza a los niños cuanto antes, *Barba* Javier se encargó de que su sobrino nieto recibiera las aguas bautismales el mismo día que nació por la tarde.

Barba Javier reunía a los suyos cada día y dirigía el rezo del rosario en torno a más de treinta Roncalli; el patriarca de la familia era intendente de los condes Morlini, y como hombre cultivado y piadoso se ocupó de la primera instrucción de Angelo Giuseppe. Éste, por su parte, nunca perdió el sentido de pertenencia a una familia, sin olvidar por supuesto a los difuntos, de modo que al cumplir los ochenta años el papa escribía desde el Vaticano a uno de sus hermanos en los siguientes términos:

> Yo tengo siempre próxima a mi cama la fotografía que recoge, con sus nombres inscritos sobre el mármol, todos nuestros muertos: el abuelo Ángel, *Barba* Javier, nuestros venerados padres, nuestro hermano Juan, las hermanas Teresa, Ancilla, María y Enrica. ¡Qué hermoso coro de almas nos esperan y ruegan por nosotros! Yo pienso siempre en ellas. Recordarlas en la oración, me da ánimos y me infunde alegría en la confiada espera de unirme a ellas, todos juntos, en la gloria celeste y eterna (Juan XXIII, *Lettere ai familiari* [1901-1962], Roma, 1968).

Y como Juan XXIII se trazó como línea de conducta morir pobre como había nacido, no promocionó a ningún miembro de su familia, ni antes ni después de ser papa. Su hermano menor todavía a sus 86 años seguía cultivando las pocas viñas de los Roncalli, como siempre había hecho para poder vivir.

A los seis años acudió a la escuela, donde dio las primeras muestras de poseer una inteligencia despierta y comenzó a adquirir afición a la lectura. Naturalmente, como los demás niños ayudaba en las faenas del campo. Se incorporó al grupo de monaguillos del párroco Rebuzzini, que pronto descubrió en él síntomas de vocación sacerdotal. Sus amigos de la infancia le llamaban «Angelito, el cura». Fundado estaba el sobrenombre, pues al final de sus días él mismo dijo de sí que no había habido un instante en toda su vida en el que no hubiera deseado ser sacerdote.

Ante la falta de recursos económicos para llevarle al seminario, Rebuzzini acordó con sus padres que el niño acudiera todos los días hasta la parroquia vecina de Cervico, a dos kilómetros de su casa, donde su titular, Pedro Bolis, le iría enseñando el latín. Más tarde se pudieron arreglar las cosas para que se

trasladara a casa de una pariente de los Roncalli que vivía en Celana, donde continuó sus estudios en el colegio episcopal. A los once años fue admitido en el seminario de Bérgamo donde, sin haber cumplido los catorce años, los superiores del seminario, seguros de su vocación por la madurez que demostraba, le permitieron recibir la tonsura, lo que implicaba vestir desde entonces obligatoriamente de sotana. Recibir esas órdenes menores a tan temprana edad era una rara excepción, incluso en aquellos años.

Al día siguiente de la tonsura, su director espiritual le entregó un cuaderno con tapas de tela negra, que contenía las «reglas breves». Esto sólo se hacía con los más selectos de los futuros sacerdotes, que así pasaban a formar parte de la Congregación de la Anunciación de la Inmaculada. El reglamento de dicha Congregación era una guía para mejorar en la vida de piedad, que entre otros medios ascéticos indicaba la necesidad de realizar un exigente examen de conciencia. Para un mejor control de sus propósitos, Angelo Giuseppe Roncalli decidió hacer el examen por escrito y anotar las victorias y las derrotas sobre los propósitos. Y así lo hizo desde los quince años hasta su muerte, con algunas interrupciones periódicas que, eso sí, cada año ponía al día durante los ejercicios espirituales.

La lectura de este diario íntimo *(Diario del alma,* Madrid, 1964, introducción y notas de Loris F. Capovilla) permite conocer la evolución de su vida interior desde 1895. Con la sencillez —rasgo característico de su carácter— que tienen todas las cosas grandes, su diario se puede resumir con estas palabras que él mismo escribió antes de ser sacerdote: «El pensamiento de que estoy obligado, como mi tarea principal y única, hacerme santo cueste lo que cueste, debe ser mi preocupación constante.» Y, naturalmente, porque su preocupación por ser santo no era un brindis al sol, su empeño se concretaba día a día:

> mortificaciones corporales, pocas pero continuas [...] no tomaré nunca sal, no comeré nunca fruta por la noche, ni beberé más de un vaso de vino [...] con mujeres de cualquier condición aunque sean parientes o santas tendré un cuidado especial huyendo de su familiaridad, particularmente si se trata de jóvenes [...] ¡Bueno va esto! Es hora de acabar de jugar con el Señor... Hasta ahora hemos ido tirando por la buenas, pero ahora pasamos a las malas... O mañana hago la visita y rezo el santo rosario como se debe, y entonces todo va bien; o continúo portándome como en estos últimos días, y entonces el viernes no comeré nada hasta mediodía y haré dos horas de meditación. Hagamos las cuentas: yo quiero ganar de las dos maneras.

Pues bien, gracias a la constancia en su esforzada lucha ascética de tantos años, ni siquiera el importantísimo y trascendental oficio de ser papa le distrajo de la «tarea principal y única» que se había impuesto desde los quince años. La misma noche de su elección, tras los cansados días del cónclave y después de dar la bendición *urbi et orbe,* cuando ya se hizo la calma y se retiró a su habitación, se presentó su secretario particular, Loris F. Capovilla, para preguntarle si deseaba que redactasen entonces la alocución del día siguiente o mejor

las minutas de los mensajes a enviar. El recién elegido Juan XXIII respondió: «Por ahora, como estoy retrasado en mi breviario, recitaremos vísperas y completas» (Loris F. Capovilla, *Giovanni XXIII. Quindici letture,* Roma, 1970); el que fuera secretario del papa ha publicado numerosos documentos y testimonios sobre la vida de Juan XXIII).

Pero volvamos a la época de juventud. Durante el curso académico 1899-1900 terminó el segundo año de Teología en el seminario de Bérgamo y recibió las órdenes menores. Al año siguiente se trasladó a Roma (3 enero 1901), pues su obispo le designó junto con otros dos compañeros como beneficiarios de una beca con cargo a un legado de la diócesis, para ampliar estudios en el Ateneo de San Apolinar. Pero como las leyes de Italia no excluían a los clérigos del servicio militar, en 1902 tuvo que interrumpir sus estudios para incorporarse al regimiento de infantería de Bérgamo, donde permaneció doce meses en lo que él llama en el diario su «cautividad de Babilonia»; se licenció con el grado de sargento en noviembre de 1902. En la primavera de 1903 recibió el subdiaconado en la basílica de San Juan de Letrán. Meses después y en la misma basílica recibió el diaconado (18 diciembre 1903). A partir de entonces remató la preparación del doctorado, grado que alcanzó (13 julio 1904) actuando como miembro del tribunal Eugenio Pacelli, futuro Pío XII (1939-1958). Pocos días después (10 agosto 1904) fue ordenado sacerdote en la iglesia de Santa María en el Monte Santo por monseñor Ceppetelli. Al día siguiente de su ordenación celebró la misa en la capilla de la Confesión de la basílica de San Pedro, donde se encuentra el sepulcro del primer papa; tras finalizar, durante la acción de gracias hizo suyas las mismas palabras de san Pedro para manifestarle a Jesucristo sus sentimientos: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que amo.»

Los primeros días de 1905 se trasladó a Bérgamo, al ser nombrado secretario del obispo de esta diócesis Giacomo Maria Radini Tedeschi (1857-1914). Desde entonces permaneció a su lado hasta el último instante, pues le asistió en el momento de su muerte (22 agosto 1914). La vida ejemplar del obispo de Bérgamo causó una notable influencia en la de su secretario, lo que le movió a escribir una emocionada biografía poco después de su muerte. Este libro se publicó en Bérgamo en su primera edición de 1916 y se reeditó años después *(Morís. Giacomo Maria Radini Tedeschi,* Roma, 1963). Durante estos años, dio clases de Historia de la Iglesia en el seminario de Bérgamo, disciplina por la que sentía una particular inclinación. Por este motivo y aprovechando los frecuentes viajes que Radini Tedeschi hacía a Milán para visitar al cardenal Andrea Cario Ferrari (1850-1921), su secretario solía acudir la biblioteca Ambrosiana, donde era muy bien acogido por su prefecto el entonces Achille Ratti, el futuro Pío XI (1922-1939), que compartía con él la admiración y el interés intelectual por la figura de san Carlos Borromeo (1538-1584). En la Ambrosiana consultó las actas de las visitas apostólicas de san Carlos Borromeo realizadas en Bérgamo en los tiempos difíciles que sucedieron al Concilio de Trento (1545-1563), cuya edición crítica fue publicando a partir de 1936 *(Gli Atti della visita apostólica di S. Cario Borromeo a Bérgamo,* Florencia, 1936-1957).

Con motivo de la Primera Guerra Mundial fue llamado de nuevo a filas. En Bérgamo se incorporó al ejército (23 mayo 1915), primero como sargento en el cuerpo de sanidad militar y a partir del mes de marzo de 1916 como capellán militar. Permaneció en este destino hasta el 10 de diciembre de 1918. Un mes antes de licenciarse ya había sido nombrado director espiritual del seminario de Bérgamo. Además, en ese mismo año de 1918 y de acuerdo con su obispo, fundó en el antiguo palacio de Marenzi un hogar para jóvenes, al que denominó la Casa del Estudiante. Como director de la misma dio acogida a muchachos que acudían desde el medio rural para estudiar en las escuelas públicas de Bérgamo. En la Casa del Estudiante podían permanecer como pensionistas y formarse, evitando a la vez su desarraigo en la creciente y desconocida ciudad. Trató de implicar a otros sacerdotes de Bérgamo en esta acción apostólica con la juventud, pero lo cierto es que no cuajó su iniciativa, pues el obispo de Bérgamo no tuvo más remedio que clausurar la Casa del Estudiante, cuando Roncalli fue requerido para incorporarse a la curia romana.

En efecto, el prefecto de la Congregación De Propaganda Fide, el cardenal Wilhelm von Rossum (1854-1932), nombró a Roncalli secretario para Italia de la Obra de la Propagación de la Fe, por lo que el 18 de enero de 1821 se trasladó a Roma. Meses después, Benedicto XV (1914-1922) le nombraba (7 mayo 1921) prelado doméstico de su Santidad. Por motivo de su cargo debía visitar a todos los obispos italianos para informarles de las reformas que el papa deseaba introducir para financiar las misiones. Todos estos viajes le proporcionaron un conocimiento de la situación de la Iglesia en Italia, conocimiento que se amplió todavía más al desplazarse a otras diócesis situada más allá de las fronteras italianas, pues durante estos años tuvo que viajar también a Francia, Bélgica, Países Bajos y Alemania.

En 1922 ascendía a la cátedra de san Pedro un antiguo conocido suyo y adoptaba el nombre de Pío XI; como se dijo, se habían tratado durante las visitas a la biblioteca Ambrosiana. Pío XI le nombró miembro de la comisión encargada de realizar la Exposición misionera, que se debía celebrar en el año jubilar de 1925. Y precisamente al interés que siempre había tenido Pío XI por el mundo oriental, vino a añadirse después de la Gran Guerra la necesidad de atender a las minorías católicas en territorios ortodoxos, por lo que el papa envió en misión exploratoria al entonces monseñor Eugenio Tisserant (1884-1972), a quien más tarde el propio Pío XI hizo cardenal. De vuelta, Tisserant aconsejó al romano pontífice el nombramiento de un visitador apostólico, como representante oficial de la Santa Sede en Bulgaria. Pues bien, para ocupar este puesto Pío XI designó (3 marzo 1925) a Roncalli. Pocos días después de este nombramiento era consagrado obispo titular de Aeropoli (19 marzo 1925).

Como obispo, monseñor Roncalli eligió la divisa *obedieníia et pax,* que ya había sido utilizada por César Baronio (1538-1607), figura que él mismo había estudiado y a la que dedicó una de sus publicaciones (la primera publicación sobre Baronio es de 1908 y se trata de una conferencia pronunciada por Ron-

calli con motivo del tercer centenario de la muerte de Baronio; la última y más completa edición de este trabajo tiene la siguiente ficha bibliográfica: *// cardinale Cesare Baronio*, Roma, 1961). Por el ejemplo de su vida santa, Roncalli le consideró siempre como uno de sus modelos y se refirió a él como uno de sus «padres espirituales», de quien aprendió la paz de espíritu. Baronio, además de sus cargos pastorales como general de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri (1515-1595) y cardenal, fue un brillante intelectual, ocupó el cargo de bibliotecario del Vaticano y es considerado como uno de los renovadores de la historia de la Iglesia.

El 25 de abril de 1925 Roncalli llegó a la capital de Bulgaria, un país destrozado por la inestabilidad política y el terrorismo. Nueve días antes de su llegada se había producido un atentado en la iglesia Svata Nedela de Sofía, donde se celebraban los funerales por un general del ejército que había sido asesinado por los terroristas. En dicho atentado murieron doscientas cincuenta personas y fueron heridas unas mil, a quienes Roncalli visitó nada más llegar; el rey Boris III (1918-1943), contra quien en realidad se dirigía el atentado, se salvó por casualidad, pues contra lo previsto, a última hora no acudió al funeral. Desde 1923, el país había quedado a merced del régimen autoritario y despótico de Boris III, y en esta situación se adentró en la Segunda Guerra Mundial, colocándose del lado de Alemania. Desde el golpe de Estado militar de 1923 había sido disuelto el partido comunista, por lo que todos los empeños de Boris III por estrechar lazos con Occidente se veían como un contrapeso a la presión comunista que facilitaban la estabilidad del régimen. Por lo tanto, el establecimiento de relaciones con el Vaticano venía a reforzar la estrategia diplomática de Bulgaria.

Después de siete siglos, un representante oficial del papa pisaba tierra búlgara, entonces un Estado confesional ortodoxo, donde residía una minoría de católicos —unas cuarenta mil almas—, dos obispos y numerosos sacerdotes, pertenecientes a distintas órdenes religiosas, que les habían enviado a Bulgaria como a tierra de misión. Roncalli fue de inmediato recibido en audiencia por Boris III, estableció contactos con la jerarquía ortodoxa, el Santo Sínodo, y visitó las distintas comunidades de católicos esparcidas por todo el país. A la difícil situación de Bulgaria venía a añadirse la poca claridad con que estaban definidas las competencias del visitador, por lo que las relaciones entre Roncalli y la Congregación para la Iglesia Oriental no fueron nada fáciles; además, desde Roma tampoco le proporcionaban los medios que Roncalli consideraba necesarios para cumplir su misión. Fueron años de enorme dificultad y de escasez que le impulsaron a confiar absolutamente en Dios, como escribió en su diario en 1928: «Cómo comprendo —y ahora sin dificultad— que el principio de la santidad es mi completo abandono a la santa voluntad del Señor, incluso en las cosas pequeñas.» A su gestión en Bulgaria se debe el nombramiento de monseñor Kurtiev como nuevo exarca de Bulgaria, quien años después daría ejemplo de comportamiento heroico durante la persecución comunista, en la que si bien él logró sobrevivir, murieron los otros dos obispos de Bulgaria. Uno de

ellos fue el pasionista Eugenio Bossilkov (1900-1952), que ha sido beatificado por Juan Pablo II el 15 de marzo de 1998.

El 24 de noviembre de 1934, Roncalli fue nombrado delegado apostólico para Turquía y Grecia. Hacía tiempo que el movimiento nacional turco había triunfado, concretamente en 1923. Los nacionalistas (Jóvenes Turcos) habían extinguido el sultanato y habían proclamado la República, cuya presidencia desempeñó hasta su muerte Mustafá Kemal (1880-1938) —desde 1935, Kemal Atatürk, que significaba «padre de los turcos»— (G. Redondo, *Las libertades y la democracia,* t. XIII de *Historia universal,* Pamplona, 1979). El kemalismo propugnaba para la nueva Turquía un Estado autoritario, intervencionista en lo económico, nacionalista y beligerantemente laicista, por lo que se propuso desterrar la influencia social del islam en la sociedad y por supuesto de cualquier otra religión cristiana. Así, por ejemplo, los sacerdotes católicos no podían utilizar la sotana y estaban obligados a vestir con traje civil.

Y para complicar lo delicado de su situación, sus funciones de delegado apostólico se extendían también a Grecia, un país en continuo litigio con Turquía por cuestiones territoriales y, a la vez, con muy malas relaciones con la Iglesia católica. Tal era el recelo de las autoridades griegas respecto al representante del papa, que la primera vez que Roncalli visitó Grecia lo tuvo que hacer con un visado de turista que se lo habían extendido por un plazo máximo de ocho días. Hizo lo que pudo en estos dos países y logró acortar en cierto modo las enormes distancias que existían desde hacía siglos en las relaciones entre el Vaticano y la jerarquía ortodoxa. Por otra parte, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, «el gran rabino de Palestina comunicaba casi diariamente con el Vaticano, cuando se encontraba en Turquía, gracias a Roncalli, amigo sincero de Israel, que salvó a miles de hebreos, como contó más tarde el secretario del rabino, Y. Lippel. Roncalli hizo llegar, en toda la Europa ocupada por los nazis, cartas secretas del gran rabino dirigidas a numerosos obispos y sacerdotes que se dedicaban con energía desinterasada a la salvación de los judíos» (J. Neuvecelle, «Pío XII y Juan XXIII», en A. Fliche y V. Martin, *Historia de la Iglesia,* XXVII (2), Valencia, 1984).

El 6 de diciembre de 1944 se le comunicaba a monseñor Roncalli por telegrama cifrado su nombramiento como nuncio en París. Sustituía en el cargo a monseñor Valerio Valeri, que había mantenido relaciones diplomáticas con la Francia ocupada, y al final de la guerra, tras la caída del régimen de Vichy, se había trasladado al Vaticano. Abandonó Ankara el día 27 de diciembre y dos días después le recibía en audiencia Pío XII. El día primero de año a las diez de la mañana, monseñor Roncalli presentaba sus cartas credenciales ante el general Charles-André de Gaulle (1890-1970) y una hora después, como decano del cuerpo diplomático leía ante el jefe del Estado francés el discurso de felicitación del año nuevo en nombre de todos los diplomáticos acreditados en París. Desde 1951, desempeñó también el cargo de observador permanente de la Santa Sede en la Unesco (A. G. Roncalli, *Souvenirs de un nonce. Cahiers de France 1944- 1953,* Roma, 1963).

El primer problema al que tuvo que hacer frente el nuevo nuncio en París fue a la petición de las autoridades francesas para que se destituyera a 33 obispos, a los que se les acusaba de haber secundado al régimen colaboracionista de Vichy, durante la ocupación alemana. La cifra de los acusados parecía excesiva y tras largas y difíciles conversaciones, el nuncio consiguió que sólo tres obispos fueran destituidos como titulares de sus respectivas sedes episcopales. El nuevo nuncio y su peculiar modo de hacer, lleno de humanidad y alejado de la frialdad del protocolo diplomático, pronto se ganaron la estima de los franceses. Todo este afecto que generaba a su alrededor supo ponerlo al servicio de la Iglesia y en definitiva al servicio de los demás. Así, por ejemplo, acudió a visitar a doscientos seminaristas alemanes que permanecían prisioneros en el campo de concentración de Chartcs, logró que les suministrasen libros de teología para que no interrumpiesen sus estudios y a algunos de ellos, incluso, llegaron a ordenarse sacerdotes.

Pero no todo fueron alegrías durante su estancia en la nunciatura de París. Hubo, por supuesto, situaciones difíciles y nada podía ser más doloroso para aquel hombre que se había propuesto desde su juventud la meta de la santidad por encima de cualquier otro objetivo, que comprobar la gravedad con la que a veces atentan contra la Iglesia sus propios hijos. Más todavía si se trata de sacerdotes, por las consecuencias que para muchas almas comporta su falta de correspondencia al ministerio recibido.

Ya se hizo referencia en el pontificado de Pío XII a los infructuosos resultados que reportó la experiencia de los curas obreros. No hace falta repetir ahora, sino sólo recordar que tal experimento le tocó vivirlo de cerca y en directo a monseñor Roncalli.

> Por excepcionales que fueran las circunstancias, don Ángel se entristecía ante el pensamiento de jóvenes sacerdotes que deseaban despojarse de estos signos externos para confundirse con la masa que deseaban evangelizar. Recordaba la solemne ceremonia que había organizado en Turquía cuando el gobierno obligó a los eclesiásticos a vestir el traje civil, y ahora, aquí, veía abandonar voluntariamente aquella sotana que él nunca dejaba de besar, por la noche, antes de irse a acostar (J. Neuvecelle, «Pío XII y Juan XXIII», *ob. cit).*

Y si como nuncio no tenía más remedio que contemplar todo aquello con dolor, sin poder intervenir por no tener jurisdicción sobre aquellos clérigos, años después ya como papa tuvo que actuar en este asunto, como veremos más adelante.

Cumplidos los ocho años como nuncio en París, Roncalli fue nombrado cardenal y patriarca de Venecia. El presidente de la República francesa, Vincent Auriol (1884-1966), según privilegio concedido a los jefes de Estado de algunas naciones católicas —anulado recientemente por Juan Pablo II— le impuso (15 enero 1953) el birrete cardenalicio en una ceremonia celebrada en el Elíseo. Por deseo del nuevo cardenal, junto con los representantes diplomáticos, tam-

bién asistió al acto de imposición el anciano párroco de su aldea natal, Sotto il Monte. Días después, para despedirse de los ambientes políticos parisinos, invitó a almorzar en la nunciatura a cuantos habían sido jefes de gobierno o presidentes de la Asamblea durante su estancia como nuncio. Acudieron todos cuantos se encontraban en París y se sintieron —como alguno recuerda— no en un banquete oficial, sino en una reunión de amigos, por el clima que monseñor Roncalli sabía crear a su alrededor. Allí se dieron cita, entre otros, personajes tan políticamente diversos como Edouard Herriot (1872-1957), Georges Bidault (1899-1983), Edgar Faure (1908-1988), Antoine Pinay (1891-1994), Rene Pleven (1901-1993) y Rene Mayer (1895-1972).

El 15 de marzo de 1953 hizo su entrada en la pequeña aunque importante diócesis de Venecia. Él consideraba que había dado comienzo la última etapa de su vida, y se sentía sorprendido de que la Providencia le hubiera devuelto al servicio pastoral directo con las almas, después de tantos años como diplomático. Gracias a los apuntes de su diario conocemos las disposiciones con las que afrontó esta nueva tarea:

> En los pocos años que me quedan de vida, quiero ser un santo pastor en la plenitud del término, como el beato Pío X, mi antecesor, como el venerado cardenal Ferrari, como mi monseñor Radini Tedeschi mientras vivió y si hubiera seguido viviendo [...] La vida interior del pastor no debe sufrir por los cuidados materiales exteriores. Mi jornada debe ser siempre una oración; la oración es mi alimento. Prometo rezar a diario el rosario completo de quince misterios, con la intención de encomendar así al Señor y a la Virgen —de ser posible en la capilla, ante el Santísimo Sacramento— las necesidades más graves de mis hijos de Venecia y diócesis: clero, seminaristas, vírgenes sagradas, autoridades públicas y pobres pecadores.

Y, en efecto, durante los cinco años largos que allí permaneció se recuerda su paso por Venecia como el tránsito de un pastor en el sentido más pleno de la palabra. Se le veía con frecuencia rezando en la catedral, se paraba por la calle para hablar con la gente sencilla, como los gondoleros, visitaba las parroquias, administraba las primeras comuniones en colegios e institutos, iba a ver a los enfermos pobres de los hospitales y especialmente a los sacerdotes enfermos o ancianos, acudía a la cárcel para estar con los prisioneros y recibía a los personajes famosos en la política, las ciencias o las artes que visitaban Venecia y acababa por hacerse amigo suyo, dado su espíritu paternal y bondadoso. Debido a las pequeñas dimensiones de la diócesis, sin desatender sus ocupaciones episcopales, pudo realizar diversos viajes oficiales y particulares, entre los que cabe mencionar su predilección por las peregrinaciones marianas. Concretamente visitó, entre otros, los santuarios de Lourdes, Einsiedeln, Mariazell, Fátima y Czestochowa.

En la segunda quincena de septiembre de 1958, hizo sus ejercicios espirituales, como acostumbraba cada año. Estaba a punto de cumplir los 77 años y ya se sentía viejo: «por lo avanzado de mi edad —escribía en su diario en esos

días de oración y examen— debería imponerme mayores reservas en aceptar compromisos de predicación fuera de mi diócesis». Cuando escribió estas líneas no podía ni sospechar que quince días después tendría que abandonar Venecia (12 octubre 1958) para asistir al cónclave del que saldría elegido papa. En aquel mes de octubre los planes de Roncalli iban a ser enmendados por los designios divinos, pues dejaba Venecia, y además definitivamente, para atender con solicitud de pastor supremo todas las diócesis de la Iglesia universal.

Los rasgos de su personalidad, amable y paternal que inspiraba confianza a todos, han sido descritos con acierto por Mondin con las siguientes palabras:

> Bueno por naturaleza, Juan XXIII consigue ser virtuoso por el continuado cultivo de una vida interior intensa y profunda. Desde niño hasta su muerte fue un hombre de oración [...] «El mantenerme siempre en presencia de Dios —según escribió en su diario— desde la mañana hasta la noche, con Dios y con las cosas de Dios, me proporciona una alegría perenne y me induce a la calma y a la paciencia.» La humildad, la paciencia, la prudencia, el amor por la verdad, la paz, la unión, el amor por Cristo y por la Iglesia, la fe viva, el abandono confiado en la divina Providencia, la firmeza en la disciplina, eran todas ellas las virtudes que el papa Juan había admirado en san Carlos Borromeo y en san Lorenzo Justiniano, dos grandes obispos de la época postridentina y que él había tomado como modelo de su acción pastoral [...] la profunda espiritualidad del papa Juan estaba alimentada por el intenso amor a la Eucaristía y por su filial veneración por la Virgen. «A Jesús por María», era su lema. La veneración de Juan XXIII por la Santísima Virgen queda de manifiesto en el hecho de que fijó el primer período de los trabajos conciliares en el tiempo comprendido entre las fiestas de la Maternidad de María y la Inmaculada Concepción [...] Consideró su oficio de sucesor de san Pedro como un servicio. El fue ciertamente *servus servorum Dei*, el siervo de los siervos de Dios (B. Mondin, *Dizionario enciclopédico dei papi*, Roma, 1995).

El pontificado de Juan XXIII. El sábado, 25 de octubre de 1958, comenzó el cónclave del que salió elegido Angelo Giuseppe Roncalli como nuevo papa. En un primer momento, la elección del nombre planteó algún problema que fue resuelto de inmediato, pues durante el cisma de Occidente uno de los tres papas había llevado el nombre de Juan XXIII. Pronto se decidió que como el Concilio de Constanza (1411-1418) depuso al llamado Juan XXIII por ser antipapa, Roncalli no ocuparía la cátedra de san Pedro con en el nombre de Juan XXIV, sino con el de Juan XXIII. La coronación tuvo lugar el 4 de noviembre, haciéndola coincidir con la fiesta de san Carlos Borromeo, figura estudiada y admirada por Juan XXIII, como ya sabemos.

Al nuevo papa le faltaba sólo un mes para cumplir los 77 años, por lo que no pocos juzgaron aquella elección como una apuesta por un pontificado de tránsito. Sin duda, dada la edad de Juan XXIII, su mandato iba a ser necesariamente breve, y en efecto sólo duró cuatro años, siete meses y seis días. Pero, si acertaron en cuanto a su duración, se equivocaron quienes pronosticaron que

iba a ser un pontífice de tránsito, por cuanto sus decisiones convirtieron a este breve pontificado en uno de los más trascendentales de la historia reciente de la Iglesia, como veremos. Una vez más quedaban descalificados los juicios de quienes por reducir la Iglesia de Jesucristo a una mera organización humana, no aciertan a ver en ella más que una simple burocracia clerical. Bien diferente era la visión sobrenatural que de su misión tenía el recién elegido papa, lo que le animaba a asumir esa responsabilidad con entera serenidad. El propio Juan XXIII manifestó en múltiples ocasiones en qué se fundaba esa serenidad y se lo dijo por última vez a sus colaboradores íntimos durante su agonía, cuando ya le habían administrado los últimos sacramentos: «No temáis, el Señor es quien conduce a la Iglesia.»

Ya en la ceremonia de la coronación se hizo evidente el contrapunto entre la solemnidad propia de aquel acto y la sencillez del nuevo papa:

> Algunos esperan del pontífice —dijo Juan XXIII en el mensaje de su coronación— que sea un estadista, un diplomático, un sabio, un organizador de la vida colectiva o, finalmente, una persona cuya mente esté abierta a todas las formas de progreso de la vida moderna, sin ninguna excepción [...] Todas esas personas tienen un concepto del sumo pontífice que no se ajusta al verdadero ideal. En realidad, el nuevo papa, al pasar por los varios acontecimientos de la vida, es como el hijo de Jacob, quien uniéndose a las tribulaciones humanas de sus hermanos, les descubre la bondad de su corazón y deshaciéndose en lágrimas dice: «Yo soy vuestro hermano José.» [...] Deseamos sobre todas las cosas insistir que tenemos en el corazón de una forma especialísima nuestra misión de pastor de todo el rebaño. Todas las demás cualidades humanas como ciencia, diplomacia, tacto y capacidad organizadora pueden servir para embellecer y complementar el reinado de un pontífice, pero no pueden en forma alguna sustituir a aquello *(Discorsi, messagi, colloqui del santo padre Giovanni XXIII, 1958-1963,* 6 vols., Cittá del Vaticano).

Desde el primer momento, Juan XXIII dio muestras de su independencia en la manera de gobernar la Iglesia. Así, por ejemplo, restableció de inmediato la tradicional figura del cardenal secretario de Estado que su predecesor Pío XII había dejado de nombrar tras la muerte del cardenal Maglione (1879-1944). Para dicho cargo designó (17 noviembre 1958) al cardenal Domenico Tardini (1888-1961), que desde 1921, año en que ingresó en la Secretaría de Estado, había desempeñado múltiples funciones diplomáticas y de gobierno; Tardini era conocido en el Vaticano por el sobrenombre de «el expertísimo». Pero el domingo 30 de julio de 1961, Juan XXIII tras rezar el *Ángelus* desde su ventana, anunció que el ángel de la muerte había entrado esa mañana en los palacios apostólicos, para llevarse el alma del cardenal Tardini, de quien dijo que era el colaborador del papa más próximo y el más fuerte en el gobierno de la Iglesia. Tardini había fallecido en la madrugada, a consecuencia de una crisis cardíaca que se había desatado tres días antes. Para sustituirle fue designado el

cardenal Giovanni Cicognani (1883-1973), que durante casi un cuarto de siglo había sido el representante de la Santa Sede en Estados Unidos.

También restableció la costumbre de celebrar audiencias, que había sido suprimida por Pío XII en los últimos años de su pontificado. Además, frente al gobierno personalista de Pío XII, Juan XXIII revitalizó y renovó los diferentes organismos de la curia romana. Nombró como canciller de la misma al arzobispo de Buenos Aires, el cardenal Santiago Luis Copello (1880-1967) y designó a otros cuatro cardenales no italianos para distintos cargos de la curia, con lo que se rompía con una larga tradición al internacionalizar de hecho este organismo pontificio.

Pero quizás nada más significativo de la personalidad del nuevo sucesor de san Pedro como la actividad que llevó a cabo en la primera Navidad, a los pocos meses de haber sido elegido papa. El día 25 de diciembre, por la mañana, tras la celebración de la misa solemne en la basílica de San Pedro, impartió la bendición *urbi et orbe* desde el balcón central de San Pedro a la muchedumbre que se congregaba en la plaza. Ese mismo día, por la tarde, se trasladó al hospital pediátrico de las laderas del Janículo, donde visitó a los niños internados, y a continuación marchó al hospital del Espíritu Santo, donde permaneció con los ancianos de este centro de Roma; aquí habló de las obras de misericordia, de las que dijo que basta con empezar a practicar una de ellas para que a dicha práctica venga a agregarse la de todas las demás. Y, en efecto, él mismo dando ejemplo fue al día siguiente a visitar a los reclusos de la cárcel Regina Coeli; desde la época de Pío IX (1846-1878) ningún otro romano pontífice había visitado la prisión de Roma. Ante la multitud de reclusos que se agolpaban para ver al papa, Juan XXIII afirmó: «Mis queridos hijos, mis queridísimos hermanos, todos nosotros estamos en la casa del Padre, aquí como en otro lugar...» De repente sus palabras fueron interrumpidas por un emocionado grito de «¡Viva el papa!», que fue secundado por todos los allí presentes.

Y, naturalmente, esa misma sencillez que se traslucía en los actos públicos del papa, presidió la vida cotidiana de Juan XXIII en el Vaticano. Celebraba su misa a las siete de la mañana, y a continuación en el mismo altar celebraba su secretario, Capovilla, mientras Juan XXIII permanecía en la capilla. Desayunaba café con leche y un poco de pan con mantequilla, mientras repasaba los resúmenes de prensa que le habían preparado. A las nueve comenzaban los sucesivos despachos en la biblioteca privada, cuya serie solía abrir el cardenal secretario de Estado. Su secretario particular comía antes, ya que Juan XXIII solía almorzar solo. Le servía la mesa su doméstico el fiel Guido Gusso, que permanecía a su servicio desde hacía años y se acababa de casar hacía muy poco tiempo, por lo que se había trasladado con su familia a un apartamento de las dependencias del Vaticano; y mientras el papa almorzaba, Capovilla le leía el correo o libros de espiritualidad; uno de los más leídos era el conocido *De consideratione* que san Bernardo (1090-1153) había redactado a modo de *vademécum* para Eugenio III (1145-1153), que había sido discípulo suyo en el claustro,

en el que figuraban pensamientos como los siguientes: «Te será muy saludable pensar que eres Sumo Pontífice y polvo humildísimo [...] Se te ha dado el puesto más alto, pero no es el más seguro [...] Tus mismos predecesores te advierten de tu muerte pronta y segura, y la breve duración de sus gobiernos te anuncian los pocos días que te son concedidos. Como les has sucedido en el trono, así sin duda les seguirás en la muerte.» Tras la jornada vespertina de trabajo, a las siete y media de la tarde el papa rezaba el rosario con sus colaboradores, y los domingos, tras el rosario, asistían a la bendición con el santísimo sacramento. Las últimas horas del día, además de sus devociones, el papa despachaba el correo o preparaba discursos con su secretario, Capovilla. No solía tener una hora fija para acostarse, aunque, eso sí, dormía siempre el mismo número de horas, cinco concretamente.

Pues bien, esta imagen del papa bueno, paciente y paternal, que es real, no puede ocultar otros valores tan reales de Juan XXIII que contribuyeron a hacer de su pontificado uno de los más importantes de los últimos tiempos, lo que hubiera sido imposible si toda su personalidad se reduce y se queda sólo en ser una persona bondadosa. Así, por ejemplo, ya se dijo que poseía una seria preparación intelectual, especialmente destacable en el ámbito histórico, como dejó constancia en sus publicaciones. Todas estas cualidades humanas de Juan XXIII, además de su docilidad a las mociones del Espíritu Santo a la hora de dirigir la Iglesia, han contribuido a convertirle en uno de los grandes personajes históricos del siglo xx.

Muy pocos días después de ocupar la cátedra de san Pedro, las actuaciones de Juan XXIII desautorizaron a quienes pronosticaron que su mandato se iba a reducir a un período de trámite. Ya me referí a este aspecto, al comentar la reforma de la curia romana. Igualmente innovadora y temprana fue la celebración del primer consistorio (15 diciembre 1958). A partir de una disposición de 1586 debida a Sixto V (1585-1590), el colegio cardenalicio no había sobrepasado desde entonces el número de setenta miembros. Juan XXIII, al mes y medio de ser elegido papa, nombró 23 nuevos cardenales, los que unidos a los 52 ya existentes rebasaban el límite que se había respetado durante tantos siglos. La razón esgrimida por el sumo pontífice no dejaba de estar cargada de sentido común, y es que, si desde Sixto V había aumentado el número de fieles y se habían ensanchado las fronteras de la Iglesia, lo lógico era que los modos de gobernar se adecuaran a esas circunstancias. La primera lista de cardenales de Juan XXIII iba encabezada por Giovanni Battista Montini, futuro Pablo VI (1963-1978), y en ella se incluyó a varios obispos extraeuropeos y a responsables de la órdenes religiosas que trabajaban en las misiones. Y no iba a ser ésta la última ampliación del colegio cardenalicio realizada por Juan XXIII, pues en los cinco consistorios —casi a uno por año del pontificado de Juan XXIII— los cardenales acabaron por sumar un total de 87 miembros. Por su número y la procedencia de sus integrantes de esa institución eclesiástica, quedaba reflejada en ella, aún más, el carácter universal de la Iglesia. Por ejemplo, entre los nombrados figuraban un africano, el cardenal de Tanganika Laurean Rugamb-

wa (1912-1997), un japonés, el cardenal Peter Tatsuo Doi (1892-1970), y un filipino, el cardenal Rufino J. Santos (1908-1973).

Después de unos años de puesta en marcha de la Misión de Francia, conocida popularmente como movimiento de los «curas obreros», Pío XII retiró su apoyo a esta iniciativa, como vimos. Juan XXIII pudo ser testigo de aquella estéril experiencia, durante su estancia en París. Años después, ya como romano pontífice, tuvo que intervenir en este asunto, pues a pesar de la desaprobación de Pío XII, los curas obreros se empeñaron en seguir adelante. En el verano de 1959, el cardenal arzobispo de París, Maurice Feltin (1883-1975), en calidad de presidente de la Misión de Francia, cursó una solicitud de permiso a Roma, para que los curas obreros pudiesen trabajar en las fábricas a tiempo completo y no sólo unas horas, desentendiéndose así de su dedicación a las parroquias. Se había llegado a un punto en el que tuvo que intervenir la asamblea plenaria del Santo Oficio. Los primeros días de julio de 1959, el cardenal Giusseppe Pizzardo (1877-1970) comunicó al arzobispo de París formalmente la decisión de la Congregación del Santo Oficio, en la que se podía leer: «el trabajo en fábricas y talleres es incompatible con la vida y las obligaciones sacerdotales». Naturalmente, el cardenal Pizzardo intervino en nombre de Juan XXIII; el papa, a pesar de que conocía directamente la Misión de Francia, había querido escuchar el parecer de los organismos competentes. Emitida la opinión de los expertos que habían estudiado aquel problema, Juan XXIII aprobó las conclusiones del Santo Oficio. El cardenal Feltin viajó incluso al Vaticano, con el fin de influir en la decisión del papa, quien a pesar de todo se mantuvo firme en su decisión, con lo que definitivamente la Iglesia se desentendía y desautorizaba el experimento de los llamados curas obreros.

Juan XXIII, que antes de ser papa había peregrinado a tantos santuarios marianos, sorprendió a la opinión pública al anunciar su propósito de viajar hasta Loreto y Asís, con el fin de pedir la intercesión de la Virgen y de san Francisco (1181-1226) para la buena marcha del concilio. Evidentemente, desde la perspectiva del pontificado actual, no puede tacharse este viaje de Juan XXIII como sorprendente. Pero tal decisión hay que enjuiciarla en el momento en el que se tomó. Y es que desde los primeros años del pontificado de Pío IX, los papas habían permanecido siempre en el Vaticano. Los seiscientos kilómetros del viaje que realizó en el tren que puso a su disposición el gobierno italiano, sirvieron para que los italianos pudieran manifestar su testimonio de cariño y fidelidad al papa, que se vio acompañado por las multitudes a lo largo de todo su recorrido. A los pocos días de regresar de viaje, Juan XXIII inauguraba las sesiones del Concilio Vaticano II.

Sin duda, Juan XXIII pasará a la historia por haber convocado el Concilio Vaticano II, decisión que fue anunciada oficialmente el día de la festividad de la conversión de san Pablo, el 25 de enero de 1959, en la basílica de San Pablo Extramuros, a donde había acudido para tomar posesión de dicha basílica. El anuncio de la convocatoria de un nuevo concilio ecuménico se produjo durante la homilía de la misa. En ese acto, el papa además comunicó la celebración

de un sínodo romano y la reforma del Código de derecho canónico. Así pues, Juan XXIII convocó, inauguró (11 octubre 1962) y presidió la primera fase del concilio (1962-1963), pero la muerte le impidió conducirlo.

El Concilio Vaticano II es objeto de un análisis específico en otro apartado de este mismo libro, por lo no me voy a referir a él. Sin embargo, es obligado ofrecer los datos de los participantes por lo que significan respecto a la universalidad, el progreso y la extensión de la Iglesia después de veinte siglos de existencia. A diferencia de los concilios de los siglos anteriores, cuyos participantes eran en su inmensa mayoría europeos, los padres conciliares que asistieron al Vaticano II procedían de los cinco continentes. En esta ocasión, de los 2.540 padres conciliares con derecho a voto, menos de la mitad (1.041) eran europeos, y de éstos sólo 379 eran italianos, lo que representaba que los obispos italianos eran menos de una quinta parte del total de los asistentes, lo que hubiera sido inimaginable en los siglos medievales de esplendor religioso. Quizás no esté de más considerar todos estos datos, ante análisis derrotistas que se refieren a la pérdida del sentido religioso del mundo contemporáneo y el ocaso de la Iglesia en una sociedad secularizada.

Otro de los rasgos peculiares del pontificado de Juan XXIII fue el impulso decidido del ecumenismo. Conocedor de la situación de los cristianos en Oriente, donde había dejado un grato recuerdo durante el desempeño de sus cargos, trató de acercarse a las autoridades de la Iglesia ortodoxa. Con el patriarca Atenágoras I (1886-1972), a quien conocía desde su estancia en Turquía, mantuvo muy buenas relaciones y era habitual que los emisarios de ambos fueran también portadores de pequeños obsequios materiales —dulces turcos, iconos o libros—, que reflejaban a las claras el crecimiento de una amistad entre los dos personajes. Pero quizás nada tan relevante como la visita realizada al Vaticano en 1960 por el arzobispo anglicano de Canterbury, Goeffrey Fisher, primado de la Iglesia anglicana, que desde hacía más de cuatro siglos se había separado de Roma, sin haber establecido ningún contacto de ese nivel desde entonces. A esta visita siguieron las de otras personalidades de los cristianos separados, como la del moderador de la Iglesia presbiteriana de Escocia, Archibal C. Craig, que fue recibido por Juan XXIII en marzo de 1962, o la del obispo Lichtenberger, presidente de la Iglesia episcopaliana de Estados Unidos.

Juan XXIII elevó al cardenalato al confesor de su predecesor, el jesuíta Agustín Bea (1881-1968), como reconocimcnto de su servicio a la Iglesia hasta entonces y para encomendarle como cardenal una nueva misión. La promoción del padre Bea se producía cuando por sus años estaba a punto de retirarse para dedicarse de nuevo a sus investigaciones. El papa le puso al frente del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, de modo que a través de este organismo se encauzasen, se impulsasen y se coordinasen las conversaciones y los contactos con los responsables de otras confesiones, que hasta entonces se venían manteniendo de un modo un tanto desorganizado y extraoficialmente.

La autoridad moral de Juan XXIII se dejó sentir también entre los políticos de máximo rango mundial, contribuyendo así con su influencia al fortalecí-

miento de la paz en las relaciones internacionales. Fueron muchas y muy importantes las visitas y las relaciones diplomáticas que mantuvo el sumo pontífice durante los pocos años que dirigió la Iglesia, precisamente en un tiempo en el que se avivaron las tensiones entre los dos bloques, dirigidos por Estados Unidos y Rusia, durante la etapa que siguió a la Segunda Guerra Mundial, y que se conoce como la «guerra fría». Conviene recordar que el año de elección de Juan XXIII coincide con el comienzo de la «segunda crisis de Berlín» (1958-1961) (G. Mammarella, *Historia de Europa contemporánea desde 1945 hasta hoy*, Barcelona, 1996), cuya manifestación externa más significativa fue la construcción del muro que separará las dos Alemanias hasta la caída de los regímenes comunistas en 1989. La tensión entre los bloques adquirió suma gravedad en octubre de 1962, cuando se desató la crisis de los misiles de Cuba, que a punto estuvo de desencadenar una nueva guerra, que esta vez por fuerza debía ser atómica. Juan XXIII medió entre John Fitzgerald Kennedy (1917-1963) y Nikita Sergueievich Kruschev (1894-1971) y contribuyó a evitar la catástrofe.

La Fundación Balzan, cuyo objetivo era favorecer la coexistencia entre el mundo capitalista y el comunista y cuyos dirigentes pertenecían a los dos bloques, concedió el primer premio de la paz a Juan XXIII, que oficialmente le fue entregado en 1963 por el presidente de la República italiana, Antonio Segni (1891-1965). Los 150 millones de liras del premio, por deseo del papa, se sumaron al capital de la Fundación para que siguiese luchando por la paz.

Y fue en este clima de búsqueda de la distensión en el que Juan XXIII recibió en audiencia privada a Rada, la hija de Kruschev, acompañada de su marido, Alexis Adjubei, que además era el director del periódico *Izvestia.* Se interesó por sus hijos, los nietos de Kruschev, y les preguntó por sus nombres. Al saber que los niños se llamaban Nikita, Sergio e Iván, le comentó a su madre que le había proporcionado una gran alegría porque Sergio y Nikita habían sido dos grandes monjes de Oriente que tenían iglesias dedicadas en Bulgaria y además porque tenía un hijo que se llamaba como él, pues como le aclaró a sus visitantes Iván significaba Juan. Al final de la audiencia, que se desarrolló en un tono muy afectuoso y sencillo, Juan XXIII regaló a Rada un rosario, y al mirarlo la hija del secretario general de los comunistas con cierta extrañeza por ser la primera vez que tenía en sus manos semejante instrumento, el papa le explicó que servía para recitar las alabanzas de la Madre Dios. Al despedirse rogó a Rada Kruschev que de vuelta a casa hiciera a su hijo Iván una caricia especial, pues estaba seguro que a sus hermanos no les iba a molestar aquella preferencia cuando les explicara la razón. Pues bien, permanentes manifestaciones como éstas que eran la expresión exterior de su fondo humano, hicieron que muy desde el principio Juan XXIII fuera un personaje querido y popular, conocido por las gentes como «el papa bueno».

El magisterio de Juan XXIII. Durante los pocos años que Juan XXIII gobernó la Iglesia fueron numerosos sus discursos e intervenciones públicas, cuya doctrina se recoge de una manera más sistemática en las nueve encíclicas que publicó. Por esta razón expondré su magisterio al presentar por orden cronoló-

gico cada una de ellas. En 1959 publicó cuatro, una en 1960, dos en 1961 y las otras dos restantes en los años 1962 y 1963.

La encíclica inaugural de Juan XXIII es la *Ad Petrí cathedram* (29 junio 1959), en la que como venía siendo costumbre de sus predecesores traza las líneas maestras de su pontificado. En ella propone a la Iglesia y al mundo la búsqueda de la verdad, la unidad y la paz, «tres bienes —según sus propias palabras— que se deben promover y conseguir según el espíritu de la caridad cristiana». Estos tres bienes con raíz evangélica siempre fueron anunciados por los pastores de la Iglesia de todos los tiempos, pero se predicaron de un modo más marcado en la época contemporánea por exigencias de las circunstancias y de un modo todavía más reiterado desde Benedicto XV. Juan XXIII sistematiza esa doctrina de todos los siglos y la expone en un tiempo concreto. Por eso, en el apartado de la verdad, el papa de 1959 hace referencia a la responsabilidad que en este punto tienen los medios de comunicación, incluida la televisión, que por entonces había comenzado a dar sus primeros pasos.

Cuando Juan XXIII, como cualquier papa en sus múltiples exposiciones magisteriales, se pronuncia por medio de encíclicas, no lo hace ni como filósofo ni como ideólogo ni como un político, sino como pastor supremo de la Iglesia que predica la doctrina perenne de Jesucristo. Por lo tanto, lo que en la *Ad Petrí cathedram* se dice sobre la verdad, la unidad y la paz no es ninguna ideología, sino una exposición de la enseñanza de la Iglesia respecto a esos aspectos concretos. Por eso cuando Juan XXIII se refiere a la verdad de la vida presente, afirma que dicha verdad cobra pleno sentido y se orienta a la vida inmortal, a la otra patria donde viviremos para siempre, «pues arrancada del alma del hombre esta doctrina, esta consoladora esperanza, se desvanecen todas las razones de la vida, se adueñan fatalmente de las almas las pasiones, las luchas y las discordias, que ningún freno podrá contener eficazmente». Otro tanto cabría decir cuando Juan XXIII se refiere a la unidad, la del mundo y la de la Iglesia, derivada de la fraternidad y en definitiva de la filiación divina por la que todos somos hijos de Dios y por lo tanto hermanos. Igualmente se habla de la paz con un sentido sobrenatural, que no se deriva de transigir con el error, sino que se funda en la justicia y en el amor. Pero que Juan XXIII se refiera a la paz con sentido sobrenatural, no quiere decir que este bien no tenga reflejo en el orden natural; es más, en esta encíclica Juan XXIII pide que cese el odio en las relaciones humanas con unas palabras tan elocuentes y rotundas como las siguientes: «Ya existen demasiados cementerios de muertos en combate, que nos reclaman con voz severa conseguir de una vez por todas llegar a la concordia, a la unidad y a una justa paz.»

Un mes después de que apareciera su primera encíclica, publicaba la segunda, *Sacerdotii nostri primordia* (1 agosto 1959), con motivo del centenario de la muerte del santo cura de Ars, a quien se designa como *imago sacerdotis* (modelo para los sacerdotes). En este documento Juan XXIII propone a san Juan María Bautista Víanney (1786-1859) como modelo del pastor de almas, destacando de un modo especial su atención a los penitentes en el confesona-

rio, a la vez que señala que el fundamento de la santidad sacerdotal es la vida de oración que bebe como en sus fuentes de la adoración eucarística y de la celebración de la misa. Desde la santidad y sólo desde la santidad, como objetivo permanente y primordial en la vida de los fieles de la Iglesia desde hacía veinte siglos por haberlo querido así su Fundador, podían y debían hacerse cuantos cambios y adaptaciones accidentales fueran precisos —que eso era lo que significaba la palabra *aggiornammento,* que tan popular hizo Juan XXIII—, precisamente para conseguir con mayor eficacia la santidad de todos los fieles.

En los últimos meses de ese mismo año de 1959, Juan XXIII publicó otras dos encíclicas más: *Grata recordatio* (26 septiembre 1959) y *Princeps pastorum* (28 noviembre 1959). La primera está dedicada al rosario y la segunda a las misiones. En la *Grata recordatio,* Juan XXIII invita a los fieles a la práctica de la más popular de las devociones marianas, recordándoles que el mes de octubre está consagrado especialmente a dicha práctica; a la vez, el papa solicita en esa encíclica que la oración de todos los fieles de cara a la celebración del concilio se concrete en el rezo del rosario, con el fin de implorar la mediación de la Virgen María para esa importantísima reunión de todos los obispos del mundo. La encíclica *Princeps pastorum* tiene como tema central las misiones, de las que ya se había ocupado en su primera encíclica. Su publicación se hizo coincidir con el cuarenta aniversario de la encíclica *Maximun illud* de Benedicto XV, que —como ya se dijo— sentó las bases de la actividad misional de la edad contemporánea. Siguiendo las enseñanzas de su predecesor Benedicto XV, Juan XXIII resalta la importancia de la extracción entre los indígenas de los miembros del clero y de la jerarquía, por lo que el papa insiste en su adecuada preparación espiritual y doctrinal; a la vez que llama a la responsabilidad a los laicos para que apoyen las misiones con sus aportaciones económicas y sobre todo mediante su oración, como manifestación y exigencia de su condición de cristianos, que deben responder al requerimiento evangélico de propagar la doctrina de Jesucristo por todo el mundo.

Tras dar a conocer la encíclica *Inde a primis* (2 julio 1960) sobre la devoción a la Preciosísima Sangre de Jesucristo, Juan XXIII publicó la *Mater et Magistra* (15 mayo 1961), sin duda una de las dos grandes encíclicas de su pontificado junto con la *Pacem in terris* (11 abril 1963). A la vez que su publicación era el homenaje con el que Juan XXIII quería contribuir al setenta aniversario de la *Rerum novarum* de León XIII (1878-1903), al igual que ya hicieran Pío XI al escribir la encíclica *Quadragessimo anno* y Pío XII en su radiomensaje de Pentecostés de 1941, el papa volvía a insistir en la doctrina social de la Iglesia, asumiendo y actualizando a la vez todo el magisterio de sus predecesores en esta materia. Y conviene insistir una vez más que el papa no exponía en este documento una ideología humana, sino que pretendía iluminar con su magisterio la actuación temporal de los fieles, a quienes correspondía bajo su responsabilidad aplicar las soluciones concretas en sus múltiples actuaciones sociales, ya que la encíclica «social» de Juan XXIII se refería al amplio

las relaciones laborales, aunque naturalmente también a ellas se hacía mención muy explícita.

Frente a la concepción del hombre como individuo, es decir, como un ser autónomo y desligado de Dios al no querer reconocerse criatura suya, según defendía la ideología liberal progresista desde el siglo anterior, el núcleo de la *Mater et Magistra* insiste en la defensa de la persona y define el orden moral en los siguientes términos:

> El orden moral no se sostiene sino en Dios; separado de Dios se desintegra. Pues el hombre no es solamente un organismo material, sino también espiritual, dotado de inteligencia y libertad [...] No habrá en el mundo justicia ni paz, mientras los hombres no vuelvan al sentimiento de la dignidad de criaturas y de hijos de Dios [...] El hombre separado de Dios se vuelve deshumano consigo mismo y con sus semejantes.

Y en otro párrafo de la encíclica, Juan XXIII expone las diferentes formas de actuar que se derivan de estas dos interpretaciones contrapuestas del hombre: «Hoy prevalece acá y allá la concepción y la tendencia hedonista que querría reducir la vida a la búsqueda del placer y a la plena satisfacción de todas las pasiones.» Frente a este neopaganismo, el papa recuerda que los cristianos deben distinguirse por el sentido de sobriedad y sacrificio en sus actuaciones sociales:

> En el plano natural, la moderación y la templanza de los apetitos inferiores es sensatez fecunda en bienes. En el plano sobrenatural, el Evangelio, la Iglesia y toda la tradición ascética exige el espíritu de mortificación y penitencia.

La *Mater et Magistra* reafirma el derecho de la propiedad privada, pues —según se dice en ese documento— «constituye un medio apropiado para la afirmación de la persona humana», para a continuación exponer con la misma firmeza la función social de la propiedad privada. Este documento pontificio propugna, por fin, la efectiva difusión de la propiedad privada entre todas las clases sociales. También en esta misma encíclica, el papa justifica la propiedad pública y establece los límites y los principios doctrinales a los que se debe ajusfar. Puede suceder que por exigencias del bien común, el Estado o entidades públicas asuman la propiedad de ciertos bienes instrumentales, precisamente para evitar que la concentración de esos bienes en manos privadas lesione el bien común. En consecuencia, la propiedad pública, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, sólo se justifica en los casos de manifiesta y verdadera necesidad del bien común.

> Los peligros de la propiedad pública proceden, además, de la posible irregularidad de su administración (por incompetencia, falta de honradez o escaso sentido de responsabilidad) y del peligro —proporcionado a la carencia de

> un adecuado control— de que, en el seno de la propia organización del Estado, se formen centros de poder económico con daño del bien común (A. de Fuenmayor, «La propiedad privada y su función social», en «Estudios sobre la encíclica *Mater et Magistra*», *Nuestro Tiempo*, 93, marzo 1963).

La encíclica *Mater et Magistra* tuvo un eco en todo el mundo realmente sorprendente. El *New York Times* la reprodujo íntegramente en uno de sus números y la calificó de «documento histórico»; *Le Monde* dijo de ella que se «adecuaba a las exigencias de las generaciones más jóvenes, a las que apenas llegaban los mensajes de los discursos académicos de los que habitualmente desconfiaban»; y, por su parte, *Corriere della Sera* la calificó como un «monumento al sentido común». Igualmente positiva fue la aceptación con que fue recibida la encíclica por todas las personalidades políticas de los distintos Estados, especialmente las de los países del Tercer Mundo. En este sentido, hay que mencionar que el presidente del gobierno de la India, Jawaharlal Nehru (1889-1964), dijo públicamente de la *Mater et Magistra* que era el documento social de todos los tiempos que más le había gustado.

Seis meses después de la *Mater et Magistra,* Juan XXIII publicaba su séptima encíclica, la *Aeterna Dei sapientia* (11 noviembre 1961), para conmemorar el mil quinientos aniversario de la muerte de san León Magno, a quien Juan XXIII presentaba como maestro y pastor que sostuvo una lucha ejemplar en favor de la unidad de la Iglesia, representada en la doctrina del primado de san Pedro y sus sucesores, los obispos de Roma.

Por otra parte, la octava encíclica de Juan XXIII, *Poenitentiam agere* (1 julio 1962), era una nueva llamada a todos los fieles para responsabilizarles en el desarrollo del concilio. Si anteriormente les había pedido que rezasen el rosario por los frutos del concilio, en esta ocasión les recordaba que la recepción del sacramento de la penitencia era la mejor colaboración que podían ofrecer por la buena marcha del Concilio Vaticano II. Esta petición tan concreta a todos los fieles de la Iglesia se basaba en la doctrina de la comunión de los santos, por lo que recordaba a todos, clérigos y laicos, que era en dicho sacramento de la penitencia donde se perdonan los pecados y que por lo tanto la confesión es un sacramento necesario para conseguir la salvación eterna.

Tres meses antes de morir daba a conocer su última encíclica, la *Pacem in tenis* (11 abril 1963), documento que muchos califican como su testamento doctrinal. En esta encíclica Juan XXIII se dirige no sólo a los cristianos, sino también a todos los hombres de buena voluntad, pues a todos —escribe el papa—, aunque eso sí de un modo más exigente a los seguidores de Cristo, incumbe la defensa y la promoción de la paz, que a modo de puntos cardinales queda fijada por la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

La paz a la que se refiere Juan XXIII era un valor asumido por la Iglesia desde hacía veinte siglos; y conviene recordar que fue el primero de los mensajes anunciados a los hombres por medio del ángel, cuando el Niño Dios na-

«fría», sinónimo de la suspensión de hostilidades, como consecuencia del miedo recíproco que se tenían los bloques enfrentados durante la guerra fría de aquellos años. Juan XXIII, por el contrario, se dirigía al interior de las conciencias; y por lo tanto su discurso no podía interpretarse, ni entonces ni ahora, como la ocurrencia genial de un experto en relaciones internacionales. El papa hablaba en la *Pacem in terris*, naturalmente, de la paz que Dios quiere para los hombres en los siguientes términos: «La paz no puede darse en la sociedad humana si primero no se da en el interior de cada hombre, es decir, si primero no guarda cada uno en sí mismo el orden que Dios ha establecido.»

El cristianismo defiende la dignidad de la persona y sus derechos. Como vimos, Pío XII se adelantó en 1942 a la Asamblea Plenaria de Naciones Unidas (Declaración Universal de los Derechos Humanos, 10 diciembre 1948). Juan XXIII reafirmó el valor de la persona humana, especialmente querida por la Iglesia, pues además de su dignidad propiamente humana, cada hombre tiene el valor añadido de haber sido rescatado personalmente, uno a uno, por la sangre de Cristo. En efecto, la *Pacem in terris* puede considerarse como un jalón importante en esa larga etapa de defensa y reconocimiento de los derechos de la persona, que iniciada ya en los tiempos antiguos, tendría un desarrollo notable en los siglos modernos, en los que la escuela de Salamanca jugó un papel tan decisivo, sin que se agote toda su riqueza hasta el presente, como se deduce de la defensa y exposición que de dichos derechos viene realizando el magisterio del sumo pontífice actual, Juan Pablo II, capaz de encontrar cada día matices y fundamentos nuevos que consolidan su vigencia.

La *Pacem in terris* consta de una introducción y cinco partes. La primera parte se refiere a las relaciones de convivencia basadas en el respeto a la dignidad de la persona, dotada de derechos con sus correlativos deberes; la segunda parte estudia las relaciones políticas en el interior de los Estados; la tercera analiza las relaciones internacionales entre los Estados; la cuarta se ocupa de la ordenación de las relaciones mundiales, y por fin la quinta parte, que confiere una marcada originalidad a toda la encíclica por sus planteamientos pastorales, es una orientación para las cristianos en orden a su actuación temporal (F. Guerrero, *El magisterio pontificio contemporáneo*, t. II, Madrid, 1996). A esta última parte pertenecen las siguientes palabras de Juan XXIII que resumen el mensaje de todo el documento pontificio, en su llamada universal a la consecución y fortalecimiento de la paz:

> Entre las tareas más graves de los hombres de espíritu generoso hay que incluir, sobre todo, la de establecer un nuevo sistema de relaciones en la sociedad humana, bajo el magisterio y la égida de la verdad, la justicia, la caridad y la libertad: primero entre los individuos; en segundo lugar, entre los ciudadanos y sus respectivos Estados; tercero entre los Estados entre sí, y, finalmente, entre los individuos, familias, entidades intermedias y Estados particulares de un lado, y de otro, la comunidad mundial. Tarea sin duda gloriosa, porque con ella podrá consolidarse la paz verdadera según el orden establecido por Dios.

La muerte de Juan XXIII. Como dejó escrito en su diario, Juan XXIII se había propuesto desde su juventud la tarea de ser santo, costase lo que le costase. Su avanzada edad y su salud debilitada hablaban bien a las claras de que la llegada a esa meta estaba cada vez más próxima. En el último tramo, Juan XXIII era bien consciente que la mayor dificultad consiste en saber morir. Por eso, impuso a su secretario, monseñor Capovilla, la obligación de que, llegado el momento, no le ocultase la verdad. Al declinar el año 1962, se presentó el primer síntoma de su enfermedad mortal. Una hemorragia puso en guardia a los médicos, que en pocos días después pronosticaron la existencia de un cáncer muy avanzado. Cuando se confirmó el diagnóstico, el secretario de Juan XXIII, en cumplimiento de la palabra dada, se dirigió al sumo pontífice con estas palabras: «Ha llegado la hora, el Señor os llama.»

Desde que recibió esta noticia, todavía transcurrieron unos meses de heroica y ejemplar aceptación de su enfermedad. Ofreció todos sus sufrimientos «para impetrar abundantes bendiciones para el concilio ecuménico, para la sania Iglesia y para la humanidad entera que suspira por la paz». En el mes de mayo se agravaron sus dolencias, y, consciente de su situación, el día 17 de ese mes al revestirse con los ornamentos sagrados, se dirigió a su secretario para manifestarle: «Es mi última misa.» Y, en efecto, así fue. Desde ese día permaneció postrado en su lecho. El 30 de mayo se produjo una esperanzadora mejoría, que incluso hizo concebir la posibilidad de que pudiera celebrar la misa de Pentecostés e impartir la bendición en la plaza de San Pedro, pero ese mismo día por la noche se produjo la peritonitis, frente a la que sólo cabía atenuar los agudos dolores del enfermo. Todo el mundo siguió con preocupación la evolución de su enfermedad, a través de los medios de comunicación. Desde el día I de junio fue en aumento el número de personas que se congregaban, ininterrumpidamente, en la plaza de San Pedro; y el papa era bien consciente de cuánta gente le acompañaba en sus últimos días. Quizás por eso, al final de su lenta agonía, la despedida de aquel papa de gran corazón siempre agradecido, el último gesto del «papa bueno» —como todos le llamaban— fue impartir una bendición en la quiso abarcar a todo el mundo. Falleció el 3 de junio de 1963.

En 1965, Pablo VI introdujo su causa de beatificación, junto con la de su predecesor Pío XII. En la actualidad, dicha causa ha concluido la fase de elaboración de la *positio,* en la que el responsable del proceso o postulador reúne y presenta todo el material sobre el ejercicio de todas las virtudes cristianas en grado heroico, con el fin de que, primero, la congregación correspondiente, después, los cardenales, y por último el papa, emitan su juicio positivo para que concluya el proceso de beatificación de Juan XXIII.

Pablo VI (21 junio 1963 - 6 agosto 1978)

Personalidad y carrera eclesiástica. Giovanni Battista Montini nació (26 noviembre 1897) en la casa de campo que su familia tenía en Concesio, un pequeño núcleo agrícola a ocho kilómetros de Brescia, ciudad donde habitualmente residían los Montini. El matrimonio formado por Giorgio Montini y Giu-

ditta Alghisi, tuvo otros dos hijos más: Lodovico, el primogénito, y Francesco, el más pequeño de los tres hermanos. Y junto con el matrimonio y los tres hijos, la abuela paterna de Pablo VI, Francesca Buffali, y su hija soltera, la tía Maria, completaban el grupo de una verdadera familia patriarcal.

Giorgio Montini, era un conocido abogado, dirigente de la organización católica de Brescia y director del periódico // *Cittadino di Brescia* desde 1881. En las elecciones administrativas de 1914 fue elegido concejal en Brescia y cinco años después consiguió el escaño de diputado, como militante del Partido Popular de Luigi Sturzo (1871-1959). Durante la etapa fascista, el padre de Giovanni Battista fue víctima de la persecución política. En 1925 el periódico que dirigía fue secuestrado diez veces y en ese mismo año, también, sus instalaciones fueron asaltadas y toda su imprenta quedó inservible. Declarado ilegal el Partido Popular, Giorgio Montini se vio obligado a abandonar el Parlamento y se integró en el grupo de los diputados *aventinianos*, que trataron de organizar una oposición política, fuera de las instituciones del Estado fascista. Por los testimonios y cartas del propio Pablo VI, conocemos la influencia que el ejemplo de su padre ejerció en la formación de su personalidad. A Jean Guitton (1901) le manifestó lo siguiente:

> Debo a mi padre ejemplos de coraje, la obligación de no rendirse débilmente al mal, la promesa de no preferir nunca la vida a lo que da sentido a la vida. Su enseñanza puede resumirse en una palabra: ser un testigo. Mi padre no tenía temores (J. Guitton, *Dlaloghi con Paolo VI*, Milán, 1986).

Giuditta, su madre, pertenecía a una distinguida y rica familia de Brescia. Huérfana de padre y madre desde los cuatro años, fue educada en el colegio de las monjas Marcelianas de Milán, que daba acogida a las niñas de las clases acomodadas. Aunque se comprometió con Giorgio desde 1893, su tutor no otorgó su consentimiento para la boda, por lo que tuvo que esperar a cumplir la mayoría de edad para casarse (2 agosto 1895). Dedicada preferentemente al cuidado del hogar, Giuditta perteneció a la asociación de las damas católicas de la Cruz Roja y colaboró con numerosas instituciones asistenciales. Sobre la importante influencia materna, Pablo VI manifestó igualmente a Jean Guitton:

> A mi madre debo el sentido del recogimiento, de la vida interior, de la meditación que es oración y de la oración que es meditación. Toda su vida ha sido un don. Al amor de mi padre y de mi madre, a su unión, debo el amor a Dios y el amor a los hombres.

Desde los primeros días de su existencia y hasta su muerte, Giovanni Battista se vio aquejado por continuas enfermedades, pues constitutivamente era de muy frágil salud. Durante el período de lactancia tuvo que abandonar la ciudad y sus padres encomendaron al recién nacido a una nodriza campesina de Nave, que lo crió en su casa hasta que tuvo un año y medio. Comenzó los primeros estudios en el colegio de los jesuítas Cesare Arici, pero no pudo mante-

ner una asistencia regular a las clases a causa de sus numerosas convalecencias. Su prolongada postración por las enfermedades le obligaron a abandonar el colegio y tuvo que continuar los estudios en su casa, de modo que concluyó el bachillerato en una institución pública, el Instituto Arnaldo de Brescia, donde se presentó a los exámenes como alumno libre. Así fue como obtuvo su título de bachiller superior, antes de ingresar en el seminario.

Durante estos años frecuentó el Oratorio della Pace de Brescia, donde se formaron muchos jóvenes de esa ciudad, bajo la orientación de la espiritualidad de san Felipe Neri (1515-1595). Allí conoció al padre Giulio Bevilacqua (1881-1965), con quien siempre mantuvo un estrecho contacto. Algún autor sostiene que en las convicciones firmemente democráticas y por la tanto antifascistas de Pablo VI influyeron además del ejemplo de su padre y las lecturas del filósofo francés Jacques Maritain (1882-1973), el trato con Giulio Bevilacqua. Debido a sus ideas políticas fue visto con recelo por algunos regímenes autoritarios, como fue el caso de Franco (1892-1975), sin que por ello se le pueda tachar de antiespañol o de alineado con los promotores de la persecución religiosa en España, como algunos han afirmado injustamente (V. Cárcel Ortí, *Pablo VI y España. Fidelidad, renovación y crisis (1963-1978),* Madrid, 1997).

Por informaciones de sus amigos de su juventud se puede asegurar que, al menos, desde 1913 había considerado seriamente la posibilidad de hacerse sacerdote (F. Molinari, *G. B. Montini giovane 1897-1944,* Turín, 1979). Así lo manifiesta Lionello Nardini, compañero suyo del Cesare Arici, que ingresó en el seminario en 1913 y falleció en un hospital de campaña en 1918. En cierta ocasión, Pablo VI llegó a afirmar que fue el buen ejemplo de su condiscípulo Nardini el que le dio el último empujón para ingresar en el seminario. Más claro todavía es el testimonio de su gran amigo de juventud, Andrea Trebeschi, que en 1914 anotó en su diario: «Battista Montini ofrece su vida a Dios, se hace sacerdote» (G. B. Montini, *Lettere a un giovane amico. Carteggio di G. B. Montini con Andrea Trebeschi,* a cura di Cesare Trebeschi, Queriniana, Brescia, 1978). Su decisión por tanto no fue repentina, pero no por ello dejó de sorprender a sus padres, porque debido a su estado de salud era evidente que no podría soportar el régimen de un internado. Pero se sobrepuso a las dificultades y consiguió del obispo un permiso para cursar los estudios en el seminario Sant'Angelo de Brescia como externo, a partir del curso 1916-1917.

> Battista acudía allí para asistir a las clases, después volvía con su familia. En casa, su padre era también su «rector»; le había trazado un horario exigente y minucioso: levantarse, misa, desayuno, estudio, visita a la iglesia, estudio, cena, hasta irse a la cama a las diez de la noche. Había incluso un NB: que, durante el «recreo», podía dedicarse voluntariamente a hacer ejercicios de piano (C. Cremona, *Pablo VI,* Madrid, 1995).

Por su condición de seminarista externo pudo hacer compatible sus estudios de preparación al sacerdocio con su participación activa en distintos movimientos asociativos católicos. Ya se mencionó anteriormente su presencia en las

actividades del Oratorio della Pace de Brescia. También desempeñó cargos de responsabilidad en las Congregaciones Marianas y en la Acción Católica y colaboró en las actividades caritativas de San Vicente de Paúl.

Pero de todas las actividades de juventud, ninguna fue tan destacada como la fundación de un periódico, *La Fionda* («La Honda»), que puso en marcha junto con su amigo Andrea Trebeschi. El periódico nació en 1915, como un «hoja estudiantil» promovida por la Unión de Bachilleres Católicos Italianos. En carta que el propio Giovanni Battista Montini envió a Pío XI (1922-1939) solicitando su bendición para este proyecto, presentaba *La Fionda* como una iniciativa de jóvenes estudiantes, aunque sin excluir de sus páginas la colaboración de profesores universitarios, financiado por ellos mismos y con este triple objetivo: «difundir la palabra cristiana en el alma estudiantil moderna, con atrevida sinceridad, pero a la vez con serenidad noble y gozosa; confortar con juvenil ardor la pureza amenazada de los jóvenes y preparar con una formación básica las conciencias de los estudiantes de secundaria para sus futuros deberes religiosos y civiles». Las colaboraciones del joven Montini aparecen firmadas con las siglas «G. B. M.» o con el seudónimo «Gibienne», que es la pronunciación de las siglas anteriores. Tras la guerra, en 1918, un nutrido grupo de estudiantes católicos se agruparon en torno a *La Fionda* y se integraron en la Federación de Universitarios Católicos de Italia (FUCI), en la que —con el paso de los años— el sacerdote Montini ejercería su ministerio pastoral.

El obispo de Brescia le confirió la tonsura (30 noviembre 1919). Un año más tarde fue ordenado como subdiácono y meses después como diácono (8 marzo 1920). El 29 de mayo de 1920 fue ordenado sacerdote por el obispo de Brescia, Giacinto Gaggia, y al día siguiente celebró su primera misa en Santa Maria delle Grazie, santuario muy popular entre los brescianos. Tras la ordenación, su obispo le envió a Roma para que ampliara sus estudios de teología y derecho canónico, para lo que se matriculó en la Pontificia Universidad Gregoriana. Fijó su residencia en el Seminario Lombardo. También se matriculó en Letras en la antigua Universidad de Roma, La Sapienza, aunque poco después tuvo que interrumpir esta carrera. En 1921 inició sus estudios diplomáticos en la entonces denominada Escuela de Nobles Eclesiásticos, que en la actualidad se conoce como Pontificia Academia Eclesiástica.

En 1923 fue nombrado agregado de la nunciatura en Polonia, y permaneció en Varsovia durante los meses de mayo a octubre de ese mismo año, junto al nuncio Lorenzo Laconi, donde pudo conocer a Józef Pilsudski (1867-1935), a quien en sus cartas designa como «el Garibaldi polaco», y a los principales personajes de la jerarquía eclesiástica de Polonia. De regreso a Roma, fue nombrado asistente eclesiástico del Círculo Universitario Romano, organización dependiente de la FUCI. Estos años fueron también para él tiempo de estudio, en los que consiguió el grado de doctor. En 1925 se incorporó a la Secretaría de Estado, donde desempeñaría diversos cometidos durante casi tres décadas, pues comenzó desde el nombramiento más bajo de minutante y acabo siendo prose-

cretrario de Estado. También en ese mismo año de 1925 fue designado consiliario de la FUCI, cargo que ocupó hasta 1933.

Por las repercusiones que tuvo en Italia, uno de sus biógrafos equipara el trabajo de Giovanni Battista Montini en la FUCI al de Luigi Sturzo como fundador del Partido Popular.

> Éste llevó a cabo la organización del resurgir católico en un partido nacional; aquél, la nueva fundación de un partido aconfesional, inspirado en los valores cristianos: con hombres bien preparados que, en la segunda posguerra, contribuirían a la reconstrucción del país y a la salvaguarda de la democracia. Muchos de los políticos de la Democracia Cristiana, a la caída del fascismo, habían sido nutridos con la linfa montiniana en los Círculos de la FUCI. Para dar un solo nombre: Aldo Moro (C. Cremona, *Pablo VI, ob. cit.)*.

Por obligaciones de su cargo tuvo que visitar las organizaciones estudiantiles católicas de toda Italia, lo que le puso en contacto con sus principales líderes. Además, ejerció una significativa influencia por medio de las publicaciones de la FUCI, entre las que destacó la revista *Studium*, en la que lo mismo que en *La Fionda* diez años antes aparecían con frecuencia las siglas «G. B. M.». Los escritos de Giovanni Battista Montini tuvieron una decisiva repercusión en ámbitos intelectuales italianos y contribuyeron a promover una renovación cultural. Por otra parte, sus publicaciones le permitieron darse a conocer y ponerse en contacto con intelectuales como Tommaso Gallarati Scotti, G. Prezzollini y sobre todo con Jean Guitton (L. Bedeschi, *// modernismo italiano,* Roma, 1995).

En el mes de marzo de 1933 la revista *Azione Fucina* publicaba una carta del consiliario general de la Acción Católica Italiana, Giuseppe Pizzardo (1877-1970), aceptando la dimisión de Giovanni Battista Montini en la FUCI. Pizzardo justificaba la retirada de Montini de la FUCI por sus crecientes obligaciones en la Secretaría de Estado. Pero recientes investigaciones han desvelado que las verdaderas causas, realmente, fueron otras. En primer lugar, se entienden mejor las cosas si se hace una referencia al ambiente italiano de aquel momento, en el que las apetencias del Estado fascista por controlar los organizaciones juveniles chocaron contra las posiciones de la FUCI. Por su parte, la FUCI encontró en su consiliario un firme defensor frente al control de la juventud, que pretendían los fascistas. Giovanni Battista Montini nunca disimuló sus convicciones; por el contrario, manifestó incluso su opinión crítica respecto a los arreglos conocidos como Pactos Lateranenses (1929). Todo ello, unido a la reputación antifascista de su familia, acabó por convertirle en un elemento incómodo para todos, en las delicadas relaciones que durante esos años mantenían la Santa Sede y el Estado fascista. Y el transcurrir de los acontecimientos deterioró aún más su ya de por sí difícil posición. Así, por ejemplo, cuando su antiguo mentor Giulio Bevilacqua fue desterrado de Brescia por oponerse al fascismo, Montini le acogió en su domicilio de Roma; su hospitalidad ponía de manifiesto una vez más su consecuente y noble modo de proceder. Sin embargo, su

comportamiento desencadenó las represalias de los fascistas; el centro romano de la FUCI sufrió un registro en mayo de 1931 y fue confiscada buena parte de su documentación. Lo cierto era que el consiliario de la FUCI se convertía cada vez con más frecuencia en el objeto de los ataques de las autoridades políticas italianas.

A los problemas de tipo político se vinieron a añadir las celotipias clericales entre la Acción Católica y las Congregaciones Marianas, que dirigía el jesuíta padre Gragnani. Frente a las excusas oficiales y nada creíbles que aparecieron en la revista de la FUCI, el sacerdote Montini tuvo que exponer por escrito (19 marzo 1933) a su obispo la verdad de lo sucedido. En su larga carta explicativa se podía leer —entre otras cosas— lo siguiente:

> El verdadero motivo de mi dimisión ha sido una adversidad, que todavía me resulta inexplicable. La única explicación que encuentro para ella es el querer de Dios, que lo ha permitido. Tal adversidad se remonta al año pasado. A mi entender, ha tenido origen en el deseo de cierto padre jesuíta de apoderarse del movimiento universitario católico, y en el temor de que nuestras asociaciones empobreciesen a otras instituciones suyas de este tipo. En todo momento he buscado abiertamente el acuerdo, y he mantenido siempre relaciones personales y oficiales corteses y correctas. Pero los padres jesuítas se hallan ahora en un momento de pánico y de preponderancia: de pánico, porque no se sienten rodeados de afectos espontáneos y, por tanto, se ven inclinados a sospechar que se trame algo contra ellos; de preponderancia, porque trabajan mucho y gozan de gran crédito en la curia romana.
>
> Y por eso hubo quien me pintó ante el Emmo. cardenal Vicario como antíjesuita y, por tanto, como una persona cuya actitud había de ser vigilada continuamente... La insinuación bastó para privarme de la confianza del cardenal, quien hasta ese momento había mostrado hacia mí una cordialidad que llegaba casi a la parcialidad en su estima y benevolencia [...] No soy consciente de haber hecho nunca nada, absolutamente nada, que pudiera ofender de algún modo a los padres jesuítas. Nunca he disuadido a un solo joven de participar en sus obras; es más, he tratado de facilitar a nuestros jóvenes la asistencia a ellas. Nunca he tratado de hacer prevalecer las prerrogativas de la Acción Católica de un modo que afectase mínimamente a la autonomía de ellos, o discutiese la bondad de su educación (C. Cremona, *Pablo VI, ob. til.).*

Desde 1933, por tanto, dirigió todos sus esfuerzos al trabajo en la curia romana. La actividad desarrollada por Giovanni Battista Montini en la Secretaría de Estado nos resulta ya conocida, por las referencias que de ella se hizo en el pontificado de Pío XII (1939-1958). Por esta razón, se expone ahora su trayectoria de un modo ordenado y conciso a la vez, con el fin de evitar reiteraciones. Como se dijo, la dimisión del cargo que tenía en la FUCI, le dejó más tiempo para dedicarse a su trabajo en la Secretaría de Estado, desde el modesto cargo que allí tuvo hasta 1937, por más que las misiones desempeñadas en ocasiones fueran de gran trascendencia. Así, por ejemplo, en julio de 1933 du-

rante el período de vacaciones, reemplazó como suplente al entonces monseñor Alfredo Ottaviani (1890-1979), que fue sustituto de la Secretaría de Estado desde 1929 hasta 1935. Como es sabido, en el gobierno de la Iglesia dicho cargo es el tercero en responsabilidad, después del papa y del secretario de Estado. Pero los pocos días que duró aquella suplencia fueron suficientes para comentar a su familia que en modo alguno le atraía el cargo de sustituto (G. B. Montini, *Lettere ai familiari 1919-1943*, Brescia, 1986).

Pues bien, el 13 de diciembre de 1937 monseñor Montini fue nombrado sustituto de la Secretaría de Estado para Asuntos Eclesiásticos Ordinarios, cargo en el que sucedía a Domenico Tardini (1888-1961), que a su vez pasó a ocupar el puesto que Giuseppe Pizzardo dejó vacante de sustituto de la Secretaría de Estado para Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, al ser promovido a cardenal. Por lo tanto sirvió a la Iglesia desde ese puesto durante el último año del pontificado de Pío XI, mientras el entonces Eugenio Pacelli era secretario de Estado. Durante esos meses tuvo que acompañar al entonces cardenal Pacelli a Budapest, a donde éste acudió como legado pontificio del XXXIV Congreso Eucarístico Internacional que se celebró en esta ciudad del 22 al 31 de julio de 1938. Durante estos meses estrechó sus relaciones con Tardini, puesto que los nuevos cometidos que a ambos se les encomendaron debían realizarse de un modo coordinado. Y, por razón de su cargo, estuvo presente en la agonía de Pío XI en la madrugada del 10 de febrero de 1939.

Al ser elevado al pontificado, Eugenio Pacelli (Pío XII) designó al cardenal Luigi Maglione (1879-1944) para cubrir la vacante que él mismo había dejado como titular de la Secretaría de Estado. Y, como ya sabemos, al fallecer Maglione el papa dejó sin cubrir ese puesto, asumió él mismo esas funciones y mantuvo a su lado como sus dos colaboradores más directos a Tardini y Montini, a quienes más tarde (29 noviembre 1952) promovió al cargo de prosecretarios de Estado.

Conocemos las misiones humanitarias que Pío XII encomendó a Giovanni Battista Montini durante la Segunda Guerra Mundial, por lo que no hace falta volver sobre ellas. Al término del conflicto, la permanencia de monseñor Montini en las dependencias vaticanas se vio agitada por los diversos ataques de que fue objeto, procedentes en unas ocasiones de los antiguos fascistas, que nunca le perdonaron que interviniese ante el representante de Estados Unidos ante la Santa Sede, con el fin de evitar la entrada de Italia en la guerra. Otras veces, sin embargo, fue el blanco de ciertas intrigas clericales, de las que, si bien Pío XII no hizo ningún caso, no podía menos de afectarle anímicamente por las falsas acusaciones que sobre él se vertían.

Se le acusaba de ser filoizquierdista, lo que en aquellos años era tanto como decir amigo de los enemigos de la Iglesia, ya que en esos momentos los comunistas llevaban a cabo una persecución contra los católicos; y hasta de manera insidiosa algunos hicieron correr el rumor de que Giovanni Battista Montini defendía posiciones doctrinales heterodoxas, en materias litúrgicas y pastorales. Se trataba de individuos que por carecer de visión sobrenatural sólo entendían

la Iglesia como una sociedad humana; eran clérigos o laicos que, por desnaturalizar su actividad en la Iglesia, se limitaban a hacer carrera y todo lo reducían a luchas por el poder. En definitiva, eran los mismos para los que el verbo «servir» sólo tenía conjugación reflexiva, y para las cuales cualquier medio era bueno si con él podían apartar a Montini de la Secretaría de Estado. Y aparentemente —pero sólo aparentemente— los hechos parecían darles la razón, pues el 1 de noviembre de 1954 fue nombrado arzobispo de Milán y por lo tanto alejado del Vaticano. La noticia se hizo pública tres días después en *L'Osservatore Romano,* precisamente en la fiesta de san Carlos Borromeo (1538-1584), que junto con san Ambrosio (334-397) son los patronos de Milán.

Por encontrarse enfermo Pío XII no pudo consagrarle obispo, como hubiera sido su deseo, y el papa tuvo que limitarse a enviarle un mensaje por radio durante la ceremonia. Giovanni Battista recibió la consagración episcopal (12 diciembre 1954) de manos del cardenal decano, Eugenio Tisserant (1884-1972), en la basílica de San Pedro del Vaticano. Tres semanas después abandonó Roma para tomar posesión de su sede. El día 6 de enero hizo su entrada oficial en Milán en un coche descubierto acompañado del alcalde de la ciudad, el socialista Virgilio Ferrari. En su primera homilía pronunciada en la catedral de Milán, tras reconocer con humildad que no tenía otro título para presentarse ante ellos que el haber sido enviado por la Iglesia, a continuación manifestó también con claridad y energía los rasgos que hacían grande su misión, con expresión muy conocida desde que la pronunció: «¡Soy apóstol y soy obispo! ¡Pastor, padre, maestro y ministro del Evangelio! No es otro mi cometido entre vosotros.»

Una de las primeras personas que conoció en Milán fue al sacerdote Pasquale Macchi, a quien la diócesis había designado como secretario privado del nuevo arzobispo. Macchi permaneció a su lado sirviéndole con exquisita fidelidad hasta su muerte. Como veremos, a Pasquale Macchi le debemos el testimonio de cómo fueron los últimos momentos de Pablo VI en esta tierra.

Al mes de haber tomado posesión, publicó su primera carta pastoral *Omnia nobis Christus est {Cristo es todo para nosotros),* de gran calado cristológico, que se convertiría en una de las constantes de la predicación del nuevo prelado. Junto a este aspecto capital de su catequesis, el segundo motivo en importancia de su predicación fue la Virgen María, a quien se refería como la encarnación de la Belleza; y conviene recordar que fue él mismo, siendo papa, quien al término de la tercera sesión del Concilio Vaticano II proclamó a la Virgen María *Madre de la Iglesia.*

La diócesis de grandes dimensiones que se confiaba a monseñor Montini tenía 822 parroquias, y sólo en el primer año las visitó casi todas, exactamente 700, lo que le permitió de inmediato conocer con precisión la realidad que debía gobernar. Fue así cómo concibió la idea de celebrar en Milán una misión, en cuya minuciosa preparación empleó dos años *(La Missione di Milano,* Arcivescovado di Milano, 1957). La célebre misión de Milán tuvo lugar entre los días 5 al 24 de noviembre de 1957, en la que intervinieron 500 clérigos entre sacerdotes y obispos.

> Una misión de nuevo cuño —afirma un autor— encaminada a reconciliar la cultura moderna con la tradición religiosa que, pese al secularismo moderno, impregnaba la vida de la ciudad. Le dio el calificativo de «urbana», en vez de «popular», que tradicionalmente se le aplicaba, e insistió en la moderación y sobriedad de los actos, que sin solemnidades ruidosas, deberían llegar al seno de cada casa, como si se tratara de una celebración familiar. La misma sencillez deberían mantener los sermones, cuyo tema fundamental sería la paternidad de Dios, clave en la espiritualidad de Montini; y el tono, lejos de ser apocalíptico, todavía en boga en aquel tiempo, debía ser el de la exhortación didáctica y convincente: «que nadie se sienta ofendido, ironizado, atacado por la predicación, sino todos invitados, amonestados, como llamados y esperados» (J. L. González Novalín, «Juan Bautista Montini. Una vida para el papado», *Anuario de Historia de la Iglesia,* VI, Pamplona, 1997).

Además de la catequesis y de la predicación, propias de toda misión, se promovieron distintas iniciativas benéficas con el fin de integrar en la sociedad a los grupos marginados, como el de los expresidiarios y el de los inmigrantes. Y para conmemorar aquellas jornadas pastorales se construyó un templo dedicado al santo cura de Ars (1786-1859). Es esta última una de las facetas a destacar de monseñor Montini durante su permanencia en la sede de Milán, pues durante esos años consagró 72 iglesias, y cuando fue elegido papa otras 19 se encontraban en construcción.

Como ya se dijo, Juan XXIII (1958-1963) le puso a la cabeza de la lista de los purpurados a los que designó cardenales, en el primero de sus consistorios (17 noviembre 1958). Conviene recordar que Juan XXIII había sido elegido papa tan sólo unos días antes, y precisamente en el mismo día de su coronación, fiesta de san Carlos Borromeo, el propio papa quiso tener el gesto de adelantarle por escrito su nombramiento:

> Excelencia queridísima, estoy a punto de bajar a San Pedro para la gran ceremonia. Pienso en san Carlos, en su sucesor y en todos los milaneses juntos, clero y pueblo. En seguida anunciaré el consistorio, en el que figurarán los nombres de monseñor Montini y monseñor Tardini. Pero esto sucederá en el plazo de una semana; mientras tanto quedará en absoluto secreto.

Conocemos su reacción ante el comunicado de Juan XXIII; fue ésta:

> Saber que el papa, en el día de su coronación, en la fiesta de san Carlos, antes de la gran ceremonia, se acuerda del que suscribe humildemente y se digna revelarle secretos, con una simplicidad que enriquece enormemente el valor del documento, es algo que deja sin aliento e impide encontrar una adecuada expresión de gratitud (G. Colombo, *Ricordando Giovanni Battista Montini arcivescovo e papa,* Roma, 1989).

El cónclave para elegir al sucesor de Juan XXIII dio comienzo en la tarde del 19 de junio de 1963. Dos días después, a la quinta votación, fue elegido papa

y adoptó el nombre de Pablo VI, por su devoción al Apóstol de las Gentes. La coronación tuvo lugar nueve días después, coincidiendo precisamente con la festividad de san Pablo. Por primera vez esta ceremonia se celebró en la plaza de San Pedro, y fue también la última vez que se pudo ver a un papa con tiara. Este ornamento, que se venía utilizando desde el siglo xiii, se lo habían regalado sus fieles milaneses. Tras la solemne ceremonia, Pablo VI no volvió a utilizarla y fue subastada con el fin de recaudar fondos para los pobres.

El pontificado de Pablo VI. Pablo VI, sin duda, pasará a la historia por haber continuado y concluido el Concilio Vaticano II, que su predecesor Juan XXIII había convocado. Así pues, es obligado relacionar dicho acontecimiento con su pontificado. En consecuencia, me remito al apartado específico de este libro, donde se estudian todos los concilios ecuménicos. Las páginas siguientes, por tanto, sólo se ocuparán del resto de los hechos más destacados del pontificado de Pablo VI. Pues, a pesar de la trascendencia del Concilio Vaticano II, también se debe prestar atención a las otras realizaciones de Pablo VI, si se quiere tener una imagen completa y ajustada del paso de Pablo VI por la cátedra de san Pedro.

En principio, Pablo VI mantuvo al frente de la Secretaría de Estado al cardenal Amleto Cicognani (1883-1973). Sin embargo, pronto vendrían las reformas para dar cauce a las disposiciones de los decretos conciliares. En este sentido, se instituyó el Sínodo de los Obispos (15 septiembre 1965) con el fin de que los obispos colaboraran con mayor efectividad en el gobierno central de la Iglesia. Igualmente se reforzó el papel de las Conferencias episcopales, que ya habían sido establecidas en algunos países en el siglo anterior. También mediante el *motu proprio, Integrae servandae* (7 diciembre 1965), se suprimió el índice de libros prohibidos y se reformó profundamente la Congregación del Santo Oficio, que pasó a denominarse Congregación para la Doctrina de la Fe. El cardenal Ottaviani, que hasta entonces había sido la máxima autoridad del Santo Oficio, fue nombrado prefecto emérito de la nueva congregación.

Todas estas innovaciones parciales eran el preludio de una renovación de mayor amplitud. La constitución apostólica *Regimini Ecclesiae universalis* (15 agosto 1967) reformó las instituciones del gobierno central de la Iglesia, que se conocen con el nombre de curia romana, cuya organización se regía hasta entonces por la normativa dictada por san Pío X (1903-1914) en 1908. Como es sabido, las disposiciones de Pablo VI respecto a la curia han sido sustituidas por las de la constitución *Pastor bonus* (28 junio 1988) de Juan Pablo II.

Pablo VI atribuyó a la Secretaría de Estado una función coordinadora de la curia, en la que se concedía un papel importante a la figura del sustituto, cargo para el que fue designado desde 1967 Giovanni Benelli (1921-1982). Se suprimieron varios dicasterios y se crearon otros nuevos. Así, entre los nuevos organismos, cabe mencionar el Pontificio Consejo para los Laicos y la Comisión Iustitia et Pax. Con el fin de internacionalizar las Congregaciones, se limitó el nombramiento de sus miembros a cinco años y se autorizó a que pudieran serlo los obispos diocesanos. E igualmente se impuso el límite de los 75 años a los

obispos y a otras dignidades, para presentar su renuncia como titulares de sus cargos eclesiásticos.

Así pues, por sobrepasar el límite de edad, el cardenal Cicognani presentó su dimisión en 1969, se le nombró secretario de Estado emérito y pasó a ocupar ese puesto el cardenal Jean Villot (1905-1979). Los asuntos públicos de la Iglesia, así como las relaciones de la Santa Sede con el resto de los Estados, se encomendaron al cardenal Agostino Casaroli (1914-1998). El hecho de que la Secretaría de Estado la ocupara un cardenal que no era italiano, era todo un síntoma del deseo de internacionalizar la curia. La universalidad de la Iglesia quedó igualmente reflejada en la evolución que sufrió la composición del colegio cardenalicio. En efecto, en 1963 dicha institución se componía de tres tercios de iguales proporciones de cardenales italianos (29 miembros), europeos no italiano (28 miembros) y no europeos (28 miembros). Estas proporciones habían cambiado significativamente en 1978, pues los cardenales italianos eran 33, los europeos no italianos también eran 33 y los no europeos alcanzaban la cifra de 66 cardenales (Yves-Marie *Hilaire, Histoire de la papaute,* París, 1996).

Durante el pontificado de Pablo VI se celebraron cuatro sínodos ordinarios y uno extraordinario. El Sínodo de los Obispos emanaba del Concilio Vaticano II, para ayudar con sus iniciativas e informes al papa en su misión de pastor supremo de la Iglesia, era convocado por él y cuando lo considerase oportuno el romano pontífice podía pronunciarse con voto deliberativo; en consecuencia, en modo alguno limitaba la autoridad del papa. En el primer sínodo ordinario (28 octubre 1967) sus 169 participantes estudiaron la revisión del Código de derecho canónico, la reforma litúrgica y los problemas de los matrimonios mixtos. El sínodo extraordinario (27 octubre 1969) se ocupó de las relaciones entre la Santa Sede y las Conferencias episcopales. El ministerio sacerdotal y la justicia en el mundo fueron los puntos sobre los que se centró el tercer sínodo ordinario (30 septiembre 1971). Y el cuarto de los sínodos ordinarios (27 septiembre 1974) se dedicó a la evangelización del mundo contemporáneo. Por fin, el sínodo de 1977 se centró sobre la catcquesis y la importancia de la enseñanza religiosa.

El *ecumenismo* fue otro de los rasgos característicos del pontificado de Pablo VI. No se le ocultaban a Pablo VI los problemas de este empeño, y en alguno de sus documentos llegó a manifestar la dificultad que comportaba para el progreso del ecumenismo «su primado de honor y jurisdicción». Sin embargo, el reconocimiento de los problemas y las dificultades para encontrarles solución, no podía conducir a recortar o a cambiar la doctrina de Jesucristo. Por esta razón, en una de sus intervenciones (10 junio 1969) ante el Consejo Ecuménico de las Iglesias, durante su viaje a Ginebra, comenzó su discurso con las siguientes palabras: «Mi nombre es Pedro», para exponer a continuación que el ministerio de comunión lo había heredado igualmente de Pedro.

No obstante, la firmeza en la doctrina de Pablo VI no fue incompatible con la multiplicidad de gestos de acercamiento con distintas personalidades. Éste

fue el caso de los encuentros que sostuvo con el obispo anglicano Michael Ramsey en 1966 o con el patriarca de los armenios Khoren I, al año siguiente. Pero la imagen que ha quedado para la historia, como su principal gesto ecuménico, se produjo en los primeros días de enero de 1964, durante su viaje a Tierra Santa. Allí, concretamente en el Monte de los Olivos, se fundió en un fraternal abrazo con el patriarca de Constantinopla, Atenágoras I (1886-1972). En 1968, Atenágoras le visitó en Roma. Una de las consecuencias de estos encuentros fue la suspensión de la excomunión, que pesaba sobre ambos cargos desde el cisma de Oriente.

Como el Apóstol de las Gentes, cuyo nombre había adoptado para gobernar la Iglesia como sucesor de san Pedro, quiso romper el aislamiento geográfico en el que permanecían sus predecesores desde 1870, tras la pérdida de los Estados pontificios. Ya vimos cómo Juan XXIII había realizado los primeros viajes por Italia, lo que no sucedía desde el pontificado de Pío IX (1846-1878). Por su parte, Pablo VI recorrió distintos países del mundo en sus nueve viajes, realizados entre 1964 y 1970. A partir de ese año, por motivos de salud, no realizó ninguno más. Si bien es cierto que, en comparación con lo que viene sucediendo durante el pontificado de Juan Pablo II, esos nueve viajes son bien poca cosa, las salidas del Vaticano de Pablo VI hay que juzgarlas en relación con las circunstancias del momento en que se produjeron. Y en ese contexto hay que afirmar que las iniciativas viajeras de Pablo VI fueron una auténtica novedad en la década de los sesenta. Todas sus salidas del Vaticano estuvieron rodeadas de una enorme expectación y se convirtieron en el centro de la información de los medios de comunicación en todo el mundo.

Si a todas las circunstancias anteriores se añade que ninguno de los sucesores de san Pedro había vuelto a pisar la tierra de Jesucristo, se comprenderá lo que pudo suponer el anuncio de su viaje a Tierra Santa, a los pocos días de ser elegido papa. Como ya se dijo, el viaje tuvo lugar los primeros días del año 1964. Por entonces, hacía pocos meses que se había comenzado a propalar la calumnia sobre la actuación de Pío XII respecto a los judíos en la Segunda Guerra Mundial. Y conviene recordar que en los años de guerra, el entonces Giovanni Montini era el más directo colaborador de Pío XII en las iniciativas humanitarias de la Santa Sede.

Pues bien, durante el viaje de Pablo VI a Tierra Santa, los periódicos judíos se hicieron amplio eco de esa calumnia, lo que creó una situación diplomática sumamente delicada. Aquel momento era el menos adecuado para abordar un tema de alta temperatura emocional y bien conscientes de ello fueron los difusores de la calumnia. Pero, por otra parte, el silencio de Pablo VI se tomaría como certificado de verdad de lo que decían los calumniadores de Pío XII, por cuanto Pablo VI había sido un directo colaborador suyo y conocía lo sucedido directamente. Por todas estas razones, cabe la sospecha de si la calumnia lanzada contra Pío XII estaba dirigida contra el papa de la Segunda Guerra mundial, o si por el contrario la infamia tenía un efecto retardado y a quien realmente trataba de destruir era a Pablo VI.

Conjeturas a un lado, los hechos probados es que aunque en los discursos oficiales no había nada escrito al respecto, Pablo VI en el texto ya entregado que iba a ser leído en su despedida de Jerusalén, añadió las siguientes palabras:

> Nuestro gran predecesor, Pío XII, afirmó con energía en repetidas ocasiones durante el último conflicto que la Iglesia ama a todos los pueblos. Y todo el mundo sabe lo que él hizo en defensa y auxilio de cuantos se hallaban en apuros, sin distinciones de ningún género. A pesar de lo cual, como sabéis, hay quien se ha propuesto arrojar sospechas e incluso acusaciones contra la memoria de aquel gran pontífice. Nos da mucha alegría tener ocasión de afirmarlo en este día y en este lugar: no existe nada más injusto que ese ataque a una memoria tan venerable {*Insegnamenti di Paolo VI,* 16 vols., Cittá del Vaticano, 1963-1978, t. II).

Pablo VI hizo su segundo viaje (2-5 diciembre 1964) a la India, donde quiso llevar un mensaje de paz y denunciar las situaciones injustas que padecía el Tercer Mundo. En Bombay presidió los actos del XXXVIII Congreso Eucarístico Internacional. En este viaje regaló a la madre Teresa de Calcuta (1910-1997) el coche descapotable que había utilizado en sus desplazamientos, para que con el producto de su venta pudiera ayudar a sus pobres.

El 4 de octubre de 1965 viajó a Nueva York, donde visitó la ONU con motivo de su vigésimo aniversario. Tras ser recibido por su secretario general, U Thant (1909-1974), Amintore Fanfani (1908), como presidente de turno de la Asamblea, le cedió la palabra. Como hiciera san Pablo al dirigirse a los atenienses, Pablo VI habló del Dios desconocido a los representantes de todos los Estados en aquella institución plural:

> El edificio de la moderna civilización —dijo el papa— debe construirse sobre principios espirituales, capaces no sólo de sostenerlo sino de iluminarlo y animarlo. Y para que esos indispensables principios de superior sabiduría sean tales, deben fundarse en la fe en Dios ¿El Dios desconocido? ¿El Dios desconocido sobre el que hablaba san Pablo a los atenienses; desconocido para ellos que, sin darse cuenta, lo buscaban y lo tenían cerca, como sucede a tantos hombres en nuestro tiempo? Para nosotros y para cuantos acogen la Revelación inefable que Cristo nos ha hecho de Él, es el Dios vivo, el Padre de todos los hombres.

Al día siguiente la prensa de todo el mundo reprodujo una de sus frases, que había pronunciado en francés, y que resumía su mensaje de paz: «¡Nunca más los unos contra los otros, nunca, nunca jamás!»

Los dos viajes de 1967 —Fátima (13 mayo) y Turquía (22-26 julio)— tuvieron una clara motivación mariana y ecuménica. En los actos celebrados en Fátima con motivo del cincuentenario de las apariciones, estuvo presente sor Lucia. En Estambul, Pablo VI volvió a reunirse con el patriarca Atenagoras I. En agosto de 1968 viajó a Bogotá y Medellín, para asistir al XXXIX Congreso Eucarístico Internacional. En junio de 1969 viajó a Ginebra, donde pronunció la

frase que antes hemos comentado, ante el Consejo ecuménico de las Iglesias; también en Ginebra tuvo una destacada intervención en la sede de la Organización Internacional del Trabajo, que ese año celebraba su cincuenta aniversario. El 31 de julio de 1969 se trasladó a Uganda, para inaugurar el santuario en honor de los 22 jóvenes que habían sido martirizados en la colina de Namugongo por el rey Mwanga en 1886, y a los que el mismo Pablo VI había canonizado en 1964. Y el último y más largo de sus viajes lo hizo por Extremo Oriente; permaneció fuera del Vaticano del 26 de noviembre al 5 de diciembre de 1970, visitando en las distintas escalas Dacca, Manila (donde como después se supo sufrió un atentado producido por arma blanca, que le causó una herida de poca importancia), las islas Samoa, Sydney, Yakarta y Hong Kong. Además de estos nueve viajes, salió del Vaticano para acudir a distintos actos en numerosas ciudades italianas como Orvieto, Montecasino, Pisa, Monte Fulmone, Florencia, Cagliari, Tarento, Anagni, Pomezia, Subiaco y algunas otras más.

El día de Navidad de 1974, Pablo VI celebró la ceremonia de apertura de la Puerta Santa, para inaugurar de este modo el Año Santo de 1975. La convocatoria para ese acontecimiento la hizo mediante la bula *Apostolorum Limina,* invitando a los fieles a un tiempo de santificación, de reconciliación y meditación de las enseñanzas del concilio. Procedentes de todos los países del mundo acudieron a Roma más de diez millones de peregrinos.

A Pablo VI se debe la iniciativa de hacer el *Via Crucis* cada Viernes Santo en el Coliseo de Roma, con la intención de resaltar la continuidad entre los cristianos del siglo xx y los mártires de la primitiva cristiandad, que dieron testimonio de su fe con la entrega de sus vidas de un modo cruento. Y fue también Pablo VI quien instituyó la Jornada Mundial de la Paz, que debía celebrarse el primer día de cada año, bajo un lema concreto sobre el que los creyentes debían meditar y rezar, a la vez que se invitaba a los no creyentes a reflexionar y a unirse a las distintas celebraciones que se desarrollan en toda la Iglesia durante esa jornada.

Por último, cabe señalar en este apartado que además de las beatificaciones y canonizaciones que celebró, Pablo VI proclamó como doctoras de la Iglesia a las dos primeras mujeres: santa Catalina de Siena (1347-1380) y santa Teresa de Jesús (15154582).

El magisterio de Pablo VI. Como en otros tiempos, también durante el pontificado de Pablo VI se produjeron graves ataques contra la fe y la moral. Al cabo de dos mil años de historia, desde luego que las herejías no eran ninguna novedad. Desgraciadamente, con mayor o menor virulencia siempre han sido una constante en los últimos veinte siglos. Sin embargo, las desviaciones doctrinales de los años que nos ocupan tienen unas características propias que permiten distinguirlas de las de otros períodos. En primer lugar, llaman la atención por su número y por su diversidad, de manera que se puede afirmar que no hubo aspecto del dogma y de la moral que no fuera rebatido. Por otra parte, los ataques doctrinales del pasado tenían una localización externa, porque o bien procedían de personas que no eran católicas en unos casos, o bien en otros si los

promotores eran católicos acababan abandonando la Iglesia; sin embargo, durante el pontificado de Pablo VI, de acuerdo con la táctica del modernismo, el daño y la confusión fue mayor porque no pocos de los que se enfrentaron radicalmente a la doctrina de la Iglesia, permanecieron a la vez dentro de ella. Alguna relación con este calamitoso estado de cosas debe tener la conocida frase de Pablo VI de que el «humo del infierno había penetrado dentro de la Iglesia».

Como algún autor ha afirmado, la defensa del depósito de la fe fue, por tanto, la cruz y la gloria de Pablo VI, cuyo magisterio se nos presenta con una gran riqueza y profundidad. Sus enseñanzas fueron transmitidas por medio de numerosos documentos y discursos, que llegaron incluso a ser rechazados formalmente en algunos ambientes católicos. Por esta razón, para que al menos la encíclicas —documentos relevantes del magisterio pontificio— no pudieran ser utilizadas como mecanismos de provocación por considerar algunos clérigos que sus contenidos eran materia opinable y discutible, después de publicar la *Humanae vitae* (25 julio 1968), no volvió a publicar ninguna encíclica más. Por prudencia, decidió a partir de entonces exponer la doctrina en otro tipo de documentos menos solemnes, aunque por la importancia de sus contenidos han contribuido a enriquecer el patrimonio doctrinal de la Iglesia. Por el abultado número de documentos magisteriales de Pablo VI, nos tenemos que limitar a continuación sólo a una brevísima descripción de los más importantes, agrupándolos en los siguientes apartados temáticos: dogma, sacerdocio, moral, sagrada liturgia, espiritualidad, evangelización, familia y sociedad civil.

En el apartado del dogma, hay que empezar por referirse a las enseñanzas contenidas en la primera encíclica, *Ecclesiam suam* (6 agosto 1964), que el mismo Pablo VI resumió en la audiencia celebrada el día antes de su publicación con las siguientes palabras:

> Los caminos que indicamos son tres: el primero es espiritual; se refiere a la conciencia que la Iglesia debe tener y fomentar de sí misma. El segundo es moral; se refiere a la renovación ascética, práctica, canónica, que la Iglesia necesita para conformarse a la conciencia mencionada, para ser pura, santa, fuerte, auténtica. Y el tercer camino es apostólico; lo hemos designado con términos hoy en boga: el diálogo; es decir, se refiere este camino al modo, al arte, al estilo que la Iglesia debe infundir en su actividad ministerial en el concierto disonante, voluble y complejo del mundo contemporáneo (F. Guerrero, *El magisterio pontificio contemporáneo*, t. I, Madrid, 1996).

También en relación con las cuestiones dogmáticas hay que referirse a otros dos documentos más de Pablo VI. En primer lugar, la encíclica *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965) sobre la doctrina y el culto de la sagrada eucaristía, donde se expone el carácter sacrificial de la misa y se reafirma la doctrina de la transubstanciación. En segundo lugar, *El Credo del Pueblo de Dios* (30 junio 1968), que es una exposición de la fe de la Iglesia universal, de acuerdo con la estructura que ya empleara el Concilio de Nicea I (325) respecto al símbolo de los apóstoles.

En cuanto al sacerdocio, la encíclica *Sacerdotalis caelibatus* (24 junio 1967) confirmaba la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la ley del celibato sacerdotal en la Iglesia latina. Pablo VI salía así al paso de una campaña contra el celibato, organizada en ciertos sectores clericales de Holanda, que se negaban a aceptar las enseñanzas conciliares. En los años posteriores a la publicación de la encíclica, todavía fue necesario insistir sobre este punto por medio de alocuciones y cartas, para hacer frente a los ataques de quienes se oponían abiertamente al magisterio pontificio. Por otro lado, hay que citar también la declaración *ínter insigniores* (15 octubre 1976) sobre el sacerdocio ministerial, en la que se exponen los argumentos por los que en la Iglesia católica las mujeres no pueden recibir el orden sacerdotal.

En el apartado de moral hay que mencionar, entre otros, tres documentos fundamentales del pontificado de Pablo VI. La constitución apostólica *Paenitemini* (17 febrero 1966), donde se expone la doctrina sobre la mortificación cristiana y se dan las normas —vigentes en la actualidad— sobre el ayuno y la abstinencia. *De aborto procurato* (18 noviembre 1974), que es la declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la práctica del aborto. Este documento fue publicado cuando en algunos Estados europeos se preparaban las distintas iniciativas legales que atentaban contra el derecho a la vida (Federico Trillo-Figueroa Martínez Conde, «La legalización del aborto en el Derecho comparado», en AA. VV., *En defensa de la vida,* Madrid, 1983). El tercero de los documentos, *Persona humana* (29 diciembre 1975), como el anterior, es también una declaración de la misma congregación sobre la moral en cuestiones sexuales; en dicho documento, entre otras enseñanzas, se condena la doctrina de la *opción fundamental,* según la cual no sería pecado grave una infidelidad conyugal, ni tan siquiera unas cuantas infidelidades conyugales, pues el cambio de pareja de manera aislada —sostienen los defensores de la opción fundamental— no tiene ninguna importancia, si a la vez y de un modo intelectual se respeta y mantiene la *opción fundamental* respecto a la otra parte del matrimonio.

Entre los documentos referidos a la sagrada liturgia, hay que destacar la exhortación apostólica *Marialis cultus* (2 febrero 1974). La primera parte de este documento está dedicada al culto a la Virgen en la liturgia; la segunda parte trata sobre la renovación de la piedad mariana, y la tercera contiene una serie de indicaciones sobre los ejercicios de piedad mariana. En sus páginas finales, el documento se ocupa extensamente del *Ángelus y* sobre todo del rosario, de la que se dice que es «una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar».

En cuanto a la espiritualidad, el documento más representativo es la exhortación apostólica *Gaudete in Domino* (9 mayo 1975), sobre la alegría cristiana. Tras exponer con profundidad teológica la esencia de la alegría cristiana como «participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del ánimo de Jesucristo glorificado», el papa hace un repaso histórico por orden de importancia de los maestros de la alegría. Comenzando por la Virgen, a quien el papa presenta no sólo como ejemplo sino también como «causa de nuestra

alegría», siguiendo por los mártires, los santos de la Edad Media y los de los tiempos modernos, Pablo VI acaba citando a san Maximiliano Kolbe (1894-1941), mártir en un campo nazi de concentración, precisamente porque como dice el documento pontificio, la más pura alegría se encuentra precisamente allí donde con más fidelidad es abrazada la cruz de Jesucristo.

La exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), sobre la evangelización en el mundo contemporáneo, es uno de los documentos posconciliares más citados. Este escrito de hondo calado teológico expone el concepto y el contenido de la evangelización, así como los medios, los destinatarios, los agentes y el espíritu de la evangelización.

El documento del magisterio de Pablo VI sobre la familia más importante es la encíclica *Humanae vitae*, sobre la regulación de natalidad. Juan XXIII había creado en 1963 una comisión consultiva de expertos en moral, biología, medicina y sociología para que estudiasen esta cuestión. Por su parte, Pablo VI amplió dicha comisión que prosiguió sus debates de un modo errático y acabó presentando una serie de conclusiones en 1966 que sembraron una auténtica confusión doctrinal, lo que condujo a pensar en algunos ambientes que la Iglesia podía cambiar las normas de moralidad en esta materia. En estas circunstancias, por tanto, faltaba que el papa pronunciase la última palabra. Del estado de ánimo del romano pontífice pueden dar una idea las siguientes palabras que pronunció en una audiencia, pocos días antes de publicar la *Humanae vitae:*

> Nunca como en este momento —manifestó Pablo VI— habíamos sentido el peso de nuestro cargo. Hemos estudiado, leído y discutido todo lo posible; y también hemos rezado mucho... ¡Cuántas veces hemos tenido la impresión de quedar desbordados por tal cúmulo de argumentaciones! ¡Cuántas veces hemos temblado ante el dilema existente entre una fácil condescendencia con la opiniones corrientes y una sentencia que pudiera parecer intolerable a la sociedad actual, o que pudiera ser arbitrariamente gravosa para la vida conyugal! *(Insegnamenti di Paolo VI..., ob. cit.,* t. VII).

El papa reafirmó la doctrina tradicional en la encíclica, y, tras exponer los principios doctrinales de la ley natural y evangélica establecidos por Dios, que la Iglesia no puede variar por cuanto sólo es su depositaría e intérprete, declaró como inmoral el uso de los contraceptivos. Era sabido que en ésta como en otras materias, quienes desde hacía tiempo se habían enfrentado al magisterio pontificio no iban a acatar las enseñanzas pontificias de la *Humanae vitae.* Sin embargo, en este caso, para atacar los principios morales de la *Humanae vitae* se utilizó más que la táctica del rechazo frontal, la táctica de sembrar una enorme confusión. Fue así cómo algunos se erigieron en difusores de una interpretación manipulada de la *Humanae vitae*, haciéndole decir por su boca a Pablo VI lo contrario de lo que dice la encíclica. En este sentido, es muy significativa la opinión extendida en ciertos ámbitos de que es lícito el uso de los contraceptivos como derivación de la «paternidad responsable», de la que, en efecto, habla Pablo VI pero en sentido bien diferente. Bien es cierto que a poco

que se preste atención a los argumentos de los voceros de la manipulación, se percibe que sus propuestas van dirigidas realmente a la promoción de una paternidad «confortable», en consonancia con la sociedad hedonista de los últimos años. Por lo demás, la recta interpretación de la paternidad responsable en orden a buscar la santidad en el matrimonio ha sido objeto de importantes estudios (J. L. Soria, *La paternidad responsable*, Madrid, 1971) y artículos que salieron al paso de esa perversa manipulación muy desde el principio (C. Wojtyla, «La veritá dell'enciclica *Humanae vitae* di Paolo VI», *L'Osservatore Romano,* 5 enero 1969).

Junto con la anterior, otra gran encíclica de Pablo VI es la *Populorum progressio* (26 marzo 1967), que proyecta la doctrina sobre el orden social, con el fin de promover el desarrollo de los pueblos. La encíclica comienza con un análisis de la situación económica mundial, para proponer a continuación un «desarrollo solidario de la humanidad», dificultado en buena parte por las barreras que levantan los nacionalismos y el racismo. Con palabras exigentes, el papa manifiesta en más de un pasaje la realidad de la injusticia y hace un llamamiento a la conversión del corazón, como condición indispensable para llevar a cabo una acción solidaria. Por ser uno de los documentos sociales más importantes de la edad contemporánea, la resonancia del eco que se produjo con su publicación sigue oyéndose todavía hoy, después de treinta años, y se mantiene como una de las guías fundamentales con la que la Iglesia ha querido orientar la actuación de los cristianos en el orden social. Por otra parte, la carta apostólica *Octogésima adveniens* (14 mayo 1971), publicada con ocasión del ochenta aniversario de la *Rerum Novarum,* además de insistir en los aspectos principales de la doctrina social que habían sido desarrollados en la encíclica anterior, se ocupa también de otros que no habían sido tratados o simplemente enunciados en la *Populorum progressio,* como el medio ambiente, las problemas de la urbanización, el paro —y de manera concreta el desempleo juvenil—, los medios de comunicación social, la emigración y las discriminaciones.

Realmente, frente a los gravísimos ataques contra la doctrina, el magisterio de Pablo VI se eleva con autoridad y trasciende su pontificado. Por ello, le asistía toda la razón cuando en la homilía del decimoquinto aniversario (29 junio 1978) de su coronación dijo las siguientes palabras, que por pronunciarlas semanas antes de fallecer tienen un carácter testamentario:

> Nos, al echar una mirada de conjunto sobre todo el período en que el Señor nos ha confiado su Iglesia, aunque nos vemos como el último e indigno sucesor de Pedro, nos sentimos confortados y sostenidos, en este umbral, por la conciencia de haber repetido incansablemente ante la Iglesia y el mundo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» También Nos, como Pablo, nos sentimos capaces de decir: «He luchado en el noble combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe» *(Insegnamenti di Paolo VI..., ob. cit.,* t. XVI).

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. En la vigilia de Pentecostés del Año del Espíritu Santo (30 mayo 1998), Juan Pablo II se reunió en la plaza de San Pedro con más de doscientas mil personas, pertenecientes a los movimientos eclesiales y a las nuevas comunidades. Fue un acontecimiento espléndido, que durante esa celebración sacó a la luz algunos de los «recursos» —como el mismo papa ha dicho— con que el Espíritu Santo alimenta el tejido eclesial.

Los movimientos aprobados y reconocidos por el Pontificio Consejo para los laicos, en mayo de 1998, eran los siguientes: Adsis, Associazione papa Giovanni XXIII, Asociación de Cooperadores Salesianos, The Catholic Fraternity, Camino Neocatccumenal, Centro Internacional Milicia de la Immaculada, City of the Lord, Covenant Community, The Christian Community of God's Delight, Comunidad de El Arca, Comunidad El Emmanuel, Communauté des Beatitudes, Communauté du Chemin Neuf, Communauté du Pain de Vie, Communauté du Verbe de Vie, Communauté «Réjouis toi», Communion de communauté Béthanie, Comunidade Católica Shalom, Comunión y Liberación, Comunidad de San Egidio, Comunidad Vida Cristiana, Comunitá Gesu Risorto, Comunitá Maria, Comunitá Missionaria di Cristo Risorto, Couples for Chríst, Cursillos de Cristiandad, El Shaddai, Equipes Notre-Dame, Equipes Notre-Dame Jeunes, FASTA (Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino), Fe y Luz, Foyers de Charité, ICCRS (International Catholic Charismatic Renewal Services), ICPE (International Catholic Programme of Evangelisation), Katholische Integrierte Gemeinde, Kolpingwerk, Jeunesse-Lumiére, La Dieci-Associazione Laicale, Legión de María, Luz y Vida, Movimiento contemplativo misionero «P. de Foucauld», Movimiento de los Focolares, Movimento di Spiritualitá «Vivere In», Movimiento Nazareth, Movimiento Oasis, Movimento Pro Sanctitate, Movimento Teresiano dell'Apostolato, Movimento de Seglares Claretianos, Movimiento de Vida Cristiana, Opera di Schonstatt, Ordine Francescano Secolare, Regnum Christi, Rinnovamento nello Spirito Santo, «Seguimi» Gruppo Laicale, Talleres de Oración y Vida, Worldwide Marriage Encounter y Werkgroep Katholieke Jongeren.

Todos estos movimientos que existen en la Iglesia son muy diversos entre sí, pero en ese variado conjunto se pueden distinguir dos rasgos comunes. El primero es su enorme vitalidad y empuje para acercar a tanta gente a Dios. El segundo es que la mayoría de los movimientos o bien nacen como fruto del Concilio Vaticano II, o, si son anteriores, experimentan un notable empuje en estos años. Todo ello pone de relieve lo que ha significado el desarrollo de la teología bautismal y la doctrina del Concilio Vaticano II para que los laicos asuman las responsabilidades que comporta su condición de bautizados.

Antes de entrar en su descripción, conviene que hagamos tres advertencias. La primera es que, a sabiendas de que los nuevos movimientos eclesiales sobrepasan en el tiempo el pontificado de Pablo VI, se les dedica ahora un apartado específico, por corresponder a estos años la conclusión del Concilio Vaticano II y la aparición de sus primeros frutos, entre los que se cuenta la pro-

moción del laicado. La segunda es que, debido a su elevado número, es imposible materialmente en estas páginas describirlos todos y por lo tanto me referiré sólo a algunos de ellos. Por desgracia, esta laguna tampoco se puede cubrir con referencias bibliográficas, pues no existen publicaciones que se ocupen de ellos en su totalidad. Lo más aproximado a un estudio de conjunto es un reciente libro (Manuel M.ª Bru, *Testigos del espíritu. Los nuevos líderes católicos: movimientos y comunidades,* Madrid, 1998), que describe las características de los más importantes e incluye unas breves biografías de sus dirigentes. Y, como tercera advertencia, antes de describir los movimientos, conviene señalar que algunos de los ya citados no pueden considerarse laicales —valga la expresión— en estado «químicamente puro», sin que esta observación mía se pueda interpretar como un demérito de los mismos, ni mucho menos como una descalificación del estado religioso por mi parte. Es, sencillamente, la constatación de hechos evidentes. Como veremos, algunos de los movimientos no tendrían consistencia sin la existencia de una congregación religiosa, que es realmente la entidad importante y decisiva de esc movimiento; otras veces, esa nueva comunidad está dirigida por religiosos, y hasta las hay que admiten en sus filas a los religiosos junto con los laicos. Esta conexión entre el estado religioso y lo laical se pone igualmente de manifiesto cuando se analizan sus prácticas religiosas, pues como con agudeza escribiera en su día el cardenal Luciani, futuro Juan Pablo I, una cosa es una «espiritualidad para los laicos» y otro muy distinta una «espiritualidad laical». En la primera, suele ser frecuente la aparición de los modos religiosos, aunque acomodados a los laicos, lo que no es ni mejor ni peor que la segunda, son —como ya se dijo, citando a Juan Pablo II— «recursos» del Espíritu Santo, con los que se vivifica la Iglesia.

Los Legionarios de Cristo es una congregación religiosa de derecho pontificio. Marcial Maciel (1920), seminarista mexicano de 16 años de edad, en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús de 1936, percibe la llamada de Dios para formar una agrupación de sacerdotes que se entreguen con entusiasmo a la difusión del reino de Cristo entre los hombres. El día 3 de enero de 1941 fundó la congregación de los Legionarios de Cristo en los sótanos de una casa prestada, en la ciudad de México, cuando todavía era estudiante de teología. Tras recibir la ordenación sacerdotal (26 noviembre 1944), se trasladó a España en 1946 con un grupo de 36 seminaristas para que cursasen los estudios humanísticos en la Pontificia Universidad de Comillas. Al mismo tiempo les inculca una sólida formación integral (espiritual, intelectual, humana y pastoral) a fin de que puedan llevar a cabo la misión específica del instituto (M. Maciel, *La formación integral del sacerdote,* Madrid, 1994).

El 25 de mayo de 1948 la Santa Sede concedió el *nihil obstat* para la erección canónica de la congregación, que se efectúa el 13 de junio del mismo año en la diócesis de Cuernavaca. Dos años más tarde, se inaugura en Roma el primer Centro de Estudios Superiores, donde los legionarios habrán de prepararse en las disciplinas filosóficas y teológicas, junto a la roca de Pedro. En 1954 ve nacer la primera obra de apostolado de la Legión de Cristo, dedicada a la

formación cristiana de la niñez y la juventud: el Instituto Cumbres de la ciudad de México. En España se crea, en 1958, el centro de noviciado y de estudios de humanidades y ciencias de Salamanca. Ese mismo año los Legionarios de Cristo, por deseo de Pío XII, construyen y toman a su cargo la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe en Roma, posteriormente erigida como basílica menor.

La Santa Sede concedió en 1965 a la Legión de Cristo el *Decretum laudis*, reconocimiento por el que la congregación pasa a ser de derecho pontificio. Cinco años después, Pablo VI confió a la congregación la recién creada prelatura de Chetumal, en el estado mexicano de Quintana Roo, en la península del Yucatán, cuyos habitantes son, en su mayoría, indígenas mayas. El 29 de junio de 1983, con la intervención personal de Juan Pablo II, la Santa Sede otorgó la aprobación definitiva de las constituciones.

Dada la creciente afluencia de vocaciones, en los años sucesivos se establecen nuevas casas de formación en Irlanda, Estados Unidos, Chile, Alemania, Brasil, Colombia, Italia, Canadá y Francia. En 1990, se inauguró en Roma un nuevo Centro de Estudios Superiores con capacidad para 400 seminaristas. En 1997 surgió un segundo Centro de Estudios Superiores, esta vez en Nueva York.

La clave de su espiritualidad es el conocimiento, amor e imitación de Cristo, como indican sus constituciones: «la formación de los legionarios ha de ser eminentemente cristocéntrica, de modo que en todo y sobre todo Cristo Señor sea el criterio, el centro y el modelo de toda su vida religiosa, sacerdotal y apostólica». Penetrado hondamente por la caridad de Cristo hacia la humanidad, el legionario de Cristo se entrega incansable y ardientemente a anunciar y extender el reino de Dios en la sociedad, llevando la luz del Evangelio a las conciencias y promoviendo la renovación interior del hombre por la gracia. El legionario de Cristo ama apasionadamente a la Iglesia, única razón de ser de su vocación, y se da a ella con espíritu de servicio a través de la adhesión y la colaboración con el romano pontífice y los obispos. El legionario de Cristo confía su ministerio apostólico a la solicitud materna de María, esforzándose por imitar su ejemplo de fe, obediencia, humildad y colaboración en la obra redentora del Salvador.

Su fin específico es la instauración del reino de Cristo en la sociedad, de acuerdo con las exigencias de la justicia y caridad cristianas. Para ello la Legión de Cristo, a través del movimiento de apostolado *Regnum Christi*, ofrece a los laicos un camino particular para alcanzar la santidad propia de su estado y para participar de manera eficaz en la acción misionera de la Iglesia, dando testimonio del Evangelio en su ambiente familiar, social y profesional y desarrollando un apostolado esforzado y exigente, que apoye los programas de pastoral de cada diócesis.

Chiara Lubich fundó (7 diciembre 1943) en Trento el movimiento de los Focolares (en el dialecto tridentino *focolar* significa fuego de hogar) u Obra de María (Chiara Lubich y Franca Zambonini, *La aventura de la unidad,* Madrid,

1992). Los focolares se encuentran en los cinco continentes y difunden la unidad entre los pueblos, las razas, las generaciones, las clases sociales, tratando de hacer realidad la oración sacerdotal de Jesucristo: «Que todos sean uno.» Su perfil mariano y su amor a la Iglesia son rasgos muy propios de los focolares.

Existen unos 600 focolares con más de 5.000 miembros. Ellos son el corazón dinamizador del movimiento.

> Del tronco de los focolarinos saldrán más de 22 ramas distintas, de vocaciones, de instituciones, de movimientos de masas, de grupos y de iniciativas, todos al servicio de la unidad, y formando una única familia [...] La originalidad del focolar, ya sea femenino o masculino es la convergencia entre la dimensión laical, el apostolado misionero, la consagración (promesas de los consejos evangélicos), y una vida cotidiana «familiar» de continua comunicación entre todos, para que nada de lo que le concierne a un miembro de la familia le sea extraño a los demás (Manuel M.[a] Bru, *Testigos del espíritu..., ob. cit.).*

En 1964 los estatutos del movimiento de los focolares recibieron la primera aprobación pontificia; la última se produjo en 1990, bajo el nombre de Obra de María y como asociación privada y universal de fieles de derecho pontificio. Además de los focolarinos, consagrados o casados, hay voluntarios que llevan la presencia de Jesucristo a los distintos ambientes de la sociedad. Dan así origen a un movimiento ramificado, y entre las organizaciones que surgen, unidas a ese tronco común, se pueden citar: Familias Nuevas, para la unidad de las familias; Humanidad Nueva, para la renovación social; los Gen, donde se integran los jóvenes; el Movimiento Sacerdotal, del que participan los sacerdotes diocesanos. También los religiosos y las religiosas se pueden integrar en el movimiento, revitalizando sus propio carisma, así como los jóvenes que se encuentren en los seminarios y en los noviciados (El Movimiento de los Focolares, *La unidad es nuestra aventura,* Ciudad Nueva, Madrid, 1993).

Comunión y Liberación fue fundada por el sacerdote italiano Luigi Giussani (1922). En 1954, siendo un joven sacerdote de la diócesis de Milán, obtiene permiso para dedicarse a la enseñanza de la religión en un instituto de enseñanza media de Milán. Esta decisión, que en la práctica significó también un cambio de orientación radical en la vida de Giussani (había comenzado una prometedora carrera teológica) fue el origen de lo que después, en la época de la revuelta estudiantil del 68, se comenzó a denominar Comunión y Liberación (R. Ronza, *Comunión y liberación. Una entrevista en dos tiempos,* Madrid).

Giussani tuvo la percepción de que bajo la apariencia de una hegemonía cultural y social del catolicismo italiano de los años cincuenta —época de gobiernos democristianos y altísima militancia en asociaciones católicas— se comenzaba a manifestar una debilidad que permitía presagiar la inminente incapacidad de entusiasmar y conformar a las masas populares con el anuncio del Evangelio. Aunque todavía no tuvieran una preponderancia social, los planteamientos laicistas, que hacían concebir y orientar la vida al margen de Dios,

ya habían obtenido una primacía cultural y presentaban al catolicismo como algo sentimental e intimista, sin influencia en la vida cotidiana, y en cualquier caso incompatible con una vida razonable y adulta.

Fiel a la autenticidad de la experiencia religiosa que él había recibido en su hogar y en el seminario, Giussani propuso a los jóvenes del Liceo Berchet algo que parecía imposible en su ambiente: que el cristianismo no sólo no iba contra la razón, sino que la exaltaba y generaba una madurez afectiva, y no como una receta individualista, sino como una propuesta popular (Luigi Giussani, *Curso básico de cristianismo,* 4 vols., Madrid, 1998). Así, lo que comenzó siendo un grupo de adolescentes en torno a un profesor de religión, hoy, 44 años después, es un movimiento católico extendido por más de setenta países dentro del cual han surgido experiencias de vida consagrada, asociación laical Memores Domini, y que goza de una gran vitalidad.

Renovación Carismática Católica aparece en Estados Unidos durante 1967, como fruto de la acción gratuita del Espíritu Santo y como una de las respuestas a la oración del papa Juan XXIII, que pidió un nuevo Pentecostés para la etapa que la Iglesia abría con el Concilio Vaticano II (Patti Gallagher Mansfield, *Como un nuevo Pentecostés,* Madrid, 1994). Bendecida por todos los papas desde Pablo VI, no ha dejado de expandirse por los cinco continentes. No tiene fundador ni grupo de fundadores como otros muchos movimientos. Tampoco tiene lista de miembros participantes, es un movimiento mundial, pero no uniforme ni unificado. Sus componentes se congregan en grupos de oración y comunidades (Chus Villarroel, *La Renovación Carismática,* Madrid, 1995). En la actualidad, su principal guía y portavoz es Patti Gallagher Mansfield, casada con Al Mansfield y madre de cuatro hijos que reside en Nueva Orleans (Louisiana). El responsable de Renovación Carismática en España es el jesuíta Ceferino Santos.

Los numerosos carismáticos extendidos por todo el mundo buscan una conversión personal a Jesucristo, propiciando una apertura decisiva al Espíritu Santo y pidiendo una nueva efusión sobre ellos o bautismo en el Espíritu, con el que fomentar la recepción y uso de los carismas para el enriquecimiento de la comunidad, que le ayude en su crecimiento personal progresivo en santidad y en la obra evangelizadora.

Entre los carismáticos, tiene especial relevancia la oración comunitaria de alabanza y acción de gracias, combinándose ésta con los dones y carismas: oración en lenguas, profecía, palabra de conocimiento, sanación, etc., que aparecen enriqueciéndola en el caminar diario de un grupo carismático, como respuesta natural de Dios a sus hijos que oran. La Renovación Carismática promueve, especialmente, la participación en la misión de la Iglesia, proclamando el Evangelio con palabras y obras y dando testimonio de Jesucristo mediante la vida personal y aquellas obras de fe y justicia a las que cada uno está llamado.

El Camino Neocatecumenal es una realidad muy importante en la Iglesia que, en la actualidad, estudia la forma canónica adecuada a su carisma específico. Francisco José Gómez de Arguello, más conocido como Kiko Arguello, es

el iniciador del Camino Neocatecumenal. Hijo de un abogado madrileño, primogénito de cuatro hermanos, estudió Bellas Artes. En los años sesenta se instaló en el barrio marginal de Palomeras Altas, en el distrito madrileño de Vallecas, donde tuvo lugar los inicios del Camino. También, en estos primeros momentos aparece junto a él otra figura clave del Camino Neocatecumenal, como es Carmen Hernández.

La institución de Kiko Arguello es un camino de conversión vivido en pequeñas comunidades, formadas por personas de distinta edad, condición social, mentalidad y cultura, mediante el cual, dentro de la actual estructura de la parroquia y en comunión con el obispo, se revive en plenitud el propio bautismo. Nace del anuncio de la Buena Noticia, que es Cristo, vencedor en nosotros de la muerte y del pecado. Este anuncio lo hace, de acuerdo con el párroco, un equipo de catequistas provenientes de otra comunidad más avanzada en el camino. Después del anuncio, que dura alrededor de dos meses, la comunidad que se forma comienza su camino, similar al de la Iglesia primitiva, en el que se revive el bautismo en distintas etapas. La vida de la comunidad se basa en un trípode: palabra de Dios, liturgia y comunidad. Estas pequeñas comunidades, inaugurando una vía de conversión en la parroquia, abren un camino para todos aquellos que quieren pasar de una fe infantil a una fe adulta. No se imponen, sienten el deber de no destruir nada, de respetar todo, presentando el fruto de una Iglesia que se renueva y que dice a sus padres que han sido fecundos, porque ha nacido de ellos (Ricardo Blázquez, *Las Comunidades Neocatecumenales*, Bilbao, 1998).

El Camino Neocatecumenal es una respuesta concreta a la necesidad de evangelización en la parroquia y en la diócesis, donde el proceso de secularización ha llevado a tanta gente a abandonar la fe y la Iglesia. Por esto ha recibido un apoyo por parte de los papas Pablo VI y Juan Pablo II. Lleva adelante esta misión viviendo el propio camino dependiendo de la comunidad madre, para dar dentro de la parroquia los signos de fe: el amor en la dimensión de la cruz y la unidad perfecta que llaman a la conversión al hombre actual. De este modo la comunidad se hace ella misma anunciadora de la Buena Nueva, suscitando nuevas comunidades. A la luz del Concilio Ecuménico Vaticano II, del cual es fruto, aparece como un camino concreto para edificar la Iglesia, en pequeñas comunidades que sean en el mundo el cuerpo visible de Cristo resucitado.

El Camino Neocatecumenal está extendido en 105 naciones de los cinco continentes, con unas quince mil comunidades; está presente en más de ochocientas diócesis y cinco mil parroquias. Ha ayudado a abrir 35 seminarios misioneros diocesanos en distintos países. Además, hay familias con hijos que dejan su país para ir de misioneros a las zonas más difíciles del mundo; actualmente son más de cuatrocientas las familias misioneras del Camino Neocatecumenal.

La muerte de Pablo VI. Ya se dijo que Pablo VI padeció diversas enfermedades a lo largo de toda su vida, como consecuencia de su frágil constitución

física. Lógicamente, con el paso de los años los achaques se multiplicaron. Durante su pontificado, tuvo que ser intervenido quirúrgicamente en la próstata el 4 de noviembre de 1968, cuando tenía 71 años. Con sentido cristiano y por espíritu de servicio convivió con la enfermedad de forma ejemplar. Fue él mismo quien decidió retrasar la intervención de próstata unos meses, para poder asistir al Sínodo de los Obispos y atender al patriarca Atenágoras I, que visitó el Vaticano los últimos días de octubre de ese mismo año.

A pesar de todo, durante los últimos días de su vida lo que de verdad le dejó una huella dolorosa en su alma fueron dos acontecimientos relacionados con la muerte: el secuestro y asesinato de Aldo Moro (9 mayo 1978) y la aprobación de la ley del aborto en Italia (6 junio 1978). En cuanto al trágico final del estadista italiano, a quien Pablo VI conocía desde su juventud, fueron varias la declaraciones que hizo condenando ese crimen y por extensión los crímenes y la violencia de todas las bandas terroristas. Respecto a la disposición del Parlamento italiano, al día siguiente de su aprobación, Pablo VI pronunció las siguientes palabras en la basílica de San Pedro:

> Nos, no podemos eludir el deber de recordar nuestros reparos contra esa ley favorable al aborto que ya se aplica también en Italia con grave ofensa a la ley de Dios [...] La vida inocente, sea cual sea la condición en que se halle y desde el primer instante de su existencia, no puede ser objeto de ningún directo ataque voluntario. Este es un derecho fundamental de la persona humana.

Días después de pronunciar las palabras que hemos transcrito, tenía lugar su último acto público. El 12 de julio se dirigió a los asistentes que participaban en un coloquio sobre «Clasificación espectral de las estrellas», organizado por el observatorio astronómico vaticano y concluyó su discurso con estas palabras: *«¡Deum creatorem, venite adoremus!*. Poco después se retiró a Castelgandolfo, donde el día 3 de agosto recibió al presidente de la República italiana, Sandro Pertini (1896-1990).

El sábado, 5 de agosto, después de cenar, rezó el rosario y recitó completas en la capilla. Después, trabajó durante media hora. Por la noche comenzó a sentirse mal. Ya en la mañana del domingo, 6 de agosto de 1978, fiesta de la Transfiguración, no pudo celebrar la misa y siguió la de su secretario Pasquale Macchi. Al agravarse su estado de salud, le administraron los últimos sacramentos, que recibió conscientemente y respondiendo en latín, cuando le ungían las distintas partes de su cuerpo. Los médicos diagnosticaron un edema pulmonar.

Al anochecer ya no respondía a los cuidados médicos. Pablo VI rezaba continuamente, mientras los médicos intentaban lo imposible.

> Y cuando su voz comenzó a no ser clara como antes —según ha manifestado su fiel secretario, Pasquale Macchi— el cardenal secretario de Estado, que estaba presente, me dijo que escuchara la voz del papa para captar si te-

nía alguna cosa especial que decir; yo arrimé dos veces al oído y escuché siempre esto: *«Pater noster qui es in coelis.»*

Así pues, hasta el último instante en que fue capaz de hablar y comprender, no hizo otra cosa que repetir *«Pater noster qui es in coelis».* Diría yo que ésas fueron las únicas verdaderas palabras que dijo el papa cuando se moría. No quiso pronunciar frases. Su espíritu estaba ya en diálogo con Dios, y todo lo que sucedía a su alrededor —la agitación de los médicos, la nuestra— no le interesaba.

Su coloquio se dirigía ya a Dios. Y se apagó serenamente; en el momento en que cesó de latir su corazón, su rostro se suavizó y apareció casi juvenil (C. Cremona, *Pablo VI..., ob. cit.).*

Juan Pablo I (26 agosto 1978 - 29 septiembre 1978)

Personalidad y *carrera eclesiástica.* Albino Luciani nació (17 octubre 1912) en Forno di Canale (Belluno), localidad que actualmente se llama Canale d'Agordo. En el mismo momento de nacer, la comadrona le bautizó de inmediato, pues temía que se muriese de un momento a otro; su delicada salud fue una de sus constantes desde el primer momento de su existencia. Sus padres, de origen muy modesto, fueron Giovanni y Bartolomea Tancon, y además de Albino, su primogénito, tuvieron otros tres hijos: Federico, que murió de niño, Edoardo y Antonina. El cabeza de familia se ganaba la vida como albañil, viéndose obligado a emigrar a Suiza y Alemania para encontrar trabajo.

Siendo niño, al escuchar la predicación de un padre capuchino, descubrió los primeros síntomas de su vocación. Al cumplir los once años, en el mes de octubre de 1923, ingresó en el seminario menor de Feltre. Poco después de tomar esta decisión, su padre, que apenas frecuentaba la iglesia e ideológicamente estaba próximo al socialismo, le escribió una carta en uno de cuyos párrafos se podía leer lo siguiente: «Espero que cuando seas cura te pondrás de parte de los pobres y de los trabajadores, porque Cristo estuvo de su parte.» Albino Luciani conservó esta carta entre sus objetos personales hasta el último día de su vida.

En 1928 pasó al seminario mayor de Belluno. Fue ordenado de subdiácono en 1934, al año siguiente de diácono, y recibió la ordenación sacerdotal (7 julio 1935) de manos del obispo Cattarossi en la iglesia de San Pedro de Belluno. Entre 1935 y 1937 fue capellán del Instituto Técnico Minero de Agordo. En 1937 fue nombrado vicerrector del seminario de Belluno, puesto en el que permaneció durante diez años, explicando diversas asignaturas. Durante este tiempo también elaboró su tesis doctoral en teología que defendió el 27 de febrero de 1947 en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, bajo el título *El origen del alma humana según Antonio Rosmini,* que sería publicada tres años después. Su predilección por la catequesis fue uno de los rasgos peculiares de su ministerio pastoral, lo que se puso de manifiesto especialmente, como veremos, en las cuatro audiencias generales de su breve pontificado. En 1949, como director del centro catequético organizó un congreso diocesano de catequesis y publicó su *Catecheüca in bricioli {Catequesis en migas),* una guía clara y útil

para la formación de los catequistas. Durante sus últimos años de permanencia en Belluno fue designado vicario general de la diócesis (6 febrero 1954) y canónigo de la catedral (30 junio 1956).

Juan XXIII (1958-1963) le promovió a la sede episcopal de Vittorio Véneto, y el propio papa le consagró obispo en la basílica de San Pedro (27 diciembre 1958). Durante los once años que permaneció en esta diócesis desarrolló un intenso trabajo: impulsó el seminario, fortaleció la vida parroquial, para lo que construyó nuevas iglesias, y fomentó las iniciativas en las actividades parroquiales, impulsó la práctica de los ejercicios espirituales entre sus feligreses y muy especialmente entre los sacerdotes, a los que en más de una ocasión les predicó personalmente durante esos días. Después de su muerte, fueron publicadas las meditaciones que predicó en una de estas tandas, bajo el título de *El buen samaritano.* Su espíritu universal, misionero, le hacía sentir como propias las necesidades de toda la Iglesia, especialmente las que afloraban en las zonas en las que todavía hacía muy poco tiempo que se había comenzado a predicar el Evangelio. Por esta razón, al solicitarle el obispo Makarakiza ayuda para su diócesis de Kuntega en Burundi, la «adoptó», envió sacerdotes y estableció allí una misión diocesana; durante la segunda quincena de agosto de 1966 viajó a Burundi para impulsar los trabajos misionales de aquella región.

Participó en las cuatro sesiones del Concilio Vaticano II, a donde acudió —según sus palabras— «más para aprender que para enseñar». En las cuatro sesiones tuvo que abandonar por algunos días los trabajos conciliares, para atender algunos problemas de su diócesis que exigían su presencia en Vittorio Véneto.

El 15 de diciembre de 1969, Pablo VI le nombró patriarca de Venecia, donde dos meses después hizo su entrada oficial. En junio de 1972 fue elegido vicepresidente de la Conferencia episcopal italiana, cargo que ocupó hasta junio de 1975. El 5 de marzo de 1973 fue nombrado cardenal. Como patriarca de Venecia realizó dos viajes pastorales al extranjero: a Suiza, en 1971, y a Brasil, en 1975, donde fue nombrado doctor *honoris causa* por la Universidad estatal de Santa María de Río Grande do Sul. Ante la buena acogida que tuvieron entre los venecianos los artículos doctrinales y catequéticos que su patriarca publicaba periódicamente en Il *messagero di sant'Antonio,* se reunieron en un volumen y se editaron con el conocido título de *llustrísimos señores.* Tras su elección como sucesor de san Pedro, el libro fue traducido a muchos idiomas y alcanzó una altísima difusión.

En cuanto a su talante, bien se puede decir que no le falló a su padre, cuando éste le solicitó que estuviera siempre de parte de los pobres. Tanto en Vittorio Véneto como en Venecia, monseñor Luciani fomentó el trato con los parados, los marginados, los alcohólicos y las ex prostitutas, para ayudarles materialmente y acercarles a Cristo. Pero si todas estas personas fueron objeto de su dedicación, hasta el punto de que muchos de ellos le consideraban su amigo, el espacio preferente de los afectos de Luciani estuvo siempre reservado para los niños discapacitados. Tal actitud era la manifestación de la virtud de la caridad

que se dejaba ver en Juan Pablo I revestida de una sincera amabilidad. Al presentarse en la plaza de San Pedro, antes incluso de pronunciar palabra alguna, conquistó a todo el mundo con su sonrisa. La caridad, la sencillez y la humildad encarnadas en su persona se convirtieron desde el principio en sus principales enseñanzas, hechas vida en él; sin duda que fue una gran herencia para tan corto pontificado, aceptada y reconocida unánimemente, por lo que popularmente ha pasado a la historia como «el papa de la sonrisa».

Su talante humano y comprensivo no fue incompatible con la virtud de la fortaleza, imprescindible en aquellos años para defender la doctrina de la Iglesia. En su diócesis hizo cumplir con fidelidad las enseñanzas del concilio, corrigiendo como maestro y pastor todas aquellas desviaciones que se produjeron durante los años posteriores al concilio. Luciani fue de los primeros y uno de los más firmes apoyos que tuvo Pablo VI, tras la publicación de la *Humanae vítete* (25 julio 1968). Otro momento en el que también dio pruebas de su fortaleza fue cuando las organizaciones de la FUCI (Federación de Universitarios Católicos de Italia) se alinearon en 1975 con los partidarios del divorcio; ante esa rebelión doctrinal, Luciani no dudó en disolver en su diócesis dicha organización y suspender el nombramiento del asistente eclesiástico que les había proporcionado. Sin duda era bien consciente de la impopularidad de la medida en las circunstancias por las que atravesaba Italia, pero se mantuvo firme en su decisión a pesar de los duros ataques de los que fue objeto por parte de diversos sectores influyentes de Italia.

¿Cómo fue posible, entonces, tan difícil equilibrio entre la mansedumbre y la fortaleza, virtudes las dos muy sobresalientes en su personalidad? La clave, sin duda, nos la ofrecen quienes le trataron de cerca, porque si la distancia se reconoce en Juan Pablo I a «un hombre de Iglesia», en la proximidad se ponía de manifiesto que además era «un hombre de Dios»:

> El papa Luciani era un hombre de oración. La oración era para él a la vez una necesidad y el origen de su fortaleza. A primeras horas de la mañana, cuando todo permanecía inactivo, se le podía ver en la capilla rezando frente al sagrario. El superior de los agustinos de Santa Mónica, donde se alojaba, cuando tenía que permanecer en Roma durante su etapa de cardenal, ha escrito de él lo siguiente: «Su vida era la oración. Su vida interior, su unión con Dios y su santidad irradiaban a través de su rostro sonriente. Con amor paterno anima a todos a sentirse íntimos amigos suyos. En cierta ocasión, glosando a san Agustín, que había dicho que para "predicar era necesario previamente rezar", Luciani lo expresaba a su manera con estas palabras: "para hablar 'de' Dios, es necesario previamente hablar 'con' Dios"» (B. Mondin, *Dizionario enciclopédico dei papi,* Roma, 1995).

El 10 de agosto el cardenal Luciani partió para Roma con el fin de asistir al cónclave, que, a primera vista, se presentaba largo y muy complicado. Su nombre no figuraba en ninguno de los pronósticos que se hicieron. Es más, en la apertura del cónclave él permanecía tranquilo y ajeno a la responsabilidad que

estaba a punto de caerle sobre sus hombros. Según testimonio de algunos asistentes a dicho cónclave, pasaba de continuo las cuentas del rosario, que era una de sus devociones predilectas. En palabras del cardenal Leo Jozef Suenens (1902-1996), aquélla fue una elección verdaderamente carismática. Igualmente sobre la repentina y temprana concentración de votos sobre la persona de Luciani se han manifestado también otros participantes en aquel cónclave, como los cardenales Johannes Willebrands (1909), Francois Marty (1904-1994), Franz Konig (1905) y Paolo Bertoli (1908). En verdad, el cónclave con mayor número de participantes y el más internacional de la historia de la Iglesia, si se tiene en cuenta la procedencia geográfica de los electores, tuvo un desenlace inesperado, pues «en sólo nueve horas de votaciones, 110 cardenales coinciden "casi por aclamación" —como me diría personalmente uno de ellos— en la persona que había de asumir el ministerio papal» (J. Navarro Valls, *Fumata blanca,* Madrid, 1978).

El pontificado de Juan Pablo I. Al día siguiente de la elección de Juan Pablo I era domingo, y después del rezo del *Ángelus*, el nuevo sucesor de san Pedro contaba con sencillez lo que «le» había pasado y descubría con toda naturalidad sus sentimientos a quienes le escuchaban en la plaza de San Pedro y en todo el mundo, a través de la radio y la televisión:

> Ayer por la mañana fui a la Sixtina a votar tranquilamente. Nunca podría haber imaginado lo que me iba a suceder. Cuando comenzó a desatarse el «peligro» sobre mí, dos colegas que estaban a mi lado me susurraron palabras de ánimo. Uno me dijo: «Ánimo, que cuando el Señor da una carga, concede también la ayuda para llevarla.» Y el otro colega: «No tengas miedo, que hay mucha gente en todo el mundo rezando por el nuevo papa.» Llegado el momento, he aceptado. Después, a la hora de elegir el nombre que quería tomar, he tenido que pensar muy poco tiempo. Hice el siguiente razonamiento. Juan XXIII quiso consagrarme obispo con sus propias manos aquí, en la basílica de San Pedro; después, aunque indignamente, fui sucesor suyo en Venecia en la cátedra de San Marcos [...] Después, Pablo VI no sólo me hizo cardenal, sino que también, hace unos meses, sobre la pasarela de la plaza de San Marcos me puso colorado ante 20.000 personas, porque quitándose su estola la colocó sobre mis hombros; jamás me había puesto tan colorado. Por otra parte, en los quince años de su pontificado, no sólo a mí, sino a todo el mundo, Pablo VI ha demostrado cómo se ama, cómo se sirve, cómo se trabaja y cómo se sufre por la Iglesia de Cristo. Por todo esto me llamaré Juan Pablo. Aunque yo no tengo ni el corazón de Juan XXIII, ni la cultura y la preparación de Pablo VI, sin embargo estoy ahora en su puesto y debo intentar servir a la Iglesia. Espero que me ayudéis con vuestra oración.

En los 33 días que duró el pontificado de Juan Pablo, no hubo materialmente tiempo para tomar decisiones. Confirmó al cardenal Jean Villot (1905-1979) como secretario de Estado. En definitiva, todo el magisterio de su pontificado se puede resumir en los ocho discursos o alocuciones que pronunció con diferentes motivos y las cuatro audiencias generales que pudo celebrar duran-

le los cuatro miércoles del mes de septiembre, En su alocución ante el colegio cardenalicio (30 agosto 1978) expuso las líneas que se proponía trazar en su programa: aplicar las normas conciliares, reforzar la disciplina eclesiástica, concluir la reforma del Código de derecho canónico, impulsar las misiones, continuar el esfuerzo ecuménico y contribuir a la paz del mundo. Otras intervenciones suyas tuvieron lugar al recibir al cuerpo diplomático, a los representantes de la prensa internacional, a los obispos norteamericanos y filipinos que habían acudido a Roma para su visita *ad limina,* al alcalde de Roma y al clero romano.

Por otra parte, las cuatro audiencias generales que se celebraron los días 6, 13, 20 y 27 de septiembre, tienen un rico contenido doctrinal. En la primera de ellas, Juan Pablo I manifestó su intención de convertir aquellos encuentros en verdaderas catequesis, como ya hiciera Pablo VI. Y lo hizo con palabras muy directas, para que le entendiera todo el mundo. Así, por ejemplo, en la primera de ellas dijo: «Debemos sentirnos pequeños delante de Dios. Cuando yo digo: Señor yo creo, no me avergüenzo de sentirme como un niño pequeño delante de su mamá. Como él cree a su mamá, yo creo al Señor y creo también en aquello que Él me ha revelado» (Juan Pablo I, *Los textos de su pontificado,* Pamplona, 1978). El segundo de los miércoles, tomando pie de una cita de Juan XXIII que él había anotado en uno de sus retiros, Juan Pablo I propuso a la audiencia ir hablando en las semanas sucesivas de las «siete lámparas de la santificación»; esto es, de las tres virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) y las cuatro virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza). Y siguiendo con la catequesis del miércoles anterior, refirió a los presentes que su madre le contaba, cuando ya fue mayor, las enfermedades que tuvo de niño y cómo tuvo que llevarle de un médico a otro, para a continuación sacar de esa vivencia personal la enseñanza catequética: «ante lo que me contaba mi madre... ¿Cómo podía decirle entonces, pues yo no te creo...?». Y hablando de fe, se refirió a la Iglesia como madre a la que hay que creer. El miércoles siguiente se ocupó de la esperanza. Y el último de los miércoles, la víspera de su muerte, su exposición se centró en la virtud de la caridad. Algunas de las palabras que pronunció el día 27, a la luz de su tránsito de unas horas después, cobraban pleno sentido: «Amar es tanto como viajar, correr con el corazón hacia el objeto amado [...] Amar a Dios es, pues, viajar con el corazón hacia Dios. Un viaje bellísimo.»

Sin duda, que aquellas cuatro semanas y media de pontificado fueron muy intensas para el papa. De todos los acontecimientos de esos pocos días, hay que destacar uno, por la impresión que le causó a Juan Pablo I. Me refiero a la muerte repentina del metropolita Nikodim de Leningrado, mientras le recibía en su biblioteca privada el 5 de septiembre. Él mismo contó lo sucedido al clero de Roma:

> Hace dos días ha muerto en mis brazos el metropolita Nikodim de Leningrado. Yo estaba respondiendo a su saludo. Os aseguro que nunca en la vida había escuchado palabras tan hermosas para con la Iglesia, como las que él

acababa de pronunciar; no puedo decirlas, quedan en secreto. Verdaderamente estoy impresionado. ¡Ortodoxo, pero cómo amaba a la Iglesia! Y creo que haya sufrido mucho por la Iglesia, haciendo muchísimo por la unión.

El mismo día de su fallecimiento (28 septiembre 1978), Juan Pablo I tuvo una intensa jornada de trabajo. Celebró varias audiencias; entre otras con el grupo de obispos filipinos, con el cardenal Bernardin Gantin (1922) y con el vicario de Venecia. Por la tarde, habló con el cardenal Giovanni Colombo (1902-1992), a quien pidió que rezara por el papa. Tras recitar completas, se retiró poco después de las once. A las seis de la mañana, su secretario particular se lo encontró muerto en su habitación. Avisados de inmediato el cardenal secretario de Estado, Jean Villot y el doctor Buzzonetti, este último no pudo hacer otra cosa que certificar la defunción de Juan Pablo I. Al igual que se hiciera con Pablo VI, sus restos fueron depositados en una sencilla caja de madera y enterrados en la cripta de san Pedro. Días después, en la homilía que pronunció el cardenal Cario Confalonieri (1901-1986) para resumir el paso de Juan Pablo I por la cátedra de San Pedro, afirmó que su pontificado se podía definir como un diálogo amoroso entre un padre y sus hijos.

Juan Pablo II (16 octubre 1978)

Personalidad y carrera eclesiástica. El 263 sucesor de san Pedro, nació (18 mayo 1920) en Wadowice, cerca de Cracovia. En el bautizo le impusieron el mismo nombre de su padre. Karol Wojtyla (1879-1941), padre, había contraído matrimonio con Emilia Kaczorowska (1884-1929) en 1906; los dos eran naturales de la región de Galitzia y de un origen social muy modesto. En ese tiempo, dicha región polaca pertenecía al imperio austrohúngaro, por lo que Karol Wojtyla entró en filas en 1900 para hacer el servicio militar en el ejército austríaco, en el que se reenganchó. En 1904 ascendió a sargento, y con esa graduación le sorprendió la Primera Guerra Mundial (1914-1918), en la que fue derrotada Austria. Los tratados de paz hicieron posible la recomposición y el renacimiento de Polonia, que invadida por los rusos, los prusianos y los austríacos se la habían repartido varias veces y había permanecido sometida a sus vecinos durante 123 años. Así pues, al término de la Gran Guerra, Karol Wojtyla continuó su carrera militar pero en el nuevo ejército polaco, del que llegó a ser teniente.

El matrimonio tuvo tres hijos, Edmund (1906-1932), Olga y Karol, a quien todos —familiares y condiscípulos— llamaban Lolek, que era el apelativo familiar que su madre impuso a Karol. Sin embargo, la muerte fue arrebatando a todos sus miembros, hasta dejar sólo a Karol, en plena juventud. Su hermana Olga murió muy pequeña. En 1929 murió la madre. Su hermano mayor, joven médico, murió en el hospital municipal de Bielsko, donde trabajaba, al contagiarse de escarlatina. Y a su padre se lo encontró muerto (12 febrero 1941) cuando llegó a casa después del trabajo a última hora de la tarde. Años después, siendo ya papa, recordando en una entrevista privada el fallecimiento de

su padre, comentó que nunca como entonces se había sentido tan solo. Aquella noche la pasó entera rezando de rodillas ante el cadáver de su padre. De su familia, Juan Pablo II ha escrito lo siguiente:

> La preparación para el sacerdocio, recibida en el seminario, fue de algún modo precedida por la que me ofrecieron mis padres con su vida y su ejemplo en familia. Mi reconocimiento es sobre todo para mi padre, que enviudó muy pronto. No había recibido aún la primera comunión cuando perdí a mi madre: apenas tenía nueve años. Por eso, no tengo conciencia clara de la contribución, seguramente grande, que ella dio a mi educación religiosa. Después de su muerte y, a continuación, después de la muerte de mi hermano mayor, quedé solo con mi padre, que era un hombre profundamente religioso. Podía observar cotidianamente su vida, que era muy austera. Era militar de profesión y, cuando enviudó, su vida fue de constante oración. Sucedía a veces que me despertaba de noche y encontraba a mi padre arrodillado, igual que lo veía siempre en la iglesia parroquial. Entre nosotros no se hablaba de vocación al sacerdocio, pero su ejemplo fue para mí, en cierto modo, el primer seminario, una especie de seminario doméstico (Juan Pablo II, *Don y misterio. En el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio,* Madrid, 1996).

Karol Wojtyla cursó brillantemente sus estudios de bachillerato en el instituto estatal de Wadowice, donde era reconocido entre sus compañeros como líder indiscutible. Al graduarse en mayo de 1938, él fue el encargado de pronunciar el discurso de despedida, en nombre de todos sus compañeros. La seriedad con la que realizó los estudios anteriores a la universidad es sorprendente; además de su expediente académico hay otras muchas pruebas. Por ejemplo, en su primera intervención en el Concilio Vaticano II dejó impresionados a todos los asistentes por la fluidez y elegancia con las que hablaba en latín, cuyo dominio había adquirido siendo bachiller, pues para conseguir la máxima nota en esta asignatura tuvo que superar un examen que consistía en responder en dicha lengua y sin preparación previa a las preguntas que le hizo un tribunal durante una hora. Sus conocimientos de griego eran similares, aunque no alcanzaba el excepcional dominio que poseía de la lengua latina. Como es sabido, su condición de políglota ha ido en progreso hasta dominar media docena de idiomas, además de defenderse en otros tantos. Según los testimonios de los que convivieron con él en el instituto de Wadowice, además de hablar en latín y en griego, sobresalía en el resto de las disciplinas, por lo que siempre fue considerado como el mejor alumno del centro, sin que se le pudiese tildar de rata de biblioteca. Su carácter reflexivo no excluía un talante alegre, comunicativo y deportista, aunque de este último aspecto se debe elogiar más su buena voluntad que sus destrezas. En los partidos de fútbol del instituto solían enfrentarse el equipo de los católicos contra el de los judíos, y como a estos últimos les fallaba a menudo su guardameta, Karol Wojtyla se ofrecía a defender casi siempre la portería de los judíos. «Era un tipo estupendo —según ha manifestado Kluger, uno de sus compañeros de equipo, al biógrafo de Juan Pa-

blo II— pero, en confianza, un portero espantoso» (Tad Szulc, *El papa Juan Pablo II*, Barcelona, 1995).

El Wadowice de la infancia de Juan Pablo II tenía unos siete mil habitantes, de los que un 25 % eran judíos. No era nada frecuente encontrar en Galitzia una comunidad de judíos tan numerosa como la de Wadowice, que contaba con una sinagoga y un cementerio propios. Durante la década de los veinte la convivencia no presentó ningún problema, pero en los años treinta las relaciones comenzaron a cambiar. Bandas de jóvenes racistas y fanáticos comenzaron a acosar a sus convecinos judíos, lo que obligó a los Beer, vecinos de los Wojtyla, a abandonar Wadowice. Una de sus hijas, Ginka, emigró a Palestina y fue entrevistada por Tad Szulc, a quien tras comentarle las razones de su huida, añadió: «Existía una sola familia que nunca mostró hostilidad racial hacia nosotros, y esa familia eran Lolek y su papá.» Y cuando se trasladó a la Universidad de Cracovia, Karol Wojtyla defendió a los judíos de los ataques de los radicales, que a sí mismos se llamaban «Juventud de Polonia», e incluso protegió manifiestamente a una de sus colegas, Anka Weber, y la acompañaba con frecuencia para defenderla de los ataques de los racistas. Y como es sabido, tras ser elegido papa, Juan Pablo II conservó y mantuvo el trato con sus amigos judíos de la infancia y juventud.

También fue muy temprana la afición de Karol Wojtyla por la escritura. Su primer artículo lo redactó como presidente del círculo de monaguillos, con motivo de la despedida del padre Kazimierz Figlewicz, y fue publicado en *Campanita*, suplemento de la *Campana dominical*, que era un conocido periódico religioso de Cracovia. Posteriormente, publicó otros muchos artículos y poemas en *Tygodnik Powszechny*, semanario de la oposición de Cracovia. Así es que por su predisposición literaria, en junio de 1938 se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Jagellón de Cracovia para estudiar filología polaca. Por este motivo, padre e hijo se trasladaron al barrio Debniki de Cracovia, y se instalaron en el pequeño sótano de una casa que habitaban unos parientes de su madre. A unos pocos minutos de su casa se encontraba la iglesia de San Estanislao de Kostka, regentada por los salesianos, a donde diariamente acudía a la misa que se celebraba a las seis de la mañana, para a continuación seguir el horario habitual de cualquier estudiante universitario.

La normalidad en los estudios universitarios sólo duró un curso, pues el 1 de septiembre de 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial. Cinco días después los nazis ocuparon Cracovia. Buena parte de los profesores de la universidad fueron deportados al campo de concentración de Sachsenhausen. Además, al mes y medio de la invasión, los nazis impusieron a todos los polacos, de entre 18 y 60 años, la «obligación del trabajo público», un eufemismo para designar los trabajos forzados en carreteras, ferrocarriles y granjas, a donde ellos dispusieran y sin sueldo. Solo quienes a juicio de los invasores realizaran un «trabajo social, útil y permanente», podían eludir la arbitraria imposición de los nazis. Conocemos alguna de sus vivencias durante la ocupación nazi, transmitidas por el propio Juan Pablo II:

> Para evitar la deportación a trabajos forzados en Alemania —ha escrito Juan Pablo II en su libro *Don y misterio*— en el otoño de 1940 empecé a trabajar como obrero en una cantera de piedra vinculada a la fábrica química de Solvay. Estaba situada en Zakrzówek, a casi media hora de mi casa de Debniki, e iba andando allí cada día [...] Los responsables de la cantera que eran polacos, trataban de evitarnos a los estudiantes los trabajos más pesados. A mí, por ejemplo, me asignaron el encargo de ayudante del llamado barrenero, de nombre Franciszek Labús. Lo recuerdo porque, algunas veces, se dirigía a mí con palabras de este tipo: «Karol, tú deberías ser sacerdote. Cantarás bien, porque tienes una voz bonita y estarás bien...» Lo decía con toda sencillez, expresando de ese modo un convencimiento muy difundido en la sociedad sobre la condición del sacerdote.

Por entonces, Karol Wojtyla ya había cumplido los veinte años y ninguna de las circunstancias que le rodeaban ofrecían ninguna pista de la alta misión que iba a desempeñar en la Iglesia. Es más, cuando estalló la guerra no había tomado ni siquiera la decisión de hacerse sacerdote. Y se puede afirmar que, al menos hasta 1938, esa posibilidad no sólo no había sido tenido en cuenta, sino que había quedado excluida de sus proyectos, como manifestó personalmente al mismísimo cardenal y príncipe metropolitano, el arzobispo de Cracovia, Adam Stefan Sapieha (1867-1951).

> Cuando el arzobispo Sapieha se desplazó desde Cracovia para visitar el instituto de segunda enseñanza para chicos de Wadowice en mayo de 1938, Karol le recibió en nombre de todos los estudiantes [...] El arzobispo que se sentó en un sillón de cuero rojo, quedó tan impresionado por el discurso de bienvenida, que preguntó al párroco de Wadowice, el padre Zacher, qué proyectos tenía Wojtyla para después de la graduación, que iba a efectuarse aquel mismo mes. ¿Pensaba ingresar en el seminario? Zacher repuso: «No estoy seguro, pero probablemente irá a la universidad.» Entonces Karol dijo: «Si vuestra excelencia me lo permite, me gustaría contestar yo mismo: pienso estudiar filología polaca en la Universidad de Jagellón.» El severo obispo suspiró y dijo: «¡Qué lástima! ¡Qué lástima!... Nos vendría bien...» (Tad Szulc, *El papa Juan Pablo II, ob. cit.).*

En efecto, desde que comenzó a estudiar en la universidad Karol Wojtyla ya pasaba por ser un intelectual conocido a pesar de su juventud. En los círculos culturales en los que se desenvolvía se le pronosticaba un futuro muy prometedor en el campo de la literatura. Durante la ocupación alemana participó en las reuniones clandestinas de filólogos y literatos que tenían lugar en Cracovia y formó parte muy activa del grupo de teatro de La Palabra Viva, que había fundado Mieczyslaw Kotlarczyk, a cuyo domicilio se trasladó a vivir tras la muerte de su padre, en 1941. Por dar una idea de su actividad intelectual, baste decir que durante los últimos meses de 1939 y parte del año 1940, hasta que tuvo que dedicarse plenamente al trabajo de la cantera, compuso incontables poemas, tradujo y adaptó del griego al polaco *Edipo Rey* de Sófocles, y escri-

bió tres obras dramáticas de tema bíblico: *David,* la primera, cuyo manuscrito por no ser de su gusto lo destruyó, y posteriormente los dramas de *Job* y *Jeremías,* que los escribió a mano y posteriormente los mecanografió con una máquina que le prestaron. Estas dos últimas obras de teatro las conservó y fueron publicadas después de su elección como sumo pontífice.

Como toda llamada divina, la historia de la vocación sacerdotal de Karol Wojtyla tiene unas circunstancias y unos protagonistas bien concretos. La llamada y la respuesta se localizan también en un tiempo determinado: el otoño de 1942, cumplidos ya los veintidós años. Pero tan tardía fecha para la que era costumbre entonces, pues se solía ingresar en el seminario siendo niño, no quiere decir que, hasta 1942, Karol Wojtyla no se tomara en serio su vida de piedad y su formación religiosa, como un lógico y consecuente comportamiento que el bautismo exige a todo cristiano sea o no sea sacerdote.

Ya se comentó el ejemplo de la piedad sólida y profunda que recibió de su padre, quien le enseñó desde las oraciones vocales hasta el modo de tratar al Espíritu Santo. También sabemos que Karol Wojtyla fue presidente del círculo de monaguillos, donde su párroco, el padre Figlewicz, ejerció una positiva influencia en su alma de niño, que continuó más tarde cuando de nuevo se encontraron los dos en Cracovia, pues se confesaba frecuentemente con él. Y conviene decir ahora que a los quince años ingresó en la Hermandad Mariana de Wadowice, de la que fue elegido presidente; la Hermandad Mariana era una asociación de jóvenes extendida por toda Polonia, que les proporcionaba una muy buena formación espiritual. Es importante saber, también, que al trasladarse a Cracovia entró en contacto con el círculo Rosario Vivo, que funcionaba en su parroquia de Debniki, regentada por los salesianos, que como buenos hijos de Don Bosco (1815-1888) fomentaron en él la devoción a la Madre de Dios, bajo la advocación de María Auxiliadora.

Y por supuesto es obligado relacionar todas estas actividades con el intenso compromiso cristiano del joven Karol Wojtyla, como ponen de manifiesto cuantos le trataron entonces. Su profunda vida interior, todo lo íntima y reservada que se quiera, por fuerza se tenía que notar; por eso en cierta ocasión sus compañeros de universidad, para gastarle una broma, clavaron en su escritorio una tarjeta en la que se podía leer: «Karol Wojtyla, ¡aprendiz de santo!» Pero al leerla ni se inmutó y no se dio por ofendido, sencillamente porque aquella tarjeta expresaba a las claras algo que era verdad, pero que un elemental pudor reservaba en la intimidad, y eso no era otra cosa que su firme decisión en luchar para conseguir la santidad, empeño en el que con humildad se reconocía sólo un aprendiz. Sin embargo, todas estas vivencias no hacían referencia directa a su vocación sacerdotal, a pesar de que no faltaron las invitaciones a emprender ese camino, como se vio, por parte de personas tan diversas como el barrenero de la cantera o el cardenal de Cracovia. Como se dijo, la decisión de hacerse sacerdote no se produjo hasta 1942.

No deja de ser sorprendente que el instrumento humano del que se sirvió la Providencia divina para guiar al sacerdocio a Karol Wojtyla, no fuera ni un in-

telectual que pudiera hablarle de tú a tú al futuro Juan Pablo II, ni un príncipe de la Iglesia como el cardenal Sapieha. Quien pasará a la historia como uno de los personajes importantes del siglo xx por encauzar a Karol Wojtyla hacia el sacerdocio y colocarle así en disposición de ser el sucesor de san Pedro fue una persona en la que muy pocos reparaban en Cracovia; se trataba de un modestísimo sastre, llamado Jan Tyranowsky (1900-1947). Karol Wojtyla ha dejado varios testimonios sobre él y ha escrito, en 1949, que fue «alguien verdaderamente santo», sencillamente por cumplir fielmente, por excederse —sería más exacto— en algo aparentemente sin mucha importancia, pero que a la larga tendría una gran trascendencia en la historia de la Iglesia.

Sucedió que todos los salesianos de la parroquia de Karol Wojtyla fueron deportados por los nazis al campo de concentración de Dachau, a excepción de un viejo párroco. Y ante la carencia de sacerdotes, encargó a Jan Tyranowsky que, en aquellas calamitosas circunstancias, restableciera el contacto con los jóvenes del Rosario Vivo. Sin embargo, el sastre no se limitó a cumplir ese encargo de manera burocrática, sino que como consecuencia de su profunda vida interior se preocupó también del alma de todos aquellos chicos, pues además de reunirles cada semana, que era el encargo que le dieron, cada siete días hablaba personalmente con cada uno de ellos, realizando así una auténtica dirección espiritual para acercarles de uno en uno hacia Dios. Concretamente, a Karol Wojtyla le descubrió el valor de los escritos de san Juan de la Cruz (1542-1591) y de santa Teresa de Jesús (1515-1582), decisivos en su formación, y como consecuencia de las conversaciones que mantuvieron los dos, Karol Wojtyla decidió ingresar en el seminario.

Fue así cómo Karol Wojtyla pasó a formar parte del seminario clandestino que había organizado el cardenal Sapieha, que comenzó a funcionar en octubre de 1942 con un total de siete seminaristas. Hasta la conclusión de la guerra tuvo que compaginar su trabajo en la cantera con los estudios eclesiásticos, que realizaba después de la jornada laboral. Pero debía mantener en secreto su condición de seminarista, pues el riesgo al que se exponía de ser descubierto era el de ser ejecutado o, en el mejor de los casos, ser deportado a un campo de concentración. Téngase en cuenta que durante los cinco años y medio de la ocupación alemana, además de los sacerdotes encarcelados —sólo en Dachau había 3.000 sacerdotes polacos— los nazis asesinaron en Polonia a 1.923 sacerdotes, 850 religiosos y 298 religiosas.

En 1944 esos pocos seminaristas clandestinos de la diócesis se trasladaron a vivir al palacio arzobispal. Y a partir de esta fecha los acontecimientos de su carrera eclesiástica se producen a una velocidad vertiginosa. En otoño de 1944 recibió lo que, según estaba establecido entonces, se conocían como órdenes menores, tales como la tonsura. Los nazis huyeron de Cracovia el 18 de enero de 1945, el seminario dejó de ser clandestino y éste pasó a formar parte de la Facultad de Teología de la Universidad de Jagellón. Por lo tanto, a partir del curso 1944-1945, pudo consolidar más libremente su formación en la Facultad de Teología de la Universidad de Jagellón, donde fue elegido vicepresidente de la

organización estudiantil Socorro Fraterno. Sin embargo, los planes que para él había trazado el arzobispo Sapieha precipitaron los acontecimientos. Con el fin de que se trasladara a Roma cuanto antes para completar sus estudios, el cardenal Sapieha decidió adelantar su ordenación sacerdotal, respecto a los otros seis compañeros suyos. Por este motivo, el 13 de octubre de 1946 fue ordenado de subdiácono, siete días después de diácono, y el uno de noviembre de 1946 recibió la ordenación sacerdotal en la capilla privada del cardenal. Todas las órdenes sagradas las recibió de manos de Adam Sapieha.

El recuerdo de su primera misa ha permanecido imborrable en la memoria de Juan Pablo II, y así nos lo transmite:

> Habiendo sido ordenado sacerdote en la fiesta de Todos los Santos, celebré la «primera misa» el día de los Fieles Difuntos, el 2 de noviembre de 1946. En este día, cada sacerdote puede celebrar para provecho de los fieles, tres santas misas. Mi «primera misa» tuvo, por tanto —por así decir—, un carácter triple. Fue una experiencia de especial intensidad. Celebré las tres santas misas en la cripta de San Leonardo, que ocupa, en la catedral del Wawel, en Cracovia, la parte anterior de la llamada cátedra episcopal de Hermán. Actualmente la cripta forma parte del complejo subterráneo donde se encuentran las tumbas reales. Al elegirla como lugar de mis primeras misas quise expresar un vínculo espiritual particular con los que reposan en esa catedral, que por su misma historia es un monumento sin igual. Está impregnada, más que cualquier otro templo de Polonia, de significado histórico y teológico. Reposan en ella los reyes polacos, empezando por Wladyslaw Lokietek. En la catedral del Wawel eran coronados los reyes y en ella eran también sepultados. Quien visita ese templo se encuentra cara a cara con la historia de la nación [...].
>
> Pero no sólo eso. Había en esa elección una especial dimensión teológica. Como he dicho, fui ordenado el día anterior, en la solemnidad de Todos los Santos, cuando la Iglesia expresa litúrgicamente la verdad de la Comunión de los Santos *(Communio Sanctorum).* Los santos son aquellos que, habiendo acogido en la fe el misterio pascual de Cristo, esperan ahora la resurrección final.
>
> También las personas cuyos restos reposan en los sarcófagos de la catedral del Wawel esperan allí la resurrección. Toda la catedral parece repetir las palabras del Símbolo de los Apóstoles: «Creo en la resurrección de los muertos y en la vida eterna.» Esta verdad de fe ilumina la historia de las naciones. Aquellas personas son como «los grandes espíritus» que guían la nación a través de los siglos. No se encuentran allí solamente soberanos junto con sus esposas, u obispos y cardenales; también hay poetas, grandes maestros de la palabra, que han tenido una importancia enorme para mi formación cristiana y patriótica.
>
> Fueron pocos los participantes en aquellas primeras misas celebradas sobre la colina del Wawel. Recuerdo que, entre otros, estaba presente mi madrina, Maria Wiadrowska, hermana mayor de mi madre. Me asistía en el altar Mieczyslaw Malinski, que hacía presente de algún modo el ambiente y la persona de Jan Tyranowski, ya entonces gravemente enfermo (Juan Pablo II, *Don y misterio..., ob. cit.).*

Karol Wojtyla partió para Roma el 15 de noviembre de 1946 para ampliar estudios en la Universidad del Angelicum, regentada por los padres dominicos. Al igual que en Tyranowski había encontrado a su mentor espiritual, descubrió en la figura de A. Garrigou-Lagrange a su maestro intelectual. Este gran teólogo, considerado también un asceta y un místico, fue su relator de la tesis de doctorado sobre san Juan de la Cruz, que defendió en el Angelicum (19 junio 1948). Pocos días después de doctorarse regresó a Polonia, donde por entonces se produjo el nombramiento del cardenal Stepham Wyszynski (1901-1981), como primado de Polonia, que tomaba el relevo del cardenal August Hlond (1881-1948), que había fallecido el 23 de octubre, a los 67 años de edad. Como se dijo al comentar el pontificado de Pío XII (1939-1958), por entonces ya se había desatado la persecución religiosa en los países controlados por lo comunistas: en 1946 había sido detenido y condenado a perpetuidad Alojzije Stepinac (1898-1960), arzobispo de Zagreb, y pocos días después del nombramiento del nuevo primado de Polonia fue detenido el primado de Hungría, Jósef Mindszenty (1892-1975).

En esas circunstancias, a su regreso de Roma, Karol Wojtyla fue enviado como coadjutor a una parroquia rural de Niegowici, situada a unos cincuenta kilómetros de Cracovia, donde desarrolló un impresionante trabajo pastoral durante los siete meses que permaneció en aquel destino. Después, el cardenal Sapieha le nombró coadjutor de la iglesia de San Florián en Cracovia, lo que le permitió retomar el contacto con la vida universitaria. Y fue precisamente durante su etapa de San Florián cuando escribió una de sus obras más conocidas, *Hermano de nuestro Dios*, un drama en tres actos, que recientemente ha sido llevada al cine por el productor italiano Giacomo Pezzali, bajo la dirección cinematográfica del polaco Krzystof Zanussi. La obra está basada en la vida del pintor bohemio de Polonia, Adam Chmielowski (1845-1916), que en la insurrección contra los rusos de enero de 1863 perdió una pierna. Posteriormente, tras abandonar el arte, cambió su vida y su nombre por el de Hermano Alberto y fundó una orden para servir a los pobres, pero no para actuar como distribuidor de limosnas, sino para darse a sí mismo sirviendo a los desheredados. El Hermano Alberto ha sido beatificado (22 junio 1983) en Blonie Krakowskie (Polonia) y canonizado (12 noviembre 1989) en Roma por el propio Juan Pablo II.

En dicha obra ya está presente con toda su fuerza su pensamiento acerca de la filosofía del ser frente a la ideología del tener, la defensa de los derechos humanos y hasta las expresiones que cuarenta años después empleará como sumo pontífice. Así, por ejemplo, en uno de los pasajes de *Hermano de nuestro Dios*, se critica la práctica hipócrita de la caridad y la injusticia en los siguientes términos:

> ¡Aja, misericordia! Una moneda aquí, una moneda allá, por el derecho de poseer tranquilamente millones... en bancos, bosques, granjas, títulos, acciones... Y con ello, trabajo arduo, propio de animales, durante diez, doce o die-

> ciséis horas por unos céntimos, por la esperanza de un dudoso consuelo, que no cambia nada, y que a lo largo de los siglos ha estado acumulando una poderosa y espléndida explosión de rabia humana, de rabia creativa humana.

En otro momento, uno de los personajes dirigiéndose a los desheredados, les grita: «Tenéis derecho a tener derechos humanos... He venido a despertar lo que duerme dentro de vosotros...» Y, para acabar de animarles en su esfuerzo, concluye el mismo personaje: «¡No tengáis miedo!», la misma expresión que, cuatro décadas después, daría la vuelta al mundo por formar parte del mensaje de la ceremonia con la que inauguraba oficialmente su pontificado (22 octubre 1978), en el que invitaba a los Estados, a las instituciones y en definitiva a cada hombre, a que se sobrepusieran al miedo que impide abrir las puertas de par en par a Jesucristo. Quizás el impacto que produjeron esas palabras en 1978 en buena medida se deba a la autoridad moral de quien las pronunció, no sólo por haber padecido en su vida la opresión y el terror de los nazis y de los comunistas, sino sobre todo porque había sabido sobreponerse a las dos tiranías más crueles e inhumanas de todos los tiempos; y a pesar de esos dos regímenes totalitarios, ateos y antirreligiosos, se había mantenido firme en su empeño de fortalecer y extender la fe de Jesucristo en su Polonia natal.

Karol Wojtyla supo hacer compatibles sus obligaciones en la parroquia de San Florián con una intensa y concienzuda dedicación a la universidad, como profesor de ética, primero en la de Jagellón y desde 1956 en la Universidad Católica de Lublín (KUL), donde por su prestigio y autoridad moral entre alumnos y profesores se convirtió en el personaje más reconocido de toda la universidad.

> El aula número 33 —ha escrito Tad Szulc en su documentada biografía— del antiguo monasterio, donde la KUL se hallaba alojada en aquel entonces, estaba siempre llena hasta los topes cuando Wojtyla daba clase. Los estudiantes ocupaban bancos y sillas, se sentaban en los alféizares de las ventanas y en el suelo y de pie junto a las paredes. También parecían ver en Wojtyla a un amigo, además de un profesor: siempre se hallaba a su disposición para charlar, para hacerles algún pequeño préstamo (no era necesario devolvérselo) y para escuchar el tipo de confesiones que no querían hacer ante otros sacerdotes.

Porque —y ésa es otra de las características propias del modo de realizar su ministerio pastoral— Karol Wojtyla predicó a menudo y dedicó mucho tiempo a administrar el sacramento de la penitencia. Y ésta ha sido también una de las constantes que ha mantenido hasta el día de hoy, pues no sólo ha seguido enseñando con fuerza e insistencia la doctrina sobre el sacramento que perdona los pecados personales, sino que incluso se ha llegado a sentar en más de una ocasión en uno de los confesonarios de la basílica de San Pedro, para escuchar las confesiones de los penitentes. Sin duda, un evidente acto de su magisterio —o un gesto, como algunos dicen— acerca del valor del sacramento de la

penitencia. Enseñanza que, por lo demás, venía a sumarse a la del resto de los papas de la edad contemporánea, como ya se ha visto en los pontificados anteriores. Pues no deja de ser significativo que siendo casi todos ellos mentes egregias y preclaras y teniendo todos importantes obligaciones que atender, decidieran emplear una parte importante de su preciado tiempo a permanecer sentados en un confesonario, para atender a los penitentes.

El 4 de julio de 1958 fue nombrado obispo auxiliar de Cracovia. Y debemos referirnos a una de sus vivencias de juventud, cuando trabajaba en la cantera de la fábrica Solvay, para comprender el lema que quiso escoger para su escudo episcopal. Él mismo lo ha contado con las siguientes palabras:

> Hubo un momento en el cual me cuestioné de alguna manera mi culto a María, considerando que éste, si se hace excesivo, acaba por comprometer la supremacía del culto debido a Cristo. Me ayudó entonces el libro de san Luis María Grignon de Montfort [1673-1716] titulado *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen.* En él encontré la respuesta a mis dudas. Efectivamente, María nos acerca a Cristo, con tal de que se viva su misterio en Cristo [...] Comprendí entonces por qué la Iglesia reza el *Ángelus* tres veces al día. Entendí lo cruciales que son las palabras de esta oración [...] ¡Son palabras verdaderamente decisivas! Expresan el núcleo central del acontecimiento más grande que ha tenido lugar en la historia de la humanidad.
>
> Esto explica el origen del *Totas Tuus*. La expresión deriva de san Luis María Grignon de Montfort. Es la abreviatura de la forma más completa de la consagración a la Madre de Dios, que dice: *Totus tuus ego sum et omnia mea Tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Pruebe mihi cor Tuum, María* [«Soy todo tuyo y tuyas son todas mis cosas. Te acepto en todas mi cosas. María, muéstrame tu corazón»] (Juan Pablo II, *Don y misterio..., ob. cit.).*

Debido a la edad y a las enfermedades del titular de la sede apostólica de Cracovia, recayó en monseñor Wojtyla el trabajo que el arzobispo Baziak no podía desarrollar. Así fue cómo se encargó de visitar todas las parroquias, en algunas de las cuales permanecía varios días participando en las actividades de la misma. Además del trabajo pastoral, durante su etapa de obispo auxiliar escribió numerosos artículos, publicó el libro titulado *Amor y responsabilidad* (1962) y dio a la imprenta una nueva obra de teatro, *El taller del orfebre.* Este nuevo trabajo en tres partes se publicó en la revista *Znak* de Cracovia y estaba firmado con el seudónimo Andrzej Jawien. Bajo el título, aparecía el siguiente subtítulo: «Meditación sobre el sacramento del matrimonio que de vez en cuando se convierte en drama».

Tras la muerte del arzobispo Baziak (15 junio 1962), el capítulo de la archidiócesis le eligió vicario capitular, lo que equivalía a entregarle de hecho la plena responsabilidad de la sede de Cracovia. Dicha situación se confirmó cuando fue nombrado arzobispo metropolita de Cracovia el 30 de diciembre de 1963. Por entonces ya había tomado parte en las sesiones que se habían celebrado en el concilio, donde como dijimos, dejó inpresionados a los participantes en su

primera intervención. Al término de la segunda sesión del Concilio Vaticano II, realizó una peregrinación a Tierra Santa, junto con otros padres conciliares de distintas naciones, durante los días 5 al 15 de diciembre de 1963. Su protagonismo fue en aumento en las sesiones tercera y cuarta del concilio, que se celebraron durante los años 1964 y 1965 y participó activamente en los trabajos del esquema trece de la *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, y fue uno de los redactores de la Declaración sobre libertad religiosa. Su figura se fue agigantando en Polonia, sobre todo en el año 1966, en el que participó en los numerosos actos que se celebraron con motivo del milenio de Polonia. Y, desde luego, el peso específico de su personalidad era igualmente reconocido fuera de sus fronteras patrias. Por lo tanto, a nadie extrañó que Pablo VI (1963-1978) le hiciera cardenal el 28 de junio de 1967. Tenía entonces tan sólo 47 años recién cumplidos y apenas habían transcurrido veinticinco desde su ingreso en el seminario clandestino de Cracovia.

En 1969 la Sociedad Teológica Polaca publicó un importante trabajo filosófico del cardenal Wojtyla, cuyo título es *Persona y acto*. El contenido de este libro, junto con el de *Amor y responsabilidad*, forman el núcleo de las idea básicas que con posterioridad irá desarrollando en su magisterio pontificio. El libro tiene un alto valor especulativo y no es de fácil lectura para el gran público no especializado. Si en *Amor y responsabilidad* eran las cuestiones éticas las que trababan la relación de sus páginas, en *Persona y acto* el hilo conductor del discurso del cardenal Wojtyla es su concepción antropológica.

Sin embargo, ni sus trabajos intelectuales, y mucho menos los nombramientos y los cargos eclesiásticos, le detuvieron en el ejercicio propio de su ministerio sacerdotal. Por el contrario, avivaron el ritmo de su trabajo pastoral. Por la imposibilidad de reseñar en estas pocas páginas cuantas actividades llevó a cabo durante estos años, nos limitaremos a transcribir el juicio que ha emitido su biógrafo sobre este aspecto:

> No hay medidas científicas para definir las actividades de los cardenales ni la calidad de sus realizaciones, pero es difícil imaginar que cualquier otro cardenal de aquella época fuera tan insaciablemente activo y trabajador como Wojtyla. Desde luego, no se me ocurre ningún ejemplo. Y la diversidad de sus preocupaciones e intereses era asombrosa.
>
> Desde el punto de vista histórico, probablemente da lo mismo que el fenómeno Wojtyla surgiese de la fuerza de su personalidad o fuera fruto de un plan trazado con vistas a un futuro o de ambas cosas a la vez. El hecho es que el fenómeno existía en un grado impresionante. Los visitantes que con creciente frecuencia llegaban del extranjero quedaban muy impresionados por el estilo y la forma de actuar Wojtyla. Y el futuro papa pronto empezó a ensanchar sus horizontes con viajes por todo el mundo.
>
> El cardenal trabajaba de sol a sol, o al menos eso les parecía a sus colaboradores y ayudantes, mediante una incesante serie de ideas innovadoras y proyectos. Estaba convirtiendo la archidiócesis en un singular establecimiento eclesiástico, sin ninguna duda comparado con lo que era normal en Polo-

> nia, a la vez que desempeñaba personalmente un papel dominante y muy visible en todos los empeños concebibles.
>
> Inevitablemente, daba la máxima prioridad a encontrar nuevas maneras de difundir la fe, fomentar el culto y la enseñanza religiosa, y crear una estructura poderosa en Cracovia. Al mismo tiempo, no ahorraba esfuerzos por hacer de la archidiócesis un importante centro intelectual y cultural. No había nada parecido en Polonia (Tad Szulc, *El papa Juan Pablo II..., ob. cit.)*.

Naturalmente que semejante despliegue de actividad preocupaba y mucho a las autoridades comunistas de Polonia. Pero el cardenal Wojtyla contaba de antemano con las dificultades de ese régimen y mantuvo una firmeza impresionante. Quizás nada refleje mejor su posición como la construcción de la iglesia de Nowa Huta. El gobierno había construido el barrio de Nowa Huta, como modelo de lo que debía ser la «ciudad socialista», donde naturalmente no se había previsto ningún local para Dios. En 1967, monseñor Wojtyla arrancó un permiso de construcción y a continuación se sucedieron las dificultades de todo tipo, con el fin de impedir que se diera remate a la construcción de la iglesia, sin duda una de las más famosas de Polonia por lo que simboliza. El pulso de Nowa Huta duró diez años, y lo ganó siendo ya cardenal. Y junto a la firmeza la claridad; por eso cuando en las Navidades de 1970, una nueva versión de los enfrentamientos de 1956, los trabajadores se amotinaron en Gdans para protestar por el altísimo precio de los alimentos y las duras condiciones de vida y el ejército los mató por decenas, en el sermón de Año Nuevo, el cardenal Wojtyla se dirigió a los suyos para rechazar los acontecimientos sangrientos y, una vez más, también para condenar el clima del miedo: «La demostración de la tragedia de los días recientes —dijo en la catedral— es el hecho de que haya habido derramamiento de sangre polaca por parte de los polacos.» Y a continuación, como condiciones para conseguir la paz, exigió «el derecho al pan, el derecho a la libertad..., un clima de libertad..., un clima de libertad verdadera..., el derecho a no sentir miedo a lo que pueda pasar si haces esto o aquello».

Naturalmente que la dimensión de su personalidad y sus capacidades eran de sobra conocidas y reconocidas en el Vaticano. Como experto profesor de ética fue requerido por Pablo VI para que trabajara en cuestiones relacionadas con el derecho a la vida, y con el tiempo se ha sabido que el texto de la *Humánae vitae* se redactó en buena parte con los materiales y escritos que el cardenal Wojtyla envió desde Cracovia. Y es que ya desde entonces no regateaba ningún esfuerzo para promocionar la cultura de la vida. En Cracovia fundó un Instituto de la Familia y puso en marcha una iniciativa, conocida como «SOS, cardenal Wojtyla», para ayudar material y moralmente a las mujeres embarazadas que renunciasen a sus planes de abortar. En dicho centro de acogida, las madres solteras podían permanecer hasta un año después de haber dado a luz.

Del prestigio de que gozaba en el Vaticano pueden dar una idea las numerosas veces que fue recibido en audiencia privada por Pablo VI; desde luego, bastantes más de lo que solía ser habitual en el caso de un cardenal que no tenía cargos en la curia. E igualmente hace referencia a la consideración que de

él se tenía el hecho de que, en febrero de 1976, fuera requerido para predicar los ejercicios espirituales de la Cuaresma, a los que asistió el papa acompañado de los miembros de la curia. Las meditaciones de estos días fueron publicadas posteriormente en un libro, que lleva por título *Signo de contradicción.*

Así pues, cuando asistió al primero de los cónclaves, del que saldría elegido su predecesor Juan Pablo I, Karol Wojtyla ya era reconocido como una personalidad por el resto de los cardenales. Lo que a su vez es compatible con que su elección, tras el breve pontificado de Juan Pablo I, por las circunstancias que rodeaban su personalidad, y por supuesto por proceder de un país gobernado por los comunistas, despertara en todo el mundo una gran expectativa ante la nueva etapa que se abría en la historia de la Iglesia.

El pontificado de Juan Pablo II. Llegados a esta etapa, conviene advertir que, cuando se escriben estas páginas, el pontificado de Juan Pablo II está a punto de cumplir sus veinte primeros años. Somos bien conscientes, por tanto, de la imposibilidad que existe de historiar un proceso que todavía sigue vivo y en desarrollo. Así, por ejemplo, la periódicos del día 13 de julio informan que durante los días de vacaciones en los Alpes, Juan Pablo II ha acabado de redactar la que será su decimotercera encíclica, que llevará por título *Fides et Ratio,* y que probablemente será publicada en el próximo otoño de 1998. Pues bien, a juzgar por alguno de los contenidos que en dicha información se adelantan, resulta obligado juzgar dicho documento como continuación o complemento de otros anteriores. Y, a su vez, por encontrarnos ante un proceso abierto y en desarrollo como se dijo, el juicio de alguno de estos documentos ya publicados no podrá ser ni certero ni completo sin tener en cuenta el contenido de la *Fides et Ratio.* Algo similar se podría decir de la innegable influencia de Juan Pablo II en la caída del comunismo, sobre lo que nada definitivo se puede decir todavía, pues además de que nos falta conocer muchos datos, todavía se siguen produciendo cambios cada día, sin que haya concluido ese proceso en uno de los últimos reductos del comunismo, precisamente después del viaje apostólico de Juan Pablo II a la isla de Cuba.

Así pues, a diferencia del esquema seguido en el resto de los pontificados, hemos decidido suspender el juicio, omitir las valoraciones e interrumpir el relato histórico en el momento que Juan Pablo II es elegido como nuevo sucesor de san Pedro. Por el contrario, la etapa anterior de su vida, por estar en cierto modo ya cerrada, la hemos expuesto del mismo modo que la del resto de los romanos pontífices. Por todo ello y con el fin de orientar al lector, a continuación sólo se expondrán los principales acontecimientos por orden cronológico desde el 16 de octubre de 1978 hasta el presente. No nos ha parecido oportuno concluir bruscamente el 16 de octubre de 1978, porque aunque no se pueda valorar todavía con una aceptable medida histórica lo que ha pasado, al menos sí que es posible dar noticia de qué y cuándo ha pasado, sin más comentarios.

Insistimos, de nuevo, que no es posible realizar una síntesis histórica, por ser el pontificado de Juan Pablo II algo todavía inacabado, lo que no impide que ya se puedan expresar algunos juicios. En efecto, no resulta aventurado emitir

al menos tres juicios, o si se quiere tres pronósticos, sin riesgo a equivocarse por ser admitidos unánimente. En primer lugar, Juan Pablo II que conocía muy bien y desde dentro el Concilio Vaticano II lo ha interpretado y aplicado fundamentalmente por medio del Código de derecho canónico, la publicación del Catecismo de la Iglesia y el cuerpo doctrinal que contiene la serie de sus encíclicas. Ciertamente, y en segundo lugar, sólo con las realizaciones conocidas hasta el día de hoy, se puede ya afirmar que el paso de Juan Pablo II por la cátedra de san Pedro es uno de los más importantes de la historia de la Iglesia. Y en tercer lugar, es también unánime considerar la figura del actual romano pontífice como la personalidad más relevante del mundo actual. Debo añadir a lo dicho que además comparto la opinión de muchos de mis colegas, especialistas en historia contemporánea, de que no hay personaje histórico de los dos últimos siglos que se pueda equiparar a Juan Pablo II. Y, por mi parte, además de lo anterior, sostengo que ni siquiera los peores tiranos, en los que el siglo xx ha sido tan pródigo, han descendido a tanta profundidad como en altura se ha elevado la figura de Juan Pablo II, que de mantener ese progresivo ascenso, sin duda, está llamado a convertirse no sólo en uno de los grandes personajes de la edad contemporánea, sino también en uno de los principales protagonistas de la historia de todos los tiempos. Tales afirmaciones, desde luego, no son gratuitas, sino que encuentran su apoyo en hechos bien concretos.

Las magnitudes de estos casi veinte años de pontificado son casi todas gigantescas y suele ser bastante frecuente las referencias de prensa que comentan los distintos récords que a lo largo del tiempo va batiendo Juan Pablo II. Su pontificado ya es el más largo del siglo xx, al lograr superar los 7.152 días durante los que gobernó la Iglesia Pío XII. Juan Pablo II, como se dijo, es el 263 sucesor de san Pedro; pues bien, de los 264 papas, sólo 11 permanecieron más de veinte años en el solio pontificio: san Silvestre I (314-335), san León I Magno (440-461), León III (795-816), Urbano VIII (1623-1644), Clemente XI (1700-1721), Alejandro III (1159-1181), Adriano I (772-795), Pío VII (1800-1823), Pío VI (1775-1799), León XIII (1878-1913) y, por fin, el más largo de todos, el de Pío IX (1846-1878). Repasando esta lista se comprende por qué afirmamos páginas atrás que la época contemporánea se puede considerar la de los «grandes pontificados», no sólo por las importantes realizaciones que en ellos se producen, sino también por su larga duración.

También es espectacular el número de personas que Juan Pablo II ha elevado a los altares, en torno a un millar, y tampoco tiene mayor importancia precisar la cifra hasta este momento, por cuanto en los próximos meses el lector puede encontrarse con un dato desfasado notablemente. Sin embargo, sí que conviene comentar una cuestión que suele pasarse por alto en las referencias a tan importante número, como es el empeño del papa en proponer con tan elevado cupo a todas las vocaciones y situaciones como posibles para alcanzar la santidad: religiosos, sacerdotes y laicos; ricos y pobres; cultos c incultos; intelectuales y trabajadores manuales; solteros, casados y viudos; personas ancianas, adultas y, por supuesto, también los niños. En efecto, con motivo del cuar-

to centenario de la Congregación de la Causa de los Santos (1588-1988), se celebraron una serie de sesiones en las que se llegó a la conclusión de que la llamada universal a la santidad no podía excluir a los niños, porque si bien es cierto que la Iglesia reconoció siempre la santidad de los niños mártires, es relativamente reciente la elevación a los altares de los niños confesores, es decir, de aquellos que a pesar de su corta vida supieron responder a su condición de bautizados viviendo las virtudes cristianas en grado heroico.

El primero de los niños que tuvo tal reconocimiento fue santo Domingo Savio (1842-1857), canonizado por Pío XII en 1954, pero después de esta fecha el curso de los procesos de beatificación sufrió un parón, hasta el centenario al que antes nos hemos referido. Pero recientemente ha sido beatificada la niña chilena Laura Vicuña (1891-1904), que murió a los doce años y medio. Y, en la actualidad —entre otros muchos casos de menores de quince años, que aquí no podemos mencionar en su totalidad como sería nuestro deseo—, están muy avanzados los procesos de la francesa Anne de Guigné (1911-1922), el del alemán Bernard Lehner (1930-1944), los de los italianos Galileo Nicolini (1882-1897), Anfrosina Berardi (1920-1933) y Antonieta Meo (1930-1937), «Nennolina», dos de cuyos milagros tras su muerte han sido relatados precisamente por el maestro intelectual de Juan Pablo II Garrigou-Lagrange, y las españolas María Carmen González Valerio (1930-1937), María Pilar Cimadevilla (1952-1962) y Alexia González-Barros y González (1971-1985). Además, por supuesto, los conocidos niños videntes de Fátima, Francisco (1908-1919) y Jacinta Marto (1910-1920). Algunos de los niños citados anteriormente ya han sido declarados venerables, tras otorgarles el reconocimiento de haber vivido las virtudes en grado heroico y permanecen a la espera de ser declarados beatos.

Pero donde no se pueden establecer referencias con ninguno de sus predecesores es en los viajes apostólicos. Y si bien es cierto que la existencia del reactor ha hecho posible todos estos desplazamientos, a pesar de ello no deja de ser sorprendente el esfuerzo de Juan Pablo II por predicar personalmente la doctrina de Jesucristo en todos los rincones de la Tierra. Hasta el momento ha realizado un total de 83 viajes apostólicos fuera de Italia, y hasta no ha faltado quien se ha entretenido en calcular las idas y venidas que se hubieran podido realizar a la Luna, si se sumasen todos esos kilómetros de los viajes de Juan Pablo II. Ha visitado 115 países diferentes, pero se debe tener en cuenta que en algunos de estos países ha estado en más de una ocasión. Y si nos referimos al número de personas que han podido escucharle en persona, la cifra resultaría incalculable; téngase en cuenta que la asistencia a alguno de sus actos se cuenta por millones, como fue el caso de la misa de Manila donde se calcula que hubo más de cinco millones de personas. No hay ninguna duda que en la actualidad, y por tanto en todos los tiempos, no ha habido líder alguno con el poder de convocatoria de Juan Pablo II. Desde luego que si resulta casi imposible calcular los millones que le han podido escuchar en persona, tenemos que concluir que es inimaginable el número de cuantos han podido seguirle por televisión y radio.

Y si a todo lo anterior añadimos el tiempo que necesariamente debe dedicar al gobierno de la Iglesia, a despachar, a recibir visitas, a presidir las audiencias, a escribir..., habrá que concluir que su ritmo de actividad es sencillamente impresionante, continuación del que mantuvo desde su juventud, desde sus años de sacerdote, desde su etapa de obispo o desde cuando era cardenal, como vimos anteriormente. Lógicamente, los años y las enfermedades le han tenido que frenar, pero de todos modos su actividad sigue siendo impresionante.

Pues bien, a pesar de todo, no es su dinamismo el rasgo de su personalidad que más sorprende a quienes le conocen y han tenido la posibilidad de tratarle de cerca. Lo que según todos los testimonios de verdad les impresiona es que toda esa ingente actividad la genera la misma persona que reza y que reza mucho. Afirma Tad Szulc que Juan Pablo II medita unas siete horas diarias. Según este autor, éste es el horario habitual del papa: se levanta a las cinco de la mañana y la primera oración en su capilla, delante del sagrario, dura dos horas, después celebra la misa, desayuna y se retira solo a su estudio, para leer, escribir, o rezar; a partir de esa hora comienzan las audiencias hasta las dos, que es almuerzo y descansa media hora; vuelve a su estudio, solo otra vez, y permanece allí hasta las 6.30, hora en la que comienza a recibir a los prefectos de la curia y los altos cargos del Vaticano; cena a las ocho, y a continuación vuelve a trabajar o a rezar. Rara vez se acuesta antes de la medianoche. Más todavía, el citado autor a lo largo de su biografía, tantas veces citada, se refiere en muchas ocasiones a la capacidad de Juan Pablo II para concentrarse en oración en medio de las situaciones más diversas: cuando viaja en coche o en avión, cuando preside una audiencia, cuando recibe a sus visitas, mientras pasea... Es decir, a todas horas, sin acertar a definir con las palabras precisas esa actitud, que no es otra que su gran capacidad para mantener una continua presencia de Dios, como resultado, sin duda, de sus muchos años de lucha ascética.

Y es que la deuda de Juan Pablo II con Tiranowski es doble, pues además de guiarle hacia el sacerdocio, le descubrió a través de los escritos de santa Teresa y san Juan de la Cruz los horizontes de la vida contemplativa, que consiste precisamente en mantener la presencia de Dios a lo largo del día y en las más variadas situaciones, pues como debió aprender de la santa de Ávila hasta en los pucheros anda Dios. Incluso pasó por su mente la posibilidad de ingresar en el Carmelo, pero las orientaciones de su obispo le hicieron abandonar ese proyecto. Sin duda que el espacio de un convento se presta a la vida contemplativa; es más, algunos tienen ese fin específico. Pero como también fuera de esos espacios conventuales es posible llevar dicha vida contemplativa, Juan Pablo II desde que conoció a Tyranowski se reafirmó en esos métodos ascéticos que convierten al viajar y al rezar en una misma cosa, y por supuesto también al trabajo, y a las relaciones humanas y, en definitiva, a las múltiples y variadas situaciones que se presentan ante todo hombre. En el caso de Juan Pablo II su situación —todo lo sublime que se quiera, pero al fin y al cabo una situación,

su situación concreta— es la de ser el 263 sucesor de san Pedro. Pero debemos detenernos en este límite, más allá del cual traspasaríamos sin conocimiento de causa e indebidamente su intimidad, que a buen seguro algún día será escrutada por los tribunales eclesiásticos competentes para poder reconocerle ese título que —con propiedad plena y definitiva— no se puede conseguir, mientras se vive en esta Tierra.

Por fin, una última advertencia antes de exponer la cronología de los principales acontecimientos del pontificado de Juan Pablo II: queremos manifestar que buena parte de los datos han sido obtenidos y contrastados con la información que el Vaticano ofrece en su interesante página de Internet:

1978. Seis días después de su elección (16 de octubre), se celebra la solemne ceremonia con la que comienza oficialmente su ministerio, como supremo pastor de la Iglesia.

El cinco de noviembre se traslada a Asís, para venerar a san Francisco, patrón de Italia y ese mismo día visita la tumba de santa Catalina de Siena, patrona de Italia, en la iglesia de Santa María sopra Minerva de Roma.

Como obispo de Roma, toma posesión de la iglesia de San Juan de Letrán (12 de noviembre).

1979. Recibe en audiencia al ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Andrei Gromyko (24 de enero).

El 15 de marzo se publica su primera encíclica, *Redemptor hominis.*

Nombramiento de Agostino Casaroli como prosecretario de Estado y proprefecto del Consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia (25 de abril).

El 30 de junio celebra su primer consistorio, en el que crea catorce nuevos cardenales, además de uno *in pectore*, el chino Ignatius Kung Pin-Mei, como se hizo público en el consistorio de 1991.

A lo largo de este año, realizó sus cuatro primeros viajes apostólicos fuera de Italia: en el primero (24 de enero a 1 de febrero) visitó Santo Domingo, México y las Bahamas; en el segundo (del 2 al 10 de junio) viajó a Polonia; en el tercero (29 de septiembre a 8 de octubre) estuvo en Irlanda y Estados Unidos, y pronunció un discurso ante la Asamblea General de la ONU; y en el cuarto (28 al 30 de noviembre) se trasladó a Turquía.

1980. El 4 de abril, día de Viernes Santo, administra el sacramento de la penitencia a varios penitentes en uno de los confesonarios de la basílica de San Pedro. La foto de Juan Pablo II entrando en el confesonario, una expresiva catcquesis sobre el sacramento de la penitencia, dio la vuelta al mundo.

El tema de la familia es el motivo de la quinta asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos (26 de septiembre al 25 octubre).

El 25 de noviembre visita la región de Nápoles, que fue afectada por un terremoto.

El 2 de diciembre se publica su segunda encíclica, *Dives in misericordia.*

El penúltimo día del año proclama patronos de Europa a los santos Cirilo y Metodio, junto con san Benito.

Entre las personalidades que le visitaron en el Vaticano durante este año, cabe mencionar las siguientes: el presidente de los Estados Unidos, Jimmy Cárter (21 de junio), la reina Isabel II de Inglaterra (17 de octubre) y Cviyetin Mijatovic, presidente de la República Socialista de Yugoslavia.

Durante ese año realizó otros cuatro viajes apostólicos, fuera de Italia: en el quinto viaje de su pontificado (2 al 12 de mayo) visitó Zaire, República del Congo, Kenia, Ghana, Alto Volta y Costa de Marfil; en el sexto (30 de mayo al 2 de junio) se trasladó a Francia; en el séptimo (30 de junio a 12 de julio) viajó hasta Brasil, y en el octavo (15 al 19 de noviembre) estuvo en Alemania.

1981. Recibe en audiencia a una delegación del sindicato Solidaridad, presidida por Lech Walesa (15 de enero). En el mes de diciembre el papa pide la oración de todos en favor de Polonia, tras haber sido declarado el estado de asedio.

En el noveno viaje apostólico da una vuelta completa al mundo al visitar Pakistán, Filipinas, Guam (islas Marianas en el Pacífico), Japón y Anchorage (Alaska) (16 al 27 de febrero).

El 13 de mayo, festividad de la Virgen de Fátima, el turco Alí Agca dispara contra el papa en la plaza de San Pedro, mientras hacía el recorrido en coche para saludar a los asistentes en la audiencia general. Durante las horas de la intervención quirúrgica se teme por su vida. Permanecerá ingresado en el Policlínico Gemelli 22 días. En junio volverá a ser ingresado por una infección y el 5 de agosto es sometido a una segunda intervención quirúrgica. El día 15, fiesta de la Asunción, ya está en el Vaticano.

Se publica su tercera encíclica, *Laborem exercens* (14 de septiembre).

Se publica su exhortación apostólica postsinodal *Familiaris consortio* (22 de noviembre).

Nombra al cardenal Joseph Ratzinger prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (25 de noviembre).

1982. A lo largo de este año Juan Pablo II realiza siete viajes apostólicos fuera de Italia, con lo que suman ya 16: en el décimo viajó a Nigeria, Benim, Gabón y Guinea Ecuatorial (12 al 19 de febrero); en el undécimo (12 al 15 de mayo) se traslada a Fátima en el aniversario del atentado para agradecer a la Virgen el haberle salvado la vida; durante los actos en el santuario se perpetra un nuevo atentado, pero los agentes de seguridad logran detener a tiempo al español Juan Fernández Khron, que se abalanzó sobre el papa con un cuchillo de grandes dimensiones. El viaje número 12 lo realiza a Gran Bretaña (28 de mayo al 2 de junio). En el viaje número 13 se traslada a Argentina (10 al 13 de junio). Durante el viaje número 14 acude a la 68 Conferencia Internacional del Trabajo en Ginebra (15 de junio). Su viaje apostólico número 15 tiene como destino la República de San Marino (29 de agosto). Y en el viaje número 16 y

último de este año visita España (31 de octubre al 9 de noviembre) con motivo de la clausura del cuarto centenario de la muerte de santa Teresa; en su último día de estancia en España pronuncia su histórico discurso a los pueblos de Europa en la catedral de Santiago de Compostela.

Entre las personalidades que visitan al papa cabe mencionar al presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan (7 de junio), a Yasser Arafat (15 de septiembre) y al presidente de Alemania, Karl Carstens (28 de octubre). Además, tuvo un encuentro con el presidente de la República italiana, Sandro Pertini, en Castelporziano (19 de octubre).

Canonización de Maximiliano Kolbe a la que asiste Franciszek Gajownizek, por quien se canjeó para ser ejecutado en el campo de Auschwitz (10 de octubre).

Anuncio del Año Santo de la Redención que se celebrará desde la Cuaresma de 1983 hasta la Pascua de 1984 (26 de noviembre).

1983. Mediante la constitución apostólica, *Sacrae Disciplinae Leges,* se promulga el nuevo Código de derecho canónico (25 de enero).

En su segundo consistorio, crea 18 nuevos cardenales (2 de febrero).

Durante la sexta asamblea general del Sínodo de los Obispos, sobre la penitencia, el papa junto con los participantes consagra el mundo a la Virgen de Fátima (16 de octubre).

Acude a la cárcel de Rebibbia para visitar Alí Aagca (27 de diciembre).

En su viaje apostólico número 17 visita Lisboa (Portugal), Costa Rica, Nicaragua, Panamá, El Salvador, Guatemala, Honduras, Belize y Haití (2 al 10 de marzo). En el viaje número 18 vuelve a visitar Polonia (16 al 23 de junio). En el viaje número 19 se traslada a Lourdes (14 de agosto) y en el viaje número 20 acude a Austria (10 al 13 de septiembre).

1984. Se publica la carta apostólica *Salvifici doloris,* sobre el sentido cristiano del sufrimiento (11 de febrero).

La Santa Sede y el Estado italiano firman un nuevo concordato (18 de febrero).

Comienza la renovación de altos cargos en la curia romana (9 de abril).

Clausura del Año Santo (22 de abril).

La Congregación para la Doctrina de la Fe publica una instrucción sobre los errores de la Teología de la Liberación (3 de septiembre).

Se publica la exhortación postsinodal *Reconciliación* y *penitencia* (11 de diciembre).

En este año el papa realizó otros cuatro viajes apostólicos: en el viaje número 21 visitó Corea, Papua-Nueva Guinea, islas Salomón y Thailandia (2 al 12 de mayo). En el viaje número 22 estuvo en Suiza (12 al 17 de junio). En el viaje número 23 se trasladó a Canadá (9 al 20 septiembre). Y el recorrido del viaje número 24 (10 al 13 de octubre) fue el siguiente: de Roma fue a visitar a la Virgen del Pilar en Zaragoza; de España voló a Santo Domingo en la Repú-

blica Dominicana y de aquí marchó a San Juan de Puerto Rico, desde donde regresó a Roma.

1985. Publicación de la carta apostólica dirigida a la juventud (26 de marzo) y celebración de un encuentro internacional de jóvenes en Roma (30 al 31 de marzo).

Celebración del tercer consistorio en el que crea 28 nuevos cardenales (25 de mayo).

Se publica su cuarta encíclica, *Slavorum Apostoli* sobre los santos Cirilo y Metodio, evangelizadores de Europa oriental (2 de julio).

Segunda asamblea general extraordinaria de los obispos sobre el Concilio Vaticano II, veinte años después de su conclusión (25 de noviembre al 8 de diciembre).

Entre otras personalidades, visitaron al papa el primer ministro israelí, Simón Peres (19 de febrero); el ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Andrey Gromiko (27 de febrero) y el presidente de la República italiana, Francesco Cossiga (4 de octubre).

Juan Pablo II realiza otros cuatro viajes apostólicos: el viaje número 25 a Venezuela, Ecuador, Perú y Trinidad-Tobago (26 de enero al 6 de febrero); el viaje número 26 a los Países Bajos, Luxemburgo y Bélgica (11 al 21 de mayo); el viaje número 27 a Togo, Costa de Marfil, Camerún, República Centroafricana, Zaire, Kenya y Marruecos (8 al 19 de agosto); y el viaje número 28 a Kloten (Suiza) y a Liechtenstein (8 de septiembre).

1986. Juan Pablo II visita la sinagoga de Roma (13 de abril).

Se publica su quinta encíclica, *Dominum et vivificantem,* sobre el Espíritu Santo (18 de mayo). Celebración de la jornada mundial de oración por la paz en Asís (27 de octubre).

Algunas de las personalidades que visitaron al papa durante este año fueron las siguientes: Francesco Cossiga (18 de enero); el presidente del Líbano, Amin Gemayel (19 de febrero); la gobernadora general del Canadá, Jeanne Sauvé, y el presidente de la República del Camerún, Paul Biya (31 de octubre).

Juan Pablo II aumentó en cuatro el número de sus viajes apostólicos: el viaje número 29 lo realizó a la India (31 de enero al 10 de febrero); el viaje número 30 tuvo un doble destino: Colombia y el Estado de Santa Lucía en las Pequeñas Antillas (1 al 8 de julio); en el viaje número 31 estuvo en Francia (4 al 7 de octubre) y en el viaje número 32 recorrió Bangladesh, Singapur, islas Fidji, Nueva Zelanda, Australia y Seychelles (18 de noviembre al 1 de diciembre).

1987. La Congregación para la Doctrina de la Fe publica la instrucción sobre el respeto a la vida humana y la dignidad de la procreación (22 de febrero).

Se publica su sexta encíclica, dedicada a la Virgen, *Redemptoris Mater* (25 de marzo).

El 6 de junio comienza el Año Mariano, que concluirá el 15 de agosto de 1988.

Por primera vez el papa se toma vacaciones y se traslada a los Dolomitas, para descansar durante seis días (8 al 14 de julio).

Séptima asamblea general ordinaria del sínodo de los obispos sobre la vocación y misión de los laicos (1 al 30 de octubre).

Entre las personalidades que visitaron al papa cabe mencionar al presidente de Polonia, el general Wojciech Jaruzelski (13 de enero); al presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan (6 de junio); al presidente de Austria, Kurt Waldheim (25 de junio) y al patriarca ecuménico de Constantinopla Dimitrios (3 de diciembre), con quien el papa firmó una declaración conjunta.

Al realizar cuatro viajes apostólicos más, en este año ya sumaban 36 los realizados desde que fue elegido papa: en el viaje número 33 estuvo en Uruguay, Chile y Argentina, en cuya capital celebró la Segunda Jornada Mundial de la Juventud (31 de marzo al 13 de abril); en el viaje número 34 se trasladó a Alemania (30 de abril al 4 de mayo); en el viaje número 35, volvió otra vez a Polonia (8 al 14 de junio), y en el viaje número 36 estuvo en Estados Unidos y Canadá (10 al 21 de septiembre). En este último viaje, a su paso por San Francisco, tuvo un encuentro con los enfermos de sida.

1988. Se publica su séptima encíclica, *Sollicitudo rei socialis* (19 de febrero).

Se inaugura en el Vaticano un centro de acogida, encomendado a la congregación de la madre Teresa de Calcuta (21 de mayo).

La presidenta de Filipinas, Corazón Aquino, visita al papa (18 de junio).

Se publica la constitución apostólica, *Pastor Bonus,* que reforma la organización de la curia romana (28 de junio).

Cuarto consistorio, en el que crea 24 nuevos cardenales (28 de junio).

Mediante el *motu proprio, Ecclesia Dei,* trata de recuperar a los seguidores de monseñor Marcel Lefébvre, que deseen permanecer en comunión con el sucesor de san Pedro (2 de julio).

Solemne clausura en la basílica de San Pedro del Año Mariano (15 de agosto).

Se publica la carta apostólica, *Mulieris dignitatem,* sobre la dignidad y la vocación de la mujer (30 de septiembre).

Ve la luz la exhortación postsinodal *Christifideles laici* (30 de diciembre).

Los cuatro viajes apostólicos de este año fueron los siguientes: viaje número 37 a Uruguay, Bolivia, Paraguay y Perú (7 al 19 de mayo); viaje número 38 a Austria (23 al 27 de junio); viaje número 39 a Zimbabwe, Botswana, Lesotho, Mozambique y Swazilandia (10 al 20 de septiembre), y viaje número 40 a las ciudades francesas de Estrasburgo, Metz y Nancy (8 al 11 de octubre).

1989. Polonia establece relaciones diplomáticas con la Santa Sede (17 de julio).

Carta apostólica de Juan Pablo II con motivo del cincuentenario del estallido de la Segunda Guerra Mundial (27 de agosto).

Jornada mundial de oración para pedir la paz en el Líbano (7 de septiembre).

Robert Runcie, arzobispo de Canterbury y primado de la Iglesia anglicana, visita al papa, con quien firma una declaración conjunta (2 de octubre).

Caída del muro de Berlín (9 de noviembre).

A lo largo del año visitaron a Juan Pablo II, entre otros, las siguientes personalidades: el presidente de Irlanda, Patrick J. Hillery (20 de abril); el presidente de los Estados Unidos, George Bush (27 de mayo), y Mikhail Gorbachov (1 de diciembre).

Los viajes apostólicos aumentaron su número hasta 44. En el viaje número 41 visitó Madagascar, la isla de Reunión, Zambia y Malawi (28 de abril al 6 de mayo). En el viaje número 42 recorrió Noruega, Islandia, Finlandia, Dinamarca y Suecia (1 al 10 de junio). El viaje número 43 sirvió para celebrar la IV Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela, desde donde se trasladó a Asturias, antes de abandonar España (19 al 21 de agosto). Y en el viaje número 44 se trasladó a Corea, Indonesia e isla Mauricio (6 al 10 de octubre).

7990. El presidente de Portugal, Mario Soares, visita al papa (27 de abril).

Octava asamblea general del Sínodo de los Obispos sobre la formación de los sacerdotes (30 de septiembre al 28 de octubre).

Por razones de edad, dimite el secretario de Estado, Agostino Casaroli. Su sucesor en el cargo será el cardenal Angelo Sodano (1 de diciembre).

En su mensaje de Navidad hace una llamada a la paz con motivo del conflicto del golfo Pérsico, y califica a la guerra como «una aventura sin retorno» (25 de diciembre).

Durante este año el papa realizó cinco viajes apostólicos. El recorrido de su viaje número 45 fue el siguiente: Cabo Verde, Guinea Bissau, Malí, Burkina Faso y Chad (25 de enero al 1 de febrero). En el viaje número 46 estuvo en Checoslovaquia (21 y 22 de abril). En el viaje número 47 visitó México y Curacao, en la antiguas Antillas Holandesas (6 al 14 de mayo). En el viaje número 48 voló hasta Malta (25 a 27 de mayo). Y en el viaje número 49 recorrió Tanzania, Burundi, Ruanda, para finalizar en Yamoussoukro, capital de Costa de Marfil (1 al 10 de septiembre).

1991. Se publica la octava encíclica de Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, sobre las misiones (22 de enero).

Lech Walesa, en calidad de presidente de Polonia, visita a Juan Pablo II (5 de febrero).

Se publica la novena encíclica, *Centesimus annus* (1 de mayo).

Quinto consistorio en el que crea 22 nuevos cardenales (28 de junio).

Asamblea especial del sínodo de los obispos sobre la reevangelización de Europa (28 de noviembre al 14 de diciembre).

Juan Pablo II también recibió las visitas del presidente de Chile, Patricio Aylwin (22 de abril), y de los reyes de Suecia, Gustavo y Silvia (3 de mayo).

Al final de año, los viajes apostólicos aumentaron hasta 53. El destino del viaje número 50 fue Portugal (10 al 13 de mayo), el del número 51 Polonia (1 al 9 de junio), el del número 52 Polonia de nuevo (13 al 20 de agosto), para celebrar en el santuario de Czestochowa la sexta jornada mundial de la juventud, y el del número 53 Brasil (12 al 21 de octubre).

7992. La Santa Sede reconoce la Federación Rusa (1 de enero). En los meses siguientes también se reconocen y se establecen relaciones diplomáticas con algunos de los nuevos países que han surgido de la descomposición del bloque comunista.

Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis* (7 de abril).

Más de 300.000 personas asisten en la plaza de San Pedro a la beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei (17 de mayo).

Juan Pablo II se somete a una nueva intervención quirúrgica para extirparle un tumor intestinal benigno (15 de julio). Abandona el Policlínico Gemelli once días después.

México establece relaciones diplomáticas con la Santa Sede (21 de septiembre).

Presentación oficial del Catecismo de la Iglesia, en el que se recogen las enseñanzas del Concilio Vaticano II (7 de diciembre).

En este año, el papa realizó tres viajes apostólicos. En el viaje número 54 recorrió Senegal, Gambia y Guinea (19 al 26 de febrero). En el viaje número 55 se trasladó a Angola y a la República Democrática de Santo Tomé y Príncipe, situada en la costa atlántica del África ecuatorial (4 al 10 de junio). El viaje número 56 tuvo como motivo la celebración del V Centenario de la Evangelización de América, cuyos actos tuvieron lugar en Santo Domingo (9 al 14 de octubre).

1993. Se publica la décima encíclica, *Veritatis splendor* (5 de octubre).

Una caída al término de una audiencia le produce una luxación del hombro derecho, de la que tardará un mes en restablecerse (11 de noviembre).

Se celebra la apertura del Año Internacional de la Familia (26 de diciembre).

Entre las personalidades que visitan al papa, cabe mencionar al jefe del gobierno italiano, Giuliano Amato (21 de enero); al presidente de Eslovenia, Milán Kucan (19 de febrero), y al presidente de Argentina, Carlos Menem (16 de diciembre).

A lo largo del año realizó otros cinco viajes apostólicos más. El recorrido del viaje número 57 fue éste: Benim, Uganda y Jartum (3 al 10 de febrero). En el viaje número 58 visitó Albania (25 de abril). Volvió a España en el viaje número 59 (12 al 17 de junio). En el viaje número 60 voló a Jamaica, de aquí a Mérida (Venezuela), desde donde se trasladó a Estados Unidos para celebrar

en Denver, capital del estado de Colorado, la octava Jornada Mundial de la Juventud (9 al 16 de agosto). Y en el viaje número 61 visitó Lituania, Letonia y Estonia (4 al 10 de septiembre).

1994. El *motu proprio* de Juan Pablo II, *Socialum scientiarum,* establece la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales (1 de enero).

Con motivo del Año Internacional de la Familia, Juan Pablo II publica su *Carta a las familias* (2 de febrero).

El *motu proprio* de Juan Pablo II, *Vitae mysterium,* establece la Pontificia Academia de la Vida (11 de febrero).

Juan Pablo II escribe una carta a los jefes de Estado de todo el mundo y al secretario general de la ONU en defensa de la vida, frente a los ataques que contra ella se perpetran en la preparación de la Conferencia del Cairo, que se celebrará en el mes de septiembre de este mismo año (19 de marzo).

Juan Pablo II acude a rezar ante los restos mortales de monseñor Alvaro del Portillo, prelado del Opus Dei y primer sucesor del beato Josemaría Escrivá de Balaguer (23 de marzo).

Comienza la restauración de los frescos de Miguel Ángel en la capilla Sixtina (8 de abril).

En una caída se fractura la cabeza del fémur derecho, por lo que se debe someter a una nueva intervención quirúrgica (28 de abril).

Juan Pablo II establece un convento de clausura dentro del recinto del Vaticano, bajo la advocación *Mater Ecclesiae* (13 de mayo).

La Santa Sede y el Estado de Israel establecen relaciones diplomáticas (15 de junio).

Una delegación de la Santa Sede participa en la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, que se celebra en El Cairo (5 al 13 de septiembre).

Encuentro mundial de las familias con el santo padre (8 y 9 de octubre).

Se publica el libro-entrevista del papa titulado *Cruzando el umbral de la esperanza* (20 de octubre).

Para preparar el jubileo del año 2000, el papa publica la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (14 de noviembre).

Sexto consistorio en el que crea 30 nuevos cardenales (26 de noviembre).

Carta del papa a los niños, con motivo de la celebración del Año Internacional de la Familia (13 de diciembre).

Entre otros, visitaron al papa los siguientes personajes: el presidente de Alemania, Richard von Weizsacker (3 de marzo); el presidente de la República Checa, Vaclav Havcl (7 de marzo); el primer ministro israelí, Yitzhak Rabin (17 de marzo), y el presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton (2 de junio).

En este año el papa sólo realizó un viaje apostólico, que hacía el número de 62. Se trasladó a Zagreb (Croacia) los días 10 y 11 de septiembre.

7995. Se publica la undécima encíclica, *Evangelium vitae,* sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana (30 de marzo).

Se publica la decimosegunda encíclica, *Ut unum sint,* sobre el ecumenismo (25 de mayo).

Con una misa solemne en San Pedro, el papa conmemora el final de la Segunda Guerra Mundial en Europa (11 de junio).

Se publica la carta del papa a las mujeres (10 de julio).

Por primera vez una mujer, la profesora y madre de familia Mary Ann Glendon, preside una delegación de la Santa Sede, para participar en la IV Conferencia Mundial de la ONU sobre la mujer (4 al 15 de septiembre).

Exhortación apostólica postsinodal *Ecdesia in África* (14 de septiembre).

Por primera vez el mensaje de Navidad del papa se transmite a través de la red de Internet (25 de diciembre).

Durante este año el papa realizó seis viajes apostólicos, con lo que unidos a los precedentes sumaron un total de 68. El viaje número 63 tuvo como motivo central la celebración en Manila de la décima Jornada Mundial de la Juventud, pero en este viaje visitó también Moresby (Papua - Nueva Guinea), Sydney y Colombo (Sri Lanka) (11 al 21 de enero). En el viaje número 64 visitó la República Checa (20 al 22 de mayo). Durante el viaje número 65 a Bélgica, beatificó al apóstol de los leprosos, el padre Damiaan de Veuster (3 y 4 de junio). El viaje número 66 lo realizó a la República Eslovaca (30 de junio al 3 de julio). En el viaje número 67 recorrió las tierras de Camerún, África del sur y Kenia (14 al 20 de septiembre). Y en el viaje número 68 voló a Estados Unidos, para pronunciar un discurso en la sede de la ONU, que celebraba su cincuentenario; también aprovechó el vuelo para visitar las diócesis de Newark, Nueva York, Brooklyn y Baltimore (4 al 9 de octubre).

1996. La constitución apostólica *Universi Dominici gregis,* establece la nueva normativa de los períodos de sede vacante y para elección del romano pontífice (22 de febrero).

Exhortación apostólica postsinodal *Vita consacrata* (25 de marzo).

El papa se somete a una nueva intervención quirúrgica, en esta ocasión de apendicitis (8 de octubre).

Celebración de sus bodas de oro como sacerdote. Solemne concelebración eucarística en la que participan sacerdotes de todo el mundo, que como el papa fueron ordenados el año 1946 (10 de noviembre).

Se publica el libro de Juan Pablo II titulado *Don y misterio. En el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio* (15 de noviembre).

Comienza la celebración del trienio de preparación para el jubileo del año 2000 (30 de noviembre).

Durante este año fueron muchas las personalidades que visitaron a Juan Pablo II. Estos son los nombres de algunas de ellas: el presidente de Francia, Jacques Chirac (20 de enero); el presidente de México, Ernesto Zedillo (1 de febrero); el primer ministro italiano, Romano Prodi (4 de julio); Fidel Castro (19

de noviembre), que suscitó grandes expectativas; y Yasser Arafat (19 de diciembre).

Durante este año el papa realizó otros seis viajes apostólicos. En el viaje número 69 se trasladó a Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Venezuela (5 al 12 de febrero). Visitó Túnez en el viaje número 70 (14 de abril). En el viaje número 71 estuvo en Eslovenia (17 al 19 de mayo). En el viaje número 72, durante su estancia en Alemania (21 al 23 de junio), pronunció el histórico discurso ante la puerta de Brandeburgo. En el viaje 73 visitó Hungría (6 y 7 de septiembre). Y en el viaje número 74 volvió de nuevo a Francia (19 al 22 de septiembre).

1997. Beatificación de Ceferino Giménez Malla, mártir durante la persecución religiosa de la guerra civil española (1936-1939); es la primera persona de raza gitana que ha sido elevada a los altares (4 de mayo).

Carta de Juan Pablo II a Boris Yeltsin sobre la libertad religiosa (24 de junio).

Fallece la madre Teresa de Calcuta (5 de septiembre); el secretario de Estado, Angelo Sodano, preside los solemnes funerales, a los que acuden personalidades de todo el mundo.

Santa Teresa del Niño Jesús es proclamada doctora de la Iglesia, con lo que de los 33 doctores de la Iglesia, ella es la tercera junto con santa Teresa y santa Catalina de Siena (19 de octubre).

Actos del comienzo del segundo año de preparación del jubileo del año 2000, dedicado al Espíritu Santo (30 de noviembre).

El papa recibió, entre otras, a las siguientes personalidades: al primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu (3 de febrero); al presidente de la República de Brasil, Fernando Henrique Cardoso (14 de febrero); al presidente de Polonia, Aleksander Kwasniewski (7 de abril), y al presidente de Georgia, Eduard Shevardnadze (16 de mayo).

Durante este año realizó seis viajes apostólicos. El viaje número 75 lo hizo a Sarajevo (12 y 13 de abril). En su viaje número 76 asistió en la República Checa a las celebraciones del milenio del martirio de san Adalberto (25 al 27 de abril). En su viaje número 77 visitó el Líbano (10 y 11 de mayo). En el viaje número 78 visitó de nuevo Polonia (30 de mayo al 10 de junio). En el viaje número 79 se trasladó a París para celebrar la XII Jornada Mundial de la Juventud (21 al 24 de agosto). Y en su viaje número 80 volvió a cruzar el Atlántico para asistir en Brasil, en Río de Janeiro, al segundo encuentro mundial de las familias (2 al 6 de octubre).

1998. El papa visita la región de la Umbría y Las Marcas, asoladas por un terremoto (3 de enero).

Séptimo consistorio en el que crea veinte nuevos cardenales, además de dos *in pectore* (21 de febrero).

Asamblea especial del sínodo de los obispos para Asia (19 de abril al 14 de mayo).

El papa se traslada a Turín para rezar ante la Sábana Santa (23 y 24 de mayo).

Encuentro en la plaza de San Pedro con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades (30 de mayo).

Carta apostólica *Dies Domini*, sobre la santificación del domingo (31 de mayo).

El papa regresa de vacaciones, en las que ha aprovechado para concluir la redacción de la que se anuncia como su posible decimotercera encíclica, *Fides et Ratio*, que podría ver la luz en el próximo otoño (14 de julio).

Entre las personalidades que han sido recibidas hasta el mes de julio de este año, se puede mencionar a la secretaria de Estado de los Estados Unidos, Madeleine Albright (7 de marzo), y a Yasser Arafat (12 de junio).

Los tres últimos viajes hasta el mes de julio de este año son los siguientes: el viaje número 81 lo realizó a la isla de Cuba (21 al 26 de enero), sin duda uno de los que más expectación ha suscitado. En el viaje número 82 se trasladó a Nigeria (21 al 23 de marzo), y en el último de los viajes apostólicos fuera de Italia, realizados —como hemos dicho— hasta el mes de julio, el que hace el número 83, el papa permaneció en Austria durante los días 19 al 21 de junio.

HISTORIA DE LOS CONCILIOS ECUMÉNICOS

por DOMINGO RAMOS-LISSÓN
Profesor Ordinario de Historia de la Iglesia.
Universidad de Navarra

Antes de pasar a la exposición de los distintos concilios ecuménicos nos parece necesario precisar algunos aspectos más genéricos, que ayuden al lector a captar mejor la naturaleza y el desarrollo histórico de la institución conciliar.

Comencemos por la noción misma de concilio ecuménico. Como tal se entiende el ejercicio de la plena y suprema potestad de toda la Iglesia mediante actos estricta o propiamente colegiales. Esta potestad suprema del colegio de los obispos debe ser promovida o libremente aceptada, en su caso, por el romano pontífice. Se ejerce mediante la acción conjunta de los obispos dispersos por el mundo, y significa, de hecho, el acto supremo de la *communio* episcopal. Es una institución de origen apostólico —recordemos el Concilio de Jerusalén (Act 15, 6)—, que se va desarrollando a través del tiempo.

El adjetivo «ecuménico» tiene el sentido primigenio de significar la participación de los obispos de la *oikumene*, es decir, del mundo grecolatino existente en la Antigüedad. En la época actual esta denominación está reglada específicamente por el Código de derecho canónico (cc. 337-341), y convendrá distinguir estos concilios de los concilios provinciales y de los sínodos diocesanos, que también aparecen regulados por el derecho de la Iglesia. Digamos igualmente, que la palabra «ecuménico» no la empleamos aquí con el significado y las connotaciones modernas derivadas del término «ecumenismo».

Ciñéndonos a los concilios ecuménicos, que surgen en la historia de la Iglesia, puede llamarnos la atención la discontinuidad de su cronología. Pero si nos fijamos con mayor perspicuidad, veremos que la convocatoria de estos grandes concilios está íntimamente ligada casi siempre a momentos cargados de significación para la vida de la Iglesia.

También interesa considerar la realidad histórica de estas asambleas conciliares. Así no le extrañará al lector que, a partir de la conversión de Constantino, los emperadores tengan un protagonismo importante en la convocatoria y realización de los concilios, como sucederá con el Concilio de Nicea (325) o con el de Trento (1545-1563), pero no se debe olvidar que ese protagonismo imperial está subordinado a la aceptación por el papa de tales concilios.

Tampoco debe llamar la atención, que en los concilios se legisle no ya sobre lemas relacionados con la vida eclesiástica, sino también sobre cuestiones de índole política o social, dada la estrecha unión que existía en la Edad Media y durante el *Anden régime* entre la Iglesia y el poder político.

Desde esta misma óptica de la historia se comprende perfectamente que exista una evolución en el desarrollo de los concilios ecuménicos. Cualquier observador avisado reconocerá que, al lado de unos elementos constitutivos de carácter esencial, existentes en todos los concilios, hay otros muchos cambiantes, que obedecen a culturas y a momentos históricos diversos y que enriquecen también este tipo de reuniones.

Por último, hemos de afirmar el protagonismo más relevante en los concilios, que es el de la propia Iglesia. Los concilios ecuménicos han sido acontecimientos eclesiales, por excelencia. En ellos la Iglesia se ha interrogado a sí misma sobre su propio actuar en la historia.

Concilio de Nicea (325)

Este concilio es el primero de los llamados ecuménicos. Su convocatoria por el emperador Constantino (306-337) está motivada, sobre todo, por el arrianismo y, en menor medida, por el problema de la fecha de la Pascua. En cuanto al número de los participantes suele aducirse el de 318, en clara alusión a los 318 siervos de Abraham (Gen 14, 14), aunque en realidad debió de oscilar entre 250 y 300, si nos atenemos al testimonio del historiador Eusebio de Cesarea y de san Atanasio. La mayor parte de los asistentes procedían del Oriente cristiano; de Occidente sólo fueron cinco representantes, entre los que destacaba Osio de Córdoba y los dos legados del obispo de Roma. Algunos de los obispos asistentes llevaban en sus cuerpos los estigmas martiriales de las últimas persecuciones, como el obispo Pablo de Neocesarea y el egipcio Pafnucio. La reunión de este considerable número de padres conciliares se vio facilitada por Constantino, que puso a su disposición el servicio de postas imperiales.

Las sesiones conciliares se celebraron en Nicea de Bitinia, en el palacio de verano del emperador. Comenzaron el 20 de mayo y terminaron el 25 de julio del 325. Constantino ocupó el lugar de más alto rango en la inauguración y pronunció un discurso en latín para exhortar a la concordia; luego dejaría la palabra a la presidencia del concilio. Parece que la presidencia eclesiástica fue desempeñada por Osio, por ser hombre de confianza del emperador.

Las primeras actuaciones corrieron a cargo de Arrio y sus secuaces, que expusieron su doctrina sobre la inferioridad del Verbo de Dios. Tras largas deliberaciones logró imponerse la tesis ortodoxa sobre la consubstancialidad del Verbo propugnada por el obispo Marcelo de Ancira (Ankara), por el obispo Eustacio de Antioquía y por el diácono Atanasio de Alejandría. Sobre la base del credo bautismal de la Iglesia de Cesarea se redactó un símbolo de la fe, que recogía de forma inequívoca que el Verbo es «engendrado, no hecho, consubstancial *(homousios)* al Padre». Este símbolo fue aprobado por el concilio el

19 de junio del 325, a excepción de Arrio y de dos obispos que, al no suscribirlo, fueron excluidos de la comunión de la Iglesia y desterrados.

En relación con otros temas de menor cuantía hubo unanimidad de acuerdo. Así sucedió con la determinación de la fecha de la Pascua, que se fijó en el primer domingo siguiente al primer plenilunio de primavera —o domingo siguiente al 14 de Nisán en el calendario hebreo—, que era la praxis de la Iglesia de Roma y de la mayor parte de las Iglesias.

El concilio se ocupó también de algunas cuestiones disciplinares, dando unas breves disposiciones (cánones) sobre ellas. Son en total veinte cánones, que tratan de aspectos relacionados con la vida intraeclesial, y tienen el carácter de reafirmar normas canónicas anteriores. Así, el canon 1 prohibe a los eunucos que sean promovidos al clero. El canon 2 confirma una prohibición ya existente, según la cual los recién bautizados no podían acceder al presbiterado o al episcopado. Según el canon 4 se necesitaba la presencia de tres obispos para que se pudiera celebrar la ordenación de un obispo. El canon 6 establece —reafirmando también una antigua costumbre— la subordinación a la autoridad del obispo de Alejandría de todos los metropolitanos de Egipto, Libia y Tebaida. Hay también otros cánones que se ocupan de la disciplina eclesiástica de los clérigos (cc. 15-18), y dentro de ellos destacaríamos el c. 17 contra la usura. Los padres de Nicea legislaron igualmente sobre la readmisión en la Iglesia de cismáticos y herejes (cc. 8 y 19), así como sobre la penitencia pública (cc. 11-14) y la liturgia (cc. 18 y 20).

Una vez concluidas las reuniones conciliares, el emperador Constantino, que celebraba por aquel entonces las fiestas del 20 aniversario de su elevación a la dignidad imperial, invitó a los obispos a un banquete solemne, en el que pronunció el discurso de clausura.

Concilio I de Constantinopla (381)

Este concilio fue convocado por el emperador Teodosio (379-395) y tuvo su comienzo en mayo del 381. Lo más recordado de este sínodo es el símbolo. No han llegado hasta nosotros las actas conciliares; sí, en cambio, conocemos algunas listas de obispos asistentes y los cánones disciplinares conservados en algunas colecciones canónicas antiguas.

Desde el punto de vista doctrinal, este concilio supuso el golpe de gracia contra el arrianismo, que —a pesar de la condena del sínodo niceno— había tenido una amplia difusión al amparo de los emperadores Constancio (337-361) y Valente (364-378). Pero, sobre todo, se enfrentó a una nueva herejía: el macedonianismo y sus seguidores llamados también «pneumatómacos», que derivan del error arriano, y que negaban la consubstancialidad del Espíritu Santo. Al lado de estos planteamientos dogmáticos se suscitaba también una cuestión de carácter más bien honorífico, pero que con el tiempo adquiriría mayor envergadura: la dignidad de Constantinopla, la nueva Roma, de cara a otras sedes apostólicas, como Roma, Alejandría, Antioquía y Jerusalén.

El concilio fue inaugurado en mayo del 381 y duró hasta julio de ese mismo año. Se reunieron unos ciento cincuenta padres conciliares, todos ellos orientales. No asistieron obispos de Occidente. El papa Dámaso (366-384) no asistió ni envió representantes. Los obispos de Occidente habían celebrado un concilio en Aquileya, ese mismo año, para condenar los últimos focos de arrianismo detectados en el mundo latino. Ocupó la presidencia Melecio de Antioquía, a cuya muerte asumió la presidencia Gregorio de Nacianzo, recién elegido como obispo de Constantinopla, y confirmado como tal por el propio concilio. Poco duró la presidencia de Gregorio, que se vio obligado a renunciar a la sede constantinopolitana a causa de una serie de intrigas. En su lugar fue elegido Nectario, un viejo senador, que fue bautizado y recibió seguidamente la consagración episcopal.

El documento más importante de este concilio es, sin duda, el llamado «símbolo niceno-constantinopolitano», que tendrá un gran influjo posterior por su utilización litúrgica como profesión de fe. Este símbolo parece que tiene su origen en el que se utilizaba en la Iglesia de Jerusalén para la colación del bautismo, con algunas adiciones relativas al Espíritu Santo: «Señor y vivificador, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo es igualmente adorado y glorificado, que habló por boca de los profetas.» Este símbolo fue leído en el concilio durante la celebración del bautismo y la consagración episcopal de Nectario.

También han llegado hasta nosotros cuatro cánones disciplinares. El c. 1 reafirma la fe de Nicea y condena todas las herejías, y en particular menciona a algunas de ellas, como las de los arríanos y pneumatómacos. El c. 2 señala los límites en los que debe ejercitarse la potestad episcopal. En concreto, establece que los obispos de una diócesis no deben ocuparse de las cuestiones de las otras. El c. 3 afirma que «el obispo de Constantinopla, por ser ésta la nueva Roma, tendrá el primado de honor, después del obispo de Roma». La razón que se invoca en este canon no es de índole eclesiástica, sino política. La Iglesia occidental rechazó siempre este canon, que originaría futuros enfrentamientos y disensiones. El c. 4 declaraba nula la ordenación episcopal de Máximo, el intrigante colaborador de san Gregorio de Nacianzo. A estos cuatro cánones se suelen añadir otros tres: dos de ellos provenientes del sínodo constantinopolitano del 382, y el tercero de una carta enviada por la Iglesia de Constantinopla a la de Antioquía.

A la vista del desarrollo histórico de este concilio es fácil deducir que se trata de un concilio exclusivamente oriental. Entonces, ¿por qué se le considera ecuménico? La respuesta nos la da la historia misma de los concilios. Será el Concilio de Calcedonia (451) quien declarará que el concilio constantinopolitano I es ecuménico.

Concilio de Éfeso (431)

Este concilio tuvo lugar en Éfeso (Asia Menor), del 22 de junio al 31 de julio del 431. Con él se abren una serie de concilios de índole cristológica. La motivación del concilio surge de un conflicto doctrinal. Nestorio, obispo de Constantinopla desde el 428, comenzó a predicar que María no se la podría llamar

Madre de Dios *(theótokos)* porque entendía que Cristo era sólo el hombre en el que habitaba el Hijo de Dios y, en consecuencia, María era sólo Madre de un hombre. Esta doctrina fue considerada herética por Cirilo de Alejandría y por el papa Celestino (422-432), que en sendos sínodos la condenaron explícitamente. A pesar de esas condenas Nestorio persistió en su error. Para conseguir la paz en la Iglesia, el emperador Teodosio II (408-450) convocó un concilio ecuménico en Éfeso.

El concilio se reunió con un cierto retraso sobre la fecha prevista, aunque todavía no habían llegado los obispos antioquenos, ni los representantes del papa. Tomó esta iniciativa Cirilo de Alejandría, en contra del parecer de Candidiano, comisario imperial del concilio. Nestorio, a pesar de encontrarse ya en Éfeso, se negó a comparecer ante la asamblea sinodal. En la sesión de apertura se leyó un documento doctrinal de Cirilo sobre la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo. También se leyeron otros escritos: un florilegio de obras de los Padres de la Iglesia, las cartas intercambiadas entre Cirilo y Nestorio, la carta de Celestino a Nestorio y la carta de un sínodo de Alejandría del 430, seguida de doce anatematismos. También en esta sesión se dictó una sentencia condenando a Nestorio a deponer la dignidad episcopal. En la segunda sesión del concilio se incorporaron los legados romanos y aprobaron las actas de la sesión anterior. Entre tanto, llegaron los antioquenos con Juan de Antioquía a la cabeza, que molestos por la condena de Nestorio, reunieron un anticoncilio y declararon fuera de la comunión a Cirilo y a Memnón de Éfeso. A todo esto, el emperador pensó resolver esta embarazosa situación deponiendo a los principales responsables: Nestorio, Cirilo y Memnón. Después de varias sesiones el emperador disolvió el concilio y permitió a san Cirilo y a Memnón regresar a sus respectivas sedes, mientras que ordenó a Nestorio que se recluyera en un monasterio antioqueno y que Maximiano le sucediera en la sede de Constantinopla.

En resumen, se puede afirmar que la única decisión propia de este concilio fue la condena de Nestorio. Pero conviene tener en cuenta que dicha condena fue emitida después de la lectura de una serie de documentos doctrinales, cuya síntesis podría ser la siguiente: Cristo es un solo sujeto que resulta de una verdadera unión entre el Verbo de Dios y la naturaleza humana; por tanto, todo lo que realiza la naturaleza humana debe atribuirse al único sujeto, que es el Verbo de Dios encarnado, y de ahí que María pueda llamarse con propiedad Madre de Dios.

Concilio de Calcedonia (451)

El cuarto concilio ecuménico se celebró en Calcedonia, metrópoli de Bitinia, y desarrolló sus actividades desde el 8 de octubre al 1 de noviembre del 451. Fue convocado por el emperador Marciano (450-457) el 17 de mayo del 451. Asistió un considerable número de obispos, oscilando entre unos quinientos en las primeras sesiones y ciento ochenta en la última. Los representantes del papa fueron tres obispos y un presbítero.

La reunión conciliar viene justificada por la necesidad de salir al paso de los errores de Nestorio que, a su vez, habían propiciado el monofisismo de Eutiques. Podemos decir que fue el complemento del concilio ecuménico de Efeso y la superación del seudoconcilio de Efeso (449). Es cierto que el símbolo de unión propuesto por Juan de Antioquía y suscrito por Cirilo de Alejandría, aceptando los puntos sustanciales del concilio efesino, supuso una cierta pacificación de los espíritus, pero, con todo, no se había alcanzado una plena unidad doctrinal.

La primera sesión tuvo lugar en la iglesia de Santa Eufemia y se comenzaron a juzgar las actuaciones irregulares de Dióscuro, que fue depuesto en la tercera sesión. En la segunda sesión fue leída una «carta dogmática» *(Tomus ad Flavianum)* del papa León Magno (440-461) sobre las dos naturalezas de Cristo, que se recibió con aclamaciones de los padres asistentes: «ésta es la fe de los Apóstoles. Pedro ha hablado por la boca de León». En la quinta sesión, el 22 de octubre, se aprueba una fórmula de fe redactada por 25 obispos y que está en perfecta armonía con la «carta» del papa León, en donde se declara: «Todos nosotros profesamos a uno e idéntico Hijo, nuestro Señor Jesucristo, completo en cuanto a la divinidad, y completo en cuanto a la humanidad en dos naturalezas, inconfusas y sin mutación, sin división y sin separación, aunadas ambas en una persona y en una hipóstasis.» Esta fórmula fue aprobada y firmada por todos los obispos. El día 25 del mismo mes se celebró la sexta sesión, presidida por el emperador Marciano y su esposa Pulquería, que también suscribieron solemnemente la citada fórmula. Por deseo del emperador se examinaron en el concilio algunos asuntos disciplinares, como la plena rehabilitación de Teodoreto de Ciro y de Ibbas de Edesa, cosa a la que accede el concilio, y veintiocho cánones en los que se abordaban cuestiones disciplinares. Así, el c. 6 prohibía las llamadas ordenaciones absolutas, es decir, no destinadas a una determinada comunidad. Se dan disposiciones concretas sobre la vida de los clérigos y de los monjes: la prohibición de la simonía (c. 2), la de ejercer funciones civiles o militares (c. 7), la de vagar de una ciudad a otra (c. 5). El c. 28 suscitó una gran dificultad de aceptación por parte de los legados papales. En este canon se decía que «justamente los padres han atribuido el primado a la sede de la antigua Roma, porque esta ciudad era la capital del imperio», y de ahí deducían que la sede de la nueva Roma (Constantinopla) debía gozar de las mismas prerrogativas que la antigua Roma y ocupar el segundo lugar después de ella. Ante tales pretensiones los representantes del papa hicieron constar que la razón del primado era la sucesión apostólica de Pedro y no la importancia política de la sede. El papa León no aprobó nunca este canon, que daría lugar a una larga serie de gestiones e intercambios epistolares entre el emperador, el papa y algunos prelados.

El Concilio de Calcedonia supuso un hito desde el punto de vista doctrinal, y representa una línea de equilibrio entre las erróneas ideas cristológicas de los nestorianos y de los monofisitas, gracias en buena medida a la actuación del papa León.

Concilio II de Constantinopla (553)

El concilio se reunió en esta metrópoli imperial del 5 de mayo al 2 de junio del 553. Fue convocado por el emperador Justiniano (527-565) de acuerdo con el papa Vigilio (537-555). Se celebró en un edificio anejo a la basílica de Santa Sofía en presencia de 150 obispos, aunque en la sesión de clausura su número ascendiera a 164.

El problema que intentaba resolver el emperador con el concilio era el planteado por los monofisitas, especialmente en Egipto. Justiniano había condenado, mediante un decreto imperial: 1) la persona y los escritos de Teodoro de Mopsuestia; 2) los escritos de Teodoreto de Ciro (+460); 3) una carta de Ibbas de Edesa defendiendo a Teodoro. Esto es lo que se conoce abreviadamente como los «Tres capítulos», y sobre ellos debía definirse en concilio.

Entre tanto, el papa Vigilio había sufrido grandes presiones por parte del emperador, que le hizo ir a Constantinopla desde Italia, tratándole luego como a un prisionero. Sin su presencia y, a pesar de su protesta, inauguró Eutiquio el concilio. El 14 de mayo el papa Vigilio en unión con dieciséis obispos firmaron una declaración en la que condenaban sesenta proposiciones de Teodoro de Mopsuestia, pero rehusaban condenar su memoria y reexaminar los casos de Teodoreto de Ciro e Ibbas de Edesa, porque ya habían sido rehabilitados por el Concilio de Calcedonia. Justiniano no se dio por enterado de esta declaración y no la comunicó al concilio.

En las sesiones quinta y sexta el concilio condenó los «Tres capítulos». En la octava y última sesión, el 2 de junio, la asamblea conciliar pronunció catorce anatemas, de los cuales los doce primeros eran contra Teodoro de Mopsuestia, el decimotercero contra Teodoreto, y el último contra Ibbas.

El papa Vigilio, enfermo y presionado por el emperador, envió una carta a Eutiquio el 8 de diciembre en la que se adhería al concilio, y por último, el 23 de febrero del 554, accedió Vigilio a la condenación de los «Tres capítulos», preparando así el camino para la aceptación ecuménica del concilio.

Los resultados del concilio no surtieron los efectos que el emperador había previsto con su convocatoria, y aunque sea loable su intento de buscar la unidad de la fe atrayéndose a los monofisitas, los procedimientos empleados —especialmente por lo que se refiere al papa Vigilio— no parecen dignos, aun aceptando las ideas cesaropapistas de la época.

Concilio III de Constantinopla (Trullano) (680-681)

La iniciativa de la convocatoria se debió al emperador Constantino IV (668-685) que así se lo ordenó al patriarca de Constantinopla Jorge el 10 de septiembre del 680, para que invitara a los obispos de su patriarcado, así como a Macario, patriarca de Antioquía, que se encontraba en Constantinopla con sus obispos. Ya el año anterior había invitado al papa Dono (676-678) para que enviara a Constantinopla una delegación compuesta por obispos y monjes, pero la carta llegó cuando el papa ya había muerto. Su sucesor Agatón (678-681), en agosto del 680, mandó una delegación compuesta por tres obispos italianos, tres

apocrisarios pontificios, un representante del arzobispo de Ravena y tres monjes.

El 7 de noviembre del 680 se reunió el concilio en la gran sala de la cúpula *(in trullo)* del palacio imperial, bajo la presidencia de Constantino IV. El número de participantes osciló a lo largo de las diversas sesiones entre 43 y 164. La cuestión que había motivado el concilio era la del monotelismo, consecuencia inevitable del monofisismo; pero dado que los fautores principales de esta tendencia eran los patriarcas de Alejandría y Jerusalén, que ya no formaban parte del Imperio, al caer sus sedes en manos de los árabes, esta temática había perdido virulencia.

El emperador tomó parte personalmente en las once primeras sesiones. Después de un profundo estudio del monotelismo, su portavoz Macario de Antioquía y su discípulo el abad Esteban reconocieron haber mutilado los textos que exhibieron en el concilio, y fueron depuestos. En la sesión 13.ª la asamblea sinodal condenó a todos los que habían defendido ideas próximas al monotelismo: los patriarcas de Constantinopla: Sergio, Pirro, Pablo II y Pedro, el patriarca de Alejandría Ciro, Teodoro de Farán, y Honorio de Roma. La sesión de clausura, realizada en presencia del emperador, adoptó una profesión de fe en la que se declaraba la existencia en Cristo de dos naturalezas, dos energías, dos voluntades, de acuerdo con la doctrina de los cinco concilios ecuménicos anteriores. El papa León (682-683), sucesor de Agatón, aunque refrendó las decisiones de este concilio, restringió, sin embargo, el juicio de éste sobre el papa Honorio (625-638), culpándole sólo de negligencia al no reprimir el error monotelita.

Concilio II de Nicea (787)

Bajo este nombre se conoce el séptimo concilio ecuménico reunido en la misma ciudad donde cuatro siglos y medio antes se había celebrado el primero de esta denominación. Inicialmente la emperatriz Irene lo había convocado en Constantinopla en la iglesia de los Santos Apóstoles, el 17 de agosto del 786, pero una revuelta militar hizo que se transfiriera el siguiente año a la nueva sede de Nicea.

La razón principal de esta reunión conciliar fue atajar el error iconoclasta, que se había traducido en auténticos actos de persecución contra el culto a las imágenes por parte de emperadores, como Constantino V (741-775) y León IV (775-780).

El concilio comenzó sus sesiones el 24 de septiembre del 787 en la iglesia de Santa Sofía. El papa Adriano (772-795) había enviado como legados suyos al arcipreste romano Pedro y al archimandrita del monasterio griego de San Sabas, con algunas cartas en las que exponía la doctrina católica sobre el culto a las imágenes. Las ocho sesiones fueron presididas por el patriarca Tarasio de Constantinopla. En la primera sesión, Tarasio hizo leer una carta de la emperatriz Irene, y se examinó el caso de algunos obispos que habían participado en el conciliábulo de Hiereia del 754. En la segunda reunión fue aprobada la ex-

posición de la doctrina cristiana, que el papa Adriano había presentado en una de sus cartas al concilio. Tarasio respondió solemnemente a la pregunta de los legados papales declarando la veneración por el culto relativo a las sagradas imágenes, aunque reservaba la adoración y la fe únicamente a Dios. En la tercera sesión se leyeron unas cartas sinodales de Tarasio y de Teodoro de Jerusalén en las que se declaraba la validez del culto a las imágenes. Las sesiones sucesivas se dedicaron a mostrar los argumentos de la Santa Escritura y de tradición favorables a la doctrina propuesta anteriormente. Luego, en la séptima sesión se aprobó una solemne definición sobre el culto a las imágenes, afirmando que es lícito representar en imágenes a Cristo, a la Virgen Santísima, a los ángeles y a los santos. El culto que se da a las imágenes va dirigido al modelo, al prototipo representado por ellas, y se debe distinguir de la adoración debida a Dios. La octava sesión tuvo lugar en el palacio imperial de Magnaura, con la asistencia de la emperatriz Irene y de su hijo, así como 300 obispos, que rubricaron las actas del concilio. Se lanzaron también en esta sesión cuatro anatematismos contra los iconoclastas.

En las actas conciliares griegas se añadieron 22 cánones de carácter disciplinar sobre la vida eclesiástica, que recogían, en buena parte, prescripciones conciliares dadas anteriormente.

El Concilio II de Nicea, aunque no acabó totalmente con el iconoclasmo, contribuyó de forma relevante a su desaparición. En Occidente encontró algunas dificultades su aplicación por parte de Carlomagno (768-814) y sus teólogos, debido a la defectuosa traducción de sus documentos. El concilio constantinopolitano IV lo declaró ecuménico, y es el último de los concilios ecuménicos aceptados por los católicos y los ortodoxos.

Concilio IV de Constantinopla (869-870)

Como precedentes de este concilio hay que tener en cuenta la negativa del papa Nicolás I (858-867) a reconocer al patriarca Focio de Constantinopla, que había conseguido la sede gracias a la abdicación forzada de su predecesor Ignacio. Añádase a esto el que Focio no estaba dispuesto a renunciar a la jurisdicción sobre la Italia meridional y Dalmacia. Estos hechos fueron determinantes, en buena medida, de la condena de Focio por un sínodo romano del 863. Focio envió una circular a los demás patriarcas orientales en la que lanzaba graves acusaciones contra el papa y la Iglesia latina: la inserción del *Filioque* en el símbolo, la doctrina del purgatorio, etc. No contento con estas acciones, Focio reunió un sínodo en Constantinopla (867) y anatematizó a Nicolás I. Poco después hubo un cambio dinástico y se hizo con el poder el emperador Basilio el Macedonio (867-886), que depuso al patriarca Focio de la sede Constantinopolitana, e Ignacio volvió de nuevo a ella. El emperador y el patriarca Ignacio escriben al papa Nicolás I una carta indicándole la conveniencia de convocar un concilio ecuménico con el fin de serenar los ánimos dentro del mundo de Bizancio por las secuelas del iconoclasmo y la actitud de Focio. A esta misiva responde el papa Adriano II (867-872), sucesor de Nicolás I, aceptando la convo-

catoria del concilio y enviando como legados al diácono Marino, a los obispos Donato de Ostia y Esteban de Nepi.

El concilio comenzó sus sesiones el 5 de octubre de 869 en la iglesia de Santa Sofía y se clausuró el 28 de febrero de 870. Se celebraron diez sesiones. Al principio no contó con muchos asistentes, pero en las últimas sesiones asistieron alrededor de cien obispos. Los patriarcas de Antioquía y Jerusalén enviaron sus representantes, y en la sesión novena también se personó un representante del patriarca de Alejandría. El objeto principal de los debates conciliares se centró en el proceso contra Focio y sus seguidores. En la primera sesión se proclamó el llamado *libellus satisfactionis,* que contenía la profesión del primado del obispo de Roma, la condena del iconoclasmo y de los errores de Focio. En las sesiones quinta y séptima estuvo presente Focio, pero se negó a reconocer su culpabilidad. La última sesión tuvo una especial solemnidad por la asistencia del emperador Basilio y su hijo Constantino, así como los legados del rey de Bulgaria y del emperador de Occidente Ludovico II (855-875). En ella se promulgaron una profesión de fe y veintisiete cánones. Estos cánones tenían la intención de evitar que se repitieran los incidentes en torno a Focio, y volvieron a confirmar la legitimidad del culto a las imágenes (c. 3). Llama la atención el c. 21, que establece el orden de precedencia de los cinco patriarcas: en primer lugar el papa de Roma, luego los patriarcas de Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén.

La Iglesia católica reconoce este concilio como ecuménico. Como tal aparece en una amplia tradición, que va desde Anastasio el Bibliotecario, pasando por las colecciones canónicas occidentales —desde la segunda mitad del siglo xi— hasta el testimonio del Concilio Vaticano I. No ocurre lo mismo en la Iglesia ortodoxa griega, que considera como octavo concilio ecuménico, otro reunido por Focio en la misma capital imperial durante los años 879-880, que rechaza las decisiones del Concilio IV de Constantinopla.

Concilio I de Letrán (1123)

Una vez liquidada la querella de las investiduras en el Concordato de Worms (1122), entre el papado y el Imperio, con la renuncia del emperador a la investidura del báculo y el anillo, el papa Calixto II (1119-1124) quiso confirmar esta decisión con un concilio general, que se celebró al año siguiente en Roma. Se reunió esta asamblea en la basílica Lateranense, la iglesia episcopal del papa, el 18 de marzo de 1123, con una gran concurrencia de padres conciliares. Según el abad Sugerio pasaban de 300 los obispos, y según Pandulfo —biógrafo de Calixto II— habían acudido 997 obispos y abades.

No se han conservado las actas, ni otros escritos de las deliberaciones, ni siquiera las listas de los participantes. Sí, en cambio, han llegado hasta nosotros los cánones de este concilio. Son 25 cánones, que renuevan en parte decisiones anteriores: se condenó toda ordenación o promoción por simonía; se renovó la observancia de la «tregua de Dios», que había sido proclamada en el Concilio de Clermont (1095). A los cruzados se les concede indulgencia plenaria y se les

aseguró la protección de sus familias y sus bienes; también se dio un decreto en favor de la cruzada española. Se prohibió el concubinato de los clérigos y se declaró nulo cualquier matrimonio de presbítero, diácono o subdiácono. También se determinó que los monasterios y sus iglesias estuvieran sometidos a los obispos. Finalmente, se leyeron en público los documentos del Concordato de Worms para que los asistentes les diesen una ratificación oficial. En el concilio también se canonizó al obispo Conrado de Constanza (+976).

Este concilio es considerado como el IX concilio ecuménico.

Concilio II de Letrán (1139)

A la muerte del papa Honorio II (1124-1130) se produce la elección de Inocencio II (1130-1143), pero no de un modo pacífico, ya que un grupo de cardenales elige a Anacleto II (1130-1138), dando origen a un cisma. Una vez reestablecida la unidad de la Iglesia con la muerte de Anacleto, el papa Inocencio II convoca un «sínodo plenario» en el 1138. El concilio abre sus sesiones el 3 de abril de 1139, y duraría hasta mediados del mismo mes y año. En cuanto al número de los participantes tenemos referencias muy dispares: los *Anales* de Melk hablan de 500, mientras que la *Crónica* de Otón de Freising eleva la cifra a unos mil. Entre los asistentes abundan los procedentes de Occidente, aunque también hay algunos que vienen de sedes orientales, recuperadas por la acción de los cruzados.

En la sesión inicial el papa lamentó la confusión producida por el cisma de Anacleto y depuso a todos los obispos y abades nombrados por el antipapa, incluso a los que estaban arrepentidos, como el cardenal Pedro de Pisa, lo que daría lugar a un cierto disgusto de san Bernardo de Claraval (1090-1153).

También se ocupó el concilio de ciertos errores dogmáticos de predicadores populares, como Pedro de Bruys y Enrique de Lausana, que rechazaban el bautismo de los niños, la eucaristía, el sacerdocio y el matrimonio.

Como aconteció en sínodos precedentes, el concilio legisla sobre temas relacionados con la disciplina del clero, reproduciendo cánones que asientan las ideas de la reforma gregoriana, especialmente contra la simonía y en favor del celibato de los clérigos ordenados *in sacris.* Así, el c. 7 prescribía la invalidez —no sólo la ilicitud, como se había considerado anteriormente— del matrimonio contraído por los clérigos (a partir del subdiaconado) y los monjes. El c. 28 confirma a los cabildos catedralicios y a los superiores de órdenes religiosas el derecho a elegir al obispo. Otros cánones prohiben la usura, los torneos, el estudio del derecho civil y la medicina a los monjes, etc.

Concilio III de Letrán (1179)

Como en el anterior Concilio Lateranense, las luchas entre el papa Alejandro III (1159-1181) y el antipapa Calixto III (1152-1190), alentado por Federico Barbarroja (1168-1178), terminan con una paz, que es rubricada por un concilio. El concilio fue promovido por Alejandro III en 1178 y celebró tres sesiones los días 5, 7 y 19 de marzo de 1179. Intervinieron cerca de 400 obispos y un

gran número de abades y dignatarios eclesiásticos. El grueso de la representación episcopal procedía de Italia, pero también estuvieron presentes padres conciliares de España, Francia, Inglaterra, Irlanda, Suecia, Alemania, Dinamarca, Hungría y ocho representantes de los Estados que los cruzados tenían en Tierra Santa. El cronista inglés Roger de Hoveden dice que también se hallaban presentes «casi todos los embajadores de los emperadores, de los reyes y de los príncipes de la Cristiandad».

Aunque las actas conciliares no han llegado hasta nosotros, sí conocemos los 27 cánones elaborados por este sínodo. Esos cánones tuvieron gran trascendencia jurídica al ser incorporados a las colecciones de Decretales, especialmente a las *Decretales de Gregorio IX*. Los dos primeros cánones tratan de prevenir futuros cismas y establecieron la necesidad de una mayoría de dos terceras partes para la válida elección del papa, y declaran.inválidas las ordenaciones realizadas por los anteriores antipapas. El c. 3 exige la edad mínima de 30 años para la elección de un obispo. También se prohibe la acumulación de beneficios. Se reitera la prohibición de la simonía y se establecen determinadas sanciones a ciertos delitos cometidos por clérigos. Un curioso precepto declara que incurren en excomunión quienes suministren armas o materiales bélicos destinados a los sarracenos. El c. 27 condena bajo anatema a los cataros o albigenses, así como a quienes les den alojamiento y trafiquen con ellos; quienes, por el contrario, tomen las armas contra ellos quedarán, como los cruzados, bajo protección eclesiástica.

A la vista de este último canon y teniendo presentes otros semejantes de los concilios medievales, podemos observar una diferencia notable en el tratamiento de los herejes, si lo comparamos con los concilios de la Antigüedad: la diferencia está en que los concilios medievales consideran la herejía no sólo un error contra la fe, como la entendían los antiguos, sino también un atentado contra la Iglesia y la sociedad.

Concilio IV de Letrán (1215)

Por iniciativa de Inocencio III (1198-1216) se convocó este Concilio Lateranense el 19 de abril de 1213. En la bula de convocación *Vinea Domini* el papa señala los dos objetivos que se proponía: la recuperación de los Santos Lugares y la reforma de la Iglesia. Fueron invitados obispos de Oriente y Occidente, así como los superiores de las grandes órdenes monásticas y los reyes cristianos. Asistieron 412 obispos; entre ellos hay que consignar la presencia de algunos procedentes de Bohemia, Hungría, Polonia, Estonia y Livonia, que a pesar de ser países del Este de Europa, se consideraban miembros del Occidente cristiano. Aunque fueron invitados, faltaron los griegos del patriarcado de Constantinopla. El número de abades asistentes ascendió a unos 800,

El 11 de noviembre del 1215 se hizo la solemne apertura del concilio en Roma, con un discurso de Inocencio III, comentando el pasaje del Evangelio de san Lucas: «He deseado ardientemente celebrar esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22,15), palabras que fueron como un presagio de su pro-

xima muerte. Además de esta sesión, el concilio celebró otras dos más, los días 20 y 30 del mismo mes. Entre los asuntos tratados figura la cuestión litigiosa que planteaba la sede primacial de Toledo, por boca de su arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada, en relación con los metropolitanos de Braga, Compostela, Tarragona y Narbona. Inocencio III se limitó a reconocer al arzobispo de Toledo sólo una precedencia de honor. También se ocuparon los padres sinodales de la cuestión suscitada sobre la titularidad del condado de Toulouse, que era un foco de los albigenses. Esa titularidad le fue concedida a Simón de Montfort. Otra temática fue la planteada por el emperador Otón IV (1182-1215) que, pese a las intervenciones de sus representantes, fue considerado culpable de atentar contra los derechos de la Iglesia. También intervino el concilio para repudiar la *Charla Magna* arrancada por la fuerza a Juan Sin Tierra (1199-1216). El concilio ratificaría igualmente el decreto del papa sobre la Cruzada de Tierra Santa.

Con todo, la aportación de mayor relieve del concilio fue la publicación de 70 cánones o decretos, que luego se incorporarían a la colección denominada *Decretales de Gregorio IX*. El primero de estos cánones es una profesión de fe contra los cátaros y valdenses, aunque sin nombrarlos expresamente, en la que se reafirma la bondad de la creación, incluso material, toda ella salida de las manos de Dios, desautorizando el dualismo cátaro. En esta misma profesión de fe se consagra la palabra «transubstanciar» referida a la eucaristía, que se había utilizado en las discusiones surgidas a raíz de la herejía de Berengario de Tours. También se condena en el c. 2 la doctrina trinitaria de Joaquín de Fiore. Se dan normas condenatorias de los herejes, que en algunos casos se traducen en prescripciones inquisitoriales. El c. 21 tendrá un amplio eco a lo largo de la historia al ordenar que todo cristiano, llegado al uso de la razón, está obligado una vez al año a confesar y a recibir la comunión pascual. Otros cánones se refieren más especialmente a los obispos para que mejoren la formación de los fieles, obligándoles a que designen en las catedrales predicadores y confesores idóneos (c. 10), y a que se preocupen de la predicación en lengua vernácula a los fieles (c. 9). Para fomentar la formación del clero, el concilio establece que en cada catedral debe haber un maestro de gramática, y teólogos bien formados en las iglesias metropolitanas (c. 11). Para velar por la disciplina eclesiástica se dispone que se reúnan anualmente sínodos provinciales (c. 6) y capítulos generales para las órdenes religiosas (c. 12). Para que no proliferasen las órdenes religiosas, el concilio prohibió la fundación de nuevos institutos (c. 13). Se dieron normas muy severas para favorecer las buenas costumbres del clero y contra los abusos de la incontinencia, el exceso en las bebidas y determinadas actividades impropias de los eclesiásticos (cc. 14-18). Los seglares son destinatarios de algunos cánones que tienden a evitar los matrimonios clandestinos (c. 51) y a modificar los impedimentos de consanguinidad y afinidad (c. 50). Se protege la autenticidad y la veneración de las reliquias sagradas (c. 62). En las

contratos usurarios con los judíos (c. 67); también se ordenó que vistiesen de forma distinta a como lo hacían los cristianos (c. 68) y que no pudiesen ejercer cargos públicos (c. 69). Por último, el concilio dedica el capítulo final [71] a impulsar la liberación de Tierra Santa.

A la hora de pasar revista a los asuntos tratados y a las normas promulgadas por este concilio, se puede afirmar que es el más importante de los que se celebraron en la Edad Media, y que tendrá un gran influjo en la Iglesia y en la sociedad de su tiempo. Cabría decir que la figura extraordinaria de Inocencio III se proyecta sobre esta magna reunión conciliar, que se convierte así en un gran instrumento papal para la reforma de la vida eclesiástica y para la resolución de los graves problemas surgidos entre el poder político y la Iglesia.

Concilio I de Lyon (1245)

El 13.° concilio ecuménico tuvo su justificación más inmediata en el conflicto suscitado por el emperador Federico II (1194-1250) contra el papado, en tiempos de Gregorio IX (1227-1241) y de su sucesor Inocencio IV (1243-1254). El concilio había sido proyectado por Gregorio IX para la Pascua de 1241 en Roma, pero no se pudo llevar a cabo por la acción violenta del emperador con un grupo de obispos. Inocencio IV hizo suya la convocatoria del concilio, pero no sintiéndose seguro en Roma se trasladó a la ciudad libre de Lyon el 2 de diciembre del 1244, estableciéndose en el monasterio de Saint Just. La convocatoria conciliar fue anunciada por el papa en un sermón de 1244. Además de citar al emperador para que compareciera ante el concilio, se cursaron invitaciones a todos los obispos del mundo. Sin embargo, sólo pudieron asistir 150 prelados, la mayor parte de ellos de países como Francia y España; menos numerosa fue la representación de Inglaterra e Italia, y todavía menor la presencia de obispos alemanes, debido sobre todo a la hostilidad de Federico II.

De este concilio conservamos una breve relación de las actas y una *Chronica maiora* de Mateo de París. La sesión de apertura se celebró en la catedral de Lyon, el 28 de junio de 1245. En ella el santo padre expuso las grandes preocupaciones que albergaba en esos momentos: la persecución de la Iglesia por parte de Federico II, la caída de la ciudad santa de Jerusalén en manos de los sarracenos y la derrota de los cruzados en Gaza, la irrupción de los mongoles o tártaros en Europa, el cisma griego y la moralidad del clero y del pueblo cristiano. En esta primera reunión Tadeo de Sessa, representante del emperador, defendió a Federico II de las acusaciones que se hacían contra él, pero el papa refutó puntualmente sus alegatos. El 5 de julio tuvo lugar la segunda sesión en la que intervinieron los obispos de Carinola, Compostela y Tarragona, pidiendo que se procediera contra el emperador. Tadeo de Sessa no consiguió rebatir los argumentos contra Federico II, aunque logró un aplazamiento de doce días para que se difiriera la sentencia, con el fin de recibir nuevas instrucciones de su soberano. En el intervalo de esta sesión y la siguiente, se despacharon en el concilio algunos asuntos eclesiásticos. Así, se acordó ratificar ocho decisiones

anteriores al concilio. También se prepararon doce decretos de índole jurídico-canónica, en los que se regulan asuntos de gran interés, como la elección de los obispos, la celebración del cónclave, y algunas disposiciones litúrgicas. La tercera sesión se llevó a efecto el 17 de julio, tal y como estaba previsto, aprobándose los 22 capítulos o cánones anteriormente preparados. Se leyó también una colección de privilegios de la Iglesia romana, entre los que figuraba alguno sobre los beneficios de Inglaterra, lo que provocó la protesta de los barones ingleses. El punto central, sin embargo, fue la sentencia contra Federico II, acusado de perjurio, de perturbar la paz, de perseguir a la Iglesia y de sospecha de herejía; fue depuesto en cuanto emperador y excomulgado. La deposición del emperador fue firmada por todos los obispos presentes y los franciscanos y dominicos fueron encargados de hacerla pública por toda la cristiandad. El concilio terminó el 25 de agosto de 1245 con un solemne *Te Deum.*

Concilio II de Lyon (1274)

Después de un largo período de sede vacante fue elegido papa Teobaldo Visconti de Piacenza, que tomó el nombre de Gregorio X (1271-1276). El 13 de abril de 1273 anunció el papa a los obispos y príncipes de la cristiandad su decisión de reunir un concilio en la ciudad de Lyon. Invitó también al emperador Miguel VIII Paleólogo (1261-1282) y al patriarca griego de Constantinopla, al rey y al *kathoUkós* (cabeza suprema de la Iglesia) de Armenia, y al Gran Khan de Mongolia. El concilio tuvo su sede en la iglesia catedral de San Juan. La asistencia fue numerosa, aunque no llegara en número al alcanzado por el cuarto Concilio de Letrán. La cifra de obispos cuya asistencia se puede comprobar es de 200, aunque los cronistas dan cifras superiores que rebasan el millar, al incluir también a los abades y a otros dignatarios y representantes. No pudo estar presente uno de los convocados: santo Tomás de Aquino, fallecido en el monasterio de Fossanova, cerca de Roma, el 7 de marzo de 1279, yendo de camino a Lyon para participar en el concilio.

Se comenzó el concilio el 7 de mayo de 1274. En este acto inaugural tuvo el papa sentado a su lado al único rey que asistía personalmente al concilio, Jaime I de Aragón. Gregorio X empezó su discurso repitiendo las palabras que otrora pronunciase Inocencio III en la apertura del Concilio IV de Letrán: «Ardientemente he deseado...» Luego señalaría el triple objetivo que proponía al concilio: la ayuda a Tierra Santa, la unión de los griegos y la reforma de las costumbres.

La segunda sesión fijada para el 14 de mayo no pudo llevarse a cabo hasta el 18 del mismo mes y, entre tanto, el papa fue negociando privadamente con cada uno de los representantes de las provincias eclesiásticas para conseguir de ellos que durante seis años destinaran a la Iglesia de Oriente los diezmos de las rentas de sus iglesias. En la segunda sesión se promulgó un decreto dogmático sobre el Espíritu Santo, en el que se decía que «el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, no como de dos principios sino como de un principio único, y con una sola espiración, no con dos».

La tercera sesión se tuvo el 7 de junio, y después de un sermón de Pedro de Tarantasia sobre la unión de la Iglesia griega, se promulgaron unos capítulos sobre las elecciones, postulaciones y provisiones eclesiásticas (cc. 3-9), órdenes sagradas (c. 15), promulgaciones (c. 24), excomuniones y entredichos (cc. 29-30).

El 24 de junio llegaron los embajadores griegos que eran portadores de una carta de Miguel Paleólogo para Gregorio X. Esta embajada estaba presidida por el logoteta (canciller) Jorge Acropolita, el antiguo patriarca de Constantinopla Germán III y el metropolitano Teófanes de Nicea. Estos embajadores manifestaron su adhesión y «omnímoda obediencia» a la fe y al primado de Roma. El 29 de junio, durante la misa se cantó en latín y en griego la epístola, el evangelio y el Credo con el *Filioque.*

En la cuarta sesión del 6 de julio tuvo lugar el acto más significativo. El papa hizo leer tres cartas, del emperador Miguel, de su hijo Andrónico y de los obispos griegos, aceptando los primeros el símbolo de la Iglesia de Roma, y anunciando los últimos su entrada en la unidad de la Iglesia. Inmediatamente después, Jorge Acropolita juró en nombre del emperador el abandono del cisma y la perfecta obediencia al pontífice romano. A continuación, se entonó un *Te Deum* y el papa pronunció un sermón, terminando con el canto de Credo, en latín primero y luego en griego, repitiendo las palabras: *Qui ex Patre Filioque proceda.* El día 15 de julio murió san Buenaventura, que había participado activamente en el concilio. Fue sepultado el mismo día en la iglesia de los Menores de Lyon.

Con el fin de evitar la posibilidad de otra sede vacante tan prolongada como la última, se promulgó, en la quinta sesión del 16 de julio, el célebre decreto sobre la elección papal *Ubi periculum.* En este decreto se establecía que pasados diez días de la muerte del papa, debían los cardenales reunirse en una misma sala (cónclave), aislados del mundo exterior. Si pasados tres días no habían realizado la elección, se les serviría un solo plato al mediodía y a la noche y, pasados cinco días, solamente pan, vino y agua. En esta misma sesión se bautizaron solemnemente el embajador de Tartaria y dos personajes de su séquito. También se decretaron diversas normas sobre la recepción de las órdenes sagradas, apropiación de bienes eclesiásticos, beneficios vacantes en curia, dignidad del culto divino, así como contra los bigamos y usureros.

La sesión de clausura tuvo lugar el día 17 de julio, y en ella el papa hizo un balance del trabajo realizado. De los tres objetivos propuestos, dos se habían logrado: la unión con los griegos y las medidas en favor de Tierra Santa. Pero por lo que hace a la reforma de las costumbres de los prelados y a la residencia de los párrocos, como el concilio por falta de tiempo no se había ocupado de estas cuestiones, el papa prometía que se ocuparía próximamente de ellas. En esta sesión se aprobó el c. 23, que confirmó los privilegios de las cuatro órdenes mendicantes: dominicos, franciscanos, ermitaños de san Agustín y carmelitas.

Además de los temas eclesiásticos el concilio se ocupó igualmente de asuntos políticos. Jaime I de Aragón (1213-1276), que había asistido al concilio con

la esperanza de obtener la corona imperial, no consiguió sus propósitos, porque Gregorio X le había exigido juramento de fidelidad y un tributo feudal. Tampoco Alfonso de Castilla (1252-1284) logró sus deseos sobre el Imperio, ya que el papa se había decidido por Rodolfo de Habsburgo (1273-1291) como el candidato más idóneo para la corona imperial. La delegación del Gran Khan de Mongolia se esforzó por alcanzar una alianza contra Egipto, aunque no lo consiguió.

Las decisiones del concilio fueron puestas en vigor el 1 de noviembre de 1274.

Concilio de Vienne (1311-1312)

Este concilio fue convocado por Clemente V (1305-1314) desde Poitiers, el 12 de agosto de 1308. La bula de convocación señalaba como temas a deliberar: el problema suscitado por la Orden del Temple, la reforma eclesiástica y el rescate de Tierra Santa. Conviene anotar en relación con los obispos invitados, que no lo fueron todos, como se venía haciendo hasta entonces, sino que, tras un acuerdo con el rey de Francia, se invitaron nominalmente. La llamada «lista de París» estaba compuesta por 165 nombres, mientras que la lista definitiva de los convocados es de 231.

El comienzo se demoró más de un año hasta el 16 de octubre de 1311, debido a los procesos abiertos contra los templarios. El número de los asistentes fue de unos 120 entre obispos y abades mitrados; si añadimos los procuradores de obispos ausentes, de cabildos y de monasterios, el número podría ascender a unos 300. La reunión tuvo lugar en la catedral de San Mauricio. El discurso del papa se centró especialmente en el arreglo de la cuestión de los templarios. Por iniciativa de Clemente V se creó una comisión para resolver este espinoso asunto, pero sin fijar plazo para la próxima sesión, como se solía hacer en otras ocasiones.

La comisión determinó por amplia mayoría que el proceso contra los templarios se reemprendiese desde el principio y se permitiese la defensa de la orden. Pero la presencia del rey de Francia en la propia ciudad, dada su conocida animadversión hacia los templarios, debió de ejercer fuertes presiones sobre el papa. La realidad fue que no se llevó a la práctica lo decidido por la comisión, sino que el papa siguió una vía, que podríamos calificar de administrativa, y decretó por la bula *Vox in excelso* de 22 de marzo de 1312 la supresión de la orden del Temple. Sus codiciados bienes fueron atribuidos a la Orden de Malta, a excepción de los existentes en los reinos de la península ibérica (Castilla, Aragón, Portugal) y Mallorca. La disolución de la orden se hizo pública en la segunda sesión del 3 de abril de 1312. Es interesante subrayar este nuevo modo de proceder sinodal, a través de comisiones, cuyos dictámenes se aprueban en las sesiones plenarias, pues marcará el procedimiento de los concilios posteriores.

En la tercera sesión del 6 de mayo de 1312 se solventaron unas cuestiones relacionadas con la pobreza de los franciscanos y con la doctrina de Juan Pe-

dro de Olivi, a través de las constituciones *Fidei catholicae* y *Exivi de paradiso*, respectivamente. La pobreza había sido un punto de fricción entre los «espirituales» que invocaban la autoridad del fundador, san Francisco de Asís, y la mayoría de la orden. Los «espirituales» achacaban a la mayoría la pérdida del ideal primitivo de pobreza. La mayoría de la orden denunciaba, a su vez, la heterodoxia de uno de los jefes de los «espirituales», Juan de Olivi. La comisión conciliar encargada del caso decidió descargar de culpabilidad a la mayoría, aunque les impuso determinadas normas sobre la práctica de la pobreza. Por otra parte, se condenaron tres tesis atribuidas a Olivi sin mencionar el nombre de su autor.

Por lo que hace a la reforma de la Iglesia conviene recordar que el papa había pedido a los obispos presentes la denuncia de los abusos dominantes en sus diócesis. Así, por ejemplo, Guillermo Durando, obispo de Mende, había presentado al concilio una voluminosa obra, titulada *Tratado sobre el concilio general*, que recogía amplias ideas de reforma de la organización eclesiástica. Las denuncias presentadas podían clasificarse en dos grupos principales: las quejas sobre intromisiones de los poderes seculares en el campo eclesiástico y las que provenían del creciente centralismo de la curia romana. No se conocen con precisión las disposiciones del concilio en estas materias, porque los cánones conciliares que las recogen fueron redactados de nuevo por Juan XXII (1316-1334), sucesor de Clemente V, e integradas en la colección canónica de las *Clementinas*, que formarían parte del *Corpus luris Canonici*. Se legisló sobre cuestiones relacionadas con la exención de los religiosos y las facultades de los obispos sobre ellos, dejando también a salvo los derechos de los párrocos. Se condenaron algunos errores de los begardos y beguinas, que tenían una fuerte implantación en territorios holandeses y alemanes. También se reiteraron medidas anteriores sobre la usura.

El asunto de las Cruzadas se trató de nuevo, pero de un modo superficial. Los obispos acordaron conceder una contribución de un diezmo durante seis años con este fin, pero esta concesión no se realizó hasta que se tuvo la aprobación del rey de Francia. Hay que tener en cuenta que iba tomando cada vez más cuerpo la idea de misionar a los infieles con preferencia a hacerles la guerra. En este sentido tuvo una buena actuación Raimundo Lulio (1235-1315), ya que por iniciativa suya el concilio promulgó el llamado «canon de lenguas», que ordenaba la creación de cátedras de hebreo, árabe y caldeo en la curia romana y en las universidades de París, Oxford, Bolonia y Salamanca.

Concilio de Constanza (1414-1418)

Para situarnos en el contexto histórico de este concilio, es de capital importancia tener presente que la Iglesia de Occidente estaba afectada por un gran cisma, que la dividía en tres obediencias: Gregorio XII (1406-1415), Juan XXIII (1410-1415) y Benedicto XIII (1394-1423). Otro factor a considerar es el movimiento nacionalista de Bohemia capitaneado por Juan Hus (1369-1415), que tenía también connotaciones heréticas, amén de los problemas políticos que

planteaba a los alemanes. Estos hechos explican, en buena medida, el interés del monarca alemán Segismundo (1410-1437) por impulsar la realización de un concilio en la ciudad de Constanza, que propiciara la unidad de la Iglesia. El emperador anunció este fausto acontecimiento el día 30 de octubre de 1413, después de haber realizado intensas negociaciones con los tres papas del momento.

Debido a las presiones de Segismundo, Juan XXIII convocó el Concilio de Constanza el 9 de diciembre de 1413 con una bula en la que manifestaba el deseo de extirpar la herejía husita, poner fin al gran cisma y promover la anhelada reforma de la Iglesia. Juan XXIII consideraba este concilio como una continuación del de Pisa, puesto que si se reconocía la legitimidad de este último concilio se afirmaría la validez de su elección y, en consecuencia, la licitud de la convocatoria del Concilio de Constanza.

El 5 de noviembre de 1414, Juan XXIII comenzó la primera sesión conciliar con una misa del Espíritu Santo en la iglesia catedral. La participación fue muy numerosa, puesto que además de los obispos y prelados, que superaban el número de trescientos, se reconoció el derecho a voto de los representantes de príncipes, doctores y procuradores de universidades y cabildos. Con ello el número de votantes ascendía a unos dieciocho mil. Ante tal cifra de votantes se acordó expresar el voto por naciones, y ésta sería una de las características más propias de este concilio.

El monarca Segismundo llegó a Constanza en la Navidad de 1414 y poco después comenzaron a oírse acusaciones contra Juan XXIII en el seno del concilio. Al ver frustradas sus esperanzas de ser confirmado papa por el concilio, se fugó a Schaffhausen el 20 de marzo de 1415, para estar bajo la protección de Federico de Austria. Con esta acción pretendió, sin conseguirlo, la disolución del concilio. La oportuna intervención de Segismundo, junto con la de Ludovico, conde del Palatinado, fueron decisivas para la continuación del concilio. Juan Gerson, canciller de la Universidad de París, pronunció el 23 de marzo un gran discurso en favor de la continuidad conciliar, fundándose en ideas tomadas del conciliarismo. Esas ideas fueron recogidas por el concilio en su famoso decreto *Sacrosancta* del 6 de abril, que sostiene la superioridad del concilio sobre el papa. No se debe perder de vista que este decreto vio la luz a raíz de la fuga del papa y que fue dictado ante un caso de necesidad extrema.

En la sesión duodécima fue depuesto Juan XXIII, como culpable de cisma, simonía y vida escandalosa. Un poco más tarde, en la sesión decimocuarta, el cardenal Juan Dominici, en nombre de Gregorio XII, legitimó el concilio, convocándolo de nuevo, y confirmó cuanto se hiciera en adelante. En esa misma sesión presentó su renuncia al pontificado por medio de su legado Carlos Malatesta. Por lo que se refiere a Benedicto XIII, resultaron vanos los esfuerzos llevados a cabo para que renunciara, así que el concilio tuvo que deponerlo el 26 de julio de 1417. Con ello quedaba libre el camino para la elección de un nuevo papa. Durante la 40.ª sesión, el 30 de octubre de 1417, se llegó a un acuerdo, antes de proceder a la elección del nuevo papa, con la publicación

de un programa de reforma que el futuro papa debía llevar a cabo «en la cabeza y en los miembros» de la Iglesia.

El 8 de noviembre de 1417 se reunieron en cónclave los 53 electores, a saber, los cardenales y seis representantes por cada nación conciliar. El 11 de noviembre resultó elegido Otón Colonna, que tomó el nombre de Martín V (1417-1431).

Otro punto programático que se llevó a término fue el proceso y la condena de Juan Hus. Éste se había presentado en Constanza con salvaconducto imperial. En la decimoquinta sesión del 6 de julio de 1415 el concilio lo declaró hereje y tomó la lamentable decisión de consignarlo al brazo secular, que lo condenó a la hoguera. Igual suerte le cupo un año más tarde a su discípulo y amigo Jerónimo de Praga. Sus ideas estaban inspiradas en las tesis de Juan Wyclef, que había sido condenado el 4 de mayo de 1414. En la misma sesión en que se condenó a Hus se reprobaron las tesis del franciscano Juan Petit acerca de la licitud del tiranicidio.

En cuanto a la reforma interna de la Iglesia, se puede afirmar que no fue abordada en profundidad y se reenvió su tratamiento a un próximo concilio. Martín V, en la sesión 43.ª (21 de marzo de 1418), promulgó siete artículos genéricos de reforma sobre los beneficios, la tonsura y el hábito eclesiástico, los diezmos papales y los impuestos de otras autoridades eclesiásticas. Tienen interés también los llamados «concordatos» (no en el sentido moderno) estipulados entre Martín V y las naciones de Francia, España e Italia, con una duración de cinco años, excepto el firmado con Inglaterra, que era por tiempo indefinido. En ellos se estipulaba, entre otras cosas, el reconocimiento por el papa de las elecciones de obispos y abades, la restricción de las indulgencias, el pago de las contribuciones a la curia romana por la colación de dignidades, etc.

En la sesión 44.ª del 19 de abril de 1418 se determinó que sería Pavía la sede del próximo concilio ecuménico. Por último, Martín V clausuró el concilio el 22 de abril de 1418. El carácter ecuménico del Concilio de Constanza fue objeto de una declaración de Eugenio IV (1431-1447) en 1446, en la que se precisaba, frente a posibles veleidades conciliaristas, que esta aprobación la hacía el papa «sin perjuicio del derecho, dignidad y preeminencia de la Sede Apostólica». Un buen resumen de lo que fue este concilio lo encontramos en el diario del cardenal Fulastre, cuando escribió: «El Concilio de Constanza fue más difícil de convocar que todos los concilios precedentes, su marcha fue más singular y admirable, pero también más peligrosa; por último, también los sobrepasó en duración.»

Concilio de Basilea - Ferrara - Florencia (1431-1442)

Poco antes de morir Martín V, el 2 de febrero de 1431, envió la bula de convocación del Concilio de Basilea y nombró al cardenal Cesarini para que lo presidiera. Estos actos fueron confirmados por su sucesor Eugenio IV el 12 de marzo de 1431. El concilio tuvo su primera reunión el 14 de diciembre de 1431 y en ella estuvieron presentes tres obispos, catorce abades y diverso clero. Se

definieron los objetivos a conseguir: la extirpación de la herejía husita, el establecimiento de la paz entre los cristianos y la reforma de la Iglesia. Entre tanto, Eugenio IV, informado de la escasa participación conciliar, tomó la decisión de disolver el concilio y así se lo comunicó al cardenal Cesarini. Pero el 21 de enero de 1432 el concilio rehusó la disolución y renovó el decreto Sacrosancta de Constanza, declarándose legítimo representante de la Iglesia. Dos años duró el conflicto entre el concilio y el papa. Eugenio IV se vio obligado a ceder y reconoció la legitimidad del concilio el 15 de diciembre de 1433. En el ínterin, el Concilio de Basilea había logrado la pacificación de los husitas, cuando éstos aceptaron los «Compactara de Praga», bajo ciertas condiciones que les favorecían. También durante este período el concilio creó cuatro comisiones: de cuestiones generales, de la fe, de la reforma y de la paz. Estas comisiones tenían la particularidad de que todos sus miembros —prelados o simples eclesiásticos— tenían la misma autoridad.

Entre los años 1433 y 1436 el concilio emanó una serie de decretos de reforma eclesiástica, que de ponerse en práctica hubieran supuesto una renovación en la vida de la Iglesia. Entre ellos destacan los que se refieren a la liturgia, contra el concubinato de los clérigos, y contra el abuso de los interdictos. Otras disposiciones estaban más bien en la línea de reducir los poderes papales, como la abolición de las tasas y anatas a la curia por la colación de beneficios.

En el verano de 1437 se suscitó la cuestión de elegir la sede en la que debía celebrarse el concilio para la unión con los griegos. Eugenio IV era partidario de escoger una ciudad italiana, y ésta era también la preferencia de los griegos; mientras que la mayoría de los conciliaristas de Basilea preferían esta misma ciudad o Aviñón. Después de largas negociaciones, la minoría del concilio, el papa y los griegos se pusieron de acuerdo en la elección de Ferrara como la ciudad más idónea. Y a esta ciudad trasladó el papa el Concilio de Basilea el 17 de septiembre de 1437.

Ante esa decisión papal la mayoría conciliarista de Basilea se opuso, declarando dogma de fe la superioridad del concilio sobre el papa y deponiendo a Eugenio IV el 25 de junio de 1439. El 5 de noviembre del mismo año eligieron al duque Amadeo de Saboya para sustituirlo con el nombre de Félix V (1439-1449). Pero este antipapa, en poco tiempo, fue perdiendo apoyos políticos y eclesiásticos y terminó por resignar su cargo al concilio en 1449. El concilio, que se había convertido en cismático, se disolvió, después de haber reconocido al nuevo papa Nicolás V (1447-1455).

Ferrara. Con el cambio de sede a Ferrara, el concilio entra en una nueva fase caracterizada por la búsqueda de la unión entre las Iglesias orientales y la Iglesia latina. Con ello, Eugenio IV consigue un gran éxito al superar la división existente con las Iglesias de Oriente. La apertura se realiza el 8 de enero de 1438 en la catedral de San Jorge con la presencia del legado pontificio, car-

este mismo año aumentó considerablemente el número de asistentes, gracias sobre todo a la llegada de 20 obispos orientales, al frente de los cuales venía el patriarca de Constantinopla José II, así como el emperador bizantino Juan VIII Paleólogo (1425-1448). También hicieron acto de presencia los representantes de los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, el metropolita de Kiev, seis procuradores de monasterios griegos, cuatro diáconos de Santa Sofía y algunos laicos insignes como Demetrio, hermano del emperador, y Jorge Scholarios, que sería más tarde nombrado patriarca.

En la segunda sesión (10 enero) se declaró la ilegitimidad de la continuación del Concilio de Basilea y de los actos emanados en esas circunstancias. Durante la tercera sesión (15 de febrero) se establecieron penas canónicas contra los conciliares que permanecían en Basilea. También se determinó el modo de proceder en las votaciones, abandonando los criterios anteriores de naciones y de comisiones, se dividió a los asistentes en tres clases: 1) patriarcas y obispos; 2) superiores religiosos, 3) prelados y teólogos.

La cuarta sesión (9 abril) tuvo el interés añadido de ser la primera en la que estaban presentes los griegos. En ella se promulgó una bula en la que el papa y los padres asistentes declaraban la legitimidad y ecumenicidad del concilio, frente a las afirmaciones de los basilenses. Asimismo, se decidió estudiar en comisiones privadas los puntos de divergencia entre latinos y griegos con el siguiente procedimiento: los griegos exponían sus objeciones contra los latinos, y éstos les respondían. Los puntos controvertidos fueron los siguientes: 1) cuestión del *Filioque;* 2) la utilización del pan ázimo en la eucaristía; 3) la doctrina sobre el purgatorio; 4) el primado del romano pontífice sobre toda la Iglesia.

El emperador bizantino quiso que se comenzase por discutir la cuestión del purgatorio. El 17 de julio se llegó a una fórmula de compromiso. Hubo un largo período de inactividad durante el verano, debida, en buena medida, a la espera propiciada por el emperador de Bizancio, ante la posible llegada de otros príncipes cristianos occidentales, a los que también se había invitado al concilio, y de quienes el citado emperador confiaba recibir ayuda militar contra los turcos. Después de una inútil espera, el 14 de octubre se comenzó a discutir el tema del *Filioque,* es decir, sobre esta palabra añadida por los latinos al símbolo nicenoconstantinopolitano. Entre los griegos, Marcos Eugénicos fue quien más se opuso a los latinos en este punto, acusándolos de haber modificado el Credo, mientras los latinos alegaban que se trataba de una simple clarificación. Después de una serie de discusiones, se tomó el acuerdo de estudiar este asunto en una comisión paritaria de doce griegos y doce latinos. Las discusiones se hubieran prolongado mucho más, pero los acontecimientos externos al concilio motivaron que éste fuera transferido a Florencia. En efecto, la seguridad de Ferrara se veía amenazada por las tropas de los Visconti, las dificultades financieras de la curia, que pagaba la estancia de los padres conciliares, y las facilidades económicas ofrecidas por la ciudad de Florencia, fueron importantes razones para decidir el cambio de ciudad.

Florencia. El 26 de febrero de 1439 se reanudó el concilio (sesión 18.[a]) en la iglesia de Santa María Novella. Se dedicaron ocho sesiones al *Filioque,* en las que destacaron el dominico Juan de Montenero por los latinos y Marcos Eugénicos por los griegos. Las intervenciones del patriarca de Constantinopla y de Bessarión de Nicea facilitaron entre los griegos que se llegara a un acuerdo, sin olvidar las actuaciones del emperador de Bizancio, que era partidario de la unión. Después de diversos retoques y correcciones se aprobó el decreto de unión y fue firmado el 5 de julio por el papa y el emperador, ocho cardenales, dos patriarcas, 60 obispos latinos y 20 griegos (excepto Marcos Eugénicos y el obispo de Stauropolis). Al día siguiente, en la solemne misa de pontifical oficiada por Eugenio IV fue leída la bula *Laetentur caeli* sobre la unión. Terminada la eucaristía se leyó por el cardenal Cesarini el texto latino del decreto y después el cardenal Bessarión hizo lo propio con el texto griego. En el decreto se definía la procesión del Espíritu Santo del Padre y del Hijo; se reconocía el primado del sucesor de Pedro como cabeza de la Iglesia universal, la existencia del purgatorio y la validez de los sufragios por los difuntos, así como la validez del pan ázimo o fermentado para confeccionar la eucaristía.

Conseguida la unión, los griegos trataron de regresar cuanto antes a sus lugares de procedencia. Pero no por eso se dio por terminado el concilio. Los armenios firmaron también un acuerdo de unión con la Iglesia de Roma el 22 de noviembre de 1439, en el que reconocían el aditamento del *Filioque,* la doctrina de las dos naturalezas, dos voluntades y dos operaciones en Cristo, los siete sacramentos, el Concilio de Calcedonia, el símbolo *Quicumque* y el decreto florentino de unión con los griegos.

Los jacobitas, cuyo error era el monofisismo, renunciaron a él públicamente el 4 de febrero de 1442, haciendo suya una larga profesión de fe. Eugenio IV decretó que el concilio se trasladase a Roma (24 de febrero de 1443), donde pensaba volver a residir, después de una prolongada ausencia. De esta continuación del concilio sólo sabemos que tuvo una sesión en septiembre de 1444 y otra en agosto de 1445, pero no tenemos más datos, ni siquiera el de su terminación.

En resumen, podríamos decir que, aun cuando los resultados del concilio fueron brillantes, en especial por lo que atañe al fin del cisma con los griegos y con otras Iglesias de Oriente, sin embargo hay que anotar igualmente el carácter efímero de esta unión, como consecuencia del fanatismo antilatino de una parte considerable del clero griego alentado por Marcos Eugénicos de Éfeso.

Concilio V de Letrán (1512-1517)

Este concilio fue convocado por el papa Julio II (1503-1513) en Roma el día 18 de julio de 1511. Aunque la fecha prevista para celebrarlo era el 19 de abril de 1512, no pudo empezar sus reuniones hasta el 3 de mayo, debido a las operaciones militares que se desarrollaban por aquel entonces en el norte de Italia. La primera sesión tuvo lugar el 10 de mayo y estuvo presidida por Julio II. El papa señaló en su alocución los objelivos a alcanzar: supresión de herejías y

cismas, reforma de la Iglesia y cruzada contra los infieles. Estuvieron presentes 15 cardenales, 79 obispos, dos abades, cuatro superiores generales o vicarios de órdenes religiosas, los embajadores de España, Venecia y Florencia y un gran número de doctores. El papa estableció el reglamento de las sesiones y nombró los funcionarios. Una novedad en relación con los anteriores concilios fue que los decretos emanados de este concilio lateranense adquirieron la forma de bulas papales.

El objeto primordial de este concilio era poner coto a las herejías y a los cismas existentes, neutralizando especialmente las actuaciones del anticoncilio de Pisa (1511-1512). Se puede decir que el concilio alcanzó con relativa facilidad este último objetivo. Ya a partir de la segunda sesión (17 de mayo) el rey de Inglaterra y Fernando el Católico (1474-1516) tomaron partido por el papa y apoyaron el concilio. Poco después, lo haría también el emperador Maximiliano (1493-1519), declarándose contra el conciliábulo de Pisa.

En la segunda sesión se aprobaron unas censuras contra el Concilio de Pisa y se declaraba su nulidad, a la vez que se decretaba la legitimidad del Concilio Lateranense.

La muerte de Julio II (21 febrero de 1513) fue, sin duda, un acontecimiento que coadyuvó a que Luis XII de Francia (1498-1515) dejara de apoyar al conciliábulo pisano y que los cardenales disidentes volvieran a la obediencia del nuevo papa León X (1513-1521). El nuevo pontífice romano fue continuador del concilio y se ocupó de algunos temas, que habían quedado pendientes.

En la octava sesión (19 de diciembre de 1513) se declaraba la definición dogmática de la inmortalidad individual del alma humana contra la tesis del filósofo Pedro Pomponazzi (1462-1525), aunque sin mencionarlo expresamente.

El concilio se centró luego en algunos aspectos de la reforma de la Iglesia. Los camaldulenses Giustiniani y Quirini enviaron el año 1513 un memorial de reformas a León X, en el que con claridad y espíritu constructivo denunciaban los males que padecía la Iglesia y proponían los remedios convenientes: mejora de los estudios eclesiásticos para combatir la ignorancia del clero, ejemplaridad de los miembros de la jerarquía, desde el papa a los simples sacerdotes, unificación de la vida monástica y de la liturgia, reanudar las negociaciones con los orientales para la búsqueda de la unión de las Iglesias. La realidad de las aspiraciones del concilio era, sin embargo, más modesta que las expresadas en el citado memorial.

De todas formas, hay que decir que los decretos de reforma promulgados por el Lateranense V fueron muy útiles: así, en la sesión octava (19 de diciembre de 1513) se redujeron considerablemente las tasas de la curia romana. En la sesión novena (5 de mayo de 1514) se tomaron medidas para que la provisión de obispados y abadías recayese sobre personas dignas y se hiciera según la normativa canónica. También se legisló sobre la enseñanza del catecismo. En la 10.ª (4 de mayo de 1515) se trató de los llamados «montes de piedad» para evitar los préstamos usurarios, se limitó la exención de los religiosos, y se estableció la censura de libros. En la 11.ª (19 de diciembre de 1516) hubo una ten-

sa discusión entre los regulares y el clero secular a propósito de la predicación; también se aprobó en ella la bula que confirmaba el Concordato con el rey de Francia y la abolición de la «pragmática sanción» galicana.

A pesar de los esfuerzos realizados quedaban aún sin solventar los grandes temas de la reforma de la Iglesia. El 16 de marzo de 1517 se concluía el V Concilio de Letrán, y no deja de ser significativo que el 31 de octubre del mismo año Martín Lutero (1483-1546) proclamara sus 95 tesis en la ciudad de Wittemberg.

Concilio de Trento (1545-1563)

Una vez surgido el conflicto protestante por iniciativa del joven Martín Lutero, se había generalizado la idea de resolverlo a través de un concilio, y así se puso de relieve en la Dieta de Nüremberg (1522-1523). Incluso los mismos luteranos reclamaban un «concilio general, libre, cristiano en tierra alemana», pero con una clave de lectura muy peculiar al entender «libre» en el sentido de «libre de la intervención del papa», y «cristiano», es decir, participado por clérigos y laicos, que habían de proceder únicamente según el criterio de la Sagrada Escritura. La afirmación de hacerse en territorio alemán tenía una cierta lógica, puesto que la crisis se había producido en Alemania.

La propuesta de un concilio no fue inicialmente bien acogida en Roma, donde se temía un cierto renacer de las ideas conciliaristas. El papa Clemente VII (1523-1534) trató de dilatar una respuesta afirmativa a la celebración de un concilio. No ocurría lo mismo con el emperador Carlos V (1519-1556), que se convirtió en el principal valedor de la necesidad de reunir una asamblea sinodal para solventar la crisis protestante. Después de varios intentos fracasados con Clemente VII, la subida al solio pontificio de Paulo III (Alejandro Farnesio) (1534-1549) abre unas expectativas más esperanzadoras. En 1536 el emperador visita Roma y consigue de Paulo III su consentimiento para convocar un concilio general, cosa que realiza el papa el 2 de junio del mismo año con la bula *Ad Dominici gregis curam,* proponiendo como sede a Mantua y como tareas a realizar: la condenación de las herejías, la reforma de la Iglesia, el restablecimiento de la paz entre los príncipes cristianos para hacer frente al peligro de los turcos. Pero la guerra declarada entre Carlos V y Francisco I (1515-1547) y otras dificultades impidieron la reunión conciliar en Mantua y en Vicenza. Por fin, la paz de Crépy de septiembre de 1544 facilitó el camino hacia el concilio. El papa convocó nuevamente el concilio en noviembre de 1544 con la bula *Laetare Jerusalem,* pero esta vez en la ciudad imperial de Trento. Los protestantes se negaron a participar en el concilio.

El concilio fue inaugurado el 13 de diciembre de 1545 con un discurso de apertura del cardenal legado Del Monte. Asistieron 31 obispos, la mayoría italianos; luego, en sesiones posteriores, el número de participantes iría en aumento. La dirección del concilio estaba asignada a tres legados pontificios: el ya citado Del Monte, el cardenal Cervini y el también cardenal Pole. Sobre el derecho al voto se llegó a un acuerdo en las primeras sesiones: lenían derecho a

voto todos los obispos, los superiores generales de las órdenes mendicantes y dos abades en representación de las congregaciones monásticas.

Durante las sesiones que van de febrero a junio de 1546 se aprobaron decretos de índole dogmática y de reforma: sobre las fuentes de la fe católica, el pecado original, la justificación, los sacramentos en general y los dos primeros sacramentos —bautismo y confirmación— en particular. El decreto sobre las fuentes de la fe católica precisaba, de nuevo, el canon escriturístico, aprobado ya en el Concilio de Florencia, y declaraba a la *Vulgata* latina como el único texto auténtico para la enseñanza y la predicación; al lado de la Escritura debía admitirse también la tradición, como fuente de la revelación divina. Pero, sobre todo, el decreto sobre la justificación tiene una especial relevancia en todo el magisterio del concilio tridentino. Establece que la justificación se realiza por la gracia, que en virtud de los méritos de Cristo, obra el Espíritu Santo en las almas; de este modo el hombre, de injusto se transforma en justo. También se rechazaban las ideas protestantes de la justificación por la sola fe.

Los trabajos del concilio tuvieron que interrumpirse en marzo de 1547, al desatarse en Trento una epidemia de tifus exantemático, que motivó una resolución de trasladar la sede conciliar a Bolonia, ciudad situada en territorio pontificio. Allí se celebró la novena sesión (21 de abril de 1547), pero no se publicaron sus decretos.

El traslado a Bolonia había suscitado una enérgica repulsa de Carlos V, porque —entre otras cosas— los luteranos no asistirían a un concilio en una ciudad papal. Este hecho supuso también una ruptura entre el emperador y el papa. En 1548 Paulo III decidió suspender las sesiones conciliares que, tras su muerte, serían reanudadas en Trento por el nuevo papa Julio III (1550-1555).

La actividad conciliar se volvió a poner en marcha el 1 de mayo de 1551 con la sesión undécima, presidida por el cardenal Crescencio. En este tercer período, por iniciativa de Carlos V, que había derrotado en Mühlberg (1547) a la Liga de Smakalda, acudieron a Trento algunas representaciones luteranas, que mantuvieron conversaciones fuera del aula sinodal, pero que no llegaron a estar presentes y a intervenir en el seno del concilio. En este período se celebraron seis sesiones y se aprobaron varios decretos disciplinares, así como otros referidos a los sacramentos de la eucaristía, la penitencia y la extremaunción. Pero el concilio tuvo que suspenderse de nuevo en 1552, debido a la enfermedad del cardenal legado y a la traición de Mauricio de Sajonia, que de aliado del emperador pasó a serlo de su enemigo el rey de Francia, dando un vuelco a la situación política de Alemania.

La elección de Juan Pablo Caraffa como Paulo IV (1555-1559) supuso una interrupción de la actividad sinodal, porque este papa era partidario de realizar directamente la reforma eclesiástica, sin la intervención de un concilio. Además de esta convicción tenía una profunda animosidad contra España. Hubo que esperar a su muerte para que su sucesor Pío IV (1559-1565) reanudara los trabajos conciliares.

Esta última etapa del concilio se inaugura el 28 de enero de 1562 con la presencia de 111 prelados con derecho a voto. Desempeñaba la presidencia el cardenal Hércules Gonzaga y asistían también como legados el cardenal Seripando, Hosius, Simonetta y Altemps. Los protestantes habían rehusado la invitación para asistir al concilio. Para esquivar un asunto muy politizado como era el de la «continuación» del concilio se comenzó a trabajar en un esquema de reforma sobre la obligación de residencia de los obispos. Este tema se hizo especialmente álgido en la sesión 19.ª (14 de mayo de 1962), y se tomaron en consideración las propuestas generales de reforma recogidas por Seripando. Los problemas que se ventilaban con la reforma no eran pacíficos. Casi dos meses quedó estancado el concilio. Por fin, a primeros de junio se superó la crisis de confianza y fue un acierto de los legados reanudar las discusiones dogmáticas en el lugar que habían quedado en 1551, y en la sesión 21.ª (16 de julio) se aprobó un decreto sobre la comunión. En la sesión 22.ª (17 de septiembre) se dio el plácet al célebre decreto sobre el sacrificio de la misa.

La tensión entre episcopado y primado, que se había puesto de manifiesto en las discusiones sobre el deber de residencia y el sacramento del orden, se acentuaron con la llegada el 13 de noviembre de 1563 del cardenal Carlos de Lorena y trece obispos franceses. Una intervención del emperador Fernando I (1556-1564) cerca del papa aumentó algo más la disparidad de los grupos enfrentados. Pero la muerte de los dos legados de más rango, Gonzaga y Seripando, permitió a Pío IV nombrar en su lugar a su mejor diplomático Morone y al veneciano Navagero. Morone sería el hombre que encauzaría el rumbo del concilio y lo llevaría a feliz término. Consiguió tranquilizar a Fernando I y se ganó el favor del cardenal de Lorena. Por su parte, el papa había escrito a Felipe II (1556-1598) persuadiéndole de su firme propósito de realizar la ansiada reforma y terminar el concilio. Así las cosas, la sesión 23.ª (14 de julio de 1563), marcó el punto de viraje del concilio. En dicha sesión se reprueba la doctrina de Lulero sobre el sacramento del orden y se da una formulación más rigurosa al deber de residencia. También se promulgará el famoso decreto sobre erección de los seminarios diocesanos. El 30 de julio de este mismo año entrega Morone un esquema de reforma que abarcaba 42 artículos, y que fue discutido y aprobado en las sesiones 24.ª y 25.ª El decreto general de reforma comprendía 21 capítulos y contenía normas para el nombramiento de obispos, sínodos, visitas episcopales, cabildos, provisión de parroquias, etc. Estos decretos serán el núcleo de la llamada «reforma tridentina». Paralelamente se aprueban en la sesión 24.ª un decreto sobre el sacramento del matrimonio, completado por el decreto de reforma *Tametsi.* La sesión 25.ª de clausura promulgó decretos sobre el purgatorio, las indulgencias, el culto a los santos y reliquias.

Morone tenía prisa en finalizar el concilio a causa de las noticias alarmantes que le llegaban sobre el agravamiento de la enfermedad del papa, y los dos días que duró la 25.ª sesión (3-4 diciembre de 1563) se dedicaron a aprobar, de una vez, todos los decretos anteriores. El papa confirmaría el 26 de enero

de 1564 mediante la bula *Benedictas Deus* todos los decretos conciliares, dándoles con ello fuerza de ley.

En el terreno dogmático, el tridentino supuso una enorme clarificación doctrinal en temas controvertidos por los protestantes: la Sagrada Escritura y la tradición como fuentes de la fe revelada; la justificación por la gracia y los méritos de Cristo; el decreto sobre los sacramentos, que subrayaría aspectos tan relevantes como la transubstanciación eucarística y la sacramentalidad del orden y la unción de los enfermos; la doctrina sobre el purgatorio, el culto a los santos y las indulgencias.

En el campo disciplinar la actuación conciliar fue también de gran envergadura. Señalemos algunas disposiciones más destacadas: el deber de residencia de los obispos; sobre la acumulación de beneficios; la creación de seminarios para la formación del clero, que propiciará una mejora considerable del sacerdocio ministerial; sobre las cualidades que deben tener los candidatos al episcopado; creación de la Congregación del índice y el decreto *Tametsi*, que sólo considera válidos los matrimonios celebrados en presencia del párroco y dos testigos.

Considerado en su conjunto, este concilio fue la respuesta del supremo magisterio eclesiástico a la Reforma protestante. Es el gran concilio de la Reforma católica, que no se limitó a reiterar lo ya conocido, sino que hizo una puesta a punto de la legislación y la cura de almas en la vida de la Iglesia. El éxito del Concilio de Trento se debió especialmente a su aplicación. Sin el perseverante empeño del pontificado de la Reforma católica para que se cumplieran los decretos tridentinos, no se podría explicar el gran influjo que **tuvo** en los siglos posteriores.

Concilio Vaticano I (1869-1870)

La decisión de Pío IX (1846-1878) de reunir un concilio ecuménico hay que entenderla dentro del clima vivido por la Iglesia en esa época. Desde una perspectiva de historia de las ideas, tal vez el detonante inmediato fuera la proliferación de los llamados «errores modernos», que tenían sus raíces más próximas en la Ilustración. La publicación del *Syllabus* y de la encíclica *Quanta Cura,* casi simultáneamente en 1864, fue como un toque de atención dado por Pío IX sobre los citados errores, y en poco tiempo se fue gestando la idea de celebrar un concilio para afrontar el tema con más hondura. La bula de convocación *Aeterni Patris* apareció el 29 de julio de 1868.

En dicha bula no se invitaba formalmente a los príncipes cristianos, como se había realizado en otros concilios anteriores, sino sólo se expresaba el deseo de que los príncipes católicos contribuyesen al buen éxito del concilio, con el propósito de evitar posibles injerencias de los Estados en el ámbito conciliar. El anuncio del concilio fue generalmente bien recibido, aunque en los medios de corte liberal pronto se apreció un tono contestatario. Así sucedió cuando el 6 de febrero de 1869 se publica en la *Civiltá Cattolica* un artículo, titulado «Correspondencia de París», en el que se daba cuenta de los deseos expresados por algunos escritores franceses sobre la conveniencia de aprobar, por aclamación,

las doctrinas contenidas en el *Syllabus,* especialmente la de infalibilidad del papa. El artículo creó una gran controversia en diversos lugares, pero de modo particular en Alemania, por la oposición frontal de Dollinger, que se decantó en contra de la infalibilidad a través de varios escritos. En Francia, monseñor Dupanloup y un grupo de intelectuales católicos consideraban poco oportuna su definición por el concilio.

A pesar de las polémicas suscitadas, la comisión preparatoria realizó su trabajo con relativa presteza, y el 8 de diciembre de 1869, Pío IX inauguró solemnemente el concilio, en presencia de unos 700 obispos. Entre ellos había 60 prelados de rito oriental, y casi 200 padres de países no europeos, amén de los europeos, que eran la mayoría. Como lugar más apropiado se eligió el tramo derecho de la nave transversal de la basílica de San Pedro. En la primera congregación general (10 diciembre de 1869) se comenzó a discutir el esquema «Sobre la fe católica», contra los múltiples errores del racionalismo moderno. El texto original recibió diversas redacciones, según las aportaciones de los padres asistentes, hasta que el 24 de abril de 1870 se aprobó por unanimidad, con el nombre de constitución *Del Films.* Este documento tenía un gran calado doctrinal, por ser una lúcida exposición de la doctrina católica en torno a las relaciones entre la fe y la razón. Estaba compuesto por cuatro capítulos, en los que se afirmaba la existencia de un Dios personal, que se podía conocer por luz de la razón; la necesidad de la revelación divina; el carácter razonable de la fe, y las relaciones entre la fe y la ciencia.

Pero la cuestión de la infalibilidad era la que acaparaba el mayor interés, como ya se había hecho notar en los prolegómenos del concilio. Pronto se habían formado dos grupos de padres: unos partidarios de proclamar la infalibilidad, cuyo representante más significativo era el cardenal Manning, y otros no partidarios de su proclamación, en su mayoría franceses, con figuras relevantes como Dupanloup y Ketteler. El 21 de enero de 1870 se distribuyó a los padres el esquema «De la Iglesia de Cristo», pero en él no se mencionaba el tema de la infalibilidad. El 9 de febrero los partidarios de la infalibilidad, que eran la mayoría, pidieron la inclusión de esta temática. Como respuesta a tal sugerencia se presentó el 6 de marzo un nuevo esquema «Sobre el Romano pontífice y su magisterio infalible». La minoría trató de impedir que siguiera adelante este nuevo esquema. Hubo un debate muy intenso entre la mayoría de los «infalibilistas» y la minoría —alrededor del veinte por ciento de los padres—, que se opuso punto por punto al texto base. Por fin se llegó a un texto de más amplia aceptación. De todas formas, algunos padres de la minoría abandonaron Roma antes de la solemne proclamación de la constitución *Pastor Aeternus,* el 18 de de julio de 1870.

La *Pastor Aeternus* consta de cuatro capítulos, que tratan del primado de jurisdicción de san Pedro, de la perpetua transmisión de esta prerrogativa en la persona de sus sucesores en la Cátedra de Roma, de la íntima naturaleza del primado romano, como poder verdaderamente episcopal, ordinario, inmedialo y universal, y, por último, de la infalibilidad personal del Romano pontífice por

un carisma especial, cuando como maestro universal propone doctrinas o dirime cuestiones en relación con la fe y la moral. Conviene anotar que la *Pastor Aeternus* se presenta como una renovación de la definición realizada por el Concilio de Florencia de 1439.

La constitución, que se había aprobado casi por unanimidad, recibió también la adhesión de aquellos componentes de la minoría, que tanto se habían opuesto a ella en los debates conciliares. La única excepción fue la del historiador y teólogo de Munich Ignacio Dóllinger, que rehusó someterse y fue excomulgado, dando vida en Alemania a la llamada Iglesia de los «Viejos Católicos». El pueblo fiel de todo el mundo acogió gozosamente la definición del magisterio infalible del papa.

El concilio tuvo que suspender sus sesiones porque el 19 de julio estalló la guerra franco-prusiana, obligando a ausentarse a un gran número de padres, y el 20 de septiembre los piamonteses ocuparon Roma. Y, en consideración a estos hechos, el concilio hubo de aplazarse *sitie die.*

Concilio Vaticano II (1962-1965)

La idea de celebrar un concilio ecuménico, o de proseguir y concluir el Vaticano I, estuvo ya en la mente de algunos papas, como Pío XI (1922-1939), que en los años 1923-1924 consultó al episcopado sobre este particular. También Pío XII (1939-1958) volvió sobre el mismo asunto, llegando incluso a crear comisiones preparatorias, pero en ambos casos la idea no cristalizó en un proyecto concreto. Con la llegada de Juan XXIII (1958-1963) al solio pontificio se produce un cambio importante, ya que a los tres meses de su elección —el 25 de enero de 1959— hizo en Roma el anuncio oficial de la convocatoria de un concilio ecuménico. El Vaticano II fue concebido inicialmente como una asamblea de marcada orientación pastoral, con la finalidad de establecer un *aggiomamento,* una adecuación de la vida estructural y apostólica de la Iglesia a las necesidades del mundo contemporáneo.

Se creó una comisión antepreparatoria, que recogería las sugerencias temáticas a tratar en la asamblea conciliar. Las conclusiones de estos trabajos antepreparatorios pasaron después a una comisión central preparatoria, constituida el 5 de junio de 1960 y presidida directamente por el papa. El concilio fue convocado oficialmente con la constitución apostólica *Humanae salutis* de 25 de diciembre de 1961. Se estableció una estructura organizativa compuesta por un consejo de presidencia de diez cardenales y diez comisiones. Luego, en el comienzo de la segunda fase conciliar, aparecerá un nuevo organismo de dirección, el de los delegados o moderadores (G. P. Agagianian, G. Lercaro, J. Dópfner, L. Suenens), que sustituirán a los miembros del consejo de presidencia en la dirección de las congregaciones generales. Una novedad de este concilio fue la presencia de observadores enviados por las Iglesias y comunidades eclesiásticas no unidas a la Santa Sede.

La ceremonia de inauguración tuvo lugar el 11 de octubre de 1962 en la basílica de San Pedro. Al acto asistieron 2.540 padres conciliares con derecho a

voto, cifra muy superior a la registrada en el anterior Concilio Vaticano. Sin exageración se puede decir que ha sido el concilio más universal de la historia de la Iglesia. El papa aludió en su discurso de apertura a que la convocatoria del concilio había sido por una inspiración de lo alto y señaló la orientación de esta asamblea: hacer llegar a los hombres el depósito de la sagrada tradición, teniendo en cuenta las actuales estructuras de la sociedad; no condenar errores, sino explicar, con mayor riqueza, la fuerza de la doctrina; y acercarse más a la unidad querida por Cristo.

El 13 de octubre se iniciaron las congregaciones generales. Del 22 de octubre al 13 de noviembre se discutió la reforma litúrgica, en la que se introducían importantes modificaciones, siendo una de las más espectaculares la de permitir el uso de las lenguas vernáculas en la celebración de la eucaristía y de los demás sacramentos. La votación del 14 de noviembre sobre el esquema de liturgia tuvo un amplio respaldo.

El mismo 14 de noviembre se comenzó a debatir el esquema sobre las fuentes de la revelación. Las discusiones fueron muy vivas y se fueron decantando dos corrientes antagónicas. El día 24 del mismo mes sería retirado el esquema, para ser reelaborado de nuevo por una comisión designada al efecto. Entre tanto, se sometió a los padres una propuesta sobre medios de comunicación social. El 27 de noviembre se aprobaron las líneas generales del esquema por gran mayoría.

Al iniciarse, el 26 de noviembre, los debates sobre las Iglesias orientales, se advirtió ya que no había existido una buena coordinación preparatoria del texto presentado. En vista de ello, el 1 de diciembre el concilio decidió devolver el texto a la comisión para que se incluyera en el esquema sobre ecumenismo.

A partir del 1 de diciembre se dedicaron seis congregaciones generales a discutir el esquema *De Ecdesia*, que versaba sobre la esencia y la estructura de la Iglesia. El esquema presentado tenía una concepción eclesiológica de carácter institucional, de acuerdo con la teología de Belarmino. Las críticas llovieron sobre el documento pidiendo una reelaboración total del mismo.

La primera fase del concilio se clausuró por Juan XXIII el 8 de diciembre. A estas alturas del concilio, ninguno de los cinco temas debatidos estaban preparados para su publicación. Se imponía proseguir el concilio al cabo de cierto tiempo, pero el papa que lo había convocado no llegaría a ver su reanudación. El 3 de junio de 1963 falleció Juan XXIII, y el 21 de junio le sucedería el cardenal Juan Bautista Montini, que tomó el nombre de Pablo VI (1963-1978).

La segunda etapa conciliar comenzó su andadura el 29 de septiembre de 1963. En su discurso de apertura Pablo VI reasumió en cuatro puntos la finalidad del concilio: exposición de la teología de la Iglesia, su renovación interior, la promoción de la unidad de los cristianos y, por último, el diálogo con el mundo contemporáneo.

En esta fase del concilio los trabajos de los padres se centraron en el documento sobre la Iglesia. Todo el mes de octubre se dedicó a discutir el nuevo esquema *De Ecdesia*, presentado por el cardenal Ottaviani. Los puntos más de-

balidos del esquema fueron: la colegialidad episcopal y la institución del diaconado permanente; con menor intensidad fueron debatidos la corresponsabilidad de los seglares y la vocación a la santidad de todos los bautizados. Con el fin de dar una salida a los debates, el moderador, cardenal Suenens, con el aval del papa, propuso a la asamblea conciliar una votación orientativa sobre las cinco cuestiones doctrinales más controvertidas. El voto favorable de la mayoría a las tesis propuestas hizo que se superara la crisis planteada y que se reenviase de nuevo a la comisión el esquema con las enmiendas y las nuevas orientaciones.

Una vez solventada la crisis del esquema *De Ecclesia,* el concilio se dedicó a debatir el esquema sobre el ministerio pastoral de los obispos, que tenía especial incidencia en temas como las conferencias episcopales y la reforma de la curia romana. También se debatió sobre el esquema de ecumenismo. Así llegamos al final del segundo período de sesiones, y el 4 de diciembre de 1963 el concilio aprobó solemnemente la constitución sobre liturgia, y el decreto sobre medios de comunicación social.

El tercer período de sesiones se abrió el 14 de septiembre de 1964 con una solemne concelebración de Pablo VI con 24 padres conciliares, que expresaba de forma emblemática la renovación litúrgica aprobada en la sesión anterior. El esquema sobre la Iglesia había sido objeto de una nueva redacción en la que se incorporaba un capítulo más sobre el carácter escatológico de la Iglesia, y otro mariológico. Las tensiones anteriores se volvieron a hacer presentes, de modo que en el capítulo tercero sobre la colegialidad, el papa tuvo que enviar una *Nota explicativa praevia,* para reducir la oposición de la minoría, reafirmando la doctrina sobre el primado papal del Vaticano I. El esquema sobre el decreto de libertad religiosa suscitó también una controversia por las implicaciones políticas que podía llevar consigo. Otros esquemas fueron discutidos de modo más pacífico, como el de la vida y ministerio de los presbíteros, y el de la Iglesia y el mundo actual. En la sesión solemne del 21 de noviembre de 1964 se promulgaron: la constitución dogmática *Lumen gentium,* el decreto sobre ecumenismo, y el decreto sobre las Iglesias orientales.

Llegados a este punto, parece obligado afirmar el valor fundamental de la constitución *Lumen gentium,* en cuanto supone una toma de conciencia de la Iglesia sobre sí misma. En ella se engarzan los demás textos del concilio, y se configura así como la clave hermenéutica para interpretar debidamente el resto de los documentos conciliares. La *Lumen gentium* expone la doctrina sobre el misterio de la Iglesia, Pueblo de Dios, al que todos los fieles son incorporados por el bautismo. De ahí deriva la radical unidad de todos los fieles que integran la Iglesia y el carácter universal de la llamada a la santidad. Declara también la constitución que los obispos son sucesores de los apóstoles, y que, además de presidir sus Iglesias particulares, forman parte de un «colegio» o cuerpo episcopal del que cada obispo se hace miembro. Este colegio está presidido por el obispo de Roma, y no puede obrar al margen de éste.

Los meses que separaron la tercera y la cuarta sesión se caracterizaron por un trabajo incesante de las comisiones conciliares. El 14 de septiembre de 1965

se abrió el cuarto período de sesiones. En su discurso de apertura, el papa anunció la creación del «sínodo de los obispos». Se comenzó debatiendo el nuevo esquema enmendado sobre la libertad religiosa, que todavía dio lugar a algunas discrepancias. No sucedió lo mismo con otros documentos de mayor rapidez en su tramitación, como el decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos, el decreto sobre renovación de la vida religiosa, el decreto sobre formación de los sacerdotes, la declaración sobre relaciones con religiones no cristianas, y la declaración sobre la educación cristiana. Todos estos textos fueron aprobados y promulgados en la sesión del 28 de octubre de 1965.

La constitución sobre la divina revelación y el decreto sobre el apostolado de los laicos se promulgaron en la sesión del 18 de noviembre del mismo año.

Ya casi al final de esta etapa conciliar se había planteado un serio debate en torno al esquema 13.°, cuyo nuevo borrador no había disipado las dudas de algunos padres conciliares y se originaron vivos enfrentamientos a propósito de problemas concretos, como el desarme, la guerra total, etc. La febril actividad de la comisión consiguió elaborar un texto que mereció la aprobación de una amplia mayoría. En la sesión del 7 de diciembre se promulgó definitivamente esta constitución con el el nombre de *Gaudium et spes.* Igualmente se aprobarían los decretos sobre la actividad misionera y sobre el ministerio y vida de los presbíteros, así como la declaración sobre libertad religiosa.

El 8 de diciembre, en una solemne ceremonia celebrada en la plaza de San Pedro, el santo padre clausuraba el Concilio Vaticano II. El breve apostólico *In Spiritu Sancto* de Pablo VI declaraba la terminación del concilio y renovaba la plena aprobación de las decisiones conciliares.

Aunque todavía es pronto para hacer una valoración de conjunto del último concilio ecuménico, sí podemos destacar algunos puntos más sobresalientes: se ha dado una gran profundización doctrinal en temas como la colegialidad episcopal, la sacramentalidad del episcopado, la comunión de las Iglesias y el sentido participativo de la liturgia. El decreto sobre ecumenismo ha abierto nuevas vías de diálogo con los hermanos separados, y a la vez se ha afirmado con rotundidad el principio de libertad religiosa. El Vaticano II ha repristinado también la llamada universal a la santidad y, en consecuencia, la responsabilidad de los laicos en la santificación de las realidades terrenas. Se puede afirmar que el saldo es ciertamente positivo.

Por lo que se refiere a la aplicación de lo legislado por el Vaticano II, convendría señalar la intensa actividad desplegada por Pablo VI y Juan Pablo II en este terreno. Así, hemos de consignar: la promulgación del nuevo *Misal romano* en 1969, de la Liturgia de las Horas en 1971, de un nuevo *Código de derecho canónico* para la Iglesia latina en 1983, de un *Código de cánones para las Iglesias orientales* en 1990, y un nuevo *Catecismo de la Iglesia católica* (1992). Amén del trabajo realizado por las conferencias episcopales y el Sínodo de los Obispos.

GLOSARIO

por DOMINGO RAMOS-LISSÓN

Acción Católica: es una forma del apostolado católico organizado de los laicos, que tiene como característica más propia su participación en el apostolado jerárquico de la Iglesia. Con este nombre y como organización oficial del apostolado de los seglares, fue instituida por Pío XI (1922-1939) con la encíclica *Ubi arcano* de 1922.

Action Francaise: movimiento político-social nacido en Francia el pasado siglo, que buscaba la restauración monárquica en Francia, pero con un ideario de carácter agnóstico, paganizante e integrista. Su representante más conocido fue Charles Maurras. En 1908 sus seguidores fundaron el diario *L'Action Frangaise,* que sucedió a un semanario del mismo nombre.

adopcionismo: herejía que negaba la divinidad de Cristo, considerándolo únicamente como hijo adoptivo de Dios. Entre sus seguidores cabe citar a Pablo de Samosata en el siglo iii y Elipando de Toledo en el siglo viii.

agnosticismo: posición intelectual que suspende el juicio sobre la existencia y la naturaleza de Dios. Este término fue puesto en circulación en el siglo pasado.

agustinismo: el conjunto de las doctrinas filosóficas y teológicas profesadas y enseñadas por san Agustín de Hipona.

agustinos: los agustinos en la actualidad son una familia religiosa compuesta por tres órdenes distintas: los ermitaños de san Agustín, los recoletos y los agustinos descalzos.

albigenses: designación impropia de unos grupos heréticos, en especial de valdenses y cátaros, que tuvieron su centro principal en Albi (Francia), durante el siglo XII. Admitían dos primeros principios: uno del bien y otro del mal. Se distinguían dos tipos de miembros: los «perfectos» y los «creyentes». Después de la cruzada contra los albigenses, bajo Inocencio III (1198-1216), casi desaparecieron en el siglo xiv.

americanismo: doctrina o movimiento religioso de inspiración liberal y naturalista, nacido a finales del siglo xix en Estados Unidos. Fue condenado por León XIII (1878-1903).

anabaptistas: bajo esta designación se agrupa a distintos miembros de confesiones cristianas, que niegan la validez del bautismo de los niños. En sentido estricto se denominaban así a los seguidores de Thomas Münzer (f 1525), que llevaron a la práctica de modo extremoso ciertos aspectos de la Reforma de Lutero (1483-1546) y provocaron la llamada «guerra de los campesinos» (1522-1525).

anglicanismo: se entiende como tal la doctrina y el régimen eclesiástico de la Iglesia anglicana, separada de la Iglesia católica en siglo xvi por el cisma de Enrique VIII (1509-1547). Esta acepción abarca también a la llamada Comunión anglicana, que comprende además de la Iglesia de Inglaterra, las de otros países de la Commonwealth y de Estados Unidos *(véase* episcopalianos).

antipapas: nombre dado a diversos personajes, que en distintas épocas usurparon el título y las funciones del obispo de Roma, oponiéndose al papa legítimo.

antisemitismo: aversión al pueblo judío, basada más propiamente en motivos sociales que religiosos. Su máximo exponente, en tiempos modernos, ha sido el nazismo de A. Hitler (1933-1945), que condujo a la muerte a millones de judíos.

apócrifos: libros judíos o cristianos que ofrecen cierta semejanza con la Biblia y tratan de completarla. No figuran en el canon de la Sagrada Escritura como libros inspirados. Tiene un valor muy desigual en cuanto a su ortodoxia, puesto que algunos son de origen gnóstico, y otros son simples relatos de piadosa ficción.

apolinarismo: herejía cristológica del siglo iv, profesada por Apolinar de Laodicea, que negaba la existencia de un alma humana en Cristo. Apolinar sería condenado por el papa Dámaso (366-384) en el año 377.

arrianismo: herejía del siglo iv, profesada por Arrio y sus discípulos, que negaba la divinidad del Verbo, considerándolo como una criatura. Fue condenado en el Concilio de Nicea (325).

baptistas: confesión cristiana que se separó de la Iglesia de Inglaterra en el siglo XVII. El nombre proviene de su doctrina, según la cual sólo es válido el bautismo de los creyentes (por tanto, adultos; no admiten el bautismo de los niños), y de su práctica del bautismo por inmersión.

barnabitas: su nombre oficial es el de «clérigos regulares de San Pablo». Fueron fundados por san Antonio María Zacarías (1502-1539) en 1530. Tienen por fin la educación de la juventud y las misiones.

barroco: corriente artística de los siglos XVII y xviii, que se distingue por la exuberancia de sus formas y por la expresión del humanismo de la Contrarreforma. Se extendió pronto por Austria, Baviera, España, Italia e Iberoamérica.

bayanismo: doctrina defendida por el teólogo Miguel de Bayo (1513-1589), que niega la distinción entre la naturaleza y lo sobrenatural. Considera que lo

sobrenatural y la gracia están incluidos en una exigencia de la naturaleza, y no tienen por tanto la gratuidad absoluta que les reconoce la Iglesia.

beatificación: acto por el cual el sumo pontífice confiere a un fiel difunto el honor de beato o bienaventurado, y permite que se le tribute culto público, pero limitado a ciertos actos y a ciertos lugares.

benedictinos: nombre genérico con que se designa a los miembros de numerosas corporaciones monásticas, que a lo largo de los siglos adoptaron como norma de vida la regla atribuida a san Benito (480-547). Hay que decir que san Benito no quiso fundar ninguna orden religiosa; por eso, la que en la actualidad llamamos «orden de San Benito» es en realidad una confederación de 16 congregaciones autónomas benedictinas.

Breviario romano: libro litúrgico dedicado a la recitación o al canto del Oficio divino. En la actualidad se denomina «Liturgia de las horas».

calvinismo: en sentido estricto, se emplea para designar la doctrina protestante vinculada a Calvino (1509-1564). Depende en varios puntos dogmáticos de Lutero (1483-1546), Melanchton (1497-1560) y otros reformadores. Como doctrinas más específicas del calvinismo se puede considerar la doble predestinación, a la gloria y a la condenación, con una necesidad absoluta; y también la consideración del bautismo y de la cena (únicos sacramentos que admite), como simples signos externos.

camaldulenses: orden religiosa fundada en 1012 por san Romualdo en Camaldoli. En la actualidad se compone de dos congregaciones: la de los monjes ermitaños camaldulenses, de vida más austera, y la de los ermitaños camaldulenses de Monte Corona.

canónigos regulares: canónigos que vivían generalmente bajo la regla de san Agustín.

canonización: acto por el cual el papa inscribe a un beato en el catálogo de los santos y autoriza su culto en la Iglesia universal.

canto gregoriano: canto sacro latino de la Iglesia romana, que se emplea en los actos litúrgicos, y debe su nombre a san Gregorio Magno (590-604), que lo reformó y le dio un gran impulso.

capuchinos: constituyen una de las tres ramas autónomas de la orden franciscana. Los frailes menores capuchinos tienen su origen en 1525, y fueron fundados por Mateo de Bassi (1495-1552), fraile menor observante. Su finalidad es la predicación y el apostolado misionero.

cardenales: altos dignatarios de la Iglesia romana, designados por el papa, que forman el Sacro Colegio, y tienen como misión asesorar y auxiliar al papa en el gobierno de la Iglesia, y eligen al nuevo pontífice romano en caso de sede vacante.

carmelitas: orden religiosa que remonta sus orígenes a un grupo de ermitaños latinos en el monte Carmelo. Hacia 1228 la orden emigró a Occidente. Los carmelitas adoptan la vida cenobítica. Existe también una rama femenina. En 1562 santa Teresa (1515-1582) inauguró su reforma, dando así origen a

los llamados carmelitas descalzos, mientras que los carmelitas calzados siguen observando la regla mitigada.

catacumbas: construcciones subterráneas excavadas por los cristianos romanos de los primeros tiempos, en las que enterraban a sus difuntos y celebraban algunos actos de culto. Están situadas junto a las principales vías de salida de la ciudad.

cátaros: en sentido estricto se consideran tales aquellos herejes de los siglos xii y xiii que admitían la existencia de dos principios, uno del bien y otro del mal. Condenaban la materia y el matrimonio, como creación del principio malo. Se extendieron sobre todo por el sur de Francia, Italia y Bulgaria (bogomilos).

catecismo: resumen de la doctrina cristiana, en donde se exponen de modo sistemático los puntos principales de dicha doctrina. También se da esta denominación al libro que contiene ese resumen.

catecumenado: período de formación religiosa como preparación para recibir el bautismo. Sus comienzos se identifican con los de la predicación cristiana primitiva, aunque en los siglos iv y v adquirió un gran desarrollo por el considerable número de conversos que se recibían en la Iglesia. En la actualidad se observa un renacer de esta práctica cristiana con diversas modalilidades.

celibato eclesiástico: el celibato es un don o carisma que se concede a muchos en la Iglesia. Cuando se añade el adjetivo «eclesiástico» se quiere significar el compromiso espiritual de vivir la continencia y abstenerse del matrimonio, que vincula a obispos, presbíteros y diáconos de la Iglesia latina, con la excepción de los llamados diáconos permanentes.

cesaropapismo: asunción por parte de quien ejerce el poder político de competencias religiosas o eclesiásticas. Tiene su comienzo en Constantino (306-337) y en algunos emperadores romanos convertidos al cristianismo.

cisma: situación de ruptura de la comunión católica, aunque no se niegue la profesión de fe.

cistercienses: orden religiosa que sigue la regla de san Benito. Debe su nombre al monasterio de Císter (Francia), lugar donde se inició. Fue aprobada primero por Pascual II (1099-1118) en 1100, y después por Calixto II (1119-1124) en 1119. San Bernardo de Claraval (1090-1153) es la figura más insigne de este instituto religioso.

cluniacenses: primera congregación de benedictinos, propiamente tal, que tuvo sus principios en el monasterio de San Pedro de Cluny (Francia) en el siglo x. La orden de Cluny fue suprimida en 1790.

Código de Derecho canónico: bajo este nombre el papa Benedicto XV (1914-1922) promulgó en 1917 la colección oficial de leyes vigentes en la Iglesia latina. Posteriormente, en 1983, Juan Pablo II publicó un nuevo Código, recogiendo las aportaciones legislativas del Concilio Vaticano **II.**

colegialidad episcopal: es una caraterística que emana del colegio de los obispos en unión con el papa. Deriva y es continuación en el tiempo del colegio

apostólico, en cuanto que los obispos son sucesores de los apóstoles. La constitución *Lumen gentium* del Vaticano II precisó el alcance de la potestad que puede ejercer el «colegio episcopal», señalando que el papa es la cabeza del colegio episcopal y que los obispos actúan en comunión y bajo la presidencia del papa.

comunismo: doctrina de Marx (1818-1883) y de Engels (1820-1895), desarrollada por Lenin (1870-1924), que recibe también el nombre de «socialismo real». Entre sus postulados figuran: el ateísmo, el materialismo histórico y dialéctico, la sociología de la lucha de clases, la plusvalía como apropiación indebida, la revolución como método para alcanzar la dictadura del proletariado.

conciliarismo: doctrina que se desarrolló en Occidente a fines de la Edad Media y que sostiene la supremacía del concilio ecuménico sobre el papa. Fue condenada por el V Concilio de Letrán (1512-1517).

concilio ecuménico: asamblea universal de los obispos, bajo la autoridad del papa, que lo preside por sí mismo o por legados. Es la forma más solemne con la que el colegio episcopal ejerce su potestad suprema sobre toda la Iglesia.

cónclave: reunión de cardenales de la Iglesia de Roma para elegir al sumo pontífice. También se da este nombre al lugar donde tiene lugar dicha reunión.

concordato: convenio que se establece entre el Estado y la Santa Sede para resolver de común acuerdo las cuestiones que se suscitan entre ambas instituciones.

constantinismo: atribución a la Iglesia de funciones de gobierno propias del Estado. El nombre se debe al emperador Constantino, que inició estas actuaciones con la *episcopalis audientia.*

Contrarreforma: es el movimiento de respuesta católica a la Reforma protestante. El término fue acuñado por autores protestantes y no expresa adecuadamente el sentido positivo de autentica reforma de la vida católica que llevó consigo.

Corpus Iuris *Canonici:* recopilación de textos legislativos de índole canónica, compuesta por el *Decretum Gratiani*, las *Decretales Gregoríi IX,* el *Líber Sextas Bonifatii VIII* y las *Constitutiones Clementinae.* Más tarde se añadirían, pero con autoridad privada, las *Extravagantes loannis XXII* y las *Extravagantes communes.*

cruzadas: guerras promovidas por el papa, durante la Edad Media, con una finalidad religiosa, contra herejes *(véase* cataros, valdenses) o contra musulmanes (para reconquistar los Santos Lugares).

curia romana: conjunto de congregaciones, tribunales, oficios y secretariados, que están al servicio del papa, para el gobierno universal de la Iglesia.

decretales: nombre dado a ciertas cartas de los papas que, aunque dirigidas a personas determinadas en respuesta a casos particulares, tenían fuerza de ley general para todos los casos análogos.

Decreto de Graciano: colección canónica redactada en Bolonia, hacia 1140, por el monje Graciano, que trató de resolver las discordancias entre algunos cánones y puso las bases de la ciencia del Derecho canónico. Forma parte del *Corpus Iuris Canonici.*

Derecho canónico: conjunto de normas o disposiciones establecidas o aprobadas por la autoridad eclesiástica competente, que rigen la actuación de los fieles dentro de la Iglesia.

derechos humanos: derechos fundamentales de la persona humana, reconocidos por algunas declaraciones internacionales. La iniciación del reconocimiento de estos derechos se hace con la Declaración americana de 1776, y la francesa de 1789.

doctrina social de la Iglesia: conjunto de principios y declaraciones del magisterio de la Iglesia acerca de las relaciones sociales entre los hombres.

dominicos: orden religiosa fundada en 1215 por santo Domingo de Guzmán (1170-1221). Son una orden mendicante, dedicada sobre todo a la predicación. Su nombre oficial es el frailes predicadores.

Donación de Constantino: para justificar el origen de los Estados Pontificios se recurrió a una supuesta Constitución imperial de Constantino, que se ha demostrado ser una falsificación realizada entre los siglos VIII y ix, probablemente en Francia o en Roma.

ecumenismo: movimiento que tiende a promover la unidad de fe y de comunión entre las Iglesias y confesiones cristianas divididas. Se suele fijar el momento de su nacimiento en 1910, en Edimburgo, donde tuvo lugar la primera conferencia misionera universal. Posteriormente, en 1948, se fundó el Consejo Ecuménico de las Iglesias, en Amsterdam.

Edicto de Milán: este edicto del año 313 fue dado conjuntamente por Licinio y Constantino. Otorga a los cristianos la libertad de ejercitar su culto y se ordena que se les restituyan los bienes confiscados anteriormente. El edicto de Milán supuso una nueva era en las relaciones entre el Imperio y la Iglesia.

episcopalianos: tienen su origen en 1789, en Estados Unidos, cuando unos ex anglicanos fundaron la Iglesia episcopal protestante. Del mismo modo se fundaron en otras ex colonias británicas. Todos los episcopalianos pertenecen a la comunión anglicana.

eremitismo: modo de vida de algunos monjes, que viven en soledad o en un desierto. Es una forma primitiva del monacato cristiano.

escolapios: instituto religioso fundado por san José de Calasanz (1557-1648), en 1597. Se dedican a la enseñanza de la juventud. El nombre oficial es el de orden de la Madre de Dios de las Escuelas Pías.

escolástica: en sentido muy amplio, se entiende por tal la manera de hacer teología en los siglos xii y xiii, que se caracteriza por una sistematización progresiva de la fe en su globalidad, asumiendo instrumentos externos, como la dialéctica, la lógica, y su método crítico del *sic et non.*

Estados Pontificios: conjunto de territorios sobre los que el papa ejercía poder temporal hasta 1870. En la actualidad, este territorio se circunscribe a la Ciudad del Vaticano.

evangelización: acción de la Iglesia que consiste en llevar la predicación del Evangelio («buena noticia de la salvación») a los que nunca la han recibido, o a los que la han perdido.

evolucionismo: teoría según la cual todas las especies vivas derivan, en su origen, de seres monocelulares o de algunas pocas especies primordiales. Ha tenido diversas formulaciones: lamarkismo, darwinismo, ologénesis, teoría sintética, etc. En relación con el origen del hombre cabría, según la *Humani generis* (1950), la hipótesis de un monogenismo, pero no tanto la de un poligenismo.

excomunión: censura eclesiástica en virtud de la cual un fiel que ha cometido algún delito grave, tipificado por el Derecho canónico, queda excluido de la comunión con la Iglesia.

exención: privilegio que emana de una autoridad superior y sustrae a la jurisdicción que le correspondería por el Derecho común. Aplicada a los religiosos, se entiende el privilegio de algunos monasterios e institutos de sustraerse a la jurisdicción del obispo diocesano.

fascismo: movimiento político y social de carácter totalitario que se originó en Italia, por iniciativa de Benito Mussolini (1883-1945), a partir de 1921.

febronianismo: deriva este nombre de Febronius, seudónimo de J. N. Hontheim (1701-1790), que publicó un libro sobre la potestad de la Santa Sede, en el que defiende la potestad de jurisdicción, como originaria de la Iglesia, y de ella pasa al papa y a los obispos. De esta forma, el papa y los obispos reciben esta potestad a título de ministros de la comunidad. Tanto este libro como el febronianismo fueron condenados por Pío VI (1775-1799).

feudalismo: sistema de gobierno y de organización de la propiedad, nacido en la Edad Media, que consistía en la subdivisión de terrenos entre varios señores, que tenían dominio sobre ellos y sobre las personas que los habitaban, dependiendo a su vez de otros más poderosos magnates, o de un soberano a quien debían vasallaje.

fideísmo: movimiento del pensamiento, desarrollado en Francia a mediados del siglo xix, como reacción contra el racionalismo. Consiste en afirmar que las razones para creer no se distinguen de la misma fe. Esta doctrina fue condenada por algunos papas, y especialmente en el Concilio Vaticano I (1869-1870).

Filioque: la introducción de este sintagma en el símbolo niceno-constantinopolitano, significa que el Espíritu Santo procede del Padre «y del Hijo». Esta fórmula será objeto de controversia con los griegos, especialmente por el patriarca Celulario en su disputa contra Roma (1054), y todavía subsiste en nuestros días.

franciscanos: orden fundada en Asís por san Francisco (1181-1226) en 1208-1209. Se trata de una orden mendicante y predicadora. Su nombre oficial es el de frailes menores, que se aplica también a los conventuales y a los capuchinos, aunque se trate de tres órdenes distintas.

galicanismo: se entiende con este término un conjunto de doctrinas que tienden a limitar la jurisdicción de la Santa Sede en la Iglesia francesa. Nacido en el siglo xv fue sostenido por teólogos como Gerson, Richer y Bossuet. El galicanismo tuvo grandes implicaciones políticas, como se puede ver en la «Declaración del clero galicano» de 1682.

gnosticismo: más que un movimiento unitario, es considerado una serie de sectas heréticas de los siglos ii y iii, que amalgamaban doctrinas judías o paganas con los dogmas cristianos. En ellas podemos distinguir algunos elementos comunes: dualismo entre el mundo espiritual y el mundo material, entendido éste como intrínsecamente malo; el mundo material es fruto de la degradación de un ser divino; existencia de tres categorías de hombres: hylicos, psíquicos y gnósticos.

gravamina nationis germanicae: gravámenes o abusos de carácter administrativo y financiero que los alemanes presentaban contra la curia Romana, a partir de los siglos xv y xvi. Especial significación tuvo su alegato por los partidarios de Lutero en la Dieta de Worms de 1521.

herejía: en sentido propio es la negación consciente y pertinaz de una o de varias verdades enseñadas por la Iglesia.

homousios: término griego que significa «consubstancial» y que aparece en el símbolo niceno-constantinopolitano, donde se dice que el «Hijo es consubstancial con el Padre».

Musitas: seguidores y promotores del movimiento reformista de Juan Hus (1369-1415), que se había inspirado en las ideas de Wyclef (1320-1384). Fue condenado por herejía. Los partidarios de Hus se dividieron, después de su muerte, en diferentes fracciones: laboristas, utraquistas, orfanianos, y calixtinos. Después de las guerras husitas sus dicípulos se reunieron en comunidades pacíficas, los «hermanos moravos», que en siglo xviii alcanzaron cierta notoriedad.

iconoclastas: partidarios del iconoclasmo, herejía del siglo vin que quería suprimir el culto a los iconos, y que dio lugar a violentas persecuciones. Fueron condenados en el II Concilio de Nicea (787).

Iglesias ortodoxas: con este nombre se conoce a todas las Iglesias orientales que han conservado la fe del Concilio de Calcedonia (451), pero que no están en comunión con la Iglesia católica de Roma.

Ilustración: corriente filosófica-religiosa, con ribetes científico-literarios, que se difundió por Francia, Inglaterra, Alemania e Italia en el siglo xviii, heredera del humanismo y de la Reforma protestante. Afirma la total autonomía

de la razón, liberada de toda autoridad civil o religiosa, y en el terreno moral sólo se reconoce como autoridad la conciencia individual.

índice de libros prohibidos: lista oficial de libros, cuya venta, traducción, conservación, préstamo o lectura se prohiben a los católicos sin el permiso de la autoridad competente. Fue establecido en 1571, pero por una aplicación práctica de la declaración *Dignitatis humanae* del Vaticano II, no se inscriben ya libros en ese índice. Se puede decir que los libros incluidos en ese índice no llevan aparejada una sanción canónica, sino que tienen sólo un valor moral.

indulgencia: es la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya perdonados en cuanto a la culpa, remisión que el fiel bien dispuesto obtiene bajo ciertas condiciones por la acción de la Iglesia, en cuanto que, como dispensadora de la redención, distribuye y aplica con autoridad el tesoro de satisfacciones de Cristo y de los santos.

infalibilidad: cualidad espiritual de la Iglesia y, en determinadas condiciones, del papa y del colegio episcopal en el ejercicio de su magisterio auténtico, en virtud de la cual no es posible que caigan en el error cuando se trata de temas de fe o de moral.

Inquisición: antiguo procedimiento canónico de finales del siglo xii, que perseguía de oficio los delitos contra la fe. También se consideran bajo ese nombre a los tribunales que en la Edad Media fueron creados con esa finalidad por la Santa Sede. El procedimiento favorecía la denuncia abusiva, porque al presunto culpable no se le concedían garantías de defensa y por las concomitancias políticas que tenían estos tribunales.

investiduras: en el Derecho canónico medieval, se entendía por «investidura» la colación y toma de posesión de un beneficio eclesiástico. La llamada «querella de las investiduras» de los siglos xi y xii fue un conflicto entre el pontificado y el emperador germánico a propósito de la provisión de los beneficios eclesiásticos,

Islam: voz arábiga que significa «sumisión». Tiene la misma raíz que *muslim* («musulmán»), es decir, «el que se ha sometido a Dios». La afirmación fundamental de la fe islámica es la existencia de un único Dios y que Mahoma (571-632) es su profeta. El Corán señala otros deberes principales: la oración ritual cinco veces al día, la limosna legal, el ayuno en el mes del Ramadán y la peregrinación a la Meca, al menos una vez en la vida.

jacobitas: nombre dado a los monofisitas en las provincias orientales del Imperio bizantino. Toma su nombre de Jacobo de Telia, consagrado obispo en 543, gracias a la protección de la emperatriz Teodora, y que había instaurado una jerarquía monofisita en Siria y en Egipto.

jansenismo: movimiento multiforme que influyó en la vida de la Iglesia a partir del siglo XVII, con reflejos en la moral, la espiritualidad y la política. En sentido propio es la doctrina que se expone en el *Augustinus* de Cornelio Jansenio (1585-1638), en donde no aparece con claridad la conjugación de

la libertad humana con la acción de la gracia. Se desató una polémica entre los jansenistas y los jesuítas. Inocencio X (1644-1655) condenó cinco proposiciones jansenistas. A partir de 1669 el jansenismo vino a ser predominantemente político, aunque también pervivió en una cierta forma de espiritualidad.

Jerónimos: a finales del siglo xiv aparecieron estos religiosos con el nombre de frailes o ermitaños de San Jerónimo. Gregorio XI (1370-1378) confirmó esta orden, que seguirá la regla de san Agustín, y les indicará también el hábito que deberán vestir. Se extendieron sobre todo por Castilla, León y Portugal.

jesuítas (Compañía de Jesús): la Compañía de Jesús es un instituto religioso de clérigos regulares fundado por san Ignacio de Loyola (1491-1556), que la concibe primero en Manresa (1522), y luego en 1534 reúne en París a los primeros seguidores, configurándola como «congregación de clérigos regulares». Fue aprobada por Paulo III (1534-1549) en 1540. Además de los tres votos de la vida consagrada hacen un voto especial de obediencia al papa. Entre las múltiples actividades apostólicas que realizan, destacan de modo particular las dedicadas a la enseñanza.

joaquinismo: movimiento protagonizado por los seguidores de las ideas del abad Joaquín de Fiore (1135-1202), que procedían, en su inmensa mayoría, de los «espirituales» franciscanos, y propalaron muchos de los errores apocalípticos y seudomísticos de la Edad Media. Los escritos de Joaquín de Fiore sobre la Trinidad y la unidad de Dios fueron condenados en 1215 por el Concilio Lateranense IV (1215). También fue condenado otro escrito de Gerardo de Borgo San Donnino por Alejandro IV (1254-1261). El movimiento se fue extinguiendo poco a poco a lo largo del siglo xiv.

josefinismo: sistema político-religioso implantado por el emperador de Austria José II (1780-1790), inspirado en el galicanismo político, que sometía la Iglesia al Estado.

Kulturkampf. conflicto entre la Iglesia católica y el Estado prusiano (1871-1887), nacido de la decisión del gobierno de Bismarck de someter el conjunto de las actividades de la Iglesia al control del Estado.

laicismo: doctrina que sostiene la absoluta independencia de la sociedad y del Estado de la Iglesia o de cualquier instancia religiosa, y que en ocasiones conlleva una actitud de rechazo y de desprecio por los valores religiosos. Es distinto de la «laicidad» propia del cristiano seglar.

lapsi: voz latina que significa «caídos». Con ella se designa a los cristianos que durante la persecución de Decio (250) consintieron en participar en un sacrifico pagano a los dioses de Roma.

laxismo: en sentido general se trata de un comportamiento moral poco responsable y poco atento a las normas morales. En sentido específico es un sistema moral que amplía de manera indebida el probabilismo, afirmando que

es lícito seguir una opinión ligeramente probable, aun cuando se oponga a una opinión francamente probable.

liberalismo: corriente de pensamiento que sostiene el valor absoluto de la libertad individual y de la iniciativa personal libre; y al mismo tiempo exige que esta libertad sea garantizada por la sociedad y por el Estado, de manera preferente a cualquier otro valor. El liberalismo filosófico fue condenado por Pío IX (1846-1878) en el *Syllabus* (1864). Existen además un liberalismo «político» y un liberalismo «económico».

libertad religiosa: en sentido amplio se entiende por tal el derecho de la persona y de las comunidades a la libertad social y civil en materia religiosa. La Iglesia católica ha proclamado esta libertad de un modo más solemne en la declaración *Dignitatis Humanas* del Concilio Vaticano II (1962-1965).

liturgia: la acción ritual de la Iglesia de la obra de la salvación, hecha por Cristo en la Iglesia y por la Iglesia, esto es, la presencia de la obra divina de la salvación bajo el velo de los símbolos.

macedonianos: seguidores de Macedonio, obispo de Constantinopla del 342 al 360, que se alineó en la facción de los semiarrianos. Los macedonianos o pneumatómacos negaban la divinidad del Espíritu Santo, situándolo así entre Dios y la criatura. Fueron condenados por el Concilio I de Constantinopla (381).

maniqueísmo: doctrina de Manes o Manichaeus (216 - 274/277). Es un sincretismo religioso de procedencias judeocristianas e hindoiránicas relacionadas con el gnosticismo, del que toma la metafísica dualista y el desprecio por la materia. Ha tenido sucesivas formulaciones a lo largo de la historia.

martirio: testimonio consistente en dar la vida por la fe en Cristo.

marxismo: sistema social-político de Marx (1818-1883) y Engels (1820-1895), que parte del materialismo histórico absoluto y por tanto negador de Dios; con una implantación dialéctica de lucha de clases y con sus tesis de la plusvalía en el terreno de la economía capitalista. Lenin (1870-1924) llevó a la práctica muchas de las utópicas ideas marxianas. Pero la realización histórica del marxismo ha sido muy negativa, como se ha podido constatar después de la caída del muro de Berlín, en los países del Este de Europa.

masonería: conocida también por «francmasonería», es una asociación secreta surgida a comienzos del siglo xviii, de carácter filantrópico-racionalista, que profesa un deísmo difuso con fuertes dosis de liberalismo, naturalismo y racionalismo. Dividida en distintas obediencias y logias, ha tenido una evolución irregular. La Santa Sede ha realizado diversas condenas de esta asociación, a partir de 1738, declarando que un católico no puede formar parte de una sociedad masónica.

matrimonio: el pacto por el que un hombre y una mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevado por Cristo a la dignidad de sacramento.

melquitas: nombre dado por los monofisitas a los cristianos de Siria y Egipto, que permanecieron fieles a la fe ortodoxa del emperador bizantino, es decir, al dogma de Calcedonia.

mercedarios: religiosos de la orden de la Merced, que fue instituida en Barcelona en 1218 por san Pedro Nolasco, san Raimundo de Pcñafort y Jaime I, con la finalidad de rescatar a los cautivos cristianos hechos por los musulmanes. Actualmente se dedican también a la enseñanza y a la atención pastoral de los presos.

milenarismo: también conocido por «quiliasmo», es una doctrina de origen judeocristiano que, apoyándose en algunos textos bíblicos y apócrifos, profesaba la existencia de un reino terrestre de Cristo, que habría de durar mil años, colocado entre la resurrección y el juicio final. Aunque nacido en los primeros siglos cristianos, ha tenido algunas reapariciones en otros momentos de la historia de la Iglesia.

misiones: el término «misión» se emplea para significar la acción cvangelizadora de la Iglesia entre las poblaciones que no conocen todavía el Evangelio. En plural también se utiliza para designar el conjunto de instituciones de la Iglesia destinadas a la evangelización de países lejanos.

modalismo: doctrina herética del siglo ii según la cual el único Dios se manifiesta de «modos» diversos: como Padre, como Hijo y como Espíritu Santo. Su error se basaba en no admitir una distinción real entre las tres personas divinas.

modernismo: con este nombre entendemos unas tendencias y doctrinas equivocadas de finales del siglo xix y principios del xx que deseaban conciliar el patrimonio religioso del cristianismo con la cultura de la modernidad. Tendían a negar toda intervención trascendente de Dios en la historia, y a dar a los dogmas una interpretación cambiante con los tiempos y las circunstancias. En síntesis, se puede decir que pretendían reducir la verdad teológica a pura expresión del sentimiento íntimo vital. Fueron condenados por Pío X (1903-1914) en el decreto *Lamentabili* (1907) y la encíclica *Pascendi* (1907).

monacato: modo de vida de los monjes *{monachoi).* El monacato cristiano se inició a medidados del siglo iii en Egipto, por obra de san Antonio (250-356), que vivía en el desierto como anacoreta o ermitaño. Años más tarde, Pacomio (292-347) dio forma al cenobitismo, caracterizado por la vida común, observancia de una misma regla, trabajo manual y obediencia a un abad. Esta forma de vida tendrá un gran desarrollo posterior, especialmente en la Edad Media.

monofisismo: doctrina herética que afirma la existencia de una sola naturaleza (*physis)* en Cristo. Su principal valedor, Eutiques, fue condenado por el Concilio de Calcedonia (451).

montanistas: seguidores de Montano, que hacia el 172 profetizó el fin del mundo e inició la predicación de un ascetismo en consonancia con la inmediata parusía del Señor.

movimiento de Oxford: corriente de pensamiento teológico que se desarrolla entre 1833 y 1845, en el seno de la Iglesia anglicana, cuyos principales promotores fueron Newman, Pusey y Keble, y que trató de revalorizar una concepción de la Iglesia en sintonía con la verdad cristiana más antigua, frente a los postulados del liberalismo destructor de los dogmas cristianos. El movimiento oxoniense supuso el acercamiento de muchos anglicanos hacia posiciones muy próximas a las de la Iglesia católica.

movimientos apostólicos o eclesiales: son agrupaciones de fieles católicos, sin forma jurídica configurante, que participan de un carisma común de índole formativa y apostólica y que pueden revestir una gran variedad de formulaciones en la vida social de la Iglesia, como por ejemplo: Cursillos de Cristiandad, Comunión y Liberación, Movimiento Focolar, etc.

mozárabes: nombre dado a los cristianos de España, que conservaron su religión bajo la dominación musulmana (siglos vnr-xv). Por extensión, se denomina así también el antiguo rito hispánico, que pervive contemporáneamente en España.

nacionalsocialismo: movimiento político y social del Tercer Reich alemán (1934-1945) de carácter totalitario, pangermanista, racista y antijudío. Su promotor principal fue A. Hitler.

nestorianismo: herejía de Nestorio (381-451), patriarca de Constantinopla, que afirmaba la existencia en Cristo de dos personas, una persona divina, el *logos,* y una persona humana, Jesús. Consiguientemente negaba la maternidad divina de María. El Concilio de Efeso (431) condenó esta doctrina como herética.

nominalismo: doctrina filosófica según la cual no existen las ideas generales (universales) o conceptos, sino únicamente voces que nos sirven para nombrar realidades individuales. Tuvo un momento de gran esplendor con Guillermo de Occam (1270-1347) en la baja Edad Media.

nuncio: representante de la Santa Sede acreditado con rango de embajador cerca de un gobierno extranjero, encargado además de velar en nombre del papa por la situación de la Iglesia en el país en que ejerce su misión diplomática.

Opus Dei: fue fundado en 1928 por el beato Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975) en Madrid, y erigido como prelatura personal por Juan Pablo II en 1982. El título completo es el de Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, aunque de modo abreviado se llame simplemente Opus Dei. La Prelatura del Opus Dei, de ámbito universal, forma parte de la estructura jerárquica de la Iglesia, y está compuesta por clérigos y laicos; tiene como finalidad la búsqueda de la santificación en el ejercicio de su propio trabajo o profesión y en cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano en medio del mundo, con una espiritualidad propia.

oratorianos: miembros de una sociedad de sacerdotes seculares fundada en Roma en 1564 por san Felipe de Neri (1515-1595) en el oratorio de San Giovanni dei Fiorentini.

órdenes militares: nacen en la Edad Media como la fusión del ideal monástico y de la lucha contra los infieles. Los caballeros de las órdenes militares eran monjes, que vivían bajo una regla, aprobada por la Santa Sede, hacían los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, a los que solían añadir un cuarto voto de consagrarse a la guerra contra los infieles. Y al mismo tiempo eran soldados, formaban un ejército permanente preparado para defender los territorios amenazados por los enemigos del cristianismo.

órdenes sagradas: el sacramento del orden está constituido por diversos grados: episcopado, presbiterado y diaconado. Esos grados se llaman también órdenes sagradas.

Padres de la Iglesia: antiguos escritores cristianos de los siete u ocho primeros siglos, que se han distinguido por el valor de su doctrina, la santidad de su vida, y la aprobación de la Iglesia.

patriarcado: sede episcopal que goza de autoridad sobre otras sedes secundarias. En sentido más propio es un título dado a algunos obispados, que se remontan a los primeros siglos de la Iglesia. El Concilio de Nicea (325) reconoció los privilegios de cinco de ellos: Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Rusia tuvo su propio patriarcado de Moscú, después de la caída de Constantinopla (1453).

patronato: el llamado «derecho de patronato» es el privilegio de presentar un clérigo a una iglesia o a un beneficio vacantes, concedido por la autoridad eclesiástica al fundador de esa iglesia o de ese beneficio y a sus sucesores. Recibe la denominación de «patronato real» el derecho del rey a proponer personas para ciertos cargos eclesiásticos.

pelagianismo: doctrina de Pelagio que minimiza el papel de gracia y exalta la primacía y la eficacia del esfuerzo voluntario en la práctica de la virtud. Fue combatido por san Agustín y sus tesis condenadas por varios sínodos africanos, y por los papas Inocencio I (401-417) y Zósimo (417-418), así como por el Concilio de Éfeso (451).

peregrinaciones: marcha de una persona aislada o de varias a un lugar sagrado situado a cierta distancia. Desde la antigüedad cristiana se han considerado lugares de peregrinación Jerusalén y los Santos Lugares, Roma, y Santiago de Compostela. Modernamente se puede decir que estas peregrinaciones se han extendido, de modo especial a los santuarios marianos.

persecuciones: procedimiento judicial punitivo contra los cristianos por parte de los emperadores romanos, durante los tres primeros siglos del cristianismo. Cesaron con el Edicto de Milán del año 313.

pietismo: con este nombre se agrupa a todo un conjunto de movimientos en el interior del protestantismo de los siglos xvii y xviii, más o menos independientes unos de otros, pero que tienen en común el hecho de poner el acento sobre la experiencia religiosa personal. Entre los pietistas se puede destacar a G. Testeegen (1697-1769), conde de Zinzendorf (1700-1760) y su comunidad de Herrnhut.

premonstratenses: orden de canónigos regulares fundada en 1120 por san Norberto de Prémontré. Su fin principal es el culto litúrgico y el ministerio pastoral de las almas.

primado romano: el obispo de Roma, como sucesor de san Pedro, tiene el primado sobre toda la Iglesia. Este primado no es sólo de honor, sino de autoridad ejercida sobre la Iglesia universal. Esta doctrina del primado romano ha sido declarada de fe por el Concilio Vaticano I (1869-1870).

priscilianismo: doctrina de Prisciliano (t 385), difícil de definir por el secreto que practicaban sus discípulos. En sus comienzos fue un movimiento con un ascetismo excesivo y un profetismo inquietante, que se apoyaba en Escrituras apócrifas. Pero después derivaron en errores dogmáticos, según consta por los anatematismos del Concilio Bracarense **I** (561).

protestantismo: la palabra proviene de la «protesta» de ciertos Estados del Sacro Imperio en la Dieta de Spira (1529), contra el hecho de que las cuestiones religiosas se hubieran decidido allí por mayoría de votos. Sólo más tarde adquirió esta palabra una coloración antirromana. Podría decirse que el protestantismo es el conjunto de confesiones cristianas que se adhieren a la Reforma propugnada en el siglo xvi por Lutero, Calvino, Zuinglio y otros. Entre sus postulados figuran: la suficiencia absoluta de la Sagrada Escritura, la justificación por la fe, la desvalorización de los sacramentos (sólo conservan el bautismo y la cena), etc. Diferencias significativas de orden teológico y eclesial han fragmentado el protestantismo en diversas confesiones.

quietismo: doctrina mística que, apoyándose en las obras del sacerdote Miguel de Molinos (1627-1696), hace consistir la perfección cristiana en el amor de Dios y en la inacción del alma.

racionalismo: manifestación del pensamiento ilustrado de los siglos xviii y xix, que afirma la primacía de la razón y propende a fiarse exclusivamente de ella, excluyendo toda referencia a una revelación divina. Esta actitud intelectual fue reprobada por el Concilio Vaticano I (1869-1870).

redentoristas: congregación religiosa fundada en 1732 por san Alfonso María de Ligorio (1696-1787), y aprobada en 1749 por Benedicto XIV con el nombre de Instituto del Santísimo Redentor. A los votos ordinarios de la vida consagrada añaden otro sobre la perseverancia. Tienen como fin el apostolado en los medios populares, especialmente en las misiones parroquiales.

Reforma gregoriana: la refoma de la Iglesia, que Gregorio VII (1073-1085) llevó a cabo, se caracterizó no sólo por la denuncia de los vicios que asolaban la Iglesia de su tiempo, sino por el pragmatismo con que puso en marcha las medidas contra la simonía, la falta de observancia del celibato en los clérigos, las investiduras de los príncipes seculares, que tuvo su momento más álgido en el enfrentamiento con Enrique IV (1190-1197).

reglas monásticas: conjunto de preceptos generales y de costumbres que definen las actitudes fundamentales y las relaciones entre los miembros de una

determinada orden religiosa o de un monasterio **en** particular. Entre las más conocidas hay que mencionar las de san Pacomio, san Basilio, san Agustín y san Benito.

ritos: este vocablo en sentido lato sirve para designar las diversas tradiciones litúrgicas presentes en la Iglesia. En Oriente hay cinco ritos fundamentales: antioqueno, copto, bizantino, caldeo o sirio y el armenio. En Occidente: el romano, ambrosiano, hispánico o mozárabe y bracarense.

Rota romana: en realidad, el nombre completo es Sancta Romana Rota. Es un tribunal ordinario de la Santa Sede que tiene competencias en primera y segunda instancia, sobre asuntos relativos a la condición jurídica de las personas, en causas que ya han sido juzgadas anteriormente por tribunales diocesanos o por ella misma. Su competencia es universal, aunque en la mayoría de los casos instruye causas matrimoniales.

salesianos: el título oficial es Sociedad de San Francisco de Sales, y es una congregación religiosa fundada por san Juan Bosco (1815-1888), a partir de 1857. Fue aprobada por Pío IX en 1860. Tienen como fin la instrucción y educación de la juventud, así como la acción misionera.

salmanticenses: con este nombre se designa a los carmelitas descalzos de Salamanca, autores de un célebre curso completo —colectivo y anónimo— de teología compuesto en el siglo xvii.

seminarios: casa diocesana, interdiocesana o religiosa, en la que desde el siglo xvi (Concilio de Trento) se preparan para su ministerio los futuros sacerdotes.

semipelagianismo: doctrina que, sin caer en los excesos de Pelagio, afirma que el comienzo de la salvación o de la conversión es obra del hombre y no de la gracia. Fue condenado por el Concilio de Orange (529).

símbolo de la fe: también recibe la denominación de «regla de fe» y de «credo». Es una forma abreviada de exposición de los artículos de la fe. Se prescribe su recitación en algunos sacramentos, como el bautismo y la eucaristía. Algunos símbolos más conocidos son: el símbolo de los Apóstoles, el niceno-constantinopolitano, y el Quicumque.

simonía: trueque o compraventa de un bien espiritual por un bien temporal, como, por ejemplo, un sacramento, o la investidura de un obispado mediante una cierta suma de dinero. El nombre alude al episodio de Simón el Mago narrado en Hechos 8,18-19. Los papas y los concilios medievales condenaron esta práctica con severidad.

sínodo diocesano: asamblea representativa de todos los sacerdotes y diáconos, religiosos y fieles de una diócesis, alrededor de su obispo, para deliberar sobre problemas que interesan a la diócesis.

subordinacionismo: orientación teológica presente en los siglos ii-iii, que tiende a considerar al Hijo de Dios como inferior y subordinado al Padre, fuente de la divinidad. El subordinacionismo puede considerarse heterodoxo sólo a la luz de la teología posterior. El punto más extremo al que llegó el

subordinacionismo heterodoxo fue el arrianismo, que consideraba al Hijo de Dios como un criatura especial, inferior al Padre.

teatinos: orden religiosa fundada en Roma en 1524 por san Cayetano de Thiennc (1480-1547) y Juan Pedro Caraffa, futuro Paulo IV (1555-1559). Fue la primera orden de clérigos regulares. Sus miembros recibieron el nombre de teatinos porque Caraffa, su primer superior, era obispo de Chieti (en latín, Teathi). Tenían por fin trabajar en la reforma del cristianismo y debían vivir únicamente de las limosnas que les ofrecieran.

templarios: orden militar fundada en 1119 por Hugo de Payns y otros caballeros franceses para proteger de los salteadores de caminos a los peregrinos que iban a Tierra Santa. El nombre de templarios procede de haber tenido su primer emplazamiento junto al templo de Salomón en Jerusalén. Como se hubiesen enriquecido extraordinariamente y se viesen acusados de diversos crímenes, fueron arrestados por orden de Felipe el Hermoso de Francia (1285-1314). Muchos de ellos fueron condenados y quemados vivos, y la orden fue suprimida por Clemente V (1305-1314) en 1312.

teología de la liberación: sería más correcto hablar de teologías de la liberación, que han tenido su habitat en América Latina. Parten de un análisis dialéctico de la sociedad, y en este punto es donde alguna de esas teologías hace un encuentro con el marxismo. Ese análisis crítico se hace en confrontación con la palabra bíblica, aceptada por la fe. Sobre estas teologías se han dado dos intervenciones de la Santa Congregación para la Doctrina de la Fe, en 1984 y en 1986. La primera denuncia los elementos criticables de dichas teologías. La segunda traza las líneas maestras de la misión liberadora de la Iglesia y las directivas para una praxis cristiana liberadora a la luz de la doctrina social de la Iglesia.

Theotokos: palabra griega que significa «Madre de Dios». Es un título dado a María y un dogma de la fe de la Iglesia, definido solemnemente por el Concilio de Efeso (431), con ocasión de su negación por los nestorianos.

tomismo: en sentido estricto se trata del pensamiento de santo Tomás de Aquino (1225-1274), pero más ampliamente considerado indica el interés o las interpretaciones de este pensamiento en el terreno filosófico o teológico.

tradicionalismo: visión filosófico-religiosa que minusvalora la capacidad de la razón humana y establece como criterio de verdad y certeza la tradición del género humano, ligada a la génesis del lenguaje. Exponentes principales de este pensamiento fueron De Bonald (t 1840), De Lamennais (t 1854) y Bautain (t 1867). Otra clase de tradicionalismo será el político, que tendrá en España unos avatares históricos vinculados a la lucha contra el liberalismo del siglo xix, y que estará protagonizado por el carlismo y las guerras carlistas.

transubstanciación: el Concilio de Trento (1545-1563) llama «transubstanciación» en la celebración eucarística, al cambio o «conversión» de la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo, y de la sustancia del vino en la

sustancia de la sangre de Cristo (DS 1642). Se trata de una «conversión» singular y admirable (es decir, misteriosa), y por eso se la califica como el «misterio de la fe» por excelencia.

trapenses: el nombre oficial es el de Orden de Cistercienses Reformados de la Estricta Observancia. La abadía de la Trapa fue fundada en 1140; se unió más tarde al Císter. En el siglo xvi pasó por momentos de relajación hasta que en 1662 el abad Raneé hizo una reforma e instauró una observancia más severa. En 1892 el capítulo general de los trapenses proclamó su reunión con la orden del Císter de la estricta observancia.

tres capítulos, controversia de los: esta controversia comenzó cuando el emperador Justiniano (527-565) condenó en el 544 los «tres capítulos», es decir, los escritos de Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro y una carta de Ibbas de Edesa. Las presiones del emperador sobre el papa Vigilio (537-555) y sobre el Concilio II de Constantinopla (553) determinaron también la reiteración de esa condena por el citado concilio, lo que luego provocaría dolorosas escisiones en la Iglesia.

Trinidad: el Dios cristiano es Dios-Trinidad. Con esta designación de Dios se quiere indicar que en Dios hay tres personas realmente distintas, iguales y consustanciales, en una naturaleza única e indivisible. Se trata de un misterio que ha sido revelado por Dios.

uníatas: título dado a todas las Iglesias de tradición y ritos orientales, que están en comunión con la Sede Apostólica, es decir, católicas. A la Iglesia maronita se la llama abusivamente uníata, puesto que todos los maronitas han sido siempre católicos sin solución de continuidad.

valdenses: a finales del siglo xii Pedro de Valdo agrupó a los «pobres de Lyon», predicadores laicos itinerantes. El movimiento se propagó por el norte de Italia, Bohemia y Alemania. En el siglo xvi los valdenses se adhirieron a la Reforma. Actualmente constituyen la mayor parte de los protestantes italianos (50.000 aproximadamente).

«viejos católicos»: se designa con este nombre a algunos grupos de cristianos, de procedencia católica, pero que por varios motivos se han separado de la sede romana. Hay tres grupos principales: *a)* la Iglesia de Utrecht en Holanda, que se separó de Roma en 1724; *b)* las Iglesias viejo-católicas de Alemania, Austria y Suiza, separadas a raíz de la definición de la infalibilidad papal por el Concilio Vaticano I; c) algunas comunidades de origen eslavo, que forman la Iglesia nacional polaca. La figura más representativa fue el doctor I. Dollinger, historiador alemán muy conocido en su época, que se puso al frente de los viejos-católicos alemanes.

visitas *ad limina:* viajes a Roma que deben emprender todos los obispos a intervalos regulares para dar cuenta del estado de sus diócesis a la Santa Sede. Esta visita es obligatoria cada cinco años para los obispos residentes en Europa, y cada diez años, por lo menos, para los demás.

Vulgata: versión latina de la Biblia, que realizó san Jerónimo en el siglo iv por mandato del papa Dámaso (366-384). Después de su muerte su obra fue completada con otras versiones. El Concilio de Trento (1545-1563) la declaró texto oficial de la Iglesia en 1546. Una revisión moderna de la Vulgata se ha realizado por indicación de Pablo VI (1963-1978) en 1969, para utilizarla en la liturgia, y se conoce con el nombre de Nova Vulgata.

Pedro, san	
Lino, san	67? - 79?
Anacleto, san	79? - 91?
Clemente, san	91-101
Evaristo, san	100? - 109?
Alejandro I, san	109? - 116?
Sixto I, san	116? - 125?
Telesforo, san	125? - 136
Higinio, san	136? - 142?
Pío I, san	142-155
Aniceto, san	155-166
Sotero, san	166-174
Eleuterio, san	174-189
Víctor I	189-198
Ceferino, san	198-217
Calixto I, san	217-222
Urbano I, san	222-230
Ponciano, san	21 julio 230 - 28 septiembre 235
Antero, san	21 noviembre 235 - 3 enero 236
Fabián, san	10 enero 236 - 20 enero 250
Cornelio, san	marzo 251 - junio 253
Lucio I, san	25 junio 253 - 5 marzo 254
Esteban I, san	12 mayo 254 - 2 agosto 257
Sixto II, san	31 agosto 257 - 6 agosto 258
Dionisio, san	22 julio 260 - 26 diciembre 268
Félix I, san	3 enero 269 - diciembre 274
Eutiquio o Eutiquiano, san	4 junio 275 - 7 diciembre 283
Cayo, san	17 diciembre 283 - 22 abril 296
Marcelino, san	39 junio 296 - 25 octubre 304
Marcelo I, san	noviembre/diciembre 308 - 16 **enero 309**

Eusebio, san	18 agosto 309 - 21 octubre 310
Melquíades o Milcíades, san	2 julio 311 - 10 enero 314
Silvestre I, san	31 enero 314 - 31 diciembre 335
Marcos, san	18 enero - 7 octubre 336
Julio I, san	6 febrero 337 - 12 abril 352
Liberio	17 mayo 352 - 24 septiembre 366
Dámaso I, san	1 octubre 366 - 11 diciembre 384
Siricio, san	diciembre 384 - 26 noviembre 399
Anastasio I, san	27 noviembre 399 - 19 diciembre 401
Inocencio I, san	27 diciembre 402 - 12 marzo 417
Zósimo, san	18 marzo 418 - 26 diciembre 418
Bonifacio I, san	28 diciembre 418 - 4 septiembre 422
Celestino I, san	10 septiembre 422 - 27 julio 432
Sixto III, san	31 julio 432 - 19 agosto 440
León I Magno, san	septiembre 440 - 10 noviembre 461
Hilario, san	19 noviembre 461 - 29 febrero 468
Simplicio, san	13 marzo 468 - 10 marzo 483
Félix II, san	13 marzo 483 - 1 marzo 492
Gelasio I, san	1 marzo 492 - 21 noviembre 496
Anastasio II	24 noviembre 496 - 19 noviembre 498
Símmaco, san	22 noviembre 498 - 19 julio 514
Hormisdas, san	20 julio 514 - 6 agosto 523
Juan I, san	13 agosto 523 - 18 mayo 526
Félix III, san	12 julio 526 - 22 septiembre 530
Bonifacio II	22 septiembre 530 - 17 octubre 532
Juan II	2 enero 533 - 8 mayo 535
Agapito I, san	13 mayo 535 - 22 abril 536
Silverio, san	8 junio 536 - 11 noviembre 537
Vigilio	29 marzo 537 - 7 junio 555
Pelagio I	16 abril 556 - 3 marzo 561
Juan III	17 julio 561 - 13 julio 574
Benedicto I	2 junio 575 - 30 julio 579
Pelagio II	26 noviembre 579 - 7 febrero 590
Gregorio I Magno, san	3 septiembre 590 - 12 marzo 604
Sabiniano	13 septiembre 604 - 22 febrero 606
Bonifacio III	19 febrero - 12 noviembre 607
Bonifacio IV, san	15 septiembre 608 - 8 mayo 615
Deodato (Adeodato) I, san	19 octubre 615 - 8 noviembre 618
Bonifacio V	23 diciembre 619 - 23 octubre 625
Honorio I	27 octubre 625 - 12 octubre 638
Seveniro	28 mayo - 2 agosto 640
Juan IV	24 diciembre 640 - 12 octubre 642
Teodoro I	24 noviembre 642 -14 mayo 649
Martín I, san	5 julio 649 - 17 junio 653

Eugenio I, san	10 agosto 654 - 2 junio 657
Vitaliano, san	30 junio 657 - 27 enero 672
Deodato II (Adeodato)	11 abril 672 - 17 junio 676
Domno (Dono)	2 noviembre 676 - 11 abril 678
Agatón, san	27 junio 678 - 10 enero 681
León II	17 agosto 682 - 3 julio 683
Benedicto II, san	26 junio 684 - 8 mayo 685
Juan V	23 julio 685 - 2 agosto 686
Conon	21 octubre 686 - 21 septiembre 687
Sergio I	15 diciembre 687 - 9 septiembre 701
Juan VI	30 octubre 701-11 enero 705
Juan VII	1 marzo 705 - 18 octubre 707
Sisinio	15 enero - 4 febrero 708
Constantino	25 marzo 708 - 9 abril 715
Gregorio II, san *tú'.-*	19 mayo 715 -11 febrero 731
Gregorio III, san	18 marzo 731 - 28 noviembre 741
Zacarías, san	3 diciembre 741 - 15 marzo 742
Esteban II	26 marzo 752 - 26 abril 757
Paulo I, san	29 mayo - 28 junio 767
Esteban III	7 agosto 768 - 24 enero 772
Adriano I	1 febrero 772 - 25 diciembre 775
León III, san	26 diciembre 795 - 12 junio 816
Esteban IV	23 junio 816 - 24 enero 817
Pascual I, san	24 enero 817 - 11 febrero 824
Eugenio II	junio 824 - agosto 827
Valentín	agosto - septiembre 827
Gregorio IV	29 marzo 828 - 25 enero 844
Sergio II	enero 844 - 27 enero 847
León IV, san	10 abril 847 - 17 julio 855
Benedicto III	29 septiembre 855 - 17 abril 858
Nicolás I, san	24 abril 858 - 13 noviembre 867
Adriano II	14 diciembre 867 - ¿diciembre? 872
Juan VIII	14 diciembre 872 - 16 diciembre 882
Marino I	16 diciembre 882 - 15 mayo 884
Adriano III, san	17 mayo 884 - septiembre 885
Esteban V, san	septiembre 885 - 14 septiembre 891
Formoso	6 octubre 891 - 4 abril 896
Bonifacio VI	abril 896
Esteban VI	mayo 896 - agosto 897
Romano	agosto - noviembre 897
Teodoro II	897
Juan IX	enero 898 - enero 900
Benedicto IV	mayo-junio 900 - agosto 903
León V	agosto - septiembre 903

Sergio III	29 enero - 14 abril 911
Anastasio III	junio 911 - agosto 913
Lando	agosto 913 - marzo 914
Juan X	marzo 914 - mayo 928
León VI	mayo - diciembre 928
Esteban VII	diciembre 928 - febrero 931
Juan XI	marzo 931 - diciembre 935
León VII	3 enero 936 - 13 julio 939
Esteban VIII	14 julio 939 - octubre 942
Marino II	30 octubre 942 - mayo 946
Agapito II	10 mayo 946 - diciembre 955
Juan XII	16 diciembre 955 - 14 mayo 964
León VIII	4 diciembre 963 - 1 marzo 965
Benedicto V	22 mayo - 23 junio 964
Juan XIII	1 octubre 965 - 6 septiembre 972
Benedicto VI	19 enero 973 - julio 974
Benedicto VII	octubre 974 - 10 julio 983
Juan XIV	diciembre 983 - 20 agosto 984
Juan XV	agosto 985 - marzo 996
Gregorio V	3 mayo 996 - 18 febrero 999
Silvestre II	2 abril 999 - 12 mayo 1003
Juan XVII	16 mayo - 6 noviembre 1003
Juan XVIII	25 diciembre 1003 - junio o julio 1009
Sergio IV	31 julio 1009 - 12 mayo 1012
Benedicto VIII	17 mayo 1012 - 9 abril 1024
Juan XIX	19 abril 1024 - 20 octubre 1032
Benedicto IX	21 octubre 1032 - septiembre 1044
	10 marzo - 1 mayo 1045
	8 noviembre 1047 -16 julio 1048
Clemente II	24 diciembre 1046 - 9 octubre 1047
Dámaso II	17 julio - 9 agosto 1048
León IX	12 febrero 1049 - 19 abril 1054
Víctor II	13 abril 1055 - 28 julio 1057
Esteban IX	2 agosto 1057 - 29 marzo 1058
Nicolás II	6 diciembre 1058 - 19 o 26 julio 1061
Alejandro II	30 septiembre 1061 - 21 abril 1073
Gregorio VII, san	22 abril 1073 - 25 mayo 1085
Víctor III, san	24 mayo 1086 - 16 septiembre 1087
Urbano II	12 marzo 1088 - 29 julio 1099
Pascual II	13 agosto 1099 - 21 enero 1118
Gelasio II	24 enero 1118 - 29 enero 1119
Calixto II	2 febrero 1119 - 14 diciembre 1124
Honorio II	21 diciembre 1124 - 13 febrero 1130
Inocencio II	14 febrero 1130 - 24 septiembre 1143

Celestino II	26 septiembre 1143 - 8 marzo 1144
Lucio II	14 marzo 1144 - 15 febrero 1145
Eugenio III, san	15 febrero 1145 - 8 julio 1153
Anastasio IV	8 julio 1153 - 3 diciembre 1154
Adriano IV	4 diciembre 1154 -1 septiembre 1159
Alejandro III	7 septiembre 1159 - 30 agosto 1181
Lucio III	septiembre 1181 - 25 noviembre 1185
Urbano III	25 noviembre 1185 - 20 octubre 1187
Gregorio VIII	21 octubre - 17 diciembre 1187
Clemente III	19 diciembre 1187 - 30 marzo 1191
Celestino III	marzo 1191 - 8 enero 1198
Inocencio III	8 enero 1198 - 16 julio 1216
Honorio III	18 julio 1216 - 18 marzo 1227
Gregorio IX	19 marzo 1227 - 22 agosto 1241
Celestino IV	25 octubre -10 noviembre 1241
Inocencio IV	25 junio 1243 - 7 diciembre 1254
Alejandro IV	12 diciembre 1254 - 25 mayo 1261
Urbano IV	29 agosto 1262 - 2 octubre 1264
Clemente IV	29 febrero 1265 - 29 noviembre 1268
Gregorio X, san	1 septiembre 1271 -10 enero 1276
Inocencio V, beato	21 enero - 22 junio 1276
Adriano V	11 julio - 18 agosto 1276
Juan XXI	8 septiembre 1276 - 20 mayo 1277
Nicolás III	25 noviembre 1277 - 22 agosto 1280
Martín IV	22 febrero 1281 - 28 marzo 1285
Honorio IV	2 abril 1285 - 3 abril 1287
Nicolás IV	22 febrero 1288 - 4 abril 1292
Celestino V, san	5 julio - 13 diciembre 1294
Bonifacio VIII	24 diciembre 1294 - 12 octubre 1303
Benedicto XI, beato	22 octubre 1303 - 7 julio 1304
Clemente V	5 junio 1305 - 20 abril 1314
Juan XXII	7 agosto 1316 - 4 diciembre 1334
Benedicto XII	20 diciembre 1334 - 25 abril 1342
Clemente VI	7 mayo 1342 - 6 diciembre 1352
Inocencio VI	18 diciembre 1352 - 12 septiembre 1362
Urbano V, beato	28 septiembre 1362 - 19 diciembre 1370
Gregorio XI	30 diciembre 1370 - 27 marzo 1378
Urbano VI	8 abril 1378 - 15 octubre 1389
Bonifacio IX	2 noviembre 1389 - 1 octubre 1404
Inocencio VII	17 octubre 1404 - 6 noviembre 1406
Gregorio XII	30 noviembre 1406 - 4 julio 1415
Interregno	4 julio 1415 - 11 noviembre 1417
Martín V	11 noviembre 1417 - 20 febrero 1431
Eugenio IV	3 marzo 1431 - 23 febrero 1447

Nicolás V	6 marzo 1447 - 24 marzo 1455
Calixto III	8 abril 1455 - 6 agosto 1558
Pío II	19 agosto 1458 - 15 agosto 1464
Paulo II	30 septiembre 1464 - 26 julio 1471
Sixto IV	9 agosto 1471 - 13 agosto 1484
Inocencio III	29 agosto 1484 - 25 julio 1942
Alejandro VI	10 agosto 1492 - 18 agosto 1503
Pío III	22 septiembre 1503 - 18 octubre 1503
Julio II	31 octubre 1503 - 21 febrero 1513
León X	11 marzo 1513 - 1 diciembre 1521
Adriano VI	9 enero 1522 - 14 septiembre 1523
Clemente VII	19 noviembre 1523 - 25 septiembre 1534
Paulo III	\ 13 octubre 1534 - 10 noviembre 1549
Julio III	8 febrero 1550 - 23 marzo 1555
Marcelo II	9 abril 1555 - 1 mayo 1555
Paulo IV	23 mayo 1555 - 18 agosto 1559
Pío IV	25 diciembre 1559 - 9 diciembre 1565
Pío V, san	7 enero 1566 - 1 mayo 1572
Gregorio XIII	13 mayo 1572 - 10 abril 1585
Sixto V	24 abril 1585 - 27 agosto 1590
Urbano VII	15 septiembre 1590 - 27 septiembre 1590
Gregorio XIV	5 diciembre 1590 - 15 octubre 1591
Inocencio IX	29 octubre 1591 - 30 diciembre 1591
Clemente VIII	30 enero 1592 - 5 marzo 1605
León XI	11 abril 1605 - 27 abril 1605
Paulo V	16 mayo 1605 - 28 enero 1621
Gregorio XV	6 febrero 1621 - 8 julio 1623
Urbano VIII	6 agosto 1623 - 29 julio 1644
Inocencio X	15 septiembre 1644 - 7 enero 1655
Alejandro VII	7 abril 1655 - 22 mayo 1667
Clemente IX	20 junio 1667 - 9 diciembre 1669
Clemente X	29 abril 1670-22 julio 1676
Inocencio XI	21 septiembre 1676 - 12 agosto 1689
Alejandro VIII	6 octubre 1689 - 1 febrero 1691
Inocencio XII	12 julio 1691 - 27 septiembre 1700
Clemente XI	23 septiembre 1700 - 19 marzo 1721
Inocencio XIII	8 mayo 1721 - 7 marzo 1724
Benedicto XIII	29 mayo 1724 - 21 febrero 1730
Clemente XII	12 julio 1730 - 8 febrero 1740
Benedicto XIV	17 julio 1740 - 3 mayo 1758
Clemente XIII	6 julio 1758-2 febrero 1769
Clemente XIV	19 mayo 1769 - 21 septiembre 1744
Pío VI	15 febrero 1775 - 29 agosto 1799
Pío VII	14 marzo 1800 - 20 agosto 1823

León XII	28 septiembre 1823 - 10 febrero 1829
Pío VIII	31 marzo 1829 - 30 noviembre 1830
Gregorio XVI	2 febrero 1831 - 1 junio 1846
Pío IX	16 junio 1846 - 7 febrero 1878
León XIII	20 febrero 1878 - 20 julio 1903
Pío X, san	4 agosto 1903 - 20 agosto 1914
Benedicto XV	3 septiembre 1914 - 22 enero 1922
Pío XI	6 febrero 1922 - 10 febrero 1939
Pío XII	2 marzo 1939 - 9 octubre 1958
Juan XXIII	28 octubre 1958 - 3 junio 1963
Pablo VI	21 junio 1963 - 6 agosto 1978
Juan Pablo I	26 agosto 1978 - 29 septiembre 1978
Juan Pablo II	16 octubre 1978